

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

DEPARTAMENTO DE PERIODISMO I



TESIS DOCTORAL

El iberismo en la prensa de Madrid, 1840-1874

**Análisis cuantitativo-discursivo del nacionalismo ibérico
desde los textos periodísticos**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pablo Hernández Ramos

Director

Ángel Luis Rubio Moraga

Madrid, 2015

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

Departamento de Historia de la Comunicación Social



El iberismo en la prensa de Madrid, 1840-1874
Análisis cualitativo-discursivo del nacionalismo ibérico
desde los textos periodísticos

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pablo Hernández Ramos

bajo la dirección del doctor

Ángel Luis Rubio Moraga

Madrid, 2015

Índice	3
Agradecimientos	11
INTRODUCCIÓN	17
0.1. Presentación	19
0.2. Justificación	23
0.3. Objetivos	26
0.4. Hipótesis	29
0.5. Metodología	31
0.5.1. Métodos de análisis	32
0.5.1.1. El análisis cualitativo de contenido	32
0.5.1.2. El análisis del discurso	35
0.5.1.3. Reinhart Koselleck y la historia de los conceptos	41
0.5.2. Acotaciones espacio-temporales	50
0.5.3. Fuentes	51
PRIMERA PARTE	55
CAPÍTULO 1. HISTORIA E HISTORIAS. LA PRENSA PERIÓDICA Y SU RELACIÓN CON LA HISTORIA	57
1.1. El primer borrador de la historia	58
1.2. Aproximación orientativa a los análisis historiográficos en comunicación	60
1.3. ¿Historia de la comunicación o historia de la prensa?	62
1.4. El periódico como fuente historiográfica	64
1.4.1. Más allá de la ficha hemerográfica	68
1.4.2. Validez de la prensa como fuente historiográfica	70
1.4.2.1. El sesgo ideológico como revelador de tendencias	73
1.4.2.2. La difícil evaluación de la opinión pública	74
1.4.2.3. El papel de la empresa periodística	76
1.4.2.4. Otros aspectos a tener en cuenta	77
1.4.3. La censura, traba para el periodista de entonces y para el historiador de hoy	79
1.5. Periodistas e historiadores ante el espejo	85
1.6. Periodismo y sentido del mundo	86

1.6.1. El sistema socio-informativo	87
1.6.2. Persuasión y creación de significados	87
1.6.3. Cambios en las mentalidades.....	89
1.7. Conclusiones.....	92
CAPÍTULO 2. SOBREVOLANDO EL NACIONALISMO	97
2.1. Teorías del nacionalismo desde su génesis hasta finales del siglo XIX.....	99
2.1.1. Los orígenes en Rousseau, Kant, Herder y Fichte.....	101
2.1.2. Voluntades unificadoras, enfoque liberal y aportación marxiana	104
2.1.3. Desarrollo del nacionalismo en Europa y en España	109
2.2. Teorías del nacionalismo en la primera mitad del siglo XX	112
2.2.1. Fundamentalismo, imperialismo y casticismo.....	113
2.2.2. El austromarxismo frente a la propuesta leninista.....	116
2.2.3. La fundación académica de los estudios sobre el nacionalismo.....	118
2.2.3.1. Hayes y el anhelo de paz	118
2.2.3.2. Kohn y la desmitificación de la nación	121
2.3. Teorías actuales del nacionalismo	125
2.3.1. La escuela primordialista: Anthony D. Smith	126
2.3.2. La escuela instrumentalista.....	129
2.3.2.1. Ernest Gellner	129
2.3.2.2. John Breuilly.....	131
2.3.2.3. Benedict Anderson	132
2.3.2.4. Eric Hobsbawm	134
2.3.3. Otras aportaciones	136
2.4. ¿Iberismo o nacionalismo ibérico?.....	143
2.4.1. La voz <i>iberismo</i> en los diccionarios	143
2.4.1.1. Diccionarios de lengua portuguesa.....	144
2.4.1.2. Diccionarios de lengua castellana.....	145
2.4.2. La voz <i>iberismo</i> en los estudios sobre la cuestión.....	147
2.4.3. La voz <i>iberismo</i> en la presente tesis doctoral	155
2.5. Conclusiones.....	156

CAPÍTULO 3. IBERIA SUMERGIDA. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL IBERISMO	159
3.1. La conformación de los Estados modernos	160
3.2. La llegada del Emperador	163
3.3. Los viajes transoceánicos	166
3.4. La culminación de la unión dinástica	168
3.5. Crisis de 1640 y restauración de los Braganza	172
3.6. Extinción de los Habsburgo españoles y Guerra de Sucesión.....	176
3.7. Evolución socioeconómica de España y Portugal durante el siglo XVIII.....	178
3.8. La Guerra Peninsular	182
3.9. Crisis y desaparición del Antiguo Régimen en la península Ibérica	185
 SEGUNDA PARTE	 189
 CAPÍTULO 4. GÉNESIS Y PRIMER DESARROLLO DEL IBERISMO EN LA PRENSA DE MADRID	 191
4.1. Despertar iberista durante la regencia de Espartero	192
4.1.1. Propuestas iberistas desde el republicanismo	192
4.1.2. Comentario a la <i>Unión Peninsular</i> , de Campuzano	200
4.1.3. El iberismo de Espronceda	202
4.1.4. Avance iberista en el campo republicano	206
4.1.5. Divulgación iberista en el satírico <i>Guindilla</i>	213
4.2. La larga marcha iberista bajo los gobiernos moderados.....	216
4.2.1. El debate en torno al matrimonio real	217
4.2.1.1. <i>El Huracán</i>	217
4.2.1.2. <i>El Pensamiento de la Nación</i>	219
4.2.1.3. <i>El Español</i>	221
4.2.1.4. <i>Eco del Comercio</i>	224
4.2.1.5. Otras aportaciones al debate	225
4.2.2. Iberismo en los sectores moderados y conservadores	231
4.2.2.1. Andrés Borrego insiste en la idea ibérica	231
4.2.2.2. El iberismo de Facundo Goñi	233
4.2.2.3. Reorientación de Jaime Balmes.....	236
4.2.3. Reacciones a la revuelta de Maria da Fonte y la Patuleia	238

4.2.4. 1847: Año de la intervención militar española en Portugal.....	241
4.2.5. Alguna conspiración y planes económicos de trasfondo iberista	252
4.2.6. Surge el objetivo de la unión aduanera.....	255
4.2.7. El iberismo del diputado moderado Juan Arias Girón	263
4.2.8. Más propuestas desde la derecha del arco político.....	269
4.2.8.1 Hacia el fin de la década moderada	274
4.2.8.2. La variante españolista de Cos-Gayón	277
4.2.8.3. El iberismo asociado al progreso técnico	279
4.2.9. Aparición de <i>La Iberia</i> , de Sinibaldo de Mas.....	280
4.2.9.1. Reflexiones portuguesas en la prensa madrileña.....	289
4.2.9.2. Textos iberistas a finales de 1853.....	296
4.2.9.3. El gobierno prohíbe hablar de la unión ibérica.....	300
4.3. Conclusiones.....	301
CAPÍTULO 5. APOGEO DE LA PROPAGANDA IBERISTA	309
5.1. Vísperas de revolución	310
5.1.1. El iberismo de Ubaldo Pasarón, militar y poeta	310
5.1.2. Ecos de los proyectos de unión aduanera	315
5.2. El iberismo en auge tras la Vicalvarada	316
5.2.1. Difusión de la idea ibérica	318
5.2.1.1. Querellas en torno al iberismo.....	323
5.2.1.2. Comentarios iberistas desde el progresismo y el moderantismo.....	326
5.2.1.3. Iberismo democrático: <i>El Tribuno</i>	328
5.2.2. Nueva edición de <i>La Iberia</i> , de Sinibaldo de Mas	330
5.2.3. Más propuestas iberistas desde diferentes sectores	336
5.2.4. La liga hispano-lusitana.....	339
5.2.5. Euforia, esperanza y planes de futuro.....	342
5.2.5.1. Planes de acercamiento económico	344
5.2.5.2. Planes de alianza militar y desarrollo del iberismo	349
5.2.5.3. Relaciones oficiales y actuaciones de política exterior	358
5.2.6. Los últimos meses del bienio progresista	361
5.2.6.1. El ferrocarril, fuente continua de discordia	364
5.3. Fin del bienio: el iberismo deja de ocupar primeras páginas	369
5.3.1. Tímido repunte en el verano del 56	371

5.3.2. Llegada de O'Donnell al poder	375
5.3.2.1. Despunte del iberismo en la prensa democrática.....	379
5.3.2.2. Artículo clave de Antonio Romero Ortiz	382
5.3.2.3. <i>La Discusión</i> ensancha la acción iberista	390
5.3.2.4. De nuevo Romero Ortiz.....	393
5.3.2.5. El proyecto de Antônio Feliciano Marques Pereira.....	396
5.4. Progresos iberistas en tiempos de la Unión Liberal	399
5.4.1. La apuesta de Joaquín María Sanromá	403
5.4.1.2. Otros planes de carácter económico	406
5.4.2. El iberismo de Castelar en <i>La Discusión</i>	409
5.4.3. Propuesta de la Sociedad Económica Matritense	412
5.4.4. Iberismo en publicaciones culturales.....	419
5.4.5. Distanciamiento de los moderados	424
5.4.6. La influencia de la unificación italiana.....	428
5.4.6.1. Ecos iberistas en Portugal.....	429
5.4.6.2. Una propuesta federalista	432
5.4.6.3. Divergencia de opiniones sobre el camino a seguir	435
5.4.7. Debate iberista generalizado en el circuito periodístico	448
5.4.8. El iberismo de Juan Valera	452
5.4.9. Intensidad en el mensaje iberista a finales de 1861	467
5.4.9.1. Influencia simultánea del iberismo en España y en Portugal	475
5.4.9.2. Más iberismo cultural y económico.....	480
5.5. El iberismo en la última etapa del reinado isabelino	486
5.5.1. Vuelven los planes de unión aduanera	492
5.5.2. Evolución del iberismo entre 1863 y 1864	495
5.5.3. El programa de Arturo de Marcoartú	497
5.5.4. Diversidad de pareceres en la prensa sobre el proyecto ibérico	502
5.5.4.1. <i>La Época</i>	502
5.5.4.2. <i>La España</i>	503
5.5.4.3. <i>La Discusión</i>	506
5.5.4.4. <i>El Clamor Público</i>	508
5.5.5. Proclamas iberistas en el contexto de un régimen en descomposición	510
5.5.5.1. <i>El Contemporáneo</i>	512
5.5.5.2. Última manifestación iberista de <i>El Clamor Público</i>	515

5.5.5.3. Más iberismo desde la izquierda del arco político	518
5.5.6. La propuesta de Fernando Garrido: Iberia frente a Italia	524
5.5.7. El iberismo en fechas previas a la revolución	529
5.5.7.1. <i>La Época</i>	529
5.5.7.2. <i>La Soberanía Nacional y La Correspondencia de España</i>	533
5.5.7.3. <i>La Democracia</i>	544
5.5.7.4. Otras manifestaciones iberistas previas a 1868	547
5.6. Conclusiones.....	551
CAPÍTULO 6. LAS ÚLTIMAS OPORTUNIDADES DEL IBERISMO.....	559
6.1. Aurora revolucionaria.....	560
6.1.1. La caída del trono isabelino.....	565
6.1.2. Posicionamientos iberistas durante los primeros meses del Sexenio	571
6.1.2.1. <i>La Época</i>	572
6.1.2.2. <i>La Correspondencia de España</i>	573
6.1.2.3. <i>La Discusión y La Igualdad</i>	577
6.1.3. Máxima expectación ante las posibilidades iberistas	579
6.1.4. El baile de candidaturas al trono: la opción Fernando de Coburgo.....	583
6.1.5. <i>La Historia de una idea</i> , de Andrés Borrego.....	588
6.1.6. Nuevas manifestaciones favorables a don Fernando.....	595
6.1.7. Los republicanos participan de la cuestión ibérica.....	603
6.2. Diferentes aproximaciones a lo largo de 1869	609
6.2.1. Fernando de Coburgo rechaza la corona española	616
6.2.2. Propuestas republicanas.....	624
6.2.3. Reflejos de los planes iberistas en Portugal.....	629
6.2.4. Se profundizan las divisiones en el iberismo español	633
6.3. El iberismo en 1870.....	639
6.3.1. El golpe de Estado del mariscal Saldanha	641
6.3.2. Evolución de los mensajes relativos a la unión ibérica	649
6.3.2.1. <i>El Imparcial</i>	649
6.3.2.2. <i>La Ilustración Española y Americana</i>	652
6.3.2.3. <i>La Discusión</i>	652
6.3.2.4. <i>La Época</i>	656
6.3.2.5. <i>La Iberia</i>	657

6.3.2.6. <i>La Nación</i>	659
6.3.2.7. <i>Revista de España</i>	659
6.4. El iberismo bajo el reinado de Amadeo de Saboya	662
6.4.1. Relaciones cordiales entre portugueses y españoles.....	663
6.4.2. Reorientación del iberismo político hacia lo cultural	666
6.4.3. Argumentos sobre la cuestión ibérica desde diferentes perspectivas	672
6.5. El iberismo en la Primera República	677
6.5.1. Se despeja la X de <i>El Imparcial</i>	681
6.5.2. Últimas manifestaciones del iberismo en la prensa madrileña.....	692
6.6. Conclusiones.....	699
PARTE FINAL.....	707
CAPÍTULO 7. CONCLUSIONES	709
CHAPTER 8. EXCERPT IN ENGLISH FOR THE DISTINCTION AS INTERNATIONAL DOCTOR	719
8.1. Note for the English excerpt.....	719
8.2. Outlines of the introduction	720
8.3. Summary of the theoretical chapters	723
8.4. Brief discussion of the results.....	725
8.5. Conclusions	731
BIBLIOGRAFÍA Y ANEXOS	735
Bibliografía citada	737
Anexos.....	775

Agradecimientos

Escribir una tesis doctoral es un atrevimiento del que nunca se puede aspirar a salir sano y salvo. Se trata, también, de invertir horas de esfuerzo solitario en una tarea que, más que cualquier otra cosa, sirve para el crecimiento intelectual y personal del autor. Y sin embargo es elemental reconocer la imposibilidad de llevar a cabo semejante labor sin la ayuda y colaboración de otros. Así, las personas que se mencionan a continuación, apoyos morales y en ocasiones materiales, son responsables de una importante cuota de todo aquello que de provechoso se pueda encontrar en esta tesis. A su vez, es indudable que los errores cometidos solo son achacables al autor.

En primer lugar, vaya mi reconocimiento e inmensa admiración para mi director de tesis, Ángel Luis Rubio Moraga, por su entusiasta e incansable dedicación para con un humilde doctorando, por su cuidadosa lectura del manuscrito y por sus acertadas correcciones y consejos a lo largo de cinco años en los que no ha sido precisamente fácil seguir en el camino de esta investigación, debido a diferentes razones casi nunca evitables. También quiero recordar aquí a la que fue mi fugaz co-directora, Ingrid Schulze, a quien el tiempo de la jubilación alcanzó antes de que yo empezara siquiera a redactar las primeras líneas.

Gracias también a los profesores del departamento de Historia de la Comunicación Social, y en particular a Isabel Martín, siempre sonriente y dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta; a José Carlos Rueda por su accesibilidad y buen hacer investigador y humano; a María Jesús Moreno por su impagable trabajo en secretaría. Gracias a José Antonio Sánchez Román, por poner la primera piedra de esta tesis –aunque ni él ni yo fuéramos conscientes– al incluir en su asignatura de Historia del Periodismo Español dos lecturas clave: *Mater dolorosa*, de José Álvarez Junco, y *Comunidades imaginadas*, de Benedict Anderson. Gracias a Juan Francisco Fuentes, intelectual ejemplar y siempre estimulante.

A los profesores de otros departamentos que, a lo largo de la carrera y del doctorado, me han instruido, respaldado y motivado, sin cuya aportación nunca habría llegado a culminar esta peripecia. Me acuerdo especialmente de Pinar Agudíez, pura energía hecha mujer que agita el quinto piso de la facultad, y la facultad entera si es

menester. Gracias por tus lecciones, las de Comunicación y Desarrollo Social, las del despacho y las de la conversación a pie de calle. Gracias también a Sergio Príncipe, segunda acepción de la energía, en este caso además fuente inagotable. Gracias a Joaquín Aguirre por repartir sabiduría en la asignatura de Textualidad y Complejidad, pero también y principalmente por hacerme ver que seguir el camino de Reinhart Koselleck era clave para afianzar el contrafuerte teórico de la tesis.

Precisamente al estudio de la obra de este autor alemán y de la corriente historiográfica en la que se integra dediqué seis meses de estancia investigadora en la Universidad de Münster, invitado por el Instituto de Ciencias de la Comunicación. Allí encontré el apoyo y el consejo de las personas que menciono a continuación, tomándome la licencia de hacerlo en el idioma local. Mein ganz besonderer Dank gilt Dr. Thomas Birkner und Dr. Daniel Nölleke für ihre Hilfe und Betreuung während meines Aufenthalts beim Institut für Kommunikationswissenschaft der Universität Münster. Bei Annika Hamachers bedanke ich mich für ihren freundlichen Empfang. Beim ganzen Soccer Superstars Team des IfK bedanke ich mich für die schöne Zeit auf dem Platz, besonders bei Chris Starke für die bissige Zusammenstöße. En Münster también hice buena amistad con Manuel Orozco, filósofo crítico y pirata marbellí con diez cañones por banda.

Esta investigación no hubiera sido lo que es sin Saturnino García Oviedo, exdirector de publicaciones del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, a quien agradezco que me abriera las puertas de su despacho y de la biblioteca de esa institución, así como sus recomendaciones bibliográficas. Gracias a los trabajadores de todas las bibliotecas en las que trabajé, en especial al equipo de la sala de prensa y revistas de la Biblioteca Nacional de España, ejemplo de profesionalidad.

También quiero recordar y agradecer su amistad a compañeros y amigos de la carrera, con los que tantos momentos compartí en las aulas y en los pasillos, en la cafetería y en el sótano, frente al ordenador y hasta detrás de la cámara: gracias a Sara, de isla en isla repartiendo sonrisas; a Ruth, puro corazón; a Alba y su boina calada. Gracias a Pablo “Piblo”, de profesión interior izquierdo; a Carlos “Carolo”, sangre caliente y alegría perenne. Miren eta Inigori, bideak gurutzatzen diren tokian, eskerrik asko. Gracias a Isabel y nuestras charlas en reprografía (y en el bar). Gràcies a la Claret i a l’Olga, catalanes de tot cor, enamorades de Madrid als cinc minuts d’haver trepitjat la ciutat.

Pienso también en los ya viejos amigos que conocí en la ciudad universitaria y con quienes fui mucho más allá: gracias a Patrick, sibarita, liberal y anfitrión modélico; a Markel, cocinero de la escuela alavesa, escritor faulkneriano y ácrata; a Benito, producto cinematográfico llegado de Saturno para asombro de los vulgares terrestres; a Diego Quijano, probablemente el mejor diseñador gráfico de España.

Cerca de la frontera portuguesa estarán siempre los originales: gracias a Ramiro, testigo y patriarca bíblico; a Diego, pura vida en vena; a Marco Antonio y los viajes, sobre todo el de Berlín; a Andrés, el penúltimo germanófilo. Gracias a Ana y a Merce, productos de la tierra (zamorana). Gracias a Cristina, por tratarme siempre como a un hermano.

Gracias, por último, al núcleo duro madrileño: a Alicia, puro talento y sensatez; a Laura, acero azul y dulce; a Irene, nunca algo tan grande ocupó tan poco espacio; a María P., seriedad humilde y sensible; a María M., artista virtuosa; a Manuel, ¡tócala otra vez, Sam!; a Juan, genio al otro lado del mar. Seguimos juntos.

Muy en particular hay una persona cuya presencia en mi vida es imprescindible: Kioro, cobijo y principio de felicidad, mi única patria y mi única religión. Cómo decirte, cómo contarte, si ya no hay nada que no sepas... Igualmente te digo: lo vivido y lo que queda por vivir.

Esta tesis doctoral está dedicada a mis padres,
que me enseñaron a ser y estar en el mundo.

A ellos debo todo.

INTRODUCCIÓN

0.1. Presentación

El mundo es uno e infinitos los ángulos desde los que observarlo. La tesis que estas líneas introducen no supone nada más, ni menos, que un trazo en el gigantesco mosaico del conocimiento humano. Desde su génesis hasta esta presentación definitiva han transcurrido cinco años de avances y bloqueos, de dudas y euforias, pero sobre todo de aprendizaje. Como toda tesis, es reflejo de experiencias, intuiciones, reflexiones y sentimientos acumulados a lo largo de una vida que, de algún modo, se encierra y desarrolla de forma independiente en las páginas que siguen.

Es cierto que hoy en día, entrado el siglo XXI, una de las formas dominantes de ver el mundo sigue siendo la división del planeta en naciones, nacionalidades, países, regiones, patrias y/o Estados, según diferentes criterios. Las sociedades y una mayoría de los individuos que las componen se identifican a sí mismas en base a determinados parámetros políticos y culturales englobados de una u otra manera en planteamientos nacionalistas. El nacionalismo como ideología hegemónica en las maneras de percibir el mundo no solo no ha desaparecido con el avance del proceso globalizador, sino que vive un periodo de auge propiciado por su enfrentamiento con la realidad del mundo global, que en algunos aspectos puede parecer homogeneizadora¹. Así, es signo común en las sociedades de este siglo la profunda identificación de sus miembros, tanto individual como colectivamente, con una entidad nacional.

En Europa, el ideal de la unión –económica, política, cultural, de intereses sociales o en cualquiera de sus formas, pero siempre sobre el fondo de la paz perpetua que soñaron Erasmo de Rotterdam, Hugo Grocio, Immanuel Kant, Bertha von Suttner y tantos otros– se convierte en mito inalcanzable en tiempos de crisis institucional, política y económica. La confianza ciudadana en los organismos europeos, considerados de manera general como mera burocracia ineficiente, se hunde². Las viejas instituciones estatales, por su

¹ Obras destacadas en las que se ha tratado la relación entre nacionalismo y globalización desde diferentes perspectivas son, entre otras, las de Máiz (2001), Beck (2008), Gellner (2008) o Polanyi (2011).

² Basta comprobar los porcentajes de participación en las elecciones europeas en comparación con las municipales, presidenciales, generales o federales de cada país. La pérdida de confianza de los ciudadanos en las instituciones de la Unión Europea es también confirmada por el Eurobarómetro, cuyo informe de la primavera de 2014 muestra cómo amplios porcentajes de ciudadanos europeos se declaran descontentos con el funcionamiento de las instituciones comunitarias. El barómetro está disponible en: http://ec.europa.eu/public_opinion/archives/eb/eb81/eb81_anx_en.pdf [Consultado el 27-07-2014]

parte, tratan no perder su sitio y engrasan la maquinaria nacionalista para cohesionar a sus sociedades en torno a un objetivo común y que el desencanto generalizado no se las lleve por delante. Parece, en fin, que la sociedad posnacional de la que hablan algunos pensadores³ efectivamente reúne las condiciones para su existencia pero no termina de cuajar: el Estado-nación se resiste a desaparecer.

España, por su parte, no ha cerrado su conflicto más esencial –el de su identidad, el llamado *ser* de España– ni por la uniformidad castiza ni por la ruptura llamada periférica, ni será capaz de solucionarlo nunca si se mantiene el paradigma del Estado-nación unitario como ideal político al que aspirar. Por el contrario, en un contexto de cambio social acelerado y de fusión de los sólidos en líquidos, por decirlo a la manera de Zygmunt Bauman, se hace necesario observar la realidad desde ángulos inesperados que permitan el cuestionamiento de las realidades establecidas y el pensar en otros mundos posibles. Más allá del laberinto español, la península Ibérica en su conjunto ofrece muchos modos de ser mirada, y hay quienes entendieron –quienes entienden– que la manera más efectiva de asegurarse un futuro mejor es la unidad en la diversidad, lema sobre el que se funda precisamente el proyecto europeo y que recuerda al *E pluribus unum* que adorna el Gran Sello de los Estados Unidos de América.

Del ideal de unidad ibérica, con sus correspondientes derivaciones políticas, culturales, económicas y de otra clase, surgió en el sacudido siglo XIX una corriente ideológica, comúnmente denominada iberismo, que propugnó el estrechamiento de relaciones entre España y Portugal a todos los niveles. El objetivo final de esta ideología en muchos de sus planteamientos doctrinales, como se verá, sería la transformación política y la conformación de un Estado único en suelo peninsular.

La evidencia del fracaso de esta propuesta no hace sino excitar el interés del investigador, que se acerca al iberismo con la actitud de quien ansía conocer las causas de una derrota. En el caso concreto de esta tesis, la atracción del investigador por Portugal no nace de una ligazón familiar, ni de un vano deseo de erudición, ni tan siquiera del gusto, cierto, por la lengua portuguesa, y es que la vida de un rayano de Zamora en el siglo XXI no tiene por qué estar más relacionada con Portugal que con, pongamos, la isla

³ Destacan las aportaciones de Habermas (2000), Sassen (2001), Negri (2006), Aierdi (2009) o Soysal (2010), entre otros.

griega de Paros. El interés surge de la percepción incompleta de una realidad social e histórica que se considera particularmente sugestiva y, sin miedo de un tópico tan real en este caso, cercana y lejana a un tiempo. La espoleta que dio fuego al desarrollo de este interés en forma de investigación académica fue la lectura de las páginas que José Álvarez Junco, en su obra *Mater Dolorosa*, dedica al “sueño” que la unión ibérica fue para muchos liberales españoles del XIX (Álvarez Junco, 2005b: 524-531).

Si bien el ideal de una Iberia unida puede hundir su raíz en lo profundo de los siglos, es en los años centrales del Ochocientos cuando alcanza un mayor nivel de difusión y desarrollo. Para que esto sucediera, el iberismo se apoyó de manera natural e inevitable en la prensa periódica, correa de transmisión del pensamiento político en la época dorada del periodismo escrito, durante los primeros años de existencia de la prensa de masas. Los periódicos proclamaban en la mañana ideas que giraban en la rueda informativa y de la opinión pública, esa rueda regresaba cargada de nuevas imágenes, impregnada de nuevas percepciones que a su vez moldeaban la opinión que se vertería al día siguiente.

Lo expresado anteriormente, que no es sino una aproximación personal al tema que se va a tratar en las siguientes páginas, se desarrollará dentro de una estructura organizativa estimada como la más adecuada para presentar los contenidos de la presente tesis doctoral. En la introducción se procede a presentar y justificar la investigación, se enuncian los objetivos a alcanzar y se plantean las hipótesis de trabajo. A continuación se explicará la metodología aplicada, englobando los métodos de recopilación, selección y análisis de datos, los intervalos espacio-temporales de la investigación y las fuentes con las que se ha trabajado, todo ello razonado y fundamentado.

Una vez culminada la introducción, se observa que la tesis está dividida en dos partes. La primera parte ofrece tres capítulos de orientación teórica, el primero de los cuales versa sobre el carácter de la prensa como fuente historiográfica y la estrecha relación entre el periodismo y la historia, mientras que el segundo sobrevuela la evolución de las reflexiones teóricas de diferentes autores sobre el nacionalismo, desde las primeras aportaciones enraizadas en la tradición intelectual del siglo XVIII hasta la actualidad. Por último, una breve contextualización histórica servirá al mismo tiempo como cierre de la parte teórica e introducción de la parte empírica.

La segunda parte de la tesis estará integrada por el análisis cualitativo-discursivo del contenido de los mensajes relacionados con el iberismo y publicados por la prensa madrileña entre los años 1840 y 1874, siguiendo una línea cronológica que permita ubicar los textos dentro de una visión global marcada por la evolución de los acontecimientos políticos. Se pretende así completar desde el punto de vista de los textos periodísticos la historia del iberismo, que la historiografía ha tratado de manera clásica únicamente a través de los eventos políticos o las manifestaciones puramente doctrinales. También se prestará atención a la evolución semántica de determinados conceptos que, como se verá, se estiman básicos para entender el desarrollo del ideal iberista.

La tesis se cerrará con una exposición sobre las conclusiones derivadas del conjunto de la investigación y con una reflexión sobre las hipótesis de trabajo, que serán verificadas o falsadas. Además, tras las conclusiones se añadirá un capítulo en inglés, en el que se cumplen los requisitos para la Mención Internacional en el título de Doctor de la Universidad Complutense, a la que aspira el investigador, gracias a la estancia de investigación de seis meses llevada a cabo en la Universidad de Münster, dedicada a profundizar en el conocimiento teórico sobre la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos. En último lugar, tras la relación de la bibliografía citada, se añadirá un anexo en el que se mostrarán tanto los periódicos citados, junto a su orientación política y su orientación iberista, como los periódicos consultados pero no citados.

Así, la presente tesis doctoral se inscribe en un contexto fronterizo: por un lado, en el cruce entre el periodismo y la historia; por otro, entre la política y la opinión pública; de igual modo se sitúa entre lo políticamente ya fundado y lo que está por construir. El sentido de las páginas que siguen no es tan solo el de ofrecer una visión original –en su sentido de novedoso y no de extravagante– sobre un problema antiguo. A esta aspiración esencial de toda investigación se le suma también la voluntad de ofrecer a la comunidad humana, igual que la propia tesis se lo ofreció al investigador durante su desarrollo, un camino de ensanchamiento personal e intelectual.

0.2. Justificación

La existencia humana en las sociedades modernas está, ya sea de manera activa o pasiva, condicionada y modelada por la actividad de los medios de comunicación. El

conocimiento de la evolución histórica de los medios tiene un valor precioso si se pretende comprender la realidad social del presente en su vertiente comunicativa, y más concretamente en lo relativo a la producción y difusión de los mensajes periodísticos. En este sentido, el estudio de la emergencia del estado-nación y del sistema de estados-nación desde el punto de vista de la comunicación constituye un marco de trabajo solo relativamente explorado, que contiene además un elemento constitutivo crítico, el cual, siguiendo a Michael Schudson (1991), contribuye a intentar cambiar la percepción de las realidades nacionales como términos poco problemáticos, cuya existencia se da por garantizada.

La razón que lleva a acometer este proyecto estriba principalmente en el convencimiento de su utilidad para encuadrar el iberismo, a través de su presencia en la prensa periódica, como fenómeno social definitorio de la realidad política española del siglo XIX. Si bien es claro que los proyectos de unión hispano-portuguesa no representaron un papel preponderante durante largos periodos de tiempo, es a la vez indiscutible, como se demostrará, que el iberismo llegó a ocupar un lugar de privilegio en el debate político durante los años centrales del XIX. La presencia y el peso de las ideas iberistas en los programas de ciertos sectores políticos implicaba necesariamente su reproducción, difusión y defensa por parte de la prensa representativa de dichos sectores. Así, la recopilación y el análisis de los artículos, notas y sueltos relativos a la cuestión ibérica en los periódicos madrileños del siglo XIX serán de provecho para aprehender las derivaciones y la influencia de la ideología iberista en la sociedad española de aquel tiempo, que en los asuntos políticos se orientaba mayoritariamente, de forma directa o indirecta, a través de las informaciones publicadas en la prensa de la capital.

Asumiendo que comprender el iberismo es fundamental para comprender a su vez de forma completa y profunda la evolución política y social de España y Portugal durante el Ochocientos, es obligado resaltar que ha existido cierto descuido en cuanto al estudio de este fenómeno por parte de investigaciones previas, que no suelen otorgar a esta ideología un lugar destacado en la cosmovisión de la política ibérica decimonónica. Esta relativa ausencia de fondo investigador ha propiciado que el conocimiento sobre el iberismo sea sumamente superficial, e incluso residual, fuera de los ámbitos más concretos de su estudio por parte de determinados investigadores. El iberismo supone un elemento marginal en muchas de las historias del siglo XIX español y portugués.

En España, la cuestión ibérica se ha visto durante décadas ensombrecida por el conflicto entre el nacionalismo español de matriz castellana y los nacionalismos llamados periféricos, como el vasco, el catalán o el gallego. La aspiración histórica de ciertos sectores sociales a la unión con Portugal es una cuestión que parece reducida al interés particular de ciertos investigadores, cuyas aportaciones son, por otra parte, en su mayoría justas y muy competentes. Además, en términos generales, en Portugal sigue existiendo cierta reticencia a la hora de tratar el asunto con miras más amplias de las que representa el sector más recalcitrante del nacionalismo portugués, que sigue viendo en un supuesto peligro español una amenaza a la existencia de Portugal como Estado independiente y observa, en consecuencia, la posibilidad práctica de cerrar filas en torno a un programa político determinado⁴.

De esta relativa escasez de conocimientos en relación al iberismo se deriva la necesidad de profundizar en el estudio del fenómeno. Suponen muy notables excepciones a este respecto los trabajos de María Victoria López-Cordón (1975), Teodoro Martín (1975, 1981a, 1981b, 1987, 2009), José Antonio Rocamora (1989, 1993, 1994, 2008), Maria da Conceição Meireles Pereira (1991, 1992, 1995, 1996, 1998, 2001a, 2001b, 2004, 2010), o Sérgio Campos Matos (2006, 2009, 2012), así como los de Hipólito de la Torre Gómez, quien se centra en el nacionalismo portugués y en las relaciones intrapeninsulares (1982, 1983, 1988, 1993, 1997, 1998a, 1998b, 2000, 2005)⁵, Fernando Catroga (1985), Germán Rueda (1998) o Valentín Cabero (2004), junto a las recientes y excelentes aportaciones de César Rina Simón (2012, 2013). Las obras de los mencionados investigadores conforman un buen punto de partida para quien inicia un proyecto enfocando su interés en la cuestión ibérica⁶, y sin embargo es natural que, pese a su profundidad y alcance, las aproximaciones, análisis y tesis de los investigadores mencionados no puedan cubrir, sin embargo, todos los aspectos relacionados con el

⁴ Episodios antiespañoles se viven periódicamente en la escena política portuguesa. El más destacado de los últimos años tuvo lugar en la campaña de las legislativas de 2009, cuando ciertas declaraciones de la candidata conservadora sobre la conexión ferroviaria de alta velocidad entre Madrid y Lisboa reabrieron este secular debate. Las visiones aquí apuntadas sobre la percepción del iberismo en Portugal no deben entenderse como afirmaciones generales ni reductoras, sino representativas de un sector sociopolítico concreto.

⁵ Asimismo, el profesor de la Torre Gómez ha tratado las relaciones hispano-portuguesas junto a António Pedro Vicente (1998), Josep Sánchez Cervelló (2000) y António José Telo (2002). Existe también una obra en lengua inglesa sobre la nación y el nacionalismo en la península Ibérica en la apenas que se encuentran dos menciones sobre el iberismo. Ver Mar-Molinero y Smith (1996: 5, 60-61).

⁶ Existe un acercamiento más detallado a las aportaciones de estos y otros autores en el epígrafe 2.4.2.

fenómeno, entre ellos el de sus manifestaciones en la prensa periódica. A este respecto es de justicia señalar el especial interés que tiene, en lo referente a la presente investigación, la tesis de doctorado de la profesora Maria da Conceição Meireles Pereira (1995), quien se ocupó de trazar un profundo y exhaustivo análisis sobre las manifestaciones iberistas y anti-iberistas en Portugal en su ejemplar investigación, titulada *A questão ibérica. Imprensa e opinião, 1850-1870*, tan similar en el tema y tan diferente en los contenidos – más diversos en el caso de Pereira, más específicos y concretos en este estudio–.

Es evidente que la claridad conceptual es un requisito indispensable de cualquier investigación en ciencias sociales para alcanzar la excelencia. Así, para justificar esta tesis interesa también destacar su voluntad clarificadora respecto a determinados términos. A la hora de aproximarse a la cuestión ibérica, el investigador observa una particularidad en torno al concepto central: la voz *iberismo* puede ser interpretada de muy diferentes maneras, teniendo además en cuenta que dicha palabra es idéntica en los dos idiomas mayoritarios de la península Ibérica, con las implicaciones que de ello se derivan: no entendemos lo mismo si decimos *iberismo* en castellano que si lo decimos en portugués (Rivero, 2010). Sin ánimo de consagrar definiciones canónicas⁷, esta tesis doctoral se explica también por el deseo de ofrecer un recorrido por la historia del concepto a través de su uso en la prensa periódica del Madrid del siglo XIX. Algunos estudios sobre la cuestión afirman también la existencia de un cierto *nacionalismo ibérico*, sintagma que debe ser interpretado de manera diferente al iberismo, siendo este último un término de significado connaturalmente polisémico. Así pues, la voluntad de clarificación entre los conceptos de *iberismo* y *nacionalismo ibérico*, y la posibilidad efectiva o no de utilizar este último sintagma es otro de los puntos de interés que justifican la necesidad de afrontar la presente investigación.

Por último, y derivado de todo lo antedicho, los hallazgos potenciales de la tesis serán de suma utilidad para enfocar la cuestión ibérica desde un punto de vista hasta este momento ignorado u olvidado. La aproximación al iberismo desde la óptica de los medios de comunicación social permitirá ajustar la visión y obtener un cuadro más completo de los periodos fundamentales de germinación y crecimiento de dicha ideología durante el

⁷ Las definiciones con voluntad canónica son siempre, en última instancia, absurdas. Este aspecto de la investigación se tratará de forma más extensa en el apartado 0.5.1.3., dedicado a la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos.

periodo de tiempo elegido: 1840-1874. Estos treinta y cuatro años no han sido seleccionados al azar, sino que responden al periodo de mayor auge y desarrollo del iberismo en todo el siglo, como se verá más adelante. Además, al estar centrada la investigación en la prensa de Madrid, termómetro de la prensa española, interesa destacar la relación de las mencionadas fechas con dos sucesos clave en la historia de España: la regencia de Espartero como inicio de la investigación y la descomposición de la Primera República como cierre.

0.3. Objetivos

El problema de investigación —el análisis de los mensajes periodísticos en relación con el iberismo en la prensa madrileña entre 1840 y 1874— plantea varias preguntas, de las que se derivarán los objetivos de la tesis. En primer lugar, cabe preguntarse qué periódicos defendieron en sus páginas la unión de España y Portugal. Una vez identificadas las cabeceras, la siguiente pregunta a plantearse es cuándo lo hicieron y en relación a qué contexto histórico. Una correcta contextualización de los mensajes periodísticos relacionados con el iberismo permitirá analizar en su justa medida las ideas y posicionamientos políticos defendidos por los diferentes periódicos. La última pregunta se refiere a la tipología y calidad de los mensajes emitidos: es necesario clarificar qué clase de mensajes se publicaron, si fueron artículos doctrinales, noticias, sueltos o textos de otro tipo y en qué parte del periódico se encontraron, para de este modo afinar todavía más el juicio que se derivará del análisis de contenido.

Los objetivos de la tesis tienen una doble naturaleza. En primera instancia se pretende completar la historia del nacionalismo ibérico aportando un nuevo punto de vista sobre la cuestión, analizando el contenido de los mensajes emitidos por la prensa periódica de Madrid entre los años 1840 y 1874. Se pretende así ir un paso más allá que los estudios tradicionales sobre la cuestión, enfocados sobre todo a la historia política y, en menor medida, a la historia económica y cultural. El interés del análisis de los mensajes periodísticos relativos al nacionalismo ibérico reside en su carácter doctrinal, político y propagandístico. Como todo mensaje periodístico, su función era la de difundir y promover ideas que tuvieran un efecto en la opinión pública. En este caso, se pretendía crear, afirmar o consolidar una base ideológica de apoyo al nacionalismo ibérico, es decir, al movimiento político que pretendía la fusión de España y Portugal en un solo Estado.

Es precisamente en este punto donde se encuentra la segunda vertiente de los objetivos de la tesis: interesa discernir, como ya se ha mencionado, si es adecuado hablar de nacionalismo ibérico al referirse a los proyectos mencionados, o si bien es más apropiado hablar de iberismo, para utilizar la denominación que tradicionalmente ha empleado la historiografía ocupada con el tema. Dado que hay razones para seguir utilizando la palabra *iberismo*, siendo una de las más importantes justamente el arraigo del término en los estudios sobre la cuestión, es de recibo justificar la conveniencia o no de utilizar el sintagma *nacionalismo ibérico*.

Así, el principal objetivo que persigue esta tesis es la recopilación, selección y análisis de textos relativos a los proyectos de unión ibérica publicados en la prensa de Madrid entre los años 1840 y 1874. Se tratará de establecer un marco analítico comparativo entre aquellos periódicos que trataron el iberismo en sus páginas de forma duradera, para de este modo agregar un aspecto más al conocimiento ya existente sobre la prensa de la época. Junto al análisis de contenido, otro de los objetivos de la investigación será el establecimiento del nivel de militancia de los periódicos estudiados respecto al iberismo, es decir, calibrar su grado de actividad reivindicativa y su horizonte de influencia en la vida política para conocer hasta qué punto la difusión de la propaganda iberista influyó en el posicionamiento político de cada periódico y viceversa.

En un segundo plano, el estudio de los mensajes relacionados con los proyectos de unión ibérica publicados por la prensa madrileña de mediados del XIX pretende aportar un nuevo enfoque sobre el iberismo en su conjunto, en la medida en que este análisis no se limita a seguir la pista de manifestaciones más o menos doctrinarias, sino que aspira a ubicar en un contexto particular la producción periodística relativa a esta ideología y evaluarla en cuanto tal. La cantidad y calidad de artículos, notas o sueltos será tomada en cuenta para valorar la influencia del iberismo en la opinión pública del momento. Es por ello que la investigación intentará transmitir de un modo crítico aquellas informaciones u opiniones a las que tenían acceso los ciudadanos españoles del siglo XIX en el momento de recibir los mensajes periodísticos.

En tercer lugar, será de especial interés analizar la evolución de aquellos conceptos que las élites ideológicas del movimiento iberista decantaban hacia el sedimento

político de la sociedad a través de los periódicos y que lograban penetrar en cierto modo en la opinión pública, al tiempo que modificaban el sentido originario de dichos conceptos. Así, palabras clave como *patria*, *nación*, *nacionalidad* o la misma voz *iberismo* serán analizadas y puestas en valor en relación al contexto histórico en el que fueron emitidas y a su valor semántico.

Por último, esta tesis no quiere perder de vista la perspectiva de las relaciones internacionales, de la comunicación política y de los planteamientos de alto nivel que pretendían hacerse con la iniciativa en el debate en torno a los proyectos de unión de Portugal y España. Este es un aspecto que no se puede descuidar, pese a la intención declarada de centrar el grueso de la atención en los mensajes propiamente periodísticos. Así, se tendrá en cuenta la aparición de memorias, opúsculos o cualquier tipo de publicación relacionada con el nacionalismo ibérico, así como los eventos políticos de mayor trascendencia ocurridos en España y Portugal durante el periodo temporal elegido, con el objetivo de contextualizar de manera adecuada los mensajes publicados en la prensa. El trasfondo político y social servirá para clarificar el papel que jugaron las publicaciones defensoras de la unión ibérica en la configuración de este ideal político y en su propagación.

Esta investigación no pretende meramente acumular o coleccionar datos y citas, sino que aspira a construir una imagen del iberismo en la prensa madrileña del siglo XIX y, por extensión, en la sociedad española de la época. Se intentará recoger lo que fue y lo que quiso ser el iberismo a través de la lectura y el desbrozo de los artículos relacionados con la cuestión, para reconstruir esta ideología desde dentro gracias a los documentos periodísticos que permitan estructurar un retrato recto y justo sobre este movimiento político. De todo lo antedicho se deriva que el objetivo general de la tesis no es presentar una reducción de archivo, sino un cuadro histórico desde la perspectiva de los estudios de la comunicación y la propaganda que aspira a situar lo que el nacionalismo ibérico significó en su tiempo, el ámbito en que se produjo este fenómeno y lo que los iberistas quisieron expresar y efectivamente expresaron en los periódicos.

A lo que aspira la presente investigación es, en definitiva, a desvelar las propuestas iberistas defendidas por la prensa madrileña de la época, vehículo privilegiado para la difusión de las ideas políticas, analizando su contenido y valorando tanto el argumentario

utilizado como las metas ambicionadas, contextualizando la producción textual de las cabeceras estudiadas en su correspondiente marco político, ideológico y cultural.

0.4. Hipótesis

La hipótesis de trabajo básica que se plantea en esta investigación es la de que los periódicos del momento no difundieron propaganda iberista de manera regular ni profunda, siendo esta una de las razones del fracaso de los proyectos de unión de España y Portugal. La falta de apoyo de la prensa sería, de confirmarse esta hipótesis, causa fundamental del fiasco iberista.

Una segunda hipótesis es la de que los mensajes iberistas publicados en la prensa madrileña presentaban a España como un país débil que necesitaba a Portugal para crecer y olvidar su decadencia. Desde los periódicos de Madrid no se va a plantear una unión por medios violentos, sino que los mensajes iberistas van a estar redactados en un registro amistoso, en el que prevaleciera la voluntad de cooperación y ayuda mutua entre ambos países. De ser así, se revelaría cierta continuidad de fondo entre los procesos históricos de España y Portugal, ya que la similitud de los sistemas informativos del momento, en conjunción con una analogía entre los sistemas políticos, propiciaría la aparición de la ideología iberista y su difusión en las páginas de los periódicos.

En tercer lugar, se pretende verificar o falsar la hipótesis de que la prensa madrileña del siglo XIX tiende a hacer del iberismo un arma política de ida y vuelta, tal y como lo fue en Portugal (Meireles Pereira, 1995: 781), sin existir una defensa auténtica de dicha ideología. Según esta hipótesis, el progresismo –siempre más tendente que los conservadores a defender la unión de España y Portugal– habría utilizado el iberismo como instrumento propagandístico para hacerse con el poder y, una vez en el gobierno, no habría puesto a disposición de los proyectos de unión todos los recursos necesarios para implementarlos de manera efectiva. De confirmarse esta hipótesis, se podría afirmar que el iberismo fue en España un instrumento de lucha política al servicio de intereses concretos.

Por último, desde una perspectiva de análisis conceptual, se estima que el iberismo puede ser efectivamente concebido como nacionalismo ibérico, es decir, que a favor de

la unión de Portugal y España existió un verdadero movimiento nacionalista con conciencia de sí propio al que, por otra parte, la mayoría de los estudios sobre la cuestión no hacen referencia o diluyen bajo amplio manto ofrecido por el vocablo *iberismo*.

A la espera de demostrar que se reconocía a sí mismo como tal, se estima que existía un nacionalismo ibérico, en tanto un nacionalismo pragmático sabe que necesita dominar los resortes de poder del Estado para crear o consolidar el sentimiento nacional; en este caso necesitaría en primer lugar crear un aparato nacionalista capaz de crear en la ciudadanía las condiciones de imaginar la nación ibérica, a través por ejemplo de una educación común, una administración conjunta o la creación de una simbología y unos mitos compartidos. El análisis de contenido de los mensajes iberistas en la prensa madrileña entre 1840 y 1874 habrá de determinar la veracidad o falsedad de esta hipótesis^{8 9}.

0.5. Metodología

A la hora de afrontar el estudio de la prensa periódica desde una perspectiva histórica es posible proceder a través de diferentes métodos, cada uno de los cuales incide en una característica determinada del objeto de estudio. Dentro de la división metodológica clásica en ciencias sociales entre procedimientos cuantitativos y cualitativos, entendiendo los procedimientos cuantitativos como aquellos “que aspiran a medir relaciones, o a descubrir nuevas relaciones mediante la estadística” (Aróstegui, 2001: 417) y los cualitativos como los que tratan de “clasificar, tipologizar, reunir los datos, pues, en función de su cualidad, de su carácter –lo que necesariamente exige

⁸ El hablar de nacionalismo ibérico puede dar pie, sin embargo, a malentendidos debido al uso anacrónico del término clave, *nacionalismo*, al situarlo en un marco temporal –el siglo XIX– durante el cual no es utilizado apenas en ningún contexto. Esta incongruencia, este situar en pleno siglo XIX un concepto sociopolítico que solo sería usado de forma generalizada durante el siglo XX y en adelante, responde a la dificultad que supone trasladar el imaginario colectivo de una época pasada a las coordenadas intelectuales del tiempo presente. Esta discontinuidad en el uso léxico ha de ser rastreada gracias a las herramientas metodológicas proporcionadas por la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos. El investigador es consciente de estar, quizá, abusando del lenguaje y sacrificando cierto grado de precisión conceptual en aras de la claridad interpretativa. En cierto modo, sería más adecuado hablar de proto-nacionalismo para referirse al movimiento político que pretendía la unión política de España y Portugal. Sobre este punto se razonará en profundidad en el apartado 2.4.

⁹ La prevalencia de los términos utilizados en las publicaciones impresas a lo largo de varias décadas puede seguirse, ni que sea de manera aproximada y en cierto modo parcial, al tener únicamente acceso a ciertos fondos bibliográficos, a través de la herramienta Google Ngram, disponible en <http://books.google.com/ngrams>

primero del investigador una tarea de conceptualización—” (Aróstegui, 2001: 399), esta tesis se inclina de manera natural, como se expondrá y se justificará posteriormente, por la segunda opción¹⁰.

El examen de la prensa periódica que se lleva a cabo en esta investigación está enfocado hacia un aspecto muy concreto de la misma: se observa la evolución de un proceso sociocultural, la transmisión de mensajes relacionados con los proyectos de unión de España y Portugal publicados entre los años 1840 y 1874 en la prensa de Madrid. En relación a esto, y como ya se ha mencionado en el epígrafe dedicado a los objetivos, una de las aspiraciones fundamentales de este estudio consiste en ofrecer una eventual aclaración sobre el desarrollo de los significados en los usos de las diferentes palabras clave utilizadas por los periódicos en los textos que se analizarán.

Además de prestar especial atención a la evolución de los significados conceptuales, el estudio de los mensajes periodísticos está enfocado también hacia la construcción de una imagen precisa sobre la realidad del fenómeno iberista en el siglo XIX, siempre observado a través de la prensa, contando con las posibles deformaciones de ello derivadas, ya que cada cabecera aporta aproximaciones diferentes a la cuestión, definidas por un barniz ideológico concreto¹¹. Dichas construcciones de imagen y de significado se configuran dentro de los límites internos de un proceso de cambio cultural, que opera integrado en una amplia trama de prácticas sociales definidas por un contexto histórico determinado y por la influencia de los periódicos de diferentes tendencias.

0.5.1. Métodos de análisis

En esta tesis se concibe el método como asistente y no como poseedor de la investigación, es por ello que el diseño metodológico se ajusta al objeto de la

¹⁰ El análisis de los mensajes periodísticos se inserta de lleno en el cruce entre lenguaje y realidad social, por lo que es plenamente lógico optar por una perspectiva cualitativa. No hay que olvidar, sin embargo, como mencionan María del Carmen García Galera y María Rosa Berganza, que “a pesar de lo que algunos han querido ver como diferencias irreconciliables entre el uso de técnicas cuantitativas y cualitativas, en realidad clasificar técnicas de investigación constituye una tarea ardua y complicada, ya que no hay compartimentos estancos ni investigaciones que admitan un único enfoque” (García Galera y Berganza, 2005: 31). No se excluye aquí, por lo tanto, un posible uso futuro de técnicas cuantitativas para aproximarse a la cuestión tratada en la presente tesis doctoral, sino que simplemente se estima como más conveniente para este caso el enfoque cualitativo.

¹¹ Sobre este punto se razonará ampliamente a lo largo del capítulo 1.

investigación y no al contrario. En otras palabras, una vez aclarado *qué* se investiga y *por qué* se lleva a cabo la investigación, es preciso aclarar *cómo* se va a proceder. En este sentido, y en base a los objetivos antes mencionados, se ha optado por implementar un modelo mixto entre el análisis cualitativo de contenido y el análisis del discurso como anclaje metodológico válido para estudiar el impacto del iberismo en la prensa de Madrid entre los años 1840 y 1874. Además, para completar con garantías de éxito el rastreo de la evolución semántica de las palabras clave se utilizarán las herramientas que proporciona la escuela historiográfica de la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos, como se verá unas páginas más adelante. Para profundizar en los conocimientos teóricos y metodológicos manejados por la *Begriffsgeschichte*, y en particular por su máximo representante, Reinhart Koselleck, el investigador tuvo la oportunidad de completar una estancia investigadora de seis meses en la Universidad de Münster.

0.5.1.1. El análisis cualitativo de contenido

Según la definición clásica de Bernard Berelson, “content analysis is a research technique for the objective, systematic, and quantitative description of the manifest content of communication”¹² (Berelson, 1971 [1952]: 18). Pese a la mención expresa del autor sobre la orientación cuantitativa del análisis de contenido, este método ha sufrido a lo largo de varias décadas una evolución que ha propiciado su empleo en investigaciones cuyo objeto de estudio no cuenta con variables susceptibles de medición¹³. Así, la presente tesis doctoral no está orientada a medir, por ejemplo, cuántas veces se utiliza en un texto la palabra *nacionalidad*, sino más bien en qué sentido se utiliza dicho término, qué quiere expresar cada periódico, cada redactor, al emplear esa palabra en un contexto

¹² “El análisis de contenido es una técnica de investigación para la descripción objetiva, sistemática y cuantitativa del contenido manifiesto de la comunicación”. Traducción propia.

¹³ El propio Berelson dedica un capítulo de la obra citada al análisis cualitativo de contenido, si bien coloca el término *cualitativo* entre comillas y no ofrece ninguna definición tan precisa como la anterior. A cambio, enumera siete características que relacionan los análisis cualitativos y los cuantitativos, tanto en base a sus similitudes como a sus diferencias. A continuación se ofrece la comparación de Berelson, traducida del original, entre ambos métodos: 1) gran parte del análisis “cualitativo” es cuasi-cuantitativo; 2) el análisis “cualitativo” está basado a menudo en la presencia o ausencia de un contenido en particular (más que en frecuencias relativas); 3) el análisis “cualitativo” se hace con muestras pequeñas o incompletas; 4) el análisis “cualitativo” contiene normalmente una proporción mayor de afirmaciones de no-contenido que de contenido en comparación con el análisis cuantitativo; 5) el análisis “cualitativo” está relativamente menos preocupado por el contenido en sí que por el contenido como “reflejo” de fenómenos “más profundos”; 6) el análisis “cualitativo” emplea una categorización menos formal que el análisis cuantitativo; 7) el análisis “cualitativo” utiliza temas más complejos que el análisis cuantitativo (Berelson, 1971 [1952]: 114-134). Traducción propia, las comillas aparecen también en el original.

dado. Para ello, en primer lugar se opta por implementar el análisis cualitativo de contenido, entendido como el método que utiliza un procedimiento sistemático para ordenar el material estudiado como parte de una cadena comunicativa, y no como elemento aislado (Mayring, 2010: 29). Este método puede ofrecer un modo de investigación más flexible y dinámico que el consistente en un mero registro de datos, el cual por otra parte podría llegar a derivar en una ruptura del texto entendido como unidad orgánica.

El análisis cualitativo del contenido no implica, lógicamente, una interpretación libre de los textos analizados. Al contrario, han de determinarse ciertas reglas para ofrecer unos resultados, una explicación y una estructuración con criterio al final de la investigación. Un análisis cualitativo de contenido de carácter sistemático necesita la ordenación de las categorías estudiadas dentro de un modelo comunicativo claro, es decir, han de fijarse de manera precisa las metas del análisis, lo cual ya ha sido establecido en epígrafes anteriores. Es de recibo, pues, definir las categorías que se van a estudiar siguiendo un modelo inductivo, analizando los textos para eventualmente esbozar una teoría general al respecto.

En este sentido, en el segundo capítulo de la presente tesis doctoral se establecerá un recorrido por la historia de las teorías sobre la nación y el nacionalismo en las sociedades modernas, partiendo de las aportaciones de Jean-Jacques Rousseau y Johann Gottlieb Fichte para llegar hasta las propuestas de los teóricos más representativos de finales del siglo XX y principios del XXI, como Ernest Gellner, Benedict Anderson o Anthony D. Smith. El objetivo es aprehender ciertos usos, ciertas coordenadas, cierto marco conceptual dentro del cual el investigador entiende que se está hablando de los términos elegidos: la utilización de las palabras *nación*, *nacional*, *nacionalidad*, *nacionalismo*, *estado*, *pueblo*, *patria*, *raza* e *iberismo* por parte de la prensa madrileña del Ochocientos será encuadrada a lo largo del análisis de las fuentes en relación a ciertos significados que se tienen por adecuados en el contexto sociopolítico actual. Las conclusiones ofrecerán un análisis de los significados que los periódicos otorgaban a los conceptos antes mencionados para conseguir un cuadro aproximado de la ideología de las cabeceras estudiadas y de la realidad ideológica que transmitían a sus lectores y, por extensión, a la opinión pública que se veía influida por ellos.

Con la consagración de un método de análisis cualitativo se intenta proceder de manera diferente a lo que constituye la percepción social dominante respecto a los fundamentos cuantitativos de los estudios científicos, que creó a lo largo del siglo XX cierto sesgo estructural contra los estudios de carácter cualitativo (Jensen, 1991: 3). No se está afirmando aquí que los métodos cuantitativos sean inadecuados para el estudio de la prensa; al contrario, cada camino lleva a un puerto diferente y los análisis cuantitativos pueden ser de suma utilidad cuando se busca alcanzar otro tipo de objetivos. En este punto es también de recibo reconocer que el análisis cualitativo de contenido es un método que muestra ciertamente algunas debilidades e implica algunos riesgos respecto a la fiabilidad de los resultados finales, ya que cuenta con un componente de subjetividad relativamente alto a la hora de formular las interpretaciones definitivas, las cuales son enunciadas en base a criterios definidos por los objetivos de investigación. Se espera que la presente tesis doctoral no cometa excesos a este respecto.

Sobre al componente de subjetividad presente en todo análisis cualitativo de contenido, es interesante destacar que “no existen plantillas ya confeccionadas y listas para ser usadas, simplemente se cuenta con algunos patrones base, a veces difícilmente traspasables. Salvo para usos simples y generalizados, como es el caso de la eliminación, próxima a la decodificación, de respuestas en preguntas abiertas de cuestionarios cuyo contenido se liquida rápidamente por temas, la técnica del análisis de contenido adecuada al campo y al objetivo perseguidos, es necesario inventarla cada vez, o casi” (Bardin, 2002: 23). Así, es necesario encontrar un modelo adecuado para alcanzar los objetivos enunciados previamente. En el caso de esta investigación, en primer lugar se realizará una exploración previa sobre los periódicos disponibles a consultar, en segundo lugar se ha de rastrear en dichos periódicos el material disponible en relación al objeto de estudio, y a continuación se asignará a los mensajes iberistas encontrados una orientación entre cinco posibles: totalmente a favor, moderadamente a favor, neutral, moderadamente en contra o totalmente en contra respecto a los proyectos de unión hispano-portuguesa.

0.5.1.2. El análisis del discurso

Se acaba de repasar cómo el objetivo principal del análisis de contenido es hacer inferencias de grandes corpus textuales para destilar características específicas en un contexto determinado. Como señala Klaus Krippendorff (2009: 218), se trata de un

método que puede categorizar muchas pequeñas unidades textuales y desarrollar relaciones estadísticas entre ellas, pero esta no tiene por qué ser su función exclusiva. Desde este punto de vista se puede encontrar un método complementario al análisis de contenido: el análisis del discurso, que implica tradicionalmente la lectura de un corpus textual y la interpretación de dichas lecturas en relación a los contextos, a las tramas sociohistóricas e ideológicas dentro de las cuales se ha generado el propio corpus de textos.

Siguiendo la opinión de Martin Conboy (2004), la actividad periodística tiene lugar en el discurso, el cual ha de ser analizado por el investigador desde dos puntos de vista: en primer lugar, a través de la manifestación al mismo tiempo de texto y contexto, realidades envueltas en una relación de graduación cambiante en la que no hay prevalencia de ninguna de las dos de forma continuada en el tiempo; en segundo lugar, se advierte que el lenguaje trata de intervenir de forma directa sobre la cultura en la que es producido, actuando como creador de arquetipos y como fermento para la formación de nuevos significados aplicables a los objetos de los que se habla, en un juego de doble dirección en el que las interpretaciones de la realidad afectan al lenguaje al tiempo que este influye en la realidad. Como sugieren Sáiz y Fuentes (1993: 538), se entiende que es circunstancia inherente a cualquier texto periodístico –es más, a cualquier texto– la introducción de un desfase entre la realidad y lo que es contado como tal. El origen de lo que se entiende como discurso reside precisamente en ese desfase, en esa divergencia.

Al tratarse de un método utilizado en muy diferentes disciplinas, desde la lingüística hasta la filosofía, pasando por la psicología cognitiva, la antropología y, por supuesto, los estudios relacionados con la comunicación, no es posible alcanzar una definición del análisis del discurso que sea canónica, válida para todas y cada una de sus aplicaciones. Sin embargo, en el contexto en que aquí es presentado se estima como adecuada la aproximación de Kimberly Neuendorf (2002), que explica este método como aquel que se centra en la descripción de temáticas publicadas y difundidas por los medios de comunicación, a través del cual se analiza el contenido de los mensajes y se establece cuáles son los términos centrales gracias a un estudio profundo de las conexiones existentes entre dichas palabras clave¹⁴. Además, se afirma como uno de los principales

¹⁴ También es atractiva la definición del análisis del discurso propuesta por Colleen Cotter, quien observa este método como aquel que trata con “matters related to larger stretches of talk and text beyond the word

objetivos del análisis del discurso de los medios “the registering of the presence of bias or ideology in language, or the problematizing of power relations in society”¹⁵ (Cotter, 2003: 420).

En este sentido, el investigador que sigue las pautas del análisis del discurso puede examinar las estructuras comunicativas y extraer de ellas temas o representaciones dominantes que caractericen autores, épocas o culturas determinadas. Así, los resultados del análisis del discurso periodístico centrado en los conceptos antes apuntados es sumamente interesante de cara a confirmar –o desmentir, en su caso– una relación directa entre el posicionamiento ideológico de los periódicos y su aproximación a la idea iberista. Por otra parte, el análisis del discurso también puede establecer conexiones entre amplias colecciones de textos para buscar patrones de similitudes o diferencias (Krippendorff, 2009: 218). Otra aproximación destacada a la producción periodística a través del análisis del discurso es la que ofrece el lingüista Teun A. van Dijk (1985, 1991, 2001, 2011), quien se basa en la utilización de la ideología como marco explicativo para observar cómo los diferentes grupos sociales están representados en los textos¹⁶.

Los textos codifican valores e ideologías que impactan en el mundo y se reflejan en él, creando un proceso de construcción mutua y dinámica. Los mensajes periodísticos definen al mundo al tiempo que son definidos por él. En este punto se observa una relación dinámica entre texto y discurso, como afirmó Gunther Kress ya en la década de 1980: “Discourse is a category that belongs to and derives from the social domain, and text is a category that belongs to and derives from the linguistic domain. The relation between the two is one of realization: Discourse finds its expression in text. However, this is never a straight-forward relation; any one text may be the expression or realization of a number

or sentence level, including questions of participant, topic, function, and discourse structure” (Cotter, 2003: 418) [“asuntos relacionados con amplias extensiones de habla y texto más allá del nivel de palabra o nivel de frase, incluyendo preguntas sobre el participante, el tema, la función y la estructura del discurso”. Traducción propia]. Esta autora considera como modelos a este respecto los trabajos, comenzados a mediados de la década de 1970, por el Glasgow University Media Group –destacan especialmente los dos primeros trabajos: *Bad News* (1976) y *More Bad News* (1980) –, magistrales en su condición de estudios fundadores del análisis del discurso aplicado a los medios de comunicación.

¹⁵ “El registro de la presencia de sesgo o ideología en el lenguaje, así como la problemática de las relaciones de poder en la sociedad”. Traducción propia.

¹⁶ Para un acercamiento al análisis del discurso en general y a la producción de Teun A. van Dijk –destacado representante del análisis crítico del discurso– en particular, es indispensable consultar la página web de este autor, en la que se ofrece una amplia selección de sus artículos y toda clase de recursos relacionados con este método: <http://www.discourses.org/>

of sometimes competing and contradictory discourses.”¹⁷ (Kress, 1985: 27). Se observa, pues, siguiendo también a Klaus Bruhn Jensen (1991: 9), el análisis del discurso como senda de unificación de los aspectos social y discursivo de la producción de significado. Se trata de una propuesta metodológica, por tanto, que encuentra una posible aplicación en el estudio de procesos socioculturales de características iguales o similares a las del objeto de estudio aquí tratado. Según afirma Van Dijk (1991: 110), “the study of news reports in the press is one of the major tasks of discourse-analytical media research”¹⁸.

Elfriede Fürsich (2009) sugiere que la metodología relacionada con el análisis textual es de especial interés para la investigación en periodismo, al situarse en un momento discursivo único y característico, entre las intenciones del emisor –codificación– y las interpretaciones del receptor –decodificación–. La autora justifica su postura en base a tres argumentos: el carácter narrativo del contenido de los medios, su potencial como lugar de negociación ideológica y su impacto como realidad mediada que necesita de interpretación (Fürsich, 2009: 238). Contemplando el análisis textual como “a type of qualitative analysis that, beyond the manifest content of media, focuses on the underlying ideological and cultural assumptions of the text” (Fürsich, 2009: 240), se considera que este es un método que puede servir para discernir significados latentes, patrones implícitos, suposiciones y omisiones en el texto.

La presente investigación no pretende exclusivamente centrarse en el análisis textual, sino que, partiendo de él, tratará de ubicar una interpretación crítica de los propios textos dentro del contexto sociohistórico enmarcado por la España de los años centrales del XIX. Una de las limitaciones derivadas de este método es precisamente el no prestar suficiente atención a otros aspectos como la producción o la recepción de los textos, que sin lugar a dudas ayudarían a perfeccionar una imagen más completa del objeto de estudio. Así, el investigador es consciente de dejar una puerta abierta a futuras investigaciones en este sentido.

¹⁷ “El discurso es una categoría que pertenece al y deriva del dominio social, y el texto es una categoría que pertenece al y deriva del dominio lingüístico. La relación entre los dos es de realización: el discurso encuentra su expresión en el texto. Sin embargo, esta no es nunca una relación directa; cualquier texto puede ser la expresión o realización de un número de, en ocasiones, discursos enfrentados y contradictorios”. Traducción propia.

¹⁸ “El estudio de noticias en la prensa es una de las tareas principales de la investigación discursivo-analítica de los medios”. Traducción propia.

Dado que las concepciones dominantes del mundo en las sociedades modernas vienen determinadas en buena parte por los contenidos difundidos a través de los medios de comunicación, es de gran interés examinar las estructuras y funciones de los mencionados contenidos. Otro de los principales objetivos del análisis del discurso, siguiendo a Van Dijk (1991), es la descripción y el análisis de los textos periodísticos a nivel fonético, gráfico, morfológico, sintáctico o estilístico, entre otros, pero sin renunciar en ningún caso a la interpretación de la realidad de los contextos cognitivo, social, político y cultural en los que se originan y propagan esos textos. La presente investigación tendrá en cuenta particularmente el contexto político de los textos analizados, que serán comparados y contextualizados en base a la evolución histórica e ideológico-política de las sociedades ibéricas de la época. Se considera, en definitiva, el estudio del lenguaje como una manera poderosa de examinar la estructura ideológica existente detrás del texto –así como debajo de él y en torno a él–.

Sin ánimo de entrar en campos ajenos a los objetivos y alcance de esta tesis doctoral, en este punto se percibe ya como evidente el hecho de que el anclaje metodológico utilizado tiene relación directa o indirectamente con la tradición filosófica que desde finales de la década de 1960 se engloba bajo el término de “giro lingüístico”. Se observa el lenguaje –y junto al lenguaje, la comunicación– no como un mero reflejo de la realidad o una representación de la misma, sino como medio constitutivo de lo real¹⁹. El método utilizado también recibe aportes del constructivismo, paradigma epistemológico que no considera la realidad como diferenciada del observador independiente ni como algo existente únicamente dentro de la mente humana, sino como parte de un proceso circular que implica la existencia de varias categorías como la percepción, la acción, la concepción y la construcción de los objetos observados (Krippendorff, 2009: 174). Sin embargo, junto a esta aproximación es preciso evitar la ingenuidad que supone negar la influencia del sedimento histórico en la conformación de la realidad y no caer en la tentación de exagerar la influencia, poderosa y cierta, del lenguaje en la forma de ver el mundo. Para ello, es de recibo apropiarse de la caja de herramientas servida por la escuela histórica de la *Begriffsgeschichte* al investigador que, orientado con la brújula de la historicidad de los conceptos y la imposibilidad de definirlos

¹⁹ Se pueden rastrear los orígenes y el desarrollo del giro lingüístico en las obras de Wittgenstein (1953), Winch (1958), Austin (1962), Berger y Luckmann (1966), Rorty (1967), Searle (1969, 1995), Geertz (1973), Luhmann (1989), Von Glasersfeld (1995) y Gergen (1999), entre otros.

de manera terminante, trata de no perderse en la madeja del lenguaje y evitar el cortocircuito de cualquier conexión con la realidad y la experiencia no lingüística. La realidad histórica se sitúa en un *entre*, fuerza y es forzada, se refiere al pasado y construye el futuro, no termina de separarse del lenguaje y es a la vez independiente de él²⁰.

Algunos autores consideran que el discurso es una práctica social que posee de manera intrínseca un carácter constructivista, el cual forma las realidades sociales al tiempo que es formado por ellas: “It is through discourse that language users constitute social realities: their knowledge of social situations, the interpersonal roles they play, their identities and relations with other interacting social groups”²¹ (Barker y Galasiński, 2001: 63). Otros van más allá, y afirman que el significado de las palabras se negocia y que el conocimiento es creado por la interacción simbólica, observando el lenguaje como una construcción más social que mental: “It seems to be impossible to escape the notion that it is we, the members of a discourse community, who negotiate and determine the way in which we cut up into more or less discrete entities the spatial, temporal and [e]motional stuff of the world out there, for our own purposes”²² (Teubert, 2010: 180). En todo caso, es claro que “discourse constitutes social practice and is at the same time constituted by it.”²³ (De Cillia, Reisigl y Wodak, 1999: 157).

En este punto es de interés repasar la aproximación de Julio Cabrera a la construcción nacional a través del discurso. Este autor, cuyo estudio se centra en el caso de Galicia, emplea una perspectiva constructivista para acercarse al discurso nacionalista como creador de significados y, por tanto, modificador de las realidades sociales. Cabrera define el nacionalismo como “una práctica ideológico-política que predica la nación sobre un conjunto de personas en función de algo que les es común” (Cabrera, 1992: 2). Desde este punto de vista, la nación no es más que una realidad entre otras muchas posibles, que la ideología nacionalista trata de imponer, entre otras formas, a través de los mensajes

²⁰ Las aportaciones de la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos serán desarrolladas unas páginas más abajo, en el epígrafe 0.5.1.3.

²¹ “Es a través del discurso que los usuarios del lenguaje constituyen realidades sociales: su conocimiento de las situaciones sociales, los papeles interpersonales que representan, sus identidades y las relaciones con otros grupos sociales con los que interactúan”. Traducción propia.

²² “Parece imposible escapar de la noción de que somos nosotros, los miembros de una comunidad de discurso, quienes negociamos y determinamos la manera en que troceamos en entidades más o menos pequeñas la materia espacial, temporal y emocional del mundo exterior, para nuestros propios propósitos”. Traducción propia.

²³ “El discurso constituye la práctica social y está al mismo tiempo constituido por ella.” Traducción propia.

difundidos por los medios de comunicación. Cabrera, desde una perspectiva sociolingüística, construye un sistema de análisis del discurso en el que se miden mediante técnicas estadísticas las operaciones de construcción de significados. El autor concluye que el concepto de nación se crea fundamentalmente en base a un discurso maniqueo, de oposiciones binarias, a través del cual se intenta hacer objetiva una realidad que pueda resultar “autoevidente” frente a otras de similar entidad, pero tenidas por construcciones artificiales (Cabrera, 1992).

Así, junto al análisis cualitativo de contenido previamente apuntado, que encuadrará los mensajes iberistas –y a los periódicos que los publicaron– en función de su posicionamiento respecto a los proyectos de unión hispano-portuguesa, habrá también sitio en esta tesis para una interpretación contextualizada y comparada, basada en la codificación de conceptos centrales como *nación, nacional, nacionalidad, nacionalismo, estado, pueblo, patria, raza* y, más específicamente, *iberismo*. Esta interpretación servirá para encuadrar la orientación de las cabeceras analizadas en relación al fenómeno social iberista y al conjunto de la realidad histórico-política de la España del momento.

Este último punto, el de la interpretación de los resultados, es fundamental para culminar los objetivos de la presente tesis doctoral. Se parte de la base de que la información en sí misma, entendida como el dato y su procesamiento, no tiene otro valor que aquel otorgado por el usuario a través de la interpretación personal o colectiva. En palabras de Klaus Krippendorff (2009: 237), “the significance of information does not derive from the matter and energy that is inevitably involved in any exchange of messages, but from the interpretations it affords. Information is what we do with the messages we receive, not what they contain”²⁴. Del mismo modo, Arthur Asa Berger (2011) afirma que los hechos nunca hablan por sí mismos, sino que deben ser inevitablemente interpretados y puestos en perspectiva. Se entiende que la comprensión del mundo –o al menos el intento de darle un sentido– viene determinada por los significados que las personas otorgamos a los mensajes recibidos. Es por ello de sumo interés encuadrar los mensajes iberistas emitidos por la prensa madrileña en los años centrales del siglo XIX dentro de su contexto histórico, para así poder interpretar

²⁴ “La importancia de la información no deriva de la materia y la energía que están inevitablemente implicadas en cualquier intercambio de mensajes, sino de las interpretaciones que permite. La información es lo que hacemos con los mensajes que recibimos, no lo que contienen”. Traducción propia.

correctamente en la actualidad lo que supuso la recepción de esos mensajes por parte de los círculos políticos del país.

En definitiva, el tipo de análisis elegido para esta investigación se centrará en desgarnar los aspectos ideológicos y propagandísticos en torno a la cuestión ibérica subyacentes en el mensaje periodístico de carácter doctrinal emitido por los diarios y revistas seleccionados como muestra.

0.5.1.3. Reinhart Koselleck y la historia de los conceptos

Como contrapunto a una metodología quizá demasiado centrada en la categorización absoluta del lenguaje como hecho constitutivo de la realidad, y pensando en la necesidad de una eficaz toma de partido en relación al segundo objetivo de la tesis, a saber, la conveniencia de distinguir o no entre los términos *iberismo* y *nacionalismo ibérico* para llegar a un conocimiento adecuado de lo que supusieron las tendencias a unificar políticamente España y Portugal en el marco temporal estudiado y su consiguiente interpretación en el tiempo presente, se opta por implementar el uso de ciertas herramientas metodológicas proporcionadas por la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos, una de las corrientes historiográficas de mayor peso en las tres últimas décadas, que encuentra su representante por excelencia en la figura de Reinhart Koselleck²⁵.

No se afirma aquí que la historia de los conceptos niegue el peso decisivo del hecho lingüístico como creador de realidad, antes bien, dicha idea es elemento central de

²⁵ Reinhart Koselleck (1923-2006) es considerado uno de los historiadores más influyentes del siglo XX. Discípulo, entre otros, de Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer, pero sobre todo de Carl Schmitt, a quien siempre defendió, ha sido por ello acusado de mantener una posición cuanto menos ambigua respecto al régimen nazi. Después de combatir cuatro años en las filas de la Wehrmacht y pasar más de un año como prisionero de guerra, entre 1947 y 1953 estudió historia, filosofía, derecho y sociología. Se puede ofrecer un recorrido esquemático de su obra dividiéndola en tres fases: 1. Aplicación de una historia conceptual dentro de la tradición hermenéutica, apegada a las fuentes y a los textos concretos. Destaca aquí su tesis doctoral, *Kritik und Krise* [la primera edición alemana en libro data de 1959, la traducción española más reciente se encuentra en Koselleck (2007)]; 2. Desarrollo metodológico de la semántica histórica, apuntando una evolución hacia la historia constitucional. En este periodo se encuentra su obra más descolante, *Vergangene Zukunft* (primera edición alemana de 1979, disponible en castellano en una edición de Paidós en 1993); 3. Puesta en marcha de una epistemología extratextual de la historia, crítica con la historia de las ideas e irreductible a la interpretación de fuentes, que encuentra su expresión en el debate con Gadamer, *Historik und Hermeneutik* (primera edición alemana de 1987, editada diez años más tarde por Paidós con introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina con el título de *Histórica y hermenéutica*).

esta rama de la investigación histórica. De hecho, autores como Kari Palonen han descrito la *Begriffsgeschichte* como “otra versión” del giro lingüístico (Chignola, 1998: 20), otros como Georg Iggers y Edward Wang (2009: 304) incluyen unas líneas sobre Koselleck en el epígrafe de su obra dedicado al postmodernismo y al giro lingüístico, mientras que el profesor Melvin Richter (2001) habla directamente de la “versión alemana” del célebre giro (cit. en Sánchez-Prieto, 2012: 482). Asumiendo este punto de vista, es decir, asumiendo la influencia del giro lingüístico en la historia de los conceptos representada por Koselleck, se observa cómo esta ofrece un límite a aquel, al observar efectivamente una cesura entre lenguaje y realidad, un intersticio en el cual precisamente se insertan los conceptos, que, como se verá, actúan como bisagra. Aun reconociendo su deuda con el trabajo de Gadamer²⁶, Koselleck se aparta en cierto modo de su maestro y encuentra un camino alternativo para desarrollar sus proposiciones: “Las teorías actualmente en boga que reducen la realidad al lenguaje olvidan que todo lenguaje tiene siempre dos caras. Por un lado, el lenguaje es receptivo y registra [...] Por otro lado, el lenguaje, en su función activa, asimila todos estos contenidos y estados de cosas extra-lingüísticos. [...] Sin conceptos no hay experiencia y sin experiencia no hay conceptos” (Koselleck, 2004: 30). Esta última frase revela la filiación kantiana del autor, como él mismo reconoce en el ensayo citado (Koselleck, 2004: 28).

La historia de los conceptos a la manera de Koselleck se ocupa de examinar la corriente perenne de renovación y reambientación de los actos del lenguaje. La singularidad de los significados solo puede estudiarse respetando, pues, cada uso en su arco histórico correspondiente (Chignola, 1998: 27). Es crucial comprender la función que este autor otorga al uso de las palabras para diferenciar la actividad del historiador de los conceptos de aquella que desarrolla el historiador de las ideas, entendidas estas como inmutables: Koselleck afirma que la historia de los conceptos “trata del uso del lenguaje específico en situaciones específicas, en cuyo seno los conceptos se desarrollan y son usados por hablantes específicos” (cit. en Merlo, 1998: 94), descartando la existencia efectiva de tipos conceptuales ideales sobre los que reflexionar más allá de la historia.

²⁶ La obra *Histórica y hermenéutica*, ya citada, encuadra el debate teórico que mantuvieron Gadamer y Koselleck a la altura de 1987. Para el historiador de los conceptos, la historia (*Geschichte*) es un conjunto de hechos que pueden ser estudiados haciendo inventario de los datos disponibles y elaborando sobre ellos, mientras que la histórica (*Historik*) representa las condiciones de posibilidad de la historia y se constituye como una teoría de las historias posibles. Para profundizar en la concepción koselleckiana de la histórica, cabe consultar su obra póstuma *Zeitschichten* (2013).

La importancia del contexto donde se desarrollan los conceptos, donde cobran vida, es fundamental dentro del marco metodológico de la *Begriffsgeschichte*, que estudia el lenguaje político desde una perspectiva estrictamente histórica y afirma que el pensamiento y el comportamiento políticos no pueden ser entendidos sin referencias al contexto original en el que surgen y toman forma. Además, es necesario colocar en la perspectiva del presente las diferentes formas de uso del lenguaje en el pasado. Siguiendo lo expresado por Faustino Oncina (1998: 117), “comprender creencias y usos conlleva hacerlos inteligibles en nuestro marco de referencia; el intérprete tiene que relacionar el texto con su propia situación si desea entenderlo adecuadamente. Parece innegable que el historiador necesariamente relaciona lo que trata de entender con su propia situación hermenéutica concreta”. De este modo, se comprende la historia de los conceptos como un útil interpretativo orientado tanto a la recuperación de los usos históricos del léxico político como al esclarecimiento del significado que los conceptos políticos toman en su uso acostumbrado en el tiempo presente.

La *Begriffsgeschichte* como disciplina histórica, en expresión de Koselleck, “hat es immer mit politischen oder sozialen Ereignissen oder Zuständen zu tun, freilich nur mit solchen, die bereits früher in der Quellsprache begrifflich erfaßt und artikuliert worden sind”²⁷ (Koselleck, 2000: 120-121). Pese a la aparente rotundidad de esta aserción es necesario destacar, con Chignola (2003: 35), que la historia de los conceptos únicamente funciona partiendo de una hipótesis fuerte, orientando la significación hacia el presente y centrándose en el periodo de tiempo comprendido entre 1750 y 1850, que Koselleck en un principio denominó *Sattelzeit* y después hizo evolucionar hacia *Schwellenzeit*, por considerar esta última denominación más adecuada²⁸. La hipótesis del

²⁷ “siempre tiene que ver con acontecimientos o situaciones sociales, y de hecho solo con aquellas que ya han sido previamente comprendidas y articuladas en el lenguaje de las fuentes”. Traducción propia.

²⁸ Mientras que el significado de las palabras alemanas *Zeit* (tiempo) y *Schwelle* (umbral) es claro, el término *Sattel* ofrece más dificultades a la traducción. *Sattel* se puede referir a la silla de montar a caballo, también al sillín de la bicicleta o bien, en geografía, al punto más bajo entre dos montañas, por donde suele discurrir un camino de paso. Existen diferentes propuestas para la traducción de *Sattelzeit*, término que ha dado lugar a numerosas polémicas. En esta tesis, la traducción sugerida por el investigador para *Sattelzeit* y *Schwellenzeit* sería “tiempo de paso” y “tiempo umbral”, respectivamente. De este modo se opta por dos soluciones similares, ya que en definitiva la idea central que exponen ambas palabras es la referida al proceso histórico que comienza con la expansión del pensamiento ilustrado y culmina con la entrada en la modernidad. En todo caso, según reconoció el propio Koselleck en la última entrevista que concedió, desde un punto de vista teórico el término *Sattelzeit* muestra ciertas debilidades (Fernández Sebastián y Fuentes, 2006b).

Sattelzeit o tiempo de paso afirma que el léxico político alemán soportó durante el tránsito entre los siglos XVII y XVIII una evolución, una honda metamorfosis que lo hizo remozarse de raíz y que fue articulada a través de un cambio radical en la significación de los conceptos políticos. Este tiempo de paso supuso, siguiendo la hipótesis, la irrupción de la modernidad²⁹.

Pese a las críticas de autores como John G. A. Pocock, para quien la aceptación de esta hipótesis supondría algo así como una germanización de la historiografía, el tiempo de paso propuesto por Koselleck puede resultar de correcta aplicación en el marco general de Europa occidental, incluyendo por supuesto el caso de España (Oncina, 1998; Fernández Sebastián y Fuentes, 2006b). La conformación del *Sattelzeit* como proceso histórico viene marcada por la confluencia de cuatro fenómenos que, según Koselleck (1972: XVI-XIX), permiten el cambio en la interpretación clásica de los conceptos políticos e inaugura la modernidad sociopolítica: se trata de los procesos de democratización, temporalización, ideologización y politización de los conceptos.

Para completar el cuadro teórico, Koselleck agrega dos categorías de pensamiento que constituyen la historicidad como constructo moderno y son condición, nada menos, para que se dé la propia posibilidad de historia: el espacio de experiencia (*Erfahrungsraum*) y el horizonte de expectativa (*Erwartungshorizont*). En una de sus obras cumbre, *Vergangene Zukunft*³⁰, el historiador nacido en Görlitz expone rotundamente su tesis: “Erfahrung und Erwartung sind zwei Kategorien, die geeignet sind, indem sie Vergangenheit und Zukunft verschränken, geschichtliche Zeit zu thematisieren. Die Kategorien sind geeignet, geschichtliche Zeit auch im Bereich empirischer Forschung aufzuspüren, weil sie, inhaltlich angereichert, die konkreten Handlungseinheiten im Vollzug sozialer oder politischer Bewegung leiten”³¹ (Koselleck,

²⁹ “Der heuristische Vorgriff der Lexikonarbeit besteht in der Vermutung, daß sich seit der Mitte des achtzehnten Jahrhunderts ein tiefgreifender Bedeutungswandel klassischer topoi vollzogen, daß alte Worte neue Sinngehalte gewonnen dürftig sind. Der heuristische Vorgriff führt sozusagen eine „Sattelzeit“ ein, in der sich die Herkunft zu unserer Präsenz wandelt.” (Koselleck, 1972: XV): “La anticipación heurística del trabajo del lexicón consiste en la hipótesis de que desde mediados del siglo XVIII se implementó un profundo cambio de significado de los *topoi* clásicos, que hizo adquirir a las viejas e insuficientes palabras nuevos contenidos semánticos. La anticipación heurística introduce por así decir un “tiempo de paso”, durante el cual el sentido original se transforma hacia nuestra presencia”. Traducción propia.

³⁰ *Futuro pasado*, edición ya mencionada en la nota 1.

³¹ “La experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas, en tanto entrecruzan el pasado y el futuro, para tematizar tiempos históricos. Dichas categorías son adecuadas para detectar el tiempo histórico en el

2000: 353). La temporalización de los conceptos, entendida como aspecto fundamental del *Sattelzeit*, es decisiva en tanto provoca una aceleración del tiempo histórico que incide en la fractura entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa. Es precisamente al quebrarse la correspondencia entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa cuando tiene lugar la historia.

En el terreno empírico, y concretamente en lo relativo al papel que juegan las fuentes y su interpretación para poder alcanzar un conocimiento histórico inteligible en el presente, en esta tesis se trabaja en la misma línea de lo expresado por Sandro Chignola (2003: 65), quien es de la opinión de que “solo se puede acceder al pensamiento antiguo si evitamos hipostasiar o universalizar las categorías de la ciencia política moderna”. Esto no es impedimento para la utilización, por parte de un investigador consciente de ello, de una terminología que se concibe llena de sedimentos semánticos inscritos en la modernidad y que se pueden aplicar en algún caso a la narración del pasado, siempre evitando la caída en el anacronismo.

La relación entre términos pasados y presentes supuso un conflicto en el seno de la *Begriffsgeschichte* entre Koselleck, consciente de la relación de los diferentes significados de un concepto en todo su arco histórico, y Otto Brunner, defensor de la lealtad extrema al lenguaje de las fuentes, que serían objetivas y soberanas respecto de la estructura conceptual del presente y negarían así en la práctica cualquier posibilidad cierta para que el historiador pudiera llevar a cabo su trabajo sin caer en un absurdo semántico y en una obstaculización de cualquier conocimiento³². Para llegar a buen puerto con las herramientas de la historia de los conceptos es preciso ser plenamente consciente de la posibilidad efectiva de comunicación con el pasado. Según Giuseppe Duso, “para captar la experiencia de lo que precede al sistema de los conceptos modernos se va a las fuentes, operando a la vez sobre los conceptos modernos y sobre el léxico que está a nuestra disposición. [...] Se nos abre a la vez la posibilidad de comprender el modo en que los

ámbito de la investigación empírica porque, enriquecidas en su contenido, conducen a las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político”. Traducción propia.

³² “Eine quellsprachlich gebundene Darstellung der Verfassungsgeschichte wird stumm, wenn die vergangenen Begriffe nicht übersetzt oder umschrieben werden. Sonst handelt es sich um eine Textwiedergabe alter Quellen in Verhältnis von 1:1” (Koselleck, 2006: 373): “Una representación de la historia constitucional sujeta a las fuentes enmudece si los conceptos pasados no son traducidos o reescritos. En otro caso se trata de una reproducción textual de fuentes antiguas en una relación 1:1”. Traducción propia.

hombres se han relacionado entre sí en épocas diversas y han entendido la política, junto con una aproximación a la época moderna con armas que no están constituidas solamente con el aparato conceptual moderno” (Duso, 1998: 69).

Así, la historia de los conceptos abre la puerta a la integración de las perspectivas sincrónica –que se hace cargo del significado del concepto en la particularidad de su contexto original– y diacrónica –capaz de integrar al concepto en un conjunto en el que se reconozca la historicidad del significado–. La historia de los conceptos implica una mediación entre el lenguaje de las fuentes y el lenguaje del presente, poniendo a ambos en contacto (Merlo, 1998: 93-94). Es necesario, en este punto, cierta profundización sobre lo que Koselleck entiende por “concepto”, siendo algo distinto a una idea, a un significado y, sobre todo, distinto a una palabra: “Gedankliche oder sachliche Bedeutungen haften zwar am Wort, aber sie speisen sich ebenso aus dem intendierten Inhalt, aus dem gesprochenen oder geschriebenen Kontext, aus der gesellschaftlichen Situation. Das gilt zunächst für beide, für Worte und Begriffe. Ein Wort kann nun –im Gebrauch– eindeutig werden. Ein Begriff dagegen muß vieldeutig bleiben, um ein Begriff sein zu können”³³ (Koselleck, 2000: 119). Las palabras, pues, se diferencian de los conceptos ya que únicamente son capaces de alcanzar cierto nivel semántico, inferior en todo caso al que ofrecen aquellos. Koselleck entiende que “ein Wort wird zum Begriff, wenn die Fülle eines politisch-sozialen Bedeutungs- und Erfahrungszusammenhangs, in dem und für den ein Wort gebraucht wird, insgesamt in das eine Wort eingeht”³⁴ (Koselleck, 2000: 119). Las palabras, pues, se limitan a portar conceptos y no son productoras de significado sino cuando se producen cambios y fracturas en la historia social³⁵. El valor de los conceptos, de este modo, se observa en el uso cotidiano y no está en los diccionarios corrientes, que

³³ “Es cierto que los significados intelectuales o reales se pegan a la palabra, y sin embargo se alimentan también del contenido pretendido, del contexto hablado o escrito, de la situación social. Esto es válido para ambos, palabras y conceptos. Una palabra puede –en su utilización– ser unívoca. Un concepto, por el contrario, ha de mantenerse polisémico para poder ser un concepto”. Traducción propia.

³⁴ “una palabra se convierte en concepto cuando el conjunto del contexto sociopolítico de experiencia y significado, en el cuales y para el cual se utiliza una palabra, entra en el conjunto de esa única palabra”. Traducción propia.

³⁵ Dentro del fardo de los conceptos históricos, y habiendo comprendido que no todas las palabras son conceptos, es conveniente resaltar que tampoco todos los conceptos son *conceptos fundamentales*. Son estos últimos, como se sabe, los que se estudian en la obra magna editada por Koselleck, Brunner y Werner Conze, el lexicón de conceptos históricos fundamentales de la lengua alemana, y entre ellos se encuentra aquel que más interesa para el desarrollo de esta tesis: *Nation* (nación), concepto que en dicha obra, significativamente, no cuenta con una entrada propia y está incluido en el epígrafe dedicado a *Volk* (pueblo), junto con *Nationalismus* (nacionalismo) y *Masse* (masa). Por otro lado, si se está interesado en la relación entre la metodología de la historia de los conceptos y las traducciones conviene consultar el volumen editado por Martin J. Burke y Melvin Richter (2012).

suelen aspirar a fijar definiciones canónicas; bien al contrario, los contenidos semánticos de los conceptos son en todo caso múltiples y están ligados a un contexto histórico determinado. Destaca aquí el influjo de Nietzsche, para quien solo es definible aquello que no tiene historia (cit. en Koselleck, 2000: 120).

El concepto se carga de una función de síntesis y unificación que, expresada en un contexto concreto, recoge el carácter múltiple de la experiencia histórica (Merlo, 1998: 87). El sentido de los conceptos, en su carácter simultáneo de índices y factores del desarrollo histórico, viene determinado por tiempos históricos estructurales, de manera que “el mismo término puede albergar contenidos semánticos completamente diferentes en un mismo momento histórico dado, mostrando así en su seno estratos temporales diferentes, convivencias contemporáneas de lo no-contemporáneo” (Villacañas, 2003: 71). El objeto de la historia de los conceptos es precisamente la franja de afinidad entre el propio concepto y la historia “en que se condensa, se perpetúa o se renueva una concreta modalidad de experiencia histórica” (Chignola, 2003: 36). Es precisamente en este nivel pragmático de la historia conceptual donde se observa la condición de bisagra con la que operan los conceptos, que son un punto de encuentro, un gozne entre el lenguaje y la realidad, tamizado además por la experiencia del tiempo.

El concepto histórico encuentra su terreno en la diferencia existente “entre la lengua de la representación historiográfica y el contexto que se investiga” (Chignola, 1998: 20), y es entonces cuando se obtiene un significado concreto en relación a un determinado contexto; en otro caso habría que aceptar la existencia de conceptos universales y perennes independientes del momento histórico en que se hubieran desarrollado, planteamiento que alejaría cualquier investigación de las coordenadas de la *Begriffsgeschichte* en la versión de Koselleck. A este respecto es sumamente importante destacar, con Duso (1998: 45), que “entre concepto y realidad histórica puede no haber una inmediata pertinencia, sino más bien *tensión*” [en cursiva en el original]. Esta tensión entre realidad y registro lingüístico es constante, y el contexto de aceleración del tiempo histórico, característico de la modernidad, apunta a la necesidad de transformación y reestructuración continua de los conceptos, si es que con ellos se pretende llegar a comprender, ni que sea mínimamente, el desarrollo socio-histórico. La renovación necesariamente constante en el significado de los conceptos va de la mano con la evolución de la historia, que a su vez tiene su base en la ya mencionada fractura

ininterrumpida entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa (Vázquez, 1998: 129).

Se pueden establecer en este punto dos conclusiones básicas: en primer lugar, se observa que los conceptos políticos, al ser utilizados como artefactos argumentativos, son parte constitutiva de la realidad social, cuya evolución influye a su vez en la carga semántica de los propios conceptos. La relación es sumamente estrecha y resuelve el estudio de la historia de los conceptos en el marco de las diferentes formas de cambio político, social y cultural. En segundo lugar, los conceptos adquieren su significado a partir de los usos cotidianos en determinados contextos históricos, que devienen imprescindibles para comprender la evolución conceptual tanto en el análisis sincrónico como en la perspectiva diacrónica.

La conciencia de la falla que forzosamente se da entre los hechos y el lenguaje es el punto de arranque de la historia de los conceptos, que destaca “el carácter inevitablemente histórico del conocimiento y del lenguaje que hace posible ese conocimiento” (Fernández Sebastián y Fuentes, 2004: 13). Ni hay una correspondencia directa y limpia entre los conceptos y la realidad ni tampoco la hay entre los términos utilizados por los actores políticos del pasado y aquellos que ponen en práctica los historiadores del presente. Así, la tarea es doble: “por un lado, se trataría de reconstruir el significado de los conceptos en el lenguaje de las fuentes [...]; una segunda aproximación se esforzaría en someter el pasado a nuestro propio vocabulario y utillaje analítico [...]. La frontera entre esas dos maneras de estudiar la historia es, sin embargo, sumamente porosa, lo que hace extraordinariamente difícil mantener separados ambos planos.” (Fernández Sebastián y Fuentes, 2004: 14). En la capacidad del investigador para utilizar con habilidad las herramientas —el enfoque teórico y los conocimientos— que proporciona la *Begriffsgeschichte* para enfrentarse a esta doble tarea está la clave para completar un análisis sólido de las fuentes periodísticas utilizadas, que a su vez provea conclusiones válidas para comprender la cuestión ibérica en su marco conceptual.

Los doctrinales de la prensa, caracterizados por su voluntad de persuasión y por una marcada disposición argumentativa, pueden ser considerados textos de intervención política, y en cuanto tales son susceptibles de ser investigados bajo el marco metodológico de la historia de los conceptos. Se ha visto cómo estos cambian constantemente, son

elusivos, imprecisos, variables, polisémicos y discutibles; además, del mismo modo que en el momento presente no se puede ofrecer una definición canónica de los conceptos, muy probablemente ni siquiera los propios autores del pasado eran plenamente conscientes de lo que de una manera exacta querían expresar utilizando unos conceptos u otros (Fernández Sebastián, 2004: 145).

Así, sirva como corolario de este epígrafe la afirmación de que la tarea del historiador de los conceptos, en tanto intérprete y analista siempre respaldado por fuentes y argumentos lógicos, es una tarea perpetua, pues esas mismas interpretaciones y análisis han de estar permanentemente abiertos a discusión y reinterpretación, sin posibilidad de reducir y controlar las interpretaciones posibles ni de imponer ningún significado, como indica Aguirre (2005), todo ello en base a la historicidad de los conceptos, siempre presta a modificar su sentido en combinación con la proyección de percepciones sobre el texto por parte del historiador en el momento de la lectura.

0.5.2. Acotaciones espacio-temporales

A lo largo de las páginas previas se ha mencionado en repetidas ocasiones que esta tesis doctoral estudia los mensajes iberistas publicados en la prensa de Madrid entre 1840 y 1874. Estas acotaciones espacio-temporales no son fruto de la casualidad, sino de un diseño previamente trazado con detenimiento. En cuanto a la decisión de estudiar únicamente la prensa editada en Madrid, responde en primer lugar a la realidad de que los periódicos de la capital de España, a lo largo de la historia y en especial durante el siglo XIX, han sido los más numerosos, los más influyentes y los que más cantidad de páginas han legado a la posteridad (Tuñón de Lara, Elorza, Pérez de Ledesma, 1975; Almuiña Fernández, 1980; Rojas Friend y Fuentes, 1998; Fuentes y Fernández Sebastián, 1998). La condición de centro político nacional permitió a la ciudad de Madrid desarrollar una industria periodística de gran calado, la cual ocupó a lo largo de los años un mayor espacio de producción periodística en comparación con que la de cualquier otra ciudad española, observada tanto en número de suscriptores como en tirada de periódicos³⁶.

³⁶ Es cierto que hubo algunas excepciones puntuales, como la concentración de diarios editados en Cádiz durante el periodo 1808-1814.

Por otra parte, gran cantidad de informaciones reproducidas en la prensa de otras regiones procedía directa o indirectamente de aquello que previamente se había publicado en Madrid. No se trata de restar importancia a otros centros periodísticos ni a publicaciones editadas fuera de la capital española, sino de resaltar el papel preponderante que tuvo y tiene Madrid a este respecto. Además, otra razón no menos importante que lleva a tomar la decisión de circunscribir la investigación a la prensa madrileña es la referida a la optimización de los recursos. El trabajo de búsqueda y selección de periódicos se concentra así en unas pocas hemerotecas, no por ello escasas en materiales de consulta. Ello facilita en cierto modo el trabajo de selección de mensajes, que si se extendiera al resto del territorio español supondría un coste en tiempo y capital mucho mayor. Se observa en este punto una de las debilidades del presente estudio, que podría ser ampliado en el futuro con el análisis de los mensajes iberistas publicados en periódicos del conjunto de España.

Respecto al periodo de tiempo estudiado, la razón de la elección es clara: los treinta y cuatro años que abarca esta tesis se corresponden con el tiempo durante el cual el iberismo gozó de una mejor salud, al menos por parte española, como certifican todos los estudios sobre la cuestión. El fin de la regencia de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias marca el inicio del periodo investigado, que continúa con la regencia de Espartero y las dos décadas y media de reinado isabelino, para culminar en el sexenio revolucionario, época durante la cual se vivió en Madrid –y en toda España– una explosión publicística sin precedentes. Por supuesto que antes y después de las fechas elegidas se emitieron mensajes iberistas en la prensa periódica, pero la intensidad y el peso específico de dicha ideología en la política española no es comparable a la que vivió entre 1840 y 1874.

0.5.3. Fuentes

Las fuentes utilizadas para la investigación están conformadas por un amplio corpus de periódicos editados en Madrid entre los años 1840 y 1874. La lista suma un total de noventa y tres cabeceras, que se enumeran en el anexo correspondiente. Además de las acotaciones espacio-temporales antes mencionadas, el criterio fundamental para la selección de los periódicos ha sido su relevancia en la época en que fueron publicados: se

han elegido periódicos políticos cuya serie conservada supera el año de vida³⁷. Así, no es posible garantizar que se hayan recopilado absolutamente todos los textos relativos al iberismo publicados en los periódicos de Madrid entre 1840 y 1874, pero sí se está en disposición de afirmar que en la tesis están presentes los artículos y noticias más relevantes al respecto, las que definieron en mayor medida la orientación de la prensa en relación a la cuestión y tuvieron una repercusión más profunda en la sociedad española – y portuguesa, gracias a la reproducción de algunos artículos en la prensa lusa– del momento.

El uso de la prensa como fuente histórica impone este tipo de condiciones, ya que no se trata de utilizar cualquier papel periódico como si fuera un documento de archivo, sino que hay que tener en cuenta factores decisivos como la difusión y la proyección de los contenidos publicados sobre el conjunto de la opinión pública del momento, cuestiones sumamente difíciles de cuantificar debido a la triple dificultad de hallar, en primer lugar, referencias ajustadas para conocer las tiradas de ejemplares que efectivamente se dieron, en segundo lugar, el número de lectores que tuvo cada ejemplar y, por último, el impacto que verdaderamente tuvieron en esos lectores y en su entorno las ideas, proclamas o informaciones publicadas (Almuiña Fernández, 1980: 328; Almuiña Fernández, 1989: 249). También hay que destacar el hecho de que algunas colecciones se han perdido o están incompletas, lo que supone necesariamente la existencia de carencias en toda investigación relacionada con el iberismo en el marco temporal elegido.

La inmensa mayoría de los periódicos se encontró en la sala de prensa y revistas de la Biblioteca Nacional de España³⁸. En Madrid también se visitaron en numerosas ocasiones la Hemeroteca Municipal y diversas bibliotecas de la Universidad Complutense, sobre todo las de la Facultad de Ciencias de la Información y la Facultad de Geografía e Historia. También hay que destacar la importancia que tuvo, especialmente para la preparación de la parte teórica de la tesis, la biblioteca del Centro

³⁷ También se han incluido periódicos de una duración menor al año de vida de los cuales se han encontrado referencias sobre textos iberistas, ya sea en la bibliografía o dentro de los propios periódicos consultados. Es el caso, por ejemplo, de *Guindilla*.

³⁸ Gran cantidad de publicaciones periódicas se pueden consultar desde cualquier punto del planeta a través de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España (<http://hemerotecadigital.bne.es>), servicio que está incrementando progresivamente la cantidad de documentos disponibles.

de Estudios Políticos y Constitucionales. Además, durante la estancia investigadora en la Universidad de Münster hubo que consultar los fondos de diferentes bibliotecas, sobre todo la del Instituto de Ciencias de la Comunicación, la del departamento de Filología Románica y la Biblioteca Central.

La búsqueda de textos a través de internet también ha sido sustancial, sobre todo al comienzo de la investigación, con el objetivo de establecer relaciones entre personajes relacionados con el movimiento iberista, para descubrir periódicos en los que se pudiera obtener información interesante y para conocer dónde se podrían consultar las fuentes que finalmente han sido utilizadas. Es preciso destacar el extraordinario servicio que presta Dialnet, el portal de la Universidad de La Rioja que es referencia para la búsqueda y difusión de la producción científica en ciencias sociales en los países de habla hispana; este servicio ha sido de gran ayuda para localizar artículos relacionados con la cuestión ibérica. La Biblioteca Virtual de Prensa Histórica (<http://prensahistorica.mcu.es>) y la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://www.cervantesvirtual.com>) también fueron consultadas en alguna ocasión.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1. HISTORIA E HISTORIAS. LA PRENSA PERIÓDICA Y SU RELACIÓN CON LA HISTORIA

“Todo periodista es un historiador. Lo que él hace es investigar, explorar, describir la historia en su desarrollo. Tener una sabiduría y una intuición de historiador es una cualidad fundamental de todo periodista.”

Ryszard Kapuściński, *Los cínicos no sirven para este oficio*³⁹

La presente tesis doctoral se encuadra en la línea de investigación definida como el análisis historiográfico del mensaje periodístico. Para acercarse a ella, en primer lugar es necesario desterrar la percepción de la historia de la comunicación social como un simple agregado de la historia general, entendida como historia política (Álvarez, 1989). Evidentemente, tampoco se trata de negar toda relación entre la veterana ciencia histórica y los relativamente novedosos análisis historiográficos aplicados a la comunicación, empeño que sería absurdo, sino que más bien se pretende definir la historia de la comunicación social como disciplina que se desarrolla en un contexto de relación indeleble con la historia general, pero al mismo tiempo con particularidades científicas propias.

Entendiendo la comunicación como “the process of managing messages and media for the purpose of creating meaning”⁴⁰ (Morreale, Spitzberg y Barge, 2013: 5), en esta tesis se analiza dicho proceso dentro de los límites de un contexto espacial, temporal y social determinado, el que proporciona la prensa política de Madrid entre los años 1840 y 1874. Se opera desde el inicio, pues, a partir de una derivación de la comunicación entendida como proceso general; esta investigación se encuentra en el campo más concreto del periodismo, que se concibe como “a form of expression used to report and comment in the public media on the events and ideas of the here and now”⁴¹ (Adam, 2006: 346). El aquí y el ahora de los que se ocupa esta investigación están enmarcados en una perspectiva temporal situada en el pasado, por lo que entran en la categoría de

³⁹ KAPUŚCIŃSKI, Ryszard (2002): *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*, Barcelona, Anagrama, p. 58.

⁴⁰ “El proceso de administración de mensajes y medios con el propósito de crear significado”. Traducción propia.

⁴¹ “Una forma de expresión usada para informar y comentar a través de los medios sobre los eventos y las ideas del aquí y el ahora”. Traducción propia.

investigación histórica, definida por Pierre Vilar (2013: 47) como “el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras –es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas– a la sucesión de los acontecimientos”. Desde este punto de vista, es indispensable la reunión en un solo marco teórico de la investigación en periodismo y de la historia. Se espera que la combinación y síntesis de ambas ramas del conocimiento aporte más que la simple suma de sus partes y dé lugar a una historia de la comunicación social –en su vertiente periodística– de carácter interdisciplinar. Ello es defendido por diferentes autores, desde Nord y Nelson (1981) hasta Birkner (2012), que consideran indispensable para un correcto acercamiento a la historia del periodismo la integración de ambas disciplinas.

En este capítulo se aborda en primer lugar una de las cualidades fundamentales de la actividad periodística, que puede verse como embrión del trabajo historiográfico. A continuación se ofrece una aproximación orientativa al estatuto epistemológico de los análisis historiográficos en el marco de la comunicación, seguida de una breve reflexión sobre las diferencias entre la historia de la comunicación y la historia de la prensa propiamente dicha. Tras esto se desarrollan dos epígrafes que tratan específicamente la función de la prensa periódica como fuente para la historia y las similitudes entre el trabajo del periodista y el trabajo del historiador. Un sexto epígrafe ofrece una reflexión en torno a la construcción de sentido del mundo que ofrece el periodismo.

1.1. El primer borrador de la historia

La relación entre el periodismo y la historia es íntima en algunos de sus aspectos más fundamentales. En el mundo anglosajón es de uso popular la frase que reza “journalism is the first rough draft of history”⁴². La constitución de los textos periodísticos como primer borrador de la historia es defendida, entre otros, por Karin Wahl-Jorgensen y Thomas Hanitzsch en el mismo comienzo de su manual: “It is primarily through journalistic texts that historians and other observers of an age apprehend that age, in

⁴² “El periodismo es el primer borrador de la historia”. Traducción propia. La frase se suele atribuir a Phil Graham, quien fuera editor y copropietario del diario *The Washington Post* entre 1946 y 1963, pero su origen real parece ser diferente. Es interesante al respecto consultar el artículo “Who Said It First?”, publicado por Jack Shafer en la revista en línea *Slate*: http://www.slate.com/articles/news_and_politics/press_box/2010/08/who_said_it_first.html. [Consultado el 11 de junio de 2012].

accounts and reactions of events and people.”⁴³ (Wahl-Jorgensen y Hanitzsch, 2009: 3-4). El historiador y periodista E. H. Carr (1962: 9) encuentra un punto en común entre las dos disciplinas en lo relativo a la selección de hechos: “every journalist knows today that the most effective way to influence opinion is by the selection and arrangement of the appropriate facts. It used to be said that facts speak for themselves. This is, of course, untrue. The facts speak only when the historian calls on them: it is he who decides to which facts to give the floor, and in what order or context. [...] The historian is necessarily selective. The belief in a hard core of historical facts existing objectively and independently of the interpretation of the historian is a preposterous fallacy, but one which it is very hard to eradicate.”⁴⁴. Carr expresa un punto de vista que seguramente pueda encontrar tanto número de defensores como de críticos, y no es este el lugar para hacer disquisiciones al respecto. Basta con asumir la inevitabilidad de la selección a la hora de realizar un relato de hechos, eventos o acontecimientos de cualquier tipo que puedan ser susceptibles de publicación y difusión posterior, como es el caso de los textos periodísticos⁴⁵.

La prensa registra de forma inmediata la transformación histórica, y es efectivamente el primer bosquejo de la historia. Sus contenidos son representaciones en

⁴³ “Es principalmente a través de los textos periodísticos la manera en que los historiadores y otros observadores de una época dada llegan a comprender dicha época, en los relatos y reacciones sobre acontecimientos y personas.” Traducción propia.

⁴⁴ “Todo periodista sabe hoy que la forma más eficaz de influir en la opinión consiste en seleccionar y ordenar los hechos adecuados. Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos solo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso y en qué orden y contexto hacerlo. [...] El historiador es esencialmente selectivo. La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar”. Traducción tomada de CARR, Edward Hallett (2011): *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, pp. 81-82.

⁴⁵ Es de interés en este punto recordar la visión que al respecto expresa Adam Schaff (1974: 370; cit. Almuiña Fernández, 1989b: 616): “En su trabajo, el historiador no parte de los hechos, sino de los materiales históricos, de las fuentes, en el más amplio sentido del término, con cuya ayuda construye en la medida en que selecciona los materiales disponibles en función de un determinado criterio de valor y en la medida en que los articula confiriéndoles la forma de acontecimientos históricos. Así, a pesar de las apariencias y de las convicciones difundidas, los hechos no son un punto de partida, sino un punto culminante, un resultado. Por consiguiente, nada hay de sorprendente en que los mismos materiales, semejantes en esto a una materia prima, a una sustancia bruta, sirvan para construcciones diferentes.” Se encuentra aquí un valor fundamental en el uso de la prensa como fuente historiográfica. El conocimiento y representación de los hechos tal y como se perciben por el público, al menos en el primer momento de la recepción, viene definido en gran manera por la orientación que a dichos acontecimientos otorgan los medios de comunicación. Así, un tratamiento honesto, sensible y ponderado de ciertos hechos por parte de los informadores u opinadores ha de resultar necesariamente en una representación sensata de dichos hechos por parte del historiador que, al trabajar con determinadas fuentes, podrá interpretarlas de diferente forma y hacer que deriven en diferentes conclusiones sobre un mismo asunto. Al mismo tiempo, esas fuentes nunca permitirán al investigador honesto traspasar las fronteras marcadas por su esencial condición de realidad, de no-ficción.

forma escrita de hechos, acontecimientos, sucesos de carácter político y de trascendencia social. Los periódicos pueden verse como instrumentos que sirven para evaluar el ambiente de una época, para revelar la atmósfera de las sociedades a las que pertenecen y dentro de las cuales se desarrollan. En el caso del iberismo, la importancia que tuvieron los papeles periódicos a la hora de difundir los mensajes que defendían la unión de España y Portugal como uno de los principales factores para la expansión de dicha ideología es reconocida, además de por una gran mayoría de los investigadores que se ocupan de este asunto, por un historiador de la talla de Oliveira Marques (1981: 35).

La concepción del periodismo como primer apunte de la historia se puede rastrear hasta la Antigüedad clásica: “Tucídides había entendido la historia como una actividad puramente informativa, que solo podía desempeñarse mediante un conocimiento directo de los hechos y en la que no cabía la interpretación o la especulación. [...] Para Tucídides la única historia posible es la historia contemporánea, concebida a la postre de forma casi periodística: desde una obsesión por la objetividad que convierte a todo historiador en una especie de reportero.” (Sáiz y Fuentes, 1993: 525-526). En nuestros días el periodismo se convierte en una suerte de historia instantánea del presente, y la producción periodística, una vez pasado su tiempo natural de consumo —la actualidad misma sobre la que se informa— pasa a formar parte de un curioso fondo arqueológico de la vida cotidiana.

1.2. Aproximación orientativa a los análisis historiográficos en comunicación

Los estudios en comunicación arrastran, desde su implantación definitiva como disciplina universitaria a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, ciertas dificultades a la hora de definirse de manera concluyente como campo científico independiente⁴⁶. Esta puede ser una aspiración que pierda su sentido en pleno proceso de redefinición de fronteras en las ciencias sociales, que a lo largo del siglo XXI van a necesitar una auténtica

⁴⁶ Interesa a este respecto repasar la obra editada por Elihu Katz (et al.) (2003) con el provocador título de *Canonic Texts in Media Research*, dulcificado ciertamente por el subtítulo: *Are there any? Should there be? How about these?* La pregunta a responder, en definitiva, es si se puede considerar a los estudios en comunicación —y medios— como una disciplina, siquiera como un campo de estudio. El debate está abierto, mas no cabe demorarse excesivamente en él, no al menos en el marco de esta tesis; al contrario, conviene seguir adelante en las investigaciones que, quizá a través de sus resultados, ayuden a conformar sólidamente el alcance de los estudios en comunicación. En todo caso, las líneas que siguen ofrecen una mínima toma en consideración de la cuestión.

profundización en la interrelación, el diálogo y la cooperación entre disciplinas muchas veces compartimentadas –sea por razones prácticas, económicas o por absurda rivalidad ególatra– y que han de evolucionar necesariamente hacia una efectiva contribución mutua, sea bajo el nombre de multi-, trans- o interdisciplinariedad.

La comunicación, que asumiendo la definición de Morreale, Spitzberg y Barge sugerida unas líneas más arriba, puede ser considerada como disciplina autónoma y así es de hecho reconocida desde diferentes ámbitos, lleva en su seno de manera natural una condición fronteriza y en ocasiones ambigua sobre sus límites, atravesados de manera natural por campos del conocimiento como la psicología, la lingüística, la sociología, la economía, el derecho y, por supuesto, la historia. Así lo afirma José Carlos Lozano Rendón (2007: 2), para quien “la meta sería lograr una verdadera interdisciplinariedad en el estudio de la comunicación. Es decir, que varias ciencias confrontaran sus posiciones sobre la comunicación, intercambiaran métodos y puntos de vista, y colaboraran en analizar conjuntamente las distintas dimensiones de los procesos de la comunicación”.

Si ya es complicado encontrar una solución satisfactoria y definitiva –quizá no la haya⁴⁷– para la definición de la comunicación como campo de estudio independiente y autónomo, puede ser aún más peliagudo lanzarse a esclarecer cuál es la condición de los estudios históricos en comunicación. Esta carencia quizá sea fruto de una doble marginación de este campo de estudio, tanto por parte de la historiografía como desde la propia investigación en comunicación, como afirma Janny Amaya Trujillo (2010: 153), y no puede ser simplemente salvada con una definición general que refiera al estudio de toda actividad del orden comunicativo ocurrido en el pasado. No es este, desde luego, el lugar adecuado para comenzar una disquisición sobre la situación de los estudios históricos en comunicación respecto a cada una de las disciplinas de las que toma sus herramientas de trabajo, simplemente se afirma el encaje general de la presente tesis en el estudio de la comunicación como proceso sociocultural creador de significado, del cual no se puede apartar la historicidad de los propios procesos comunicacionales ni la

⁴⁷ El profesor Néstor García Canelini ha definido al investigador en comunicación como un “especialista en intersecciones” [citado en Eiroa (2014)].

conformación de ideologías y mentalidades provocada por la actividad de los medios de comunicación⁴⁸.

En todo caso, bienvenidos sean los problemas de identidad cuando, pese a ellos o precisamente gracias a la fusión indiscriminada de disciplinas supuestamente separadas, se obtienen resultados que permiten a la comunidad humana avanzar en el conocimiento y comprensión de sí misma, al tiempo que se encuentran y desvelan nuevos puntos de vista sobre un determinado tema. Sin embargo, al tiempo que los estudios históricos en comunicación confirman la fertilidad derivada de la confluencia entre las dos disciplinas principales, los especialistas no deben olvidar la necesidad –no urgente, pero cierta– de encontrar “modelos teóricos y categorías de análisis capaces de atender a las singularidades y complejidades del estudio diacrónico de los procesos, prácticas, instituciones y sistemas de comunicación” (Amaya Trujillo, 2010: 168), que permitan el despegue de un campo de conocimiento verdaderamente interdisciplinar, cuyos planteamientos no muestren una excesiva dependencia de ninguna de las disciplinas-matriz que lo conforman. En todo caso, y siguiendo las afirmaciones de Asa Briggs y Peter Burke al inicio de su *Historia social de los medios de comunicación*, “sea cual fuere el punto de partida, es necesario que quienes se ocupan de la comunicación y la cultura –cuyo número aumenta sin cesar– tomen en serio la historia y que los historiadores –sea cual sea el periodo del que se ocupen y sus intereses específicos– tomen en serio la comunicación” (Briggs y Burke, 2002: 12).

1.3. ¿Historia de la comunicación o historia de la prensa?

Es imprescindible en este punto destacar una diferencia determinante entre la historia de la comunicación y la historia de la prensa, encontrándose esta última tradicionalmente mucho más relacionada con la historia política. Quizá debido a un efecto péndulo provocado por la existencia previa de una gran producción científica dedicada a la historia de los periódicos, incubada y desarrollada en lo que fue el despegue de las facultades de comunicación españolas a lo largo de la década de 1970, las renovaciones

⁴⁸ Un ejemplo de estudio histórico en comunicación en el que se observa la confluencia teórico-práctica de las dos disciplinas-matriz se encuentra en Álvarez (2012), donde el catedrático de la Complutense trabaja con criterios de periodización específica para la historia de la comunicación siguiendo los conceptos de tiempo largo, tiempo medio y tiempo corto propuestos a mediados del siglo XX por Fernand Braudel.

teóricas y metodológicas de las últimas tres décadas se han enfocado en una mayor medida hacia la instauración de herramientas válidas para el estudio del campo general de la comunicación, incluyendo su historia, que no hacia el campo concreto de la prensa. Sin embargo, ya en los últimos años del siglo XX se empezó a percibir un cambio de tendencia que propició la recuperación de los estudios sobre la prensa, gracias a “un inequívoco interés por vincular las relaciones sociales a las relaciones de significación” (García González, 1995: 192), que se dan mayormente en contextos concretos de producción periodística y fuera del ámbito de las teorías de la comunicación. En este sentido, el recurso al análisis de la prensa del siglo XIX como termómetro de la realidad social de aquel momento no ha perdido un ápice de su validez para el estudio de los contextos históricos en los que se dio una producción de significados determinada –en este caso, los relacionados con los proyectos de unión de Portugal y España– y seguir la pista a la consiguiente evolución de dichos significados y sus conceptos relacionados a lo largo del tiempo.

La aproximación a la prensa como vehículo de expresión de ideología y doctrina política ha de prestar especial atención al fondo sustancialmente sociocultural del objeto de estudio. Los periódicos son –fueron– medios y productos de la comunicación, y brindan la ocasión de llevar a cabo a su través un dilatado examen de la sociedad en el momento histórico en que fueron producidos, incluyendo la posibilidad de estudiar en sus páginas los intereses económicos, los credos políticos o religiosos y otra serie de valores que muestren la manera en que se pensaba el mundo a través de un determinado filtro, el que ofrecen las cabeceras estudiadas junto a todos los factores que las sujetaban detrás, entre los que destacan la empresa, la redacción y, por supuesto, los condicionamientos ideológicos y económicos.

Esta realidad no implica una separación efectiva de la historia de la prensa –tan íntimamente relacionada con otros procesos económicos, políticos y culturales– y la historia de la comunicación, sino que aquella continúa integrada en esta, incluso también, desde cierto punto de vista, en la historia de la cultura: “A la comunicación social, también en su concreto formato periodístico, se le reconoce, de este modo, su papel definidor del ser –sujeto– social que, a su vez, se manifiesta por su capacidad generadora de sentido, de significado cultural e ideológico del entorno” (García González, 1995: 193). El proceso de formación de los sujetos políticos, sobre el cual pretende intervenir de manera

concluyente la ideología nacionalista, influye desde luego en la conceptualización cultural de un grupo determinado, en este caso los receptores de los mensajes iberistas emitidos en la prensa de Madrid entre 1840 y 1874.

Entonces, el concepto de prensa como fuente histórica se enriquece y, pese a su carácter muchas veces fragmentario e incompleto, pasa a tener una importancia suprema a la hora de recomponer la realidad pasada. Probablemente el contenido de los periódicos no se corresponda con la expresión exacta de la opinión pública en un momento histórico determinado, pero se puede afirmar que es lo más cercano a ella que podemos encontrar en el presente (Sáiz, 1996: 132), sobre todo en épocas como la tratada en esta tesis, sobre la cual no existen registros de carácter sociológico como pudieran ser encuestas o entrevistas a una determinada muestra de la población, ni otro tipo de documentos de un carácter tan particular e inmediato como la prensa periódica. Esta forma de comunicación social no está escrita para la hemeroteca, sino para ofrecer información e interpretación de los hechos de la actualidad. Su condición de documento ideologizado y testigo del pasado más cercano —el contenido suele reflejar lo que ha ocurrido hace pocas horas— le imprime un carácter del que no dispone ningún otro documento susceptible de ser utilizado como fuente.

En todo caso, y teniendo en cuenta lo antedicho, la mera discusión nominal en torno a la conveniencia de hablar sobre historia de la comunicación o historia de los medios no ofrece gran valor añadido a la reflexión historiográfica, como afirman Rueda, Galán y Rubio (2014: 12), por lo que no conviene detenerse en exceso sobre este punto.

1.4. El periódico como fuente historiográfica

El análisis histórico de la prensa, en sentido general, puede presentar interés en dos diferentes vertientes, siendo la primera aquella que considera el periódico como documento, como objeto de estudio en sí: se pueden analizar sus dimensiones, su precio, el tipo de letra utilizado, las secciones en las que se divide o la empresa que está detrás de la cabecera, entre otras muchas características. Junto al estudio del periódico como documento en sí existe una segunda posibilidad, la de tratar la prensa como fuente para el conocimiento de una época determinada, a través de las informaciones y opiniones que en ella se publicaban.

La historia del siglo XIX es un campo particularmente adecuado para su observación a través de las publicaciones periódicas, ya que es en dicha centuria cuando tiene lugar el despegue de los periódicos como medio de comunicación definitorio de la realidad social. Así, se advierte cómo el contenido de los periódicos del momento “se configura como un material de trabajo de valor realmente singular, porque prensa y Parlamento, a través del artículo periodístico y del debate, constituyen los dos cauces de expresión de opiniones de este tiempo” (Sáiz, 1996: 133). El valor documental que adquiere la prensa crece de manera exponencial si se piensa en la producción periodística emitida durante el siglo XX, cuando la comunicación evoluciona para convertirse en fenómeno de masas y se deja de contar únicamente con los periódicos como transmisores de informaciones y opiniones de todo tipo, sumándose a la arena publicística medios como el cine, la radio y la televisión –queda por evaluar el papel que juegan o jugarán las publicaciones en internet a la hora de ser utilizadas como fuente historiográfica–.

Historiadores como Jean Lacouture, Emmanuel Le Roy Ladurie y Pierre Nora asignan a los medios de comunicación de masas la categoría de dominadores de la historia (Sáiz, 1996: 140), ya que se constituyen como testigos privilegiados de la realidad, si bien el investigador ha de tomar las precauciones pertinentes en relación a la carga ideológica y manipuladora –transformadora de la realidad, necesariamente– que es inherente a cualquier manifestación mediática.

La utilización de la prensa como fuente histórica en la presente tesis doctoral intenta seguir los pasos que tomaron los profesores Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián en su aproximación a la historia del periodismo español, con la que pretenden observar el recorrido de las publicaciones periódicas en estrecha relación con la historia política (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998). Lo político como centro del proceso social y la prensa como expresión de este, una interpretación de lo sucedido en función de lo observado por las cabeceras de la prensa periódica, cada una con su filtro ideológico particular, cada una en su categoría de transmisor y al mismo tiempo actor de los movimientos sociales, cada una encerrando su individualidad: “El manejo de la prensa como fuente histórica requiere no solo un conocimiento de la evolución del sistema informativo en el que estén inmersos los periódicos a consultar, sino también el específico de cada uno de ellos.” (Yanes, 1995: 77). La evolución político-cultural de las sociedades

modernas viene marcada, quiérase o no, por la actividad de los medios de comunicación. Contar su historia y recordar cómo ellos a su vez contaron la historia de las sociedades humanas es imprescindible para acercarse al pasado con una visión global y totalizadora, que no deje por el camino ninguna percepción, por sesgada que parezca al investigador, ya que se estará mostrando en definitiva un modo de ver el mundo que existió de manera efectiva y sirvió para configurar el imaginario ideológico social en un momento determinado.

La encarnación concreta del medio de comunicación en forma de publicación periódica, y la constitución de esta como archivo de lo cotidiano, ofrece al investigador una mirada al pasado de carácter único, inencontrable en cualquier otra fuente. Según la profesora Sáiz y el profesor Fuentes (1993: 530-533), el periódico tiene un carácter de archivo “más elástico y menos discriminatorio que el archivo tradicional”, guardián de documentos oficiales y no por ello más inocente o neutral. El periódico, para estos dos autores, construye “un discurso propio, una forma persuasiva de presentar la realidad”. La consulta de la producción periodística del pasado permite al historiador acercarse a una comprensión muy certera de diferentes fenómenos, desde la historia de los partidos políticos hasta la representación publicística de los debates parlamentarios.

Del mismo modo, se puede utilizar la prensa periódica para rastrear la historia de la fructífera relación entre el periodismo y la literatura, así como se puede llegar a conocer de manera cercana y precisa la historia de diferentes sectores sociales a través del estudio de la prensa especializada en dichos segmentos: los periódicos militares, la prensa católica, los boletines del comercio o los anales de minas, por citar algunos ejemplos, acercan al investigador a determinadas realidades que le permitirán narrar el pasado de una manera inabordable desde el estudio de otro tipo de fuentes documentales.

Es indispensable para una comprensión certera del pasado atender a la producción histórica de los medios de comunicación, que “han sido y son vehículos de un arma pública de tanto poder como es la información, parte configurante de los estados de opinión que laten en una sociedad moderna e incluso uno de los ejes en torno a los que gira la vida pública. Su protagonismo, discutido y discutible desde algunos puntos de vista, es innegable” (Barrera, 1996: 15). En este sentido, y según se apuntaba unas líneas más arriba, la prensa periódica ha gozado tradicionalmente de la atención preferente de

los historiadores, debido a su papel de medio de comunicación de masas primigenio y original, precursor en el camino que después recorrerían el cine, la radio y la televisión.

Como ya se ha puesto de manifiesto, en esta investigación se pretende utilizar la prensa como fuente para una reconstrucción de la historia centrada en el estudio de términos relacionados con el nacionalismo ibérico, entendido este como la ideología política que pretende como objetivo último la unidad política de España y Portugal. Así, se deja de lado el estudio de los periódicos como objeto histórico en sí mismo. Esta decisión viene motivada al entender la validez de la prensa como fuente por “a) constituir un testimonio directo e inmediato de la realidad, b) combinar lo noticioso y lo interpretativo, c) ofrecer fuentes de primera mano, d) mostrar las corrientes de opinión más relevantes” (Ruiz Acosta, 1997: 188).

El rechazo de la utilización de la prensa como fuente por parte de la escuela histórica positivista, que buscaba relatar el pasado como aquello que exactamente había sucedido, se pierde a lo largo del siglo XX con el desarrollo de una historia que intenta integrar todos los aspectos de la misma, y cuenta con el periódico como un arma de primera categoría para interpretar lo ocurrido en el pasado, en tanto instrumento que conserva las relaciones más cercanas con el desarrollo ideológico, político, económico, social y cultural de una sociedad en una época determinada.

La aceptación de la prensa como “lugar privilegiado de la expresión ideológica y política” (García González, 1995: 184) vino inevitablemente acompañada de un debate en torno a los condicionamientos metodológicos del uso de esta fuente para el conocimiento del pasado, ya que el periódico como documento puede ser tratado desde una multiplicidad de ángulos. La presente investigación se va a centrar en la interpretación de las proclamas del nacionalismo ibérico en relación con el contexto histórico-político del momento, dejando a un lado el análisis morfológico de los periódicos a la manera clásica de Jacques Kayser, método que ciertamente daría sus frutos si se partiera desde un enfoque investigativo diferente.

1.4.1. Más allá de la ficha hemerográfica

Siguiendo un estudio de Kayser (1964) que no se centra en su célebre ficha hemerográfica, se pueden recorrer al menos tres líneas de investigación a la hora de estudiar la prensa como fuente historiográfica: en primer lugar, es posible observar la evolución de las organizaciones empresariales relacionadas con el periodismo para comprobar las razones de sus éxitos y/o fracasos y su duración en el tiempo; también es posible intentar situar la evolución de los mensajes periodísticos para concretar la influencia que estos han tenido en la conformación de las sociedades modernas y, en definitiva, “conocer lo que la prensa ha hecho por el bien público y a veces en contra del bien público” (Kayser, 1964: 6); por último, el investigador también puede decidirse por afrontar el estudio de la prensa desde un punto de vista histórico para, de ese modo, encontrar en el pasado de la profesión periodística las razones de su existencia, de sus avances y retrocesos, y sobre todo de la lucha por la libertad de prensa, condición *sine qua non* para la existencia de un verdadero sistema democrático. El resultado e interpretación de las prácticas y usos analizados pueden servir al investigador –y al propio periodista– para situar la realidad comunicativa en su correspondiente perspectiva epistemológica en relación a sí misma y a otros fenómenos sociales definitorios de la existencia humana.

En este sentido, la presente tesis doctoral se inclina por la segunda de las opciones propuestas por el metodólogo francés: de cara a alcanzar los objetivos enunciados en el apartado correspondiente es necesario registrar y observar la evolución de los mensajes periodísticos relacionados con el nacionalismo ibérico para ofrecer una visión completa y lo más apurada posible sobre el argumentario y las consignas con los cuales este movimiento se presentaba ante la opinión pública. Así, contando con las inevitables deformaciones ideológicas que ofrecía cada periódico, se hace imprescindible la confrontación de diferentes cabeceras para completar una imagen lo más cercana posible a la realidad del momento.

Este condicionante es resaltado por Kayser (1964: 103): “Para el establecimiento de la verdad histórica, cada periódico les ofrece [a los historiadores] lo que registra; elementos fragmentarios, disociados, necesariamente simplificados, rara vez del todo objetivos, de una realidad siempre compleja. Discutible como fuente única, es en cambio una fuente complementaria de primer orden”. La necesidad de un análisis crítico se hace inevitable, puesto que un periódico no es un acta notarial o una compilación legal, sino

que está atravesado por una variedad de condicionamientos sociales, políticos e ideológicos que determinan el producto final. Como afirman Sáez y Fuentes (1993: 578): “La prensa tiene una dimensión discursiva, una voluntad de persuasión, que exige al investigador un gran esfuerzo de análisis, tanto de carácter hermenéutico, dirigido a la decodificación de su lenguaje –sus mensajes subliminales, sus claves ocultas–, como propiamente histórico, de identificación de los intereses a los que sirve”.

El investigador queda así advertido sobre las precauciones a tomar para afrontar el estudio de la prensa como fuente historiográfica, destacando la necesidad de verificación del lugar, fecha y fuente de las informaciones publicadas. En este sentido es destacable que la investigación aquí presentada se va a ocupar normalmente de artículos de carácter doctrinal, lo que actualmente se denominarían artículos de opinión. Estos van a ser en una gran mayoría publicados sin firma, es decir, van a ser distintivos de la ideología que representaban en la arena periodística las cabeceras donde eran publicados dichos textos y no de un autor concreto.

Cuando el texto analizado sea efectivamente una noticia y no un texto doctrinario será inevitable seguir un procedimiento de verificación riguroso, ya que a menudo los periódicos no ofrecen informaciones absolutamente confiables, manipulando consciente o inconscientemente los temas tratados en función de los intereses defendidos. Este es el caso, por ejemplo, de los discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados que, en muchas ocasiones, eran reproducidos por la prensa como citas, entrecomillados, siendo en realidad adaptados en función de necesidades de espacio o por el interés en destacar ciertos aspectos del discurso de los representantes políticos, lo cual no deja de ser una manipulación del proceso discursivo acontecido en el contexto original. Aun en noticias aparentemente neutrales y asépticas es sumamente complejo separar la información de la opinión, por lo que en cuestiones de especial volatilidad política es necesario tomar aún más reservas a la hora de formar un juicio y emitir una interpretación determinada.

Ocurre lo mismo con las traducciones, presentes en muchos de los periódicos madrileños que, al informar a sus lectores sobre la evolución de la cuestión ibérica en Portugal, añadían textos traducidos del portugués, los cuales es probable que contuvieran errores por la necesidad de que fueran publicados cuanto antes. Sería ideal tener acceso a las publicaciones originales, aunque cabe destacar que la gran similitud entre ambos

idiomas minimiza el riesgo de confusión en el carácter general de lo expresado por las cabeceras lusas. Esto en absoluto garantiza encontrarse con traducciones rectas y precisas, pero rebaja en gran medida el riesgo de errores de comprensión que podrían darse en traducciones al castellano de lenguas no tan directamente emparentadas como el portugués. Kayser también se preocupa de avisar al investigador sobre la necesidad de verificar el origen de las ilustraciones o fotografías que se utilicen como fuente, advertencia que en la presente investigación no habrá de ser tomada en cuenta, ya que no se tratarán dichos documentos gráficos.

En definitiva, para una correcta utilización de la prensa como fuente historiográfica es de recibo afrontar con una actitud crítica la verificación y comprobación del material utilizado, debido a las particularidades inherentes a la prensa escrita a la hora de representar la realidad tanto en el fondo (orientación ideológica) como en la forma (dispersión de contenidos, adaptaciones del texto en función del espacio disponible).

1.4.2. Validez de la prensa como fuente historiográfica

Siguiendo la definición de Isabel de Torres Ramírez (2002: 317), los fondos hemerográficos son, de manera obvia, una fuente: “con el término «fuente», tomado en sentido amplio, puede nombrarse cualquier material o producto, ya original o elaborado, que tenga potencialidad para aportar noticias o informaciones o que pueda usarse como testimonio para acceder al conocimiento”. Así, un conjunto de periódicos como el que en esta investigación es analizado se convierte en base y apoyo fundamental para la aproximación a un conocimiento efectivo sobre el posicionamiento respecto a la cuestión ibérica de las diferentes corrientes ideológicas existentes durante los años centrales del siglo XIX español. Es cierto que el investigador ha de tomar grandes precauciones a la hora de utilizar las informaciones publicadas en la prensa periódica como fuente válida para la reconstrucción del pasado, debido a las características particulares de estos documentos. Tan cierto como esto es que el estudio de la prensa ofrece un inmejorable mirador para observar el fluir de las diferentes ideologías a través de los artículos doctrinales o de opinión, que mostraban el posicionamiento intelectual y político de aquellas personas que se encontraban detrás de las cabeceras, ya fuera como editores o directamente como propietarios.

La línea editorial de los periódicos, por utilizar un término del presente, se exhibe durante el siglo XIX como un arma propagandística de primer nivel, al menos hasta que empieza a imponerse el modelo de empresa periodística más informativa que política: “El periodismo fue, hasta 1870 más o menos, un instrumento de acción política de la burguesía en su enfrentamiento con el Antiguo Régimen, primero, y organizada en partidos políticos más tarde. Cumplió, en consecuencia, funciones de catalizador, a veces; de bandera del liberalismo siempre, y de arma concienciadora o difamadora, según los casos.

Ahora bien, ese papel determinado hace que la prensa sea una fuente de primera mano para el estudio de los grupos o partidos políticos, de sus ideologías o divergencias, sobre todo porque, cuando los partidos burgueses ocupen definitivamente el poder político, esas funciones que la prensa venía cubriendo las continuará llevando a cabo, dentro de los partidos organizados del proletariado” (Álvarez, 1980: 160-161). Esta afirmación es válida para la gran mayoría de los asuntos políticos que fueron de actualidad en el siglo XIX, incluyendo por supuesto la cuestión ibérica. El análisis del posicionamiento editorial de periódicos de diferentes tendencias en torno a los proyectos de unión de España y Portugal, junto con su posterior interpretación, permitirá observar la evolución de este ideal con una mayor precisión que la ofrecida a través del estudio de otro tipo de documentos.

Un historiador de la talla de Manuel Tuñón de Lara reivindicó ya en la década de 1970 la validez de la prensa como fuente historiográfica, precaviendo también al investigador de que su tratamiento requiere de un marcado espíritu crítico y del conocimiento del contexto histórico en el que se desarrollan las publicaciones estudiadas. Tomando las suficientes prevenciones respecto a la manipulación u orientación sesgada que puedan tener las informaciones publicadas, la prensa puede ser “una fuente para expresar corrientes de opinión, actitudes políticas o ideológicas; también una fuente que recoge las mentalidades de una época [...]. En fin, la prensa es, en sí misma, objeto de una historia; en este último caso el periódico es objeto y fuente a la vez” (Tuñón de Lara, 1973: 174). La utilización, constante a lo largo de su obra, que Tuñón de Lara hace de la prensa como fuente para la historia, es reconocida entre otros por Jean-Michel Desvois (1999: 69). En la perspectiva de este autor, la prensa no sirve únicamente para reconstruir

los acontecimientos políticos, sino también y sobre todo para seguir la pista de las ideologías y las mentalidades.

Las afirmaciones de prestigiosos historiadores a favor de la utilización de la prensa periódica como fuente historiográfica provocaron que, a lo largo de las últimas décadas del siglo XX, se diera un ascenso imparable en esta dirección, lo cual implicó lamentablemente que aparecieran los correspondientes excesos derivados de un uso acrítico de este tipo de fuentes (Almuiña Fernández, 1989a: 245). La prensa es una fuente compleja y a la cual se pueden atribuir multitud de significados, por lo que exige un tratamiento cuidadoso y contextualizado en todo momento, situando a cada cabecera en su respectivo entorno social y político, teniendo en cuenta lo que verdaderamente simboliza la publicación.

Las producciones de información, opinión, ideología y propaganda, funciones de la prensa que rara vez están adecuadamente demarcadas, establecen la orientación de los periódicos a favor de ciertos grupos sociales, cuyos intereses son relativamente sencillos de identificar si se conoce la identidad de los propietarios de las cabeceras, pues las aspiraciones y sectores de influencia de estos y aquellos suelen viajar parejos. Es necesario, desde este punto de vista, acercarse con prudencia a los periódicos como fuente histórica para, en primer lugar, distinguir adecuadamente entre la información y la opinión y, una vez completado este primer paso, proceder al análisis de los productos intelectuales seleccionados en su justo contexto, de cara a ofrecer una interpretación válida de la evolución histórica de los conceptos analizados. Para Julio Aróstegui, la prensa “transmite como materiales *primarios* para la historia del presente, o para cualquier tipo de historia, dos tipos principales de ellos: «discurso» y «acontecimiento». El primero necesita ser registrado, analizado, clasificado, comparado, para determinar su alcance, el lugar relativo que ocupa en el universo cultural o en cualquier otro ámbito de lo social, y su influencia. Los acontecimientos, para aceptarlos como realidad histórica *comprobada*, necesitan por lo pronto de una contrastación obligatoria. Ninguna noticia de prensa debe ni puede ser aceptada por un historiador sin su contrastación rigurosa, cualquiera que sea la vía para ello” (Aróstegui, 2004: 70-71). Según este historiador, de todos modos, los problemas de aproximación crítica hacia la prensa como fuente histórica no son esencialmente distintos a los que un investigador tiene que afrontar a la hora de trabajar con otro tipo de fuentes.

En este punto es necesario resaltar que las fuentes conservadas en archivos tradicionales, aunque “presupongan una verdad notarial, legal o administrativa que está ausente en las [fuentes] de hemeroteca, no por ello están exentas de errores, bien es verdad que en mucha menor proporción que la prensa, aunque no es menos cierto que en grado más difícil de detectar por el rigor que se les supone” (Yanes, 2002: 397). Así, el superior grado de prudencia y cautela que la prensa exige a sus investigadores no puede sino resultar positivo a la hora de evaluar el resultado final. Existe en el investigador de la prensa, por decirlo así, una doble protección frente a posibles desviaciones o manipulaciones presentes en el contenido, que condicionarían unos resultados fiables: en primer lugar, el espíritu crítico con el que todo investigador ha de acercarse a su objeto de estudio; junto a ello, la necesidad de contrastar los datos obtenidos con otras fuentes diferentes a las periodísticas.

En definitiva, la prensa periódica ofrece una mirada única en su género hacia la realidad que muestra, debido en gran parte a su variedad de contenidos, que en cualquiera de sus vertientes ofrecen asiento para la reflexión sobre la actividad humana, cometido que debe siempre guiar al investigador social, cualquiera que sea su campo de estudio o los objetivos de su trabajo. El testimonio de carácter diario, contemporáneo de la vida política, cultural e intelectual de la que es testigo, convierte a la prensa periódica en un reflejo fundamental, aun sin ser el único ni quizá el más decisivo, de la realidad social de una época. Como advertía hace ya casi tres décadas Manuel Tuñón de Lara, “sin contar con la historia de la prensa no es posible hoy en día «hacer» historia contemporánea, es decir, investigar en ella, comprenderla y explicarla” (Tuñón de Lara, 1987: 29).

1.4.2.1. El sesgo ideológico como revelador de tendencias

La manipulación y el sesgo que los periódicos otorgaron y otorgan en muchas ocasiones a lo que en ellos se publica no van en perjuicio del uso de la prensa como fuente, como podría pensarse en un primer momento. Únicamente se trata de trabajar con el espíritu crítico que demanda este tipo de fuente para intentar obtener la información y los resultados que se están buscando. Hay que saber interrogar al periódico: “Fuentes erróneas, parciales (casi todas son parciales), etc. pueden ser valiosísimas para el historiador, desde el momento que sabe a qué tipo de documentación está interrogando y

qué busca” (Almuiña Fernández, 1989a: 248). En este sentido, y siguiendo a Celso Almuiña, no es conveniente buscar en el periódico respuesta a preguntas de carácter cuantitativo, ya que los números pueden haber sido modificados o transcritos de manera errónea, ya sea consciente o inconscientemente. Sin embargo, una investigación concentrada en los aspectos de opinión o doctrinales de un periódico puede aportar datos interesantes: “El periódico lo que ofrece, fundamentalmente, son visiones, puntos de vista (muy importante conocer qué busca, qué defiende), de ahí que éstos y los argumentos manejados sean cuestiones centrales sobre lo que podemos interrogarle” (Almuiña Fernández, 1989a: 249). Además de las cuestiones ideológicas, es sumamente importante tener en cuenta el nivel de difusión de las cabeceras estudiadas, ya que el valor de impacto de los contenidos periodísticos sobre la opinión pública dependerá en gran medida del alcance que tuviera cada diario.

1.4.2.2. La difícil evaluación de la opinión pública

Asimismo, conviene no olvidar el carácter inestable de la opinión pública a la hora de llegar a conclusiones o interpretaciones con voluntad de validez definitiva. En un momento determinado se puede hablar de la existencia, vigor o hegemonía de un estado de opinión concreto entre los receptores de los mensajes periodísticos, pero a lo largo de un periodo amplio de tiempo conviene contextualizar y poner en perspectiva la evolución de los posicionamientos ideológicos y del imaginario social de una sociedad dada. En este sentido, el periódico no es más que un elemento –aunque probablemente uno de los más importantes– en la configuración de la cosmovisión correspondiente.

El objeto de consumo colectivo que es el periódico se convierte, dependiendo de la tirada, del número de ejemplares que salgan a la luz, en un instrumento más o menos decisivo para la conformación de una opinión pública inclinada a operar intelectualmente en una dirección concreta en gran parte debido a las informaciones, opiniones u otro tipo de discursos sociales publicados en la prensa. Además de las diferentes líneas editoriales, de las limitaciones informativas relativas al precario acceso de ciertos periódicos a fuentes variadas⁴⁹ o los compromisos e intereses inherentes a cualquier empresa, se ha de tener

⁴⁹ Era moneda corriente en algunas redacciones la dependencia de las informaciones de agencia, la copia de los párrafos de otros periódicos con o sin cita o las traducciones de dudosa fiabilidad de periódicos extranjeros.

en cuenta que lo publicado por un periódico está necesariamente seleccionado, por lo que un ejemplar de un diario únicamente ofrece una secuencia incompleta de la realidad. Así, para obtener una visión lo más apurada posible, el investigador deberá recurrir al mayor número de cabeceras.

Comprender la dimensión social que alcanza una determinada cabecera a través de su difusión pública es clave para saber utilizar la prensa como fuente historiográfica. No se ha de perder de vista la condición esencial que tienen los periódicos consultados, a saber, que se trata de ejemplares conservados entre los cientos o miles que se publicaron; el investigador no se encuentra precisamente ante un documento único. De ahí la necesidad de adoptar un análisis cualitativo del contenido, ya explicitado en la introducción, que no se centre meramente en un registro acumulativo de conceptos o de frecuencias de aparición de los términos utilizados. Es importante revelar las concepciones de la realidad social que las publicaciones ofrecen a sus lectores, qué aspectos de la coyuntura política se destacan y con qué registro –agresivo, neutral, irónico, militante– son redactados los mensajes analizados.

El impacto real de lo publicado en la opinión pública es, sin embargo, sumamente difícil de reconocer de forma certera. ¿Cómo evaluarlo sin caer en la estimación subjetiva? Cabe recordar en este punto que “realmente lo que buscan, desde los sistemas sociales (encarnados por un determinado gobierno), a la empresa, pasando por la redacción es ni más ni menos que influir, a través de ese instrumento que llamamos periódico (junto con otros medios, por supuesto) en el sujeto receptor” (Almuiña Fernández, 1989a: 277).

Es evidente que la influencia de los mensajes analizados en la presente tesis, aquellos referentes a los proyectos de unión hispano-portuguesa publicados entre 1840 y 1874 por los periódicos de Madrid, no es mensurable a través de encuestas o entrevistas a la población que efectivamente recibió estos mensajes en su contexto histórico original. Es por ello que será decisivo, de cara a confeccionar una evaluación lo más solvente posible del impacto social de dichos mensajes, seguir el rastro de los acontecimientos políticos relativos a las relaciones entre Portugal y España, así como de las vicisitudes que jalonaron la actividad pública de los defensores de la unión de ambos países.

1.4.2.3. El papel de la empresa periodística

Es también decisivo conocer el papel de la empresa periodística para comprender al tiempo por qué un determinado periódico asume una determinada posición en la producción de información y significados sociales: “Aparte de cómo se clasifica y organiza una empresa periodística (know-how), interesa más conocer el por qué último de su razón de existir (know-why), o sea, el porqué, qué pretende, qué busca. [...] Conocido el porqué (know-why) de la empresa, tendremos las claves secretas de cómo interpretar el material periodístico producido” (Almuiña Fernández, 1989a: 256, 257). En este sentido no se puede desconocer la voluntad última de toda empresa, que es la obtención de una rentabilidad. Como acertadamente indica el profesor Almuiña, en el caso de la empresa periodística la rentabilidad no tiene por qué ser exclusivamente económica, de hecho esta puede ser concebida como una vertiente de la rentabilidad totalmente accesoria para los objetivos que persigue un periódico. Si este cuenta con un apoyo financiero sólido, puede estar funcionando durante años a pesar de tener pérdidas efectivas, porque probablemente al propietario le interese más contar con un instrumento de formación de opinión que con una empresa dirigida a la obtención de recursos económicos, lo cual quizá sea más fácil de obtener por otros medios. La rentabilidad buscada por un medio puede ser –de hecho en muchas ocasiones es– la de orientar a la opinión pública en un determinado sentido en aspectos que sean decisivos para los dueños de la empresa periodística.

La conformación de los equipos de redacción es otro de los aspectos a tener en cuenta para poder desentrañar acertadamente el acomodo ideológico de los mensajes analizados. Los periódicos decimonónicos eran redactados en muchas ocasiones por un solo articulista, que incluso podía ser el propio director o editor del diario. Muchos de los artículos analizados en esta tesis fueron publicados sin firma, otras veces únicamente con las iniciales, por lo que es sumamente complicado afirmar categóricamente quién es el autor de cada texto. Por el contrario, la propiedad de los medios está definida en una mayoría de ocasiones, por lo que, en el caso de no disponer de un nombre propio a la hora de identificar al autor de un artículo, será posible conocer la orientación ideológica y los intereses escondidos tras lo publicado buceando en la biografía y en el historial político del propietario correspondiente. Por lo demás, los periódicos se suelen hacer responsables conjuntos de lo publicado en sus páginas, salvo declaración expresa en sentido contrario,

por lo que el no disponer del nombre del articulista, aun siendo una circunstancia poco deseable, no será decisiva a la hora de ofrecer una interpretación válida.

1.4.2.4. Otros aspectos a tener en cuenta

Además del contexto histórico particular en el que se dio la producción periodística estudiada, que, como ya se ha mencionado, habrá de ser obligatoriamente tenido en cuenta si se pretende ofrecer un juicio atinado, es necesario también no perder de vista que el investigador emite una interpretación en un contexto histórico propio, necesariamente diferente a aquel en el que el texto analizado fue producido: “A buen seguro que nuestros «titulares históricos» no coincidirán con los del periódico cotidiano. Nuestra perspectiva histórica nos permite y nos exige interpretaciones distintas a las valoraciones que en su momento hicieron los intérpretes de los acontecimientos” (Almuiña Fernández, 1989a: 263). La periodicidad es otro de los aspectos a tener en cuenta si se aspira a ofrecer un análisis sensato de los mensajes iberistas publicados por la prensa madrileña en los años centrales del XIX. No es lo mismo un diario que un semanario, siendo de manera obvia muy diferente el tiempo disponible para la redacción de los textos en una y otra clase de publicación. Una mayoría de los textos analizados fueron publicados en diarios, que contaban con mucho menor tiempo para la preparación y composición de los artículos, por lo que es posible encontrar en ellos pasajes o contenidos de carácter menos reposado y reflexivo de lo que podrían ofrecer análisis semanales, si bien no tiene por qué darse esta situación necesariamente.

Otra precaución necesaria a la hora de analizar los mensajes publicados en la prensa sobre un determinado tema es el no confundir la parte con el todo. Dentro de un periódico que ordinariamente sigue una determinada línea editorial o doctrinal se pueden encontrar puntualmente artículos o noticias que contradigan esa corriente general. Sería un error garrafal por parte del investigador elevar el detalle momentáneo al rango de categoría. En este sentido, también se ha de prestar atención a la frecuencia o asiduidad con que los periódicos se ocupen de un determinado tema. Una mayor regularidad en la producción periodística en un sentido determinado supondría inevitablemente la puesta en valor de los contenidos repetidos en un mayor nivel que el de aquellas intervenciones que fueran más o menos puntuales o circunstanciales.

En definitiva, se puede afirmar que las fuentes hemerográficas han sido tradicionalmente utilizadas con cierto temor, existiendo cierta reticencia a la hora de tratar a la prensa periódica como texto de autoridad, y sin embargo durante los años finales del siglo XX este tipo de fuentes se han ido imponiendo progresivamente como “una de las realidades más versátiles” y han gozado de “una estimación indiscutible como fuente documental” (García González, 1995: 183). Los recelos procedían quizá por la condición fundamentalmente doctrinaria o de difusión ideológica que tiene la prensa, característica que puede ser vista precisamente como uno de los principales activos para la utilización de esta herramienta, sobre todo en su vertiente opinativa-interpretativa, como fuente historiográfica, ya que ofrece un testimonio único sobre la evolución de las ideas políticas o de las mentalidades en un momento determinado del pasado. Es cierto que la prensa como fuente, si se pretende utilizar en su vertiente informativa, ha de ser sometida a un contraste severo con otras fuentes documentales, para de ese modo evitar posibles desviaciones o manipulaciones derivadas de una presentación tendenciosa de lo noticiado.

El uso de la prensa como fuente historiográfica para conocer las diferentes tendencias que marcan el estado de opinión de la sociedad en un momento determinado, así como para descubrir corrientes ideológicas que podrían no aparecer si se estudiaran únicamente los documentos oficiales, es indiscutible si se entiende la comunicación como “pieza clave de articulación social, y la prensa su forma excepcional al iniciarse la era contemporánea. Reconociéndole [a la prensa] su función formadora e informadora de opinión pública, su cometido esencial como transmisora de ideología y su dialéctica relación con el desenvolvimiento del proceso capitalista y con la evolución de las formaciones sociales y sus expresiones políticas, será merecedora de su definición como «estructura estructurante»⁵⁰” (García González, 1995: 187). En este sentido, se han propuesto métodos para el estudio de la prensa, como el del catedrático Jesús Timoteo Álvarez, que pretenden integrar diferentes elementos de análisis, tanto a nivel informativo como político, jurídico, tecnológico, empresarial y formal. No es este el objetivo de la presente tesis doctoral, que presenta un enfoque más clásico para el estudio de la prensa,

⁵⁰ BOTREL, Jean F., DESVOIS, Jean Michel, AUBERT, Paul (1981): “Prensa e Historia: para una historia de la prensa. La prensa, objeto polimorfo de la historia”, en CASTILLO, Santiago, FORCADELL, Carlos, GARCÍA-NIETO, Mari Carmen, PÉREZ GARZÓN, Sisinio (coords.): *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, p. 502.

como es el modelo mixto de análisis cualitativo de contenido y análisis del discurso, ya presentado en el capítulo correspondiente, por el que se pretende ofrecer un punto de vista diferente —el que ofrecían, precisamente, los periódicos— para el relato del desarrollo y evolución del movimiento iberista y los proyectos de unión hispano-portuguesa.

1.4.3. La censura, traba para el periodista de entonces y para el historiador de hoy

La actividad de la prensa puede ser en cualquier momento controlada, fiscalizada y restringida por el poder político, que dispone de multitud de herramientas para ejercer su influencia y condicionar la existencia de una prensa libre. Lógicamente, la capacidad de los poderes públicos para actuar contra la prensa va a depender del sistema político general en el que se desarrolle la actividad periodística: no es lo mismo un régimen absoluto que una democracia parlamentaria a la hora de limitar la libertad de prensa. El catedrático Celso Almuiña destaca cuatro mecanismos de control de la prensa ejercidos durante la llamada Edad Contemporánea por “el Poder, o mejor sería denominar poderes” (Almuiña Fernández, 1979: 299). En cuanto a los medios de control indirectos, en primer lugar se puede imponer una carga fiscal a las empresas periodísticas, lo cual redundaría en una disminución de recursos económicos que va en perjuicio del desarrollo tecnológico del medio o de la retribución de los trabajadores; en segundo lugar, en un sentido inverso, desde el gobierno se puede promover la concesión de subvenciones a empresas periodísticas “leales”, para de este modo transformar los periódicos en hojas propagandísticas sumisas al poder de turno y cantoras de las excelencias del poder.

En cuanto a los mecanismos de control directo, el método más rudo es la concesión de una autorización o licencia previa a la fundación del medio impreso. En este caso, y en base a criterios en buena medida subjetivos o de oportunismo político, las autoridades de turno pueden retrasar e incluso impedir por completo la publicación de un determinado medio hasta que los editores obedezcan y acaten las directrices del correspondiente gobierno. En un plano más sutil se encuentra un cuarto mecanismo de control, quizá el más extendido de todos a lo largo de los tiempos y que aún hoy en día, en las democracias más avanzadas, puede llegar a detectarse puntualmente: se trata de la censura, método que a su vez puede ser dividido en dos categorías, dependiendo de si es aplicada con carácter previo o posterior a la publicación.

La censura previa es el arma de control clásico de los poderes sobre toda expresión humana que trata de ver la luz en letra impresa. En España, su instauración legal data de 1502, cuando los Reyes Católicos firman la Pragmática de Toledo (Almuiña Fernández, 1979: 300; Canet Aparisi, 2009: 79), que cumplía funciones de control administrativo – permitía conocer quién publicaba y dónde lo hacía– pero también de control ideológico – se intervenía el contenido de lo editado–. La segunda variante de la censura es la corrección o reprobación *a posteriori* de lo publicado, de más difícil aplicación ya que requiere de un procedimiento legal más complicado que la censura previa. Celso Almuiña distingue dos periodos en el recorrido de la censura por la historia de España: desde la Pragmática de Toledo hasta la Constitución de Cádiz se observa un predominio de la censura previa, mientras que de 1812 en adelante se establecerá el sistema represivo *a posteriori* como recurso corriente del poder para limitar la acción de la prensa, eso sí, con destacables excepciones y numerosos momentos en los que se aplicó de nuevo la censura previa.

El paso del sistema de censura previa al método de la represión *a posteriori* ocupa los años de transición, precisamente, del sistema absolutista al liberal, aproximadamente entre 1808 y 1833. La época constituyente de Cádiz hace aflorar lo que Almuiña ha dado en llamar “ingenuismo ilustrado” en relación a la libertad de prensa, según el cual este derecho sería el arma más potente para luchar contra la tiranía. El máximo representante de esta tendencia ingenua respecto a la libertad de prensa sería Álvaro Flórez Estrada. Este grupo, sin embargo, tendrá que aceptar finalmente la existencia de la responsabilidad del periodista o de los editores en la honestidad y veracidad de lo publicado. No obstante el mantenimiento de la censura, la marca histórica de la primera legislación sobre prensa en territorio español se encuentra el 10 de noviembre de 1810, con el decreto de las cortes gaditanas que regulaba el ejercicio periodístico (Sáiz y Fuentes, 1993: 540). El reglamento de noviembre de 1810 va a legalizar la libertad de imprenta en materia política, no así en cuestiones religiosas (Almuiña Fernández, 1979: 301), orientación que será también adoptada por la Constitución de 1812. Como es sabido, el regreso de Fernando VII fulmina la obra gaditana, incluyendo por supuesto lo referente a la libertad de prensa. Incluso la restablecida y envalentonada Inquisición perseguirá bajo pena de excomunión la lectura y posesión de impresos de tendencia liberal (Seoane, 1983: 83). El único papel periódico de carácter político que no se prohíba será la *Gaceta de Madrid*. Se observa ya entonces cómo la lucha entre censura y libertad va a correr paralela con los

vaivenes en el centro del poder entre fuerzas reaccionarias y progresistas. Hasta 1820, como afirman Cabrera, Elorza, Valero y Vázquez en un estudio clásico (1975: 54), “la regulación en materia de imprenta se reducirá a prohibiciones de circulación, órdenes de recogidas y puestas en vigor de normas anteriores a 1808”.

El periodo liberal que comienza en 1820 observa una cierta apertura en materia de prensa, como por ejemplo la institución del jurado popular como entidad decisoria en procesos judiciales por los que se podría suspender o no una publicación. Los jurados, generalmente benévolo con los papeles periódicos, fueron convertidos en argumento político por los progresistas, y serían abolidos o autorizados a lo largo del siglo dependiendo del color de la administración (Seoane, 1983: 88-89). No se alcanzan en este periodo, sin embargo, los niveles de libertad que existieron en Cádiz. Las cautelas de los liberales no son suficientes para impedir un aumento irrefrenable de la crispación política, que va a derivar en “un auténtico caos por lo que respecta a los medios de comunicación” (Almuiña Fernández, 1979: 303) y un “desbordamiento de las emociones” (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 61) plasmado en duros enfrentamientos verbales entre los representantes de las tendencias exaltadas, los seguidores del absolutismo y los partidarios de una solución liberal intermedia y moderada. En 1823 la intervención de la Santa Alianza pone fin de nuevo al experimento liberal español y con el absolutismo regresan de nuevo la censura y los abusos contra la libertad de imprenta, que solo se calmarán a partir de julio de 1830, tras el triunfo de la revolución en Francia, y más adelante, desde octubre de 1832, cuando María Cristina de Borbón sea nombrada gobernadora y se vea obligada a apoyarse gradualmente en los liberales para consolidar su mandato (Seoane, 1983: 135).

Entre 1833 y 1868 se vive en España, con los altibajos conocidos, la consolidación del sistema político liberal, que tiene como correlato ineludible el progresivo afianzamiento de la libertad de prensa (Sáiz y Fuentes, 1993: 541), si bien es un camino que se recorre muy lentamente. El inicio de este periodo está marcado por la guerra contra los carlistas, en cuyos territorios existe un control absoluto de la prensa por parte de los poderes políticos. En la España liberal, la ley de enero de 1834 ampara la censura previa para las publicaciones de carácter político o religioso, situación que se refrenda con la entrada en vigor del Estatuto Real en abril del mismo año y con la aparición de un reglamento de prensa en junio que legisla en el mismo sentido. Lo tímido de los avances

provoca una situación ciertamente lamentable, en la que, al mismo tiempo que se proclama la libertad de prensa, se aplica un criterio sumamente restrictivo al respecto por parte de los gobiernos: “A partir del reglamento del 1 de junio de 1834 muy pocos se atreverán, desde un punto de vista meramente teórico, a no exaltar y cantar las excelencias de la libertad de prensa. Sin embargo, en la práctica esos mismos cantores, una vez en el gobierno, actuarán no muy de acuerdo con sus cacareados principios” (Almuiña Fernández, 1979: 305). La censura previa va a desaparecer con la ley progresista de 1837, a tono con la Constitución, que restablece los jurados encargados de declarar si alguna publicación era demasiado turbulenta, de carácter sedicioso o atentaba de algún modo contra el orden establecido (Cabrera, Elorza, Valero y Vázquez, 1975: 57).

La producción de información política está por entonces en la práctica en manos de una minoría favorecida por la aparición de dos figuras legales, el editor responsable y el depósito previo, que van a dejar fuera de la competición periodística a todos aquellos emprendedores sin la fortaleza económica suficiente como para hacer frente a dichas condicionantes. El editor responsable se hacía cargo del contenido del periódico, y estaba obligado a cumplir los mismos requisitos legales que los candidatos a procurador a Cortes, mientras que el depósito previo se efectuaba en previsión de las posibles multas que se pudieran imponer a los periódicos en caso de ser denunciados por la autoridad. Para algunos autores, esto no significaba más que una compensación –desde el punto de vista del poder– a cambio de la supresión de la censura previa (Cabrera, Elorza, Valero y Vázquez, 1975: 57). Esta situación legal va a provocar una concentración de la propiedad de los periódicos de Madrid en pocas manos, mientras que la existencia de la prensa de provincias y el grado de libertad con el que podría expresarse va a pasar a depender de la voluntad de los gobernadores (Almuiña Fernández, 1979: 306; Seoane, 1983: 175). Un real decreto de 1845 va a insistir en esta tendencia restrictiva al introducir la llamada contribución industrial, no más que una tasa impositiva que en la práctica servía para estrechar aún más la capacidad de maniobra de los pequeños empresarios periodísticos y terminaba favoreciendo a los diarios grandes. Posteriores decretos de los gobiernos moderados ahondarán en una legalidad muy restrictiva (Seoane, 1983: 198), vigente hasta que con la llegada de los progresistas al poder en 1854 se regrese a la ley de imprenta de 1837.

Tras el bienio progresista, los gobiernos unionistas y moderados comenzaron defendiendo una posición relativamente aperturista que gradualmente se fue cerrando, llegando a un punto en que no existirían reparos por parte de los gobiernos a la hora de coartar la libertad de imprenta. En los años finales del régimen isabelino, González Bravo legisló duramente contra la prensa (Seoane, 1983: 243). La alternancia durante más de tres décadas de periodos restrictivos y de momentos de relativa apertura en lo referente a la libertad de imprenta, junto con la última etapa de indisimulada represión, terminó provocando un ambiente de hartazgo en el sector periodístico que va a estallar tras la revolución de septiembre de 1868. Durante el sexenio revolucionario se vive en España una explosión de publicaciones que pretenden hacer valer la libertad de prensa total, teóricamente permitida por la nueva coyuntura política. Según Seoane (1983: 266), “nunca, ni antes ni después, fue tan libre la prensa española como en estos años”. Sin embargo, una vez más, los gobiernos van a intentar que la situación no se descontrole y van a poner en marcha métodos de control no muy civilizados, como las amenazas anónimas o el servicio de matones a sueldo (Almuiña Fernández, 1979: 311).

Así, se puede afirmar que, durante el periodo temporal que abarca la presente tesis doctoral, en España se vivió un periodo de progresiva implantación de la libertad de prensa, siempre tutelada y controlada por los gobiernos. Si bien la aplicación de una auténtica libertad de imprenta fue defendida y proclamada en las páginas de los periódicos de oposición, cuando los partidos que estas cabeceras representaban se hacían con el poder se daba casi automáticamente una reversión de las demandas, las antiguas hojas opositoras pasaban a ser ministeriales y los nuevos poderes actuaban prácticamente de igual manera, es decir, restrictivamente, con la prensa que había apoyado a las administraciones existentes hasta el cambio de gobierno. Se da una lucha por el poder ante la cual la única perjudicada va a ser la propia libertad de prensa, que siempre será utilizada como herramienta para la lucha opositora y olvidada una vez sus defensores se encontraban al mando de puestos ejecutivos.

El tratamiento de la prensa como fuente historiográfica cuenta con dificultades importantes, más allá de la censura, a la hora de interpretar de manera justa lo publicado: las limitaciones intelectuales y materiales del propio periodista, el poder de la empresa informativa a la hora de imponer directrices editoriales e incluso la autocensura son factores a tener en cuenta antes de emitir un veredicto interpretativo serio. Estos

ingredientes, que alteran la condición ideal de imparcialidad de las informaciones y honestidad de las opiniones publicadas, serán particularmente decisivos durante el sexenio revolucionario, al conformar un panorama comunicativo que Celso Almuíña ha denominado como “la prensa sin contrapeso legal”. La condición de órgano de expresión de un determinado partido político, atribuible al periódico en los años centrales del siglo XIX español, es particularmente agudizada durante el sexenio revolucionario. La multiplicidad de periódicos surgidos en los años de la revolución democrático-burguesa se corresponde con la profunda diversidad del espectro político que sale a relucir por entonces.

Este periodo es testigo de cómo el sector periodístico español vive un “efecto rebote” en el que se proclama una libertad de prensa absoluta, tras los tiempos de rígida vigilancia gubernamental de los últimos gobiernos isabelinos, encabezados por Narváez y González Bravo. Como afirman Cabrera, Elorza, Valero y Vázquez (1975: 62), “las ideas fundamentales del decreto [sobre libertad de prensa de 1868] rechazaban el sistema preventivo, es decir, anulaban la censura previa y suprimían los Juzgados especiales”. Sin embargo, la teórica libertad de imprenta total no va a ser necesariamente beneficiosa para una producción informativa de calidad, ya que el nulo control estatal sobre las publicaciones hace que “en el terreno concreto de la cotidianeidad, ante una prensa débil, los poderes provinciales y fácticos actúen con cierta impunidad al aplicar criterios totalmente subjetivos al margen de la norma objetiva inexistente” (Almuíña Fernández, 1980: 306). La actividad de control por parte del Estado, de todos modos, va a continuar existiendo a través de las trabas de carácter económico, que no se retiran y siguen favoreciendo a las empresas grandes frente a los aventureros periodísticos de nuevo cuño que proliferan, con una vida efímera, a lo largo del país. Los gobiernos de Amadeo I van a intentar retomar para el Estado el papel de controlador de las publicaciones, sin demasiado éxito, mientras que durante la Primera República se vuelve a vivir una etapa de libertad total de imprenta cuyos excesos fueron, en buena medida, responsables del fracaso del régimen republicano.

1.5. Periodistas e historiadores ante el espejo

Las similitudes entre el trabajo del historiador y del periodista son variadas. En primer lugar, ambos trabajan con acontecimientos y datos, que han de ser tratados con

precisión y rigor. La información se obtiene a través de fuentes, cuyas aportaciones han de ser contrastadas. En segundo lugar, la honestidad en la selección de los hechos y/o acontecimientos que pasan a ser historia o a ser noticia es decisiva. El periodista y el historiador deciden qué se recordará y qué pasará —quizá solo momentáneamente— al olvido. Todo ello se complementa con una interpretación de lo ocurrido, en todo caso personal pero que siempre ha de ser un comentario recto, libre de sesgos, y que sirva a la sociedad como muestra para entender el sentido del pasado, de lo ya acontecido.

Una característica del trabajo periodístico que cada vez cobra más vigencia en el terreno de la historiografía es la llamada historia del presente o historia inmediata, que se ocupa de los hechos vividos. Si, como en ocasiones sucede, el historiador o el periodista no cumplen con su obligación, las consecuencias son en cualquier caso lamentables para la sociedad, que obtendrá un producto intelectual contaminado, en forma de sensacionalismo, desinformación o lisa y llana manipulación que pueden ofrecer enfoques adulterados del pasado (Eiroa, 2014).

Otro de los puntos que tienen en común la historia y el periodismo es la aspiración a la objetividad, cualidad que tiene por meta una transmisión de los hechos totalmente desinteresada, sin interferencias tendenciosas. Sin embargo, se ha de tener en cuenta la crítica de ciertas escuelas de pensamiento hacia la idea del hecho histórico como algo inamovible. A lo largo del siglo XX se empieza a ver el hecho histórico como una construcción que se formula al modo de una cierta expresión de poder. Se deja de lado a la objetividad, que no la verdad, como cualidad alcanzable en el relato y se piensa en la narración del hecho histórico como una construcción, que puede ser más o menos honesta, pero siempre en cierto modo subjetiva. El papel ideal del historiador —y del periodista— sigue siendo, en todo caso, “similar a un espejo que sin alteración ni intervención, refleja y da a ver la realidad histórica por él narrada” (Vázquez, 1998: 125).

En palabras de Jacques Le Goff, “la toma de conciencia de la construcción del hecho histórico, de la no inocencia del documento, lanzó una luz cruda sobre los procesos de manipulación que se manifiestan a todos los niveles de la constitución del saber histórico” (Le Goff, 2005: 12). Así, esta tesis pretende alcanzar sus objetivos con la perspectiva de la objetividad como guía pero consciente de las limitaciones que han de ofrecer los textos que se recopilen, seleccionen y analicen a la hora de ser tratados en

tanto documentos históricos y documentos específicamente periodísticos a un tiempo; dichos documentos serán condiciones objetivas pero coactivas para el desarrollo de la investigación.

1.6. Periodismo y sentido del mundo

La producción de significados que ofrece la prensa a través del discurso escrito, de carácter ideológico-político, define la realidad social y reestructura el imaginario general de las colectividades. A través del estudio de los contenidos de la prensa periódica desde un punto de vista histórico se puede observar la evolución de la producción, reproducción y determinación de significados, con el objetivo final de explicar el cambio social que produce toda actividad periodística, ni que sea únicamente gracias al mero aporte de informaciones a lo largo de un periodo de tiempo dado. La intervención de la producción comunicativa en la sociedad tiene un carácter bidireccional, ya que al mismo tiempo que la actividad política, social, económica, cultural o de cualquier otro tipo define de manera decisiva los contenidos publicados por la prensa, esta interviene y condiciona la propia organización social en su doble papel de reflejo de las producciones sociales y creadora de significados, representaciones e ideologías.

1.6.1. El sistema socio-informativo

En este sentido es significativa la concepción de Jesús Timoteo Álvarez sobre la condición de la comunicación, en un sentido amplio, como creadora de un sistema social y de valores propio: “Al igual que las relaciones de producción forman y definen un sistema socioeconómico, al igual que las relaciones entre los grupos sociales forman y definen un sistema sociopolítico, así las relaciones entre grupos o entes emisores y receptores forman y definen un sistema socio-comunicativo o socio-informativo” (Álvarez, 1981: 26-27). La realidad socio-informativa permite mantener vivo el “capital cognitivo” de las sociedades humanas, que “garantiza la confianza o la seguridad sobre las actuaciones que la sociedad prescribe llevar a cabo para su reproducción” (Piñuel Raigada, 1993: 2). Desde este punto de vista se estima la correlación establecida entre lo comunicativo y lo social como ambivalente y bidireccional, cuyos efectos convierten a la comunicación en un componente configurador elemental de la realidad histórica.

La cualidad de área ambiguamente definida determina precisamente algunas de las fortalezas –diálogo y asociación con otras disciplinas– y debilidades –inexistencia de una identidad propia fuertemente definida en cuanto a delimitación temática o metodológica– de la historia de la comunicación y, en menor medida, de la historia de la prensa. Es, sin embargo, decisivo para los estudios de comunicación en el ámbito universitario la necesidad de no perder de vista la cualidad esencialmente histórica de la producción periodística de otras épocas, que no puede ser estudiada simplemente desde un espectro sociológico o teórico, ni en relación a sí misma, sino que ha de ser siempre encuadrada y contextualizada en el marco de la historia general, si se pretende alcanzar un conocimiento adecuado de la evolución de un espacio territorial dado en sus vertientes política, ideológica y cultural.

1.6.2. Persuasión y creación de significados

Los actores del sistema socio-informativo, a través de los textos de carácter interpretativo, ideológico y de opinión emitidos desde los medios de comunicación, definen en gran medida la visión del mundo de los consumidores acríticos de información. Esta interpretación tiene que ver con la modificación y evolución que los significados de las palabras y de los conceptos sociales sufren al ser pasados por el tamiz de los medios. Para descifrar la orientación e influencia de los mensajes analizados cabe realizar un estudio de todos los aspectos comunicativos del texto: “Como todo aspecto de la vida social, el mensaje se relaciona especialmente con los significados (y sentidos) de la sociedad y de la cultura (sobre todo en sus aspectos ideológicos y políticos), por medio de un análisis de los componentes del proceso de comunicación y en especial de aquellos más importantes: la intención de la fuente y características del emisor; el tipo de canal; soportes y medio, con sus repertorios tecnológicos y códigos; y la recepción y sus condiciones desde el emisor” (Roiz, 1997: 105). Desde el punto de vista de la presente investigación, llevar a cabo esta operación interpretativa en relación a los mensajes de carácter nacionalista ibérico significa avanzar en la comprensión global del fenómeno de génesis, desarrollo, expansión y caída de esta ideología en los círculos políticos del Madrid decimonónico.

Los textos de opinión, los doctrinales del siglo XIX, intentan en todo caso ejercer una influencia sobre los lectores, siendo esta una condición inherente a su existencia. Casi siempre ejercida de manera consciente, basada a veces en estrategias argumentativas honestas y en ocasiones en las más bajas calumnias y falsedades, la persuasión a través de la palabra escrita implica o bien una puesta en cuestión de los significados dominantes en la sociedad o bien un reforzamiento de los paradigmas prevalentes, posiciones que cada una a su manera se van a presentar como necesarias para la conservación del poder o ascensión al mismo de un determinado grupo social, que tenga capacidad para imponer sus creencias, valores y juicios.

Es por ello determinante desde la investigación en comunicación la aplicación de análisis del contenido y del discurso, para intentar la decodificación de los mencionados mecanismos de culturización. En la arena de la opinión pública está en juego la hegemonía conceptual e interpretativa de la realidad social, y los medios se intentan posicionar como generadores de sentido para culminar el desplazamiento de un paradigma interpretativo de la realidad preexistente al texto a la voluntad de imposición de un modelo interpretativo diferente, que mire el mundo desde un ángulo ideológico más favorable a los intereses del emisor. El análisis de los textos ha de completarse necesariamente con una mirada a la trastienda de la producción de contenidos y, por tanto, de significados, ya que “lo que dicen los mensajes de los medios es en conclusión lo que vienen a decir los productores y distribuidores de los géneros de la comunicación de masas, ya que el análisis de cualquier tipo de contenido se vincula necesariamente con el análisis de los objetivos de los centros de decisión” (Roiz, 1997: 109). En el caso de la presente tesis doctoral, la propiedad de los periódicos analizados se encontraba normalmente bien delimitada en una o varias personas que por lo general solían encarnar una opción política muy concreta. Esta relativa seguridad a la hora de conocer quién se encontraba detrás de los mensajes emitidos, ya fuera en la forma de financiador, editor o simple agitador intelectual, va a permitir alcanzar interpretaciones más acertadas sobre la intención de los mensajes analizados, y los resultados de ello derivados permitirán comprobar el importante papel que desempeña la prensa como fuente historiográfica, siempre utilizada en base a una metodología bien definida y conociendo las limitaciones y condicionamientos de este tipo de análisis.

1.6.3. Cambios en las mentalidades

Pese a la imposibilidad efectiva de ofrecer una interpretación canónica, un retrato exacto sobre el estado de la opinión pública (ya esté calmada, concentrada en un tema, exasperada, apática) en un momento histórico determinado, ya que ningún método es capaz de recopilar y expresar de manera total las representaciones ideológicas, los sentimientos y los pensamientos de una sociedad, es un hecho que la prensa crea un marco apropiado para la exposición de ideologías y se establece al tiempo como testigo informador de las agitaciones y trastornos de cada época, constituyéndose en herramienta privilegiada a la que recurrir para intentar emitir un juicio sobre las condiciones de desarrollo de las conductas y comportamientos colectivos en el pasado.

Los cambios operados en las mentalidades, en las convenciones sociales y, en consecuencia, en la construcción social de la realidad y su producción cultural hegemónica, vienen en gran parte determinados en las sociedades contemporáneas por la actuación de los medios de comunicación: “Nadie duda hoy en día, en efecto, que si hay algo determinante en la Historia de la Humanidad es la comunicación, hasta el punto que los grandes virajes históricos han estado siempre condicionados o acompañados por cambios en la comunicación” (Muñoz-Alonso, 1993: 13). La presente investigación se inscribe en un periodo temporal durante el cual España vive la consolidación de su prensa política, fuertemente ideologizada y doctrinal, en ocasiones dogmática, como actor protagonista del escenario político. Es a partir de la Restauración borbónica, periodo histórico que queda fuera del espacio temporal elegido, cuando el periodismo español evolucionará hacia un modelo más industrial, en el que la información y los anuncios ganan espacio a la opinión, si bien, como es sabido, el proceso de transición de un modelo periodístico a otro no sucede de manera drástica sino que tiene un carácter progresivo, y se encuentran tanto ejemplos de periodismo informativo ya antes de 1868, como cabeceras que siguen representando planteamientos de carácter doctrinal más allá de 1874. Sea como sea, las características de la prensa estudiada en esta tesis, que publicaba contenidos de profunda carga ideológica, ofrece un campo idóneo para la interpretación de la génesis y desarrollo de las corrientes de opinión relativas a la ideología nacionalista ibérica en las páginas de los diarios madrileños de la época y, por extensión, ofrece una buena plataforma para discernir su grado de influencia en la política del momento.

La validez científica de la interpretación de los textos analizados, junto con las conclusiones que se aportarán al final de la investigación, se alejan del subjetivismo por tres razones, a saber, toda interpretación que se ofrezca estará precisada por el marco metodológico ya determinado, que se estima como el más adecuado para la consecución de los objetivos; del mismo modo, se procurará una contextualización histórica del momento en el que fueron producidos los artículos de opinión, noticias o sueltos relacionados con la cuestión ibérica; por último, tampoco se perderán de vista los efectos que los mensajes emitidos produjeron en la opinión pública, en la medida en que dichos efectos puedan ser seguidos.

La utilización sin complejos de la prensa como fuente historiográfica, siendo el investigador consciente de sus ventajas y también de sus limitaciones, permite ahondar en la superación de la historia pensada como proceso con carácter unitario y de continuidad en el tiempo y aproximarse a la necesidad de “sustituir esa historia global y única, basada en un supuesto objeto histórico aprehensible científicamente, por otra, y otras, concebidas desde perspectivas metodológicas, temáticas y epistemológicas más profundas y próximas a la realidad” (Yanes, 2003: 257-258). Tener en cuenta las expresiones ideológicas de los periódicos es imprescindible para alcanzar un conocimiento más preciso de la realidad histórica y de los cambios acontecidos en las mentalidades, mediados en todo caso por la intervención de la prensa, aspecto que ha de ser estudiado en combinación con la historia general.

Este modo de proceder no va en contra de la investigación específica en historia del periodismo centrada en los periódicos como objeto de estudio, ajustada quizá más a los aspectos técnicos o a la capacidad de expresión determinada por los diferentes grados de la libertad de prensa, sino que se puede ofrecer una combinación de ambas vertientes de una misma disciplina. En palabras del catedrático Jaume Guillamet, “los instrumentos de análisis que nos ofrece la historia política para el establecimiento de un esquema general de interpretación evolutiva del periodismo van más allá de los grandes cambios jurídicos e institucionales e invitan a considerar la influencia de los grandes movimientos ideológicos” (Guillamet, 2003: 38). Estos grandes movimientos ideológicos, como ya se ha visto, están en íntima relación con las publicaciones periódicas, influidas por el desarrollo de las ideologías que ellas mismas ayudan a conformar a través de lo publicado en sus páginas.

En relación a esta realidad cabe destacar la necesaria búsqueda e interpretación posterior de aquellos conceptos definitorios de realidades políticas, sociales y culturales, como el término *nación* y otros relacionados, que ocuparán un lugar central en la presente investigación. Desde la óptica de Julio Aróstegui, “el lenguaje es una vía de penetración para los fenómenos más íntimos de cultura. Entre el hombre y su entorno existe siempre una «versión del mundo» que es el resultado de la mediación cognoscitiva. El lenguaje es el vehículo por el que damos cuenta de los contenidos de la mente. La cuestión es que no todos los contenidos mentales pasan a los lenguajes, solo se da cuenta de una parte de ellos porque los lenguajes son siempre instrumentos sujetos a mayor o menor elaboración y perfección. Esto tiene una importancia histórica indudable” (Aróstegui, 2004: 55). Una utilización adecuada del lenguaje es decisiva, pues, en todos los aspectos de la comunicación. Algo que para algunos puede parecer una obviedad es digno de destacar, pues en actualmente se puede advertir un progresivo deterioro en el uso del lenguaje como instrumento preciso, escrupuloso y exacto para la definición de las cosas del mundo, sin ser posible determinar un responsable único de las causas de dicho deterioro⁵¹. Será, pues, interesante estudiar la evolución de los conceptos utilizados por la prensa madrileña para referirse a los progresos del iberismo, en pleno vigor durante los años centrales del siglo XIX como ideología que intentaba conformar una nueva manera de ver el mundo, con sus demandas de unión política de Portugal y España.

1.7. Conclusiones

Los periódicos son una pieza básica para la reconstrucción histórica de toda comunidad humana en cuanto reflejo y evidencia significativa de los acontecimientos que definen la vida inmediata, en un determinado momento, de una sociedad. El fondo de textos –informaciones, significados– que contienen les convierte en fuente fundamental para completar un cuadro de observaciones certero sobre los aspectos políticos e ideológicos de la sociedad que se examina. El análisis del lenguaje utilizado por la prensa es, a su vez, necesario para entender la estructura y el trasfondo ideológico y cultural que motiva las opiniones y demandas expresadas a través de las diferentes cabeceras,

⁵¹ Aun tomando una salida puntual del recorrido marcado por el desarrollo de esta tesis, es recomendable acercarse a una reflexión desde la literatura –pero aplicable a cualquier producto textual– sobre el asunto aquí tratado y releer el capítulo titulado “Exactitud” en Calvino (2007).

destinadas en su origen, de manera más clara que las notas estrictamente informativas, a influir en el devenir político de una sociedad, ya sea promoviendo el mantenimiento de estructuras de poder establecidas o estimulando la génesis y el crecimiento de movimientos ideológicos dirigidos a organizar un nuevo modelo de organización social, basado en principios y paradigmas diferentes a los dominantes.

El periódico como soporte de la memoria colectiva, como objeto que refleja las condiciones de desarrollo de una sociedad, como agente difusor de mensajes políticos y representante de intereses sociales y económicos, como fermento de ideas e instrumento para crear opinión, representa una sugestiva manera de acercarse al conocimiento del tiempo histórico en el que se ubica y contextualiza el objeto de estudio, los mensajes iberistas publicados en Madrid entre 1840 y 1874.

Así, se observa cómo todo discurso escrito y reproducido por la prensa periódica no es aséptico, inocuo e independiente, sino que responde necesariamente a determinadas representaciones particulares de una clase social dada, lo cual por otra parte no significa que dichos discursos sean deshonestos o embusteros. El texto se produce en base a determinados intereses que pretenden manipular o, si se quiere, que pretenden influenciar, formar opiniones y apreciaciones de carácter cultural e ideológico en la sociedad que acoge y produce estos discursos. Lógicamente, un tratamiento adecuado de la prensa como fuente supone acercarse a las publicaciones periódicas con la voluntad de entender las doctrinas, los argumentos, las ilusiones y los entusiasmos que movían a los partidos, clases o personas propietarias de los periódicos y, por tanto, responsables principales de la información producida, y no tomar de forma ingenua aquello publicado en la prensa como los hechos ciertos que efectivamente ocurrieron tal y como son descritos en los textos periodísticos. Cuanta mayor diversidad ideológica exista en las cabeceras estudiadas, pues, más profunda será la comprensión de los condicionamientos y producciones ideológicas que marcaron el desarrollo histórico de la sociedad.

Las páginas de un periódico ofrecen al investigador, igual que en el momento de su producción la ofrecieron al público lector, una representación de la realidad cargada de significados particulares. Dicha representación refiere el establecimiento progresivo de una opinión pública formada respecto a diferentes temáticas, cuyo sentido se intenta reconstruir en el momento presente a través del análisis de lo publicado en los diarios. El

campo de influencia de los contenidos transmitidos a través de la prensa es el imaginario –palabra emparentada con *imagen*, es decir, figura, representación– social, que se ve permanentemente influido por las publicaciones periódicas, ya sea en un sentido de fortalecimiento de las propias creencias, crítica despiadada de lo establecido o aceptación acrítica de las informaciones y opiniones recibidas. Este proceso de construcción de opiniones, ideología y modos de ser y estar ante el mundo es lo que más interesa al investigador que se acerca al estudio de la prensa desde una vertiente histórica.

Las debilidades de los textos publicados en periódicos a la hora de ser utilizados como fuente para la historia están fundamentalmente en relación con su condición de representaciones parciales de lo acontecido. Como se ha observado a lo largo de las líneas precedentes, este condicionante hace que el análisis de la prensa sea especialmente productivo si está centrado en la recopilación, sistematización e interpretación de los textos doctrinales o de opinión, proceso que puede ayudar al esclarecimiento de las obligaciones e intereses políticos, ideológicos, culturales, económicos y/o de cualquier otro tipo que pudieran influir en la orientación de las publicaciones de un género, el de opinión, mucho menos cohibido por el disimulo o los juegos dialécticos con que en ocasiones se componen aquellos textos periodísticos que solo buscan, al menos en teoría, proporcionar información a los lectores.

En este sentido, el estudioso de la prensa ha de tener muy claras las preguntas de investigación, saber exactamente qué busca, qué quiere obtener de los periódicos utilizados como material de trabajo. El periódico, que no ha de ser percibido solo en relación a sí mismo, sino también en relación a su contexto, y cuyas informaciones han de ser siempre contrastadas con otro tipo de documentos, se convierte en fuente historiográfica de valor incalculable que, siendo utilizada con criterio, celo y espíritu crítico, es una herramienta de primera categoría para aprehender la evolución ideológico-política de una sociedad.

Los periódicos que hoy descansan en las hemerotecas circularon un día en los salones, en los cafés y en las plazas, por lo que es indispensable la identificación del estadio de desarrollo ideológico en el que se encontraban los redactores o la propia empresa periodística a la hora de publicar sus contenidos, siendo necesaria la aplicación de este filtro interpretativo para enmarcar los datos que suministra el periódico. El

posicionamiento ideológico de cada cabecera no es siempre el mismo, ya que su administración y propiedad pudieron sufrir vaivenes a lo largo de su existencia que condicionaran la línea editorial en un sentido general o que propiciaran enfrentamientos dialécticos de carácter más particular, convirtiéndose las páginas de la prensa en escenario de rencillas y luchas personales entre enemigos políticos o periodísticos.

No se concibe el periódico como retal callado de un tiempo pasado, sino como parte viva de aquel tiempo que quedó de algún modo grabada, un fósil en letra impresa que ha de ser reubicado en su contexto original para poder ser comprendido en el mayor grado posible de plenitud, sabiendo que el historiador a comienzos del siglo XXI, como afirma César Rina Simón (2012), ha renunciado a explicar de forma absoluta, atemporal y totalmente fidedigna el devenir de la historia. La tarea se reduce, o mejor dicho se reconduce, a plantear interpretaciones razonadas en base a los datos suministrados por el conjunto de los documentos analizados; un objetivo complementario es el de evitar en todo caso la aparición de un “efecto péndulo” que provoque, tras el rechazo de toda ambición positivista deudora de los planteamientos decimonónicos de Leopold von Ranke, un abuso de un subjetivismo mal entendido. Junto a la inevitable personalidad del investigador, que ha de aproximarse a la hemeroteca cargado de prevenciones y de una profunda mirada crítica, existe la subjetividad del periódico, presentada además en una doble dirección: la intencionalidad del autor y la selección de contenidos inherente a toda publicación periodística. Se trata, en este caso, de encontrar el equilibrio de una ciencia que desvela el pasado a medida que lo va construyendo, utilizando además una fuente con un alto nivel de complejidad, debido a los muy diversos elementos que la forman, y que se ha de complementar siempre con la bibliografía y los fondos de archivo oportunos.

La selección de la información publicada, así como su tratamiento lingüístico, redaccional, constituyen dos nuevos obstáculos para el analista de la prensa a la hora de acercarse a su objeto de estudio con garantía de obtener resultados serios: “El ofrecimiento a los lectores de unos pocos y, además, sesgados retazos del complejo discurrir del día a día, la mayoría de ellos inconexos entre sí, aparecen salpicados de la opinión que emana de las directrices de la línea editorial del periódico” (Yanes, 2002: 393). Es por ello que las interpretaciones que se ofrezcan a lo largo del análisis, así como las conclusiones finales, habrán de estar siempre debidamente justificadas en base a una exégesis conjunta que tenga en cuenta no solo la producción de contenidos en sí y la serie

de significados, ideas y representaciones que se ofrecieron a los lectores, sino también el contexto histórico, político y económico del momento, con el objetivo de construir un cuadro interpretativo de la realidad lo más completo y fiable posible.

CAPÍTULO 2. SOBREVOLANDO EL NACIONALISMO

“Lo que turba a los hombres no son los sucesos, sino
las opiniones acerca de los sucesos.”

Epicteto, *Enquiridion*⁵²

En este punto de la investigación conviene agregar un capítulo de carácter teórico que permita encuadrar uno de los conceptos centrales que se van a tratar en esta tesis, el término *nación* y su correspondiente *-ismo*. ¿De qué se habla cuando se habla de la nación? ¿Qué corriente del pensamiento político se puede definir social e históricamente como nacionalismo? Numerosos investigadores se han ocupado de buscar una respuesta satisfactoria a esta pregunta, resultando sus afanes de manera natural en propuestas de diferente alcance, proyección y base teórica. Muy variados campos de estudio –historia, ciencias políticas, derecho, sociología– pueden proponer otras tantas perspectivas respecto a la cuestión. Así, es inevitable que los autores cuyas propuestas se comentan en las líneas que siguen no representen sino una selección de todos aquellos que se han ocupado de esta cuestión, y que además sea una aproximación esquemática y fragmentaria. No están todos los que son, pero sin duda son todos los que están. Este capítulo, pues, se concibe como un repaso de las discusiones más relevantes sobre el nacionalismo, con el propósito de encuadrar el debate contemporáneo y la posibilidad o no de hablar de un nacionalismo ibérico dentro de un amplio contexto histórico.

Esta no es una tesis teórica, bien al contrario; es precisamente por ello que se hace necesaria una aproximación de carácter general a las principales aportaciones que los teóricos del nacionalismo –fueran ellos mismos nacionalistas o no– han procurado, de tal modo que al final de dicha aproximación se esté en condiciones de ofrecer una definición de trabajo válida sobre el iberismo, para así llevar cabo con garantías el posterior análisis de los textos iberistas publicados por la prensa de Madrid entre 1840 y 1874. Este capítulo estudia deliberadamente de manera unívoca el nacionalismo desde una perspectiva histórica, con la intención de proporcionar un contexto adecuado al posterior desarrollo del análisis de los mensajes favorables a la unión de España y Portugal y su posible relación con el nacionalismo ibérico, si efectivamente cupiera otorgar esta etiqueta a lo

⁵² EPICTETO (1991): *Enquiridion*, Barcelona, Anthropos, p. 17.

que la historiografía ha denominado tradicionalmente como *iberismo*. Del mismo modo, la consecución de una base teórica suficientemente sólida es requisito obligado para el establecimiento de conclusiones satisfactorias en el capítulo final. Fuera del alcance de esta tesis se encuentran otro tipo de aproximaciones a la cuestión que tienen un fondo de interés sumamente atractivo, como pudieran ser los debates contemporáneos en relación al nacionalismo y las identidades culturales, o bien una valoración y crítica de las teorías del nacionalismo.

Es importante resaltar que el presente capítulo no es un análisis del término *nación* dentro del marco metodológico de la historia de los conceptos. Dicha operación se llevará a cabo en la parte empírica del trabajo. En las páginas que siguen se recorre la historia de la teoría política relativa a la cuestión nacional con el objetivo de fijar una definición de trabajo que el investigador cree adecuada y que servirá como orientación y cifra de lo que se entiende por *nación* a lo largo de esta tesis.

El objetivo de este capítulo es, pues, explorar el origen y el desarrollo de los significados del término *nación* y de la doctrina que consagra esta entidad como principio cardinal de la organización social, el nacionalismo. De manera similar a Özkirimli (2010: 9-10), lo que aquí se realiza es “to trace the evolution of the idea of nationalism, not that of theories of nationalism”⁵³ ⁵⁴. Fuera de los límites de la presente tesis esta también la pretensión de ofrecer una definición universalmente válida, canónica, de los términos *nación* o *nacionalismo*, siendo esta probablemente una ambición engañosa y existiendo, como se ha mencionado más arriba, numerosos estudios a cargo de académicos con una larga trayectoria que reconocen la dificultad intrínseca de tratar un fenómeno social tan resbaladizo y que ha dado muestras a lo largo de los siglos de una versatilidad casi ilimitada, sirviendo para desarrollar proyectos políticos de todo tipo.

Así, a lo largo del presente capítulo se tratará de observar de qué diferentes maneras se puede entender hoy el nacionalismo, cuáles son las principales corrientes teóricas al respecto y en relación a qué interpretación conceptual, tanto del momento en

⁵³ “Rastrear la evolución de la idea de nacionalismo, no de las teorías del nacionalismo”. Traducción propia.

⁵⁴ Es necesario resaltar que la obra de Umut Özkirimli aquí mencionada se centra en los debates teóricos contemporáneos sobre el nacionalismo, aquellos que han tenido lugar de la segunda mitad del siglo XX en adelante.

que se produjeron los mensajes iberistas como del momento presente, habrá que fundamentar la interpretación de los textos analizados.

Cabe asimismo resaltar el hecho de que el término *nacionalismo* no comienza a utilizarse de manera generalizada hasta el siglo XX, aun y cuando el término se refiriera a movimientos políticos surgidos y desarrollados en el Ochocientos (Fernández Sebastián, 2005: 209). Es por ello que el investigador afirma ser perfectamente consciente de que se trata de una palabra que en una primera aproximación deja cierto regusto anacrónico cuando se utiliza para hablar de un movimiento político que desde el momento actual se pudiera observar como nacionalista.

Teniendo en cuenta esta desventaja, asumiendo que en momentos concretos se podrá evidenciar cierto abuso del lenguaje con la meta de salvar ciertos condicionantes de temporalidad, y tras seguir el recorrido de la idea nacionalista a lo largo de tres epígrafes, se dedicará la parte final del capítulo a una disquisición sobre la conveniencia de usar a lo largo de la parte empírica de la tesis el término *iberismo* o bien el sintagma *nacionalismo ibérico* para referirse a la doctrina política que tiene por objetivo la unión política de Portugal y España.

2.1. Teorías del nacionalismo desde su génesis hasta finales del siglo XIX

Es casi un lugar común afirmar que Carlton Hayes y Hans Kohn son los padres fundadores gemelos de los estudios académicos modernos sobre el nacionalismo, siguiendo la afortunada expresión de la historiadora Aira Kemiläinen (citada en Hobsbawm, 2012: 3). Hayes y Kohn son considerados generalmente como los primeros en adoptar un posicionamiento neutral hacia el fenómeno nacionalista, intentando llevar a cabo un análisis desapasionado del mismo para definirlo, clasificarlo y explicarlo. Sin embargo, antes de llegar a las aportaciones de estos dos autores es provechoso remontarse a los orígenes de la teorización sobre el nacionalismo, partiendo de la palabra que ofrece la base semántica para esta doctrina, la palabra *nación*.

El catedrático Álvarez Junco comienza a inspeccionar el vocablo en cuestión desde su etimología, partiendo del antecedente latino, *natō*, *-ōnis*, que se refería al “conjunto de personas unidas por un origen común, diferente al de la ciudad o el país en

el que habitaban” (Álvarez Junco, 2005: 17). Este uso permaneció vigente durante el tiempo en que el latín fue la lengua franca de los territorios cultos de Europa. Así, las universidades medievales utilizaban el nombre de *nationes* para referirse a “los estudiantes que venían de distintos países y tenían sus propios gremios o guildas” (Álvarez Junco, 2005: 17). Una vez consolidadas las lenguas romances como vehículos de cultura, ya en el siglo XVIII, se observa una evolución cierta, al menos en el ámbito español, en el significado de la palabra *nación*.

El *Diccionario castellano* de Esteban Terreros, publicado póstumamente en 1787, sigue recogiendo el uso de esta palabra para referirse a un determinado grupo de extranjeros, pero añade ya una referencia a “algún pueblo grande, reino, estado, etcétera, sujeto a un mismo príncipe o gobierno” (Varela, 1999b: 654). Se observa, pues, cierta conexión en clave de soberanía entre un territorio, sus habitantes y su gobierno. Esta acepción resalta ya la polisemia –o confusión terminológica, según se mire– que va a ser un rasgo característico de este término y definitorio de la complejidad inherente a su estudio.

La fecha en que se publica el diccionario de Terreros revela que el término *nación* ha iniciado ya por entonces el recorrido semántico que lo llevará desde lo meramente descriptivo hacia lo jurídico-político. Este desplazamiento comienza en el siglo ilustrado y al respecto son claves las aportaciones de Jean-Jacques Rousseau, Immanuel Kant, Johann Gottfried Herder y Johann Gottlieb Fichte, de cuyas ideas principales respecto al tema aquí tratado se ofrecerá una semblanza a continuación. Además, en este primer epígrafe se aportará también un somero repaso a las ideas que a lo largo del siglo XIX, y partiendo de los apoyos teóricos proporcionados por el cuarteto de filósofos antedicho, definen la idea de nación, destacando en primer lugar las contribuciones de Friedrich List y su nacionalismo económico, el papel de Giuseppe Mazzini como ideólogo temprano de la unificación italiana, el enfoque liberal de John Stuart Mill y el tratamiento de la cuestión nacional por parte de Karl Marx. Por último, se ofrecerá un acercamiento al concepto de nación en Ernest Renan, tan discutido, y en Lord Acton, tan certero, además de lanzar una mirada a las teorías de dos pensadores decisivos para comprender la evolución de la idea de nación en suelo español, como fueron Antonio Cánovas del Castillo, desde el conservadurismo historicista, y Francisco Pi y Margall, desde el federalismo.

2.1.1. Los orígenes en Rousseau, Kant, Herder y Fichte

Jean-Jacques Rousseau, el único de los pensadores tratados en este apartado que no viviría para ver los acontecimientos revolucionarios de Francia, en cuyo contexto la nación se convierte en la única fuente legítima del poder político (Özkirimli, 2010: 16), trata de encontrar a lo largo del célebre *Du contrat social* una forma de organización de las comunidades humanas en la que prevalezca la libertad. Esta se identifica con la obediencia del hombre a sí mismo, lo cual se ha de traducir en el ámbito social por la existencia de un pacto, una asociación asimilable a un ser de carácter colectivo que ha de regirse a través de la voluntad general, la cual simboliza el interés común y es opuesta al concepto de “voluntad de todos”, que representa la suma de intereses privados: “Il y a souvent bien de la différence entre la volonté de tous et la volonté générale; celle-ci ne regarde qu’a l’intérêt commun, l’autre regarde à l’intérêt privé, et ce n’est qu’une somme de volontés particulières: mais ôtez de ces mêmes volontés les plus et les moins qui s’entre-détruisent, reste pour somme des différences la volonté générale.”⁵⁵ (Rousseau, 1962 [1762]: 252). La propuesta de Rousseau no gira, como es obvio, en torno a un acuerdo entre individuo y regente, ni es tampoco un pacto entre individuos, sino que concibe al conjunto de la comunidad como verdadero sujeto del derecho político.

El concepto de la voluntad general está básica e íntimamente ligado a la teoría de la legitimidad política defendida por el autor, que consagra la soberanía ejercida por el pueblo como valor absoluto, dominante y situado por encima de los partidos y otros poderes; una soberanía, además, supresora de la voluntad individual en tanto esta es considerada como representante de los intereses privados (Rubio Lara, 1999d: 707).

Por otro lado, en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, el filósofo ginebrino establece ciertos criterios para suscitar la devoción ciudadana hacia la patria, entre los que destacan la institución de fiestas, la erección de monumentos o la organización de juegos públicos; destaca, sin embargo, el valor que Rousseau otorga a la

⁵⁵ “Muy a menudo hay diferencia entre la voluntad de todos y la voluntad general; esta no mira más que el interés común, mientras que la otra mira el interés privado, y no es más que una suma de voluntades particulares: pero quita de esas mismas voluntades los más y los menos que se destruyen y lo que queda fuera de las diferencias es la voluntad general.” Traducción propia.

educación nacional como pilar fundamental para la consecución de “una similitud interna del grupo y una diferencia hacia el exterior” (Rubio Lara, 1999d: 708). Se puede observar entonces, desde el punto de vista de las *Consideraciones...*, el pensamiento de Rousseau como precursor del nacionalismo cultural, aquel que imagina una comunidad política basándose en una supuesta homogeneidad de lengua, historia, religión y/o costumbres.

Sin embargo, este punto de vista, que suele presentar a las naciones como entidades naturales, se contradice con el papel preponderante que el filósofo otorga al Estado como manipulador –director, si se quiere– de conciencias y creador de sentimientos de comunidad a través de la educación. En este sentido se podría hablar de Rousseau, en todo caso, como precursor del nacionalismo político, al ser utilizados por parte de los movimientos nacionalistas los dos conceptos clave del *Contrato*, la voluntad general y la soberanía popular, los cuales por otra parte no requieren de la existencia de una peculiaridad cultural como condición para el establecimiento de una realidad nacional, como puntas de lanza para su establecimiento y consolidación dentro de las coordenadas ideológicas del liberalismo.

Junto a la base que proporcionan los dos conceptos centrales aportados por Rousseau aparecen otras ideas para apuntalar el edificio teórico que se tratará de poner en práctica tras la revolución de 1789. La primera se refiere al principio de autodeterminación individual y procede de Immanuel Kant, cuya doctrina “convierte al individuo, en un modo nunca contemplado por los revolucionarios franceses o sus precursores intelectuales, en el mismo centro, el árbitro y soberano del universo. A los ojos de esta doctrina no es un mero elemento del orden natural y posesionado, como tal, del derecho a la libertad y a la igualdad; es más bien el individuo quien, con la ayuda de normas que él mismo descubre y se impone, se determina como un ser libre y moral” (Kedourie, 1988: 15). Esta noción abre el camino para que posteriormente, y aplicando la analogía que concibe al conjunto de la sociedad como un organismo vivo, se asuma desde algunos posicionamientos ideológicos que ciertos grupos humanos están en su derecho de autodeterminarse frente a otros grupos.

La tercera contribución fundamental de la filosofía del XVIII que más tarde utilizarían como arma diferentes ideólogos nacionalistas para la culminación de sus intereses políticos viene de Johann Gottfried Herder, quien representa la cara “más

benévola, amable, inspirada y sensible” del romanticismo en cuanto inspirador del nacionalismo (García Picazo, 1999: 311). El trabajo de Herder, cuya influencia resuena aún hoy, destaca por ser el primero que identifica la nación con la lengua, planteamiento-trampolín para una multitud de grupos humanos que van a terminar reclamando derechos políticos partiendo de la base de criterios puramente culturales. Este fenómeno se dará a lo largo del siglo XIX en el centro y este de Europa, siendo asimismo suscitado en el siglo XX, durante el periodo de la descolonización.

Desde este punto de vista, Herder es en gran medida el creador del concepto que más tarde se denominará nacionalidad, asimilable a la nación cultural; esta idea hunde sus raíces en la concepción de lo popular como algo puro, intacto, auténtico, algo vivo, en definitiva, frente a la rigidez y el refinamiento artificiales e impuestos por la filosofía racionalista. Así, las voces de los pueblos se encumbran como únicas representantes y custodias del espíritu nacional. En Herder se oponen la tradición, la singularidad y la raigambre histórica de cada pueblo –representadas de manera íntima y única por la lengua en la que estos se expresan– a las propuestas de tinte igualitario que se han visto en Rousseau y otros filósofos típicamente ilustrados (Özirimli, 2010: 13). Este contraste marca ya desde finales del XVIII una separación entre lo que posteriormente se dará en llamar nacionalismo cultural y aquello conocido como nacionalismo político.

Las aportaciones de Herder sobre la relación –la identificación, más bien– entre lengua y nación son asumidas y reajustadas por Johann Gottlieb Fichte, quien acuña un concepto de la alemanidad⁵⁶ basado en la lengua, que es allí donde “se manifiesta la naturaleza del hombre [...]; los alemanes son, además, los únicos que se han conservado a lo largo de la historia con su lengua originaria, [...] Esta característica y la peculiaridad histórica de cómo los alemanes han construido y entendido la relación entre el Estado y la libertad individual ofrecen, según Fichte, la base de la misión de los alemanes en el mundo” (Abellán, 1999a: 260). Estas ideas, producidas en el momento histórico de la ocupación de los Estados alemanes por parte de las tropas napoleónicas y plasmadas en sus *Discursos a la nación alemana*, representan un modo de concebir la nación que presenta al propio pueblo como portador de una misión que cumplir, enfrentado necesariamente al resto de grupos humanos. Es evidente que la aplicación radical de las

⁵⁶ *Alemanidad* es la traducción que el investigador propone para el vocablo *Deutschheit*, utilizado por Fichte (1974).

ideas de Fichte en otros contextos ofrecería al nacionalismo alemán más recalcitrante una plataforma excelente para su desarrollo y lo definiría de forma explícita a lo largo del siglo XIX y principios del XX.

El siglo ilustrado deja, pues, a través de estos autores, conceptos clave para el desarrollo posterior de las comunidades humanas en términos de organización y convivencia. Voluntad general, soberanía popular, autodeterminación, identificación entre lengua y nación y misión universal del propio pueblo son los símbolos que se han sembrado en el Setecientos; se ha preparado el terreno, pues, para la generalización de la doctrina de tendencia nacionalista a lo largo de la siguiente centuria y, subsidiariamente, para los acontecimientos que se presentarían de forma tan dramática en las dos guerras mundiales del siglo XX, debidamente preparadas y espoleadas por una propaganda nacionalista de carácter, foco y ámbito ya esencialmente distintos a aquellos bajo los que se desarrollaron las ideas de *nación* acuñadas en la época ilustrada.

2.1.2. Voluntades unificadoras, enfoque liberal y aportación marxiana

La figura de Georg Friedrich List se alza como la del primer representante del nacionalismo económico. Su doctrina está atravesada por dos principios: el rechazo de las teorías liberales de Adam Smith y la asunción de las realidades nacionales como hechos irrechazables. Por un lado, List piensa que el librecambio solo funciona mientras los países donde se aplica están en un mismo nivel de desarrollo económico; sin embargo, las naciones que parten de una posición más retrasada van a sufrir para establecerse como actores competitivos en una economía libre.

En segundo lugar, el bienestar que las naciones puedan alcanzar siempre estará en función de su mayor o menor grado de unidad en lo relativo a lengua, territorio, costumbres y, antes que nada, sistema económico: “Eine Nation, um sich als solche zu behaupten, muß vor allem trachten, ihre ökonomische Organisation zu vervollständigen, und um mit Konsequenz und Erfolg nach diesem Ziel streben zu können, muß sie allererst über ihre nationalökonomischen Bedürfnisse im klaren sein.”⁵⁷ (List, 1971 [1844]: 93).

⁵⁷ “Una nación, para afirmarse a sí misma como tal, debe sobre todo dedicarse a completar su organización económica y, para aspirar a esta meta con coherencia y éxito, debe en primer lugar tener conocimiento de sus necesidades nacional-económicas”. Traducción propia.

Así, List concibe el crecimiento económico como “un proceso orgánico y que, como tal, está necesitado de protección” (Maldonado Gago, 1999: 434). Desde este posicionamiento ideológico, el economista suabo se convierte en el defensor principal de un *Zollverein* entre los diferentes Estados de la Confederación Germánica, una unión aduanera que echara abajo los antiguos aranceles y permitiera al conjunto de la nación alemana, según él la concebía, un crecimiento económico sólido que le permitiera ponerse a la altura de los demás países europeos.

La nación, entonces, ya no se concibe únicamente como una comunidad de personas unidas por vínculos culturales o sujetas a determinados derechos políticos, sino que también se observa como espacio delimitador de la acción económica de ciertas entidades que hasta entonces han tenido únicamente carácter estatal, y no nacional en un sentido moderno. Las aportaciones de este autor van a tener un eco particular en las doctrinas nacionalistas ibéricas, como se verá, que apostaron por la creación de una unión aduanera en el conjunto de la península para favorecer precisamente el crecimiento económico de Portugal y España, sin perder de vista las potencialidades que el campo político podría ofrecer dicha unión, tal y como se vio en el caso de Alemania, cuya fortaleza económica y política tras la unificación dirigida por Prusia tanto debió al *Zollverein* imaginado por List.

La tendencia a la reunión de territorios que representa Georg Friedrich List en el ámbito económico, y que procuró en gran parte las bases para el éxito de la Confederación Germánica, se observa también, desde una óptica política, en el otro gran proceso de unificación que se dio en Europa durante los años centrales del siglo XIX: el caso italiano. Entre los nombres más significativos que se encuentran a la hora de estudiar el proceso de unificación de Italia destaca especialmente el de Giuseppe Mazzini, quien dota ya a las reivindicaciones nacionalistas de un carácter netamente doctrinal y no tan filosófico como las nociones aportadas por un Herder o un Rousseau. El nacionalismo de Mazzini surge en un contexto histórico en el que los diferentes reinos y ducados de la península Itálica gozaban de completa autonomía y no se adivinaba en el horizonte ningún tipo de movimiento de tendencia centripeta. Esta es activada a través de las propuestas del partido-asociación liderado por Mazzini, la Joven Italia, que abrirá el camino de la unificación—completada más tarde por el liberalismo monárquico— siguiendo dos ejes: el principio unitario y el republicanismo.

Ambas condiciones para la creación del Estado italiano nacían de una suerte de camino intermedio entre el nacionalismo de raíz germana, basado en criterios objetivos, y el subjetivismo que conformaba el hecho nacional según las proposiciones nacionalistas de origen francés. Así, Mazzini defiende un modelo mixto basado tanto en la existencia de un marco jurídico común como en la tradición histórica. Las teorías de este perfecto rebelde, sin embargo, están envueltas en cierta ambivalencia y confusión, ya que en ellas “la conveniencia y la forma de aplicar el principio de las nacionalidades no resulta deducible de unos criterios generales adecuadamente estructurados” (de Blas Guerrero, 1999b: 467). El activismo nacionalista de Mazzini fracasó en gran medida al estar dirigido únicamente a las élites y no contemplar los problemas de las clases más bajas, especialmente del campesinado.

Contemporáneo casi absoluto de Mazzini (1805-1872) fue John Stuart Mill (1806-1873), considerado el padre del liberalismo político moderno. En la esencia de su pensamiento está la defensa de los derechos individuales, y sin embargo su idea de nación se presenta, al menos en sus inicios, cerca del organicismo de raíz alemana. Los factores que dan lugar a la creación de una nacionalidad son, para Mill, la identidad de raza y origen junto con la comunidad de lengua y religión, aunque por encima de ellos se encuentra la “identity of political antecedents; the possession of a national history, and consequent community of recollections; collective pride and humiliation, pleasure and regret, connected with the same incidents in the past.”⁵⁸ (Mill, 1865: 120). Esta suma de factores que componen la nacionalidad hace necesaria para la consecución de un sistema político verdaderamente libre la creación de entidades estatales cuyos límites coincidan con los de la nacionalidad: “It is in general a necessary condition of free institutions, that the boundaries of governments should coincide in the main with those of nationalities.”⁵⁹ (Mill, 1865: 121-122). Sin embargo, dos importantes limitaciones restringen la aplicación de este principio de manera absoluta y desaforada, siendo el primero la geografía, que no permitiría la formación de Estados nacionales en lugares donde convivieran diversas nacionalidades –naciones de carácter cultural–. En segundo lugar, la fusión de

⁵⁸ “Identidad de antecedentes políticos; la posesión de una historia nacional, y la consecuente comunidad de recuerdos; orgullo colectivo y humillación, placer y arrepentimiento, conectado con los mismos incidentes en el pasado”. Traducción propia.

⁵⁹ “Generalmente es una condición necesaria de las instituciones libres que las fronteras de los gobiernos coincidan a grandes rasgos con las fronteras nacionales”. Traducción propia.

nacionalidades era observada por Mill como un beneficio para el común de la humanidad, en tanto significaba la absorción de un grupo nacional por otro de cultura superior (Özirimli, 2010: 25).

Estos límites respecto a la identidad cuasi-absoluta entre nacionalidad y Estado nacional son los que otorgan al pensamiento de John Stuart Mill a este respecto el cariz liberal que impregna el conjunto de su obra. La diversidad de nacionalidades conviviendo en unos mismos territorios y los beneficios derivados del predominio de los grupos más desarrollados culturalmente sobre los más débiles –lo que le llevó a amparar el colonialismo– son realidades que obligan al pensador inglés a defender la validez de la conceptualización de la nación como ente político y no cultural (Rubio Lara, 1999c: 480).

Para cerrar este apartado, en el que se ha englobado hasta el momento a tres autores representativos de diferentes corrientes ideológicas nacidos con posterioridad a la revolución francesa, cabe aún repasar muy someramente la aproximación de Karl Marx al fenómeno nacional, que es considerada por diferentes autores como el eslabón más débil de su obra (ver Özirimli, 2010: 17). En términos generales, se puede afirmar que el pensador de Tréveris supedita la cuestión nacional a la cuestión social. La existencia de grandes Estados es vista por Marx y Engels como una etapa más del desarrollo capitalista, y es precisamente dentro de ellos donde se podrá gestar la revolución social, siendo los Estados pequeños un obstáculo para este proceso.

Este planteamiento inicial es matizado posteriormente, cuando Marx comienza a considerar la conveniencia de apoyarse en los movimientos de emancipación nacional para insertar una cuña en la estabilidad de los grandes Estados capitalistas. Este viraje ideológico no tiene lugar por simpatía hacia las naciones oprimidas, sino como consecuencia de una reorientación estratégica a favor de los intereses del proletariado internacional (Rubio Lara, 1999b: 464). Se encuentran ya en la obra de Marx las raíces de la conflictiva relación que ha existido tradicionalmente los movimientos socialistas y las izquierdas en general en relación con el nacionalismo. La primera y más auténtica tendencia de Karl Marx es la que posteriormente defendería Rosa Luxemburgo, quien consideraba que el nacionalismo era la plataforma ideal para mantener la hegemonía de las clases dominantes, mientras que un personaje de la talla de Lenin optaría por ocupar una posición más tacticista y promover las llamadas liberaciones nacionales para

desmembrar territorialmente a los Estados capitalistas. Andando el tiempo surgirá una corriente de pensamiento conocida como austromarxismo, que aportará nuevos enfoques a la cuestión desde una perspectiva marxista renovada, y cuyas ideas más descollantes serán tratadas unas páginas más adelante.

Frente a las teorías de Luxemburgo, y a las que más tarde defenderá la escuela austromarxista, Lenin se alzaría como gran valedor del derecho de autodeterminación de los pueblos, por mucho que eso significara una contradicción respecto a su defensa de los Estados grandes, esgrimida por razones económicas. En las teorías leninistas respecto a la cuestión nacional se entremezclan, pues, criterios estratégicos y criterios tácticos. La aplicación del principio de las nacionalidades en un sentido revolucionario podría causar tremendo daño a los Estados capitalistas europeos, muchos de los cuales estaban compuestos por diferentes nacionalidades culturales. La secesión de importantes franjas territoriales estaba en el punto de mira de Lenin básicamente en relación a una ofensiva contra el poder de la burguesía (Özkirimli, 2010: 21-22).

Así, el líder bolchevique rechaza tanto las propuestas de autonomía cultural como las teorías federalistas, juzgando el derecho de autodeterminación como máxima expresión de la democracia. Lenin se sitúa, pues, en la línea de León Trotski y en contra tanto de los austromarxistas como de Rosa Luxemburgo, quien estimaba que el concepto de nación era sumamente ambiguo y su aplicación servía a las clases propietarias en mucha mayor medida que a los trabajadores, al abrir una fisura en las lealtades de este último grupo, que ya no se concentraría exclusivamente en la lucha contra el capitalismo y tendría también que dedicar una parte significativa de sus energías a la cuestión nacional.

2.1.3. Desarrollo del nacionalismo en Europa y en España

Los planteamientos que se van a repasar en este apartado revelan la diversidad doctrinal que el nacionalismo adquiere progresivamente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, orientando por primera vez el foco hacia los aportes de dos autores españoles de calado, como fueron Antonio Cánovas del Castillo y Francisco Pi y Margall. Sin embargo, la primera semblanza que aquí se ofrece es la de Ernest Renan, pensador que ahonda con su famosa conferencia de 1882, *¿Qué es una nación?*, en las diferencias

entre lo que se conoce de manera clásica como el nacionalismo orgánico de raíz alemana y el nacionalismo subjetivista de matriz francesa. El concepto central, que tantas interpretaciones ha provocado, a través del cual Renan define una nación es el “plebiscito de todos los días”, imagen según la cual el vínculo entre los individuos que conforman una comunidad política se debe estar renovando de continuo⁶⁰. Se entiende esta idea en relación a un voluntarismo que permitiría a un grupo humano dado concederse a sí mismo la calidad de entidad soberana en el ámbito jurídico-político, en oposición a factores objetivos como el lenguaje, la raza o cualquier expresión de carácter cultural.

Ante una expresión tan radical –demasiado radical, si se conoce la biografía y el conjunto de la obra de este autor–, que bien podría ser interpretada como germen del derecho de autodeterminación de los pueblos, cabe realizar una serie de matizaciones. La primera y más importante se refiere al contexto histórico en el cual se produce la conferencia, que tiene lugar en un momento de hondo trauma francés tras la pérdida de Alsacia y Lorena a causa de la derrota militar ante Prusia. En segundo lugar, inmediatamente antes de afirmar la validez de la nación en tanto “plebiscito de todos los días”, Renan se refiere a la necesidad de que dicha nación tenga “la posesión en común de un rico legado de recuerdos”, es decir, una tradición histórica que le posibilite alcanzar la categoría de legitimidad que se le supone al mencionado plebiscito. No se trata, entonces, de afirmar una simple voluntad, y ni siquiera de divinizar el procedimiento del voto, la justicia democrática, como requisito fundamental para la creación de una nación, sino que para establecer la existencia de esta, desde la óptica de Renan, han de existir ciertos requisitos previos. Este autor ofrece, en todo caso, con su “plebiscito de todos los días”, una nueva mirada al fenómeno nacional, constituyendo una influencia sobre el estudio y reflexión en torno el nacionalismo que se revelará como profunda y duradera a lo largo de las décadas posteriores y cuyos efectos se dejan sentir aun hoy.

El primero de los teóricos españoles que van a ser tratados en este apartado es un claro opositor a la propuesta voluntarista de Renan, con quien sin embargo compartía filiación ideológica dentro de las filas del liberalismo conservador. Se trata de Antonio

⁶⁰ Es de recibo para conseguir aprehender en puridad el sentido de la frase de Renan leerla tal y como fue pronunciada: “La existencia de una nación es (perdónenme esta metáfora) un plebiscito de todos los días, del mismo modo que la existencia del individuo es una perpetua afirmación de la vida” (Renan, 1987: 83). Una aproximación certera al pensamiento del autor, en general, y a la conferencia *¿Qué es una nación?*, en particular, corre a cargo de Andrés de Blas Guerrero en forma de estudio preliminar de la obra citada.

Cánovas del Castillo, quien reaccionó ante la conferencia del abate francés el mismo año de 1882 con una intervención en el Ateneo de Madrid en la que afirmaba la naturaleza histórica de la nación, cuya existencia sería concretada por un precipitado de acontecimientos pasados que se manifiestan en una realidad presente. En el caso español, para Cánovas, el carácter originario de la nación vendría dado por la institución monárquica, convertida entonces en elemento cardinal de la soberanía. Definida como “visión esencialista de la nación española, aunque relativa y más histórica que metafísica” (Dardé, 1999: 73), la concepción nacional de Cánovas –heredera de las teorías de Edmund Burke– encaja perfectamente en su ideario netamente conservador, que rechazaba el sufragio universal y defendía un orden social basado en la desigualdad, considerando el caciquismo y la corrupción inherente al sistema político de la restauración borbónica como un mal menor⁶¹.

Frente a la apreciación de Cánovas se presenta en España otra gran construcción teórica relacionada con el nacionalismo o, más bien, con la ordenación del territorio nacional: el republicanismo federal de Francisco Pi y Margall. Este autor ofrecía ya desde sus obras de juventud, como *La reacción y la revolución*, publicada en 1854, una ideología basada en los principios de autonomía y pacto como organizadores de la sociedad. Sin embargo, no es hasta 1876 cuando aparece su gran obra, *Las nacionalidades*, en la que se puede observar el pensamiento pimargalliano ordenado de manera sistemática. Paradójicamente, y pese a contar con una indiscutible fortaleza teórica, a esas alturas de siglo el federalismo español podía considerarse ya como un fracaso práctico, tras la fallida experiencia de la Primera República.

Aun así, o quizá precisamente por ello, Pi y Margall pretende ofrecer una hoja de ruta para quienes siguieran identificándose con la idea federal ante la larga travesía del desierto que esperaba a este grupo político con la perspectiva de la restauración borbónica. El planteamiento de este autor pertenece en cierto modo a la escuela voluntarista, al cifrar la nación en el carácter pactista y autónomo de los individuos y de

⁶¹ Es interesante rescatar la definición de *nación* que ofrece Cánovas (1997: 88): “En el uso general, vale tanto patria como nación, con la diferencia de que no solemos decir nación sino en nuestras relaciones con los extraños, pues acá para nosotros, en la interior conversación o sentimiento íntimo, no tiene nación otro nombre que patria. Viene a ser así la patria, conciencia que cada nación posee de sí misma [...]. La patria es, donde en su plenitud se posee, aquel ente social que más íntimamente amamos, el que nos entusiasma más, el que mueve y electriza nuestra voluntad más fácilmente.”

las comunidades humanas, tomando como modelo los sistemas políticos de Suiza y Estados Unidos. Pi y Margall no titubea al considerar a España como una nación, cuya raigambre histórica está fuera de toda duda, es más, propone su teoría federalista como medio para salvaguardar la existencia política de la nación española ante lo aciago, según él, de la organización unitaria.

Para concluir este apartado se estima oportuno un acercamiento al liberalismo, se podría decir que de carácter democrático, representado por Lord Acton, pensador de la Inglaterra victoriana que en sus escritos sobre el nacionalismo ofrece una de las visiones más atrayentes e integradoras al respecto. Este autor observa una raíz ideológica netamente diferenciada entre el concepto de nación política entendida como realización de la soberanía popular y la idea de nación cultural o nacionalidad. Desde este punto de vista, se delimita claramente la contradicción que existe entre la concepción liberal de los derechos del individuo y la afirmación por parte del nacionalismo cultural de la presencia de caracteres naturales en las comunidades humanas, que habrían de organizarse en función de estos. La cita es larga pero sumamente aclaratoria respecto al posicionamiento del autor: "The presence of different nations under the same sovereignty is similar in its effect to the independence of the Church in the State. It provides against the servility which flourishes under the shadow of a single authority, by balancing interests, multiplying associations, and giving to the subject the restraint and support of a combined opinion. [...] The co-existence of several nations under the same State is a test, as well as the best security of its freedom. It is also one of the chief instruments of civilisation; and, as such, it is in the natural and providential order, and indicates a state of greater advancement than the national unity which is the ideal of modern liberalism."⁶² (Acton, 1862). El pensador inglés reconoce la tremenda potencialidad que el nacionalismo cultural encuentra para su realización política al aplicar precisamente el principio de la soberanía popular en función de sus intereses, al tiempo que aprecia en la existencia de nacionalidades dentro de un mismo Estado un freno a la acción apisonadora de la

⁶² "La presencia de diferentes naciones bajo la misma soberanía es similar en su efecto a la independencia de la Iglesia y el Estado. Funciona contra el servilismo que florece bajo la sombra de una única autoridad, equilibrando intereses, multiplicando las asociaciones, y dando al sujeto [político] el control y el apoyo de una opinión combinada. [...] La coexistencia de varias naciones dentro del mismo Estado es una prueba, así como la mejor forma de asegurar su libertad. También es uno de los principales instrumentos de la civilización, y como tal, está en el orden natural y providencial, e indica un estado de desarrollo mayor que el de la unidad nacional, que es el ideal del liberalismo moderno." Traducción propia.

maquinaria gubernamental, cualidad positiva desde su cosmovisión liberal, ya que serviría para salvaguardar los derechos del individuo (Özkirimli, 2010: 26).

La posición de Acton es particular dentro del liberalismo, ya que le añade un componente católico que le lleva, entre otras cosas, a manifestarse contrario a la unificación italiana, que le recordaban al terremoto político que tuvo lugar en Europa en la década de 1790, cuando Francia era un poder revolucionario, Austria la defensora del orden antiguo, Italia el campo de batalla y la iglesia católica la mayor víctima del conflicto (Lang, 2002: 149). Para completar el cuadro, el autor también valora el papel decisivo del Estado en la conformación y mantenimiento de una nación política con carácter efectivo (de Blas Guerrero, 1999a: 13-14). En base a estas percepciones, la aportación principal de Lord Acton a las teorías del nacionalismo consiste en la defensa de una nación política de carácter plural, siendo complaciente con la existencia de diferentes realidades culturales dentro de una misma nación política, pero rechazando el principio de las nacionalidades y el nacionalismo orgánico como valores absolutos, por estar en oposición con la protección sincera de los derechos individuales. Lord Acton trata así de combinar realidades como el Estado, la nación política y las nacionalidades, que rara vez conviven libres de tiranteces, en un marco armónico y equilibrado.

2.2. Teorías del nacionalismo en la primera mitad del siglo XX

A lo largo de este epígrafe se van a repasar las teorías del nacionalismo que han influido en la marcha del mundo a lo largo del conflictivo y virulento siglo XX. En el primer apartado se presentan las concepciones de la nación propuestas por autores nacidos en la segunda mitad del siglo XIX y que tienen en común una visión muy acusada y sustancial del hecho nacional, el segundo se dedicará a revisar las propuestas del llamado austromarxismo y su relación con las ideas de Lenin y Trotski sobre la cuestión nacional, mientras que el tercero y último versará sobre los estudios de Carlton Hayes y Hans Kohn, a quienes ya se ha presentado como los padres fundadores gemelos de los estudios sobre el nacionalismo.

2.2.1. Fundamentalismo, imperialismo y casticismo

En la Francia de principios del siglo XX surgen dos grandes nombres asociados a una concepción del nacionalismo que podría llamarse fundamentalista, cuyas teorías rozan en ocasiones incluso una aproximación al fascismo. Se trata de Maurice Barrès y Charles Maurras. Amigos y cómplices hasta la muerte del primero en 1923 –Maurras le sobreviviría casi tres décadas–, sus concepciones de la nación difieren en puntos esenciales y sin embargo el efecto de sus teorías se deja sentir en muchas ocasiones de manera conjunta. En primer lugar, se ha de apuntar que las ideas de Barrès son en gran medida producto de la crisis de la conciencia individual que invade a muchos de los grandes pensadores europeos en el cambio de siglo.

La ansiedad provocada por la crisis del *yo* lleva a Barrès a “renunciar a la propia subjetividad, buscando y hallando un fundamento superior a la efímera vida individual que la explique en toda su complejidad. [...] consiste en reconocerse limitado por unas realidades superiores, como la tradición y la Patria” (González Cuevas, 1999a: 60). Para Barrès, estas dos realidades heredadas determinan la vida del hombre, que no se puede sustraer a ellas. Así, el peso de la historia define a la colectividad, compuesta por individuos que han de aceptar el mandato y la identidad legados por sus antepasados. La tradición francesa habría de primar, según este autor, un sistema de gobierno republicano apoyado en la religión católica y en el Ejército, auténticos guardianes de la esencia nacional. Además, Barrès considera que el centralismo jacobino está en contra de los intereses del pueblo, por lo que defiende una amplia autonomía regional para los territorios franceses.

Este último punto, la defensa del regionalismo desde una perspectiva marcadamente tradicionalista y antiliberal, es el principal punto de encuentro de Barrès con las teorías de Charles Maurras, fundador del *L'Action Française*, asociación de intelectuales que terminará convirtiéndose en periódico portavoz de las ideas maurrasianas, entre las que destacaba la defensa de “una Monarquía hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, garante exclusiva del interés nacional” (González Cuevas, 1999b: 465). Maurras funde tradicionalismo, conservadurismo y pretensiones científicas en una ideología que encontraría eco en amplios sectores de la sociedad francesa y en algunos de sus líderes, como Poincaré, y por supuesto durante el gobierno de Petain, de quien sería consejero. El modelo monárquico defendido por Maurras, antes apuntado, representaba una conexión directa con el sistema político francés del siglo XVI,

consagrando la alianza entre el trono y el altar. El poder unitario en manos del rey sería la garantía máxima para el mantenimiento de la unidad nacional, que nunca sería amenazada por una descentralización regional beneficiosa para el pueblo. Así, la propuesta de Maurras se resume en tradición católica, monarquía y descentralización administrativa para lograr un nacionalismo integral.

Contemporáneo de Barrès y Maurras fue uno de los fundadores de la sociología moderna, el alemán Max Weber, cuyo pensamiento ha determinado profundamente una gran parte de la producción posterior en ciencias sociales. Partiendo de bases diferentes a las de los dos autores franceses recién apuntados, Weber llega asimismo a defender una suerte de nacionalismo agresivo, consagrando la razón de Estado por encima de cualquier otra consideración. Este autor acepta sin dudar el *statu quo* existente tras la creación del Imperio Alemán con la firma del canciller Bismarck y lo considera como un verdadero Estado nacional. Es indudable que Weber, pues, concede más valor al concepto de nación política que al de nación cultural, ya que los alemanes austriacos habían quedado fuera del *Reich* bismarckiano, y otorga a la realidad nacional engarzada en el Estado una misión providencial (Özkirimli, 2010: 28).

Ni el espíritu del pueblo expresado a través de una lengua común, ni la raza, ni cualquier otro concepto de carácter cultural son para Weber determinantes de la nación, nada lo es más que la consolidación del poder político o aspiración al mismo (Abellán, 1999b: 792). Así, al identificar nación con poder político y al estar este último íntimamente ligado a la administración estatal, el servicio a la nación se transforma en razón de Estado. Desde este punto de vista, Weber critica duramente a los grandes terratenientes alemanes, que importaban mano de obra desde Polonia a costa de los trabajadores locales, lo que desde su óptica suponía una traición a la nación. Se plantea de este modo la cuestión nacional “en los crudos términos de la lucha por la supervivencia, [...] Weber defiende con energía la supervivencia de la nación alemana frente a la nación polaca, a la que considera inferior desde un punto de vista cultural/civilizatorio” (Abellán, 1999b: 792). Este posicionamiento evolucionaría en años posteriores hacia una mayor aceptación de las minorías nacionales y de su autonomía cultural, pero no fue óbice para que Weber defendiera una política imperialista como forma de consolidar el poder del Estado alemán y, como consecuencia, la unidad y el vigor de la nación.

Se cierra este apartado con la aproximación a la idea de nación en Miguel de Unamuno, pensador único en su género –o en sus géneros, ya que tocó los palos de la narrativa, la poesía, el artículo periodístico, el drama o la filosofía–, que en su juventud militó intelectualmente en las filas del nacionalismo vasco y al final de su vida era un representante del nacionalismo español más enérgico. A lo largo de su obra se encuentran diferentes modos de entender la nación, que no tendrían cabida en una revisión de carácter tan general como la que se está llevando a cabo en este capítulo. Sin embargo, se puede tomar una muestra certera repasando la aproximación de Unamuno a dos conceptos clave de su obra: en primer lugar, el casticismo, idea que aborda justo al principio de su colección de cinco artículos reunida, precisamente, bajo el título de *En torno al casticismo*: “Tomo aquí los términos *castizo* y *casticismo* en la mayor amplitud de su sentido corriente. [...] *Castizo* viene a ser un puro y sin mezcla de elemento extraño.” (Unamuno, 2008: 27). Prosiguiendo con su incesante juego dialéctico y con la afirmación alternativa de contrarios, el autor vasco alaba el progreso humano considerándolo resultado de la mezcla de elementos puros, la lucha que crea la vida, y nunca por la permanencia de la pureza, que acabaría en muerte.

Del casticismo se deriva el concepto de intrahistoria, que se refiere al “presente vivo”, a “la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras.” (Unamuno, 2008: 42). La intrahistoria está compuesta por los actos de “millones de hombres” que viven un día a día idéntico a sí mismo y que están más acá de los grandes acontecimientos políticos, militares o económicos. España –centro y origen de todas las reflexiones de Unamuno– ha de buscar su salvación y su supervivencia en el pueblo, en su vida, sus costumbres y sobre todo su lengua: “¿Que el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la historia?... Es cierto, pero no al modo de éstos; su tradición es la eterna. Como su ideal es más sentido que pensado y como no toma formas y perfiles definidos y recortados, los que sólo ven lo geométrico y formulable lo confunden con las *interpretaciones* que de él se hacen.” (Unamuno, 2008: 149). El casticismo definitorio de España es, para Unamuno, el de matriz castellana, en el que lo decisivo era el alma intrahistórica. Y lo decisivo para este autor es siempre lo vivo, personificado en el pueblo, frente a lo artificial y/o lo muerto, constituido por las instituciones del Estado.

Pese a su rechazo inicial de lo nacional como equivalente a lo español, Unamuno se convertirá en “sumo sacerdote de la religión nacional en los años veinte, entronizará durante la República a Su Majestad España –amenazada de disolución– y, con ella, al Imperio, la catolicidad, etc.; temas muy parejos a los discursos nacionalistas antirrepublicanos” (Varela, 1999a: 288). Es sumamente delicado aproximarse a Unamuno, de carácter tan cambiante, tan eléctrico, en una cuestión en la que, como en tantas otras, su pensamiento pasó por diferentes estadios, sin asentarse en ninguno. Cabe sin duda afirmar, a modo de recapitulación, que los conceptos unamunianos de *casticismo* e *intrahistoria* suponen dos aportes de incuestionable originalidad y profundidad al debate sobre la nación.

2.2.2. El austromarxismo frente a la propuesta leninista

En la bulliciosa Viena de finales del XIX y principios del XX, uno de los ambientes intelectuales más estimulantes de todas las épocas, se conforma una corriente de pensamiento que pasará a la historia con el nombre de austromarxismo y cuyos dos máximos representantes serán Karl Renner y Otto Bauer. Los aportes de estos autores en torno a la cuestión nacional son particularmente interesantes, ya que emergen en el contexto de la descomposición del imperio austrohúngaro, epítome de los conflictos generados en Europa a causa de la consolidación y el éxito definitivo del nacionalismo como paradigma ideológico dominante.

Estos autores se sitúan fuera de la ortodoxia leninista, como se verá a continuación, por lo que su influencia en el espectro político de la izquierda va a decaer inevitablemente tras el triunfo de la revolución bolchevique. Las ideas desarrolladas por Renner, Bauer y el resto de austromarxistas están en relación con los principios establecidos por el Partido Socialdemócrata de Austria en su congreso de 1899, celebrado en la ciudad de Brünn, de los cuales el más descollante en torno al tema aquí tratado es la voluntad de integrar a las diferentes nacionalidades del Imperio a través de la autonomía cultural dentro de un Estado multinacional. La idea de la autonomía cultural va a ser desarrollada por Karl Renner siguiendo un criterio jurídico, según el cual las diferentes nacionalidades existentes dentro de Austria-Hungría podrían constituirse como autonomías con competencia legislativa en ámbitos como la educación y la cultura (Rubio

Lara, 1999a: 53). Según Renner, el Estado no tiene por qué coincidir necesariamente con la nación, entidad esta última a la que cada individuo puede adscribirse libremente en base a su discernimiento individual, en un sentido parecido al de la libertad religiosa. Así, las instituciones nacionales debían estar separadas del Estado, tal y como lo estaban las instituciones eclesiásticas, sin por ello renunciar a su autonomía en ciertas esferas sociales.

Por otra parte, Otto Bauer rechaza el concepto herderiano de la equivalencia entre lengua y nacionalidad, en tanto la lengua es únicamente una expresión parcial de la cultura. Desde la perspectiva de Bauer, la existencia de una nación viene definida por una serie de aspectos más diversos, acumulados a lo largo de la historia en una tradición común. Dos conceptos clave para este autor, tratados en su libro *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, son la “comunidad de destino”, referida a la historia, y la “comunidad de carácter”, referida a la cultura en su totalidad; la confluencia entre ambas “comunidades” es lo que da lugar a la nación.

Además del establecimiento de estos dos conceptos, Bauer encuentra un nexo entre la emergencia del principio de las nacionalidades y el desarrollo del capitalismo. La creación de los Estados nacionales, afirma el autor, no fue más que un recurso de la burguesía para arrebatar el poder a las clases dirigentes del Antiguo Régimen sin necesidad de destruir el Estado, sino simplemente trasladando el origen de la legitimidad política de lo divino a lo nacional. Así, el principio de las nacionalidades podría utilizarse de la misma manera en un sentido revolucionario, asociándolo al poder de la clase trabajadora para despojar a los capitalistas de los resortes del poder estatal. Bauer pone el ejemplo del enfrentamiento entre los obreros checos y los patronos alemanes como muestra de la validez de su teoría. En este sentido, el autor afirma que “la causa última del antagonismo entre las naciones reside en las transformaciones sociales y económicas que convirtieron a las naciones sin historia en protagonistas de la historia” (citado en Rubio Lara, 1999a: 55). Pese a considerar cierta su teoría, en el terreno práctico Bauer cree que el desarrollo del sistema capitalista ha dejado obsoleto el principio de las nacionalidades, ya que las fuertes corrientes migratorias harían imposible su aplicación real y darían lugar a más problemas que soluciones, por lo que defiende el Estado multinacional. Esta posición, sin embargo, será rectificada a favor de la aplicación del

principio de las nacionalidades como una solución para Austria tras el desenlace de la Gran Guerra.

2.2.3. La fundación académica de los estudios sobre el nacionalismo

Hasta este punto se ha repasado la aproximación a la cuestión nacional por parte de filósofos, pensadores o dirigentes políticos de toda clase. La producción intelectual de estos autores respecto a este fenómeno respondía bien a intereses políticos o partidistas – caso de Pi y Margall o Maurras, entre otros–, bien a teorías particulares incardinadas en un pensamiento sistemático de carácter general –caso de Rousseau o Mill, por ejemplo–, y no se había planteado como un estudio desapasionado y neutral del nacionalismo. Como se afirmó al comienzo de este capítulo, se considera a Carlton J.H. Hayes y a Hans Kohn como los “padres fundadores gemelos” de los estudios académicos sobre el nacionalismo. En torno a las dos principales obras de estos autores versan las siguientes líneas, centradas especialmente en la aproximación de Kohn al fenómeno nacional.

2.2.3.1. Hayes y el anhelo de paz

Carlton J.H. Hayes, en su *Historical Evolution of Modern Nationalism*, cuya primera edición data de 1931, se preocupa de seguir la evolución del fenómeno nacionalista en cuanto filosofía política y no en cuanto proceso social o movimiento popular. El historiador enumera cinco tipos de nacionalismo: el nacionalismo humanitario, fundado en las ideas ilustradas y cuyos máximos representantes serían el vizconde Bolingbroke, Jean-Jacques Rousseau y J.G. Herder; el nacionalismo jacobino, caracterizado por su intolerancia ante los disidentes, el uso de la fuerza y un culto de carácter religioso a la nación, sustituta del dios católico, siendo Napoleón Bonaparte su profeta; el nacionalismo tradicional, de tinte historicista y aristocrático, rayano en la reacción, encarnado por Edmund Burke, el vizconde Bonald y Friedrich Schlegel; el nacionalismo liberal, el de Jeremy Bentham, François Guizot, Karl Theodor Welcker y Giuseppe Mazzini, pensadores que Hayes estima, a grandes rasgos, a medio camino entre jacobinos y tradicionales; por último, el nacionalismo integral, hostil al internacionalismo humanitario y liberal, de carácter militarista y tendente al imperialismo, que considera la nación como un fin en sí misma y cuyos máximos exponentes fueron Auguste Comte,

Hippolyte Adolphe Taine, Maurice Barrès y Charles Maurras, tenidos por el autor como proto-fascistas (Hayes, 1956).

Tras analizar las propuestas de las antedichas cinco variantes del nacionalismo, Hayes dedica un capítulo a repasar los factores económicos que propiciaron la expansión y consolidación de esta doctrina. Por último, en la conclusión se observan varios razonamientos que ocupan un lugar central en el pensamiento del autor. En primer lugar, Hayes considera que la importancia de los teóricos del nacionalismo que ha repasado en su obra “resides in the fact that, having been themselves the result of the phenomenon they discuss rather than its cause, they have formulated and clearly expressed what has been vaguely in the minds of many men”⁶³ (Hayes, 1956: 290). Los filósofos del nacionalismo, por así llamarlos, no han creado la ola nacionalista, sino que se han subido a ella y han sabido percibirla, manejarla y explicarla.

En segundo lugar, el autor considera falaz el argumento de que el sentimiento nacionalista siempre ha existido en las masas, ni que sea en un estado latente, de un modo natural, habiendo sido reprimido por los diferentes déspotas, emperadores o dictadores que han gobernado a los pueblos a lo largo de los siglos. Para Hayes, “nationalism is certainly but one of expression of human instinct and not a bit more natural or more “latent” than tribalism, clannishness, urbanism, or imperialism” (Hayes, 1956: 292). La tendencia social y gregaria del ser humano le ha llevado desde la noche de los tiempos a vivir en grupos, y únicamente un particular desarrollo histórico-ideológico en el mundo occidental ha llevado al triunfo del nacionalismo como ideología organizadora del mundo en los tiempos modernos.

Por otro lado, Hayes trabaja con la hipótesis de que una de las razones fundamentales del ascenso de los movimientos nacionalistas es el deseo altruista de mejora de las condiciones de vida de las comunidades humanas. Dicha mejora se observó con claridad a lo largo del siglo XIX, sobre todo en un sentido material, y ello fue en gran parte promovido por los propios Estados-nación, que pusieron mucho mayor empeño en cuidar del bienestar de sus ciudadanos que cualquier otra forma de organización política

⁶³ “Reside en el hecho de que, siendo ellos mismos el resultado del fenómeno que consideran, antes que su causa, han formulado y expresado claramente lo que ha existido de forma vaga en las mentes de muchos hombres”. Traducción propia.

previa (Hayes, 1956: 303). Al mismo tiempo, sin embargo, la exaltación nacionalista había originado guerras de mayor envergadura que cualquier otra que jamás antes se hubiera conocido, y la aplicación del principio de las nacionalidades en suelo europeo parecía estar preparando el terreno para un nuevo conflicto de extraordinaria gravedad – como finalmente fue el caso–.

El autor también profetiza riesgo de conflictos en territorio asiático, incluso en África, si también allí se aplicaba el mismo patrón nacionalista que se observó en Europa (Hayes, 1956: 308-311). Así, para evitar la repetición del conflicto de 1914-18, el autor cifra su fe en un cambio de mentalidad de las masas, que habrían de ser educadas en el internacionalismo y el culto a la paz antes que en el nacionalismo y el culto a la guerra, tal y como lo habían sido hasta el momento. El historiador postula sin complejos la puesta en acción de una maquinaria propagandística internacionalista (Hayes, 1956: 319).

A lo largo de todo el libro de Hayes, pero especialmente en su conclusión, se respira reticencia y hostilidad hacia el nacionalismo, sentimientos perfectamente entendibles al evaluar la coyuntura política en el momento de la redacción del libro, cuando regía un ambiente de exaltación de lo que el autor denomina nacionalismo integral, sobre todo en la Europa de Hitler, Mussolini y los soviets. Hayes no estaba en absoluto seguro de que Europa fuera a vivir en paz en el futuro, y sentía piedad por un continente al que le faltaba menos de una década para volver a sufrir horror y penuria bajo el influjo de una guerra mundial que sería de nuevo, como la primera, motivada en gran parte por el furor y el fervor nacionalistas.

2.2.3.2. Kohn y la desmitificación de la nación

Es en 1944 cuando aparece el libro *The Idea of Nationalism*, de Hans Kohn, que encarna, al igual que la obra de Hayes, uno de los primeros acercamientos a la cuestión desde un punto de vista académico, si bien no exento de cierta intencionalidad política,

sobre todo en relación al contexto histórico en el que fue publicado^{64 65}. Kohn comienza esta obra afirmando que el nacionalismo es “inconceivable without the ideas of popular sovereignty preceding—without a complete revision of the position of ruler and ruled, of classes and castes”⁶⁶ (Kohn, 1945: 3). La aportación de Rousseau se convierte, pues, según este punto de vista, en elemento cardinal de cualquier proyecto nacionalista, que necesariamente ha de hacer partícipes a las masas en la formación de una organización política común.

Para Kohn, en los lugares donde las clases populares eran relativamente fuertes, el nacionalismo se pudo orientar en un sentido político con posibilidades de éxito, siendo así el caso de Francia o Estados Unidos, mientras que allí donde las masas estaban lejos de constituir un sector social robusto la apelación a la comunidad cultural tuvo más capacidad de atracción, así por ejemplo en Alemania o en los territorios eslavos. Pese a esta distinción de carácter general, el nacionalismo se fue apoyando en una u otra variante dependiendo de las necesidades coyunturales para su expansión o consolidación.

Respecto a los argumentos utilizados por los movimientos nacionalistas para crecer, este autor afirma que fueron “some of the oldest and most primitive feelings of man”⁶⁷ (Kohn, 1945: 4). El sentimiento de amor hacia el lugar de nacimiento, las costumbres que a uno se le aparecen como naturales, el lenguaje materno —único donde uno se siente realmente en casa— y otros aspectos vitales relacionados con la sensación de seguridad y comodidad que otorga lo conocido se convierten en elementos que ejercen un particular e irresistible influjo sobre la naturaleza humana.

⁶⁴ En las páginas de derechos de la edición consultada, que data de mayo de 1945, se observa el dibujo de un águila cayendo en picado con un libro entre las garras y en el pico la leyenda “Books are weapons in the war of ideas” [Los libros son armas en la guerra de las ideas]. Esta imagen tan descriptiva se acompaña de un texto en el que se especifica que el libro que se tiene entre las manos es un “wartime book”, libro publicado en tiempos de guerra, y que su edición cuenta con la aprobación del gobierno y respeta las regulaciones sobre el uso de papel y otros materiales esenciales. Esto da una idea del valor que se le otorgó a la publicación de *Idea of Nationalism*, aun y cuando la contienda mundial estaba tocando a su fin.

⁶⁵ La producción intelectual de Hans Kohn incluye varias aproximaciones al nacionalismo. Se trata aquí *The Idea of Nationalism* por considerarse la más representativa del autor, pese a tratarse de una obra temprana. Antes de ella escribió *Nationalismus*, y después *Prophets and Peoples, The Making of the Modern French Mind, The Mind of Germany, Pan-Slavism. Its History and Ideology, The Age of Nationalism y Prelude to Nation-States*, entre otras.

⁶⁶ “Inconceivable sin las ideas de soberanía popular precedentes—sin una completa revisión de la posición de gobernante y gobernado, de clases y castas”. Traducción propia.

⁶⁷ “Algunos de los más antiguos y primitivos sentimientos del hombre”. Traducción propia.

Este sentimiento de bienestar en relación a lo que se asume como propio puede evolucionar, si se pone en comparación con otras culturas, otras costumbres, otras lenguas, en un sentimiento de superioridad, al percibir el hombre cómo lo extraño, lo que no le es familiar, puede convertirse, debido a la falta de control sobre ello, en algo amenazante, en un enemigo. Así, el territorio, la lengua, la ascendencia común son “the natural elements out of which nationalism is formed; but nationalism is not a natural phenomenon, not a product of “eternal” or “natural” laws; it is a product of the growth of social and intellectual factors at a certain stage of history”⁶⁸ (Kohn, 1945: 6). Se observa cómo este autor trata de desmontar desde el comienzo de su obra cualquier aspiración del nacionalismo como expresión natural y esencial de la segmentación humana en grupos diferenciados.

Los elementos antes mencionados, a través de los cuales los movimientos nacionalistas construirán diferentes sistemas de poder y dominación, solo sirven de base para la cimentación de comunidades políticas a partir del siglo XIX, pese a que en muchos momentos a lo largo de la historia habían existido comunidades de lengua –Alemania–, de territorio –Italia– o de gobierno –la propia península Ibérica durante la unión dinástica filipina– que no se pudieron conformar como naciones en un sentido moderno debido a la inexistencia de una base conceptual para ello. También al contrario, en la historia habían existido grandes entidades políticas –piénsese en los Imperios romano, otomano o, incluso fuera de Europa y con el riesgo comparativo que ello supone, chino e inca– que nunca podrían haber basado su existencia, sumamente sólida a lo largo de varios siglos, en principios solo teorizados y argumentados por la filosofía y el pensamiento social a partir de Rousseau y Herder, como se ha visto páginas más arriba.

Desde la óptica de Kohn, el nacionalismo no es más que la activación de un determinado estado de conciencia y la concesión de la lealtad individual suprema a un grupo dado, que por una serie de razones históricas se establece en el mundo moderno en relación con la nacionalidad, al igual que en otros momentos se dio en relación a un soberano o a una creencia religiosa. La humanidad puede ser dividida en muy diferentes grupos, de acuerdo a muy diferentes realidades: la familia a la que se pertenece, el lugar

⁶⁸ “Los elementos naturales de los cuales se forma el nacionalismo; pero el nacionalismo no es un fenómeno natural, no es un producto de leyes “eternas” o “naturales”, es un producto del crecimiento de factores sociales e intelectuales en una etapa concreta de la historia”. Traducción propia.

donde se vive, el equipo de fútbol que se estima como propio, los trabajadores de un mismo oficio, el ejército en el que se lucha... La lista podría extenderse indefinidamente. El sentimiento nacional es, sin embargo, el vínculo identitario que se instituye como principal y definitorio en las sociedades actuales, lo cual es achacado por este autor a la consagración de dos conceptos artificiales que han sido aceptados generalmente como realidades sustanciales en la construcción de las nacionalidades: la sangre o la raza como base de la comunidad y el *Volksgeist* o espíritu del pueblo como expresión externa del mismo (Kohn, 1945: 13).

Así, históricamente se observa cómo la comunidad nacional tiende a organizarse políticamente como entidad independiente para preservar las características particulares de un determinado grupo, lo cual tiene dos lecturas directas: “Intranationally, it leads to a lively sympathy with all fellow members within the nationality; internationally, it finds its expression in indifference to or distrust and hate of fellow men outside the national orbit”⁶⁹ (Kohn, 1945: 20). El autor aprecia como el fascismo es la ideología que ha llevado al nacionalismo hasta el límite, hasta un totalitarismo que convierte la humanidad y el individuo en una “nada” disuelta en el “todo” nacional.

Tras su toma de posición, que constituye la parte más decisiva y de mayor interés para esta investigación, Hans Kohn recorre en su *The Idea of Nationalism* los diferentes estadios que el concepto moderno de nación ha recorrido hasta alcanzar su grado de desarrollo actual. Según su apreciación, el fenómeno nacionalista encuentra sus raíces profundas en las antiguas culturas hebrea y griega. De la cosmovisión judía, el nacionalismo moderno ha heredado las concepciones de pueblo elegido, conciencia de la propia historia e ideal mesiánico (Kohn, 1945: 36). Por otra parte, de la tradición helenística el nacionalismo obtiene la necesidad de pertenencia a una comunidad independiente, la polis, para la completa realización del individuo, sentimiento tamizado asimismo con cierto sentimiento de superioridad del propio pueblo (Kohn, 1945: 50-57). Ambas cosmovisiones se presentan, además, como manifestaciones de realidades sociales de posible aplicación para el conjunto de la humanidad.

⁶⁹ “Intranacionalmente, lleva a una viva compasión para con los conciudadanos de la propia nacionalidad; internacionalmente, encuentra su expresión en indiferencia hacia o desconfianza y odio para con el prójimo situado fuera de la órbita nacional”. Traducción propia.

Según el autor, todos los grandes episodios de cambio ocurridos en el mundo occidental se han basado en reinterpretaciones de las tradiciones hebrea y griega, que evolucionaron hasta encontrar herederos en la religión cristiana y el Imperio romano, respectivamente. El universalismo al que aspiraban ambos poderes, que unen sus fuerzas a partir de Constantino, no se ve en ningún momento amenazado por la existencia de otras entidades culturales de importancia, como pudieran ser los pueblos germánicos, perfectamente integrados en la realidad imperial, siendo de hecho los territorios de habla alemana el centro del Sacro Imperio durante varios siglos. Hans Kohn lo resume así: “Though a consciousness of being different in language and appearance from other groups existed, the Germans continued until the seventeenth century, politically and culturally, to think exclusively within the frame of the universal Empire”⁷⁰ (Kohn, 1945: 94). El autor destaca, sin olvidar la influencia de la imprenta como acelerador del proceso, que no es hasta el Renacimiento y la Reforma cuando se gesta el gran cambio en las mentalidades que va a dar lugar a ciertas ideas clave del siglo ilustrado, las cuales, a su vez, servirán de trampolín para el triunfo del nacionalismo moderno. Kohn sitúa el precedente inmediato de la nueva época en la Inglaterra del siglo XVII, que toma conciencia nacional a través del establecimiento de un poder civil que limitaba de manera efectiva los poderes del rey (Kohn, 1945: 199)⁷¹.

El antecedente inglés marca para Kohn el prólogo de la era de los nacionalismos, que constituye la primera etapa de lo que él considera historia universal, en tanto en cuanto el fenómeno nacionalista da forma al pensamiento humano y a las sociedades prácticamente en la totalidad del globo, ocupando el lugar de la religión como cosmovisión que da sentido a la vida humana. Un repaso a la conciencia nacional americana —estadounidense, se entiende— y a sus elementos fundacionales, seguido por un profundo rastreo de la influencia del pensamiento alemán en el surgimiento y la conformación de las nacionalidades culturales europeas, son las reflexiones que preceden en *The Idea of Nationalism* a un último capítulo en el que el autor se sumerge en el análisis sobre la evolución del pensamiento nacionalista en Inglaterra, Irlanda, Países Bajos,

⁷⁰ “A pesar de que existía la conciencia de ser diferentes en lengua y apariencia respecto a otros grupos, los alemanes siguieron hasta el siglo XVII, política y culturalmente, pensando exclusivamente dentro del marco del Imperio universal”. Traducción propia.

⁷¹ Del mismo modo lo observa Liah Greenfeld, quien además destaca la importancia fundamental que en la configuración nacional inglesa tuvo la diferenciación religiosa en la lucha contra el poder territorial del Papa (Greenfeld, 2005: 35-121).

Bélgica, España y Portugal (en un mismo epígrafe), Italia, los países escandinavos, Polonia, Hungría, Grecia, los países balcánicos, República Checa y, por último, Rusia.

En definitiva, Kohn ofrece un análisis certero y justo del fenómeno nacionalista, al que considera responsable de la consolidación de las nuevas estructuras políticas surgidas a lo largo del siglo XIX, al proceder su legitimidad del pueblo entendido como reunión de individuos y ya no de súbditos. Observa el autor, además, una diferencia fundamental entre los nacionalismos de tradición anglofrancesa, que se podrían caracterizar como políticos, y los nacionalismos culturales. Mientras los primeros estaban destinados, al menos en teoría, a propagar ideas de humanismo desinteresado y a proteger los derechos del individuo a través de la libertad política, los segundos se revelaron como fuerzas separadoras y restablecedoras de fuerzas primitivas.

2.3. Teorías actuales del nacionalismo

Llegados a este punto se puede ya observar con suma claridad cómo la orientación de los estudios sobre el nacionalismo siguió, hasta bien entrado el siglo XX, una línea histórico-ideológica que apenas cuestionaba la división más o menos natural de la humanidad en grupos nacionales. Desde Rousseau hasta Lenin, los diferentes enfoques en torno a la cuestión daban cuenta generalmente de algo así como una toma de conciencia respecto a una realidad supuestamente preexistente, que había emergido a lo largo de los dos últimos siglos por diferentes causas de carácter ideológico-político.

Según explica magistralmente José Álvarez Junco en la *Enciclopedia del nacionalismo* dirigida por Andrés de Blas, “la nación era, pues, lo “natural”, el dato previo, y el Estado lo artificial, la creación humana. Una falta de ajuste entre una y otro constituía la clave de los problemas contemporáneos. Lo que implícitamente conducía a una propuesta obvia: sólo la adecuación de las fronteras de los Estados a las “realidades” étnicas evitaría, a largo plazo, conflictos enconados, potencialmente violentos” (Álvarez Junco, 1999: 198). Desde este punto de vista, el derecho de autodeterminación de los pueblos se reveló como una herramienta jurídica teóricamente ideal para la resolución del problema. El estrepitoso fracaso de dicho principio, certificado a lo largo del siglo XX, conllevó la aparición de estudios críticos con las diferentes visiones clásicas de la cuestión nacional, siendo estos obra mayormente de sociólogos antes que de historiadores. El

presente epígrafe intentará dar cuenta de los principales aportes al respecto desde la segunda mitad del siglo XX –descontados Hayes y Kohn– hasta la actualidad⁷².

2.3.1. La escuela primordialista: Anthony D. Smith

El máximo representante de lo que algunos autores han dado en llamar teoría primordialista del nacionalismo es Anthony D. Smith⁷³, quien en su libro *Theories of Nationalism* intenta ofrecer una mirada general al fenómeno, considerando que el estudio del surgimiento de cada nación particular ha de estar inscrito en una construcción teórica más amplia, para lo cual se pregunta bajo qué condiciones y a través de qué mecanismos surgen los movimientos nacionalistas (Smith, 1971: 6). Este autor sostiene que, ante la crisis del mundo tradicional –especialmente de la religión– y la emergencia del mundo moderno, representado por el triunfo de la industrialización y de la técnica, el nacionalismo surge como respuesta integradora que proporciona un asidero válido para aprovechar la eficacia de la modernidad sin perder la raíz identitaria hundida en la tradición. Para Smith, “it is rather the sense of discontinuity, of violent and rapid change, which such processes as urbanisation manifest, that is relevant; for it makes difficult the re-establishment (and discovery) of shared values and beliefs, so necessary to sustain a complex industrial society”⁷⁴ (Smith, 1971: 63). Esta aproximación surge como reacción

⁷² En el presente epígrafe 2.3. se trabaja con una nomenclatura de las teorías del nacionalismo aceptada por gran parte de la comunidad académica. Se sigue la propuesta de Erika Harris (2009), quien distingue fundamentalmente entre la escuela primordialista –representada por Anthony D. Smith– y la escuela modernista –cuyo máximo exponente sería Ernest Gellner–. Otros nombres utilizados para denominar estas mismas escuelas de pensamiento son los de esencialismo, por un lado, e instrumentalismo/constructivismo, por otro. (Smith, 1998; Álvarez Junco, 1999; Harris, 2009). Una propuesta alternativa es la de Özkirimli (2010), que trabaja con tres escuelas diferenciadas: la primordialista –de la que excluye a Smith y en la que integra a Van den Berghe, Geertz o Hastings–, la modernista –representada en diferentes variedades por Gellner, Anderson o Hobsbawm– y la etnosimbolista –donde incluye a Smith–. Junto a estas tres escuelas, Özkirimli afirma la existencia de “nuevos” modelos de estudio del nacionalismo, como pudieran ser los del nacionalismo banal de Billig (que será desarrollado unas páginas más abajo), el nacionalismo como formación discursiva de Calhoun o la etnicidad sin grupos propuesta por Brubaker.

⁷³ La prolífica e influyente obra de este autor lo ha convertido en una suerte de gurú para los defensores de las teorías primordialistas del nacionalismo, que por otra parte suelen ser los más favorables a esta ideología. Otros autores relevantes de esta escuela son John Armstrong (1982) y Pierre van den Berghe (1982). El primordialismo, según la *Encyclopedia of nationalism* editada por Motyl, “refers to a conception of ethnicity that stresses the objective, enduring, and fundamental character of these group identities” (Motyl, 2001, II: 422). [“se refiere a una concepción de la etnicidad que acentúa el carácter objetivo, duradero y fundamental de estas identidades grupales”. Traducción propia.]. Como se mencionó más arriba, Özkirimli (2010) incluye a Van den Berghe en el grupo primordialista, al tiempo que coloca a Armstrong junto a Smith en la corriente llamada etnosimbolista.

⁷⁴ “Lo relevante es más bien la sensación de discontinuidad, de cambio violento y rápido, que se manifiesta en procesos como la urbanización; esto dificulta el re-establecimiento (y el descubrimiento) de valores y creencias compartidas, tan necesarias para sostener una sociedad industrial compleja”. Traducción propia.

ante las teorías del nacionalismo que otorgaban un mayor valor a la búsqueda de un orden estructural como causa para la aparición de esta ideología, marginando o incluso negando los factores culturales que llevan a la identificación de un grupo humano dado con cierta doctrina nacionalista.

Las teorías del nacionalismo criticadas por Smith –entre las que destacan las de Elie Kedourie y Ernest Gellner, que serán comentadas más adelante–, fracasan porque, según este autor, tratan de manipular el fenómeno para que concuerde con la teoría y confunden las definiciones con las propias teorías (Smith, 1971: 86). Además, muchas de las teorías que se enfrentan a la identificación entre lengua y nación, de reminiscencias herderianas, pierden de vista que el concepto de *cultura* es mucho más amplio que el de *lengua*, siendo el primero mucho más importante a la hora de definir la nacionalidad (Smith, 1971: 149). El nacionalismo étnico sería, para este autor, la solución aplicable ante el problema de la “legitimidad dual”, es decir, la situación de crisis de la autoridad tradicional que hace tambalear a las antiguas y sólidas convicciones. La fusión entre las propuestas de quienes Smith da en llamar asimilacionistas, aquellos que defienden la auto-realización de los hombres en el marco del Estado moderno, científico y racional, y los denominados revitalistas, quienes pretenden conservar la tradición comunal para así regenerar espiritualmente a su pueblo, daría lugar al nacimiento del nacionalismo étnico (Smith, 1971: 241-255).

En obras posteriores⁷⁵, Smith profundiza en su teoría de las etnias como germen creador de las naciones, definiendo aquellas como “named human populations with shared ancestry myths, histories and cultures, having an association with a specific territory, and a sense of solidarity”⁷⁶ (Smith, 1986: 32). El grupo humano que constituye

⁷⁵ En *Nations and Nationalism in a Global Era*, Smith (1995) realiza una defensa cerrada de la nación y del nacionalismo como únicos marcos realistas para la construcción de un orden mundial en el que prevalezcan la libertad y la paz. Para este autor, que no niega los efectos desestabilizadores y destructivos que se le pueden achacar al nacionalismo, esta ideología es la única en condiciones de asegurar la existencia de las naciones en tiempos de uniformización generalizada provocada por la globalización y por lo que él llama “corporate efficiency”, noción de claras connotaciones negativas en cuanto descriptor de un fenómeno cuasi-robotizador de los comportamientos humanos. Además, considera que el nacionalismo es la única ideología moderna que se puede erigir en verdadero sustitutivo de la religión, al proporcionar una base suficientemente sólida para satisfacer el humano anhelo de inmortalidad, en este caso insertado en la ligazón entre la etnia, por un lado, y la memoria común, los símbolos y los mitos, por otros, que garantiza al individuo su pertenencia a un grupo con carácter eterno. Esta cuestión encuentra un desarrollo profundo en una de las obras más descolantes del autor, *The Ethnic Origins of Nations* (1986).

⁷⁶ “Una comunidad humana con nombre y mitos ancestrales, historias y cultura compartidas, que tienen una asociación con un territorio específico y un sentido de la solidaridad”. Traducción propia.

la etnia respectiva tiene un carácter duradero a lo largo de la historia y acumula una memoria colectiva hecha de victorias y derrotas, hechos heroicos y trágicos, que contribuyen a otorgarle un sentido particular de unicidad y persistencia en el tiempo. El elemento definitorio de la etnia es, para este autor, precisamente la continuidad, la memoria compartida que da pie espontáneamente a la creencia en un futuro también compartido. Además, la principalidad del grupo étnico en cuanto conformador fundamental de la nación está sostenida por la difusión de la historia del propio grupo como “mapa cognitivo” y “moralidad pública” (Smith, 1998: 192-195). La creencia en la pertenencia a la propia etnia ha de servir a las masas para identificarse con una serie de símbolos y valores a los cuales aferrarse para encontrar sentido en la existencia.

Así, este autor se erige como valedor de la antigüedad de las naciones, o al menos de su primaria sustancia étnica, que sirve de pilar básico para la construcción del edificio nacionalista, imposible de ser levantado en un contexto que no plantee una conexión real con una percepción histórica común, con la etnia compartida y con lo originario oculto o reprimido hasta la emergencia de la comunidad nacional en un momento histórico determinado. En definitiva, según la teoría primordialista, al tiempo que resulta innegable la modernidad de la doctrina nacionalista, en tanto producto histórico, su esencia se basa en una realidad añeja: las naciones o, si se prefiere, las etnias.

2.3.2. La escuela instrumentalista

En oposición a las teorías primordialistas, el instrumentalismo observa un proceso de invención de las identidades nacionales a través de los postulados de la teoría nacionalista que, utilizando diferentes ingredientes sociohistóricos, crea entidades nacionales que pretenden dar la impresión de haber existido siempre, de ser algo originario, cuando es precisamente un intenso trabajo de persuasión –y de educación o reeducación mental– el que ha conseguido hacer aparecer esa imagen aparentemente natural. Desde el punto de vista instrumentalista, las naciones no son reflejo de ninguna realidad presente y eterna, sino que necesitan ser formadas por una doctrina, por una teoría política: el nacionalismo, verdadero creador de las naciones.

2.3.2.1. Ernest Gellner

A esta conclusión llegará Ernest Gellner en su obra *Nations and Nationalism*, que parte de una definición neta del fenómeno: “Nationalism is primarily a political principle, which holds that the political and the national unit should be congruent”⁷⁷ (Gellner, 1983: 1). Bajo este paraguas el autor admite la existencia teórica de nacionalismos razonables, de tendencia ética, imparcial, que propugnan la vida en paz y en armonía de las naciones, al tiempo que lamenta su inexistencia práctica, siendo el nacionalismo por lo general fuente de conflictos. Junto con su propuesta de definición del nacionalismo, Gellner aporta una definición del Estado que parte de la crítica a Weber y su concepción de la entidad estatal como aquella que posee el monopolio de la violencia. Una vez más, el autor considera que dicha noción está fuera de la esfera práctica, y no la relaciona tanto con la idea del monopolio de la violencia sino con el mantenimiento del orden y la existencia de una unidad política centralizada, que es además condición necesaria pero no suficiente para la emergencia del nacionalismo (Gellner, 1983: 4). El tercer concepto clave, *nación*, cuenta para Gellner únicamente con dos definiciones provisionales, la culturalista y la voluntarista, ya tratadas en este epígrafe. Ninguna de ellas es adecuada para el autor, que en su obra optará por utilizar esta palabra sin intención de ofrecer una definición formal, sino más bien atendiendo “at what culture *does*”⁷⁸ (Gellner, 1983: 7).

Manejando estas nociones como coordenadas válidas de trabajo, Gellner se lanza a una teorización del fenómeno nacionalista a través de un repaso de la evolución histórica de las colectividades humanas, centrado en el paso de las sociedades agrarias a las sociedades industriales. El autor advierte que las naciones solo pueden ser definidas como tales utilizando el aparataje intelectual que proporciona la doctrina nacionalista: “It is nationalism which engenders nations, and not the other way round. Admittedly, nationalism uses the pre-existing, historically inherited proliferation of cultures or cultural wealth, though it uses them very selectively, and it most often transforms them radically. Dead languages can be revived, traditions reinvented, quite fictitious pristine

⁷⁷ “El nacionalismo es primeramente un principio político, el cual mantiene que la unidad política y la nacional deben concordar”. Traducción propia.

⁷⁸ “A lo que *hace* la cultura”. Traducción propia. Esta indefinición queda aclarada unas páginas más adelante, al afirmar el autor que “the imperative of exo-socialization is the main clue to why state and culture *must* now be linked, whereas in the past their connection was thin, fortuitous, varied, loose, and often minimal. Now it is unavoidable. That is what nationalism is about, and why we live in an age of nationalism” (Gellner, 1983: 38). [“El imperativo de la exo-socialización es la principal evidencia según la cual hoy en día el Estado y la cultura *tienen que* estar conectados, mientras que en el pasado su conexión era fina, fortuita, variada, relajada, y muchas veces mínima. Ahora es inevitable. Eso es de lo que trata el nacionalismo, y por ello vivimos en una era del nacionalismo”. Traducción propia.]

purities restored.”⁷⁹ ⁸⁰(Gellner, 1983: 55-56). Esta operación manipuladora –quizá en ocasiones tergiversadora– sobre la realidad encuentra un caldo de cultivo ideal, según el autor, en el contexto histórico derivado del proceso de industrialización, debido al cual los grupos culturales y lingüísticos más alejados del centro industrial, más próspero, encontrarían una nueva manera de expresar su descontento en términos de una aspiración común junto con todos aquellos prójimos que compartieran unas determinadas características.

Los viejos elementos de cohesión grupal, que se reducían al entorno más cercano, a la familia y, en otro orden, a la religión, van a ser sustituidos por el nuevo mecanismo unificador del sentimiento nacional. Esta nueva identidad cultural, esta etnicidad, que forzosamente ha de ser transmitida a través de la educación –lo cual le priva de toda condición natural o histórica– es para el autor el equivalente de una nueva forma de tribalismo (Gellner, 1983: 86-87).

Así, Ernest Gellner afirma el nacionalismo como fruto de la industrialización y de la modernización de las sociedades. Para él, las elites dirigentes del Estado fueron capaces de intuir las potencialidades con las que contaba un instrumento doctrinal como el nacionalismo para consolidar el desarrollo económico, facilitar la integración a nivel social y legitimar las estructuras de poder vigentes en el nuevo mundo post-1789. La invención del nacionalismo, en la óptica de Gellner, fue “interesada, funcional,

⁷⁹ “Es el nacionalismo el que engendra a las naciones y no al revés. Se admite que el nacionalismo utiliza la proliferación de culturas o la riqueza cultural preexistente e históricamente heredada, aunque las usa de forma muy selectiva, y mayormente las transforma de manera radical. Lenguas muertas pueden ser revividas, tradiciones reinventadas, prístinas purezas –bastante ficticias– restauradas”. Traducción propia.

⁸⁰ Aquí se hace necesario rescatar la crítica, profunda y sumamente fundada, a la supremacía del nacionalismo como forma invasiva de ver y organizar el mundo que se encuentra en la obra de Rodríguez Abascal (2000), quien define la “doctrina central” de este movimiento político como aquella que “afirma que la titularidad del poder político último y originario, fuente y origen de los demás poderes y normas sobre cierto ámbito territorial y personal, que los mismos nacionalistas se encargan de delimitar, solo le corresponde legítimamente a un grupo humano, al que habitualmente denomina “nación”, y al que atribuye un carácter necesario y básico. Nacionalista es quien deriva y hace depender de ese postulado pretensiones y proyectos políticos, es decir, quien lo adopta como una razón adecuada para emprender acciones relacionadas con el gobierno de los seres humanos” (Rodríguez Abascal, 2000: 165). Este autor, pues, asume que es posible alcanzar una definición unívoca del nacionalismo, por mucho que este pueda alcanzar en la práctica diferentes manifestaciones y ocupar diferentes espacios y coordenadas ideológicas dependiendo de la sociedad donde se implante. Al igual que Gellner, Rodríguez Abascal observa que el nacionalismo, para funcionar, cuenta necesariamente con la existencia de naciones, construcciones socioculturales que a su vez han de ser entendidas bajo un prisma nacionalista para alcanzar toda su fuerza operativa.

consecuencia de, y respuesta a, un cambio estructural en el papel de la cultura” (Álvarez Junco, 1999: 200).

2.3.2.2. John Breuilly

También en un sentido instrumentalista, pero con un carácter más marcadamente político, se expresa John Breuilly⁸¹, quien define el nacionalismo como “political movements seeking or exercising state power and justifying such action with nationalist argument”⁸² (Breuilly, 1982: 2). Este autor afirma la relevancia fundamental que en el mundo moderno tienen las relaciones entre la sociedad y el Estado, codificadas en base a la noción jurídica de ciudadanía, la cual está institucionalizada en el marco del propio Estado. En conclusión, la aspiración de cualquier nacionalismo es, pues, la del control efectivo de un territorio dado, para de tal modo ejercer una tutela de las acciones políticas que afectan al individuo, a la estructura estatal, a la legitimidad de esta estructura como ente normativo y a la identidad de la comunidad política. Además, el nacionalismo trata de justificar la defensa de ciertos intereses, normalmente particulares en origen, a través de su presentación como intereses nacionales, comunes al conjunto de la sociedad.

2.3.2.3. Benedict Anderson

En este proceso de cambio tendrían un papel fundamental los medios de comunicación impresos, como pone de relieve el profesor Benedict Anderson en su celebrado libro *Imagined communities*. Este autor resalta la dificultad inherente al estudio del nacionalismo, la nación y/o la nacionalidad, dificultad debida principalmente a la imposibilidad de ofrecer una definición apropiada de un fenómeno que está asentado en tres paradojas: en primer lugar, la nación es para el historiador una construcción objetiva y moderna, reciente, mientras que para el nacionalista se trata de una entidad subjetiva y antigua; en segundo lugar, el concepto general de nacionalidad es universal, en tanto se supone que cada individuo es nacional de algún lugar, mientras que al mismo tiempo las

⁸¹ Breuilly ha editado recientemente un volumen de considerable profundidad en el que se ofrece una panorámica sobre la historia del nacionalismo que cubre prácticamente todas sus manifestaciones políticas y teóricas en cualquier lugar y tiempo, además de sus relaciones con otras ideologías y movimientos sociales (Breuilly, 2013).

⁸² “Movimientos políticos buscando o ejerciendo el poder estatal y justificando tal acción con argumentos nacionalistas”. Traducción propia.

manifestaciones concretas de la nacionalidad difieren necesariamente entre sí; por último, el inmenso poder político del nacionalismo no se corresponde con una solidez equivalente en sus postulados filosóficos o intelectuales (Anderson, 2006: 5).

Estas tres paradojas, según el autor, han condicionado los estudios sobre el nacionalismo y no han permitido establecer teorías completamente satisfactorias a la cuestión. Anderson intenta solucionar el problema ofreciendo una definición, de carácter antropológico, que ha creado escuela: la nación es “an imagined political community – and imagined as both inherently limited and sovereign. It is *imagined* because the members of even the smallest nation will never know most of their fellow-members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion”⁸³ (Anderson, 2006: 6). Inmediatamente después de ofrecer su definición de la nación, Anderson aclara que su posición es distinta a la de Gellner, quien considera que la invención de las naciones justifica su percepción como una creación falsa, falaz, sino que pretende otorgarle un carácter imaginativo y creativo. Así, desde el punto de vista de Anderson, no se ha de juzgar a las naciones por su autenticidad o su falsedad, sino por el modo en que son imaginadas.

En este punto cabe preguntarse por qué, entre todas las organizaciones políticas posibles, en el mundo moderno se considera al Estado-nación como la más válida, la más adecuada o la más natural de dichas formas, tal y como demuestra su presencia y dominio a lo largo y ancho del planeta. Anderson ofrece dos argumentos principales para sostener su teoría: por un lado, la expansión de las lenguas vernáculas europeas en detrimento del latín sentó las bases para la destrucción de la antigua comunidad culta, que fue progresivamente fraccionada, diversificada y territorializada (Anderson, 2006: 18); por otro lado, el fenómeno que el autor ha dado en llamar “capitalismo de imprenta” propició la creación de campos consolidados de comunicación y la fijación de lenguajes comunes que hasta el momento habían estado separados en dialectos u otras formas de expresión no unificada (Anderson, 2006: 44-45). Así, la interacción del desarrollo capitalista, la

⁸³ “Una comunidad política imaginada – e imaginada tanto de manera sustancialmente limitada como soberana. Es *imaginada* porque incluso los miembros de la más pequeña de las naciones nunca conocerán a la mayoría de sus paisanos, ni se encontrarán con ellos, ni siquiera oirán hablar de ellos, y a pesar de todo la imagen de su unión vive en la mente de cada uno”. Traducción propia.

invención de la imprenta y la diversidad lingüística humana proporcionó un caldo de cultivo ideal para el establecimiento de Estados-nación en suelo europeo.

El desarrollo del nacionalismo en América, sin embargo, siguió un patrón diferenciado, ya que las nuevas repúblicas surgidas en dicho continente tenían un idioma común con las metrópolis (tanto Estados Unidos como Brasil, del mismo modo que las antiguas provincias españolas). En ese caso, la tarea de ofrecer un nuevo marco, una nueva comunidad, recayó en la élite criolla, que trató de construir conscientemente nuevas formas de organización política utilizando argumentos liberales e ilustrados y con la mira puesta en la defensa de significativos intereses económicos (Anderson, 2006: 64-65). Por último, un tercer tipo de nacionalismo, más allá del vernáculo y del criollo, tuvo un profundo grado de desarrollo en la Europa del siglo XIX; el denominado por Anderson nacionalismo oficial, puesto en práctica sobre todo por los grandes imperios que se vieron en dificultades debido a su incapacidad para someter a los nacionalismos centrífugos, los cuales negaban la autoridad de unos gobernantes que eran considerados por ellos extranjeros. Este nacionalismo oficial trató de fundir la identidad nacional con la lealtad a la dinastía, con resultados disparejos (Anderson, 2006: 86). Según el autor, en base a estos tres modelos se ha desarrollado la idea de nación como comunidad imaginada, como circunstancia intuitiva, como producto creativo que se fija en la realidad, sobre todo, a través de lo escrito. La coincidencia del desarrollo capitalista y de la imprenta, junto con la multiplicidad de las lenguas, confiere la base para el establecimiento de una nueva forma de comunidad política.

2.3.2.4. Eric Hobsbawm

En un sentido acorde con el de las propuestas agrupadas bajo la etiqueta de instrumentalistas se encuentra la aproximación de Eric Hobsbawm al fenómeno nacional. Una aportación fundamental de este autor se encuentra en la obra *The Invention of Tradition*, coeditada con Terence Ranger, cuyo título da una idea certera de la argumentación esgrimida. La invención deliberada de tradiciones supuestamente nacionales tiene la intención de crear en una comunidad humana dada un sentido de persistencia histórica y de cohesión grupal, que legitime ciertas actitudes y comportamientos políticos. En sociedades fracturadas o cuyo orden establecido se encuentra amenazado, el nacionalismo proporciona un marco satisfactorio para la

restitución de normas y valores relacionados con los sentimientos de pertenencia y responsabilidad para con la comunidad. Así, en un contexto de nuevas relaciones entre gobernantes y gobernados, tal y como se presentó desde finales del XVIII, cabe imaginar el nacionalismo como una “new secular religion” (Hobsbawm y Ranger, 2003: 303).

En su obra *Nations and Nationalism since 1780*, Hobsbawm se ocupa de los cambios y transformaciones que ha sufrido el concepto de nación, más que de la realidad que representa, por considerar que los intentos de definir esta última –fuera de la propaganda nacionalista, que observa el fenómeno con claridad y le otorga cualidades cuasi-eternas– no resultan satisfactorios y son, incluso, equívocos en sus conclusiones, tanto desde el punto de vista objetivista como desde el subjetivismo, a la manera de los austromarxistas. Así, este autor asume las propuestas de Gellner y parte de la base de que la nación no es una entidad primaria e históricamente inalterable, sino que se trata de una construcción social establecida por el nacionalismo, entendido este como el principio que defiende la coincidencia de la unidad política con la unidad nacional es el que crea la nación (Hobsbawm, 2012: 9). En concordancia con esta postura, este autor resalta que el concepto moderno de nación está relacionado con un particular estado de desarrollo económico y tecnológico, siendo estos factores de tanta importancia como los meramente políticos o filosóficos.

Por otro lado, Hobsbawm también destaca la necesidad de no estudiar el nacionalismo únicamente desde arriba, es decir, desde la producción de significados ejercida por la élite, sino también desde la percepción de esos mismos significados y mensajes por parte de las clases populares, la opinión pública, objetivo y receptor de la propaganda nacionalista. El autor adopta una postura sumamente crítica con los estudios que dan por descontado la identificación entre opinión pública y opinión publicada (Hobsbawm, 2012: 11). Para el autor, la conciencia nacional de las clases populares estuvo envuelta en una “densa niebla” hasta, al menos, la explosión nacionalista de finales del siglo XIX, previa la Gran Guerra (Hobsbawm, 2012: 79). De este modo, este historiador considera que, dado el carácter resbaladizo del concepto *nación* en un sentido moderno, la mejor manera de explorarlo es el seguimiento de su aplicación en el discurso social y político de aquellos autores que manejaron sistemáticamente este concepto durante lo que él denomina la Era de la Revolución, y particularmente desde 1830 en adelante.

Así, Hobsbawm observa en la historia de los conceptos –*Begriffsgeschichte*– un campo de análisis adecuado para poner en práctica esta operación de aclaración simbólico-expresiva de las nociones más relevantes en torno a la cuestión nacional (Hobsbawm, 2012: 18). Es con esta voluntad aclaratoria como se van a analizar los textos iberistas publicados en la prensa de Madrid entre 1840 y 1874, siguiendo los pasos establecidos por la metodología en su momento apuntada. Las bases teóricas y las herramientas prácticas proporcionadas por la escuela historiográfica de la *Begriffsgeschichte*, que encuentra su máximo representante en la figura de Reinhart Koselleck, fueron expuestas y analizadas en el epígrafe 0.1.5.3. de la presente tesis doctoral.

En todo caso, se observa la dificultad intrínseca que ofrece el estudio del nacionalismo, debido principalmente a la carencia de conceptos claramente definidos y, en este sentido, a la tendencia de los investigadores a utilizar definiciones desconocidas en el tiempo histórico al que se refieren los estudios, así como a la cualidad retrospectiva de las pruebas empíricas que normalmente se utilizan para probar una u otra hipótesis, tal y como afirma Breuilly (citado en Harris, 2009: 47-48). En definitiva, los autores instrumentalistas tratados, pese a defender modelos diferentes y en ocasiones divergentes, cuentan con un fondo de pensamiento común según el cual la nación no es un ente antiguo, sino un resultado de la modernidad y de la influencia que los procesos asociados a ella han ejercido sobre el propio proceso de formación de las naciones o *nation-building*.

2.3.3. Otras aportaciones

A continuación se presenta una serie de propuestas teóricas sobre el nacionalismo cuyo enfoque no se ajusta específicamente a ninguna de las dos corrientes mayoritarias, si bien se pueden encontrar ciertos puntos de contacto con ellas.

Dentro del campo ideológico liberal, es destacable –por inhabitual– la postura de Isaiah Berlin respecto al nacionalismo. Este autor, convencido de la esencial pluralidad de los anhelos, identidades y actividades humanas, rechaza la búsqueda de la unidad y la perfección en las sociedades tal y como era planteada por los pensadores ilustrados; Berlin funda su liberalismo en el pluralismo, que ha de ser consolidado frente a las voluntades

totalitarias (Motyl, 2001, II: 49). En este sentido, su interpretación favorable del nacionalismo difiere de la que ofrecen la mayoría de sus compañeros ideológicos liberales, al percibir el hecho nacional como inherente a la diversidad y pluralidad humana⁸⁴.

La obra de Karl Deutsch en torno al nacionalismo presenta una característica que la diferencia del resto de producción bibliográfica hasta aquí esbozada. No se ocupa del nacionalismo desde la óptica de historia de las ideas o de las teorías sobre el fenómeno, ni tampoco tiene por objeto describir el nacionalismo como una fuerza actuante en la práctica política, sino que se ocupa de la cuestión relativa al desarrollo desigual del nacionalismo en según qué contextos. Deutsch, discípulo de Kohn, se pregunta por qué los sentimientos nacionales se desarrollan en una dirección concreta y no en otra, por qué en algunos lugares triunfan ciertas doctrinas y en otros no, y trata de enfocar esta pregunta sobre todo en relación a los condicionantes económicos. La obra de Deutsch *Nationalism and Social Communication* constituye una aproximación al nacionalismo desde un punto de vista técnico-metodológico, que pretende ofrecer marcos investigativos válidos desde un punto de vista cuantitativo para describir e intentar prever la evolución del fenómeno nacionalista y los conflictos con él relacionados. El autor afirma que las profundas desigualdades económicas existentes entre las diferentes regiones del globo, materializadas en el desequilibrio en cuanto a la localización geográfica de nudos de transporte, centros de cultura, barreras arancelarias y diferencias de carácter general en la distribución de la riqueza han sido factores decisivos para la división humana en pueblos y regiones (Deutsch, 1966).

Así, se observa también en este autor una tendencia a enlazar el surgimiento del nacionalismo de forma inherente al crecimiento de las sociedades industriales. Es, de hecho, la expansión del industrialismo la que, del mismo modo que contribuyó a la creación y expansión del nacionalismo, debería contribuir a su final, al igualar progresivamente las condiciones de vida de los habitantes de aquellas regiones peor tratadas por la desigualdad en la distribución de la riqueza: “Nationalism was associated with the mass mobilization of precommercial, preindustrial peasant peoples. Their mobilization and their transition to an industrial economy should be substantially

⁸⁴ El ensayo más destacado de este autor sobre el nacionalismo es el titulado *The Bent Twig: A Note on Nationalism* (Berlin, 1972).

completed within the next two generations. Barring a general atomic war, capital equipment by then should become far more widely distributed over the world's more backward regions" (Deutsch, 1966: 190). Para este autor, el crecimiento de las conciencias nacionales, reflejo de una realidad en cierta manera existente, ha de ser compensado con una visión crítica de las mismas.

Los dirigentes nacionalistas, en opinión de Deutsch, no han hecho sino liderar a sus respectivos seguidores durante una pequeña parte del camino, y los considera simplemente beneficiarios de un proceso de movilización social que ellos no crearon y sobre el que tuvieron una mínima influencia (Deutsch, 1966: 192). Desde este punto de vista, el autor se cuida de otorgar a las élites políticas un papel central como creadoras y difusoras de la conciencia nacionalista, centrando su argumentación en el poder de las estructuras económicas dominantes, verdaderas condicionantes de los procesos de construcción nacional.

Como ha observado Juan Pablo Fusi (2002: 87), Deutsch "percibía el nacionalismo como el resultado de un proceso social [...] en el que serían decisivos y fundamentales, por un lado, el crecimiento y la integración de mercados, regiones y ciudades [...] y por otro, la extensión de una educación unitaria y común y de la comunicación de masas". El estudio de Deutsch se centra en el proceso de formación de las nacionalidades, sugiriendo que este fue una función de dos tipos: los propios procesos y la relación entre ellos. Un proceso es esencialmente económico: una porción de la población estatal es movilizadora, volviéndose disponible para formas más intensivas de comunicación de masas (la mudanza hacia lo que los teóricos modernistas llaman "sociedad moderna").

El segundo proceso es el de asimilación a la cultura —y especialmente a la lengua— del grupo social dominante. Si el ritmo de asimilación es igual o mayor que el del promedio de movilización, el proceso de formación de las nacionalidades no amenaza al Estado; si el ritmo de asimilación es más bajo que el de movilización, es posible que se desarrolle una nacionalidad alternativa (Deutsch, 1966: 86-152). El ritmo de desarrollo socioeconómico trae necesariamente asociada una serie de costes y beneficios que con toda probabilidad resulte desigual para las diferentes regiones dentro de un mismo Estado. Desde la óptica de este autor, en la mayor o menor penetración de este proceso en las

diferentes capas sociales cumplen un papel decisivo los medios de comunicación social, en cuanto altavoces de la doctrina nacionalista.

La teoría del nacionalismo expresada por el historiador conservador Elie Kedourie tras recorrer la historia de los conceptos clave utilizados por el nacionalismo y repasar las perniciosas consecuencias políticas que la aplicación de esta doctrina tuvo a lo largo del siglo XX. Este autor afirma que la idea kantiana de autodeterminación individual fue la condición de base sobre la que Fichte desarrolló posteriormente sus ideas sobre la autodeterminación nacional⁸⁵, en combinación con los aportes de Herder y su identificación entre lenguaje y nación. El avance de estos sistemas de pensamiento y su utilización práctica en el terreno político demuestran, para Kedourie, que nacionalismo y liberalismo “lejos de ser gemelos son en realidad principios antagónicos, [ya que] la esencia del nacionalismo es que la voluntad del individuo debe fundirse en la voluntad de la nación” (Kedourie, 1988: 84-85). Negando la validez de los principios etnicistas para definir la nación, este autor afirma que “la experiencia histórica muestra que la identidad étnica no es algo inerte y estable. Ha mostrado ser a través de los siglos altamente plástica y fluida” (Kedourie, 1988: 117). Así, se considera al nacionalismo como doctrina creadora de las naciones, mientras que las identidades nacionales como entes preexistentes y eternos constituirían una mistificación y un “artículo de fe para los nacionalistas” y una premisa en base a la cual construir un sistema ideológico suficientemente sólido para organizar una estructura política efectiva.

Entre las filas del marxismo, y en relación con los movimientos antiimperialistas y postcoloniales, la teoría generalmente aceptada como la más descollante es la del “desarrollo desigual”, expuesta por Tom Nairn. Este autor observa el nacionalismo no solo como un fenómeno unido a la industrialización y la modernidad, sino también como una magnífica plataforma ideológica para el desarrollo sociopolítico de ciertos grupos sociales oprimidos en aquellos lugares donde el desarrollo capitalista ha incurrido en una mayor explotación (Özkirimli, 2010: 75-76). Nairn ofrece una visión cercana al instrumentalismo al afirmar que estas manifestaciones del nacionalismo tienden a

⁸⁵ Como ya se afirmó en los primeros párrafos de este capítulo, Kedourie no afirma que Kant fuera un nacionalista, ya que “cuando un filósofo lanza sobre el mundo un sistema, no puede ser tenido por responsable de las implicaciones que otros pueden correctamente extraer de él” (Kedourie, 1988: 17), y sin embargo otorga a su noción de la autodeterminación individual un valor fundamental en el desarrollo posterior de las ideas nacionalistas.

deformar las identidades primarias de los grupos humanos a los que apela. Según señala Harris (2009: 57-58), la teoría de este autor solo sería válida parcialmente, ya que no explica el desarrollo de los movimientos nacionalistas en el centro y el este de Europa.

Son precisamente los nacionalismos de la Europa central y oriental los que analiza Miroslav Hroch, quien examina la sucesión de eventos según la cual se desarrollan los movimientos nacionales y la coloca en relación con el trasfondo social de los activistas nacionalistas⁸⁶. Hroch pone el acento en dos evoluciones de diferente carácter, una económica y la otra cultural: en primer lugar, en cuanto a la vertiente económica, se distingue una transición desde la sociedad feudal a la sociedad capitalista que pone las condiciones para la emergencia de la nación moderna; por otro lado, en cuanto a la vertiente cultural, este autor apunta tres fases en el desarrollo de los nacionalismos: fase A, en la cual algunos grupúsculos dentro de las clases dominantes desarrollan un interés en la lengua y la cultura de la periferia, por razones eruditas y/o románticas; fase B, durante la cual este interés primariamente cultural ya admite diferentes gradaciones de carácter político, constituyendo el germen del proceso de formación nacional; fase C, en la cual toma forma un movimiento de masas con objetivos políticos definidos y comienza el proceso de *nation-building* propiamente dicho.

Este marco teórico-interpretativo se desarrolla a lo largo de las cuarenta primeras páginas de la obra principal de Hroch, titulada *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*⁸⁷; el cuerpo del trabajo está dividido en dos partes: la primera se consagra al estudio individual de los casos checo, lituano, estonio, finés, noruego, flamenco y eslovaco, mientras que la segunda se dedica a un estudio comparativo. En las conclusiones se afirma el poder definitorio de los procesos comunicativos modernos a la hora de construir la nación: “Die Kommunikation als Prozess der Weitergabe von Nachrichten und Angaben hinsichtlich der Wirklichkeit, von Einstellungen und gefühlsmässigen Reaktionen, bildete eine Voraussetzung für jede moderne bewusste Gesellschaftsbewegung – und demnach auch für die

⁸⁶ Desde las primeras páginas de la obra que aquí se comenta (Hroch, 1968), el autor advierte que la literatura especializada no encuentra un vocabulario común a la hora de tratar el fenómeno nacionalista, y afirma las posibles limitaciones de su propio estudio al asegurar que no se puede describir la realidad de las naciones pequeñas con el vocabulario utilizado por las grandes.

⁸⁷ Una propuesta de traducción propia sería *Los precursores del movimiento nacional en los pequeños pueblos de Europa*. Al investigador no le consta una traducción al castellano de esta obra de Hroch.

Nationalbewegung.”⁸⁸ (Hroch, 1968: 167). El autor tampoco olvida destacar que fueron las élites de estas regiones, los individuos que ocupaban las posiciones sociales más altas que no requirieran asimilación por parte de la cultura dominante, quienes lideraron los movimientos nacionalistas.

Una aproximación certera al fenómeno nacionalista es la de Michael Billig (1995), quien acuñó la expresión “nacionalismo banal” para referirse al uso aceptado del término en los países occidentales, que suele discurrir de forma engañosa. En la óptica de Billig, el centro siempre observa el nacionalismo como algo propio de la periferia. Para Londres o París, el nacionalismo moldavo, bosnio o ucraniano se encuentra en la periferia europea. Así, según el autor, desde los poderes del centro se establece una operación, consciente o no, de ocultación de la propia realidad nacionalista; el hecho nacional propio es percibido como algo natural: “For this reason, the term *banal nationalism* is introduced to cover the ideological habits which enable the established nations of the West to be reproduced. It is argued that these habits are not removed from everyday life, as some observers have supposed. Daily, the nation is indicated, or ‘flagged’, in the lives of its citizenry. Nationalism, far from being an intermittent mood in established nations, is the endemic condition.”⁸⁹ (Billig, 1995: 6). Se hace necesario aclarar que, para el autor, de igual forma que para Hannah Arendt, la condición banal del fenómeno no es equivalente a benigna, sino que refuerza el sentido ambiguo que posee el término *nacionalismo*, que puede ser visto positivamente, por ejemplo, en un contexto de lucha anticolonial, pero que es evaluado negativamente en una de sus más agresivas encarnaciones, el fascismo. Especialmente a lo largo del quinto capítulo de su obra, Billig desgrana cómo muchos de los contenidos publicados por los medios de comunicación ayudan a cimentar en el imaginario social la ideal del “nosotros” y lo “nuestro” (Billig, 1995: 93-127), lo cual

⁸⁸ “La comunicación como proceso de transmisión de noticias y datos relativos a la realidad, de actitudes y reacciones sentimentales, constituyó una precondition para todo movimiento social moderno y consciente – y por consiguiente también para el movimiento nacionalista.” Traducción propia.

⁸⁹ “Por esta razón, el término *nacionalismo banal* se introduce para esconder los hábitos ideológicos que permiten a las naciones occidentales establecidas su reproducción. Se alega que estos hábitos no son eliminados de la vida diaria, como han supuesto algunos observadores. Diariamente, la nación es indicada, o ‘señalada’, en las vidas de su ciudadanía. El nacionalismo, lejos de ser un estado de ánimo intermitente en las naciones, es la condición endémica”. Traducción propia. En este pasaje, el autor se permite un juego de palabras con el verbo *to flag*, señalar, y el sustantivo *flag*, bandera. El nacionalismo es señalado en la vida diaria de las personas muchas veces a través de la presencia, aparentemente inocente, de una bandera que ondea, por ejemplo, a la entrada de un edificio oficial. Esta bandera *señala* la existencia de una nación dada de manera natural.

normalmente se lleva a cabo en términos polarizados, frente a un “ellos” que se encuentra enfrente, como también observa Van Dijk (2009: 201).

Por último, cabe mencionar la aproximación a la doctrina nacionalista que aporta la profesora Liah Greenfeld, quien expone una teoría del nacionalismo que recorre un camino intermedio entre el primordialismo y el instrumentalismo. Esta autora cifra el nacimiento de las naciones modernas en la Inglaterra del siglo XVI –que de ser aceptado como tal adelantaría en más de doscientos años a las teorías sobre la invención o construcción nacional de los instrumentalistas– y al considerar también que dicho nacimiento de las naciones modernas está forzosamente acompañado de una conexión entre el concepto de nación y la soberanía popular, negando la fuerza decisiva del vínculo étnico que esgrimen los primordialistas.

Esta autora otorga acertadamente una diferencia de base entre la plataforma identitaria que proporciona el nacionalismo y cualquier otra forma de caracterización individual y colectiva, siendo particularmente la que “se deriva del hecho de que el nacionalismo sitúa la fuente de la identidad individual dentro de un “pueblo” que se considera depositario de soberanía” (Greenfeld, 2005: 1). Este es el salto cualitativo que distingue al nacionalismo de cualquier otra ideología que ofrezca caracteres identitarios, ya que es la única que pretende al mismo tiempo erigirse como valedora del poder político. La idea que subyace en todo movimiento nacionalista, en apariencia tan sólido y reconocible en según qué realidades sensibles, es precisamente una idea difusa y ambigua, la de *nación*.

Para Greenfeld, el cambio semántico del término tiene lugar debido a su uso en una situación diferente a aquella en la que surgió. Así, la identificación de *nación* con *pueblo*, ocurrida en la Inglaterra del siglo XVI, fue determinante en la evolución del concepto y en la amplificación de su carga política, que posteriormente se vería nuevamente modificada al abandonar progresivamente su elemento de soberanía para centrarse en destacar el carácter único de cada pueblo, es decir, de cada nación, y su automática contraposición a otras entidades similares (Greenfeld, 2005: 11). En este sentido, la identificación con una nación tiene que estar necesariamente llena de significado, ya que “la identidad es la percepción. Si una determinada identidad no

significa nada para una población en cuestión, esta no tendrá dicha identidad” (Greenfeld, 2005: 14).

Esta carga de significado, según la autora, ha de ser en gran medida una reinterpretación de “formas de pensamiento prenatal”. Sin embargo, no hay que confundir esta reinterpretación con una invención o una construcción a la manera estructuralista; Greenfeld se aleja de estas posiciones y afirma la inevitable confluencia entre los condicionantes culturales y los estructurales a la hora de configurar cualquier realidad humana, incluida la realidad nacional concebida según posicionamientos nacionalistas. Según su visión, esta autora afirma que en el nacionalismo existe una primacía causal de las ideas sobre las estructuras, y afirma la existencia de una identidad nacional anterior a las naciones (Greenfeld, 2005: 27), dando así la vuelta al argumento de los instrumentalistas. En este sentido el análisis de Greenfeld, sin llegar a ser primordialista, se encuentra más cercano a las teorías de un Smith que a las de un Gellner.

2.4. ¿Iberismo o nacionalismo ibérico?

Una vez repasadas las principales aportaciones teóricas en torno a la cuestión nacional, partiendo del embrión representado por Rousseau, Herder o Fichte, pasando por las teorías desarrolladas a lo largo del siglo XIX, en buena parte inscritas dentro de un pensamiento nacionalista, y llegando hasta las contribuciones académicas más recientes, es necesario hacer un excursus para dirigirse al centro nervioso de la presente tesis doctoral, que se ocupa de la doctrina política que invocaba la unión política de España y Portugal. ¿Cabe hablar de iberismo, término utilizado por la mayor parte de la producción científica al respecto, o resulta más adecuado referirse a este movimiento como nacionalismo ibérico? El investigador en ciencias sociales está obligado a ofrecer una definición clara sobre lo que tiene o cree tener entre manos a hablar de uno u otro concepto, ya que de la claridad expresiva en las nociones clave depende en gran medida la validez de las posteriores interpretaciones y de las conclusiones finales. Así, en las siguientes páginas se intentará, en la medida de lo posible, ofrecer una respuesta satisfactoria a esta pregunta, al tiempo que se argumentará la posición del investigador respecto al uso de uno u otro término a lo largo de la tesis.

2.4.1. La voz *iberismo* en los diccionarios

Considerando los diccionarios como primera herramienta de consulta a la hora de buscar la definición de una palabra, a continuación se ofrece un recorrido a lo largo de las propuestas de diferentes colecciones, siempre consideradas en su justa medida, es decir, huyendo de conceptualizaciones canónicas sobre las definiciones presentes en los diccionarios; antes al contrario, se pretende colocar unas enunciaciones frente a otras para alcanzar una suerte de visión global que permita un acercamiento a los términos desde diferentes posiciones y conseguir de tal forma una percepción más completa, capaz de encontrar similitudes y diferencias. Se utilizarán diccionarios de las dos lenguas más habladas –y más internacionales– del conjunto de la península, dejando, pues, pendiente de estudio y análisis comparativo un acercamiento a las definiciones de iberismo en las demás lenguas peninsulares.

En este punto es necesaria una aclaración: el lector atento podría objetar que no tiene sentido utilizar diccionarios del presente para seguir la evolución de un concepto, antes bien, deberían utilizarse diccionarios del siglo XIX –siendo este el periodo histórico que se estudia en la presente investigación– para acometer dicha tarea con garantías de éxito. Esta observación, sin embargo, no se ajusta a lo que en este apartado se persigue, que es la calibración del significado que se le otorga en el tiempo presente a la palabra *iberismo*, con la intención de alcanzar una definición de trabajo adecuada para comparar, precisamente, la percepción actual del término *iberismo* con aquella que se daba en los periódicos del XIX. El seguimiento de la evolución del término en cuestión se llevará a cabo en la parte práctica de la investigación en base a lo publicado en la prensa, teniendo siempre presente, además, que la historia conceptual no se basa en definiciones, sino en usos.

2.4.1.1. Diccionarios de lengua portuguesa

En lo relativo al portugués, el *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea* define el término *iberismo* como: “*Hist. e Polít.* Doutrina ou corrente dos que advogam a união política de Portugal e Espanha” (Academia das Ciências de Lisboa, 2001: 2015). Una aproximación similar se encuentra en el *Novo Aurélio* brasileño, obra según la cual *iberismo* es el “partido daqueles que preconizam a união política dos países ibéricos, Portugal com Espanha; ibericismo” (Baird Ferreira, 1999: 1067). Según el *Houaiss*,

editado también en Brasil, se trata de la “aspiração à união política dos países ibéricos (Espanha e Portugal)” (Houaiss y Villar, 2001: 1560). Se percibe en estas tres obras un matiz común, como es el de otorgar un indudable carácter político a la palabra. Para uno es “doutrina” o “corrente”, para otro “partido” y para otro “aspiração”, pero en todos ellos destaca la carga política del término.

En el *Sacconi*, sin embargo, pese a su autoconcedido carácter “enciclopédico”, no se encuentra registrada la voz que aquí nos ocupa, ni tampoco otras estrechamente relacionadas con ella, como *iberizar* o *iberista*, por lo que toda persona interesada en el fenómeno que consulte la mencionada obra no podrá formarse una idea al respecto (Sacconi, 2010: 1115). Por último, en el diccionario de la editorial Porto, de carácter menos académico que los anteriores, se define *iberismo* como la “doutrina política dos que advogam a federação de Portugal com a Espanha, isto é, a constituição da União Ibérica” (Porto Editora, 2002: 900). Esta definición coincide con las tres primeras en señalar el carácter político del iberismo en cuanto a doctrina ideológica, otorgando además una cualidad particular al término, que según esta obra se refiere exclusivamente a la federación, descartando otras formas de unión.

En la aproximación de los diccionarios de lengua portuguesa al vocablo se encuentra, pues, una comprensión de carácter esencialmente político y que siempre observa la fusión de los Estados peninsulares como objetivo y destino último del iberismo. No existe ningún tipo de polisemia, ninguna acepción extra, ninguna duda, en definitiva, de lo que se quiere expresar cuando se utiliza la palabra *iberismo*. En este caso se percibe una semejanza directa y profunda entre el iberismo en sí y el nacionalismo ibérico, si se entiende que todo nacionalismo aspira a la creación de un Estado nacional.

2.4.1.2. Diccionarios de lengua castellana

En los diccionarios más importantes de la lengua castellana la voz *iberismo* se define de manera ciertamente disímil respecto a los diccionarios de portugués, como se verá a continuación. El *María Moliner* ofrece cuatro acepciones: “1. m. Cualidad de ibero. 2. Estudio de la historia y de la cultura de los iberos. 3. Palabra o expresión de los iberos usada en otra lengua. 4. Doctrina favorable a la unión de España y Portugal o a un mayor acercamiento entre los dos países” (Moliner, 2007: 1591). Por lo pronto, se advierte que

las tres primeras acepciones están referidas a los antiguos pobladores de la península Ibérica; la cuarta acepción, que se acerca a la cuestión aquí tratada, da pie a dos lecturas de diferente alcance: si bien se deja claro el carácter político del concepto al considerarlo como “doctrina”, se observa también cierta polisemia interna dentro de la propia acepción, en tanto se considera que dicha doctrina abre dos caminos posibles, el de la unión –sin aclarar de qué tipo, si política, económica, cultural o de otra clase– y el de un “mayor acercamiento” entre Portugal y España, sin especificar tampoco en qué ámbito social se daría este.

Según el diccionario *Clave*, el término *iberismo* cuenta con dos acepciones: “1. Conjunto de estudios sobre la civilización íbera. 2. En lingüística, palabra, significado o construcción sintáctica del antiguo íbero empleados en otra lengua” (Maldonado González, 2006: 1066). Se comprueba cómo el *Clave* da prioridad a las acepciones sobre la antigua civilización; es más, ignora completamente toda referencia a la ideología tratada en esta investigación, de tal modo que cierra la puerta a cualquier interpretación de carácter político y niega así a cualquier profano en la materia la posibilidad de acceder a un mínimo conocimiento sobre la cuestión. Esta obra, sin embargo, presenta una característica anómala, ya que justamente a continuación de la voz *iberismo* se puede leer la definición de *iberista*: “Referido a una persona portuguesa, que es partidaria de la unión de España y Portugal” (Maldonado González, 2006: 1066). Más allá del error gramatical que supone agregar una coma después del sujeto, el *Clave* nos presenta un adjetivo sin correspondencia aparente con ningún nombre, habiendo comprobado ya que para este diccionario el término *iberismo* no tiene ningún significado de carácter político. Además, para el *Clave*, o bien un español no puede ser iberista, o bien el adjetivo *iberista* no puede ser utilizado para referirse a un ciudadano español.

En el *Diccionario del español actual*, de Seco, Andrés y Ramos, se observa que la definición de *iberismo* presenta una orientación muy similar a la de Moliner: “1. Carácter de íbero. [...] 2. Cultura íbera. [...] 3. Palabra o rasgo lingüístico procedente del íbero. [...] 4. (*Pol*) Tendencia que propugna el acercamiento o la unión de España y Portugal” (Seco, Andrés y Ramos, 1999: 2541). Se ofrecen aquí tres acepciones que resaltan exactamente las mismas características antes enunciadas por el *Moliner*, encontrándose una diferencia algo más marcada en la cuarta acepción, que en esta obra refiere una “tendencia” y no una “doctrina”, otorgando así al iberismo una menor fuerza,

un menor vigor, por suponerlo quizá carente de estructuras ideológicas o propagandísticas fuertes. En el *Diccionario del español actual*, pues, tampoco se pierde de vista la polisemia del concepto y tampoco se le da exclusividad, ni siquiera prioridad, a la voluntad de unión política del iberismo, ya que también, como en el *Moliner*, no se especifica el carácter que tendría la mencionada “unión” o el “acercamiento” a los que se refiere la definición.

Por último, el diccionario de la Real Academia Española (RAE) aporta una definición que está en la misma línea del *Moliner* y del *Diccionario del español actual*: “m. Carácter de ibero. 2. Estudio de la antropología, historia, lenguas, arte, etc., de los iberos. 3. Palabra o rasgo lingüístico propio de la lengua de los antiguos iberos tomado por otra lengua. 4. Doctrina que propugna la unión política o el mayor acercamiento de España y Portugal.” (Real Academia Española, 2001: 842). Nuevamente se observan cuatro acepciones, de las cuales las tres primeras se refieren a la antigua civilización ibera, siendo únicamente la cuarta la que está orientada a aclarar el significado del movimiento político en el que se centra esta investigación. El diccionario de la RAE otorga al iberismo, del mismo modo que el *Moliner*, un carácter de doctrina. Esta tendría bien el objetivo de la unión política de los Estados ibéricos, bien una voluntad, de nuevo, de acercamiento.

Los diccionarios de lengua castellana consultados ofrecen, pues, en comparación con los de lengua portuguesa, una mayor diversidad de significados en torno al vocablo *iberismo*, la cual reside básicamente en la consideración del término como válido para referirse a diversos aspectos relacionados con la antigua cultura de los iberos, uno de los primeros grupos humanos pobladores de la península que también lleva su nombre. Además, respecto a la acepción que para esta investigación resulta más interesante, la relacionada con la teoría política, destaca la cualidad que tres de las cuatro obras españolas consultadas otorgan al iberismo. Según ellas este movimiento, ya sea considerado como “doctrina” o como “tendencia”, no tiene por qué estar forzosamente dirigido a la unión política, sino que también puede tener por meta un “acercamiento” de cuya naturaleza, por otra parte, no se dan más detalles, pero que descarta por oposición la unión política y se puede referir únicamente a una mejora de relaciones entre ambos Estados, descartando cualquier experimento de fusión.

2.4.2. La voz *iberismo* en los estudios sobre la cuestión

Más allá de las definiciones ofrecidas por los diccionarios, interesa conocer en qué sentido ha sido empleado el término *iberismo* en los estudios sobre la cuestión. Por ejemplo, para el profesor Hipólito de la Torre Gómez, autor de la entrada correspondiente a esta voz en la *Enciclopedia del nacionalismo*, dirigida por Andrés de Blas Guerrero, el iberismo es “la doctrina que postula la unión política o alguna otra forma de integración entre España y Portugal. Se basa en la consideración de que existen elementos geográficos, históricos y culturales que reclaman esa integración” (de la Torre Gómez, 1999: 327). Así considerado, el iberismo tiene dos vertientes: una estrictamente nacionalista, que aspira a la creación de un único Estado en la península, y otra de carácter menos ambicioso, que desea “alguna otra forma de integración”, quizá aquello que los diccionarios han denominado “acercamiento”. Esta segunda variante puede ser entendida de muy diversas maneras, desde la mera manifestación de una simpatía por todo aquello relacionado con la cultura, la historia o las sociedades peninsulares en su conjunto hasta la puesta en marcha de mecanismos de acción política o económica comunes a ambos Estados y las nacionalidades –o naciones, según se mire– que la integran. Un acercamiento más temprano del profesor de la Torre a la cuestión pone de relieve, sin embargo, una estrecha relación, cuajada de tensiones y conflictos, entre el iberismo y el nacionalismo portugués (de la Torre Gómez, 1983), otorgando al concepto *iberismo* un valor intrínsecamente nacionalista.

El mismo sentido político, aunque en un carácter más neto, sin ambigüedades, le otorga a este vocablo María Victoria Navas Sánchez-Élez, quien define el iberismo como “la aspiración ideal de ciertos hombres a la unión política-administrativa del suelo peninsular ibérico” (Navas Sánchez-Élez, 2000: 360). Esta autora ofrece un recorrido por las formas de entender el iberismo que tuvieron personajes como Antero de Quental, Oliveira Martins o Juan Valera, cuyas aproximaciones no se tratan en este punto ya que serán contextualizadas a lo largo del análisis documental que constituye el cuerpo de la presente investigación, al haber sido producidas en el mismo intervalo temporal que abarca este estudio.

Además, la autora reseña también las concepciones del iberismo que tenían autores como Marcelino Menéndez Pelayo, Miguel de Unamuno, Ramón María del

Valle-Inclán, Joan Maragall, Miguel Torga, José Saramago o Eduardo Lourenço, a quienes, dentro de sus diferentes aproximaciones, une una aspiración iberista común, de carácter intelectual más que político y quizá por ello mucho menos vulnerable que cualquier fórmula administrativa. Está fuera de los límites de esta tesis intentar una aproximación comparada al iberismo en la obra estos autores, quedando en todo caso apuntada una posible línea de investigación fuera del contexto periodístico y más orientada a los estudios literarios⁹⁰. Por otra parte, una identificación nítida del iberismo como el proyecto de unión política de Portugal y España se encuentra también en la obra de Hennessy (2010: 105) sobre la Primera República española.

El historiador César Rina Simón afirma que el iberismo “fue un movimiento político sin dirección partidista ni gubernamental y heterogéneo, que abogaba por la unión política, cultural y económica de los estados de la Península Ibérica, dependiendo su configuración de la concreción ideológica” (Rina Simón, 2012: 189). Esta definición, de amplio alcance, incluye la posibilidad de concebir diferentes acepciones del término, apuntadas por el propio autor al reconocer tres vertientes dentro del iberismo: la política, la económica y la cultural, así como la diferente orientación que estas podrían tomar en función de la ideología desde la que fueran concebidas. Destaca, además, la percepción del autor sobre el iberismo como un movimiento que “fue”, en pretérito indefinido, y que por lo tanto ya no es, ya no tiene posibilidades de realizarse en el presente. Rina Simón destaca la existencia, en paralelo al iberismo, de tendencias como el peninsularismo, la hispanofilia o la lusofilia, que se caracterizarían por asentarse en un fondo de respeto a la integridad de dos entidades nacionales-estatales en suelo peninsular, sin aspiraciones de unión. En un artículo posterior, este mismo autor ofrece una nueva orientación y hace equivaler al iberismo con el nacionalismo ibérico, situándolo de igual modo en el pasado y descartando, al menos en primera instancia, la vertiente económica, entendiendo “el iberismo o nacionalismo ibérico” como “el movimiento político y cultural surgido a

⁹⁰ También sería interesante referirse al posicionamiento de Pessoa respecto a la cuestión ibérica. En un artículo de opinión publicado en julio de 1985 en el diario *El País* con el título de “El iberismo de Fernando Pessoa”, Ángel Crespo, traductor español de la obra del imprescindible autor luso, resalta la concepción unitaria que Pessoa asumió, al menos en algunos momentos de su vida y obra, en torno a la cultura ibérica como un todo indivisible. La cultura ibérica, netamente distinta de lo latino —y enemiga de lo anglosajón—, había de aspirar a una unión de fuerzas en su proyección exterior sin necesidad de unirse políticamente (Crespo, 1985). Desde este punto de vista, el iberismo no podría ser nunca descrito como nacionalismo ibérico.

mediados del ochocientos que preconizaba la unión o federación de los territorios de la Península Ibérica” (Rina Simón, 2013).

Por otro lado, el profesor Teodoro Martín habla del “Movimiento Iberista” y comienza definiéndolo como “el acercamiento entre ambos pueblos, el mutuo conocimiento y convivencia a nivel económico y cultural” (Martín Martín, 2009: 5), para poco más adelante reconocer que se trata de un concepto “complejo y rico en matices” (Martín Martín, 2009: 6) y ofrecer una definición del mismo tomada de la *Enciclopedia Luso-Brasileira*, según la cual el iberismo es “el sistema que propugna la unión de todos los territorios de la Península Ibérica. Se ha presentado bajo diversas modalidades, desde las políticas a las simplemente económico-sociales, culturales y hasta religiosas” (Enciclopedia Luso-Brasileira, 1970; citado en Martín Martín, 2009: 6-7). Aquí también se sugiere una definición amplia y diversa del término, que englobaría no solo la vertiente nacionalista, en un sentido político, sino que contempla al tiempo una posible unión en muy diversas formas.

El iberismo también puede ser visto en su origen como una reacción conjunta de los liberalismos portugués y español ante la amenaza absolutista (Castells Oliván, 1988; de Blas Guerrero, 1989: 29; Rocamora, 1994; de la Torre Gómez, 1999: 327-328; Rina Simón, 2012: 190). Estos movimientos liberales, sin embargo, van a evolucionar en paralelo en ambos países y no van a incluir como demanda principal en sus propuestas doctrinales la unión política de la península. Se observa en este sentido, pues, la existencia del iberismo como un movimiento de solidaridad entre las corrientes liberales de ambos países, sin aspiración a la fusión estatal-nacional⁹¹.

Desde coordenadas diferentes parte José Antonio Rocamora, quien define el nacionalismo ibérico como el proyecto de “unión de Portugal y España” (Rocamora, 1994: 17), siendo posible encontrar dentro de este concepto diferentes variantes, incluyendo las propuestas de aquellos que hubieran visto con buenos ojos una anexión de Portugal por parte española (Rocamora, 1994: 20). Este autor prefiere utilizar el término *iberismo* para denominar la variante del nacionalismo ibérico “que aspiraba a una unión

⁹¹ Montserrat Huguet circunscribe este movimiento en un primer momento al liberalismo progresista (Huguet Cuadrado, 2007: 245), aunque más tarde reconoce la existencia de un iberismo monárquico y conservador, representado por un joven Cánovas (Huguet Cuadrado, 2007: 248).

pacífica y voluntaria –vinculada o derivada del liberalismo–” (Rocamora, 1994: 19). Así, desde este punto de vista, el iberismo no es simplemente la manifestación de una simpatía o de una preferencia por la existencia de un único Estado en suelo peninsular, sino que implica necesariamente la unión política dentro de unas coordenadas liberales⁹². Se podría decir que, para Rocamora, el nacionalismo ibérico es cualquier movimiento que aspire a la creación de un Estado único en la península ibérica, sea de carácter españolista unitario, ibérico plurinacional, confederal, monárquico o republicano. El iberismo sería, pues, para este autor, únicamente la variante liberal decimonónica –la más potente, por otro lado– del nacionalismo ibérico, doctrina que lo engloba.

Los estudios portugueses sobre el tema, si bien emplean el término *iberismo* con naturalidad para referirse a los proyectos de unión peninsular, utilizan gustosamente el sintagma “questão ibérica” para referirse de manera global a una totalidad de aspectos relacionados con este asunto. El considerar el tema aquí tratado como una *cuestión* implica el reconocimiento de una problemática a resolver, de una querella en busca de solución. La profesora Maria da Conceição Meireles Pereira afirma que la cuestión ibérica está “inserida no debate europeu suscitado pela emancipação de novas nações e formação dos vários nacionalismos” (Meireles Pereira, 1991: 322), asumiendo así esta autora la condición básica e indispensable del iberismo como nacionalismo⁹³. La tesis doctoral de Meireles Pereira, que con el título de *A questão ibérica. Imprensa e opinião, 1850-1870* es un compendio exhaustivo e imprescindible para conocer la producción a favor de, en contra de y en torno a la cuestión ibérica en Portugal durante las décadas mencionadas, provee un muy estimable repaso sobre el significado que al adjetivo *ibérico* se le otorgó desde diferentes diccionarios portugueses a lo largo del Ochocientos (Meireles Pereira, 1995: 235-237).

Meireles Pereira asume también la condición esencialmente nacionalista del iberismo al repasar el pensamiento de José Barbosa Leão, en franca oposición con los antiiberistas, que se pueden identificar sin lugar a dudas con los máximos representantes del nacionalismo portugués más recalcitrante. La posición ideológica de Barbosa Leão es

⁹² José Antonio Rocamora insiste en su concepción del iberismo como una manifestación particular del nacionalismo ibérico en diferentes artículos (Rocamora, 1989, 1993, 2008).

⁹³ En un artículo más reciente (Meireles Pereira, 2010), esta autora encuadra el iberismo –la “questão ibérica”– dentro de las utopías decimonónicas.

considerada por la autora como “o iberismo reclamando aquilo que os seus detractores lhe negavam – nacionalismo e patriotismo; indubitavelmente, uma polémica crucial da história das ideias da centúria de oitocentos” (Meireles Pereira, 1992: 249). En un artículo sobre la aproximación de Oliveira Martins a la cuestión nacional, Valentim Alexandre repasa cómo el pensamiento de este autor evoluciona desde una defensa de la unión hispano-portuguesa hasta un iberismo destinado a potenciar la proyección de los dos Estados peninsulares en el marco internacional, sin necesidad de unirse (Alexandre, 1996: 194). En este sentido, se observa cierta ambivalencia en el término, o al menos cierta flexibilidad a la hora de ser considerado como un nacionalismo.

Una autora que considera indudablemente el iberismo como un nacionalismo es María Victoria López-Cordón, quien afirma que esta ideología respondía “a los mismos sentimientos que dieron vida a los distintos movimientos de unificación que, como el italiano y el alemán, lograron construir una nación sobre un legado histórico-cultural común” (López-Cordón, 1975: 172). La comparación con los nacionalismos italiano y alemán es una analogía clásica en los estudios sobre la cuestión, y revela una concepción común de fondo ante las aspiraciones de creación de una unidad política que planteaban los postulados iberistas.

Es imprescindible rescatar en este punto la breve pero precisa aproximación a la cuestión que ofrece Álvarez Junco en su *Mater dolorosa*, donde afirma la existencia de un nacionalismo específicamente ibérico que, sin embargo, pudo haber servido de base para la consolidación y expansión de un nacionalismo español “que se hubiera disuelto con gusto en esa unidad de alcance peninsular” (Álvarez Junco, 2005b: 525). Así, desde este punto de vista, tampoco cabe calificar a la totalidad de los iberistas españoles de ideólogos sin sentimiento patriótico, sino más bien todo lo contrario, ya que estaban prestos a ensanchar su horizonte político y contribuir a la grandeza de la nación española fusionándola con la portuguesa.

Un pensamiento similar –aun resistiéndose a utilizar la denominación “nacionalismo ibérico”– expresa Hipólito de la Torre en otra de sus contribuciones respecto a la cuestión, al definir el iberismo como una variante del nacionalismo español que encontraría en la unión ibérica “una de sus aspiraciones regeneradoras más acariciadas” (de la Torre Gómez, 2005: 209). Para este autor, los planteamientos iberistas

siempre observaban la cuestión en términos que interesaban a la geopolítica española y en ningún caso a la portuguesa. De la Torre Gómez inscribe el surgimiento del iberismo dentro del contexto expansivo de la política exterior española tras la pérdida del imperio americano. La unidad peninsular sería una aspiración lógica del nacionalismo español, mientras que en Portugal, más allá del casi nulo apoyo popular a la idea, se estaban ya dirigiendo las miras en política exterior hacia la consolidación y extensión del imperio africano. Esta desconexión esencial de intereses convertía, según este autor, todo ideal iberista en un pensamiento dañino para Portugal⁹⁴.

Un texto que aquí se considera clave por su relación directa con el asunto, según está desarrollado en este apartado en cuanto a tratamiento y enfoque, es el que firma el profesor Sérgio Campos Matos con el título de *Was Iberism a Nationalism?*, artículo que ofrece un acercamiento a la evolución histórica del concepto *iberismo* en el Portugal de los siglos XIX y XX. El autor reconoce desde un principio la diversidad de significados que ha acumulado dicho vocablo a lo largo de los dos últimos siglos, para desde esa base de complejidad intentar aportar una definición propia, según la cual el iberismo sería “seeking the integration of the Peninsular nations into a broader Iberian-wide political and economic unit, whether its organization be unitary or federal, monarchist or Republican”⁹⁵ (Matos, 2009: 215-216). Esta es una definición destacada por su concisión y adecuación a la realidad de las propuestas de integración ibérica, que abarcaron diferentes modalidades de organización estatal, como las que este autor indica.

Y sin embargo son el posterior desarrollo argumental y las consiguientes conclusiones los aspectos que más descuellan en la propuesta de Matos: el autor afirma que el iberismo, entendido según la primera definición propuesta, abarca solamente su dimensión política y tiene como telón de fondo la creación de un único Estado ibérico, mientras que junto a esta noción existieron al menos otras tres variantes: un iberismo cultural, que aspiraba a un mayor desarrollo de las relaciones culturales y científicas hispano-portuguesas; un iberismo económico, que propugnaba una mayor integración en

⁹⁴ La visión del iberismo como una expresión particular del españolismo es esgrimida también en la *Encyclopedia of nationalism* de Motyl, donde se estima que la permanencia continuada de Portugal como país independiente constituye el mayor fracaso histórico del nacionalismo español –entendido como centralismo castellanista– (Motyl, 2001, II: 506-507).

⁹⁵ “la búsqueda de la integración de las naciones peninsulares en una amplia unidad política y económica de carácter ibérico, ya sea su organización unitaria o federal, monárquica o republicana”. Traducción propia.

los sistemas económicos de ambos países; un iberismo diplomático, cuya meta era la convergencia y cooperación de las naciones ibéricas en el contexto europeo y mundial (Matos, 2009: 228-229). Así, desde estas tres perspectivas, el iberismo no es sino un amplio movimiento social que difícilmente puede ser visto como problemático, bien al contrario, ofrece una esencia netamente positiva, al apostar por la cooperación y el entendimiento mutuo entre dos Estados vecinos, que tienen mucho que ganar y apenas nada que perder a la hora de transitar un camino compartido en el concierto internacional.

Obsérvese que este razonamiento es válido para las tres últimas variantes del iberismo, pero no así para el iberismo político, ideal conflictivo debido a su carga intrínsecamente revolucionaria, rompedora de lo establecido —ya fuera en su vertiente conservadora o progresista, monárquica o republicana—, creadora de nuevas relaciones de poder y que en caso de triunfar significaría un nuevo reparto de posiciones hegemónicas según el cual el *establishment* del momento tendría muchas posibilidades de salir perdiendo. Puede que esta razón —el miedo de las clases dominantes de cada país a perder el poder, o al menos una parte significativa del mismo, o siquiera la incertidumbre que todo cambio político de tal calado lleva consigo— fuera una de las causas efectivas del fracaso del nacionalismo ibérico en el siglo XIX, aunque esta afirmación es ciertamente atrevida a estas alturas de la investigación.

Se puede afirmar ya, sin embargo, que es precisamente el iberismo político el que podría calificarse como nacionalismo ibérico, si se asume que todo movimiento nacionalista, como el propio Matos afirma, no es solo una ideología, sino también un movimiento político, una teoría del Estado y en ocasiones una antropología del carácter nacional (Matos, 2009: 215) que lleva necesariamente aparejada toda una maquinaria política y propagandística que ha de trabajar en un sentido concreto: el de la creación de un Estado a través del cual estructurar la voluntad política de la nación que dicho nacionalismo dice representar.

Por último, en relación a la diferencia de significado que ofrece el término *iberismo* dependiendo de si su uso se da en idioma castellano o en portugués, la aportación del profesor Ángel Rivero es sumamente interesante: “Ha de quedar claro que con la palabra Iberismo se denotan cosas distintas en portugués y en español. En Portugal la palabra significa lisa y llanamente la ideología que acompaña al llamado *perigo espanhol*,

esto es, a la permanente y nunca satisfecha ambición de España de transformar su preponderancia en control político de toda la Península Ibérica. Mientras que en español hace referencia a un vago sentimiento de simpatía por los lazos peninsulares que puede dar lugar a distintos proyectos de coordinación política que van desde la pura y simple anexión a la empatía cultural pasando por una federación de perfiles más o menos borrosos” (Rivero, 2008: 16). Se advierte claramente cómo este autor no supone que el término *iberismo*, expresado en castellano, haya de ser considerado exclusivamente como un movimiento nacionalista, sino que puede ser observado desde diferentes perspectivas, cuyo punto de partida es, sin embargo, común, lo que Rivero denomina “un vago sentimiento de simpatía”. Este sentimiento en principio amistoso puede dar lugar, llevado al extremo, a manifestaciones que nada tienen que ver con sentimientos positivos de hermandad o cariño, como el de la anexión, que desde el punto de vista de la presente tesis doctoral no se tendrá en cuenta como iberismo ni nacionalismo ibérico, sino como nacionalismo español de alcance peninsular, el cual a su vez tampoco tiene por qué ser juzgado exclusivamente como un movimiento agresivo o imperialista. En todo caso, la definición de Ángel Rivero hace hincapié en la vaguedad y ambigüedad que posee, según este autor, el término *iberismo*⁹⁶.

2.4.3. La voz *iberismo* en la presente tesis doctoral

Se advierte en los párrafos anteriores la existencia de una abrumadora mayoría de autores que han utilizado el término *iberismo* de una manera general para referirse al movimiento ideológico que propugna la integración de Portugal y España a cualquier nivel, destacando, no obstante, el nivel político. En todo caso, los estudios académicos en torno a esta cuestión ofrecen un terreno común para el entendimiento, resumido básicamente en la idea de unión ibérica como objetivo último del iberismo, pero al mismo tiempo destacando la complejidad de dicho concepto, en tanto puede ser relacionado con muy diferentes manifestaciones ideológicas y variados fenómenos sociales. Frente a esta denominación, que podría calificarse como clásica en los estudios sobre la cuestión, se alzó la propuesta de José Antonio Rocamora, quien acuñó el sintagma *nacionalismo*

⁹⁶ Este mismo autor ofrece otra aproximación a la cuestión de la diferencia de significado del término iberismo, según se pronuncie en portugués o en castellano, como introducción de un artículo que trata sobre las relaciones hispano-portuguesas a lo largo del siglo XX y a principios del XXI (Rivero, 2010). También Andrés de Blas Guerrero (1989: 29) reconoce la “complejidad” del fenómeno iberista.

ibérico para referirse a la ideología aquí tratada precisamente en un sentido general, degradando al término *iberismo* a una categoría menor, entendido como una variante particular del nacionalismo ibérico desarrollada al calor del liberalismo decimonónico (Rocamora, 1994: 17-22).

2.5. Conclusiones

Tras este recorrido por las diferentes aproximaciones teóricas en torno al nacionalismo, se está ya en condiciones de ofrecer una definición de trabajo con la que abordar el estudio de los mensajes relativos a la unión de España y Portugal publicados por la prensa de Madrid entre 1840 y 1874. Esta investigación no tiene por objeto ofrecer una definición canónica del término *iberismo* ni tampoco del sintagma *nacionalismo ibérico*, antes bien, uno de sus objetivos es precisamente intentar aclarar la evolución de los significados que portó este concepto desde el punto de vista en que fue utilizado por la prensa madrileña durante los años centrales del siglo XIX, ya fuera en un sentido de propaganda política o bien como mero vocablo descriptivo de un movimiento sociocultural⁹⁷. Sin embargo, es de recibo aclarar el uso que el investigador va a hacer de los conceptos centrales aquí tratados. Así, la presente tesis doctoral invierte los términos en los que se expresa Rocamora, estimando que el *iberismo* puede ser entendido como la tendencia a la cooperación y asistencia mutua entre España y Portugal, transida de un sentimiento de simpatía y promoción de lo ibérico frente a otras construcciones culturales, que se puede dar en cualquier ámbito social y en cualquier época, mientras que el nacionalismo ibérico sería la demanda de la creación de un Estado único en la península Ibérica, es decir, la manifestación estrictamente política del *iberismo*, que tuvo su apogeo durante el tercer cuarto del siglo XIX.

Queda, pues, expresada la preferencia del investigador por el uso del sintagma *nacionalismo ibérico* para referirse de manera específica a lo que Sérgio Campos Matos

⁹⁷ El papel de los medios de comunicación es central para la difusión del mensaje nacionalista, sea este informativo, doctrinal o propagandístico. De todos modos, la influencia de la actividad periodística ha servido más para romper órdenes establecidos que para impulsar nuevas estructuras de poder, tal y como se sugiere en la *Encyclopedia of nationalism* editada por Alexander J. Motyl (2001, I: 422). Kohn había considerado también que las técnicas de información y propaganda fueron factores decisivos en la expansión y percepción del nacionalismo como una realidad natural, como algo que siempre había existido y siempre existiría (Kohn, 1945: 21).

ha denominado iberismo político. Sin embargo, debido a la voluntad de no romper de forma radical con la tradición historiográfica ni, sobre todo, con el vocabulario empleado en los medios periodísticos y políticos de la época, no habrá reparo en utilizar el término *iberismo* como definitorio de una doctrina más amplia que, sin descartar la unidad política, veía en la colaboración a todos los niveles entre las sociedades de España y Portugal un camino común a recorrer de cara a la construcción de un futuro más satisfactorio en términos de poder exterior y bienestar interior.

Es de recibo insistir aún en la nula voluntad por parte del investigador de ofrecer definiciones canónicas o universalmente válidas para una cuestión que todavía se revela como sumamente resbaladiza para la mayoría de estudiosos de la materia y que en ningún caso se considera un asunto cerrado ni sobre el que exista un acuerdo general. En definitiva, la aproximación que se va a seguir a lo largo del análisis está muy cerca de las posturas de Gellner y Anderson, también en parte de Breuilly, entendiendo el nacionalismo como una doctrina esencialmente política, cuyo objetivo es la organización de la convivencia en sociedad estructurada en torno a determinados intereses institucionalizados por el Estado, y al tiempo otorgando a la nación el valor supremo de depositario de la soberanía, siendo en todo caso la entidad nacional una construcción de carácter cultural promovida en gran parte por el propio movimiento nacionalista y fundamentada en argumentos de carácter histórico, lingüístico, étnico, psicológico o de otro tipo.

CAPÍTULO 3. IBERIA SUMERGIDA. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL IBERISMO

“El Océano. El Mediterráneo. La Cordillera Pirenaica. Entre estos límites perfectamente diferenciados, parece como si el medio natural se ofreciera al destino particular de un grupo humano, a la elaboración de una unidad histórica.”

Pierre Vilar, *Historia de España*⁹⁸

Si se conviene que la aspiración última del iberismo es la unificación política de la península Ibérica, cabe preguntarse cuáles son los condicionantes históricos que provocan el surgimiento de dicha ideología. Queda fuera de los límites de esta tesis trazar un recorrido minucioso por la historia de la península Ibérica desde sus orígenes hasta el periodo de tiempo elegido para desarrollar la investigación. No obstante, es preciso encuadrar someramente el proceso histórico para dar cuenta de una evolución en muchas ocasiones compartida que fue, como se verá, uno de los principales argumentos que se esgrimieron a favor de la unión de España y Portugal en las páginas de los periódicos madrileños del XIX. En este capítulo se ofrece una visión conjunta de la historia ibérica, teniendo en cuenta tanto los episodios comunes como los acontecimientos propiamente españoles o netamente portugueses.

Sin temor a caer en deformaciones, y reconociendo que la evolución de los diferentes territorios peninsulares no sigue un patrón único, es posible observar con rigor la historia ibérica en sus primeros periodos desde una perspectiva común, dividida en seis grandes intervalos: poblamientos indígenas, asentamientos de diferentes culturas mediterráneas, romanización, reino visigodo, época musulmana y reconquista cristiana⁹⁹. Siendo indudable que hubo momentos durante estas seis grandes etapas en los que se dio de manera operativa en la península Ibérica cierta unidad política –ya fuera bajo la administración romana o durante la etapa visigoda–, la lectura de dicha unidad por parte del investigador nunca puede ser asimilable a la que se haría de un Estado-nación moderno, entendido como producto social posterior a la Revolución Francesa; en

⁹⁸ VILAR, Pierre (2009): *Historia de España*, Barcelona, Crítica, p. 17.

⁹⁹ Para un estudio general del amplísimo periodo de la historia peninsular que aquí no se cubre, cabe destacar obras de referencia como las de Oliveira Marques (1987, 1993), Alarcão (1990), Cabo y Vigil (1990), Coelho y Homem (1996), Mattoso (1997), Mattoso y Sousa (1997), García de Cortázar (2004), Collins (2005), García Moreno (2008), Plácido (2009) y Manzano (2010).

oposición a esta visión, cierta producción historiográfica no cesa en ofrecer una visión comparada –y por lo tanto, separada– de las historias de España y Portugal, que puede llegar a caer igualmente en visiones sesgadas^{100 101}.

3.1. La conformación de los Estados modernos

Este breve recorrido toma como punto de partida los años finales del siglo XV, cuando ya se puede encontrar en suelo peninsular una división política de carácter dual cuyas bases territoriales son prácticamente equivalentes a las que existirán entre 1840 y 1874, periodo que cubre esta investigación. Por un lado, Portugal se ha constituido como reino entre 1139 y 1179, contando con fronteras estables, prácticamente inalteradas, desde que el rey Afonso III completara la conquista del reino morisco de Al-Gharb, a mediados del siglo XIII. La crisis de 1383-1385, que desemboca en la proclamación de João I como primer rey de Portugal de la dinastía Avís, consolida la existencia de un Estado independiente en el oeste peninsular. Por otro lado, la Concordia de Segovia de 1475 funda una reciprocidad general de poderes entre las coronas de Castilla y Aragón, si bien en la práctica el poder se inclina a favor del reino castellano¹⁰², mientras que la intitulación de los Reyes Católicos al final de su reinado establece claramente los territorios sobre los que ambos monarcas ejercían la soberanía¹⁰³. Los Reyes Católicos, en ningún caso fundadores de la unidad nacional de España en un sentido moderno, sí dejan sentadas las bases del Estado español (Pérez, 2011a: 221-225) y, por consiguiente, la dualidad estatal sobre suelo peninsular antes mencionada¹⁰⁴.

¹⁰⁰ Es destacable a este respecto un intento de alejarse de la mera historia comparada, el que representa la ambición integradora y el alcance sintetizador presentes en de la Torre Gómez (1998), obra que respeta y resalta las innegables trayectorias individualizadas recorridas por España y Portugal como entidades políticas al tiempo que logra contemplar el proceso histórico peninsular desde un punto de vista “de convergencia indirecta”.

¹⁰¹ Cabe alabar también este punto el análisis de César Rina Simón, quien critica el predominio de “los estudios identitarios partiendo de modelos unívocos en los que se confrontan dos estados-nación plenamente constituidos e inamovibles en el devenir histórico”. Para conocer la posición de este investigador, ver Rina Simón (2012: 187-195).

¹⁰² Aproximaciones atractivas a esta cuestión se pueden encontrar en Suárez Fernández (1989), Pérez (1997) o Carrasco Manchado (2006).

¹⁰³ Si bien cada soberano ceñía las correspondientes coronas de manera individual, desde un punto de vista conjunto Isabel y Fernando eran reyes “De Castilla, de Aragón, de León, de las dos Seçilias, de Iherusalem, de Granada, de Toledo, de Valençia, de Gallizia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdenna, de Cordova, de Corçega, de Murçia, de Jahen, de los Algarves, de Algezira, de Gibraltar, de las Yslas de Canaria e de las Yndias, tierra firme del Mar Océano, condes de Barcelona, sennores de Vizcaya e de Molina, duques de Athenas e de Neopatria, condes de Ruysellon y Çerdania, marqueses de Oristan e de Goçeano”. Ver Sánchez Prieto (2004: 276).

¹⁰⁴ Esta realidad, la existencia de dos o más Estados sobre el territorio peninsular, no fue óbice para que durante largo tiempo se utilizara el nombre de España para referirse al conjunto ibérico, lo que revela una

Durante el siglo XVI, la evolución de los dos Estados ibéricos recorre caminos similares desde un punto de vista global, partiendo de la firma del tratado de Tordesillas el 7 de junio de 1494. Si bien una mirada en detalle ofrece, de manera natural, tanto similitudes como diferencias¹⁰⁵, el tratado determina el reparto de las nuevas tierras descubiertas y por consiguiente la exploración de los océanos y el establecimiento de imperios marítimos, al tiempo que condiciona indirectamente la política de enlaces dinásticos. Otro efecto del acuerdo, y no el menos importante, fue el impedir que Portugal y la monarquía católica entraran en guerra (Oliveira Marques, 1984: 14).

El paso del siglo XV al XVI en la península Ibérica está también marcado por la muerte el 18 de julio de 1500 del príncipe Miguel de la Paz, quien entonces no había cumplido aún los dos años de edad. Hijo de la infanta Isabel de Aragón y Castilla y del rey Manuel I de Portugal, en su persona hubieran recaído las tres coronas ibéricas.

corriente histórica de fondo que reconoce una unidad, sea de carácter geográfico, cultural o incluso filosófico-existencial, según los casos. En este punto insiste Miguel Artola (1988: 103), cuando afirma que “la pluralidad de Estados peninsulares medievales no constituye un obstáculo que impida reconocer la existencia de un modelo común en el que las semejanzas institucionales son mucho más importantes que las diferencias posibles, afirmación que podría extenderse más allá de estas fronteras”. Como también asevera Luis González Antón (1988: 11), “desde época romana hasta el siglo XVI el nombre de España se aplica a la totalidad de la península Ibérica, fragmentada en varios reinos durante la Edad Media; de entre ellos, nada verdaderamente específico distingue el origen del moderno Portugal, cuya frontera con España es estrictamente política y artificial en la mayor parte de su longitud”. Es cierto que la división política convive durante los largos siglos de la reconquista cristiana con una innegable pasión unitaria, con el ansia de unificación peninsular: “los variados títulos puestos en circulación muestran la fuerza que tiene desde los primeros tiempos la concepción de España como ámbito político e histórico, y no como un simple referente geográfico. [...] La mención de “todos los reyes de España” es un auténtico lugar común en la época, como ha puesto de relieve Maravall” (González Antón, 1988: 27). En efecto, José Antonio Maravall ofrece una mirada magistral al recorrido que la idea de España tuvo durante aquel tiempo en su clásico *El concepto de España en la Edad Media*, cuya edición más reciente es la ofrecida por el Centro de Estudios Constitucionales en 2013.

¹⁰⁵ Por ejemplo, en el caso de las expediciones transoceánicas existen ciertas diferencias de fondo: España se centró en la exploración y conquista del continente americano, mientras que en Portugal se vivieron diferentes etapas: en el siglo XV su actividad se reduce al océano Atlántico, durante el XVI crecen en importancia las exploraciones del Índico y el Pacífico, los siglos XVII y XVIII ven un aumento exponencial de la importancia de los intercambios con Brasil, mientras que durante el XIX y el XX la política exterior de Portugal se centrará en África. En cuanto a las semejanzas, conviene recordar el episodio de la expulsión de los judíos, forzados por los Reyes Católicos a abandonar los territorios de Aragón y Castilla en 1492. Muchos de ellos encuentran refugio en Portugal, donde João II los acoge a cambio de elevados tributos (Saraiva, 1989: 147). Apenas cuatro años después, ya con Manuel I en el trono portugués, se decreta la expulsión de los judíos, tanto castellanos como portugueses, del territorio de Portugal. Las grandes pérdidas de carácter económico que hubiera supuesto la aplicación estricta de esta medida fueron compensadas por la conversión forzosa de los judíos, lo cual dio lugar a la división de la sociedad portuguesa en cristianos nuevos y cristianos viejos. Esta situación trajo consigo tensiones sociales que desembocaron en persecuciones contra los llamados cristianos nuevos, hecho que a juicio de José Hermano Saraiva supuso una “fractura de la conciencia nacional”. Por otro lado, los tribunales de la Inquisición, establecidos en España desde 1478, serían instituidos también en Portugal, si bien seis décadas después, en 1536.

Portugal entra en el Quinientos con una estructura política muy diferente a la de siglos anteriores. El reinado de João II (1481-1495) había supuesto para el país una transformación dramática, operada a través de un cambio en la mentalidad del propio monarca, que deja de verse a sí mismo como un caballero medieval y se siente con capacidad suficiente para encarnar todo el poder de la institución real. Es bajo su gobierno cuando Portugal comienza a constituirse como Estado moderno (Romero Magalhães, 1993: 62), proceso que corre paralelo al que estaban aplicando en el Estado vecino los Reyes Católicos, como se ha mencionado más arriba.

João II no dudó en recurrir a la represión de amplios sectores de la nobleza que podrían haberse opuesto a su ideal de gobierno, incluyendo algunos que habrían visto con buenos ojos el apoyo del ejército castellano a una potencial rebelión antidinástica en Portugal (Saraiva, 1989: 145). Al tiempo que despejaba su camino de oponentes indeseados, el rey se encargó de acometer una reforma administrativa y de afianzar la actividad comercial con la costa africana (Saraiva, 1989: 146). El fallecimiento del príncipe Afonso, único hijo del monarca, supuso que a la muerte de este habría de subir al trono su primo Manuel I, quien a su vez era hermano de uno de los nobles asesinados durante el reinado de João II. De este modo, la nobleza creyó recuperar su poder en la corte, pero la apertura del comercio con la India, gracias al genio de Vasco da Gama, permitió a Manuel I acumular recursos económicos suficientes¹⁰⁶ para ahondar durante su reinado (1495-1521) en las reformas estructurales iniciadas por João II, acercándose al modelo de rey absoluto y certificando el fin de la época medieval¹⁰⁷ al tiempo que la corte vivía un periodo de esplendor digno de la “hora da sua grandeza imperial” (Serrão, 1980a: 32).

En cuanto a la monarquía hispánica, sufre en el paso al Quinientos una serie de momentos críticos que comienzan con el fallecimiento de Isabel la Católica, el 26 de noviembre de 1504. Años antes habían muerto también el infante don Juan y el ya mencionado príncipe Miguel de la Paz, por lo que la línea sucesoria desembocaba

¹⁰⁶ David Birmingham estima que, durante todo el siglo XVI, Portugal monopolizó virtualmente la ruta marítima entre Europa y Asia. Ver Birmingham (2003: 29).

¹⁰⁷ Entre 1481 y 1522 se lleva a cabo en Portugal una progresiva reforma de los viejos fueros municipales, que dejan de tener validez ante la imposición del derecho general proveniente de leyes dictadas por la corona. Ver Serrão (1980a: 212-218), Saraiva (1989: 75), Romero Magalhães (1993: 165-184) y Serrão (1998: 53).

entonces en Juana I de Castilla, llamada la Loca. Su delicada salud mental y las dificultades que existieron en su matrimonio con Felipe de Habsburgo, el Hermoso, motivaron que el testamento de Isabel la Católica incluyera una cláusula en la que se limitaba su poder como reina (Pérez, 2011a: 238). El nuevo escenario, con Juana descartada como opción válida para ejercer el poder, provoca la apertura de hostilidades entre don Fernando y don Felipe, siendo este último favorecido por la nobleza castellana (Pérez, 2011a: 239-240). En consecuencia, Fernando de Aragón se repliega en sus posesiones y termina por casarse con Germana de Foix, sobrina del rey Luis XII de Francia.

Felipe el Hermoso reina en Castilla durante apenas unos meses, hasta su muerte en septiembre de 1506. Esta circunstancia está a punto de provocar una guerra civil, pero la amenaza desaparece con el regreso de Fernando el Católico como regente de Castilla, cargo que ejerce hasta su fallecimiento en enero de 1516. Seguidamente, la proclamación de su nieto Carlos como rey de Castilla y Aragón es, para Joseph Pérez, “un verdadero golpe de Estado que Cisneros y el Consejo Real aceptaron, pero que causó un profundo malestar en amplios sectores del país” (Pérez, 2011a: 241). El infante Fernando –quien terminaría heredando el Sacro Imperio–, nacido en Alcalá de Henares, criado y educado en Castilla, era preferido por importantes sectores de la nobleza (Lynch, 1991: 51).

3.2. La llegada del Emperador

La situación política en Castilla anticipa las revueltas comuneras, que entre 1519 y 1522 enfrentan en una guerra civil a partidarios y detractores del Emperador. Estos últimos estaban profundamente descontentos con el desprecio hacia la todavía legítima reina Juana, con la salida de nutridos capitales hacia Flandes y con los privilegios otorgados a súbditos considerados extranjeros; eran, además, afectos a la teoría del “contrato callado” entre rey y súbditos. Además de esto, don Carlos decidió una subida de impuestos para financiar los gastos de su proclamación como cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico.

La organización del movimiento de oposición al monarca culmina en septiembre de 1519, con la creación de una junta integrada por catorce de las dieciocho ciudades con derecho a voto en Cortes, las cuales asumen en Tordesillas las funciones de gobierno en

nombre de la reina (Pérez, 2011b: 245-246). En el diferente grado de implicación de cada ciudad en la revuelta jugó un importante papel el conflicto de intereses existente entre las villas favorables a la implantación de una industria textil en el reino y aquellas localidades a las que favorecía el *statu quo* de Castilla como exportadora de materias primas. Entre estas últimas se contaba Burgos, que abandonó rápidamente la coalición anticarolina (Lynch, 1991: 55). Carlos V forma un regimiento con el apoyo de la nobleza y de Portugal, se enfrenta al ejército de las ciudades y lo destruye en la batalla de Villalar, el 23 de abril de 1521. Bravo, Padilla y Maldonado, los tres principales líderes del movimiento comunero, son ejecutados, mientras que la ciudad de Toledo resistirá el envite imperial hasta febrero de 1522. En Valencia, la revuelta de las germanías responde a un patrón diferente, ya que el enfrentamiento originario no fue el de la ciudad contra el poder del Emperador, sino el de nobles frente a plebeyos, grupo este último que termina conformando un consejo administrador municipal. Finalmente los nobles, apoyados por un ejército real, consiguen imponer su ley en noviembre de 1521 en Valencia y en septiembre de 1522 en Játiva y Alcira. A partir de ese momento, Carlos V se encuentra con las manos libres para hacer y deshacer a su antojo en tierras españolas^{108 109}. El hispanista Joseph Pérez afirma que ambas crisis ponen de manifiesto dos características fundamentales de la monarquía Habsburgo: “1. La debilidad de un Estado que no coincide absolutamente con las distintas nacionalidades de que se compone el Imperio; [...] 2. La fuerza social que representa la aristocracia terrateniente, que ha salvado la corona en ambos casos” (Pérez, 2011b: 250-251).

Carlos V no seguirá una política nacional, sino dinástica, en sintonía con la educación que había recibido. La prioridad era la gloria del imperio, asimilable a la gloria de su familia, los Habsburgo. Esta manera de ver el mundo tuvo un altísimo coste para el futuro de España, y más concretamente para el de Castilla Castilla, por entonces el reino más poderoso de los que conformaban las posesiones del Emperador (Pérez, 2011b: 256).

¹⁰⁸ Se puede profundizar en el conocimiento sobre la Guerra de las Comunidades de Castilla y la crisis de las germanías consultando las obras de García Cárcel (1981), Maravall (1984), López Álvarez (1985), Pérez (2001) o Jerez Calderón (2007).

¹⁰⁹ Quizá tampoco sea adecuado todavía hablar de España en un sentido moderno, si bien es cierto que casi cualquier denominación para las tierras dominadas por el Emperador va a resultar de algún modo insatisfactoria, como pone de relieve Artola (1988: 128): “Cualquier denominación que apliquemos al conjunto de estados que reconocían a Carlos V como su rey y señor será inadecuada. [...] El Estado carolino quedo así configurado como el resultado de la superposición de tres elementos: La Monarquía Hispánica como centro de poder, aunque no fuese, salvo en la década de los veinte, el centro político; las tierras borgoñonas, y las no excesivas facultades inherentes al título imperial.”

Además, según afirma Antonio Miguel Bernal (2007: 117), “la preeminencia de Castilla en el ejercicio del poder, puesta al servicio de los objetivos dinásticos e internacionales de la monarquía, se considera que, a la larga, terminó por convertirse en un factor limitador de cohesión e integración nacional y responsable de la fallida construcción, o retraso, en la formación del estado moderno en España”. Por aquel entonces, el Emperador ya había entendido la necesidad de adaptarse a la cultura política y modo de vida hispánico y su popularidad había crecido (Lynch, 1991: 67), sobre todo gracias a su oposición al protestantismo, dejando de lado el hecho de que, en lo personal, el posicionamiento religioso del Emperador nunca fue ortodoxo y respondió también a intereses de orden político (Lynch, 1991: 103). La política exterior de Carlos V se divide en tres frentes, dos de ellos de carácter religioso: por un lado, la guerra contra los turcos en el Mediterráneo, por otro, la ofensiva antiprotestante en el centro de Europa, sobre todo desde 1541.

A ambos conflictos se suman sucesivos enfrentamientos contra Francia a causa de tensiones territoriales en Navarra, Borgoña y los ducados y señoríos italianos. En cuanto a las relaciones entre Portugal y la monarquía hispánica, durante el reinado de Carlos V gozaron de muy buena salud. Carlos V se casa en 1526 con su prima Isabel de Portugal, mientras que João III de Portugal, a su vez, estaba casado con Catalina de Austria, hermana del Emperador. La disputa por las islas Molucas, en el archipiélago indonesio, se resuelve pacíficamente a favor de Portugal (Pérez, 2011b: 257). En este sentido es destacable la ausencia de conflictos violentos graves entre dos países que, además de vecinos en el terruño peninsular, compartieron durante largos decenios la hegemonía mundial¹¹⁰.

3.3. Los viajes transoceánicos

Las sucesivas expediciones a la India y otros puntos de Asia y África convierten a Portugal en potencia naval y comercial de alcance global, y así lo hace constar Manuel I en su intitulación: “Al antiguo título de rey de Portugal y de los Algarves, don Manuel manda añadir nuevas dignidades: «y señor de la Conquista, Navegación y Comercio de Etiopía, Arabia, Persia y la India»” (Saraiva, 1989: 173) (Serrão, 1980a: 32). Pero la

¹¹⁰ Es de interés la obra de Braga (2001) para conocer la realidad ibérica y las relaciones entre sus monarquías durante en la época del Emperador.

expansión portuguesa no se dirigió únicamente al oriente, y si en 1498 Vasco da Gama había puesto el pie en la India, dos años más tarde un contingente de más de mil hombres comandados por Pedro Álvares Cabral desembarcaba en la costa de Brasil.

Las nuevas tierras a disposición de la corona portuguesa no serían colonizadas de manera ordenada hasta la década de 1530, ya durante el reinado de João III (1521-1557) y bajo mando de Martim Afonso de Sousa. Los españoles, por su parte, se hacen progresivamente con amplios territorios del continente americano: toman las Antillas entre 1492 y 1515, Hernán Cortés inicia la conquista de México en 1519 y el mal avenido triunvirato Pizarro-Almagro-Luque se hace con el Perú a lo largo de la década de 1530. Los españoles también se establecen en Chile, Nueva Granada y el Río de la Plata, poniendo en marcha en todos los territorios mencionados una política muy consciente de las ventajas que ofrecía la expansión política y religiosa para la consolidación del Estado; se trata de una orientación diferente a la seguida por los portugueses, centrados en el comercio (Lynch, 1991: 211-218). Se configuran, pues, a lo largo del siglo XVI, los imperios americanos de matriz ibérica¹¹¹.

Atraídos por la prosperidad del Brasil y dedicando enormes energías a mantener y expandir las rutas de comercio asiático más allá de la India, donde su presencia había evolucionado desde una simple conexión comercial hasta el establecimiento de un sólido entramado militar destinado a proteger el ingente tráfico de especias (Romero Magalhães, 1993: 45-46) (Oliveira Marques, 1984: 27), los portugueses se ven desbordados en África, donde pierden progresivamente su poderío. Así lo corroboran el desastre de Mamora –actual Mehdía– y la pérdida de Santa Cruz do Cabo de Gué –actual Agadir–, que marcan el fin de la primera expansión portuguesa por el norte de África (Saraiva, 1989: 189). A pesar de los esfuerzos, existe en la segunda mitad del siglo XVI portugués un progresivo deterioro de la economía, provocado en parte por el éxito de las expediciones comerciales a la India, que al mismo tiempo que proporcionaban amplias ganancias al Estado minaban el equilibrio económico convirtiendo a Portugal en un país excesivamente dependiente de la importación (Saraiva, 1989: 191). Además, factores como la importancia política

¹¹¹ La bibliografía sobre este periodo es amplísima. Se enumeran a continuación algunas obras consideradas de referencia en el marco español: Bethell (1990-2002), VVAA (1999-2008), Pérez Murillo (2003), Pérez Herrero (2004), Garavaglia y Marchena Fernández (2005), Lucena Salmoral (2005, 2008), Amores Carredano (2006), Céspedes del Castillo (2009) y Elliott (2011).

creciente de Inglaterra, el hecho de que las tierras brasileñas no eran tan dependientes de la corona como los puestos comerciales de Oriente o el incremento de la piratería – morisca, francesa, inglesa– obliga a los comerciantes a centrarse en las operaciones de pequeña escala en puertos pequeños, lo que iba en contra de grandes centros como Lisboa (Romero Magalhães, 1993: 350).

Esta evolución influye en las clases nobiliarias portuguesas de tal manera que, con la idea de mantener un poder que veían amenazado, vuelven la vista a las políticas de enlaces dinásticos, tan populares en la época medieval y que, de nuevo, hacían surgir en el horizonte una posible unificación de la península Ibérica (Birmingham, 2003: 31). La unidad política era un ideal al que aspiraron durante largo tiempo las tres grandes coronas ibéricas: Castilla, Aragón y Portugal se consideraban parte de un todo, la antigua Hispania, a pesar de siglos de existencia por separado. El sueño de una Iberia unida no muere, sino que se mantiene vivo en las ambiciones de las familias reales, deseosas de aumentar su poder efectivo (Oliveira Marques, 1984: 144-145).

La muerte de João III en 1557 deja un vacío en la cabeza de la monarquía portuguesa que es ocupado por su viuda, Catalina de Austria, hermana de Carlos V y regente de Portugal refrendada por unas Cortes en las que “solamente los representantes populares pusieron objeciones al hecho de que la regente fuese castellana” (Saraiva, 1989: 190). La influencia de Catalina en la política llevada a cabo por el rey había sido muy profunda, también en lo relativo a la promoción de los enlaces dinásticos (Romero Magalhães, 1993: 530-531) (Serrão, 1980a: 55). En 1562, doña Catalina cede su puesto al infante don Henrique, encargado de preparar el terreno para la asunción del gobierno por parte de Sebastián I de Portugal en 1568, a los catorce años de edad.

3.4. La culminación de la unión dinástica

Felipe II accede al trono español en 1556, ya sin responsabilidad política alguna sobre los territorios del Sacro Imperio Romano Germánico, que ha pasado a ser gobernado por su tío Fernando. Sin embargo, algo así como un imperativo moral hace que el nuevo rey de la monarquía hispánica siga la política exterior de su padre tanto en lo referente al Imperio como a las guerras contra los turcos, conflictos a los que se dedicarán dilatadísimos recursos económicos (Pérez, 2011b: 260). Junto a esta tendencia

imperialista, durante el reinado de Felipe II se experimenta también una evolución que en cierta manera españoliza la política del monarca, obligado a apoyarse en sus posesiones más robustas para desarrollar su programa de gobierno. Como explica John Lynch, Felipe II “could not govern his empire without Spain and he could not govern Spain without residing there”¹¹² (Lynch, 1991: 253). En 1561, el rey decide establecer la corte de manera definitiva en Madrid. Pese a la existencia indiscutible de un sentimiento de unidad, ya fuera geográfica, histórica o cultural, en el terreno político a la altura de mediados del siglo XVI el único elemento de unión entre los diferentes reinos es la monarquía y el poder del soberano, situación que influirá decisivamente en la debilidad posterior del Estado español a la hora de intentar consolidar un Estado nacional moderno. De tal modo lo observa Bernal (2007: 469-470): “La conquista de Portugal no se resolvió en una fórmula de incorporación con todas sus consecuencias de subordinación que le son inherentes, ni con una anexión en sentido estricto; fue una unión de las coronas que, a diferencia de las de Castilla y Aragón en el último tercio del siglo XV, no llegó a cristalizar en una “unificación” de los reinos peninsulares bajo la modalidad de un estado moderno, nacional e integrado”.

A pesar de esta situación en lo político, las élites culturales ibéricas vivirían entonces un periodo de auténtica integración, como afirma Ana Isabel Buescu en su estudio sobre el bilingüismo portugués-castellano en la época moderna: “A presença do castelhano na corte e na generalidade dos círculos letrados e eruditos constitui um dos sinais mais evidentes da proximidade cultural entre os dois reinos peninsulares no século XVI” (Buescu, 2004: 14). Esta situación se prolongaría más allá de 1640, pero es que además del intercambio meramente erudito y elitista se dio una fuerte presencia del castellano como lengua editorial o del teatro en Portugal, como demuestra el trabajo de Gil Vicente, padre del teatro moderno luso, que compuso obras en los dos idiomas.

Antes de tratar la culminación de la unión dinástica es de recibo detenerse brevemente en el reinado de Sebastián I de Portugal (1557-1578), que estuvo marcado por el particular carácter del monarca, formado en “el culto al heroísmo militar y el carácter casi divino de la persona real” (Saraiva, 1989: 193). Don Sebastián deja el gobierno efectivo en manos de sus ministros, recomendados por don Henrique, para

¹¹² “No podía gobernar su imperio sin España y no podía gobernar España sin residir allí”. Traducción propia.

centrarse exclusivamente en su preparación física, orientada a la lucha en la guerra (Romero Magalhães, 1993: 544). El profesor José Hermano Saraiva habla de la “obsesión” del joven rey por salvar a la cristiandad, amenazada por el poder musulmán procedente del norte de África y de Turquía. Esta obsesión le costó la vida en la batalla de Alcazarquivir, acaecida el 4 de agosto de 1578, en la que un gran ejército a su mando fue aniquilado por un contingente, también amplísimo, leal al sultán de Marruecos. Sebastián de Portugal muere sin descendencia, por lo que le sucede su tío abuelo Henrique¹¹³. El antiguo regente, a partir de entonces cardenal-rey, no representaba más que una solución parcial al problema sucesorio, ya que tampoco tenía descendencia ni estaba previsto que la tuviera. Su breve reinado estará marcado por una grave crisis económica, política y moral, provocada por el desastre de Alcazarquivir, que afecta al conjunto de la sociedad portuguesa (Romero Magalhães, 1993: 546). A la muerte de Henrique I de Portugal en enero de 1580, aparecen tres pretendientes principales, todos ellos nietos de Manuel I: don Antonio, prior de Crato, doña Catarina, duquesa de Braganza y Felipe II de Habsburgo.

Se convocaron Cortes para resolver la cuestión, pero el fallecimiento del cardenal-rey truncó cualquier posibilidad de acuerdo y se decidió entregar el poder provisional a una junta de cinco gobernadores. Los dos candidatos portugueses representaban la independencia del reino frente al poder castellano, mientras que el rey de la monarquía católica simbolizaba la unión de las coronas ibéricas en una sola cabeza. La alta nobleza y la gran burguesía se inclinaron por don Felipe, a quien estimaban favorable a sus intereses (Birmingham, 2003: 34), mientras que el pueblo llano negó cualquier apoyo a doña Catarina y se puso del lado de don Antonio, quien fue aclamado por el pueblo en Santarém y en Lisboa (Saraiva, 1989: 195-198)¹¹⁴. Los cinco gobernadores declararon entonces a Felipe II de Habsburgo como legítimo rey de Portugal, abriendo así el paso a las tropas castellanas, que derrotaron a los partidarios de don Antonio en la batalla de

¹¹³ Es entonces cuando surge el mito del sebastianismo, según el cual el rey Sebastián –cuyo cadáver nunca apareció– habría de volver en algún momento a la patria portuguesa para restaurar su poder. Existe cierta bibliografía referente a la cuestión, entre la que destacan Alburquerque (1974), Azevedo (1984), Besselaar (1987) o Marinho (2003).

¹¹⁴ Frente a algunas interpretaciones de carácter nacionalista, la opinión de David Birmingham sobre este hecho parece más acertada: “Nationalist separatism was not a serious issue of high politics though cultural patriotism may have existed at a popular level”. Ver Birmingham (2003, 34). [“El nacionalismo separatista no era un problema serio de alta política; sin embargo, el patriotismo cultural pudo haber existido a nivel popular”. Traducción propia]. Para el profesor Hipólito de la Torre, durante los siglos XV y XVI se habían desarrollado en la península “realidades protonacionales”. Ver de la Torre Gómez (1998: 47).

Alcántara, el 25 de agosto de 1580. El prior de Crato permanece en Portugal hasta la primavera de 1581, cuando abandona el país, despejando definitivamente el camino para la proclamación de Felipe II en las cortes de Tomar como rey de Portugal con el nombre de Filipe I. Había culminado la unión de las coronas peninsulares, hecho que, más allá de las circunstancias particulares que lo provocaron, se venía gestando desde hacía décadas a través de una política de intrincados y en ocasiones casi incestuosos enlaces dinásticos (Romero Magalhães, 1993: 553). Se inicia así un periodo de sesenta años de unión dinástica en el que las coronas de los diferentes reinos peninsulares fueron ceñidas consecutivamente por tres reyes de la dinastía Habsburgo¹¹⁵.

El periodo filipino se abre en Portugal con la solemne declaración del nuevo rey de respetar las instituciones y la autonomía política del país, que se integraba en una monarquía compuesta en la que cada territorio conservaba su derecho propio¹¹⁶. El nuevo régimen político de Portugal se establecía, pues, bajo el mando de una unidad soberana que gobernaba administraciones separadas. Así sucedía en la totalidad del territorio peninsular. Si bien el peso del gobierno recaía en Castilla por razones históricas, económicas y políticas, junto a las Cortes de este reino mantenían cierto poder las Juntas Generales de las provincias vascongadas y las Cortes de Navarra. La antigua corona de Aragón incluía, junto al reino del mismo nombre, el reino de Valencia y el principado de Cataluña. Además, el virrey de Nápoles representaba al poder real en aquel territorio anejo a la corona de Aragón. En Madrid se establece un Consejo de Portugal con el objetivo de asesorar al rey en aquellos asuntos que lo requirieran (Romero Magalhães, 1993: 567).

Para Joseph Pérez, esta estructura administrativa se asemejaba a una confederación en la que las diferentes entidades políticas “no tienen la impresión de pertenecer a una misma comunidad” (Pérez, 2011b: 276). John Lynch abunda en esta perspectiva: “To travel from Castile to Aragon was to cross a frontier into a different social and political world, where semi-independent lords exercised numerous feudal

¹¹⁵ Para una mejor comprensión de este periodo son recomendables obras como las de Elliott (1996), Valladares (1998, 2000), Bouza (2000), García Cárcel (2003), Labrador (2007) y Lynch (2010).

¹¹⁶ El profesor José Hermano Saraiva afirma que los compromisos de Felipe II de España habían sido negociados previamente en secreto con el cardenal-rey Henrique I. Ver Saraiva (1989: 232).

rights to the detriment of the crown and their vassals” (Lynch, 1991: 291)¹¹⁷. En este contexto, los Felipes intentaron estructurar de algún modo razonable la administración de los diferentes reinos, combinando en lo posible los diferentes marcos legales con una cierta homogeneización estatal¹¹⁸. Felipe II respetó sus promesas y las clases pudientes portuguesas vivieron una época de bonanza –las clases populares no podían afirmar lo mismo–. El anticastellanismo quedó reducido en el oeste peninsular a un espacio marginal (Saraiva, 1989: 234).

Felipe III de España y II de Portugal vive durante su reinado (1598-1621) la primera etapa de la decadencia hispánica. La estabilidad política fue una de las principales metas del monarca, que solo visitó una vez Portugal, con el objetivo de que las Cortes jurasen como heredero del reino al entonces príncipe de Asturias (Rodríguez Gil y Morán Martín, 1998: 74). En lo económico, el progreso comercial y material se estanca a principios de siglo –no solo en la península Ibérica, sino en toda la cuenca del Mediterráneo– y cambiará de signo definitivamente en la década de 1620, periodo que marca una ruptura en el tranquilo devenir que hasta entonces había vivido la unión dinástica ibérica.

La monarquía católica entra en una irremisible decadencia, lastrada por una crisis económica profunda, debida a los excesivos gastos de las campañas militares y agudizada por el menguante caudal de plata que llegaba de América, irrisorio en comparación con el de siglos pasados, así como por la ruina efectiva de Castilla, que había llevado el peso del imperio durante demasiado tiempo (Pérez, 2011c: 294). Muchos en aquel reino se preguntaban si los demás territorios que conformaban la corona no deberían asumir obligaciones para con el poder central, del mismo modo que se beneficiaban del estatus

¹¹⁷ “Viajar de Castilla a Aragón era cruzar una frontera hacia un mundo social y político diferente, donde señores semi-independientes ejercitaban numerosos derechos feudales en detrimento de la corona y sus vasallos”. Traducción propia.

¹¹⁸ Como afirma José Manuel Pérez-Prendes: “Las principales fórmulas aplicadas por la Monarquía hispánica para lograr una vertebración jurídico-política de los reinos al tiempo que se respetaban sus divergencias fueron varias y simultáneas. La estructura de Consejos, Secretarías y Virreynatos, generalizadamente extendida. El intercambio de muchos ministros a lo largo de su carrera política de unas partes a otras y de funciones de un tipo a tareas diferentes. La práctica de los principios de flexibilidad adaptativa de las instituciones, de interrelación de los poderes gubernativo y jurisdiccional, de comunicación directa Rey-súbditos (evidente realidad desde las “Cartas de relación” de Hernán Cortés a Carlos V) y las delegaciones. Su conjunto supuso ingeniosos avances en la homogeneización política, aceptando al mismo tiempo la mayoría de los particularismos de cada reino”. Ver Pérez-Prendes (1998: 109).

de gran potencia disfrutado por la monarquía católica (Lynch, 1992: 83). Entre otras soluciones, se había optado ya desde finales del Quinientos por acrecentar la carga tributaria en puertos importantes, como el de Lisboa (Serrão, 1979: 42), lo que provocó irremediablemente en Portugal un progresivo aumento del descontento popular. A la crisis particular de la monarquía católica, inscrita de manera más general en la ya mencionada deriva negativa de los países mediterráneos, hay que añadir el cambio de tendencia cultural que se vive en el continente europeo en el siglo XVII, a lo largo del cual se siembra la semilla del pensamiento científico moderno y del imperio de la razón sobre cosmovisiones basadas en dogmas religiosos; en definitiva, aparece un nuevo paradigma ideológico que habría de imponerse como mayoritario durante la siguiente centuria y del que la monarquía Habsburgo no sería partícipe.

3.5. Crisis de 1640 y restauración de los Braganza

Felipe IV de España y III de Portugal sube al trono en un momento en el que sus posesiones ibéricas están en un estado de miseria general (Serrão, 1979: 92). Su reinado (1621-1665) viene definido por la cesión de soberanía real a los validos, primero al conde-duque de Olivares y más tarde a Luis de Haro. Esta delegación de poderes no supuso la transformación del rey en una marioneta de sus validos, sino que más bien revela una concepción avanzada por parte de Felipe IV de las funciones que un líder político del siglo XVII debía asumir, reconociendo su incapacidad para ocuparse en solitario de todos los asuntos concernientes a un imperio vastísimo¹¹⁹. Es justo reconocer esta actitud, pero hay que afirmar al mismo tiempo que el rey aprovechó en ocasiones el gobierno de sus favoritos para resguardarse de las pesadas tareas relativas a la administración (Lynch,

¹¹⁹ El catedrático Antonio Miguel Bernal considera la incapacidad de transformar el dominio sobre los territorios americanos en rendimientos prácticos para la integración estatal o el poderío económico como uno de los grandes errores históricos de las administraciones españolas: “El imperio colonial pudo haber sido dinamizador decisivo en la integración de España. No fue así; pero sucedió, en cambio, con posterioridad en otros estados nacionales con imperios coloniales. La integración de los distintos componentes peninsulares de la monarquía española, a partir del núcleo original de las dos coronas, no acaba por cuajar –ni aun en la centuria siguiente– ni tampoco fue posible –como hemos pretendido explicar– por las circunstancias y características con que se establecieron las relaciones de subordinación, al servicio de la hegemonía europea, entre la metrópoli castellana y sus colonias de las Indias.” (Bernal, 2007: 551-552). De la misma opinión es Pierre Vilar: “En la constitución de la España moderna (en particular en la conquista colonial que emprenderá), lo que dominará los hábitos de vida y las fórmulas del pensamiento será aún la herencia de la prolongada lucha medieval, *la concepción territorial y religiosa de la expansión, más que la ambición comercial y económica*. A este mantenimiento del espíritu castellano –tan profundamente opuesto a los fenómenos nacientes del capitalismo–, deberá el poderío español, en su apogeo, su originalidad, su grandeza y seguramente también algunas de sus flaquezas.” (Vilar, 2009: 56).

1992: 86). El conde-duque de Olivares intenta, en el plano estrictamente político, un estrechamiento de la unión hispano-portuguesa a través de dos vías: la colocación en Portugal de un virrey de su confianza y la intensificación de la política de enlaces dinásticos, recurso clásico en los juegos de poder de la época medieval (Pérez-Prendes, 1998: 116). Los planes del conde-duque pretenden transformar una monarquía cuasi-confederal en una España unificada (Pérez, 2011c: 297-298, 301-305). La política del valido español respecto a Portugal no tiene éxito y desde 1637, con las revueltas de Évora, se acrecientan en aquel reino las protestas sociales, que sin embargo no cuentan con un seguimiento unitario, como afirma Pérez-Prendes: “al lado de una línea de rechazo a la unión con España, notablemente fomentada desde instancias eclesiásticas y nobiliarias, existió también en el ambiente lusitano una corriente españolista importante en los mismos ámbitos” (Pérez-Prendes, 1998: 117). El sentimiento patriota de una gran parte de las clases populares no era plenamente correspondido por las élites cortesanas, cuya cultura era de carácter mixto, castellano-portugués^{120 121}. Por otra parte, la necesidad que tenía Portugal por encontrar un aliado sólido le hace someterse a los intereses económicos de Inglaterra a cambio de ayuda militar (Ribeiro da Silva, 1998: 123).

Así, dando por válido este punto de vista, ni el éxito relativo de las revueltas de 1637 ni el más definido de la revolución de 1640 se pueden explicar desde una perspectiva estrictamente nacionalista portuguesa¹²², si bien es innegable que existió un sentimiento de carácter colectivo en amplios sectores –sobre todo entre las masas populares– de un reino que no solo no se debilitó durante la dominación de los Felipes, sino que incluso llegó a adquirir fuerzas renovadas que le permitieron afrontar con éxito la revuelta contra

¹²⁰ David Birmingham insiste en una idea ya apuntada anteriormente: “It was not any sentiment of cultural nationalism in high society which led Portugal towards the revolt of the nobility. It was the economic crisis of the seventeenth century which undermined their acceptance of the Spanish union”. Ver Birmingham (2003: 36). [“No fue ningún sentimiento de nacionalismo cultural en la alta sociedad lo que llevó a Portugal hacia la revuelta de la nobleza. Fue la crisis económica del siglo XVII la que quebrantó su aceptación de la unión con España”. Traducción propia].

¹²¹ Conviene no caer en vagas generalizaciones a la hora de hablar de los sentimientos identitarios de una sociedad dada. En el Seiscientos luso, como afirman Ana Cristina Nogueira da Silva y António Manuel Hespanha, los portugueses no se ven a sí mismos exclusivamente como parte de una comunidad cuya base identitaria es un origen común (el reino, el entorno natural, el lugar de nacimiento). Si bien este sentimiento existía, es imprescindible recordar “que eram também (e sobretudo) católicos, que eram (muito menos) europeus, que eram hispânicos; que eram, depois, minhotos ou beirões; vassalos do rei ou de um senhor; eclesiásticos, nobres ou plebeus; homens ou mulheres”. Ver Hespanha (1994: 19).

¹²² Incluso un historiador como Joaquim Veríssimo Serrão, que insiste en olvidar la expresión “dinastía filipina” y promueve el uso del sintagma “gobierno de los reyes españoles” para denominar el periodo 1580-1640, recalca que la visión de la historiografía romántica del siglo XIX deformó la realidad al hablar de los “mitos da «longa noite», da «submissão» e do «cativoiro», expressões que não têm adequação política e jurídica a realidade do Portugal filipino”. Ver Serrão (1979: 12).

la corona de los Austrias (Serrão, 1979: 142-143). Los levantamientos de 1637 en el Alentejo y el Algarve, así como en ciudades de la importancia de Setúbal, Santarém, Abrantes, Oporto y Viana do Castelo (Saraiva, 1989: 238-239), esbozan las condiciones de la revuelta de 1640. El cambio de orientación en la política de los gobiernos de Madrid, tendentes ya de manera clara a la creación de un Estado unitario (Saraiva, 1989: 240), define el contexto histórico en el que se inscribe la demanda de ayuda por parte del rey a los nobles portugueses para terminar con la revuelta de los segadores en Cataluña, que había estallado en junio de 1640 tras varios años de tensión creciente entre los representantes políticos del principado y el conde-duque de Olivares¹²³.

La orden de prestar ayuda contra los catalanes es la chispa que enciende la mecha de la revolución en Portugal, cuyos dirigentes –nobles y burgueses– se cuidaron de promover la implicación de las clases populares hasta que se confirmó el éxito de la revuelta el 1 de diciembre de 1640 (Saraiva, 1989: 241-242) (Birmingham, 2003: 36). Junto a los conflictos internos, los gobiernos de Felipe IV también se vieron obligados a mantener abiertos frentes de guerra contra la Europa protestante y contra la católica Francia, inmiscuida entre otras cosas en los asuntos de Cataluña. La Guerra de los Treinta Años tiene un triste final para la monarquía hispánica, que por el tratado de Westfalia pierde las Provincias Unidas, germen de los actuales Países Bajos. La crisis catalana se resolvería finalmente en 1652 con el reconocimiento de Felipe IV como rey, tras haber sufrido Cataluña el gobierno de Luis XIII de Francia, tan negativo para los intereses de aquel territorio, si no peor, que la administración Habsburgo (Pérez, 2011c: 306).

La larga duración de la Guerra de la Restauración portuguesa, que se alarga desde el triunfo de la revolución hasta la firma del tratado de Lisboa a primeros de 1668, parece confirmar la teoría del equilibrio de poderes a favor y en contra de la separación de Portugal, incluyendo la propia indecisión del duque de Braganza por liderar la rebelión (Saraiva, 1989: 242) (Pérez-Prendes, 1998: 117) (Birmingham, 2003: 35). En la óptica de Pérez-Prendes (1998: 118), el tratado anglo-portugués de 1661 sería decisivo a la hora de

¹²³ La crisis de 1640 encuentra las dos caras de su moneda, como es sabido, en los extremos oeste y noreste peninsular. Portugal y Cataluña plantean un doble dilema a la monarquía que no podrá aguantar unida mucho más tiempo: “Portugal se sublevó. Y Cataluña se ofreció a Francia. Con este doble incidente, el año 1640 evidencia uno de los defectos de construcción del edificio español. La unidad orgánica entre las provincias no podrá obtenerse, cuando ya la decadencia siembra los gérmenes del descontento. El recuerdo de las gloriosas independencias medievales renacerá periódicamente.” (Vilar, 2009: 62).

decantar el conflicto. El nuevo rey de Portugal, João IV, no llegaría a ver el final de la guerra, siendo sucedido a su muerte en 1656 por la reina viuda, Luisa de Gusmão, quien gobierna el país en calidad de regente hasta 1662. En esa fecha, el conde de Castelo Melhor se hace con el gobierno efectivo como valido del nuevo rey, Afonso VI. La habilidad gubernativa del conde, su ardor guerrero y el pacto militar con Francia (1667) no calman, sin embargo, las ansias de paz de los nobles, deseosos de poner fin al conflicto con España. Es por ello que una intriga palaciega, conocida como la “cábala francesa”, termina con la destitución del valido, la renuncia de Afonso VI al trono y la nulidad de su matrimonio. Don Pedro, hermano del rey caído en desgracia, casa con su hasta entonces cuñada y gobierna como regente hasta la muerte de Afonso VI tres lustros más tarde. Es en el año de 1668, meses después del nombramiento como regente de Pedro II de Portugal, cuando se firma la paz definitiva entre España y Portugal, con lo que culmina la Restauración de la independencia política lusa. No se podría afirmar lo mismo en cuanto a lo económico, por entonces controlado absolutamente por Inglaterra, coyuntura que abre un larguísimo periodo de dominio inglés sobre Portugal (Ribeiro da Silva, 1998: 136-138).

Pedro II ostenta el poder por casi cuatro décadas (1668-1706), durante las cuales no se dieron en Portugal apenas progresos en el aspecto económico. El profesor David Birmingham estudia los tres caminos que Pedro II trató de recorrer para sacar al país del empobrecimiento generalizado en el que se encontraba: el primero, el más difícil y costoso, fue el de una relativa industrialización, a través de la cual se pretendió establecer en Portugal un sector manufacturero para impulsar la producción textil; en segundo lugar, se promovió la emigración –la exportación de conocimientos y habilidades– con la idea de recibir a cambio, en el futuro, un rendimiento económico; por último, se optó por vigorizar el comercio del vino. De una u otra manera, los dos primeros proyectos no dieron resultado y la economía portuguesa siguió dependiendo en gran parte de su exportación estrella (Birmingham, 2003: 55-62). Antes, durante la unión dinástica filipina, el imperio oriental de Portugal se había resentido por los ataques ingleses y holandeses contra sus puestos comerciales, convertidos en objetivos militares al extenderse la actividad de los enemigos de la monarquía hispánica contra posesiones lusas (Serrão, 1979: 153-157).

3.6. Extinción de los Habsburgo españoles y Guerra de Sucesión

La independencia de Portugal es reconocida por una monarquía hispánica cuya coyuntura es terrible: amputación territorial tras la pérdida del Rosellón y del propio reino de Portugal, conflicto bélico continuado con Francia, caos hacendístico e inflación galopante. Los reinos diferentes al castellano, sin embargo, vivieron durante el dominio de Carlos II (1665-1700) un periodo favorable en cuanto al desarrollo de las instituciones tradicionales de cada territorio, época conocida como neoforalismo (Pérez, 2011c: 312-313). Durante los diez primeros años del reinado de Carlos II el poder efectivo estuvo en manos de su madre, Mariana de Austria, quien ejerció como regente. Sobre la corte sobrevolaba la sombra de Juan José de Austria, hijo bastardo pero reconocido de Felipe IV, y por tanto hermanastro del rey. Las presiones de don Juan José, apoyado por la nobleza y por el pueblo madrileño, fueron decisivas para la caída en desgracia del jesuita Juan Everardo Nithard, primero, y de Fernando de Valenzuela, después, que habían sido los hombres de confianza de la reina para el ejercicio del gobierno (Pérez, 2011c: 314). La influencia de la reina madre en los destinos del país disminuye tras el enlace de Carlos II con María Luisa de Orleans en 1679. Sin embargo, ni esta princesa francesa ni Mariana de Neoburgo, segunda esposa del rey (1690), dan descendencia al que sería último rey Habsburgo de la monarquía hispánica.

En Portugal, la monarquía restaurada sigue un camino de alguna manera diferente al de la Europa absolutista, ya que se regresa al modelo tradicional, una monarquía “nobiliaria”, en la que el rey procedía de la nobleza y era prácticamente considerado un *primus inter pares* (Saraiva, 1989: 264-265). El recuerdo de la ejecución de Carlos I de Inglaterra en 1649 tampoco incitaba al monarca a desobedecer a las Cortes, que en Portugal se siguieron convocando hasta 1698. A partir de esa fecha, de todos modos, tampoco se puede considerar al sistema político portugués como puramente absolutista, ya que tanto la nobleza como el clero —especialmente la Inquisición— mantuvieron un poder que limitaba la capacidad del monarca (Saraiva, 1989: 266). Tanto Pedro II como João V, este último ya en el siglo XVIII, tendrán dificultades para imponer su voluntad a los dos estamentos tradicionales. Mientras, la salud de Carlos II de Habsburgo empeora durante los últimos años de su reinado, marcados en lo político por el expansionismo de Luis XIV y por la alianza obligada de la monarquía católica con Holanda e Inglaterra para contrarrestar el avance de Francia. Las cancillerías europeas, ante la previsión de un trono vacío en España, se preparan para sentar en él a sus candidatos. Carlos II estipula

finalmente en su testamento que sería Felipe de Borbón, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, el encargado de sucederle. Se cierra así la dinastía austriaca y comienza una nueva etapa, en la que ya se podrá hablar realmente de España como entidad política unificada en un sentido moderno¹²⁴.

Excepción hecha de Leopoldo I de Habsburgo, quien reclamaba la corona española para su hijo el archiduque Carlos, el testamento de Carlos II es en un primer momento aceptado por todos los grandes monarcas de Europa. Sin embargo, ciertas acciones de Luis XIV provocan la sospecha de que el Rey Sol estuviera preparando la unión de Francia y España en una sola corona (Pérez, 2011d: 317). La desconfianza suscitada en las Provincias Unidas e Inglaterra hace que ambos países pasen a apoyar las demandas del Emperador. En junio de 1702, una alianza formada por las Provincias Unidas, Inglaterra y el Sacro Imperio –a la que se uniría Portugal un año más tarde– declaran la guerra a Francia y España.

Así, la cuestión sucesoria española desemboca en una doble vertiente: en el plano internacional, guerra por la hegemonía europea; en el plano español, guerra civil entre los defensores de los respectivos pretendientes. Aragón, Cataluña y Valencia se aliaron con el archiduque, estimando que los Habsburgo respetarían los fueros de todos los reinos de España, incluyendo los castellanos (Pérez, 2011d: 319). Portugal, por su parte, comenzó apoyando al candidato francés, para cambiarse más tarde a la alianza austracista. La coyuntura de Portugal impidió al rey tomar una posición neutral, ya que las condiciones del conflicto le obligaban a tener en cuenta posibles derivaciones geoestratégicas que podían extenderse hasta la costa brasileña (Serrão, 1980b: 222). En este contexto se firma en diciembre de 1703 el tratado de Methuen entre Inglaterra y Portugal, por el cual a los textiles ingleses se les permitía la entrada en Portugal libres de impuestos, a cambio de que los vinos portugueses disfrutaran de ciertos privilegios a su entrada en territorio inglés (Birmingham, 2003: 64). Las consecuencias de este tratado se dejarán sentir largo tiempo en la economía portuguesa, obstaculizando el desarrollo de una industria fuerte y provocando que las ganancias del comercio internacional de vino y productos textiles quedaran en manos de agentes extranjeros (Saraiva, 1989: 278).

¹²⁴ Para Joseph Pérez, “a todos los niveles se observa una mayor homogeneidad y hasta el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional, sentimiento perfectamente compatible con un fuerte patriotismo regional”. Ver Pérez (2011d: 317).

La guerra, que se desarrolla mayormente en el centro de Europa, termina con la firma del tratado de Utrecht en abril de 1713. El duque de Anjou es reconocido como rey de España por ingleses y holandeses. España, sin embargo, sale perdiendo al ceder Gibraltar y Menorca a la corona inglesa, además de perder el monopolio comercial con América. También cedería al Sacro Imperio el resto de los Países Bajos que aún conservaba, el Milanesado, Nápoles y Cerdeña. Portugal, por su parte, recibe compensaciones ampliando sus posesiones en Brasil. En cuanto a la situación en el interior peninsular, en Cataluña se prolonga la resistencia contra el nuevo rey más allá de la firma del tratado de Utrecht. La victoria definitiva del ejército borbónico tiene lugar el 15 de septiembre de 1714, con la capitulación de Barcelona¹²⁵.

3.7. Evolución socioeconómica de España y Portugal durante el siglo XVIII

A finales del siglo XVII se había registrado en España una destacable mudanza en la distribución demográfica, cuyo peso se había desplazado del centro a la periferia peninsular. Castilla estaba agotada en todos los sentidos, y el descenso de su población convierte a sus ciudades, exceptuando la corte, en centros de poca importancia económica. Por el contrario, los litorales cantábrico, mediterráneo y atlántico experimentan un crecimiento demográfico que se traduce en crecimiento económico (Pérez, 2011d: 320). Pese a este desarrollo, la estructura social del país seguía respondiendo a un modelo cuasi-feudal: primacía de nobleza y clero frente a la minoritaria burguesía; por otro lado, el pueblo llano lo conformaba una mayoría abrumadora de personas ligadas a la actividad agraria, cuyas condiciones de vida variaban mucho entre las diferentes regiones. A grandes rasgos, en la mitad sur del país predominaban los jornaleros y campesinos sin tierras, mientras que en la mitad norte existía una mayoría de pequeños y medianos propietarios o arrendatarios. En Portugal, que también vivía un considerable atraso respecto al resto de Estados europeos en cuanto al desarrollo de un sistema capitalista, desde algunos sectores se intenta poner en marcha reformas orientadas a promover el mercantilismo y al establecimiento de cierta industria, proyectos que serían efímeros e inefectivos (Saraiva, 1989: 277).

¹²⁵ La compleja situación provocada por la Guerra de Sucesión Española puede ser estudiada en profundidad en Kamen (1974), León Sanz (1989), Sanz Ayán (1997), de Diego García (2007), González Cruz (2009) o García García (2013).

En cuanto a la organización política del Estado español, el Setecientos está marcado por la puesta en marcha de los decretos llamados de Nueva Planta, que anulan los fueros de los diferentes territorios de la corona de Aragón. Este hecho no debe ser observado de manera simplista como una imposición centralizadora, sino más bien como un castigo contra aquellos territorios que no habían apoyado al nuevo rey en la Guerra de Sucesión. Así lo interpreta Joseph Pérez, quien recuerda que Felipe V mantuvo vigentes los fueros de Vascongadas y Navarra (Pérez, 2011d: 326). En los inicios del siglo XVIII, España no es la única monarquía que emprende procesos de homogeneización legal – piénsese en la creación del Reino Unido de la Gran Bretaña en 1707–, ni en Europa existe un absolutismo pleno (Cepeda Gómez, 1998: 144). No obstante esto, es cierto que la tendencia general de Felipe V durante su reinado (1700-1746)¹²⁶ gira hacia la aplicación de un gobierno de carácter absolutista, donde el Consejo de Castilla ganó amplísimas prerrogativas sobre las Cortes, abolidas de hecho aunque no de derecho (Pérez, 2011d: 327).

En política exterior, España logra recuperar cierto ascendente en Europa empleando una estrategia distinta a lo acostumbrado bajo la dinastía Habsburgo. Contrariamente a lo que se suele creer, Felipe V no obedece únicamente a las directrices de Francia, primera potencia del siglo, sino que sigue una línea en cierto modo independiente, orientada a defender sus intereses en América y en el Mediterráneo, una vez olvidadas las pesadas obligaciones de las campañas militares europeas (Pérez, 2011d: 329-331). La decadencia española, tan vívida a mediados del XVII, había dado paso a un periodo de recuperación cuyas bases habían sido sentadas en el último periodo de los Austrias. La realidad del país en el cambio de siglo no era, evidentemente, la de una potencia de primer orden, pero la influencia de España se mantiene en Europa gracias a la liberación de sus antiguas obligaciones imperiales y a los recursos que proporcionaban los territorios americanos (Cepeda Gómez, 1998: 143).

En Portugal, João V reina durante más de cuatro décadas (1706-1750), intervalo temporal prácticamente paralelo al de su homólogo español. La llegada del oro brasileño no supone más que un pequeño alivio para las castigadas arcas portuguesas (Saraiva,

¹²⁶ Luis I de Borbón reina durante poco más de siete meses, entre enero y agosto de 1724.

1989: 277), ya que ni el Estado recauda una cantidad significativa —únicamente el veinte por ciento—, ni existe una cultura capitalista que sea capaz de multiplicar el valor de esa riqueza, ni mucho menos se da una política redistributiva que fortalezca la cohesión social y permita la mejora en las condiciones de vida de las clases más humildes. La mayoría de las industrias que se instalan en Portugal durante los años de abundancia del oro brasileño corren a cargo de extranjeros (Saraiva, 1989: 283-285). Pese a ello, o precisamente a causa de ello, existe en Portugal a principios del XVIII un florecimiento arquitectónico que solo encuentra comparación en el periodo manuelino, vivido doscientos años antes. Durante el reinado de João V, la influencia extranjera en Portugal también se deja notar en los ámbitos de la ciencia y la cultura, desde los que una pequeña élite promueve una modernización del país en la línea de la Ilustración europea. Al mismo tiempo, las clases populares solo pueden llegar a preocuparse de la subsistencia (Birmingham, 2003: 67).

Esta coyuntura prepara el terreno para las reformas que se llevarían a cabo bajo el gobierno del marqués de Pombal (1750-1777), primer ministro del rey José I. Se trata de un periodo cuya esencia resume muy bien José Hermano Saraiva: “La filosofía política que sirvió de soporte a aquella operación fue la del absolutismo, pero la energía que la desencadenó fue la personalidad de Pombal” (Saraiva, 1989: 267). La influencia de Pombal en los asuntos del país fue total: tras el terremoto de Lisboa, que destruyó la ciudad en 1755, intervino personalmente en el diseño de la reconstrucción; durante los años siguientes al terremoto limpió el país de posibles opositores mediante una violenta represión, expulsó a la Compañía de Jesús y remodeló las instituciones de enseñanza, entre otras medidas (Saraiva, 1989: 290-305). Pese a la audacia y a las innovaciones de Pombal, Portugal siguió siendo en términos generales un país con un estado de subdesarrollo severo, ya que las reformas solo representaron un beneficio para la baja aristocracia y la clase media urbana (Birmingham, 2003: 93). Después de la salida de Pombal del gobierno, con la muerte de su protector José I, regresan los límites al poder real, impuestos por la acción de nobleza y clero.

La sucesora de José I será su hija María, bajo cuyo reinado (de manera efectiva entre 1777 y 1792, cuando su hijo João asume la regencia) Portugal vive un periodo de estabilidad política —al menos hasta la invasión francesa— y relativo crecimiento económico, motivado en parte por un efecto retardado de las reformas pombalinas y en parte por la situación internacional: la Guerra de Independencia de los Estados Unidos

provoca un vuelco en la balanza comercial de Portugal con Inglaterra, que sería positiva para el país ibérico por primera vez en la historia (Saraiva, 1989: 308). También descuellan, en el Setecientos portugués, Brasil como “lugar de primera importancia en la manera de ser y de estar de Portugal en el mundo”, como asevera Ribeiro da Silva (1998: 130). Más allá de cuestiones sentimentales¹²⁷, sin el apoyo económico que supuso la explotación del territorio brasileño, el mantenimiento de la independencia en los momentos inmediatamente posteriores al fin de la guerra hubiera sido mucho más complicado para Portugal.

En España, el reinado de Fernando VI (1746-1759) se caracteriza por un tímido reformismo en el interior, el establecimiento de la paz con los vecinos europeos y una voluntad de consolidación del comercio con las colonias americanas. Los proyectos de ministros como el marqués de la Ensenada suponen una introducción de lo que sería la Ilustración española, encarnada durante el reinado de Carlos III (1759-1788) por nombres como el conde de Aranda, el conde de Campomanes y el conde de Floridablanca. En Portugal, un importante número de científicos y hombres de letras que habían vivido en diferentes partes de Europa y tomado contacto con las ideas ilustradas, regresan al país y se convierten en consejeros del gobierno en lo relativo a diplomacia o educación. Serían conocidos, no sin desprecio, como los “*estrangeirados*” (Oliveira Marques, 1984: 324-326).

Carlos III de Borbón sube al trono español a los cuarenta y seis años de edad y con una larga experiencia gubernativa a sus espaldas, acumulada durante veinticinco años de reinado en las Dos Sicilias. Los primeros pasos del nuevo rey estuvieron encaminados hacia la adaptación de la realidad española a las nuevas corrientes de pensamiento dominantes en Europa. Sin embargo, como se sabe, este proceso no fue rápido ni traumático, sino que vino precedido de un sufrido esfuerzo didáctico por parte de los ministros del rey, que mantuvieron las instituciones del llamado Antiguo Régimen al tiempo que intentaban introducir en ellas innovaciones y reformas (Pérez, 2011d: 333-344). En política exterior, Carlos III estimó necesario tomar de nuevo iniciativas militares, en este caso en alianza con Francia ante una Inglaterra cada vez más poderosa. Tras una serie de conflictos militares, España recupera Menorca y la Florida, en América del Norte.

¹²⁷ Joaquim Veríssimo Serrão coincide en afirmar que en el siglo XVIII se percibían y se sentían en Portugal las posesiones ultramarinas como “*uma unidade do corpo nacional*”. Ver Serrão (1980b: 275).

Respecto al resto de posesiones americanas, se empiezan a ver cada vez más como colonias en un sentido moderno del término, es decir, territorios cuya misión era el abastecimiento, el fortalecimiento y el aumento de la riqueza de la metrópoli (Pérez, 2011d: 345-357). Mientras, las relaciones entre Portugal y España a lo largo del siglo XVIII se habían estabilizado y gozaban de buena salud, llegándose incluso a celebrar algunos enlaces reales que recordaban a los tiempos de las políticas de acercamiento dinástico (Serrão, 1980b: 253-256).

3.8. La Guerra Peninsular

Carlos IV sube al trono español en diciembre de 1788, meses antes del estallido de la Revolución Francesa. Los acontecimientos de París provocan un primer frenazo en las reformas ilustradas, que se paralizan completamente a partir de 1792, cuando la intranquilidad por la suerte de Luis XVI se ha convertido ya en pavor ante lo que pudiera suceder en suelo español. Como apunta Joseph Pérez, “los reformistas españoles permanecían alejados de los filósofos franceses. [...] Desde el punto de vista social, la burguesía española era demasiado débil, demasiado dispersa y demasiado poco segura de sí misma para encabezar una oposición resuelta” (Pérez, 2011d: 361). Con esta perspectiva, y tras varios cambios en la jefatura del gobierno, Carlos IV recurre al joven Manuel Godoy con el objetivo de negociar para salvar la vida al rey de Francia, a cambio del reconocimiento español de la nueva república en el país vecino. Sin embargo, los revolucionarios franceses tenían otros planes. La ejecución de Luis XVI parece hacer inevitable la guerra, que efectivamente estalla a principios de 1793 y se desarrolla alrededor de la frontera pirenaica hasta que el tratado de Basilea le pone fin. En este conflicto participó del lado español un cuerpo del ejército portugués (Saraiva, 1989: 311), cuyo gobierno estaba ya en manos de João VI, encargado de la regencia de un país sumido en una fuerte crisis económica (Reis Torgal y Roque, 1998: 269).

Tras el tratado de Basilea se abre un nuevo periodo de alianza franco-española, que desemboca en la guerra de ambos países contra Inglaterra. Las graves derrotas militares sufridas por España se traducen en un aumento del descontento social, dirigido principalmente contra la figura de Godoy. Carlos IV destituye a su valido, pero en realidad le sigue consultando todas sus decisiones (Pérez, 2011d: 363). La coyuntura internacional provoca una profunda división en la opinión pública portuguesa, cuyos

dirigentes tenían ante sí una decisión complicada: la guerra contra Francia suponía el peligro de pérdida de la independencia a causa de una invasión española, mientras que la oposición a Inglaterra significaba el fin del bienestar económico y muy probablemente la pérdida del Brasil (Saraiva, 1989: 312). La propia corte estaba dividida entre los tradicionalistas, radicalmente antifranceses, y los defensores de las nuevas ideas, partidarios de la modernización del país. Finalmente se opta por una tercera vía, que era en realidad la de mayor provecho para la economía portuguesa: negociar la paz hasta donde fuera posible para mantener vivo el comercio (Saraiva, 1989: 312-313). Los planes de Napoleón pasaban por la invasión de Portugal, cuya no beligerancia no significó que cerrara sus puertos a los barcos ingleses. La brevísima Guerra de las Naranjas, en 1801, por la que Portugal se ve obligado a ceder la localidad de Olivenza a España, precede a la batalla de Trafalgar, en octubre de 1805, donde la flota combinada franco-española es aniquilada por la armada inglesa, dirigida por el almirante Nelson.

A partir de ese momento se precipitan los acontecimientos: la humillación de Trafalgar no supone más que un mero contratiempo para Napoleón, que sigue adelante con su idea del bloqueo continental y urde un plan según el cual Godoy sería coronado rey de los Algarves, mientras el resto del territorio portugués sería dividido y administrado en parte por Francia (Pérez, 2011d: 363) (Saraiva, 1989: 313). El tratado de Fontainebleau, firmado en octubre de 1807, abre la puerta de la península Ibérica al ejército napoleónico, cuyo teórico plan era la invasión de Portugal. A finales de noviembre, el ejército francés comandado por el general Junot impone su ley en Lisboa e iza la bandera tricolor en el Castillo de San Jorge (Vicente, 1998: 166) (Saraiva, 1989: 316). En previsión de una rápida claudicación de su ejército, la familia real portuguesa se había embarcado ya en dirección a Rio de Janeiro, decisión no exenta de polémica y acusaciones de cobardía por parte de cierta élite intelectual (Reis Torgal y Roque, 1998: 28). Portugal cae bajo dominio francés, pero una serie de maniobras sospechosas del ejército napoleónico hacen pensar a Godoy que la verdadera intención del emperador de los franceses era la invasión completa de la península Ibérica (Pérez, 2011d: 364). Es entonces cuando el valido aconseja a Carlos IV su marcha a Sevilla, desde donde podría huir a América en caso de un empeoramiento de la situación.

Sin embargo, la caravana real española es interrumpida a su paso por Aranjuez, donde una coalición de partidarios del príncipe Fernando, opuestos al poder casi absoluto

de Godoy y apoyados por las clases populares, obliga al rey a abdicar en su hijo, el 19 de marzo de 1808. Esta conspiración se venía preparando largo tiempo y había estado precedida de otra intentona, llevada a cabo en El Escorial por las mismas fechas en que se firmaba el tratado de Fontainebleau (Pérez, 2011d: 364). Pese al aparente éxito de la intriga, Napoleón entra en escena para jugar sus bazas: tras entrevistarse en Bayona con Carlos IV y Fernando VII, los obliga a una abdicación conjunta e impone a su hermano, José Bonaparte, como rey de España.

La rebelión antifrancesa estalla en Madrid el 2 de mayo y el 6 de junio en Oporto. A los levantamientos populares les sigue la guerra: el ejército francés reacciona y envía nuevos contingentes a la península Ibérica, pero la resistencia popular y las acciones del ejército anglo-luso-español terminarán por decantar el conflicto favorablemente, después de seis años de combates, a los países ibéricos¹²⁸.

3.9. Crisis y desaparición del Antiguo Régimen en la península Ibérica

El proceso histórico en el que se inscribe la crisis y desaparición del Antiguo Régimen en territorio peninsular tiene características generales compartidas con el resto de países de Europa occidental (Birmingham, 2003: 107). Los regímenes absolutistas comienzan a zozobrar tras el estallido revolucionario de 1789 y han desaparecido casi por completo al iniciarse la década de 1830. Dentro del contexto ibérico también se observan importantes puntos de coincidencia, siendo el primero y más dramático el relativo a la invasión francesa y la consiguiente guerra. España y Portugal viven entre 1807 y 1814 cierta paradoja por la cual luchan contra la invasión de Francia ensalzando en algunos casos las ideas que los propios franceses decían representar. En segundo lugar, el vacío de poder generado en la península Ibérica –sobre todo en España– por la situación de conflicto militar y la influencia de las mismas ideas revolucionarias sobre la libertad individual y la soberanía nacional preparan el terreno para las independencias de las

¹²⁸ La bibliografía disponible sobre la guerra contra Francia (Guerra de la Independencia en la historiografía española, Guerra Peninsular en la historiografía portuguesa) vivió un boom durante los años transcurridos en torno a la conmemoración del segundo centenario de la contienda. Entre las obras más destacadas desde el punto de vista español se encuentran las de Díaz-Plaja (1996), Martínez Ruiz (2007), García Cárcel (2007), Aymes (2009), Guerra (2009), Artola (2010), Rújula y Canal (2011) y Pérez Garzón (2012). La obra de consulta de mayor vigencia, sin embargo, sigue siendo Maniquis, Martí y Pérez (1989).

repúblicas americanas, que van a sucederse con éxito progresivamente a lo largo de las primeras décadas del siglo¹²⁹.

En Portugal¹³⁰, la regencia del general Beresford se extiende desde el final de la guerra hasta 1820, derivando en un protectorado de tendencia autoritaria (Vicente, 1998: 169), lo que finalmente provoca la revolución liberal de Oporto en agosto de aquel año. La llamada “aurora da liberdade” abre un proceso de cambio político en Portugal cuyas consecuencias se dejarán sentir hasta bien entrado el siglo XX (Reis Torgal y Roque, 1998: 51). En España, el regreso de Fernando VII supone la restauración del absolutismo y la abolición de la constitución liberal de 1812. Una serie de crisis relacionadas con el envío de militares a América termina por allanar el camino para el levantamiento del coronel Riego, que restituye la constitución el 1 de enero de 1820, entre la indiferencia del pueblo (Juliá, 2011a: 378). Así pues, entre 1820 y 1823 estarán vigentes en la península Ibérica sistemas de gobierno de nuevo cuño. Es en estas fechas cuando empiezan a surgir los planes de unión ibérica que se extenderán y desarrollarán a lo largo del siglo. Ya en la época de las Cortes de Cádiz, la infanta Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y esposa de Juan VI de Portugal, había expresado su deseo de ser nombrada regente, situación que hubiera conformado una unión dinástica de hecho entre los dos reinos. Sin embargo, sus veleidades absolutistas provocaron el rechazo de los legisladores gaditanos. Más adelante, en los exilios liberales de Inglaterra y Francia se concibieron planes de unión ibérica, de orientación tanto republicana como monárquica, que tuvieron un alcance muy reducido (López-Cordón, 1975: 173-178).

El proceso de cambio de un régimen absolutista a uno liberal no es inmediato, ya que la alteración de las estructuras jurídicas no puede darse con la misma efectividad y rapidez que los cambios políticos repentinos derivados de movimientos revolucionarios (Reis Torgal y Roque, 1998: 141). El trienio liberal en la península Ibérica se cierra con la entrada del ejército extranjero de la Santa Alianza, que restaura la monarquía absoluta

¹²⁹ Los procesos de independencia de las colonias americanas cuentan con una bibliografía abundantísima; se citan aquí algunas obras recientes particularmente destacadas: Navarro Azcue, Amadori y Luque Talaván (2010), Córdula Almeida (2011), Maltby (2011), Chust y Frasquet (2012). Además, son de referencia muchas de las obras citadas en una nota anterior (número 10).

¹³⁰ Dos acercamientos imprescindibles a la historia del Ochocientos portugués se encuentran en las obras de Matos (1998) y Bonifácio (2002), mientras que también son provechosas la aproximación a la historia de las relaciones entre Portugal y España a nivel diplomático, disponible en Chato Gonzalo (2004) y la visión, más general que esta última, de las relaciones exteriores de España durante los siglos XIX y XX en Pereira (2003).

en España, una vez más, en la figura de Fernando VII. Este hecho condiciona de manera directa e indiscutible la evolución política de Portugal (Saraiva, 1989: 336), que volverá a ser gobernado por una administración absolutista.

El último rasgo en común que los dos países comparten durante este periodo de crisis y descomposición del Antiguo Régimen son las guerras civiles que se derivan de las crisis dinástico-ideológicas encarnadas por Carlos de Borbón, en España, y Miguel de Braganza, en Portugal, representantes del absolutismo. Las guerras civiles, tanto en España como en Portugal, se van a decantar del lado liberal, pero con unos años de diferencia que en lo sucesivo van a marcar un desequilibrio político entre los dos Estados a lo largo de todo el siglo XIX. En Portugal, el miguelismo es derrotado en 1834, mientras que la Guerra Carlista se alarga en España hasta agosto de 1839. Además de la permanencia en determinados territorios españoles de un importante sustrato carlista, que va a provocar en el país más conflictos a lo largo del siglo, la monarquía española mostrará una permanente alergia a la verdadera esencia del liberalismo: se buscó, sobre todo desde el moderantismo, la combinación de libertad con orden, mirando el espejo del liberalismo doctrinario francés, lo que finalmente se tradujo en más orden que libertad (Juliá, 2011b: 400-401). El sistema político portugués, por el contrario, pese a un comienzo inestable debido a las permanentes disputas entre setembristas y cartistas (Saraiva, 1989: 355-363) (Birmingham, 2003: 112), terminará funcionando de manera más sólida que el español y con un marcado apego a las reglas de juego del liberalismo, sobre todo desde el golpe militar de Saldanha en la primavera de 1851, que pondrá en marcha un sistema bipartidista y abre el periodo conocido como Regeneração (Reis Torgal y Roque, 1998: 101-107). La relativa estabilidad política lusa también se va a reflejar en el entorno internacional, con el que Portugal vivirá más en contacto —en parte debido a la perenne alianza con Inglaterra—, mientras que en España se darán momentos de marcado aislamiento.

En este breve recorrido histórico que acaba de ser trazado, con sus inevitables lagunas debido al espíritu de síntesis y contextualización que lo preside, se observa cierto número de puntos en común que jalonan la historia de los Estados ibéricos. En algunos momentos es ocioso intentar descifrar dónde empieza la historia de uno y termina la del otro porque se confunden. Junto a esta realidad se observan también indiscutibles particularidades que cada país ha experimentado en el transcurso de su historia, debidas

a circunstancias específicas que a veces por la coyuntura interior, en ocasiones debido a la situación internacional y en algún momento por una sucesión inesperada de eventos provocaron una evolución disímil. Estos condicionantes históricos enmarcan el desarrollo del iberismo en la prensa madrileña que, a partir de 1840 y como se verá a continuación, va a ser portavoz de toda clase de mensajes doctrinales favorables a un acercamiento y una eventual unión de Portugal y España.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 4. GÉNESIS Y PRIMER DESARROLLO DEL IBERISMO EN LA PRENSA DE MADRID

En el verano de 1840, España vive las postrimerías de la guerra carlista y de la regencia de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, que había dirigido los destinos del país desde la muerte de su esposo, Fernando VII, con mayor o menor fortuna, pero desde luego con un talante dudosamente liberal. En el horizonte se alza la figura de Baldomero Espartero, en la cima de su prestigio militar tras el abrazo de Vergara y el fin de la guerra en el norte, como personaje clave en el futuro gobierno de España. Esta posibilidad se confirmaría como realidad tras la revolución de septiembre de 1840, motivada por la ruptura entre moderados y progresistas a causa de la ley de ayuntamientos, puesta en marcha por los primeros para someter a los poderes locales desde el poder central. En poco menos de un mes, Espartero logra hacerse con el mando de la situación y abre una nueva etapa en la historia de España, el ministerio-regencia, que se alargará durante tres años y estará marcada por una fuerte división en el seno del progresismo y la consiguiente debilidad y sensación de interinidad del gobierno, además de la tensión económica derivada de las políticas librecambistas, que siembran la semilla del descontento en los cuadros industriales de la sociedad catalana (Juliá, 2011a: 398-399).

En este capítulo se van a repasar los textos relacionados con el iberismo aparecidos en la prensa de Madrid entre 1840 y 1853, es decir, durante el periodo histórico que abarca la regencia de Espartero y la llamada década moderada en España. Mientras, en territorio portugués se sucederán durante este periodo mayormente gobiernos conservadores, encabezados en dos etapas por António Bernardo da Costa Cabral (1842-1846 y 1849-1851), quien, junto con el duque de Saldanha, fue el político que más poder acumuló en aquel periodo. Esta etapa histórica está atravesada en Portugal por la guerra civil de 1846-1847, la Patuleia, que unirá a setembristas y miguelistas en contra de Costa Cabral y provocará la zozobra del trono de María II. En el primer epígrafe se analizan las publicaciones relativas a los proyectos de unión de España y Portugal defendidos por la prensa republicana y democrática, que comienza a despuntar precisamente en la década de los 40, así como las manifestaciones iberistas procedentes del romanticismo español en la pluma de José de Espronceda. El segundo epígrafe, más extenso, analiza los textos iberistas que se publicaron durante los diez años de gobiernos moderados. Se tratarán en primer lugar los preparativos de la boda de la reina Isabel II, cuando cierto sector de la

prensa política española se manifestó a favor de un enlace con un príncipe portugués. A continuación se observará la evolución de los mensajes periodísticos favorables a la unión ibérica procedentes del moderantismo y del conservadurismo, incluyendo textos de autores como Andrés Borrego o Jaime Balmes. Se analizarán asimismo los primeros proyectos de unión económica y comercial, en ocasiones relacionados también con aspiraciones de unión política, y se cerrará el capítulo con un repaso a las reacciones de los diarios ante la aparición del ensayo titulado *La Iberia*, firmado por el diplomático catalán Sinibaldo de Mas, que está considerado como un texto seminal de la doctrina iberista.

4.1. Despertar iberista durante la regencia de Espartero

El periodo que se abre con la entrada triunfal de Espartero en Madrid, en septiembre de 1840, y su marcha al exilio, en julio de 1843, está marcado desde la óptica iberista por la aparición de las primeras manifestaciones favorables a la idea desde el sector republicano, que empieza por esas fechas a hacerse un hueco en el espectro político español. También se observa cierta aproximación del romanticismo español a la idea ibérica en la figura de José de Espronceda. A continuación se exploran estos y otros textos iberistas publicados durante el ministerio-regencia del general Espartero.

4.1.1. Propuestas iberistas desde el republicanismo

Es en el contexto de cambio de principios de la década que se funda *El Huracán*, periódico de ideología republicana federal que se empieza a publicar en Madrid en junio de 1840 y que defenderá la unión de Portugal y España. Es heredero directo de *La Revolución*, diario de la misma tendencia cuya edición fue suspendida al poco tiempo de salir debido a las continuas trabas de la censura. *El Huracán* también se vería agobiado por las denuncias (Seoane, 1983: 185), y antes de su desaparición definitiva, en julio de 1843, circularía durante muchos meses como hoja volante (Trías y Elorza, 1975: 141). En todo caso, cuando *El Huracán* se viera abocado a su final ya tendría un digno heredero en *El Peninsular*, cabecera también simpatizante del iberismo y de la que se hablará más adelante. Patricio Olavarría, fundador de *El Huracán*, fue uno de los republicanos pioneros en el periodismo español, como corrobora una frase que se encuentra en este diario en el otoño de 1840: “Periódico republicano no se conoce hasta el día más que el

nuestro”¹³¹. El periódico es combativo con el gobierno y muestra una beligerancia activa y continuada contra las políticas de Espartero, llegando a defender la lucha armada del pueblo para hacer valer su soberanía (Seoane, 1983: 188). Además, no se limita únicamente a defender las tesis republicanas, sino que las plantea y expone como teoría política en tono didáctico.

En cuanto a su orientación iberista, se han conseguido recopilar más de diez artículos publicados entre 1840 y 1841 en los que se defiende la idea de unión política entre España y Portugal. La gran mayoría de estos textos figuran en la portada del periódico y en alguna ocasión se extienden durante más de un día, lo que da a entender dos cosas: primero, la importancia que *El Huracán* le otorga al proyecto ibérico; en segundo lugar, la relativa popularidad de la que gozaba esta ideología a principios de la década de 1840 en la incipiente esfera republicana. Como es lógico dada su orientación, *El Huracán* va a plantear la fusión de España y Portugal desde una perspectiva democratizante. Antes de profundizar en la cuestión ibérica, que *El Huracán* comienza a desarrollar a fines de 1840, el fiscal ya había denunciado algún número del periódico ante la censura, debido a una supuesta intención de “subvertir el trono de Portugal para unir aquel Estado a nuestra España”. De hecho, la autoridad consiguió una condena en firme de seis años de prisión para el editor, según se publicó en el propio periódico¹³².

El diario de Olavarría sale al paso de estas acusaciones argumentando que para *El Huracán* es imposible pensar en una unión ibérica lograda a través de la conquista, sino que la fusión únicamente sería posible si se lograra de mutuo acuerdo entre los ciudadanos de ambos países. Esta cabecera recoge también en su portada del 13 de noviembre las propuestas iberistas de dos periódicos andaluces –el sevillano *Diario de literatura y artes* y el cordobés *El Andalus*–, propuestas que en todo caso va a rechazar por tratarse de planteamientos monárquicos. Para *El Huracán*, la unión de Portugal y España por medio de la fusión de las dos coronas es irrealizable, ya que para ello habría que elegir necesariamente a una de las dos dinastías reinantes y su predominio sobre la otra daría lugar a políticas preferentes, bien hacia Portugal bien hacia España, que harían imposible una convivencia en igualdad. El periódico de Olavarría deja traslucir cierto paternalismo en su idea de lo que debería ser la unión:

¹³¹ *El Huracán*, 09-11-1840, p. 1, col. 1.

¹³² *El Huracán*, 13-11-1840, p. 1, col. 1.

“Los portugueses socialmente vegetan bajo la tutela de Inglaterra, [...] esperan de nosotros la libertad: hacia España tienden las manos suplicantes; porque en todas ocasiones de allí les ha venido aquel beneficio. No les abandonemos: póngase un ejército de observación en la frontera, pero sin miras hostiles hacia el pueblo.”¹³³

Se afirma el rechazo hacia los métodos violentos y las aspiraciones de conquista, al tiempo que se ofrece al público un pensamiento sumamente optimista, que da por hecho que el pueblo portugués mirará a España para encontrar solución a los problemas derivados de su situación sociopolítica.

La confianza que muestra *El Huracán* respecto a las posibilidades de éxito de un acercamiento hispano-portugués también se revela cuando leemos que la unión ibérica se realizará “muy en breve”¹³⁴. Como argumentación, el periódico republicano se remite al periodo que España acababa de vivir bajo una “democracia federativa de varios estados independientes”¹³⁵, refiriéndose a las semanas comprendidas entre la revolución que estalló el 1 de septiembre de 1840 en Madrid y la abdicación de María Cristina el 12 de octubre. Las Juntas, modelo de organización política tan arraigado en la historia y tradiciones españolas, son el ejemplo perfecto para hacer ver a la opinión pública que un sistema republicano federal podía funcionar en España sin dar lugar al desorden y la anarquía, y el mismo modelo organizaría también a la futura Iberia. Para dar más énfasis a lo expuesto, el diario destaca el hecho de que la organización y funcionamiento de las Juntas había surgido en cada localidad de manera espontánea y por completo improvisada, y no por ello se había registrado un aumento del crimen o de la miseria. El optimismo de *El Huracán* se vuelve a poner de manifiesto cuando escribe que los republicanos tienen la esperanza de mostrar a sus enemigos

“a España y Portugal unidas en una poderosa e indivisible confederación democrática, feliz en lo interior, en cuanto permite el estado actual de la civilización, y en camino de incesante progreso, respetada en lo exterior.”¹³⁶

Se maneja aquí de pasada un argumento que tendrá mucho peso en otras afirmaciones iberistas, el de la proyección exterior de la futura Iberia. España y Portugal, por separado

¹³³ *Ibíd.*

¹³⁴ *El Huracán*, 25-11-1840, p. 1, col. 2.

¹³⁵ *Ibíd.*

¹³⁶ *El Huracán*, 25-11-1840, p. 1, col. 1.

y en un estado de postración y dependencia respecto a otras potencias, no pueden aspirar a representar ningún papel importante en el escenario europeo. En cambio, si actuaran como un solo país, su jerarquía subiría varios peldaños e infundiría respeto en los países del entorno. Se observa también en este texto un primer intento de definición concreta de la organización política que desde el republicanismo federal se propondría para la futura Iberia: una “indivisible confederación democrática”.

Patricio Olavarría utiliza su periódico para difundir la ideología republicana de manera franca y directa. Además de utilizar un lenguaje provocador y belicoso contra sus adversarios, tiene la capacidad de acomodar cualquier tema –ya sea la cuestión de los fueros vasco-navarros, la organización territorial o la política exterior– para tratarlo en base a sus demandas. La cuestión ibérica no se queda a un lado y en un artículo del 26 de noviembre de 1840 *El Huracán* se dedica a desmontar algunos argumentos contrarios a la unión de Portugal y España para finalizar esgrimiendo una razón clásica dentro del iberismo, que por lo demás se acerca a ciertas doctrinas nacionalistas basadas en nociones objetivas: la geografía ha unido ambos países y ella debe ser la base en la que apoyarse para convertir a España y Portugal en “una democracia federativa, si ambos pueblos lo apetecen”¹³⁷. *El Huracán* enfoca la cuestión en un sentido defensivo frente a los intereses de Francia, amenaza perpetua para España –y por extensión para Portugal, como demostró Napoleón– durante todo el siglo.

Los planes referentes a la navegación de los ríos comunes, otro de los temas que serán clásicos del iberismo, también aparecen en las páginas de *El Huracán*, aunque en esta ocasión no sirven como reivindicación, sino como arma de ataque contra progresistas y moderados. Según el diario, los gobiernos de España y Portugal no pretenden con estas propuestas de navegación –del Duero, en este caso– un acercamiento progresivo de los países, sino simplemente el mero beneficio para sus negocios mientras mantienen a la población al margen de sus decisiones. Para *El Huracán*, la polémica respecto al funcionamiento de las aduanas fluviales responde directamente a esos conflictos de intereses y sirve a los gobernantes para “excitar rivalidades, celos y piques entre ambos pueblos”¹³⁸. Ambas monarquías sienten miedo ante la idea de Iberia,

¹³⁷ *El Huracán*, 26-11-1840, p. 1, col. 2.

¹³⁸ *El Huracán*, 12-12-1840, p. 1, col. 2.

“tienen la íntima convicción de que *este suceso los reduciría a la nulidad*, y no dudan en apelar a los medios más maquiavélicos para estorbarlo si es posible, o retardarlo al menos. [...] Se pretenderá sembrar odios eternos entre dos naciones a quienes su origen común, su posición, su clima y la entidad de hábitos, costumbres, lengua, religión y preocupaciones destinaron a una íntima y duradera unión.”¹³⁹

De esta manera, el periódico de Olavarría enfatiza la relación causa-efecto entre la hipotética proclamación de la confederación democrática ibérica y la consiguiente desaparición de la monarquía y de toda la estructura sociopolítica que esta llevaba a cuestas. Además de profetizar el fin de las monarquías peninsulares a la par que la llegada de la nueva Iberia, se insiste en el rechazo de la unión por conquista. La supremacía militar es, para *El Huracán*, “una injusticia, un absurdo y un imposible”, que solo serviría para que un príncipe español usurpara, llegado el caso, el trono portugués. Aquí se insiste en la necesidad de propagar la idea iberista en Portugal y especialmente en los círculos liberales, que tendrían que llevar a cabo la labor de extender dicho pensamiento y hacer que sobresaliera sobre las demás voluntades políticas del país. Se vuelve a manifestar, pues, cierto tono paternalista en cuanto a la participación de Portugal en la unión, que llegaría de alguna manera a instancias de la *intelligentsia* española. Incluso se afirma que la intervención militar sería deseable en caso de que los portugueses la solicitaran, pero nunca por iniciativa propia. El texto finaliza con una frase elocuente, enérgica, casi épica: “Unámonos en absoluta y perfecta igualdad, y unámonos para siempre, pues solo así podemos ser ricos, fuertes, independientes y respetados”¹⁴⁰.

La defensa del iberismo en Portugal está en cierta medida relacionada con el rechazo a la dependencia de Inglaterra más que con la voluntad de unirse a España. Así lo demuestra un artículo publicado en *El Huracán* el 6 de enero de 1841, en el que un “ilustre portugués”, de quien no se menciona el nombre, se queja con disgusto de la esclavitud a la que su país está sometido respecto del gobierno de Londres. Las deudas, el “despojo” de las colonias asiáticas, la colonización del propio territorio portugués por las exportaciones inglesas o la sumisión de los monarcas lusos a los dictados británicos son muestras de la postración de Portugal frente a Inglaterra. Esto lleva al autor a afirmar que

“es llegado el tiempo de la solución de la gran cuestión, de si Portugal ha de ser inglés o español. Inglés ya él lo es de hecho. [...] En la íntima convicción de que jamás será Portugal suyo de

¹³⁹ *Ibíd.* En cursiva en el original.

¹⁴⁰ *El Huracán*, 12-12-1840, p. 1, col. 3.

derecho, pero que al mismo tiempo es imposible evitar entonces el otro extremo que apunta más; esto es, de ser español, trata hoy [Inglaterra] de echar la manzana de la discordia entre Portugal y España para sacar su provecho.”¹⁴¹

El “ilustre portugués” parece asumir la ruina de su país y vislumbrar para él únicamente dos futuros posibles. La lectura del artículo revela un profundo resentimiento hacia las políticas que Inglaterra ha llevado a cabo respecto a Portugal y da a entender que se prefiere la opción española como la menos mala para el futuro del país.

Desde la óptica de *El Huracán*, España había perdido dos oportunidades clave para volver a ser una potencia mundial de primer orden, a saber: 1814 y 1820. El regreso de Fernando VII supuso no solo el retorno de un Borbón, sino el enterramiento de las esperanzas puestas en la Constitución de Cádiz. La intervención europea para derrocar a los liberales en la década siguiente terminó de hundir a España en el atraso político, social y económico para el resto del siglo. Sin embargo, según *El Huracán*, se vuelve a presentar una esperanza de futuro. La unión con Portugal mediante una república federal concedería a la futura Iberia una posición privilegiada frente al resto de naciones del mundo. El porvenir más provechoso solo llegaría bajo un régimen democrático. El diario madrileño expresa del siguiente modo ese pensamiento:

“La reunión de España y Portugal era al mismo tiempo lo único a lo que podíamos aspirar, [...] propusimos la gran federación democrática bajo el pie de igualdad absoluta, y de reciprocidad completa de ambas naciones, convencidos además de que en su actual estado, el gobierno más conveniente, el único posible para ambas, es el popular en que el voto universal reforme la sociedad.”¹⁴²

El único modo, pues, para que Iberia se convirtiera en potencia europea y en ejemplo de progreso y civilización sería la configuración de la república federal y democrática. *El Huracán* saca este tema a relucir con la excusa de la navegación del Duero, cuestión de actualidad que según este diario estaba mal enfocada, puesto que era una propuesta proveniente únicamente del lado español y no solicitada por los portugueses, por lo que iba contra los intereses de la unión peninsular. Para *El Huracán*, cualquier asunto que afectara a ambos países debería ser tratado por ambos y no ser impuesto solo por uno de ellos. Por lo tanto, el gobierno español está en ese momento entrometiéndose en los asuntos de Portugal, lo que solo podría acarrear consecuencias negativas de cara a

¹⁴¹ *El Huracán*, 06-01-1841, p. 1, col. 2.

¹⁴² *El Huracán*, 09-01-1841, p. 1, col. 2.

cualquier planteamiento iberista. El gobierno de Madrid tiene el “don de errar”, trae la ruina y la desgracia a España y Portugal, enemistándolas, dividiéndolas y haciendo así un favor a los intereses de Inglaterra.

Aun aceptando lo beneficiosa que sería la navegación del Duero para la meseta norte de la península Ibérica y también para La Mancha, *El Huracán* se posiciona frontalmente en contra del proyecto, como ya se ha mencionado, por su origen únicamente español, por no tener en cuenta las aspiraciones de Portugal. Los supuestos planes de Espartero para marchar militarmente sobre Lisboa en el caso de que el gobierno portugués rechazara la propuesta le parecían al *Huracán*, además de fantasiosos, inmensamente perjudiciales para el futuro de los dos países, puesto que cortarían de raíz la aproximación y la mejora de relaciones que se había dado entre Portugal y España durante los últimos años. Esta mejora de relaciones está directamente ligada a la íntima sucesión de hechos históricos que, acompasadamente, se suceden en la península desde la invasión francesa. *El Huracán* reconoce incluso que sería posible una solución monárquica para la cuestión ibérica, basándose precisamente en la identificación de acontecimientos históricos entre los dos países:

“¿Aun cuando esos obcecados gobernantes tengan la presunción pueril de oponer su impotente brazo a las leyes de la naturaleza, al vuelo de los siglos, aun cuando se prometan reprimir el incontrastable impulso democrático y estorbar el sistema de federación de ambas naciones, la más natural y obvia política no les enseña que, en sus principios, debían aspirar a unir las dos monarquías por un enlace de Isabel II con el primogénito de María de la Gloria?”¹⁴³

La pregunta es larga pero muy sencilla de entender. La postura de *El Huracán* revela que el naciente republicanismo español es de la creencia de que la historia es imparable y terminará uniendo a España y Portugal en una sola nación, y seguramente dicha unión significará también la llegada de un régimen democrático. Sin embargo, mientras se espera este advenimiento los políticos son ciegos como topos y no son capaces de darse cuenta de que tienen la solución en bandeja, eso sí, siempre según “sus principios”, los monárquicos. Este asunto se alarga durante dos artículos más, en los que *El Huracán* enumera las razones por las cuales la guerra contra Portugal sería un desastre y provocaría no solo la humillación del ejército español en el caso de que saliera derrotado, sino también el triunfo “efímero y falaz” de la monarquía portuguesa. Además de dejar

¹⁴³ *El Huracán*, 11-01-1841, p. 1, col. 3.

indefensas las provincias vascongadas, Aragón y Cataluña, estando reciente todavía la guerra carlista en esas regiones, habría que tener en cuenta la más que posible intervención inglesa, que no estaría dispuesta a dejar escapar un territorio sobre el que gobernaba *de facto*. Esa sería precisamente una forma aún peor que la guerra para solucionar el conflicto sobre la navegación del Duero: la mediación de Londres, que en caso de ser aceptada llevaría a los ingleses a mirar primero por sus intereses, luego por los de Portugal y finalmente, si quedara alguno, por los de España.

En febrero de 1841 se encuentra una carta remitida a la redacción de *El Huracán* que explica cómo y por qué habrían de reunirse Portugal y España. Su claridad y concisión harían deseable su reproducción completa, pero en aras de la síntesis se reproducirán únicamente los aspectos más relevantes de la propuesta. El artículo comienza haciendo un llamamiento a todos los demócratas para inculcar en los pueblos la necesidad de la unión de los dos países peninsulares. La población que entonces sumaban España y Portugal, unos 16 millones de personas, estaría en disposición de doblarse a fines de siglo, lo cual sumado al control de las colonias y a la posibilidad de prescindir de un ejército fuerte (debido a que solo habría que guardar la frontera de Francia) daría a Iberia una solidez económica y financiera envidiable. Combinando esto con una buena gestión de la prosperidad interior se conseguiría el regreso de españoles y portugueses a su posición de natural superioridad sobre el resto de naciones del planeta. Pero la novedad más importante que introduce este artículo es la manera en que los portugueses derribarían a sus monarcas y dejarían expedito el camino para la fusión con España: la unión aduanera ibérica, cuyas ganancias,

“que ahora derivan los comerciantes de Lisboa y Oporto, pasarían a Sevilla, Coruña, Santander y Bilbao. El gobierno portugués, para sostener el aparato que requiere el trono, tendría que apelar a contribuciones exorbitantes, de aquí nacería el descontento y este dispondría los ánimos a la unión apetecida de los dos pueblos, que separó la tiranía y debe unir de nuevo la libertad.”¹⁴⁴

Este planteamiento puede pecar de ingenuidad y de una cierta contradicción. ¿Por qué habrían de enemistarse los portugueses con su gobierno —o con el trono— y no con los españoles, que serían quienes les habrían arrebatado esos ingresos? Conociendo los antecedentes antiespañoles y la habilidad con la que el nacionalismo portugués ha utilizado siempre estas cuestiones, cabría esperar que la reacción del pueblo luso fuera

¹⁴⁴ *El Huracán*, 18-02-1841, p. 3, col. 1.

más en esta dirección que no en una favorable a la unión ibérica. También hay que destacar que el ejemplo de unión aduanera que los redactores de *El Huracán* utilizan para justificar los buenos resultados que ofrece es el de Estados Unidos y no el alemán, que ya llevaba entonces más de seis años en funcionamiento.

4.1.2. Comentario a la *Unión Peninsular*, de Campuzano

En el año de 1841 se encuentran ya mensajes iberistas en otros periódicos, como el *Eco del Comercio*, fundado en 1834 por Fermín Caballero y Ángel Iznardi. La cabecera es heredera de la estructura empresarial y redaccional del *Boletín del Comercio*, que llevaba ya dos años en circulación. Tanto Caballero como Iznardi, destacados progresistas, se encargaron de orientar el tono combativo del periódico primero hacia la defensa de la desamortización de Mendizábal y después contra la regencia de Espartero. A los dos fundadores se les unió pronto Joaquín María López (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 69), quien ganaría fama y prestigio durante su etapa en este diario, utilizándolo como trampolín para su carrera política. El *Eco del Comercio*, progresista y siempre antiministerial (Seoane, 1983: 150) simboliza, junto al moderado *El Español*, la evolución de la prensa desde el modelo del fundador-redactor único, que sostenía el periódico con su trabajo individual, a un paradigma más moderno en el que cambian los formatos, la ordenación del contenido y la dirección de la cabecera, que toma un carácter más empresarial, incluyendo anuncios (Seoane, 1983: 155).

El primer texto iberista que se encuentra en el *Eco del Comercio* tiene fecha del 29 de agosto de 1841. Se trata de una crítica del folleto titulado *Unión Peninsular*, publicado por Joaquín Francisco Campuzano, diputado progresista por Barcelona y antiguo embajador en Londres. Campuzano propone en su obra la alianza de España con Portugal, hecho por él considerado “natural” y que habría de ser necesario para que los países peninsulares recuperaran el poder perdido en Europa. Para abrir el camino a dicha alianza el primer paso sería la unión aduanera, a la que seguirían la unificación monetaria y la de pesos y medidas, entre otras propuestas. La crítica que Campuzano recibe del *Eco del Comercio* es positiva. El periódico afirma haber “leído con gusto” el folleto, “encontrando en él coincidencia con nuestras ideas”¹⁴⁵. Pero el diario de Fermín Caballero

¹⁴⁵ *Eco del Comercio*, 29-08-1841, p. 4, col. 2.

no se limita a defender la mera alianza comercial, sino que considera un proyecto más ambicioso: afirma el *Eco del Comercio* que “el pensamiento nos parece útil y recomendable como un principio de la unión más íntima que ha de enlazar a ambos pueblos algún día”¹⁴⁶. La interpretación aquí es clara, encontrándose la clave en la idea de la “unión más íntima” que va a “enlazar” a España y Portugal. El redactor del *Eco del Comercio* se refiere probablemente a la futura unión de las dinastías ibéricas bajo la forma de una boda real entre Isabel de Borbón y Pedro de Braganza, entonces niños. Así, se toma la unificación de intereses en lo comercial como germen de lo que habría de transformarse más adelante en unión política o, al menos, en unión dinástica.

Ya a finales de 1841 vuelve a encontrarse la cuestión ibérica en la portada de *El Huracán*, por entonces acosado por la censura. Esta vez, el diario republicano se pregunta a qué se debe el movimiento de tropas del ejército español en dirección a Francia. Con el convenio de Vergara todavía reciente y con el general Cabrera huido, no había gran peligro respecto a una insurrección carlista. Por otro lado, tampoco se podía pensar en un ataque francés, que si bien en 1823 había invadido suelo español con la permisividad de otras potencias europeas, no se encuentra a finales del 41 en la misma situación de preponderancia. Para *El Huracán*, descartada cualquier tentación francesa de intervenir en España, la principal motivación de la política exterior española debía estar en el fomento de las relaciones con Portugal, teniendo siempre presente como objetivo final la unión. Portugal, “tan torpe e insensatamente separado por dos veces”¹⁴⁷, debía fusionarse con España gracias a una profunda actividad diplomática y en condiciones de igualdad basadas en un sistema democrático:

“Esa unión no ha de verificarse por medio de las armas ni por invasiones hostiles, sino por mutuo convencimiento de lo indispensable para la prosperidad de las dos ramas de una misma familia, que separadas siempre serán débiles y pobres. Creemos sino imposible poco menos la unión de las dos naciones bajo el sistema monárquico: pero bajo el republicano federal, sistema de independencia relativa y de perfecta igualdad, nada más fácil y obvio que el alcanzarla.”¹⁴⁸

Además de proporcionar ventajas sociales inherentes a la democracia, la república federal solucionaría el problema de la preferencia dinástica, que sería irresoluble si se planteara desde el punto de vista monárquico. La idea fuerza, sin embargo, es la que se viene

¹⁴⁶ *Ibíd.*

¹⁴⁷ *El Huracán*, 16-11-1841, p. 1, col. 3.

¹⁴⁸ *Ibíd.*

repitiendo desde las primeras expresiones iberistas de *El Huracán*: se llegaría a la unión ibérica solo a través de acuerdos políticos, sin la fuerza de las armas de por medio.

4.1.3. El iberismo de Espronceda

Resulta lógico que la gran mayoría de textos favorables al nacionalismo ibérico se publicara en diarios políticos o político-informativos. Sin embargo, en el campo de la cultura también se va a tratar la cuestión. Por ejemplo en la revista *El Pensamiento*, publicación señera del romanticismo español, que es fundada en 1841 por José de Espronceda, Ros de Olano y Miguel de los Santos Álvarez¹⁴⁹. Pronto adquiere gran prestigio entre los círculos literarios, y como genuina representante del movimiento romántico se alinea políticamente con las tendencias más progresistas del liberalismo español. José de Espronceda, además de cofundador y editor de la revista, publicará regularmente en sus páginas no solo escritos de carácter puramente literario, sino también algunos artículos políticos o, más bien, ideológicos. Respecto al iberismo, el gran poeta romántico defiende sin fisuras la unión de España y Portugal. Sus artículos constituyen un documento de primer orden para conocer la relación existente entre el pensamiento romántico y el iberismo, al condensar la evolución y el estado de la cuestión a la altura de 1841.

Espronceda enfoca la cuestión desde un punto de vista histórico. Para él, la historia es fuente de inspiración para los pueblos como ente evocador de glorias y logros colectivos. Las tradiciones, la organización social de los diferentes países y los modos de vida reúnen los diversos intereses de las personas y “forman una necesidad absoluta de todas las necesidades particulares”¹⁵⁰. Espronceda identifica esta “necesidad absoluta”, suma de todas las necesidades personales, con el concepto de patria. No se utiliza aquí el término *nación*, sino la locución *espíritu de nacionalidad*, lo que nos permite rastrear las influencias de Espronceda en cierto nacionalismo orgánico de raíz alemana Voltaire, Montesquieu o el alemán Savigny. La patria es para Espronceda una “palabra mágica” que se siente sobre todo cuando uno está lejos de ella, como él mismo afirma haber

¹⁴⁹ Información disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/espronceda/pcuartonivelc25d.html?conten=autor. [Consultado el 10-12-2011]

¹⁵⁰ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 1ª entrega, p. 12.

comprobado durante su exilio europeo. Para el poeta, “los pueblos valen mientras domina en ellos el sentimiento de su nacionalidad”, afirmación que es una aproximación a la historia desde un punto de vista romántico, vitalista y, en cierto modo, nacionalista. El espíritu de nacionalidad puede estar dormido y manifestarse debido a la agresión extranjera, algo que ocurrió en tiempos de Espronceda con Napoleón, a quien el escritor llamaba “el último Carlomagno”. El general francés es, para Espronceda, el nexo entre las postreras monarquías absolutas herederas del feudalismo y “la nueva era de los pueblos libres”. El poeta extremeño es ambiguo respecto a la figura de Napoleón, puesto que alaba su fuerza, su poder y su encarnación del cambio de era, pero lamenta que fuera un “ídolo” de la gloria militar a la que acabó sucumbiendo. La derrota napoleónica tuvo para nuestro autor claros beneficios, puesto que “nuevos caminos se abrieron a la civilización del mundo, obra inmensa que para llevarse a cabo necesitaba del concurso general de los pueblos”¹⁵¹. Son precisamente los “pueblos” los encargados de culminar la tarea que inició la Revolución Francesa. Y sin embargo la historia también esconde trampas para la futura armonía universal, ya que los “escombros de tiempos pasados” sirven de obstáculo a los buenos propósitos. Esa armonía universal no es ninguna hipérbole derivada de la lectura del poeta, sino un objetivo del programa político romántico en el que se encuadra Espronceda:

“Pasó la época en que la condición de las naciones era ser esclavas o dominadoras. [...] Roma reunió los pueblos para recibir la comunión cristiana, Napoleón los preparó para cumplir el fin a que aquella religión los conducía, a conocerse, a hermanarse, a unirse en una sola familia.”¹⁵²

Estas líneas son las que sirven de introducción a la propuesta de Espronceda para la unión ibérica. El autor afirma que España, pese a ocupar una posición geográficamente lejana respecto del corazón de Europa, sigue influyendo en los destinos y negocios del continente, como demuestra el interés inglés por introducir sus productos en el país o la continua injerencia de Francia –a la que Espronceda califica de “natural aliada”– en la política interior española. Precisamente por conservar esta posición de importancia, que no de privilegio, respecto al resto del continente, el poeta afirma que ha llegado la hora de “ensanchar nuestras miras y echar una ojeada sobre el mundo político que nos rodea”.

¹⁵¹ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 1ª entrega, pp. 12-13.

¹⁵² *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 1ª entrega, p. 13.

A partir de este punto se desarrolla la propuesta iberista de Espronceda, con argumentos similares a los del resto de sus coetáneos, como el de recuperar la grandeza perdida, la necesidad que tenía Portugal de zafarse de la influencia inglesa o el rechazo a una unión por conquista. Espronceda se muestra obsesionado con la idea de que se podría competir con Inglaterra si España, a través de la unión, lograba arrebatarse a esta su dominio sobre Portugal, cuyos ciudadanos expresaban hacia los españoles un odio alentado desde Londres:

“La península, para llegar a ser una gran nación, necesita reunirse. La mano está separada del brazo, y Tajo y Duero arterias fecundísimas de nuestro cuerpo, cortadas a deshora, van a morir en una mar extranjera. Portugal, acosado por la Inglaterra que lo ahoga con su política, conserva solo un recuerdo de su antigua gloria, y en su mal entendida vanidad, vuelve contra nosotros un odio que alimentan con mimo los interesados isleños.”¹⁵³

Estas líneas son lo suficientemente claras y no dejan mucho espacio a la interpretación sobre la posición anti-inglesa de Espronceda. Los enfrentamientos entre portugueses y españoles no significan para él otra cosa que caer en la trampa británica. En lugar de actuar por un interés común, Portugal y España sirven, quizá sin darse cuenta, a la causa inglesa. El objetivo de Espronceda es “considerar, pues, cuál sea el mejor medio de unir estos dos hijos de una misma madre, y formar un solo pueblo, fuerte y poderoso”¹⁵⁴. En estas líneas se observa la voluntad del poeta por introducir en dos esquemas conceptuales, los que proporcionan respectivamente los términos *nación* y *pueblo*, la noción de pertenencia común de Portugal y España. “Una gran nación” y “un solo pueblo”, según la cosmovisión de Espronceda, es a lo que se debía aspirar.

El poeta, como ya se ha mencionado, recurre con frecuencia a la historia, y se centra en la pésima influencia que a su juicio estaba ejerciendo Inglaterra sobre Portugal. En este punto es original Espronceda frente a sus contemporáneos, que insinuaban que Portugal era un protectorado inglés *de facto*. El poeta madrileño no gasta paños calientes: “Desde el tratado de Methuen en 1709, los ingleses, apoderados casi exclusivamente del comercio de Portugal, convirtieron este reino en una colonia dependiente de la Gran Bretaña”¹⁵⁵. También carga sus tintas el autor contra la “estúpida política” española respecto a Portugal desde el tiempo de la unión dinástica filipina. Según Espronceda, el

¹⁵³ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 1ª entrega, p. 14.

¹⁵⁴ *Ibíd.*

¹⁵⁵ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 5ª entrega, p. 106.

pueblo portugués vive un destino trágico, maltratado por “el descuido y la ineptitud de sus tiranos”, el expolio que ingleses y holandeses realizan en sus colonias y el complejo de superioridad con que España le trata. A este respecto afirma el autor que

“el rencor más íntimo se alimentaba y crecía en los pechos de los portugueses, y la estúpida política del gobierno español aumentábalo cada vez más, no parecía sino que se empeñaba en separar dos pueblos que la naturaleza había unido, y en alejar sus corazones con mutuo desdén y odio, convirtiendo en enemigos irreconciliables a los que habían nacido para amarse como hermanos.”¹⁵⁶

La historia había golpeado duramente a Portugal hasta convertirlo en un país cuyo futuro solo ofrecía una bifurcación poco atractiva: o bien la conquista española, que Espronceda rechazaba por significar un atentado contra la independencia portuguesa, o bien la alianza con Inglaterra, que el poeta rechazaba por la misma razón. El periodo de gobierno del marqués de Pombal (1750-1777) significó según el autor un rayo de esperanza para Portugal, truncado sin embargo por el triunfo de sus múltiples enemigos.

Espronceda recorre el camino de la unión ibérica apoyándose continuamente en dos grandes ejes: la historia y el papel negativo de Inglaterra. En sus artículos hay muchos párrafos que expresan de maneras diferentes una misma idea: Portugal perdió su vieja gloria debido a los nefastos gobiernos de sus monarcas y terminó siendo un apéndice inglés en la Península Ibérica, conservando además una “ridícula y apática ojeriza hacia sus vecinos los españoles” mientras el pueblo portugués sufría “ignorancia” y “abatimiento”. Espronceda dudaba de la capacidad de Portugal para sacudirse la opresión inglesa, más aún cuando Brasil se había convertido en Estado independiente. Inglaterra había sido aliada de Portugal por su propio interés y no por ayudar a los lusos, pero eso debería cambiar en una dirección concreta: la de la unión ibérica, que estaría inscrita en un proceso más amplio:

“Mientras el comercio, el vapor, la industria, reúnen entre sí los pueblos más apartados, no olvidemos que Portugal y España ocupan un mismo suelo y forman un solo país, con intereses idénticos y unas mismas necesidades. [...] Nuestro idioma es casi el mismo, nuestras literaturas se han mezclado y confundido hasta el punto que los mejores escritores de uno y otro país han cultivado con gloria ambas lenguas, que el mismo pensamiento de libertad guía a ambos pueblos; [...] las leyes de la naturaleza y razones de conveniencia y de justicia exigen se abran por último francas y fáciles comunicaciones entre hermanos que reconociendo su error y pasado el primer calor de antiguas desavenencias han de abrazarse algún día y para siempre reconciliarse.”¹⁵⁷

¹⁵⁶ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 5ª entrega, p. 107.

¹⁵⁷ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 5ª entrega, p. 108.

Tras esta sucesión de razones por las cuales la unión peninsular debía realizarse, Espronceda insiste en lo perjudicial que sería un intento de conquista por las armas. Habiendo analizado el nacionalismo ibérico de Espronceda a través de estos artículos, se le puede encuadrar dentro del iberismo clásico, el que apela a los lazos culturales, históricos y geográficos para defender la unión. Las razones políticas y socioeconómicas también ocupan un lugar destacado, aunque no central, en sus demandas. El tono del autor es crítico sin llegar al pesimismo, mostrando un profundo desprecio hacia el conjunto de una clase política ibérica incapaz de construir un polo de poder en el sur de Europa mientras los dos pueblos avanzaban por separado, dejándose en el camino retazos de sus antiguas glorias a medida que iban pasando los siglos. Espronceda manifiesta su optimismo y esperanza en el futuro:

“Rompeamos esa barrera que tanto tiempo nos ha separado. Glorioso será el día para ambos pueblos, en que una nación grande, compacta, libre e independiente se levante cerradas sus fronteras por el Pirineo y abierto a su comercio y a sus empresas el mundo, señora por sus puertos del Mediterráneo y del Océano.”¹⁵⁸

Y sin embargo, ese optimismo siempre está manchado por la lejanía del objetivo, provocada en gran parte por la torpeza de los gobiernos. Para Rocamora (1994: 43), los artículos de Espronceda reflejan la naciente aparición del republicanismo federal español.

4.1.4. Avance iberista en el campo republicano

Dentro de la tradición republicana se encuadra también *El Peninsular*, que goza de muy buena salud en el trienio esparterista pese a su oposición al regente. *El Peninsular* fue dirigido primero por Eusebio Asquerino (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 96), quien criticó duramente al capitán general de Barcelona tras los bombardeos (Guillamet, 1992), y más tarde por Manuel García Uzal (Pérez Roldán, 1999: 318), que sería diputado republicano en Cortes por La Coruña en 1843. El clima político del momento, aun siendo muy áspero, no impidió que la prensa periódica tuviera un margen de libertad inusual: la censura casi siempre actuó en beneficio de los periodistas frente al poder establecido, lo que benefició sobremanera a los periódicos republicanos.

¹⁵⁸ *El Pensamiento*, 1ª serie, Tomo I, 5ª entrega, pp. 108-109.

El lenguaje utilizado por los redactores de *El Peninsular* es aún más agresivo que el de otros periódicos de su misma cuerda, como *El Huracán*, y no espera a proteger sus propuestas frente a las demás ideologías, sino que pasa directamente al ataque contra sus adversarios. Estas características también se trasladan a su defensa de la unión ibérica. El posicionamiento de *El Peninsular* al respecto podría definirse como un iberismo de embestida y casi visionario. Este diario coincide con el resto de la prensa iberista en señalar la unión hispano-portuguesa como un objetivo al que apuntan razones geográficas, históricas, culturales y sociales, e insiste una y otra vez en que Portugal y España tienen intereses recíprocos que deben defenderse conjuntamente. *El Peninsular* aporta uno de los proyectos iberistas mejor estructurados de todos cuantos aparecen publicados en la prensa. Dicho proyecto se presenta en cinco artículos entre el 14 y el 23 de marzo de 1842 en la primera página del diario.

Los artículos, presentados bajo el título de “Reunión de España y Portugal”, mantienen un tono reivindicativo en todo momento. En el primero, con fecha de 14 de marzo, se apela a la voluntad de los ideológicamente más cercanos:

“A los demócratas de España y de Portugal, a los liberales de temple y de energía de entrambas naciones, está reservada la gloria de llevar a cima tan fraternal unión, y nosotros que somos órganos fieles de ese gran partido [...] cumplimos hoy un deber sagrado ofreciendo demostrar en varios artículos, no solo que la unión es realizable, sino que interesa mucho preparar la opinión pública para un suceso que tan fecundo ha de ser.”¹⁵⁹

El requerimiento de la participación en el proyecto de unión de los “demócratas”, de los “liberales” y en general de “los hombres libres”, se refiere siempre tanto a españoles como a portugueses. *El Peninsular* siempre va a tratar el tema de la división que de hecho existía entre liberales españoles y portugueses a la hora de defender un programa común. Mientras el absolutismo juega una misma baza, dividida por naturaleza en dos cartas – Carlos en España, Miguel en Portugal –, el liberalismo ibérico se suele mostrar unido solo por conveniencia puntual. Este diario acusa a los liberales –o santones, utilizando su lenguaje–, tanto moderados como progresistas, de buscar solo el beneficio particular y no pensar en que un futuro provechoso tendría que pasar necesariamente por la unión ibérica.

¹⁵⁹ *El Peninsular*, 14-03-1842, p. 1, col. 1.

El Peninsular sigue desarrollando el tema en su número siguiente, donde se enumeran y se analizan los obstáculos que, según este periódico, se colocarían desde dentro de España para evitar el éxito de la unión. El primer obstáculo es el ya mencionado, el de la polarización de la sociedad en dos grandes grupos: uno en contra de la unión – absolutistas junto con “santones” moderados y progresistas– y otro a favor –demócratas–. Estos últimos son para *El Peninsular* los verdaderos patriotas, los que tienen en cuenta a esa “parte de nuestra nación” que es Portugal. Sin embargo, la división se podría superar con un poco de tenacidad: en primer lugar, los absolutistas están en la práctica desaparecidos del mapa, sin posibilidades de volver a ser una alternativa política real; en España, el partido moderado atraviesa un momento de debilidad y tiene mala fama entre la opinión pública, mientras que a los progresistas los tilda directamente de “imbéciles”¹⁶⁰; en Portugal, sin embargo, los progresistas están siendo humillados y los moderados gozan de fuerza real, luego estos serían el principal escollo de cara a preparar a la opinión pública para la futura unión. Desde la redacción de la calle Carretas se llega a predecir la progresiva desaparición de los partidos liberales, en favor de un partido demócrata que se haría progresivamente más fuerte.

La anglofobia de *El Peninsular* ya es más que patente a estas alturas. Si hubiera que etiquetar al *Peninsular* dentro de una corriente política sería obviamente la republicana, pero si se quiere especificar un poco más se podría hablar de un cierto republicanismo patriótico agresivo. Son constantes las apelaciones a la patria (casi tanto como los ataques y descalificaciones hacia Inglaterra), y en este concepto de patriotismo siempre se incluye al reino de Portugal. El diario de Asquerino acusa continuamente a los sucesivos monarcas de haber gestionado de forma pésima los destinos de dos países hermanos llamados a alcanzar grandes cotas que, por culpa de las políticas de los reyes – y también de Inglaterra–, les fueron negadas a partir del siglo XVIII. Una de las posturas que pueden ser menos comprendidas es el apoyo y defensa explícitos que *El Peninsular* hace del clero, “desatendido y vejado” por los sucesivos gobiernos y que “abrazará de buena fe” sus propuestas¹⁶¹, ya que harán justicia a esta clase abandonada por la política liberal. Lo que sí es verdaderamente chocante es la siguiente afirmación:

“En Portugal como en España serán enemigos de ese fraternal pensamiento [de unión ibérica] los absolutistas y los santones del moderantismo y del progreso, y apoyarán y llevarán a cabo los

¹⁶⁰ *El Peninsular*, 15-03-1842, p. 1, col. 2.

¹⁶¹ *Ibíd.*

demócratas y los buenos patriotas que con ansia deseen ver unidos a estos dos grandes pueblos, o por medio de una constitución federal o bajo una monarquía esencialmente republicana.”¹⁶²

¿Cómo se puede imaginar una “monarquía esencialmente republicana”? Quizá habría que comparar esta extraña proposición de organización política con los actuales regímenes de Francia o de Estados Unidos, repúblicas presidencialistas. El concepto de monarquía federal es más familiar –Bélgica o los Países Bajos son ejemplos en la actualidad– y hubiera sido incluso más coherente con la situación política del momento, pero lamentablemente los redactores de *El Peninsular* no aclaran este término.

El tercer artículo habla de las trabas que el resto de potencias europeas pondrían a la posibilidad de fusión ibérica. Si los obstáculos interiores iban a ser duros, pero superables, los obstáculos que vendrían del exterior serían mucho más difíciles de sobrepasar. Por ejemplo, el francés Luis Felipe, “rey astuto [...], atento al engrandecimiento de su familia”¹⁶³, tiene desde la óptica de *El Peninsular* una voluntad indisimulada de colocar a uno de sus hijos como consorte de España, lo que establece un primer impedimento considerable. Los cantos de sirena de los Borbones franceses tienen un altavoz en la ex-regente María Cristina, que apoyó la candidatura del matrimonio francés para Isabel II. Según *El Peninsular*, agentes procedentes de París tejen intrigas y buscan apoyos en la Corte española, esperando la aprobación de la familia al enlace borbónico. Evidentemente, todo tipo de unión hispano-portuguesa debería implicar de manera más o menos directa la supresión de la dinastía francesa en el trono español, a través de la fusión o de la entronización de un Braganza. A esto se añade, además, el “odio profundo” que el Rey de los franceses sentía, a juicio del periódico, contra demócratas y liberales españoles.

Pero por encima de todo, una vez más es Inglaterra la principal opositora desde el exterior. Los británicos no se juegan solo la posesión y el control *de facto* sobre el territorio portugués, sino que junto con la unión ibérica también debería llevarse a cabo el desmantelamiento de Gibraltar como colonia inglesa, pues efectivamente el Peñón también forma parte de la península y los iberistas lo reclaman como propio. Para *El Peninsular*, la posesión inglesa de Gibraltar coloca a España en una posición de

¹⁶² *Ibíd.*

¹⁶³ *El Peninsular*, 21-03-1842, p. 1, col. 1.

inferioridad manifiesta, simple comparsa a la hora de ordenar las piezas del tablero naval mundial. En aquel momento, España ni siquiera podía dominar sus propias costas:

“La posesión de Gibraltar la hace dueña del estrecho [a Inglaterra], y dominando en la confluencia de los dos mares que bañan las costas peninsulares, aumenta desde aquella importante fortaleza el contrabando, y burla la vigilancia de nuestro escaso resguardo marítimo.”¹⁶⁴

Esta situación de dominio sobre uno de los puntos clave de la Península convierte la posibilidad de que Inglaterra apoyara la unión ibérica en algo más que improbable. *El Peninsular* acusa directamente a Londres de tratar a Portugal como una colonia, al apostar su fuerza naval en Lisboa e intervenir en las decisiones del gobierno luso. De otra parte, el diario madrileño mantiene que las potencias de Europa oriental no van a plantear, en principio, ninguna oposición a la unión ibérica, puesto que ni Austria, ni Prusia ni Rusia tienen influencia alguna sobre los asuntos del sur de Europa.

Pese a esta retahíla de dificultades que se le presentan al proyecto de unión, tanto dentro como fuera de la futura Iberia, los partidarios de la fusión hispano-portuguesa cuentan con claros elementos a su favor, los más importantes de los cuales trataría *El Peninsular* en su número del 22 de marzo. En opinión del diario, el apoyo ideológico a la doctrina federal experimenta un crecimiento sensible tanto en Portugal como en España, extendiendo de manera decisiva el verdadero sentimiento patriota, el que entiende que España y Portugal forman dos naciones con un destino común, el de “librar por siempre a la humanidad de los horrores de la tiranía”¹⁶⁵. Se observa que el tono utilizado comienza a adquirir un matiz visionario, idealista, ilusorio al cabo. Estas ideas se encuadraban en un contexto que tiene mucha relación con el llamado socialismo utópico y con el anarquismo primitivo. Sin embargo, las tesis de *El Peninsular* a este respecto no llegan tan lejos, o bien lo hacen en sentido negativo puesto que no se predice una sociedad hermanada, sino un conflicto mundial que podría desencadenarse por diferentes motivos: la expansión incontrolada del imperio ruso tanto por Asia como por Europa; la muerte de Luis Felipe, que dejaría a Francia huérfana; el descontrol en las colonias inglesas, desde Egipto hasta China pasando por la India, o la posible independencia de Irlanda, que si fuera apoyada por Estados Unidos supondría un grave conflicto intercontinental. En cualquiera de estos casos, según los planteamientos de *El Peninsular*, Francia necesitaría

¹⁶⁴ *Ibíd.*

¹⁶⁵ *El Peninsular*, 22-03-1842, p. 1, col. 1.

aliarse con España, que a su vez vería expedito el camino a la unión con Portugal, puesto que unidos

“los demócratas franceses y españoles, [...] destruiríanse entonces esos miserables esfuerzos dinásticos, esas rancias preocupaciones y esos mal entendidos derechos de familia de los reyes que tan funestos han sido para los pueblos, y trabajando de consuno se cimentaría sobre bases sólidas y estables esa UNIÓN que ha de convertir a la Península en el emporio de las riquezas. [...] Después del triunfo con razón debemos envanecernos de haber realizado un pensamiento tan bienhechor; los hombres interesados en las glorias de España y Portugal harán justicia a tan noble empresa.”¹⁶⁶

Esta serie de acontecimientos, sumados a la mencionada expansión del pensamiento federalista por tierras de Portugal y España, prepararían la “UNIÓN que ha de producir inestimables ventajas”. Desde luego que resulta llamativo contar con esta serie de predicciones y augurios como elementos favorables a la unión, pero lo que en definitiva ponen de relieve los redactores de *El Peninsular* es una realidad que se haría palpable con el paso de los años: la inexorable ampliación de los imperios coloniales iba a convertirse en una de las causas de un choque militar en Europa de consecuencias imprevisibles. Por desgracia para los nacionalistas ibéricos, ninguno de los enfrentamientos europeos que empiezan en la segunda mitad del XIX y que desembocan en la Gran Guerra del 14 tendría como consecuencia la unión hispano-portuguesa.

En el quinto y último artículo referente a la cuestión, *El Peninsular* analiza los beneficios que reportaría a la ciudadanía ibérica la culminación de la fusión de los dos Estados. En el aspecto político, una Iberia unida recuperaría la gloria inolvidable de los siglos XVI y XVII, además de conseguir una independencia que *de facto* se les resistía tanto a España, bajo el influjo francés, como a Portugal, bajo dependencia de Inglaterra. En lo económico, los gastos que agobiaban y descompensaban las balanzas de pagos de ambas coronas se reducirían considerablemente gracias a dos aspectos fundamentales: la centralización administrativa y la profunda reestructuración del ejército, que dejaría de absorber gastos innecesarios, al no existir fronteras interiores. Los beneficios que reportarían estos cambios estarían destinados a crear una marina poderosa y digna de competir con las naves inglesas.

¹⁶⁶ *Ibíd.* En mayúsculas en el original.

También supondrían beneficios económicos por ejemplo la navegación de los ríos, el crecimiento del comercio marítimo y la activación de un profundo y beneficioso comercio interior basado en la unión aduanera. Además, la supresión del contrabando, inherente a la supresión de las fronteras interiores, significaría el afloramiento de una importante economía sumergida. Y por último existirían una serie de beneficios sociales, basados más en la ideología que en la fusión misma. El sistema democrático que propugna *El Peninsular* establecería una reciprocidad absoluta en los derechos de españoles y portugueses, que se traduciría en una progresiva igualación social en ambos países. En definitiva, el periódico predecía que

“apoyada la UNIÓN en bases de entera igualdad y confundidos y mezclados portugueses y españoles, sus intereses recíprocos estrecharían las distancias que hoy les separan, su continuo roce acabaría para siempre con esas rivalidades maquiavélicamente sostenidas por sus enemigos, [...] nuestros deseos serán cumplidos, si favoreciendo la veleidosa fortuna nuestros intentos vemos amanecer el día en que se realice la UNIÓN DE ESPAÑA Y PORTUGAL.”¹⁶⁷

Como conclusión, se puede afirmar que *El Peninsular* ofrece un análisis centrado y serio cuando se ocupa de los obstáculos, tanto interiores como exteriores, que podrían oponerse a una fusión efectiva de los dos Estados ibéricos. Su oposición a Inglaterra es frontal, tanto que de manera prácticamente automática se alinea con Francia, aunque sea de manera disimulada. Este diario no es tan pragmático, sin embargo, al analizar qué factores serían favorables para la unión, puesto que en este punto utiliza predicciones de toda clase. Algunas se revelarían más acertadas que otras, pero ninguna acabaría culminando en la unión peninsular.

En el fondo de la cuestión, el iberismo de *El Peninsular*, un iberismo al ataque y de tono patriota, como ya se ha dicho, puede ser considerado también un iberismo de necesidades, en el sentido de que la situación de dependencia hispano-portuguesa respecto a Francia e Inglaterra implicaba la búsqueda en la unión ibérica de una nueva independencia, una suerte de emancipación de las potencias extranjeras que tanto habían contribuido a enterrar las antiguas glorias de los dos países que cierran Europa por el suroeste.

4.1.5. Divulgación iberista en el satírico *Guindilla*

¹⁶⁷ *El Peninsular*, 23-03-1842, p. 1, cols. 2-3. En mayúsculas en el original.

El iberismo también encuentra su sitio en un periódico satírico como *Guindilla*, fundado por el escritor especialista en folletines Wenceslao Ayguals de Izco (Seoane, 1983: 187). *Guindilla*, defensor a ultranza de las ideas democráticas, es un modelo de diario satírico español de mediados del siglo XIX, y se encuadra en la tradición del republicanismo federal, lugar que le corresponde por naturaleza debido a su decisiva vinculación con el sector político que poco a poco iría conformando el partido democrático.

La principal aportación de este diario a la causa iberista se debe a una publicación de noviembre de 1842, en la que establece la división de la península en las dieciocho regiones que en teoría deberían configurar el futuro Estado ibérico. Antes de entrar a analizar esta división conviene enfocar el asunto desde el punto de vista del periódico. *Guindilla*, pese a su esencia satírica, también tiene espacio para informaciones presentadas de una manera más seria. En su “Cartilla del pueblo” trata temas como las leyes, el sistema de administración pública o la organización federal del Estado, cuestión esta última que aquí interesa. Esta “Cartilla”, que para Seoane (1983: 189) fue “el más serio esfuerzo para divulgar de modo sistemático la doctrina republicana federal”, está organizada en la tradicional forma de diálogos entre el propio *Guindilla* y un imaginario tío Rebenque, con la intención de instruir a los lectores en los puntos más importantes y destacables del programa republicano.

En su digresión sobre el sistema federal, *Guindilla* desmenuza una a una todas las partes del programa republicano, aunque a veces llega a pecar de simplificación, por cuestiones de espacio y quizá también por voluntad de hacerse entender fácilmente. Por ejemplo, así ocurre cuando el tío Rebenque pregunta “en qué se funda el sistema federal”, a lo que *Guindilla* responde que dicho sistema se basa en que “no deben centralizarse todos los negocios en una sola mano y en un solo sitio, porque entonces se dirigen mal y se favorece al despotismo”¹⁶⁸. Como se observa, despachar en dos líneas un asunto tan complejo como la organización de un sistema de gobierno federal implica la ventaja de la concisión y el buen entendimiento, pero también incluye un lastre en cuanto a la toma en consideración de una teoría política seria. Estas carencias se intentan pulir

¹⁶⁸ *Guindilla*, 08-11-1842.

posteriormente a través de nuevos cuestionamientos sobre diferentes temas: la posibilidad de aplicar el federalismo en España, cuáles son las ventajas de este sistema y por qué se considera que las divisiones naturales son un instrumento válido para organizar un Estado.

Este punto de la división natural es un argumento irrenunciable para los iberistas del XIX, que ven con claridad en el mapa físico lo que la política les niega. Así, *Guindilla* explora las posibilidades que el sistema federal tendría en la futura Iberia y cómo se podría dividir ese territorio de una manera más o menos natural. Como ya se ha mencionado, el periódico de Ayguals de Izco divide la península Ibérica en dieciocho territorios, siguiendo el criterio de las “divisiones naturales”. En territorio español habría quince divisiones, mientras que Portugal se dividiría en tres partes. Entre paréntesis se especifica la capital de cada región:

“Andalucía occidental (Sevilla), Andalucía oriental (Granada), Murcia con Alicante (Murcia), Valencia con Teruel (Valencia), Aragón con Tortosa y Molina (Zaragoza), Cataluña (Barcelona), Vasconia, incluida la Navarra (Vitoria), Castilla entre Ríos (Burgos), Castilla del Canal (Valladolid), Castilla-León (Zamora), Castilla-Mancha (Toledo), Centro-Castilla (Madrid), Extremadura (Cáceres), Galicia (Santiago), Asturias (Oviedo), Lusitania septentrional (Oporto), Lusitania central (Coimbra) y Lusitania meridional (Lisboa).”¹⁶⁹

Para *Guindilla*, estas divisiones serían llamadas “gobiernos” y formarían entidades similares a las autonomías actuales, ya que contarían con un gobernador y con diputaciones provinciales.

Más allá de la mera cuestión formal, el tío Rebenque se inquieta por la posibilidad de que semejante fragmentación del territorio ibérico diera lugar a posibles insurrecciones independentistas, pero *Guindilla* cierra la puerta a tal contingencia argumentando que “la inteligencia nacional que pide gobiernos locales también comprende el interés que los une y que consiste en la unidad natural de la Península”¹⁷⁰. Una vez más se resalta el carácter “natural” que tendría la unión ibérica. Las fronteras del país están claras y las marcan el Atlántico, el Mediterráneo y los Pirineos. Además, para *Guindilla*, dentro de la propia Iberia ya existían divisiones naturales más pequeñas que, por una parte, contribuían a la organización interna del país, mientras por otra refrendaban la unidad

¹⁶⁹ *Ibíd.*

¹⁷⁰ *Ibíd.*

natural del conjunto, ya que en ningún momento habían estado separadas. Este periódico hace referencia a los territorios históricos del norte y el este peninsulares:

“el peligro [de independencia] no sería mayor de lo que es ahora, porque esas divisiones existen en la naturaleza aunque no estén reconocidas políticamente, y si a los catalanes, aragoneses o vizcaínos se les antojase rebelarse, bien se vería que saben buscarse y unirse los que pertenecen a una misma división natural, a pesar de todas las divisiones artificiales.”¹⁷¹

Nuevamente se hace referencia a las divisiones que ha propiciado la naturaleza, tan claras en el caso de Iberia que para un iletrado en cuestiones históricas o políticas no habría modo de entender por qué España y Portugal habían permanecido durante tanto tiempo como entes independientes.

Tras el bombardeo de Barcelona en noviembre de 1842, el director de *El Huracán*, Patricio Olavarría, publica una carta en *Guindilla* en la que explica por qué España debería adoptar un sistema republicano federal. La orden de bombardear la capital catalana había salido directamente de Espartero, y fue uno de los puntos de inflexión de su regencia, provocando una gran fractura social en Cataluña. El bombardeo, como se sabe, será posteriormente utilizado por el nacionalismo catalán como una de las múltiples afrentas que desde Castilla se habrían cometido contra aquel territorio a lo largo de la historia. En relación a todos estos temas se posiciona Olavarría en su carta, resumiendo en nueve puntos cómo deberían organizarse los diferentes Estados federales hasta que se redactase la nueva Constitución. Además de sus demandas de renovación de la administración de justicia, ayuntamientos o creación de juntas, Olavarría habla de

“nombrar representantes para que constituidos en La Granja u otro pueblo que no pase de tres mil vecinos, y diste al menos diez leguas de la Corte, procedan a formar la Constitución central de la Federación ibérica, limitando sus artículos a determinaciones de interés general, y reservando a cada estado el derecho indisputable de arreglar su gobierno interior, mereciendo la aprobación del Congreso central para armonizarle con los intereses generales.”¹⁷²

Esta demanda revela el sentir de una parte del federalismo español, que veía en aquel momento excesiva la influencia de Madrid como sede de la Corte. Se le sigue dando importancia a ese “Congreso central” que menciona el director de *El Huracán*, pero se hace hincapié en que la toma de decisiones en esos momentos debería estar lejos del

¹⁷¹ *Ibíd.*

¹⁷² *Guindilla*, 04-12-1842.

centro político del país. Es interesante notar cómo la forma de gobierno que entonces se propone ya no es una confederación, como se ha visto anteriormente, sino una federación.

Se ha visto cómo *Guindilla* ofrece en sus páginas algún ejemplo representativo del pensamiento republicano español del momento, que, como es natural en una estructura federal, mantendría elementos que otorgarían poder al “Congreso central”, a una Constitución también “central” y, por supuesto, al “interés general”. El iberismo no es en ningún caso el principal proyecto político apoyado por el periódico, pero sí constituye una demanda implícita de cualquier republicano del momento, y como tal estaba incluida en el paquete ideológico de *Guindilla*. Los tres artículos que se han repasado en este apartado así lo demuestran. En fin, no siendo el desarrollo de teorías políticas su principal característica, puesto que es reconocido como modelo de periódico satírico, sí es destacable el posicionamiento claro y firme de *Guindilla* a favor de la unión ibérica en el marco del republicanismo federal.

4.2. La larga marcha iberista bajo los gobiernos moderados

El bombardeo de Barcelona había marcado el punto de inflexión en la regencia de Espartero y terminó de certificar la profunda crisis interna del partido progresista. La popularidad del regente está a partir de entonces bajo mínimos y a comienzos de 1843 se forma una coalición antiesparterista que agrupa a grandes sectores del arco político español, desde los demócratas y los republicanos hasta los moderados, pasando por una mayoría de progresistas (Fuentes, 2007: 148). Esta coalición será mayoritaria en las Cortes, que serán suspendidas en mayo. Un pronunciamiento militar en Reus bajo el mando de Prim y el desembarco en puertos del Levante de generales afines al moderantismo como Narváez, Concha o Serrano, apoyados económicamente desde el exilio por María Cristina (Fontana, 2007: 196), darían fin a la regencia de Espartero y abrirían el camino a la etapa conocida como la década moderada.

4.2.1. El debate en torno al matrimonio real

En este apartado se comentan los textos relacionados con el matrimonio de la reina y los planes iberistas aparecidos en el republicano *El Huracán*, el tradicionalista *El Pensamiento de la Nación*, el conservador *El Español* y el progresista *Eco del Comercio*.

4.2.1.1. *El Huracán*

En este contexto, el último testimonio del iberismo que profesa *El Huracán* se encuentra a pocas semanas de la muerte de la cabecera, cuando ya solo ve la luz lunes, miércoles y viernes por la tarde. Los primeros meses de 1843 son fructíferos en debates en torno al matrimonio de Isabel II, que por entonces contaba trece años y estaba a punto de ser declarada mayor de edad. Los diferentes aspirantes –con las respectivas potencias europeas apoyándolos sin disimulo– pasan el escrutinio de los periódicos del momento, y si bien *El Huracán* defiende “la abolición del Trono y el establecimiento de la república por medios legales”¹⁷³, da por sentado que el pueblo español no está en disposición de aceptar ese sistema político, al menos en aquellos momentos. Se observa, pues, cómo incluso un ferviente republicano como *El Huracán* entra en el debate sobre el matrimonio real. Despreciando todas las candidaturas extranjeras y considerando la de Francisco de Asís como la más adecuada de las planteadas oficialmente, este periódico opta por defender el enlace de la reina niña con el príncipe de Portugal:

“El enlace acertado y político de Isabel sería con el príncipe de Portugal, con el hijo de Doña María de la Gloria. Por este medio se lograría la reunión de España y Portugal, la integridad de la Península Ibérica, la emancipación completa de ambos países de ajenas influencias, y su rápido y duradero engrandecimiento por la agricultura y por la industria, que en ambos serán débiles y estacionarios mientras permanezcan separados y rivales.”¹⁷⁴

La idea de la unión como fuente segura de prosperidad es una constante en los mensajes iberistas, así como la consiguiente desaparición de los lazos que mantenían a los gobiernos españoles y portugueses atados a los intereses de otras potencias, respectivamente Francia e Inglaterra. *El Huracán*, pese a su optimismo desaforado sobre el futuro de Iberia si se llegara a consumar la fusión de manera efectiva, es realista en cuanto a la oposición que la idea encontraría en los gabinetes europeos, por trastocar excesivamente los equilibrios de poder en el sur del continente. De todos modos, y haciendo gala de una combatividad fuera de duda, el periódico de Olavarría sale al paso de la probable oposición inglesa para preguntarse si “somos por ventura sus esclavos para no atrevernos a atropellar por su voluntad”¹⁷⁵. Así, finaliza el artículo recomendando a

¹⁷³ *El Huracán*. 22-03-1843, p. 1, col. 2.

¹⁷⁴ *El Huracán*. 22-03-1843, p. 1, col. 3.

¹⁷⁵ *Ibíd.*

todos los federalistas que apoyaran el matrimonio hispano-portugués, porque “realizaría por de pronto uno de nuestros dos grandes objetos, la unión de las dos naciones; y facilitaría [...] el establecimiento y sostén en ambas unidas de la democracia federal”.¹⁷⁶

Se puede concluir que *El Huracán* es un representante del iberismo en tanto la voluntad de unión política en suelo peninsular encaja perfectamente en su programa, basado en el republicanismo federal. Enfocando la cuestión de forma opuesta: el federalismo permitiría organizar de manera eficiente un Estado ibérico que atendiera a las particularidades específicas de cada región. Más allá de esto, *El Huracán* no muestra una especial vinculación con el movimiento iberista en aspectos como su vertiente cultural o económica, aunque también las mencione en ocasiones. Para este diario lo más importante es fuera de dudas la difusión de la idea republicana, sin importar a qué precio.

No hay que olvidar que *El Huracán* representa una ideología extrema para muchos sectores de la época, también para los progresistas que en ese momento gozaban del favor popular y del poder ejecutivo. De hecho, Espartero es uno de los principales enemigos políticos del diario y hacia él se dirigen muchos de sus ataques. Es por esto que *El Huracán* nunca se encontró entre los periódicos más vendidos en términos generales, aunque su contribución a la difusión del pensamiento federal fue decisiva. El federalismo camina, al menos en sus inicios, siempre de la mano del iberismo, sin importar si lo hace desde un punto de vista realista o idealista. En el caso de los mensajes difundidos por *El Huracán* se encuentra una combinación de ambas perspectivas. El federalismo ibérico realista se centra en las ventajas de una política pragmática que defiende la contención del gasto a través de la fusión de los Estados, lo que al mismo tiempo alejaría el fantasma del absolutismo por ser imposible la sumisión a una sola corona. Por otro lado, el federalismo ibérico idealista afirma la desaparición de todos los problemas de índole social al basarse el modelo en la democracia más avanzada. Finalmente, la reunión de las posesiones coloniales de ambos países contribuiría decisivamente a la modernización y desarrollo de Iberia.

4.2.1.2. *El Pensamiento de la Nación*

¹⁷⁶ *Ibíd.*

En un polo opuesto al republicanismo se encuentra *El Pensamiento de la Nación*, semanario que atraviesa la biografía del filósofo catalán Jaime Balmes. Este periódico se publicó entre febrero de 1844 y diciembre de 1846, según el catálogo de la Biblioteca Nacional, y a pesar de la brevedad de su existencia contiene en forma de artículos algunas de las claves de la obra del teólogo. A lo largo de casi tres años, Jaime Balmes aprovecha las páginas de *El Pensamiento de la Nación* para dar publicidad a sus ideas políticas, que eran marcadamente conservadoras y en ocasiones reaccionarias, pero siempre honestas y respetuosas con el adversario.

Más que su inclinación tradicionalista, que no llega a traducirse en afinidad directa con el carlismo (Seoane, 1983: 210), lo que más destaca en la obra de Balmes es su gusto por el debate y la discusión abierta e incluso el diálogo con aquellas tendencias ideológicas contrarias a las que él defendía. Se ha dicho del filósofo nacido en Vic que su actitud “abierta y analítica” podría haber “marcado el punto de viraje del pensamiento conservador latino hacia fórmulas más afines a las anglosajonas” (Giner, 1984: 411). Quizá el texto más célebre publicado por Balmes en *El Pensamiento de la Nación* fuera el titulado “Vindicación personal”, una autobiografía en la que el teólogo se defiende de las duras críticas que estaba recibiendo por parte de *El Español*, periódico que le acusaba de estar asociado con el “carlismo extremo”¹⁷⁷. Balmes defendió sin ambages a Carlos Luis de Borbón y Braganza, conde de Montemolín y pretendiente al trono de España, como candidato para casarse con Isabel II y reconciliar así a las dos ramas del monarquismo español, escindidas desde 1833 (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 93). De hecho, la propaganda favorable al casamiento de Isabel II con Montemolín fue una de las principales razones de ser para *El Pensamiento de la Nación*, que desapareció pocas semanas después consumarse el matrimonio de la reina con Francisco de Asís de Borbón.

Las reflexiones divulgadas en el periódico de Balmes cubren uno de los periodos más prolíficos y decisivos de la vida del filósofo, que apenas año y medio después del cierre del semanario fallecía, enfermo de tuberculosis, en su ciudad natal. Entre dichas reflexiones se encuentran dos interesantes aportaciones en torno al iberismo, la primera de las cuales se encuentra en el número de *El Pensamiento de la Nación* publicado el 12 de febrero de 1845. La idea de unir las coronas de España y Portugal le parece a Balmes

¹⁷⁷ *El Pensamiento de la Nación*, 19-08-1846, n. 133.

de “grande importancia política, pero en la realidad es impracticable”¹⁷⁸. Las razones que encuentra el teólogo de Vic en la impracticabilidad de la idea coinciden con las esgrimidas por otros opositores al candidato Pedro de Braganza: la diferencia de edad entre los posibles contrayentes, la más que probable oposición británica al proyecto y el “espíritu de la nacionalidad portuguesa”, que a juicio del autor seguía “muy vivo” pese al difícil estado en que se encontraba Portugal social y económicamente¹⁷⁹. Jaime Balmes razona que la unión ibérica implicaba necesariamente la disolución del país pequeño en el grande, a pesar de todas las precauciones que ante el posible evento se tomaran. Imaginar esta situación era extremadamente doloroso para los portugueses, y el recuerdo del fracaso de la unión dinástica filipina hacía más improbable la consecución del plan iberista.

También se ocupa Balmes de refutar los argumentos de los nacionalistas ibéricos, esgrimiendo en primer lugar que las fronteras naturales no siempre se han de acomodar a las fronteras políticas, y afirmando acto seguido que todos los supuestos beneficios de la fusión representarían en realidad problemas a resolver: desde asegurar que las necesidades de todas las provincias estaban cubiertas hasta mantener una marina decente para defender las colonias y la propia línea de costa, la administración del nuevo Estado no iba a estar en condiciones de cumplir con todas sus obligaciones. Es aquí donde se revela un nacionalismo español de fondo en el pensamiento de Balmes. En su concepción del iberismo, habla expresamente de los problemas que tendría el gobierno “agregando de repente el Portugal a España”¹⁸⁰. Se sobreentiende que los problemas estarían a cargo del gobierno español y no de un supuesto gobierno ibérico. No se trataría, en este caso, de crear un sujeto político sino de transformar uno ya existente haciendo desaparecer a otro. Los proyectos de unión ibérica eran, pues, para Balmes, asuntos de idealistas y románticos:

“La unión del Portugal con España es por ahora y será por mucho tiempo una hermosa ilusión, que halagará a los hombres que piensen en un porvenir de prosperidad y pujanza de la península Ibérica, pero que no podrá ocupar seriamente a un hombre de Estado que no se contente con medir la posibilidad y conveniencia en política.”¹⁸¹

¹⁷⁸ *El Pensamiento de la Nación*, 12-02-1845, n. 54.

¹⁷⁹ *Ibíd.*

¹⁸⁰ *Ibíd.*

¹⁸¹ *Ibíd.*

Así, se ve cómo desde las páginas de *El Pensamiento de la Nación* existe un rechazo hacia la candidatura portuguesa, del mismo modo que se haría con las candidaturas italiana, alemana y francesa. A argumentar el rechazo de esta última opción, por cierto, es a lo que Balmes dedica casi el número completo que aquí se cita.

4.2.1.3. *El Español*

El 1 de junio de 1845, apenas una semana después de la proclamación de la nueva Constitución española, Andrés Borrego emprende su segunda etapa al frente de *El Español*, diario que se encuadraba en el ala más centrada del moderantismo, proclive a llegar a cierto entendimiento con los progresistas. Después de ser uno de los periódicos líderes entre 1835 y 1837, siguió siendo en su segunda época uno de los más exitosos de Madrid, alcanzando los 12.000 suscriptores tras su fusión con *El Universal* en 1846 (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 112). *El Español* disfrutará de popularidad entre los lectores en gran parte debido a las cualidades de Andrés Borrego, un “conservador inteligente e independiente, no reaccionario”, según lo define Seoane (1983: 152), pero también porque contó con una excelente nómina de colaboradores y unas sólidas bases económicas.

En el contexto del fin de la regencia de Espartero, la cuestión del matrimonio de la reina niña se convirtió en debate no solo en España, sino en cortes y gobiernos de toda Europa, que tomaron posiciones respecto al futuro de la heredera de Fernando VII. Pese a su condición de potencia de segunda, España sigue siendo lo suficientemente importante como para que Francia e Inglaterra se entrometan en los asuntos internos del país, ya que dependiendo de con quién se casara Isabel de Borbón crecería la influencia de uno u otro país. Los progresistas se mantenían próximos a Inglaterra, mientras que los moderados estaban más cercanos al gobierno francés. En un primer momento, los ingleses favorecen la llamada candidatura italiana, con Francisco de Paula de las Dos Sicilias, conde de Trápani, mientras que Luis Felipe de Francia propone a uno de sus propios hijos, Antonio María de Orléans, quien finalmente sería infante de España por su casamiento con Luisa Fernanda. Finalmente ninguna de las dos potencias logró imponer a la otra su candidato favorito y, tras descartarse las opciones carlista y portuguesa, se decidió casar a la reina niña con su primo carnal Francisco de Asís de Borbón. Esta solución contentó por igual

a los gobiernos de Londres y París, debido a la nula influencia que una personalidad pusilánime como la de Francisco de Asís podía ejercer sobre Isabel II.

De todos modos, la decisión estuvo en el aire hasta 1846, y *El Español* fue un firme partidario de la solución portuguesa mientras esta tuvo alguna opción de fructificar. Durante 1845 se cuentan en las páginas de *El Español* más de quince artículos y cartas que de un modo u otro defienden la boda del infante Pedro de Bragança –quien sería en el futuro Pedro V– con Isabel II. La serie se abre el 18 de junio, con un artículo en el que se esgrimen razones históricas y pragmáticas para llevar a cabo el enlace. Históricas, porque se resalta la necesidad de una alianza para que Portugal y España dejen de ser “dos satélites de poderosos, interesados y contrapuestos rivales” –la alusión a Inglaterra y Francia es obvia–. Pragmáticas, porque “con la pérdida del Brasil, Portugal ha quedado reducido a la escala inferior de una potencia de tercer orden. Desde la pérdida del continente americano, la España no lo es más que de segundo”¹⁸². La inviabilidad de Portugal como Estado independiente es otra de las razones de la necesidad de una unión dinástica, según el planteamiento de *El Español*. Era opinión común en la época el considerar a Portugal como un protectorado inglés *de facto*, y Borrego participa de dicha opinión al firmar este artículo. Ahora bien, el estado de postración en que se encuentra Portugal podría solucionarse, ya que

“el día en que una misma dinastía ciña las coronas de ambos reinos, en que un tratado de comercio y una unión aduanera estrechen y confundan los intereses que la naturaleza hizo idénticos y que la política ha dividido para arruinarlos, que no para fortalecerlos; ese día los dos pueblos verán llegada la hora de su ventura, de su reposo, de su prosperidad y engrandecimiento.”¹⁸³

Así, una vez esgrimidos los argumentos por los que España y Portugal debían fusionar sus dinastías en una sola, el director de *El Español* se ocupa de los medios para efectuar la unión y las ventajas que este reportaría. Andrés Borrego enumera hasta seis puntos para llevar a cabo el enlace: consentimiento de las Cortes de ambos países, esponsales de la reina Isabel con el infante don Pedro y de la infanta Luisa Fernanda con el duque de Oporto, sustitución recíproca de los derechos de ambas dinastías, establecimiento de la ley sálica y, por encima de todos y como punto fundamental, la separación “perpetuamente” de las administraciones, instituciones y demás elementos

¹⁸² *El Español*, 18-06-1845, p. 2, col. 5.

¹⁸³ *Ibíd.*

configuradores de la “nacionalidad” portuguesa. Este último punto es fundamental para entender la ideología de Borrego, porque revela la esencia de un iberismo liberal-moderado que remite directamente al periodo 1580-1640, el de la dinastía filipina, bajo la cual España y Portugal vivieron una unión dinástica aunque no política, como ya se explicó en el epígrafe correspondiente. Este modelo de unión, basado en la prevalencia de la monarquía y en el respeto explícito a las instituciones nacionales portuguesas, es esgrimido como garantía de que el país luso no perdería ninguna de sus características esenciales y por lo tanto estaría en mejor disposición para disfrutar de la verdadera independencia, ya que en ese momento estaba bajo la administración indirecta de Inglaterra.

Borrego se apoya incluso en un folleto que acababa de ser publicado en Portugal, cuyo autor fue un general del ejército luso que en palabras del director de *El Español* había “derramado su sangre al servicio de D. Pedro”. El militar defendía en su publicación las mismas medidas que *El Español*: doble enlace para asegurar el futuro de la unión, rechazo de los intereses de partido que pugnaban por casar a algún candidato europeo adicto a sus demandas y consideración del enlace Borbón-Braganza como el “pensamiento verdaderamente nacional”. Una vez más sale a relucir ese sentimiento nacionalista, o proto-nacionalista, que no se identifica necesariamente con una sola de las culturas ibéricas; es más, alaba la fusión como lo “verdaderamente nacional”. Para finalizar su artículo, Andrés Borrego apela precisamente al sentimiento patriótico de los partidos, y advierte de que habrá dificultades para conseguir el éxito de la empresa, pero confía en los ciudadanos, puesto que “¿tan degenerados serían los descendientes de Alburquerque y de Vasco de Gama, de Gonzalo de Córdoba y de Hernán Cortés, que no se atrevieran a decir a la Europa que quieren ser independientes?”¹⁸⁴.

4.2.1.4. Eco del Comercio

Como ya se ha mencionado, encontrar un marido para la reina niña se había convertido en un asunto grave y urgente no solo para España, sino también para Europa. Cada país se posiciona en función de las posibles ganancias que podría obtener tras el enlace, al igual que sucede en las filas del liberalismo español, dividido en diferentes

¹⁸⁴ *El Español*, 18-06-1845, p. 3, col. 2.

corrientes. En este contexto, el progresista *Eco del Comercio* publica un texto en el que comenta la coincidencia entre su parecer y el del moderado *El Español* sobre los proyectos de boda real. Ambos diarios presentan la unión de las coronas española y portuguesa como una solución ideal, por las repercusiones que tendría en política exterior. Escribe el *Eco del Comercio* que

“unida la nación portuguesa a la española, quedaban ambas emancipadas de la influencia inglesa y de la Francia; [...] Unidos Portugal y España, pudiera su marina acrecer en pocos años, llegar al auge que obtuvo en siglos anteriores, asegurar y engrandecer sus colonias, dar impulso a su comercio e industria.”¹⁸⁵

El objetivo principal del *Eco del Comercio* es hacer crecer en el lector un deseo: la recuperación del glorioso pasado colonial, lo que implicaría una ruptura de Portugal y España con Inglaterra y Francia, respectivamente. El diario de Fermín Caballero aboga abiertamente por la unión política: “el reino unido de España y Portugal podría contar con 40 millones de habitantes, tornando a ser, como fue en otro tiempo, la primera potencia de la balanza europea”¹⁸⁶. Pese a las escasas posibilidades de éxito de la empresa, lo cierto es que Pedro de Braganza era uno de los candidatos a ocupar el trono español, junto con los franceses, el Hohenzollern, el conde de Montemolín y otros candidatos de segunda fila. Desde aquí, el artículo del *Eco del Comercio* se aparta del realismo político y adquiere un tono propagandístico:

“es bien cierto que llegaría la Península unida a ser el jardín del mundo, el mercado universal, un centro de industria, de vida y actividad, y lejos de emigrar nuestras familias hasta los centros de América, los moradores del norte vendrían a disfrutar nuestro sol y a establecerse en nuestro suelo; los capitales extranjeros vendrían a buscar empleo y beneficio en las nuevas y numerosas empresas, porque la paz quedaría afianzada y desterradas para siempre las revoluciones.”¹⁸⁷

Parece que el redactor sobrepasa ciertos límites racionales y pragmáticos a la hora de hablar del futuro Estado ibérico, que por su mera existencia haría desaparecer “para siempre” las revoluciones y se convertiría en “el jardín del mundo”. El artículo se cierra con una crítica devastadora contra los gobiernos españoles, que según el autor serán incapaces de llevar a cabo una tarea “demasiado grandiosa para hombres vulgares en administración”. El *Eco del Comercio* alcanza un tono igualitario, casi socialista, al plantear que cualquier propuesta política debe llevar por bandera el bien común y no los

¹⁸⁵ *Eco del Comercio*, 19-06-1845, p. 3, col. 2.

¹⁸⁶ *Ibíd.*

¹⁸⁷ *Ibíd.*

intereses de partido o privados, que son los que a su juicio dominan en la España del momento por “fracciones políticas reducidas a miserables ambiciones, que siempre son mezquinas cuando no llevan un objeto universal”¹⁸⁸. Así, se apreciaba una conexión entre el idealismo progresista y el iberismo, en tanto en cuanto la creación de un solo Estado en la península Ibérica sería un paso adelante en el camino de la fraternidad universal.

4.2.1.5. Otras aportaciones al debate

Algún otro importante diario del momento, como *El Clamor Público*, apuntan en la misma dirección. *El Clamor Público* ve la luz en Madrid el 7 de mayo de 1844. Su fundador, el gaditano Fernando Corradi, procedía de una familia de origen italiano, de tradición liberal y publicista –su padre fue director del *Diario de Sesiones* de las Cortes de Cádiz–. Tras pasar su juventud en el exilio parisino junto a su familia, Corradi regresa en 1830 a España, donde se da a conocer como novelista, poeta y político bajo el paraguas del partido progresista. Juega un papel fundamental en la revolución de 1840, cuando es nombrado secretario general de la Junta Suprema Revolucionaria¹⁸⁹, y después participa en los diferentes gobiernos progresistas que se suceden hasta 1844. Tras la llegada al poder de los moderados, Corradi seguirá ocupando la primera línea política gracias a su periódico. *El Clamor Público* consigue en su primer año de vida unas cifras de suscriptores similares a las del otro gran diario progresista del momento, *Eco del Comercio* (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 112), al que irá sustituyendo poco a poco, tanto en Madrid como en el resto de España, como portavoz oficioso del progresismo. El periódico de Corradi llegará a ser el más influyente entre los representantes de esta corriente política, hasta que empieza a perder fuelle precisamente con el triunfo de los progresistas en la revolución de 1854 (Seoane, 1983: 229). Entre 1856 y 1860 pasaría a defender los postulados de la unión liberal, para regresar al campo progresista hasta su desaparición en 1864 (Seoane, 1983: 257).

La constante en los primeros meses de publicación de *El Clamor Público* son los ataques hacia los moderados en general y en particular hacia la figura de Luis González Bravo, ex-presidente del gobierno y hombre de plena confianza de Narváez. En cuanto a la estructura del diario, es muy similar a la del resto de periódicos políticos importantes

¹⁸⁸ *Ibíd.*

¹⁸⁹ *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo 6, año 1885, p. 156.

de la época. Se presenta de forma poco lustrosa, quizá demasiado austera, sobre todo en comparación con la prensa de la segunda mitad del XIX. Abre con una “sección política” en la que se incluye la opinión del periódico y la crónica parlamentaria, siguiendo con una sección de noticias, tanto nacionales como internacionales, y finalizando con una sección de variedades, equivalente a las secciones de sociedad y cultura de hoy en día. Con el paso de los años, el periódico le da cada vez más importancia a la vertiente literaria del periodismo, incluyendo en sus páginas el típico folletín.

Las primeras noticias sobre la orientación iberista de este periódico se encuentran el 19 de junio de 1845. Ese día, *El Clamor Público* reseña un comentario de otro periódico iberista, *El Español*, en el que se defiende el matrimonio de Isabel II con el heredero del trono portugués, don Pedro. El periódico de Corradi reproduce las condiciones bajo las cuales se celebraría el enlace, que finalmente llevarían a la constitución del “reino unido de España y Portugal”. Para *El Clamor Público*, este sería un “gran proyecto”¹⁹⁰. Esta primera y sucinta mención de simpatía hacia el proyecto de unión de España y Portugal no encuentra continuidad, ya que hasta junio de 1847 no vuelve a manifestarse la tendencia iberista del diario

En fechas siguientes, *El Español*, a través de su director, analiza las demás candidaturas que optaban a conseguir la mano de Isabel II. Borrego afirma que Luis Felipe no puede colocar a un príncipe francés en el trono español, puesto que todas las demás potencias europeas no permitirían a Francia tener una influencia tan profunda sobre España¹⁹¹. Alerta de la impopularidad de la elección de un príncipe español, puesto que este sería por fuerza algún hijo de Francisco de Paula de Borbón, conocido por sus simpatías hacia Espartero. *El Español*, haciendo gala de su moderantismo, alaba la defensa que Francisco de Paula hizo de su sobrina Isabel ante el carlismo, pero coloca la ideología progresista del infante como un obstáculo que haría imposible el reinado de sus hijos. Borrego afirma que, siendo preferible un príncipe español a cualquier extranjero, sería todavía más provechoso para España el cambio de dinastía y unir la corona española a la de Portugal, “nuestro natural aliado y amigo”¹⁹². Por supuesto, Andrés Borrego rechaza de plano cualquier candidatura carlista, y también desprecia las posibilidades de

¹⁹⁰ *El Clamor Público*, 19-06-1845, p. 2, col. 4.

¹⁹¹ *El Español*, 20-06-1845, p. 2, col. 5.

¹⁹² *El Español*, 21-06-1845, p. 2, col. 5.

un príncipe italiano “que nada nos trajera, que nada nos valiera, y antes fuera ocasión de trastornos y disturbios”¹⁹³.

Dentro de las filas del progresismo, el *Eco del Comercio* tuvo un gran competidor primero en *El Clamor Público* y más tarde en *La Iberia*, cabecera esta última que terminaría haciéndose con el liderazgo periodístico de este sector ideológico, relegando a sus dos competidores. La diferencia más profunda entre estos periódicos fue desde un primer momento la afinidad al general Espartero: mientras que *La Iberia* defendió al militar y su papel como regente, el *Eco del Comercio* y *El Clamor Público* se habían declarado trinitarios, es decir, partidarios de una regencia formada por tres personas. Existe aún otra destacada fuerza liberal-progresista en la prensa madrileña de la época y está encarnada en *El Espectador*, diario fundado por Evaristo San Miguel que ve la luz el 1 de agosto de 1841. *El Espectador*, al igual que *La Iberia*, será un defensor sin fisuras de Baldomero Espartero (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 95).

El Espectador responde al nuevo modelo periodístico que se va imponiendo hacia mediados de siglo: la sección doctrinal o de opinión está claramente diferenciada de los contenidos informativos, que a su vez se estructuran en diferentes secciones. No falta el inevitable folletín, que por encima de otros géneros proporcionará a los lectores novela histórica. También añade a sus páginas anuncios, que servirán para aumentar los fondos de una empresa que contaba con imprenta propia. De periodicidad diaria, en *El Espectador* comienza a trabajar Ángel Fernández de los Ríos, quien compartirá redacción con gente como Francisco Díaz Quintero, Rafael María Balart o Mariano del Castillo. Tras la caída de Espartero, este diario es duramente perseguido por no ajustarse a las leyes de prensa del momento. *El Espectador* contó con varios responsables editoriales que tuvieron problemas con la censura en diversas ocasiones. Uno de ellos, Tomás Santander y Muñoz, acabaría en la cárcel en el año 1845. Durante el gobierno de González Bravo ni siquiera se publica, reapareciendo entre mayo de 1844 y mayo de 1848. Vuelve a salir en septiembre del 48, y a finales de ese año será cuando la administración Narváez ponga punto final a la existencia del diario.

¹⁹³ *Ibíd.*

La candidatura portuguesa, sin embargo, no es tomada muy en serio por cabeceras como *El Espectador*. El diario de Evaristo San Miguel publica en junio de 1845 un suelto en el que comenta la pretensión de *El Español* –defensor de las aspiraciones de Pedro de Braganza– de que Francisco de Paula renunciara a la carrera por el matrimonio real. En sarcásticas palabras de *El Espectador*, el mejor modo de que Pedro de Braganza se casara con Isabel II sería “renunciar generosamente todos los demás”¹⁹⁴. También un diario moderado como *El Heraldo* tira una pulla al afirmar la imposibilidad de que el candidato portugués acabara ciñendo la corona española, ya que Inglaterra se opondría a ello y “ni los portugueses ni los españoles están tan decaídos que no se atrevan a decir a la Europa que quieren ser independientes”¹⁹⁵. Un mes más tarde, sin embargo, *El Heraldo* se mostraría comprensivo con la propuesta de *El Español*: Pedro de Braganza, “un NIÑO de ocho años, cuyo enlace con nuestra REINA, si la Providencia no lo hubiera hecho imposible, sería sin duda muy ventajoso”¹⁹⁶. Por aquel entonces Isabel II contaba catorce años. *El Heraldo* abunda en esta cuestión, utilizando los mismos argumentos, en su número del 23 de agosto de 1845:

“Ya hemos dicho desde un principio que si fuera posible el matrimonio de nuestra joven reina con el hijo de Doña Maria de la Gloria, no vacilaríamos un momento en aceptarle; pero prescindiendo de la complicación europea a que daría lugar, y de los inconvenientes que esta produciría para la realización del proyecto en cuestión, hay uno gravísimo que lo hace punto menos que imposible. Hablamos de la tierna edad del príncipe portugués.”¹⁹⁷

Aunque el realismo político le hace descartar por completo la opción portuguesa, el diario conservador reconoce lo atractivo del proyecto, y lo haría en alguna ocasión más: “el príncipe heredero de Portugal, que sería más de desear que otro ninguno para reunir en un solo reino la península Ibérica, es aún demasiado niño”¹⁹⁸. La ocasión, sin embargo, está perdida por la diferencia de edad. El matrimonio de Isabel II, además de constituir una formalidad, era un asunto debatido en toda Europa, ya que podría servir para operar un cambio en los equilibrios de poder del continente. Al mismo tiempo, desde un punto de vista exclusivamente español, el enlace real se percibía como un apagafuegos para terminar de cuajo con las aspiraciones carlistas, que ya no ardían en conflicto pero seguían activas.

¹⁹⁴ *El Espectador*, 23-06-1845, p. 4, col. 3.

¹⁹⁵ *El Heraldo*, 19-06-1845, p. 2, col. 1.

¹⁹⁶ *El Heraldo*, 15-07-1845, p. 1, col. 5. En mayúsculas en el original.

¹⁹⁷ *El Heraldo*, 23-08-1845, p. 1, col. 1.

¹⁹⁸ *El Heraldo*, 08-10-1845, p. 1, col. 4.

Todos los periódicos españoles se ocupan de la futura boda real, y al estar situados Andrés Borrego y su periódico en el ala más centrada del moderantismo, como ya se ha apuntado, se enfrentan a periódicos más conservadores como *El Herald*, *El Tiempo*, *El Castellano* y *El Globo*. Estos apuestan por la opción española a través de uno de los hijos de Francisco de Paula, tío carnal de Isabel II, opción que como se sabe triunfaría a la postre. A medida que avanzan las semanas el tema va ganando fuerza y los periódicos se implican cada vez más. *El Español*, por su parte, tras haber analizado todas las posibles combinaciones y evidenciar su postura favorable a la opción portuguesa, se dedicó a demostrar su posibilidad y los medios disponibles para hacerlo. El artículo del 6 de septiembre deja claro el enfoque que el periódico tiene *a priori* sobre la cuestión: mientras los intereses ibéricos estén separados, España y Portugal no podrán recuperar ninguna influencia en Europa y permanecerán sumisos a las políticas de Francia e Inglaterra. Este pensamiento es común a todos los partidarios de la unión: una de las posibles salidas a la situación de postración hispano-portuguesa respecto del resto de Europa sería la del enlace dinástico entre Isabel II y don Pedro. La boda real permitiría a Portugal dejar de preocuparse de sus finanzas, puesto que ya no le sería necesario estar supeditado a Inglaterra teniendo para sí todo el mercado peninsular y americano:

“El comercio y la civilización del continente americano desde el Cabo de Hornos hasta el río del Norte en la frontera de la Luisiana llaman por los vínculos los más fuertes, como por los títulos los más sagrados a los naturales de España y Portugal, a un cambio activo de relaciones intelectuales y mercantiles, que en breves años puede hacernos los conductores y los intermediarios de cuantas ideas y artefactos la América saca de Europa.”¹⁹⁹

Para *El Español* todavía era posible recuperar –al menos en el plano económico– la supremacía ibérica en el continente americano, desde Chile hasta la frontera con Estados Unidos, y además “en breves años”. No solo eso, sino que las posesiones que Portugal aún conservaba en África, India y China servirían para superar a todas las demás naciones del globo en cuanto a poder naval, excepción hecha de Inglaterra. ¿Era este un planteamiento ingenuo o demasiado atrevido? El periódico de Borrego tenía también planes si se diera el caso de que el enlace Borbón-Braganza no se llevara finalmente a cabo. La apertura del Duero y del Tajo a la navegación redundaría en un beneficio económico innegable para Portugal y España, beneficio del que además no participaría

¹⁹⁹ *El Español*, 06-09-1845, p. 2, col. 5.

ninguna potencia extranjera y que se podría multiplicar con la construcción de los ferrocarriles Lisboa-Madrid y Sevilla-Lisboa. La guinda del pastel de la prosperidad ibérica sería, según *El Español*, la puesta en funcionamiento de una unión aduanera, que armonizara y en su caso aboliera los aranceles con que se gravaban aquellos productos que cruzaban la raya fronteriza, acabando además con el contrabando. Estos tres puntos fundamentales en las reivindicaciones iberistas, a saber, la firma de una alianza para la política exterior, la navegación en los ríos compartidos y la unión aduanera se llevarían a cabo de una sola vez si se consumara el matrimonio de Pedro e Isabel. Como se ha apuntado anteriormente, el matrimonio de Isabel II no es una cuestión únicamente española, sino que la prensa de toda Europa se ocupa del asunto. El proyecto de creación de un reino unido en la Península Ibérica llama “en extremo” la atención en Francia, donde según el corresponsal de *El Español* en París se hablaba mucho del asunto²⁰⁰. Incluso se llega a publicar un artículo del *Quotidienne* en el que se lamenta la suerte que corría España, entregada a los intereses de partido. También en Inglaterra se trató la cuestión, en diarios como el progresista *Morning Chronicle*, del que *El Español* también reproduce un artículo. En el caso del *Morning Chronicle* no hay lamentos sobre la situación de España, sino que se tomaba partido y se informaba sobre las intenciones que Luis Felipe tenía de colocar un infante francés en la línea de sucesión a la corona española, como finalmente sucedió.

El Español no se ocupa solo del matrimonio real: el 11 de julio de 1845 se recogen unas informaciones publicadas en Londres según las cuales algunas compañías capitalistas inglesas estarían dispuestas a financiar una línea de ferrocarril entre Lisboa y la frontera española. Para *El Español*, el enlace ferroviario es una metáfora del enlace dinástico, puesto que sería “el primer eslabón que vuelva a unir los dos pueblos hermanos, separados por la errada política de Felipe IV”²⁰¹. Los planes para la construcción del ferrocarril entre las capitales de los dos Estados peninsulares fueron siempre caballo de batalla del iberismo. Sin embargo, la lentitud con la que se desarrollaron los ferrocarriles nacionales en España y Portugal ayudó a perpetuar el retraso de estos proyectos, y todavía habría que esperar 36 años para ver inaugurada la línea Lisboa-Madrid.

4.2.2. Iberismo en los sectores moderados y conservadores

²⁰⁰ *El Español*, 05-07-1845, p. 4, col. 3.

²⁰¹ *El Español*, 11-07-1845, p. 1, col. 2.

El asunto de la boda real pierde fuerza en el debate público, al decantarse los ministros de la reina por la opción española en detrimento del resto. Francisco de Asís de Borbón se convierte en rey consorte y los planes de fusión dinástica de los iberistas pasan a mejor vida. En el 46 se habla mucho de la posibilidad de una intervención militar española en suelo portugués para ayudar al gobierno de Costa Cabral en su lucha contra la alianza setembrista-miguelista. Dicha alianza era contra natura, puesto que unía a progresistas y absolutistas, pero como tantas otras veces en la historia estos dos grupos opuestos tenían un objetivo común, tal era acabar con el valido de la reina, de orientación liberal moderada. Mientras la mayoría de periódicos españoles moderados defienden la participación del ejército en la guerra, *El Español* se sitúa en tierra de nadie, apostando por la intervención en el caso de que peligrara la dinastía Braganza pero dejando que el pueblo portugués fuera quien decidiera si estaba a favor de setembristas o cabralistas. En todo caso, el periódico de Borrego no quiere oír hablar de posibles alianzas con los defensores del absolutista don Miguel.

4.2.2.1. Andrés Borrego insiste en la idea ibérica

Una vez descartado el objetivo de la monarquía ibérica a través de un matrimonio Borbón-Braganza y expuesta su opinión respecto a la intervención militar de España en los asuntos de Portugal, *El Español* vuelve a emitir el clásico mensaje iberista de mediados de siglo: la unión peninsular es lo único que puede sacar a España y Portugal de la situación de atraso en la que se encuentran. El periódico de Borrego utiliza un artículo publicado en el *Times* londinense para dar publicidad a la idea de la unión. El periódico inglés defiende la creación de una monarquía en México para que este país no perdiera su independencia. El verdadero motivo de esta demanda era, según *El Español*, el miedo que Inglaterra tenía al ascenso imparable de Estados Unidos. Para los ingleses, Francia y España ya no significaban una amenaza y crear un Estado-tapón en México era la mejor manera de bloquear el crecimiento estadounidense. Andrés Borrego comulga con esa idea, pero advierte de que España, por sí misma, no podría conseguir nada:

“Mientras que seamos simplemente *España* no podemos nada en el mundo; necesitamos ser *Península*, necesitamos enmendar el error de Felipe II para elevarnos al rango que nos corresponde. Sea una nación España y Portugal, y enlazados entonces con México, fundaremos en ella una monarquía poderosa, poblada por españoles, que ocasionará suficientes cuidados a

Estados Unidos en su propio continente, para que pueda pensar en volver sus ojos ávidos a la prepotencia europea.”²⁰²

La defensa de Inglaterra por parte de *El Español* es evidente, no en vano el ideal político que representaba su gobierno liberal era del agrado de Borrego, pero la grandeza que él otorgaba a su pensamiento le impedía pensar que lo que planteaba podía estar fuera de la realidad, ya que *El Español* ofrece a Inglaterra dos alternativas: o bien permitir la unión hispano-portuguesa, o bien batirse con una potencia que se extenderá “hasta el istmo de Panamá”²⁰³.

El *Eco del Comercio*, uno de los periódicos progresistas más destacados del momento, se manifestó contrario a las demandas de *El Español*. Pese a que su ideología sobre el papel podría dar a entender que estaría dispuesto a una unión con Portugal, el *Eco del Comercio* argumentaba su oposición en base a que la fusión de los dos Estados ibéricos colocaría a España en una posición de sometimiento respecto a Inglaterra. El periódico de Borrego contesta con una declaración de amor ideológico a Londres, y afirma que puestos a elegir preferiría estar sometido a Inglaterra antes que a Francia. Pero la declaración puramente iberista, escrita a continuación, apuntaba que ni siquiera Inglaterra podría dominar una Iberia unida, puesto que

“sería bastante difícil dominarnos cuando formásemos una nación compacta con Portugal, y con una extensión inmensa de costa y un imperio colonial vastísimo, empezásemos a desarrollar nuestros inmensos recursos, sobre todo si tuviésemos una legislación mercantil menos absurda y menos gótica que la que hoy aniquila nuestro comercio.”²⁰⁴

El optimismo que *El Español* manifestaba respecto al futuro era suficiente como para poner a una futura Iberia en la misma posición que las mayores potencias de su tiempo, con grandes imperios económicos basados en el comercio internacional y la explotación de las colonias. Se observa cómo en el pensamiento de Andrés Borrego existe la idea, expresada en repetidas ocasiones, de alcanzar una unidad nacional en suelo peninsular. El horizonte de un verdadero nacionalismo ibérico se extiende en el imaginario que promueve *El Español*.

²⁰² *El Español*, 28-01-1846, p. 2, col. 3. En cursiva en el original.

²⁰³ *El Español*, 28-01-1846, p. 2, col. 2.

²⁰⁴ *El Español*, 31-01-1846, p. 3, col. 3.

4.2.2.2. El iberismo de Facundo Goñi

Pese a que el iberismo tuvo mayor arraigo y alcance en el liberalismo progresista que en el moderado, algunas corrientes dentro de este último grupo también defendieron la unión de España y Portugal, como se está viendo. Ya se ha demostrado al repasar algunas publicaciones de *El Español* y a continuación se va a observar en *El Herald*, fundado en 1842 por Luis José Sartorius, futuro presidente del gobierno y que sería su primer director. Sartorius sitúa desde un principio a su periódico frontalmente en contra de la regencia de Espartero y al servicio del general Narváez y de los intereses de María Cristina (Seoane, 1983: 179). A lo largo de sus doce años de historia, *El Herald* se convertirá en el órgano de prensa representativo del liberalismo moderado de orientación monárquica y constitucionalista. También serán sonadas sus polémicas con la prensa progresista, sobre todo con los dos grandes diarios de esta corriente, que eran *Eco del Comercio* y *El Clamor Público*. Luis José Sartorius es el responsable máximo del diario a lo largo de toda su aventura, e incluso influirá en la publicación desde su puesto de primer ministro, que va a ocupar desde septiembre de 1853 hasta la Vicalvarada, cuando al tiempo que cederá su cargo caerá su periódico. Ya se ha mencionado largamente a *El Español* de Andrés Borrego, también moderado y también partidario de la unión ibérica. Pues bien, según el catálogo de la Biblioteca Nacional, tras el cierre de *El Español* gran parte de su redacción pasa a formar parte de las filas de *El Herald*, que se consolidará como máximo representante periodístico de los moderados cuando absorba a los también conservadores *El Corresponsal* y *El Globo*.

Las primeras publicaciones en las que se pueden rastrear las inquietudes iberistas de *El Herald* se encuentran en mayo de 1846. A lo largo de aquel mes, el político y diplomático Facundo Goñi pronuncia en el Ateneo de Madrid unas conferencias sobre derecho internacional en las que analiza la situación política de Europa y las relaciones de España con el resto de naciones del continente. *El Herald*, al igual que otros periódicos como *El Español*, transcribe las conferencias de Goñi, en las que el político introduce su pensamiento iberista:

“la unión de España y Portugal, que aunque en la actualidad no sería posible, es un acontecimiento que debe siempre estar fijo en la política del gobierno español; porque esta unión está indicada por la naturaleza y daría a la Península el gran poder que debe tener en el mundo.”²⁰⁵

El autor otorga a la naturaleza la responsabilidad de haber colocado a España y Portugal en disposición de convertirse en un solo Estado. El hecho “natural” es un argumento clásico de los nacionalismos, al establecerse un territorio dado y aparentemente homogéneo como base para el establecimiento de estructuras soberanas de poder que rijan sobre el mismo. Junto a este argumento de carácter naturalista se sitúa un objetivo de mayor alcance, común a casi todo el iberismo: la recuperación del poder perdido y el establecimiento de una potencia política en el sur de Europa. En la referencia a la momentánea “imposibilidad” de llevar a cabo la idea subyace el miedo al poder británico, una constante en la obra de Facundo Goñi, como se verá.

Apenas dos días después se reseña en *El Heraldo* la conferencia de Goñi en la que se trataron las relaciones hispano-portuguesas. Como introducción, el autor repasa sucintamente la historia de Portugal, comenzando con una interpretación nacionalista al afirmar que el país luso “estuvo en un tiempo unido a España formando con ella una sola nación, pero a mediados del siglo XII se erigió en independiente con el nombre de condado”²⁰⁶. Apenas treinta líneas más abajo se alcanza la actualidad de la época, punto en el que se manifiesta de manera directa y abierta la posición del autor respecto a la política que el gobierno español debe llevar frente a Portugal:

“el pensamiento fijo, perseverante del gobierno español, debe ser la *Unión peninsular*: a este acontecimiento más o menos remoto debe encaminarse siempre su política. [...] La unión de los pueblos, la concentración de las sociedades en cuanto lo permita la naturaleza, es la tendencia de la época.”²⁰⁷

De nuevo se encuentra un enfoque naturalista respecto al futuro de la península Ibérica, no solo en un sentido determinista (el territorio compartido), sino que va también de la mano con la “tendencia” del momento.

El Español también recoge la intervención de Facundo Goñi en el Ateneo de Madrid. Goñi sería años más tarde uno de los negociadores del Tratado de Lindes de

²⁰⁵ *El Heraldo*, 26-05-1846, p. 3, col. 4.

²⁰⁶ *El Heraldo*, 28-05-1846, p. 3, col. 5.

²⁰⁷ *Ibíd.* En cursiva en el original.

Lisboa, por el que se establecieron en gran parte las actuales fronteras hispano-portuguesas, y en vísperas de la Gloriosa ocuparía el cargo de embajador en Estados Unidos. Pero antes de que todo eso ocurriera, Goñi argumenta en el Ateneo a favor de la unión peninsular y se muestra precavido sobre los obstáculos que la imposibilitaban en aquel momento, como la probable oposición de Inglaterra, que no estaba dispuesta a abandonar su protectorado *de facto* sobre Portugal, y los conflictos dinásticos vigentes en los dos países ibéricos. Además de estos impedimentos coyunturales, la tradicional antipatía portuguesa hacia todo lo que proviniera de España hacía pensar en una complicación aún mayor para la unión. Sin embargo, Goñi también representa el optimismo respecto al futuro de Iberia, y recomendaba al gobierno no perder la pista de este asunto:

“Si tantas son las dificultades que imposibilitan en la época presente esta unión, ¿no deberemos renunciar a una idea irrealizable? Esta idea sin embargo debe constituir un punto esencial en la política fija de nuestro gobierno. [...] la unión con Portugal no debe buscarse en la conquista, sino en la conveniencia mutua, en el consentimiento recíproco. [...] Por de pronto es realizable una unión aduanera que hiciese desaparecer ciertos obstáculos materiales, y una comunicación más activa que disipase prevenciones. Cuando se sigue con perseverancia una idea, tarde o temprano llega a realizarse.”²⁰⁸

Facundo Goñi representa con nitidez el ideal iberista del momento en España, que dice no a la unión con Portugal mediante la conquista –reconociendo así la particularidad portuguesa como inherente a la identidad ibérica– y al mismo tiempo propone la puesta a punto de la unión aduanera como pilar fundamental de lo que sería la posterior unión política²⁰⁹. El autor se atreve incluso a sugerir la posibilidad de que la progresiva desaparición de soberanías independientes en Europa acabara dando lugar a una “unidad” en el continente, aunque no llega a lanzar un pronóstico concreto sobre una utópica –entonces y quizá también ahora– unión política europea.

4.2.2.3. Reorientación de Jaime Balmes

En este contexto histórico vuelven a surgir escritos relacionados con el iberismo en las páginas de *El Pensamiento Español*, de Jaime Balmes. No obstante la claridad argumentativa de los párrafos de este autor que ya se han repasado, el autor incurrirá en

²⁰⁸ *El Español*, 29-05-1846, p. 3, col. 3.

²⁰⁹ Facundo Goñi publicaría en 1848 su *Tratado de las relaciones internacionales de España*, en el que emplaza de nuevo a los gobiernos españoles a que avanzaran en el camino de la unión ibérica.

contradicción consigo mismo tiempo después. En abril de 1846 tendrá lugar en el norte de Portugal la revuelta de Maria da Fonte, que hizo temblar a los pensadores conservadores de media Europa. Balmes se ocupa de la cuestión en un artículo titulado “La revolución de Portugal”²¹⁰, texto que comienza con una declaración poderosa en su fondo, que llama la atención por su oposición frontal a lo que se ha visto expuesto con anterioridad, escrito por la misma pluma:

“España y Portugal son dos naciones que parecen destinadas a formar una sola. A juzgar por el mapa no se encuentra ninguna razón plausible por que hayamos de vivir separados. No nos divide ninguna cordillera, ningún río; sus montañas son prolongación de las nuestras; sus ríos son continuación de los nuestros. [...] Con más facilidad se comprendiera que no perteneciesen a España las provincias Vascongadas, la Navarra, el alto Aragón y el principado de Cataluña: siquiera encontramos allí una frontera natural en las márgenes del Ebro.”²¹¹

En febrero del 45 Balmes argumentaba que las fronteras naturales no eran una razón válida para afirmar qué era o qué no era una nación, un año y cuatro meses después teoriza en sentido contrario. Sin embargo, no todo son contradicciones. Se observa una continuidad en la línea de pensamiento españolista que existe al expresar la indudable “pertenencia” a España de determinadas provincias, pertenencia que si se diera en el caso de Portugal debería resultar aún menos sorprendente. Así, se vuelve a imaginar a la entidad pequeña sometida a la más grande.

El artículo continúa con una crítica acerba a la dinastía Habsburgo. La administración de los Felipes respecto a Portugal había estado marcada por “la imprevisión, la desidia, la flojedad” de sus gobiernos, que terminaron perdiendo “aquella preciosa joya”²¹². La idea iberista no era ya tampoco para Balmes propiedad de ilusos y románticos, sino que él mismo la cantaba. Lo hacía, eso sí, con pesimismo: “estamos reducidos a votos estériles para la consecución del más grande objeto que jamás se ofreciera a la nacionalidad de los pueblos iberos”²¹³. El autor afirma sentirse triste e indignado por el desarrollo de los acontecimientos desde aquella unión de finales del XVI hasta el momento en el que escribe. La evolución de Portugal había sido siempre a peor, viéndose forzado en lo interior a elegir entre opciones nefastas y totalmente condicionado por su relación “esclava” con Inglaterra. España no había vivido tampoco un avance

²¹⁰ *El Pensamiento de la Nación*, 03-06-1846.

²¹¹ *Ibíd.*

²¹² *Ibíd.*

²¹³ *Ibíd.*

notable, precisamente. A ojos de Balmes, ambas naciones dieron la espalda al resto de Europa y el recuerdo de sus antiguas glorias les fue perdiendo poco a poco en una melancolía que terminó por afectar el sistema nervioso de ambas naciones, dejándolas a mediados del siglo XIX en un estado de languidez solo interrumpido momentáneamente por la explosión patriótica de 1808.

El filósofo de Vic continúa su artículo explorando las similitudes entre los movimientos absolutistas de Portugal y España, y es en este punto cuando verdaderamente se ocupa de la cuestión con la que titulaba el artículo, “La revolución de Portugal”. Las similitudes en la historia de los dos Estados ibéricos a lo largo de los siglos estaban en condiciones de repetirse a comienzos de junio del 46. Balmes teme el contagio revolucionario en España y las consecuencias que ello podría traer en términos de lucha dinástica. Para evitar dicha lucha era imprescindible optar por una opción diferente a la portuguesa, ya que España se encaminaba al desastre si se llevaba a cabo “el funesto designio de casar a la reina Isabel desoyendo la opinión del país, y no atendiendo a lo que reclaman en alta voz los intereses de la nación, del trono y de la dinastía reinante”²¹⁴. Esto es, había que reconciliar a las dos ramas de la monarquía y evitar cualquier otro matrimonio real, lo cual impediría a su vez que se repitieran en España los sucesos portugueses, rayanos en la guerra civil.

Se aprecia cómo Jaime Balmes trata la cuestión ibérica desde la óptica de la política interior española. Así, en los dos artículos rescatados de *El Pensamiento de la Nación* se descubre un Balmes que en ningún caso podría ser considerado iberista en el sentido integrador del término, sino que enfocaba la cuestión desde el españolismo. No obstante la contradicción que ya se ha puesto de manifiesto en cuanto a la consideración de las fronteras naturales como un criterio válido para conformar naciones, se revela una continuidad en el acercamiento con espíritu positivo a los proyectos iberistas. En ambos artículos se observa cómo para el filósofo catalán, igual que para el resto de la intelectualidad de su tiempo, los proyectos de unión ibérica ocuparon un lugar señalado en el debate y en sus reflexiones. En el caso de Balmes, no obstante, fue un tema indudablemente secundario.

²¹⁴ *Ibíd.*

4.2.3. Reacciones a la revuelta de Maria da Fonte y la Patuleia

En la primavera de 1846, en Portugal, el gobierno de Costa Cabral saca adelante un proyecto para cercar los campos y registrar la propiedad agrícola en el norte del país. Los campesinos del Miño vieron cómo compradores de clase media se hacían de manera legal con terrenos comunales que desde siempre habían sido utilizados para el pastoreo, la quema de rastrojos o la caza con cebo (Birmingham, 2003: 125). Tras haber soportado un año de malas cosechas y hambre, la privatización de las tierras campesinas fue la mecha que encendió la revolución de María da Fonte, de carácter espontáneo y de ámbito rural. La sucesión de acontecimientos que siguen a esta revuelta se convierten en la Patuleia, una auténtica guerra civil que traslada el centro del conflicto al mundo urbano. El objetivo de los revolucionarios, integrados en una alianza entre setembristas (progresistas) y miguelistas (absolutistas), es terminar con el gobierno del cartista (moderado) Costa Cabral.

En este contexto de graves enfrentamientos, los diferentes actores en disputa intentan galvanizar a sus bases de cara a conseguir un apoyo total, llegando a utilizar técnicas de agitación como las operaciones de falsa bandera. Esta es la interpretación que da el *Eco del Comercio* al comentar, en un pequeño suelto con fecha del 18 de junio de 1846, una “proclama incendiaria” publicada en un diario moderado de Lisboa, según la cual portugueses y españoles deberían unirse en una revolución conjunta que tuviera por objeto terminar con las monarquías ibéricas e instaurar una república. Dice el *Eco del Comercio* que “esa proclama es obra de los restauradores del régimen caído, para demostrar que el foco revolucionario quiere ir más allá de donde ha llegado. Esa es táctica muy trillada”²¹⁵. Esta última frase hace referencia a la operación de falsa bandera que se habría intentado publicando ese alegato en favor de la república ibérica. Según el diario de Fermín Caballero, un periódico moderado portugués no podría ser en ningún caso nacionalista ibérico, aun menos en su vertiente republicana.

El objetivo real del diario luso sería agitar el fantasma del “peligro español” para que los cartistas cerraran filas en torno a la figura de Costa Cabral y la monarquía portuguesa. Asociar el movimiento de la Patuleia con el iberismo significaba, además de

²¹⁵ *Eco del Comercio*, 18-06-1846, p. 3, col. 1.

desvirtuarlo, provocar que muchas personas se desentendieran de él por considerarlo una ofensa a la nación portuguesa. Esta interpretación revela en parte cómo el iberismo era ya utilizado en Portugal como arma contra aquellos que pretendían alterar el orden establecido. No obstante los matices negativos del texto, *Eco del Comercio* no pierde la ocasión de reafirmarse en su voluntad iberista: “¡Ojalá pudiera conciliarse formar una sola monarquía de ambos pueblos! Entonces nos dejarían en paz los extranjeros, porque formaríamos la primera potencia de Europa”²¹⁶. De nuevo se estima necesaria la unión ibérica –importante destacar que en forma de una monarquía– con el objetivo de anular la dependencia anglofrancesa.

Un mes más tarde se deja de lado la teoría y *El Herald* habla ya de pasos prácticos a seguir con el objetivo de conformar el futuro Estado ibérico. Las ideas expresadas se enmarcan también en cierta dirección establecida en parte por los países del entorno. La idea consiste en orientar progresivamente la situación sociopolítica de España y Portugal hacia un terreno que propicie la unión política. Así, la comunidad de intereses económicos aparece ya en el horizonte, apoyada en las experiencias que se están llevando a cabo en otros países de Europa. En este caso se trata del desarrollo industrial, encarnado en el tendido ferroviario que acababa de ser inaugurado entre París y Bruselas, conectando ambas capitales “a distancia de diez horas una de otra”. La admiración de *El Herald* por la obra es grandísima, y se permite soñar con un proyecto similar entre Madrid y Lisboa:

“Francia y Bélgica van a quedar unidas de hecho, y no por un lazo político y convencional, sino por uno indisoluble y eterno, a que no pueden oponerse los recelos políticos más bien fundados y más firmemente sostenidos. [...] ¿Por qué España y Portugal no han de hacer lo mismo a pesar de los celos de Inglaterra? ¿Por qué no ha de haber un ferro-carril de Madrid a Lisboa, mientras que otras carreteras abiertas por otros puntos y la navegación del Tago y del Duero dan nueva fuerza y garantías a una unión que tarde o temprano es indispensable?”²¹⁷

El periódico encuentra una respuesta negativa a esas preguntas en la situación política de Portugal, mostrando su oposición al estado de cosas del momento en el país luso. La revuelta de Maria da Fonte no es del gusto de un representante del conservadurismo monárquico, y sin embargo, pese a las perspectivas poco halagüeñas de cara a la consecución de la unidad ibérica en el corto plazo, *El Herald* no pierde la esperanza y proclama su deseo de “saludar la aurora de aquel gran día en que el ferro-carril que

²¹⁶ *Ibíd.*

²¹⁷ *El Herald*, 24-06-1846, p. 2, col. 1.

empieza en Bruselas y se extiende a París, se prolongará hasta Madrid y Lisboa, realizando ese sueño de fraternidad y paz que no se puede alcanzar por otros medios”²¹⁸, extendiendo así su iberismo más bien hacia un cierto latinismo que habría de unir al grupo cultural formado por los pueblos que entonces se llamaban de raza latina.

A finales de año, con el asunto de la boda real ya terminantemente zanjado y decidido a favor de Francisco de Asís de Borbón, *El Español* se enzarza en una polémica con *El Heraldo* respecto a la defensa que Andrés Borrego hizo en su momento del matrimonio entre Isabel II y Pedro de Braganza. Mientras *El Heraldo* afirma que la causa del fracaso de la opción portuguesa fue la diferencia de edad entre los herederos reales (Isabel era siete años mayor que Pedro), *El Español* responde con un argumento potente para justificar el fracaso del enlace ibérico: los hombres de Estado españoles fueron incapaces de entender la gloria que según los nacionalistas ibéricos traería la unión, puesto que no se encargaron de extender la idea por Portugal, ni de convencer a las potencias extranjeras para que no se opusieran al proyecto, ni de preparar un acontecimiento de cuyo éxito disfrutarían otros y no ellos²¹⁹.

En septiembre de 1846 la polémica continúa entre *El Heraldo* y *El Español*. El motivo en este caso era la segunda parte de los enlaces reales: no solo se estaba buscando marido a Isabel, sino también a su hermana, la infanta Luisa Fernanda. *El Heraldo* se felicita por que el elegido haya sido Antonio de Orleans, duque de Montpensier. El acercamiento a Francia a esas alturas de siglo siempre era un motivo de alegría para los conservadores. Sin embargo, muchos diarios –como *El Español*– se oponían a este matrimonio precisamente porque Francia ganaba aún más influencia directa sobre la corte española. *El Heraldo*, sin embargo, recuerda el apoyo de *El Español* a la candidatura de Pedro de Braganza y lo acusa de incoherente:

“No habría habido un periódico que hubiese combatido un enlace de príncipes que debía ser también el enlace de dos pueblos hermanos, el porvenir de un gran país y de una gran nación. [...] Si los hombres de Estado deben, como nos decía *El Español*, tender su vista al porvenir, abarcar con su mirada todas las eventualidades posibles, [...] cabe que el heredero de Portugal, nieto de un emperador de Austria, en una monarquía donde suceden las hembras, hubiera reunido en su frente, no ya dos, sino tres coronas: la del Imperio, la de España y la de Portugal.”²²⁰

²¹⁸ *Ibíd.*

²¹⁹ *El Español*, 09-09-1846. p. 3, col. 1.

²²⁰ *El Heraldo*, 08-09-1846, p. 2, col. 1.

Según el representante conservador, *El Español* se opone a la presencia extranjera en la casa real española no por principios, sino únicamente en función de la procedencia de la persona en cuestión. El temor a que el duque de Montpensier ciñera la corona española junto con la francesa se debe más a prejuicios políticos que a cuestiones de independencia nacional, puesto que *El Español* no objetaba lo mismo en el caso de Pedro de Braganza. Una vez más, no obstante, se recuerda que la opción portuguesa habría sido la mejor, de no haber existido la insuperable diferencia de edad.

4.2.4. 1847: Año de la intervención militar española en Portugal

La dependencia de España y Portugal en asuntos de política exterior volvería a manifestarse de manera evidente en la primera mitad de 1847. Los planes de la Cuádruple Alianza para intervenir en Portugal, restituir a Costa Cabral como primer ministro y concluir así la guerra civil llegarán a buen puerto en julio, abriendo así otra etapa de gobierno cartista –moderado– para los siguientes tres años. Los representantes del iberismo no se contaban por entonces únicamente en la prensa, sino incluso en Cortes, y son ellos los que de forma más vehemente van a oponerse a cualquier tipo de intervención en Portugal. *Eco del Comercio* recoge una intervención en Cortes del diputado progresista José Ordax Avecilla, en el que en medio de una crítica al gobierno por su política exterior introduce la cuestión portuguesa y afirma que Portugal

“debía ser objeto de una gran política que no ha comprendido la España y cuyas tendencias debieran ser el formar una gran familia de toda la península Ibérica. Lejos de esto, la política de nuestro gobierno contribuye a sublevar contra nosotros los odios de aquel país, gracias a tres o cuatro hombres que por interés particular sacrifican el de la nación.”²²¹

A la altura en que Ordax Avecilla pronuncia estas palabras, febrero de 1847, todavía no está claro el desarrollo de los acontecimientos, pero sí se observará más nítidamente un par de meses más tarde. En mayo del 47, el ejército español estaba ya preparado para intervenir y acabar con la sublevación armada (Robles Jaén, 2000), mientras el *Eco del Comercio*, en un ejercicio de ucronía, se lamenta de que la edad del infante portugués don Pedro –quien se acabaría convirtiendo en Pedro V– no hubiera sido suficiente como para haber organizado una boda real con Isabel de Borbón, ya que el enlace entre las dos

²²¹ *Eco del Comercio*, 19-02-1847, p. 2, col. 2.

dinastías ibéricas hubiera propiciado la unión de Portugal y España, evitando por consiguiente el conflicto:

“¡Ojalá el príncipe don Pedro hubiese tenido más edad! ¡Cuántas desgracias se habrían evitado para Portugal, para España y para Europa! [...] La península Ibérica en masa aplaudiría una unión que reuniría dos países naturalmente hermanos, y ocuparía el lugar distinguido que la compete entre los Estados de Europa.”²²²

Estas palabras se enmarcan en un artículo en el que el periódico de Fermín Caballero defiende a la reina María da Gloria como ocupante legítima del trono portugués y se muestra contrario a su abdicación, dado que esta provocaría una actuación militar más seria y una posible guerra abierta entre España y Portugal.

Durante el año de la intervención militar se encuentra en *Eco del Comercio* un texto más en el que se valora la posibilidad de unión peninsular. En esta ocasión se afirma que en Lisboa

“cada día se generaliza más, y especialmente con motivo de los acontecimientos actuales, la convicción entre los portugueses de la necesidad en que se encuentran de unirse a constituir un solo cuerpo político con la España.”²²³

Tras emitir este juicio, el diario progresista inserta un texto del *Patriota* de Lisboa, en el que se afirma que elementos setembristas –progresistas– estarían considerando la promoción de la unión ibérica en territorio portugués en respuesta a la restauración del régimen de Costa Cabral. Una de las razones que esgrime el *Patriota* sería ni más ni menos que “la ejemplar conducta del ejército auxiliar español”. De este modo, una de las cuestiones más incómodas para los iberistas, como lo fue la intervención militar de la Cuádruple Alianza en territorio portugués, podría haberse convertido en uno de los apoyos en torno a los cuales desarrollar un programa político común a las tendencias progresistas de ambos países. Así, se ha encontrado en las páginas del *Eco del Comercio* un seguimiento regular de la idea iberista, sobre todo en torno al periodo 1845-1847, pero no un posicionamiento especialmente combativo o comprometido. En su condición de representante periodístico del progresismo, podría en cierto modo haber aumentado su intensidad como publicista del nacionalismo ibérico, pero su lealtad al ala más oficial y moderada del partido probablemente se lo impidió, estableciendo su orientación hacia un

²²² *Eco del Comercio*, 19-05-1847, p. 2, col. 3.

²²³ *Eco del Comercio*, 18-08-1847, p. 3, col. 4.

periodismo más centrado en temas de política interior y en la crítica a los gobiernos moderados.

España interviene finalmente sobre suelo portugués, aunque no por iniciativa propia sino en el marco de la Cuádruple Alianza, encargada de defender los tronos constitucionales ibéricos de posibles ataques absolutistas. La complicada situación interna de Portugal hizo que el tratamiento del iberismo pasara a un segundo plano en las páginas de *El Español*. No es hasta abril cuando se puede encontrar otra referencia a la “nacionalidad ibérica” en el periódico de Borrego. En el tercer artículo de la serie titulada “Movimiento intelectual de Italia en sus relaciones con España” se hace referencia a la geografía como elemento configurador de nacionalidades. Para el autor, Italia no es una península en el sentido estricto, puesto que los Alpes se introducen en el continente europeo y eso otorga al país mediterráneo una particularidad que no tiene España, completamente aislada del resto de Europa por los Pirineos. Pero aquí no nos interesa esto, sino destacar el papel que *El Español* otorga a Portugal, “fracción de nuestra nacionalidad ibérica”²²⁴. Hay que destacar la condición de centralidad que se le otorga en este caso a la nacionalidad “española” frente a las resistencias de navarros, vizcaínos, catalanes, aragoneses y valencianos. Aquí se vuelve a establecer la clásica argumentación de Castilla como esencia de España. Un día después, el periódico de Andrés Borrego vuelve a publicar un artículo en el que se trata la unión ibérica como un asunto de máxima importancia. En este texto se repiten los argumentos que hasta el momento se han venido repasando, desde la trascendencia que hubiera tenido el matrimonio de Isabel II con un príncipe portugués hasta la afirmación de que la decadencia hispano-portuguesa no hubiera sucedido de haber estado unidas las coronas ibéricas.

La novedad de este artículo reside en que se escribe en respuesta a otro publicado en *El Heraldo*, periódico que como ya se ha visto compite y polemiza frecuentemente con *El Español*. Parece que, una vez consumado el enlace de Isabel II y Francisco de Asís, *El Heraldo* había cambiado de opinión al respecto y se presentaba ahora como defensor de la unión ibérica. Lejos de aplaudirle, *El Español* duda de sus verdaderas intenciones y le exige que se posicione en contra de la política francesa respecto a la península²²⁵. El

²²⁴ *El Español*, 09-04-1847, p. 3, col. 1.

²²⁵ *El Español*, 10-04-1847, p. 2, col. 2.

iberismo estaba en la primavera de 1847 lo suficientemente vivo como para ser motivo de discusión entre dos periódicos de primera línea, como demuestra esta polémica.

Ya se ha dicho que Borrego y su periódico se alineaban en la misma posición que Inglaterra y de manera decidida en contra de Francia, siendo una excepción en el campo político moderado, que normalmente tenía al vecino del norte como modelo. Teniendo esto en cuenta, se entiende que *El Español* quiera persuadir a sus lectores de que la unión ibérica solo se conseguiría con el consentimiento de Inglaterra, que no iba a abandonar por las buenas su dominio sobre Portugal y que, sobre todo, no iba a consentir que Francia tuviera las manos libres para manejar la península Ibérica a su antojo. *El Español* considera que un punto indispensable para la consecución de la fusión peninsular sería la “verificación” por parte de Inglaterra del apoyo ibérico a sus políticas²²⁶. Así, Francia se vería amenazada por el norte y por el sur y no se atrevería a intervenir en la península Ibérica, ya que se encontraría con una respuesta británica. Esto, en el fondo, denota la poca importancia que le otorgaba *El Español* a la verdadera independencia de Iberia, ya que según este planteamiento la influencia sobre el territorio español simplemente cambiaría de manos, mientras que Portugal seguiría estando tutelado por Londres. Este artículo viene sin firma, por lo que no se puede asegurar que fuera la opinión de su director.

Cambiando de arena periodística, es claro que la primera y sucinta mención de simpatía hacia el proyecto de unión de España y Portugal, en junio de 1845, no encuentra continuidad en *El Clamor Público*, ya que hasta junio de 1847 no vuelve a manifestarse la tendencia iberista de este diario, cuando afirma que “en la Península Ibérica no debería haber más que una sola Corona que rigiese los destinos de España y Portugal”²²⁷. Dicha idea se manifiesta en un momento clave de la historia de Portugal, donde estaba a punto de terminar la guerra civil da Patuleia. La victoria cartista fue posible gracias a la decisiva intervención militar de la Cuádruple Alianza, formada por los ejércitos de Francia, Inglaterra, España y Portugal. La existencia de la Cuádruple Alianza estaba teóricamente justificada por la voluntad de Londres y París de defender los regímenes liberales ibéricos. Sin embargo, en ocasiones se ha interpretado la existencia de esta Cuádruple Alianza como “un tratado de protectorado anglo-francés sobre los dos Estados de la península

²²⁶ *El Español*, 18-04-1847. p. 2, col. 5.

²²⁷ *El Clamor Público*, 09-06-1847, p. 2, col. 5.

Ibérica” (Vilar, 2003). No obstante la voluntad de control de las dos potencias modernas sobre las antiguas, en Inglaterra también había voces que disentían de la política oficial. Así lo refleja *El Clamor Público* el 7 de julio de 1847, cuando reproduce unas líneas del *Examiner* de Londres en las que este periódico defiende la unión ibérica con argumentos como los que siguen:

“Si nos paramos en la situación de las dos monarquías peninsulares, oiremos a los españoles y los portugueses cansados de esas tutelas [de otras potencias] [...] La antigua máxima *divide et impera* que se aplica hoy en la Península para que una parte de ella esté en lucha contra la otra, es un egoísmo político de poca duración. La Gran Bretaña pronto lo reconocerá así, y comprenderá que la Península para ser una Potencia verdaderamente grande, ha de tener su Corte en Lisboa, y una dinastía que no esté jamás supeditada a la de Francia. La Inglaterra solo necesita mantener buenas relaciones de comercio con esa gran familia peninsular, abandonando de una vez todas sus pretensiones de protectorado en Portugal.”²²⁸

El semanario londinense achaca a su gobierno estrechez de miras a la hora de tratar la cuestión peninsular, que habría de resolverse favorablemente a los ingleses dejando que España absorbiera a Portugal y dejando así a la futura Iberia fuera de la influencia francesa. Esto tendría que beneficiar necesariamente al comercio inglés y contribuiría a impulsar a la “gran familia peninsular” frente al “protectorado” que Inglaterra quería establecer en Portugal. Este tipo de iberismo anexionista (“que la España absorba al Portugal”²²⁹) venía presentado por el *Examiner* como beneficioso para Gran Bretaña y entraba dentro de la corriente ideológica de la época que veía a los Estados pequeños como carentes de un futuro próspero debido a su nula capacidad de influencia más allá de sus fronteras. El ajedrez geopolítico mundial estaba en pleno desarrollo colonial y las posibilidades de países como Portugal se veían reducidas a prácticamente cero, más allá del mantenimiento, de mejor o peor manera, de sus antiguas posesiones. *El Clamor Público* cerraba esta reseña defendiendo que

“el lenguaje juicioso y sensato del *Examiner* nos ha parecido digno de llamar la atención en las actuales circunstancias, y prueba más que cuanto nosotros mismos pudiéramos añadir en favor de la unión de ambas monarquías. Cuando una sola ley, una misma constitución, rija desde el Pirineo hasta el Tajo y el Portugal forme una gran provincia de la monarquía ibérica, entonces la Península será fuerte e independiente.”²³⁰

El periódico de Corradi no es tan explícito sobre una posible “absorción” española de Portugal, sino que habla de la posibilidad de que Portugal fuera una “gran provincia”

²²⁸ *El Clamor Público*, 07-07-1847, p. 2, col. 5.

²²⁹ *Ibíd.*

²³⁰ *El Clamor Público*, 07-07-1847, p. 3, col. 1.

dentro de una monarquía ibérica única. Las menciones rotundas sobre “una sola ley” y “una misma constitución” hacen pensar, sin embargo, que desde la redacción de *El Clamor Público* podría no verse con malos ojos esa posible absorción.

Por aquellas fechas se encuentra también algún texto relacionado con la cuestión ibérica en las páginas de *La Prensa*, diario representativo de la corriente centrista del partido moderado, fundado por Pedro José Pidal y Alejandro Mon (Seoane, 1983: 209) y que estuvo en circulación entre febrero de 1847 y agosto de 1848, según el catálogo de la Biblioteca Nacional. Precisamente es un comentario sobre la intervención militar española en Portugal el que da pie a interpretar que cierto sector del moderantismo vería con buenos ojos una unión ibérica bajo dominio español, cuyo gobierno podría pensar “en aprovecharnos de los errores del vecino reino, para hacer su territorio uno con el nuestro, en lo cual todos ganaríamos”²³¹. Pese a esta afirmación de superioridad y la apenas encubierta aspiración a una unión que subsumiera la realidad portuguesa en un nuevo conjunto político, *La Prensa* afirma a continuación ser defensora de la estabilidad en Portugal y apela a los generales españoles que participasen en la intervención militar para que trataran “con igual respeto a los de Lisboa que a los de Oporto”, en alusión, por un lado, a aquellos que en la capital portuguesa permanecieron leales al gobierno cartista y a Costa Cabral, entonces exiliado en Madrid, y por otro lado a la alianza de setembristas y miguelistas que inició la revuelta en la segunda ciudad del país.

Pocas semanas más tarde, con la guerra civil portuguesa a punto de finalizar, *La Prensa* se hace eco de una posible capitulación de los insurrectos, que habrían puesto la condición de que dicha rendición se llevara a término únicamente bajo sometimiento al ejército español, con la esperanza de que sus generales intercedieran ante la reina María II para que proclamara una amplia amnistía. Esta situación provoca cierta alegría en la redacción del periódico moderado, que afirma ver una ocasión

“altamente útil a la unión de ambos reinos, unión que ha sido contrariada por la política extranjera en todos tiempos; pero para que produzca los efectos que era de desear, el ejército español debería llegar hasta Lisboa y permanecer algún tiempo en aquel país reprimiendo todo conato de venganza por parte del gobierno portugués [...] El gobierno español debería en tal caso aprovechar tan buena coyuntura para estrechar los vínculos de dos pueblos a quienes la naturaleza misma ha hecho hermanos.”²³²

²³¹ *La Prensa*, 19-04-1847, p. 2, col. 1.

²³² *La Prensa*, 03-07-1847, p. 1, col. 3.

Así, desde *La Prensa* se plantea con poco disimulo la voluntad de avanzar en los planes de unión ibérica desde una perspectiva de consolidación del poder español sobre Portugal o, por mejor decir, de sustitución de la influencia que sobre este país ejercía Inglaterra por el dominio de Madrid. Desde este diario moderado se contempla incluso la posibilidad de que España cediera las Baleares y las Filipinas a Francia y a Inglaterra, respectivamente, a cambio de que las dos grandes potencias europeas permitieran la unión ibérica: “La unión de España y Portugal, hoy más conveniente y más hacedera que nunca, sería un bien inapreciable para ambos reinos aun a costa de la pérdida de algunas de sus ricas colonias”²³³. Este plan de acción, atractivo para *La Prensa*, como se puede ver, contaba con un gran inconveniente, y es que implicaría la subida al trono de Antonio de Orleans, duque de Montpensier, y la consiguiente renuncia tanto de María II en Portugal como de la reina Isabel en España, circunstancia imposible de aceptar para los moderados.

Apenas dos días más tarde se vuelve a insistir en *La Prensa* sobre la oportunidad que, tras la intervención militar española en Portugal, había surgido para avanzar en los proyectos de unión:

“La España y Portugal están llamadas a refundir su nacionalidad en una, para que ocupen en la balanza política el lugar que les corresponde, y hoy quizá se presente ocasión propicia para conseguirlo si se sabe aprovechar la buena acogida que ha tenido nuestro ejército en el reino lusitano y las simpatías con las que cuenta en todos los buenos patricios.”²³⁴

Se sugiere de nuevo el papel que los militares españoles habrían de cumplir en los proyectos de unión ibérica como poder fáctico que, además, contaba con el apoyo de una parte del pueblo portugués. Frente a esta situación, cabía esperar la oposición de la reina María II, cuya reacción ante los hechos de la guerra civil había sido de temor y rechazo frontal de aquellos que se habían rebelado y que fueron finalmente vencidos. La probable reacción del gobierno portugués es predicha por *La Prensa*, que afirma que ante dicha situación, si “la corte de Lisboa se resistiera a la ejecución que reclamamos, a nuestro gobierno toca obligarle a ejecutarla con la fuerza que le da la justicia”²³⁵. De este modo, el diario fundado por Pedro José Pidal y Alejandro Mon se posiciona como representante de un iberismo de tinte españolista, y pese a ello siempre defensor del liberalismo frente

²³³ *La Prensa*, 10-07-1847, p. 1, col. 2.

²³⁴ *La Prensa*, 12-07-1847, p. 1, cols. 3 y 4.

²³⁵ *La Prensa*, 12-07-1847, p. 1, col. 4.

a tentaciones reaccionarias, al tiempo que consciente de que contar con tropas del ejército regular en suelo portugués colocaba al gobierno español en una posición de fuerza de cara a posibles negociaciones en sentido unificador.

A principios del verano de 1847, una vez finiquitada la guerra civil de la Patuleia con la victoria de los moderados gracias a la intervención militar, el optimismo sobre el futuro de la idea iberista vuelve a llenar las páginas de *El Español*. La coincidencia de gobiernos conservadores en Madrid y Lisboa es otro ejemplo de la continuidad de los procesos históricos acaecidos entre Portugal y España. Esto significa, sumado a los clásicos argumentos de signo geográfico, comercial o de raza, carta blanca para la unión:

“Un territorio compacto, los límites más bien definidos por la infalible traza de la geografía, a saber: mares y montes, ríos abundantes y comunes, identidad de origen genealógico, identidad de peligros externos, identidad de propensiones políticas, todas las partes esenciales que entran en la nacionalidad atrapan recíprocamente y de un modo irresistible a las dos naciones hermanas. [...] Nuestra política debe ser no solo española sino peninsular: porque la península es un todo íntegro y homogéneo, y la división artificial de su territorio no puede extinguir su unidad social, que la creación misma ha revestido de su inextinguible carácter.”²³⁶

El lenguaje es bastante elocuente y se aleja de las consideraciones pragmáticas y de la sumisión implícita a Inglaterra que se deducía de algún artículo analizado anteriormente. Es más, en julio también se reproduce el mismo texto del semanario inglés *Examiner* que antes publicara *El Clamor Público*, en el que se defendía la unión ibérica. Para *El Español*, el *Examiner* no muestra interés por la unión sino que reconoce el acierto de aquellos que la defendieran. De hecho, el *Examiner* cree que Inglaterra podía evitar por muchos años la consumación de la unión peninsular, pero considera que ello sería un grave error²³⁷. De un modo u otro España iba a seguir estando influenciada por Francia mientras no se pudiera desarrollar propiamente, y este desarrollo solo se conseguiría gracias a la unión con Portugal. En este escenario ideal, Inglaterra únicamente se tendría que preocupar de establecer buenas relaciones con la futura Iberia para mantener su supremacía sobre Francia y no tendría una “doble tarea” como la que le preocupaba en aquel momento: “vigilar a Portugal para que no lo absorba España y vigilar a España para que la Francia no añada a sus propios recursos” los que le proporcionaba Madrid²³⁸.

²³⁶ *El Español*, 30-06-1847, p. 2, col. 4.

²³⁷ *El Español*, 07-07-1847, p. 2, col. 3.

²³⁸ *Ibíd.*

A lo largo de su recorrido de siete años, el periódico progresista *El Espectador* deja algunas muestras de su postura favorable a la unión ibérica. Con fecha de 4 de julio de 1847, en plena resaca tras la intervención de la Cuádruple Alianza en Portugal, el diario fundado por Evaristo San Miguel ataca al gobierno moderado por vanagloriarse de haber colaborado en la intervención militar. La administración española presenta los hechos de Portugal como un motivo de orgullo, ya que según su punto de vista se ha ayudado a un gobierno y a un trono legítimos, evitando así la revolución. Además, periódicos cercanos al gobierno moderado, como *El Heraldo* o *El Correo Nacional*, alegaban que el pueblo portugués estaría agradecido por la intervención española. Esta afirmación subleva a los redactores de *El Espectador*, que ven la situación justamente desde el lado contrario, ya que según ellos “los portugueses no podrán olvidar jamás que nuestros soldados hayan invadido el suelo patrio en apoyo de una corte y de un gobierno que tantos males les ha causado”²³⁹. Pero es que la intervención militar en Portugal solo habría servido para reponer en el gobierno a Costa Cabral, sino también para comprometer “nuestros grandes intereses nacionales, alejando el día de la unión peninsular con un paso tan desacertado”²⁴⁰. En su ejemplar del día siguiente, *El Espectador* continúa con la crítica hacia el gobierno moderado, al que acusa de torpeza y de humillar al pueblo portugués. La crítica alcanza a “la conducta ambiciosa de Inglaterra” y “la apatía criminal de la Francia”. Sin embargo, el antiguo periódico esparterista se cuida de reprender al ejército español y salva de toda mancha al general Manuel de la Concha, máximo responsable militar de la operación. El artículo concluye con un alegato iberista, en el que se tiende “una mano fraternal” a los liberales portugueses –entendiendo por liberales a los progresistas, es decir, a la facción setembrista que se levantó contra Cabral– y se ensalza la idea iberista:

“Votos sinceros hace nuestro corazón por la felicidad de la nación portuguesa, y ojalá que para completa ventura de entrambos países, llegara pronto el día en que, sacudiendo tutelas vergonzosas, y convenidas las dos naciones en borrar de común acuerdo la línea de sus fronteras, se verificara ese grande acontecimiento de la unión peninsular.”²⁴¹

En este texto se observa claramente la voluntad de construir un nuevo Estado, el cual traería una etapa de bienestar y felicidad al territorio ibérico y, sobre todo, terminaría con la custodia anglofrancesa sobre la libertad de Portugal y España. Además, se menciona

²³⁹ *El Espectador*, 04-07-1847, p. 1, col. 3.

²⁴⁰ *Ibíd.*

²⁴¹ *El Espectador*, 05-07-1847, p. 1, col. 3.

de manera específica que la futura Iberia tendría que ser resultado de un “común acuerdo”, completando *El Espectador* un planteamiento coherente con sus postulados contra la intervención militar.

Ese mismo mes de julio del 47 se encuentra en la primera página de *El Espectador* un artículo de fondo sobre la situación en Portugal. Tras el regreso al poder de Costa Cabral, el cartismo se está tomando la revancha en forma de persecuciones y encarcelamientos de aquellos elementos setembristas más comprometidos con la causa revolucionaria. El diario fundado por San Miguel se encarga de recordar que fue profeta de esa situación, al advertir de que la restauración del gobierno cabralista a través de una intervención militar traería más desgracias que beneficios a Portugal. Sin embargo, pronto intenta desmarcarse de los reproches y se lanza a construir una crítica constructiva en la que nada menos que dirige sus palabras “al gobierno, a los partidos, a la España entera, a fin de que aunando sus esfuerzos hagan de la cuestión portuguesa una cuestión de honra nacional”²⁴². A mediados del XIX, una mención a la honra no significaba precisamente poco. Desde la perspectiva de *El Espectador*, a España le interesa en todo caso un acercamiento a Portugal por lo que significaría en el plano de política exterior. Con la unión ibérica, “la nación portuguesa dejaría de ser su antigua aliada [de Inglaterra], perdiendo esa tutela tan lucrativa”²⁴³, mientras que el primer ministro de Francia, François Guizot, sabía “que la fraternidad de los portugueses y españoles es la muerte de la influencia francesa entre nosotros”²⁴⁴. *El Espectador* reclama una acción decidida del gobierno español para llevar a cabo

“una grande empresa, porque se ofrece una ocasión, que puede ser no vuelva nunca, para estrechar fuertemente a dos pueblos que jamás han debido estar separados. Riegan sus tierras unos mismos ríos, unas mismas cadenas de montañas cortan su superficie, no hay barrera natural que marque sus fronteras, iguales producciones tienen; poseen una misma civilización, una religión común, iguales instituciones políticas. La vocación divina de estos dos pueblos es confundirse sus nacionalidades para constituir la nación peninsular.”²⁴⁵

Este párrafo es revelador y se puede interpretar como termómetro de la realidad del nacionalismo ibérico de vertiente progresista a la altura del verano de 1847. En primer lugar, se establece el marco geográfico común de los dos “pueblos” como base territorial

²⁴² *El Espectador*, 10-07-1847, p. 1, col. 1.

²⁴³ *El Espectador*, 10-07-1847, p. 1, col. 2.

²⁴⁴ *Ibíd.*

²⁴⁵ *Ibíd.*

para la construcción de lo que habría de ser “la nación peninsular”. Unas líneas más abajo se intenta aclarar la razón por la cual el término *nación* es aquí equivalente a lo que hoy en día se entiende por *Estado*. El Estado ibérico tendría la ventaja operativa de la existencia de una misma comunidad cultural que comparte unas vivencias históricas y de costumbres –“misma civilización, religión común, iguales instituciones políticas”–. De tal modo unificados los aspectos territorial y cultural, la “vocación divina” o, por decirlo en palabras de Otto Bauer, la comunidad de destino, igualaría a los dos *pueblos* de los que habla el artículo, que fusionarían sus *nacionalidades* en una sola. Es en este punto donde se distingue mejor la equivalencia que para este periódico existe entre los conceptos de “nación” y “Estado”: en la península Ibérica conviven dos pueblos, dos nacionalidades (y también dos administraciones o Estados, pero esto no se menciona). Fusionar ambos pueblos para crear *la nación peninsular* y mantener dos estructuras estatales nos situaría en el terreno del absurdo. Las dos nacionalidades, los dos pueblos, son dos entes histórico-culturales que se mezclarían para conformar una sola nación, una organización única que sería la encargada de ordenar y distribuir los poderes públicos, es decir, un solo Estado. Desde luego que el plan de *El Espectador* para realizar la unión ibérica contaba con todos los ingredientes necesarios, pero la cabecera progresista era consciente de que la iniciativa pertenecía únicamente al gobierno, al que aconseja que sus acciones no se dirijan “a Lisboa, sino a Oporto; porque nuestras esperanzas no están en la dinastía, sino en el pueblo”²⁴⁶.

4.2.5. Alguna conspiración y planes económicos de trasfondo iberista

En septiembre de 1847 se da una polémica entre la prensa progresista y la moderada en la que tienen un papel manifiesto los proyectos de unión ibérica. El origen de la disputa está en el supuesto apoyo que Londres estaba brindando a elementos progresistas e incluso carlistas con el objetivo de tumbar el trono de Isabel II y con él al partido moderado en el poder. La vinculación de Espartero con Inglaterra era profunda ya desde antes de su exilio en 1843, y esta influencia se extendía a todo el partido progresista. Así, *El Herald* denuncia supuestos planes para conseguir el apoyo de Inglaterra a la unión ibérica, y los denuncia porque dichos planes implicarían “el sacrificio de nuestras colonias, [...] la unión con Portugal mediante la cesión de Cuba, Filipinas o

²⁴⁶ *Ibíd.*

una de las islas Baleares”²⁴⁷. Estas condiciones serían inaceptables para *El Herald* y por extensión para el partido moderado, auto-constituido así en pilar del trono isabelino y “el más verdaderamente patriótico entre todos los partidos españoles”²⁴⁸. Pocos días más tarde continúa la polémica en la primera página de *El Herald*, cuyos redactores dan por hecho el pacto entre Inglaterra y el progresismo español, hablando incluso de la existencia de un “convenio” por el cual los británicos darían su visto bueno a la unión a cambio de los restos del imperio colonial español, como ya se había avanzado en el texto analizado anteriormente. El iberismo de *El Herald* no le alcanza para aceptar estas supuestas condiciones que pedía Inglaterra, y prioriza en todo caso su españolismo antes que ceder los territorios coloniales a cambio de la unión ibérica. La cuestión se utiliza aquí por parte de este periódico como arma arrojada contra los progresistas, a quienes se acusa de querer traicionar a la patria para alcanzar el poder²⁴⁹.

Meses más tarde, *El Español* enfoca la cuestión desde el punto de vista portugués a través de la opinión de su corresponsal en Lisboa, quien ofrece una crítica feroz, casi apocalíptica, sobre la situación del país. El redactor habla de un Portugal “arruinado”, cuya hacienda no podrá financiarse a corto plazo, cuyos partidos políticos mantienen tal lucha que terminarán destruyéndose mutuamente, por lo que “la disolución de la sociedad será el término único y no remoto de su desastrosa situación”²⁵⁰. El corresponsal de *El Español* cifra el futuro de Portugal en dos únicas opciones, la unión ibérica o la cesión de soberanía a Inglaterra:

“Nada puede salvar a Portugal si se exceptúa su unión o incorporación a algún otro país, y esta será a no dudarlo su inevitable suerte. Ya sea su unión con Inglaterra, ya su incorporación a España, el término del anárquico estado de que no puede salir por sí mismo, es seguro que no tiene otra alternativa más que la unión ibérica o la constitución en colonia británica.”²⁵¹

Esa es, a ojos del corresponsal de *El Español*, la situación en el Portugal del recién restaurado gobierno de Costa Cabral. Tras la guerra civil, la situación socioeconómica portuguesa distaba mucho de ser ideal, sin embargo se observa sin duda cierta exageración en los términos del redactor, provocada quizá por su voluntad de influir de alguna manera en la percepción de la opinión pública española sobre Portugal, país que

²⁴⁷ *El Herald*, 26-09-1847, p. 1, col. 2.

²⁴⁸ *Ibíd.*

²⁴⁹ *El Herald*, 29-09-1847, p. 1, col. 4.

²⁵⁰ *El Español*, 15-10-1847, p. 1, col. 2.

²⁵¹ *Ibíd.*

es presentado en un estado lamentable y listo para ser rescatado por una providencia que en este caso podría estar encarnada precisamente en la reciente intervención militar de la Cuádruple Alianza. Algunos periódicos portugueses habían alabado incluso la actuación del ejército español en su propio suelo²⁵², hecho insólito en las espinosas relaciones ibéricas cuando se trataba de asuntos militares. El informe del corresponsal de *El Español* tuvo cierto impacto en la prensa madrileña y fue reproducido por otros periódicos, como los absolutistas *La Esperanza*²⁵³ o *El Católico*^{254 255}.

A finales de ese año se encuentran en *El Español* dos publicaciones relacionadas con la cuestión ibérica que merecen ser rescatadas. Ambas tratan sobre la conveniencia de las uniones aduaneras para llevar a cabo alianzas entre entidades políticas independientes. Se pone como ejemplo a Alemania, modelo clásico de unión aduanera, y también se habla de Italia, que había comenzado a dar los primeros pasos en el mismo sentido con la liga aduanera de los Estados Romanos, Cerdeña y Toscana. Se relaciona el bienestar material de los pueblos con la causa liberal, cuestión digna de un análisis mucho más profundo del que cabe hacer aquí, pero que anticipa en gran manera el paradigma socioeconómico que dominará el mundo a partir de entonces. La política liberal garantiza el bienestar de los ciudadanos, y es por eso que los países deben saber elegir bien a sus gobernantes. Así, en España y Portugal se verificaría una mejora sustancial de las condiciones de vida si se llevara a cabo la unión política, que tendría su fase previa en la unión aduanera. Para el autor de este artículo, tanto el pueblo español como el portugués reconocen y confiesan “la conveniencia de estrechar todo lo posible los vínculos entre las dos naciones hermanas”²⁵⁶, algo que no se está llevando a cabo con la rapidez que sería deseable porque hay elementos que lo impiden, como la oposición de ciertos ciudadanos portugueses que no quieren perder los privilegios que les otorga el formar un Estado separado, pero sobre todo la situación diplomática internacional. Sin embargo, la fuerza de las armas y de los gabinetes extranjeros no valdría de nada si los gobiernos de España

²⁵² La *Gaceta de Madrid* hace referencia en su número del 15-8-1847 a las alabanzas hacia el ejército auxiliar de España publicadas por *O Puritano*, diario de Oporto. Citado en Robles Jaén (1999).

²⁵³ *La Esperanza*, 15-10-1847, p. 2, col. 1.

²⁵⁴ *El Católico*, 16-10-1847, p. 6, col. 1.

²⁵⁵ *El Católico*, cuyo título impide elucidar respecto a su orientación ideológica, no se ocupa normalmente de los proyectos de unión ibérica, ni para defenderlos ni para criticarlos. Con todo, el absolutismo teocrático se posicionará normalmente en contra de la unión ibérica, patrocinada sucesivamente desde el progresismo, el moderantismo o incluso el republicanismo, como se está viendo, pero en todo caso asociada a un pensamiento liberal.

²⁵⁶ *El Español*, 23-11-1847, p. 2, col. 1.

y Portugal formaran un frente común en las cuestiones económicas y liberaran a sus ciudadanos y a sus productos de las trabas a las que se veían sometidos cada vez que cruzaban la frontera:

“cuánto facilitarían las relaciones de sus habitantes, estrecharían sus intereses y destruirían esas malas prevenciones entre unos y otros, la formación de una liga aduanera entre España y Portugal [...] sin que se resintiera el amor propio de ninguno de los dos pueblos, se uniformaran después en ambos países los sistemas de medidas, pesos y monedas. Liga económica, tanto más natural, cuanto que, prescindiendo de la unión política, no hay territorios que se encuentren en circunstancias para ella más ventajosas.”²⁵⁷

No es necesario llegar al extremo de la unión política para asegurar el futuro, sino que basta con imitar los movimientos de Alemania e Italia en materia económica. Esto no es más que una manera de insistir sobre lo que se ha expuesto anteriormente, pero lo avanzado de este pensamiento se manifiesta en la propuesta de unión monetaria que plantea *El Español*.

El 2 de diciembre se insiste en la misma idea de los acuerdos mercantiles, pero esta vez con un tono más reivindicativo, más agresivo. Se expone en este artículo un pensamiento sumamente actual: ya no hay naciones como entes políticos, sino económicos; ya no se defienden dinastías y territorios, sino fábricas y recursos naturales. Y es por estas razones por las que *El Español* afirma rotundamente que “no somos independientes”²⁵⁸. Pese a haber conseguido la autonomía política y militar. España está obligada a ser una nación subordinada, puesto que su pequeñez en el terreno económico le impide ganar posiciones en lo político. Así, la solución está en la

“Unión aduanera: *in hoc signo vinces*. Unión aduanera entre España y Portugal, y si España y Portugal quieren poner término a su pupilaje, y con él a todas las calamidades que lo acompañan y lo prolongan, la unión aduanera será *le commencement de la fin*.”²⁵⁹

Esta unión evitaría, a juicio de *El Español*, cualquier conflicto industrial o mercantil, y como consecuencia cualquier conflicto político. Al estar identificados los intereses económicos de los países, progresivamente se irían identificando todos los demás. Además, para el periódico de Borrego la unión aduanera de España y Portugal sería

²⁵⁷ *Ibíd.*

²⁵⁸ *El Español*, 02-12-1847, p. 3, col. 6.

²⁵⁹ *Ibíd.*

mucho más sencilla que en Alemania y en Italia, por implicar únicamente a dos socios y no a muchas y muy diferentes entidades políticas.

4.2.6. Surge el objetivo de la unión aduanera

1848 fue el año en que desaparece *El Español*, que solo se publica hasta el mes de abril. En esta fecha solo se rescata un texto, en el que desde el diario moderado se menciona la necesidad de aliarse con Inglaterra antes de intentar consumir la unión. En el caso de que la potencia anglosajona no diera el visto bueno sería imposible siquiera intentar un acercamiento a Portugal. Este artículo engarza, pues, directamente con la defensa de Inglaterra que *El Español* ya había realizado en otros artículos que se han visto anteriormente y que practicaba, en general, en su línea ideológica habitual. La alianza con Inglaterra implicaría el mantenimiento de las colonias hispano-portuguesas a cambio de una colaboración continuada en la lucha diplomática y económica que los británicos mantenían con Francia. Plantea *El Español* otro condicionante previo a la unión ibérica que también se ha visto ya expuesto: la voluntad de los portugueses respecto a su enlace político con España debía ser clara e inequívoca y no responder a presiones de índole militar por parte española. La independencia portuguesa y el mantenimiento de sus instituciones estarían de este modo garantizados. Estos dos requisitos, alianza con Inglaterra y aceptación voluntaria de la unión por parte portuguesa, llevarían a la definitiva y verdadera independencia peninsular²⁶⁰.

A través de la serie de artículos que en estas páginas se han repasado se puede perfilar la imagen de *El Español* como el representante modelo del iberismo monárquico moderado de mediados de siglo. Destaca la voluntad continuada de su director, Andrés Borrego, por darle publicidad a la cuestión, sobre todo en la segunda época del diario. El carácter iberista de *El Español* muestra su momento más álgido durante las negociaciones entre las diplomacias de toda Europa para encontrar un marido conveniente a Isabel II. Multitud de artículos y cartas defienden en las páginas del periódico de Borrego la candidatura portuguesa, caballo de batalla que en absoluto era el mayoritario para los políticos e intelectuales de la época. Esto demuestra la sinceridad y el arrojo de *El Español* a la hora de defender sus posturas. Pese a ser uno de los periódicos más vendidos del

²⁶⁰ *El Español*, 11-03-1848, p. 3, col. 6.

momento (o precisamente por eso) defendió una idea que no era popular entre las capas altas de la sociedad. Una vez fracasado el enlace de las dos dinastías ibéricas, la necesidad de la unión aduanera y la alianza política con Inglaterra son para este diario los requisitos fundamentales para completar la fusión de Portugal y España. El enfoque economicista de *El Español* respecto a la unión se encuadra en el momento histórico del *Zollverein* alemán –la liga aduanera liderada por Prusia– y de los primeros pasos hacia la unión aduanera italiana. Los nacionalismos centrípetos estaban de moda en la Europa del momento, y los dos que a la postre triunfarían de pleno fundan sus cimientos en las uniones económicas que posteriormente darían paso a las unificaciones políticas, siempre con un Estado fuerte llevando la batuta: Piamonte en el caso italiano, Prusia en el caso alemán. La unión ibérica se revelaría como un fracaso en el futuro, pero sus defensores en este momento histórico estaban en el camino correcto. La tendencia de la época era la unión aduanera y aquello fue lo que defendieron los iberistas en la década de 1840, con Andrés Borrego a la cabeza del sector monárquico moderado.

Un nuevo periódico, *La España*, lanza su primer número el 18 de abril de 1848, sustituyendo oficiosamente a *El Español*, que había dejado de circular dos días antes. El nuevo diario, descrito como “ultramoderado” (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 93) estuvo encabezado por su fundador, Pedro Egaña, político y fuerista alavés muy próximo a María Cristina de Borbón, y por su director, Francisco Navarro Villoslada, quien ya había dirigido *El Español* y que acabaría militando en el carlismo. Contando con los antecedentes y conociendo a sus directores, no sorprende que *La España* fuera un diario monárquico y conservador, cercano a posiciones absolutistas (Seoane, 1983: 210). Sin embargo, se cuidó mucho de identificarse con los neocatólicos, representados en el campo periodístico por otros títulos, entre los que destacaba *La Regeneración*. En definitiva, *La España* siempre vivió en buena sintonía con los diferentes gobiernos moderados, formando parte específica del *establishment*, de los círculos de poder de la corte madrileña. Pedro Egaña, de hecho, había sido ministro de Gracia y Justicia en 1846 y lo sería de Gobernación meses antes de la Vicalvarada.

En cuanto a lo meramente periodístico, *La España* apuntala el modelo de periodismo informativo heredado de Inglaterra, teniendo como principal espejo al *Times* de Londres. De gran formato, a cinco columnas y cuatro páginas, apareciendo a diario excepto domingos, lunes y festivos. Estará en circulación durante veinte años y

desaparecerá con el triunfo de la Gloriosa, publicando su último número el 29 de septiembre de 1868. Este periódico se coloca en las filas del autoritarismo, cercano a los postulados de Donoso y rozando el campo ideológico de los neocatólicos (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 93).

A finales de la década de 1840, el proyecto de unión aduanera entre España y Portugal estaba lo suficientemente extendido como para constituir un tema de interés incluso para periódicos como *La España*. Es interesante rescatar un artículo publicado en este diario en junio de 1849, en el que se habla de la intención de crear una liga aduanera semejante al *Zollverein* alemán, y se apuesta por “animar al gobierno a que le dé todo el ensanche de que sea susceptible, para que produzca así, una vez llevado a buen término, los mayores beneficios”²⁶¹. *La España* manifiesta que no es necesaria una unión política, sino un acercamiento de los intereses, para lograr de este modo el “engrandecimiento” y “la felicidad” de los pueblos ibéricos. Así, se queja profundamente del desconocimiento que los españoles muestran respecto a Portugal, mientras los saben todo sobre Francia, Inglaterra o Bélgica. Argumenta el diario moderado que

“el estado de incomunicación casi absoluta en que hoy se hallan las dos naciones peninsulares, proviene de la falta de caminos [...]. Uno de los primeros pensamientos que debe comprender, pues, el que podemos llamar *Plan de prosperidad peninsular*, o *hispano-portuguesa*, es el establecimiento inmediato de algunos caminos ordinarios, y por lo menos de uno o dos ferrocarriles que unan a Oporto y Lisboa con nuestras provincias interiores y la capital de nuestra monarquía.”²⁶²

La unión aduanera solo podría ser beneficiosa para España, y por ello había que apoyarla. Pero no había que quedarse ahí y merecía la pena destinar recursos económicos a otro tipo de acciones como la que aquí propone el periódico. Desde luego que la conexión ferroviaria entre Lisboa y Madrid se convertiría con el paso del tiempo en una de las demandas estrella del iberismo. Además de esto, *La España* quería la equiparación de ciertas cuestiones de carácter legal y práctico:

“¿Qué inconvenientes de hábitos, de amor propio o de otra especie pueden existir para que las dos naciones adopten el sistema métrico y ponderal francés, convenientemente modificado, según los conocimientos actuales? No comprendemos que exista ninguno. [...] Un arreglo semejante en todo lo que dice relación con el sistema postal, sin lastimar los intereses recíprocos, produciría también, es indudable, resultados de trascendencia. [...] Solamente indicar cuánto pudiera hacerse respecto a un sistema general mutuo de defensa marítima.”²⁶³

²⁶¹ *La España*, 02-06-1849, p. 3, col. 2.

²⁶² *Ibíd.*

²⁶³ *Ibíd.*

La España va más allá del beneficio económico, y busca también el acercamiento legislativo y, finalmente, cultural. La propuesta del sistema de defensa marítima es novedoso y prácticamente único en las demandas iberistas. Por otro lado, el posicionamiento ideológico de este periódico queda claro, ya que no se habla en ningún caso de unión política, es más, se rechaza expresamente. Para dejar claras su españolidad y su oposición a cualquier tipo de experimento destinado a una fusión de estados, el diario madrileño afirmaba que “es punto menos que imposible formar de España y Portugal una sola nación”²⁶⁴, en clara oposición a planteamientos anteriores que, siguiendo el juego semántico, podrían evaluarse como nacionalistas.

Esto habla en favor del pensamiento iberista en aquel momento, ya que se trataba de un pensamiento lo suficientemente extendido como para poder ser expresado por diferentes sectores ideológicos. También es iberismo, en este caso económico, plantear la unión aduanera sin pensar en la unión política, así como la puesta en común de los pesos y medidas. En definitiva se planteaba un acercamiento a Portugal, incluso una fusión en ciertos aspectos, dejando de lado los sentimientos nacionales, pero no para pasar por encima de ellos, sino para utilizarlos como elemento de diferenciación dentro de un esquema de acción conjunta.

En abril de 1849 nace *La Época*, representante por excelencia de las élites conservadoras en la segunda mitad del siglo XIX y nombre señero de la historia del periodismo español. Comienza su andadura en plena administración Narváez y llegará a ser testigo del triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, desapareciendo apenas un mes después. Las razones de su presencia continuada durante casi un siglo hay que buscarlas en su actitud ante el debate público. Siempre tuvo muy claro a quién se dirigía –dentro del marco conservador, su audiencia eran las clases más acomodadas– y supo acomodarse a los vaivenes políticos mostrando invariablemente un carácter templado y contemporalizador, considerado por Seoane (1983: 238) como representante del centro político. Siempre monárquico, aristocrático y conservador, comienza en una posición moderada dentro de los moderados –opuesta al gobierno *ultra* de Bravo Murillo–; saluda el triunfo del pronunciamiento militar en 1854, aunque se

²⁶⁴ *Ibíd.*

opone a Espartero; entre 1856 y 1865 es el principal apoyo periodístico de la Unión Liberal de O'Donnell, para evolucionar a partir de entonces hacia posiciones cercanas a Narváez; en 1868, como en el 54, apoya a los revolucionarios, aunque pronto pasa a defender la restauración borbónica bajo la influencia de Cánovas, en estrecha colaboración con Ignacio Escobar, director por entonces del periódico (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 124); sus oficinas se convertirán en punto caliente de la conspiración favorable al golpe militar de Martínez Campos. Es a partir de 1874 cuando comenzaría su periodo de mayor esplendor, como órgano periodístico de los conservadores de Cánovas.

Este posicionamiento biempensante le permite a *La Época* ser el periódico más leído en los salones de la alta burguesía y la aristocracia, lo que concuerda con el origen de sus propietarios y directores. Fue fundado por el conde de San Luis (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 94) y dirigido en sus inicios por Diego Coello, cofundador (Fernández de los Ríos, 1878: 219), lo que explicaría en parte su postura iberista²⁶⁵. A partir de 1866, la propiedad del periódico pasa a manos de Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias, cuya familia mantendrá la titularidad del periódico hasta su desaparición, según el catálogo de la Biblioteca Nacional. *La Época* es el primer periódico español que incorpora una suerte de crónica rosa a sus páginas, proveyendo a sus lectores de informaciones interesantes para conocer el quién es quién en los salones de Madrid. En sus páginas escribieron autores como Fernando Cos-Gayón, Pedro Antonio de Alarcón, Ventura de la Vega, Francisco Martínez de la Rosa, Julio Nombela o Joaquín Madonado Macanaz, jefe de la sección de política interior durante más de treinta años.

Otra de las razones de su éxito se refiere a la estructura empresarial de que gozó: se trataba de un periódico moderno para la época, profesionalizado, pragmático. Era un diario de cuatro páginas de gran formato, a cinco columnas durante casi toda su existencia. Ofrecía noticias estructuradas en secciones: nacional, internacional, parlamentaria, oficial, revista de prensa, editorial y artículos de fondo, boletín comercial y agrícola, cotizaciones de bolsa. También destacan las notas de espectáculos y los

²⁶⁵ Diego Coello de Portugal y Quesada (1820-1897) fue un político y diplomático español que, como su nombre indica, tenía relación directa con Portugal por lazos de sangre. Además, entre 1864 y 1865 fue embajador de España en Portugal. La genealogía de la familia Coello de Portugal está disponible en Nicás Moreno (1998).

anuncios comerciales al final, que a veces ocuparán la última plana por completo. Naturalmente procuraba el típico folletín y su composición era en tipos diminutos, imitando el carácter de los diarios políticos de noticias.

El primer texto que destila iberismo en *La Época* se encuentra con fecha de 30 de noviembre de 1849. El periódico comenta una memoria de Ramón de Mesonero Romanos en las que el escritor madrileño elucubra sobre las mejoras en obras públicas que necesitaba Madrid, que iban desde la apertura de nuevos mercados hasta el empedrado de calles, pasando por la reestructuración urbanística de algunos barrios. A este análisis añade el periódico de Diego Coello dos elementos que, añadidos a los propuestos por Mesonero, mejorarían todavía más las condiciones de vida de los madrileños y el estatus de la ciudad: la construcción de una nueva cárcel, de un teatro “digno de la corte”, la realización de un proyecto ambicioso para la gestión de aguas y, por último, la construcción del ferrocarril del Tajo, “que uniera a dos pueblos hermanos, alumbrados por un mismo sol, surcados por unos mismos ríos y destinados en el porvenir a formar una gran confederación peninsular. ¡Pero cuántos años habrán de pasar antes que estos sueños sean una hermosa realidad!”²⁶⁶. El camino de hierro, sueño dorado de las administraciones decimonónicas y gran símbolo del progreso técnico del siglo, encarna para *La Época* ciertas aspiraciones de hermandad entre España y Portugal en la forma de una confederación que traería el porvenir.

Tras el final de la guerra civil da Patuleia en junio de 1847 y durante varios años, Portugal vive una etapa de zozobra institucional que afecta al funcionamiento de las Cámaras legislativas y de las altas instancias políticas. *El Clamor Público* reseña normalmente las polémicas que afectan a los gobiernos portugueses como pudiera hacerlo cualquier otro periódico español: siguiendo su evolución de forma constante y posicionándose en el sentido que le dicta su ideología política. Sin embargo, el 24 de enero de 1850 se produce un cambio de carácter cualitativo en las crónicas portuguesas de *El Clamor Público*, que se lanza a hacer una apología de la unión ibérica, resaltando el cambio de paradigma que al respecto se ha producido en Portugal:

“Tarde o temprano triunfará la naturaleza de la diplomacia, sin que la España tenga otras fronteras que el mar y los Pirineos. Este pensamiento, que antes era casi un delito de lesa nacionalidad en

²⁶⁶ *La Época*, 30-11-1849, p. 3, col. 2.

Portugal, se discute y se aprueba por personas ilustradas, como el único medio de que la Península Ibérica recupere su pasada importancia en el mundo.”²⁶⁷

En apenas cuatro líneas se encuentran esgrimidas tres de las principales características del iberismo. En primer lugar, los defensores de la unión peninsular observan una realidad física que reclamaría por sí sola la constitución del país en base a unas determinadas fronteras otorgadas por la geografía: “el mar y los Pirineos”. Así, la “naturaleza de la diplomacia” de la que habla *El Clamor* se convierte en la diplomacia de la naturaleza. A continuación, la referencia a “España” como concepto equivalente al de “península Ibérica”, planteamiento que puede interpretarse bien en sentido agresivo, hablando de la desaparición de la frontera como voluntad de expansión imperialista de los españoles; bien en sentido conciliador, como una vuelta a la idea que existía en tiempos de los romanos, una concepción de Hispania como unidad, quizá política pero no por ello necesariamente cultural y social. En tercer lugar, se menciona específicamente el papel que las elites portuguesas desempeñan en la propagación del ideal iberista en su país, dado que el proyecto de unión “se discute y se aprueba por personas ilustradas”. Estas afirmaciones demuestran que ya entonces el iberismo está organizado en cierta manera en Portugal, ni que sea entre ciertas elites. El movimiento se consolida allí antes que en España, donde sus partidarios tendrían que esperar al menos a la revolución de mayo de 1854 para oír hablar de un programa iberista organizado y cuyos mensajes tuvieran cierta resonancia en los medios de comunicación e incluso en las Cortes.

Por último, aparece uno de los argumentos que los iberistas utilizaron de manera más continuada e insistente a lo largo de su historia. Cuando *El Clamor Público* habla de la “pasada importancia” que la península Ibérica habría de recuperar se refiere, obviamente, a la época dorada de los dos países, al siglo y medio que va desde el descubrimiento de América hasta las crisis de 1640, cuando los monarcas ibéricos vivieron en plenitud como soberanos de los destinos del mundo y los países que gobernaban eran potencias indiscutidas. Aunque en este artículo no se haga referencia, también se ha observado ya cómo el sometimiento, directo o indirecto, de España y Portugal a Francia e Inglaterra, respectivamente, contribuyó a extender en la Península un sentimiento nostálgico, de *saudade*, hacia aquellas gloriosas y terribles épocas.

²⁶⁷ *El Clamor Público*, 24-01-1850, p. 1, col. 5.

Los redactores de *El Clamor Público* no se detienen en proclamas de corte idealista o excesivamente optimistas, como quizá lo fuera la previsión de un triunfo iberista “tarde o temprano” como el que se acaba de repasar, sino que también se lanzan ya, en este punto del desarrollo del ideal ibérico, a establecer las direcciones adecuadas a seguir de cara a la consecución de sus objetivos:

“Un gobierno sabio y patriótico prepararía estas agregaciones voluntarias y beneficiosas con leyes de interés común, con franquicias mutuas, con la facilidad de las comunicaciones y con el continuo trato particular y mercantil, que es la gran palanca de la civilización moderna. El día en que forme una sola potencia el territorio que ciñen el Océano y el Mediterráneo, la España pesará mucho en la balanza europea. Dividido, como ahora se encuentra, seguirá siendo el juguete de la ambición extranjera y ocupando un lugar secundario entre las naciones.”²⁶⁸

Cien años antes de las convergencias económicas europeas –aunque dieciséis después del *Zollverein* alemán–, desde los ámbitos de Portugal y España se plantea la unificación en los sectores productivos de la sociedad como primer y fundamental paso hacia un futuro de unión política. Esta unión traería idealmente un mayor poder político para los gobiernos de la Península sobre el resto de países de Europa. La propuesta de preparación de “leyes de interés común” no puede ser más clara en un sentido unificador: las “franquicias mutuas”, la “facilidad de las comunicaciones” y el “continuo trato particular y mercantil” serían pasos que habría que dar en ese marco legislativo y económico común, que tendría como objetivo último la restauración del poder político de antaño y la recuperación del estatus de potencia mundial para la futura Iberia. Otro de los aspectos a destacar en esta propuesta de *El Clamor Público* es el referente al modo y manera de realizar la futura unión. Asumiendo el hecho de que el diario progresista defiende una unión monárquica, se deja claro que se trataría de “agregaciones voluntarias”, descartando de plano una acción militar española o bien una simple incorporación de Portugal a la monarquía borbónica. El carácter de voluntariedad que se le da aquí a la propuesta contrasta con la ambigüedad en torno a la cuestión que se había manifestado tres años antes, al comentar el artículo del *Examiner* londinense, cuando no se dejaba claro si Iberia sería fruto de unión voluntaria o anexión²⁶⁹.

4.2.7. El iberismo del diputado moderado Juan Arias Girón

²⁶⁸ *El Clamor Público*, 24-01-1850, p. 2, col. 1.

²⁶⁹ Ver nota 228.

Los primeros meses de 1850 se encuentran en *El Herald* una interesante serie de doce artículos, titulados “Relaciones entre Portugal y España” y firmados por el político moderado Juan Arias Girón, quien desde 1847 era diputado a Cortes por Ciudad Rodrigo²⁷⁰. *El Herald* afirma que esta publicación constituye “un síntoma más de la atracción irresistible que empuja cada día más a ambas naciones a estrechar los lazos que las unen”²⁷¹, enmarcando así el estudio de Arias Girón sobre España y Portugal dentro de la estrategia favorable al acercamiento entre los dos grandes países ibéricos. Los artículos fueron publicados entre el 23 de febrero y el 13 de abril, siempre en primera página y ocupando en torno a las dos columnas. En la primera entrega de sus artículos, Arias Girón se ocupa de las “consideraciones generales” sobre la situación en la península Ibérica, y desde el comienzo orienta sus pensamientos desde una perspectiva iberista:

“Llegará día en que la situación de Portugal respecto de España fije poderosamente la atención de los poderes públicos; [...] en que ambas naciones comprendan que sin enlazar estrechamente sus intereses mercantiles y políticos, ni para una ni para otra hay porvenir. [...] Hallamos en la vasta extensión de peligros, de guerras, de perturbaciones europeas, que España y Portugal habrán de seguir la propia suerte, que el mal y el bien que sobrevenga les habrá de ser común.”²⁷²

Esta retórica favorable a la integración de España y Portugal está acompañada, sin embargo, por reproches y críticas hacia el nulo agradecimiento portugués tras los servicios prestados por España a la causa liberal. El diputado por Ciudad Rodrigo se refiere a las intervenciones militares en defensa de la reina María da Gloria, que eran seguidas inmediatamente por desapego y hostilidad en lo económico. España, ni que fuera con su déficit comercial y su atraso industrial auestas, seguía siendo económicamente más fuerte que su vecino, y el protectorado que *de facto* que Inglaterra ejercía sobre el país luso suponía una desventaja considerable para los comerciantes españoles a la hora de comerciar con Portugal, ya que los británicos en la trastienda suponían una fuerte competencia. El aprovechamiento de esta situación de desigualdad por parte de Portugal, sumado al nulo cumplimiento de los acuerdos de navegación de los ríos comunes, suponía para Arias Girón una muestra de desagradecimiento y habría de ser reparada de algún modo. El acercamiento progresivo de ambos países serviría para igualar progresivamente esa brecha y supondría, a la larga, un beneficio tanto para España, al terminar con la

²⁷⁰ *Estadística del personal y vicisitudes de las Cortes y de los Ministerios de España* (1858): Madrid, Imprenta Nacional.

²⁷¹ *El Herald*, 23-02-1850, p. 1, col. 2.

²⁷² *El Herald*, 23-02-1850, p. 1, col. 3.

competencia desleal propiciada por la protección inglesa, como para Portugal, que empezaría a gozar de una independencia verdadera.

Como se sabe, uno de los principales argumentos provenientes de Portugal a la hora de rechazar los planes de unión ibérica llegaban desde el nacionalismo más profundo, que apelaba a Aljubarrota y a la independencia poco más que eterna de la patria portuguesa frente a los intentos castellanos —españoles— por terminar con ella. Para Arias Girón, sin embargo, esta independencia no era real, puesto que durante todo el siglo XIX Portugal no había podido desarrollar una política propia: Inglaterra ha dominado los destinos del país durante todo el siglo XIX, haciendo y deshaciendo en todo lo relacionado con las luchas de poder en territorio luso.

El diputado moderado afirma que “no solo las cosas públicas, sino hasta los detalles de la vida de palacio eran arreglados por el embajador”²⁷³. Arias Girón matiza su argumentación en el siguiente artículo, donde afirma que la influencia inglesa no es bienvenida por todos los sectores sociales en Portugal. Asimismo, se buscan razones en la errada política española respecto al reino vecino para entender por qué nunca ha habido una verdadera amistad entre ambos países. Para el autor, desde 1640 solo hubo una administración española que supo cómo tratar a Portugal, la de Carlos III. A lo largo de más de dos siglos, los vaivenes políticos de ambos países impidieron construir una relación de “amistad y confianza”²⁷⁴. Ante la amenaza que supuestamente ha significado España, desde Lisboa se ha mirado siempre a Inglaterra como escudo protector. Siendo la alianza política luso-inglesa rastreable hasta prácticamente la Edad Media, la económica es más reciente y culmina en el siglo XIX, al ser Inglaterra el único país que “mantiene con nuestros vecinos un comercio de importación y exportación regular y constante”²⁷⁵, resumido en la entrada de materiales textiles y la salida de vinos. Esta dependencia económica, más que la política, es según Arias Girón la que verdaderamente deja a Portugal a los pies de los caballos y sin ninguna otra opción que seguir los dictados ingleses. El rechazo hacia la política de Londres estaba presente en algunos sectores sociales portugueses, siempre según el autor, pero el rechazo hacia España era todavía mayor. Sin embargo, estaba en la mano de España intentar cambiar la relación de fuerzas

²⁷³ *El Herald*, 24-02-1850, p. 2, col. 2.

²⁷⁴ *El Herald*, 27-02-1850, p. 1, col. 3.

²⁷⁵ *Ibíd.*

económicas y pasar a ejercer un mayor influjo en la política portuguesa a través de un incremento de los intercambios económicos.

Los seis siguientes artículos de Juan Arias Girón van a tratar la cuestión mercantil, comenzando por la situación de las comunicaciones terrestres, la base sobre la cual habría de levantarse la alianza hispano-portuguesa. El camino más rápido para llegar desde Madrid a Lisboa era en 1850 un disparate que suponía tener que viajar hasta Cádiz, para desde allí desplazarse en vapor hasta Lisboa²⁷⁶. Contra esta situación escribe el diputado conservador, para quien un plan de comunicaciones entre Portugal y España sería sencillo de llevar a cabo, al no existir apenas accidentes topográficos de importancia a lo largo de la Raya²⁷⁷. Asunto más complejo de tratar era el de la navegación fluvial, debido a las restricciones impuestas desde Portugal al comercio entre ambos países a través de los ríos, sobre todo a través del Duero²⁷⁸. Arias Girón se muestra esperanzado, sin embargo, por que la situación cambie pronto y evolucione hacia un terreno más favorable para el intercambio mercantil ibérico. A este respecto cita un informe de la asociación mercantil de Oporto dirigido al primer ministro de Portugal –a la sazón el mariscal Saldanha– en el que se instaba a intensificar las relaciones mercantiles con España con el objetivo de “extinguir los odios internacionales” y establecer una “aduana mixta”²⁷⁹, que habría de constituirse en el germen de la unión aduanera, objetivo deseado por una grandísima mayoría de iberistas.

Sobre la unión aduanera trata el octavo artículo –penúltimo de la ronda de análisis económico– del diputado por Ciudad Rodrigo. El texto comienza haciendo una alusión al éxito del *Zollverein* y establece dos criterios netos por los que se va a guiar en su defensa de la unión aduanera peninsular: “Dos elementos poderosos crearon e impulsaron la acción de la liga aduanera de Alemania: uno procedía del estado interior de aquel país, y otro de sus necesidades exteriores”²⁸⁰. Arias Girón desarrolla estas dos premisas, analizando la evolución y perfeccionamiento de la economía de los Estados alemanes desde la caída de Napoleón Bonaparte hasta la constitución del *Zollverein*, para después trasladar la cuestión al marco ibérico. En el primero de los aspectos, la situación interior

²⁷⁶ *El Herald*, 03-03-1850, p. 1, col. 3.

²⁷⁷ Nombre con el que se conoce a la frontera hispano-portuguesa en las regiones que separa.

²⁷⁸ *El Herald*, 12-03-1850, p. 1, col. 3.

²⁷⁹ *El Herald*, 13-03-1850, p. 1, col. 4.

²⁸⁰ *El Herald*, 17-03-1850, p. 1, col. 2.

de Alemania, se hace referencia a “las muchas fronteras, líneas de aduanas, derechos de diferentes especies, restricciones y prohibiciones que tenía alrededor de sí la industria y el comercio interior”²⁸¹, lo que suponía una losa insalvable para una eficiente producción de bienes. El autor trasplanta esta idea al suelo ibérico e imagina que España saldría beneficiada al abrir a sus productos “las comunicaciones naturales con los puertos del Océano” en una época en la que la pérdida de soberanía sobre los territorios americanos aguijoneaba una economía ya de por sí maltrecha desde hacía decenios.

En segundo lugar, refiriéndose a la proyección exterior germana, se destaca el papel central de Prusia como principal actor del *Zollverein*. La tesis que maneja Arias Girón es que dicho país necesitaba a toda costa “ofrecer a los demás pueblos de Europa un mercado” frente a la inundación de productos ingleses que se imponían a marchas forzadas en todo el continente. Si la monarquía prusiana pretendía convertirse definitivamente en potencia europea de primer orden, era imprescindible que pudiera dar salida a su producción. El autor alaba la “constancia proverbial”, el “detenimiento” y la “influencia” que supo utilizar Prusia para persuadir a los demás Estados de las bondades de la unión aduanera, que al cabo sirvió para consolidar su lugar de líder sobre el conjunto de Alemania. Se compara la actuación prusiana con los intentos franceses por realizar una liga aduanera con Bélgica, echados a perder por el miedo de la pequeña monarquía a perder su independencia. Estos eran dos ejemplos importantes para España, que tendría que saber cómo manejar su situación de superioridad económica respecto de Portugal para convencer al país luso de que saldría favorecido por la unión y su nacionalidad no se vería menoscabada. Bien al contrario, Arias Girón opina que la coyuntura portuguesa es muy desfavorable para sus intereses y que el país “necesita adquirir una posición respetable y ventajosa para conducir bien sus negociaciones con el extranjero y obtener condiciones mercantiles favorables”²⁸². Esta afirmación se refiere al tratado de comercio firmado entre Inglaterra y Portugal en 1842, que en opinión del diputado moderado podría haber sido mucho más provechoso para los lusos si hubieran tenido más fuerza en las negociaciones diplomáticas. El músculo que le faltaba a Portugal para poder imponer condiciones más ventajosas en los tratos con Inglaterra lo podría encontrar asociándose con España. Vemos cómo de nuevo se hace referencia al enemigo exterior que hace necesaria la colaboración peninsular. Las viejas potencias del sur podrían tener una nueva

²⁸¹ *Ibíd.*

²⁸² *Ibíd.*

época de gloria, pero no sería yendo cada una por su camino sino apostando por una vía en común.

Diez días más tarde se encuentra en las páginas de *El Herald* la segunda parte del análisis sobre el *Zollverein* ibérico. El principal objetivo de Arias Girón en este artículo es tumbar los miedos que pudiera tener Portugal respecto a una posible absorción por parte española. En el caso de que los proyectos de unión aduanera ibérica tuvieran éxito, la independencia portuguesa estaría fuera de peligro, como demuestra la experiencia del *Zollverein* alemán:

“Caminamos sobre el sólido arrecife de la experiencia ajena [...] Cuando la ciudad libre de Frankfurt, que no tiene dos millas cuadradas de terreno, y otros Estados poco más importantes se sostienen independientes e íntegros en medio de la asociación, fuera el recelo de no serlo hartamente ridículo en Portugal, que puede cubrir en área y en población a diez Estados alemanes.”²⁸³

Se trata de convencer a los portugueses de que la unión solo puede traer beneficios, porque como afirma el autor a continuación, “disipado este recelo, no hay ningún obstáculo racional” que pueda contener la fuerza de la unión económica ibérica. Los halagos a Prusia como principal artífice del *Zollverein* se repiten: Arias Girón habla de “un país de proverbial perseverancia, una nación inteligente y especulativa”²⁸⁴. Así, el trabajo de persuasión que la monarquía prusiana realizó durante largos años con el objetivo de alcanzar una liga aduanera satisfactoria para todos los intereses debería ser tomado como ejemplo por España, para quien la prisa a la hora de proyectar el *Zollverein* ibérico no puede ser buena consejera. Pero el autor no solo descubre similitudes que animarían a los iberistas a promover la unión aduanera ibérica, sino que también las diferencias de base geográfica favorecerían el éxito del plan. El autor pone el ejemplo del reino de Hannover, cuya unión con Gran Bretaña hasta 1837 dificultó los progresos del *Zollverein* alemán en aquella región. También se destaca que la frontera natural de la Península Ibérica, representada por el mar Mediterráneo y el océano Atlántico, es “preciosa” y “fácil de guardar”²⁸⁵, mientras que la configuración histórica de la Raya ha promovido desde siempre el contrabando entre las poblaciones limítrofes, con el consiguiente perjuicio para las economías de ambos países.

²⁸³ *El Herald*, 27-03-1850, p. 1, col. 2.

²⁸⁴ *Ibíd.*

²⁸⁵ *Ibíd.*

Los tres últimos artículos de la serie se ocupan del derecho internacional en sí, es decir, de los tratados existentes entre Portugal y España. Lo primero que destaca Arias Girón son las limitaciones que estos tratados ofrecen desde el punto de vista español a la hora garantizar condiciones justas tanto para los comerciantes como para los súbditos españoles en Portugal. Como vemos, el aspecto económico está siempre en el primer plano del análisis. Arias Girón se queja de que o bien los tratados existentes “son para un objeto aislado”, bien fueron válidos en un momento concreto del pasado, bien “no abrazan todas las necesidades mercantiles y políticas”²⁸⁶. Aunque la mayor queja del diputado moderado no viene motivada por los perjuicios que causan los tratados existentes a los españoles, sino por los beneficios que se otorgan en Portugal al comercio inglés, “el único que tiene en este país condiciones inmensamente ventajosas”²⁸⁷, como pudieran ser la exención de tasas, el libre comercio con las colonias o prerrogativas mercantiles en general. La idea que plantea Arias Girón para solucionar este estado de cosas desfavorable para España era la celebración de un nuevo tratado de comercio entre Madrid y Lisboa.

Esta idea se expone en el último artículo de la serie, que vendría a resumir la postura de una parte del iberismo conservador, que veía cómo una nación en la que España podría potencialmente apoyarse para crecer en el contexto europeo seguía orientando su política de manera única y exclusiva en una sola dirección. El objetivo de Arias Girón era publicitar la idea de un tratado general que estableciera las condiciones de comercio entre España y Portugal de una manera justa; ya no privilegiada, sino al menos en pie de igualdad con otras naciones:

“De esta manera, adquiriendo nuestro gobierno facilidades que ahora no tiene, y que podrán resultar de hacer extensivas a Portugal y España algunas disposiciones internacionales útiles, facilitando las comunicaciones por medio de la navegación fluvial y de un buen sistema de carreteras, y mezclando nuestros intereses económicos con los de nuestros vecinos por la unión de aduanas, llegaría con el tiempo a extinguirse la animosidad [...] Los años y las comunicaciones inocularían en el pueblo portugués nuestras ideas, y ambas naciones recibirían de su íntimo enlace el beneficio de asimilar cada vez más sus opiniones y tendencias.”²⁸⁸

Este progresivo acercamiento entre los dos Estados peninsulares, al cual Arias Girón esperaba haber contribuido publicando sus artículos, habría de estar basado por encima de todo en la protección del comercio español en suelo portugués, incluyendo la unión

²⁸⁶ *El Herald*, 07-04-1850, p. 1, col. 4.

²⁸⁷ *El Herald*, 12-04-1850, p. 1, col. 3.

²⁸⁸ *El Herald*, 12-04-1850, p. 1, col. 4.

aduanera, pero también en el establecimiento y la mejora de las comunicaciones sólidas y duraderas entre ambos países.

4.2.8. Más propuestas desde la derecha del arco político

Por otro lado, el gran representante periodístico del absolutismo, *La Esperanza*, también va a tratar la cuestión ibérica de manera extensa y durante un tiempo prolongado. *La Esperanza* llevaba como subtítulo el lema “Periódico monárquico” y es considerado el portavoz del carlismo (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 121). Es un diario que aparece precisamente tras el abrazo de Vergara y que se enmarca en el proceso de incorporación de carlistas y ultracatólicos a la legalidad isabelina, al ejército, a la administración y al propio partido moderado. *La Esperanza* es un vespertino que aparece todos los días excepto domingos y festivos, estando presente en la vida pública española hasta el golpe de Estado de Pavía, cuando desaparece junto con el resto de la prensa carlista, según el catálogo de la Biblioteca Nacional. Según los datos del franqueo postal, *La Esperanza* fue el periódico más difundido entre 1850 y 1854 (Seoane, 1983: 207).

La estructura del periódico es racional, destacando las secciones de espectáculos y la importancia que se le otorgaba a la publicidad (sobre todo de lecturas religiosas), mientras que la escritura destaca por su claridad. En cuanto al contenido, el editorial salía en primera página, y por añadidura muchas de las noticias trenzaban información con opinión. Las firmas del diario estaban encabezadas por el antiguo director de la *Gazeta de Madrid*, Pedro de la Hoz –colocado en el mencionado puesto por el mismísimo Fernando VII–, cuya familia se ocupaba de la gestión del diario. Antonio Juan de Vildósola, Luis del Barco, Francisco Navarro Villoslada o Miguel Neyra y López son otros de los nombres que colaboraron con *La Esperanza*.

En el primer artículo destacado de este diario respecto a la problemática cuestión peninsular se advierte cómo el redactor argumenta de forma manifiesta a favor de la unión. Esta toma de partido viene motivada por los proyectos de unión postal que el gobierno español quería poner en marcha. Según *La Esperanza*, la lógica hace pensar que sería Portugal quien tomara más ventaja de una unión postal, debido a que podría pagarse lo mismo por un porto desde Lisboa a Coimbra que desde Lisboa a Barcelona, ampliando así el rango de acción de las comunicaciones portuguesas de manera muy notable. Sin

embargo, el beneficio futuro de dar este paso sería sin duda mucho mayor para el conjunto de la península, puesto que el servicio postal constituye una de las funciones administrativas que habrían de ser unificadas de manera imprescindible para construir un único aparato estatal²⁸⁹.

A finales de 1850, tras largos meses sin tener noticias de la propaganda ibérica en la primera página de *El Herald*, el periódico conservador sorprende con un editorial de más de dos columnas en el que se defiende la fusión de los intereses y el contacto directo entre Portugal y España. Siendo vecinos durante siglos y habiéndose dado la espalda casi de manera continua, para *El Herald* estaba llegando el tiempo en el que “se ha ido conociendo la necesidad de hacer uno de los dos pueblos artificialmente separados”²⁹⁰. Descartada de mano una unión a través de la conquista o la diplomacia —que un rey ciñera las dos coronas—, *El Herald* se centra en “pregonar la unión *posible*” (en cursiva en el original), basándose sobre todo en una mejora de las comunicaciones, desde la construcción de puentes y carreteras en la frontera hasta verificar un impulso del tendido ferroviario. No habría muchos más problemas que los de las infraestructuras a la hora de comenzar a dar pasos en dirección a la unión ibérica, puesto que en el terreno cultural no habría que esforzarse demasiado:

“Las costumbres [de España y Portugal] son idénticas, la religión la misma, el clima semejante, el terreno parecido, y hasta el gobierno, y las tradiciones, y la historia dan a los dos pueblos un carácter de unidad y de semejanza que no se puede ocultar al hombre menos observador. Ábranse, repetimos, fáciles comunicaciones, y un portugués en Madrid no será más extraño que es ahora un valenciano o un catalán.”²⁹¹

Esta demanda de mejora de las comunicaciones enlaza directamente con una de las más importantes aspiraciones de Juan Arias Girón en la serie de artículos que se ha repasado más arriba. Se observa cómo *El Herald* centra su mensaje en el aspecto económico, asumiendo que una vez completada la fusión de los intereses materiales el acercamiento político vendría solo. Importante es distinguir entre fusión económica y acercamiento político. *El Herald* rechaza la mezcla de nacionalidades o de coronas; con la unión “*posible*”, basada en lo económico, ambas naciones recuperarían su importancia en el concierto europeo, objeto último de las demandas iberistas de este periódico.

²⁸⁹ *La Esperanza*, 11-06-1850, p. 1, col. 2.

²⁹⁰ *El Herald*, 03-11-1850, p. 1, col. 1.

²⁹¹ *El Herald*, 03-11-1850, p. 1, col. 2.

La mejora en las comunicaciones intrapeninsulares, la puesta en común de infraestructuras, el acercamiento material en general, se convierten en puntas de lanza de las demandas iberistas. Así, los planes de unificación en las tarifas postales son bienvenidos por otro diario conservador, como *La Época*, que los considera como “el primer paso que darse debe para resolver el gran problema de la unión peninsular pacífica y posible”²⁹². Si se presta atención a los matices se puede notar cómo este periódico se cubre las espaldas: se declara partidario de la unión ibérica, pero al tiempo afirma que se trata de un problema que debe ser solucionado de modo no traumático, aludiendo muy probablemente al respeto a la monarquía borbónica. Estos matices van a ser ampliados en un texto de finales de 1850, en el que se explicitan algo más los planteamientos iberistas de *La Época*:

“Al desear hoy la estrecha unión de ambas naciones no pretendemos que se aspire a la sumisión del Portugal a la España, como cuando los reyes de esta eran también soberanos de aquel, sino a esa unión mucho más duradera que establece la naturaleza y estrecha la conveniencia mutua de países que tienen unos mismos intereses, unas mismas tendencias, unas mismas aspiraciones.”²⁹³

Se establecen en este párrafo unos parámetros muy claros dentro de los cuales se mueve el iberismo de *La Época*. En primer lugar, rechazo de todo tipo de violencia o imposición, refiriéndose a posibles conquistas o invasiones del territorio portugués por parte de España. En segundo lugar, el reconocimiento de que ambos países están condenados a compartir eternamente ciertos elementos de primer orden a la hora de definir una identidad, como la geografía. Por último, una apelación a consensuar planes de futuro que consoliden los mencionados intereses, tendencias y aspiraciones comunes. Para el diario conservador, la separación de 1640 perjudicó a ambos reinos, aunque sobre todo a Portugal, y es precisamente por eso por lo que a este le beneficiaría más la reunión con España.

La popularidad de la idea de unión ibérica en España a mediados de siglo es profunda. La cuestión no solo se trata en la prensa política o en la político-informativa, sino que se encuentran también referencias al proyecto en publicaciones de corte literario o costumbrista como el *Museo de las familias*, título fundado en 1843 por Francisco de

²⁹² *La Época*, 12-06-1850, p. 3, col. 3.

²⁹³ *La Época*, 03-11-1850, p. 2, col. 1.

Paula Mellado, quien fuera impresor de la primera enciclopedia en castellano. En el *Museo de las familias*, publicación dirigida a la clase media urbana, “pobre e insípida” según Seoane (1983: 217), tuvieron cabida autores como José Zorrilla, Manuel Bretón de los Herreros o el gallego Benito Vicetto, quien firma en el número del 25 de junio de 1851 un drama amoroso titulado “El caballero del estandarte”. Lo único que para esta tesis es interesante respecto a la historia de Vicetto es su ubicación: la ciudad portuguesa de Elvas, situada a menos de diez kilómetros de la frontera con España. Aprovechando las líneas en las que describe físicamente el enclave, el autor ofrece una evaluación particular sobre el estado de la cuestión en aquel momento, partiendo de la base de la nostalgia española sobre la unión dinástica del siglo XVI:

“Si sois español, no solo de nacimiento sino de corazón, echaréis de menos aquellos buenos tiempos en que Lisboa no era una corte, sino una capital como Zaragoza, Coruña, Valladolid, etc... Entonces... no podréis menos de pensar en esa gran cuestión de *unión peninsular* cuya importancia empieza a encarecerse en los ateneos y en los cafés, y que muy luego, porque no puede menos de ser así, ocupará los parlamentos.”²⁹⁴

El pensamiento de Benito Vicetto sobre la cuestión deja traslucir cierto tono paternalista y algo alejado de la realidad, pues se permite comparar una metrópoli como Lisboa con ciudades españolas de una importancia claramente menor en el contexto internacional. Los puntos suspensivos y la cursiva pertenecen al texto original, y son recursos que permiten al autor trasladar al lector la impresión de que se está hablando de algo importante, debatido ya al nivel de la calle y que pronto llegaría al campo político. Una muestra más de la importancia que el asunto tenía por esas fechas es la constatación de que también “las mujeres toman parte [en la conversación], porque es para ellas una cuestión política tan clara que un reino unido a otro valdría doble, como que uno y uno son dos, siempre que sean homogéneos”²⁹⁵.

El conservador *La España* ejemplifica por qué el iberismo siempre contó con una aceptación más o menos general en el conjunto de España. El ciudadano español solo podría salir beneficiado de los proyectos iberistas, fuera cual fuese su adscripción política o ideológica. Sin embargo, en Portugal era un proyecto mayoritariamente ignorado o desconocido, al menos en ese momento, ya que años más tarde se convertiría en un arma arrojadiza entre los diferentes grupos políticos. La cuestión del *Zollverein* ibérico se

²⁹⁴ *Museo de las familias*. 25-06-1851, tomo 9, p. 138.

²⁹⁵ *Ibíd.*

debatíó también en las Cortes. *La España* refiere una intervención del diputado Manuel Moreno López a favor del establecimiento de una unión aduanera entre España y Portugal en su número del 26 de noviembre de 1851. La contestación del marqués de Miraflores, a la sazón ministro de Estado, fue también favorable a la unión aduanera, aunque adujo conflictos en cuestiones arancelarias que alejaban la posibilidad de celebrar un acuerdo al respecto²⁹⁶.

Entre las propuestas de acercamiento material no podía faltar la unión aduanera. Los rumores sobre este extremo parecían tomar cuerpo en el verano de 1852, cuando *La Época* se hace eco de creación en Portugal de una comisión para estudiar las reformas en el sistema arancelario del país, al tiempo que parecen consolidarse los planes para la puesta en marcha del tendido ferroviario entre Portugal y España. Esta noticia excita las pasiones del diario de Coello, siempre tan templado, que se pregunta: “¿Comprende el gobierno español todo lo que significa esta coincidencia? Significa que HOY TIENE EN SU MANO la *unión aduanera*, el Zollverein ibérico; es decir, el objeto culminante de todo verdadero estadista español”²⁹⁷. Las esperanzas de *La Época* no podrían haber sido expresadas de manera más despejada, colocando la unión aduanera de España y Portugal como objetivo que habría de ser guía y cifra de los gobernantes españoles.

4.2.8.1 Hacia el fin de la década moderada

Se está comprobando cómo las publicaciones de orientación iberista, pese a su energía y vigor, surgen únicamente a cuentagotas en los periódicos favorables a la unión. El ejemplo de *El Clamor Público* es paradigmático: no hay duda de su orientación iberista ni de su voluntad de colaborar con la idea de unión hispano-portuguesa, pero más allá de menciones puntuales, de pocas líneas, en las que el tema se trata de puntillas, publica pocos artículos de amplitud y profundidad. Se han repasado solamente tres artículos importantes, con fecha de 1845, 1847 y 1850, respectivamente. Hay que llegar hasta 1852 para encontrar otra noticia digna de ser reseñada: el 11 de septiembre de ese año, *El Clamor Público* habla de la “deseada unión” de Portugal y España, tras una visita de Isabel II y su consorte don Francisco a Segovia:

²⁹⁶ *La España*, 26-11-1851, p. 3, col. 2.

²⁹⁷ *La Época*, 02-08-1852, p. 3, col. 1. Las mayúsculas y la cursiva se corresponden con el original.

“Recuerdan estos [los segovianos] todavía que en su ciudad se verificó la unión de las coronas de Aragón y Castilla por el casamiento de la princesa doña Isabel con don Fernando, y hacen fervientes votos por que algún día pueda realizarse del propio modo, ya que otra cosa no sea fácil, la unión de Portugal y España. ¡Ojalá veamos efectuado este acontecimiento, que hará figurar la Península Ibérica entre las naciones de primer orden y que aseguraría para siempre el triunfo de las dos dinastías reinantes, cimentando en el amor de los pueblos y en la consolidación de las reformas liberales!”²⁹⁸

No se puede comprobar que los ciudadanos de Segovia desearan la unión ibérica, pero lo que sí se demuestra es la voluntad iberista que el redactor de *El Clamor Público* descarga en el relato sobre la visita real. Una vez más se encuentran ecos históricos en el proyecto de unión ibérica, equiparado en esta ocasión a la unificación de las coronas aragonesa y castellana, uno de los hitos más decisivos en toda la historia peninsular. De nuevo se hace referencia a la condición de potencia de primera categoría mundial de la que, según los partidarios de la unión, disfrutaría la futura Iberia en el caso de que se consumara su proyecto. En esta ocasión se introduce un nuevo matiz a este respecto, que choca con la voluntad, más o menos velada, de una absorción española de Portugal. El matiz es la mención específica a “la consolidación de las reformas liberales”, que sería el paso clave, junto con el más idealista “amor de los pueblos”, para la conformación de Iberia.

La construcción del ferrocarril Madrid-Lisboa es, como ya se ha visto, una de las preocupaciones clásicas del iberismo. En octubre de 1852, *El Herald* publica un artículo en primera página en el que la redacción del periódico celebra los planes de la obra ferroviaria como una noticia que le produce la “satisfacción más viva”, porque

“todo lo que sea estrechar nuestros lazos con Portugal, facilitar las relaciones entre los súbditos de ambas monarquías, confundir sus intereses, y activar esa fusión de las dos nacionalidades que está en la naturaleza de las cosas, y por la cual ambos países suspiran, no puede dejar de ser altamente satisfactorio a los hombres ilustrados de uno y otro.”²⁹⁹

Hay dos aspectos clave en esta afirmación: la comunidad de intereses y la fusión de las nacionalidades. De la primera aspiración se deduce una concepción economicista de la unión ibérica, y es que según *El Herald* lo más importante de la conexión por tren de ambas capitales sería abrir el mercado americano de forma más directa al comercio con España. La segunda pretensión, la fusión de las nacionalidades, sería el objetivo final del

²⁹⁸ *El Clamor Público*, 11-09-1852, p. 2, col. 2.

²⁹⁹ *El Herald*, 23-10-1852, p. 1, col. 1.

proceso iniciado por el acercamiento material, aspecto este que el diario conservador pasa a desarrollar a continuación.

Como se acaba de mencionar, los redactores de *El Heraldo* consideran que la venta de productos manufacturados a las antiguas colonias americanas debería ser el primer paso para el desarrollo y consolidación de una industria fuerte en España. Si solo se tiene en cuenta este argumento, salta a la vista que varios puertos españoles podrían ofrecer sus servicios para potenciar el comercio con las antiguas colonias, y no necesariamente este comercio tendría que pasar por Lisboa. Sin embargo, *El Heraldo* manifiesta su predilección por la capital portuguesa en base a una razón política, apenas disimulada tras la motivación económica: la construcción de un ferrocarril Madrid-Cádiz, por ejemplo, significaría un potente fomento de la economía de las regiones que dicha vía férrea cruzase, pero el efecto terminaría ahí. Sin embargo, la línea Madrid-Lisboa, además de aportar ese mismo fomento de la economía regional a lo largo del recorrido, abriría las puertas del mercado portugués al comercio español y serviría también para

“enlazar de tal manera nuestros intereses y confundir de tal modo hasta nuestros idiomas, que a la vuelta de pocos años, sin esfuerzo alguno, por el impulso natural de las cosas, se verificaría espontáneamente la unión indisoluble de ambos países.”³⁰⁰

La concepción unitaria de la península Ibérica, cuyos intereses e incluso cuyos idiomas se verían progresivamente reducidos a uno solo, se hace aquí evidente. El objetivo de la “unión indisoluble” es manifestado de manera directa y sin insinuaciones, descartando asimismo cualquier intención de conquista violenta e insistiendo en la espontaneidad y el “impulso natural” que habría de llevar a Portugal y España a la unión definitiva. *El Heraldo* admite la imposibilidad de asegurar que estas afirmaciones se fueran a convertir en realidad; reconoce que se trata de una creencia, “casi un artículo de fe”, el pensar que la unión ibérica se llevará a cabo gracias al desarrollo ferroviario, pero considera que los antecedentes históricos, culturales y políticos llevan a pensar en las grandes posibilidades de éxito de la empresa.

Destaca en un texto iberista de vertiente económica la casi nula mención al yugo de la influencia inglesa sobre Portugal o a la autoridad francesa sobre España, siendo la

³⁰⁰ *Ibíd.*

voluntad de desasirse de ambas tutelas uno de los principales argumentos que los nacionalistas ibéricos solían utilizar para situarse a favor de la unión hispano-portuguesa. En definitiva, se trata de un texto que enfoca el asunto desde una perspectiva positiva y optimista, un texto en el que se apuesta “por instinto” a favor de una unión que “será inevitable, como lo es la de dos gotas de agua que se ponen en contacto”³⁰¹. Este artículo es reproducido por *La Época*, que se asocia “plenamente” a lo expresado por *El Heraldo*, dando cuenta una vez más de su marcado iberismo a estas alturas de siglo, si bien en una variante que raya en el nacionalismo español de tinte imperialista.

4.2.8.2. La variante españolista de Cos-Gayón

En el verano de 1853, el político conservador Fernando Cos-Gayón escribe una serie de artículos para *El Heraldo* titulada “Las nacionalidades europeas”. Cos-Gayón es un habitual de los diarios conservadores de mediados del XIX, publicando a lo largo de su vida numerosos textos en diferentes periódicos, y ya en su madurez ocupará cargos políticos de importancia, como la titularidad de los ministerios de Hacienda (en tres etapas diferentes), Gracia y Justicia (1891-1892) y Gobernación (1895-1897). En la undécima entrega de la mencionada serie sobre las nacionalidades europeas el autor se ocupa de España, ofreciendo al lector una interpretación nacionalista de la historia en la que se proyecta hacia el pasado la constitución de la península Ibérica como un todo, como una “unidad histórica”³⁰². Tomando como asiento la geografía, que establece de manera natural las fronteras de una península rodeada únicamente por mares y por una gran cadena montañosa, se sigue un hilo conductor que establece la nacionalidad española en base a dos criterios típicamente conservadores, el trono y el altar: “El trono de Leovigildo y de Wamba continúa asentado sobre firmísimas bases, sin haber sufrido detrimento en su esencia en el transcurso de tantos siglos, y la religión de Recaredo sigue siendo la fe de los españoles”³⁰³. Se advierte cómo el punto de partida del autor para justificar la mencionada unidad histórica de la península es claro: todo comienza con la monarquía visigoda, que encarnará a lo largo de los siglos un ideal de gobierno para un sector de la sociedad española.

³⁰¹ *El Heraldo*, 23-10-1852, p. 1, col. 2.

³⁰² *El Heraldo*, 02-07-1853, p. 1, col. 3.

³⁰³ *Ibíd.*

Ni siquiera la época musulmana y la aparición de los diferentes reinos cristianos suponen para Cos-Gayón un salto en la continuidad de la España que él defiende, puramente católica y con un objetivo histórico siempre común, pues “juntos fuimos vencidos en las orillas del Guadalete, juntos vencimos en las Navas de Tolosa y ante los muros de Granada”³⁰⁴. El autor define su pensamiento sobre las particularidades regionales dentro de la península Ibérica al afirmar que “aunque cada cual de los antiguos reinos españoles conserve su matiz especial, en todos se halla marcado por el sello distintivo de la nacionalidad común”³⁰⁵. Por último, Cos-Gayón se refiere a la singularidad española dentro de Europa, ya que su historia ha sido especificada por hechos diferentes a la del continente, empezando precisamente por la época del Califato. Se observa aquí cierta incoherencia en las proposiciones del autor, al otorgar a España respecto de Europa cualidades particulares que no otorga a los diferentes reinos que existieron dentro de España. En definitiva, se observa cómo se construye un relato con cierto cariz nacionalista español basado en cuatro argumentos –catolicismo, monarquía, unidad de acción histórica y particularidad respecto al resto de Europa– en el que se destacan los aspectos más oportunos para rechazar cualquier otra interpretación sobre la historia peninsular.

Esta larga introducción nos guía hacia la parte del artículo que más interesa en el contexto de esta tesis, la referida a las relaciones exteriores. Cos-Gayón desarrolla en este punto un iberismo de vertiente españolista en el que se busca la grandeza futura del país a través de tres medios: “la unión con Portugal, la ocupación del África fronteriza y la formación de una respetable marina”³⁰⁶. Para culminar el primero de los tres planes, el autor propone en primer lugar la comunidad de los intereses materiales, en sintonía con propuestas analizadas anteriormente: la navegación del Duero y la del Tajo, junto con la apertura de la línea ferroviaria entre Madrid y Lisboa, serviría para aumentar el flujo económico entre los dos Estados ibéricos. Al acercamiento hispano-portugués deberían contribuir también los periódicos, dedicando “más importancia y más espacio a las noticias y asuntos de Portugal que a todos los del resto de la tierra”³⁰⁷, y la administración española, que debería orientar su política a la consecución de un frente de acción común

³⁰⁴ *El Herald*, 02-07-1853, p. 1, col. 4.

³⁰⁵ *Ibíd.*

³⁰⁶ *El Herald*, 02-07-1853, p. 2, col. 1.

³⁰⁷ *El Herald*, 02-07-1853, p. 2, col. 2.

con el gobierno portugués, lo que les otorgaría una posición de fuerza y superioridad frente a posibles avasallamientos por parte de las diplomacias europeas. El tono que prevalece en esta parte del artículo es de descontento, pues el autor corrobora que ninguna de las propuestas que sugiere se está llevando a cabo, lo que inevitablemente va a retrasar la unión ibérica. Esta unión, opina Cos-Gayón, deberá realizarse bajo la forma de la fusión dinástica, lo que hará que

“nuestra querida patria vuelva a adquirir su antiguo poderío, más sólido y mejor cimentado que antes lo estuvo, y unida a Portugal como a una parte de su propio ser, pise con planta vencedora la vecina tierra africana, y tienda su mano generosa, por medio de una marina respetable, a los pueblos hispano-americanos, por cuyas venas corre como las nuestras, la sangre de nuestros padres.”³⁰⁸

Unión ibérica, pues, como paso primero y principal en el presente para la recuperación futura de una gloria del pasado. Fernando Cos-Gayón adelanta así los objetivos de política exterior que los gobiernos españoles colocarán en primer plano a partir de la década de 1860, sobre todo en lo referente a África, pero sin olvidar la comunión de raza que todavía seguía uniendo a la antigua metrópoli con las nuevas repúblicas americanas.

4.2.8.3. El iberismo asociado al progreso técnico

El siglo XIX es testigo de la revolución industrial y de la revolución de los transportes (entrecruzada con la anterior, y representada por el ferrocarril y el barco de vapor), pero también se distingue ya en esa centuria el inicio de la revolución de las comunicaciones. Un ejemplo se observa en el telégrafo eléctrico, que se extiende imparable por la Europa de mediados de siglo. El triunfo de este invento supone para la profesión periodística un cambio radical en la forma de distribuir las noticias, al tiempo que se convierte en una herramienta que propicia el acercamiento entre diferentes territorios. Los proyectos del gobierno para la implantación del telégrafo eléctrico en territorio español son aplaudidos por *El Heraldo*, que halaga con un lenguaje pomposo las propuestas presentadas por Pedro Egaña, a la sazón ministro de Gobernación y viejo conocido de las redacciones madrileñas, como fundador y director del también conservador *La España*. Lo interesante de este texto es la orientación iberista que *El Heraldo* quiere dar al tendido del telégrafo eléctrico. Para este diario, la conexión

³⁰⁸ *El Heraldo*, 02-07-1853, p. 2, col. 3.

telegráfica más importante no será la de Madrid, Barcelona o Cádiz, sino la de Badajoz, porque permitirá desarrollar un pensamiento:

“Este pensamiento es el de acelerar lo más posible la llegada de aquel día venturoso en que la Península no formará más que una sola monarquía, como parece indicarlo la naturaleza, en que se completará la gran aspiración de los reyes católicos y en que unidas las fuerzas de Portugal y España, la nación peninsular, colocada en la más favorable de las posiciones para atraer a su seno todo el comercio de América y para ser el muelle de todo el comercio europeo, se ponga al frente de las naciones europeas en lugar de ocupar la posición contraria.”³⁰⁹

Así, para la consecución de la unión ibérica hace falta no solo estrechar los intereses materiales, sino también afianzar el desarrollo tecnológico con el establecimiento del telégrafo, lo que de alguna manera haría el mundo ibérico más pequeño y conectaría con mayor rapidez todos los puntos de la península. Una vez más se advierte que esta idea está relacionada con la voluntad de colocar a España y Portugal en un lugar de preeminencia respecto del resto de países de Europa, justamente la “posición contraria” a la que ambos países ocupaban en ese momento.

En cuanto a la forma en la que habría de producirse la unión, *El Heraldo* rechaza, al igual que la mayoría de iberistas, una conquista violenta. El diario fundado por Sartorius se descuelga con un tono más cercano al utopismo de un republicano que a la ortodoxia moderada, afirmando que tampoco será la diplomacia la que consiga la unión ibérica, sino que habrá de ser el interés mutuo y la voluntad de ambos pueblos los factores que hagan surgir a la futura Iberia: la unión será “obra del tiempo, obra también de la política, pero de esa política sincera, expansiva, que represente el convencimiento y el interés de los pueblos que han de amalgamarse”³¹⁰.

4.2.9. Aparición de *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas

La memoria de Sinibaldo de Mas titulada *La Iberia. Memoria sobre la conveniencia de una unión hispano-portuguesa* se publica en Lisboa en diciembre de 1851, siendo traducida al portugués en 1852 por Latino Coelho. Al calor de los avances liberales progresistas, la difusión de las ideas de Mas en los años siguientes no hace sino

³⁰⁹ *El Heraldo*, 17-07-1853, p. 1, cols. 1 y 2.

³¹⁰ *El Heraldo*, 26-08-1853, p. 1, col. 1.

crecer y llega a ocupar espacios destacados en los periódicos, ya sean estos partidarios o contrarios a la unión ibérica.

La popularidad que ganó en España la segunda edición de la obra magna de Sinibaldo de Mas motiva que *La Esperanza* abra su edición del 11 de agosto de 1853 con un comentario sobre la cuestión. En este texto se percibe la principal diferencia entre los planteamientos del nacionalismo ibérico liberal y aquellos defendidos por los ultraconservadores, diferencia no por esperada menos digna de destacar. El texto de Sinibaldo de Mas es analizado partiendo de la base de que “el pensamiento sería excelente si no fuera sospechoso”³¹¹. Las sospechas de *La Esperanza* se fundan en el origen ideológico de la propuesta: “el plan en su fondo es democrático-socialista; el pensamiento enteramente mazziniano; sus formas idénticas a las empleadas en Italia desde 1830 para ponerla en revolución”³¹². Es precisamente su condición de movimiento popular –a ojos de *La Esperanza*– lo que anula la validez del proyecto:

“Siempre vendremos a parar en que la cuestión debe entablarse en las regiones del poder supremo y no en las inferiores del Estado. Si los soberanos, las Cortes, o a lo menos los gabinetes de uno y otro país hubiesen tomado la iniciativa, el origen del proyecto parecería natural, derecho, legítimo hasta cierto punto; pero nacido en individuos del pueblo, y marchando de abajo a arriba por el camino de la prensa, no puede presentar títulos que le acrediten bastante con el trono y con las Cortes.”³¹³

En el rechazo a un proyecto iberista “de abajo a arriba” resuenan ecos de propuestas de una revolución desde arriba. Desde las páginas de *La Esperanza* se rechaza toda legitimidad posible de un proyecto iberista de carácter más o menos popular, aunque las propuestas de Sinibaldo de Mas no fueran ciertamente en este sentido.

La segunda edición de *La Iberia* de Mas enciende de manera inmediata el debate sobre la unión de España y Portugal en el periodismo español, asunto ante el que *La Época* se va a posicionar netamente a favor. Además de reproducir casi por completo el prólogo de la obra³¹⁴, *La Época* publica en el mes de agosto de 1853 dos editoriales dedicados en exclusiva a tratar la cuestión. En el primero, el periódico de la alta burguesía establece su posición de manera inequívoca, enumerando las razones por las que podemos

³¹¹ *La Esperanza*, 11-08-1853, p. 1, col. 1.

³¹² *Ibíd.*

³¹³ *Ibíd.*

³¹⁴ *La Época*, 22-08-1853, p. 3, cols. 1 y 2.

considerarlo como representante indubitado del nacionalismo ibérico. ¿Qué es lo que une o debería unir a dos pueblos como Portugal y España? La respuesta de *La Época*:

“La naturaleza del territorio, el carácter de sus habitantes, la similitud de costumbres, la combinación de intereses, las tradiciones de la historia, la identidad de su religión y de su forma de gobierno, así en lo antiguo como en lo moderno, la suerte misma de estos pueblos, alternativa y simultáneamente próspera o adversa, poderosos cuando están unidos, débiles cuando separados, todo, todo indica que esos pueblos no deberían ser más que uno solo.”³¹⁵

Tras esta afirmación tajante, el editorial traza un recorrido histórico desde los tiempos prerromanos hasta la firma del Tratado de Methuen (1703), que establecía de manera definitiva la alianza entre Inglaterra y Portugal, separando aún más a Lisboa de la órbita de Madrid. En este recorrido ve *La Época* muchas similitudes y pocas diferencias, y se lamenta de que las administraciones españolas hayan tratado a Portugal con “descuido” en el pasado y con “culpable indiferencia” en la época.

El diario conservador acusa a los partidos políticos de “abandono” respecto a Portugal, lo cual, pese a todas las similitudes entre ambos países, supone un gran freno en las relaciones intrapeninsulares y “un límite más ancho y una barrera más inaccesible que la de los Pirineos”³¹⁶. Además, el desconocimiento que existe en España respecto a Portugal parece agudizarse al compararlo con todo lo que se sabe sobre París, Londres y las demás capitales europeas. Sin embargo, para *La Época* no todo está perdido, y una unión ibérica se podría estar empezando a divisar en el horizonte gracias al aliento de “la prensa española y portuguesa”, que “ha tomado de algún tiempo a esta parte en la cuestión de unidad peninsular una iniciativa que, simpática desde luego, será más tarde provechosa y fecunda”³¹⁷. Se especifica a continuación que, rechazada por completo la posibilidad de conquista o de componendas diplomáticas, la unión ibérica tendrá que realizarse al “cultivar las relaciones de dos pueblos hermanos, que no debieron dejar nunca de serlo”³¹⁸. *La Época* declara haber hecho más de una vez “votos sinceros por la unión de la España con el Portugal” y continúa tratando la cuestión en el editorial del día siguiente, en el que incide en la ceguera de los gobiernos de Madrid respecto a la cuestión, que según sus informaciones en Portugal estaba tomando un cariz favorable a la unión.

³¹⁵ *La Época*, 11-08-1853, p. 2, col. 1.

³¹⁶ *La Época*, 11-08-1853, p. 2, col. 3.

³¹⁷ *Ibíd.*

³¹⁸ *Ibíd.*

El periódico de las élites conservadoras acusa a los políticos españoles de mirar solo hacia la coyuntura interior y no tener en cuenta las posibilidades que un acercamiento a Portugal tendría también de cara al futuro de España. *La Época* también se hace eco de la oposición del diario *A Nação*, de Lisboa, a la unión ibérica, lo que desde su punto de vista hablaba aún más en favor de la idea, al ser *A Nação* el periódico representante del miguelismo. El diario de Diego Coello alaba la labor del mariscal Saldanha, que ha puesto “el orden al lado de la libertad”³¹⁹, salvando el trono de Maria da Gloria y acabando con las amenazas revolucionarias. El gobierno Saldanha estaba dando pasos, además, en una de las direcciones que más atraían a los iberistas, como la mejora de las comunicaciones entre Portugal y España: “El día en que esto se haga, el día en que se haya puesto a Lisboa a pocas horas de Madrid, ese día será el primero de una nueva época que tendrá por feliz término la unión peninsular”³²⁰. *La Época* pensaba que la mano tendida desde Lisboa habría que estrecharla cuanto antes, y qué mejor forma para un periódico monárquico que sellar la futura unión ibérica con un enlace entre ambas casas reales. Si siete años antes, como se ha visto, se había debatido ampliamente en la prensa madrileña –y en media Europa– las posibles combinaciones de cara al enlace de Isabel II con algún miembro de la aristocracia europea, el periódico de Diego Coello pretendía reabrir el debate y abogaba por “el abrazo peninsular” en forma del casamiento de Pedro V y la futura Isabel III³²¹³²². *La Época* finaliza su editorial replicando al absolutista *La Esperanza*, que acusaba a los iberistas de extranjerizantes y revolucionarios, haciéndole ver que ellos buscaban la unión ibérica desde el sentimiento patriótico y defendiendo la monarquía. Esto es un ejemplo de cómo el nacionalismo ibérico incubaba en su seno diferentes tendencias y sensibilidades sociales dentro del liberalismo y los movimientos revolucionarios, pero difícilmente en el marco absolutista.

En resumen, los cinco argumentos que patrocina *La Época* a la hora de defender la idea ibérica son los siguientes: en primer lugar, los condicionantes geográficos, históricos, económicos, sociales y culturales facilitan el acercamiento y la posible unión de España y Portugal; en segundo lugar, se rechaza frontalmente la dominación de Portugal por parte de España, ya sea por conquista o por diplomacia; en tercer lugar, se

³¹⁹ *La Época*, 12-08-1853, p. 2, col. 2.

³²⁰ *Ibíd.*

³²¹ *Ibíd.*

³²² Isabel de Borbón y Borbón, *La Chata*, fue la primera en la línea de sucesión al trono hasta el nacimiento de su hermano Alfonso en 1857.

apuesta por potenciar la comunidad de intereses económicos y materiales como primer paso para la unión; en cuarto lugar, la fusión del trono gracias a un matrimonio Borbón-Braganza daría lugar a una unión de orden, civilizada y no violenta; por último, la ineptitud y la indiferencia de los gobiernos españoles debe cesar y estos deben abrir los ojos a los beneficios que la unión supondría para el futuro del país.

Gracias a la polémica levantada por el libro de Sinibaldo de Mas, unos días más tarde se vuelve a leer en las páginas de *La Esperanza* una referencia a los proyectos de unión ibérica, enzarzado el periódico de Pedro de la Hoz en una discusión el diario progresista *La Nación*, favorable a la unión ibérica y que había interpretado precisamente que *La Esperanza* desaprobaba y condenaba la posible unión de Portugal y España, lo que era incomprensible por tratarse de un pensamiento “patriótico y fecundo y regenerador”³²³. Sin embargo, el diario absolutista se reafirma en rechazar la unión ibérica siempre que esté planteada en los términos en que lo hace el folleto de Mas: “podemos muy bien desear sinceramente la unión de los dos Estados, sin creer por eso ni patriótico, ni fecundo, ni regenerador en buen sentido el pensamiento de *La Iberia*”³²⁴. No por conocer la orientación política de *La Esperanza* y la condición sociocultural general de la España de mediados de siglo XIX deja de sorprender el argumento que se plantea a la hora de rechazar en aquel momento la unión de España y Portugal, pese a considerarlo como un plan “halagüeño”. La razón que presenta *La Esperanza* es ni más ni menos que el rechazo divino a la unión ibérica:

“No es un absurdo creer: 1º, que serán inútiles todos los esfuerzos que los hombres hagan para *fundir* en uno dos reinos que una ley providencial mantiene divididos; 2º, que trabajan en vano los economistas para *igualar* todos los Estados de los cuales, Dios, con un fin oculto, pero indudablemente benéfico, quiere conservar a unos fuertes y a otros débiles. [...] Aunque deseemos con ansia que los portugueses sean compatriotas nuestros, no confiamos bastante en los hombres que nos prometen realizar este acontecimiento.”³²⁵

Así, si la voluntad de Dios estaba en contra de la unión ibérica, ¿quiénes eran unos meros hombres para contradecirla? La argumentación continúa dos días después y se introduce un matiz interesante, que ayuda a resaltar una diferencia entre el nacionalismo ibérico liberal y los planteamientos unionistas de los sectores representados por *La Esperanza*. Dice el periódico de Pedro de la Hoz que “no combate la reincorporación de Portugal a

³²³ *La Nación*, 13-08-1853, p. 1, col. 1.

³²⁴ *La Esperanza*, 16-08-1853, p. 1, col. 2.

³²⁵ *La Esperanza*, 16-08-1853, p. 1, col. 3.

España”³²⁶. El comentario es suficientemente revelador, pero unas líneas más abajo se insiste en que *La Esperanza* apoyará toda medida –unión aduanera, ampliación de la red ferroviaria, alianza ofensiva y defensiva– que permita “efectuar en términos fáciles, naturales y legítimos la unión apetecida”, mientras que se posicionará en contra de una decisión que signifique “que la España antigua, la España tradicional, ha de ceder su puesto a una joven España, perdiendo acaso hasta el nombre”³²⁷. Así, cuando el investigador se acerca al discurso iberista de *La Esperanza*, lo encuentra emparentado por línea directa con el nacionalismo español de raíz imperial y tradicionalista.

En cuanto a la defensa de la unión ibérica por parte de *La Nación*, que como estamos viendo se ocupa de la cuestión al hilo de la segunda edición de *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas, cabe decir que su planteamiento es consciente de la necesidad que tenía la idea ibérica de difundirse y expandirse por el conjunto de la opinión pública, encargada en última instancia –y no los gobiernos– de “llevar a cabo la fusión de España y Portugal”³²⁸. *La Nación*, periódico representante del sector progresista más cercano a los moderados (Seoane, 1983: 213), sabe perfectamente que sin una campaña periodística favorable a los proyectos de unificación sería improbable que la idea llegara a buen puerto. Desde el diario progresista se juzga la unión ibérica como conveniente para Portugal, ya que “la nación lusitana no saldrá del estado de abatimiento y pobreza a que la ha reducido su ficticia independencia, mientras la Península Ibérica no forme un estado homogéneo”³²⁹. Este diario progresista, sin embargo, no llevará a cabo la actividad propagandística que él mismo había reclamado para hacer circular los planteamientos iberistas, sino que se va a mezclar en luchas dialécticas con los representantes periodísticos del absolutismo en España –*La Esperanza*– y en Portugal –*A Nação*– sobre la conveniencia o no de la unión³³⁰, olvidándose de llevar a cabo una labor constructiva en torno a los proyectos iberistas.

La actividad propagandística de *La Época* para divulgar el nacionalismo ibérico alcanza un hito destacable el 29 de agosto de 1853. En esa fecha, el diario de la alta burguesía rescata de la hemeroteca un texto iberista que había sido publicado en el

³²⁶ *La Esperanza*, 18-08-1853, p. 1, col. 3.

³²⁷ *Ibíd.*

³²⁸ *La Nación*, 18-08-1853, p. 1, col. 1.

³²⁹ *Ibíd.*

³³⁰ *La Nación*, 21-08-1853, p. 1; *La Nación*, 28-08-1853, p. 1; *La Nación*, 06-09-1853, p. 1.

periódico literario *El Pensamiento* por una firma bien conocida: José de Espronceda. El escrito de Espronceda ya ha sido comentado en la presente investigación, pero merece la pena rescatar un par de pinceladas ofrecidas por *La Época*, que a la hora de presentar el texto del poeta habla de que

“las grandes verdades y los altos pensamientos son de todos los tiempos, de todas las edades, y propiedad de todos los grandes talentos y de todas las almas abiertas a las inspiraciones del patriotismo. Hay en esa idea de la unión de España y Portugal algo que es innato en todo pecho español, [...] el faro hacia el cual han querido caminar todas las grandes inteligencias de nuestra patria.”³³¹

El diario de Diego Coello intenta así halagar el ego de sus lectores, considerando que formaban parte de esos “grandes talentos” y esas “almas abiertas” que deseaban la unión de España y Portugal, pensamiento que debía existir en todas las “grandes inteligencias”. Así, se iba conformando de a poco el proyecto de fusión ibérica como un ideal dorado, un ideal patriótico que habría de ocupar los trabajos y los anhelos de las mejores personas del país.

También desde las páginas de *El Tribuno*, representante del nuevo partido democrático (Seoane, 1983: 216), se comenta la publicación de la obra de Sinibaldo de Mas. La postura de este diario es claramente favorable a la unión de España y Portugal, que es defendida desde las primeras líneas, afirmando que la publicación del diplomático catalán “ha venido a despertar las aspiraciones de los verdaderos patriotas españoles y portugueses”³³². Para *El Tribuno*, el terruño peninsular está unido “por el sentimiento, por la historia y por las costumbres” y si ha evolucionado políticamente por separado ha sido debido a “las arbitrarias combinaciones de los gobiernos, y quizás también por la memoria de infundadas preocupaciones”³³³. El esquema es aquí el tantas veces repetido, así como efectivo, en tanto arma propagandística en lo que se refiere a su simplificación: el pueblo –los pueblos hermanos– ha sufrido la separación por razones de mala administración de gobiernos ineptos.

La posición favorable de *El Tribuno* a la unión ibérica se inscribe en los planteamientos ideológicos generales de las tendencias democráticas que, surgidas a la

³³¹ *La Época*, 29-08-1853, p. 2, col. 1.

³³² *El Tribuno*, 14-08-1853, p. 1, col. 1.

³³³ *Ibíd.*

izquierda del progresismo, muestran en aquel tiempo cierto grado de utopía y creen firmemente en que el progreso técnico y científico apunta inevitablemente a la creación de una sociedad igualitaria: inventos como la imprenta, el ferrocarril o el telégrafo eléctrico “hicieron ya del mundo civilizado un solo pueblo y tienden a hacer de la humanidad una sola familia”, que a su vez formará “grupos naturales guiada únicamente por la analogía de carácter e intereses y por los accidentes de la geografía”³³⁴. Así, destacando que Portugal y España compartían dichos factores clave en la conformación de “grupos naturales”, según los cuales habrían de organizarse políticamente las naciones, *El Tribuno* se proclama defensor de la unión ibérica y profetiza su realización en años venideros. Una vez unificada políticamente la península, el diario demócrata coincide con muchos de sus colegas en señalar que el equilibrio de poderes en Europa se vería modificado y en todo caso la joven Iberia saldría reforzada como nuevo foco de poder en el sur del continente³³⁵.

En el verano de 1853 se encuentra en la primera página de *El Mensagero* una columna dedicada a los planes de unión ibérica, siendo esta la única contribución de cierto calibre sobre la cuestión que se ha podido rescatar en este diario. Esta cabecera achaca la separación de Portugal y España a “la fatalidad” y a los “mutuos errores” que ambos países han cometido a lo largo de la historia, y apuesta por una unión que “podría hacer una nación grande y poderosa”³³⁶. En consonancia con la mayoría de los mensajes iberistas que se están analizando en esta investigación, *El Mensagero* afirma que la creación de un Estado único en suelo peninsular significaría la creación de una nueva potencia en el sur de Europa. Las propuestas prácticas de este diario para aproximar las realidades de ambos países son variadas, y se refieren por ejemplo a la construcción de la línea ferroviaria Lisboa-Madrid, a la puesta en marcha de una unión aduanera dentro de un programa más amplio de intensificación de las relaciones comerciales o a la firma de un convenio postal. Aquellos que se oponían a la unión ibérica eran, desde el punto de vista de *El Mensagero*, “esclavos de un espíritu de nacionalidad mal comprendido”³³⁷. Además, esta cabecera se suma a quienes reclamaban la creación del Estado ibérico único exclusivamente a través de un proceso pacífico y en ningún caso por conquista.

³³⁴ *El Tribuno*, 14-08-1853, p. 1, col. 2.

³³⁵ *Ibíd.*

³³⁶ *El Mensagero*, 28-08-1853, p.1, col. 2.

³³⁷ *Ibíd.*

También aparecen comentarios sobre *La Iberia*, el ensayo del patriarca iberista Sinibaldo de Mas, en el diario *Las Novedades*, una de las grandes cabeceras históricas del periodismo español. Fundado en diciembre de 1850 por Ángel Fernández de los Ríos, es en esencia un periódico noticiero, alejado del modelo de portavoz oficioso de una determinada corriente política, pese a lo que defenderá con mayor o menor brío durante toda su existencia las tesis del progresismo (Seoane, 1983: 203). Aun así, *Las Novedades* es sin lugar a dudas el primer símbolo del cambio de paradigma –de lo político a lo informativo– que progresivamente iba a imponerse en la arena publicística española, y abriría una senda que seguirían en años posteriores diarios como *La Correspondencia de España* o *El Imparcial*, siendo una de las cabeceras líderes de este segmento hasta su declive en los años del sexenio revolucionario (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 120). Si bien *Las Novedades* es pionero del periodismo informativo en España, este era un modelo que ya se estaba poniendo en práctica en el resto de Europa (Seoane, 1983: 200).

Para *Las Novedades*, la publicación de Sinibaldo de Mas “debe llamar a justo título la atención de los españoles”, ya que trataba una cuestión que “puede ser un grande acontecimiento en nuestra historia, si obtiene el éxito que se merece”. El posicionamiento de este diario, pues, es desde un principio claramente favorable a la unión ibérica. *Las Novedades* sitúa en 1640 el inicio de la decadencia hispano-portuguesa, cuando perdieron “el predominio que juntos tenían en el mundo, para ser más o menos juguete o vilipendio de las demás naciones”³³⁸. A juicio de este diario, el fallo de España en aquel momento fue confiar en el gobierno de un rey “débil”, mientras que Portugal cometió el error de echarse en brazos de Inglaterra, que no permitiría el desarrollo de un país verdaderamente independiente. Así, doscientos trece años después de aquella funesta fecha, en Europa se había llegado a un momento de desarrollo político en el que existía la tendencia “a reconstituirse todas las nacionalidades”³³⁹, como ejemplificaba el proceso de unificación italiana y una serie de movimientos políticos que pretendían reconfigurar el mapa europeo, como los de Polonia, Hungría o Prusia, entre otros. Ante esta tendencia, según el diario de Ángel Fernández de los Ríos, no se podían abstener España y Portugal, a quienes se presentaba una oportunidad única para reverdecir viejos laureles por medio de la unión

³³⁸ *Las Novedades*, 25-08-1853, p. 1, col. 2.

³³⁹ *Ibíd.*

ibérica, tal y como proponía la memoria de Sinibaldo de Mas. Así, “el estudio de la conveniencia y de los medios de realizar la unión” sería cuestión importante para este diario en sus siguientes números.

Desde la óptica de *Las Novedades*, si se quería avanzar en el camino de la unión ibérica habría efectivamente que vencer los recelos que en Portugal suscitaba la idea, recelos avivados por el recuerdo de la dominación filipina y, sobre todo, por la exaltación nacionalista de la revolución de 1640. Recuerda el diario de Ángel Fernández de los Ríos que los diferentes territorios ibéricos, a lo largo de la historia, habían dejado tras de sí un reguero de guerras y conflictos: Castilla, Cataluña, Aragón y Navarra se fueron conformando y fusionando en gran medida a través del enfrentamiento y, sin embargo, “no por eso dejan de componer una nación sola. [...] No se trata aquí de disputas de gloria militar: todos los reinos de la Península la tienen a cual más, y la tienen bastante.”³⁴⁰. Es por esta razón que Portugal no debería temer su integración en una unión política que cubriera el conjunto peninsular, en una propuesta de sentido casi federalizante, ya que

“Castilla no es hoy más que una de tantas [provincias], no tiene superioridad alguna sobre las otras, no tendría ni podría tener ninguna sobre el Portugal incorporado con la corona de España. Se trata solo de una unión fraternal y fecunda; de que sean los portugueses como los catalanes y los aragoneses, hijos de la madre España.”³⁴¹

Se observa, pues, en el texto de *Las Novedades* una identificación entre el significante “España” y el conjunto de la península Ibérica como significado ideológico e histórico, ya que se trataba de una “nación” que “se defendió unida contra los cartagineses y los romanos”, además de conformar una unidad en tiempos del “imperio gótico” y con Felipe III³⁴². He aquí una muestra clara y un tanto burda de lo que constituye una proyección de la mirada nacionalista sobre la historia. Según este planteamiento, Portugal, siendo miembro de esa historia común del todo peninsular, seguiría mirándose de igual a igual con el resto de reinos históricos del territorio ibérico, pero bajo el horizonte de una unidad política.

4.2.9.1. Reflexiones portuguesas en la prensa madrileña

³⁴⁰ *Las Novedades*, 30-08-1853, p. 1, col. 2.

³⁴¹ *Las Novedades*, 30-08-1853, p. 1, cols. 2 y 3.

³⁴² *Las Novedades*, 30-08-1853, p. 1, col. 3.

Todavía en el verano de 1853, *Las Novedades* dedica la primera página de su ejemplar del día 3 de septiembre a repasar las afirmaciones favorables a la unión ibérica que Lopes de Mendonça y António Rodrigues Sampaio habían formulado en el periódico progresista portugués *A Revolução de Setembro*, basadas sobre todo en la necesidad de avanzar en la mejora de las comunicaciones por tierra, y en especial lo referido al desarrollo ferroviario. En el tren que pusiera en contacto diario a españoles y portugueses, asimilando las costumbres y haciendo olvidar rencillas pasadas, residía la clave de una unión “en la que todos fuésemos simultáneamente conquistadores y conquistados”³⁴³, según afirmaba Rodrigues Sampaio, quien llegaría a ser jefe del gobierno portugués años después.

A lo largo del mes de septiembre, *Las Novedades* dedicará cuatro artículos más en su primera página a defender la unión de Portugal y España, enumerando sucesivamente diversos argumentos que coinciden, en lo general, con lo esgrimido por el resto de papeles periódicos defensores de la idea. Un aspecto original, sin embargo, es la insistencia del diario de Ángel Fernández de los Ríos en apelar al entendimiento basado en “buen deseo, valor y mutua confianza”³⁴⁴. Estos intangibles serían la viga de carga en torno a la cual habría que construir el camino de la unificación ibérica, que buscaría afianzamiento también a través de un enlace dinástico. La posible oposición de las potencias europeas no sería obstáculo, ya que en aquel momento, a juicio de *Las Novedades*, tanto Inglaterra como Francia no buscaban tanto la dominación de la península Ibérica como que ninguna de las dos fuera capaz de arrogarse dicha autoridad, es decir, pretendían anular la influencia respectiva en los asuntos de España y Portugal, por lo que el equilibrio europeo se perfeccionaría con la unidad ibérica³⁴⁵.

Desde el diario progresista se afirma también que, pese a la existencia de ciertos periódicos que rechazaban los planes iberistas, estos eran apoyados desde todos los sectores políticos del país, excluyendo a los carlistas. Lo mismo llegaría también a suceder, según *Las Novedades*, en Portugal, donde solo los miguelistas –absolutistas– rechazaban la unión con España y tanto el partido progresista como el moderado “vendrán

³⁴³ *Las Novedades*, 03-09-1853, p. 1, col. 4.

³⁴⁴ *Las Novedades*, 08-09-1853, p. 1, col. 1.

³⁴⁵ *Las Novedades*, 09-09-1853, p. 1, cols. 1-3.

a declararse campeones del gran pensamiento de la unión ibérica”³⁴⁶. Así, con semejante suelo de apoyo a nivel político, sería muy difícil que los proyectos iberistas no prosperaran. El rechazo de las facciones absolutistas era, además, el sello que garantizaba la esencia liberal del iberismo³⁴⁷.

El 4 de septiembre de 1853, *El Clamor Público* lleva a sus páginas una serie de reflexiones publicadas en Portugal sobre la memoria de Mas y la posible aplicación práctica de la unión ibérica. Las firmas de las que se hace eco el diario madrileño eran muy conocidas y destacadas en Portugal, como António Pedro Lopes de Mendonça, socialista utópico, o el propio Latino Coelho, prologuista de la obra y que llegaría en 1868 a ser ministro de Marina bajo la presidencia de Bernardo Sá da Bandeira. El motivo concreto de la reproducción de estas opiniones vertidas en Portugal era la construcción del ferrocarril Madrid-Lisboa. A propósito del ferrocarril y de una reedición de *La Iberia* de Mas, en Portugal los ánimos anti-iberistas estaban bastante exaltados, hecho que constata *El Clamor Público*, advirtiéndolo en cambio a sus lectores que también existían intelectuales y políticos favorables a la unión, como los que ese mismo día reproducía en sus páginas. Lo más interesante desde el punto de vista de esta investigación se refiere, en primer lugar, a las palabras de Lopes de Mendonça en las que, tras renegar de los portugueses anti-iberistas, se pregunta cuáles eran las conclusiones de las propuestas de dicho sector conservador y nacionalista portugués:

“¿Qué conclusión queréis sacar de aquí? ¿Que debemos comprar nuestra nacionalidad a cambio de nuestra civilización? ¿Que debemos ser miserables para ser independientes? ¿Que, para conservar una tradición, debemos permanecer aislados, débiles, salvajes, extraños a todo progreso, fuera de comunión de todas las ideas que transforman las sociedades modernas?”³⁴⁸

El autor emite así el mensaje de la imposibilidad de que Portugal quisiera convertirse en un Estado relevante en Europa mientras siguiera pertrechado en la autarquía y el aislamiento internacional, dejando incluso de lado la sumisión indirecta a Inglaterra. Lopes de Mendonça se lanza a una defensa sin freno del desarrollo material como condición indispensable para el poder efectivo de cualquier nación, utilizando la ironía cuando imagina un Portugal indefenso ante las grandes potencias. Además, esgrime los

³⁴⁶ *Las Novedades*, 11-09-1853, p. 1, col. 2.

³⁴⁷ *Las Novedades*, 16-09-1853.

³⁴⁸ *El Clamor Público*, 04-09-1853, p. 2, col. 4.

mismos argumentos para defender la unión que los utilizados por los anti-iberistas con el objetivo de impedir dicha fusión:

“Serviremos de término de comparación entre lo pasado y lo futuro, entre el estado de civilización y el estado primitivo. Para conseguirlo, para que el contraste sea más chocante y poético, deberíamos desde luego destrozarnos nuestras máquinas de vapor, quebrar los faroles de gas [...] La España, que no se descuida en promover sus intereses materiales, si llega a tener fuerza política ante las naciones europeas para absorbernos, nos absorberá, aunque no hagamos camino de hierro ni carreteras. Mas en ese caso será por la conquista; en el otro, como vosotros mismos decís, no será por las armas, por la violencia, sino *por la asimilación de los intereses económicos y por la identidad de las ideas*.”³⁴⁹

Lopes de Mendonça habla abiertamente de una posible absorción pero no se posiciona a favor de la misma. El autor parte de la base del tratado de Westfalia y del Congreso de Viena como ordenadores del equilibrio europeo, pero afirma que en caso de que una potencia pudiera romper dicho equilibrio sin sufrir grandes perjuicios lo haría, y de ahí el ejemplo que utiliza para ilustrar su exposición. A continuación de dicha exposición establece los requisitos que harían inevitable e incluso positiva, como se verá, la unión ibérica: “los intereses económicos” y “la identidad de las ideas” (referidas, se entiende, también a la economía). Las palabras de Lopes de Mendonça se entienden en el contexto de la época, pero también tienen resonancias en el presente. La atmósfera política del momento dictaba que cualquier país suficientemente fuerte podía establecer equilibrios de poder en el territorio que pudiera controlar, como era el caso de las colonias, y en este marco se encuadra el temor del autor respecto a la absorción española. El contacto con nuestra actualidad, concretamente con la unificación económica que promueve y trata de establecer la Unión Europea, es la propuesta del autor para contrarrestar la posibilidad de una colonización, más temprana o más tardía: “la asimilación de los intereses económicos”, que llevaría de manera natural a la unificación de las nacionalidades, entendidas siempre por ciertos sectores como realidades que necesariamente debían conformar un único Estado soberano. En palabras de Lopes de Mendonça: “Siempre que dos Naciones tengan *ideas idénticas, intereses económicos asimilados*, ¿habrá acaso entre ellas las diferencias, los antagonismos que constituyen las diferentes nacionalidades?”³⁵⁰

Latino Coelho también utiliza la ironía al hablar de la posible absorción española, negando que fuera a ser a través de la violencia y advirtiéndole del peligro de “los viajeros españoles de cada tren y de cada día”, de “el comercio y la frecuencia de trato entre dos

³⁴⁹ *Ibíd.*

³⁵⁰ *Ibíd.* En cursiva en el original.

pueblos rivales”, de las mujeres españolas que seducirán con “sus femeninos encantos el rígido y heroico temple de los legítimos portugueses de buena ley”³⁵¹. Coelho se enfrenta a los anti-iberistas de su país al considerar que sus ideas, lejos de contribuir al fortalecimiento de Portugal, ayudan precisamente a la perpetuación de su debilidad. El ensayista lisboeta (además de militar, periodista y político) expresa así su posición:

“Si la absorción ibérica solo puede resultar de una asimilación lenta y pacífica, igualmente útil y productiva para ambos países, podemos emprender el camino de hierro y confiar en su futura suerte [...] El camino de hierro, además de los milagros que opera diariamente, contase también el de haber desvanecido nuestras artificiales fronteras, apagando nuestros odios nacionales, y hecho entrar a los portugueses y españoles en una comunión fraternal y sincera, en la que todos fuéramos simultáneamente conquistadores y conquistados.”³⁵²

Se podrían calificar estas líneas como una expresión típica del iberismo portugués de mediados de siglo: una reivindicación de base materialista, economicista, que colocara a su país –a la vez que a España– al nivel de Francia, Inglaterra o Alemania, sin perder ni un ápice de sus caracteres nacionales; es más, siendo, a la vez que “conquistado”, “conquistador” de España.

De regreso al campo conservador, se observa cómo a lo largo de todos estos años *La Época* reproduce de modo regular artículos de otros diarios, no necesariamente de su cuerda ideológica, que también defienden la unión de España y Portugal, como *La Nación*, *La Iberia*, *Las Novedades*, *El Heraldo* o *El Tribuno*. Este proceder no es exclusivo de *La Época* y se repite en muchas otras cabeceras, que de este modo intentan aumentar la difusión del mensaje iberista actuando como altavoces de manera recíproca, dando lugar a un cruce de argumentaciones que refuerzan el sentido de la aspiración ibérica en los lectores. *La Época* también se hace eco de lo que se publica en Portugal, como se comprueba en su ejemplar del 5 de septiembre de 1853: el diario conservador reproduce varios párrafos del lisboeta *Revolução de Setembro* en el que se defiende la unión ibérica “por la asimilación de intereses económicos y por la identidad de las ideas”³⁵³. Reconoce también *La Época* en este texto la labor de escritores portugueses como Lopes de Mendonça o Latino Coelho, quienes, al haber manifestado públicamente su iberismo, representaban la punta de lanza del movimiento en Portugal.

³⁵¹ *Ibíd.*

³⁵² *Ibíd.*

³⁵³ *La Época*, 05-09-1853, p. 2, col. 4.

En 1853 se publica la segunda parte del libro *Apontamentos d'uma viagem de Lisboa á China*, del colono portugués Carlos José Caldeira, sobrino del obispo de Macao, en el que se defiende la unión de Portugal y España. *La Época* se hace eco de la publicación y le dedica su editorial del 16 de septiembre, indicando que existe un terreno abonado en la opinión pública para el afianzamiento y desarrollo de los proyectos iberistas, que son ya una idea “popular”. *La Época* exhibe un optimismo quizá desmesurado y considera que a esas alturas de siglo no solo la opinión pública es favorable a la unión peninsular, sino también la prensa española, la prensa portuguesa y los políticos³⁵⁴. La publicación de la obra de Caldeira sería, pues, una muestra más de este ambiente favorable al iberismo que se podía casi palpar. El periódico de Diego Coello hace extensiva la opinión de Caldeira sobre la unión ibérica a

“los más ilustrados portugueses, que lamentan la humilde dependencia extranjera en que se halla el Portugal, el desprecio con que se le trata a veces, y comprenden el rango y la importancia que podría tomar con su unión a España por medio de un enlace entre las familias reinantes de ambos países.”³⁵⁵

El hecho de que Carlos José Caldeira fuera sobrino del obispo de Macao también es importante para *La Época*, que se encarga de destacar que a la comunidad de intereses políticos y económicos se le suma también la comunidad de intereses religiosos, el mantenimiento de la fe católica era una tarea trascendental en las colonias que España y Portugal aún conservaban en América, África y Asia.

En este punto conviene recordar la estrecha relación del obispo de Macao con Sinibaldo de Mas, gran campeón de la idea iberista. Este editorial de *La Época* se cierra con un pequeño desvío respecto a su trayectoria inicial, hablando sobre las consecuencias que el probable éxito del nacionalismo ibérico tendría en política exterior. La oposición de París y Londres a los proyectos no tendría sentido, puesto que el Francia nunca podría verse amenazada por un Estado ibérico que, pese a su engrandecimiento en todos los sentidos, aún seguiría teniendo la mitad de habitantes que el vecino del norte. Además, dentro del concierto europeo, todas las naciones reconocían a Francia “el derecho de gobernarse como le plazca”, lo cual en reciprocidad habría de ser otorgado a la futura Iberia. El nuevo Estado sería un representante del gobierno constitucional, lo que sería

³⁵⁴ *La Época*, 16-09-1853, p. 2, col. 3.

³⁵⁵ *La Época*, 16-09-1853, p. 2, col. 3.

suficiente motivo para que Inglaterra apoyara y no impidiera la unión ibérica. Los perjuicios económicos que la fusión de Portugal y España pudiera causar a Inglaterra serían sobrepasados por los beneficios. Así, dada la popularidad de la idea en España y Portugal y carentes de sentido los posibles obstáculos que pudieran poner Francia e Inglaterra, el optimismo de *La Época* se dispara: “la idea de la unión peninsular es una idea provechosa y fecunda que habrá de realizarse más o menos tarde, pero inevitablemente”³⁵⁶.

Apenas dos semanas después de publicar las reflexiones de Mendonça y Coelho, *El Clamor Público* también insiste sobre la cuestión ibérica publicando un fragmento del libro de Carlos José Caldeira reseñado por *La Época*. En el texto de los *Apontamentos...* que reproduce *El Clamor Público*, Caldeira da forma a tres ideas principales:

“España no piensa ni puede pensar seriamente en conquistarnos. [...] Mas, si como generalmente se piensa, la absorción es inevitable y consecuencia necesaria de la comunicación y del contacto entre ambos Pueblos, que las vías ferradas y los intereses comunes han de establecer por su desarrollo natural e irresistible, parece que el verdadero amor a nuestro país no debe cifrarse en oponer a esa absorción una resistencia inútil que nos encadene al atraso y al barbarismo en las relaciones con el resto de Europa, sino en procurar que ella nos sea lo más ventajosa posible, formando antes una nación voluntaria y decorosa que enlace las dos dinastías y que se efectúe a tiempo de que podamos llevar al acervo común de la riqueza de la nueva nacionalidad ibérica esos restos, aun tan preciosos, de nuestra antigua opulencia colonial.”³⁵⁷

De entrada, se descarta la posibilidad de que la futura Iberia fuera el resultado de una conquista española. Los iberistas portugueses no aspiraban simplemente a renunciar a la independencia de su país, sino a fundirla junto con la española para conformar una “nueva nacionalidad”, como más adelante se establece. Lo que aquí interesa es destacar la insistencia de los iberistas en rechazar toda posibilidad de acción violenta, lo que es entendible si se atiende a la cuestión desde el lado portugués, pero que desde cierta perspectiva española podría aún haber sido considerada. Pese a rechazar la conquista militar, Caldeira considera que “la absorción es inevitable” debido a la confluencia de intereses comerciales y económicos. Ya no se trata solo del comercio interior, sino sobre todo de los beneficios de que Portugal y España podrían gozar si unificaran sus negocios coloniales.

³⁵⁶ *La Época*, 16-09-1853, p. 2, col. 4.

³⁵⁷ *El Clamor Público*, 17-09-1853, p. 2, col. 4.

A ojos de Caldeira, la gestión española en sus colonias era mucho más efectiva y brindaba muchos más beneficios que la de Portugal en las suyas. En la época, España solo conservaba Cuba, Puerto Rico y Filipinas, mientras que Portugal mantenía vastos territorios en África (Angola, Cabo Verde, Guinea Bissau, Mozambique, Santo Tomé y Príncipe, junto a algunas zonas del Congo), además de Macao y los enclaves de la llamada India portuguesa (Goa, Damán, Diu y otros). Se repite la idea de que la coincidencia de intereses económicos ha de suponer en el futuro la confluencia de los intereses sociales y, como consecuencia, también de los políticos. Tanto cree Caldeira en esta teoría que afirma, coincidiendo con Mendonça y Coelho, que el negarse a la fusión con España significaría la permanencia de Portugal en el “atraso” y el “barbarismo” respecto a los demás países de Europa. Por último, el autor recuerda que en el horizonte de la nueva nacionalidad se encuentra el recobrar un lugar descollante en los gobiernos del mundo, gracias a la superioridad que el dominio del nuevo imperio colonial ibérico daría al país frente a otras potencias europeas. Así pues: rechazo de la conquista militar, unificación de intereses económicos y recuperación de la gloria de trescientos años atrás. Estas son las ideas-fuerza del iberismo de Carlos José Caldeira en septiembre de 1853, a las que han de sumarse las ideas típicas en las que se basan todos los grandes ideólogos del iberismo: la profunda semejanza de lengua, clima, costumbres y religión que comparten España y Portugal.

4.2.9.2. Textos iberistas a finales de 1853

Al día siguiente de la publicación del texto de Caldeira, *El Clamor Público* vuelve a la carga en defensa de la unión ibérica. En su sección titulada “Revista diplomática” – algo así como la sección de internacional de hoy día– comienza hablando de la llamada cuestión de Oriente, la serie de conflictos internacionales derivados del interés de las potencias europeas en los territorios del decadente Imperio Otomano. Tras esto, continúa tratando el tema de las alianzas entre diferentes países europeos y por último termina argumentando sobre aquello que en realidad ocupa la parte más importante del artículo: la unión ibérica. Dos de las cuestiones que esgrime *El Clamor Público* en favor de la fusión ibérica ya se conocen: la unión “natural” de Portugal y España –refiriéndose a la geografía– y el pasado admirable de ambos países y su dominio sobre Europa y el Atlántico, algo que sería recuperable a través de la unión política. Sin embargo, se encuentra una novedad a la que el redactor del artículo otorga gran importancia:

“No es solo la naturaleza la que nos ha unido: nos une también la simpatía de la desgracia, ese lazo misterioso que tanto liga a los hombres. [...] las mutuas necesidades, la conveniencia recíproca, el imperio de la razón, y sobre todo, ese malestar, ese desasosiego que nos aquejan son los que han de ligar al cabo las manos de uno y otro Pueblo. [...] Nada grande ni de buenos resultados hay que esperar de ambos Gobiernos.”³⁵⁸

Por primera vez se encuentra un argumento sentimental que no habla de glorias y de triunfos, sino que apela a un victimismo histórico que tan buen resultado suele dar en la historia de los nacionalismos. La culpa de la postración de España y Portugal es de la mala gestión, del fanatismo, de los malos gobernantes que han llevado a ambos países a esta situación. Este mensaje no se había visto hasta ahora y es destacable, sobre todo por la consecuencia política que conlleva. El problema son los Gobiernos, luego la solución está en el Pueblo (escritos ambos con mayúscula en el texto original). Así, el redactor de *El Clamor Público* establece un criterio subjetivo, voluntarista, a la hora de configurar lo que sería la futura Iberia: “La unión de España y Portugal se verificará al cabo; mas no por combinaciones de sus Gobiernos, ni por alianzas difíciles e ineficaces, sino por la voluntad de los españoles y los portugueses”³⁵⁹. La voluntad es aquí la noción clave: la libre determinación de los ciudadanos para decidir una vida en común que, según los defensores de la idea, traería muchos más beneficios que desgracias a la Península Ibérica. Es este el proyecto de *El Clamor Público* en 1853, treinta años antes de la célebre conferencia de Ernest Renan en la que define la nación en base a un principio esencialmente volitivo, y que se suele tomar como punto de partida de los planteamientos nacionalistas subjetivos o voluntaristas.

En ese mismo mes de septiembre, el conservador *La Época* consagra otro editorial a exponer argumentos favorables a la unión, presentada como un pensamiento “grandioso” y, sobre todo, “patriótico”³⁶⁰. Es destacable la importancia que el periódico de Coello otorga al patriotismo de la idea ibérica, puesto que desde ciertos sectores del conservadurismo se acusaba a los iberistas precisamente de antipatriotas. Para *La Época*,

“es un noble y patriótico objeto tratar de reanudar los lazos que unieron en otro tiempo a dos pueblos hermanos, y hacer una sola, grande y poderosa nación de dos naciones, divididas por los malos gobiernos, pero unidas por la benéfica mano de la naturaleza. [...] El pueblo español y el pueblo lusitano sienten estremecerse su fibra nacional a la invocación de sus antiguas glorias, al recuerdo de sus perdidas grandezas, al contacto de sus males presentes, a la perspectiva de un

³⁵⁸ *El Clamor Público*, 18-09-1853, p. 2, col. 3.

³⁵⁹ *Ibíd.*

³⁶⁰ *La Época*, 28-09-1853, p. 2, col. 3.

porvenir más lisonjero. Y he aquí el secreto del general asentimiento que halla en ambos pueblos la idea de la unión ibérica, [...] que acabarán por estrechar y hacer indisolubles los lazos que nunca debieron romperse.”³⁶¹

Se encuentran dos ideas clave en el iberismo de *La Época*, ideas estrechamente engarzadas entre sí: en primer lugar el ya mencionado patriotismo, la idea de Iberia como sinónimo de engrandecimiento de España y no como sinónimo de rendición a Portugal o a potencias extranjeras, como otros periódicos la intentaban presentar; en segundo lugar, en estrecha conexión con el patriotismo, la recuperación del pasado memorable de los países ibéricos, el devolver a Iberia la gloria que históricamente le correspondía y que el mal desempeño de los gobernantes había hecho desaparecer. La unión ibérica como idea patriótica, que llevaría a la recuperación del pasado glorioso, hacía “estremecerse su fibra nacional” a España y Portugal.

Se presenta, pues, la unión ibérica como pensamiento regenerador: además de suponer una redención respecto al pasado, tendría efectos beneficiosos en el presente y en el futuro, empezando por la importancia que adquiriría la economía ibérica en el tablero mundial contando con Lisboa como puerto cabecero, con un Duero y un Tajo navegables y con un ferrocarril extendido por todo el territorio, lo que permitiría una expansión de la economía con ayuda de las posesiones coloniales. La idea habría de ser culminada con la fusión monárquica, un enlace entre la dinastía Borbón y la Braganza que sería si cabe una mejor carta de presentación para las clases conservadoras hacia las que se dirigía *La Época*. El hecho de que los tres herederos de Maria da Gloria fueran varones y el único vástago vivo de Isabel II fuera su hija *La Chata* daba aún más posibilidades a un potencial enlace real. El artículo finaliza dando por hecha la inevitabilidad de la unión peninsular, que a juicio del diario de Diego Coello tenía en septiembre de 1853 muchas posibilidades de ser, tarde o temprano, un éxito.

A lo largo del año de 1853 la unión ibérica sigue siendo objeto de debate entre las distintas cabeceras españolas, y *La Esperanza* va a aparcarse sus problemas con *La Nación* al encontrar un nuevo contrincante en el también progresista *Las Novedades*, al que acusa de ingenuo por pretender llevar a cabo una unión negada por circunstancias tanto estructurales como coyunturales. *Las Novedades*, al igual que hizo *La Nación*

³⁶¹ *Ibíd.*

anteriormente, contraataca a lo largo de varios ejemplares culpando a *La Esperanza* de rechazar la unión ibérica y con ello de oponerse a la perspectiva de un futuro mejor para España³⁶². El diario reaccionario, tras dedicar durante varios días del mes de octubre algunos sueltos sarcásticos a su colega progresista, analiza el tema con algo más de detenimiento el día 17 de ese mismo mes, y afirma que siendo la idea iberista “muy buena, únicamente la censuramos bajo el punto de vista de su imposibilidad”³⁶³, basándose esta sobre todo en la desconexión entre la *realpolitik* y el anhelo de unión peninsular, que *La Esperanza* define como “cándido”. Estas líneas de *La Esperanza* también mencionan la obra de “un tal D. Carlos José Caldeira”, los *Apontamentos d’una viagem de Lisboa a China*, como ejemplo exagerado de lo que pretendían los iberistas³⁶⁴.

En noviembre de 1853, tras la muerte de María II de Braganza, *Las Novedades* aprovecha para publicitar la posibilidad de acometer un enlace dinástico como medio hacia la unión ibérica. Pedro de Alcántara, heredero del trono portugués, estaría en disposición de casarse con alguna de las infantas españolas, pese a la diferencia de edad, ya que por ser “joven, inteligente, instruido”, sería “capaz de comprender toda la grandeza del pensamiento de la *unión ibérica*”³⁶⁵. Pocas semanas después, el periódico de Ángel Fernández de los Ríos reproduce en su primera página un texto publicado por *El Oriente*, diario autodenominado “liberal” que apenas sobrepasó los cien números en su efímera existencia. En dicho mensaje se habla de la necesidad de echar abajo la “barrera política y comercial” que había partido en dos la península Ibérica durante largo tiempo y, mirándose en el espejo de Italia y Alemania, se propone la puesta en marcha de una línea ferroviaria entre las dos capitales peninsulares, un plan de navegación del Duero y una unión aduanera.

El artículo publicado por *El Oriente* y reproducido por *Las Novedades* repite en los aspectos económico y comercial el argumentario clásico del iberismo liberal español, del mismo modo que lo hace en lo relativo a la voluntad de unión negociada y nunca por conquista, además de cargar las culpas de la decadencia peninsular a la separación de 1640 y a la nefasta administración de las monarquías –en este caso se alude

³⁶² *Las Novedades*, 03-10-1853, pp. 2-3; *Las Novedades*, 11-10-1853, pp. 2-3; *Las Novedades*, 13-10-1853, p. 1; *Las Novedades*, 16-10-1853, p. 1.

³⁶³ *La Esperanza*, 17-10-1853, p. 1, col. 1.

³⁶⁴ *Ibíd.*

³⁶⁵ *Las Novedades*, 27-11-1853, p. 1, col. 1.

específicamente a la dinastía Braganza—. Se afirma en el artículo, en definitiva, que los iberistas desean “la unidad peninsular para constituir una nación próspera, libre e independiente”³⁶⁶, que sería respetada por el resto de los países europeos y aspiraría a recuperar su antigua gloria.

El acercamiento progresivo de los dos países ibéricos a todos los niveles – económico, político, cultural– del que *La Época* había levantado acta favorable semanas atrás, se vuelve a constatar en el periódico conservador en diciembre de 1853, cuando se hace eco de una visita a Madrid de “[José Félix Henriques] Nogueira, el primer escritor portugués que se declaró públicamente por la unión peninsular”³⁶⁷. *La Época* se felicita asimismo por la estancia en la capital de España de Tradepe de Silveira, director de la *Revista Popular*, y de Carlos José Caldeira, a quien ya conocemos. Estos personajes eran siempre bienvenidos para el periódico conservador, que veía en estas visitas e intercambios una cortesía y una intensificación en los acercamientos antes mencionados, claves para la construcción de un futuro común.

4.2.9.3. El gobierno prohíbe hablar de la unión ibérica

El 29 de diciembre de 1853, en plena descomposición de los moderados y pocos meses antes del pronunciamiento progresista de Vicálvaro, el gobierno lanza un furioso decreto contra la prensa, que de ahí en adelante sufriría la censura en mayor grado si cabe. Una de las restricciones impuestas a los periódicos se refería específicamente a la prohibición de tratar los proyectos de unión ibérica, lo que muestra el nivel de desarrollo que había logrado la idea y la categoría de amenaza al orden establecido según era percibida por los poderes públicos. La reacción de la prensa es inmediata, protestando ante el decreto del gobierno mediante la difusión de una hoja volante en la que se negaba cualquier infracción de la ley de imprenta vigente. Lamentablemente no ha sido posible acceder a la hoja volante original, pero una reproducción de la misma está disponible en el ensayo histórico *La revolución de julio en 1854*, firmado por el progresista Cristino Martos (cit. en Rocamora, 1994: 60). Según afirma el propio Martos (1854: 33), este documento fue denunciado por el fiscal de imprenta, que además dictó una multa contra los directores de los periódicos que suscribieron el documento de protesta: *El Clamor*

³⁶⁶ *Las Novedades*, 15-12-1853, p. 1, col. 2.

³⁶⁷ *La Época*, 01-12-1853, p. 6, col. 4.

Público, La Época, La Nación, Las Novedades, El Diario Español, El Tribuno y El Oriente. Este suceso también sería posteriormente recogido por Ángel Fernández de los Ríos (1878: 200): “En 1853, la prensa liberal de que formaban parte *La Época, Las Novedades y El Diario Español*, extendió un ruidoso manifiesto que tenía por uno de sus principales objetos, protestar de la prohibición de que los periódicos se ocuparan de la unión de España y Portugal, pensamiento que entonces se agitaba con gran calor”.

4.3. Conclusiones

En este capítulo se ha observado cómo en la etapa 1840-1853 los periódicos madrileños tratan la cuestión ibérica desde diferentes perspectivas y abren ya los principales caminos por los que transcurrirán las demandas iberistas a lo largo de las dos décadas siguientes. Destacan durante la regencia de Espartero las ideas iberistas de José de Espronceda, así como las primeras manifestaciones políticas republicanas, que en algunas ocasiones incluyen proyectos de unión hispano-portuguesa. Durante la década moderada se trata la cuestión en primer lugar al hilo de los preparativos para la boda de Isabel II y la posible candidatura portuguesa al enlace, además de salir a la luz las primeras propuestas de unión aduanera. También se ha observado cómo desde algunos sectores moderados se defiende la unión de Portugal y España, tal y como defiende Andrés Borrego. En 1847, la intervención del ejército español en Portugal en el marco de la Cuádruple Alianza motivará el animado debate de la cuestión ibérica en las páginas de los periódicos, del mismo modo que lo hará, en los primeros años de la década de 1850, la aparición de diferentes ediciones de un texto seminal del iberismo: *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas.

A continuación se ofrecen los resultados del análisis cualitativo del contenido de los mensajes aquí tratados, que servirán para ubicar el posicionamiento de los diferentes periódicos respecto a los proyectos de unión de España y Portugal en relación con su orientación política. Asimismo, se repasará la evolución del concepto de *nación* y otros relacionados, intentando clarificar los significados que los diferentes textos analizados otorgan a dicho término. Este epígrafe obvia la cronología y está ordenado con carácter sintético siguiendo, por así decir, una ronda ideológica: en primer lugar se hablará sobre las aportaciones de los periódicos situados más a la izquierda del arco político, yendo

progresivamente hacia el centro, pasando por la derecha y terminando en las publicaciones culturales.

Así, en el extremo izquierdo de las publicaciones repasadas se encuentra el satírico democrático *Guindilla*, que está moderadamente a favor de la unión ibérica sin ser un entusiasta de la idea. En el caso de este periódico, el ideal de gobierno es la república federal, que en la península Ibérica englobaría de manera natural a España y Portugal bajo un mismo sistema administrativo. Para *Guindilla*, pues, la idea ibérica está subordinada a la idea federal. No existe en los textos de este periódico ninguna referencia a la nación o a la nacionalidad ibérica, sino que su mensaje se centra en la defensa de la forma republicana federal de gobierno, por lo que se hablará específicamente de “Federación ibérica”.

Entre los republicanos partidarios de la unión de España y Portugal también se cuenta *El Huracán*, cabecera a la que se puede considerar totalmente a favor de la idea. Rabiosamente antimonárquico, *El Huracán* llegaría a promocionar el enlace de Isabel II con el príncipe portugués en tanto facilitaría “la unión de las dos naciones”, como se ha visto. Esta afirmación da una muestra de la importancia que la unión ibérica tenía para el diario de Patricio Olavarría. La cualidad que en los textos publicados por *El Huracán* se le otorga a la palabra *nación* es clara y unívoca: en suelo ibérico existen dos naciones diferenciadas, que habrían de unirse a través de una “confederación democrática”, de una “democracia federativa, si ambos pueblos lo apetecen”. La distinción entre nación española y nación portuguesa es clara, y se insiste en la “gran federación democrática bajo el pie de igualdad absoluta, y de reciprocidad completa de ambas naciones”. El sistema republicano federal garantizaría, para *El Huracán*, “independencia relativa” y “perfecta igualdad”. Además, este periódico niega siempre la posibilidad de establecer una unión por conquista, pese a lo cual deja traslucir cierto tono paternalista en sus proclamas: afirma que Portugal habría de abandonar la tutela inglesa para ser protegido por España.

Un tercer diario de orientación democrática, *El Tribuno*, se posiciona moderadamente a favor de los proyectos iberistas, en este caso en el contexto de la publicación de la obra magna de Sinibaldo de Mas. Para este periódico, la unión ibérica es la aspiración de “los verdaderos patriotas españoles y portugueses”, afirmación que se

inscribe en un contexto utópico en el que se creía en el progreso técnico y material como herramienta que ayudaría a construir una sociedad armónica a escala mundial. No ofrece ningún desarrollo de conceptos relativos a integración político-comunitaria como *nación* o *nacionalidad*, únicamente esa pequeña mención al patriotismo de los seguidores de la unión ibérica.

Por otro lado, *El Peninsular*, diario demócrata-republicano, publicita con fiereza los proyectos de unión de España y Portugal, de la cual es absoluto defensor. Sus apelaciones al carácter patriótico de la idea son decididas e incesantes. Del mismo modo que le sucedía a *El Huracán*, algunas líneas de *El Peninsular* desprenden paternalismo o algo más, al hablar de Portugal como “parte de nuestra nación”. En todo caso, califica el pensamiento de “fraternal” y, pese a no posicionarse específicamente en términos nacionales, habla de “dos grandes pueblos” y propone la unión “por medio de una constitución federal o bajo una monarquía esencialmente republicana”. Este diario no solamente se dedicaría a propagar la idea ibérica como una consecuencia natural de la futura puesta en marcha de un sistema republicano de gobierno, sino que ofrece en sus páginas un análisis profundo de la situación, de las ventajas que según su óptica traería la unión y de los conflictos que podrían surgir de iniciarse ese camino, sobre todo en relación a las potencias extranjeras.

Ya en el campo del liberalismo progresista, el *Eco del Comercio* se muestra partidario de unir “la nación portuguesa a la española” por medio del enlace real de Isabel II con el que sería Pedro V de Portugal. Entre las aspiraciones del periódico de Fermín Caballero se encuentra la de “formar una gran familia” entre “dos países naturalmente hermanos”. El *Eco del Comercio*, mientras observa la unión como un medio de librarse de la influencia anglofrancesa sobre los asuntos peninsulares, en ningún caso usa el término *nación* para referirse al futuro conjunto político que surgiría de la unión de Portugal y España, de la cual está totalmente a favor. Sin embargo, en sus propuestas se advierte de nuevo cierto deje paternalista que también se ha observado previamente en *El Peninsular* y, en mucha menor medida, en *El Huracán*, como por ejemplo cuando menciona “la necesidad en que se encuentran [los portugueses] de unirse a constituir un solo cuerpo político con la España”.

El Espectador fue, como se ha visto páginas más arriba, representante del progresismo y defensor de Espartero. Es pesimista sobre el efecto que tendría en los proyectos de unión ibérica la intervención militar de España en 1847. Afirma, además, la existencia de “dos naciones”, “dos pueblos” y sendas “nacionalidades”, que estaban sin embargo destinados a “confundirse” para “constituir la nación peninsular”. Así, se observa en este diario una mentalidad más avanzada, que no tiene reparos en proponer la ruptura con viejas estructuras mentales e introducir una nueva capa semántica, ni que fuera inconscientemente, en el término *nación* al aplicarlo de manera conjunta a la península Ibérica. *El Espectador* es favorable a la idea de la unión.

Por su parte, *El Clamor Público* se declara partidario de una “monarquía ibérica”, de la que Portugal formaría una gran provincia, al tiempo que reclama que España no tenga “otras fronteras que el mar y los Pirineos”. Se trata de una concepción del iberismo cercana al españolismo anexionista. Esta forma de entender el iberismo evoluciona en el progresista *El Clamor Público* con el paso de los años hacia una posición más abierta y tolerante, en la que se concibe la unión ibérica culminada “por la voluntad de los españoles y los portugueses”. Dará cabida en sus páginas a autores iberistas como Lopes de Mendonça, Sinibaldo de Mas, Antônio Feliciano Marques Pereira, Ubaldo Pasarón o Carlos José Caldeira, quien hablaría de formar “la nueva nacionalidad ibérica”. Se puede encuadrar a *El Clamor Público*, en este periodo 1840-1853, entre los partidarios templados de la unión ibérica, cuyo estatus futuro como nación se vería más ligado a la supremacía de España que a una entidad de nueva creación y de esencia diferente. Siempre será defensor el enlace dinástico como forma de llevar a cabo la unificación.

El también progresista *La Nación*, en su primera época, apenas habla de la unión ibérica, y sin embargo cuando lo hace concibe dicha idea como un pensamiento “patriótico” y “regenerador”, y se declara amigo de la “fusión” de ambos Estados peninsulares. Los aportes de *La Nación*, moderadamente favorables a la unión, no son en absoluto definitorios de ninguna tendencia dentro del iberismo, debido a su escaso peso específico: se dedicó más a polemizar con otros diarios que a proponer vías de trabajo.

Las Novedades, el primer gran diario informativo en la historia del periodismo español, se muestra totalmente a favor de la unión de Portugal y España. Al igual que les ocurre a algunos de sus colegas, sus propuestas tienen un tono de superioridad, al concebir

la constitución de una nueva nación en la que “los portugueses [sean] como los catalanes y los aragoneses, hijos de la madre España”. No obstante la aparente imposición que parece ocultar esta frase, para el diario de Ángel Fernández de los Ríos Portugal estaría, como provincia, al nivel de Castilla, lo que deja entrever cierta percepción de la realidad ibérica como naturalmente diversa, si bien cuajada y trenzada bajo el nombre de España.

Desde la perspectiva moderada, *El Español* se revela en este periodo como uno de los mayores defensores de la unión de Portugal y España, que defiende con gusto en gran parte debido a la filiación iberista de su director, Andrés Borrego. Este autor, monárquico militante, concibe la unión dinástica entre Isabel II y Pedro de Braganza como paso previo a la unión definitiva, que abriría la puerta a la creación de una nueva entidad de carácter nacional: “Mientras que seamos simplemente *España* no podemos nada en el mundo; necesitamos ser *Península*. [...] Sea una nación España y Portugal”, escribe emocionado Borrego en 1846. El rechazo a la unión por conquista y la voluntad de avanzar también en el terreno comercial, por ejemplo a partir de la unión aduanera, caracterizan también los escritos de *El Español* sobre la cuestión. Respecto a la conveniencia de la unión de cara a la acción exterior, en el diario de Borrego se puede leer que “Nuestra política debe ser no solo española sino peninsular: porque la península es un todo íntegro y homogéneo” en la que, además, se encuentra una “unidad social” cuya separación política es “artificial”. En plena crisis de 1847, sin embargo, la percepción del *El Español* respecto a la situación portuguesa se torna pesimista e inclina la balanza de su iberismo hacia un registro de superioridad española sobre Portugal, que o bien habría de echarse en brazos de Inglaterra o bien incorporarse a España. En las páginas de *El Español* se percibe respecto a los proyectos iberistas, en definitiva, cierto nacionalismo, o al menos proto-nacionalismo, que concibe a Portugal como “fracción de nuestra nacionalidad ibérica”.

Otro destacado diario del moderantismo, como fue *El Heraldo*, se coloca en una posición escéptica respecto a los proyectos de unión ibérica. Afirma estar de acuerdo con un enlace entre la reina niña y un príncipe portugués, aunque niega que se dieran las condiciones necesarias para ello, por lo que en la práctica rechaza el plan. Este diario, sin embargo, deja sitio en sus páginas para que un iberista como Facundo Goñi exprese su posición favorable a la unión, que estaba “indicada por la naturaleza” y además inscrita en “la tendencia de la época”. Las propuestas del diputado moderado Juan Arias Girón, que defiende con insistencia la unión aduanera, también tienen cabida en *El Heraldo*.

En cuanto a la línea editorial del periódico propiamente dicha, este periódico se muestra más receptivo a los progresos en el terreno económico y comercial que en el político, destacando su propuesta de poner en marcha proyectos ferroviarios comunes. *El Heraldo* mantendrá en la etapa 1840-1850 una posición neutral respecto a los proyectos de unión ibérica, si acaso ligeramente favorable en momentos puntuales y sin incluir en ningún caso proclamas referidas a la construcción de una nueva entidad nacional, orientación a la que se va a acercar más adelante: en 1852 este diario defenderá la “fusión de las dos nacionalidades” y la “unión indisoluble” de Portugal y España. El diputado Fernando Cos-Gayón ofrecerá en *El Heraldo* una perspectiva de la historia ibérica en cuanto “nacionalidad común”, y el propio diario afirmará, ya en 1853, la inevitabilidad de que “la nación ibérica” llegue a formar “una sola monarquía”. Se observa, pues, un cambio de tendencia en *El Heraldo* respecto a la cuestión ibérica en los primeros años de la década de 1850, cuando desde este diario afirma ya la posibilidad de avanzar en la unión política, en un horizonte nuevo también en el contexto de lo nacional.

El también moderado *La Prensa* refleja, en plena intervención militar de 1847, una cierta voluntad anexionista que no se puede identificar en ningún caso con un iberismo pleno: este diario defendía la presencia del ejército español en territorio portugués para forzar la unión desde una posición de superioridad. Para *La Prensa*, España y Portugal habrían de “refundir su nacionalidad en una”. Así, se puede ubicar a este diario entre los que se encontraban en una posición moderadamente favorable a la unión ibérica, siempre desde una perspectiva de superioridad española. Por otra parte, en el ala derecha del moderantismo se encuentra *La España*, incondicional de avanzar por el camino del iberismo económico a través de la unión aduanera y de la mejora de las comunicaciones, pensando sobre todo en el ferrocarril. En el periodo 1840-1853 no se encuentran en este diario mensajes referidos a la cuestión ibérica en un sentido político.

La Época, el diario favorito de las élites conservadoras, se posiciona desde un primer momento, a la altura de 1849, totalmente a favor de la unión de Portugal y España, “dos pueblos hermanos” que habrían de formar “una gran confederación peninsular”. Desde un planteamiento pacifista y apegado a la realidad, el diario propiedad de Diego Coello de Portugal y Quesada aspiraba a una unión sin sumisiones de ningún tipo, en base a “la conveniencia mutua”. Reclama, por ejemplo, la unión aduanera ibérica y, tras alabar

a Sinibaldo de Mas por la publicación de su *Iberia*, realiza una encendida proclama a favor de la unión de “dos pueblos [que] no deberían ser más que uno solo”. Otra de las herramientas que podrían actuar en provecho de la unión ibérica, que para *La Época* era un pensamiento “patriótico”, sería el enlace del príncipe portugués con la reina española. El diario de las élites conservadoras cree en la posibilidad de “hacer una sola, grande y poderosa nación de dos naciones”, por lo que se puede afirmar que en su agenda política se podía encontrar ya cierto giro nacionalista o proto-nacionalista ibérico. En los dos capítulos siguientes se seguirá de cerca la evolución en la postura iberista de *La Época*.

En el campo absolutista, el semanario de Jaime Balmes trata en momentos muy puntuales la cuestión, pero en todo caso aporta pinceladas interesantes: en febrero de 1845 afirma que la idea de unir Portugal y España era una “ilusión” que, además, iba en perjuicio del primero; en junio de 1846 afirma la irracionalidad de la separación de ambos países y recuerda la existencia de “la nacionalidad de los pueblos iberos”. En todo caso, *El Pensamiento de la Nación*, creado casi exclusivamente como órgano propagandístico del tradicionalismo, que pretendía casar a Isabel II con su primo Carlos Luis de Borbón y Braganza para reunificar la dinastía, no podía ser partidario de la unión de España y Portugal porque atentaba contra sus principios fundacionales. Por otro lado, *La Esperanza* es suficientemente elocuente cuando afirma que “el pensamiento sería excelente si no fuera sospechoso”. Este diario estará totalmente en contra de la unión ibérica por su condición esencialmente liberal.

En cuanto a las revistas culturales, *El Pensamiento* contribuyó a difundir uno de los escritos iberistas más vibrantes que se pudieron leer en la prensa madrileña del XIX, el que escribe José de Espronceda en 1841. El poeta esperaba que la península Ibérica llegara a conformar “una gran nación, [...] una nación grande, compacta, libre e independiente”, tratando así de introducir en el imaginario social de la época el concepto de la nación ibérica única. La defensa de la unión ibérica por parte de Espronceda no implica que *El Pensamiento* se pronunciará a título propio sobre su apoyo o rechazo al iberismo, pero se puede afirmar que la postura de esta cabecera podría ser moderadamente favorable, al haber otorgado espacio en sus páginas para la manifestación iberista del poeta romántico.

Así, en este primer capítulo centrado en el análisis textual se ha registrado la existencia, entre 1840 y 1853, de una corriente de opinión favorable a la unión de Portugal y España manifestada por los periódicos madrileños, destacando el apoyo de toda la izquierda política a dicha idea, más marcadamente por parte del incipiente movimiento republicano, que veía la futura Iberia unida como una victoria de su doctrina. Representan importantes excepciones el moderado *El Español* y el conservador-elitista *La Época*, radicalmente favorables a la unión. Por el contrario, los periódicos tradicionalistas se expresaron en contra de la idea, marcando ya un límite diáfano que concreta una de las características esenciales del iberismo: su categoría de doctrina ideológica de raigambre liberal.

CAPÍTULO 5. APOGEO DE LA PROPAGANDA IBERISTA

A principios de 1854 gobierna en España el partido moderado, que ha cumplido ya diez años consecutivos en el poder. El gabinete estaba dirigido entonces por Luis José Sartorius, quien seguramente no imaginara que su casa iba a arder en el verano de aquel año, en pleno fervor revolucionario (Juliá, 2011b: 411). La sucesión de gobiernos moderados ha dejado en el país un poso de moralidad aparente en las convenciones sociales y en lo religioso combinada con una patente inmoralidad en lo político y en lo financiero, cuyo funcionamiento era sistemáticamente perjudicado por las actuaciones de

gobiernos con empaque dictatorial –sobre todo a partir de 1851 con Bravo Murillo– y de naturaleza corrupta, que daban preferencia a los negocios entre amigos por encima de los intereses generales.

El presente capítulo abarca los últimos meses de la década moderada en España e incluye el llamado bienio progresista (1854-56) y el periodo de gobiernos liberal-moderados que se suceden hasta la revolución de septiembre de 1868. Durante este periodo, en Portugal existe cierta estabilidad parlamentaria y gubernativa, alternando en el poder sucesivamente el llamado partido regenerador –moderado– y el partido histórico –progresista–.

En el primer epígrafe, se comentan los escasos textos relacionados con la cuestión ibérica encontrados en la prensa de Madrid durante los meses previos a la revolución de julio. A continuación se presentará el análisis de los mensajes iberistas que proliferaron en las páginas de los periódicos, siguiendo casi un efecto péndulo, durante los dos años de gobierno de Espartero.

Los siguientes dos epígrafes se ocuparán de repasar la actividad iberista en las cabeceras de la capital española durante los gobiernos de la Unión Liberal y de los moderados, largos años en los que se encuentran reflexiones sobre el iberismo en la pluma de autores como Emilio Castelar o Juan Valera, entre otros. El último apartado de este capítulo tratará de establecer un recorrido por los mensajes referidos a los proyectos de unión ibérica publicados durante los últimos años del reinado isabelino, momento en el cual existió una profunda diversidad de opiniones respecto a la cuestión.

5.1. Vísperas de revolución

En los primeros meses de 1854, la prensa periódica se ocupa prácticamente sin descanso de la actualidad política de España, donde ya se empezaban a sentir vientos de cambio. En febrero, por ejemplo, fracasa un intento de sublevación militar en Zaragoza, y en medio de un ambiente enrarecido y de calma tensa irán pasando las semanas hasta que estalle la revolución de julio. Durante este tiempo apenas hay espacio en los periódicos para cuestiones que no fueran de la más apremiante actualidad política, pese a

lo cual se pueden encontrar ciertas menciones a los proyectos de unión ibérica, como se observa a continuación.

5.1.1. El iberismo de Ubaldo Pasarón, militar y poeta

La cuestión ibérica es un debate presente en las sociedades española y portuguesa de mediados del siglo XIX. Esto se revela como indiscutible en base a las publicaciones que hasta el momento se han repasado. Otra prueba de la actualidad del debate sobre la unión de Portugal y España es el siguiente texto que se va a analizar, publicado el primero de marzo de 1854 y firmado por el militar y poeta Ubaldo Pasarón, nacido en Lugo en 1827. Es una réplica a un artículo publicado en la *Revista Militar Portuguesa* y firmado por un tal Salgado, capitán del ejército portugués de quien no se dan más datos. El progresista *El Clamor Público* explica que cede su espacio a Ubaldo Pasarón para que pueda despachar un asunto que ha comenzado siendo estrictamente militar pero se ha convertido en cuestión política, y por lo tanto de mucho mayor alcance.

Aparentemente, el capitán portugués Salgado hizo una crítica de la idea iberista y de ciertos planes anexionistas del ejército español, atacando además personalmente al capitán Pasarón, que se vio obligado a contestarle. El autor gallego comienza haciendo un repaso general de la historia compartida por España y Portugal, con la cual no estaba de acuerdo el capitán portugués Salgado. Pasarón se remonta nada menos que al siglo VI antes de Cristo, cuando “la península debió formar un solo pueblo, puesto que nada consta en contrario”³⁶⁸. Esta frase refleja hasta qué niveles de abstracción y ambigüedad podía llegar en aquel momento histórico el significado del concepto *pueblo*. Además, se observa cómo, para el autor, la inexistencia de pruebas contrarias a su idea basta para confirmarla. Más adelante aclara que “en la división [romana] de citerior y ulterior [...] Portugal no debería tener mucho de especialidad nacional cuando fue incluido dentro de la parte llamada ulterior, cuyo gobierno residía en Andalucía”³⁶⁹. Aquí ya se percibe un intento de argumentación más fundado, en el que sin embargo se comete una de las falacias más comunes en cualquier creación nacionalista: el proyectar los condicionantes políticos y sociológicos del momento presente a siglos atrás. Portugal no podría tener mucho de “especialidad nacional”, como Pasarón la llama, porque el concepto de “nación” y la

³⁶⁸ *El Clamor Público*, 01-03-1854, p. 2, col. 2.

³⁶⁹ *Ibíd.*

nacionalidad tal y como se entiende hoy en día son una invención moderna, y no porque el gobierno de la Hispania Ulterior estuviera sito en la actual Andalucía.

Del periodo romano salta Pasarón al musulmán, intervalo histórico en el cual se concentra el origen de la mayoría de reivindicaciones nacionalistas modernas. La justificación del autor para incluir a Portugal dentro de la “nacionalidad ibérica” es que la configuración de reinos y condados medievales se reducía a pactos e intrigas familiares. Al conquistar Alfonso VI la mayor parte del Portugal bajo dominio musulmán, se vio en la necesidad de delegar el poder en “una especie de generales o adelantados que, siéndoles fieles por el doble lazo de la gratitud y la sangre, hiciesen la guerra a la morisma y le dejaran tiempo para la administración interior de sus reinos”³⁷⁰. Así, la proclamación de la monarquía portuguesa habría sido, según Pasarón, una traición hacia Alfonso VI, que cedió sus territorios a unas personas que no dejarían de ser sus propios súbditos.

Por último, Pasarón refiere los acontecimientos de 1580, cuando Felipe II se hace con el trono de Portugal en base a los derechos dinásticos y a la frente a los “rebeldes” y “bastardos” que intentan mantener el trono portugués separado de la rama Habsburgo. Los iberistas, en fin, en su intento por justificar la existencia de la nación ibérica, cumplen con uno de los rasgos fundamentales de cualquier nacionalismo: la utilización de argumentos históricos como cimientos para la construcción del nuevo producto nacional. Y se observa también cómo los argumentos históricos pueden ser muy escurridizos y un mismo acontecimiento se puede utilizar en ocasiones para justificar ideas en sentidos opuestos. En este caso concreto, la fundación de la monarquía justificaría para el nacionalismo portugués la existencia de una nación diferenciada de la española, aun anterior al propio reino luso, mientras que para el iberismo supone una traición al rey castellano, que encarnaba en aquel momento la unidad de una nacionalidad ibérica existente desde épocas prerromanas.

No obstante la importancia de la parte histórica del artículo, a la que Pasarón dedica dos terceras partes del mismo, el militar y poeta gallego se empeña en quitarle importancia manifestando que le es “de todo punto indiferente” y que simplemente la ha tratado “obligado” por la argumentación del capitán portugués Salgado. Es cierto que para

³⁷⁰ *Ibíd.*

no darle importancia a la parte histórica, Pasarón se esmera mucho en que dicho trasfondo quede claro. Antes se ha mencionado el apoyo que Ubaldo Pasarón, a través de su *Iberia militar*, hace de la “anexión” de Portugal por parte de España. Pues bien, la última parte del artículo hace referencia a esta cuestión. Por lo pronto, se debe rechazar toda idea negativa, agresiva, sobre el término “anexión” cuando se lee a Pasarón escribir que los defensores de la unión ibérica

“exigiríamos hubiera de ser Portugal el único árbitro de fijar las condiciones de la anexión, querríamos reconocerle las franquicias que gustase y dejar en su mano cuantas garantías positivas creyese conveniente. Aunque españoles, fiamos poco en nuestros compatriotas; porque la historia de todos los hombres cuando se vieron más fuertes, nos obligó a librar el buen éxito de esta clase de cuestiones en la más profunda desconfianza. [...] Antes que españoles somos hombres, y como tales más alto que la patria procuraremos poner siempre el derecho y la justicia.”³⁷¹

La anexión, vista así, podría definirse más bien como común acuerdo entre las partes, en las que según estas palabras Portugal tendría desde luego mucho que decir. Así, puede que ni siquiera sirviera el actual sentido de anexión, incluso despojado de connotaciones violentas, puesto que la dependencia de Portugal respecto a España vendría definida por el propio país luso, y no por agentes externos. Por cierto que las últimas palabras de la cita, en las que se hace referencia a la condición de los militares como hombres “antes que españoles” arrojan una interesante visión de lo que fue la evolución del ejército español a lo largo del siglo XIX y en qué posición se encontraba en ese momento.

Pasarón añade que las ventajas de la unión ibérica son innegables y que en ellas coinciden todos los que defienden la idea (unión aduanera, unión de ejércitos, un solo gobierno liberal, entre otras propuestas). Sin embargo, el problema surge cuando se trata de definir cómo se llevará a cabo el proyecto. Cita Pasarón un escrito firmado por José María do Casal Ribeiro en 1852, en el que el iberista portugués apela a la formación de lo que él denomina “República general federativa”. El autor rechaza esta posibilidad, puesto que solo podría llevarse a cabo de dos maneras: o con el triunfo de una revolución, lo cual estaría lejos de suceder, o con el trabajo político de muchos años, lo cual con los gobiernos del momento era impensable. Así como rechaza la república federal, Pasarón tampoco es partidario de lo que denomina “fusión”, que se entiende por creación de un nuevo Estado unitario, lo que según él podría implicar “el abuso, la tiranía, la guerra civil y la ruina”. Lo que el capitán Pasarón defiende es una tercera opción: “la unión ibérica

³⁷¹ *Ibíd.*

bajo el pie de una anexión monárquica, basada en un tratado pacífico y espontáneo”³⁷². A juicio del autor, una unión con este formato implicaría necesariamente el mantenimiento de la paz, puesto que ninguna de las legalidades vigentes se vería atacada. La voluntad monárquica de Pasarón queda establecida a través de esa propuesta, y también de las que siguen y sirven para cerrar el artículo, que ofrecen un punto de vista interesante sobre la situación de Aragón, Cataluña y las provincias vascas respecto al conjunto de España.

Es interesante conocer qué pensaba Pasarón al respecto porque no siempre ofrecen los iberistas su postura respecto a las otras dos nacionalidades ibéricas clásicas, que a mediados del siglo XIX fundamentaban su diferencia en factores económico-industriales más que en cuestiones socioculturales, como harían décadas más tarde. El capitán portugués Salgado había hablado en su artículo anti-ibérico –que recordemos fue lo que motivó a Pasarón a escribir una contestación– de la violencia con que el poder central estableció sus reglas en España, en referencia a los antiguos territorios de la Corona de Aragón, a Navarra y a las provincias vascas. Como contestación, el militar gallego afirma cargado de razón que “de ninguna manera somos responsables los españoles de hoy de los yerros que en otros siglos pudieron cometer nuestros Reyes”, para a continuación justificar los hechos históricos en base a una concepción monárquico-popular de la historia de España. Concepción monárquica de la historia porque apoya la abolición de los fueros catalanes, aragoneses y navarros por su condición de “feudales” y “altamente perjudiciales a la unidad y poder activo de esa misma corona”, la corona castellana:

“No fue la nacionalidad o pueblo castellano quien tiranizó a las nacionalidades o pueblos catalán, aragonés y navarro, sino la corona de Castilla, que imponiendo su norma primeramente a su pueblo directo, necesitó dar homogeneidad a sus adláteres, asimilando en lo posible sus constituciones heterogéneas [...] Vea, pues, el escritor portugués, cómo no la tiranía castellana y sí la razón de Estado fue la verdadera causa de las guerras de que inculpa a Castilla.”³⁷³

Repasada su concepción monárquica de la historia, se observa a continuación su concepción popular, cuando hace referencia a las provincias vascas y a los “privilegios” que suponen sus fueros. No es este el lugar adecuado para dirimir la discusión historiográfica referente a si los fueros servían como privilegios de la clase dirigente o como libertades de las clases populares. Simplemente se trata de aclarar que la postura de Ubaldo Pasarón a este respecto entraba de lleno en la primera interpretación. Para él,

³⁷² *Ibíd.*

³⁷³ *Ibíd.*

“según estos [fueros], dichas provincias [...] venían a ser con perjuicio del resto de la Nación que las gobernaba y defendía, un gran puerto franco en que se obtenían con extraordinaria baratura las manufacturas extranjeras y los efectos estancados, derivándose de aquí, respecto a las demás provincias, por una lado un escandaloso contrabando, y por otro un doble gravamen que aquellas sufrían y pagaban.”³⁷⁴

Defiende también la legislación liberal de 1820 y el papel que esta tuvo en la expansión de la industria vasca, propagada y enriquecida gracias a las nuevas reglamentaciones. Esta oposición de Pasarón a los fueros vascos se inscribe ciertamente en la tradición liberal de defensa de la igualdad ante la ley y de universalidad de derechos. Con esto se termina de analizar un largo artículo que ofrece valiosas miradas sobre la ideología iberista a través del pensamiento de un personaje peculiar, que además de militar fue poeta de cierta fama en su tiempo y pionero de la ingeniería aérea (proyectó un zepelín cuyos planos terminaron archivados, como era costumbre en España en cuanto a ciertos proyectos de investigación). En definitiva, las ideas de Ubaldo Pasarón a destacar son básicamente las siguientes: por un lado, defiende la existencia innegable de unos cimientos históricos que justificarían el proyecto de unión ibérica; a lo que suma su creencia en la necesidad de un proceso iberista de carácter monárquico y no republicano; por último, y no por ello menos importante, considera indispensable la aprobación de Portugal para lograr la llamada “anexión monárquica”.

5.1.2. Ecos de los proyectos de unión aduanera

También en 1854 *La Esperanza* se ocupa de un tema muy recurrente en la doctrina iberista, cual es la necesidad de implantar una unión aduanera entre España y Portugal. En este punto no hay duda: el diario de Pedro de la Hoz es seguidor de la idea, al tiempo que se distancia de los términos que al respecto proponía *La España*, periódico que basaba su defensa de la unión aduanera ibérica en la absoluta libertad de comercio. Sin embargo, el único camino que *La Esperanza* estaba dispuesto a recorrer para apoyar la unión aduanera era el de la reciprocidad de derechos, ya que, siguiendo las condiciones económicas del momento, Portugal se beneficiaría sobremanera de la apertura del mercado español a las manufacturas inglesas, lo que supondría un grave perjuicio a los productores y artesanos del litoral español. *La Esperanza* considera que

³⁷⁴ *Ibíd.*

“la unión aduanera podría ser muy conveniente a España, y tal vez más a Portugal. Mas diremos, si fuese realizable tal como nosotros la concebimos, sin duda llegaría a ser con el tiempo la base de un poder político respetable en esta parte meridional de Europa; de un poder capaz de contrabalancear la excesiva, y por lo mismo peligrosa preponderancia de las potencias que hoy figuran en primera línea.”³⁷⁵

La clave se encuentra en el sintagma “como nosotros la concebimos”, y es que un requisito fundamental para que *La Esperanza* apoyara la unión ibérica era que Portugal cambiase “absolutamente de ideas, de instituciones y de amigos”³⁷⁶. En la práctica esta podría haberse considerado como una idea más honesta o, al menos, más realista que la propuesta por *La España*, que obviaba o reducía excesivamente las probables obstrucciones que llegarían por parte del Reino Unido en el momento en que España diera algún paso hacia la unión aduanera ibérica en el terreno de lo práctico.

Tras la revolución de julio de 1854, *La Esperanza* no prestará especial atención a las propuestas iberistas y se centrará en defender los valores de la tradición y el catolicismo, amenazados por los acontecimientos que suceden a la Vicalvarada. Únicamente se observan comentarios sobre textos publicados por otros periódicos, comentarios que abundan en la idea de rechazar la unión ibérica en los términos en que era planteada por el liberalismo progresista y/o democrático, ya fuera entronizando al rey portugués, construyendo una república federal o fusionando ambos Estados.

5.2. El iberismo en auge tras la Vicalvarada

Como se sabe, el año de 1854 es un punto de inflexión en la historia de España, al recuperar el liberalismo progresista el poder después de diez años de gobiernos moderados. El nacionalismo ibérico vive entonces uno de sus momentos de ebullición, puesto que la estabilidad del trono isabelino, que ya empezaba a estar en entredicho, aumentaba las posibilidades de un acercamiento a Portugal. Esta efervescencia no solo va a ser positiva para la causa ibérica, puesto que incluso provoca divisiones dentro del movimiento. Por ejemplo, *La Época* reacciona ante la propuesta de *El Tribuno* de que la unión ibérica sea declarada por las cortes constituyentes y se mantiene firme en su propuesta de apoyar únicamente una unión ibérica en la forma monárquica y bajo la

³⁷⁵ *La Esperanza*, 31-05-1854, p. 1, col. 1.

³⁷⁶ *La Esperanza*, 31-05-1854, p. 1, col. 3.

condición de una fusión de las dos dinastías reinantes³⁷⁷. *La Época* había insistido ya a principios del mes de agosto en su postura de consenso, declarando que

“la unión con Portugal, que nosotros aceptaríamos de todo corazón, que nosotros aplaudiríamos con toda nuestra alma, si se verificase pacífica y solemnemente, por un regio enlace, no puede verificarse sino por medio del asentimiento y de la aclamación de ambos pueblos y con la aquiescencia de la Europa.”³⁷⁸

Introduce el diario conservador una mención al consenso imprescindible que habría de llegar del resto de Europa para llevar a cabo la unión, una unión que sería muy difícil de aceptar en las cortes continentales aun sucediendo de manera no traumática, pero que sería totalmente imposible de admitir si fuera resultado de una revolución. A lo largo de su existencia, el papel ultramoderado *La España* también reproduce artículos publicados por otros periódicos en los que se trata la cuestión ibérica. Así, el artículo del vespertino *La Época* con fecha de 2 de agosto de 1854, en el que se aboga por una unión con Portugal “por medio del asentimiento y de la aclamación de ambos pueblos” se publica de nuevo en *La España* al día siguiente³⁷⁹. *El Tribuno* no coincide con el planteamiento de estos periódicos, al considerar que ni “las intrigas de gabinete ni los protocolos extranjeros” podrían frenar la unión peninsular si Portugal y España decidieran llevarla a cabo de mutuo acuerdo. Según el diario democrático, “no es patriótico hacer depender de la *aquiescencia* de Europa la unión de los dos pueblos”³⁸⁰.

Las fechas en torno a la revolución de 1854 son testigo, entre otros acontecimientos, del surgimiento de nuevos diarios. Entre ellos está *La Iberia*, uno de los periódicos de tendencia progresista más importantes de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo en los años previos a la revolución de 1868. Su estilo despejado, breve y preciso, en claro contraste con el estilo sobrecargado de la mayoría de publicaciones de la época, le valió desde un principio la aprobación de los lectores. Fundado por Pedro Calvo Asensio en vísperas de la Vicalvarada, estuvo en circulación desde junio de 1854 hasta mayo de 1898. Calvo Asensio era enemigo político de O'Donnell y partidario de Espartero, y estos posicionamientos se plasmaron sin cesar en su periódico, del que sería director hasta su muerte, ocurrida en 1863. Ese mismo año *La Iberia* fue adquirido por

³⁷⁷ *La Época*, 11-08-1854, p. 2, col. 4.

³⁷⁸ *La Época*, 02-08-1854, p. 2, col. 1.

³⁷⁹ *La España*, 03-08-1854, p. 3, col. 3.

³⁸⁰ *El Tribuno*, 04-08-1854, p. 1, col. 2. En cursiva en el original.

Práxedes Mateo Sagasta, quien había sido también redactor del diario. Sagasta alimentaría sin duda sus anhelos de poder político gracias a la propiedad del periódico. El periodo 1863-1866, bajo la dirección de Sagasta, fue el de más éxito para *La Iberia*, que llegó a ser el periódico más vendido en las principales ciudades españolas (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 95). Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, publica su último número el 21 de junio de 1866 –un día antes del pronunciamiento militar del cuartel de San Gil–. Desde entonces y hasta el 2 de enero de 1868 *La Iberia* no verá la luz. Tras el triunfo revolucionario de septiembre de 1868, momento en el que representó un papel destacado (Seoane, 1983: 229), este diario comenzó a sufrir un progresivo declive, que le llevaría a su punto final con la edición de su último número el 14 de mayo de 1898.

La primera época del diario coincide con el llamado bienio progresista. Entre los diferentes temas de los que se ocupó *La Iberia* de forma continuada destacaban los relacionados con las clásicas reivindicaciones liberales: ampliación de los derechos electorales, libertad de imprenta y de asociación, descentralización administrativa o defensa de la Milicia Nacional. Durante el bienio progresista, *La Iberia* hizo constantes referencias a “la revolución”, que no necesitaba ningún adjetivo para distinguirse ya que era el término usual en la época para referirse a la Vicalvarada. También publicaba, siguiendo la moda del siglo, obras literarias en forma de folletín, como *Le monde comme il va*, de Voltaire, lo que también da una idea clara de la orientación ideológica de sus páginas.

Entre las demandas políticas tradicionales en el ideario liberal y progresista, emergía en las páginas de *La Iberia*, haciendo honor a su cabecera, la defensa de la unión política y económica de España y Portugal. Las primeras líneas que dedica *La Iberia* a la posibilidad de unión se publican el 6 de agosto de 1854, apenas dos meses después de la aparición del primer número del periódico. El redactor afirmaba ese día que

“el enviado de Portugal está encargado por su gobierno de presentar al nuestro un proyecto de unión aduanera entre ambos países. Mucho celebraríamos que se llevase a cabo, por las inmensas ventajas que de esto reportaría al comercio de las dos naciones y por la multitud de empleados que de este modo nos ahorraríamos. También se habla de la celebración de los tratados artístico-literario y postal.”³⁸¹

³⁸¹ *La Iberia*, 06-08-1854, p. 3, col. 1.

Estas líneas no esconden el entusiasmo que producía en cierto sector del progresismo la idea del acercamiento hispano-portugués, bien al contrario, manifiestan su alegría por la voluntad del gobierno luso de avanzar en la cuestión de la unión aduanera. Se observa cómo desde el primer momento la integración económica va a desempeñar un papel central en las aspiraciones iberistas, ya que según los razonamientos de sus defensores, un mercado ibérico común reportaría grandes beneficios a los ciudadanos españoles y portugueses.

5.2.1. Difusión de la idea ibérica

A lo largo del mes de agosto de 1854, *La Iberia* trató hasta en doce de sus números la cuestión ibérica, lo que da una muestra de la importancia que se otorgó desde un principio al asunto en esta redacción. El 8 de agosto el periódico de Calvo Asensio reproduce un artículo de *El Justicia*, de Valencia, congratulándose de que la “fecunda idea” de la unión ibérica, “aspiración tanto más notable cuanto que tiende al engrandecimiento nacional”³⁸², se estuviera extendiendo por las provincias españolas. El citado artículo de *El Justicia* ofrece una visión muy reveladora sobre la situación que atravesaban España y Portugal en relación con las grandes potencias europeas del momento, Francia e Inglaterra. El periódico valenciano defiende la idea de la unión ibérica porque, efectivamente, respondería al interés nacional y sería justo para la península, pero el interés y la justicia serían solo motivaciones secundarias: la unión ibérica solo sería posible porque en ese momento tanto Francia como Inglaterra no se opondrían. La condición *sine qua non* para que Portugal y España pudieran fusionarse era el visto bueno de las dos grandes potencias. Estas afirmaciones consistían todo un ejemplo de realismo político, que desechaba cualquier aspiración de influencia española o portuguesa sobre la política europea mientras no constituyeran un solo país, el cual previamente tendría que haber pasado la evaluación de Londres y París.

El siguiente escrito a analizar en el que se defiende el proyecto de unión ibérica es del 9 de agosto de 1854 y se publica en *El Clamor Público*. El gobierno progresista acaba de convocar Cortes constituyentes reunidas en una sola asamblea, y mientras en

³⁸² *La Iberia*, 08-08-1854, p. 3, col. 3.

España se abre un periodo de renovación política e institucional, en Portugal se siguen atentamente los acontecimientos. Y no solo el terreno está preparado para el gobierno progresista, sino también para la unión ibérica, a decir de *El Clamor Público*, que en su sección de “Correo extranjero” afirma que “casi todos los periódicos portugueses se están ocupando en enumerar las ventajas de que se realice la unión ibérica”³⁸³. Justo a continuación se inserta un texto publicado en Portugal –no se cita el nombre del diario– en el que se destaca la voluntad del gobierno de Madrid de crear una milicia nacional, “única garantía de las libertades públicas”. Como es sabido, el enfrentamiento entre progresistas y conservadores en torno a la milicia nacional es una de las cuestiones que definen la política española del siglo XIX. El suelto reproducido por *El Clamor Público* lanza una afirmación audaz que coincide con planteamientos iberistas que ya se han visto en el lado español:

“El alzamiento de España no puede menos de ejercer influencia en un país que existe artificialmente separado de nosotros, y que un día ha de seguir la ley imperiosa de la naturaleza. Esta destinó la península Ibérica a ser una Nación fuerte y poderosa, y nuestros destinos se cumplirán. España y Portugal, unidos bajo un Gobierno popular y civilizador, llegarán un día a ocupar quizá el mejor puesto entre las naciones europeas.”³⁸⁴

La separación de la península Ibérica en dos Estados es un hecho artificial que debe ser puesto en orden por la “ley imperiosa” de la naturaleza. En Portugal servían los mismos argumentos que en España: el futuro ibérico será glorioso o no será, y de hecho esa es, junto con la natural unidad territorial, una de las razones que aconsejan la unión. De nuevo se repiten la argumentación, pero lo que es aquí más interesante es comprobar cómo en verano del 54 el tema era publicitado abiertamente por la prensa de ambos países. Tampoco hay que perder de vista el carácter progresista de la demanda nacional, puesto que se menciona expresamente que el Gobierno habrá de ser “popular y civilizador”, descartando implícitamente cualquier institución gobernante que pudiera tacharse de “conservadora” o “de orden”. Ahora bien, este texto alabando la unión ibérica, así como el anterior artículo de Ubaldo Pasarón y otros muchos que se están analizando, casi nunca ocupaban la primera página de los diarios. En este caso concreto, la referencia a la popularidad que la idea tenía en Portugal se encuentra en la segunda página del diario, de hecho abriendo las columnas de la crónica internacional, pero indudablemente en un segundo plano.

³⁸³ *El Clamor Público*, 09-08-1854, p. 2, col. 4.

³⁸⁴ *Ibíd.*

De nuevo al día siguiente se habla de la unión ibérica en las páginas de *El Clamor Público*. Y de nuevo se trata de una defensa de la idea iberista encerrada entre temas que la dirección del periódico consideraba de más urgencia e importancia, como lo era desde luego la convocatoria de Cortes constituyentes, pero también otros asuntos como la cuestión de Oriente, que constituía el tema internacional de mayor interés del momento. Solo al final de la sección titulada “Revista diplomática” se encuentra la mención a la unión ibérica, que de entrada se defiende con un argumento ya conocido: “consideramos este proyecto como el único capaz de regenerar a ambos Pueblos”³⁸⁵. Destaca *El Clamor Público* que la idea ha pasado de utopía a proyecto “aceptable para todos, realizable para muchos”. Además de glosar los beneficios económicos que traería la unión, en esta ocasión *El Clamor* se atreve a profetizar que el proyecto contaba ya con el apoyo de Francia e Inglaterra, que “desean constituyamos una Nación grande y un gobierno fuerte que pueda en su día auxiliarlas en su lucha contra el Norte”³⁸⁶. Se observa aquí la profunda división de orden político y también en el campo de las ideas que existía en la Europa del momento. El Norte, encarnado por las potencias de carácter autoritario –Prusia, Rusia–, frente a las clásicas potencias liberales –Inglaterra, Francia– que habrían de ser socorridas por la joven Iberia. La aspiración de poder futuro vuelve a aparecer en el ideario iberista.

Parece que las aportaciones llegadas desde Valencia en torno a la cuestión peninsular, que se repetirían³⁸⁷, dieron que pensar a los redactores de *La Iberia*, puesto que al día siguiente de la reproducción del artículo de *El Justicia* comentado más arriba se puede ver cómo la “sección doctrinal” del periódico de Calvo Asensio argumentaba a favor de la unión. La sección doctrinal se dedicaba a analizar, desde la óptica liberal y progresista que caracterizaba a este periódico, o bien las sesiones de Cortes, o bien polémicas con el gobierno de turno, o bien discusiones de ida y vuelta con otros periódicos sobre cuestiones de actualidad, como por ejemplo hizo repetidas veces con el diario *La Esperanza* sobre temas religiosos. Esta sección podría equipararse con lo que hoy se conoce como secciones de opinión, y tras ella ocupaban su lugar los temas más importantes con los que Pedro Calvo Asensio quería informar a su público. El artículo al

³⁸⁵ *El Clamor Público*, 10-08-1854, p. 2, col. 4.

³⁸⁶ *Ibíd.*

³⁸⁷ *La Iberia*, 30-08-1854, p. 3, col. 1.

que aquí se hace referencia ejemplifica a la perfección cuál era la percepción del nacionalismo ibérico desde la órbita liberal-progresista en esos años:

“Fermenta en silencio ha muchos años en nuestra alma un pensamiento que, a medida que transcurre el tiempo, y los acontecimientos se suceden como en agitado torbellino, nos parece más trascendental, más brillante, más salvador: hablamos del pensamiento de la unión peninsular. [...] Esta idea, que durante tanto tiempo pudo parecer a la inmensa mayoría de nuestros compatriotas una estéril aunque generosa aspiración, va perdiendo por momentos esos grados de improbabilidad.”³⁸⁸

El iberismo era por entonces una ideología que existía pero que se manifestaba de manera soterrada, que nunca hasta ese momento había logrado colarse en la primera fila de la actualidad política, y así lo hacía ver *La Iberia*. Esta defensa de la unión hispano-portuguesa basa su argumentación sobre todo en la evidencia de la unidad geográfica, pero también se implica a la hora de buscar similitudes sociales, culturales y políticas, citando hechos históricos como los grandes descubrimientos del siglo XVI o el general paralelismo que han seguido las historias de ambos países. La efusividad de *La Iberia* a la hora de defender la unión ibérica en base a la historia común es tal que llega hasta extremos ciertamente cuestionables, como cuando habla de que “la gloria de Sertorio es portuguesa; la gloria de Viriato es española”³⁸⁹, cayendo en un anacronismo típico de los nacionalismos. Sin embargo, los razonamientos que ofrece, en general, este primer artículo importante de *La Iberia* respecto a la unión peninsular son comprensibles y hasta loables, puesto que mencionan específicamente la imposibilidad de recurrir a la violencia para llevar a cabo la unión y se alinean frontalmente en las filas liberales, frente a “las viejas tradiciones políticas” europeas.

Es importante destacar la mención que hace *La Iberia* a la aparición de la idea en la prensa portuguesa. Afirma el diario progresista madrileño que “nuestros colegas de allende el Tajo se muestran animados del mismo deseo. [...] Nuestros colegas *O Progresso* y demás, que con una perseverancia y un calor dignos de la idea que defendemos, son ecos fieles de la idea más popular en Portugal”³⁹⁰. El juicio de *La Iberia* respecto a la popularidad del iberismo parece algo exagerado, si se enfrenta con las referencias que sobre el mismo tema hacían otros periódicos madrileños menos implicados en el proyecto. Es cierto que en el mismo ejemplar de *La Iberia* se inserta un

³⁸⁸ *La Iberia*, 09-08-1854, p. 1, col. 1.

³⁸⁹ *La Iberia*, 09-08-1854, p. 1, col. 2.

³⁹⁰ *La Iberia*, 09-08-1854, p. 1, cols. 1 y 2.

texto de *O Progresso* en el que se aplaude la aparición de un diario bilingüe en Oporto y en el que se dan vivas al iberismo³⁹¹, y es cierto asimismo que a lo largo de los meses *O Progresso* escribirá artículos favorables al iberismo que serán celebrados y reproducidos en su totalidad o en parte por su colega madrileño (también lo harán otros periódicos portugueses, como el también lisboeta *Arauto, O Nacional* de Oporto o el *Leiriense*, de Leiria)³⁹². Sin embargo, confrontar el optimismo desaforado de *La Iberia* con los juicios de la mayoría de periódicos, que ponían en duda la voluntad iberista de los portugueses e incluso destacaban la dura oposición que la idea encontraba en el país luso, obliga a poner en cuarentena las afirmaciones del diario progresista, que tomaba la parte –las opiniones de *O Progresso*– por el todo –la opinión general de Portugal–. No obstante, la hipérbole es una constante en ciertos artículos publicados por *La Iberia*, como demuestra el final del artículo comentado:

“Los redactores de *La Iberia* se apresuran a consignar que el más elevado de sus móviles, al lanzarse al palenque de la publicidad, fue defender a todo trance la unión peninsular: el nombre con que se honran, no fue elegido al acaso; es la cifra de sus votos, el emblema de sus esperanzas, el diario estímulo a sus modestas tareas; es, en fin, el nombre con que anhelan ver designada un día la feraz y privilegiada región comprendida entre los Pirineos y las columnas de Hércules: IBERIA.”³⁹³

Se puede afirmar, tras leer estas líneas, que el periódico de Pedro Calvo Asensio se incrusta en el núcleo publicístico del nacionalismo ibérico, afirmación que no solo se sostiene desde un análisis externo sino también desde las propias reivindicaciones políticas publicadas en las columnas del periódico. Los redactores de *La Iberia* se empeñan en no dejar lugar a la duda respecto de su posicionamiento a favor de la creación de un único Estado ibérico.

El mes de agosto de 1854 todavía traería dos textos más en los que el otro gran periódico del progresismo español, *El Clamor Público*, defiende el proyecto de unión ibérica. El día 12 reproduce otro artículo del diario lisboeta *O Progresso* en el que se aplaude la revolución de julio y se anima al pueblo español a establecer un gobierno

³⁹¹ *La Iberia*, 09-08-1854, p. 4, col. 3.

³⁹² *La Iberia*, 11-08-1854, p. 2, col. 2; *La Iberia*, 19-08-1854, p. 1, col. 3; *La Iberia*, 21-10-1854, p. 1, col. 3 y sig.; *La Iberia*, 15-11-1854, p. 2, col. 1; *La Iberia*, 23-11-1854, p. 1, col. 4; *La Iberia*, 08-12-1854, p. 1, col. 4; *La Iberia*, 09-12-1854, p. 1, col. 2 y sig.; *La Iberia*, 12-12-1854, p. 1, col. 3; *La Iberia*, 08-02-1855, p. 1, col. 3 y sig.; *La Iberia*, 14-02-1855, p. 1, col. 3 y sig.; *La Iberia*, 20-02-1855, p. 1, col. 3 y sig.; *La Iberia*, 15-04-1855, p. 1, col. 2 y sig.; *El Tribuno*, 14-12-1854, p. 1, cols. 2-4; *El Tribuno*, 21-02-1855, p. 1, cols. 2 y 3.

³⁹³ *La Iberia*, 09-08-1854, p. 1, col. 3.

“completamente democrático”³⁹⁴, para que en España no ocurra lo mismo que en Portugal, donde se volvió al “anacrónico velo absoluto” tras creer en las promesas de libertad por parte de los diferentes gobiernos. En ningún momento menciona *O Progresso* la idea de la unión ibérica, sino que se limita a hablar de los “españoles hermanos”, lo que para *El Clamor Público* es suficiente a la hora de publicitar la idea iberista. Sí se menciona expresamente la idea de la unión en la crónica portuguesa del 16 de agosto. El periódico se hace eco de una protesta de Miguel de Portugal y Borbón, último rey absoluto de Portugal, contra la unión ibérica. Protesta que tanto *El Clamor* como la prensa progresista de Portugal celebran como “un nuevo motivo para creer que conviene y urge la realización de tal proyecto”³⁹⁵. *El Clamor Público* se permite la socarronería de reclamar una protesta similar por parte de Carlos de Borbón, que “vendría muy bien para hacer juego”³⁹⁶.

5.2.1.1. Querellas en torno al iberismo

La discusión abierta de *La Época* con *El Tribuno*, mencionada páginas más arriba, se va alargar durante el mes de agosto del 54 y va a girar en torno a los ritmos que uno y otro diario defendían para desarrollar los proyectos ibéricos: más pausados *La Época*, más inmediatos *El Tribuno*. Para este último, si la unión de Portugal y España no se produjera finalmente significaría nada menos que “el mejor pensamiento, la mejor consecuencia de la revolución de julio había quedado por ponerse en práctica”³⁹⁷, para insistir a continuación que si la junta de gobierno no lograba el objetivo de la unión, este habría de ser acometido por las Cortes. El diario de Diego Coello, por su parte, considera que las propuestas democráticas son en todo caso negativas para los proyectos de unión, puesto que pondrían en contra del proyecto a grandes partes de las poblaciones española y portuguesa que eran tradicionalmente monárquicas, así como a países aliados en Europa que no aceptarían sin protestar un cambio tan radical. Además, para *La Época*, la proclamación de una unión ibérica en forma de una república abriría también el camino a una nueva guerra civil y terminaría beneficiando a la causa absolutista de Miguel, en Portugal, y de Montemolín, en España. La ausencia de un gran líder para la causa

³⁹⁴ *El Clamor Público*, 12-08-1854, p. 2, col. 5.

³⁹⁵ *El Clamor Público*, 16-08-1854, p. 2, col. 5.

³⁹⁶ *Ibíd*

³⁹⁷ *El Tribuno*, 11-08-1854, p. 1, col. 4.

republicana ibérica era el último de los argumentos que *La Época* expone para posicionarse frontalmente en contra de los mencionados proyectos que *El Tribuno* defendía³⁹⁸. El diario de las élites conservadoras se apoya también en las publicaciones de otros diarios afines que defienden un nacionalismo ibérico de raíz monárquica y en base al consenso. Así, en su ejemplar del 25 de agosto de 1854, *La Época* incluye en su primera página un artículo de *La Unión Liberal* en el que se trata la cuestión de manera extensa, apoyando siempre el mantenimiento de Isabel II en el trono. *La Unión Liberal* basaba su defensa de la unión ibérica en las siguientes premisas: habría de realizarse bajo la forma monárquica y necesariamente sin derrocar a los Borbones ni a los Braganza. Estas ideas estaban, pues, en plena consonancia con lo defendido por *La Época*. Además, *La Unión Liberal* daba por hecho que Inglaterra y Francia apoyarían la unión³⁹⁹.

La Época insiste en la problemática de intentar lograr avances significativos en la cuestión ibérica en una época ya de por sí plena de cambios tan importantes como los que se vivían en España en el verano de 1854:

“esa unión no puede verificarse sino por medios completamente pacíficos, ni ser obra de un momento, sino del trabajo lento, sucesivo y continuo de la inteligencia, del patriotismo y de la diplomacia. El enlace de un vástago de la familia de Braganza con otro de la familia de Borbón es el único medio hacedero y pacífico de llevar a cabo la unión anhelada, y sin embargo, ¡cuántas dificultades no ofrece también!”⁴⁰⁰

Entre las dificultades a las que el texto hace referencia se encuentran la probable oposición de las potencias europeas a la unión de España y Portugal, ya fuera por medio de un enlace dinástico o a causa de un exceso revolucionario. También hablaban en contra de la unión la diferencia de edad entre los príncipes, los resentimientos históricos entre las dos naciones y el impulso que la caída de los tronos liberales supondría para los pretendientes absolutistas, con la consiguiente amenaza de guerra civil. Se ve cómo *La Época* cambia el tono de sus escritos ibéricos y no hace gala ya del optimismo de meses atrás: para el diario de Coello eran ahora más importantes los resentimientos históricos que las vivencias comunes en el pasado, la diferencia de edad era casi insalvable, cuando no lo había sido un año antes, las condiciones para encontrar apoyos en el exterior habían

³⁹⁸ *La Época*, 23-08-1854, p. 2, cols. 2-4.

³⁹⁹ *La Época*, 25-08-1854, p. 1, cols. 3 y 4.

⁴⁰⁰ *La Época*, 24-08-1854, p. 2, col. 1.

dado también un giro de ciento ochenta grados... Parecía que la amenaza de la revolución sobre el trono isabelino comenzaba a pesar sobre los conservadores.

Esta actitud estaba extendida entre la mayoría de los iberistas pertenecientes al campo conservador, como el ilustre Andrés Borrego, que a colación de este asunto publica una carta en varios periódicos, manifestándose a favor de una unión ibérica basada únicamente en el común acuerdo entre los países y, sobre todo, en la fusión dinástica⁴⁰¹. El rechazo temporal de *La Época* a cualquier avance de la idea iberista en el campo político no estaba reñido con el mantenimiento de un talante conciliador respecto a los progresos en las relaciones hispano-portuguesas en otros campos, por ejemplo en cuestiones económicas.

Ante los rumores de un posible acuerdo comercial entre ambos Estados, *La Época* escribe que “si los gobiernos de Lisboa y Madrid realizan en efecto un tratado comercial, habrían hecho el mayor de los bienes a la península ibérica. Esta es la verdadera unión de España y Portugal, única posible por ahora y que ambos pueblos apetecen”⁴⁰². Este es el posicionamiento que el diario más leído en los salones biempensantes de la corte mantendría a lo largo de todo el bienio progresista, como se puede comprobar en varios escritos, ninguno de los cuales ofrece novedades dignas de destacar⁴⁰³. Ya en 1856 es cuando se percibe cierta radicalización en las reacciones de *La Época* ante las propuestas iberistas de otros diarios, llegando a tildar directamente de “iniquidad” e “infamia” los proyectos que supuestamente apuntaban al derrocamiento de una de las dos dinastías de cara a lograr la fusión ibérica⁴⁰⁴.

5.2.1.2. Comentarios iberistas desde el progresismo y el moderantismo

Se repasa a continuación cómo *La Iberia* otorgaba también espacio a sus lectores para manifestar sus opiniones. El 23 de agosto de 1854 aparece en las páginas del diario la carta que un suscriptor (de quien no se menciona el nombre) había remitido a la redacción de Calvo Asensio, exponiendo sus opiniones respecto a la unión ibérica. Para

⁴⁰¹ *La Época*, 26-08-1854, p. 4, cols. 3 y 4.

⁴⁰² *La Época*, 25-09-1854, p. 3, col. 2.

⁴⁰³ *La Época*, 11-11-1854, p. 2, col. 4; *La Época*, 20-02-1855, p. 2, col. 4; *La Época*, 03-03-1855, p. 2, col. 2; *La Época*, 20-08-1855, p. 2, col. 1; *La Época*, 03-10-1855, p. 2, col. 3.

⁴⁰⁴ *La Época*, 18-02-1856, p. 2, col. 3.

este periódico, dicha unión era su “objeto primordial”, y en consecuencia afirmaba que, estando “conformes en el fondo y en la idea principal con el articulista”, se reservaban para un futuro cercano expresar sus opiniones sobre los medios que dicho articulista y suscriptor proponía. Como se puede suponer, el fondo y la idea principal del artículo era la fusión de Portugal y España en un solo Estado, que tendría mucha más fuerza y presencia internacional de la que pudieran conseguir ambos por separado, que no tendría que recibir dictados de ningún tercer país –“Portugal no será británico, ni la España borbónica”⁴⁰⁵, dice el escrito– y que vería cómo las clases bajas mejorarían su situación con un mercado y un comercio común, a costa de los privilegios que gozaban los ricos que controlaban dicho comercio entonces.

Por otro lado, los medios a los que se refería este suscriptor, y que *La Iberia* prometió discutir en otra ocasión, se refieren a la creación prácticamente *ex nihilo* de una nueva nación, “que tache y aniquile todo lo pasado, gran parte de lo presente y abra nuevas y fecundas vías al porvenir”⁴⁰⁶. Leyendo estas líneas se percibe un hastío respecto de la situación política del momento y un claro espíritu regenerador, el mismo que definía la vida política portuguesa de la época. De hecho, la etapa histórica comprendida entre 1851 y 1868 se conoce en Portugal como Regeneração, y tiene su base en el discurso dominante entre los liberales moderados y conservadores lusos desde la década de 1820, que hacía hincapié precisamente en la regeneración del país a costa de los planteamientos setembristas, escorados a la izquierda. En España, el espíritu regenerador ganaría fama tras los acontecimientos de 1898, pero a lo largo de todo el siglo XIX se va percibiendo un progresivo desapego hacia las instituciones políticas y un descontento patente en relación con la situación social y económica del país. Esta insatisfacción iría decantándose y terminaría estallando a finales de siglo, pero ya en la década de los 50 podía percibirse, como demuestra este artículo. Además de esto, el suscriptor de *La Iberia* defendía la monarquía como forma ideal de gobierno para el futuro Estado:

“No hay más que un solo pueblo desde Rosas hasta el Cabo de San Vicente, desde Finisterre al Cabo de Gata. No haya más que un solo trono, nacido de la revolución e identificado con ella: un solo trono de popular prestigio, decorado por las virtudes, más bien que por las gracias, pues solo así podrá ser el reflejo de la Divinidad, el altar de la justicia, el escudo de la ley.”⁴⁰⁷

⁴⁰⁵ *La Iberia*, 23-08-1854, p. 1, col. 3.

⁴⁰⁶ *La Iberia*, 23-08-1854, p. 1, col. 2.

⁴⁰⁷ *La Iberia*, 23-08-1854, p. 1, col. 3.

La monarquía constitucional –“un solo trono”–, de inspiración liberal y basada en la soberanía nacional –“nacido de la revolución e identificado con ella”– era el sistema político que este articulista quería para la futura Iberia, que era en definitiva “un solo pueblo”. Se puede afirmar que esta era una idea extendida entre los partidarios del iberismo por esas fechas, ya que un mes después de la reproducción de este artículo, *La Iberia* daba publicidad a la doctrina política del que sería diputado por Badajoz, Vicente Barrantes, que entre otras cosas abogaba por la libertad de imprenta, la disminución del ejército y la rebaja de los impuestos. Para este extremeño, la unión de España y Portugal a través del trono constitucional y de la unión liberal sería un “medio eficaz y fecundo” para el futuro de su tierra de origen, además de “reconstituir a la inglesa esta sociedad corrompida por la imitación de Francia”⁴⁰⁸.

Meses después de la Vicalvarada, el moderado Fermín Gonzalo Morón publica un manifiesto a los electores de las provincias de Alicante y Valencia que es reproducido en las páginas de *La España* y calificado de “notable” por la redacción del periódico. Una vez más se observa la misma situación que la descrita anteriormente. No se lleva a cabo un análisis en profundidad, no se hacen más comentarios que el mencionado calificativo de “notable”, por lo que se puede afirmar que la dirección del diario estaba de acuerdo con lo expresado en el manifiesto. Uno de los párrafos del mismo se ocupa de la cuestión ibérica, y en él afirma el político valenciano que desea para España

“libertad y fuerza dentro, importancia fuera; y cuando esto se haya obtenido, el gran pensamiento de la unión ibérica, que es hoy un sueño brillante o una careta para cubrir intenciones de mala índole, será posible y se verá realizado con júbilo general de España y Portugal, con admiración y con asombro de la Europa.”⁴⁰⁹

Las palabras de Morón proporcionan dos importantes elementos de análisis: el primero es la existencia, según el autor, de una división entre iberistas auténticos e iberistas falsos. Es una lástima que el autor no explicitara concretamente a quién se refería con aquello de la “careta”, pero se puede suponer que habla del españolismo intransigente. Morón era indudablemente moderado, pero también era un reconocido díscolo dentro de su partido, lo que le llevó a tener problemas con la administración Bravo Murillo. Así, no sería descabellado pensar en una oposición a ciertos planes de conquista –la “mala índole” –,

⁴⁰⁸ *La Iberia*, 24-09-1854, p. 3, col. 2.

⁴⁰⁹ *La España*, 02-11-1854, p. 3, col. 5.

más aún cuando el segundo elemento de análisis, la mención al “júbilo general” de los dos países una vez consumada la futura unión, tiene un sesgo claramente positivo. Así, el iberismo de Fermín Gonzalo Morón, al menos según deja traslucir este artículo, se acercaba al de Andrés Borrego en cuanto a orientación ideológica y nobleza de pensamiento a la hora de concebirlo como un hecho que habría de ser netamente beneficioso tanto para Portugal como para España.

5.2.1.3. Iberismo democrático: *El Tribuno*

El primero de octubre de aquel año revolucionario, *El Tribuno* abre su ejemplar con un artículo sobre la conveniencia de la unión ibérica, aspiración que a juicio de este diario estaba siendo “desatendida” y relegada a un “criminal olvido”⁴¹⁰. Tras abroncar a los máximos responsables de la revolución por no avanzar en el sentido deseado por los iberistas, el redactor de *El Tribuno* reconoce que la prensa española ha tratado la cuestión desde diferentes puntos de vista, aunque sin haber logrado influir en la junta de gobierno. El primer argumento según el cual la unión ibérica convenía a España y Portugal era el de la recuperación de su influencia en el contexto internacional, mas no había que perder de vista la necesidad que el pueblo español tenía de unirse a Portugal para librarse de su miseria⁴¹¹. El artículo, escrito en un registro entre lo épico y lo patético, afirma que la disposición de los portugueses a favor de la unión era un hecho cierto, por lo que únicamente habría que esperar a la puesta en marcha de una unión aduanera y de la línea ferroviaria Madrid-Lisboa para comenzar a construir la nueva confederación, pues este era el término que *El Tribuno*, representante de la facción demócrata, tenía reservado para denominar la futura unión, como se puede leer en las últimas líneas del texto: “La confederación universal no es una utopía; la confederación de España y Portugal es una apremiante necesidad”⁴¹².

Este mismo diario incluye todavía en el mes de octubre un nuevo artículo en su primera página patrocinando la unión ibérica. Con el título de “España y Portugal”, se defiende “la fecunda y salvadora idea de la unión de los dos pueblos peninsulares en una

⁴¹⁰ *El Tribuno*, 01-10-1854, p. 1, col. 1.

⁴¹¹ *El Tribuno*, 01-10-1854, p. 1, col. 2.

⁴¹² *El Tribuno*, 01-10-1854, p. 1, col. 3.

sola nacionalidad”⁴¹³ y apela a la acción conjunta de los gobiernos para resolver la cuestión “con absoluta exclusión de todo interés particular, de toda conveniencia exclusiva, de toda mira de familia o de partido, cualquiera que sea su nombre”⁴¹⁴. Se plantea, pues, la necesidad de alcanzar un verdadero consenso para acometer con garantías el futuro de los proyectos iberistas. A lo largo de dos columnas se insiste en esta exigencia de consenso, afirmando que no existía ninguna causa sólida para oponerse a la unión.

Inmediatamente a continuación de este texto se publicaron dos artículos favorables a la unión ibérica que habían sido previamente publicados en Portugal por *O Progresso* y *O Nacional*, respectivamente, como muestra de que el iberismo también contaba con cierta presencia en aquel país⁴¹⁵. Dichos artículos habían sido también publicados previamente en el progresista *La Iberia*⁴¹⁶ y en el democrático *La Soberanía Nacional*⁴¹⁷, del que se hablará más adelante. El progresista *La Nación* también habilitaría un hueco en octubre de 1854 para las manifestaciones favorables de *O Progresso* a una unión comercial peninsular⁴¹⁸.

5.2.2. Nueva edición de *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas

La tercera edición de *La Iberia. Memoria en la que se prueban las ventajas políticas, económicas y sociales de la unión de las dos monarquías peninsulares en una sola nación*, la obra magna del iberismo firmada por el diplomático catalán Sinibaldo de Mas, provocó reacciones en la mayoría de la prensa política madrileña, que se posicionó sin ambages al respecto y comentó en profundidad dicha obra. Hay que tener en cuenta que únicamente habían transcurrido cuatro meses desde la Vicalvarada y que la situación política en España estaba lejos de estabilizarse, por lo que ante el país se abrían diversas posibilidades de futuro. La obra de Mas, como ya es sabido, había visto la luz en Lisboa tres años antes, y era un compendio de ideas organizadas y estructuradas por el autor como ensayo-resumen de la reunión que habían celebrado en 1850, en la entonces colonia

⁴¹³ *El Tribuno*, 23-10-1854, p. 1, col. 1.

⁴¹⁴ *Ibíd.*

⁴¹⁵ *El Tribuno*, 23-10-1854, p. 1, cols. 2-4.

⁴¹⁶ *La Iberia*, 21-10-1854, p. 1, col. 3 y sig.

⁴¹⁷ *La Soberanía Nacional*, 22-10-1854, p. 2, col. 3 y sig.

⁴¹⁸ *La Nación*, 12-10-1854, p. 1, col. 5 y sig.

portuguesa de Macao, diferentes religiosos y diplomáticos para tratar el tema de la unión ibérica. Entre estas personalidades se contaba el propio obispo de Macao.

La primera reacción de peso se encuentra en *Las Novedades*, el diario de Ángel Fernández de los Ríos, que afirma la “victoria ideal” del proyecto ibérico, aspiración unánime de la prensa y “único camino llano y expedito por donde [los legisladores] pueden llevarnos a nuestra grandeza y a nuestra importancia antigua”⁴¹⁹. Se estima que la idea de la unión ibérica es la que mejor representa los intereses españoles, al estar por encima de luchas partidarias, al tiempo que serviría de verdadero acicate para la regeneración:

“Fuera de *la unión ibérica* podrá haber para España más o menos porvenir, más o menos estabilidad en sus gobiernos, más o menos filosofía en sus fórmulas nacionales; pero nunca habrá la grandeza de la unidad, la preponderancia de un pueblo uno y compacto, el poder moral y material de una gran nación.”⁴²⁰

Así, para *Las Novedades*, el proyecto iberista significaba para España algo así como una redención que completara la vieja aspiración histórica de la unidad política en el conjunto peninsular. A continuación se critica la postura de los progresistas, por no ofrecer más que “una abstracción, la libertad”⁴²¹; el planteamiento de los republicanos, que apostaban por una alternativa caótica y violenta a la estabilidad que proporcionaba la monarquía⁴²²; y por último se señala al partido moderado como responsable de que “el liberalismo no haya echado raíces muy hondas en España”⁴²³. Sin embargo, frente a esta diversidad de ideas políticas, todas ellas imperfectas, se alzaba la unión ibérica como “bandera donde cabe todo lo bueno”⁴²⁴.

De este modo se presentan los proyectos iberistas a los lectores de *Las Novedades*, que en el número inmediatamente posterior insistirá en la necesidad de acercamiento progresivo y sensato entre los dos países, abandonando ambiciones maximalistas como la de destronar a una de las dos dinastías para dejar el camino libre a la restante, lo que

⁴¹⁹ *Las Novedades*, 10-11-1854, p. 1, col. 1.

⁴²⁰ *Ibíd.* En cursiva en el original.

⁴²¹ *Ibíd.*

⁴²² *Las Novedades*, 10-11-1854, p. 1, col. 2.

⁴²³ *Ibíd.*

⁴²⁴ *Ibíd.*

en todo caso haría que las personas de orden rehuyeran apoyar los planes unificadores⁴²⁵. Además, el diario de Fernández de los Ríos alaba al ministro de Fomento, Francisco de Luján, por tratar de acelerar la construcción del ferrocarril que habría de llegar a la frontera portuguesa, y finaliza su artículo citando algunos fragmentos de *La Iberia*, en los que se demostraba la buena disposición que existía en Portugal hacia los proyectos de unión⁴²⁶.

En los ejemplares de *Las Novedades* del 15 y el 16 de noviembre de 1854 se incluyó una carta remitida a la redacción del diario por el propio Sinibaldo de Mas, en la que el diplomático puntualizaba ciertas informaciones erróneas que el periódico de Ángel Fernández de los Ríos había publicado anteriormente. Estas correcciones, sin embargo, son de orden menor y se limitan a aclarar posibles malentendidos sobre la posición del monarca portugués respecto a los proyectos de unión, que en ningún caso habría apoyado abierta ni directamente. Las relaciones de Sinibaldo de Mas con las altas esferas de la diplomacia lusa eran estrechas, y para mantenerlas le convenía alejar de la corte de Lisboa cualquier posible sospecha de apoyo a lo mantenido por él en su publicación, pese a lo cual consideraba a su colega portugués Carlos José Caldeira, de quien hablaremos más adelante, su “compatriota peninsular”⁴²⁷. En la segunda parte de la misiva, Sinibaldo de Mas establece las dificultades que podrían presentarse en caso de que se intentara emprender un hipotético proyecto de enlace dinástico. Eran, por orden de precedencia, nada menos que “las Cortes de Portugal; la prensa periódica de id.; el señor regente don Fernando, padre del rey; el ministerio de Portugal; D. Pedro V; el gobierno británico; el emperador de los franceses; el pueblo (bajo o ignorante) portugués”⁴²⁸. Todas estas instancias podrían mostrar reticencias ante el intento de llevar a la práctica la unión ibérica, al menos a través de la fórmula del enlace dinástico. Así, Sinibaldo de Mas pretendía rebajar en algún grado la euforia que en ciertos sectores de la opinión pública española podría haberse despertado ante las halagüeñas previsiones de futuro que la prensa periódica otorgaba a los planes de unión ibérica.

⁴²⁵ *Las Novedades*, 11-11-1854, p. 1, col. 2.

⁴²⁶ *Las Novedades*, 11-11-1854, p. 1, cols. 2-4.

⁴²⁷ *Las Novedades*, 15-11-1854, p. 1, col. 2.

⁴²⁸ *Las Novedades*, 16-11-1854, p. 1, col. 1.

El 14 de noviembre de 1854 se publicó en el progresista *La Iberia* una reseña de la memoria de Sinibaldo de Mas, firmada por un amigo de Pedro Calvo Asensio, Arturo de Marcoartú, ingeniero que llegaría a ser senador por Burgos en 1886. Su especialidad política era el derecho internacional, y su relación con el movimiento iberista fue bastante más allá de la reseña a la que aquí se hace referencia, ya que sería uno de los vocales de la liga hispano-lusitana creada en Madrid en diciembre de 1854. Desde *La Iberia* se critica a Sinibaldo de Mas por proponer un desarrollo demasiado lento de la idea, y a continuación se publica el artículo de Marcoartú, muy destacado tanto por su extensión como por su contenido⁴²⁹. El autor comienza a exponer su pensamiento iberista en un tono que ya se conoce, el de la solidaridad entre los pueblos. La primera frase es lapidaria: “La solidaridad de las naciones es el norte de la civilización”⁴³⁰. Se puede afirmar, en base a esta frase, que una de las principales características del nacionalismo ibérico en estos años es su utopismo, su ingenuidad, su candor, entendidos en el buen sentido.

Las apelaciones a la solidaridad, a la desaparición del odio y a la creación del imperio de la amistad, al camino común de progreso, a la necesidad de sustituir la construcción de la realidad con sangre por el ingenio, la humanidad y la filosofía, son hitos que demuestran la calidad humana de algunos de los pensadores que lucharon por la unión de España y Portugal. Marcoartú sigue esta senda, poniendo ejemplos de personajes históricos que él considera artífices o por lo menos pioneros en el camino de la hermandad universal: Descartes, Schiller, Kant, Krause y Franklin son algunos de los nombres que menciona el autor, con los que es posible orientarse en las coordenadas intelectuales que manejaba Marcoartú. Ahora bien, sabe distinguir, o distingue a su manera, cuándo las uniones son producto de la buena voluntad de los pueblos o de la ambición de los monarcas, contraponiendo ejemplos como el “asesinato” de la independencia húngara por parte de las ansias de expansión alemanas frente al deseado “abrazo” de Portugal y España. Marcoartú se centra en el “partido hispano-lusitano”, que aglutina a todos aquellos partidarios de la unión ibérica. Reconoce que pese al interés mostrado por la prensa y por los parlamentos español y portugués, faltaba en ese momento una mayor presencia de la cuestión ibérica en la calle, haciendo especial hincapié en España, donde el movimiento estaba más atrasado:

⁴²⁹ Este artículo también sería publicado días más tarde en la primera página de *El Tribuno*, concretamente el 20 de noviembre.

⁴³⁰ *La Iberia*, 14-11-1854, p. 1, col. 4.

“Nosotros quisiéramos que la manifestación fuera aún más general, más pública y más solemne; que partiera del comercio, de todas las clases de la sociedad, de todos los partidos, [...] Con mengua nuestra confesamos que el pueblo portugués nos aventaja en popularizar la idea y en difundirla un año y otro año, hasta en sus almanaques de Lisboa.”⁴³¹

A partir de este punto el autor apela directamente a la sociedad, que desde su punto de vista tiene que aprovechar los vientos de libertad que soplaban en la época, con la Vicalvarada todavía reciente, para avanzar en este proyecto que para algunos se resumía en un acercamiento económico pero que para otros iba más allá y era toda una cuestión filosófica y social. Flota en el ambiente una sensación de utopismo, al enumerar Marcoartú una serie de propuestas sociales que cuentan en su base con la fuerza del asociacionismo. El asociacionismo religioso, económico, industrial, científico, artístico o de cualquier otra clase es, para Marcoartú, el futuro de cualquier protesta o demanda social que quiera hacerse un hueco efectivo en la vida de las personas, y el país donde ese espíritu asociacionista es más fuerte y al que tienen que imitar los demás es Inglaterra.

El artículo, que un día más tarde sería reproducido en la primera página del también progresista *La Nación*⁴³², continúa enunciando una serie de medidas prácticas que a juicio del autor serían fundamentales para afianzar las maniobras de acercamiento entre España y Portugal. Las medidas se parecen a las ya conocidas, y se refieren, por supuesto, a temas relacionados con las infraestructuras y con la economía (unión postal, unión aduanera, mejora de los transportes, uniformidad en el sistema de pesas y medidas y en la legislación mercantil) pero también a temas relacionados con los derechos individuales y con el acercamiento cultural (abolición de pasaportes, instauración de cátedras de portugués en España y de castellano en Portugal, celebración de eventos artísticos). Todas estas medidas que propone Marcoartú las argumenta, pero hace especial hincapié en un deseo, una de las mayores demandas del iberismo, común a la mayoría de enunciados en este sentido que se ha visto hasta el momento: la construcción del ferrocarril Madrid-Lisboa. Al ser el lisboeta uno de los mayores puertos y el más occidental de Europa, la conexión entre las dos capitales peninsulares sería clave para unir la ciudad más importante de Portugal con el resto de la Península y, por extensión con el resto del continente, a través de Barcelona y cruzando los Pirineos. La insistencia

⁴³¹ *Ibíd.*

⁴³² *La Nación*, 15-11-1854, p. 1, cols. 2-5.

con la que se pedía la construcción de esta línea férrea nos permite considerarla como la primera demanda iberista en importancia. En concreto, Arturo de Marcoartú recuerda unas palabras del destacado iberista portugués Latino Coelho en las que alaba al “camino de hierro” como artífice de la desaparición de fronteras⁴³³. En último término, el artículo vuelve al tono inicial, referido a la necesidad de solidaridad internacional y al rechazo frontal de todo lo que tenga que ver con una unión por la fuerza de las armas. En definitiva, se puede considerar este texto como una muestra característica de la situación del nacionalismo ibérico en ese momento histórico, con todas sus propuestas, sus ideales ciertamente utópicos y su actualidad.

Por otra parte, y enfocando de nuevo la cuestión desde el campo moderado, hay que referir algún escrito iberista en las páginas de *El Diario Español*, cabecera de tendencia similar a *La Época* en lo político pero que buscaba su público en sectores más intelectuales que aristocráticos (Seoane, 1983: 209). En el ejemplar de *El Diario Español* del 17 de noviembre de 1854 se rompe una lanza a favor de la actividad propagandística de personas como Andrés Borrego y Sinibaldo de Mas, representantes clásicos del iberismo español y, por decirlo así, poco sospechosos de ocultar otros intereses más allá de su sincera voluntad de ayudar a la fusión política de Portugal y España. Esta manifestación de apoyo de *El Diario Español* a Borrego y Mas se debía a la desconfianza que se había extendido entre algunos partidarios de la unión ibérica, incluyendo este periódico, referida a la aparición de ciertos grupos que trastornaban el correcto desarrollo de los proyectos unificadores, o bien por “impacientes, que creen que en esta inmensa cuestión todo está hecho”, o bien por aquellos que “hablan de la *Unión Ibérica* y la halagan [...] porque les sirve de ocasión y pretexto para facilitar trastornos dirigidos a otros fines”⁴³⁴. *El Diario Español* dividía, pues, a los iberistas que consideraba artificiales en dos vertientes: los ignorantes y los malévolos. Es por ello que “todos los partidarios de la unión deben hacer prueba de grande abnegación y mucho espíritu de concierto y de disciplina”⁴³⁵, para poner en común sus objetivos y adquirir suficiente fuerza como para alcanzarlos sin sufrir perturbaciones procedentes de advenedizos a la causa. Un día más tarde, *El Diario Español* reproduciría el capítulo dedicado a España y Portugal de la obra titulada *De la situación y de los intereses de España en el movimiento reformador de*

⁴³³ *La Iberia*, 14-11-1854, p. 1, col. 5.

⁴³⁴ *El Diario Español*, 17-11-1854, p. 1, col. 5. En cursiva en el original.

⁴³⁵ *Ibíd.*

Europa, que había sido publicada por Andrés Borrego en el año 1848, para reiterar su apoyo a las tesis del periodista malagueño⁴³⁶. En esta obra, el ilustre iberista afirmaba que la nacionalidad era “la personalidad de los pueblos”, ente social constituido por tres caracteres: la raza, la lengua y la historia (Borrego, 1848: 133). Según el autor, la constitución de un Estado ibérico único no podía ir en contra de la independencia portuguesa, puesto que lo que se buscaba era

“un pacto *expresamente* concebido para responder a las necesidades de los dos pueblos; para reunir su voluntad y sus fuerzas en defensa de su libertad e independencia; para ponerlos en contacto íntimo y tan frecuente, que aprendiendo a conocerse y a estimarse, se disipen las antipatías y prevenciones creadas por antiguas guerras y rivalidades, y se prepare natural y espontáneamente aquella fusión completa de sentimientos, de ideas y de intereses que en lo venidero han de confundir en el amor de una misma patria y de unas mismas leyes, a todos los que han nacido en el magnífico territorio comprendido desde el Pirineo hasta las columnas de Hércules, desde la desembocadura del Tajo al Mediterráneo.” (Borrego, 1848: 141)

Esta es la argumentación, coincidente en muchos casos con lo que se defendía en cierta prensa. Es más, Andrés Borrego ofrece una hoja de ruta a seguir en la que se establecían diferentes pasos a tomar con la meta siempre de la unión respetando la independencia de ambos países: en primer lugar, alianza militar ofensiva y defensiva; en segundo lugar, naturalización de los portugueses que residentes en España y viceversa; en tercer lugar, unión aduanera ibérica “bajo las bases del Zollverein de Alemania” (Borrego, 1848: 143), además de la unificación de los sistemas de pesos y medidas junto con el establecimiento de una moneda común; por último, establecimiento de un ferrocarril Madrid-Lisboa y avances en la navegación de Tajo y Duero, todo ello a cargo del presupuesto español. Existe, pues, una voluntad de construcción nacional y una aspiración a la constitución de un Estado, basándose en la existencia de una cierta nacionalidad, la cual hundía sus raíces en este caso en tres aspectos enunciados anteriormente: la comunidad de raza, de lengua y de historia. Además, Borrego (1848: 145) acepta y aprecia la colaboración necesaria de los periódicos, al afirmar que “la única diferencia que existe entre la Península Ibérica y la Alemania, la Italia y los demás pueblos que se emancipan y fundan sus nacionalidades, es que estos realizan un hecho preparado por la opinión y las costumbres, y nosotros necesitamos preparar las costumbres y trabajar la opinión para que a su vez concurran a la unión de los dos pueblos de la Península”. Parece innegable que en las apelaciones anteriores a “una misma patria” y “unas mismas leyes”, así como en la voluntad de

⁴³⁶ *El Diario Español*, 18-11-1854, p. 1.

extender el pensamiento iberista con ayuda de los periódicos, está implícito un programa nacionalista o proto-nacionalista, si bien no estructurado y sistematizado al detalle.

5.2.3. Más propuestas iberistas desde diferentes sectores

El diario democrático *La Soberanía Nacional*, dirigido por el republicano Sixto Cámara, también publicará algunos textos referidos a la cuestión ibérica⁴³⁷. El primero de los que aquí se tratan incide en lo que algunos revolucionarios e iberistas ya habían destacado, a saber, que uno de los frutos de la Vicalvarada tendría que ser indefectiblemente la unión de España y Portugal. Así, para *La Soberanía Nacional* “la unión ibérica es una cosa precisa, es un efecto natural de la regeneración política del país”⁴³⁸. En un interesante análisis, se plantea la necesidad imperiosa de que España alterase su organización política, abandonando el modelo centralista y apostando por asegurar “su bien entendida independencia a cada una de las provincias”, momento en el cual “la unión ibérica se realizará por sí misma, porque Portugal verá en ella el único medio de escapar de la esclavitud en que por desgracia yace”⁴³⁹. De este modo, el diario de Sixto Cámara cifraba en el triunfo definitivo del modelo liberal, encarnado por la democracia, el mismo triunfo de la unión ibérica. Esta no iba a llegar forzada por componendas o negociaciones, sino que solo se haría realidad como efecto provocado por una radical y honesta implantación del liberalismo, es decir, en su forma democrática, en suelo peninsular.

Desde el punto de vista económico siguen existiendo motivos suficientes para tratar la cuestión, al hilo de las propuestas de unión aduanera ibérica. Para *La Esperanza*, la unión aduanera tendría que ser guiada por España en su propio beneficio, y el principal requisito para ello era cerrar las fronteras al comercio inglés. La propuesta de los ultraconservadores es arrogante y fría:

“Una sola proposición haríamos nosotros a los portugueses, como base indispensable de la unión de ambos reinos, para probar todo el desinterés de su adhesión. «Refúndanse previamente, les diríamos, las leyes de aduanas de los dos países en una sola; que esta sea eminentemente peninsular, y basada en los sabios principios que conducen a proteger a todo trance las industrias

⁴³⁷ No hay que confundir este diario, activo entre noviembre de 1854 y diciembre de 1855, y continuado hasta enero de 1856 con el título de *La Soberanía*, con el que Ángel Fernández de los Ríos fundaría en 1864 con el mismo nombre (Seoane, 1983: 257; Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 97).

⁴³⁸ *La Soberanía Nacional*, 17-11-1854, p. 1, col. 1.

⁴³⁹ *La Soberanía Nacional*, 17-11-1854, p. 1, col. 2.

nacionales, y que las aduanas del litoral portugués sean servidas por empleados mitad españoles y mitad portugueses, dependientes todos del gobierno de Madrid.»⁴⁴⁰

No le cabe duda a este periódico que, bajo ciertas condiciones, la buena disposición con que se supone que recibiría Portugal la propuesta liberal-progresista iba a desaparecer, en tanto reducía drásticamente las posibilidades de enriquecimiento material del país luso y cortarían su cordón umbilical con Inglaterra.

Desde el ángulo opuesto del espectro político, el mismo día que *La Esperanza* publica estas líneas se puede leer en el demócrata *El Tribuno* una defensa cerrada de la unión ibérica, “pensamiento salvador, la verdadera estrella en que ambos pueblos fijan sus ojos”⁴⁴¹. Para los demócratas, la unión de Portugal y España tendría que ser preparada por la comunión de intereses comerciales e industriales. La constitución de una unión aduanera, la navegación del Duero y la extensión del ferrocarril serían tres medidas imprescindibles para avanzar en el camino de la fusión ibérica, la cual, además, nunca podría llevarse a cabo a través de la conquista violenta. Junto a estas medidas, destinadas a promover los intercambios en el ámbito material, habría que poner en marcha, a juicio de *El Tribuno*, cátedras de historia y literatura portuguesa en España y viceversa, de historia y literatura española en Portugal, para acercar a ambos países también en lo cultural⁴⁴².

A finales de 1854, como se ha podido ya apreciar, el iberismo tenía suficiente difusión y fuerza como para que se crearan diferentes tendencias en la prensa defensora de la unión. El 7 de diciembre *La Iberia* se vio obligada a contestar a unas afirmaciones de *El Látigo*, periódico satírico que dirigió en su juventud Pedro Antonio de Alarcón, por entonces en las filas del republicanismo y del anticlericalismo. El periódico de Alarcón había acusado a *La Iberia* de descuidar la publicidad del nacionalismo ibérico, ante lo cual la redacción de Calvo Asensio replica que el periódico nunca ha sido inconsecuente con su título, puesto que han publicado una importante cantidad de artículos y han dado cabida a las opiniones que se vertían en Portugal sobre el tema. Además de esta justificación, *La Iberia* contraatacaba descubriendo las cartas que, según ellos, motivaban realmente a *El Látigo* para entrar en polémica sobre el tema:

⁴⁴⁰ *La Esperanza*, 24-11-1854, p. 2, col. 1.

⁴⁴¹ *El Tribuno*, 24-11-1854, p. 1, col. 1.

⁴⁴² *El Tribuno*, 24-11-1854, p. 1, cols. 1 y 2.

“acaso seamos nosotros menos impacientes que este periódico, y consideremos como una circunstancia favorable lo mismo que nuestro colega juzga quizá un obstáculo: la monarquía de Isabel II. Lejos de haber inconsecuencia alguna en nuestros principios políticos, lejos de ser nuestra adhesión a la dinastía actual y nuestro entusiasmo por la unión ibérica dos ideas contradictorias, como pretende *El Látigo*, se armonizan perfectamente, prestándose mutuo apoyo.”⁴⁴³

El republicanismo de *El Látigo* chocaba contra el apoyo que *La Iberia* daba a la monarquía. Esta era la principal discrepancia que el iberismo estaba empezando a soportar en sus filas; mientras por un lado se demandaba la unificación de los dos países en un solo trono, a la izquierda del liberalismo progresista empezaba a exigirse la creación de un sistema republicano como forma más coherente de organización del futuro Estado.

Otro de los grandes periódicos progresistas del momento, *La Nación*, se felicita por esas fechas de la difusión que estaba el “grandioso pensamiento de la unión ibérica, aceptándole en principio los hombres sensatos de todos los partidos políticos”⁴⁴⁴. La puesta en marcha de un proyecto docente para enseñar el idioma castellano en Portugal era celebrada por este periódico, que reclamaba una acción similar en suelo español para enseñar el portugués, iniciativa que haría un “servicio a la propaganda pacífica de la unión peninsular”⁴⁴⁵.

5.2.4. La liga hispano-lusitana

La creación de la liga hispano-lusitana, asociación que tendría por objetivo el acercamiento político y económico entre los dos países, iba tomando forma por esas fechas, y así consta en las páginas de *La Iberia*, que cita los nombres de Bertemati, Rivero, Sánchez Silva, Mas, el general Rodríguez, Suris, Baster y Marcoartú como asistentes a una reunión en casa de este último en la que se habría tratado el tema de la Liga,

“que con la cooperación y recursos numerarios de todas las clases de la sociedad propagará la conveniencia de la unión ibérica, y gestionará ante la prensa y ante los gobiernos y cámaras de ambos países para aumentar sus recíprocas relaciones.”⁴⁴⁶

⁴⁴³ *La Iberia*, 07-12-1854, p. 1, col. 4.

⁴⁴⁴ *La Nación*, 10-12-1854, p. 1, col. 3.

⁴⁴⁵ *Ibíd.*

⁴⁴⁶ *La Iberia*, 18-11-1854, p. 2, col. 1.

La liga hispano-lusitana sería una suerte de grupo de presión creado para influir en las decisiones de los gobiernos de Lisboa y Madrid respecto a las cuestiones que afectaran a las relaciones entre ambos países. Esta asociación estaba compuesta de personas de todas las tendencias políticas, según *La Iberia*, una mayoría de las cuales había formado parte de los emigrados en Portugal, lo que demuestra que el iberismo podía estar conformado por una ideología dominante (el liberalismo progresista), pero que no necesariamente excluía la participación de otros sectores ideológicos diferenciados. El interés por las cuestiones de Portugal y por el necesario acercamiento a España que ellos percibían eran los motivos principales de la creación de esta liga, más allá de ideologías particulares.

Finalmente, poco más de un mes después, el proyecto de creación de la liga culminó en Madrid con la fundación oficial del grupo. Este hito histórico del iberismo fue oportunamente reflejado en *La Iberia*, no en vano uno de sus protagonistas fue Pedro Calvo Asensio, a la sazón director del diario. *La Iberia* se hace eco de la creación definitiva de la liga hispano-lusitana en una noticia desbordante de optimismo, que se refería al “fecundo” futuro que esperaba a la unión de Portugal y España, que con el tiempo se convertirían en “una nación grande y poderosa”⁴⁴⁷. Según lo publicado por *La Iberia*, el objetivo de esta organización sería intensificar las relaciones hispano-portuguesas con el firme deseo de completar la evolución con la culminación de la unión ibérica. En el mismo número del periódico se advierte también la noticia de la elección como diputado a las Cortes portuguesas del periodista Latino Coelho, el prologuista de *La Iberia* de Sinibaldo de Mas y decidido defensor de la idea iberista⁴⁴⁸. Esta noticia es una muestra más de la atención que ponían los iberistas españoles a todos los movimientos relacionados con este asunto que tenían lugar en Portugal. Este país no era visto como un mero instrumento por los partidarios de la unión, sino que estaba considerado parte activa de aquello que luego debería convertirse en Iberia. Por otro lado, *La España* también dio publicidad a los estatutos de la liga hispano-lusitana, si bien es cierto que los reprodujo en su tercera página⁴⁴⁹.

Cabe también rescatar el tratamiento que este acontecimiento tuvo en las páginas de *El Clamor Público*, cuya redacción estaba más calmada tras la relativa euforia iberista

⁴⁴⁷ *La Iberia*, 22-12-1854, p. 1, col. 5.

⁴⁴⁸ *La Iberia*, 22-12-1854, p. 2, col. 1.

⁴⁴⁹ *La España*, 23-02-1855, p. 3, col. 2.

del verano del 54. Este diario también destaca que el objetivo de la liga hispano-lusitana, como ya se ha visto, sería “propagar el pensamiento de la unión ibérica” con el fin de crear “una nación grande y poderosa”⁴⁵⁰. *El Clamor Público*, al igual que hizo *La Iberia*, publica un listado con los nombres de los miembros fundadores de la asociación⁴⁵¹. Según la relación que ofrece el periódico progresista madrileño, el presidente de la asociación fue Manuel Fernández-Durán y Pando, marqués de Perales. La posición de máxima autoridad de la que gozó dentro de la liga supone uno de los primeros hitos de la carrera política de un marqués de Perales que llegaría a formar parte de la Junta Superior Revolucionaria de octubre de 1868⁴⁵². Vicepresidente de la liga fue Joaquín Alfonso, diputado por Valencia, ingeniero civil formado en Francia, catedrático de física y primer director del Real Instituto Industrial entre 1851 y 1853 (Cano Pavón, 1998: 42). Los vocales de la asociación fueron un total de doce personas: Hipólito Hoyos, senador por Santander (Canella Secades, 1915: 316); Francisco Serrano Bedoya, diputado por Jaén, mariscal del ejército español y estrecho colaborador de Espartero en la Primera Guerra Carlista, que llegaría a ser gobernador militar de Madrid, director de la Guardia Civil y ministro de la Guerra⁴⁵³; Andrés Borrego, ilustre iberista, brillante periodista político y director del periódico conservador *El Español* desde su fundación en 1835 hasta su desaparición en 1848 (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 68); Nicolás María Rivero, diputado y máximo dirigente del partido democrático; Manuel Bertemati, diputado por Cádiz; José Álvaro Zafra, diputado por Madrid; Manuel Calvet, diputado por Valencia; José Rúa Figueroa, diputado por La Coruña y director del periódico progresista *La Nación*; Sinibaldo de Mas, diplomático español cuya historia ya se ha repasado aquí; Pedro Calvo Asensio, diputado por Valladolid y director del diario progresista *La Iberia*; Manuel Ruiz Quevedo, elegido alcalde de Toledo en 1855 y Nemesio Fernández Cuesta, periodista (Martos, 1854: 39). Como tesorero de la institución se nombró a Santiago Alonso Cordero, diputado por León y empresario que hizo fortuna en el negocio de los

⁴⁵⁰ *El Clamor Público*, 23-12-1854, p. 3, col. 3.

⁴⁵¹ *Ibíd.*

⁴⁵² Información disponible en la página web del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC: http://humanidades.cchs.csic.es/ih/paginas/jrug/diccionario/gabinetes/m3_sexenio.htm [Consultada el 27 de noviembre de 2011]. También sería senador en varias legislaturas, tanto antes como después del Sexenio, además de poseer en Badajoz una hacienda que producía una de las lanas de mayor calidad de España (Lasheras Peña, 2009: 249).

⁴⁵³ Información disponible en la página web de la Diputación de Jaén: <http://www.jaen.es/sociedad/jiennenses-destacados/historia-politica/francisco-serrano-bedoya.html> [Consultada el 27 de noviembre de 2011]. Pese a que en la lista de miembros de la liga que publicó la prensa no figura el segundo apellido de Francisco Serrano, es lógico pensar que se trata de Serrano Bedoya y no de Serrano Domínguez, duque de la Torre, por la filiación progresista del primero.

transportes (Quirós Linares, 2005: 22). Su contable fue Pedro Beroqui, que había sido diputado por Madrid. El cargo de secretario de la liga hispano-lusitana recayó en Arturo de Marcoartú, principal impulsor de la asociación, ingeniero de caminos y experto en derecho internacional, defensor público en varias ocasiones de la unión de Portugal y España, como ya se ha puesto de manifiesto páginas más arriba. Finalmente, como vicesecretario figuró Eduardo Chao, periodista y político demócrata.

Con esta semblanza de los miembros de la liga hispano-lusitana es posible obtener una radiografía exacta de las constantes sociológicas del movimiento iberista a finales de 1854. De un total de dieciocho miembros, todos hombres, las ocupaciones eran las siguientes: un marqués, diez diputados (entre los cuales había un empresario, un ingeniero, un militar, dos directores de periódico y el jefe del partido democrático), un senador, un alcalde, tres periodistas (entre ellos, un director de periódico), un diplomático y un ingeniero. Un perfil, pues, de elevado rango social, alta implicación política y un acusado perfil público, lo que revela la esencial condición elitista del proyecto de unión ibérica. Ciertamente es que las tendencias ideológicas de la mayoría del grupo, escorado hacia el progresismo y que además contaba con el apoyo de tres diarios importantes –*La Iberia*, *El Español* y *La Nación*–, deberían haber facilitado la propagación del iberismo desde las elites políticas que lo defendían hacia el pueblo. Se podría pensar en una fácil y pronta divulgación de esta ideología a través de los periódicos mencionados, lo que hubiera supuesto una tarea de propaganda y difusión nacionalista que los mencionados personajes estaban en condiciones de realizar, o al menos de intentar. Sin embargo, como se está viendo, el proyecto de unión ibérica no pasaba de ser un tema de segunda categoría en la mayoría de las cabeceras, incluso en las tres cuyos directores eran miembros de la liga hispano-lusitana. Tal y como manifestaría quince años más tarde José Luis Albareda, en 1854 “cundía ya la idea de la unión ibérica”⁴⁵⁴.

El 15 de diciembre de 1854 se encuentra una importante novedad en las propuestas iberistas, en este caso referente a la colaboración en el ámbito educativo. El diputado Manuel Bertemati, otro de los miembros fundadores de la liga hispano-lusitana, planteaba una pregunta al ministro de Gracia y Justicia –de quien dependía el sistema educativo por entonces– sobre la posibilidad de una colaboración universitaria entre España y Portugal,

⁴⁵⁴ *Revista de España*, año II, tomo XI, p. 455.

basada en la concesión de oportunidades a estudiantes portugueses para que fueran a estudiar a España y viceversa, en una suerte de beca Erasmus del siglo XIX⁴⁵⁵. La contestación del ministro fue desalentadora al respecto, puesto que dejó claro que el gobierno ni siquiera se había planteado dicha opción. Pese a la negativa del ministro, la pregunta de Bertemati demuestra que los iberistas planteaban la colaboración entre Portugal y España a todos los niveles, siendo el ámbito educativo uno de los más importantes, hasta el punto de llevar al Congreso una propuesta referida la colaboración en ese aspecto.

5.2.5. Euforia, esperanza y planes de futuro

El 23 de diciembre de 1854, el progresista *La Iberia* publica un texto sobre los avances que el iberismo celebraba en Portugal. La noticia relata la aparición de un folleto en la ciudad de Oporto, firmado por el jurista Joaquim Maria da Silva y que llevaba por título “Federación ibérica, o ideas generales sobre lo que conviene al futuro de la Península”. En su comentario al escrito publicado en Portugal, el redactor de *La Iberia* insiste en una de las aserciones clave del nacionalismo ibérico: el rechazo de la conquista, que sería “la muerte del conquistador”⁴⁵⁶. El signo de los tiempos impedía siquiera pensar en una absorción violenta de Portugal por parte de España, pero también demandaba un paso más en el orden de poder del viejo continente, según estas líneas. Era necesario un “Congreso europeo en el que se ventile el derecho del más justo y no la fuerza del más arrojado”⁴⁵⁷. Desde esta perspectiva se establece el iberismo de *La Iberia* a finales del 54, encuadrado en un marco de respeto mutuo entre portugueses y españoles, así como en el más general ámbito europeo.

Siguiendo un razonamiento de lógica exponencial, el redactor afirma que la unión ibérica sería el ejemplo para la progresiva unión de las naciones, “hasta que el género humano se funda en una sola familia, con una sola religión, hablando un mismo idioma y sujetos a una misma ley”⁴⁵⁸. Se advierte cómo el elemento utópico sigue plenamente presente en las afirmaciones iberistas. El artículo se completa con el “Proyecto de las

⁴⁵⁵ *La Iberia*, 15-12-1854, p. 1, col. 1.

⁴⁵⁶ *La Iberia*, 23-12-1854, p. 2, col. 1.

⁴⁵⁷ *Ibíd.*

⁴⁵⁸ *Ibíd.*

bases para la constitución federal de los Estados-Unidos de la Iberia”, que el folleto publicado en Oporto incluía. Dicho proyecto de constitución federal consagraba, en la forma de un régimen presidencialista con capital en Lisboa, la división de poderes, el sufragio censitario y un importante recorte en las funciones del ejército, cuya marina de guerra dejaría de existir. Asimismo, no existirían aranceles en el territorio de la federación y la representación exterior sería única⁴⁵⁹. En ese mismo ejemplar de *La Iberia* se hace referencia a otra publicación de orientación iberista en Portugal, lo cual es celebrado por el diario progresista madrileño. El libro “Historia de la unión peninsular”, de Ferrer de Couto, se ocupaba del periodo filipino y para *La Iberia* podría ser de gran ayuda para el movimiento y “contribuir a realizar la unión moral que debe anteceder naturalmente a la unión material de ambos pueblos”⁴⁶⁰.

El primer número de *La Iberia* del año 1855, editado el 2 de enero, consta de varias referencias al deseo de unión peninsular que profesaban sus redactores. En la sección “Revista política exterior”, en la que se repasaban los principales acontecimientos de 1854 y se efectuaban pronósticos sobre lo que podría suceder en el nuevo año, la posibilidad de la unión ibérica se veía relativamente cercana y se alababa en términos hiperbólicos:

“¡Ojalá los soles de 1855 iluminen las creadoras tareas que deben producir en un plazo, quizá no remoto, esa unión ibérica, radiante estrella que la Providencia levanta en el magnífico horizonte de las gigantescas esperanzas de dos pueblos, igualmente generosos y desgraciados! ¡Estrella de bendición que nosotros, humildes operarios de un trabajo colosal, saludamos con toda la efusión de la fe, con todo el fuego de la lealtad!”⁴⁶¹

Este optimismo militante en torno a la posibilidad de la unión se veía compensado por cierta melancolía respecto de las glorias pasadas de ambos países, relegados en aquel momento a la segunda fila de las potencias europeas. De hecho, uno de los objetivos de los que se habla específicamente es la recuperación de la influencia “en esos congresos europeos en que se deciden los destinos del mundo”⁴⁶². Seguidamente, en la “Revista de intereses materiales” se hace nuevamente mención de la deseada conexión ferroviaria entre los dos países. Para *La Iberia*, esta era una de las mayores necesidades “así comerciales como políticas”, y cuando en los círculos iberistas se hablaba de ferrocarril,

⁴⁵⁹ *La Iberia*, 23-12-1854, p. 2, col. 1 y sig.

⁴⁶⁰ *La Iberia*, 23-12-1854, p. 2, col. 3.

⁴⁶¹ *La Iberia*, 02-01-1855, p. 2, col. 3.

⁴⁶² *Ibíd.*

a continuación se hablaba de crecimiento del comercio, de unión aduanera y finalmente de unión peninsular total. Para culminar este primer número del año 55, el periódico de Calvo Asensio incluyó un poema en su sección de variedades, cuyo tono era el mismo que el del resto del ejemplar, es decir, un resumen de lo acontecido en 1854 y las correspondientes cábalas sobre lo que podría deparar 1855. El largo himno termina con los siguientes versos:

“Ella lozana y ardiente / de su patria ensanchará / los límites, realizando / en su generoso afán / la tan deseada unión / de España y de Portugal. / Y esa nación nueva y grande / que podrá otra vez dictar / leyes a la Europa, al mundo / *Iberia* se llamará.”⁴⁶³

La construcción de la nación ibérica era ya por entonces, como demuestran estas líneas, un objetivo definido en el horizonte de los iberistas.

5.2.5.1. Planes de acercamiento económico

La proyectada construcción del ferrocarril Madrid-Lisboa fue, como se está viendo, un motivo continuado de ilusión y de disgustos para los partidarios de la unión ibérica. El 21 de febrero *La Iberia* recoge la noticia de que el ferrocarril a Lisboa sería uno de los primeros que el ministerio de Fomento promovería ese año. Ante este proyecto, este diario no se olvida de presionar al entonces titular del ministerio, Francisco Luján, para que su promesa no terminara por evaporarse. De paso, se aprovechaba para mencionar que la única manera de conseguir la unión ibérica sería por la unión de ambos tronos⁴⁶⁴. Dos días más tarde, el diario de Calvo Asensio publica los estatutos fundacionales de la liga hispano-lusitana, que se había creado a finales de 1854 en Madrid. Lo más destacable de dichos estatutos es que establecían acciones concretas que la Liga iniciaría para llevar a cabo la deseada unión. Dichas acciones serían

“la unión postal y telegráfica; la unión escolástica y universitaria; la libre y expedita comunicación internacional; la construcción de las vías de comunicación de ambos países bajo un sistema general y común; la extensión y reciprocidad del derecho de propiedad literaria e industrial; la unión aduanera; la alianza ofensiva y defensiva; la asimilación administrativa y legislativa y la asimilación de los derechos individuales.”⁴⁶⁵

⁴⁶³ *La Iberia*, 02-01-1855, p. 4, col. 5.

⁴⁶⁴ *La Iberia*, 21-02-1855, p. 2, col. 2.

⁴⁶⁵ *La Iberia*, 23-02-1855, p. 1, col. 5.

Se establecen reivindicaciones políticas y no solo económicas. La alianza ofensiva y defensiva, por ejemplo, hubiera supuesto una ruptura del *status quo* geopolítico, puesto que España respondía siempre a las llamadas de Francia y Portugal hacía lo propio con Inglaterra. El establecimiento de dicha alianza hubiera generado una reorganización de las piezas del mapa estratégico europeo, por lo que esta era, desde luego, una propuesta muy ambiciosa. Además, la asimilación administrativa y legislativa y la asimilación de los derechos individuales hubieran supuesto la creación de una nueva figura jurídica, algo así como una ciudadanía ibérica.

El Clamor Público también reproduce los estatutos de la liga, en los que se tratan todos los puntos de gobierno, desde política interior y de justicia –asimilación de los derechos individuales– hasta política exterior –alianza defensiva y ofensiva–, pasando por infraestructuras –vías de comunicación comunes, unión postal–, educación –universidades–, economía –unión aduanera– y cultura –propiedad intelectual–. Existe una voluntad de uniformización, de regirse por el mismo patrón legal y de hacerlo en pie de igualdad. La organización interna de la propia liga podría llamarse de carácter confederal, ya que se establecían “dos centros directivos, uno en Lisboa y otro en Madrid, [...] una Junta auxiliar en cada provincia, dependiendo inmediatamente de las portuguesas y españolas de su *central* respectiva, sin perjuicio de las mutuas relaciones que todas pueden sostener”⁴⁶⁶, como se afirma en los artículos del Título II. Otro punto a destacar es la voluntad de la liga de celebrar una junta general ordinaria en Madrid y congresos bienales en Madrid y Lisboa, alternativamente para desarrollar el programa de la organización⁴⁶⁷.

La liga hispano-lusitana contaba, pues, con un plan de acción establecido y con miembros capaces de llevarlo a cabo. Un aparato propagandístico fuerte y decidido hubiera colocado la información referida a la unión ibérica bien visible en la primera página, incluso abriendo el periódico. De hecho, los estatutos especificaban que un medio principal para cumplir con el fin de la liga sería el “difundir por la imprenta la utilidad de la unión ibérica”. Sin embargo, pese a la declarada voluntad iberista de *El Clamor Público*, se opta por relegar la información a la segunda página del diario, sin extenderse demasiado en su redacción ni esforzarse en su difusión.

⁴⁶⁶ *Ibíd.* En cursiva en el original.

⁴⁶⁷ *Ibíd.*

La cuestión de los transportes y las vías de comunicación entre Portugal y España, cuya utilización y desarrollo en común mencionaban los estatutos de la liga hispano-lusitana, es el argumento central de las tres noticias que se analizan a continuación. La primera habla del ferrocarril Madrid-Lisboa, eterna y frustrada aspiración del iberismo como “primer paso” para la unión. Ya a mediados de la década de 1850 se da por hecha la construcción de una vía férrea que en realidad no se pondría en funcionamiento hasta 1881 (García Utrera, 2002: 18). *El Clamor Público* afirma que “el ferrocarril y un enlace de las dos dinastías resolverá la cuestión ibérica, que de otro modo no puede resolverse”⁴⁶⁸. La segunda noticia que aquí interesa la protagoniza José Higinio de Arriaga, diputado progresista por Salamanca, quien defendió en sede parlamentaria “la conveniencia de hacer navegable hasta Lisboa el río Duero, de verificar la unión aduanera con el Reino lusitano y de acercarnos por este medio a realizar el magnífico pensamiento de unión ibérica o peninsular”⁴⁶⁹. Esto demuestra que los proyectos de unión ibérica estaban consolidados en los programas de algunos sectores políticos, que llegaron incluso a debatir la cuestión en las Cortes. La tercera y última noticia de esta tanda también tiene como escenario el Congreso de los Diputados y es protagonizada por el diputado progresista Francisco Montemar, quien manifiesta su apoyo a las declaraciones de su colega Arriaga sobre la navegación del Duero y añade además que este punto está “íntimamente ligado con [...] los aranceles. La unión aduanera hará indudablemente con el tiempo de los dos países un solo país comercial. [...] Antes que en unión, debemos pensar en alianza ibérica, cimentada sobre la unión aduanera”⁴⁷⁰. Vuelve a surgir la cuestión económico-comercial como cabeza de puente para la unión política. Sin comunidad de intereses económicos –siguiendo el modelo del Zollverein alemán– no se concibe una posible unión política.

A lo largo del mes de marzo de 1855, *La Iberia* publica varios fragmentos de sesiones de Cortes en las que se trata el tema de la unión. En una de esas sesiones, el diputado José Olózaga se vio obligado a aclarar un malentendido que llevó a las Cortes portuguesas a protestar por el trato que supuestamente el diputado le había dado a su país. Unas presuntas declaraciones hacían referencia a la situación de Portugal al oeste de la

⁴⁶⁸ *El Clamor Público*, 21-02-1855, p. 2, col. 2.

⁴⁶⁹ *El Clamor Público*, 03-03-1855, p. 1, col. 2.

⁴⁷⁰ *El Clamor Público*, 07-03-1855, p. 2, col. 4.

Península como una anomalía, que España debería solucionar mediante la anexión. José Olózaga afirmó que nunca había pronunciado dichas declaraciones y pidió disculpas a las Cortes portuguesas. Esta intervención motivó que el debate de la Cámara baja se desviara hacia la cuestión ibérica y se pudieran escuchar frases tan sensatas como las del diputado Gil Sanz, que afirmaba que el comercio hispano-portugués estaba dominado entonces por “contrabandistas y aduaneros”⁴⁷¹, por lo que la unión comercial no provocaría que ningún país sufriera males mayores de los que soportaban entonces, bien al contrario. Se ponía como ejemplo el Zollverein alemán⁴⁷². El diputado Arriaga manifestaba tres días más tarde opiniones similares, esta vez referentes a la unión aduanera, pero también a la “unión marítima” y la importancia que tendría la navegación por el Duero para la economía ibérica⁴⁷³. Así, la unión política siempre ocupaba un segundo plano, pese a constituir un objetivo efectivo en el ideario iberista, puesto que la unión aduanera y comercial era vista en todos sus aspectos (constitución, utilidad y futuro) como algo mucho más asequible en el corto plazo. Se puede afirmar que durante el bienio progresista los intentos de aproximación económica prácticamente monopoliza los planteamientos iberistas.

La construcción de la vía férrea entre Lisboa y Madrid vuelve a aparecer en las páginas de *La Iberia* el 20 de marzo. Un artículo publicado en primera página se ocupa de resumir la situación de las líneas de tren de las cuales disfrutaba la península Ibérica en ese momento, y tras ocuparse de los caminos de hierro del Mediterráneo se centra en la cuestión portuguesa. Una vez más, la conexión hispano-lusa por tren serviría de plataforma inmejorable para la desaparición de las fronteras,

“porque el día que desaparezcan las distancias, en que los pueblos se aproximen, en que se conozcan los rasgos de identidad que nos unen, en ese día la España y el Portugal serán un solo pueblo y una de las naciones más respetables del mundo.”⁴⁷⁴

El tren, pues, sería el primer paso para la unión aduanera, la consiguiente unión comercial y por último la unión política, cuyo colofón sería el regreso de Portugal y España a la cumbre de las potencias mundiales.

⁴⁷¹ *La Iberia*, 03-03-1855, p. 3, col. 3.

⁴⁷² *Ibíd.*

⁴⁷³ *La Iberia*, 06-03-1855, p. 2, col. 4.

⁴⁷⁴ *La Iberia*, 20-03-1855, p. 1, col. 4.

El siglo XIX, como es sabido, registra en Europa el desarrollo técnico mayor que nunca se había dado en la historia de la humanidad. España y Portugal, pese a su relativo atraso, no son una excepción. Existe en la península Ibérica una marcada evolución de la infraestructura en comunicaciones compartida por España y Portugal, y según reflejaba *La Iberia*, el diario de Pedro Calvo Asensio, el gobierno portugués había sometido a votación en las Cortes de Lisboa un proyecto de construcción de línea telegráfica eléctrica de Lisboa a Oporto y a Badajoz. Teniendo en cuenta la categoría de Oporto, era una buena noticia para los partidarios del iberismo la toma en consideración por parte del gobierno portugués de la conexión telegráfica entre su capital y Badajoz, equiparando a esta ciudad extremeña con Oporto en cuanto a la prioridad en sus comunicaciones. *La Iberia* iba aún más allá y esperaba que pronto estarían “enlazadas íntimamente las capitales de las dos monarquías peninsulares”⁴⁷⁵. Esta buena noticia escondía en realidad un detalle que pone de manifiesto la situación por la que atravesaban los dos países ibéricos: la compañía encargada del tendido y puesta en marcha de dicho telégrafo eléctrico era francesa. Ninguna empresa ibérica estaba entonces en condiciones de llevar a cabo un proyecto de tal trascendencia, y tanto el proyecto como los beneficios iban a ser obtenidos por una compañía extranjera, lo que demuestra que el interés y la buena voluntad no eran suficientes para avanzar de la mano sin una sólida base económica, científica e innovadora que permitiera a Portugal y a España diseñar su propio futuro.

Por otra parte, Sinibaldo de Mas seguía recibiendo elogios por parte de la prensa iberista tras publicar *La Iberia*, su ensayo sobre el futuro del Estado único peninsular. Mas reivindicó siempre el mérito de los iberistas portugueses, que habían sido los primeros en plantear la cuestión. El propio autor alude, en un artículo publicado en *La Iberia*, al recibimiento que tuvo su publicación en Portugal:

“He aquí las sentidas palabras a que he aludido, estampadas en un reciente artículo de una publicación de Lisboa: «De la rápida exposición de los hechos, resulta que la iniciativa del iberismo nos pertenece; que el estimable autor de LA IBERIA vino, sí a ayudarnos, pero no a incitarnos a una cruzada que ya habíamos emprendido, y que son más de dos y más de tres los escritores que en Portugal se hallan empeñados en esta patriótica predicación.»”⁴⁷⁶

Uno de los mayores, si no el mayor, defensor español de la unidad ibérica afirmaba que el movimiento al que pertenecía había nacido en Portugal, y de allí recibía su mayor

⁴⁷⁵ *La Iberia*, 18-05-1855, p. 2, col. 3.

⁴⁷⁶ *La Iberia*, 30-03-1855, p. 2, col. 1. En mayúsculas en el original.

impulso. Así, se observa cómo la idea de la anexión española es algo cercano al mito, alimentado por aquellos que se oponían a la idea iberista y que querían verla fracasar. El nacionalismo ibérico, tal y como se planteaba en los años del bienio progresista, estaba concebido como un proceso en el que se tenían que ir dando pequeños pasos, primeramente en el ámbito económico, hasta lograr una cierta integración social y política entre ambos países, pero nunca mediante la sumisión del pequeño al grande, ni tampoco al contrario.

5.2.5.2. Planes de alianza militar y desarrollo del iberismo

Una de las ideas iberistas más radicales, en el sentido de las consecuencias que hubiera provocado a nivel internacional si se hubiera llevado a cabo, era la propuesta de alianza militar entre España y Portugal. El 20 de mayo de 1855 *La Iberia* abrió su edición con una larga reflexión sobre la guerra de Crimea, entonces llamada guerra o cuestión de Oriente, en la que el Imperio ruso peleó contra franceses, británicos, piemonteses y otomanos por obtener una salida al Mediterráneo y por ampliar su influencia en la región sudoriental de Europa. En esta guerra, España y Portugal no podían tener más intereses que los derivados de su apoyo a Francia y a Inglaterra, respectivamente. En definitiva, ningún interés práctico real, y precisamente por eso las reflexiones de *La Iberia* sobre la guerra propiamente dicha no iban más allá del apoyo implícito a Francia e Inglaterra y contenían una advertencia sobre la posibilidad de que Austria se aliara con el Kremlin. El mensaje de esta cabecera se centraba en la reclamación de una alianza ofensiva y defensiva entre España y Portugal, tanto para esta guerra como para el futuro, alianza que permitiera a los países ibéricos recuperar la influencia perdida en las decisiones europeas de alto nivel:

“España y Portugal, estrechamente unidos, bástanse a sí mismos; aún pueden imponerse a las demás naciones; pueden hacerse respetar y temer; en tanto que en el recíproco aislamiento en que míseramente vegetan, tal vez ni a su propia defensa pudieran acudir con éxito en los oscuros días que sobre entrambos pueblos pesan, no tanto por los caprichos y rigores de la fortuna, cuanto por la imprudencia y las injusticias de sus antiguos y modernos gobernantes.”⁴⁷⁷

Así, según *La Iberia*, la autoridad hispano-portuguesa en el plano internacional no era precisamente algo a tener en cuenta por los demás países. Ya se ha verificado en esta

⁴⁷⁷ *La Iberia*, 20-05-1855, p. 1, col. 3.

investigación que una de las principales razones de ser del iberismo era la de reverdecen las antiguas glorias imperiales de los países ibéricos, y la guerra de Crimea servía en cierto modo como excusa para poner de manifiesto la necesidad de una alianza militar entre Portugal y España.

Así como la guerra de Crimea se puede considerar, en cierto modo, un pretexto para publicitar la alianza ibérica en su vertiente militar, el 21 de julio se encuentra una noticia en la que se celebra el recorrido de un flamante barco de vapor de pasajeros por el río Miño. Según lo publicado por *La Iberia*, el júbilo de los habitantes de ambas orillas (Valença do Minho y Tui) probaba que la hermandad entre ambas naciones era real y que la unión sería meramente cuestión de tiempo. En este caso se puede interpretar que el barco de vapor que recorre el Miño sirve para justificar una alabanza de la futura unión ibérica y para celebrar la camaradería y el entendimiento de españoles y portugueses. Algunas de las palabras que utilizó *La Iberia* para celebrar el acontecimiento apoyan este razonamiento:

“Los ferro-carriles que unan un país al otro, que confundan y borren de una vez esas fronteras, traspasadas en un segundo por los trenes, las líneas de vapores, que recorran igualmente las costas del vecino reino y las nuestras, ellos, nadie más que ellos, serán los que acabarán por borrar esas dos nacionalidades para confundirlas en una sola.”⁴⁷⁸

Efectivamente, lo que le interesa destacar al diario progresista no es la botadura y el viaje del vapor, sino lo que ello implicaba de cara a la mejora de las relaciones hispano-portuguesas y al desarrollo del sentimiento de unión entre los ciudadanos de ambos países. El estrechamiento de relaciones, la creciente cercanía entre Portugal y España, eran pasos que servirían con el paso del tiempo para forjar una unión que traería un “raudal de prosperidad” a la Península Ibérica, el cual debía encauzarse y organizarse en torno a un sistema político que pudiera dar cabida a todas las tendencias políticas existentes en los dos países. Ya se ha visto cómo *La Iberia* defendía la monarquía como forma ideal para el gobierno peninsular, aunque en este caso apuesta por la colaboración en proyectos comunes como paso aún más importante y fundamental que la consecución de la monarquía:

“vemos con placer que cada año, que cada día, esas relaciones de pueblo a pueblo se estrechan, para que llegue el momento en que la unión combatida por algunos de nuestros vecinos, esa unión

⁴⁷⁸ *La Iberia*, 21-07-1855, p. 2, col. 3.

que será el raudal de prosperidad para las dos naciones, se efectúe sin saberlo, y de un modo más duradero y estable tal vez que por un entroncamiento entre las casas reinantes de Portugal y España.”⁴⁷⁹

La Iberia asumía el liderazgo como creador de opinión dentro de la corriente iberista monárquica, entendiendo el trono liberal ibérico unificado como fin al que aspirar, utilizando como medios los acercamientos económicos, sociales, culturales y de desarrollo común.

En cuanto a la adopción de medidas prácticas para el acercamiento entre ambos países, ciertos políticos seguían convencidos de que el minimalismo era la mejor opción a la hora de avanzar. Por ejemplo, en cuanto a la libre circulación de los portugueses por suelo español, una vez abolido el derecho de ocho reales que los ciudadanos lusos debían pagar para cruzar la frontera, en julio de ese mismo año algunos diputados ya pedían la abolición de los pasaportes⁴⁸⁰, adelantándose en más de un siglo al acuerdo de Schengen, aunque a escala ibérica. Desde el mes de agosto de 1855, *La Iberia* comenzó a contar con un equipo de corresponsales en diferentes territorios europeos. Tanto Lisboa como Coimbra contaron con corresponsalías de *La Iberia*, y desde ambas ciudades empezaron a difundirse artículos en formato epistolar que eran remitidos a Madrid y publicados por el periódico. En estas cartas portuguesas, por llamarlas de algún modo, se entremezclaban las noticias propiamente dichas con reflexiones, opiniones y reivindicaciones de carácter iberista. Las corresponsalías no estaban constituidas entonces por periodistas nacionales trabajando en el extranjero, sino que las ocupaban periodistas portugueses que remitían sus escritos a la redacción del periódico en Madrid.

En muchas ocasiones, la publicidad que se daba en España a los hechos sucedidos en Portugal, y viceversa, no procedía de las filas iberistas sino de las anti-iberistas. Se trata, lógicamente, de publicidad negativa, difusión de acontecimientos sociales, decisiones políticas o coyunturas económicas que servían a los nacionalistas intransigentes de ambos países para intentar desacreditar la situación particular del país vecino. A este respecto, Sinibaldo de Mas tenía cierta experiencia, pues tras la publicación de su memoria se vio atacado desde diversos frentes, entre los que se encontraba, por supuesto, la prensa nacionalista portuguesa, cuyo representante de mayor categoría era el

⁴⁷⁹ *La Iberia*, 21-07-1855, p. 2, col. 3.

⁴⁸⁰ *La Iberia*, 14-07-1855, p. 2, col. 4.

periódico *A Nação*. Cada vez que este diario argumentaba en contra de la unión ibérica recibía su respuesta por parte de Mas, que a finales de julio de 1855 publicó una carta en las páginas de *La Iberia* desde Bagnères-de-Luchon, localidad del Pirineo francés en la que se recuperaba de unos problemas de salud.

En dicha carta, Sinibaldo de Mas aseguraba que tras la tercera edición portuguesa de su memoria, en la que refutaba punto por punto todos los argumentos que *A Nação* había vertido contra la idea iberista, dicho periódico había dejado de preocuparse por la batalla teórica por la imposibilidad de ganarla (en opinión del autor) y se centraba ahora en la difusión de propaganda negativa basada en algunos hechos ocurridos en España que podrían reflejar una mala imagen del país en la opinión pública portuguesa. En esta ocasión concreta, dichos hechos se referían a la ejecución de un preso carlista en Zaragoza. Sinibaldo de Mas argumentaba que más allá de darles razones a los anti-iberistas, se trataba de que el futuro Estado no adoleciera de un sistema de derechos concordantes con la evolución política del siglo, en la que la pena de muerte para delitos políticos causaba mucho más daño que los propios delitos. Así, Mas afirmaba que “las ejecuciones políticas causan en Portugal grande horror y no hay nada que aparte tanto como esto a sus habitantes del deseo de unirse con nosotros”⁴⁸¹. De este modo, el diplomático español alertaba de la posibilidad de que decisiones populares en España resultaran impopulares en Portugal, amplificadas por los medios de comunicación contrarios a la unión de ambos países. Esta llamada de alerta implica reconocer que la difusión de las ideas iberistas en Portugal en ese momento era amplia, y que los sectores sociales contrarios a la construcción de un único Estado ibérico estaban atentos a todas las noticias y circunstancias que les pudieran favorecer de cara a la publicitación de los vicios y las taras del vecino. Se observa cómo el movimiento iberista estaba, pues, en plena difusión en el verano de 1855.

El primero de agosto se publicó una extensa carta procedente de Lisboa, que ocupaba dos columnas del periódico y que hablaba tanto de la situación política en Portugal como del desarrollo que la idea iberista estaba teniendo en el país luso. La orientación iberista del mensaje no podía ser más clara desde un principio, ya que las palabras que abren la carta son las siguientes: “Queréis que os dé noticias de este país,

⁴⁸¹ *La Iberia*, 31-07-1855, p. 1, col. 2.

vecino y hermano vuestro, y que un día más o menos próximo ha de unirse a España”⁴⁸². El autor se lamenta del mal ejemplo que la política española da al resto del mundo en general y a Portugal en particular al plegarse a las “invasiones eclesiásticas”, cuestión que el futuro rey portugués Pedro V quería evitar a toda costa. Una de las preocupaciones de los portugueses respecto del príncipe Pedro era la tendencia absolutista de sus maestros y mentores, característica que no hubiera sido precisamente favorable a la unión ibérica, pero tampoco a la consolidación y desarrollo del sistema liberal en Portugal.

Para el corresponsal de *La Iberia*, España y Portugal debían dar buen ejemplo y este debería ser mutuo, es decir, que las leyes que se proclamaran en ambos países fueran lo suficientemente justas y moralmente adecuadas como para promover de alguna manera la futura unión ibérica. Sobre la situación política en Portugal, el autor no la evaluaba como halagüeña, sino como algo inestable y a la expectativa de lo que pudiera pasar por la regencia, lo que influía necesariamente de forma negativa en la paralización de todos los movimientos destinados a la expansión del ideal iberista. Como muestra, la siguiente frase: “El ferro-carril de Lisboa a vuestra frontera, que debía merecer la especialísima atención del gobierno, yace en bastante olvido”⁴⁸³. Sin embargo, pese a la parálisis del iberismo en su vertiente económica y de colaboración de alto nivel entre los gobiernos, el debate entre las clases intelectuales estaba presente, según lo que afirmaba el corresponsal. La difusión y fortaleza de la *questão ibérica*, como se denominaba el asunto en Portugal, se demuestra por la existencia de una oposición al ideal de la unión. Se mencionaba como principal opositor al diario *A Nação*, del que ya se ha hablado anteriormente, pero también se reflejaba la oposición de ciertos sectores por “intereses creados”. Los argumentos de los anti-iberistas eran clásicos, los referidos a la “venta” de Portugal al “oro castellano” y al carácter anti-católico de los iberistas, construyendo una analogía falaz al equiparar netamente a los progresistas españoles con los anti-católicos radicales. Estas menciones a la fibra sensible de la masa portuguesa, la patria y el catolicismo, no estaba haciendo el efecto deseado por los propagandistas, al menos desde la percepción del corresponsal de *La Iberia*, con la misma fuerza que en los primeros momentos. El autor afirmaba que

⁴⁸² *La Iberia*, 01-08-1855, p. 2, col. 4.

⁴⁸³ *La Iberia*, 01-08-1855, p. 2, col. 5.

“hay ya mucho menos calor contra la Unión en unos que al principio; al mismo tiempo que otros se van convenciendo de que la Unión ibérica, basada en el consentimiento mutuo de verdadera igualdad, de independencia local, administrativa y municipal, no pueden resultar sino bienes y engrandecimiento, así para España como para Portugal.”⁴⁸⁴

Desde Lisboa siempre se insistía en que la unión ibérica se tendría que hacer en pie de igualdad. Además, las condiciones que los portugueses impondrían como necesarias en el caso de que se constituyera la unión ibérica en el futuro no solo no eran rechazadas por los iberistas españoles, sino que estos también eran partidarios de que la fusión se realizara en condiciones de igualdad entre ambos países. Así, se ve cómo la moral y las esperanzas de los iberistas eran altas por aquel entonces, pese a que las ideas negativas establecidas en el imaginario social portugués respecto del ideal que defendían eran muy complicadas de erradicar. Por otro lado, la primera noticia procedente de la corresponsalía de Coimbra fue publicada el 7 de agosto, y en ella se celebraba la creación de la Sociedad Civilizadora, una asociación universitaria con 800 miembros que defendían, entre otras cosas, la unión ibérica⁴⁸⁵. Este dato demuestra una vez más la difusión que las teorías iberistas estaban logrando en Portugal, quizá en mayor medida que en España.

El abogado y periodista Fernando García Carrasco, conocido sobre todo por ser el marido de Concepción Arenal, firmaba el 15 de agosto un artículo en la última página de *La Iberia* en el que demandaba que la celebración de la siguiente exposición universal debía acontecer en territorio español, puesto que los industriales extranjeros que llegaran a dicha exposición con sus inventos y con las últimas novedades de la técnica tendrían en España un mercado mucho más amplio, debido a su retraso, que el que se pudieran encontrar en países como Francia o Inglaterra, atestadas de novedades y de inventores. Esta demanda poco tiene que ver con el iberismo si no se presta atención a las últimas líneas de la misma, en las que García Carrasco afirma que

“Estando Portugal en iguales condiciones [de atraso industrial], ofrecería las mismas ventajas; la exposición no sería solo en España sino en la Península Ibérica, y a contemplar las maravillas de la industria concurrirían dos pueblos que la naturaleza ha reunido y que han separado los hombres.”⁴⁸⁶

⁴⁸⁴ *La Iberia*, 01-08-1855, p. 3, col. 1.

⁴⁸⁵ *La Iberia*, 07-08-1855, p. 2, col. 3.

⁴⁸⁶ *La Iberia*, 15-08-1855, p. 4, col. 4.

Estas líneas demuestran cómo casi todo aquel que escribía en *La Iberia* tenía en su ideario político una cierta idea de los beneficios que España y Portugal podrían conseguir, tanto en el plano internacional como de cara al provecho de sus propios ciudadanos, actuando de manera conjunta. La exposición universal debería servir como impulso a la innovación y al desarrollo industrial en las tierras peninsulares, y los gobiernos de Portugal y España debían luchar por ello. Esta propuesta de colaboración ibérica en materia de industria cayó, como muchas otras, en saco roto, y no fue hasta el año 1888, con la Exposición Universal de Barcelona y la Exposição Industrial Portuguesa, cuando las tierras al sur de los Pirineos disfrutaron de tal evento. No obstante el fracaso de las demandas del señor García Carrasco, la publicación de este artículo en *La Iberia* señala que Calvo Asensio, su director, también se preocupaba de los intelectuales o científicos que en cualquier campo del conocimiento estuvieran dispuestos a colaborar en el proyecto de la unificación de España y Portugal en un solo Estado.

El 18 de agosto de 1855 se observa que *La Iberia* dedica su primera página prácticamente en su totalidad a evaluar la situación por la que estaba pasando la idea iberista. Según lo que se pudo leer ese día, desde los acontecimientos de 1854 que llevaron a los progresistas al poder, el ímpetu con el que el iberismo se había manifestado ha ido decayendo progresivamente, por lo que *La Iberia* se lamenta de que no estaba recibiendo suficiente apoyo para presionar al Gobierno de cara a estrechar lazos con Portugal. Aun aceptando que la unión podía no estar cercana en el tiempo, este periódico demandaba un seguimiento continuado y una participación ininterrumpida de las fuerzas iberistas en el debate político, ya que la aparición del tema en la prensa de cuando en cuando no servía para consolidar las reivindicaciones y no conseguía avances prácticos en lo referente a la unión. Una vez más, el ejemplo del ferrocarril sirve como síntesis particular de la situación general del movimiento iberista. Se estaban dando los pasos necesarios para llevar a cabo un acercamiento efectivo que tendría consecuencias beneficiosas para todas las partes, pero la cuestión se aparcaba cada poco y quedaba estancada. La reciprocidad en cuanto a la validez de los títulos universitarios sería para *La Iberia* un paso fundamental para la unión “en el orden moral e intelectual”⁴⁸⁷.

⁴⁸⁷ *La Iberia*, 18-08-1855, p. 1, col. 2.

Un ejemplo de lo antedicho es la petición del diputado Antonio Collantes, en mayo de 1855, de cara a la homologación en España de los estudios de minería realizados en Portugal.⁴⁸⁸ La situación de la actividad minera en España requería, a juicio de este diputado progresista, la abolición de las medidas centralizadoras llevadas a cabo por los gobiernos de 1843, que además habían restringido la libre explotación de los yacimientos. La posición de Collantes, favorable a la posibilidad de que los ingenieros de minas portugueses pudieran trabajar sin trabas en España, ejemplifica la necesidad de colaboración peninsular que en ese momento percibían los diputados progresistas. Por otro lado, el recordatorio de la guerra de Crimea como campo de pruebas ideal para la alianza militar es otra muestra de la voluntad de reanimación de la idea de unión peninsular que *La Iberia* quería impulsar con este extenso artículo en la primera página al que aquí nos referimos. La indiferencia respecto al iberismo era, pues, el principal problema al que se enfrentaban los redactores de este periódico a la hora de mantener un espíritu combativo respecto de la unión. Si las propuestas y las reivindicaciones iberistas no lograban calar a largo plazo en la opinión pública, el sueño de la unión se desvanecería. Esta llamada de atención a los defensores del iberismo, que según *La Iberia* no estaban defendiendo la idea con suficiente tenacidad, tenía razón de ser ya que desde luego que el movimiento no tenía cabida en los mensajes del Gobierno.

Por otra parte, *La Iberia* publicitó por primera vez el 30 de agosto la venta en Madrid, Barcelona y Cádiz del diario portugués *O Progresso*, al que ya se ha hecho referencia anteriormente y que se encuadraba en la corriente progresista radical. La posibilidad de suscribirse, viviendo en territorio español, a este periódico lisboeta, que defendía la unión peninsular tanto como *La Iberia*, daba cuenta de la voluntad de colaboración entre ambas cabeceras, al tiempo que reafirmaba la voluntad del periódico de Calvo Asensio de incidir en la necesidad de la difusión de una conciencia ibérica común en el territorio español.

Este diario daría la posibilidad de suscribirse en Madrid en puestos de prensa independientes, mientras que en Barcelona y en Cádiz había que acercarse a las redacciones de *La Corona de Aragón* y de *La Palma*, respectivamente, diarios que también defendieron la validez del proyecto iberista. El anuncio enumeraba las

⁴⁸⁸ *La Iberia*, 05-05-1855, p. 2, col. 4.

características del periódico de Lisboa, entre las que se encontraban rasgos típicos del progresismo de la época, como las demandas de descentralización administrativa o la libertad de prensa. La frase dedicada al proyecto de unión ibérica era la siguiente: “Unión peninsular, grandiosa idea social de estos tiempos, económicamente ventajosa a los pueblos de la Península, políticamente armónica con todos sus intereses y con cualquiera nacionalidad por celosa que ella sea”⁴⁸⁹.

Una vez expuestos para el público español los principios fundamentales que guiaban a la redacción de *O Progresso*, se afirma que a pesar de ser el diario más leído y de los mejor redactados “en la nación vecina” también era el más barato, lo que demostraba su orientación política, dirigida a las clases bajas. En definitiva, *La Iberia*, *La Corona de Aragón* y *La Palma* pretendían crear un vínculo entre los periódicos iberistas de Portugal y España dando la oportunidad a sus lectores de suscribirse a *O Progresso* para que así fueran capaces de recibir no solo las noticias que como españoles les afectaban directamente, sino también las que afectaban a los portugueses, de modo que la vieja idea iberista de acercamiento a la unión a través del conocimiento mutuo tomaba forma no solo teórica sino también práctica. Otra muestra que se puede observar a través de los anuncios de *La Iberia* es la publicidad del “Novo dicionario de lengua portuguesa”, que se vendería en la Calle de San Bartolomé, en Madrid. Dicho diccionario, que se presentaba de forma más modesta que el anuncio de suscripción a *O Progresso*, era otro ejemplo práctico para potenciar esta voluntad de acercamiento mutuo a la que aquí se hace referencia, puesto que además dichos anuncios verían la luz regularmente en las últimas páginas de *La Iberia*. Además, en los últimos meses de 1855 se publicó un anuncio inédito hasta el momento en ese diario. Se daba conocimiento a la audiencia de la venta en Madrid de una revista portuguesa, *A revista contemporânea*, que se dedicaba a divulgar “retratos é biographias das pessoas que últimamente se tem tornado célebres en Portugal”⁴⁹⁰. La aparición de un anuncio en lengua portuguesa significaba una vuelta de tuerca a las demandas iberistas de este periódico, que parecía tener la voluntad decidida de predicar con el ejemplo.

En noviembre, *La Iberia* se hizo eco, en forma de noticia pero que bien podría equipararse a un anuncio, de la aparición en Lisboa de una publicación de carácter

⁴⁸⁹ *La Iberia*, 30-08-1855, p. 4, col. 4.

⁴⁹⁰ *La Iberia*, 17-09-1855, p. 4, col. 5.

literario titulada *Revista Peninsular*, encargada de difundir autores españoles en Portugal y viceversa. Contaba con colaboraciones de autores como Vicente Barrantes, Gertrudis Gómez de Avellaneda o Carlos José Caldeira. Era de esperar que *La Iberia* celebrara la aparición de una publicación como esta, que incidía en las demandas de colaboración cultural entre Portugal y España.

5.2.5.3. Relaciones oficiales y actuaciones de política exterior

La mayoría de edad del monarca portugués Pedro V y su consiguiente reinado significaron para la España oficial una oportunidad de incidir en su postura de colaboración con Portugal sin ninguna voluntad de ir más allá de la mera relación cordial. En el discurso del ministro de Estado español, Patricio de la Escosura, durante su primera recepción por el nuevo rey, publicado por *La Iberia* días más tarde, se puede leer que

“España y la reina, señor, ven siempre en Portugal un hermano querido, aunque independiente, [...] V.M. a un tiempo el valeroso espíritu del inmortal restaurador de la monarquía legítima y de la libertad portuguesa. [...] Sea la indulgencia que a mi humilde persona dispense, la primera prenda de la unión estrecha y de la alianza íntima que entre ambas monarquías peninsulares espero ha de cimentarse para siempre durante el reinado largo, próspero y glorioso que al cielo pido para V.M.”⁴⁹¹

La “unión estrecha” y la “alianza íntima” se darían entre “ambas monarquías”, no “ambos Estados” ni “ambos países”. Todas las palabras estaban medidas al milímetro. Además, Escosura califica a la reina Isabel II como “amiga y aliada” de la fallecida María II de Braganza, madre Pedro V. Todos estos datos hacen pensar que la voluntad del gobierno español a la hora de entablar contactos con el nuevo monarca portugués era clara, estando encaminada al continuismo en las relaciones bilaterales.

Estas declaraciones de Escosura no dejaban espacio para la duda respecto a la postura del Gobierno español, hecho que por otra parte no es sorprendente pero que sí ayuda a comprender por qué *La Iberia* reclamaba a los iberistas de ambos países que dieran un mayor impulso a sus ideas. La mención a las relaciones entre ambos países en el discurso de Escosura es indirecta, pero al menos permite vislumbrar la postura del gobierno. Ahora bien, si las palabras del ministro de Estado español no eran más que meros halagos a la figura del nuevo rey, que no dejaban rendijas para interpretar ninguna

⁴⁹¹ *La Iberia*, 01-10-1855, p. 2, col. 3.

voluntad de acercamiento político, la contestación de Pedro V daría motivos suficientes a los nacionalistas portugueses como para estar tranquilos, al menos mientras durara su reinado, si se da crédito al siguiente discurso, leídas después de los protocolarios agradecimientos a las lisonjeras palabras de Escosura:

“Las seguridades que animan los sentimientos de S.M. Católica [Isabel II] respecto a mi persona [...] son para mí tanto más agradables cuanto que ellas corresponden al vivo interés que tomo por la felicidad de la real familia de España [...] que de la misma manera que la nación a que me glorio pertenecer, adquirió tan grande nombradía por sus vastas conquistas, descubrimientos y gloriosos hechos practicados en uno y otro hemisferio.”⁴⁹²

No hay lugar para la duda en el mensaje oficial. España por un lado y Portugal por otro. Colaboración, sí; acercamiento, lo justo; unión, ni mentarla. Eran estas premisas de la oficialidad contra las que los nacionalistas ibéricos de ambos países tenían que enfrentarse, por ello que insistieran desde sus tribunas, desde sus periódicos, en propagar la idea de manera suficientemente activa, puesto que para luchar contra el mensaje oficial hacían falta instrumentos que movilizaran a la mayor cantidad posible de ciudadanos.

La Iberia, en uno de sus últimos números del año 1855, reflexionaba sobre la posible integración de España en una alianza occidental contra Rusia en la guerra de Crimea, cuestión ya ampliamente tratada en las páginas del periódico, como se ha visto anteriormente. Los planteamientos geoestratégicos que *La Iberia* reclamaba para España, la no intervención y el apoyo indirecto a Francia e Inglaterra, siempre terminaban derivando a la demanda de una alianza militar bilateral entre España y Portugal previa a cualquier otra alianza de España a escala europea. Pese a estos antecedentes, el artículo aquí referido rechazaba por completo la posibilidad de una participación española en dicho conflicto, puesto que los perjuicios que acarrearía al país serían mucho mayores que los beneficios.

Este posicionamiento contrario al apoyo directo de España a las tropas anglo-francesas en Crimea se enmarcaba en un conflicto que *La Iberia* mantenía con el diario *La Nación*, que era partidario de la intervención. Uno de los argumentos planteados por *La Iberia* se refería a la imposibilidad de que las potencias vencedoras ofrecieran a España grandes beneficios por su ayuda. Los mayores beneficios que a juicio de los redactores

⁴⁹² *Ibíd.*

del periódico podría obtener España serían tres: “la segura posesión de Cuba”, “la unión con Portugal” y “la restitución de Gibraltar”⁴⁹³. Resulta chocante que *La Iberia* colocara al mismo nivel la unión hispano-portuguesa con la conservación de un territorio colonial y la rehabilitación del Peñón, pero esta sorpresa inicial se deshace leyendo la explicación que daba el periódico a la imposibilidad de conseguir estos objetivos a través de un “botín de guerra”.

La posesión de Cuba estaba asegurada en tanto en cuanto Inglaterra estuviera interesada en que así fuera, la restitución de Gibraltar la consideraba “un sueño” y la unión con Portugal solo podría “surgir del mutuo convenio de ambos pueblos”, razonamiento que encajaba perfectamente con las demandas de igualdad de trato y amistad que el periódico esgrimía desde hace tiempo como condiciones previas para la puesta en marcha de la unión.

5.2.6. Los últimos meses del bienio progresista

Hay que esperar hasta 1856 para volver a encontrar material de relevancia en las páginas de *El Clamor Público*. Ese año se pueden rescatar tres publicaciones interesantes, publicadas todas ellas en la portada del portavoz progresista. La primera data del día 10 de mayo, y en ella se ensalza la figura del “ilustre” Pedro V de Portugal como un rey consagrado a dar “esplendor moral” y “bienestar” a su nación. El modelo de reinado de Pedro V debería ser imitado en España, a tenor de las palabras de *El Clamor Público*, que también expone una de las principales aspiraciones del progresismo decimonónico y que en buena lógica repercute en el ideal político y social que lleva a este periódico a defender la unión ibérica: “los adelantos científicos e industriales del siglo borran las fronteras de los pueblos”. El ideal de progreso de la época se define así, como la búsqueda necesaria de un horizonte común debido a los avances de la ciencia, la técnica y la industria. *El Clamor Público* justifica sus halagos a Pedro V, que apenas contaba dieciocho años, enumerando una serie de supuestos caracteres comunes existentes entre portugueses y españoles que favorecerían la comprensión mutua y el interés por los asuntos del respectivo país vecino:

⁴⁹³ *La Iberia*, 29-12-1855, p. 1, col. 5.

“La analogía de carácter y de costumbres que hay entre ambos pueblos, la que existe así mismo entre las condiciones topográficas de uno y otro, el recuerdo siempre vivo de la época en que formaban una sola Nación, como parece exigirlo todavía la configuración misma de la Península Ibérica, todo, en fin, contribuye a que españoles y portugueses miren recíprocamente con predilección cuanto les atañe.”⁴⁹⁴

Se repiten argumentos ya conocidos y utilizados para emprender cualquier construcción nacionalista: la similitud de caracteres y costumbres, la unidad geográfica de un determinado territorio, incluso el “recuerdo” de cuando España y Portugal formaron una nación. Entra en juego el recuerdo de lo que se vivió en común, elemento definitorio de lo que es una nación según la teoría de Renan. El artículo concluye apelando al momento propicio para la unión que vivían ambas monarquías ibéricas, con gobiernos liberal-progresistas en el poder, que “facilitan más que nunca esa unión”. La labor de Pedro V al frente de la monarquía portuguesa es, según *El Clamor Público*, decisiva a la hora de consolidar la obra del liberalismo en ese país, lo que contribuiría a la unión de España con “un pueblo con el cual nos unen antiguos e imperecederos vínculos” y que “parece estar siempre dispuesto a estrecharnos en fraternal abrazo”⁴⁹⁵. Toda esta retórica debe encuadrarse en la voluntad de *El Clamor Público*, ya declarada, de llevar a cabo la unión ibérica a través de la unión de las dos dinastías reinantes.

La primera publicación de *La Iberia* relacionada con la cuestión ibérica en el año 1856 fue un anuncio, el del “Almanak do cultivador”⁴⁹⁶, el clásico resumen anual de los sucesos sociales, políticos y económicos que tenía en la época gran difusión; con la novedad, en este caso, de que estaba escrito en portugués y su difusión estaba pensada tanto para Portugal como para España. Además de estar recomendada a cuantos desearan conocer “el dulce idioma de Camões y de Vasco de Gama”⁴⁹⁷, se pronosticaba su difusión para todo el conjunto de la península Ibérica. La importancia de este almanaque no reside únicamente en la cuestión lingüística y en la amplia difusión, sino también en que revela una planificación de un cierto aparato propagandístico iberista, puesto que tras el anuncio había una colaboración práctica entre *La Iberia* y *O Progresso*. El director del mencionado almanaque era José Félix Henriques Nogueira, redactor del citado periódico lisboeta y precursor del republicanismo y del socialismo en Portugal, además de teórico del iberismo y del federalismo de los Estados ibéricos.

⁴⁹⁴ *El Clamor Público*, 10-05-1856, p. 1, col. 2.

⁴⁹⁵ *El Clamor Público*, 10-05-1856, p. 1, col. 3.

⁴⁹⁶ *La Iberia*, 14-01-1856, p. 4, col. 4.

⁴⁹⁷ *Ibíd.*

Durante las primeras semanas del año, la cantidad de noticias relacionadas con la unión ibérica fue realmente baja en comparación con las registradas los dos años anteriores. Calvo Asensio estaba más preocupado por entonces de hacer frente a los críticos de Espartero y de los gobiernos progresistas que de cualquier otra cuestión, por lo que todo lo referente al tema ibérico se dejaba generalmente para la última página del diario. Las noticias que celebraban aproximaciones o que lamentaban distanciamientos entre ambos países suelen ser en este último periodo del bienio progresista, además de escasas, relativamente cortas en cuanto a su extensión. Por ejemplo, la noticia de la elección de Fernando Corradi como ministro plenipotenciario de España en Lisboa era celebrada por las “circunstancias particulares que le adornan como político entendido, y progresista antiguo y laborioso”⁴⁹⁸.

La *Revista Peninsular* mereció el 4 de febrero el primer gran espacio del año dedicado por *La Iberia* al iberismo. Firmas como las de Latino Coelho, Gómez de Avellaneda o Martínez de la Rosa ocupaban las páginas de esta revista, que *La Iberia* publicitaba como

“un verdadero acontecimiento literario, la realización de un noble deseo de esperanzas, el primer paso para la unión de dos literaturas, hijas de un mismo origen, adornadas en general de los mismos caracteres y a quienes solo acontecimientos desgraciados habían podido hacer olvidar que son hermanas. La literatura portuguesa y española se unirán un día [...] como se unirán un día los dos pueblos.”⁴⁹⁹

La colaboración en materia cultural era una de las apuestas más fuertes de los iberistas a la hora de intentar construir un nuevo Estado que integrara a ambos países, y este es un ejemplo que podríamos definir como clásico. Una revista cultural, literaria en este caso, que veía la luz en castellano y en portugués simultáneamente, que contaba con algunas de las firmas más reconocidas del momento, y que significaba un avance sustancial para que las literaturas de ambos países crecieran en prestigio dentro del mapa literario europeo, servía también para anunciar el futuro advenimiento de un Estado ibérico único. Los promotores de la *Revista Peninsular* veían en las literaturas ibéricas un territorio común expresado en diferentes lenguas, afirmando que el desconocimiento entre los

⁴⁹⁸ *La Iberia*, 14-01-1856, p. 2, col. 3.

⁴⁹⁹ *La Iberia*, 04-02-1856, p. 4, col. 4.

países y entre las propias lenguas procedía de una histórica afición, a ambos lados de la Raya, por imitar lo extranjero.

Esto significaba una toma de posición por parte de la *Revista Peninsular*, al reclamar como común una vuelta de lo español a lo español y lo portugués a lo portugués, camino de regreso que se reflejaría instantáneamente en un acercamiento espontáneo, debido a la similitud entre lenguas, temas y estilos literarios, que conllevaría otros acercamientos, de manera progresiva, en otros campos del saber. De todos modos, y pese a la cercanía en las posiciones ideológicas de ambas publicaciones (contando incluso la *Revista Peninsular* con colaboradores del bagaje iberista de Sinibaldo de Mas) el apoyo que *La Iberia* le prestaba no era lo suficientemente pronunciado, como se demuestra al repasar la publicación y comprobar que la columna y media en la que se hablaba de la *Revista* figuraba en la última página del periódico. No obstante, la posición retrasada de este artículo se puede interpretar de otra manera, puesto que ese día era la única información que conformaba la “sección de variedades” del periódico, sección que siempre aparecía al final del ejemplar.

5.2.6.1. El ferrocarril, fuente continua de discordia

Las noticias relacionadas con la construcción del ferrocarril Madrid-Lisboa seguían cayendo a cuentagotas, y en 1856 la primera información relacionada con el tema dejó un sabor agrisado en las filas iberistas. *La Iberia* informaba sobre la concesión de los trabajos de la segunda sección del ferrocarril del norte, y la única mención al tren transfronterizo en casi dos páginas de noticia se refería a un brindis propuesto por el ministro de Fomento durante el banquete de celebración, en el que deseaba un buen futuro a las obras de dicha línea. De esta mínima referencia en el banquete, *La Iberia* sacaba unas líneas que adornaba hablando de una idea que “está en el alma de todos los españoles, la de una vía férrea que una a dos pueblos que siempre han sido hermanos”⁵⁰⁰. Cualquier mínimo detalle que se mencionara en cualquier conversación formal o informal al respecto de una aproximación entre España y Portugal era aprovechado por *La Iberia* para intentar difundir el pensamiento iberista. Hasta abril de 1856 no se vuelven a leer noticias importantes relacionadas con la cuestión del “camino de hierro” en *La Iberia*. El

⁵⁰⁰ *La Iberia*, 29-02-1856, p. 2, col. 4.

día 17 de ese mes se publicaba una reflexión sobre el ferrocarril hispano-luso, que se abría con estas palabras:

“Desde que la idea ibérica ha salido de los gabinetes de los filósofos políticos [...] se han puesto en juego los poderosos medios que hoy nos depara la civilización para intimar a dos pueblos hermanos que la antigua política hizo enemigos implacables.”⁵⁰¹

Leyendo esto quedaba clara la postura que se iba a defender durante el resto del artículo. Los “poderosos medios” disponibles para “intimar” a España y Portugal eran en primer lugar los adelantos técnicos y científicos como el telégrafo y, sobre todo, el ferrocarril:

“El vapor, aliado de la paz y fundente de amigos intereses, tiene que auxiliar en primer término al sentimiento peninsular. El día que las barras de hierro hagan una fusión entre Lisboa y Madrid, quedará España unida a Portugal moral y materialmente; será el último día de nuestros lamentos y nuestros deseos, el primero de nuestra regeneración y nuestra ventura.”⁵⁰²

La hipérbole en este caso es evidente. Se presentaba la conexión ferroviaria entre las dos capitales como la panacea que acabaría con todos los problemas estructurales de ambas economías y que además juntaría como por arte de magia los intereses de ambos territorios en un solo objetivo. Indudablemente, la construcción del ferrocarril habría ayudado a un mayor desarrollo en común de Portugal y España, pero obviamente no hubiera sido sencillo conseguirlo con tanta facilidad como se planteaba, conociendo los antecedentes de la cuestión.

Una de las conclusiones que permite sacar la lectura de estas líneas es que las circunstancias políticas locales –en este caso las españolas, en medio de una prolongada crisis de gobierno que estaba a punto de terminar con el bienio progresista–, siempre condicionaban la fuerza y la coherencia con las que se difundía el mensaje iberista. No era razonable que *La Iberia* no se ocupara del tema de manera continuada desde hace tiempo y que en un momento concreto se decidiera que el ferrocarril hispano-portugués conllevaría el olvido instantáneo de diferencias históricas y de años de desavenencias. Ciertamente, el exagerado análisis de la influencia que el ferrocarril podía ejercer en la evolución de la cuestión iberista correspondía con un intento desesperado de relanzar la idea en unas fechas en las que las cuestiones particulares de España eran demasiado

⁵⁰¹ *La Iberia*, 17-04-1856, p. 2, col. 3.

⁵⁰² *Ibíd.*

poderosas como para dejar de prestarles atención en beneficio de un ideal prácticamente inalcanzable en el terreno práctico. Tras esta presentación tan optimista sobre el futuro del ferrocarril hispano-luso, el redactor del artículo se dedicaba a razonar sobre la conveniencia de conectar el camino principal entre Lisboa y Madrid con el resto de Europa, o bien por el norte peninsular o bien por el ramal del Mediterráneo. El autor concluía que lo mejor sería apostar por la vertiente norte, puesto que las demás zonas de España ya estaban lo suficientemente desarrolladas como para no necesitar en el corto plazo la llegada del ferrocarril transfronterizo.

El 4 de junio se publicó en *La Iberia* un artículo, encabezado con el título de “Llamamiento a la prensa portuguesa”, en el que se reflejaba una discusión acontecida en las Cortes españolas a cuenta de la construcción del ferrocarril transfronterizo. El diputado Sagasta criticaba a Portugal por negar a los españoles lo que se le concedía al resto de extranjeros, como la asistencia en hospitales, resaltando sobremanera su oposición a dichos inconvenientes que solo se planteaban a los españoles. Sagasta utilizó datos para argumentar en contra de las enmiendas de las administraciones portuguesas al respecto, como por ejemplo el hecho de que unos 10.000 ciudadanos gallegos trabajaran en Oporto sin derecho ninguno a asistencia médica en los hospitales portugueses. Sagasta planteaba que la única manera de conectar Portugal con el resto de Europa por vía férrea era la conexión de Lisboa con Madrid, pero para que esto fuera justo habría que modificar ciertas condiciones que los portugueses ponían a los españoles en cuestiones como el tráfico fluvial o el comercio aduanero, aspectos que gravaban de manera importante los flujos de dinero entre ambos países. El pensamiento de Sagasta puede resumirse en la siguiente frase:

“Cesen ya estas antipatías que no se comprenden: cese esa humillación por que se hace pasar a nuestros compatriotas y el ferrocarril se hará; las negociaciones pendientes creo yo, señores, que pueden terminarse en un breve plazo, en media docena de horas si hay deseo de terminarlas.”⁵⁰³

Al discurso de Sagasta respondió Escosura, ministro de la Gobernación, afirmando que sus propuestas le parecían exageradas y que, pese a tener razón en lo referente a la íntima ligazón entre la cuestión ferroviaria y las cuestiones de comercio terrestre y fluvial, no podía colocarse una condición *sine qua non* al respecto de la conexión férrea. Al respecto

⁵⁰³ *La Iberia*, 04-06-1856, p. 2, col. 5.

de los derechos de los españoles en Portugal, asunto que Sagasta también había criticado duramente, Escosura replicó que la falta de atención y la aspereza en el trato por parte de los portugueses hacia ciertos grupos de españoles no procedía de la condición nacional de estos últimos, sino de los trabajos que desempeñaban. Para demostrar a Sagasta que estaba equivocado y que las relaciones entre portugueses y españoles estaban en un buen momento, Escosura afirmó que

“La necesidad de una inteligencia cordial es tan sentida hoy en Portugal por los hombres de todos los matices políticos, como lo es en España: está reconocido allí que somos hermanos, y que no podemos tener sino una política importante en Europa sino cuando tengamos una política peninsular.”⁵⁰⁴

Esta frase hubiera cuadrado perfectamente en cualquier ideario iberista, puesto que enfocaba uno de los temas clave para sus defensores: la futura recuperación de prestigio y poder internacional gracias a la constitución de un Estado peninsular único. La importancia de estas palabras residían en quién las pronunciaba, todo un ministro de la Gobernación, que hacía pocas fechas había evitado cualquier mención directa a la unificación de políticas y de decisiones en la proclamación del rey Pedro V de Portugal. De hecho, para resaltar que el vínculo del discurso de Escosura con el iberismo se encontraba aquí, *La Iberia* había impreso esa frase en concreto (y alguna precedente) en letra cursiva. El periódico de Calvo Asensio dejó claro que apoyaba el razonamiento del ministro, y que desde su punto de vista los odios y rencillas históricas se estaban dejando atrás. Tras las clásicas peticiones de hermandad entre portugueses y españoles, el artículo concluía que

“es preciso, absolutamente preciso, que portugueses y españoles entremos en una vía de franca y leal reciprocidad, sin dejarnos arrastrar por mezquinas rivalidades, envidias, antipatías ni prevenciones. Guiados nosotros por ese noble espíritu, [...] sostuvimos en la prensa la generosa y franca proposición [...] encaminada a abolir el derecho pecuniario personal que pagaban los portugueses a su entrada en nuestro territorio. La misma conducta seguiremos en lo sucesivo, y no dudamos de la buena correspondencia de nuestros hermanos de la prensa portuguesa.”⁵⁰⁵

De este modo, *La Iberia* no solo apoyaba las tesis de Escosura, resaltando en sus páginas lo más conveniente –para la idea iberista– de su discurso, sino también las de Sagasta en cuanto a la necesidad de trato recíproco entre ambos países, lo que implicaba unificación de leyes y ruptura de barreras, en definitiva la creación de una normativa legal común.

⁵⁰⁴ *Ibíd.*

⁵⁰⁵ *La Iberia*, 04-06-1856, p. 3, col. 1.

Además de ello, demuestra su posicionamiento favorable a la unión y a la reciprocidad de derechos recordando que sus redactores apoyaron la abolición del impuesto de paso de frontera. Finalmente, *La Iberia* reclamaba a sus colegas portugueses la difusión de este pensamiento en sus páginas, lo que enlaza con el “llamamiento” al que hacía referencia el título del artículo. Lo que se buscaba desde la redacción del diario madrileño era apoyo para la difusión de las ideas iberistas en el país luso. Al igual que este periódico había reproducido en varias ocasiones artículos y noticias relacionadas con la cuestión aparecidos en Portugal, ahora reclamaban lo mismo para lo que se publicaba en España y lo que acontecía en las Cortes.

Esta polémica tendría continuidad durante un día más en las páginas de *La Iberia*, que reprodujo en su edición del 5 de junio un debate parlamentario en el que se profundizó sobre el tema aquí tratado. José María Orense, situado a la izquierda en el mapa parlamentario español, se manifestó contrario a la inclusión en la ley de ferrocarriles de un artículo adicional de última hora referente a cuestiones diplomáticas, que no eran otras que las relativas a la actuación de España en el caso de que quisiera suspender la construcción de la vía que tenía que terminar en Lisboa. Según Orense, ese artículo adicional debería retirarse, puesto que daría motivos a Portugal para no abrir los ríos a la navegación y, en su opinión, si la construcción del ferrocarril llegaba a buen término los portugueses no tendrían ningún motivo para negarse a la navegación fluvial transfronteriza.

Orense hacía referencia a la histórica desconfianza con la que los portugueses miraban los proyectos del otro lado de la Raya para intentar comprender la negativa lusa a abrir sus ríos al paso de los convoyes españoles, y uno de sus argumentos principales era que esa desconfianza puede tardar mucho tiempo en desaparecer, a pesar de que los hechos que la provocaron hubieran sucedido hace decenas e incluso cientos de años. Además, el diputado se declaraba “favorable” a la unión de Portugal y España, y afirmaba que si esa unión no se había llevado a cabo anteriormente había sido por los obstáculos planteados al respecto por el gobierno inglés. Sin embargo, Orense veía la unión posible si se convencía a los portugueses de que abandonaran sus desconfianzas y se tomaba otro camino:

“Nosotros debemos unirnos con Portugal por la unión aduanera; y ese es el medio de ir quitando las preocupaciones. El modo de llegar a resolver la cuestión de la navegación de los ríos es hacer cuanto antes los ferro-carriles a Portugal.”⁵⁰⁶

De este modo, el iberismo veía respaldadas sus demandas desde la izquierda parlamentaria. La unión aduanera era, pues, la base por la que debía empezar todo, de modo que el siguiente paso fuera la unión comercial, si acaso la monetaria, y a partir de ahí la toma en consideración de decisiones políticas comunes que apoyaran los intereses económicos creados de mutuo acuerdo gracias a esa unión aduanera. Sin desviarnos del tema, Orense fue respondido por el ministro de Gobernación, Escosura, quien básicamente negó cualquier conexión real entre la apertura a la navegación española por ríos que desembocan en Portugal y la construcción del ferrocarril, puesto que las rutas ferroviarias y las rutas fluviales eran independientes entre sí al ser vías de traslado de materias y productos completamente diferentes.

Como ya se ha visto aquí, el ministro Escosura estaba perfectamente al tanto de la situación portuguesa, y su argumento principal, además del que se acaba de enunciar, era que el artículo adicional que provocó este debate solo significaba una ayuda al gobierno español a la hora de negociar aspectos posteriores con Portugal, puesto que “la facultad discrecional de aplazar” la terminación de los trabajos podía servir como elemento de presión para favorecer los intereses españoles. Finalmente Orense cedió y no se opuso a la aprobación de la ley, que salió adelante. Analizando este debate se observa cómo la voluntad de acercamiento del gobierno español a Portugal estaba siempre condicionada por los intereses particulares del país y no se hacían desinteresadamente, lo que en parte respondía al rechazo que dicha voluntad de acercamiento provocaba en ciertos sectores de la sociedad portuguesa. Incluso los iberistas declarados, como era el caso del diputado Orense, terminaban cediendo a las argumentaciones oficiales, lo que demuestra que en ese momento la fuerza teórica del iberismo no se correspondía con su influencia en el terreno práctico, que era prácticamente nula.

Por otra parte, el también progresista *La Nación* refiere en su primera página del 5 de junio de 1856 la publicación del *Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*, firmado por el ingeniero José de Aldama Ayala. El

⁵⁰⁶ *La Iberia*, 05-06-1856, p. 3, col. 1.

periódico celebra la aparición de esta obra, ya que serviría para profundizar en el conocimiento que de Portugal se tenía en España, condición que para muchos iberistas era fundamental para avanzar en el camino de la unión. *La Nación* no oculta su postura respecto a la cuestión ibérica, que enmarca en un contexto más amplio: “La *unión ibérica* debe realizarse algún día, por el mismo principio que admite como posible la unión italiana y la asimilación de la raza latina”⁵⁰⁷. *La Nación* descarta explícitamente cualquier voluntad anexionista en los planes de unión ibérica, insistiendo en la necesidad de estrechar “los intereses recíprocos”, para lo que se necesitaban más publicaciones como la de Aldama.

5.3. Fin del bienio: el iberismo deja de ocupar primeras páginas

En los últimos meses del bienio progresista fueron muy escasas las noticias relacionadas con la unión ibérica redactadas por *La Iberia*, tanto que se llegaban a reproducir menciones sobre el tema aparecidas en otros diarios, como se ve el 15 de mayo de 1856. *La Discusión*, diario del que se hablará más adelante, había respondido a su vez a otro periódico, *El Diario Español*, sobre una cuestión relativa a la organización política de España. *La Discusión* afirmaba que “ningún demócrata” quería retomar la organización medieval, puesto que el verdadero anhelo democrático era “la unidad nacional, la reunión de España y Portugal”⁵⁰⁸. Esta afirmación ofrece dos conclusiones: la primera, que *La Iberia* y *La Discusión* se alineaban en el mismo bando ideológico respecto de la cuestión ibérica; la segunda, que introduce un matiz político, el movimiento iberista consideraba, al menos en una de sus corrientes, que España y Portugal conformaban *una sola nación*, y que por lo tanto debían conformar un solo Estado, dentro de la lógica de la organización política en Estados-nación. Este aspecto es clave para entender muchas de las reivindicaciones iberistas, que se basaban en exigencias relativas a la constitución de un solo Estado a través de la colaboración progresiva entre dos Estados preexistentes, sin perjuicio de la existencia de una sola nación, ya hubiera en territorio peninsular uno o varios Estados.

⁵⁰⁷ *La Nación*, 05-06-1856, p. 1, col. 4. En cursiva en el original.

⁵⁰⁸ *La Iberia*, 15-05-1856, p. 2, col. 2.

Además, la unión significaría una “idea salvadora, cuya realización nos pondría al frente de la raza latina”⁵⁰⁹, tesis que, como otras muchas dentro de los ideales políticos de este grupo, estaba manifestada en términos rimbombantes y utópicos que intentaban agregar al movimiento iberista a los sectores más idealistas de la sociedad. Los vínculos entre las provincias peninsulares eran inquebrantables debido a “tres siglos de desgracias”⁵¹⁰, argumento que engarzaba con la idea del carácter regenerador del iberismo y que también era utilizado en la mayoría de los planteamientos del movimiento: una de las mayores razones de ser del nuevo Estado ibérico sería la recuperación del estatus de potencia dentro del marco geopolítico mundial. Probablemente *La Iberia* recurrió a este artículo publicado en *La Discusión* al darse cuenta de que prácticamente no estaba realizando ningún tipo de seguimiento a la cuestión ibérica, y si bien declaraba siempre que podía que la defensa de ese ideal era uno de los motivos de su existencia, en los últimos tiempos el volumen de información relacionada con el tema no era el suficiente como para considerar válida dicha afirmación.

Por otro lado, Fernando Corradi no pudo presentar sus credenciales como embajador español al rey de Portugal hasta el mismo mes de abril de 1856, y esa ocasión la reflejaría el periódico en su número del día 11. Corradi, que había sido nombrado ministro plenipotenciario de España en la corte de Pedro V a principios de año, aprovechó la ocasión para pronunciar un discurso tan lleno de menciones a la fraternidad y a la solidaridad entre ambos pueblos que llegó a rozar incluso las demandas de unión. De hecho, el corresponsal de Calvo Asensio reflejaba que los partidarios de la “Unión Peninsular Ibérica” presentes en el discurso quedaron entusiasmados tras escuchar las palabras de Corradi⁵¹¹. Tres días después, *La Iberia* relataba la posibilidad de que volviera a circular por las altas esferas administrativas la idea de homologar los títulos universitarios entre ambos países, por lo que los estudios realizados en Coimbra serían válidos en España y viceversa. Esta posibilidad repercutiría positivamente en el futuro de ambos países, según el periódico, porque sería “de una utilidad inmensa para las dos naciones hermanas”⁵¹².

⁵⁰⁹ *Ibíd.*

⁵¹⁰ *Ibíd.*

⁵¹¹ *La Iberia*, 11-04-1856, p. 3, col. 1.

⁵¹² *La Iberia*, 14-04-1856, p. 2, col. 4.

5.3.1. Tímido repunte en el verano del 56

Ejemplos de la fuerza teórica del iberismo se encuentran en números posteriores de *La Iberia*, como el del 18 de junio, en el que se anunciaba una obra teatral de José Díaz Valderrama, titulada “Isabel de Castilla y Pedro de Braganza”, que tenía por tema central la unión de España y Portugal⁵¹³. No solo en el campo de la cultura, sino también en el de la política se encuentran muestras del impulso teórico que aquí se refiere. Tras la famosa memoria *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas, se publicaba en junio de 1856 en Pontevedra otro repaso al ideal, titulado *A Iberia* (es cierto que los iberistas no destacaban precisamente por la originalidad de sus títulos). La novedad de *A Iberia* se centraba en la propuesta de unión a través de la federación y no de la fusión entre ambos Estados. El republicanismo federal estaba entonces en pleno proceso de desarrollo, y la publicación de esta memoria demuestra que una de sus vertientes se inclinaba por una federación ibérica⁵¹⁴.

Por entonces vuelve a defenderse súbitamente en la portada de *El Clamor Público* el proyecto de unión peninsular. Estamos ya en el mes de julio de 1856, y resulta interesante comprobar cómo en plena descomposición del edificio de gobierno progresista se vuelve a alzar la bandera del iberismo, como si fuera un momento propicio para ello. La cuestión rara vez aparecía ya en la primera página de los diarios, pero en apenas dos meses se van a publicar en la primera de *El Clamor* un par de artículos de orientación iberista. Se lamenta el diario progresista de que el pensamiento de la unión ibérica “ha sido condenado al panteón del olvido” y procede acto seguido a exponer su pensamiento respecto a las posibilidades de éxito del proyecto en ese momento histórico concreto. *El Clamor Público* se declara partidario de realizar un plan a largo plazo para desarrollar con minuciosidad y determinación los diferentes puntos clave de la idea. Si generalmente se alude de forma directa o indirecta a la unión aduanera alemana como modelo y base indispensable en el orden económico para aspirar a una unión política, en este artículo se mira hacia otro país en construcción: se elige en primer lugar el modelo de Italia como base para la futura unión. El iberismo se mira, pues, en el espejo del nacionalismo italiano como ejemplo de lo que diferentes regiones unidas por lazos geográficos y culturales pueden llegar a conformar en el orden político.

⁵¹³ *La Iberia*, 18-06-1856, p. 4, col. 4.

⁵¹⁴ *La Iberia*, 24-06-1856, p. 4, col. 1.

En este artículo se refiere el origen común de Portugal y España y se incide en el hecho de que históricamente han compartido “triumfos y desgracias”, se habla de la igualdad de creencias, costumbres y de la gran similitud de las lenguas. A continuación se puede leer una frase reveladora, que da cuenta de la confusión conceptual que se da fácilmente cuando se intenta hacer distinciones entre conceptos como los de *nación* y *pueblo*: se hace referencia a “la identidad de origen que hace de la Nación española y portuguesa un solo Pueblo”⁵¹⁵. ¿Son la lengua, la religión y las costumbres elementos definidores de la nación o del pueblo? ¿Acaso los conceptos de *nación* y *pueblo* son operan aquí en el mismo nivel semántico? Según el planteamiento de *El Clamor Público* en este artículo, la nación baja un escalón respecto al pueblo o al menos se queda en plano de igualdad, puesto que se destaca la existencia de un solo pueblo ibérico, el cual adquiere los caracteres que tradicionalmente se pueden asumir para diferenciar una nación de otra –los ya mencionados: lengua, religión, costumbres– y con ello aglutina la identidad y las aspiraciones de ambas naciones para conformar una nueva entidad sociopolítica: el pueblo ibérico.

Otro aspecto interesante de este artículo es que establece un cambio de tendencia en la voluntad dinástica del diario. Como se ha visto ya, el diario progresista defiende en varias ocasiones la conveniencia de un enlace entre Borbones y Braganzas para facilitar la unión⁵¹⁶. Sin embargo, este artículo rompe con esa idea, al afirmar que no encuentra

“en los cálculos políticos y en las combinaciones dinásticas los medios oportunos para llegar al fin apetecido. [...] Creyóse que un casamiento entre las familias reinantes podía producir la fusión, cuando a ella se oponían, aunque fuese posible, los sentimientos de nacionalidad e independencia que los portugueses abrigan en alto grado.”⁵¹⁷

La oposición del pueblo portugués a un posible enlace dinástico es el argumento que sostiene *El Clamor Público* para rechazar la unión de las dos monarquías como método para la unión. Se declara una vez más contrario a la hipótesis de una conquista española de Portugal y pasa a exponer los puntos que a su juicio traerán o deberían traer a suelo ibérico la unión de ambos Estados, que una vez más se enfocan hacia el ámbito

⁵¹⁵ *El Clamor Público*, 08-07-1856, p. 1, col. 2.

⁵¹⁶ *El Clamor Público*, 11-09-1852, p. 2, col. 2; *El Clamor Público*, 17-09-1853, p. 2, col. 4; *El Clamor Público*, 21-02-1855, p. 2, col. 2.

⁵¹⁷ *El Clamor Público*, 08-07-1856, p. 1, col. 2.

económico. El diario progresista parte de la base de que la unión llegará “fomentando la reciprocidad de intereses, que son el medio más eficaz para dar vida permanente a los sentimientos de amistad recíproca”⁵¹⁸. A la clásica demanda de la unión aduanera, cuya consecuencia sería “la desaparición de las rivalidades que el aislamiento crea y la hostilidad sostiene”, se le va a sumar el proyecto de

“la igualdad de bandera, considerando a la portuguesa como española en todos nuestros puertos e islas de América y Asia [...] El reconocimiento de la igualdad de bandera, sostenido con la alianza activa de los dos Pueblos para la defensa de las posesiones marítimas, contribuiría eficazmente a dar impulso al sentimiento de la unión.”⁵¹⁹

Se invoca directamente el “sentimiento” de la unión, que se vería directamente beneficiado por la novedosa medida. Se establece también una relación directa entre la comunidad de intereses económicos, la alianza militar y la futura unión política. A continuación se recupera la idea de unificar “el sistema de monedas, pesos y medidas” para facilitar las relaciones comerciales y, por último, se propone otra medida audaz: “la igualdad de derechos políticos y civiles otorgada a los portugueses”⁵²⁰. Así pues, *El Clamor Público* plantea en esta ocasión cuatro grandes proyectos sobre los que apoyar la fusión de los Estados: unión aduanera, igualdad de bandera, unión monetaria y métrica, igualdad de derechos ciudadanos. Quizá se podría acusar a los periódicos iberistas de no promocionar la unión de España y Portugal con suficiente regularidad o insistencia, pero desde luego no les faltaba ambición en sus propuestas. El artículo de *El Clamor Público* termina con una apelación idealista que revela ciertamente el espíritu de la época en ciertos ambientes progresistas:

“La Italia tiende a unirse sin imponer a los Pueblos sacrificios de nacionalidad: la raza humana suspira por la patria común: la familia ibérica más feliz que esos pueblos puede tocar ese inmenso beneficio sin grandes esfuerzos. Que los Gobiernos practiquen lo que dejamos indicado y Portugal y España libres como Naciones independientes serán un solo Pueblo estrechamente unido por los lazos del aprecio y del interés recíproco.”⁵²¹

El diario madrileño habla de la “patria común” a la que aspira la raza humana, idea que se incardina directamente en la tradición liberal de los valores universales comunes, herencia del pensamiento ilustrado. Dentro de estas coordenadas ideológicas se comprende que el iberismo podría ser considerado como una salida natural para el

⁵¹⁸ *Ibíd.*

⁵¹⁹ *Ibíd.*

⁵²⁰ *Ibíd.*

⁵²¹ *Ibíd.*

progresismo español a la hora de evaluar la situación política de la península Ibérica e intentar encontrar solución a sus problemas. Si a las cuatro propuestas prácticas para la unión que se acaban de repasar se les suman estos planteamientos, de innegable carácter idealista, estamos ante uno de los artículos más redondos que se han podido leer en las páginas de este periódico.

Vale la pena mencionar que la idea de la patria común encuentra un desarrollo posterior en las páginas de *El Clamor Público*. El portavoz progresista propone nada menos que la unión “bajo unas mismas leyes y bajo unos mismos sentimientos a todos los pueblos de la raza latina, la Francia, la Bélgica y las dos penínsulas ibérica e italiana”⁵²². El razonamiento para proponer la unión latina parte de las mismas bases que el de la unión ibérica: la comunidad de origen de todos estos pueblos implica una necesaria unidad, a la cual no se llega por medio de la imposición o el sometimiento a una idea central –pone *El Clamor Público* como ejemplo el fracaso aún por entonces reciente de Napoleón Bonaparte–, sino que implicaría

“la armonía de todas las variedades, que lejos de negarlas, las admite y reconoce; consiste en la concordia de todos los sentimientos, ideas e intereses, conspirando a un objeto común; y estriba precisamente en el libre desenvolvimiento de la vida peculiar de cada nacionalidad”⁵²³

Así pues, el lema de esta unión latina no sería otro que “unidad en la diversidad”, parafraseando la idea que trata de reunir los objetivos e intereses de los Estados que conforman la actual Unión Europea. A esa idea tan sugestiva como compleja se le sumaba la tendencia general predominante en la época, la fe en el progreso de la ciencia y la técnica, “el desarrollo lento pero seguro de la civilización”, que contribuiría a borrar las “antipatías nacionales” y que haría a los legisladores concebir “ideas cada vez más exactas de la justicia”⁵²⁴. Con estos mimbres, la idea de unión ibérica, encuadrada en esta ocasión en la idea de unión latina, no podría ser sino cuestión de tiempo.

5.3.2. Llegada de O'Donnell al poder

Al caer el gobierno de Espartero y ser este sustituido por O'Donnell, las consecuencias para *La Iberia* se dejan notar tempranamente. El diario de Calvo Asensio,

⁵²² *El Clamor Público*, 07-10-1856, p. 1, col. 1.

⁵²³ *Ibíd.*

⁵²⁴ *Ibíd.*

quien apoyaba fervientemente al príncipe de Vergara, se vio obligado por la censura a dejar de informar sobre la actualidad política: “De la *Gaceta de los caminos de hierro* tomamos las siguientes noticias, que damos en lugar preferente, en la imposibilidad que nos vemos de hablar de sucesos de actualidad”⁵²⁵. Así, el 22 de julio se observa cómo la primera página de *La Iberia*, ocupada por la “Sección doctrinal” menos doctrinal que el periódico había tenido, se llenaba con artículos referentes al tema no político más comentado de la época: el ferrocarril. Se hablaba del “Ferro-carril del Este de Barcelona”, del “Camino de hierro de Valladolid a Burgos” y también, lógicamente, del “Camino de hierro del Este en Portugal”⁵²⁶. Este artículo no hacía ningún tipo de propaganda iberista, sino que se limitaba a difundir una pequeña historia del ferrocarril transfronterizo en Portugal, desde que en 1852 el gobierno firmó los primeros papeles referentes a la creación de dicha vía hasta el último mes de junio, cuando desde Lisboa se resolvió un asunto de créditos con la empresa que se estaba encargando de la obra. En definitiva, nada que ver con lo que se ha repasado hasta el momento, todas aquellas menciones a la unión que aprovechaban cualquier detalle concerniente a las relaciones hispano-portuguesas para lanzar el mensaje iberista. En esta ocasión lo más atrevido que se escribió en *La Iberia* fue que el ferrocarril serviría para “estrechar y engrandecer los intereses mercantiles, morales y políticos de los dos pueblos peninsulares”⁵²⁷. La censura impuesta por el gobierno de O'Donnell repercutió, por supuesto, en el tratamiento que los periódicos más cercanos al progresismo daban a los temas políticos, y el impacto negativo en las noticias que podían ser ofrecidas con un enfoque iberista de carácter propagandístico fue inmediato.

Aun así, el seguimiento a las noticias de Portugal seguía siendo una constante en las páginas de *La Iberia*. Particularmente interesante para el propósito de la presente tesis doctoral es hacer referencia al ejemplar del 22 de octubre de 1856, cuya primera página incluye un resumen del estado de la prensa portuguesa, justificado por el diario de Calvo Asensio en base a su inclinación iberista y a su propósito de “no desmentir en nada el título que, al fundarlo, no en vano dimos a nuestro diario”⁵²⁸. Este tipo de resúmenes de prensa se consideraban necesarios para mejorar el conocimiento mutuo entre españoles y

⁵²⁵ *La Iberia*, 22-07-1856, p. 1, col. 1.

⁵²⁶ *Ibíd.*

⁵²⁷ *Ibíd.*

⁵²⁸ *La Iberia*, 22-10-1856, p. 1, col. 3.

portugueses, objetivo que contaba entre los primeros para los nacionalistas ibéricos de cara a promover “la tan deseada Unión peninsular ibérica”⁵²⁹.

En su análisis, *La Iberia* afirma contabilizar un total de setenta y cuatro periódicos publicados en el reino de Portugal, de los cuales “ocho defienden con más o menos calor la Unión ibérica, siete se ocupan de esta interesante cuestión sin declararse partidarios, combatiéndola abiertamente cinco realistas, órganos de la llamada legitimidad del proscrito don Miguel”⁵³⁰. Como principales defensores de la unión se destacaban tres cabeceras: la *Revista Peninsular*, *O Progresso* y *O Leiriense*⁵³¹. La existencia de periódicos portugueses valedores del iberismo motivaba a los redactores de *La Iberia* a afirmar, optimistas, que “la unión en el beneficioso terreno de los hechos no ha de tardar en realizarse”, de modo que España y Portugal compartirían juntas “sus grandezas como aún divididas han compartido sus infortunios”⁵³².

En diciembre de 1856, ya con Narváez como jefe del gobierno, reaparecen en *La Época* textos más amables con el pensamiento de la unión peninsular. A principios de mes se reproduce un artículo de *El Clamor Público* en el que se aboga por el proyecto en que el diario conservador dirigido por Diego Coello había creído desde un principio, como era el de la unión ibérica bajo la forma monárquica⁵³³. Lo mismo sucede con artículos de diarios como *La Iberia* o *La Península*, los cuales, rechazando una revolución anti-monárquica, seguían apoyando los movimientos iberistas y recibían apoyo por parte de *La Época*, que de cuando en cuando reproducía en sus páginas los artículos de sus colegas⁵³⁴.

El último de los ejemplares de *La Iberia* que en 1856 se ocupa en profundidad de la cuestión peninsular es el del 10 de diciembre. El artículo mantiene un tono optimista al comienzo, haciendo referencia a que el nacionalismo ibérico ganaba seguidores a diario. Una de las principales razones para que esto sucediera eran, según *La Iberia*, “los grandes desengaños que el partido liberal ha sufrido en España”⁵³⁵. Así, el artículo presenta a los

⁵²⁹ *Ibíd.*

⁵³⁰ *La Iberia*, 22-10-1856, p. 1, col. 4.

⁵³¹ *Ibíd.*

⁵³² *La Iberia*, 05-12-1856, p. 3, col. 2.

⁵³³ *La Época*, 06-12-1856, p. 1, col. 2.

⁵³⁴ *La Época*, 08-12-1856, p. 3, col. 2; *La Época*, 10-12-1856, p. 2, col. 1.

⁵³⁵ *La Iberia*, 10-12-1856, p. 1, col. 1.

progresistas, frente a las desilusiones que trae el moderantismo, como un partido verdaderamente patriótico al defender la unión ibérica y con ella el resurgimiento de dos naciones que harían valer de nuevo su papel en el conjunto de Europa tal y como una vez lo hicieron. Este era el próspero futuro que la unión ibérica iba a proporcionar a sus ciudadanos, a juicio del periódico progresista. Sin embargo, los planteamientos de *La Iberia* en este texto adolecen de un andamiaje teórico suficiente, al no aportar propuestas sobre el modo de llevar a cabo la unión política.

Sobre este particular callan los redactores, que se limitan a apostar por el estrechamiento de los lazos en el más amable terreno de lo económico, no sacudido por sentimentalismos como los que son imprescindibles en todo movimiento nacionalista en lo político. Llevando a cabo la unión ferroviaria y el tratado postal, promoviendo el estudio del castellano en Portugal y del portugués en España, fundando la unión aduanera y con la asimilación de estudios universitarios se habría “andado la mitad del camino”⁵³⁶. Para la progresiva implantación de dichas medidas, *La Iberia* veía imprescindible que la prensa portuguesa preparase el terreno para el éxito del suceso. Esta afirmación evidencia la existencia de una profunda autoconciencia de la prensa de aquel momento sobre su papel definidor y moldeador de ideologías, su fuerte influencia en la opinión pública. El punto más importante en el que tendrían que incidir los periódicos portugueses, a juicio de *La Iberia*, era intentar borrar el mal recuerdo que la unión dinástica del siglo XVI había dejado en aquel país:

“Hágase entender a nuestros hermanos que no es la anexión de su territorio al nuestro lo que se anhela, sino la unión de los dos pueblos: que no queremos llegar a donde están con las armas, sino con la oliva de la paz; que deseamos ser grandes con ellos, no a costa de ellos; que separados nada somos, y que unidos podemos ser una gran nación.”⁵³⁷

Es un hecho que la experiencia filipina, además de dejar un profundo rastro histórico negativo en el pueblo luso, había permitido al nacionalismo portugués construir un sólido aparato propagandístico en torno a la fiesta del 1 de diciembre, conmemoración de la independencia lograda en 1640 que apenas se empezó a celebrar en el siglo XIX. Esta cuestión la supo evaluar perfectamente la redacción de *La Iberia*. El artículo continúa enunciando los diferentes hechos que jalonaron la historia peninsular afectando de igual

⁵³⁶ *Ibíd.*

⁵³⁷ *Ibíd.*

modo a españoles y portugueses, como la lucha de los reinos cristianos contra el dominio musulmán, la era de los descubrimientos, sus revoluciones liberales. Se observa de nuevo una concepción de la historia hispano-portuguesa como un continuum poco susceptible de ser dividido en historias particulares, constituyendo dicha visión histórica uno de los principales ejes en torno a los cuales giraban las demandas del nacionalismo ibérico.

El artículo finaliza con una nueva apelación a la prensa portuguesa para que ayudara a crear en el pueblo luso una concepción favorable a la unión ibérica, para que aprendiera a considerar a Colón, Vasco de Gama, Camões y Cervantes “glorias de la Península”, para que no creyera “que buscamos su opresión, cuando lo que buscaremos será solo su libertad y la nuestra y el engrandecimiento de la Península”⁵³⁸.

5.3.2.1. Despunte del iberismo en la prensa democrática

La Discusión es uno de los diarios más representativos de la prensa democrática. Fue fundado por Nicolás María Rivero, quien también sería su director durante los primeros años. Aparece en 1856, poco antes del final del bienio progresista, y sobrevivirá a la llegada de O'Donnell al gobierno gracias al talante conciliador y templado de Rivero. La redacción de *La Discusión* la formaron nombres de la talla de Emilio Castelar, Estanislao Figueras, Cristino Martos o José María Orense, entre muchos otros. En julio de 1857 empieza a colaborar Francisco Pi y Margall, quien llegaría a dirigir la cabecera a partir de abril de 1864. En ese mismo año, Castelar funda *La Democracia*, y es entonces cuando se empieza a abrir la brecha entre el republicanismo socialista pimargalliano y el individualista de Castelar (Seoane, 1983: 244). El 21 de junio de 1866, del mismo modo que le sucedió a otros colegas, *La Discusión* fue suspendido como consecuencia de la censura oficial contra los diarios demócratas y progresistas, tras la sublevación del cuartel de San Gil. Bernardo García, quien había sido secretario de Sixto Cámara, se hace cargo de la propiedad y dirección del diario los últimos años del reinado de Isabel II (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 123).

Se trata de uno de los diarios de referencia de la España pre-revolucionaria, era publicado en gran formato, estaba estructurado en secciones que incluían el editorial,

⁵³⁸ *La Iberia*, 10-12-1856, p. 1, col. 2.

artículos políticos, revista de prensa, crónica parlamentaria, noticias del extranjero y de provincias, folletín, gacetilla de Madrid, informaciones económicas, meteorológicas y de espectáculos. También contaba, en su última página, con abundante publicidad. Tras la Gloriosa, nombre popular para la revolución de septiembre de 1868, vuelve a aparecer. Es aquel un momento de profunda división del republicanismo español, y *La Discusión* se erige como defensor de los “cimbríos” frente a los intransigentes, representados en la arena periodística por *La Igualdad*. Tras el golpe de Pavía, *La Discusión* pasa a apoyar a Castelar, hasta que ve interrumpida de nuevo su publicación, esta vez tras el golpe de Martínez Campos. Más adelante, en 1879, reaparecerá como diario democrático y republicano federal, todavía bajo la propiedad y dirección de Bernardo García, hasta su desaparición en 1887, según recoge el catálogo de la Biblioteca Nacional.

Los primeros posicionamientos de *La Discusión* respecto al iberismo se encuentran en diciembre de 1856. El diario democrático se expresa en términos elogiosos ante los proyectos de unión ibérica, aspiración solo posible bajo un régimen liberal y que constituye “toda una revolución grande y fecunda”, que “está escrita en el porvenir de nuestra patria y ha de cumplirse irremisiblemente”⁵³⁹. Se observa, de entrada, una adhesión sin matices al nacionalismo ibérico, constituido como ideal que se define por la prensa con el sintagma mágico “Unión Ibérica”, con mayúsculas, “un pensamiento que se presenta en el porvenir de nuestra patria como la base de su prosperidad y grandeza”⁵⁴⁰.

Por otra parte, *La América* forma parte de la segunda generación de revistas ilustradas españolas, la que surge en la década de 1850 incorporando avances técnicos y otorgando a la imagen una importancia periodística desconocida hasta entonces e indiscutible en cuanto elemento informativo de primer orden. Fundada en 1857 por Eduardo Asquerino, quien sería su director hasta 1870, en las páginas de *La América* se concentraron las firmas más importantes de los demócratas españoles de aquellos años, además de dar cabida a escritores y periodistas de otras tendencias. En el prospecto se puede certificar que la nómina de colaboradores de *La América* incluye nombres como Andrés Borrego, Pedro Calvo Asensio, Antonio Cánovas del Castillo, Emilio Castelar, Carolina Coronado, Patricio de la Escosura, Laureano Figuerola, Modesto Lafuente, José

⁵³⁹ *La Discusión*, 06-12-1856, p. 2, col. 3.

⁵⁴⁰ *La Discusión*, 23-12-1856, p. 2, col. 3.

Maldonado Macanaz, Nicolás María Rivero y Ventura de la Vega, entre otros muchos⁵⁴¹. Se publicaba los días 8 y 24 de cada mes, constando de entre 16 y 20 páginas por número. Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, Eduardo Asquerino sería sustituido en 1870 por su hermano Eusebio; ambos habían sido editores del furierista *La Libertad*.

La América no eligió su nombre al azar, pues se dedicó precisamente a ofrecer al público las ideas y propuestas de la intelectualidad hispanohablante sobre el continente americano, pudiendo ser considerada la revista en la actualidad como una fuente de primera categoría para conocer la vida cultural e intelectual del mundo hispano de ambos lados del Atlántico en la segunda mitad del XIX. Así, pese a ser editada en Madrid, se distribuía también en las repúblicas latinoamericanas –incluyendo Brasil– y en Filipinas, además de San Francisco y Nueva York. También podía adquirirse en Lisboa, Oporto, París y Londres. Pese a tratar especialmente temas americanos, la paleta de temas tratados por *La América* fue amplísima, sin quedar fuera de su alcance las reflexiones de diferentes autores sobre la unión ibérica. Es más, el nacionalismo ibérico es uno de los rasgos descolantes de la ideología de su director, Eduardo Asquerino, quien ya en el segundo número de la revista, publicado el 24 de marzo de 1857, se preocupa especialmente de destacar la cuestión. El director de *La América* abre aquel ejemplar con un artículo de más de dos páginas titulado “Nuestro pensamiento”, en el que se va a extender sobre las causas del desprestigio español en América, no sin antes exponer precisamente las líneas maestras de su discurrir en torno a la cuestión ibérica. Asquerino recuerda a los lectores que el primer objetivo de su revista es reflejar el pensamiento generado en España sobre la situación de las colonias antillanas y de Filipinas, además de estrechar las relaciones con las repúblicas latinoamericanas y preservar los intereses comunes. Tras ello, sin embargo, se muestra rotundo:

“También tiene nuestra publicación otro objeto, deseamos algo más: aspiramos a la vez a popularizar una alta idea, o más bien, a interpretar fielmente un gran sentimiento nacional. [...], con solo tender la mano tocamos una tierra amiga, caliente y surcada aún por las huellas de nuestra planta, y humedecida con el sudor de nuestra frente; girón del estandarte glorioso de nuestra nacionalidad, pedazo de nuestro corazón, que llora nuestros dolores y goza con nuestras alegrías: hablamos de Portugal. La unión de España y Portugal es la más lisonjera de nuestras esperanzas, y la más noble y patriótica de nuestras aspiraciones; más que una aspiración, más que una esperanza, es una necesidad, la primera necesidad de ambos pueblos.”⁵⁴²

⁵⁴¹ Prospecto de *La América*, fechado en 24 de febrero de 1857.

⁵⁴² *La América*, 24-03-1857, p. 1, col. 1.

Divulgar la idea de la unión ibérica elevada a “sentimiento nacional”, ni más ni menos, es junto a su papel de nexo entre España y Latinoamérica, la razón de ser de *La América*. La argumentación de Asquerino coincide plenamente con la del resto de representantes del iberismo en su sentido más genuino: “Portugal es España y España es Portugal”⁵⁴³ porque comparten geografía, historia, costumbres, lengua, religión, leyes “y cuanto puede identificar a dos pueblos hermanos”⁵⁴⁴. El director de *La América* da por hecha la reunión de las dos grandes ramas de la nacionalidad ibérica en un futuro, aunque todavía hubiera que pagar las consecuencias de “los días tristes” que terminaron con la dinastía Habsburgo. En ese mismo número, aunque de pasada, Patricio de la Escosura exhibe también un chispazo de nacionalista ibérico en su artículo sobre la historia de Inglaterra, en el que suspira por que a España se le presentara la oportunidad de unirse a Portugal del mismo modo que Inglaterra pudo unir sus destinos a los de Escocia⁵⁴⁵.

Manuel Ortiz de Pinedo fue otro de los representantes del partido demócrata español que escribieron en *La América*. En su artículo sobre el tratado de límites entre España y Francia, dedica un párrafo a la unión de España y Portugal, cuestión que considera “nacional” y “que ceñirá el laurel de la gloria y de la fama al partido que logre resolverla”⁵⁴⁶. Los argumentos para acometer la unión son, una vez más, los ya conocidos, como la comunidad de historia, de carácter, de geografía, además del espíritu de la época, proclive a la unión política de Estados hasta entonces separados. Ortiz de Pinedo, sin embargo, añade un tono crítico y lanza una acusación general al conjunto de la clase política al afirmar que nadie se tomaba en serio la cuestión, a la cual “de vez en cuando suele consagrarla la prensa periódica uno que otro artículo”⁵⁴⁷. He aquí el que se puede considerar precisamente uno de los mayores lastres del nacionalismo ibérico, su prestigio general a la hora de ser tratado en la teoría y las pocas ocasiones, por no decir ninguna, en que se quisieron aplicar políticas prácticas destinadas a desarrollar un proyecto serio de fusión.

5.3.2.2. Artículo clave de Antonio Romero Ortiz

⁵⁴³ *Ibíd.*

⁵⁴⁴ *Ibíd.*

⁵⁴⁵ *La América*, 24-03-1857, p. 4, col. 3.

⁵⁴⁶ *La América*, 08-07-1857, p. 1, col. 3.

⁵⁴⁷ *Ibíd.*

La replicación de publicaciones de diarios de similar orientación iberista alcanza uno de sus puntos culminantes en 1858, cuando el diario favorito de las élites conservadoras, *La Época*, transcribe en su primera página del 27 de marzo un artículo firmado por el político progresista Antonio Romero Ortiz⁵⁴⁸ que había sido publicado en la revista doctrinal democrática *La América*⁵⁴⁹. Es un artículo que comienza quejoso, lamentándose de la próxima boda del rey Pedro V con la princesa Estefanía de Hohenzollern, hecho que habría de suceder en pocas semanas, y del nacimiento del príncipe de Asturias, Alfonso de Borbón, venido al mundo en noviembre de 1857. El autor consideraba estos hechos como algo positivo para cada una de las casas reales, pero dañinos “para la Iberia en general”⁵⁵⁰. El argumento de Romero Ortiz es que tanto el enlace de Pedro V como el nacimiento de quien sería Alfonso XII cerraban por largo tiempo las puertas a la unión ibérica a través de la fusión de las coronas. Descartados absolutamente la conquista violenta y el arreglo diplomático, el autor se pregunta si los nacionalistas ibéricos deberían renunciar a la unión. A esto contesta el político progresista de forma optimista, afirmando que

“la unión se verificará, más o menos tarde, pero positiva, necesaria e irremisiblemente, como se verificaron la de Galicia y León, la de Navarra y Barcelona, y la de Castilla y Aragón; como se verificaron la de Irlanda e Inglaterra, la de Noruega y Suecia; como habrán de verificarse también la de los estados italianos, la de los estados germánicos y la de los estados escandinavos.”⁵⁵¹

He aquí una profecía de largo alcance que el paso del tiempo ha confirmado y desmentido a medias. El flujo histórico sobre suelo europeo parecía enfocado hacia la fusión progresiva de diversos Estados en organizaciones políticas cada vez más grandes; Romero Ortiz sigue una teoría determinista según la cual España y Portugal estaban destinadas a ser una sola nación, aupadas por el mencionado *momentum* de la historia europea, proclive a las fusiones, y además apoyadas por la historia de ambos reinos y por la realidad geográfica compartida⁵⁵².

⁵⁴⁸ Antonio Romero Ortiz, nacido en 1822 en Santiago de Compostela, había salido elegido diputado en 1854 y posteriormente lo volvería a ser, de manera ininterrumpida, entre 1858 y 1881. Además, ocupó la cartera de Ultramar en los gabinetes Zabala y Sagasta, al término de la Primera República.

⁵⁴⁹ *La América*, 24-03-1858, pp. 1-2. Es importante destacar que el artículo aquí reseñado fue el que abrió aquel día el ejemplar de *La América*, ocupando casi por completo su primera página y parte de la segunda, lo que demuestra la importancia que Eduardo Asquerino, como director de la publicación, otorgaba a la idea.

⁵⁵⁰ *La Época*, 27-03-1858, p. 1, col. 2.

⁵⁵¹ *Ibíd.*

⁵⁵² *Ibíd.*

El artículo continúa afianzando los argumentos presentados al comienzo. El autor se remonta, como tantos otros nacionalistas ibéricos, a siglos lejanos en que “los cartagineses, los romanos y los godos se suceden en el territorio peninsular sin romper su unidad”⁵⁵³. A continuación, el autor establece una dicotomía conceptual sumamente interesante para encuadrar sus coordenadas ideológicas, al afirmar que “la Iberia existió como nación durante 1600 años. La nacionalidad portuguesa apareció por primera vez en el siglo XII como el gran trofeo de la batalla del campo de Ourique”⁵⁵⁴. Este distingo entre *nación* y *nacionalidad* convierte a Romero Ortiz en representante clásico de un nacionalismo –ibérico, en este caso– de corte romántico que ve entre el pasado y el presente una conexión, un vínculo, que revela una continuidad histórica y, por decirlo con palabras de Otto Bauer, ve en Iberia una comunidad de destino y una comunidad de carácter, ni que sea aplicando interesadamente conceptos sociopolíticos que constituyen anacronismos. De hecho, pese a la independencia portuguesa, desde la perspectiva del autor va a seguir existiendo una comunidad ibérica en la historia política, ya que “la estrella de la fortuna y de la gloria brilló a un mismo tiempo para ambos pueblos y a un mismo tiempo también sonó la hora de su decadencia”⁵⁵⁵.

En cuanto a la forma de llevar a cabo la fusión política de Portugal y España, habiéndose descartado los caminos antes mencionados –enlace dinástico, conquista, diplomacia–, Romero Ortiz se sincera:

“He aquí lo que yo no sé, ni necesito saber, así como no necesita saber el labrador de qué manera ha de germinar el grano que deposita en la tierra. [...] A mí me basta la certeza de que no ha de ser estéril la idea peninsular arrojada en el campo de la publicidad.”⁵⁵⁶

Sumamente interesante y reveladora resulta la última frase. El autor cifra una parte importante del éxito de la idea ibérica en el papel propagandístico de la prensa periódica. En esto coincide con muchos otros defensores de la unión, según se está repasando en este estudio. Pese a la confianza casi absoluta en el poder de los diarios, Romero Ortiz es consciente de que otras medidas eran asimismo fundamentales de cara a la implantación práctica de un sentimiento ibérico común, o al menos de una acción política compartida,

⁵⁵³ *La Época*, 27-03-1858, p. 1, col. 3.

⁵⁵⁴ *Ibíd.*

⁵⁵⁵ *Ibíd.*

⁵⁵⁶ *Ibíd.*

citando entre dichas medidas la unión aduanera, la puesta en marcha del ferrocarril Madrid-Lisboa o la navegación de Duero y Tajo.

Hacia el final del artículo, el autor recupera el tono grandilocuente y ambicioso, asumiendo la unión de España y Portugal como uno de los pilares en su cosmovisión política:

“La unidad de la Península encierra la idea más nacional, más importante, más fecunda de cuantas se anidan hoy en el cerebro de nuestros pensadores políticos. Para el interior la libertad: para el exterior la neutralidad: para la Península la unidad. He aquí todo mi programa de política nacional e internacional. Libertad, neutralidad, unidad.”⁵⁵⁷

Según el pensamiento de Romero Ortiz, esta triada conceptual está entrelazada y se basa en el concepto de “unidad”, ya que a través de la consolidación de un solo poder estatal en suelo ibérico se lograría tal fortaleza en el plano internacional que ningún poder europeo del momento se atrevería a emprender “invasiones afrentosas como la de 1823”⁵⁵⁸. Además, la nueva Iberia sería de nuevo un poder marítimo en el Mediterráneo, las colonias serían convertidas en provincias y la administración única supondría un ahorro notable para las arcas públicas.

Esta situación ideal de futuro, basada en el músculo diplomático y económico que surgiría –parece que espontáneamente– tras la creación del Estado ibérico único, significaba para el autor la capacidad de asegurar la el progreso liberal en el interior y una posición neutral en política exterior. Tal planteamiento se incardina directamente con el posicionamiento del partido progresista en aquel momento, en plena política de retraimiento y con la prensa afín ejerciendo las labores opositoras. Así, se puede tomar por válido el mensaje iberista de Romero Ortiz como representativo de una parte importante del partido progresista español. La unión ibérica, que habría de llegar inevitablemente andando el tiempo, traería muchas consecuencias positivas:

“la imposibilidad de nuevas invasiones afrentosas como la de 1823, [...] la transformación de las colonias en provincias, [...] una administración en vez de dos administraciones, un presupuesto en vez de dos presupuestos, un solo ejército, una sola armada, un solo sistema de aduanas, una sola representación diplomática en el exterior, un solo poder central, pero enérgico, que dirija los intereses generales de la península. [...] Es la consolidación del régimen representativo, [...] es el

⁵⁵⁷ *Ibíd.*

⁵⁵⁸ *Ibíd.*

crédito público que se levanta, es la resurrección de nuestra grandeza marítima y el consiguiente dominio del Mediterráneo. [...] He ahí lo que es la unidad peninsular.”⁵⁵⁹

Una serie de enormes ventajas tanto en política exterior como en política interior, incluyendo una mayor eficiencia de la administración, que minimizaría su tamaño y permitiría destinar recursos al perfeccionamiento de equipamientos clave como la marina. Una plétora de mejoras, en fin, que así presentada hacía que los planteamientos nacionalistas ibéricos fueran muy difíciles de rechazar. Romero Ortiz, en consonancia con otros teóricos del iberismo, atribuía a las administraciones de Felipe III y Felipe IV indolencia y pereza a la hora de defender lo conquistado por Felipe II, y ya en el siglo XIX reprochaba a “los ministerios anteriores al movimiento de 1854”⁵⁶⁰ su actitud frente a periódicos que habían visto censuradas sus publicaciones por defender postulados iberistas, lo que afectó personalmente a Romero Ortiz en sus aventuras periodísticas como primer redactor de *La Nación* y como director de *La Península*. Ante las dudas que, debido a estas prohibiciones gubernativas, podrían surgir en ciertos lectores en cuanto a la conveniencia o incluso la imposibilidad de combinar la unión ibérica con la monarquía, Romero Ortiz cierra su artículo de forma clara y rotunda: “Yo, que en el estado presente de la sociedad europea, no concibo la libertad, fuera de la monarquía constitucional, yo quiero creer, no puedo menos de creer que la monarquía es la que está llamada a reparar el inmenso desacierto del conde-duque de Olivares”⁵⁶¹.

He aquí, pues, el análisis de la cuestión ibérica desde la perspectiva de un joven Romero Ortiz, quien en definitiva ofreció con este texto una muestra de optimismo dentro de las filas del nacionalismo ibérico, pese a la negatividad de la coyuntura del momento. Pretende el autor insuflar confianza, vitalizar el movimiento iberista, entregar unas líneas de propaganda a aquellos que creían posible que Portugal y España conformarían un Estado único, a mayor gloria de sus ciudadanos y del partido que consiguiera llevar la idea a buen puerto. Unión ibérica utilizando la herramienta de la monarquía constitucional, aunque hubiera que esperar debido a lo negativo de la coyuntura. Entretanto, los nacionalistas ibéricos habrían de trabajar en el acercamiento progresivo de España y Portugal a todos los niveles –incluyendo la unión aduanera– para preparar el acontecimiento que, a juicio de Romero Ortiz, habría de traer más beneficios a los dos

⁵⁵⁹ *La Época*, 27-03-1858, p. 1, cols. 3 y 4.

⁵⁶⁰ *La Época*, 27-03-1858, p. 1, col. 4.

⁵⁶¹ *La América*, 24-03-1858, p. 2, col. 2.

países ibéricos que cualquier hecho histórico de los últimos trescientos años. *La Época* le otorga a este análisis un lugar destacado en su primera página, aceptando así su coincidencia ideológica con un miembro del progresismo y mostrando su flexibilidad a la hora de aceptar propuestas políticas que eran mayoritarias en el campo ideológico rival al suyo propio, al tiempo que presentaba coherencia con posturas defendidas desde hacía largo tiempo, como se viene observando en esta investigación.

Ya en abril de 1858, *La Iberia* ofrece a sus lectores el mismo artículo de Antonio Romero Ortiz había publicado en *La América* y que también había tenido eco en otros diarios, como *La Época*. El periódico de Calvo Asensio comenta el artículo de su “amigo” Romero Ortiz en términos elogiosos, alabando su rechazo de la conquista y su apuesta por la unión a través de la progresiva uniformización de los intereses económicos y la apertura a la fusión cultural.

En el verano de aquel año *La Discusión* ofrece sus páginas a José María Orense para exponer su conocido folleto “¿Qué hará en el poder el partido progresista?”. En dicho folleto se ofrece una propuesta de unión ibérica basada en la comunidad de intereses, la cual tendría que extender, en primer lugar, los “privilegios” de las provincias vascongadas al resto de territorios españoles, para acometer a continuación un progresivo acercamiento a Portugal. La búsqueda de terreno común con los portugueses habría de venir desde lo racional, desde

“el tiempo y la ilustración, como la unión aduanera en Alemania. Los pueblos mismos, las alianzas de sus príncipes y aun las imprudencias de estos, en uno u otro Estado, harán el resto. Dios hizo de España y Portugal una nación, como hizo una de la Escocia y de la Inglaterra, hagan lo que quieran los hombres, la naturaleza acabará por triunfar.”⁵⁶²

La unión hispano-portuguesa sería, según Orense, una garantía de independencia real para los países ibéricos, que no tendrían que rendir cuentas a Francia e Inglaterra, como venían haciendo durante todo el siglo XIX. He aquí las primeras muestras de un indisimulado interés por la idea de unión peninsular, que penetraba de manera natural en las aspiraciones de la fracción demócrata.

⁵⁶² *La Discusión*, 20-08-1858, p. 1, col. 1.

Sin embargo, habrá que esperar hasta finales de 1858 para ver hasta qué punto se extendía y profundizaba este pensamiento en la redacción de *La Discusión*. El 11 de noviembre de ese año abre el periódico un artículo titulado “La unión ibérica”, firmado por un treintañero Francisco Pi y Margall. A lo largo de más de dos columnas, el político catalán defiende sin ambages la unión política de España y Portugal, recopilando argumentos políticos, históricos, culturales, económicos y sociales. Pi y Margall parte de la base histórica común, innegable a su parecer, en la que se confunden las luchas contra “nuestros antiguos invasores” en defensa de “las libertades patrias”. Tras la culminación de la reconquista cristiana, la misma tendencia expansionista en política exterior unió a Castilla y Portugal tanto en sus aventuras transatlánticas como en las asiáticas. El periodo de apogeo dio paso a la decadencia de ambas naciones, también al mismo tiempo, de igual modo que a la vez libraron la lucha contra la invasión francesa: “ambas [naciones] se vieron abandonadas por sus príncipes a merced del extranjero, ambas le rechazaron y echaron los cimientos de su obra revolucionaria”⁵⁶³. Esta frase es clave para comprender el acercamiento de Pi y Margall al nacionalismo ibérico expresado en este artículo. Se descarga al pueblo de toda responsabilidad en la decadencia de los Estados ibéricos y, es más, se le otorga el mérito de conservar las libertades públicas. Se identifica a la nación con el pueblo llano y se efectúa una operación de disociación entre la Iberia real y la Iberia oficial. Esta disociación es también retrospectiva, puesto que si España y Portugal han vivido largo tiempo como Estados separados es porque a ambas naciones

“las separó, téngase muy en cuenta, no la voluntad de los ciudadanos, sino el capricho de un déspota, de un rey de Castilla que se creyó con facultades para dar en feudo el Portugal a un rey francés que le había servido en sus campañas. [...] Sancionaron los portugueses, es cierto, los poderes del nuevo tirano; mas ¿es probable que hubiesen concebido la idea de constituirse en reino aparte a no haber sido por el bárbaro error de Alfonso VI?”⁵⁶⁴

Pi y Margall desliza en este punto otra de las ideas claves de su discurso, el voluntarismo como criterio maestro a la hora de definir qué es una nación, tal y como veinte años más tarde defendería Renan en su famoso opúsculo. Así pues, voluntad ciudadana en primer término, pero en este caso particular azuzada por un error histórico cometido por un monarca.

⁵⁶³ *La Discusión*, 11-11-1858, p. 1, col. 1.

⁵⁶⁴ *Ibíd.*

Establecidas estas coordenadas, el autor no se muestra muy convencido de que la defensa de la independencia a cualquier precio haya sido el mejor camino para Portugal, puesto que “en constante peligro de perderla ha debido solicitar la protección de Gran Bretaña”, que si bien ha sido fiel aliada en algunos momentos, en otros ha aprovechado su inmensa superioridad para sacar provecho de su especial relación con Portugal⁵⁶⁵. La situación en 1858, pues, tras varios siglos de historia común y otros varios de separación –e historia paralela–, propiciaba la posibilidad de una unión ibérica que no llegaría ya por la prosperidad, sino por la desgracia y en todo caso, recuperando el argumento previo, “por el común acuerdo de los ciudadanos”⁵⁶⁶. El argumento principal de Pi y Margall para recuperar esa historia común y crear un único Estado ibérico coincide con el de muchos de sus contemporáneos: “Aisladas una y otra naciones no pesan un adarme en la balanza de los negocios políticos del mundo; unidas pueden levantar aún su frente coronada de laureles y asegurarse un asiento digno entre las demás potencias”⁵⁶⁷. La recuperación del poderío de cara al exterior era razón de peso suficiente como para intentar desarrollar un proyecto político en común, que a España le podría permitir “reconquistar algún día Gibraltar y hacerse dueño de la entrada del Mediterráneo” y a Portugal le posibilitaría deshacerse de imposiciones externas y gozar de una verdadera autonomía.

Las expectativas pimargallianas eran, como se ve, casi insuperables. Se trataba de propagar una idea positiva del futuro que esperaba a españoles y portugueses si optaban por crear un camino en común. Había también, no obstante esta perspectiva de futuro, un reverso negativo en el presente. La cercanía geográfica no encontraba correspondencia en lo cultural, en lo social, ni en lo sentimental. Pi y Margall observa que

“las fronteras de Portugal están aún más distantes de nosotros que las de Bélgica. Tenemos muchas menos relaciones con la antigua Lusitania que con la Francia. Antes nos hemos acordado de unir Madrid con París que con Lisboa. Conocemos mucho mejor la literatura alemana que la de los discípulos de Camoens. Con muchos más motivos que la confederación germánica para fundar un nuevo *Zollverein*, vivimos todavía aislados de nuestros vecinos por una línea de aduanas. [...] Portugal es, en una palabra, tan extranjero para España como la misma Rusia.”⁵⁶⁸

Ese era el principal problema a solucionar de cara a cualquier intento de unión de los dos reinos. Nada valía el futuro poder político ni la mejora económica si antes no se preparaba

⁵⁶⁵ *La Discusión*, 11-11-1858, p. 1, col. 2.

⁵⁶⁶ *La Discusión*, 11-11-1858, p. 1, col. 2.

⁵⁶⁷ *Ibíd.*

⁵⁶⁸ *Ibíd.*

el terreno en lo social, si no se disponía el ámbito ciudadano, a través del fomento de las relaciones a nivel cultural y de conocimiento mutuo, para una verdadera relación entre países hermanos. Sería de todo punto criticable que el autor no escribiera ni una palabra sobre el modo práctico de realizar la unión, algo que Pi y Margall no hace, pero se asume aquí que el filósofo político barcelonés daba por hecho que antes de solucionar el problema de alejamiento cultural no era de recibo pensar en el terreno práctico: “Si no aciertan [los gobiernos] aún con la forma de la fusión, ¿por qué no procuran en tanto estrechar por medio de instituciones y de leyes voluntades que sienten unas por otras ardientes simpatías?”⁵⁶⁹. Así, el autor acusa a los gobiernos españoles de cambiar de política exterior cada vez que se cambiaba el ministerio, cuestión que diferenciaba a España, para mal, del resto de países cultos, en los que más allá de las diferencias de partido, siempre había un acuerdo en lo que era la comunidad de intereses nacionales. En el caso español era claro, según la perspectiva pimargalliana, que el primero de los intereses nacionales en política exterior habría de ser la unión ibérica, y así lo defiende el autor en este artículo, cerrado con optimismo y con un deseo generoso: “Feliz para uno como para otro pueblos el día en que el sol los alumbre confundidos en una sola nación e identificados con un mismo pensamiento”⁵⁷⁰.

5.3.2.3. *La Discusión* ensancha la acción iberista

En Portugal existían por esas fechas también defensores de la unión ibérica, pese a la mala prensa que históricamente había tenido la idea en aquel país. Cada cierto tiempo salía a la palestra la cuestión, que se debatía en la prensa e incluso era defendida por algunas publicaciones como el *Archivo Universal*, de Lisboa, donde escribieron iberistas españoles como Sixto Cámara⁵⁷¹. En Madrid, *La Discusión* se significaba como uno de los mayores promotores del nacionalismo ibérico y no perdía ocasión de defenderlo, considerando la idea de la unión hispano-portuguesa como el objeto político “más digno” y “más grande”⁵⁷², “la aspiración de todos los pechos generosos en España”⁵⁷³, “el anhelo de todos los corazones que amen a la patria”⁵⁷⁴. El diario fundado por Nicolás María

⁵⁶⁹ *La Discusión*, 11-11-1858, p. 1, col. 3.

⁵⁷⁰ *Ibíd.*

⁵⁷¹ *La Discusión*, 13-03-1859, p. 2, col. 4.

⁵⁷² *Ibíd.*

⁵⁷³ *La Discusión*, 18-03-1859, p. 2, col. 2.

⁵⁷⁴ *La Discusión*, 06-04-1859, p. 2, col. 2.

Rivero contaba con colaboradores de contrastado nivel intelectual, como ya se ha demostrado. Uno de ellos era el abogado murciano Manuel Gómez Marín, que se declara iberista y firma un artículo defendiendo la idea en el ejemplar de *La Discusión* publicado el 10 de abril de 1859. En el texto, titulado “España y Portugal”, el autor advierte que lo que hay que debatir no es la unión política, “la cual solo puede resultar de circunstancias que hoy no existen ni quizá existan en mucho tiempo”, sino que se trataba de “iniciar en nuestras relaciones con Portugal una política fraternal y previsor, que vaya poco a poco borrando las diferencias que hoy separan a los dos pueblos peninsulares”⁵⁷⁵. Esta afirmación refleja cierta tendencia del nacionalismo ibérico que, sin ser reticente a una aspiración tan alta como la unión política, hacía hincapié en los aspectos prácticos y pretendía llevar a cabo una suerte de *realpolitik* en la que se plantearan objetivos asumibles y se optara por construir una vía en común a base de pequeños avances en cuestiones sociales.

Lo que Gómez Marín pretendía era que el origen común que él reconocía en España y Portugal se convirtiera también en una tendencia y un destino comunes, borrando precisamente las diferencias creadas por la política. La dualidad estatal no borraba la unidad original:

“La hermandad de los pueblos está de hecho constituida cuando es una su raza, cuando sus costumbres, su carácter, su lengua, su historia, todo ese conjunto de circunstancias y condiciones que forma su civilización, reconoce un mismo origen, tiene una misma tendencia, cumple un mismo destino. [...] Negar que nuestra civilización es una, que son unas nuestras costumbres, una nuestra raza, una nuestra historia, uno nuestro destino, sería tanto como negar que el sol alumbra.”⁵⁷⁶

Así, para Gómez Marín, descartar la unión política con carácter inmediato no implicaba olvidar que esta era, al fondo del camino, el objetivo a alcanzar. La cuestión estribaba en utilizar la política, precisamente, en la forma adecuada para lograr un retorno positivo de las inversiones acometidas en forma de unión aduanera, asimilación de grados académicos, navegación de los ríos comunes e incremento del conocimiento mutuo en asuntos culturales. Insiste el autor en que esta estrategia requería tiempo, que no podía ser flor de un día y que solamente “de este modo cimentaremos sobre sólidas bases el

⁵⁷⁵ *La Discusión*, 10-04-1859, p. 2, col. 1.

⁵⁷⁶ *Ibíd.*

edificio de nuestro engrandecimiento, y haremos posible para un porvenir más o menos próximo la unión de ambos pueblos”⁵⁷⁷.

La Discusión también se distingue por hacer un uso partidista de la idea ibérica. La gran mayoría de los absolutistas estaban en contra de la unión hispano-portuguesa, dado que las soluciones que se barajaban rara vez incluían lo que el absolutismo denominaba como los candidatos legítimos al trono, y esta situación la aprovecha el periódico democrático para atacar a su opuesto político⁵⁷⁸. También se utilizó el nacionalismo ibérico para atacar al gobierno de O'Donnell, a quien *La Discusión* consideraba “condenado a una eterna vacilación” e incapaz de llevar a cabo una idea “demasiado elevada y generosa” para ese gobierno.

En marzo de 1859 se publica un editorial en *La Esperanza* que trata en profundidad la cuestión ibérica desde el punto de vista político. En esta ocasión se trata de un texto firmado por el propio director de *La Esperanza*, Pedro de la Hoz, quien enmarca su análisis en la batalla ideológica entre ultraconservadores y demócratas. De la Hoz acusa a *La Discusión* de ir en contra de sus propios principios cuando proclama que habrían de ser “altas inteligencias” las que preparasen el terreno para la unión de Portugal y España.

El razonamiento del director de *La Esperanza* se basa en un ataque a la contradicción que supone apelar a unas élites como responsables principales de la construcción de la nueva nación, frente a la tesis que defendían los demócratas –incluido *La Discusión*, como su representante periodístico– entre las capas populares. Pedro de la Hoz rechaza que el momento histórico sea el más adecuado para llevar a cabo la unión, pero sobre todo vuelve a insistir en una idea que ya se ha visto en *La Esperanza*: la unión ibérica es algo prácticamente imposible de lograr, si se parte de la base de que el estamento social llamado a dirigirla (la monarquía, según *La Esperanza*, y en ningún caso unas élites más o menos cercanas a lo popular) tiene una tendencia natural a la conservación del *statu quo* y muy difícilmente va a poder aportar unos valores de cambio y renovación inherentes a la idea de la creación del Estado ibérico:

⁵⁷⁷ *Ibíd.*

⁵⁷⁸ *La Discusión*, 20-05-1859, p. 3, col. 2; *La Discusión*, 19-02-1861, p. 2, col. 1; *La Discusión*, 06-04-1861, p. 2, col. 4.

“[*La Discusión*] quiere una cosa que la democracia, demasiado movible y siempre propensa a dividir, no es capaz de realizar; una cosa que solamente la monarquía, cuyas condiciones y tendencias son contrarias a eso, puede, ayudada del tiempo, llevar a cabo.”⁵⁷⁹

Junto al rechazo de la perspectiva que los demócratas dan a la idea iberista y a su proposición de que la unión, en el improbable caso de darse, debería ser dirigida por la monarquía, Pedro de la Hoz agrega un argumento que convierte a la unión ibérica en algo poco menos que utópico. Si bien la unión italiana está teniendo éxito en la práctica, “falta en España un Víctor Manuel, y sobre todo un protector como Napoleón III”⁵⁸⁰. Así pues, *La Esperanza*, y por extensión los representantes del conservadurismo en España, seguían viendo la posibilidad de la unión ibérica desde una distancia considerable y, sobre todo, afirmando que en ningún caso iban a apoyar un proyecto que no partiera de la base de un planteamiento españolista y monárquico.

5.3.2.4. De nuevo Romero Ortiz

Exactamente un año después de su primera publicación clave, *La América* reserva nuevamente un hueco para el diputado Romero Ortiz, quien había presentado una proposición de ley en el Congreso en la que pedía la adopción de una serie de medidas destinadas a estrechar las relaciones hispano-portuguesas, relacionadas todas ellas con demandas de igualación de derechos entre los ciudadanos de ambos países. Romero Ortiz exponía cuatro medidas: permitir que los españoles pudieran cobrar su pensión aunque residieran en Portugal; eliminar todas las trabas a los jóvenes portugueses que quisieran estudiar en España, concediéndoles el mismo estatus que a los nativos; permitir que médicos, cirujanos, arquitectos y profesores portugueses pudieran ejercer en España⁵⁸¹.

Se trata de disposiciones que pretendían crear un espacio común en sectores muy concretos de la esfera social, en una suerte de libre circulación de estudiantes y trabajadores por territorio ibérico. *La América* felicitaba al diputado gallego por su iniciativa y apoyaba expresamente su actitud, apelando a la opinión pública a la

⁵⁷⁹ *La Esperanza*, 21-03-1859, p. 1, col. 3.

⁵⁸⁰ *La Esperanza*, 21-03-1859, p. 1, col. 1.

⁵⁸¹ *La América*, 24-03-1859, p. 4, col. 3.

“participación común en ciertos derechos civiles que más tarde pueden llevarnos por su curso natural a los sociales y políticos apetecidos”⁵⁸².

En su siguiente número, la revista de Asquerino incluye en sus páginas el discurso que Romero Ortiz pronunció en el Congreso de los Diputados y en el que formuló las propuestas antedichas⁵⁸³. Además, en la sección titulada “Revista quincenal”, con la que *La América* cerraba su número bisemanal ofreciendo un repaso a algunos hechos de actualidad, aparece comentada esa misma intervención de Romero Ortiz en la Cámara baja. El redactor de dicha sección, Nemesio Fernández Cuesta, afirma que para los redactores de *La América*, “españoles sobre todo”⁵⁸⁴, “hablar de Portugal es hablar de nuestra tierra española”⁵⁸⁵. Se felicita el periodista de que Romero Ortiz haya presentado su proposición en sede parlamentaria, lamentando sin embargo que los diarios moderados tergiversaran los hechos y amplificaran exageradamente el contenido de la enmienda, cuando esta no tocaba en ningún caso el ámbito político y se limitaba a aspectos administrativos o jurídicos.

El redactor Nemesio Fernández Cuesta ya se había mostrado favorable a la unión ibérica, como prueban las líneas que firma en *La América* del 24 de noviembre de 1858, donde compara a Portugal y España con dos hermanos siameses: “no puede darse sensación notable en uno, que en el otro no se experimente con sensación igual”⁵⁸⁶. Este comentario se enmarca en el contexto del caso *Charles George*, nombre del barco negrero francés que había sido apresado por la armada portuguesa frente a la costa de Angola mientras se dedicaba al tráfico de esclavos, retenido posteriormente en el puerto de Lisboa y que tuvo que ser devuelto a Francia por la presión diplomática. El abuso de fuerza sufrido por Portugal era, a juicio de *La América*, únicamente otra muestra de la necesidad que tenían los dos Estados ibéricos de poner en marcha una alianza política. Fernández Cuesta expresa públicamente que

“la unión de España y Portugal es conveniente a los dos países: es natural, es justa, es legítima, es necesaria, es diremos más, inevitable. Todo lo que tienda a contrariar esta unión es perjudicial para ambos pueblos: todo lo que contribuya a estrecharla es ventajoso. La dificultad consiste en los medios de realizar este gran pensamiento de una manera espontánea, libre y honrosa para uno y

⁵⁸² *La América*, 24-03-1859, p. 4, col. 3.

⁵⁸³ *La América*, 08-04-1859, p. 12, col. 3 y sig.

⁵⁸⁴ *La América*, 08-04-1859, p. 16, col. 1.

⁵⁸⁵ *Ibíd.*

⁵⁸⁶ *La América*, 24-11-1858, p. 16, col. 2.

otro. [...] Solo la Providencia divina, haciendo que allá se repitan los mismos sucesos y las mismas vicisitudes que en España, se cuida de probar que somos un pueblo mismo con dos distintas denominaciones.”⁵⁸⁷

Para el autor, entre los medios que los gobernantes habrían de implementar para aproximar las realidades sociales de ambos países se encontraban clásicos iberistas como la unión postal, el tendido de ferrocarriles o la navegación fluvial. Más que estas propuestas, lo que destaca es la visión nacionalista que también expresa Fernández Cuesta: “un pueblo mismo con dos distintas denominaciones”. El autor afirma que en esencia no hay separación, que Portugal y España conforman un todo único e inseparable en su naturaleza, pese a que sean definidos por diferentes nombres.

La actividad parlamentaria de Romero Ortiz en torno a la cuestión peninsular disfrutó de gran espacio en *La América*, lo que da cuenta de la orientación de esta publicación a favor del nacionalismo ibérico. El 8 de mayo de 1859, Eugenio Olavarría firma un artículo con el socorrido título de “España y Portugal” en el que desgana una propuesta que el diputado portugués Mendes Leal había presentado en la Cámara baja lisboeta en el mismo sentido que la de Romero Ortiz en Madrid. Olavarría afirma que en Portugal “no se ha levantado una sola voz que no fuese de aplauso y encomio para la proposición del Sr. Romero Ortiz”⁵⁸⁸, y cita como prueba de ello las reacciones positivas suscitadas en periódicos como el *Comercio do Porto*, el *Futuro* o *La Opinión* de Lisboa⁵⁸⁹. Las palabras de Mendes Leal demuestran cómo el iberismo, pese a su mala fama histórica en Portugal, también contaba con grandes valedores en aquel país. También se hace eco *La América* de un proyecto de tratado hispano-portugués publicado en el diario *Rei e Orden*, que abarcaría cuestiones como la alianza militar ofensiva-defensiva y la unión aduanera, entre otras⁵⁹⁰.

La costumbre de *La Época* de insertar textos de otros periódicos se va a incrementar en los meses siguientes. Se va a tratar, lógicamente, de artículos que coinciden con sus planteamientos: así, uno de *El Fénix* en el que se afirma que quieren “la unión ibérica siempre que el trono de Isabel II sea el baluarte en donde se clave la

⁵⁸⁷ *Ibíd.*

⁵⁸⁸ *La América*, 08-05-1859, p. 7, col. 1.

⁵⁸⁹ *La América*, 08-05-1859, p. 7, col. 1 y sig.

⁵⁹⁰ *La América*, 08-05-1859, p. 7, col. 1 y sig.

bandera de los dos países”⁵⁹¹; uno de *Las Novedades*, donde se argumenta en favor de “una fuerte monarquía peninsular a la entrada del Mediterráneo” que funcionara como contrapeso del poder anglofrancés en el continente europeo⁵⁹²; y uno de *La Discusión*, firmado por Emilio Castelar, en el que se analiza la situación general de España y donde el gran orador decimonónico afirma que “la unidad de España y Portugal debe ser uno de los grandes fines de nuestra política, [...] España y Portugal deben formar una sola nacionalidad”⁵⁹³.

5.3.2.5. El proyecto de Antônio Feliciano Marques Pereira

A partir de 1857, tras el fin del bienio progresista, los periódicos representativos de esta tendencia se van a ver muy afectados por la censura previa, llegando incluso en ocasiones a mutilarse más de la mitad de su contenido. El proyecto de unión ibérica estaba desde luego vinculado al progresismo, y las acciones de la censura seguramente repercutieran en el descenso de artículos de orientación iberista que se observa en este diario. Durante más de dos años no se encuentra en él ninguna defensa ni publicidad de la unión hispano-portuguesa, concretamente hasta abril de 1859, cuando *El Clamor Público* saca a la luz dos artículos en los que se publicita el proyecto. Con fecha de 8 de abril se publica el contenido de un proyecto de alianza militar y comercial entre Portugal y España, firmado por el periodista portugués J.A. Marques Pereira. Es muy probable que el nombre publicado por *El Clamor Público* contenga una errata y se trate de Antônio Feliciano Marques Pereira, literato lisboeta establecido en Macao, donde dirigía del semanario de tendencia liberal-católica *Ta-Ssi-Yang-Kuo*, portavoz oficioso de la élite administrativa de la colonia portuguesa (Garmes, 2003). Seguramente su relación con el iberismo proviniera de la especial conexión existente entre dicha ciudad asiática y el nacionalismo ibérico desde tiempos de la misión diplomática de Sinibaldo de Mas. El texto al que aquí se hace referencia está copiado del periódico de Lisboa *Rei e Orden* y en él consta una importante novedad: se apoya la idea iberista en su forma confederal. El diario lisboeta comienza enaltecendo de forma casi alucinada el hecho de pertenecer a una nacionalidad determinada, en este caso evidentemente la portuguesa:

⁵⁹¹ *La Época*, 02-04-1859, p. 2, col. 3.

⁵⁹² *La Época*, 06-10-1859, p. 3, cols. 4 y 5.

⁵⁹³ *La Época*, 20-10-1859, p. 1, col. 3.

“Aquellos por los que, como por nosotros, circule sangre portuguesa por sus venas, formada átomo por átomo, de generación en generación por espacio de ocho siglos de una nacionalidad brillante y gloriosa, es difícil, sumamente difícil, puedan acostumbrarse jamás a la idea de una completa fusión ibérica. [...] Mas el derecho de gentes y la diplomacia halló el medio de conciliar las ventajas de la unión, sin ofender en lo más mínimo la santa religión de la nacionalidad.”⁵⁹⁴

Este lenguaje hiperbólico, según el cual la “santa religión de la nacionalidad” se inserta hasta en los mismos átomos, hasta en la sangre, nos presenta la pertenencia a una nación precisamente con unas resonancias religiosas que podrían remitirnos a lo que significaba pertenecer al catolicismo o al protestantismo en el siglo XVI. Algo así como una cuestión de vida o muerte. Sin embargo, seguramente se trata de un lenguaje exagerado para convencer al lector de que el periódico pertenece al bando de los “buenos portugueses” y que no se le malinterprete cuando plantee que

“he aquí la Confederación, [...] lo cual no es más que un tratado de alianza íntima y fraternal entre dos Potencias, reducido a sacrificar algunas de las prerrogativas de independencia y soberanía nacional en el altar de las conveniencias recíprocas.”⁵⁹⁵

Efectivamente, Marques Pereira diseña una alianza militar y comercial a través de un tratado que consta de veinte artículos. Al comienzo se establecen los términos del acuerdo militar, por el cual “el reino de Portugal y su natural hermana la Monarquía española” no podrían declarar la guerra ni firmar la paz sin el consentimiento previo de la otra parte. Se insiste en que “no se podrá intentar acción o cuestión sin el común y previo acuerdo de ambas”⁵⁹⁶. Se consagra la colaboración defensiva, por la que ambos países “se obligan a defender como propio el territorio de cualquiera de ellas”, lo que incluía tanto las metrópolis como las posesiones coloniales. Asimismo, es importante destacar el artículo 9, que impediría a cualquiera de los dos países intervenir en los asuntos internos del otro. En cuanto a los aspectos comerciales del tratado, quedaría establecida la ansiada unión aduanera, que debería desarrollarse progresivamente y contaría con comisiones de funcionarios españoles y portugueses en los puertos de La Coruña, Lisboa, Cádiz y Barcelona, con objeto de comprobar “las tarifas de los derechos de importación y exportación de las aduanas marítimas españolas y portuguesas”⁵⁹⁷. Además, se establecía un plazo máximo de cuatro años para la puesta en marcha del ferrocarril Madrid-Lisboa. El detalle y la exactitud con que Marques Pereira desarrolla su proyecto demuestran que

⁵⁹⁴ *El Clamor Público*, 08-04-1859, p. 1, col. 3.

⁵⁹⁵ *Ibíd.*

⁵⁹⁶ *Ibíd.*

⁵⁹⁷ *Ibíd.*

la idea de la unión ibérica contaba con apoyos y planes establecidos en Portugal. Pese al abandono de las demandas iberistas por parte de los periódicos que las habían defendido con interés, la ideología seguía viva y de cuando en cuando reclamaba su espacio en el debate político.

Es destacable el hecho de que el proyecto confederal de Antônio Feliciano Marques Pereira se imprimiera también en la primera página de *El Clamor Público* a pesar de tratarse de una mera reproducción de otro periódico, al igual que el siguiente texto a tratar. *El Clamor* publica un artículo de *El Diario Español* en el que este diario resume los objetivos de política exterior que a su juicio el Gobierno debería de tomar en cuenta para los años venideros, entre los que destacaban dos grandes planes: la colonización de Marruecos y la unión con Portugal. Dejando a un lado la atractiva cuestión marroquí, sobre Portugal se dice que

“la obra de nuestros Gobiernos debe dirigirse a borrar los antagonismos que se han opuesto a la obra de la geografía y a la obra de la historia, que España y Portugal, hermanos gemelos, son por toda clase de sentimientos y de intereses y debieran constituir una de las grandes Potencias de Europa, formando una sola nacionalidad, la nacionalidad ibérica.”⁵⁹⁸

Se queda aquí el argumento de *El Diario Español*, que ha hecho suyo también *El Clamor Público*. No va más allá de recordar las viejas aspiraciones iberistas encarnadas en la similitud geográfica e histórica entre ambas naciones, citando la identidad “de sentimientos e intereses”, que debería traducirse en la formación de una única nacionalidad en suelo ibérico. Tras estas escasas líneas se desarrolla la aspiración de conquista de Marruecos de manera mucho más extensa, lo que también aporta un matiz interpretativo a la hora de comparar este proyecto con los de construcción nacional ibérica, y es que el deseo de recuperar el antiguo prestigio colonial era mucho más fuerte que el sentimiento ibérico de nación, casi inexistente entre la ciudadanía. De hecho, este sentimiento ibérico era utilizado desde el absolutismo portugués para agitar las pasiones nacionalistas más intransigentes, como demuestra un comentario que *El Clamor Público* lleva en su primera página del 18 de mayo de 1859. Se reproduce un artículo publicado en el diario absolutista *O Povo*, de Lisboa, en el que se anima a los legitimistas españoles a hacer pública su oposición a la unión ibérica “para destruir con ella las arterias de los que se olvidan de la patria, dejándose embriagar de ilusorias utopías”⁵⁹⁹. *El Clamor*

⁵⁹⁸ *El Clamor Público*, 09-04-1859, p. 1, col. 5.

⁵⁹⁹ *El Clamor Público*, 18-05-1859, p. 1, col. 2.

Público trata estas frases con ironía y desdén, refiriéndose a los absolutistas españoles como “los partidarios de la época de Felipe II”, e instándoles a que se posicionen también en contra de la unión, lo que daría una nueva capa de barniz progresista a la idea iberista.

Desde 1860 en adelante, los golpes de la censura previa sobre este periódico harán que prácticamente cada día los redactores tuvieran que publicar una “Advertencia” en la que informar a sus lectores de que los órganos censores habían actuado sobre el periódico, condicionando así su publicación. Además de la censura, en otras ocasiones *El Clamor Público* se enfrentará a multas y a denuncias por parte de los diferentes gobiernos, que consideran a este diario como un enemigo frontal de sus políticas. No en vano, el subtítulo de la hoja sigue siendo “Periódico del partido liberal”, lo que en la práctica se revela como una posición favorable a los progresistas. Además, en agosto de 1860 el periódico será resellado y cambiará de dueño por dos semanas, hasta que a mediados de mes Fernando Corradi se encarga de retomar la propiedad del mismo. Esto es solo una pequeña muestra de la complicada trayectoria que muchas cabeceras sufrían a lo largo de su existencia.

5.4. Progresos iberistas en tiempos de la Unión Liberal

Las líneas que certifican la orientación iberista de *La España* se pueden leer en su número del 30 de marzo de 1859. En la columna dedicada a comentar la sesión parlamentaria del día anterior, firmada por Manuel Rodríguez, se considera “de interés” la intervención del progresista Antonio Romero Ortiz, en la que este reclamó la reciprocidad de ciertos derechos económicos, académicos y laborales entre ciudadanos españoles y portugueses. Pese a tratarse de un adversario político, *La España* alaba a Romero Ortiz y considera su discurso “sentido en el fondo y bello en la forma”⁶⁰⁰, al tiempo que aplaude su sentido de la realidad al considerar la posibilidad de que desde Portugal se viera con recelo la propuesta. Sin embargo, Romero Ortiz

“se complació en manifestar que en nuestros hermanos portugueses habían desaparecido o no encontraban el eco que en otros tiempos ciertas antipatías y preocupaciones nacionales; y que tenía la íntima convicción de que el gobierno lusitano correspondería con la recíproca, contribuyendo a estrechar más los vínculos de las dos naciones. Nos alegraremos de que así suceda y de que los resultados coronen con el tiempo el buen deseo que a todos nos anima en este particular.”⁶⁰¹

⁶⁰⁰ *La España*, 30-03-1859, p. 3, col. 2.

⁶⁰¹ *Ibíd.*

Se deduce que “el buen deseo” al que se refería *La España* es la unión ibérica. Implementar la reciprocidad de derechos económicos, laborales, fiscales o académicos era sin duda un paso previo imprescindible para la preparación de la unión hispano-portuguesa, y esto era saludado por *La España*, que manifestaba así un posicionamiento favorable a la unión ibérica. No obstante esto, el periódico de Pedro Egaña se cuida mucho de lanzar mensajes exagerados, y apenas tres días más tarde quiere aclarar todas las dudas posibles explicitando su apoyo inquebrantable a la dinastía borbónica. La unión ibérica, pese a ser un pensamiento “bueno en sí mismo”, causaba también desconfianza debido a los rumores que circularon por Madrid en 1854, según los cuales cierto sector del partido progresista quiso haber destronado a Isabel para coronar a un rey portugués⁶⁰². Unión ibérica sí, pero Borbones también, vendría a ser el lema de *La España*.

Sin embargo, apenas una semana más tarde, el editorial de *La España* cambiaría completamente el sentido de las afirmaciones que se acaban de repasar y pasaría a posicionarse en contra de la unión ibérica, calificando al proyecto de “fantasma revolucionario”⁶⁰³. ¿A qué se debe este giro repentino? La respuesta hay que buscarla en el terreno de la política interior y los enfrentamientos entre moderados y progresistas. Para *La Discusión*, de tendencia democrática, siempre que se debatía la cuestión ibérica los moderados se preguntaban quién ocuparía el trono de una Iberia unida, convirtiendo así al propio trono en un problema que impedía el acercamiento mutuo de España y Portugal. *La España* intenta contraatacar con un silogismo poco afortunado, haciendo extensiva la pregunta sobre quién ocuparía el trono a toda la población, no solo a los moderados. Para el diario de Egaña y Navarro Villoslada, “la democracia aceptará [la unión ibérica] a cierra ojos, aunque no sea más que porque no puede realizarse sin que un monarca sea sacrificado”⁶⁰⁴. Por supuesto, no hace falta añadir que *La España* se declara defensor del trono de Isabel II.

Se observa cómo el cambio de parecer de *La España* respecto a la unión ibérica continúa días más tarde, manteniendo la polémica con *La Discusión* y haciéndola extensiva a *La Época*⁶⁰⁵ y a *Las Novedades*⁶⁰⁶. El siguiente texto está firmado por Manuel

⁶⁰² *La España*, 02-04-1859, p. 4, col. 2.

⁶⁰³ *La España*, 09-04-1859, p. 3, col. 5.

⁶⁰⁴ *Ibíd.*

⁶⁰⁵ *La España*, 17-04-1859, p. 3, col. 1.

⁶⁰⁶ *La España*, 20-04-1859, p. 3, col. 5.

Rodríguez, el mismo redactor que afirmaba tres semanas antes que las propuestas de Antonio Romero Ortiz eran “de interés”. El apoyo de *La Época* al gobierno de O'Donnell y su Unión Liberal da munición al redactor de *La España* para su primer ataque: “dada la unión liberal, no diremos que todas las uniones sean posibles; pero podemos decir que no hay absurdo que no pueda imaginarse ni desatino que no pueda defenderse”⁶⁰⁷. El “desatino” al que se refiere el periódico conservador es, claro, la unión de España y Portugal. El argumento esgrimido anteriormente continúa, y es que para llevar a cabo dicha unión habría que expulsar a una de las dos casas reinantes en la península Ibérica.

La revolución de 1854 ya había debido prevenir, según *La España*, a la casa de Borbón respecto a las intenciones de cierto sector político que “no se cansaba de quemar incienso en honra del Rey de Portugal”⁶⁰⁸. El periódico de Pedro Egaña se muestra partidario de dejar las cosas como están y advierte a los iberistas de que “la unión de dos pueblos que han vivido por espacio de algunos siglos separados es más difícil de lo que se figuran ciertas imaginaciones superficiales”⁶⁰⁹. Se enumeran a continuación posibles problemas que surgirían a medida que avanzaran los proyectos de unión, como la residencia del monarca, el uso de la lengua o el reparto de empleos públicos.

Estos problemas serían insalvables, debido al diferente sentimiento de nacionalidad, “que es lo que el amor propio en las relaciones de los individuos”⁶¹⁰. *La España* se embarca en una definición del concepto “nacionalidad”, afirmando que esta se basa en “su tendencia particular, su orgullo, su pabellón, sus reputaciones, su industria y hasta su modo de ser peculiar, [...] el amor a la nacionalidad respectiva es lo que el amor propio en las relaciones de los individuos”⁶¹¹. El diario conservador deja fuera de su definición de “nacionalidad” la comunidad de intereses, hábitos y lengua, creyendo antes en la validez de un concepto más de tipo sentimental o relacionado con el carácter que en una construcción nacional en el sentido histórico-cultural. Así, *La España* cierra de golpe la puerta de la unión política, pero en última instancia recupera cierto espíritu iberista y se manifiesta a favor de

⁶⁰⁷ *La España*, 17-04-1859, p. 3, col. 1.

⁶⁰⁸ *La España*, 17-04-1859, p. 3, col. 2.

⁶⁰⁹ *La España*, 17-04-1859, p. 3, col. 3.

⁶¹⁰ *Ibíd.*

⁶¹¹ *Ibíd.*

“asimilar los intereses de ambos pueblos, [...] fomentando, por ejemplo, las relaciones políticas y comerciales; aumentando las vías y toda clase de medios de comunicación, y sacando partido de la vecindad, de la analogía del suelo, de la lengua y de las costumbres y de la identidad de origen, de religión, y casi casi de historia.”⁶¹²

La unión económica y material, la unión de los intereses sería la única alianza viable para *La España*, dejando de lado la unión absoluta, la unión política, por los motivos antes enunciados. El único modo de conseguir la unión de voluntades nacionales diferentes sería a través de la conquista, medio que el diario dirigido por Navarro Villoslada da por descartado en pleno siglo XIX.

Las polémicas entre los periódicos de Madrid en relación a la cuestión ibérica son jugosas, ya que el enfrentamiento y los mensajes de ida y vuelta permiten ubicar de forma más certera, con mayores matices, las respectivas posturas de cada uno frente al iberismo que si solo se dispusiera de un mensaje unidireccional. En este caso se trata del conflicto que para *La España* suponían las constantes alabanzas de los diarios progresistas hacia la figura del rey de Portugal. Para el diario conservador, esto era una muestra de deslealtad hacia la unión liberal, puesto que indirectamente se hacía de menos al gobierno español y se abogaba, ni que fuera silenciosamente, por la unión ibérica. *La Iberia* recoge el guante y se enorgullece de su apoyo y sus cortesías para con el rey Pedro V, al tiempo que argumenta su postura favorable a la fusión hispano-portuguesa:

“El pensamiento de la unión ibérica es muy anterior al de la unión liberal; [...] como es un pensamiento tan arraigado en este país, no es fácil que la prensa liberal lo abandone mientras tenga libertad para ello; y no lo dude *La España*, cada día hace más prosélitos. [...] Es muy justo que la prensa liberal les dirija repetidos elogios [a los reyes de Portugal, Bélgica y Cerdeña], al ver que en esas naciones es imposible la reacción, porque los tres monarcas son los primeros que procuran evitarla; y con su conducta prudente, liberal y digna, evitan también las revoluciones.”⁶¹³

El periódico de Calvo Asensio procura enmarcar claramente el nacionalismo ibérico estrictamente dentro de los principios liberales e identifica su defensa con la defensa de ciertos valores políticos equivalentes a los del progresismo. La decencia y la cordura que representaban los monarcas enaltecidos por el diario progresista —no solo el portugués— eran atributos que los defensores de la unión ibérica querían para sí mismos, y en cierto modo oponían estos valores a los del gobierno que en aquel momento regía en Madrid, por lo cual se quejaba conservador *La España*.

⁶¹² *Ibíd.*

⁶¹³ *La Iberia*, 20-04-1859, p. 1, col. 5.

Del mismo modo, *La Iberia* invitaba a la facción moderada a unirse a ellos en defensa de la unión ibérica, bajo la cual se evitarían tanto las traiciones reaccionarias como una radicalización revolucionaria. Otras polémicas, sin embargo, eran algo más chabacanas y echaban mano del sarcasmo, como por ejemplo la contestación que *La Iberia* ofrece al *León Español*, que había tachado las disquisiciones iberistas de “imaginaciones calenturientas”. El diario progresista pretende hacer chanza con esta frase y replica al *León* que es precisamente él quien “parece algo calenturiento al hablar así, cosa que no extrañamos, pues el rey de las selvas puede pasar mucha parte del día con calentura”⁶¹⁴.

No todo eran, sin embargo, alabanzas hacia Portugal y sus gobernantes por parte de *La Iberia*. También se encuentra alguna advertencia, algún aviso sobre la inconveniencia de iniciar proyectos que pudieran significar un gran paso hacia la unión y que a veces no culminaban en aquello que habían apuntado. Este fue el caso del ferrocarril Madrid-Lisboa, siempre retrasado por unas razones u otras. En la primavera de 1859, el gobierno portugués puso en marcha una comisión para evaluar la mejor manera por la que se pudiera conectar Coimbra con España a través del ferrocarril. Las primeras noticias apuntaban a que el gobierno pretendía unir Coimbra con Valladolid, para así lograr el camino más corto hasta la frontera francesa. *La Iberia* calificaba esto como un error, ya que “todo lo que no sea poner en comunicación directa a Lisboa con Madrid, es hacer las cosas a medias”⁶¹⁵. Uno de los miembros de la comisión fue, por cierto, el ingeniero Francisco Maria de Sousa Brandão, célebre iberista portugués, como bien recuerda *La Iberia*⁶¹⁶.

5.4.1. La apuesta de Joaquín María Sanromá

El periódico de Nicolás María Rivero, *La Discusión*, pese a su abierta militancia iberista, no consideraba la cuestión de tanta importancia como para figurar en su programa político, que acompañaba a la cabecera en su primera página e incluía demandas como el sufragio universal, la libertad de prensa, la existencia de un sistema

⁶¹⁴ *La Iberia*, 21-04-1859, p. 1, col. 5.

⁶¹⁵ *La Iberia*, 23-04-1859, p. 2, col. 3.

⁶¹⁶ *Ibíd.*

parlamentario unicameral, la separación Iglesia-Estado o la enseñanza primaria universal y gratuita. Es por ello que no se encuentran en las páginas artículos referidos a la unión ibérica de manera regular hasta el Sexenio Revolucionario, con la excepción del año 1861. De cuando en cuando optaba el diario democrático por reproducir artículos ya publicados en otros medios, como hace el 22 de julio de 1859 al transcribir un largo texto publicado en la *Revista peninsular ultramarina de los caminos de hierro* por Joaquín María Sanromá, economista catalán que ejerció como catedrático de Economía y Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela y más tarde en la Universidad de Madrid. En la capital española desarrolló su labor política como secretario de Estado a las órdenes de Laureano Figuerola, ministro de Hacienda del gobierno revolucionario de 1868. El artículo trata la propuesta de unión aduanera ibérica, concebida en ciertos círculos económicos progresistas, a los que representaba el autor.

Sanromá refiere el “calor extraordinario” con el que se debatía por esas fechas la cuestión ibérica y la abundancia de proyectos “de los intereses morales y materiales, la unidad de civilización y de miras políticas, el mutuo auxilio y la eficaz cooperación” de España y Portugal⁶¹⁷, y repasa las empresas destinadas al acercamiento de ambos países: publicación de revistas iberistas, redacción y difusión de folletos en favor de la unión o planes ferroviarios y de navegación fluvial. El autor expresa a continuación su rechazo a cualquier intento de realizar la unión a través de la conquista y censura el periodo de unión dinástica bajo la dinastía filipina por haber sido “una gran calamidad que vino a caer sobre la altiva y noble raza lusitana”⁶¹⁸. En opinión de Sanromá, la torpeza de la monarquía española de la época en su trato con los portugueses plantó la semilla de enemistad que se transformó en los siglos posteriores en desconfianza perpetua hacia todo lo español. Otros ejemplos históricos de uniones llevadas a cabo por la fuerza o la diplomacia y que terminaron en fracaso (Reino Unido de los Países Bajos, Grecia bajo el Imperio Otomano) sirven al autor para desechar cualquier vía de unión hispano-portuguesa que no sea “la armonía y acción recíproca de los intereses”⁶¹⁹, cuyo primer y fundamental pilar habría de ser la unión aduanera.

⁶¹⁷ *La Discusión*, 22-07-1859, p. 3, col. 5.

⁶¹⁸ *La Discusión*, 22-07-1859, p. 4, col. 1.

⁶¹⁹ *La Discusión*, 22-07-1859, p. 4, col. 2.

Llegados a este punto del razonamiento, Joaquín María Sanromá hace desfilar un ejemplo histórico que por su rotundo éxito tiene que ser visto por los nacionalistas ibéricos como paradigma a seguir:

“Estúdiase la historia contemporánea del país alemán, con su pensamiento político representado por la Confederación y su pensamiento económico encarnado en el *Zollverein*. Tomó el primero por pretexto conservar la unidad de la raza germánica, [...] Subsistieron todos los defectos del viejísimo y apagado imperio y la Alemania se encontró despojada de sus antiguas libertades, [...] Es falso que la forma política de la Confederación Germánica haya contribuido en lo más mínimo a alimentar el espíritu teutónico. [...] Otros han sido ciertamente los resultados del pensamiento económico: otros los frutos del *Zollverein*. Mientras el antiguo teutonismo político se disuelve, el nuevo teutonismo brota lozano y majestuoso de la unión aduanera.”⁶²⁰

La división clara y terminante de Sanromá entre las consecuencias de la idea política confederal y las derivadas de la unión aduanera es fundamental a la hora de entender el momento de desarrollo en que se encontraba el iberismo en España. El economista catalán descarta en ese momento la unión política en base a la experiencia alemana, pero al tiempo reclama su validez, ya que demuestra la necesidad urgente de encontrar una comunidad de intereses económicos y materiales que lleve a la convergencia de intereses políticos y sociales: “Unión aduanera como medio de armonizar los intereses materiales, preparando lentamente el acuerdo de los morales, administrativos y políticos”⁶²¹.

Tras esta toma de partido, el autor pasa a enumerar las ventajas que llaman a la unión aduanera de Portugal y España, a saber: la vecindad geográfica, el lento pero paulatino desarrollo ferroviario, los proyectos de navegación fluvial a través de los cuatro grandes ríos hispano-lusos (Miño, Duero, Tajo y Guadiana) y la semejanza de las instituciones políticas y administrativas. Entre los inconvenientes, el mayor obstáculo que encuentra Sanromá al respecto está en el conflicto de intereses entre el librecombismo portugués y el proteccionismo de los gobiernos conservadores de Madrid. Esta política beneficiaba sobre todo a los industriales textiles, que temían una entrada masiva de productos ingleses a bajo precio. Así, Sanromá se preocupa de tumbar las tesis proteccionistas exponiendo datos favorables a la balanza comercial portuguesa y a sus productos textiles en determinadas etapas del siglo XVIII y principios del XIX, y argumentando que “la guerra civil, la ineptitud de algunos gobernantes, la exigüedad de la población, la estrechez del territorio” son los verdaderos causantes del estado de retraso

⁶²⁰ *Ibíd.*

⁶²¹ *Ibíd.*

económico de Portugal. Todo ello encontraría solución en la unión aduanera con España, empresa que habría de combinarse con la unión de pesos y medidas. El autor cierra el artículo afirmando que “esto basta para el primer paso de la unión peninsular; el tiempo, las relaciones creadas y las exigencias de la mutua seguridad se encargarán de hacer lo restante”⁶²². Así, una tendencia del nacionalismo ibérico demuestra no haber perdido las esperanzas truncadas tras el fracaso de las aspiraciones de unión post-1854. El horizonte lejano seguía siendo la unión política, aunque para ello hubiera que caminar primero lentamente a través de la senda de la unión aduanera⁶²³.

5.4.1.2. Otros planes de carácter económico

El escritor Félix de Bona alaba en las páginas de *La América* los proyectos de ampliación del tejido ferroviario español en dirección a Portugal, que tenían como objetivo enlazar una línea desde Oporto hasta Madrid pasando por Lisboa y Badajoz. Dadas las excelentes perspectivas económicas que esperaban a las regiones atravesadas por el ferrocarril hispano-portugués, Bona aplaudía estos planes. Sin embargo, más que el beneficio económico, al colaborador de *La América* le interesaba destacar las ventajas políticas que podrían derivarse de una red ferroviaria que conectara las grandes capitales ibéricas. Descartando la unión política, “ya que no podemos formar desde luego una sola y poderosa nación”, Félix de Bona piensa que “debemos aspirar a construir una alianza o federación”⁶²⁴, que habría de estar basada en primer lugar en el acercamiento mutuo y en el intercambio comercial. Estas aspiraciones estaban representadas por el ferrocarril, símbolo entre los símbolos del progreso decimonónico. El redactor participa del sentimiento generalizado del liberalismo progresista y de los demócratas españoles en cuanto al futuro de los Estados europeos, ya que profetiza una progresiva “unión voluntaria de las pequeñas nacionalidades”⁶²⁵. Este proceso no vendría dado ya por la conquista violenta, sino por la igualación paulatina en los modos de vida y de intercambios comerciales provocados por avances como la expansión de la imprenta, el telégrafo eléctrico o el propio ferrocarril, acompañados en lo político del liberalismo y del imperio de la ley:

⁶²² *La Discusión*, 22-07-1859, p. 4, col. 4.

⁶²³ Los proyectos de Zollverein ibérico también gozaron de popularidad en Portugal. Un artículo interesante sobre este asunto es el de Meireles Pereira (1998).

⁶²⁴ *La América*, 08-09-1859, p. 4, col. 2.

⁶²⁵ *Ibíd.*

“De hoy en adelante, la unión de los pueblos no representará nunca la diferencia entre el esclavo y el señor, sino la del amor del hermano al hermano, el interés que liga a los socios de una misma empresa. En este concepto, los dos ferrocarriles de Lisboa a Oporto y a España, son del más alto interés político y humanitario. Son el primer lazo de unión peninsular; destinados a promover un rapidísimo acrecentamiento de la riqueza portuguesa, vendrán a fomentar la nuestra, y enriqueciéndonos a unos y otros, nos fundirán moralmente en un solo pueblo mucho antes de que llegemos a constituirlo ostensiblemente por medio de actos oficiales.”⁶²⁶

Félix de Bona recuerda que tanto en España como en Portugal se habían publicado durante la década de 1850 varios textos que defendían la implantación de una línea férrea que abarcara toda la península Ibérica y que conectara sus grandes capitales. El redactor de *La América* destaca los nombres de António Rodrigues Sampaio y Latino Coelho como defensores y propagadores de una idea que no pretendía la renuncia de Portugal a su nacionalidad, sino un incremento del poder económico de los dos países peninsulares. Así, según este planteamiento, la futura Iberia no habría de esperar que los gobernantes tomaran la iniciativa de crear un nuevo Estado, que por lo demás tendría un carácter artificial, sino que iban a ser los ciudadanos más avanzados de uno y otro país los que, apoyados en los avances técnicos y en la ideología dominante del siglo, que promovía la igualdad entre los pueblos, quienes sacaran adelante la unión ibérica. Para cerrar su artículo, Félix de Bona insiste en que las mejores armas de conquista en el siglo XIX no eran otras que el incremento de las relaciones comerciales y la rectitud en las relaciones internacionales. El autor apela a la formalización de una reforma arancelaria y de la unión aduanera ibérica, medidas que en combinación con el desarrollo del ferrocarril sería mucho más productiva que ciertas aventuras coloniales en África que por esas fechas ya tentaban a algunos pensadores y políticos españoles. Así, Félix de Bona afirma que “nos convendría reconcentrar nuestra acción en las reformas económicas que un día han de constituir de toda la península una sola y poderosa nación”⁶²⁷.

La idea de la unión aduanera arraigó pronto en las filas del iberismo, pero desde los sectores más radicalmente demócratas o incluso proto-socialistas, era precisamente la cuestión social la que habría de prevalecer en las políticas del gobierno. Para este sector, todo acercamiento en lo administrativo, en lo cultural y por supuesto en lo económico era bienvenido, pero nunca habría de perderse de vista el objetivo final: la unión política. Esto es lo que defiende en la primera página de *La Discusión* Juan Bautista Guardiola,

⁶²⁶ *Ibíd.*

⁶²⁷ *La América*, 08-09-1859, p. 4, col. 3.

jefe del partido republicano en Barcelona y diputado por la capital catalana tras la Vicalvarada (Maluquer de Motes, 1977: 273). Guardiola afirma en su artículo, titulado “La unión de España y Portugal”, que “la unión entre los que por causas que son de lamentar forman hoy dos Estados, y no fueron un tiempo más que un solo pueblo, es una necesidad reconocida por las personas de corazón e inteligencia de ambas naciones”⁶²⁸. El político catalán se posiciona a favor de la unión aduanera partiendo de una base realista, al considerar que existía un grave obstáculo interpuesto entre las intenciones de los iberistas y la consecución de su objetivo, no siendo otro que los tratados comerciales anglo-portugueses, y en particular el Tratado de Methuen, firmado en 1703. Para Guardiola, “si no se atravesara esta dificultad, si Portugal estuviera, como lo está España, libre de todo compromiso con las demás potencias, la unión aduanera sería cosa sencillísima”⁶²⁹. Así, era imprescindible resolver esa cuestión antes de siquiera pensar en dar los primeros pasos hacia el futuro *Zollverein* ibérico, y esto podría ser “cuestión de meses, y quizás de años”⁶³⁰. Sin embargo, además de las cuestiones económicas, desde el incipiente republicanismo español se pone el acento en otras cuestiones mucho más sencillas de realizar en el corto plazo. Juan Bautista Guardiola se pregunta qué habría de suceder con otros proyectos iberistas, como la paridad de títulos universitarios y profesionales, la abolición de los pasaportes para cruzar la Raya o la unión postal:

“Todas estas disposiciones contribuirían, tanto al menos como la unión aduanera, a preparar la unión política, que dentro de un tiempo más o menos lejano están llamadas a efectuar Portugal y España. No hieren intereses creados. No se oponen a tratado alguno. Dependen pura y exclusivamente de la voluntad de los gobiernos de España y Portugal: ni aun es necesario su acuerdo.”⁶³¹

La última aportación es reveladora y decisiva para entender el planteamiento de Guardiola. No era necesario el acuerdo entre los gobiernos, bastaba que uno de ellos tomara una decisión en sentido favorable a los intereses comunes y arrastraría sin pretenderlo al otro. En el hipotético caso de que Madrid proporcionara ventajas a los súbditos portugueses, como pudiera ser el reconocimiento de títulos académicos para trabajar en cualquiera de los dos países, era probable que Lisboa viera las ventajas encerradas en esa decisión y tomara el mismo camino. También hay que destacar la importancia que le da nuestro autor a la existencia de intereses creados –como pudieran

⁶²⁸ *La Discusión*, 15-10-1859, p. 1, col. 2.

⁶²⁹ *La Discusión*, 15-10-1859, p. 1, col. 3.

⁶³⁰ *La Discusión*, 15-10-1859, p. 1, col. 4.

⁶³¹ *La Discusión*, 15-10-1859, p. 1, col. 3.

ser los derivados de los tratados comerciales entre Portugal e Inglaterra— que no habría por qué perjudicar en el camino a la unión ibérica. Esta era una postura prudente y reflexiva que podría haber servido de inspiración práctica para los gobiernos.

5.4.2. El iberismo de Castelar en *La Discusión*

Pocos días después, *La Discusión* abría su primera página a una de las figuras más ilustres del republicanismo español, Emilio Castelar. El gaditano firma un artículo titulado “La política española”, en el que reclama para España el establecimiento de una actuación colectiva racional y ordenada en el terreno de la política. “El amor a la libertad va unido siempre al amor de la patria”⁶³², reza la primera frase, a partir de la cual se deshace un ovillo de reflexiones sobre la necesidad de que España tuviera “una política propia, una política de iniciativa, una política que se levante sobre los acontecimientos y las pasiones de un día”⁶³³. Este es un texto de tintes regeneracionistas y que encajaría en cualquier obra del 98, que recuerda por momentos al *Idearium español* de Ángel Ganivet. Así, Castelar observa en su regeneracionismo *avant la lettre* que

“la unidad de España y Portugal debe ser uno de los grandes fines de nuestra política, uno de los grandes trabajos de nuestra vida, uno de esos deseos que poseen a los pueblos y que se manifiestan en grandes asociaciones, en grandes leyes, en las Cortes, en todas las maneras de ser del espíritu nacional. [...] No olvidemos, no olvidemos que España y Portugal deben formar una sola nacionalidad. [...] Esta debe ser nuestra política en el interior. [...] Con Portugal, España debe obrar como el hermano con su hermano, debe abrirle los brazos, debe convidarle a entrar en el paterno hogar.”⁶³⁴

Cabe destacar tres aspectos del texto de Castelar. En primer lugar, el político republicano considera que la cuestión ibérica entra en el marco de la política interior de España, a diferencia de la mayoría de manifestaciones iberistas repasadas hasta ahora, que afrontaban el asunto desde la perspectiva de la política exterior. Se trata de una diferencia fundamental en la aproximación a la cuestión, puesto que desde este punto de vista se contrastaba mucho más claramente la idea de Iberia como “una sola nacionalidad” y no como fusión de dos Estados. Se trata de un paradigma distinto al usual, ya que Portugal es para Castelar parte integrante de España, que no tendría completa su unidad interior

⁶³² *La Discusión*, 20-10-1859, p. 1, col. 1.

⁶³³ *Ibíd.*

⁶³⁴ *La Discusión*, 20-10-1859, p. 1, col. 2.

sin la franja occidental. Este primer aspecto clave en el pensamiento iberista de nuestro autor enlaza de manera natural con la segunda apreciación destacable.

Se trata de un planteamiento que recuerda la existencia de una continuidad histórica entre ambas naciones y que evoca la idea de la Hispania unida en época romana. No hay paternalismo, sino hermandad, España debía invitar a Portugal a “entrar en el paterno hogar”, que era la casa común ibérica. La formación de una gran nacionalidad en la península venía condicionada, y este es el tercer pilar sobre el que se asienta el artículo de Castelar, por “el espíritu del siglo”, que llevaba a construir Estados grandes basados en el triunfo de la libertad, la igualdad y la democracia. Así, Castelar construye un discurso favorable al nacionalismo ibérico que bebe directamente de su filosofía política. Si bien no habla de la forma de gobierno que habría de adquirir el futuro Estado ibérico, el político gaditano inscribe la obra ibérica dentro del espíritu del tiempo y de su filiación política natural, con raíces en la idea de fraternidad y en la democracia con tintes utópicos. Este artículo, destacado como todos los de Castelar por su gran fuerza argumentativa, fue también reproducido en las páginas de *La América*⁶³⁵, del mismo modo que el siguiente texto de *La Discusión* que se va a analizar.

Cuatro meses después de publicar “La política española”, *La Discusión* vuelve a ceder el protagonismo de su primera página a Emilio Castelar. El orador republicano se extiende de nuevo en sus planteamientos iberistas, esta vez cambiando ligera aunque decisivamente la perspectiva. Firma Castelar un texto de título casi calcado al anterior, pero con un cambio terminológico revelador: “La política nacional”⁶³⁶. En el anterior texto se analizaba el proyecto de unión ibérica desde una perspectiva de política interior y se concebía la existencia de “una sola nacionalidad” sobre suelo peninsular. Al leer las líneas de “La política nacional”, se advierte cómo Castelar sube a la ola de patriotismo que invade a la clase política española por esas fechas, en plena guerra de África, y enlaza la búsqueda de nuevas glorias coloniales con la necesidad de concluir “la unidad nacional” a través de la fusión con Portugal.

⁶³⁵ *La América*, 08-12-1859, p. 3, col. 3.

⁶³⁶ *La Discusión*, 18-02-1860, p. 1, col. 1. También se publicó en *La América*, 24-02-1860, p. 5, col. 1 y sig.

Así, el político gaditano defiende que la unión de España y Portugal “debe ser uno de los grandes fines de nuestra vida nacional”⁶³⁷. Parte de la base de la unidad geográfica, la semejanza de idioma y la historia común, argumentos tantas veces esgrimidos por el nacionalismo ibérico, a los que añade la existencia a su juicio de “una literatura idéntica en sus aspiraciones y hasta en sus formas”⁶³⁸. Estos condicionantes estructurales, que preparaban por sí solos el terreno adecuado para la unión peninsular, había que enmarcarlos en la coyuntura del siglo XIX, en la que “la tendencia a la unidad es la ley de los pueblos en la esfera nacional”⁶³⁹, como mostraban los nacionalismos centrípetos en Alemania e Italia, además de movimientos en esa misma dirección que se estaban dando en los países escandinavos. En este contexto se pregunta Castelar “con cuánta más razón no debíamos ser Portugal y España un solo pueblo”⁶⁴⁰, y se lanza a repasar de nuevo los hechos históricos compartidos, en su característico lenguaje rimbombante y ostentoso, desde el periodo romano hasta la época de los descubrimientos, pasando por la lucha contra el poder islámico. El autor se aproxima al final de su artículo recopilando la argumentación en un párrafo que culmina, a su vez, en una de las grandes aspiraciones iberistas:

“Podemos recordar al portugués que hemos tenido una misma historia; que hemos peleado en unos mismos campos; que somos de una misma raza; que acariciamos un mismo ideal; que sus Melos y otros grandes escritores trazaron sus obras en nuestra lengua; que nuestros Calderones y nuestros Herreras cantaron a sus héroes; que la fraternidad de nuestras almas es indisoluble, porque nace de la naturaleza, y que, unidos, podemos volver a ser una de las primeras naciones de Europa.”⁶⁴¹

La elevación de una Iberia unida a la primera fila de las potencias europeas se encontraba siempre en el horizonte del pensamiento iberista, que en su forma más pura siempre trataba de plantear la unión sin acudir a la violencia, recurso también rechazado por Emilio Castelar: “Los tiempos de conquistas en los pueblos civilizados pasaron para no volver. Nosotros debemos querer de Portugal el amor, no la sumisión”⁶⁴². Por último, para cerrar su artículo, el político republicano plantea una serie de propuestas destinadas a llevar a efecto la unión hispano-portuguesa, propuestas en muchos casos ya conocidas, como la unión aduanera, el perfeccionamiento de las comunicaciones telegráficas o la

⁶³⁷ *La Discusión*, 18-02-1860, p. 1, col. 2.

⁶³⁸ *Ibíd.*

⁶³⁹ *Ibíd.*

⁶⁴⁰ *Ibíd.*

⁶⁴¹ *La Discusión*, 18-02-1860, p. 1, col. 3.

⁶⁴² *La Discusión*, 18-02-1860, p. 1, col. 4.

extensión de líneas férreas. Las manifestaciones de Castelar sobre la unión ibérica no destacan por su originalidad o por contribuir con aportaciones novedosas, sino que son significativas por el papel que el autor representaba en el espectro político español. Cuando se publican estos textos, Castelar no había cumplido los treinta años y aún no ocupaba el lugar preeminente del que disfrutaría pocos años más adelante, y sin embargo revelan la existencia de un movimiento iberista fuerte, profundo, que se había intrincado firmemente en la ideología de aquellos personajes que, llegado el caso, podrían haber contribuido sólidamente para intentar llevar a cabo el propósito de la unión.

5.4.3. Propuesta de la Sociedad Económica Matritense

Con fecha de 14 de abril de 1860, *La Época* publica una carta de la Sociedad Económica Matritense en la que esta asociación se posiciona a favor de la supresión de aranceles en el comercio entre España y Portugal. La Sociedad Económica Matritense habla en su carta del Zollverein alemán como uno de los “acontecimientos económicos más trascendentales del siglo y que más han atraído la solidaridad de los pueblos”, considerando que Portugal y España deberían seguir el ejemplo de la institución “imaginada por [Friedrich] List con un objetivo comercial y político”. No solo se alaba la obra del Zollverein alemán, sino que se enaltecen también los acuerdos comerciales entre Francia e Inglaterra o la supresión de aduanas en Italia, entre otros proyectos. La asociación filantrópica madrileña, presidida por Arturo de Marcoartú, considera que la evolución de Europa en lo referente a las fronteras “parece reclamar la supresión de las aduanas hispano-lusitanas, la libre circulación de ambos pueblos por tierra, ríos y mares de sus provincias de la Península y de Ultramar”⁶⁴³. Los proyectos de unión aduanera se van a plantear seriamente a mediados de 1860, y Marcoartú va a jugar un papel importante a este respecto. El ingeniero envía en mayo del 60 una carta al director de *La Época* en la que polemiza con el diario absolutista *La Esperanza* en torno a la cuestión del llamado Zollverein ibérico. Marcoartú estima que la unión ibérica llegará tarde o temprano, pero difiere de *La Esperanza* en cuanto a los procesos económicos que habrán de llevar a la unión. La propuesta de Marcoartú es clara: “la supresión de las aduanas interiores y la igualdad de las exteriores”⁶⁴⁴, aportando datos que demostraban cómo la legislación liberal portuguesa a este respecto no solo no había sido perjudicial para su incipiente

⁶⁴³ *La Época*, 14-04-1860, p. 4, cols. 4 y 5.

⁶⁴⁴ *La Época*, 26-05-1860, p. 1, col. 4.

industria textil, sino que incluso la había potenciado. Teniendo en cuenta ese hecho, y asumiendo que los trigos asiáticos y africanos no podrían competir con los castellanos, que seguirían siendo consumidos pese a la apertura de las fronteras económicas, Marcoartú apuesta decididamente por la unión aduanera ibérica frente al proteccionismo de *La Esperanza*.

La actividad de políticos, economistas y publicistas favorables a la unión aduanera ibérica se encuentra por esas fechas a pleno rendimiento. Pocas semanas después de publicar la carta de Marcoartú defendiendo las bondades del Zollverein ibérico, *La Época* difunde la noticia del “banquete ibérico” celebrado en Madrid y auspiciado precisamente por Arturo de Marcoartú, celebración organizada en honor a la prensa de Madrid por haber acogido de manera positiva el proyecto de unión aduanera. En dicho banquete se dieron cita reputados iberistas como Emilio Castelar, Joaquín Maldonado y Macanaz, Antonio Romero Ortiz y los diputados Cayetano Cardero, Vicente Barrantes y Práxedes Mateo Sagasta. No hubo escasez de simbología, según *La Época*:

“En el centro de la bien servida mesa había un templete alegórico que sostenía los atributos del comercio, cubiertos con las banderas española y portuguesa; en su cuerpo de coronación se veía la Riqueza, como obra de la unión aduanera, asentada sobre los ríos Miño, Duero, Tajo y Guadiana, que corren por los dos estados peninsulares, y todo tenía por remate una bandera, compuesta de los cuatro colores, azul, blanco, amarillo y encarnado, que forman la española y portuguesa, como símbolo de la bien deseada unidad ibérica-política.”⁶⁴⁵

En el banquete debieron discutirse los diferentes caminos para concordar todas las voluntades de los que peleaban por la imposición de la idea ibérica en la opinión pública, desde la demanda de unificación de títulos académicos hasta el tratado postal y la implantación y desarrollo de los ferrocarriles entre ambos países. En el nacionalismo ibérico, a estas alturas de siglo, existe ya un cierto desplazamiento de objetivos, desde los anhelos más o menos fundados de unión política hacia una estrategia más realista enfocada a la alianza de los intereses económicos, aun cuando el objetivo de la unión política siguiera flotando en la distancia.

La Iberia da especial importancia a las demandas de unión aduanera expresadas por la Sociedad Económica Matritense. En el número del 26 de abril de 1860 se dedica un texto en primera página a comentar la carta que la Sociedad dirigió a varios periódicos,

⁶⁴⁵ *La Época*, 22-06-1860, p. 4, col. 3.

mensaje claramente dirigido a colaborar en el objetivo marcado en lo alto de las agendas iberistas, enfocado además a lo que se conocía como “acercamiento” o “identidad de intereses”, que no tenía mayores implicaciones en lo político a corto plazo. Desde luego que *La Iberia* recibió dicho mensaje con agrado, calificando el proyecto de unión aduanera ibérica como “el fundamento capital sobre que descansan las liberales reformas económicas”⁶⁴⁶ que el progresismo demandaba. La demanda de la Sociedad Económica Matritense encajaba perfectamente en los planteamientos económicos defendidos por *La Iberia*, que manifestó su apoyo al proyecto en el lenguaje acostumbrado:

“Queremos, en fin, que dos hermanos que se quieren por instinto, como por la igualdad de su historia, de su geografía y de sus hábitos, no se vean separados por la inexorable madrastra, que bajo el nombre de muralla aduanera, se levanta entre estos dos cuerpos que pugnan por abrazarse. [...] [Nosotros] colocamos con preferencia nuestro ariete para descargar sus golpes uno y otro día, hasta derribar esa muralla, que impidiendo el movimiento y la actividad comercial, lastima los sentimientos y mutuos intereses de dos pueblos unidos por los lazos de la fraternidad.”⁶⁴⁷

Para el periódico de Calvo Asensio, el apoyo a la apertura de fronteras no encontraría oposición en la industria fabril, que vería reducidos los perjuicios ocasionados por el contrabando y poco había de temer un fuerte crecimiento de las importaciones portuguesas. Ciertamente, la propuesta de unión aduanera incardinaba directamente con la ideología progresista, que izaba la bandera librecambista en lucha contra el proteccionismo moderado. El reciente tratado comercial que habían firmado Inglaterra y Francia, todo un hito en la historia económica de Europa, inspiraba confianza a los defensores del librecambio.

Desde *La Iberia* se insiste en que los “hermanos de Portugal” deberían mantener la calma ante los rumores que, interesadamente a juicio del periódico, recorrían las cancillerías europeas y que apuntaban a una próxima intentona de unificación ibérica a través de la conquista, relacionada con las aspiraciones del conde de Montemolín para hacerse con el trono. El papel progresista aseguraba que, bien al contrario, en España estaba

“cada vez más arraigado el pensamiento de que la mancomunidad de intereses, de religión, de semejanza de idioma, de identidad de costumbres, de suelo y aspiraciones han de estrechar la

⁶⁴⁶ *La Iberia*, 26-04-1860, p. 1, col. 6.

⁶⁴⁷ *Ibíd.*

fraternidad que nunca debiera haberse roto entre dos pueblos llamados por mil razones a ser uno solo.”⁶⁴⁸

La propaganda nacionalista ibérica intentaba ganar espacio y contrarrestar a sus contrarios, vendiendo ideología más que información. Una carta del corresponsal del diario en Lisboa, ciudadano portugués, apuntalaba la posición del periódico frente a meros rumores que se rechazaban por falsos y parciales, advirtiendo no obstante del rechazo que en Portugal, según él, se sentía “instintivamente” hacia España⁶⁴⁹. Los murmullos sobre supuestos planes anexionistas continuarían hasta final de año. En el ejemplar del 2 de diciembre, la correspondencia peninsular de *La Iberia* llega desde Lisboa afirmando que en esa capital corre un folleto alertando de una próxima invasión militar española, noticia calificada por el diario de Calvo Asensio como “absurda” y “alarmante”. Los redactores del diario progresista alzan una vez más la voz y manifiestan su rechazo total al uso de la fuerza como medio para conseguir la unión ibérica, proyecto que no obstante siguen defendiendo con firmeza:

“[en Portugal] no hemos visto nunca más que un pueblo hermano, y respecto del que jamás hemos tenido otro deseo que el de estrecharnos por los lazos que impone el amor, el progreso y la libertad. Una preponderancia recíproca, un lazo de intereses comunes, una aspiración de nuestro engrandecimiento: he ahí lo que nosotros queremos que sean en lo porvenir las dos naciones que se llaman hoy España y Portugal como podrían llamarse mañana Confederación Ibérica.”⁶⁵⁰

El registro de *La Iberia* en este párrafo refleja un desprendimiento a la hora de hablar de la propia patria que no ha sido nunca muy común, revelando un profundo sentimiento iberista al considerar perfectamente intercambiable algo tan sagrado como el nombre de la tierra natal, asumiendo además la forma confederal, postulado inusual en la historia política peninsular. El corresponsal de *La Iberia* afirma, sin embargo, que a pesar de la exageración y las falsedades del mencionado rumor, el folleto favorecía “la causa del iberismo, pues es indudable conviene se la combata para fijar sobre él la atención de todos”⁶⁵¹, haciendo buena aquella cita atribuida a Oscar Wilde que afirma que lo importante es que hablen de uno, aunque sea mal. La discusión sobre el particular llevaría a españoles y portugueses a darse cuenta de las bondades del proyecto y a apoyar sinceramente la unión ibérica, que solo podría nacer de la aprobación general.

⁶⁴⁸ *La Iberia*, 01-05-1860, p. 3, col. 1.

⁶⁴⁹ *La Iberia*, 01-05-1860, p. 3, col. 2.

⁶⁵⁰ *Ibíd.*

⁶⁵¹ *La Iberia*, 02-12-1860, p. 2, col. 6.

Desde las páginas de *La Esperanza* se lanza una fuerte invectiva contra los proyectos librecambistas de la Sociedad Económica Matritense, que a juicio de Luis del Barco, autor del texto, “traería en pocos años la abdicación de nuestra independencia y la ruina de nuestra riqueza, convirtiendo a la España en Portugal”⁶⁵², es decir, convirtiendo a España en una colonia comercial inglesa de facto. Este razonamiento es apoyado por datos y argumentaciones muy sólidas, que plantean una hipotética situación futura de librecombinio entre España y Portugal en la que la agricultura y la escasa industria española terminarían en la ruina en pocos años⁶⁵³. Luis del Barco establece, sin embargo, una postura favorable a la unión aduanera peninsular en base a los criterios proteccionistas que dominan el pensamiento conservador de la época: “Si Portugal levantase los aranceles para la importación extranjera de modo que fueran igualmente protectores que los nuestros y nos garantizase su cumplimiento, no tendríamos reparo en suprimir las aduanas fronterizas”⁶⁵⁴. Se observa aquí una postura claramente favorable a la unión aduanera, considerada por los iberistas, como ya se ha visto, paso fundamental para iniciar un progresivo acercamiento hispano-portugués a todos los niveles. Evidentemente estas líneas no implican que el redactor ni, por extensión, *La Esperanza*, puedan ser considerados sin más partidarios del nacionalismo ibérico. De hecho, la mayoría de artículos, sueltos y noticias de este periódico van en dirección contraria, y sin embargo se observan afirmaciones en favor de una comunión de intereses económicos entre España y Portugal.

A finales de mayo de 1860 hay de nuevo noticias de Arturo de Marcoartú. El ingeniero vizcaíno tomaba la palabra en las páginas de *La Iberia* para replicar al absolutista *La Esperanza*, que como se acaba de repasar era opuesta a ciertos aspectos de la unión aduanera peninsular propuesta por la Sociedad Económica Matritense, presidida por él. Coincidiendo con *La Iberia* en presentar como propaganda carlista-miguelista los rumores que hablaban de una posible unión por conquista, Marcoartú afirma defender únicamente medios “legítimos” para culminar la fusión hispano-portuguesa, abundando así en la tradición del nacionalismo ibérico más honesto. La solución que proponía esta

⁶⁵² *La Esperanza*, 10-05-1860, p. 2, col. 3.

⁶⁵³ *La Esperanza*, 12-05-1860, p. 1, col. 3.

⁶⁵⁴ *La Esperanza*, 10-05-1860, p. 2, col. 2.

sociedad era “la supresión de las aduanas interiores y la igualación de las exteriores”⁶⁵⁵, ante lo que se había opuesto *La Esperanza*. A lo largo de más de dos columnas, Arturo de Marcoartú argumenta por qué la solución por él propuesta era la correcta, la que debería tomarse para emprender con éxito el camino de la unión económica, que abriría a su vez la vía para la unión política. El autor arremete, con un argumento tan sencillo como brillante, contra lo que los proteccionistas presentaban como intereses nacionales, que no eran más que “intereses de los menos; los que son intereses antinacionales”⁶⁵⁶.

A continuación, Marcoartú desmonta las afirmaciones de *La Esperanza* sobre la supuesta ruina que el libre comercio con Inglaterra había llevado a Portugal, afirmando la falsedad de las cifras presentadas por el diario católico (por ejemplo, en cuanto a la disminución de la población) y presentando los datos que el ministro de Hacienda portugués había defendido ante la cámara de diputados de Lisboa, según los cuales los rendimientos aduaneros de Portugal eran proporcionalmente mucho más altos que los de España⁶⁵⁷. El artículo finaliza con un ataque dirigido a la base ideológica de *La Esperanza*. El autor apela a las bases igualitarias del cristianismo, contrarias en sus principios a lo que manifestaba el diario proclamado católico, que defendía el proteccionismo. El ingeniero y economista realiza una analogía entre progreso y cristianismo auténtico, porque “para amarnos como hermanos envió Dios al hombre el don de la palabra, el viento, la brújula, el vapor y la electricidad sin distinción de castas, de razas ni de climas”⁶⁵⁸. Así, el proteccionismo es una doctrina contraria a la religión verdadera que decía defender *La Esperanza*. Vemos una nueva disputa entre librecambistas y proteccionistas en el marco de la discusión sobre la unión de Portugal y España. El proyecto iberista atraviesa por entonces la discusión política española y llega más allá de su ámbito que podría considerarse como natural, afectando al debate en otros muchos aspectos, entre los que se encontraba el enfrentamiento entre progresistas y conservadores de cara a la organización económica y arancelaria del país.

Respecto a la recepción que se le dio al proyecto de la Sociedad Económica Matritense en Portugal, se puede tomar una muestra analizando una carta firmada por un

⁶⁵⁵ *La Iberia*, 27-05-1860, p. 2, col. 4.

⁶⁵⁶ *Ibíd.*

⁶⁵⁷ *La Iberia*, 27-05-1860, p. 2, col. 5.

⁶⁵⁸ *La Iberia*, 27-05-1860, p. 2, col. 5.

tal J. R. Blanco, quien según *La Iberia* fue un banquero español que estaba establecido en Lisboa “desde hace cuarenta años”. El susodicho afirmaba que la unión aduanera no era algo útil, sino necesario, y que para lograrla habría primero que propagar sus futuros beneficios, tarea que habría de ser encomendada en primer lugar a la prensa periódica, institución que se observa de nuevo como instrumento central de la propaganda político-económica. Para el banquero español, “no hay un solo portugués de mediano juicio que no conozca la inutilidad de sus aduanas fronterizas”⁶⁵⁹, pese a lo cual la idea no había sido capaz de arraigar debido a las vicisitudes políticas de Portugal y a la fallida orientación de España en política internacional a este respecto. Asimismo, aplicar la unión aduanera borraría de un plumazo, convirtiéndolo en absurdo, el contrabando. Es significativo que *La Iberia* publicara un testimonio favorable a la unión ibérica proveniente de un español establecido hacía tantos años en Portugal, que veía al país luso como propio pero que, de un modo u otro, seguía siendo y sintiéndose español.

La Discusión, pese a su filiación democrática, tenía puntos en común con el progresismo español. El diario de Nicolás María Rivero era un firme defensor del liberalismo en materia de aranceles, oponiéndose así al proteccionismo de los conservadores. La reforma aduanera portuguesa de 1860 supuso un giro decisivo en la política económica del gobierno de Lisboa, que apostaba decididamente por la liberalización de su economía. La rebaja de los aranceles es celebrada por *La Discusión* como “un nuevo triunfo de la libertad, una nueva conquista de la democracia”⁶⁶⁰, en un artículo que aprovecha la coyuntura para demandar medidas similares al gobierno español. Junto con la ausencia de libertad política real, el rechazo secular de los diferentes ministerios españoles a adoptar medidas económicas librecambistas había condenado al país a un atraso que hacía

“completamente imposible la unión de los dos pueblos de la península Ibérica. [...] Si España siguiera el ejemplo de la nación vecina; si nuestros gobernantes se propusieran con empeño el engrandecimiento del país; si atinaran con los medios de conseguirlo; si lejos de restringir la libertad hasta sofocarla, trataran de estimular sus legítimas manifestaciones, entonces, asimilándose los dos pueblos por sus instituciones, como se encuentran asimilados por sus razas, por su origen, por sus tradiciones, por su posición geográfica, y hasta por su lenguaje, la unión vendría natural e inevitablemente.”⁶⁶¹

⁶⁵⁹ *La Iberia*, 29-05-1860, p. 3, col. 1.

⁶⁶⁰ *La Discusión*, 22-08-1860, p. 1, col. 4.

⁶⁶¹ *La Discusión*, 22-08-1860, p. 1, col. 5.

La unión ibérica habría de ir aparejada al triunfo del liberalismo y de la democracia. Se presentan ambos acontecimientos como fenómenos que se retroalimentaban, y para *La Discusión* no era posible imaginar el uno sin el otro. El diario de Rivero lamentaba el fuerte contraste que, a su juicio, existía a esas alturas de siglo entre la situación política de España y la de Portugal, estando esta última mucho más acorde con las expectativas de los demócratas. Los portugueses no estarían dispuestos en absoluto a renunciar a sus libertades a cambio de unirse con un país más grande, sí, pero en manos de gobiernos “reaccionarios”⁶⁶².

5.4.4. Iberismo en publicaciones culturales

La influencia del nacionalismo ibérico en la sociedad española del momento era suficiente para hacerse notar fuera de los ámbitos puramente políticos. Así, también en publicaciones culturales se encuentran menciones y comentarios sobre los proyectos de unión ibérica o sobre supuestos escenarios futuros en los que España y Portugal conformarían un solo Estado. Un ejemplo es *El Museo Universal*, principal revista ilustrada española entre los años de 1857 y 1869, cuando se transforma en *La Ilustración Española y Americana*, publicación que continuará su aventura hasta 1921. Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, *El Museo Universal* aparece el 15 de enero de 1857 como revista bisemanal (a partir de 1860 su periodicidad será semanal) en números de ocho páginas y a tres columnas. Subtitulado “periódico de ciencias, literatura, artes, industria y conocimientos útiles” e “ilustrado por los mejores artistas españoles con multitud de láminas y grabados”, su fundador fue el catalán establecido en Madrid José Gaspar Maritany, asociado con el también catalán Gaspar Roig Oliveras.

Tienen cabida en *El Museo Universal* artículos variados, sobre todo de temática cultural pero también costumbrista, histórica o de creación literaria, con firmas como las de Pedro Antonio de Alarcón, José Zorrilla, Emilio Castelar, Francisco Pi y Margall o Manuel del Palacio, entre otros. Gustavo Adolfo Bécquer, protegido por el gobierno, se haría cargo de la dirección literaria en 1866, publicando en la cabecera algunas de sus *Rimas* y siendo también autor de la sección titulada “Revista de actualidad” o “Revista de la semana” (Seoane, 1983: 260). Ventura Ruiz de Aguilera le sucede en ese puesto

⁶⁶² *Ibíd.*

hasta que tras la Gloriosa se hace cargo del puesto Francisco Giner de los Ríos. Los textos publicados en *El Museo Universal* se acompañaban de grabados en madera, dotando a la publicación de un carácter gráfico, no ya meramente ilustrado, pionero para la época en España (Seoane, 1983: 219). Está considerada una escuela de grabadores, entre los cuales destacó entre los demás Bernardo Rico. La temática tratada por los grabados fue, como en el caso de los artículos, muy variada: retratos, tipos costumbristas, paisajes, escenas populares o alegorías configuraban la oferta de la revista.

El Museo Universal publica su último número el 28 de noviembre de 1869, tras ser adquirida por el editor Abelardo de Carlos, quien refunde la cabecera y la sustituye por *La Ilustración Española y Americana*. Esta revista, siguiendo el modelo de otras publicaciones ilustradas europeas, va a profundizar y amplificar el camino abierto por su predecesora, y será considerada durante su existencia como la revista ilustrada de más calidad publicada en España. Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, Abelardo de Carlos dirigirá la revista hasta 1881, cuando lo sustituye su hijo, Abelardo José de Carlos y Hierro. En sus páginas escribieron grandes firmas como Juan Valera, Valle-Inclán o Miguel de Unamuno, y publicaron dibujantes como el propio Bernardo Rico, Juan Comba, José Luis Pellicer y otros muchos.

La primera referencia iberista en las páginas de *El Museo Universal* está firmada por un joven Manuel Murguía. Su texto titulado “Camoens y sus Rimas”, primero de una serie de tres artículos en el que glosa y comenta la producción lírica del genio, comienza afirmando la identidad ibérica de la nacionalidad portuguesa, pese a la larga animadversión, el recelo y el desconocimiento abonado por más de dos siglos de separación, condicionantes sociales que según Murguía estaban empezando a desaparecer:

“Al constituirse la nacionalidad portuguesa, al desgajarse del árbol ibérico la más florida de sus ramas, Portugal, parece que ambos pueblos quisieron romper por completo sus relaciones, [...] Pero al fin, en estos tiempos en que todas las naciones tienden a ensanchar la esfera de sus alianzas, de pueblo a pueblo, un sentimiento de vivo amor se ha despertado entre España y Portugal, y creemos que cercano está el día en que los lazos de una fraternal unión rompa para siempre, hasta donde sea dable, esas fronteras que intereses mal entendidos y funestos odios, se complacieron en hacer más marcadas y más intolerables.”⁶⁶³

⁶⁶³ *El Museo Universal*, 18-11-1860, p. 3, col. 3.

Al acercamiento del que habla el escritor gallego iban a contribuir artículos como el suyo, encargados de difundir en España importantes hitos de la cultura ibérica a los que no se había prestado especial atención al este de la Raya. Como el propio Murguía resaltaba, todo español medianamente culto conocía “Os Lusíadas”, pero pocos hablaban de las “Rimas varias” de Camões. Murguía las ensalza en su artículo, en el que incluye algún soneto en castellano⁶⁶⁴.

El rechazo del iberismo progresista a toda forma de conquista iba más allá del mero hecho de la invasión militar, sino que alcanzaba también una oposición contundente a cualquier plan de fusión hispano-portuguesa en colaboración con Francia o Inglaterra, según el cual estas potencias obtendrían beneficios territoriales a cambio de apoyo militar, económico y/o propagandístico a los planes iberistas. Los rumores en torno a estos planes aparecían de forma regular y se merecían el rechazo de *La Iberia*, ejemplificado una vez más hacia finales de 1860 cuando analizaba los mencionados rumores y coincidía con *El Pueblo* en considerar que “la unión de España y Portugal se realizará sin duda; pero ni los portugueses ni los españoles suscribiremos a hacerlo con deshonor, ni con el protectorado inútil de ingleses ni franceses”⁶⁶⁵.

A finales de 1860 se encuentra una interesante observación en torno al iberismo en las páginas de *El Mundo Pintoresco*, revista dominical ilustrada que, según refiere el catálogo de la Biblioteca Nacional, fue dirigida y editada por Juan José Martínez desde abril de 1858 y que tendría corta vida, ya que en 1861 sería absorbida por la también ilustrada *El Mundo Militar*. El artículo que aquí interesa lo escribe Gumersindo Laverde, escritor, filósofo y mentor de Marcelino Menéndez Pelayo. Laverde firma la crítica de los “Monumentos arquitectónicos de España”, publicación que supuso uno de los intentos más destacados de nacionalización popular a mediados del siglo XIX en España, intentando proceder a la construcción de un imaginario colectivo a través de la arquitectura nacional. El origen de los “Monumentos arquitectónicos de España” está en los viajes que la Escuela de Arquitectura de Madrid organizaba para estudiar el pasado monumental español y realizar un inventario de los hitos más destacados del mismo. A partir de 1856, el Ministerio de Fomento financia estos viajes y comienza a publicar sus resultados en una obra ilustrada, con el objetivo de crear una memoria nacional en el

⁶⁶⁴ *El Museo Universal*, 18-11-1860, p. 6, col. 1.

⁶⁶⁵ *La Iberia*, 28-11-1860, p. 2, col. 3.

terreno de la arquitectura⁶⁶⁶. Todo un ensayo de nacionalización popular, al introducir en el imaginario ciudadano una imagen más o menos homogénea de los que estaban considerados como edificios representativos de un pueblo, de una raza, de un país, de la nación española, en definitiva.

El artículo de Gumersindo Laverde, del mismo título que la obra comentada, se publica en dos números diferentes y constituye una alabanza al proyecto encarnado en los “Monumentos arquitectónicos de España”. El núcleo del texto, sin embargo, lo conforma una serie de propuestas que Laverde plantea a los autores para incrementar la difusión de su obra, como la edición por separado en castellano y francés para una distribución más económica o un cambio en el método de ordenación geográfica de los monumentos registrados, por considerar Laverde que la división provincial era inadecuada, en tanto en cuanto “no descansa en principios científicos, sino en conveniencias administrativas”⁶⁶⁷, cuestión esta en la que el autor se va a centrar más adelante. Pese a la crítica, el autor considera que la obra es de gran valor, por lo que reclamará al gobierno la aplicación de una acción semejante no solamente en el terreno de la arquitectura, sino también en el decisivo de la historia, y además aplicado al conjunto peninsular. *El Mundo Pintoresco* se hace partícipe y aconseja desde sus páginas al gobierno que ponga en marcha “un sistema completo de publicaciones que comprenda toda la historia científica, literaria y artística de nuestra patria”⁶⁶⁸. Lo que Laverde y *El Mundo Pintoresco* están demandando es, pues, el emprendimiento de un proceso de nacionalización profunda del pueblo español de manera análoga a los que se habían puesto en marcha en otros países europeos. Laverde comprende que el Estado moderno necesitaba, para optimizar su funcionamiento, una completa implicación de todos los actores individuales en un proyecto común, aquel que debía idealizarse en la nación. Pero el ideal nacionalizador de Gumersindo Laverde no se frena en la frontera oeste.

En la segunda parte de su crítica, la que aquí más interesa, Laverde brinda una observación de España y Portugal considerados como unidad. Para el autor, no tendría sentido considerar a la península Ibérica como un todo en la época romana y durante los

⁶⁶⁶ Más información y referencias en el informe de la Real Academia Española sobre la obra. Disponible en http://www.rae.es/sites/default/files/Monumentos_Arquitectonicos_de_Espana.pdf [Consultado el 18 de enero de 2011]

⁶⁶⁷ *El Mundo Pintoresco*, 02-12-1860, p. 7, col. 3.

⁶⁶⁸ *El Mundo Pintoresco*, 02-12-1860, p. 7, col. 2.

siglos de conflicto cristiano-musulmán para después olvidarse de la arquitectura portuguesa, únicamente por considerar la separación dinástica como hecho imborrable y no como suceso contingente. Es en este punto donde Laverde hace ver su creencia en la posibilidad de un éxito del nacionalismo ibérico:

“Si, como aparece en el siglo XIX la obra de que tratamos, hubiese aparecido en el XV, poco antes de casarse los Reyes Católicos, escrita desde ese punto de vista estrecho y mezquino de la política vulgar, ¿no es evidente que al poco tiempo habría quedado inutilizada por efecto de la unión de los dos reinos de Aragón y Castilla? Y ¿tan imposible es que un caso análogo se verifique en días quizá no distantes? ¿tan pocas probabilidades tiene de convertirse en hecho la idea de unión ibérica, realizada un día por Felipe II, y proclamada en estos últimos tiempos, como convenientísima y aun necesaria, por los más famosos publicistas de todos los partidos, desde Donoso Cortés hasta Castelar?”⁶⁶⁹

El autor plantea la puesta en marcha de una visión panorámica, una visión en gran angular de la península Ibérica como un conjunto trascendente y permanente en el proceso histórico universal, más allá de circunstancias accidentales basadas en caprichos políticos, dinásticos o diplomáticos. Laverde piensa que el movimiento general de los pueblos, levantados por “el gran principio de las *nacionalidades*”⁶⁷⁰, era tendente a la unificación progresiva, lo que allanaba el camino a los partidarios de la unión hispano-portuguesa. Como se ha mencionado antes y se demuestra al analizar su artículo, el ideal nacionalizador de Gumersindo Laverde no se ciñe a España, sino que incluye a “todos los miembros de la familia ibérica”⁶⁷¹, a los que habría que acostumbrar

“a considerarse solidarios en su geografía y en su historia, así como en sus grandes intereses, haciéndoles ver que se completan recíprocamente, y que aislados, no tienen razón de ser en el plan trazado a la humanidad por la divina Providencia. [...] Mas aun concediendo que todos estos deseos y esperanzas de unión ibérica sean puras ilusiones, ¿qué inconveniente habría en escribir la historia de la Península –tanto la eclesiástica y política, como la científica y la artística– a la luz del principio unitario, cual han escrito la suya los italianos y alemanes, prescindiendo de su accidental fraccionamiento en estados diferentes? Ninguno.”⁶⁷²

La ideología nacionalista ibérica estalla de pleno en estas líneas, que cubren una idea práctica de puesta en marcha de un movimiento nacionalizador a través de la investigación histórica como casi ningún otro autor nos ofrece. La base de la que parte Laverde es clara: la geografía, plataforma que se establece como permanente frente a los vaivenes de la coyuntura política. Esta idea la repite el autor en varias ocasiones y la

⁶⁶⁹ *El Mundo Pintoresco*, 09-12-1860, p. 2, col. 2.

⁶⁷⁰ *Ibíd.* En cursiva en el original.

⁶⁷¹ *El Mundo Pintoresco*, 09-12-1860, p. 2, col. 3.

⁶⁷² *Ibíd.*

justifica a lo largo de varias líneas, constituyéndola así en germen de toda su argumentación. En la parte final de su artículo, Gumersindo Laverde consagra el papel de la tradición como elemento configurador del carácter presente de las naciones: “La tradición es quien nos da principalmente el sentido de la grandeza y del progreso”⁶⁷³. El progreso se tenía que apoyar necesariamente en aquello que fue construido en el pasado. Por ello, para preparar un futuro adecuado a las gloriosas tradiciones españolas, las administraciones públicas deberían trabajar en la dirección de consolidar un proyecto nacional fundado en la creación de una cosmovisión histórica común.

5.4.5. Distanciamiento de los moderados

La defensa de la dinastía borbónica frente a las amenazas procedentes de otros sectores políticos se convierte en la razón básica y fundamental esgrimida por *La España* para oponerse a la unión política de España y Portugal, un “desvarío de los partidos revolucionarios”⁶⁷⁴. Esto se vuelve a confirmar tras leer una crítica de una columna del periódico francés *L’Opinion Nationale*, que se mostraba favorable a que la península Ibérica siguiera el mismo camino que la península Itálica, con una pequeña diferencia. En el caso ibérico, el Estado grande debía dejarse absorber por el pequeño. Así, *L’Opinion Nationale* estaría presentando como un medio para alcanzar la unión ibérica —la expulsión de los Borbones— lo que en realidad para ellos sería un fin. *La España* reacciona indignada ante estas afirmaciones y se queja de que el gobierno español no tome medidas frente a las provocaciones de la prensa francesa del mismo modo que haría París si la prensa española ofendiera a Napoleón III. Parece que diario “ultramoderado” se tomaba en serio su papel de defensor a ultranza de la monarquía isabelina y estaba dispuesto a pelear cualquier batalla con tal de guardar el honor de la reina.

En la década de los 60 también se comienza a observar en los escritos de *La Época* un cierto distanciamiento respecto a escritos más apasionados publicados diez años antes. Se pueden leer en enero de 1861 unas líneas firmadas por Joan Mañé y Flaquer en el *Diario de Barcelona* y reproducidas por *La Época*:

⁶⁷³ *El Mundo Pintoresco*, 09-12-1860, p. 3, col. 3.

⁶⁷⁴ *La España*, 11-01-1861, p. 2, col. 5.

“Por nuestra parte estamos persuadidos de que ni los portugueses tienen grandes deseos de ser españoles ni los españoles de ser portugueses; y de que si un día se realiza la unión ibérica, este acontecimiento ha de ser obra del tiempo, de las relaciones más frecuentes que asimilarán nuestras costumbres, nuestros intereses, nuestras leyes, hoy tan distintas, y sobre todo, importa que se haga de una manera pacífica y conforme a derecho, pero nunca revolucionariamente.”⁶⁷⁵

El redactor de *La Época* que transcribe las líneas de Mañé y Flaquer afirma que “nada podríamos nosotros añadir” a lo expresado por el escritor catalán. La voluntad del diario de la alta burguesía, pues, sigue siendo positiva de cara a la unión de Portugal y España, rechazando por supuesto cualquier veleidad revolucionaria, pero ya no se demanda tan fervientemente como antaño y de hecho se observan ciertas dudas respecto a los “deseos” de uno y otro pueblo sobre la cuestión. Lo que prevalece sin ningún género de dudas en la orientación ideológica de *La Época* es su defensa a ultranza de la institución monárquica en la persona de Isabel II. A cada rumor sobre una posible unión ibérica por encima de los Borbones salía al paso el diario de Diego Coello para mostrar su oposición.

Por estas fechas entra en escena *El Contemporáneo*, periódico diario representante de las tendencias más ortodoxas del moderantismo (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 94) que, según recoge el catálogo de la Biblioteca Nacional, fue fundado por iniciativa del marqués de Salamanca con el objetivo de combatir a O'Donnell y su Unión Liberal. En la arena periodística ocupa el hueco dejado por *El León Español*, siendo publicado entre el 20 de diciembre de 1860 y el 31 de octubre de 1865, cuando se refunde con *La Política* y reorienta su postura ideológica para sintonizarla con la Unión Liberal que hasta entonces había combatido (Seoane, 1983: 258). Fue dirigido por el periodista y político José Luis Albareda, y en las filas de su redacción formaron unos jóvenes Gustavo Adolfo Bécquer y Juan Valera. Sus ejemplares de cuatro páginas eran ocupados por un editorial y la sección doctrinal al comienzo, seguidas de secciones de noticias del extranjero, de provincias y de Madrid. También se publicaban crónicas parlamentarias o cotizaciones bursátiles, dejando sitio asimismo para las secciones de variedades, espectáculos, el folletín y los anuncios comerciales.

Las primeras menciones sobre los proyectos de unión ibérica en las páginas de *El Contemporáneo* se encuentran en 1861, cuando reproduce –sin agregar comentario alguno– sueltos de carácter informativo y no doctrinal publicados en otras cabeceras,

⁶⁷⁵ *La Época*, 11-01-1861, p. 2, col. 3.

como *El Constitucional*, defensor de la Unión Liberal, o *El Español de Ambos Mundos*⁶⁷⁶, también partidario de O'Donnell y publicado en Londres. A lo largo del mes de marzo de aquel año, *El Contemporáneo* transcribe en su sección de crónica parlamentaria las intervenciones de los diputados en torno a la unificación de Italia, acontecimiento que tuvo implicaciones directas en el debate iberista. Se certifican posturas favorables a la unión ibérica en personajes como Antonio Romero Ortiz o Salustiano Olózaga, mientras que gente como Mena y Zorrilla o Figueroa observan los proyectos iberistas con cierto rechazo o distanciamiento.

Así, en el mismo mes de enero de 1861 corrían por Madrid informaciones referidas al supuesto “empeño que se pone en popularizar en Francia y en Inglaterra la idea del destronamiento general de los Borbones”⁶⁷⁷, lo que supondría a las dos grandes potencias europeas una ampliación de sus posesiones coloniales, a cambio de lo cual habrían de apoyar la creación de un solo Estado ibérico, del mismo modo que el gobierno de Napoleón III estaba apoyando la creación de un solo Estado italiano a trueque de nuevas provincias. Tanto Inglaterra como Francia, según las mencionadas informaciones⁶⁷⁸, estarían profundamente interesadas en las posesiones españolas del norte de África, así como en las islas Baleares. Más allá de la veracidad o no de estos rumores, lo interesante es comprobar cómo la integridad del trono español en la familia Borbón era para *La Época* un proyecto infinitamente más importante que el apoyo a una hipotética unión hispano-portuguesa, mucho menos una unión a cualquier precio. De cualquier modo, *La Época* se cuida mucho de acabar con toda pretensión de veracidad en las mencionadas informaciones, dándoles validez y al tiempo afirmando que eran erróneas, argumentando que el gobierno de Londres nunca permitiría la unión ibérica mientras Portugal siguiera siendo “un inmenso almacén de los géneros ingleses”. Además, según el periódico de Coello, estaba fuera de duda que el pueblo español mantenía la fiereza y el valor de 1808 y no consentiría en ningún caso una invasión extranjera.

⁶⁷⁶ *El Contemporáneo*, 12-01-1861, p. 2, col. 2; *El Contemporáneo*, 24-01-1861, p. 2, col. 1.

⁶⁷⁷ *La Época*, 19-01-1861, p. 2, col. 3.

⁶⁷⁸ Informaciones que habrían sido publicadas, nunca confirmadas, en la correspondencia de un periódico que no se nombra.

En marzo de 1861 se encuentra un breve artículo sobre la cuestión ibérica en la primera página de *El Constitucional*, diario partidario de O'Donnell, en el que se afirma la condición esencialmente volitiva que encierra la constitución de las naciones, frente a concepciones organicistas:

“Lejos de nosotros la pretensión de que la identidad de origen y de historia, la analogía de costumbres, la mancomunidad de tendencias e intereses, la igualdad de religión, la semejanza de idiomas y la circunstancia de hallarse encerrados por la naturaleza dentro de los mismos límites topográficos sean suficientes motivos para legitimar la fusión en una sola autonomía de dos Estados que gozan cada cual de la suya propia. [...] Nada de anexiones que no se verifiquen espontáneamente, naturalmente, por el común acuerdo de los pueblos que han de fundirse en uno solo.”⁶⁷⁹

Así, la postura de este periódico es sumamente nítida: niega la clásica argumentación iberista, que esgrimía una serie de factores objetivos como razones supremas para la unión de Portugal y España. Desde *El Constitucional*, por el contrario, se apela al “común acuerdo de los pueblos” y se niega validez a la “pretensión” objetivista. En todo caso, este diario se declara partidario de la unión, o más bien de la absorción portuguesa, como se verá a continuación, por estimar provechosas las consecuencias que traería en cuanto a reforzamiento interior y exterior de ambos países. Respecto a los futuros beneficios de una Iberia unida, *El Constitucional* considera que Portugal saldría mejor parado que España, ya que esta “sin Portugal, puede ser una de las naciones más poderosas; Portugal, no perteneciendo a España, nunca será más que un Estado insignificante”⁶⁸⁰. Es en esta última frase donde se deja notar el posicionamiento, diríamos hoy, imperialista, de este diario respecto a las posibilidades de culminar la unión ibérica. Desde la óptica de *El Constitucional*, Portugal sería parte dependiente de España, pasaría a pertenecer a ella. Este planteamiento revela una actitud más cercana al españolismo agresivo que al iberismo de corte armonizador y renovador.

5.4.6. La influencia de la unificación italiana

Tras más de un año sin noticias del proyecto iberista en las páginas de *El Clamor Público* podría pensarse que la idea había caído en desgracia o que simplemente había sido olvidada como una moda pasajera. Pero el flujo y reflujo del iberismo en la prensa política española obedece más a cuestiones de actualidad que a cuestiones ideológicas.

⁶⁷⁹ *El Constitucional*, 28-03-1861, p. 1, col. 2.

⁶⁸⁰ *El Constitucional*, 28-03-1861, p. 1, col. 3.

La aspiración a la unión de Portugal y España sigue ahí, pero ha de ser descubierta por acontecimientos externos más que por una voluntad naciente de los propios interesados. Las discusiones sobre el modelo político español siguen centrando la inmensa mayoría de los debates periodísticos del momento: todos los temas se subordinan al enfrentamiento entre conservadurismo y progresismo. Los acontecimientos sociales, civiles o políticos que suceden en el mundo se interpretan casi siempre a través de la lente deformadora del debate político español.

Así, en marzo de 1861 está a punto de completarse la unificación italiana, cuestión que desde el progresismo español se define en dos direcciones: las bondades del liberalismo frente a la tradición conservadora y la posibilidad de culminar un proyecto parecido en suelo ibérico. Sin embargo, estas dos interpretaciones vienen a derivar en una sola, que es la necesidad, según los progresistas, de acabar con el gobierno de la Unión Liberal. Práxedes Mateo Sagasta, por entonces diputado raso y redactor de *La Iberia* de Calvo Asensio, menciona el asunto en las Cortes, de lo cual se hace eco *El Clamor Público*. Sagasta manifiesta que los objetivos del gobierno en política exterior deben ser tres: la unificación de la península Ibérica (incluyendo Gibraltar), el “influjo” en África y la “unión de nuestra raza” en América⁶⁸¹. En cuanto a la unión hispano-portuguesa, Sagasta afirma que “no hay español que no desee que la península ibérica constituya siempre una misma nacionalidad”, y esgrime tanto razones socio-históricas (pasado común, misma raza) como motivos prácticos (contrapeso a las demás potencias europeas)⁶⁸². Dos días más tarde, el también diputado progresista Salustiano Olózaga defiende el sufragio universal y apela al servicio que podría prestar esta forma de voto para realizar “el gran pensamiento de la unidad de la Península Ibérica”, que serviría para “restablecer el equilibrio algo destruido por la unidad italiana”⁶⁸³.

La unificación de Italia tuvo profundas repercusiones en la vida política española, no solo por la reestructuración del mapa europeo y los consiguientes cambios imprescindibles en política exterior, sino también por el carácter liberal del proceso⁶⁸⁴.

⁶⁸¹ *El Clamor Público*, 07-03-1861, p. 1, col. 5.

⁶⁸² *Ibíd.*

⁶⁸³ *El Clamor Público*, 09-03-1861, p. 2, col. 3.

⁶⁸⁴ Para profundizar en lo relativo a las relaciones culturales entre liberales italianos y portugueses en el siglo XIX conviene consultar la tesis doctoral de Francesca Di Giuseppe (2010), que combina, por un lado, el análisis de la influencia que tuvo el Risorgimento italiano en los proyectos de unificación ibérica y, por otro lado, la cuestión ibérica vista desde Italia en una perspectiva de política exterior.

Hay que recordar que Vittorio Emanuele fue coronado rey “por la gracia de Dios y la voluntad de la nación”, contando además con el importante matiz de ser rey de Italia y no de los italianos. Ciertos sectores políticos españoles veían con temor los acontecimientos italianos, teñidos de liberalismo, y así se manifiesta en una contestación del diputado José Lorenzo Figueroa al demócrata Nicolás María Rivero. Para Figueroa, las potencias europeas no consentirían la unión ibérica y, además, “¿por qué aprobar una política que viola todos los principios y despoja a los parientes de S.M. de sus derechos legítimos?”⁶⁸⁵. Se concibe el modelo italiano como un peligro para los reyes, que han de ceder sus derechos a la nación. Esto es inaceptable para los monárquicos en España, que por esta razón niegan su apoyo a la unión ibérica, aun cuando esta había sido planteada en términos de unión dinástica por algunos de sus defensores, como se ha visto.

5.4.6.1. Ecos iberistas en Portugal

El sobresalto que supuso la unificación de Italia resuena también en Portugal, tal y como demuestra una noticia de *El Clamor Público* fechada ese mismo mes de marzo de 1861. El éxito del proceso italiano, certificado oficialmente con la proclamación de Vittorio Emanuele II como rey el 17 de marzo, dispara las ilusiones de los iberistas portugueses, que se manifiestan en Lisboa. Una reseña del conservador *La Época*, reproducida por *El Clamor Público*, carga la cuenta de las “agitaciones” pro-ibéricas a sectores “anti-católicos” y “socialistas”. El periódico conservador no solo relaciona los acontecimientos sucedidos en Lisboa con el éxito de la unidad italiana, sino también con las intervenciones en el Congreso de diputados favorables a la unión ibérica como Olózaga, Sagasta o Rivero. Según *El Clamor Público*, las acusaciones de *La Época* contra los partidarios de la unión ibérica son falsas, ya que los manifestantes “se dirigieron a la casa del mariscal Saldanha, dieron vivas en favor de la *Unión ibérica*, y el ex-presidente del Consejo [...] declaró que siempre había formado ardientes votos por la *Unión ibérica*”⁶⁸⁶. El aparente conflicto entre las informaciones de *El Clamor Público* y *La Época* no es tal: que los manifestantes fueran de tendencia anti-católica y/o socialista, como afirma el diario conservador, o que simplemente buscaran el apoyo del veterano mariscal Saldanha, como asevera el papel progresista, no es un aspecto clave sino desde el punto de vista del estrato social en el que se fundamentaba el iberismo. Lo que esta

⁶⁸⁵ *El Clamor Público*, 13-03-1861, p. 2, col. 2.

⁶⁸⁶ *El Clamor Público*, 21-03-1861, p. 1, col 5 y sig. En cursiva en el original.

noticia viene a confirmar es que la idea ibérica recibió un fuerte impulso tras el completo éxito de la unificación de Italia, que constituyó un modelo indiscutido para los impulsores de la unión ibérica. El apoyo de Saldanha al proyecto es confirmado de nuevo por *El Clamor Público* en una nota del 31 de marzo de 1861, según la cual el militar portugués habría afirmado que su patria “no puede salir del marasmo en que hoy se halla sumida sino por medio de una transformación de tanta trascendencia”⁶⁸⁷. El diario progresista madrileño también indica que la postura de Saldanha respecto a la unión le valió recibir “todo género de falsedades y calumnias” por parte de los contrarios al proyecto.

La difusión y popularidad del nacionalismo ibérico en Portugal era uno de los temas de que se ocupaba *La Discusión* de manera relativamente habitual. En su número del 21 de marzo de 1861, el diario demócrata afirma que en una manifestación contraria al gobierno de Lisboa se dieron gritos favorables a la unión ibérica, y cita unas palabras del mariscal Saldanha con las que se posicionaba de manera positiva ante el proyecto⁶⁸⁸. Ya en mayo de 1861, *La Discusión* reproduce un artículo –del cual se pudo leer un extracto en *El Contemporáneo*⁶⁸⁹– firmado por Arturo de Marcoartú, en el que el ingeniero y prestigioso iberista hace frente a quienes afirmaban que la idea ibérica no era popular en Portugal, citando una serie de nombres que, según el propio Marcoartú, eran favorables a la unión política peninsular. Entre estos nombres figuraban el obispo de Macao y el obispo de los Algarves, el duque de Palmela, el escritor Almeida Garrett, el exministro de Hacienda Casal Ribeiro, nuestro viejo conocido Latino Coelho... Una serie de figuras históricas portuguesas cuyo influjo y valor se dejó notar a lo largo de los años no solo en la franja oeste peninsular, sino en todo el conjunto ibérico. Marcoartú acompaña a esta lista de ilustres iberistas portugueses algunas citas que justificaban su afirmación al nombrarlos como defensores de la unión hispano-portuguesa⁶⁹⁰. Rescata nuestro autor, por ejemplo, una sentida frase de Casal Ribeiro, publicada en la *Revista lusitana*:

“Aquel que haya alguna vez levantado los ojos sobre el mapa de Europa fijándolos en ese bello territorio, besado en casi todo su perímetro por las olas del Océano y del Mediterráneo, y apenas

⁶⁸⁷ *El Clamor Público*, 31-03-1861, p. 2, col. 1.

⁶⁸⁸ *La Discusión*, 21-03-1861, p. 2, col. 1.

⁶⁸⁹ *El Contemporáneo*, 10-05-1861, p. 2, col. 4.

⁶⁹⁰ El 8 de mayo de 1861 se encuentra en la primera página de *La Época* este mismo texto bajo el título de “El iberismo en Portugal”. El diario de Diego Coello, tras unas semanas de desamor iberista, retoma la iniciativa y vuelve por sus fueros a defender la unión peninsular no a través de la violencia y en provecho de España, sino de un modo pacífico y viendo “más bien el interés de Portugal que el de España”.

unido el resto de Europa por la magnífica cordillera de los Pirineos; aquel que haya recordado la historia de esta hermosa Península [...] ¿podrá, por ventura, ya sea que lo llamen castellano o portugués, catalán o andaluz, dejar de sentirse inspirado por el grandioso deseo de ver reunidos todos los elementos ibéricos en una vasta y poderosa nación?”⁶⁹¹

Junto a esta cita y otras de parecido tono, Marcoartú agrega que en Portugal se formaban por aquel entonces diarios y revistas bilingües, sociedades ibéricas, e incluso menciona algunos periódicos netamente portugueses que eran también receptivos de cara al proyecto de unión, como *O Progresso*, *Revista del Mediodía* o *A Revolução de Setembro*, entre otros muchos. La propaganda iberista, en fin, no cesaba en su empeño de propagar la idea ni cedía un ápice ante quienes trataban de desprestigiarla o reducirla a la categoría de ensueño de un grupo de extravagantes idealistas. Así lo demuestra la voluntad de Marcoartú y su esfuerzo por sacar a la luz en detalle el apoyo que el iberismo estaba recibiendo en Portugal. El artículo finaliza con una analogía, ciertamente maniquea, en la que se establecen ante la idea ibérica dos bandos dentro de Portugal: estaban por un lado los portugueses “bárbaros”, partidarios de la separación y a su vez de un sistema político reaccionario (igual que “el *manolo* deseaba en Madrid las cadenas del rey Fernando”⁶⁹²), frente a “los prelados, los hombres de Estado, los descendientes de Camoens”, que predicaban “la fraternidad y la unidad ibéricas”⁶⁹³. Se identifica, pues, sin disimulo, unión ibérica con progreso, modernidad y libertad, frente a la reacción representada por los nacionalistas más recalcitrantes a cada lado de la Raya.

5.4.6.2. Una propuesta federalista

El 27 de marzo de 1861 *La Discusión* abre su número del día con un artículo titulado “La unión ibérica”, en el que Francisco Díaz Quintero desgrana su pensamiento sobre el proyecto. Este redactor sería elegido años más tarde, tras la Gloriosa, diputado por Huelva y formaría parte del núcleo duro del partido federal, dentro del grupo de los llamados intransigentes. Díaz Quintero comienza haciendo proselitismo para la facción demócrata, afirmando que efectivamente era este partido político el que defendía las ideas grandes, nobles y gloriosas, frente a los demás partidos, “escépticos y egoístas”, cuya “estrechez de miras” y “torpe conducta” eran causa de males para la nación. Así, en los razonamientos de este autor se aprecia un uso interesado del pensamiento iberista desde

⁶⁹¹ *La Discusión*, 12-05-1861, p. 2, col. 3.

⁶⁹² *La Discusión*, 12-05-1861, p. 2, col. 5. En cursiva en el original.

⁶⁹³ *Ibíd.*

el primer momento, orientándolo hacia la lucha política interna en España. También la unión ibérica entraba dentro de esta ecuación. La unión de España y Portugal era para los demócratas

“la necesidad más apremiante de nuestra situación, como el fin próximo, inmediato, a que deben consagrarse los esfuerzos de uno y otro pueblo hermano, so pena de permanecer extraños al gran movimiento de reconstrucción que se verifica en Europa, y de no recuperar jamás el puesto y la influencia que nos corresponde en el mundo.”⁶⁹⁴

El pensamiento demócrata a este respecto, según lo expuesto por Díaz Quintero, se encuadraba dentro de un marco común a toda Europa, cuya evolución política hacía pensar en una progresiva unión de Estados, tal y como se estaba verificando en Italia y Alemania. Así, el autor se felicita de los avances que el iberismo estaba viviendo en Portugal, avances de los que *La Discusión*. Los últimos sucesos políticos, incluyendo la postura favorable del mariscal Saldanha ante los proyectos ibéricos, daban alas a los partidarios de la idea, hasta el punto de afirmar Díaz Quintero que “Portugal debe estar persuadido de que no puede ser nación sino unido con España”⁶⁹⁵. Se advierte aquí un uso del término “nación” con carácter absoluto. No es que Portugal fuera en aquel momento o pudiera ser en el futuro nación dependiente o independiente, grande o pequeña, exitosa o fracasada, es que no llegaría siquiera a constituirse como tal si no era junto con su vecino. Era un planteamiento radical que se compensaba con el absoluto triunfo que supondría para ambos países la formación de Iberia, que sería “una gran nación en Occidente, la más segura y tal vez con el tiempo la más grande de las nacionalidades europeas”⁶⁹⁶.

Todo este planteamiento lo utiliza Díaz Quintero para introducir el tema que verdaderamente ocupa el centro de su artículo, a saber, la oposición que periódicos de otras tendencias, como *La España* y *La Época*, mostraban ante el nacionalismo ibérico. Como ya se ha visto, en estos periódicos también se apoyaban en ocasiones los proyectos iberistas, aunque de manera matizada y no tan neta como en *La Discusión* o en *La Iberia*, por ejemplo. Y aquí surge precisamente una de las debilidades más palpables del iberismo, que se convertiría en una de las causas de su fracaso. Nunca hubo unidad de acción real, sino que cada facción política se posicionaba ante la cuestión según le dictaba

⁶⁹⁴ *La Discusión*, 27-03-1861, p. 1, col. 1.

⁶⁹⁵ *Ibíd.*

⁶⁹⁶ *Ibíd.*

en mayor o menor medida su ideología. Los demócratas eran favorables a la unión de España y Portugal porque cuadraba dentro de la ideología de fraternidad universal. Los progresistas querían una unión aduanera porque encajaba en los planteamientos del liberalismo económico. Los moderados querían una unión de dinastías católicas, ya que el trono y el altar eran los dos rasgos distintivos comunes de Portugal y España. El iberismo, pues, se reducía a un grupo muy selecto de intelectuales, periodistas o incluso también políticos que la defendían y la sentían sinceramente, pero una vez expuesta en la arena política práctica, la idea se deshacía y pasaba a ser herramienta de pendencia y lucha partidista. El planteamiento teórico no era capaz de prender en lo práctico. Díaz Quintero lo ejemplifica cuando ataca a *La España* y *La Época*, periódicos que negaban un estado de opinión favorable al iberismo en Portugal. Cabe recordar una vez más que, pese a no tratarse de celosos defensores de la idea, periódicos como *La España* habían expuesto sus propios planteamientos al respecto, coincidentes hasta cierto punto con planes maximalistas que pudieran tener otras fuerzas políticas. Sin embargo, por alguna razón interesaba más a los partidos —en este caso, a sus órganos publicísticos— el utilizar las ideas y planes iberistas como arma arrojadiza en lugar de buscar los puntos en común que pudiera haber para formar una unidad de acción que tuviera probabilidades de éxito.

No obstante esto, es bien cierto que en ocasiones, como destaca Díaz Quintero, los periódicos llamados ministeriales atacaban sin piedad los planteamientos iberistas por favorecer un cambio en el *status quo* y echar por tierra los principios del derecho público europeo, como en el caso de Italia. Principios de derecho que, por otra parte, no por estar constituidos en derecho eran intocables, y además beneficiaban a determinados grupos sociales, entre los que se contaban los editores y el público de diarios como *La Época*. El componente subversivo y revolucionario del nacionalismo ibérico, en tanto planteaba un cambio completo de la organización social de un Estado —de dos Estados—, era lo que interesaba destacar a los demócratas. Se observa cómo, en definitiva, desde ambos lados del espectro ideológico español como desde el contrario se utiliza en muchas ocasiones el pensamiento iberista para llevar el agua al molino propio e intentar desprestigiar, al mismo tiempo, a los adversarios políticos.

Tras la polémica infértil, relativamente habitual al tratar este tema, Díaz Quintero se dedica a establecer unas “bases bajo las cuales puede realizarse la unión ibérica”⁶⁹⁷, cuestión que realmente más interesa en esta investigación. El autor destaca, en un aparente arrebatado de humildad que podría evaluarse quizá como mal disimulado descaro, que no va a presentar la solución que el partido demócrata aplicaría a la cuestión, solución “sencillísima y hacedera”, basada en el rechazo del uso “de la fuerza bruta, como contrario al derecho, y solo se funda en el principio de la autonomía y del sufragio universal”⁶⁹⁸, sino que va a poner sobre la mesa dos propuestas que, a su juicio, podrían aceptar incluso los moderados. El primer paso sería convencer a los portugueses de los beneficios que traería la unión ibérica, y consistía en fundar en España un verdadero sistema liberal. Hasta la fecha, según el autor, en Portugal se había disfrutado de unas libertades y unos derechos mucho más amplios que en España, país que primero habría de elevar su sistema político al mismo nivel que sus vecinos, para que los ciudadanos lusos no salieran perdiendo con el cambio. La intervención militar de 1847 constituía una clara muestra de lo antedicho. En segundo lugar, Díaz Quintero apelaba a la reforma arancelaria, punto en el que ciertamente los demócratas y los progresistas exponían argumentos sólidos. Según el planteamiento del autor, el proteccionismo era una carga para España, ya que pretendía evitar la entrada de productos ingleses –la gran potencia manufacturera de aquel tiempo– a bajo precio y lo que conseguía en efecto era potenciar el contrabando a través de la frontera portuguesa, de modo que los productos ingleses entraban de igual forma en España y no dejaban ni un solo real en las arcas públicas. Desde *La Discusión* se requería al gobierno que trasladara

“a Vigo y a Cádiz el movimiento que hay hoy en las aduanas de Oporto y Lisboa, [...] porque solo a nuestros imbéciles gobiernos ha podido ocultarse que la mayor parte de los rendimientos de aquellas aduanas provienen de los géneros ingleses que el contrabando trae luego al consumo en España. [...] Reformad, pues, los aranceles, y veréis que el pueblo inglés es el que más se interesa entonces por la unión peninsular a que hoy parece tan opuesto.”⁶⁹⁹

De este modo se explicaba un interesante intento por voltear las tornas y convertir uno de los elementos más problemáticos del sistema hacendístico español en uno de los más productivos. En resumidas cuentas, el planteamiento de Díaz Quintero a los gobiernos españoles –y a sus periódicos– se resumía en una exigencia: “Sed liberales y veréis

⁶⁹⁷ *La Discusión*, 27-03-1861, p. 1, col. 2.

⁶⁹⁸ *Ibíd.*

⁶⁹⁹ *Ibíd.*

marchar a grandes pasos la cuestión hacia la solución conveniente, necesaria, imprescindible”⁷⁰⁰. Estas demandas tienen eco en la prensa política de Madrid, lo que hace que se extiendan al número del día siguiente, en el cual *La Discusión* insiste en los argumentos ya expuestos y profundiza su ataque al gobierno, al que acusa de inacción respecto a la cuestión ibérica, inacción que a su vez es la causa principal de la “humillación” que sufrían en aquel momento España y Portugal ante el resto de las naciones europeas⁷⁰¹.

5.4.6.3. Divergencia de opiniones sobre el camino a seguir

La Correspondencia de España es el nombre de una de las cabeceras de mayor prestigio en la historia del periodismo español. Este periódico fue, tras *Las Novedades*, la segunda empresa periodística española propiamente dicha, rigurosamente informativa y en buena medida independiente de doctrinas políticas. Sucede oficiosamente a la *Carta Autógrafo* –posteriormente *La Correspondencia Autógrafo*–, de Manuel María de Santa Ana, servicio privado de noticias inspirado ya en principios plenamente informativos, que recogía noticias en instancias oficiales para venderlas más tarde a los periódicos (Seoane, 1983: 201). Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, *La Correspondencia de España* comienza a publicarse el 2 de enero de 1860 con las indicaciones Segunda época, año XII, número 487, prolongando así la serie de *La Correspondencia Autógrafo*. Las diferencias fundamentales de *La Correspondencia de España* con *Las Novedades*, el primer gran diario informativo, fueron el precio, que en el caso de *La Corres* era mucho más bajo, y el sistema de distribución: la venta callejera. Estas dos innovaciones dispararon las ventas de *La Correspondencia de España* y la convirtieron en apenas cuatro años en el diario de mayor tirada de todo el país (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 99).

Pese a no representar oficialmente a ninguna tendencia política, *La Correspondencia de España* asume un papel liberal moderado y en ocasiones toma partido, como en el periodo 1869-1870, cuando patrocina la candidatura al trono del duque de Montpensier, Antonio de Orleans, amigo personal de Manuel María de Santa Ana, fundador del diario. Según Seoane (1983: 269), *La Corres* era “ecuánime pero no

⁷⁰⁰ *Ibíd.*

⁷⁰¹ *La Discusión*, 28-03-1861, p. 2, col. 1.

indiferente, imparcial *ma non troppo*”. El modelo abierto por *Las Novedades* y ampliado por *La Correspondencia de España* sería posteriormente confirmado por *El Imparcial*, diario que superaría a *La Correspondencia* como el más vendido allá por 1882, según el catálogo de la Biblioteca Nacional. Subtitulado “diario universal de noticias”, el periódico de Santa Ana se organizaba en varias columnas, que iban reproduciendo las noticias según su orden de recepción. Los folletines ocupaban los faldones de la publicación, según costumbre de la época, además de incluir algunas secciones de espectáculos. Pese al predominio absoluto de la información en sus páginas, *La Correspondencia de España* será pionera también en introducir textos de moda, de sucesos e incluso apuntes deportivos. Los anuncios solían ocupar la cuarta página al completo.

Las primeras informaciones referidas a la unión ibérica que se encuentran en *La Correspondencia de España* aparecen en marzo de 1861, cuando desde algunos sectores se apunta que detrás de la inestabilidad política que agitaba Lisboa estarían ciertos elementos revolucionarios, entre cuyos planteamientos se encontraban planes de fusión hispano-portuguesa⁷⁰²; aparecía también en las páginas de *La Correspondencia* el nombre del mariscal Saldanha como inspirador de los planes unionistas en Portugal⁷⁰³. Sin embargo, estos datos no pasaron de la categoría de rumor, tal y como la propia *Correspondencia de España* refleja, aseverando que ningún diario portugués tomaba en serio lo que se afirmaba al respecto de los planes de unión ibérica como trasfondo de las agitaciones del 61 en Lisboa⁷⁰⁴. En contra de lo que aseguraba *El Clamor Público*, desde *La Correspondencia de España* se arguye que sus noticias “son de que la idea de la unión ibérica es completamente impopular en Portugal”⁷⁰⁵, afirmación que repetían en diferentes ocasiones varios diarios lusos⁷⁰⁶.

Desde las páginas de *La España* se asegura que Portugal no ha vivido ningún cambio en su actitud secular frente a España: se seguía mirando con desconfianza cualquier tipo de acercamiento. Hace referencia el periódico de Pedro Egaña a un texto

⁷⁰² *La Correspondencia de España*, 21-03-1861, p. 1, col. 2.

⁷⁰³ *La Correspondencia de España*, 22-03-1861, p. 1, col. 4.

⁷⁰⁴ *La Correspondencia de España*, 23-03-1861, p. 3, col. 3; *La Correspondencia de España*, 01-04-1861, p. 1, col. 5.

⁷⁰⁵ *La Correspondencia de España*, 01-04-1861, p. 2, col. 1.

⁷⁰⁶ *La Correspondencia de España*, 21-04-1861, p. 2, col. 1 y sig.; *La Correspondencia de España*, 22-04-1861, p. 2, col. 1; *La Correspondencia de España*, 11-06-1862, p. 1, col. 5; *La Correspondencia de España*, 02-08-1862, p. 2, col. 1; *La Correspondencia de España*, 20-07-1864, p. 1, col. 1; *La Correspondencia de España*, 15-01-1866, p. 1, col. 5 y sig.; *La Correspondencia de España*, 04-02-1866, p. 1, col. 4.

del papel portugués *A Revolução de Setembro*, en el que se insiste en la vieja idea de que los españoles conocen mucho más profundamente la historia y las costumbres de países como Francia, Inglaterra o Alemania antes que la de Portugal. Siendo esto cierto, según el corresponsal en Madrid de *A Revolução de Setembro*, los españoles hablaban de la unión ibérica muy a la ligera⁷⁰⁷. Quizá en España, en según qué sectores sociales, se daba por hecho que Portugal vería con buenos ojos la creación de un nuevo Estado ibérico y que ello no se interpretaría como una anexión, como de hecho era interpretado en la opinión pública lusa.

En abril de 1861 aparece un nuevo argumento que le sirve a *La Época* para oponerse a la unión política de España y Portugal. El diario de las élites conservadoras no solo rechaza los manifiestos favorables a la unión procedentes del campo democrático, sino que incluso los considera negativos para el objetivo que persiguen, puesto que “lo que hacen es retardar en el porvenir la fusión de ambos pueblos hermanos”⁷⁰⁸. Se insiste en esta idea en un editorial con fecha de 20 de abril, a causa de la proliferación de mensajes anti-ibéricos durante la campaña electoral portuguesa. Se hace eco el diario de la alta sociedad madrileña de un artículo de la *Revolução de Setembro*, diario que considera “órgano de las opiniones constitucionales más templadas de Portugal”, en el que se rechaza vigorosamente cualquier acercamiento del país luso a España, debido a las intenciones que el gobierno de Madrid tendría de acabar con la nacionalidad portuguesa. Se advierte cierta voluntad iberista latente en *La Época*, que intenta formar un frente común con el gobierno, la mayoría de la prensa, el parlamento y la opinión pública españoles, queriendo probar

“a nuestros colegas de Portugal que sus alarmas son completamente infundadas y que España no desea otra cosa que intimar y estrechar, dentro de la dignidad de uno y otro pueblo, las relaciones comerciales y de verdadero progreso que deben enlazar dos pueblos hermanos y ser fuente común de prosperidad para entrambos.”⁷⁰⁹

La Época echa en cara a la prensa portuguesa el alarmarse por supuestos movimientos nacionalistas ibéricos en España cuando llevaban meses apoyando la unión italiana. Respecto a la unidad de Italia, el diario de Diego Coello había mantenido siempre una actitud sumamente crítica, en coherencia con sus posturas a favor de la dinastía de

⁷⁰⁷ *La España*, 02-04-1861, p. 3, col. 3.

⁷⁰⁸ *La Época*, 05-04-1861, p. 4, col. 1.

⁷⁰⁹ *La Época*, 20-04-1861, p. 2, col. 4.

Borbón, rechazando frontalmente cualquier tipo de pérdida de soberanía que tuviera que afrontar el reino de las Dos Sicilias.

Los bandazos doctrinales en ciertos sectores políticos sobre la cuestión ibérica no parecían ser del agrado de *La Iberia*, que abre su ejemplar del 29 de marzo de 1861 con un artículo de fondo en el que critica duramente a los que llama “traidores”, “renegados” y “cínicos” por haber cambiado de parecer –para mal– sobre la conveniencia de acometer la unión de España y Portugal. Para el periódico progresista, todos los que han defendido dicho proyecto han sido “inteligencias elevadas”, citando a personajes clave del iberismo decimonónico como Álvaro Flórez Estrada, Francisco Díaz Morales, Andrés Borrego y Joaquín Francisco Campuzano. Este último contestaba a los pocos días al periódico progresista, argumentando que también él había cambiado de parecer respecto a los planes de unión ibérica, pero no por arrepentimiento sino por desengaño, acusando a los gobiernos españoles de haber perdido ocasión de avanzar en la senda iberista por cálculos electoralistas y de permanencia en el poder⁷¹⁰. A su vez, la carta de Campuzano provocó una reacción de Arturo de Marcoartú, quien publica en *La Iberia* una carta titulada “El iberismo del país y el anti-iberismo del Gobierno”, lo que da una idea bastante precisa de los argumentos que iba a exponer. Marcoartú comienza recordando la figura de Campuzano como directivo de la liga hispano-lusitana, que había sido puesta en marcha siete años atrás, y honrando su postura de “desengañado” y no de “arrepentido” respecto al papel de los gobiernos españoles. Sin embargo, el ingeniero iberista estima que Campuzano “no es ni puede estar desengañado de los triunfos que en estos últimos tiempos ha conseguido la causa ibérica en España”⁷¹¹, triunfos que se cifraban en la cantidad de expresiones iberistas manifestadas “en los Parlamentos, en la tribuna, en la cátedra, en la prensa, en los Ateneos, en las Sociedades económicas”⁷¹². Marcoartú enumera todo un programa ibérico, que se había difundido a través de los órganos antes mencionados:

“Libertad de circulación por tierra, ríos y mares de la Península y de Ultramar, para españoles y portugueses, para sus producciones y mercancías; abolición de pasaportes, de aduanas y de banderas diferenciales entre España y Portugal. Unificación postal y telegráfica en todas las provincias [...]. Unificación y revalidación escolar, universitaria y profesional. Unificación del sistema métrico decimal de pesas, medidas y monedas. Unificación de los Códigos políticos,

⁷¹⁰ *La Iberia*, 05-04-1861, p. 2, col. 4.

⁷¹¹ *La Iberia*, 11-04-1861, p. 2, col. 2.

⁷¹² *La Iberia*, 11-04-1861, p. 2, col. 3.

mercantiles y jurídicos; igualación y reconocimiento de carta de ciudadanía, de derechos y obligaciones entre españoles y portugueses, y sus Gobiernos.”⁷¹³

Expectativas altas, rozando el infinito, las de Marcoartú, prueba de la existencia de un movimiento nacionalista ibérico decidido a implantar un solo Estado en la península Ibérica en base a unas condiciones de igualdad, de nacionalidad común. La crítica al Gobierno estaba fundamentada en una serie de cuestiones que la administración había prometido atender pero después había guardado en el cajón, como el tratado postal, el reconocimiento de grados escolares y universitarios o el proyecto de unión aduanera, que la Sociedad Económica Matritense tanto había defendido.

En la segunda parte de su artículo, Arturo de Marcoartú lanza un ataque desaforado contra los “anti-ibéricos de hoy, neo-ibéricos en el porvenir”⁷¹⁴. Esta definición detalla el optimismo de nuestro autor ante el futuro del proyecto iberista. Acusa Marcoartú a los anti-ibéricos de lanzar propaganda negativa a la opinión pública, hablando de planes de conquista o de la pérdida de provincias españolas si finalmente cuajaba la unión. La oposición al nacionalismo ibérico solo procedía, según Marcoartú, de los sectores sociales más reaccionarios, tanto de Portugal como de España. Los portugueses ilustrados que se oponían a la fusión de ambos países lo hacían, pues, por temor a perder sus libertades, las cuales halaga el autor al final del artículo, reclamándolas también como requisito para la unión: “los españoles ibéricos pedimos desde luego las libertades portuguesas; menos, jamás”⁷¹⁵. El optimismo cierra el artículo con una sentencia tajante y optimista: “La Iberia será”⁷¹⁶. El escrito de Marcoartú, en la misma línea que la postura general de *La Iberia* sobre la cuestión, ataca inmisericordemente a quienes en un tiempo defendieron la unión de Portugal y España para años después olvidarse de la cuestión por conveniencia política. Esta grieta en el iberismo iba a agrandarse progresivamente y sería ya muy difícil de cerrar. En estas líneas se encierra uno de los viejos arcanos negativos de la política española: el alejamiento entre la España real y la España oficial, gobiernos que no están a la altura del país gobernado. Desde luego que los textos de Marcoartú ganaban con mucho en argumentación a los escritos de *La Iberia* y de otros periódicos.

⁷¹³ *Ibíd.*

⁷¹⁴ *Ibíd.*

⁷¹⁵ *La Iberia*, 11-04-1861, p. 2, col. 4.

⁷¹⁶ *Ibíd.*

En cuanto a los vaivenes ideológicos de ciertos sectores políticos se pregunta *La Iberia*, casi pensando en la presente tesis: “¿Qué periódicos de alguna vida y de alguna importancia no han levantado acta de adhesión al pensamiento de redondear la Península?”⁷¹⁷. Pregunta retórica que deriva en un sentimiento amargo y desilusionante al comprobar *La Iberia* que, pese a la existencia de un frente común por el iberismo antes de Vicálvaro, las recientes acusaciones al iberismo de constituir un proyecto revolucionario, expresadas desde sectores conservadores, habían causado grave daño y provocado el silencio de ciertas fracciones políticas:

“¿De qué manera, pues, habremos de explicarnos que, habiendo lanzado un periódico la especie de que la unión ibérica es una idea revolucionaria, esos periódicos y esos hombres paladines del iberismo callen aún, como vienen callando desde que están en el poder, y nos dejen a nosotros la tarea de protestar contra esa mal intencionada aserción?”⁷¹⁸

Estas fracciones militaban mayoritariamente en el liberalismo moderado, entonces en el poder, antes del 54 iberistas y en el 61 callados ante las acusaciones anti-ibéricas. Esto es precisamente lo que denunciaba el periódico de Calvo Asensio en un artículo clave para entender la evolución del iberismo en el XIX, que pasa de ser elemento amalgamador del liberalismo español en la primera mitad de siglo a convertirse en elemento separador entre conservadores y progresistas a partir de la revolución de 1854, cariz que se consagrará en el periodo 68-74.

La tesis que defiende *La Iberia* apunta a una utilización deliberada del pensamiento iberista por parte de los moderados para alcanzar el poder. Una vez alcanzado este, se olvida un proyecto que era útil en la oposición española pero incómodo para cualquiera de los dos gobiernos peninsulares, así como para los periódicos oficialistas, llamados ministeriales. El periódico de Calvo Asensio acusaba a los moderados de hipocresía y doble moral, amenazándoles con “empezar a exhibir documentos, y a citar nombres propios y a recordar reuniones, y a reproducir firmas infinitas” de aquellos antiguos iberistas y ahora olvidadizos gobernantes⁷¹⁹. De ahí que *La Iberia* saludara con calor la aparición de nuevos periódicos defensores de la unión,

⁷¹⁷ *La Iberia*, 29-03-1861, p. 1, col. 1.

⁷¹⁸ *La Iberia*, 29-03-1861, p. 1, col. 2.

⁷¹⁹ *La Iberia*, 29-03-1861, p. 1, col. 3.

como fue *La Nueva España*, cuyas propuestas de unificación postal, aduanera y profesional apoyaba la cabecera de Calvo Asensio⁷²⁰.

El ataque de *La Iberia* hacia los deshonestos con el proyecto ibérico continúa en otro artículo de fondo publicado en primera página, esta ocasión con fecha de 18 de abril de 1861, y que ocupa dos columnas. Este artículo, que el moderado *El Contemporáneo* reproduciría en sus páginas al día siguiente⁷²¹, tiene como objetivo indisimulado atacar al gobierno de la Unión Liberal, acusado de asumir los postulados convenientes en cada momento pero sin fundamento ideológico alguno, únicamente por comodidad. Enumera una serie de demandas que algunos gobernantes del momento habían realizado desde la oposición (estrechamiento de los vínculos materiales entre España y Portugal, construcción de un ferrocarril transfronterizo, navegación del Duero, unión aduanera) y que habían caído en desgracia debido a la incompetencia de una diplomacia “insignificante en Francia, ignorada en Londres, despedida de México, desairada en Venezuela y tristemente singularizada en Italia”⁷²² y a las luchas internas del gobierno por mantenerse en el poder. Ante semejante menosprecio a las promesas iberistas realizadas años antes, *La Iberia* se erige en defensor de una idea que no solo serviría para el engrandecimiento de los pueblos, sino que actuaría como regeneradora de un poder político aquejado de gigantismo, pudiendo

“disminuir esa enorme fuerza pública permanente que vacía el Tesoro y roba sus mejores brazos a la agricultura; podremos invertir en arados de oro lo que hoy gastamos en uniformes; transformaremos las aduanas en granjas de labor; no emigrarán nuestros hijos [...] y la riqueza inagotable de carbón de piedra y de hierro que hoy hollamos con planta casi indiferente, nos emancipará de la triste servidumbre que sobre nosotros ejerce la industria exterior.”⁷²³

Estas proposiciones, en cierto modo ilusas, utópicas y tendenciosas, constituyen la reacción en defensa del proyecto ibérico por parte del diario de Calvo Asensio ante las traiciones moderadas. Esta defensa pierde mucho argumentativamente de lo que había ganado atacando a un gobierno que en efecto demostraba ser en muchos casos mudable y veleidoso.

⁷²⁰ *La Iberia*, 05-04-1861, p. 2, col. 2.

⁷²¹ *El Contemporáneo*, 19-04-1861, p. 4, col. 4.

⁷²² *La Iberia*, 18-04-1861, p. 1, col. 1.

⁷²³ *La Iberia*, 18-04-1861, p. 1, col. 2.

La Iberia no solo se desahoga ante los que habían traicionado el proyecto hispano-portugués, sino que también realiza aquí un ejercicio de autoafirmación iberista, esgrimiendo una vez más la idea de que un único Estado ibérico resolvería los problemas de pérdida de peso internacional de los dos países. Se cierra el artículo lanzando una acusación cargada de rencor en la que se atribuye la responsabilidad de retrasar la constitución de una nación “rica y poderosa” al moderantismo, un moderantismo “apóstata de todos los principios políticos”, que tendrán también “el papel de apóstatas del renacimiento nacional”⁷²⁴. En cuanto al propósito que más nos interesa, en el campo de la prensa periódica, un ejemplo concreto del caprichoso giro ideológico que denunciaba *La Iberia* era el protagonizado por *El Diario Español*. Según la acusación del papel progresista, una década antes *El Diario Español* “firmó protestas de las prohibiciones impuestas a la prensa, señaladamente de la de ocuparse de la unión ibérica, cuestión en cuya propaganda no tuvo igual aquel diario”⁷²⁵, mientras que en ese momento no prestaba atención al asunto, sin poner interés en “defender de ataques de mal género a la unión peninsular”⁷²⁶.

Como diario puramente informativo, *La Correspondencia de España* transmitía no solamente sus propias noticias, sino también lo publicado por otros periódicos sobre la cuestión peninsular, como la sarcástica mención de *El Pensamiento Español*, que afirmaba que “la realización de la unión ibérica está encomendada a unos cuantos habitantes de buhardillas”⁷²⁷. El 13 de abril de 1861, el diario de Santa Ana refiere la publicación en *La Iberia* del artículo de Arturo de Marcoartú, resumiendo las medidas propuestas por el ilustre iberista de cara a la puesta en marcha de un proyecto de unión⁷²⁸. Además, *La Correspondencia de España* se hace eco de unas palabras de Bettanico d’Almeida, presidente de la Asociación industrial peninsular con sede en Lisboa, en las que el dirigente empresarial fijaba la fecha de arranque de las tendencias iberistas en Portugal el año de 1848, con la fundación precisamente de la mencionada Asociación, que según lo publicado en *La Correspondencia* “deseaba un gobierno federal entre las

⁷²⁴ *Ibíd.*

⁷²⁵ *La Iberia*, 11-04-1861, p. 1, col. 2.

⁷²⁶ *La Iberia*, 11-04-1861, p. 1, col. 3.

⁷²⁷ *La Correspondencia de España*, 05-04-1861, p. 3, col. 1.

⁷²⁸ *La Correspondencia de España*, 13-04-1861, p. 1, col. 3 y sig.

diferentes provincias en que se divide la Península, con la esperanza de que Portugal preponderaría sobre todos y Lisboa sería la capital de la Confederación”⁷²⁹.

Subido a la ola del éxito italiano se empieza a publicar un nuevo diario iberista, titulado *La Nueva España, crónica hispano-lusitana*⁷³⁰. Dirigido por Manuel Merelo Calvo (Rodríguez Guerrero, 2009: 405), licenciado en derecho, catedrático de segunda enseñanza y uno de los impulsores de las reformas educativas de la segunda mitad del XIX. La aparición del iberista *La Nueva España* en el terreno publicístico motivó la felicitación de alguno de sus colegas, como *La América*, que saludó “con efusión” al nuevo periódico, “consagrado a propagar y defender la conveniencia de la unión ibérica” al igual que el propio diario de Asquerino, que había “tantas veces defendido ese mismo noble y generoso pensamiento”⁷³¹. Sin embargo, este papel fue cerrado por el gobierno conservador a los pocos días de su aparición, lo que habla del temor que ciertas esferas del poder sentían respecto a la posibilidad, ni que fuera remota, de que la idea ibérica prendiera en suelo español y se desatara con fuerza similar a la que terminó unificando la península Itálica. *El Clamor Público*, que resiste como puede a las arremetidas de la censura, aprovecha para publicitar la idea iberista con ocasión de una exposición industrial que se estaba preparando en Oporto. El periódico exhorta a los posibles expositores a enviar sus productos, con lo que ayudarían a estrechar los vínculos de España con Portugal, armonizar intereses y acostumbrar a portugueses y españoles a mirarse como compatriotas,

“para que cuando llegue el gran día de la suspirada anexión, no haya que vencer el menor obstáculo y tenga lugar tan fausto acontecimiento tranquila y pacíficamente, con el beneplácito de todos. [...] [Los industriales y productores españoles] contribuirán al bien de la patria y darán un gran paso hacia la unificación que debe formar de la península ibérica un Estado poderoso y capaz, por sus especiales circunstancias, de colocarse en todos los ramos a la altura de las principales Naciones europeas”.⁷³²

La palabra “anexión” se utiliza de nuevo en un sentido positivo. Se apela al “beneplácito de todos”, en actitud abiertamente idealista, para conseguir llevar a cabo el proyecto ibérico. De nuevo se hace referencia directa a la necesidad de la unión hispano-portuguesa para colocar a ambos países a la altura de las “principales naciones” de Europa, aceptando

⁷²⁹ *La Correspondencia de España*, 28-04-1861, p. 3, col. 4.

⁷³⁰ *El Clamor Público*, 04-04-1861, p. 2, col. 1.

⁷³¹ *La América*, 08-04-1861, p. 15, col. 1.

⁷³² *El Clamor Público*, 20-04-1861, p. 2, col. 4.

así sin reservas la categoría de potencias de segundo orden que eran en ese momento, efectivamente, Portugal y España.

De cuando en cuando, los editoriales de *La Época* se encargan de recordar a sus lectores y al resto de la opinión pública que seguían manteniendo una idea central en torno a los proyectos de unión ibérica. Se trata del respeto a la legalidad y a las dinastías reinantes por encima de cualquier revolución y/o guerra. En esta ocasión, el diario de las elites conservadoras insiste en la idea de que intentar acelerar el proceso aprovechando momentos de crisis no puede traer nada bueno. Los iberistas han visto en la evolución del proceso unificador italiano un espejo de lo que desearían que sucediera en la península Ibérica. Ante esto, *La Época* comprende “que hay algo de grandioso y de elevado en este pensamiento”, pero también afirma que es un pensamiento “muy irreflexivo”, puesto que “la revolución ha dejado en Italia, con todos los gérmenes de la guerra civil, todo el sentimiento de independencia en el corazón de los pueblos anexionados”⁷³³. El diario de Diego Coello no augura un porvenir muy satisfactorio al nuevo Estado italiano y afirma que las consecuencias que se vivirían en España y Portugal de seguir un proceso parecido al italiano serían nefastas para la convivencia. Se insiste en la oposición de los liberales españoles a toda idea de anexión de Portugal y en que la unión debe ser, en primer lugar, de carácter material:

“Lo que el pueblo español desea, lo que nosotros queremos también, creyendo interpretar dignamente los sentimientos de ese pueblo magnánimo, es que nuestros intereses y los de Portugal sean cada día más homogéneos, extendiéndose las relaciones comerciales entre ambos países y abriendo de este modo nuevos y abundantes surtidores de riqueza y de mutua prosperidad. [...] No queremos, ni la España quiere, una absorción que no podría abonarse con razón alguna de justicia; queremos sí, una alianza estrecha que sin tener ninguno de los inconvenientes de la unión, produzca para los dos pueblos todas o casi todas sus ventajas.”⁷³⁴

La conclusión que se destila tras la lectura de este artículo es clara. *La Época* quiere una unión ibérica basada en la alianza política, sí, pero nunca en la fusión de estados tal y como estaba planteados en la actualidad. Respeto a las dinastías reinantes y a la legitimidad liberal por encima de todo, siendo toda política contraria a estos principios totalmente contraproducente para los objetivos planteados de cara a la futura unión ibérica.

⁷³³ *La Época*, 24-05-1861, p. 2, col. 2.

⁷³⁴ *La Época*, 24-05-1861, p. 2, col. 3.

Al analizar el número de *La España* del 9 de mayo de 1861 nos encontramos con un texto verdaderamente inesperado, reproducido de otro periódico cuyo nombre no se menciona. En el texto se enumeran “los esfuerzos que hace años vienen haciendo algunos hombres importantes del vecino reino de Portugal para facilitar la unión de los dos pueblos lusitano y español”⁷³⁵. *La España* presenta dichos “esfuerzos” simplemente como datos históricos, ciertamente para no verse acusado de iberista por otros periódicos de su misma corriente ideológica. Se encuentran en el texto datos sumamente interesantes. En primer lugar se refieren nombres ilustres que han defendido personalmente la unión ibérica en Portugal o al menos han sido considerados defensores de la idea por la opinión pública: militares como el duque de Saldanha, ex-ministros y ex-diputados como Latino Coelho, Fontes Pereira de Melo, Mendes Leal Junior, Monsinho de Albuquerque, escritores como Alexandre Herculano, Almeida Garrett o Lopes de Mendonça. En segundo lugar, se enumeran los periódicos y revistas iberistas, como *O Progresso*, *Revista del Mediodía*, *Revista Peninsular*, *A Revolução de Setembro* (pese a lo publicado anteriormente), *O Nacional do Porto*, *Almanaques Democráticos*, *O Avanto*, *O Futuro*, *A Civilização*, *A Opinião*, *O Rey e Orden*, *A Península do Porto*, *O Comercio do Porto*, *O Portuense*, *O Leiriense* y otros. A continuación se mencionan dos eventos militares, la guerra de África y la toma de Tetuán, y se glorifican en clave ibérica. El pasaje termina con una larga cita de Latino Coelho, de la que se reproduce una frase clave: “La península Ibérica, que ya ha formado una sola nación por medio de la conquista, puede, debe ser una sola nación por la fusión espontánea”⁷³⁶.

La idea iberista se inserta de pleno en el debate político-periodístico español a la altura de 1861. Desde el punto de vista de *La Discusión*, la aspiración de unión ibérica sirve siempre como elemento de continua oposición entre la ideología democrática y el moderantismo, el conservadurismo e incluso la reacción y el absolutismo. Tras la aparición de *La Nueva España*, semanario que, como se ha visto, defendía la unión hispano-portuguesa, cierta prensa absolutista desata una nueva polémica en la que participa *La Discusión* apoyando al recién publicado colega. Según el diario de Rivero, el absolutismo pretende “restaurar la antigua España”, empresa que nadie podría llevar a cabo puesto que “Dios [la] ha arruinado para abrir paso a la España moderna”⁷³⁷. Lo que

⁷³⁵ *La España*, 09-05-1861, p. 3, col. 2.

⁷³⁶ *La España*, 09-05-1861, p. 3, col. 3.

⁷³⁷ *La Discusión*, 06-04-1861, p. 2, col. 4.

La Discusión pretendía, así como *La Nueva España*, era “levantar la España de Viriato [...] en la integridad y en la unidad de su territorio”, es decir, la unión ibérica⁷³⁸. Los redactores del diario democrático insisten en que el absolutismo ha perdido la noción de la realidad cuando contrapone las ideas liberales al antiguo feudalismo. En cuanto al modo de llevar a cabo la unión, *La Discusión* insiste también en el carácter democrático y voluntarista del proceso. Los demócratas no querían construir la futura Iberia “bajo este gobierno ni bajo otro que se le parezca, porque la queremos por la voluntad de los mismos portugueses”⁷³⁹, que serían precisamente quienes tendrían que impregnar al nuevo Estado de su traza liberal, aplicando en él las condiciones sociopolíticas de las que gozaba Portugal en aquel momento, como la libertad de imprenta, la libertad de culto o los juicios con jurado, según menciona *La Discusión*. Esta es una afirmación, la del rechazo portugués a unirse con un país retrasado en lo social, que el periódico demócrata va a expresar en repetidas ocasiones⁷⁴⁰.

En junio del 61, *El Contemporáneo* refiere la aparición en Francia de la “Bibliothèque de la société ibérique”, publicación destinada a difundir por Europa aspectos centrales de las culturas portuguesa, española y brasileña. La colección estaba dirigida por el escritor portuense António Augusto Teixeira de Vasconcelos, quien se situaba, pese al título de su compilación, lejos del nacionalismo ibérico. Bien al contrario, excitaba en las masas populares de su país el nacionalismo portugués, tal como afirma *El Contemporáneo*⁷⁴¹. Es en este punto cuando el diario del marqués de Salamanca ofrece un primer posicionamiento favorable a la unión ibérica, al rechazar los argumentos anti-iberistas de Vasconcelos por considerarlos “de poquísima fuerza” e introducir un pensamiento interesante al comparar el reino de Portugal con la antigua corona de Aragón, entidad que no por formar parte de la monarquía española perdió su identidad, arraigada en una historia gloriosa como potencia mediterránea. Por la misma razón que Aragón estaba integrado en España “y no por eso se han eclipsado, ni se han profanado, ni se han manchado, ni se han roto sus timbres y blasones. [...] ¿Por qué, pues, no ha de ser lícito esperar que con Portugal suceda un día lo mismo?”⁷⁴², se pregunta el redactor de *El Contemporáneo*. Esta pregunta abre la espita del argumentario iberista expuesto por

⁷³⁸ *Ibíd.*

⁷³⁹ *La Discusión*, 25-05-1861, p. 1, col. 5.

⁷⁴⁰ *La Discusión*, 17-10-1861, p. 1, col. 5.

⁷⁴¹ *El Contemporáneo*, 29-06-1861, p. 4, col. 4.

⁷⁴² *El Contemporáneo*, 29-06-1861, p. 4, col. 4.

el diario del marqués de Salamanca en este texto. En primer lugar se rechaza el supuesto de conquista, ya que a *El Contemporáneo* le “asusta toda revolución ilegítima”⁷⁴³. En segundo lugar, el redactor afirma que el espíritu del siglo exigía a las naciones que quisieran ser poderosas no solo una gran historia, sino un gran territorio sobre el que asentarse, por lo que era claro que España y Portugal debían aspirar a agrandarse mutuamente.

Además, Portugal contaba con mentes brillantes en su literatura, su prensa y su política, lo que hacía más atractiva para España la idea de la unión: “No sería un cuerpo muerto, sino uno vivo y vigoroso el que se uniría a España”⁷⁴⁴. Según el planteamiento de *El Contemporáneo*, sin embargo, se da por hecho que en la futura Iberia el idioma oficial sería el castellano, por lo que los portugueses se verían obligados a perder uno de los elementos configuradores de la mencionada vitalidad y, más importante, de su identidad personal y de grupo. El diario de Salamanca afirma comprender que la idea de renunciar al idioma materno podría “atormentar” a los portugueses, al tiempo que intentaba hacerles ver que el asunto no sería tan grave, puesto que su idioma seguiría vivo como lengua de cultura, lengua literaria, seguiría “siendo el idioma de un vasto y floreciente imperio del otro lado del Atlántico”⁷⁴⁵. Es de suponer que la idea de un idioma único para el futuro Estado ibérico, ni que fuera un simple esbozo en las páginas de *El Contemporáneo*, no fuera bien recibida en las revistas de prensa lusas, si bien pudiera haber sido celebrada en los sectores nacionalistas portugueses más recalcitrantes.

5.4.7. Debate iberista generalizado en el circuito periodístico

En el verano de 1861 se publican dos opúsculos de propaganda iberista que levantan polémica entre los partidarios de la unión. Se trata de los documentos titulados *España y Portugal*, del escritor neocatólico Abdón de Paz, y *La fusión ibérica*, obra del por entonces joven periodista Pío Gullón, que llegaría a ser ministro de Gobernación con Alfonso XII y ministro de Estado con Alfonso XIII. Estos dos folletos despojan a Portugal de su categoría de sujeto histórico e independiente y terminan supeditando su papel al de Castilla, que habría de ser centro impulsor y ordenador de la unión. La postura aquí

⁷⁴³ *Ibíd.*

⁷⁴⁴ *El Contemporáneo*, 29-06-1861, p. 4, col. 5.

⁷⁴⁵ *Ibíd.*

enunciada supone una ruptura con la tendencia unionista pacífica que se había consolidado ya una década antes con el folleto *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas, y provocó tensiones entre los diferentes grupos iberistas. Personajes como el propio Sinibaldo de Mas o Juan Valera reaccionan ante este iberismo agresivo y que menosprecia a Portugal. Además, el iberismo que Pío Gullón defiende en *La fusión ibérica* responde a un paradigma de orden y conservadurismo, más que a una tendencia reformista y progresista, como era costumbre en los escritos ibéricos⁷⁴⁶. El opúsculo de Abdón de Paz (1861), de apenas veintitrés páginas, no tiene mayor interés, siendo básicamente un panfleto que defiende la unión de España y Portugal basándose en el “derecho de nacionalidad” y siguiendo el ejemplo de Italia. Su seriedad histórica es, digamos, un tanto discutible, al situar el origen de las poblaciones ibéricas en Tubal, biznieto de Noé.

En cuanto a la obra de Pío Gullón, *El Clamor Público* manifiesta en primera página haberla leído “con gusto” y elogia al escritor por su posicionamiento en favor de la unión, pero declara estar “lejos, muy lejos de convenir con este escritor en la oportunidad y en los medios de realizarla”⁷⁴⁷. Para el diario progresista, la unión ibérica solo depende de que “españoles y portugueses se decidan a formar por un acto libérrimo de su albedrío una sola nación”⁷⁴⁸, proclamando así la voluntad de los pueblos como herramienta clave para promulgar el hecho nacional más allá de las coincidencias culturales, geográficas o sociales, y mucho más allá desde luego que la invasión. *El Clamor Público* contrapone las medidas autoritarias y de conquista propuestas en *La fusión ibérica* de Gullón con la necesidad de constituir la nación ibérica a través de un plan armonizador en educación, aduanas, ferrocarril, telégrafo, navegación fluvial y marítima... El diario progresista propone, en definitiva,

“que desaparezcan de hecho los límites que constituyen la frontera común para toda clase de relaciones entre los habitantes de ambas [naciones], y día llegará, y quizás no tarde, en que la fusión se haga por sí sola a satisfacción de todos”.⁷⁴⁹

⁷⁴⁶ Según Cuenca Toribio (1998: 17-18), Pío Gullón escribió su obra muy probablemente alentado por el gobierno de O'Donnell o incluso por la propia Isabel II. El objetivo no declarado sería agitar los ánimos antiespañoles en Portugal para disminuir las posibilidades de éxito del movimiento iberista. En definitiva, una operación clásica de falsa bandera.

⁷⁴⁷ *El Clamor Público*, 12-07-1861, p. 1, col. 3.

⁷⁴⁸ *Ibíd.*

⁷⁴⁹ *Ibíd.*

Se enfrentan los dos modelos de construcción ibérica, primando por parte de los progresistas la voluntad popular sobre instrumentos más o menos disimulados de conquista, tendencia más predominante en el partido moderado.

Desde *La Correspondencia de España* se evalúa el folleto de Pío Gullón, *La fusión ibérica*, en dos sentidos: en primer lugar de manera positiva, estimando que la solución monárquica “resuelve inmediatamente la cuestión de Portugal”⁷⁵⁰; en segundo lugar, se estiman desacertadas tanto “la anexión de Portugal” como “la política general de anexiones y nacionalidades que en el folleto se presenta como predominante en Europa”⁷⁵¹. Así, *La Correspondencia de España* mantiene una posición ambigua y equidistante en la cuestión, rechazando casi por pudor la opción anexionista pero reconociendo que las propuestas de Gullón iban en la buena dirección.

Es interesante destacar también el comentario que aparece en las páginas de *El Contemporáneo* sobre la “Biblioteca de los economistas españoles”, obra magna del economista Manuel Colmeiro, que según la crítica del periódico del marqués de Salamanca debió haber incluido también a los autores portugueses, puesto que

“España y Portugal, aunque *Estados* distintos, constituyen una sola *nacionalidad*, la *nacionalidad ibérica*, [...] bien patentamente manifestados en la geografía, en la historia, en la literatura y en las artes, así como también en el espíritu de nuestro siglo, están llamados a formar un gran Estado.”⁷⁵²

La nacionalidad ibérica de la que habla el redactor de *El Contemporáneo* solo es concebible precisamente desde una perspectiva nacionalista, y esta es la orientación que define al diario conservador en este artículo en el que se patrocina explícitamente “la fusión política de los dos pueblos peninsulares”⁷⁵³, insistiendo además en la necesidad de preparar primero la “fusión moral e intelectual”⁷⁵⁴ como paso previo para alcanzar el objetivo mayor.

Es comprensible que, acercándose a la “Biblioteca de los economistas españoles” desde una perspectiva nacionalista ibérica, *El Contemporáneo* juzgara dicha obra de

⁷⁵⁰ *La Correspondencia de España*, 08-07-1861, p. 2, col. 1.

⁷⁵¹ *Ibíd.*

⁷⁵² *El Contemporáneo*, 25-07-1861, p. 4, col. 4. Las cursivas pertenecen al original.

⁷⁵³ *Ibíd.*

⁷⁵⁴ *Ibíd.*

incompleta y aun contraproducente para conseguir en un futuro la ansiada unión con Portugal, en la medida en que se perdía una oportunidad magnífica para insistir en un camino que ya habían hollado italianos y alemanes: el presentar como logros comunes en el campo de la filosofía, la ciencia o las artes aquellos obras exitosas, aquellos grandes trabajos de personas procedentes de los diferentes Estados que paso a paso iban aproximándose y que eventualmente configurarían las dos grandes unificaciones europeas del siglo XIX. Para cualquier nacionalismo, la configuración en el imaginario social de un escenario común para un grupo humano dado –un grupo que habría de ser nacional– en el terreno de la literatura, de la historia, de la ciencia, es una necesidad vital en el proceso de construcción nacional. El redactor de *El Contemporáneo* comprendía este hecho perfectamente, y así lo hizo ver en su escrito. La última frase del artículo es asimismo reveladora, puesto que celebra la pronta redacción de una “Biblioteca de filósofos ibéricos”⁷⁵⁵, proyecto que finalmente nunca saldría a la luz⁷⁵⁶.

A lo largo del año 1861, en las páginas de *La España* se siguen sucediendo referencias o menciones a la unión ibérica, pero dejan de tener la importancia de las reflejadas hasta ahora. Se trata normalmente de rumores, suposiciones o noticias no confirmadas. Algunas apuntan a conspiraciones ideadas desde Italia, como la que presenta al conde Cavour como el mayor interesado en que los proyectos de unión ibérica tuvieran éxito, ya que por entonces ni el gobierno de Lisboa ni el de Madrid eran partidarios de reconocer al nuevo reino italiano que se iba formando. Una Iberia unida sería un aliado y ayudaría a la consolidación de la joven Italia, siendo Portugal para Iberia lo que Piamonte fuera para Italia. Estos supuestos planes los califica *La España* como asunto “algo más que curioso”⁷⁵⁷. Los sentimientos profundos de españolismo se manifiestan en las páginas de *La España* cuando se trata el tema de la unión italiana y su posible relación con la marcha de los proyectos ibéricos. Por ejemplo, según la carta remitida por un lector a un periódico madrileño –cuyo nombre no se especifica– y reproducida por *La España*, el planeado enlace de Pedro V de Portugal con Maria Pia de Saboya, que nunca llegó a consumarse, sería parte de un oscuro plan italo-francés para que el Imperio de Napoleón III adquiriera los territorios al norte del Ebro a cambio de

⁷⁵⁵ *El Contemporáneo*, 25-07-1861, p. 4, col. 5.

⁷⁵⁶ La *Biblioteca de filósofos ibéricos* fue un proyecto iniciado y nunca finalizado por Gumersindo Laverde. En relación con esta obra nonata, consultar la *Revista de Instrucción Pública, Literatura y Ciencias*, 17-03-1859, p. 382.

⁷⁵⁷ *La España*, 03-08-1861, p. 2, col. 3.

proporcionar el apoyo necesario para la construcción de Iberia. Esta situación le parecía al autor de la carta “grave por extremo”, al anunciar “cambios ministeriales de los que nada bueno se espera”⁷⁵⁸. Pese a ser extremos no probados, *La España* quería prevenir a sus lectores de lo que se podían esperar del apoyo francés a la hora de intentar llevar a cabo la unión ibérica.

Los rumores interesados de conquista seguían apareciendo y desapareciendo de la prensa periódica, fluyendo como una marea. Ante estas hablas interesadas, las palabras de *La Iberia* que ilustran casi a la perfección la filosofía del nacionalismo ibérico progresista de la segunda mitad del XIX:

“La verdadera conquista es la que se ha de hacer armonizando los intereses de las dos naciones, estrechando las distancias, unificando las aspiraciones, aniquilando las trabas que embarazan nuestro comercio peninsular, borrando antipatías injustificadas, y dándonos la mano como verdaderos hermanos que somos; pensando en que el día en que el gran acontecimiento se verifique, no habrá en la Iberia ni vencedores ni vencidos, sino solamente hijos de una gran nación, dispuestos a sacrificarse para engrandecerla, cual lo merece por su historia, por su tradición y por la nobleza de los corazones que en ella palpitan.”⁷⁵⁹

Este extracto resume aspectos muy importantes que caracterizan el pensamiento de quienes defendieron la unión ibérica por medio de la negociación política y la gradual aproximación entre los pueblos. Existen tres ideas clave que parten del rechazo a la conquista, a saber: armonización de intereses materiales, liquidación de obstáculos al comercio y recordatorio de la historia compartida más allá de los desencuentros. Este proceso tendría su culminación en la unión política, nacionalismo claramente expresado en la voluntad de vivir como hermanos, “hijos de una gran nación”. Establecida la base teórico-práctica para la unión, así como la ideológica, solo cabía acelerar la propaganda.

5.4.8. El iberismo de Juan Valera

Como se está comprobando, 1861 fue para el nacionalismo ibérico un año clave en el que hubo una alta concentración de artículos, folletos y referencias a los proyectos de unión hispano-portuguesa. En España se trataba la cuestión con naturalidad, incluso con alegría e ilusión, mientras que en Portugal el efecto de tanta propaganda iberista parecía provocar el efecto contrario al deseado en los partidarios de la unión. Así lo refleja

⁷⁵⁸ *La España*, 18-10-1861, p. 1, col. 4.

⁷⁵⁹ *La Iberia*, 15-08-1861, p. 1, col. 2.

el corresponsal de *El Contemporáneo* en Lisboa: “Mucho daño nos están haciendo esos artículos y folletos sobre unión ibérica: tal vez por lo inoportuno y mala manera de tratar semejante cuestión retrocedamos un siglo en buena inteligencia y tolerancia por parte de estas gentes”⁷⁶⁰. Para el redactor del diario conservador, el nacionalismo ibérico tendría muchas más probabilidades de éxito si en lugar de tratarse la cuestión de manera directa, casi agresiva, se intentara seducir de algún modo a los portugueses para atraerlos a un techo común.

Menciona el redactor de *El Contemporáneo* medidas que a su juicio allanarían el camino para una futura unión, como los tratados comerciales o la unión aduanera, al tiempo que afirma creer que “la unión de ambos países la hará el tiempo; la verán otras generaciones, porque tal es, no puede desconocerse, el destino que le tiene señalado la Providencia”⁷⁶¹. Así, pese a cierta alarma coyuntural en relación a la recepción de los mensajes iberistas en territorio luso, el convencimiento de que España y Portugal terminarían formando un solo Estado seguía existiendo en las filas del iberismo. Finalmente, el autor exhorta a los responsables de *El Contemporáneo* a dedicar una serie de artículos a tratar la cuestión ibérica desde un punto de vista pragmático y razonable, para apagar en la medida de lo posible las suspicacias despertadas en un sector de la ciudadanía portuguesa.

En la redacción de *El Contemporáneo* se recoge el guante lanzado por su corresponsal lisboeta y pocos días más tarde se empieza a publicar una serie de artículos con el título “España y Portugal”. Se trata de siete textos redactados por Juan Valera en los que se exponen de forma meticulosa las apreciaciones y críticas personales del escritor andaluz en torno a la cuestión ibérica⁷⁶². Conviene analizar estos textos para ubicar la postura –clara y sólida, por otra parte– de este importante actor cultural en la España del momento, a quien cabría calificar de iberista *sui generis*. Se puede ver reflejada en la serie “España y Portugal” cierta corriente que pudiera ser común a un iberismo de carácter conservador, guardián de las esencias nacionales tradicionales y a un tiempo consciente

⁷⁶⁰ *El Contemporáneo*, 30-07-1861, p. 3, col. 4.

⁷⁶¹ *El Contemporáneo*, 30-07-1861, p. 3, col. 5.

⁷⁶² Valera no firma los textos, pero es sabido que fue él quien los escribió. Con todo, el propio periódico aclara en otra parte que efectivamente fue Juan Valera el artífice de la serie. Cfr. *El Contemporáneo*, 23-08-1861, p. 2, col. 5.

de la necesidad de que portugueses y españoles aspiraran a representar un papel común, que sería beneficioso para ambos, en la política europea del momento.

Parte Valera en su disertación ibérica de una sentencia filosófica, tras la cual deja clara su percepción de la cuestión nacional y hace gala de una visión despejada y fundamentada de la diferencia primordial entre los conceptos de “Estado” y “nación”:

“Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la unión ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable, ó realizable sólo en un remoto porvenir.”⁷⁶³

El autor no niega la posibilidad de que se pudiera culminar la unión ibérica en el futuro, pero sí rechaza que los gobiernos del momento estuvieran en disposición de acometer tan ambicioso proyecto, como se intentaba hacer ver desde algunos sectores. Más importante que esta constatación de debilidad temporal de las administraciones es la consideración que Valera tiene por evidente, sin necesidad de buscar una demostración científica, de la existencia de dos naciones ibéricas.

Establece de mano, como se ha mencionado más arriba, la diferencia entre Estado y nación, junto a la cual coloca una equivalencia entre nación y nacionalidad. Siguiendo esta primera toma de contacto con las ideas de Valera sobre España y Portugal, se puede afirmar que el escritor andaluz se basa en una concepción sentimental y voluntarista que si no es tratada con esmero puede derivar en fragilidad argumental. Igual que para los nacionalistas ibéricos era evidente, claro y patente que sobre la península Ibérica en esencia solo había una nación, idea-fuerza desde la cual se partía y que posteriormente era sostenida con razones, para Juan Valera la existencia de dos naciones diferenciadas es la característica fundamental del mundo ibérico, aserto cuya validez se demuestra también con razones.

El principal argumento del autor para justificar la imposibilidad de fundar un único Estado ibérico es la tradición histórica. Para Valera, “la sazón oportuna, el momento

⁷⁶³ *El Contemporáneo*, 15-08-1861, p. 2, col. 1.

propicio en que la fusión hubiera sido fácil, pasó mucho tiempo ha”⁷⁶⁴, al contrario de lo que ocurrió con Aragón, cuyas glorias históricas pesan tanto como las portuguesas pero pudo fundirse con Castilla en el momento adecuado. La existencia de Portugal y España como entidades políticas separadas desde 1640 ha provocado, para Valera, que las diferencias se hayan hecho “cada vez mayores desde entonces, y nos han ido separando, en lugar de irnos uniendo”⁷⁶⁵. La tradición histórica como argumento que valida la creación de una nación es utilizado por Valera en sentido contrario al ibérico para razonar la vigencia de la unión italiana. Huye el escritor andaluz de los nacionalistas ibéricos que ven en Italia un espejo para alcanzar sus objetivos y afirma que “basta el oído para percibir que suenan disparatadamente estas frases: *la nación pisana*, *la nación genovesa* y hasta la misma *nación milanese ó napolitana*”⁷⁶⁶. La existencia soterrada de una única nación italiana frente a los diferentes reinos, señoríos o ducados de aquella península fue, paradójicamente, un argumento que utilizará en sentido contrario algún iberista que quiso justificar por comparación la existencia de la nación ibérica, advirtiendo que repúblicas como Venecia tenían una historia detrás y no por ello dejaban de formar parte de un todo más amplio que era la nación italiana⁷⁶⁷. Se aprecia cómo en este terreno no es difícil que partiendo de la misma base se llegue a conclusiones distintas, lo que demuestra la maleabilidad y flexibilidad de ciertos argumentarios nacionalistas y la necesidad de valorar su validez con extremada cautela.

Valera identifica a continuación los conceptos de “nación” y “pueblo”, evaluando la revolución portuguesa de 1640 como “el renacimiento de un pueblo que había muerto o que gemía esclavo”⁷⁶⁸, y añade a su primera tesis sobre los elementos que imposibilitaban la creación de Iberia –la tradición histórica– el argumento de la lengua, comparando de nuevo la situación ibérica con la de Italia, donde existía, a su juicio, una sola “lengua literaria”. Si bien Valera recuerda que muchos trovadores, cortesanos y poetas de la Edad Media y del Renacimiento escribieron indistintamente en portugués y en castellano, insiste en que desde 1640 se rompen esos lazos de forma definitiva, a causa

⁷⁶⁴ *Ibíd.*

⁷⁶⁵ *Ibíd.*

⁷⁶⁶ *Ibíd.* Las cursivas pertenecen al original.

⁷⁶⁷ *El Museo Universal*, 30-11-1862, p. 3, col. 1.

⁷⁶⁸ *El Contemporáneo*, 15-08-1861, p. 2, col. 1.

de “la perversa dominación y peor administración de los Felipes”⁷⁶⁹. No obstante estos planteamientos limitadores, el escritor andaluz insiste en que

“la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso ensueño en el día, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni menos que pudieran redundar en desdoro de una de las dos naciones, si éstas acertaran á unirse como Inglaterra y Escocia, y no como Inglaterra é Irlanda, Austria y Hungría, Polonia y Rusia.”⁷⁷⁰

Como muestra de un “iberismo” de buena voluntad cita Valera los ejemplos de Sinibaldo de Mas o Emilio Castelar, que en todo momento habían planteado escenarios de cooperación y entendimiento mutuo, frente a planteamientos como los que representaba “un escritor animado de otros sentimientos poco favorables á Portugal”⁷⁷¹, en alusión a Pío Gullón, que no podían servir para otra cosa que perjudicar los intereses de los nacionalistas ibéricos de buena fe. Así pues, en su primer artículo de la serie “España y Portugal”, Juan Valera deja claras tres ideas: en primer lugar, España y Portugal son dos naciones, dos nacionalidades, dos pueblos, dos Estados, diferenciados por la tradición histórica y por la lengua, separados trágicamente dos siglos atrás debido a un gobierno inepto; en segundo lugar, Italia no debe servir de ejemplo para los nacionalistas ibéricos, puesto que las condiciones de base en ambos territorios son diferentes; por último, pese a la dificultad intrínseca de lograr la unión de dos naciones que en esencia –desde el planteamiento valeriano– se definían desde diferentes raíces, existe la posibilidad futura, si se trabaja en ella “muy de antemano y con exquisita prudencia”⁷⁷², de un acercamiento progresivo y eventualmente de una unión ibérica.

El segundo artículo de la serie, que se publica en la primera página de *El Contemporáneo*, presenta una profundización en la teoría de Juan Valera sobre las nacionalidades. El primer párrafo es clave:

“La idea o el principio de las nacionalidades, que ahora priva, tiene, como todo lo muy comprensivo y general, no poco de vago, y cuando no de vago, de contradictorio. Las nacionalidades no se determinan por la geografía, ni por el idioma, ni por la identidad de estirpe, ni por la semejanza o igualdad de historia, de religión y de costumbres. Todo esto concurre a formarlas; pero lo esencial y fundamental es el sentimiento, que se advierte, que se reconoce, pero que no se sujeta a reglas ni a raciocinios.”⁷⁷³

⁷⁶⁹ *El Contemporáneo*, 15-08-1861, p. 2, col. 2.

⁷⁷⁰ *Ibíd.*

⁷⁷¹ *Ibíd.*

⁷⁷² *Ibíd.*

⁷⁷³ *El Contemporáneo*, 17-08-1861, p. 1, col. 3 y sig.

Juan Valera considera, pues, que el elemento definitorio de la identidad nacional es el sentimiento de pertenencia, negando la validez de cualquier argumento más o menos mensurable o encuadrable en marcos objetivos. Ahora bien, es precisamente la cualidad abstracta de este argumento sentimental, la imposibilidad de plasmarlo en el ámbito de lo perceptible sensorialmente, la que otorga al principio de las nacionalidades ese carácter impreciso, vago, “y cuando no de vago, de contradictorio”. Una vez más, Valera recurre al ejemplo italiano en contraposición a las pretensiones iberistas, y lo hace utilizando una locución tautológica, seguida de una justificación emocional: Italia “es una sola nación porque es una sola nación. En favor de la unidad de Italia no hay argumento más fuerte que el sentir de sus hijos”⁷⁷⁴. Para Valera, más allá de la tautología, ese sentir común, ese anhelar la unión política, presente en Italia “por lo menos desde los tiempos de Dante”⁷⁷⁵, era inexistente en españoles y portugueses. El autor recomienda a los nacionalistas ibéricos alejarse del ejemplo de la unidad italiana, que a pesar de contar con numerosos condicionantes a su favor fue fuente de gravísimos conflictos en Europa y de una guerra civil en su propio territorio. Además de que, según Valera, España y Portugal presentaban diferencias de base en la lengua y en la historia y no contaban con un sentimiento nacional común, la existencia de dos dinastías monárquicas complicaba sobremanera cualquier intento de unión política. La debilidad operativa de republicanos y antidinásticos tampoco ayudaría a acercar el objetivo de la unión, siguiendo el criterio de nuestro autor, sino que lo dificultaría aún más.

Valera culmina su segundo artículo sobre la cuestión ibérica refiriéndose ya de manera directa a Pío Gullón y su folleto *La fusión ibérica*, que considera “bien escrito y pensado” pero “falso” y “antipolítico”⁷⁷⁶, que además provocó un efecto contrario al esperado por su autor al plantear la necesidad de sacar del trono portugués a la dinastía Braganza-Coburgo⁷⁷⁷. Los medios de violencia o de conquista para dominar países vecinos en Europa han perdido ya toda su fuerza operativa, afirma el autor: “La unión, la fusión, si ha de ser alguna vez, como no negaremos que lo deseamos para bien y gloria de ambas naciones, ha de llevarse a cabo por general, mutuo y espontáneo

⁷⁷⁴ *El Contemporáneo*, 17-08-1861, p. 1, col. 4.

⁷⁷⁵ *Ibíd.*

⁷⁷⁶ *El Contemporáneo*, 18-08-1861, p. 2, col. 2.

⁷⁷⁷ *El Contemporáneo*, 17-08-1861, p. 1, col. 5.

consentimiento”⁷⁷⁸. Retoma el autor las alabanzas a Mas, Caldeira, Lopes de Mendonça o Latino Coelho como representantes de un iberismo sano y respetuoso, del cual el propio Valera tampoco tendría reparo en formar parte. Sin embargo, Juan Valera es un hombre al que se le ha terminado la ilusión por la unión ibérica, como demostrará posteriormente.

El tercer artículo de la serie arranca con una fuerte crítica de Juan Valera al mencionado folleto de Pío Gullón, *La fusión ibérica*. Junto a las descalificaciones ya mencionadas de “falso” y “antipolítico”, Valera acusa a Gullón de ridiculizar el origen de Portugal como condado y de pretender negar su literatura, su historia y su tradición. El escritor y diplomático andaluz, para contrarrestar las afirmaciones de su contrario, enumera una retahíla de hechos históricos marcados con el sello de la gloria portuguesa, desde las hazañas de Afonso Henriques hasta la conquista de Ceuta, pasando por las expediciones a África, Asia y América. En cuanto a los méritos literarios de Portugal, Valera los deja fuera de toda duda, y junto a la alabanza de Camões y sus *Lusíadas* cita una serie de nombres ilustres de la literatura portuguesa que vendrían a borrar las acusaciones de Gullón de irrelevancia. Valera acusa al autor de “La fusión ibérica” de “suscitar [en los portugueses] su ira y su rencor, y despertar rivalidades que ya debieran estar muertas para siempre”⁷⁷⁹.

En el cuarto de los textos publicados por Juan Valera en *El Contemporáneo* con el título de “España y Portugal”, el autor no se centra en temas concretos como hizo en los tres anteriores –definición de las naciones ibéricas, negación de la validez del modelo italiano para el mundo ibérico, crítica a Pío Gullón–, sino que trata diferentes asuntos para al final ofrecer una visión general sobre todo lo antedicho. Valera afirma haber condenado la publicación de Gullón “en nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses”⁷⁸⁰, fraternidad que habría de reforzarse abriendo en sentido figurado las fronteras ibéricas, cerradas a cal y canto por el desconocimiento mutuo que tanto mal hacía a la hora de acometer proyectos comunes. El autor de *Pepita Jiménez* se reafirma en su creencia en la posibilidad de alcanzar algún día la unión ibérica, pero siempre respetando y poniendo en valor la existencia de la nacionalidad portuguesa. Para explicar

⁷⁷⁸ *El Contemporáneo*, 17-08-1861, p. 2, col. 1.

⁷⁷⁹ *El Contemporáneo*, 18-08-1861, p. 2, col. 4.

⁷⁸⁰ *El Contemporáneo*, 21-08-1861, p. 2, col. 1.

su punto de vista, Valera recurre de nuevo a la historia de la integración de Aragón y Castilla. Afirma el escritor y diplomático que

“Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragón ni Castilla. Aragón no ha borrado ni perdido las páginas hermosas de su historia inmortal, sino que las ha esclarecido y duplicado. [...] El español que rebaja la gloria de Portugal, y el portugués que rebaja la nuestra, se diría que anhelan destruir un tesoro que un día ha de pertenecer por entero a la patria común, y que ya en cierto modo le pertenece. La gloria de España es un complemento de la de Portugal, y la de Portugal de la de España; no se limitan, no se dañan, y sí se completan.”⁷⁸¹

Esta concepción de la patria común ibérica como un conglomerado de diferentes orígenes no es nueva en el ámbito iberista, pero tampoco era ciertamente mayoritaria. La historia de la unión de Aragón y Castilla no era un argumento que se soliera repetir entre los propagandistas del nacionalismo ibérico, y es sin embargo un moderado como Juan Valera quien saca esta relación histórica a la luz. Es interesante destacar el planteamiento positivo del autor andaluz, el hecho de interpretar de manera útil la confluencia de diferentes glorias históricas y presentarlas como una herencia compartida, visión afilada que podría haber servido como forma de enriquecimiento y de aproximación en lugar de plantear separaciones en lo político y/o lo social. Es en este momento cuando Valera se pone el traje de nacionalista ibérico –que le sienta bien– y se dedica a criticar a todos aquellos que, “volviendo el rostro á países extranjeros, embelesándose más de lo justo con la civilización de Francia y de Inglaterra”, se dedican a despreciar “todo lo nuestro, o por ser español, o por ser portugués”⁷⁸². En relación con el dominio británico sobre Portugal, el autor piensa, en coincidencia con la mayoría de sus coetáneos, que

“a Inglaterra le conviene, le importa mucho nuestra separación, y que tal vez se movería a conservarla con violencia, aun cuando quedasen pocos portugueses que la quisieran, y aun cuando las cosas y la opinión estuviesen ya maravillosamente dispuestas y propicias a la fusión de ambas naciones.”⁷⁸³

Este obstáculo se sumaba, pues, a los enumerados anteriormente y retrasaba aún más si cabe la posibilidad de que España y Portugal llegaran a configurar un Estado único en el futuro cercano. El lamento de Valera no se reduce a la situación coyuntural que propicia que desde Londres se intente aprovechar al máximo la separación de la península Ibérica en dos reinos, sino que se extiende a “un extravío del sentimiento patriótico, que redund

⁷⁸¹ *Ibíd.*

⁷⁸² *Ibíd.*

⁷⁸³ *El Contemporáneo*, 21-08-1861, p. 2, col. 2.

en perjuicio de ambos países”, y que se derivaba de un “espíritu de extranjerismo”⁷⁸⁴ que cegaba a españoles y portugueses y no les permitía ver las ventajas que se podrían derivar de una aventura política en común, ni que fuera en un futuro lejano. Finalmente, el autor se lamenta asimismo del recurso de muchos portugueses a la leyenda negra española cuando querían menospreciar a sus vecinos, esgrimiendo la evidencia de que en la época de la conquista española de América era corriente en todos los regimientos europeos un comportamiento que en 1861 se tenía por sanguinario y bestial. También apunta Valera, con razón, que muchos de los que acusaban a los españoles de brutalidad se estaban empleando en pleno siglo XIX con la misma cualidad en sus posesiones coloniales⁷⁸⁵.

El quinto de los artículos de Valera sobre la cuestión ibérica se centra en el estado socioeconómico y político del reino de Portugal. El autor andaluz choca en esta ocasión con aquellos que manifestaban la conveniencia de que Portugal siguiera siendo un país pobre, para que de ese modo sus ciudadanos sintieran la necesidad de unirse a un reino como España que, si bien ya no era gran potencia, seguía siendo más grande y sólido económicamente que el propio Portugal. Entre los que pensaban de este modo se encontraba precisamente Pío Gullón, que en *La fusión ibérica* había presentado de manera exageradamente negativa, según Valera, el estado económico de Portugal. Escribe el escritor andaluz en *El Contemporáneo* que

“si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras y acudiese a nosotros, indudablemente le recogeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone.”⁷⁸⁶

Para demostrar la equivocación de Gullón y el acierto de sus propias afirmaciones, Valera echa mano del *Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*, publicado en 1855 por José de Aldama Ayala, en el que se presentaban cifras macroeconómicas que acreditaban que la economía lusa gozaba de un estado de salud si no envidiable, sí mucho mejor del que había expuesto Gullón. Además, Valera recordaba que Portugal mantenía con Brasil unas buenas relaciones que España no disfrutaba con el resto de repúblicas americanas, lo que repercutía positivamente en su

⁷⁸⁴ *Ibíd.*

⁷⁸⁵ *El Contemporáneo*, 21-08-1861, p. 2, col. 2.

⁷⁸⁶ *El Contemporáneo*, 23-08-1861, p. 1, col. 5.

economía⁷⁸⁷. Este texto de Valera está cargado de citas de la obra de Aldama que se encargan de demostrar que el estado real de Portugal era muy diferente, mucho mejor al que le querían atribuir escritos como el de Pío Gullón. Juan Valera finaliza afirmando que “nosotros nos congratulamos de que Portugal no esté tan abatido y postrado como le pintan algunos, y mientras deseamos y esperamos más unirnos a él porque vale, que no tenderle una mano compasiva y amistosa, al verle desvalido y pobre”⁷⁸⁸.

En el siguiente artículo de la serie, el sexto publicado bajo el epígrafe “España y Portugal”, Valera insistió en aportar datos que demostraran que el estado de la economía portuguesa no era en absoluto de languidez, sino todo lo contrario, utilizando en esta ocasión informaciones del *Almanaque de Gotha*^{789 790}. Sin embargo, en este artículo sí advierte el autor diferencias favorables a España, como la alta productividad de la isla de Cuba en comparación con las colonias que aún conservaba Portugal, que antes que producir costaban dinero a la hacienda pública. Introduce en este punto Juan Valera una apreciación interesante, al hablar de la percepción que los españoles tenían de sí mismos como nación moderna a la altura del verano de 1861. Aporta el escritor andaluz, además, una fecha clave, y compara el desarrollo político de España a lo largo del siglo con lo acontecido en Portugal:

“La guerra de la Independencia contra Napoleón I influyó en sentido contrario en Portugal más que en España. Aquí resucitó y rejuveneció a la nación y le imprimió un impulso progresivo, con el que se mueve todavía. Allí la sometió a Inglaterra, agostó su prosperidad, esterilizó su comercio y su industria y la hizo caer en un desmayo, del que vuelve ahora con trabajo y con pena. Desde 1808 hay en España una conciencia de nuestro gran ser como nación que, a pesar de su noble orgullo y de su grandeza pasada, no tienen con igual vigor los portugueses.”⁷⁹¹

Valera considera que España tiene una “conciencia” de nación de la que no disfruta Portugal, lo cual podría ser interpretado como una diferencia más entre ambos países, pero es exactamente en este punto cuando el autor introduce una afirmación clave para entender su concepción del asunto:

⁷⁸⁷ *El Contemporáneo*, 23-08-1861, p. 1, col. 5.

⁷⁸⁸ *El Contemporáneo*, 23-08-1861, p. 2, col. 1.

⁷⁸⁹ *El Contemporáneo*, 27-08-1861, p. 1, col. 3.

⁷⁹⁰ El *Almanaque de Gotha*, denominado *Gothaischer Hofkalender* en el original alemán, era una guía anual en la que se exponían con detalle datos relativos a la realeza y la alta nobleza de Europa, entre otras informaciones. Se publicó ininterrumpidamente entre 1763 y 1944. Desde 1998 se edita un directorio en Londres con el nombre *Almanach de Gotha* y similares características.

⁷⁹¹ *El Contemporáneo*, 27-08-1861, p. 1, col. 3 y sig.

“El pensamiento nacional, si ha de renacer en Portugal y en España, ha de renacer bajo la forma de *iberismo*; pero del iberismo paciente, sereno y firme, que quiere ir con pausa y sosiego á la unidad por sus pasos y grados naturales, [...] De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la unión para vivir.”⁷⁹²

Para Valera, lo nacional ha de resurgir en forma ibérica. Pese a la argumentación con la que empieza esta serie, él mismo parece darse cuenta a medida de que avanza su argumentación a lo largo de varios ejemplares de *El Contemporáneo* que no importan todas las apariencias de diferenciación entre Portugal y España, ya que muy en lo hondo de su vitalidad se encuentra una fibra ibérica que considera superior a las demás, a pesar también de reconocer la existencia indiscutible de Portugal y España como naciones. Es en medio de este pensamiento complejo y aparentemente ambiguo donde se encuentra un hilo para terminar de ubicar el pensamiento de Juan Valera en torno a la cuestión ibérica. El escritor andaluz tiene claro que lo nacional ibérico es –debe ser– la aspiración última y fundamental de portugueses y españoles, sin que ello suponga una cuestión de vida o muerte. Lo que tenga que ser, será, y lo que tiene que ser es Iberia; esto es lo que parece querer decir Valera. Esta impresión se confirma unas líneas más abajo, cuando el autor apela a la ambición, a la aspiración sentimental de formar parte de una nación grande y no solo más o menos productiva, más o menos acomodada:

“La condición, la indole, el instinto, las tradiciones de todo portugués le mueven y arrastran á propósitos y fines más levantados. Ningún portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazón. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para lo cual no nos necesitan, es lo que más tarde o más temprano los traerá a todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postración y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las *saudades* del pasado poderío lo que ha de impulsarlos a hacerse ibéricos, no resignándose a ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica o Suiza.”⁷⁹³

Así pues, para Juan Valera, el triunfo del nacionalismo ibérico se reduce a una cuestión de tiempo y de que los portugueses se den cuenta del futuro prometedor que les aguarda, recuperando glorias pasadas, en unión con España. Es más, se espera de los portugueses que saquen a relucir un verdadero “orgullo nacional”, nación que habría de identificarse con el conjunto de la península Ibérica. Valera resume muy bien su pensamiento en una frase colocada al final del artículo que tiene ecos de Almeida Garrett: “El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español”⁷⁹⁴.

⁷⁹² *El Contemporáneo*, 27-08-1861, p. 1, col. 4. En cursiva en el original.

⁷⁹³ *Ibíd.* En cursiva en el original.

⁷⁹⁴ *Ibíd.*

El séptimo y último artículo de la serie presenta los medios que, a juicio de Juan Valera, serían más adecuados para acometer los proyectos de unión ibérica. Hace hincapié el autor en que la conquista se rechaza por completo, y recuerda que los medios pacíficos no eran en absoluto garantía de éxito de la empresa. Además, deja claro que siempre debería ser Portugal el que tomara la iniciativa y reclamara la unión, objetivo que España no debería anhelar en exceso⁷⁹⁵. Desde ese punto de partida, Valera enumera sus propuestas para preparar el terreno de la unión, entre las que destaca la puesta en marcha de un ferrocarril que dejara “borradas las distancias” entre ambos países. A juicio del autor, la conexión intra-ibérica que facilitaría el tren no podía ser comparable a ninguna otra medida de cara a favorecer los proyectos unionistas, puesto que fomentaría el acercamiento cultural y el conocimiento mutuo, condiciones indispensables para acometer la unión de dos países. Demanda Valera una vez más la instauración de una verdadera élite ibérica que dejara de viajar compulsivamente a París y se preocupara de conocer a fondo los salones, teatros y jardines de Lisboa y Madrid⁷⁹⁶. El segundo medio que Valera considera indispensable para acercar las realidades española y portuguesa con ánimo de que desembocaran en una única identidad era la promoción del comercio entre las diferentes partes de la península. Para ello, la medida estrella de un sector importante del nacionalismo ibérico: “conviene formar una liga aduanera, para lo cual ha de empezar nuestro gobierno por hacer una reforma de aranceles en el sentido más liberal posible”⁷⁹⁷. El beneficio más inmediato que se sacaría del Zollverein ibérico sería la desaparición práctica del contrabando, junto con la más que probable apertura de los ríos, definitivamente, a la navegación. Además, la activación del comercio se extendería no solo a lo largo y ancho de la península Ibérica sino que también repercutiría positivamente en los negocios con el resto de Europa, según las estimaciones de Valera. En tercer lugar, tras los transportes y el comercio, el escritor andaluz alza la voz por el conocimiento y la cultura. En primer lugar exige la puesta en marcha de un proceso de convalidación de títulos universitarios de Portugal en España y viceversa. Junto a ello, cabía avanzar en la promoción del conocimiento mutuo:

“La historia, las leyes, la literatura, las instituciones de uno y otro país, deben ser en lo futuro mutuamente mejor conocidas, y los clásicos portugueses tan leídos y admirados en España como en Portugal. El editor Rivadeneyra debiera incluirlos en su colección al lado de los españoles.”⁷⁹⁸

⁷⁹⁵ *El Contemporáneo*, 01-09-1861, p. 2, col. 1.

⁷⁹⁶ *El Contemporáneo*, 01-09-1861, p. 2, col. 2.

⁷⁹⁷ *El Contemporáneo*, 01-09-1861, p. 2, col. 2.

⁷⁹⁸ *Ibíd.*

Como escritor, Valera se preocupa especialmente de exigir una difusión pareja de las obras españolas en Portugal y de las obras portuguesas en España, al considerar ambas literaturas como formas artísticas hijas de un mismo espíritu.

En definitiva, se puede considerar esta serie de artículos como uno de los hitos en la carrera periodística de quien años más tarde escribiría *Pepita Jiménez*, que además aporta información decisiva sobre su pensamiento en torno a una cuestión de tanta importancia en su tiempo como eran los proyectos de unión ibérica. Juan Valera presenta un análisis exhaustivo de la cuestión desde diferentes puntos de vista: en el plano de la teoría política, la diferenciación inicial entre las dos naciones ibéricas, que juzga como clara y evidente en base a cuestiones histórico-lingüísticas, va evolucionando hasta reconocer su aspiración por constituir una única entidad nacional en suelo peninsular. El componente clave para Valera a la hora de configurar una nación es el valor emocional del sentimiento de pertenencia, definitorio para nuestro autor.

En cuanto a lo económico, el escritor andaluz ve a Portugal en un estado mucho más satisfactorio del que reflejaban ciertos sectores políticos y periodísticos españoles, interesados en cierto modo en presentar la situación económica lusa de la manera más negativa posible, para así crear en la opinión pública la impresión de que a España le convenía un Portugal débil en lo económico para encarar con garantías de éxito la iniciativa de la unión. Es en este punto donde Juan Valera se despega de la mayoría de sus contemporáneos, al considerar que era precisamente Portugal y no España el país que debería tomar la iniciativa de la unión ibérica, siempre desde un contexto de distensión y una vez en Lisboa se hubieran dado cuenta de la conveniencia de esta unión para el futuro del pueblo portugués.

Desde una óptica internacional, Valera rechaza absolutamente las maniobras de poder que Francia e Inglaterra aplicaban sobre suelo peninsular y sobre los elementos dirigentes de ambas sociedades. Suspira el autor por una élite verdaderamente ibérica que no dependiera de lo que acontecía en Europa, sino que fuera capaz de marcar su propio camino y de abrirse a los ciudadanos de ambos países. En el terreno de los medios prácticos para implantar la unión de Portugal y España, Valera reconoce que el éxito de la empresa era sumamente improbable, pero afirma que merecía la pena prepararlo a

través de medidas como la expansión del tendido ferroviario, la unión aduanera o la equiparación de los títulos universitarios. Antes de esto, Valera se había encargado de criticar el folleto *La fusión ibérica*, de Pío Gullón, que repudiaba por considerarlo demasiado agresivo y menospreciador de Portugal. El iberismo de Juan Valera, tan particular y meticuloso como su persona, marca un hito en el desarrollo de esta ideología al salirse de la corriente principal, manifestando la existencia de dos naciones distintas al tiempo que abogando por un *laissez faire*, por una suerte de fluir libre casi oriental que habría de desembocar en todo caso en la formación de Iberia.

Tras la publicación de esta serie de artículos, aún hubo espacio en las páginas de *El Contemporáneo* en los meses finales de 1861 para comentar aquello que sucedía en torno a la cuestión ibérica. Por ejemplo, el 19 de noviembre se publica un suelto en el periódico del marqués de Salamanca que refleja las polémicas que el asunto seguía provocando entre los diferentes diarios de Madrid. *El Diario Español* había acusado a la prensa progresista y a los diarios puros de agitar la estabilidad social portuguesa por tratar los proyectos de unión ibérica. La prensa progresista, a su vez, salía al paso de las acusaciones y atribuía a los diarios entonces partidarios de la unión liberal de haber utilizado interesadamente el nacionalismo ibérico como arma revolucionaria en tiempos de la Vicalvarada⁷⁹⁹. Los progresistas se posicionaban abiertamente en contra de cualquier demanda de unión ibérica por conquista, responsabilizando a los que lanzaban proclamas en este sentido de enrarecer el ambiente político en Portugal y volver a sus ciudadanos contra España. Esta postura era apoyada por *El Contemporáneo*, que concibe la unión ibérica como una “aspiración legítima” y se suma a la tesis de que en torno a la revolución de julio hubo una utilización política de los proyectos de fusión, que presentó interesadamente la idea como “revolucionaria y subversiva. En 1854, tomó ese carácter para los españoles amantes del orden establecido; en 1861, la ha tomado para los portugueses”⁸⁰⁰. De esto acusaba el diario conservador a los caudillos de la unión liberal.

Ante estas polémicas, *El Contemporáneo* cree oportuno volver a tratar la cuestión de modo algo más profundo en sus páginas. El 6 de diciembre de 1861 se publica un artículo en primera titulado “Sobre la idea de la unión ibérica”, en el que desde el diario del marqués de Salamanca se traza una pequeña historia de los proyectos de fusión

⁷⁹⁹ *El Contemporáneo*, 19-11-1861, p. 3, col. 1.

⁸⁰⁰ *El Contemporáneo*, 05-12-1861, p. 2, col. 5.

hispano-lusa, partiendo de la intervención militar española en Portugal de 1847. A juicio de *El Contemporáneo*, desde entonces hasta 1854 se vieron los planes de unión como “un ensueño poético y por demás inocente”⁸⁰¹, se trataba de una idea apreciada incluso por los conservadores españoles, que no la percibían como elemento de distorsión o subversión revolucionaria; también en Portugal se había popularizado el iberismo, siendo defendido y promocionado por personajes de la talla de Latino Coelho, Alexandre Herculano o Casal Ribeiro. Se menciona también el buen recibimiento ofrecido a la memoria “La Iberia”, del distinguido Sinibaldo de Mas, como muestra de la popularidad del iberismo. Sin embargo, desde la Vicalvarada la aspiración a la unión se desvirtúa, en opinión de *El Contemporáneo*, cuando “hicieron de esta idea un arma contra los más respetables objetos [...] algunos o quizá muchos de los hombres que hicieron la revolución de 1854”⁸⁰². Así, se pasó a un enfriamiento del ambiente iberista hasta 1861, cuando resurge “con inaudita torpeza, cayendo en el extremo contrario de aquel de que se quería huir”⁸⁰³.

Se acusa desde las páginas del diario del marqués de Salamanca directamente al gobierno de O'Donnell de menospreciar conscientemente a Portugal, “así en folletos como en periódicos”⁸⁰⁴, en medio de la euforia que vivían los unionistas en política exterior tras las victorias militares en África y la anexión de Santo Domingo. El menosprecio por parte del gobierno español hacia Lisboa había provocado un resurgimiento del nacionalismo portugués más radical, instaurándose la fiesta del primero de diciembre como recordatorio de la independencia conseguida en 1640 y extendiéndose en general en Portugal un sentimiento de animadversión hacia todo lo español. Días más tarde, Juan Valera se ve obligado a escribir una contrarréplica a Pío Gullón, quien a su vez había contestado a la serie de artículos del escritor andaluz, “España y Portugal”, que se ha repasado más arriba. A juicio de Valera, los planes de unión ibérica que en 1854 pasaron por destronar a Isabel II eran tan rechazables como los que en 1861 cifraban el éxito de la unión hispano-portuguesa en la expulsión de la dinastía Braganza, medida demandada por Pío Gullón en *La fusión ibérica*.

⁸⁰¹ *El Contemporáneo*, 06-12-1861, p. 1, col. 3.

⁸⁰² *El Contemporáneo*, 06-12-1861, p. 1, cols. 3 y 4.

⁸⁰³ *El Contemporáneo*, 06-12-1861, p. 1, col. 4.

⁸⁰⁴ *Ibíd.*

Valera afirma que el objeto de su serie de artículos “no fue tanto censurar el escrito del Sr. Gullón, cuanto contribuir, en lo que pudiésemos, a calmar la sobreexcitación y el disgusto de los portugueses”⁸⁰⁵ por ver a su monarca amenazado. Frente a aspiraciones maximalistas, los medios que Valera y *El Contemporáneo* proponían para alcanzar la unión ibérica eran, por el contrario, “lentos y suaves”⁸⁰⁶. El escritor y diplomático echa mano de la historia para recordar que la unión ibérica pudo haberse realizado en el pasado en la persona de Miguel de la Paz, infante que fue de Portugal, Aragón y Castilla, muerto prematuramente sin haber cumplido dos años. Miguel de la Paz encarnó precisamente, en su corta vida, las aspiraciones de una fusión ibérica por medios pacíficos, y este es el modelo indiscutible para Valera, quien afirma que “nuestros políticos de ahora debieran imitar la conducta de aquellos reyes, preparando la unión de ambos países por medios semejantes, y no trazando planes de conquista, de revolución o de anexión”⁸⁰⁷. En agosto del 61, *La Época* transcribiría dos de los artículos de la serie escrita por Valera en *El Contemporáneo*. El diario de las élites conservadoras dice estar “en lo general de acuerdo” con las tesis defendidas por el escritor andaluz, destacando la idea principal de que “si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades”⁸⁰⁸.

5.4.9. Intensidad en el mensaje iberista a finales de 1861

La intromisión extranjera en los asuntos de España preocupaba a los redactores de *La Esperanza*, especialmente en relación a la cuestión ibérica. En octubre de 1861, el diario absolutista previene a sus lectores sobre la amenaza que supondría recibir apoyo extranjero para abordar la cuestión, trazando un paralelismo con Italia y haciendo referencia explícita a las cesiones territoriales que el Piamonte hubo de hacer a Francia para conseguir su apoyo a los proyectos de unificación. *La Esperanza*, en medio de una defensa sin fisuras de los Borbones, teme por la integridad de los territorios españoles y se niega a apoyar una unión dirigida por alguna institución que no fuera la monarquía española, ya que buscar el apoyo internacional —en este caso, el francés— supondría que “las provincias que baña el Ebro no serían mucho mayor regalo proporcionalmente que

⁸⁰⁵ *El Contemporáneo*, 22-12-1861, p. 1, col. 5.

⁸⁰⁶ *Ibíd.*

⁸⁰⁷ *Ibíd.*

⁸⁰⁸ *La Época*, 16-08-1861, p. 1, col. 4.

Niza y Saboya; además, por supuesto, de una completa supeditación de la política ibérica a la política napoleónica”⁸⁰⁹. Así, lo mejor para *La Esperanza* era olvidar una unión ibérica que tuviera que contar con el apoyo extranjero y dejar la cuestión en el orden de cosas en que se encontraba entonces. Desde las páginas de *La Esperanza* se insistirá sobre este asunto más adelante, incluyendo la sospecha de que no solo las provincias al norte del Ebro se verían afectadas por un supuesto apoyo internacional a cambio de territorios, sino también las islas Baleares⁸¹⁰. Por otro lado, en el tramo final del año de 1861 predominan en *La Época* artículos en los que se sigue de manera general la situación del iberismo en Portugal, así como se refleja la visión que otros diarios españoles tenían de la cuestión. Casi siempre se informa de la debilidad del movimiento y se destaca que se utiliza como arma de partido y como instrumento de cohesión nacional en el marco portugués⁸¹¹.

A finales de 1861 también se encuentran en *La Iberia* varios artículos de calado sobre los proyectos de unión de España y Portugal. Ante los embates propagandísticos del gobierno, que según *La Iberia* intentaba presentar la idea de unión ibérica como un peligro para la independencia nacional⁸¹², el diario de Calvo Asensio contraataca intentando hacer ver que el único peligro que entrañaba la unión ibérica concernía a los gobernantes del momento, que verían amenazados sus privilegios y su dominio del escenario político llegado el día de la fusión peninsular. *La Iberia* critica duramente las calamidades cometidas por los gobiernos de la Unión Liberal en los asuntos extranjeros, que vendrían a enlazarse con la nefasta tradición de los ministerios españoles en política exterior desde la administración filipina. En aquel momento se utilizan los proyectos ibéricos como medio de agitación de la opinión pública contra el general Narváez y en amparo de O'Donnell. Habla *La Iberia* de “alarmas extravagantes”, ya que ninguna cabeza cabal sería capaz de pensar en Narváez como el general español que los portugueses quisieran para unirlos a España –en el caso de que quisieran–. El periódico progresista considera que “esta obra de crear odios”, esta propaganda negativa sobre supuestos planes de conquista, iba destinada a romper todo progreso de los iberistas españoles y portugueses en sus planes de acercamiento mutuo:

⁸⁰⁹ *La Esperanza*, 02-10-1861, p. 1, col. 2.

⁸¹⁰ *La Esperanza*, 05-04-1865, p. 1, col. 2.

⁸¹¹ *La Época*, 10-10-1861, p. 2, col. 5; *La Época*, 11-10-1861, p. 1, col. 2; *La Época*, 16-10-1861, p. 3, col. 2; *La Época*, 28-10-1861, p. 1, cols. 1 y 2; *La Época*, 16-11-1861, p. 2, col. 6.

⁸¹² *La Iberia*, 12-10-1861, p. 1, col. 2.

“Si peligroso se considera desear que se cierre el territorio ibérico, no dejando dentro de él más que una sola nación, peligrosos son todos los buenos españoles, todos los portugueses que meditan y saben que en estos tiempos no son fáciles las conquistas a balazos, sino las conquistas de las voluntades.”⁸¹³

Una vez más, se observa cómo el principio voluntarista es el que predomina en las doctrinas del nacionalismo ibérico como principal elemento conformador de una nación. En el caso particular de España y Portugal, la carga histórica compartida –para bien y para mal– hacía muy difícil justificar cualquier proyecto de unión precisamente desde la historia, por su facilidad de ser rebatido en base a los desencuentros. De ahí que, además de potenciar lo positivo de la historia común y desterrar en cierto modo los hechos negativos, acusando de ello a reyes déspotas y administraciones ineptas, desde el iberismo se intentara potenciar la atención a las voluntades como elemento fundador de una nación. *La Iberia* solo vería peligrosa la propaganda iberista cuando iba en ella, implícita o explícita, la aspiración de conquista.

No solo preocupaban a *La Iberia* las componendas de la Unión Liberal para intentar mantenerse en el poder, sino que también prestaba atención a lo que acontecía en Portugal en relación a los planes iberistas, o bien a sus contrarios. El nacionalismo portugués, como cualquier otro, estaba muy preocupado de promover cierta simbología para crear cohesión social y una identificación esencial de lealtad a la patria, siendo una de las herramientas de ingeniería social utilizadas para ello las conmemoraciones. Los preparativos de las fiestas del primero de diciembre en Portugal–instituidas en el siglo XIX, desde luego–, en las que se celebraban los hechos de 1640, servían a *La Iberia* para intentar desacreditar al nacionalismo portugués, invitando a la ciudadanía lusa a no caer en la trampa planteada por este movimiento político. Los nacionalistas portugueses, al pretender mantener el *statu quo* de Portugal como nación independiente, “están sirviendo a intereses de naciones extrañas, a quienes perjudicaría la fusión en uno de los dos pueblos que solo las ambiciones de los hombres a despecho de la naturaleza han separado”⁸¹⁴.

En octubre de 1861, con motivo de los planes de boda de Pedro V con la princesa María Pía de Saboya, vuelve a resurgir la cuestión ibérica en las páginas de la prensa

⁸¹³ *La Iberia*, 12-10-1861, p. 1, col. 3.

⁸¹⁴ *La Iberia*, 12-10-1861, p. 2, col. 3.

madrileña. En *La Discusión* se encuentran textos interesantes sobre el asunto durante tres días consecutivos. Según una carta publicada en un periódico “ministerial” y reproducida por el diario democrático, la subida de la princesa piamontesa al trono portugués traería aparejada la llegada de un importante contingente de súbditos italianos que verían con buenos ojos extender en la península Ibérica los proyectos de unión que con tanto éxito se estaban llevando a cabo en su tierra, a mayor gloria de las casas de Saboya y Braganza. Estos supuestos planes, sin embargo, no parecían ser del agrado de las demás potencias europeas, sobre todo de Inglaterra, que no querían perder su preponderancia sobre su “colonia”, según escribe el autor de la carta, es decir, sobre Portugal.

Más allá de planes y rumores, que están en el terreno de la especulación, aquí interesa el mensaje que emite *La Discusión* a este respecto, como representante periodístico del partido democrático. El diario de Rivero afirma que no teme las malas artes diplomáticas, “pero tememos mucho la malquerencia que este gobierno muestra a la unión de los dos pueblos, y esperamos mucho en la virtud de la opinión pública”⁸¹⁵. *La Discusión* procura destacar el rechazo que le provocaban las actuaciones de los gobernantes y las acciones que marcaría o debería marcar el pueblo, la nación, la opinión pública. *El Pensamiento Español* también expresaría su rechazo a la idea de una piamontización de Portugal y el consiguiente intento de conquista, y también se opone a la política que está siguiendo el gobierno español a este respecto, pero lo hace desde una posición opuesta a *La Discusión*, acusando al gobierno de ser demasiado liberal y de no defender los intereses de Isabel II⁸¹⁶. En este contexto, el periódico de Rivero publica un suelto en el que vuelve a abogar por la unión “de común acuerdo”⁸¹⁷, nunca por conquista y en concordancia con el espíritu de la época, testigo de cómo “los odios de pueblo a pueblo, fomentados antes por la ambición de los déspotas, se borran y concluyen por el espíritu de progreso”⁸¹⁸.

La intensidad de la propaganda y defensa de la unión ibérica crece en los días finales de octubre del 61. Se encuentran en el periódico de Calvo Asensio una serie de artículos de fondo en primera página casi de manera consecutiva (los últimos días de

⁸¹⁵ *La Discusión*, 18-10-1861, p. 2, col. 3.

⁸¹⁶ Citado en *La Discusión*, 18-10-1861, p. 2, col. 5.

⁸¹⁷ *La Discusión*, 19-10-1861, p. 2, col. 2.

⁸¹⁸ *Ibíd.*

octubre y los primeros de noviembre), que ejemplifican la reacción del nacionalismo ibérico ante los ataques que estaban sufriendo por parte de sectores opuestos a la idea. El cambio de parecer de *El Diario Español* seguía importunando excesivamente en la redacción de *La Iberia*. En esta ocasión se comenta una carta de Lisboa en la que una vez más se intenta presentar a la unión ibérica como “una cuestión peligrosa que espante allí donde a los hombres que manden consideren que les conviene el espanto”⁸¹⁹. Así, el progresismo juzga las polémicas en torno a los proyectos de unión ibérica como interesadas, motivadas por el interés de ciertos sectores políticos y no por una verdadera crítica a la idea en sí.

Según *La Iberia*, la propaganda de la unión ibérica había avanzado de modo tan avasallador que los contrarios a ella tenían que echar mano de los peores recursos para intentar contrarrestarla. El diario de Calvo Asensio llama a los iberistas a unirse en un frente común para defender una idea que “nunca ha salido” del terreno de lo legal. Contra la propaganda negra en Portugal (hablando de planes de conquista) y contra la propaganda negra en España (haciendo creer que los portugueses odiaban todo lo español), contra los anti-ibéricos que algunos años antes habían defendido los proyectos de unión y ahora los rechazaban (caso de *El Diario Español*), *La Iberia* asegura que “es preciso demostrar a todo el mundo que aquí y allá no hay más que hermanos que desean abrazarse”⁸²⁰.

Y a esta demostración se apresta el diario progresista al día siguiente, en un artículo que, como el anterior, ocupa buena parte de la primera página del ejemplar, en este caso cuatro columnas. El artículo, publicado sin título, abre con una pregunta y su correspondiente respuesta: “¿Cómo nació, cómo han venido hasta aquí el pensamiento y la propaganda de la Unión Ibérica? Nació el día mismo en que España se vio mutilada bajo el vergonzoso reinado de un menguado monarca y de un ministro digno de él”⁸²¹. Así, se presenta la aspiración de unión ibérica como un objetivo mítico, nacido automáticamente y de manera inmediata al romperse la unidad de la península, se personifica a España y se habla de una tierra “mutilada”, poniendo así la primera piedra de un movimiento nacionalista al plantear el origen de las demandas presentes en un

⁸¹⁹ *La Iberia*, 26-10-1861, p. 1, col. 2.

⁸²⁰ *La Iberia*, 26-10-1861, p. 1, col. 3.

⁸²¹ *La Iberia*, 27-10-1861, p. 1, col. 2.

tiempo muy lejano, en el que ninguno de los actores del momento pudo haber estado presente.

Se abre, pues, la posibilidad de acometer diferentes interpretaciones del pasado, y para evitarlo se necesita de un relato histórico. En este caso, *La Iberia* toma el texto “Bosquejo histórico de la política de España”, de Francisco Martínez de la Rosa, quien lamenta la labor de Felipe II como organizador de una unión dinástica que hizo votos por respetar las instituciones portuguesas pero no cumplió su promesa. Martínez de la Rosa realiza un interesante ejercicio de historia-ficción al afirmar que si se hubiera decidido trasladar la corte a Lisboa, los intereses de Portugal y los de España se habrían identificado de tal manera que ambos reinos también se hubieran confundido⁸²². Por el contrario, como se sabe, tras seis décadas de gobierno filipino en Portugal se proclamaría rey al duque de Braganza, comenzando de nuevo un periodo de separación en diciembre de 1640. En este punto del relato, el redactor de *La Iberia* introduce una apostilla que se considera clave para comprender la diferenciación fundamental entre el integrismo españolista y el iberismo honesto:

“Siempre viva el ansia de volver a redondear la Península, partidarios del iberismo fueron, pues, el mismo Felipe IV, el mismo Olivares; no lo fue Carlos el de los hechizos porque era un imbécil rematado, pero lo fueron Felipe V, Fernando VI y Carlos III; solo que ellos buscaban el iberismo por la conquista, por la diplomacia, por los tratados secretos, por los casamientos de los Reyes, que eran los medios entonces conocidos para disponer de la suerte de los pueblos, considerados como rebaños, y no se cuidaban de borrar los recuerdos de la tiranía, de apagar antiguos y justificados odios, de inspirar confianza y simpatía, de arrojar lejos las armas y abrir los brazos para que a ellos vinieran nuestros hermanos.”⁸²³

Se establece una clara separación entre los partidarios de la unión por la fuerza o por intrigas diplomáticas y los defensores de la unificación progresiva de los caracteres populares. Iberismo en un tono agresivo frente a iberismo de mano tendida, iberismo belicoso frente a iberismo real, en el sentido de propio, original, familiar.

Así, el relato de Martínez de la Rosa continúa, llegando hasta el siglo XIX y los tragicómicos sucesos que tuvieron como protagonistas a los inefables Carlos IV e hijo, incluyendo el siniestro tratado de Fontainebleau, que preveía la división de Portugal en tres reinos y su posterior repartición. Este es otro momento clave para el redactor de *La*

⁸²² *Ibíd.*

⁸²³ *La Iberia*, 27-10-1861, p. 1, col. 3.

Iberia, quien afirma que “desde entonces, el gran pensamiento nacional, siempre vivo, de la Unión Peninsular, cambió de faz y pasó decididamente, de la ambición de los Reyes al corazón de los pueblos”⁸²⁴. Es destacable la calificación de “nacional” al pensamiento de la unión ibérica, que deja entrever una aspiración poco disimulada de configurar un nuevo concepto de nación en suelo peninsular, aspiración digna de un movimiento nacionalista totalmente establecido. *La Iberia* recopila acto seguido una serie de nombres – acompañados de fechas concretas– que acogieron la idea con interés y pensaron seriamente en la posibilidad de su realización práctica: en 1818, Joaquín Francisco Campuzano, de quien ya se ha tenido noticia, trató la cuestión durante su servicio como embajador en Londres con su homólogo portugués y con el ministro inglés Canning⁸²⁵; en 1826 tuvo lugar una reunión en Gibraltar, a la que asistieron Andrés Borrego, Álvaro Flórez Estrada, Francisco Díaz Morales y Francisco Rubí, y en la que se trató la unión ibérica “en los términos que son bien conocidos de muchos”⁸²⁶; mientras, en 1830 y 1831 Mendizábal planeó impulsar la idea tras la guerra civil portuguesa⁸²⁷; luego, a principios de la década de 1840, de nuevo Andrés Borrego trata la cuestión con altos mandos político-militares, como Estébanez Calderón, Luis Fernández de Córdova y Francisco Xavier da Silva Pereira, conde das Antas⁸²⁸. Como bien dice *La Iberia*, la mayoría de estos nombres se encuadraban en las filas del moderantismo, lo que echaba por tierra las teorías de aquellos que asociaban el iberismo con un movimiento revolucionario. Estos datos se suman, pues, a las pruebas que demuestran la existencia de algo más que un sentimiento expandido de hermandad ibérica y hablan de un movimiento profundo de orientación nacionalista, concibiendo el territorio comprendido entre los Pirineos y el Estrecho como una sola entidad política.

La cuestión ibérica reaparece también en la portada de *El Clamor Público*, que narra una polémica de la prensa madrileña del momento: *La Iberia* estaba enfrentada a *El Diario Español* en relación al cambio de postura de este último respecto a la unión peninsular. *El Diario Español* había sido un claro defensor del proyecto ibérico, hasta que en los últimos meses sus lealtades se desviaron más hacia la defensa de la dinastía borbónica. *La Iberia* le reprocha a ese periódico su actitud ambivalente, y *El Clamor*

⁸²⁴ *La Iberia*, 27-10-1861, p. 1, col. 4.

⁸²⁵ *La Iberia*, 27-10-1861, p. 1, col. 4.

⁸²⁶ *Ibíd.*

⁸²⁷ *Ibíd.*

⁸²⁸ *Ibíd.*

Público aprovecha para apoyar estos reproches, atacando a *El Diario Español* y a su defensa de los intereses del gobierno de la Unión Liberal, designada por *El Clamor Público* como “unión servil”⁸²⁹. Esta polémica refleja una condición que muchas veces tuvo el iberismo: servía como excusa, se utilizaba el asunto de la unión hispano-portuguesa para ventilar polémicas entre periódicos sobre el modo de actuar de los gobiernos españoles. También se observa de nuevo la condición intermitente del movimiento iberista, que aparece y desaparece periódicamente de las páginas de la prensa.

El proceso de unificación italiano, como se ha visto, era por diferentes razones un espejo para el nacionalismo ibérico en su conjunto y para los demócratas en particular, ya que se asociaba con la expansión de las libertades políticas e individuales, además de que estaba causando serios quebraderos de cabeza a la jerarquía católica. La indignación con la que los periódicos reaccionarios de la época en España se enfrentaron al proceso de unidad italiana suponía, además, echar más leña al fuego de la polémica entre estos dos sectores sociopolíticos y periodísticos y provocar un incremento de la presión demócrata sobre este tema. En un texto publicado el 29 de octubre de 1861, *La Discusión* insiste en que “la gran cuestión” que se estaba debatiendo en España en aquel momento era “la unidad de nuestra hermosa península”⁸³⁰. Esta afirmación, que suena más a una expresión de deseo que a una representación de la realidad, entraba sin embargo dentro de la estrategia de propaganda nacionalista ibérica del periódico demócrata, que encuadraba su apoyo a la unión hispano-portuguesa en un contexto de progresiva unificación territorial en Europa, poniendo los ejemplos de Italia, Hungría, Polonia, y “los diversos reñecillos germánicos”⁸³¹, expresando en el caso concreto ibérico los siguientes argumentos:

“El Pirineo y el mar son nuestras fronteras; una misma tierra es nuestra cuna; unas mismas glorias y unas mismas desventuras nuestra historia; las mismas razas han poblado sus regiones y nuestras regiones; los mismos héroes han defendido nuestra nacionalidad; [...] como nacidos bajo un mismo techo, debemos formar juntos una sola familia, aunque pese a los que viven de la debilidad del atraso y de la desunión de los pueblos.”⁸³²

La última frase hace referencia tanto a las grandes potencias del momento, a las que ya anteriormente se ha presentado como interesadas en mantener el *status quo* en su propio

⁸²⁹ *El Clamor Público*, 29-10-1861, p. 1, col. 1.

⁸³⁰ *La Discusión*, 29-10-1861, p. 2, col. 1.

⁸³¹ *Ibíd.*

⁸³² *La Discusión*, 29-10-1861, p. 2, col. 2.

beneficio, como a los periódicos españoles –y sus correspondientes representantes en la política– que combatían la idea. El tono idealista del artículo hasta este punto se enmarca en el contexto general de la época y en la tendencia de la ideología democrática, en pleno proceso de expansión a mediados del siglo XIX, hablando de la hermandad universal y de la “personalidad superior” de la raza humana ante la división y el enfrentamiento entre naciones. Es importante destacar el trato que se le da en este artículo a la palabra “nacionalidad”, que agrupa en este texto a España y Portugal en un solo concepto, sin dejar más allá ninguna otra posible interpretación. Esta percepción se refuerza al afirmar *La Discusión* que “España no será nunca una gran nación mientras no esté unida a Portugal”⁸³³. Y es precisamente al final del texto cuando se afirman, se defienden y se destacan las diferencias efectivas entre las regiones ibéricas y cómo estas podrían conformar un todo común existente, al mismo tiempo y de manera no excluyente, que englobara el conjunto y pudiera formar una nación ibérica digna de mirar cara a cara a cualquier otra nación europea:

“Y no se diga que Portugal tiene una lengua distinta de España, cuando la base latina y el sabor oriental es uno mismo en las dos lenguas. Argumento baladí para un pueblo en el cual se han refundido los gallegos, los vascongados con su habla contemporánea de los primeros días de la historia europea, los valencianos, los catalanes, los mallorquines con sus distintas variantes de la dulce y hermosa lengua lemosina.”⁸³⁴

Culmina el artículo afirmando que la historia común, una y mil veces esgrimida por los nacionalistas ibéricos –y por cualquier nacionalismo– como elemento cohesionador y justificante de una unión política, se combinaba en este caso con las “gloriosas” historias de los antiguos entes políticos ibéricos, alabando la categoría de antigua potencia mundial de Portugal, la gallardía de Navarra, la tradición liberal de Aragón y las conquistas catalanas en el Mediterráneo; la historia de toda España, en fin, “que es un verdadero poema”⁸³⁵. *La Discusión* aporta una visión muy lejana del insano exclusivismo que muchas veces agobia y trastorna los razonamientos cuando se trata la cuestión lingüística y de la historia en la península Ibérica.

5.4.9.1. Influencia simultánea del iberismo en España y en Portugal

⁸³³ *Ibíd.*

⁸³⁴ *Ibíd.*

⁸³⁵ *Ibíd.*

Las “calumnias” que, a juicio de *La Iberia*, se propagaban en Portugal respecto a los proyectos de unión ibérica, se basaban mayormente en hacer correr el rumor de un plan de conquista violenta. Para desmentir esto, además de exhortar a la opinión pública a repasar los escritos de los personajes anteriormente mencionados y de otros muchos, el periódico de Calvo Asensio procede una vez más a enumerar una serie de demandas que resumen el ideario iberista y que ya se conocen sobradamente: unión aduanera, abolición de pasaportes y banderas diferenciales, tratado postal y telegráfico, reciprocidad de títulos y grados académicos y científicos, unidad de pesos y medidas, unidad monetaria, igualdad y reconocimiento de ciudadanía. La potencia, profundidad y amplitud de estas reclamaciones, y el efecto que habrían tenido de haberse consagrado de forma efectiva llevan al investigador a afirmar sin titubeos la existencia práctica de un movimiento nacionalista, ni que fuera en determinados casos puntuales sin total conciencia de sí propio como tal nacionalismo.

La Iberia pide para España las mismas libertades de las que gozaba Portugal, y afirma que “nosotros vivimos con nuestra época, y apenas hay día en que no cantemos un himno a la Providencia, que ha enviado el siglo XIX para sobreponer a la fuerza bruta las ideas: ¡cómo hemos de querer llevar a Portugal en vez de una idea un ejército!”⁸³⁶. Además de la “calumnia” de propagar los rumores de conquista, los anti-ibéricos trataban de expandir la “falsedad” de que en Portugal se rechazaba toda idea de unión. Para contrarrestar esta afirmación, *La Iberia* saca un arsenal de citas tomadas de la célebre memoria de Sinibaldo de Mas que apuntan en la dirección contraria: portugueses a favor de la unión ibérica fueron el duque de Palmela, que “ha estado durante su vida expresando sin misterio alguno su opinión de que el Portugal, después de separado del Brasil, no tiene más remedio que unirse con España” y el conde de Tojal, que “abundaba en las mismas ideas”. También se habla de Almeida Garrett, citando su célebre frase: “Españoles somos, y de españoles debemos preciarnos”, de Alexandre Herculano, quien “habla siempre de Portugal como una parte de España” y de José María Casal Ribeiro, quien escribe lo siguiente: “Reunión de la Península ibérica en una sola nación. [...] Idea que todo corazón peninsular, que todo espíritu inteligente saluda con entusiasmo”. Asimismo, se cita a Henriques Nogueira, en una emotiva apelación: “Pobre patria mía, [...] lánzate

⁸³⁶ *La Iberia*, 31-10-1861, p. 1, col. 2.

resueltamente al frente del movimiento peninsular”. Todas estas menciones vendrían a demostrar la favorable acogida de la idea iberista en Portugal⁸³⁷.

Los testimonios de portugueses favorables a la unión ibérica continúan apareciendo días después, en los ejemplares del 5 y 6 de noviembre de 1861. En este caso se sigue citando la obra magna de Sinibaldo de Mas, que a su vez cita a Lopes de Mendonça, rabioso iberista que ataca al nacionalismo portugués por pretender convertir al país en un reducto insignificante y aboga por la unión con España, acontecimiento que solo traería beneficios al país luso y que, además, “se verificará sin dispararse un tiro, sin lastimar interés alguno, sin que se oiga una queja”. Por otro lado, José María Latino Coelho se ocupa a su vez de defender la construcción de la patria común por la comunidad de intereses, cuando manifiesta que “Felipe II nos conquistó con el terror y la sangre; la España de hoy nos ha de absorber por la comunión de ideas, por la páfida amabilidad de su conversación, por las dulzuras de su amor y la ternura de su afecto”. Por su parte, Antonio Rodrigues Sampaio, quien llegaría a ser primer ministro de Portugal, acusaba a los anti-iberistas de su país de querer “que fuésemos inmundos para que nadie nos codiciase”, en referencia a la cerrazón nacionalista y su rechazo a tender puentes con España⁸³⁸. Se citan también algunos comentarios de Carlos José Caldeira sobre el estado de las colonias españolas y portuguesas en Asia:

“La identificación de los intereses comerciales y económicos [...] conducirá a la identidad de las ideas y a la asimilación de los intereses de toda especie, y naturalmente a la fusión de las dos nacionalidades, para la cual tantas otras causas concurren, tales como el común origen y semejanza de la lengua, del clima, de las costumbres y de la religión de los dos pueblos. [...] ¡Qué inmenso porvenir de grandeza y gloria podrá tener la nación ibérica!”⁸³⁹

Todos estos testimonios probaban la existencia de un partido ibérico de cierta importancia en Portugal, al que había que otorgar la importancia que merecía y que venía a echar por tierra las teorías de aquellos que presentaban los proyectos de unión con un trasfondo de agresión a Portugal y que además se vería rechazado en aquel país. *La Iberia* no olvida la labor de la prensa periódica portuguesa y cita fragmentos de *A Revolução de Setembro*, el *Almanaque Democrático de Lisboa*, *O Progresso*, *O Nacional* e incluso del miguelista *A Nação*, que reconoció en su número del 12 de agosto de 1853 la conveniencia de una

⁸³⁷ *La Iberia*, 31-10-1861, p. 1, cols. 3 y 4.

⁸³⁸ *La Iberia*, 05-11-1861, p. 1.

⁸³⁹ *La Iberia*, 06-11-1861, p. 1, col. 1.

única política exterior ibérica⁸⁴⁰. Hasta aquí llega el repaso exhaustivo del periódico de Calvo Asensio a la historia del iberismo, encontrando motivos, causas y razonamientos que preparaban el contraataque ante las arremetidas que este estaba sufriendo. La evolución del ideario ibérico estaba ya lista para poner en marcha una propaganda más tozuda y continuada de lo que había sido hasta el momento, estableciendo un edificio argumentativo más sólido. *La Iberia* quiere tumbar los argumentos de los anti-ibéricos, demostrando que en Portugal se seguía con complacencia la idea, al menos desde algunos sectores, colocando a los anti-ibéricos en el mismo bando absolutista-reaccionario y, sobre todo, asegurando el rechazo más absoluto del iberismo auténtico a una asimilación de Portugal por conquista española.

Sobre este último punto, aquello que aquí se denomina “iberismo auténtico” viene definido claramente por *La Iberia* cuando se enzarza, una vez más, con *El Diario Español* a cuenta de los rumores sobre planes de conquista. Después de declarar la evidencia de que la idea ibérica comenzó a tomar vuelo durante los preparativos de la Vicalvarada, el redactor escribe que “los que han anunciado que esa unión debía verificarse por medio de la fuerza, por medio de la conquista, no pertenecen a nuestra comunión”⁸⁴¹. Se excluye, pues, de las filas de los verdaderos iberistas a aquellos que hablaban de métodos violentos como planes posibles para llevar a cabo la fusión de los dos Estados peninsulares.

Por otro lado, *La Discusión* insiste en la difusión del mensaje nacionalista, en otro suelto en el que se comienza afirmando que “la unión ibérica es el ideal de nuestra inteligencia, es el sentimiento más vivamente arraigado en nuestro corazón, es el espíritu inmortal de nuestra política”⁸⁴², palabras que servían para introducir un texto publicado en el *Almanaque Democrático* de Lisboa en el que se recogían afirmaciones de grandes personajes de la política portuguesa del momento a favor de la unión ibérica o, cuanto menos, del acercamiento progresivo de España y Portugal. Lopes de Mendonça y Latino Coelho hablaban de la influencia positiva que tendría el ferrocarril hispano-luso, mientras que Alfonso de Castro defendía la difusión de la memoria *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas⁸⁴³. Esto suponía una prueba de que el espíritu iberista estaba vivo en Portugal, en

⁸⁴⁰ *La Iberia*, 06-11-1861, p. 1, col. 4.

⁸⁴¹ *La Iberia*, 17-11-1861, p. 2, col. 3.

⁸⁴² *La Discusión*, 29-10-1861, p. 2, col. 2.

⁸⁴³ *La Discusión*, 06-11-1861, p. 2, cols. 1 y sig.

contra de lo que se afirmaba desde el sector más reaccionario de la política y del periodismo español, sector que estaba una vez más en el punto de mira, siquiera como víctima colateral, de los ataques de *La Discusión*. El texto tuvo continuación al día siguiente, citando a Carlos José Caldeira y publicaciones de diarios como *La Revolução de Setembro*, *O Progresso* y el propio *Almanaque Democrático* de Lisboa⁸⁴⁴. El objetivo de estas transcripciones, además de pretender demostrar la existencia de un aprecio cierto por parte de una destacada parte de la sociedad portuguesa al proyecto ibérico, era el de consolidar este también en España:

“Es necesario a toda costa y a toda prisa levantar el espíritu del país para que abrace con el ardor propio de nuestra raza esa gran idea, fuera de la cual no se ven horizontes de verdadero progreso para nuestra nacionalidad. Reconstituyamos la tierra de nuestros padres. Acabemos de coronar este gran edificio levantado con los huesos de tan ilustres generaciones. Así impulsaremos a su regeneración este país.”⁸⁴⁵

La raza, la nacionalidad común y la apelación a la tierra conforman la esencia de este mensaje en el que *La Discusión* cifra sin disimulo el espíritu regeneracionista que el ideal ibérico podría encarnar en un futuro. Ese mismo mes de noviembre se reproduce en el periódico demócrata un combativo artículo de *La Iberia* ya comentado en esta tesis⁸⁴⁶, y prácticamente para cerrar el año de 1861, el día 27 de diciembre, se insiste en que el partido democrático era el indicado para liderar la “Unión Ibérica, problema capital en el estado actual de Europa para nuestra hermosa Península, que a ninguno de los demás partidos es dado resolver”⁸⁴⁷, según expresa Francisco Díaz Quintero en el artículo que abría el ejemplar, titulado “Agonía de la reacción”. Se vuelve a establecer una correspondencia entre el pensamiento democrático y el nacionalismo ibérico en esta afirmación categórica, que pretendía a un tiempo condensar el iberismo en torno a la ideología defendida por *La Discusión*, al tiempo que expresaba una ambición necesaria para el crecimiento de la propia ideología en su primera expansión popular. Frente a la propaganda iberista publicada en *La Discusión* surgían voces contradictorias, las cuales refutaban el escenario favorable a la unión ibérica que según el diario demócrata existía en Portugal. Por ejemplo, el 7 de noviembre de 1861 se lee en *La Correspondencia de*

⁸⁴⁴ *La Discusión*, 07-11-1861, p. 2, cols. 3 y sig.

⁸⁴⁵ *Ibíd.*

⁸⁴⁶ *La Discusión*, 16-11-1861, p. 2, col. 3.

⁸⁴⁷ *La Discusión*, 27-12-1861, p. 1, col. 2.

España que la prensa portuguesa “hace lo posible por aparecer hasta sistemáticamente contrario a todo pensamiento de unión ibérica”⁸⁴⁸.

La muerte del rey Pedro V de Portugal a la edad de 24 años supone un golpe para las aspiraciones del nacionalismo ibérico, en tanto en su persona estaban cifradas muchas esperanzas como posible encarnación de la unión. *La Iberia* dedica un artículo en su primera página del 15 de noviembre de 1861 a comentar el cambio de escenario que supone la desaparición del “Rey Esperanzado”, como se le conoció. Su muerte se produjo oficialmente a causa de una fiebre tifoidea, pero entre el pueblo se extendieron sospechas de envenenamiento, las cuales algunos atribuyeron a una conspiración con origen en España. Más concretamente se acusaba del presunto crimen a la compañía encargada de construir el ferrocarril transfronterizo, y ante estas acusaciones se revuelve el periódico progresista, asumiendo que solo podría haberlas lanzado “un enemigo de la unión ibérica, y por ende un enemigo del engrandecimiento de nuestra patria y de la revolución moderna”, esto es, un neo-católico⁸⁴⁹. Este cruce de inculpaciones enlaza con uno de los debates que definen el espíritu de aquella época y de muchas otras: el enfrentamiento entre las tendencias de renovación social y los partidarios del orden establecido y/o de la reacción. *La Iberia* realiza su aportación al discurso utopista y soñador de cierta fracción del progresismo a favor de la hermandad universal, enlazando el asunto con las demandas de unión ibérica:

“La revolución moderna tiende principalmente a la confederación de las razas. [...] En esta gran crisis humana, en esta gran evolución de los pueblos, España debe tener el primer puesto. Siendo el lazo de unión entre Europa y América, podrá representar en ambos continentes el papel de jefe de la raza latina y hacerse respetar como tal. [...] Pero para que esto se consiga, es necesario ante todo que España sea *una*; que la Península Ibérica no esté rota en dos pedazos, como lo ha estado hasta aquí; que no sea dos naciones, sino una sola nación”⁸⁵⁰

Se presentaba aquel momento histórico como un periodo crucial en la historia humana en general, para la historia de España en particular. El antiguo reino tenía al alcance de la mano la oportunidad de recuperar su antiguo poder, su carácter único e intransferible de bisagra entre Europa y América, su posición preponderante sobre los demás pueblos de “la raza latina”, pero para ello era condición indispensable la unificación de España, es decir, la unión de los dos reinos ibéricos. En este artículo se hace presente una concepción

⁸⁴⁸ *La Correspondencia de España*, 07-11-1861, p. 1, col. 3.

⁸⁴⁹ *La Iberia*, 15-11-1861, p. 1, col. 4.

⁸⁵⁰ *La Iberia*, 15-11-1861, p. 1, col. 3. En cursiva en el original.

de España como ente único asimilable a la Hispania romana o al reino visigodo de los siglos V al VIII, una concepción en la que España no equivale a Castilla, sino el todo incluyendo a Portugal. Nada más lejos de una concepción imperialista del proceso de unión, *La Iberia* planteaba la cuestión en términos de respeto a la patria común⁸⁵¹.

5.4.9.2. Más iberismo cultural y económico

Junto a las publicaciones periódicas puramente políticas, el siglo XIX español disfruta de la aparición de revistas culturales de gran calado. Como representante destacada de esta tendencia se encuentra a la *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, que el catálogo de la Biblioteca Nacional define como la empresa periodística señera de las primeras etapas de desarrollo del krausismo. De periodicidad quincenal, se publica entre el 15 de octubre de 1861 y el 1 de junio de 1863, incluyendo progresivamente a partir de 1862 las firmas de un numeroso grupo de colaboradores portugueses, que convertirán la publicación en bilingüe y netamente ibérica, enviando así también un mensaje a los demás actores de la comunicación pública sobre su intención de colaborar en la concordia y el acercamiento entre España y Portugal. Fue dirigida por el abogado y catedrático Francisco de Paula Canalejas, quien contó entre sus colaboradores con Gregorio Cruzada Villaamil y Miguel Morayta, nombres vinculados previamente a otra cabecera de actitud renovadora en lo intelectual, como fue *La Razón*. En las páginas de la *Revista ibérica de ciencias...*, que no se libró de las limitadoras –en algunos casos represivas– leyes de imprenta de la época, se pudo ver la firma de pensadores como Julián Sanz del Río o Juan Valera, entre otros muchos.

Es precisamente Valera quien firma el primer texto de cierta extensión referido en la *Revista ibérica de ciencias...* a la cuestión de la unión hispano-portuguesa. Se trata de la célebre serie de artículos publicada en *El Contemporáneo* en agosto de 1861 bajo el título “España y Portugal”, que ha sido comentada anteriormente. Los artículos de Valera aparecerán en la revista de Francisco de Paula Canalejas agrupados en tres números diferentes, viendo la luz el primer texto en diciembre, cuatro meses más tarde de su publicación original⁸⁵². Poco antes, al ocuparse de la muerte del rey Pedro V, el redactor

⁸⁵¹ *La Iberia*, 15-11-1861, p. 1.

⁸⁵² *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo I, núm. V, 15-12-1861, pp. 349-362; *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo I, núm. VI,

Ricardo Alzugaray afirmaba que el fallecido monarca “no era ajeno a ciertas ambiciones, y al deseo de llamar como Víctor Manuel hacia su persona las miradas del mundo”⁸⁵³, en evidente referencia a los proyectos de unión ibérica, cuyo futuro podría estar pronto a decidirse en virtud de los acontecimientos que sucedieran a la subida al trono portugués de Luis I, considerado por Alzugaray como un “decidido campeón de la idea unionista”⁸⁵⁴. El redactor de la *Revista ibérica de ciencias...* consideraba que se iba dando una coyuntura que ofrecía cada vez menos obstáculos para presenciar “tan importante acontecimiento”⁸⁵⁵ como sería la unión de Portugal y España.

En un artículo firmado en la sección “Bibliografía”, espacio dedicado a la crítica literaria, por el mismo Francisco de Paula Canalejas, director de la revista, se trata una cuestión que rara vez se miraba en la época a través del prisma iberista: la progresiva construcción de un sentimiento identitario particularista en Cataluña. El abogado y catedrático nacido en Lucena comenta en su *Revista ibérica de ciencias...* la aparición de la *Revista de Cataluña*, publicación quincenal de orientación humanista que se empezó a publicar en Barcelona el año 1862 e incluía textos en catalán y en castellano. Su juicio es claro: si bien se felicita de que surja una revista representativa del “movimiento literario y artístico” catalán, Francisco de Paula Canalejas afirma dolerse de que la mencionada publicación se haya decantado por potenciar el “carácter histórico y local que revela desde sus primeras páginas”⁸⁵⁶, en lugar de

“concurrir con otros distinguidos escritores a extender y fortificar el gran sentimiento de la unidad peninsular, procurando estrechar más y más los vínculos de pueblos, que si fueron diversos en siglos pasados, en otras centurias han estado unidos, y con su generosa sangre [y] hazañosa epopeya, se restaure el sentimiento de antiguas nacionalidades, que fueron preciados elementos, que fundidos bajo altísima idea, constituyeron la gran nacionalidad ibérica.”⁸⁵⁷

Desde el iberismo se percibe que Cataluña, entidad integrante de España tanto en su vertiente territorial como en la cultural, no debería desviar su atención hacia propuestas particularistas, sino apostar por afirmar su identidad en un contexto peninsular. La crítica

30-12-1861, pp. 429-442; *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo II, núm. II, 30-01-1862, pp. 73-91.

⁸⁵³ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo I, núm. III, 15-11-1861, p. 213.

⁸⁵⁴ *Ibid.*

⁸⁵⁵ *Ibid.*

⁸⁵⁶ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo II, núm. II, 30-01-1862, p. 130.

⁸⁵⁷ *Ibid.*

de la *Revista ibérica de ciencias...* al incipiente catalanismo es franca, dura y directa, no dejando lugar a duda en cuanto al posicionamiento al respecto de Francisco de Paula Canalejas, quien continúa:

“En nuestra humilde opinión, lo que hoy urge, es propagar la idea de la nacionalidad peninsular, porque en ella estriba nuestro futuro destino, y el ejemplo dado por los escritores catalanes a quienes aludimos, será fortísimo valladar que detendrá el curso de la idea ibérica.”⁸⁵⁸

El director de la *Revista ibérica de ciencias...* muestra su incomodidad ante el surgimiento en otras regiones españolas de ciertos movimientos político-culturales, llámense particularistas, regionalistas o proto-nacionalistas, citando los casos de Galicia, Asturias, Andalucía y las provincias vascas. El abogado y catedrático pide en estas líneas la consolidación de una verdadera propaganda nacionalista ibérica, que funcionara en bloque y se ocupara de construir una idea: la fusión de las identidades española y portuguesa por acción de un “espíritu ibérico”. Ello no significaba olvidar aquellas nacientes identidades particulares que pudieran ser análogas de los antiguos reinos medievales; bien al contrario, de Paula Canalejas afirma que su *Revista ibérica de ciencias...* era defensora de las glorias históricas de cada pueblo peninsular. Sin embargo, y a la búsqueda de un sentimiento nacional ibérico, escribe el autor lo siguiente:

“Predíquese y ensálcese en buenhora la descentralización administrativa, aún la política: sosténgase a los municipios y a las provincias en el goce de sus derechos, pero en relación constante y viva con el derecho nacional, [...] El empeño que reclama nuestra futura grandeza como gran nación, es fundar el verdadero espíritu ibérico, el entender cómo esta grandiosa unidad peninsular está llena en su interior de variedad, y el espíritu gallego y el asturiano, y el vasco, catalán, andaluz y castellano, que aparecen en oposiciones relativas, se conciertan y concurren a formar el vivo organismo de la armonía peninsular.”⁸⁵⁹

Se expresa a través de Francisco de Paula Canalejas el sentimiento de ciertas élites intelectuales del XIX español, que indudablemente fueron capaces de imaginar una nación ibérica pero que no supieron aplicar las recetas necesarias para operar un cambio en la percepción popular de ese mismo sentimiento nacional. La nación y su pertenencia a ella como elemento emotivo, la percepción –la construcción social– de un ente político-cultural de tanta importancia y tan definitivo en el devenir de los procesos políticos colectivos en el siglo XIX, ese elemento aglutinador de colectividades que era la nación

⁸⁵⁸ *Ibíd.*

⁸⁵⁹ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo II, núm. II, 30-01-1862, p. 131.

nunca se pudo consolidar en clave ibérica. A la altura de 1861, si bien se reconocía efectivamente una identidad española, ya había ciertas inteligencias capaces de percibir cómo el proceso nacionalizador de la España liberal no iba a ser lo suficientemente sólido para consolidarse con un nivel de homogeneidad y pureza que estaba bien representado en Portugal.

Sería demasiado aventurado atribuir a Francisco de Paula Canalejas un papel de peso en las filas del iberismo, a la misma altura que personajes como Andrés Borrego o Arturo de Marcoartú, pero no cabe duda que desde su posición de director de la *Revista ibérica de ciencias...* intentó en buena medida un acercamiento entre Portugal y España en el orden cultural, como demuestra la inclusión, a partir de 1862, de la sección “Revista portuguesa” y de artículos escritos en portugués. Se puede leer en el número del 15 de abril de 1862 que “España y Portugal, hermanos por la tradición, por el lenguaje, por las costumbres y hasta por el carácter, no saben de sí, ni aun lo bastante para poder repetir los nombres de sus poetas, de sus críticos, de sus artistas”⁸⁶⁰, situación que había que remediar y para lo cual estaba dispuesta la *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*.

Un periódico cercano al progresismo como la *Gaceta economista* también se posicionaba sin dudarlo a favor de la unión ibérica, pero siempre enarbolando la bandera de la cooperación y el entendimiento mutuo, sin necesidad de aspirar a la unión política, ya que ello significaba la absorción o anexión del débil por el grande: “lo único que puede y debe hacerse es provocar la unión aduanera, postal, científica, etc., como medio de ir armonizando los intereses hispano-lusitanos y hacer completamente natural la unión cuando llegue su momento oportuno en la historia”⁸⁶¹. La *Gaceta economista*, semanario especializado en comercio y ferrocarriles, fue fundada por Joaquín María Sanromá, de quien ya se ha hablado unas páginas más arriba, junto al periodista y político José María Alonso de Beraza, según el catálogo de la Biblioteca Nacional. A través de la *Gaceta economista* buscaba impulsar las ideas librecambistas en España. El semanario dedica a la unión aduanera de España y Portugal casi un número completo el día 10 de febrero de 1862. No obstante, el artículo no lo escriben sus redactores, sino que se reproduce un

⁸⁶⁰ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo III, núm. I, 15-04-1862, p. 2.

⁸⁶¹ *Gaceta economista*, 29-07-1861, p.2, col. 2.

texto de *La Opinión* de Valencia, que estima la unión aduanera ibérica como una idea “evidente” porque a Portugal y España no los separan la política, la cultura, las costumbres y ni siquiera la lengua, tan similar, sino tan solo “una doble línea de aduaneros”⁸⁶². Enseguida sale a colación el ejemplo del Zollverein alemán, una prueba de que los

“países regidos por instituciones diversas y organizados de distinto modo pueden formar un cuerpo comercial; pero esto no obsta para que la afinidad política y administrativa sea una circunstancia favorabilísima para alcanzar con menores inconvenientes este resultado.”⁸⁶³

El periódico se sirve de la ironía para manifestar que no es cierto que las relaciones comerciales entre España y Portugal sean escasas, ya que el contrabando representa un importante número de transacciones económicas. De nuevo, la abolición del comercio ilegal es una de las demandas manejadas a la hora de defender la unión aduanera. A continuación se detallan las ventajas que ambos países sacarían de la apertura de las fronteras en el ámbito agrícola (los vinos y aceites de Portugal encontrarían un buen mercado en el occidente español, que a cambio podría aportar a los portugueses trigo y ganado), para recordar de nuevo que “no sería este un ensayo aventurado de una doctrina abstracta, sino el planteamiento de un sistema práctico, sancionado por la experiencia en países que se hallan bajo condiciones menos favorables para la unión mercantil que España y Portugal”⁸⁶⁴, haciendo una referencia implícita al Zollverein alemán y a las diferencias que tuvo que superar en el orden político.

Volviendo a la *Revista ibérica de ciencias...*, la imagen de una península Ibérica unida, que Francisco de Paula Canalejas vislumbraba, tenía continuidad y extensión en la llamada “raza latina”: el director de esta publicación se representaba a Iberia, Francia e Italia en el conjunto de Europa como una única entidad cultural latina, en oposición a las razas eslavas, anglosajonas y germánicas. La raza latina que estaba llamada nada menos que a asumir

⁸⁶² *Gaceta economista*, 10-02-1862, p. 1, col. 2.

⁸⁶³ *Gaceta economista*, 10-02-1862, p. 2, col. 1.

⁸⁶⁴ *Ibíd.*

“la dirección de la historia universal; [...] es preciso que Iberia, Italia y Francia encuentren su ley internacional, para lo que urge que cese el martirio tantálico de Italia, que Roma sea la capital de la Península; y es necesario que Portugal y España se conozcan y amen fraternalmente.”⁸⁶⁵

La influencia exterior de esta confederación de pueblos latinos alcanzaría América, África y Asia, lo cual, sumado a su peso político en Europa, haría realidad la previsión de dominación mundial hecha por el abogado y catedrático krausista. Vemos cómo el pensamiento de Francisco de Paula Canalejas encuentra acomodo entre las teorías más idealistas del siglo, aquellas que preveían una fusión progresiva de naciones, pueblos y razas y que algunos autores veían culminar en la hermandad humanitaria universal. Por el momento, el director de la *Revista ibérica de ciencias...* se declaraba partidario del panlatinismo y, dentro de él, de la unión de España y Portugal. Esta voluntad iberista de Canalejas se confirma nuevamente al leer las conclusiones de un artículo dedicado a Gibraltar, en el que el autor argumentaba a favor de la devolución del susodicho territorio a España. Tras desarrollar sus razones en torno a la historia y coyuntura del Peñón, de Paula Canalejas afirma que “España desea confundirse con Portugal; en esa idea salvadora está su gloria, e Inglaterra es la más enconada enemiga de la Unión Ibérica”⁸⁶⁶. Así, el director de la *Revista ibérica de ciencias...* se posiciona en contra de cualquier tipo de alianza política o militar entre Londres y Madrid, ya que el gobierno de Inglaterra no permitía tomar la iniciativa a España en tres cuestiones de política exterior que Canalejas estimaba fundamentales para el país: Gibraltar, las ansias colonizadoras en territorio africano y, por supuesto, la unión ibérica. Este artículo tendría cierta repercusión y sería comentado por otros diarios, como *El Contemporáneo*, que se sumaba a un debate generado también en parte desde Inglaterra, donde un catedrático de la Universidad de Oxford había cuestionado la rentabilidad para su país de seguir manteniendo ese punto estratégico en su poder⁸⁶⁷.

5.5. El iberismo en la última etapa del reinado isabelino

El ritmo de publicaciones en las que se trata la cuestión ibérica desciende en 1862. En el caso de *La Correspondencia de España*, se puede interpretar su actitud frente a los

⁸⁶⁵ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo III, núm. VI, 30-06-1862, p. 424.

⁸⁶⁶ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo V, núm. II, 30-10-1862, p. 90.

⁸⁶⁷ *El Contemporáneo*, 04-01-1863, p. 1, col. 3.

proyectos de unión ibérica como de imparcialidad ofensiva, puesto que pese a la brevedad de muchos de sus textos y a la escasez de referencias directas al iberismo, el lector siempre es capaz de entresacar algún posicionamiento concreto. Así, en un ejemplar de marzo de 1862 se afirma que la publicación de un diccionario portugués-español sería “por lo que deberían empezar los que están todos los días a vueltas con la unión ibérica”⁸⁶⁸. Esta aserción estaba encuadrada en la noticia que narraba la aparición en Lisboa del mencionado diccionario, y coloca a *La Correspondencia de España* en una postura cercana al moderantismo y cercana también a aquellos periódicos que consideraban conveniente un acercamiento a Portugal en niveles como el cultural, sin intentar aventuras de carácter político. El diario de Santa Anta insiste en esta idea meses más tarde, tras la llegada a España de las primeras entregas del diccionario. Escribe el redactor de *La Correspondencia de España* a esta sazón que “este libro ha de hacer más por la unión ibérica, por la verdadera y legal unión ibérica, que todos los discursos de los iberistas”⁸⁶⁹.

Arturo de Marcoartú solía organizar reuniones en su domicilio con hombres públicos, con personajes favorables a la unión ibérica. Eran encuentros en los que se trataban temas relacionados con los proyectos prácticos de acercamiento entre Portugal y España. En la primavera de 1862 se mueve la cuestión de la unión aduanera, promovida por la Sociedad Económica Matritense, de lo cual se hace eco *La Discusión*, mencionando también otros proyectos como la composición de un diccionario español-portugués a cargo de José Fernando González, quien más tarde sería ministro de Gracia y Justicia y ministro de Fomento⁸⁷⁰.

En *La Época* no se vuelve a encontrar ninguna referencia destacable referida a los proyectos de unión peninsular hasta el mes de julio, cuando el asunto vuelve a tomar interés para la redacción del periódico de Diego Coello con motivo de los planes de boda del rey de Portugal, Pedro V, con la princesa María Pía de Saboya. Esto, a ojos de *El Pensamiento Español*, podría suponer un peligro para el trono de Isabel II, al juzgar que detrás del proyecto de enlace real estaría la mano del gobierno italiano, el cual contaría con el apoyo tácito de Francia para intentar propagar su influencia, exportando su modelo de unificación al suelo ibérico y colocando una princesa italiana en un trono único al sur

⁸⁶⁸ *La Correspondencia de España*, 07-03-1862, p. 1, col. 2.

⁸⁶⁹ *La Correspondencia de España*, 12-08-1862, p. 2, col. 1.

⁸⁷⁰ *La Discusión*, 03-04-1862, p. 2, col. 1.

de los Pirineos⁸⁷¹. *La Época* responde a *El Pensamiento Español* haciéndole ver que su teoría es “absurda y temeraria” y que los proyectos de unión ibérica no son realizables debido a la oposición de Inglaterra y Francia. A principios de la década de 1860, *La Época* ya no aspira abiertamente a la unión ibérica, pero sigue planteándose la idea al hacerse la siguiente pregunta:

“¿Querrían estas dos naciones [Inglaterra y Francia] resucitar el coloso ibérico para crearse un rival peligroso, apoyado en tradiciones gloriosas, señor de un suelo fértil, animado de un espíritu varonil, colocado en condiciones geográficas inmejorables, vigoroso y heredero de una raza invencible?”⁸⁷²

Para *La Época*, la unión de España y Portugal, tenuta por imposible debido a las condiciones sociopolíticas tanto en el exterior como dentro del país, seguía teniendo un prestigio y un aura que era muy difícil dejar de tener en cuenta y proyectaba hacia el futuro la imagen de una España poderosa. Este enfoque de una España –y no una Iberia– poderosa constituye un giro importante en los escritos de *La Época*, que en este artículo estima que si Portugal se uniera a España sería fundido “por la raza, por las instituciones, por los intereses de la España”⁸⁷³.

El sentimiento patriótico es una apelación recurrente en *La Iberia* a la hora de defender el iberismo como proyecto político. En otra de sus polémicas con los diarios conservadores, el diario de Calvo Asensio afirma no comprender cómo aquellos que se llaman españoles –en referencia al diario *El Pensamiento Español*– “tengan bastante despreocupación para decir terminantemente a la faz del país que se complacen en que la Península esté dividida en dos naciones”⁸⁷⁴.

Por otro lado, el cambio de orientación de *La Época* en cuanto a la cuestión ibérica lo registra *La Iberia* en un tono a medio camino entre la ironía, la crítica y el lamento. Al anunciar el periódico conservador la publicación de un panfleto iberista y calificar de “tiempo perdido” el empleado en ese trabajo, recuerda el diario de Calvo Asensio que “en 1854 *La Época* perdía algún tiempo en lo que ahora dice que lo pierde”⁸⁷⁵ el autor del mencionado panfleto. El cambio de parecer del diario conservador se debía, según *La*

⁸⁷¹ *La Época*, 10-07-1862, p. 2, cols. 1 y 2.

⁸⁷² *La Época*, 10-07-1862, p. 2, col. 2.

⁸⁷³ *La Época*, 10-07-1862, p. 2, col. 3.

⁸⁷⁴ *La Iberia*, 19-07-1862, p. 1, col. 2.

⁸⁷⁵ *La Iberia*, 04-10-1862, p. 1, col. 4.

Iberia, a sus lealtades políticas y no a una ideología sincera: “*La Época* se burla ya hasta del periódico ministerial *El Eco del País*, porque se manifiesta partidario de la unión ibérica. ¡Cómo se conoce que no estamos en 1854 y que no va el general O’Donnell camino de Portugal!”⁸⁷⁶. La redacción de Calvo Asensio acusará también a *La Época* de “tornadiza”, voluble “hasta el extremo de reírse de sí misma” y de contar con unos principios ideológicos “subordinados al estómago”⁸⁷⁷.

La cuestión ibérica no solo ocupaba pensamientos y conversaciones en España, sino que también resonaba, de cuando en cuando, en la prensa europea. En octubre de 1862, *La Iberia* se hace eco de un texto publicado en el periódico belga *L’Etoile* en el que, al hilo de la publicación de un folleto iberista en París, supuestamente se atribuían los planes de unión ibérica a nombres como el primer ministro italiano Rattazzi, Olózaga y el marqués de Salamanca. El órgano del progresismo español sale al paso de estos rumores y pretende dejar claro que el iberismo no es algo tan bajo como para dejarlo en manos de conspiraciones, sino que es un movimiento con un carácter más profundo:

“La unión ibérica no se llevará a cabo por el influjo de un folleto francés, ni la despertará el grito de los extranjeros; la necesidad de la fusión de dos pueblos hermanos, de dos pueblos que tienen de común la independencia, que si han de engrandecerse materialmente necesitan de su apoyo mutuo, que si están llamados a tener una influencia legítima en la representación de la Europa es pesando en la balanza con la fuerza poderosa e invencible que resultaría de su unión; esta necesidad, repetimos, será el mejor estímulo para realizar la aproximación de estos dos pueblos.”⁸⁷⁸

Se observan de nuevo los ejes en torno a los cuales gira la vitalidad del movimiento nacionalista ibérico, que resumía toda su esperanza de éxito en el prometedor futuro que esperaba a una Iberia unida sobre todo en el ámbito económico y en el de política exterior.

El 5 de octubre de 1862 se encuentra un suelto en *La Discusión* que no por breve deja de ser muy interesante. Son apenas diez líneas en las que se ataca al conservador *La Época* por su rechazo a los movimientos del nacionalismo ibérico en busca de su objetivo, cuando tras la Vicalvarada fue precisamente *La Época* uno de los principales propagandistas del movimiento:

⁸⁷⁶ *La Iberia*, 26-10-1862, p. 2, col. 1.

⁸⁷⁷ *La Iberia*, 30-10-1862, p. 1, col. 4.

⁸⁷⁸ *La Iberia*, 16-10-1862, p. 1, col. 3.

“Dice *La Época* que un *curioso* se ha ocupado en el extranjero de escribir un folleto en que se aborda resueltamente la cuestión de la unión ibérica; pero califica de *tiempo perdido* el empleado en este trabajo. Parécenos que en 1854 *La Época* perdía algún tiempo en lo que ahora dice que lo pierde ese *curioso*, y aun le ayudó en su empresa alguno de los diarios de los que actualmente se espeluznan ante la unión ibérica.”⁸⁷⁹

Esto demuestra la doble cara del movimiento iberista, que fue una realidad como proyecto político de futuro y al mismo tiempo arma de combate entre diferentes facciones ideológicas en España. También se demuestra la evolución de cierta prensa conservadora desde posiciones abiertamente iberistas a posturas de indiferencia o rechazo. La crítica de *La Discusión* ante estos cambios de camisa de algunos periódicos continúa en un artículo publicado días más tarde, en los que enumera las “condiciones indispensables para medrar y llegar al pináculo de la gloria en la actual situación”⁸⁸⁰, de las cuales la primera era “haber defendido en 1854 la unión ibérica con gran entusiasmo, y declarar hoy con la mayor desenvoltura tiempo perdido el que a la defensa de dicha causa se consagra”⁸⁸¹. La defensa de la unión ibérica entre los periódicos ministeriales del momento (partidarios del gobierno de la unión liberal) era también motivo de discusiones entre los propios diarios unionistas, como destaca *La Discusión*, trayendo a la palestra el apoyo de *La Verdad* y *El Eco del País* a los proyectos iberistas frente a la oposición de *La Época*, “sin duda mortificada por antiguos recuerdos”⁸⁸². El diario demócrata reproduce un artículo de *La Verdad* en el que se afirma que “sea cual fuere la opinión que se abrigue acerca de la posibilidad de la unión ibérica [...] nadie puede desconocer su conveniencia ni negar razonablemente su importancia”⁸⁸³, añadiendo el redactor de *La Discusión* que su periódico se encontraba totalmente de acuerdo con esta afirmación, alineándose así con un diario de la unión liberal e intentando abrir una cuña en el frente periodístico ministerial separando a los periódicos pro-iberistas de sus contrarios.

Otra muestra que confirma anteriores afirmaciones –utilización del iberismo como arma política, intermitencia en su difusión periodística– se encuentra en *El Clamor Público* del 8 de octubre de 1862. En una profunda crítica al ambiente político de la España del momento, el diario progresista enumera en tono satírico una serie de “condiciones indispensables para medrar y llegar al pináculo de la gloria en la actual

⁸⁷⁹ *La Discusión*, 05-10-1862, p. 2, col. 2. En cursiva en el original.

⁸⁸⁰ *La Discusión*, 09-10-1862, p. 1, col. 5.

⁸⁸¹ *Ibíd.*

⁸⁸² *La Discusión*, 29-10-1862, p. 1, col. 4.

⁸⁸³ *La Discusión*, 29-10-1862, p. 1, col. 5.

situación”. Así, la primera de ellas no es otra que “haber defendido en 1854 la unión ibérica con gran entusiasmo, y declarar hoy con la mayor desenvoltura tiempo perdido el que a la defensa de dicha causa se consagra”⁸⁸⁴. Se condena el carácter deshonesto y oportunista de los políticos españoles que en fechas posteriores a la Vicalvarada se posicionaron a favor de la unión y pasados los años la rechazan como irrealizable. Esta fue sin duda una de las causas del fracaso del proyecto ibérico: la casi nula implicación real de las fuerzas políticas que alguna vez lo defendieron. El núcleo duro del iberismo (Sinibaldo de Mas, Andrés Borrego, Arturo de Marcoartú, quizá incluso Juan Valera, a su modo⁸⁸⁵) tuvo un carácter más bien intelectual e idealista que pragmático. Siendo el carácter intelectual imprescindible para el desarrollo de un proyecto tal, no era en cambio suficiente. *El Clamor Público* lamenta en este artículo esta situación.

Una polémica con *La Iberia* en el mes de octubre de 1862 le sirve a *La Época* para recordar que sus redactores no son “hostiles a la idea de unión ibérica”⁸⁸⁶ y que estarían “conformes y saludaremos como hermanos a nuestros vecinos que vengan a compartir con nosotros la gloria de pertenecer a una gran nación”⁸⁸⁷. Días más tarde, en respuesta a los proyectos ibéricos patrocinados por el recientemente aparecido *Eco del País*, el periódico de la alta burguesía madrileña vuelve a destacar en un aspecto fundamental de su ideología: la prudencia. Leemos que la cuestión ibérica “hoy no estriba en unirnos, sino en aliarnos y armonizar los intereses y sentimientos de ambos pueblos”⁸⁸⁸. El periódico de Diego Coello reflejaría al día siguiente los puntos de vista de *El Eco del País* sobre la cuestión ibérica, publicando un artículo en el que dicho periódico se queja del trato recibido por *La Época* y se enfrenta directamente a este periódico, recordándole que en 1854 era uno de los principales defensores de la fusión de Portugal y España, cuando las condiciones para realizarla eran mucho más difíciles. Además, *El Eco del País* se desmarca de posturas revolucionarias y afirma favorecer “la causa de las nacionalidades”,

⁸⁸⁴ *El Clamor Público*, 08-10-1862, p. 1, col. 4.

⁸⁸⁵ Juan Valera situaría en 1847 el punto de partida del iberismo, tras la intervención militar española en territorio portugués, bajo el manto de la Cuádruple Alianza, cuyo objetivo era la preservación del trono en la figura de María II. El autor de *Pepita Jiménez* afirma que el ministerio de Joaquín Francisco Pacheco “tuvo la gloria de intervenir en Portugal, dando origen en aquel pueblo y en España al pensamiento de la unión ibérica” (publicado en *La América*, 12-04-1863, p. 13, col. 3). Así, Valera establece una fecha concreta, un arranque a partir del cual él piensa que existe una toma de conciencia respecto a la posibilidad de que efectivamente España y Portugal pudieran constituir un solo Estado, toma de conciencia que se extiende además, según Valera, simultáneamente en los dos países.

⁸⁸⁶ *La Época*, 23-10-1862, p. 2, col. 6.

⁸⁸⁷ *La Época*, 25-10-1862, p. 2, col. 6.

⁸⁸⁸ *La Época*, 29-10-1862, p. 2, col. 2.

despreciando el poder que pudieran ejercer tanto Inglaterra como Francia a la hora de bloquear los proyectos ibéricos, puesto que “desde que se sancionó ese derecho [de las nacionalidades] nadie puede impedir la libre y espontánea unión de dos naciones”⁸⁸⁹.

En noviembre de 1862 se encuentra una referencia iberista en las páginas de *El Museo Universal*. En un artículo sobre la exposición universal de Londres, en la que los participantes portugueses tuvieron más éxito que los españoles, J.S. Bazán afirma en un registro entre sarcástico y serio que “los españoles podemos, sin embargo, consolarnos con la idea de que el reino lusitano no es más que una provincia, emancipada de España, tan positivamente destinada a formar parte de la unión ibérica como Venecia de la unión italiana”⁸⁹⁰. Habría de pasar un año y medio hasta que aparecieran nuevos textos relativos a la cuestión en las páginas de esta publicación: en 1864 José López de la Vega asociará el iberismo a “españoles y portugueses despreocupados”⁸⁹¹ en un artículo titulado “La literatura portuguesa”, resumen del estado de la creación literaria en Portugal en el que incluye a Sinibaldo de Mas, “que si no es portugués, lo parece por la índole de sus escritos”⁸⁹². De Latino Coelho afirma que “hace resaltar en todas sus obras el espíritu peninsular, contra toda transacción con la burguesía inglesa y los artificios de su diplomacia”⁸⁹³. Al final de su artículo, López de la Vega reconoce la voluntad que *El Museo Universal* ponía en difundir en España en la medida de lo posible la buena literatura de Portugal, con la intención de acercar ambos países en el ámbito de lo cultural⁸⁹⁴.

5.5.1. Vuelven los planes de unión aduanera

En enero de 1863, *La Época* dedica un pequeño comentario a la memoria *La unión aduanera ibérica*, de José García Barzanallana⁸⁹⁵. Dicha obra le merece una buena opinión al diario, al considerar que estaba escrita con “detenimiento” y que trataba de manera equilibrada las ventajas y los inconvenientes de abordar la cuestión ibérica. El

⁸⁸⁹ *La Época*, 01-11-1862, p. 1, col. 6.

⁸⁹⁰ *El Museo Universal*, 30-11-1862, p. 3, col. 1.

⁸⁹¹ *El Museo Universal*, 19-06-1864, p. 2, col. 3.

⁸⁹² *Ibíd.*

⁸⁹³ *Ibíd.*

⁸⁹⁴ *El Museo Universal*, 19-06-1864, p. 3, col. 2.

⁸⁹⁵ José García Barzanallana fue, entre otros cargos, diputado, senador, director general de aduanas y llegaría a ser ministro de Hacienda bajo la presidencia de Cánovas entre 1875 y 1877. Su hermano Manuel también fue ministro de Hacienda (Rull Sabater, 1991).

objetivo último de las propuestas de Barzanallana era unir a Portugal y España a través del acercamiento mutuo en asuntos como el comercio, la industria o la navegación de los ríos⁸⁹⁶. En ningún caso se trata en dicha obra la cuestión política, lo que era del agrado de *La Época*.

La unión aduanera siempre fue uno de los proyectos estrella del proyecto iberista. La completa abolición de los pagos de tasas por el comercio de productos entre España y Portugal, acompañada por una reforma arancelaria, se pretendía implantar como paso previo a la unión política de Portugal y España. La memoria de José García Barzanallana fue la publicación que quizá con más éxito defendió la idea. Damián Menéndez Rayón comenta el texto de Barzanallana en las páginas de *La América*, alabándolo como uno de los “más singulares e importantes”⁸⁹⁷ en torno a la cuestión, y calificando a su autor de persona “competente y autorizada”⁸⁹⁸ para tratar el tema. Menéndez Rayón parte de la base de que la denominada “cuestión de las nacionalidades” ha cambiado de paradigma en el siglo XIX. Si hasta ese siglo la definición de nacionalidad se había basado en la conquista y/o en los enlaces dinásticos, a estos criterios se le añadía ya a la altura de 1863 con pleno derecho “el consentimiento expreso de los pueblos que por sus propios intereses, por deseos de grandeza, por afinidad de raza o familia quieran adherirse a un grupo mayor”⁸⁹⁹.

Para el autor, la tendencia general en los pueblos civilizados era la de la unión progresiva en Estados cada vez más grandes, análisis que coincide con el de una mayoría de sus colegas. El caso de Portugal y España cumplía con todas las condiciones para seguir el ejemplo de Italia, Grecia o Hungría, y podría evolucionar políticamente hasta culminar en la unidad. Menéndez Rayón parte de la base de que “Portugal es un precioso miembro separado de la familia española desde la edad media”⁹⁰⁰. El punto crítico de 1640 lo observa el escritor asturiano con diferente lente al hablar de España, que según él mantuvo su poder y grandeza, y de Portugal, que no pudo recuperar su antigua gloria. Consideramos que este es un examen de la realidad ciertamente descentrado, ya que la decadencia de España y Portugal corre pareja –si bien con altibajos– precisamente desde

⁸⁹⁶ *La Época*, 15-01-1863, p. 2, col. 6.

⁸⁹⁷ *La América*, 27-05-1863, p. 10, col. 3.

⁸⁹⁸ *Ibíd.*

⁸⁹⁹ *La América*, 27-05-1863, p. 11, col. 1.

⁹⁰⁰ *Ibíd.*

mediados del siglo XVII. En fin, Menéndez Rayón da cuenta de un pensamiento que centraliza el papel de Castilla identificándola con España, y dejando de lado otros posibles elementos identitarios en la construcción de la nación española⁹⁰¹.

Ataca también el autor, esta vez con argumentos más sólidos, a los que en Portugal extendían interesadamente una voz de alarma sobre supuestos planes de anexión de su territorio por parte de España, rumores que se propagaban apoyados en los planteamientos de los iberistas, si bien estos siempre dejaban claro, en su gran mayoría, que rechazarían siempre los medios de conquista para llevar a cabo su objetivo. Sabe distinguir y apreciar Menéndez Rayón a los portugueses que, como Mendes Leal, habían tratado la cuestión ibérica con honestidad y planteaban un escenario de cooperación, esbozando plataformas sensatas para preparar la unión política, como pudo ser el experimento de la *Revista Peninsular* y, posteriormente, la *Revista Ibérica*. La impresión del autor sobre el avance del iberismo es, sin embargo, negativa, achacando a los portugueses la responsabilidad del fracaso momentáneo del proyecto: “A pesar de cuanto se ha escrito y escribe sobre la unión ibérica, no nos entendemos ni vamos en camino de entendernos, y es que hay falta de buen deseo, o sobra de suspicacia en nuestros vecinos”⁹⁰². Menéndez Rayón finaliza su artículo alabando la obra de Barzanallana, destinada a “ejercer una saludable influencia en la opinión pública”⁹⁰³, aunque deja un regusto amargo y crítico, al estimar que las condiciones para llevar a cabo con éxito una unión aduanera ibérica no existían.

Las tesis defendidas por Barzanallana, en concordancia con su adscripción política, proponían que España no cambiara su política económica y que fuera Portugal quien se adaptara al proteccionismo, sobre todo con la idea de proteger a la industria textil catalana. Esta idea chocaba frontalmente con las propuestas de unión aduanera librecambista defendidas por progresistas como Sanromá. Sin embargo, el Zollverein alemán también era un modelo para Barzanallana, destacando precisamente el “sistema protector” promovido por Friedrich List frente a la herencia liberal de Adam Smith (García Barzanallana, 1862: 28). *La liga aduanera ibérica* tuvo una importante repercusión en los círculos iberistas, donde fue recibida con cierto distanciamiento por centrarse más en los beneficios que pudiera obtener España de una posible liga aduanera

⁹⁰¹ *La América*, 27-05-1863, p. 11, col. 1 y sig.

⁹⁰² *La América*, 27-05-1863, p. 11, col. 2.

⁹⁰³ *La América*, 27-05-1863, p. 11, col. 3.

que en la deseada unión política con Portugal. De hecho, el autor afirma en sus conclusiones que la unión es deseable “pero no han de sacrificarse los intereses actuales de España a la inmediata fusión en una, de las dos nacionalidades peninsulares”⁹⁰⁴. Una importante reacción al estudio de Barzanallana se encuentra en la *Revista ibérica de ciencias...*, donde el abogado e historiador Manuel Malo de Molina realiza una crítica del libro a lo largo de quince páginas. En términos generales, Malo de Molina se muestra de acuerdo con el político conservador, sobre todo en su postura favorable a la libre navegación del Duero⁹⁰⁵, pero le reprocha su incoherencia a la hora de abordar la unión política y su falta de criterio en lo económico. Además, para el redactor de la *Revista ibérica de ciencias...*, en relación a la cuestión ibérica no era conveniente mezclar los asuntos económicos con los políticos⁹⁰⁶.

5.5.2. Evolución del iberismo entre 1863 y 1864

El ejemplar de *La Iberia* del 1 de julio de 1863 es sumamente interesante por la utilización que se hace de la idea ibérica. Ante el nuevo cambio de orientación de *La Época*, que vuelve a apoyar abiertamente la unión de Portugal y España, el diario de Calvo Asensio opta por la confrontación ideológica, si bien es cierto que comedida, antes que por el aplauso a su competidor por regresar al frente de los propagandistas ibéricos. *La Época* manifiesta su apoyo a las mejoras que se estaban realizando en las infraestructuras de Portugal, incluyendo los avances en la ruta ferroviaria transfronteriza.

Afirma el diario conservador que España y Portugal “llegarán a hermanarse a la sombra de la industria y del comercio”, sentencia con la que *La Iberia* se muestra de acuerdo⁹⁰⁷. Sin embargo, al diario progresista le disgusta que solo se destaque la vertiente material de la idea ibérica, mientras la política queda en segundo plano. Para *La Iberia*, la razón fundamental por la que Portugal rechaza una posible unión con España es su mejor situación política, el contar con un régimen más liberal y avanzado que el español. La argumentación del redactor progresista torna entonces hacia un terreno diferente: se

⁹⁰⁴ *Ibíd.*, p. 168.

⁹⁰⁵ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, 15-04-1863, tomo VII, núm. I, p. 11.

⁹⁰⁶ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, 15-04-1863, tomo VII, núm. I, p. 7.

⁹⁰⁷ *La Iberia*, 01-07-1863, p. 1, col. 2.

ataca a la Unión Liberal haciendo uso de la unión ibérica, afirmando que “si *La Época* está tan decidida como nosotros a procurar la unión de España y Portugal, trabaje como nosotros para que la política española se depure, desapareciendo de su territorio la unión liberal”⁹⁰⁸. Comete en este punto *La Iberia* un error, el mismo del que anteriormente habían acusado a otros, a saber, utilizar el proyecto iberista para el beneficio propio en política interior. Esta incongruencia de base hace que el argumentario de *La Iberia* respecto al iberismo pierda, a juicio del investigador, en solidez y eficacia, al no centrarse en fortalecer las demandas nacionalistas y optar por el acoso y derribo al gobierno utilizando la idea ibérica como arma.

Ocho años después de la aparición de su revista, Eduardo Asquerino reafirma la orientación nacionalista ibérica de *La América*, al transcribir en su prospecto para el año 1864 exactamente los mismos párrafos que publicara en marzo del 57, en el artículo titulado “Nuestro pensamiento”, que más arriba se ha analizado. Esto muestra una continuidad en la línea editorial de *La América*, confirmando y demostrando una vez más la dedicación que esta publicación, y personalmente su director, se tomaban para difundir la propaganda nacionalista ibérica e intentar implementarla, dentro de sus posibilidades, como ideología operativa en el terreno práctico. El prospecto sería publicado de nuevo el 13 de noviembre de 1874, al inicio de la segunda época de la revista⁹⁰⁹.

En la primavera de 1864, *La Correspondencia de España* recoge unas declaraciones de Espartero en las que el distinguido militar habría afirmado que su única lealtad era al trono de Isabel II, rechazando así indirectamente cualquier tipo de implicación personal en planes de unión ibérica⁹¹⁰. El diario de Santa Ana también se hace eco de las diferentes posturas que los periódicos españoles iban adoptando sobre la unión ibérica, como la anexionista de *El Áncora*⁹¹¹, el rechazo de *La España* a la posibilidad de instauración de una dinastía portuguesa en suelo español⁹¹² o la prudencia optimista de *El Contemporáneo*⁹¹³.

⁹⁰⁸ *Ibíd.*

⁹⁰⁹ *La América*, 13-11-1863, p. 2, col. 1 y sig.

⁹¹⁰ *La Correspondencia de España*, 07-04-1864, p. 2, col. 2.

⁹¹¹ *La Correspondencia de España*, 26-06-1864, p. 1, col. 4.

⁹¹² *La Correspondencia de España*, 30-06-1864, p. 1, col. 3.

⁹¹³ *La Correspondencia de España*, 02-07-1864, p. 1, col. 4.

La identificación y el encuadre del sintagma *nacionalismo ibérico*, que se podría utilizar en sentido moderno para denominar el conjunto del iberismo político como un todo doctrinal coherente, se encuentra respaldada por varios argumentos que ya se han visto aquí y por otros que seguirán apareciendo. Las siguientes líneas sirven para consolidar la hipótesis aquí planteada. En su ejemplar del 19 de mayo de 1864, *La Iberia* responde al periódico portugués *O Conservador* tras lanzar estas acusaciones de demagogia al diario progresista, en relación a sus demandas de unión ibérica:

“Es muy cierto que nos vanagloriamos de haber sido de los primeros en defender el *Iberismo*; pero nunca hemos dicho que deseáramos la forzosa anexión de Portugal a España, forma violenta, inmoral, injusta y perecedera, contra la cual protestaremos solemnemente.”⁹¹⁴

El párrafo es claro e incide sobre lo que tantas veces había proclamado el diario de Calvo Asensio: su rechazo de toda forma violenta de unificación de la península Ibérica. Se especifica también claramente, con mayúscula y cursivas, lo que se defiende: el iberismo. Así, bajo este concepto se entiende sin esfuerzo alguno la aspiración de *La Iberia*, no pudiendo ser otra que la fusión de los dos Estados ibéricos en uno solo. Leamos con atención, pues, el siguiente párrafo:

“Lo que defenderemos, lo que ansiamos ver realizado, es la constitución de una sola nacionalidad peninsular; pero por mutuo, libre y espontáneo acuerdo de los dos pueblos, que nunca debieron dejar de ser hermanos, como lo reclaman su idioma, su religión, su conveniencia mutua, sus costumbres y sus condiciones topográficas.”⁹¹⁵

En estas líneas se enumera lo que bajo diferentes aproximaciones académicas se entiende como manifestaciones nacionalistas, tal y como en el capítulo 2 de la presente investigación se ha establecido. La frase que permitiría justificar la consideración del llamado iberismo como un verdadero nacionalismo ibérico es evidente: *La Iberia* apuesta por “la constitución de una sola nacionalidad peninsular”. Pero no solo hay que contar con esta afirmación puramente teórica, sino que la existencia de y la aspiración a una nacionalidad peninsular única estarían facilitadas por una serie de condicionantes histórico-sociales que permitirían establecer el contorno operativo de Iberia de manera inequívoca, tal y como demandaría un movimiento nacionalista al uso. El artículo finaliza con un recuerdo de la construcción del ferrocarril hispano-luso como símbolo de lo que

⁹¹⁴ *La Iberia*, 19-05-1864, p. 2, col. 1. En cursiva en el original.

⁹¹⁵ *Ibíd.*

servirá para “la definitiva constitución en un solo pueblo de los dos que hoy constituyen este bello confín del continente europeo”⁹¹⁶.

5.5.3. El programa de Arturo de Marcoartú

Pocos días más tarde se encuentra una vez más la firma de Arturo de Marcoartú en las páginas de *La Iberia*, en un texto, además, que apunta en la dirección antedicha en cuanto a la posible consideración del iberismo político como un verdadero nacionalismo ibérico. El texto se titula precisamente “El Iberismo”, pero encierra conceptos que conceptualmente se confunden con lo que en el momento presente se podría plantear como un movimiento nacionalista ibérico. Se publica a raíz de una pregunta que el diario *La Política* lanza a *La Iberia* sobre los planes y los medios que tenían en mente para realizar la unión ibérica. *La Iberia* contesta con cierta desgana que esto lo venían exponiendo desde hace años, pero que se dignaba a repetir sus argumentos en uno de los textos más acabados que pudo presentar hasta el momento. El artículo había aparecido ya en el *Almanaque de La Iberia* de enero de 1862, y el diario de Calvo Asensio estimó que era de recibo recuperarlo para la ocasión. El texto de Marcoartú, titulado “Un programa ibérico”, encerraba claves para comprender el estado de desarrollo del iberismo a esas alturas de siglo. El contenido venía dividido en cuatro partes: “El espíritu de absorción y el espíritu de confederación – El iberismo – La unificación de España y Portugal – La Iberia será”⁹¹⁷. Como introducción, citas de personajes históricos que dan cuenta de algunas influencias intelectuales de Arturo de Marcoartú al tiempo que marcan el tono que tendrá el artículo. Es particularmente sugestiva una de Robert de Lamennais, que reza “Todas las familias no serán más que una familia, y todas las naciones no serán más que una nación”⁹¹⁸, pero hay otras de San Juan, Pierre-Simon Ballanche, Joseph de Maistre, Guillermo de Humboldt y Napoleón.

Con este pertrecho intelectual como apertura, en el primer apartado, “El espíritu de absorción y el espíritu de confederación”, Marcoartú se extiende en consideraciones teóricas sobre la solidaridad entre los pueblos, utopía que a juicio del autor su generación ya podía divisar en el horizonte. Contrapone la civilización antigua, basada en “el derecho

⁹¹⁶ *Ibíd.*

⁹¹⁷ *La Iberia*, 24-05-1864, p. 1, col. 3.

⁹¹⁸ *Ibíd.*

de la fuerza”, con la naciente civilización del XIX, basada en “la fuerza del derecho”, y da como ejemplos las campañas de Alejandro, Carlomagno, Carlos V o Napoleón frente a los procesos de unificación de Alemania, Italia y Rumanía, además de las tendencias centrípetas en Escandinavia, en los países eslavos y en la península Ibérica. El tono de este primer apartado es tan noble como utópico cuando se lee que

“la paz hará la fusión permanente de nacionalidades de la misma raza primero, de todas las razas después; porque todos los pueblos, todas las naciones, todas las razas, la humanidad toda tienen el mismo sentimiento, obedecen a la misma voz, aspiran a consumir en el siglo venidero el mismo símbolo de idea cristiana: paz y fraternidad universal”⁹¹⁹

La historia ha sido hasta el momento, según esta visión, una sucesión de acuerdos entre particulares en base a relaciones de poder basadas en la fuerza, y en absoluto se les ha otorgado a los pueblos la capacidad de expresarse. Esto estaba a punto de cambiar en la nueva cultura política de los pactos, destinada a acabar con el uso de la fuerza como única configuradora del mundo.

En la segunda parte del artículo, titulado “El iberismo”, Marcoartú trata de definir qué era exactamente ese movimiento político que pretendía la constitución de un solo Estado en la península Ibérica. Y comienza definiéndolo por eliminación: el iberismo no era como el rumanismo, que pretendía fusionar dos países (Moldavia y Valaquia) por los lazos de sangre que unían a sus pueblos; no era como el germanismo, basado en los intereses comerciales; no era como el paneslavismo, pretendida conexión entre un pueblo opresor (Rusia) y un pueblo oprimido (Polonia); no era tampoco como el italianismo, “una amalgama entre pueblos libres y pueblos aún no emancipados”⁹²⁰. El iberismo es, para Marcoartú,

“la fusión de dos países sin montañas que los dividan ni desiertos que los aislen; de tierra que alumbra el mismo sol, disfrutan el mismo clima, bañan los mismos ríos, determinan las mismas costas; de pueblos hermanos de sangre, que tienen el mismo idioma, creen en el mismo gobierno, profesan la misma religión; de naciones a la vez dominadas, al par señoras, que han celebrado en los mismos días sus grandezas y sentido en los mismos días su infortunio; en donde han vivido gemelos sus grandes hombres, compañeras sus empresas.”⁹²¹

⁹¹⁹ *La Iberia*, 24-05-1864, p. 1, col. 4.

⁹²⁰ *Ibíd.*

⁹²¹ *Ibíd.*

Un ideal cuasi-místico que tendría que restaurar la forma primigenia de un país incomprensiblemente separado en dos, un ideal que bebía, como cualquier nacionalismo, de anacronismos en los que basar su eterna aspiración por cristalizar en el presente. Así, Viriato primero, Pelayo después, habrían luchado “por la independencia española”⁹²². El iberismo también se manifestaba en América como “protesta” ante las injusticias cometidas históricamente por las administraciones españolas, y aspiraba a estrechar las relaciones entre las antiguas metrópolis y las nuevas repúblicas, a la manera que Gran Bretaña estaba haciéndolo con Estados Unidos. Del mismo modo existía el iberismo en Asia, como sentimiento de unión entre las colonias que aún conservaban portugueses y españoles. Marcoartú concluye esta segunda parte de su artículo afirmando que “el iberismo es, pues, la paz y el progreso”⁹²³.

El tercer apartado, “La unificación de España y Portugal”, es el de mayor contenido programático, el de mayor alcance práctico. En él se establecen las demandas y propuestas del movimiento nacionalista ibérico, dejando de lado afirmaciones más o menos utópicas y ejerciendo, al fin, cierta autocritica al reconocer que el movimiento no se había extendido lo suficiente debido a la dejadez de sus partidarios. “Comencemos desde hoy, que ya es hora, el trabajo de asimilación de las naciones hermanas”, afirma Marcoartú⁹²⁴, que apuesta por el desarrollo cruzado de dos ejes fundamentales: la aproximación de los vínculos e intereses materiales bajo la sombra del régimen liberal. El ingeniero bilbaíno lo expresa del siguiente modo:

“El programa ibérico, programa unificador por la paz, tiene que cumplir con dos condiciones: La supresión de toda traba, de toda diferencia internacional que se oponga al libre trato y al libre cambio entre los dos pueblos [y] la asimilación de las instituciones de los dos Estados en el sentido del régimen más liberal.”⁹²⁵

Una Iberia unida debería basarse, pues, en el liberalismo económico más puro, demanda clásica del progresismo español frente al proteccionismo conservador. Previamente, en un somero repaso histórico sobre la unificación peninsular bajo la Casa de Austria, había criticado Marcoartú como “liberticida” la actuación de dichos monarcas, que destruyeron las comunidades de Castilla, las germanías de Valencia y las particularidades políticas de

⁹²² *Ibíd.*

⁹²³ *La Iberia*, 24-05-1864, p. 1, col. 5.

⁹²⁴ *Ibíd.*

⁹²⁵ *Ibíd.*

Aragón y Cataluña. No veía Marcoartú, sin embargo, analogía alguna en lo que estaba enunciando en su “programa ibérico” debido al ángulo desde el que formulaba su propuesta, basado precisamente en la libertad. Una vez más se plantea ante nuestro discernimiento el conflicto entre la percepción de las libertades forales o sub-estatales en su dimensión real, haciendo que nos preguntemos si se trata efectivamente de libertades o bien de privilegios concedidos a ciertos territorios que, en consecuencia, implicaban diferentes grados de libertad en sus ciudadanos; es decir, libertades que iban en perjuicio de la igualdad del conjunto. Lamentablemente el debate desborda los límites de este estudio, pero conviene no perder de vista dicho conflicto.

Así, la “asimilación de las instituciones” de España y Portugal que proponía Marcoartú, siempre desde su punto de vista, no suponía conflicto alguno y mucho menos liberticidio, ya que estaba basado precisamente en el régimen liberal. Las demandas del nacionalismo ibérico eran enumeradas a continuación y se estructuraban en tres partes, siguiendo los principios de la triada revolucionaria francesa. Por la *igualdad* entre portugueses y españoles, los iberistas exigían la libre circulación de españoles y portugueses por la Península, unión aduanera, libre navegación de ambas banderas en las aguas comunes, un solo plan de enseñanza pública, un solo título para profesiones e industrias, nacionalización “sin tiempo y sin condiciones” (en referencia a la posibilidad de obtener el pasaporte del país vecino), y unidad de pesos, medidas y moneda⁹²⁶. Por la *fraternidad* ibérica, se demandaba la unión postal y telegráfica, la puesta en común de las vías de comunicación transfronteriza, la fundación de “academias, museos, liceos, museos y bibliotecas para el adelantamiento de las ciencias, de las letras, de las artes y de la industria entre la raza ibérica”, además de la apertura de una red de información para viajeros de la Península, la celebración anual de “congresos científicos, artísticos, literarios e industriales”, la constitución de una exposición permanente, a la manera de las exposiciones universales de la época y “la confederación hispano-lusitana para la defensa de los derechos de ambas naciones”⁹²⁷.

Por último, en nombre de la *libertad* hispano-lusa se reclamaba la unificación de los códigos legales de ambos países, y en España la abolición de la pena de muerte, el establecimiento del jurado para toda clase de delitos, la representación de las “provincias

⁹²⁶ *Ibíd.*

⁹²⁷ *Ibíd.*

ultramarinas” en el Congreso y la eliminación de la censura previa en prensa, la disminución del depósito que permitía la publicación de cualquier cabecera así como, en definitiva, la desaparición de cualquier cortapisa a la libertad de expresión⁹²⁸. Un total de veintidós propuestas concretas para abrir el camino de la unión ibérica.

Pues bien, en la última sección de su artículo, “La Iberia será”, Arturo de Marcoartú rechaza toda calificación de su propuesta como utópica, afirmando que es bien realizable y que traerá para España “una frontera menos y muchas libertades más”, para Portugal “17 millones más de compatriotas para defender sus derechos internacionales”⁹²⁹. Así, todo un impreso de acción política, el de mayor categoría recogido hasta el momento en las páginas de los periódicos madrileños, que incorporaba al iberismo a la senda de los nacionalismos programáticos de su tiempo. Queda alguna pregunta abierta: ¿por qué no se insistió en este camino? Contaban los iberistas con argumentos, un programa establecido, una dirección que seguir; contaban también con instrumentos de propaganda política y con cierto respaldo en la política oficial, que sin embargo se iría diluyendo a medida que se completaban los objetivos de poder en el ámbito nacional (véase, por ejemplo, la evolución de Sagasta).

5.5.4. Diversidad de pareceres en la prensa sobre el proyecto ibérico

A la altura de 1864, los partidarios de la unión ibérica esgrimen diferentes argumentos y proyectos en las páginas de la prensa madrileña. A continuación se repasan las propuestas de cuatro de los diarios más importantes del momento respecto a la cuestión: *La Época*, *La España*, *La Discusión* y *El Clamor Público*.

5.5.4.1. *La Época*

En 1864, *La Época* continúa siguiendo la evolución de la idea iberista desde una cierta distancia. Refiere, por ejemplo, textos de *La Iberia* y de *La Nación* en los que se toma el pulso a la salud del iberismo en Portugal⁹³⁰; reproduce un artículo completo de *El Clamor Público* en el que se argumenta en contra de una unión ibérica inmediata, que

⁹²⁸ *Ibíd.*

⁹²⁹ *La Iberia*, 24-05-1864, p. 1, col. 6.

⁹³⁰ *La Época*, 22-06-1864, p. 3, col. 2.

no puede ser realizada por conquista ni por anexión y que tendría que esperar décadas, hasta que el efecto de los avances técnicos como el ferrocarril o los telégrafos eléctricos comenzara a acercar a los dos “países hermanos”⁹³¹; hace lo propio con un texto de *El Pensamiento Español* en el que se rechaza la idea por “revolucionaria” y se considera su propagación en Portugal como un freno antes que un impulso para su éxito⁹³²; llega a reproducir en su primera página un análisis de *La Esperanza* sobre la cuestión, texto en el cual el diario absolutista habla del proyecto ibérico como algo “quimérico”, debido sobre todo a la “indiferencia o desdén” con que españoles y portugueses se trataban y se habían tratado en los últimos siglos⁹³³.

Este tratamiento de los proyectos de unión ibérica, que meramente se refleja lo que piensan o argumentan otros diarios, revela la pérdida de fe en el movimiento iberista que ha sufrido *La Época* a nivel político. Un buen ejemplo se encuentra en un comentario sobre un editorial publicado por la *Gaceta de Portugal*, en el que el diario lisboeta afirma estar en contra de la fusión en un solo Estado, lo que sería “germen de prolongadas discordias”, mientras que la colaboración a otros niveles era “un gran elemento de progreso pacífico”. Para *La Época*, “es imposible juzgar de una manera más elevada y patriótica esta gran cuestión nacional”⁹³⁴. Definitivamente, el diario conservador considera que el iberismo ha pasado a ser prácticamente patrimonio del progresismo y de los demócratas, y no quiere mezclarse con semejantes tendencias políticas. Sin embargo, esto no significa que *La Época* se desentienda y se olvide de cualquier proyecto en común entre España y Portugal, sino que simplemente rechaza los planteamientos de unión política para centrarse en la puesta en común de proyectos a otros niveles.

5.5.4.2. La España

Por otra parte, la desconfianza de *La España* ante la amenaza iberista contra el trono español también se mantendrá durante largo tiempo. En junio de 1864, durante el gobierno Mon, se retoman argumentos anti-ibéricos en defensa del trono de Isabel II y en medio del contexto de lucha política interior. *La España* acusa veladamente a Espartero

⁹³¹ *La Época*, 27-06-1864, p. 1, col. 2.

⁹³² *La Época*, 28-06-1864, p. 2, col. 1.

⁹³³ *La Época*, 02-07-1864, p. 1, col. 1.

⁹³⁴ *La Época*, 26-07-1864, p. 2, col. 6.

de ser partidario de la unión hispano-portuguesa⁹³⁵, pretendiendo al tiempo desatar una crisis en el partido progresista, ya sacudido por las luchas de poder entre el propio Espartero y Salustiano Olózaga. Periódicos progresistas tan destacados como *La Iberia* habían lanzado ya abiertamente proclamas nacionalistas ibéricas, de ahí que *La España* quisiera arrancar una manifestación pública a Espartero para conocer si estaba a favor o en contra de la unión, lo que automáticamente colocaría, tanto a él como a su partido, en contra o a favor de la dinastía borbónica.

Los ultramoderados abundan en este análisis de la situación tras comentar un texto del periódico progresista *El Áncora* en el que se afirma la existencia de una conspiración antimonárquica. Según *El Áncora*, el objetivo último de los conspiradores era la expulsión de Isabel II, y uno de los “pretextos” que se utilizaban para ello era la defensa de la unión ibérica. El iberismo como medio de lucha para lograr el fin de la dinastía borbónica es denunciado una vez más por *La España*, que rechaza cualquier intención iberista puesto que

“España no puede ser objeto de la ambición, y mucho menos sujetarse a un Víctor Manuel en miniatura, que viniese o intentara venir de allende el Duero. [...] Es demasiado altiva España para ser dominada por Portugal, como lo ha sido Italia por el Piamonte: es demasiado celosa de su independencia y de su integridad territorial, para que pueda tolerar, ni aun en perspectiva, la idea de que llegasen a formularse pretensiones como las que produjeron la anexión de Saboya y Niza.”⁹³⁶

Una vez más, defensa del trono isabelino y de la integridad territorial de España frente a la idea de la unión política hispano-portuguesa. Atrás quedaban, pues, los días en que *La España* intentaba compensar su rechazo frontal a la posibilidad de unión política con manifestaciones de buena voluntad en favor de una alianza de Portugal y España en lo económico y comercial, incluyendo la unión aduanera.

Con fecha del 30 de junio de 1864 se encuentra en *La España* un artículo clave para comprender el posicionamiento del periódico respecto a la unión ibérica. Se trata de un editorial que se extiende a lo largo de tres columnas, en el cual se exponen las ideas, tanto positivas como negativas, que *La España* estima claves en torno al proyecto ibérico. El artículo comienza tratando de “cándidos” a quienes creen verdaderamente en la

⁹³⁵ *La España*, 23-06-1864, p. 3, col. 1.

⁹³⁶ *La España*, 29-06-1864, p. 2, col. 2.

posibilidad de alcanzar la unión ibérica sin tener que sobrepasar ningún obstáculo, ninguna dificultad. No por cándidos habrían de ser tratados también de poco inteligentes los partidarios de la unión de España y Portugal, puesto que la idea de “una nacionalidad fuerte y poderosa” sería motivo de contento para todos los habitantes de la península Ibérica, excepto quizá para los portugueses más celosos de su nacionalidad, que en lugar de observar los proyectos de unión ibérica como parte del proceso de creación de un nuevo Estado los sentían como amenaza para su propia independencia política, si es que la hubiera. En el terreno de lo ideal *La España* se posiciona a favor de la construcción de un Estado único en suelo peninsular, eso sí, con ciertas condiciones:

“queremos llegar hasta suponer que el asunto se arreglase en las regiones diplomáticas y en la prensa política de los dos pueblos: que para ello no hubiese trastornos de ninguna especie; que en España se continuase todo como está; que la familia real portuguesa abdicase desde el primero hasta el último de sus individuos, y que se le diera en compensación un trono en América.”⁹³⁷

¿Sinceridad o provocación? El iberismo de los Egaña y Navarro Villoslada, si se toma en serio, está pasado por el filtro de un profundo nacionalismo español, observador de la realidad peninsular como un único ente que tendría su centro en la corte madrileña, corte en ningún caso podría verse afectada por los cambios de carácter estructural que hubiera de sufrir el nuevo Estado. También, claro es, se puede tomar este texto como una bravata concebida más bien para encender los ánimos del pueblo portugués antes que para colaborar en la construcción honrada de un Estado ibérico. El obstáculo, prácticamente insalvable, que los iberistas habrían de superar para construir la nueva nación, sería la “predisposición de los portugueses contra Castilla”, profunda tanto en las zonas rurales como en Lisboa.

A este rechazo habría que sumar el desconocimiento mutuo y la larga tradición del Portugal independiente, impedimentos que harían prácticamente imposible la unión. El único recurso que le quedaba a España para intentar unificar la península era el de la violencia, recurso totalmente descartado porque España “es la nación más justa de Europa y la más opuesta a todo linaje de usurpaciones”. No obstante la imposibilidad de la unión en aquel momento, *La España* deja abierta la puerta a una fusión ibérica en el futuro, basada en los avances técnicos: “El ferro-carril será el grande elemento de unión; con la

⁹³⁷ *La España*, 30-06-1864, p. 2, col. 5.

comunicación frecuente se nos conocerá, desaparecerá la prevención, se nos hará justicia y los portugueses empezarán a pensar en lo que más les convenga”⁹³⁸.

Al final del editorial se desvela el motivo que sin lugar a dudas motiva a *La España* a oponerse frontalmente a las ideas de unión ibérica que en aquel momento más auge tenían, a saber, las que procedían del campo ideológico de la izquierda: el único carácter que para el periódico ultramoderado tenían los proyectos iberistas no era “la unión de los dos pueblos, sino el de la unión de los revolucionarios de España y Portugal”⁹³⁹. La fuerte influencia del pensamiento progresista, democrático e incluso republicano en el iberismo del momento provoca una reacción de oposición en el campo ideológico contrario.

La cuestión ibérica deja de considerarse un tema de debate en política exterior y no se proyecta en el futuro, sino que se trata como un problema presente de política interior, que motiva el enfrentamiento entre moderados y progresistas, con el trono de Isabel II como trasfondo, en los años previos a la revolución de 1868. *La España* solo concibe, pues, una unión ibérica bajo dominio y preponderancia española. Otra forma de iberismo, sin lugar a dudas, pero iberismo al fin y al cabo, en tanto se concebía el espacio geográfico y cultural de la península Ibérica como un todo que habría de ser construido políticamente como tal de manera única. La unión ibérica como símbolo de la revolución no puede ser aceptada por un diario que representa la fidelidad al trono, a la ley establecida y a la religión católica.

5.5.4.3. *La Discusión*

El 25 de junio de 1864, ya bajo la dirección de Pi y Margall, abre *La Discusión* con un artículo titulado “La unidad ibérica”, a cargo de Lorenzo Guardiola y Peral, político republicano originario de la localidad murciana de Jumilla. No se aportan novedades de interés respecto al iberismo en este texto, que nos sirve únicamente para tomar el pulso de la ideología en su vertiente demócrata a esas alturas de siglo. El elemento original de este artículo frente a los que se han venido repasando en *La*

⁹³⁸ *La España*, 30-06-1864, p. 3, col. 1.

⁹³⁹ *Ibíd.*

Discusión se refiere a la visión que el autor ofrece de la situación en la Europa del momento.

Mientras que la mayoría de textos publicados en el diario demócrata resaltaban la tendencia unificadora que se venía observando en diferentes países europeos, lo que debería suponer un impulso para el movimiento unificador de la futura Iberia, Lorenzo Guardiola y Peral parte de la base de un enfrentamiento latente que amenazaba “un conflicto general y una colisión terrible entre los pueblos del Norte y los del Mediodía”⁹⁴⁰. Estos habían estado cegados por el individualismo, lo que había permitido a los Estados anglo-germánicos, pese a una supuesta desventaja en lo cultural, estar en disposición de imponer su voluntad en el tablero geopolítico.

Ante esta situación, los países del sur de Europa debían reunir los lazos que el ya mencionado individualismo había desatado, programa de acción en el que entraba de lleno el proyecto de unificación ibérica. Este proyecto, según el autor, debería respetar “la independencia y autonomía de las naciones, como la de las familias e individuos”, evitando repetir “las agregaciones de pueblos, diferentes en carácter y civilización, [...] aquellos imperios gigantescos donde, según una célebre frase, jamás se ponía el Sol en sus dominios”⁹⁴¹. Esta frase expresa de forma obvia la crítica ante el modelo de Estado que había representado la dinastía Habsburgo en Europa y en el mundo, y marca la pauta del razonamiento que sigue a continuación, a través del cual el autor expresa su visión de la cuestión ibérica:

“Además de ser una necesidad en los actuales momentos, es también una justa y laudable aspiración de ambas naciones que, procedentes de una misma raza, idénticas en su carácter y costumbres, han unido más de una vez sus destinos, y marchado a la sombra de una misma bandera, y sacrificado en los altares de una misma patria.”⁹⁴²

Se observa, pues, cómo la cosmovisión del autor incluye a Portugal y España como una sola entidad histórico-cultural, por lo que la futura Iberia no entraría en la crítica anteriormente expresada contra los grandes imperios que contenían a pueblos con caracteres dispares. Para Guardiola y Peral no se trataba siquiera de una cuestión de igualdad de las naciones ibéricas, sino de “comunidad” de caracteres, de lengua, de

⁹⁴⁰ *La Discusión*, 25-06-1864, p. 1, col. 1.

⁹⁴¹ *Ibíd.*

⁹⁴² *La Discusión*, 25-06-1864, p. 1, col. 2.

historia y de geografía, incluso de “confusión”, incapacidad de distinguir dónde acababa un país y empezaba el otro. El autor no habla de pasos concretos en el terreno político para llevar a cabo la culminación del ideal ibérico, sino que se limita –por así decirlo– a exponer el elemento de cohesión fundamental que habría de servir como base del proyecto:

“Olvidemos cada uno por nuestra parte los tristes aunque fútiles motivos de odio y enemistad que nos separan, y por muy hondos que sean, no han podido llegar al corazón de los pueblos que [...] guardan en su seno raudales de amor hacia los que son por naturaleza sus hermanos.”⁹⁴³

Aparece de nuevo el radical rasgo del pensamiento democrático de culpabilizar a la mala administración de los sucesivos regímenes, sobre todo los absolutistas, de la situación corriente; frente a ello se alzaba el pueblo, mera marioneta en manos de los gobernantes y cuya actuación basada en sentimientos de amor y fraternidad se antojaba decisiva de cara a la consecución de los objetivos del nacionalismo ibérico. El rechazo a la autoridad reaccionaria debería servir de pegamento para las clases populares a la hora de abordar la ambiciosa fusión de los Estados ibéricos, que serviría, según Guardiola y Peral –coincidente con tantos otros análisis fuera de la esfera demócrata– para devolver a Portugal y España el poder y el respeto que merecían en el contexto europeo.

Este artículo tuvo cierta contestación en las páginas de *El Clamor Público*, que negó una vez más la validez de cualquier proyecto que pretendiera ser exitoso por conquista o anexión. Ante esto reacciona *La Discusión* rechazando de plano cualquier idea de conquista y explicando su idea de la anexión, que no sería en ningún caso de carácter agresivo, puesto que así como las familias –como estructura social existente casi desde el inicio de los tiempos– no perdieron ninguno de sus derechos con la aparición de los Estados modernos y su inclusión en ellos,

“tampoco las naciones que se hallan animadas de un mismo espíritu y de idénticas aspiraciones, que sienten hervir en sus venas una misma sangre, que se encuentran destinadas por la Providencia que se manifiesta en la historia a unir sus destinos, verán menoscabada su nacionalidad ni negada su autonomía, que no fundándose en otra cosa que en esta identidad de raza, de historia y de costumbres, sería vano e inútil, si no comprendiese también a nuestros hermanos de Portugal y a todos los pueblos que cumpliesen esas condiciones.”⁹⁴⁴

⁹⁴³ *Ibíd.*

⁹⁴⁴ *Ibíd.*

Establece así *La Discusión*, aunque sin mencionarlo de forma explícita, su preferencia por una organización federal del futuro Estado ibérico, en el que se verían más diferencias entre ciertas provincias españolas que entre estas y las provincias portuguesas. La identidad común es en este texto el concepto sobre el que giraba el razonamiento iberista del diario demócrata, rasgo que no iría en contra de una organización descentralizada del Estado. Los caracteres e individualidades de cada provincia, de cada región, serían respetados dentro del marco de una realidad común a todos los habitantes de la futura Iberia.

5.5.4.4. *El Clamor Público*

En el verano de 1864 es interesante destacar el distanciamiento del proyecto ibérico por parte de *El Clamor Público*, realidad que se observa muy concretamente dos artículos que, en primera página, analizan las posibilidades prácticas de culminar dicho proyecto con éxito. En el primero de ellos, el diario progresista da un giro en su tendencia general, que aquí se ha repasado, y considera la unión ibérica como un proyecto de muy difícil realización:

“La unión ibérica no es, ni puede ser en mucho tiempo, más que un deseo, una aspiración, una esperanza. [...] un sueño, una ilusión de gente poco práctica en achaques políticos, que considera fáciles y seguros los quiméricos planes que se forja y las utopías que acaricia su imaginación.”⁹⁴⁵

Se recuerda en este artículo que España y Portugal cuentan efectivamente con una marcada similitud en su historia, costumbres e idioma, y que la unión política no podría traer sino ventajas en el largo plazo, pero se lamenta de la larga lista de agravios y discordias históricas acumuladas, que harían prácticamente imposible el éxito del proyecto.

El tono general del artículo es pesimista y sombrío respecto a la posibilidad de una unión política y administrativa. Sin embargo, mediado el texto, se concibe de nuevo la idea de forma positiva y se exhorta a sus partidarios a centrarse en los aspectos que deberán acercar progresivamente a los dos pueblos. Una vez más las clásicas demandas iberistas: creación de una red ibérica de ferrocarril y telégrafo, regulación de la navegación fluvial y ampliación de los lazos de comercio:

⁹⁴⁵ *El Clamor Público*, 26-06-1864, p. 1, col. 2.

“Hay que crear primero intereses idénticos e infundir esperanzas comunes; hay que borrar gradual y sucesivamente las líneas divisorias que sirven de fronteras; hay que traer a España y llevar a Portugal los gérmenes de una civilización peninsular; [...] hay que convertir, por efecto de una milagrosa transfusión de sangre y de sentimientos, a extranjeros hostiles en hermanos cariñosos.”⁹⁴⁶

De nuevo sale a la palestra la comunidad de intereses, la necesidad de crear alianzas en el plano económico, las cuales ayudarían a llevar a buen puerto los intentos de unificación política y administrativa. Todo esto unido a la voluntad de creación de una comunidad cultural, que merece ser destacada. La “civilización peninsular” de la que habla *El Clamor Público*, la necesidad de crear lazos culturales además de los materiales, son pasos previos necesarios a los intentos de unión política. Esta sería la puerta que abriría la posibilidad de categorización de la ciudadanía española y portuguesa como ciudadanía ibérica, dejando atrás los siglos de enfrentamientos y desacuerdos.

5.5.5. Proclamas iberistas en el contexto de un régimen en descomposición

La diversidad en las diferentes concepciones de una nacionalidad ibérica única reflota con cierta regularidad. En junio de 1864 *La Discusión* se ve obligada a trazar una línea divisoria entre su iberismo y el de un periódico neocatólico como *El Pensamiento Español*, defensor de la unidad ibérica bajo un paradigma austracista renovado. El diario demócrata afirma sentir pesar por que *El Pensamiento Español* “se muestre afecto a una idea que nosotros hemos defendido y seguiremos defendiendo. [...] ¿Defiende el colega la unión a lo Felipe II? No nosotros”⁹⁴⁷. El rechazo a la política filipina era patente entre el sector demócrata de los iberistas, que consideraban aquel periodo como muy negativo para la evolución de los Estados peninsulares, fuente de desencuentros y semilla de odios históricos todavía no superados.

A esas alturas de siglo, otro periódico tradicionalista como *La Esperanza* no dedica muchas energías a defender una unión ibérica dirigida por España, sino que simplemente hace ver que ese proyecto contaría con su apoyo, como se está viendo. Más importante era para el periódico de Pedro de la Hoz expresar su total oposición a los proyectos de unión ibérica que planteaba el progresismo. Una muestra de esto se

⁹⁴⁶ *Ibíd.*

⁹⁴⁷ *La Discusión*, 28-06-1864, p. 2, col. 1.

encuentra en el ejemplar del 1 de julio de 1864, que dedica un editorial completo a desprestigiar una idea que tacha de “quimérica” y “risible”, a un proyecto que define como “absurdo”, “ridículo” y “utópico”⁹⁴⁸. *La Esperanza* niega que efectivamente hubiera enfrentamientos entre España y Portugal, tanto a nivel gubernativo como a nivel social, sin suponer esto que existiera tampoco amistad profunda: lo que en realidad se daba era distanciamiento y frialdad en la relación entre ambos países. *La Esperanza* considera, una vez más, como algo imposible el llevar a cabo la unión ibérica en las actuales circunstancias, aun aceptando que la unión beneficiaría casi con toda seguridad a España. Esto último lo ironiza, al afirmar que también beneficiaría a España la recuperación de las posesiones americanas, la anexión de Francia o, “si parece poco, la Europa entera”⁹⁴⁹. La orientación de *La Esperanza* respecto a la cuestión rezuma españolismo, como se comprueba en una publicación fechada también julio de 1864. Para el periódico ultraconservador, la unión ibérica –tal y como se planteaba desde el progresismo– no consistiría nunca en una fusión de nacionalidades, ni mucho menos en la construcción de una nueva España a la que se hubiera anexionado Portugal, sino más bien “se trata de que nuestra nacionalidad sea absorbida por la portuguesa”⁹⁵⁰. Existe aquí una similitud de fondo con el argumento que el nacionalismo portugués esgrimía en contra del nacionalismo ibérico, al que se veía como amenaza para la integridad de la nacionalidad portuguesa. El enfrentamiento en términos nacionales clásicos, dicotómicos, de España contra Portugal y viceversa, deja fuera del terreno de juego cualquier consideración de Iberia como futura aspiración, ya que esta nueva idea implicaría necesariamente, siguiendo el razonamiento de *La Esperanza*, la absorción de una nacionalidad por parte de la otra.

El primero de julio de 1864 *La Discusión* ofrece a sus lectores un repaso del tratamiento de la cuestión iberista por parte de otros periódicos, a colación de una intervención parlamentaria del marqués de Vallada en el senado portugués sobre una supuesta conspiración ibérica. “La importante cuestión del iberismo”⁹⁵¹ era tema destacado en la prensa del momento, según reconocía el propio diario demócrata. La *Gaceta de Portugal* había propagado el mensaje del marqués de Vallada haciendo

⁹⁴⁸ *La Esperanza*, 01-07-1864, p. 1, col. 1.

⁹⁴⁹ *Ibíd.*

⁹⁵⁰ *La Esperanza*, 04-07-1864, p. 1, col. 1.

⁹⁵¹ *La Discusión*, 01-07-1864, p. 2, col. 1.

referencia a presuntos manejos del diario progresista *La Iberia* a favor del duque de Loulé, a su vez teóricamente dispuesto a acometer la unión ibérica. Todos estos rumores no solo no fueron rechazados por *La Iberia*, sino que el periódico progresista se reafirmó en su voluntad de crear una única monarquía sobre suelo peninsular:

“Es cierto que la idea ibérica marcha, y que ha sido, es y será el lema de nuestra bandera, la señal de nuestro triunfo. Ya lo hemos dicho: nuestro iberismo es monárquico, y pide para españoles y portugueses: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.”⁹⁵²

La polémica estaba servida y *El Diario Español* no tardó en atacar a su rival periodístico e ideológico acusándolo de revolucionario, del mismo modo que *El Áncora*, más leal a Isabel II que a sus correligionarios progresistas. Por su parte, *Las Novedades* y *La Nación* se pusieron del lado de *La Iberia*. Los demócratas de *La Discusión* reproducían estas discusiones desde una cierta distancia pero sin dejar de posicionarse:

“Deseamos la unión de España y Portugal, pero no por la conquista, ni por la absorción; no queremos que España se anexe a Portugal, ni Portugal a España; queremos que pueblos siempre hermanos se unan para siempre por medio de un sistema que deje a salvo la autonomía de los dos pueblos.”⁹⁵³

El mensaje de los demócratas era suficientemente ambiguo como para colocarse en un lugar no ocupado por ninguno de los periódicos antes mencionados al mismo tiempo que se sugería, sin afirmarla expresamente, una suerte de confederación peninsular. Este debate, esta polémica, pone en valor la difusión y fortaleza del mensaje nacionalista o proto-nacionalista ibérico a mediados del año 1864. A falta de una propagación adecuada del mensaje entre las masas y de una canalización regular y continuada a través de los medios de comunicación, existían cuanto menos proyectos de unión en los que se implicaban ciertas figuras políticas y una voluntad por parte de cierta prensa de actuar a favor de dichos proyectos, mientras los contrarios se veían en la obligación de no ceder terreno y manifestarse efectivamente como opuestos a la unión. Según *La Discusión*, estas discusiones alcanzaban también a la prensa portuguesa⁹⁵⁴, lo que certificaba la relativa potencia y capacidad operativa del movimiento iberista.

5.5.5.1. *El Contemporáneo*

⁹⁵² *La Iberia*, 22-06-1864, p. 1, col. 6.

⁹⁵³ *La Discusión*, 01-07-1864, p. 2, col. 2.

⁹⁵⁴ *La Discusión*, 20-07-1864, p. 3, col. 1.

También a la altura del verano de 1864 se encuentran en *El Contemporáneo* varios textos dedicados a la unión ibérica cuya aparición viene motivada por la intervención del marqués de Vallada en el Parlamento portugués denunciando una supuesta conspiración ibérica. El primer texto, titulado “Unidad ibérica”, reafirma la postura del diario del marqués de Salamanca, ciertamente inclinado a apoyar la unión peninsular, o al menos simpatizante de la idea, pero extremadamente prudente a la hora de tratarla y consciente de las dificultades que en la práctica se podrían derivar de un intento de unión hispano-portuguesa:

“Hacer de España y Portugal una poderosa nación en el Occidente de Europa, es el sueño dorado de muchos hombres que al estudiar la historia, la geografía, el lenguaje y las costumbres, creen ver de fácil ejecución una obra, que no rechazamos nosotros en principio, pero que en la práctica ha de acarrear graves complicaciones, inmensas dificultades; [...] El *iberismo* es una semilla que puede producir amargos frutos, si miras ambiciosas, si planes imprudentes y desacertados, procuran la realización de un pensamiento que solo repetidos y bien encaminados esfuerzos, que solo un proceder sabio, prudente y previsor, que una ilustrada voluntad puede llevar a buen término y proporcionar una conveniente y saludable solución.”⁹⁵⁵

Este es, perfectamente resumido y estructurado, el pensamiento de *El Contemporáneo* en torno a la cuestión. Cualquier forma de menosprecio a Portugal, cualquier intento de ridiculizar su estado socioeconómico entre el resto de naciones de Europa y obviamente cualquier mención referida a una posible anexión eran de plano rechazadas por *El Contemporáneo*. Desde la redacción del diario conservador se vuelve a recordar, como ya se ha observado más arriba, que el tiempo propicio para la unión, “cuando sus poetas cantaban de consuno a nuestros príncipes, y nuestras glorias y nuestros triunfos eran sus triunfos y sus glorias”⁹⁵⁶, había pasado hace siglos, y que la administración filipina y el posterior desenlace de 1640 surcó una profunda zanja entre ambos países, que todavía no estaba en condiciones de ser superada.

En este punto, *El Contemporáneo* insiste *avant la lettre* en la idea voluntarista de Renan, al argumentar que no son válidas las razones establecidas por el “vago principio de las nacionalidades” para fijar las condiciones de existencia de las mismas, ya que

“la posición topográfica, del idioma, de la religión y de las costumbres, no determinan por sí solo las nacionalidades que necesitan como principal elemento de fusión, el sentimiento de sus hijos,

⁹⁵⁵ *El Contemporáneo*, 01-07-1864, p. 1, col. 3. En cursiva en el original.

⁹⁵⁶ *Ibíd.*

el anhelo constante de sus asociados, la eterna y nunca interrumpida aspiración de sus más esclarecidos varones.”⁹⁵⁷

Así, para los redactores del diario del marqués de Salamanca era claro que España y Portugal no conformaban una sola nacionalidad, aunque pudieran llegar a hacerlo. Y los pasos orientados a la futura unión debían empezar a darse cuanto antes, a juicio de *El Contemporáneo*, por ejemplo poniendo en marcha una red de ferrocarriles, avance técnico de “formidable poder” que daría origen a “la constante relación y continuo trato de españoles y portugueses a una alianza y a una confraternidad sin lo que es imposible la proyectada fusión”⁹⁵⁸. Al mismo objetivo servirían la unión aduanera, impulsora del comercio y beneficiosa para la hacienda pública, junto con la equiparación de los títulos universitarios y la promoción de la literatura portuguesa entre la juventud española. Así pues, ferrocarril ibérico, unión aduanera y acercamiento cultural configuran las tres demandas principales de *El Contemporáneo* para preparar la unión futura de España y Portugal. Se trata, como se advierte, de un planteamiento razonable y sensato, que sacrificaba la inmediatez de un fracaso casi asegurado por la seguridad de un plan con perspectivas de éxito más o menos lejano, una unión que sería “grande para nuestros intereses, provechosa para nuestro porvenir”⁹⁵⁹. Apenas dos días después de la publicación de este artículo, en la primera página de *El Contemporáneo* se reproducen unas líneas de la *Gaceta de Portugal* que iban encaminadas a demostrar sus tesis. El periódico portugués se hacía eco de los planes de unión ibérica que últimamente estaban siendo debatidos entre las cabeceras españolas, recordando que aquel sueño terminó en 1640 y en Portugal no estaban por la labor de repetirlo. Desde *El Contemporáneo* se toman estas afirmaciones como prueba de la necesidad de afrontar la cuestión con una política “sabia y prudente”⁹⁶⁰.

Estos llamados a la prudencia, a la distensión, al comedimiento, se redoblan en las páginas de *El Contemporáneo* tras las demandas anexionistas publicadas en *El Áncora*. Ante propuestas de orientación tan extrema como la anexión se responde en Portugal rechazando absolutamente cualquier plan de unión ibérica. *El Contemporáneo* estima que lo publicado en la *Gaceta de Portugal* a este respecto —“tremendas exclamaciones algo

⁹⁵⁷ *Ibíd.*

⁹⁵⁸ *El Contemporáneo*, 01-07-1864, p. 1, col. 4.

⁹⁵⁹ *El Contemporáneo*, 01-07-1864, p. 1, col. 5.

⁹⁶⁰ *El Contemporáneo*, 03-07-1864, p. 1, col. 3.

extraviadas por el espíritu de nacionalidad, pero que revelan cómo se reciben ciertas especies en el vecino reino”⁹⁶¹— confirmaba lo acertado de sus propuestas de acción reflexiva y cautelosa. Los extremos se alimentaban mutuamente, y mientras en *El Áncora* se publicaban propuestas de anexión, desde Portugal se pretendía atacar el sentimiento nacional español, según recoge *El Contemporáneo*, que se desmarcaba de propuestas radicales e insistía en que “solo por medio de una conducta prudente y conciliadora, evocando los sentimientos de generosidad y patriotismo [...] puede llegarse al iberismo”⁹⁶².

Las llamadas de *El Contemporáneo* a la cordura no cayeron en saco roto y fueron recogidas por la propia *Gaceta de Portugal*, que apoyaba toda medida destinada a aproximar a las dos naciones peninsulares sin violar en ningún momento la independencia de cada cual. Así, el diario del marqués de Salamanca reproduce unas líneas de la *Gaceta de Portugal* en que se manifiesta una voluntad netamente iberista, apostando entre otras medidas por la unión aduanera⁹⁶³. *El Contemporáneo* se muestra convencido de que la prensa periódica estaba llamada a desempeñar un papel fundamental en la consecución de la unión ibérica, no siendo las circunstancias políticas algo determinante “para que a la opinión pública se arroje esta semilla, que el tiempo hará germinar, florecer y madurar convenientemente”⁹⁶⁴. La posición favorable de cierta prensa portuguesa hacia los planes de unión ibérica también se refleja en las páginas de *El Contemporáneo* días más tarde, reproduciendo de nuevo unas líneas de la *Gaceta de Portugal*, que coincidía en gran medida con las propuestas de colaboración intrapeninsular que patrocinaba *El Contemporáneo*⁹⁶⁵. Para el diario del marqués de Salamanca, la unión ibérica era de suma importancia en un contexto europeo en el que las potencias eran grandes naciones, tanto histórica como territorialmente, y veía en un único Estado ibérico garantías para la preservación del régimen liberal en el sur del continente. En definitiva, se ha demostrado cómo la prudencia a la hora de actuar, el respeto a la independencia portuguesa y el convencimiento de que la unión ibérica sería un hecho en el futuro fueron los tres pilares del iberismo de *El Contemporáneo*, que siempre hizo gala de un temple y una sensatez extraña en ambientes muchas veces extremados e inestables.

⁹⁶¹ *El Contemporáneo*, 07-07-1864, p. 1, col. 2.

⁹⁶² *El Contemporáneo*, 07-07-1864, p. 1, col. 3. En cursiva en el original.

⁹⁶³ *El Contemporáneo*, 17-07-1864, p. 1, col. 5.

⁹⁶⁴ *El Contemporáneo*, 17-07-1864, p. 1, col. 5.

⁹⁶⁵ *El Contemporáneo*, 27-07-1864, p. 1, col. 5 y sig.

5.5.5.2. Última manifestación iberista de *El Clamor Público*

En una línea similar, que prima el utilitarismo y la lógica del paso siguiente sobre el idealismo y la fuerza de la imaginación, se expresa el siguiente artículo de *El Clamor Público*, el último de la larga serie de noticias, reclamaciones, ensayos y alguna muestra de propaganda que el periódico inició veinte años atrás a favor de la unión de Portugal y España. El diario progresista refiere la publicidad que otros periódicos le están dando al proyecto de unión peninsular, lamentando el hecho de que todos ellos hablen del tema sin ni siquiera plantearse “cómo, cuándo y en qué condiciones habría de realizarse este importantísimo suceso”⁹⁶⁶. Se enumeran una vez más los argumentos ya conocidos: la similitud y casi coincidencia de historia, costumbres e idioma, la evidencia de que ambas naciones comparten un mismo territorio fuertemente delimitado y el pasado común bajo una misma corona en el periodo de los Felipes. Pero esta serie de cuestiones no son garantía de nada más que de lo que enuncian, es decir, del pasado, y no soportan la realidad de las relaciones entre ambos países como grandes desconocidos, y aún más, enemigos:

“Es preciso haber vivido en Portugal; es preciso haber reflexionado sobre los epítetos vulgares que allí se aplican a los españoles, y sobre las burlas que de aquí son objeto los portugueses, para penetrar toda la intensidad y trascendencia de las antipatías que aun separan a dos países que parecen creados para formar una patria común.”⁹⁶⁷

Una vez cuenta con el repaso de los hechos, tanto los que aconsejan como los que disuaden de la idea ibérica, *El Clamor Público* se ocupa del punto que desde un principio es razón de ser de este artículo: el modo y manera según el cual habría de organizarse la coalición ibérica. Se descarta de entrada la posibilidad de la conquista y de la anexión violenta, así como la idea de reemplazar a los monarcas reinantes por otra nueva dinastía, argumentando en ambos casos que la violencia y la guerra se harían dueñas de la situación.

También se rechaza la idea de que uno de los dos reyes tome la corona del país vecino, ya que en ese caso el país que recibiera al nuevo rey se sentiría humillado, existiendo además el agravante, en el hipotético caso de que Isabel II asumiera el trono

⁹⁶⁶ *El Clamor Público*, 08-07-1864, p. 1, col. 1.

⁹⁶⁷ *Ibíd.*

portugués, de que los lusos considerasen su nacionalidad borrada y transformada en mera provincia. La idea de la república unitaria se objeta asimismo por considerar *El Clamor Público* que en Europa “faltan republicanos para las Repúblicas que se elaboran en los clubs y en las sociedades secretas”.

Este periódico también se declara contrario a la república federal, por considerar que bajo este principio desaparecerían ambas nacionalidades y el nuevo Estado vería cómo el resto de potencias europeas se impondrían ante su debilidad. Además, en España y Portugal no se podría establecer una república federal, puesto que ello implicaría “suprimir sus gloriosas tradiciones, arrancar de su corazón el sentimiento monárquico, despojarlos [a los pueblos] de sus hábitos y costumbres”. Descartadas estas cinco posibilidades, se hacen votos específicos en defensa de la unión ibérica

“por una serie de alianzas de las ramas dinásticas que sus respectivas Constituciones reconocen; por efecto de tratados de comercio; por el creciente influjo de sus recíprocos y poco a poco comunes intereses; por la poderosa acción de sus fáciles y prontas comunicaciones; por la fuerza de atracción que han de ejercer los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos.”⁹⁶⁸

La defensa de las dinastías reinantes es clara y directa en este artículo, y la fusión de Borbones españoles y Braganzas en una sola rama debería surgir a través del marco que proporcionan las leyes de ambos países. Por lo demás, *El Clamor Público* insiste en la necesidad de establecer una comunidad de intereses económicos antes de esforzarse innecesariamente en tentativas de unión política que probablemente acabarían resultando inútiles si antes no se hubiese allanado el camino a través de las medidas mencionadas y repetidas en tantos otros artículos.

El 27 de octubre de 1864 se publica en Madrid el último número de este diario. Tras veinte años en la calle, habiendo sido un periódico de tremendo éxito y una de las cabeceras más representativas del progresismo, *El Clamor Público* llega al final de sus aventuras. En su vertiente iberista, se distinguen claramente dos periodos diferenciados: entre 1844 y 1856 defiende la unión dinástica como método para la construcción de la futura Iberia, mientras que desde la caída de los gobiernos progresistas se desestima la posibilidad práctica de la unión política y se orientan los esfuerzos y la propaganda hacia

⁹⁶⁸ *El Clamor Público*, 08-07-1864, p. 1, col. 3.

la colaboración económica y la puesta en común de mecanismos unificadores en aspectos tales como las aduanas, el telégrafo o la navegación fluvial.

La argumentación de los textos iberistas publicados por el diario de Fernando Corradi se encuadra dentro del repertorio clásico de los partidarios de la unión ibérica: son recurrentes las apelaciones a la unidad geográfica y sociocultural de la península, así como a la necesidad de promover la colaboración económica entre los dos países en un momento histórico propicio para ello. La aspiración a un futuro mejor culmina muchos de los discursos que aquí se han repasado. También destaca la atención que *El Clamor Público* presta a la difusión del pensamiento iberista publicado en folletos, escritos o memorias a cargo de personajes como Sinibaldo de Mas, Antônio Feliciano Marques Pereira o Ubaldo Pasarón, cada uno en un escalafón diferente en cuanto a su fama como escritores partidarios de la unión de Portugal y España.

5.5.5.3. Más iberismo desde la izquierda del arco político

El nacionalismo ibérico abanderado por *La Discusión* se integraba en un proceso más amplio, el de la democratización del conjunto de la sociedad española. Así lo expresa este diario en un artículo publicado en la primera página de su ejemplar del 16 de septiembre de 1864:

“Muchas veces se ha tratado en la prensa la cuestión de unión ibérica como capítulo aparte del libro del progreso revolucionario de España, sin comprender que dicha cuestión es uno de los artículos de la reforma nacional, que solo la idea democrática puede realizar lógica y naturalmente, sin violencias ni agravios para nadie. [...] La unión ibérica es una cosa precisa, es un efecto natural de la regeneración política del país, que vendrá por sí misma, toda vez que los principios democráticos se extiendan en su completo desarrollo.”⁹⁶⁹

De este modo marcaba su territorio de forma inequívoca *La Discusión*, emitiendo un mensaje benévolo con la idea de unión ibérica pero particularmente diferenciado del que venían promoviendo otros diarios, ya que ponía su foco en la necesidad de una regeneración completa, que cubriría el cuerpo nacional –incluyendo a Portugal– y que no significaría un mero cambio dinástico o una ampliación del territorio, aunque fuera por fusión y no por conquista. Se repite el argumento de que Portugal nunca querría unirse a

⁹⁶⁹ *La Discusión*, 16-09-1864, p. 1, col. 3.

España en la coyuntura del momento, al contar el país luso con una mayor libertad política.

El problema lo centra *La Discusión*, en esta ocasión, en la extrema centralización que a su juicio sufrían las diferentes provincias españolas, que por tradición y por realidad social y económica deberían de contar con diferentes legislaciones que favorecieran sus puntos fuertes en el ámbito de la agricultura, la industria o el comercio, en lugar de mantenerse dentro de un sistema centralizado no por los intereses generales, que existían, sino por unos intereses oligárquicos. La propuesta iberista de *La Discusión* entra ya de lleno en el cuestionamiento de un *establishment* dado, que regía en España en perjuicio de una libertad real, auténtica, la cual permitiría atraer a Portugal a una estructura política común, lo que de lograrse repercutiría de manera positiva en ambos países. Dando por hecho que la unión ibérica no habría de triunfar de un día para otro, *La Discusión* proponía medios para realizarla en el largo plazo, como la mejora de las comunicaciones intrapeninsulares o la liberalización del comercio. El periódico de Nicolás María Rivero, en fin, creía que “la unión ibérica es un efecto natural de una causa, que es la misma de la libertad en su más amplio sentido. [...] ¡Ojalá muy en breve pudiéramos cruzar nuestras banderas ante el ara sacrosanta de la libertad!”⁹⁷⁰. Según este razonamiento era precisamente obligación de los iberistas luchar por la consecución de un sistema verdaderamente liberal si pretendían llevar a buen puerto sus proyectos de unión hispano-portuguesa. Es este el principal aporte de *La Discusión* al proyecto iberista, el plantear la existencia de una futura Iberia antes como consecuencia de la aplicación de políticas democráticas en suelo español.

En diciembre de 1864, en medio de la crisis política que progresivamente iba minando la monarquía de Isabel II y que desembocaría en la revolución de 1868, Ángel Fernández de los Ríos funda *La Soberanía Nacional*⁹⁷¹. Este diario vespertino, órgano oficial del partido progresista y al servicio de Olózaga (Seoane, 1983: 257), vería la luz hasta el 22 de junio de 1866, día en que fue cerrado mientras se sublevaban los oficiales del cuartel de San Gil. Su director fue condenado a muerte, por lo que se exilió a París, regresando algunas semanas después, según se puede leer en el catálogo de la Biblioteca

⁹⁷⁰ *La Discusión*, 16-09-1864, p. 1, col. 4.

⁹⁷¹ No confundir con el diario del mismo nombre fundado en 1854 por Sixto Cámara (Seoane, 1983: 257; Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 97).

Nacional. Este diario constituye un ejemplo paradigmático de la simbiosis entre periodismo y política de mediados del siglo XIX, siendo Ángel Fernández de los Ríos uno de los principales representantes de la llamada generación del 68. Técnicamente, *La Soberanía Nacional* no aportó grandes novedades al panorama periodístico existente: se publicaban cuatro páginas a cinco columnas, abriendo con un artículo político que iría seguido de secciones dedicadas a la actualidad extranjera, a las noticias locales, a información de espectáculos y a la bolsa de Madrid. Se incluía también un folletín y la última página se dedicaba a los anuncios comerciales. Los domingos no se editaba, y en su lugar se publicó hasta septiembre de 1865 un semanario del mismo título y con el subtítulo de “Lecturas del hogar”.

Es con fecha de 28 de enero de 1865 cuando se encuentra un primer texto de orientación iberista en las páginas de *La Soberanía Nacional*. Afirma el diario progresista que “la unión peninsular [...] es en el porvenir nuestra única aspiración salvadora”⁹⁷². Para justificar la unión, el diario de Ángel Fernández de los Ríos cita la “lengua, religión y leyes comunes”, así como las historias “idénticas”. Además de razones culturales, se cita la realidad geográfica compartida y los intereses políticos y comerciales, también compartidos a juicio de *La Soberanía Nacional*, que continúa su discurso iberista enumerando personajes históricos de cada país, a quienes asigna una correspondencia equivalente en el país hermano: “Vasco de Gama y Colón, Magallanes y Elcano, don Carlos y don Miguel, doña Isabel II y doña María de la Gloria, no son más que personificaciones, separadas violentamente, de un mismo espíritu nacional”⁹⁷³.

La argumentación utilizada, el hablar de “personificaciones de un mismo espíritu nacional”, encaja perfectamente en la retórica de la época a la hora de tratar estas cuestiones. Se cree en la existencia de un cuerpo social común a toda la península Ibérica, de un pasado compartido y un futuro por compartir. Dicho cuerpo social, representado por un “espíritu” común, habría de superar viejos rencores –se menciona expresamente Aljubarrota– para acometer la unión. Tras este inicio tan enérgico, *La Soberanía Nacional* opta por moderar su discurso y continúa afirmando que lo que buscaba en aquel momento era demandar una mejora de los caminos, los correos y el telégrafo, elementos decisivos para la construcción de un país. Por ejemplo, se queja el diario progresista de que para

⁹⁷² *La Soberanía Nacional*, 28-01-1865, p. 1, col. 2.

⁹⁷³ *Ibíd.*

viajar de Madrid a Lisboa se empleaba más tiempo que el necesario para desplazarse entre la capital española y la francesa, o incluso entre Madrid y Londres. Así, en esta primera manifestación iberista por parte de *La Soberanía Nacional*, se observa una combinación de realismo e idealismo, al presentar la comunidad cultural y la comunidad de intereses que a juicio del diario existía entre España y Portugal como base y al mismo tiempo término de la futura unión. Esta tendría que ser acometida con prudencia y humildad, comenzando por la mejora de las infraestructuras de transporte, medida tan demandada por prácticamente la totalidad de los partidarios de la unión ibérica.

El 16 de marzo de 1865, el ejemplar de *La Discusión* lleva en primera página un artículo titulado “Cuestión ibérica”, en el que el republicano Pablo Nougués⁹⁷⁴ escribe a favor de la unión de Portugal y España abundando en la tendencia general marcada por su periódico: la necesidad de fundar un sistema político liberal-democrático como precondition para el natural desenvolvimiento de los territorios ibéricos. El autor presenta su texto como una respuesta a ciertas voces –no revela cuáles– que habían afirmado “que nadie puede abogar por la unión de España y Portugal sin denunciarse traidor”⁹⁷⁵. Nougués pretende dar la vuelta al argumento y defender que el verdadero pensamiento nacional debía ser la regeneración a través del engrandecimiento ibérico: “No se podrá llamar traidores a los que hermanan como hermanamos nosotros la causa de la unidad ibérica con la causa de la nacionalidad y de la independencia española”⁹⁷⁶. Dicho engrandecimiento, además, no se podría alcanzar por la monarquía, origen para el autor de las diferencias entre España y Portugal, ni por la conspiración, la intriga o la diplomacia, fenómenos cuya naturaleza estaba basada en los intereses o en la fuerza, energías poco o nada indicadas a la hora de construir un edificio constitucional fuerte. Se trataba de arrancar de cuajo un sistema defectuoso para sustituirlo por otro más adecuado a las necesidades ciudadanas:

“Basta considerar que la democracia viene a la historia con una misión sola, con la de realizar, por la absoluta unidad del derecho, la absoluta unidad de los intereses humanos. [...] El día en que la democracia triunfe y asegure su triunfo en una parte de Europa, el protectorado que ejercen unas naciones sobre otras, y la autocracia que ejercen unos gobiernos, principales inconvenientes de la unión, habrán cesado.”⁹⁷⁷

⁹⁷⁴ Redactor de *La Discusión*, que luego lo sería de *La Justicia Social* y dirigiría *La República* (Pérez Roldán, 1999)

⁹⁷⁵ *La Discusión*, 16-03-1865, p. 1, col. 2.

⁹⁷⁶ *La Discusión*, 16-03-1865, p. 1, col. 3.

⁹⁷⁷ *La Discusión*, 16-03-1865, p. 1, col. 4.

Pablo Nogués, al igual que ya había manifestado su periódico en otras ocasiones, cifraba la solución a cualesquiera problemas sociales en la llegada de un determinado sistema político, en este caso el democrático. La teoría portaba un carácter ciertamente totalizador, idealista y utópico, además de que la unión ibérica quedaba en segundo plano y se mostraba otra vez como excusa para exponer propaganda netamente partidista y como consecuencia de un plan más vasto que se basaría en un cambio completo del sistema de organización social y de convivencia en la península Ibérica.

El 17 de mayo de 1865 *La Discusión* publica en su primera página el que posiblemente sea más farragoso de todos los artículos relacionados con el nacionalismo ibérico que hasta ahora se han repasado. Con el título de “España y sus gobiernos” y ocupando prácticamente la totalidad de la primera página, comienza con una definición del concepto de “nacionalidad”, lo que al menos permite intuir una ubicación en unas determinadas coordenadas ideológicas y seguir el rastro de los conceptos utilizados por el periódico demócrata para posicionarse respecto a esta cuestión: “Una civilización es una idea. La idea civilizadora, una y sintética en su concepción más general, se determina en una serie de ideas más circunscritas. Las nacionalidades no son otra cosa que la realización de las grandes ideas civilizadoras”⁹⁷⁸. Siguiendo este razonamiento, el editorial de *La Discusión* sigue la analogía organicista de las nacionalidades al compararlas con cuerpos vivos que, al pretender “apartarse” de la civilización y detener el devenir histórico en el momento en que les conviene, son pisoteadas y pasadas por encima por el resto de agentes sociales. Así perecieron imperios como Grecia y Roma, y del mismo modo lo hizo España, que debido a “sus deshonrosos gobiernos [...] es como un miembro muerto en el organismo de las naciones”⁹⁷⁹. El salto conceptual desde *nacionalidad* a *nación* ya está dado, y además sin la menor dificultad, puesto que *La Discusión* equipara ambos conceptos. Predomina de nuevo en el diario demócrata el argumento de que ha sido la mala administración de los gobiernos la que ha provocado la ruina de España, que ha pasado de liderar al mundo a un lugar de segunda o tercera categoría.

⁹⁷⁸ *La Discusión*, 17-05-1865, p. 1, col. 2.

⁹⁷⁹ *Ibíd.*

En este punto, el texto deriva en una serie de rimbombantes y épicos lamentos por la gloria histórica perdida de una “patria” que “por salvar la civilización cristiana no se desnudó en siete siglos” y más tarde “se arrojó atrevida al mar y dio al antiguo un nuevo mundo”⁹⁸⁰. Así, se encuentra ya una triple equivalencia entre *nacionalidad*, *nación* y *patria*, palabras usadas sin embargo en contextos diferentes: la nacionalidad es un término filosófico, una idea concreta derivada de la Idea civilizatoria, que en su seno puede albergar diversas formas nacionales, o naciones, que son a la civilización como el individuo a la humanidad, componen un tapiz en el devenir histórico. La apelación a la patria incluye ya un tono más sentimental. Tras los suspiros y quejidos por el lamentable estado de la patria, se incide en que “no es a la nación sino a su gobierno a quien debe atribuirse la no merecida postración presente”⁹⁸¹. Nueva e importantísima aparición de una palabra clave, *nación*, que se vuelve a asociar aquí directamente con la persona, el individuo o, más bien, su conjunto, que vive bajo el dominio de un gobierno. La patria, que se relaciona con un sentimiento, una emoción, casi un *pathos*, no está definida por las personas y obviamente por ello no tiene gobierno. Por otro lado, la nacionalidad sería un carácter civilizatorio, el *ethos*, mientras que la nación se refiere a las personas que la componen, un *logos* social que en el caso español estaba bajo la autoridad de una administración improductiva y torpe. El texto, que se dirige continuamente a los que llama partidos reaccionarios, apela a la toma en consideración de un fenómeno notable, un artefacto político que *La Discusión* pretendía esgrimir como solución al estado de decadencia y postración en que se veía ahogada España como nacionalidad, nación y patria:

“Nos referimos al iberismo: a ese elevado pensamiento de dar unidad exterior a dos pueblos hermanos, que viven en un mismo suelo y que tienen una misma nacionalidad, si esta se considera con el criterio de la filosofía de la historia. [...] Sí, ambicionamos mucho; la mayor y más verdadera gloria a que pueden aspirar las naciones.”⁹⁸²

Se contrapone la vitalidad del pueblo, que ha organizado revoluciones y sufrido guerras civiles a lo largo del siglo expresando su energía, con la debilidad de gobiernos “viles” y “cobardes”, símbolo de la decadencia. Surge un discurso que confronta la España real con la España oficial y en el que toma suprema importancia el concepto de “nacionalidad”, a veces identificado con la “nación” como el agregado de los ciudadanos bajo una misma

⁹⁸⁰ *La Discusión*, 17-05-1865, p. 1, col. 3.

⁹⁸¹ *Ibíd.*

⁹⁸² *La Discusión*, 17-05-1865, p. 1, cols. 4 y 5.

administración y entendido también en ocasiones como “pueblo”. Para *La Discusión*, y por extensión para el partido demócrata, la nacionalidad que recuperaría para España la gloria perdida y se habría de expresar con la energía de una ciudadanía joven y lista para nuevas aventuras no era otra que la ibérica, verdadera encarnación de la civilización en el territorio peninsular. Este era el iberismo democrático en España a la altura de la primavera de 1865.

Por otra parte, en 1865 se comprueba cómo las tendencias iberistas de *La Época* siguen enfriadas y son manifiestamente contrarias a la unión ibérica defendida por los partidos “radicales”, como se lee en un artículo de fondo publicado en enero de 1865. En el texto se insiste en que Portugal y España no podrían unirse sino “respetando la monarquía, la dinastía, la independencia de cada nación”, lo cual solo sería posible con una política que “tienda a facilitar las comunicaciones, a armonizar los intereses, a estrechar las distancias entre los dos pueblos hermanos de la Península”⁹⁸³. Las líneas rojas de *La Época* son claras y siguen una directriz rotundamente marcada, que es la del respeto absoluto al trono y a Isabel II.

5.5.6. La propuesta de Fernando Garrido: Iberia frente a Italia

Por aquellas fechas, Fernando Garrido ofrece a los lectores de *La Discusión* una serie de tres artículos, titulados “La unidad italiana y la unidad ibérica”, en la que expone su pensamiento sobre el tema que nos ocupa y traza una serie de ideas sumamente interesantes para analizar y encuadrar el nacionalismo ibérico en su vertiente demócrata. El primer artículo es de base eminentemente teórica. Garrido parte del presupuesto básico de que los partidos que él llama tradicionales y medios (es decir, absolutistas, conservadores y progresistas) niegan el principio de las nacionalidades como forma organizadora. Según el autor, los partidos tradicionales y medios defienden la idea de que por encima de las nacionalidades se encuentran los intereses de Estado, los equilibrios de fuerzas, de poder.

El concepto de “principio de las nacionalidades” utilizado por Garrido se asienta en los ideales democráticos de 1791 –antes que con los de 1789–, momento en el que las

⁹⁸³ *La Época*, 16-03-1865, p. 2, col. 4.

naciones toman conciencia de poder constituirse como soberanas frente al poder de sus monarcas. Se contraponen el derecho humano al “mal llamado derecho *divino*”⁹⁸⁴. Garrido esgrime una teoría que se podría denominar de círculos concéntricos, donde se van superponiendo diferentes estados de autonomía: individuo, municipio, nación y finalmente humanidad, “donde residen el fundamento, la ley y la sanción de todo orden y de toda libertad”⁹⁸⁵. Este es el aparataje teórico de la democracia occidental, como el propio Garrido reconoce. Frente a los ideales de libertad y el orden basados en el derecho y la justicia, a los que aspira el partido democrático, los partidos clásicos oponen la validez de fundar las relaciones internacionales en la fuerza bruta, que hace acto de presencia en escenarios donde la buena fe trata de imponerse. Garrido ilustra su teoría con el ejemplo de Bélgica, nación gobernada por un rey magnánimo que sin embargo se ve obligado a mantener un ejército desproporcionadamente grande y costoso debido a la política imperialista de sus vecinos franceses. El líder demócrata expone como la lucha del siglo la que mantienen la fuerza del derecho contra el derecho de la fuerza.

La justicia, escribe Garrido, “no es realizable sino por la libertad y la federación de todas las naciones de Europa”⁹⁸⁶. Así, liga inseparablemente el principio de las nacionalidades como sujetos soberanos con la autonomía del individuo, ampliando la aplicación de los derechos humanos dentro de un orden democrático no solo a las personas sino a las naciones y, por extensión, a las relaciones entre estas. En el terreno de lo práctico, Garrido demanda un orden internacional “bajo la forma de federación de todas las naciones de Europa, grandes y pequeñas, que garantice por la *unidad* la libertad e independencia de cada una”⁹⁸⁷. Dentro de este marco ideal de las relaciones internacionales se encuadra el nacionalismo ibérico de Garrido, consecuencia lógica de las teorías antes enunciadas:

“Para la democracia, la unión de España y Portugal es un fin; es la parte de un todo; es la realización de un principio de justicia y de amor; unión que se realizará espontáneamente el día que sus principios triunfen en Europa, que hubiera realizado ya si a ello no se opusieran los elementos tradicionales y los ejércitos, que han de desaparecer con la federación de los Estados-Unidos de Europa.”⁹⁸⁸

⁹⁸⁴ *La Discusión*, 25-05-1865, p. 1, col. 2. En cursiva en el original.

⁹⁸⁵ *Ibíd.*

⁹⁸⁶ *La Discusión*, 25-05-1865, p. 1, col. 3.

⁹⁸⁷ *Ibíd.*

⁹⁸⁸ *Ibíd.*

Esta manera de interpretar el mundo, que deriva de forma racional en una defensa de la unión ibérica, se oponía los demás partidos (progresistas incluidos), en la medida en que estos veían la unión de Portugal y España como una necesidad derivada de la configuración geopolítica de la Europa del momento, y no como un fin en sí mismo ni como una cuestión de desarrollo natural de un programa político concreto. Desde el punto de vista de la *realpolitik*, el poderío imperial de Napoleón III y el éxito de la unidad italiana obligaban a Portugal y a España a unirse.

Estas afirmaciones las pretende demostrar Fernando Garrido en su segundo artículo, en el que realiza un análisis sumamente interesante por lo escorado de su mirada. Para el líder demócrata, la unidad italiana fue un éxito aparente pero un fracaso práctico, puesto que la realidad de una Italia unida solo ha sido posible gracias al beneplácito otorgado por las grandes potencias de la época, que habrían estado en disposición de impedir la consolidación de una Italia revolucionaria. Garrido considera que los verdaderos padres de la patria italiana, Mazzini y Garibaldi, han sido desterrados por “elementos conservadores” y “tránsfugas de la revolución”⁹⁸⁹, aquiescentes con la nobleza y con la religión, con los antiguos poderes, con las clases oligárquicas, en fin, que dominaban en lo social. El partido demócrata italiano tuvo fuerza hasta que triunfó la unidad de la patria, uno de sus objetivos principales. Desde entonces Italia se considera a sí misma libre, pese a que según Garrido esto no es más que una ilusión, y por consiguiente los movimientos revolucionarios dejan de contar con apoyos efectivos en la sociedad. Las consecuencias de este proceso las resume el autor en las siguientes líneas:

“La monarquía italiana, considerada bajo el punto de vista del progreso europeo, más que a este, ha servido a la conservación del antiguo régimen, no solo porque disminuye las probabilidades del triunfo de la democracia en Italia, sino porque, como nuevo elemento de fuerza en Europa, obliga fatalmente a sus vecinos a aumentar sus fuerzas respectivas para sostener el equilibrio.”⁹⁹⁰

Esta situación determinaba de manera dramática el destino de la política hispano-portuguesa. Los gobiernos de Madrid veían que perdían el paso frente al poderío del imperio napoleónico y a la aparición de una nueva potencia mediterránea. Según Garrido, el incremento del peso político de los países a su alrededor impulsaba a los “partidos medios” españoles a buscar un reequilibrio del mapa de poder europeo, alzándose en el

⁹⁸⁹ *La Discusión*, 27-05-1865, p. 1, col. 1.

⁹⁹⁰ *Ibíd.*

horizonte como una de las posibles soluciones la unión política con Portugal, que solo serviría para conservar lo ya existente bajo una nueva forma. Garrido asume que una Iberia unida se convertiría efectivamente en una fuerza de primer orden en el viejo continente, tal y como afirmaban prácticamente la totalidad de nacionalistas ibéricos, pero considera un error tener tal objetivo en mente, puesto que las potencias europeas solían convertir su fuerza y sus riquezas en elementos “de opresión” y nunca de justicia, por ejemplo a través de las campañas militares. Una unión ibérica a la italiana, pues, traería consecuencias muy negativas para el movimiento democrático e iría en contra de sus valores más fundamentales, basados en la libertad y en la justicia:

“El actual estado de Europa, después de realizada la unidad italiana, impone a los partidos medios de España y Portugal la necesidad de realizar esta unión, como el medio más eficaz de desarmar la democracia, cuyo programa no solo contiene la unidad ibérica sino la federación ibérica y europea, como garantías de independencia y libertad, que es precisamente lo que no quieren los partidos conservadores.”⁹⁹¹

Tras estas categóricas afirmaciones, Garrido pasa a tratar la influencia que la cancillería británica querría ejercer en el futuro político de la península Ibérica. El autor preveía un pronto derrumbe del imperio francés a causa de una convulsión revolucionaria. Si esto ocurría mientras España y Portugal siguieran separadas y sus partidos conservadores fueran frágiles, como según él lo eran en aquel momento, la revolución se extendería por suelo ibérico, poniendo en peligro “los intereses conservadores que la aristocracia inglesa representa”⁹⁹². De ahí que Garrido diera por hecho un apoyo sincero de Inglaterra a la unión peninsular, entregando incluso Gibraltar como contribución a la consolidación del poder político conservador en la joven Iberia, que actuaría como Estado-tapón ante la eventual revolución en Francia tras la muerte de Napoleón III. La Italia unida también vería con buenos ojos una unión ibérica, en tanto en cuanto serviría de contrapeso ante el imperio francés.

El tercer y último artículo de la serie expone los obstáculos que, según el parecer de Fernando Garrido, deberían superar los conservadores para llevar a buen puerto su idea de implantar una monarquía ibérica en su propio beneficio. El primero era claro, precisamente la existencia de dos monarquías en suelo ibérico, de difícil fusión al tener cada una sus propios intereses. El sacrificio de una de las dos dinastías era una empresa

⁹⁹¹ *La Discusión*, 27-05-1865, p. 1, col. 2.

⁹⁹² *La Discusión*, 27-05-1865, p. 1, col. 3.

fuera del alcance de cualquiera de los partidos políticos del momento, escribe Garrido, porque una vez conseguido el objetivo de derrocar el trono, la coalición antidinástica

“se disolvería desde el momento en que se tratara de reemplazar el poder derrocado, y los vencidos se unirían con unas y otras de las fracciones vencedoras para impedir la constitución del sistema contrario que tuviera más probabilidades de éxito, confiando siempre en que sosteniendo a un poder efímero sería fácil derrocarlo, reemplazándole con el antiguo orden de cosas.”⁹⁹³

Estas líneas resultaron ser finalmente proféticas sobre lo que ocurriría en España pocos años más tarde, tras el triunfo de la Gloriosa. Bajo el punto de vista del autor, la dinastía española era la que más posibilidades tendría de caer ante un golpe de mano de los “partidos medios”, pero su desaparición y la ascensión de los Braganza al trono único de Iberia no supondría una extensión de las libertades portuguesas al conjunto del nuevo Estado, ya que si en Portugal había más libertad que en España no era por la generosidad de la monarquía sino por su debilidad. La consolidación de un solo aparato administrativo en la península Ibérica bajo el gobierno de un poder monárquico supondría el reforzamiento de dicho poder a expensas de las fuerzas políticas más liberales, esto es, las democráticas, y a favor de los conservadores. Así se resume el pensamiento de Garrido, que culmina afirmando lo siguiente:

“[El partido demócrata] quiere la unión de España y Portugal; pero la quiere por la federación ibérica y para la federación europea; no como elemento de conservación de la política internacional que hoy pesa sobre todos los pueblos más o menos directamente, sino como garantía de la libertad de individuos y de pueblos. [...] Todo lo que tiende a dar fuerza y a consolidar los partidos medios, a refundirlos bajo una bandera única, es el mayor mal que le puede suceder a la democracia y a la causa del progreso con ella. [...] La democracia debe preferir el mal presente, contra el que se conjuran tantos enemigos, a los cuales es imposible pueda resistir mucho tiempo, que un paliativo que nos deje el mal en casa y lo perpetúe.”⁹⁹⁴

Esta serie de artículos de Fernando Garrido simboliza un auténtico terremoto teórico-político por todo lo que suponen de contrario a lo establecido dentro del iberismo. Se da la vuelta a ciertos argumentos planteados desde las filas progresistas, sobre todo los relativos a la política exterior, y se acusa a los partidarios de instaurar una monarquía ibérica de partir de un error de base, que llegado el momento de la institución del nuevo Estado supondría un perjuicio para las condiciones de libertad y de justicia en que, según Garrido y los demócratas, debería estar basado cualquier proyecto o decisión política, incluyendo los planes de unión de España y Portugal.

⁹⁹³ *La Discusión*, 02-06-1865, p. 1, col. 3.

⁹⁹⁴ *La Discusión*, 02-06-1865, p. 1, col. 4.

Sin negar el profundo interés que ofrece este planteamiento de Garrido y su interpretación de los planes de unión ibérica, el autor destila cierta obsesión en ver a su partido como víctima propiciatoria de una eventual unificación, descartando de plano una evolución diferente de la que se estaba dando, a su entender, en la Italia unida. La idea central de Fernando Garrido se resume en una proposición: una futura monarquía ibérica serviría únicamente para consolidar los intereses conservadores y al mismo tiempo debilitar a los elementos democráticos y revolucionarios. En el fondo de esta idea se deja traslucir el eterno conflicto del nacionalismo ibérico en la política española. Nunca se trató de un movimiento genuino, sino que siempre se encontraba en la segunda fila de un programa político más amplio, ya fuera este de ámbito nacional o incluso universal, como en el caso de los demócratas más atrevidos. A pesar de su existencia innegable como movimiento ideológico, el nacionalismo ibérico era visto con frecuencia como instrumento de acción política a corto plazo.

5.5.7. El iberismo en fechas previas a la revolución

Las conspiraciones se sucedían, y la influencia de los complots podrían tan pronto venir de Madrid como de Valencia, de La Coruña como de Barcelona. De hecho, la intentona de sublevación militar de Valencia de junio de 1865 tendría que haber estallado al grito de “unión ibérica”, tal y como reflejan algunos periódicos⁹⁹⁵. Utilizar una consigna iberista como forma de desatar una sublevación militar –que finalmente fracasó, pese a la presencia de Prim en la ciudad– habla del predicamento que la idea tenía en una parte del ejército español.

5.5.7.1. *La Época*

También se conspiraba en Italia, si se le da credibilidad a un escrito de *Las Novedades*, reproducido por *La Época*, en el que precisamente se habla de que desde Turín se “agita” la idea de unión ibérica. *Las Novedades*, favorable a una “idea grandiosa, que formará una época inolvidable en nuestra historia y que todos los buenos patricios desean ver pronto realizada”, rechazaba los supuestos planes de colocar en el trono

⁹⁹⁵ *La Soberanía Nacional*, 13-06-1865, p. 1, col. 1 y sig. *La Correspondencia de España*, 13-06-1865, p. 2, col. 2.

español a Tomás de Saboya, duque de Génova. Dichos planes también eran negados por *La Época*, que aportaba un dato interesante al afirmar que ni el duque de Génova ni el rey de Portugal eran candidatos a ocupar un único trono ibérico, sino que el plan era “ceñir la corona a D. Fernando, su padre [del rey de Portugal, Luis I], para que con tiempo pueda prepararse la fusión de los dos pueblos y de las dos coronas”⁹⁹⁶. El diario de Diego Coello, evidentemente, rechaza asimismo esta conspiración y afirma que la unión de Portugal y España era en aquel momento absolutamente imposible.

La polémica continúa días más tarde en las páginas de *La Época*, que publica una columna en la que se especifica la postura concreta del periódico a esas alturas de siglo. Esta columna surge a raíz de un artículo de *Las Novedades* en el que el diario progresista planteaba la posibilidad de fusionar las monarquías portuguesa y española en la figura de un heredero común a ambas coronas. *La Época* rechaza este planteamiento por estimar que el partido progresista pretende ofrecer el trono de España, “dígase de una vez, al Rey D. Fernando, para que recaiga más tarde en su *heredero legal*” [en cursiva en el original]⁹⁹⁷. A continuación argumenta el diario de las élites conservadoras su rechazo de la fusión ibérica en base a dos criterios: el rechazo de la idea en Portugal y la oposición que las potencias europeas plantearían ante cualquier intento de unión. No obstante, se sigue dejando una puerta abierta a la posible unión, al afirmar *La Época* que

“la fusión de las dos naciones ibéricas pudo realizarse un día no lejano por medio de un matrimonio posible y conveniente; podrá verificarse en el porvenir, aprovechando las circunstancias favorables que se presentan para enlazar las familias reinantes; hasta entonces los esfuerzos de ambos gobiernos deben dirigirse a estrechar los vínculos que unen a España y Portugal, a destruir añejas antipatías, a identificar comunes intereses: querer precipitar los acontecimientos es alejar la posibilidad de su realización: la fusión por los medios que se intenta solo nos conduce a la guerra civil.”⁹⁹⁸

Se hallan una vez más en las manifestaciones de *La Época* una postura moderada, prudente, contenida, que sobre todo rechazaba cualquier cambio brusco en el orden social y en el reparto de poder configurado en la España isabelina. En este sentido, la posición del diario de Diego Coello se mantenía firme ante cualquier nueva noticia relacionada con los proyectos de unión ibérica.

⁹⁹⁶ *La Época*, 14-07-1865, p. 3, col. 1.

⁹⁹⁷ *La Época*, 17-07-1865, p. 2, col. 4.

⁹⁹⁸ *Ibíd.*

El iberismo se convierte en ocasiones en arma de combate de política interior. Desde las páginas de *La Época* se acusa a los progresistas de “fanatizar” a España con la idea de la fusión ibérica, idea que para el redactor es “tan bella y fascinadora como, desdichadamente hoy, irrealizable e imposible”⁹⁹⁹. El pesimismo del redactor de *La Época* respecto a las posibilidades de realización de la idea ibérica procedía de fuentes que ya se conocen: la antipatía histórica entre las dos grandes naciones peninsulares, la oposición que mostrarían las cancillerías europeas y el riesgo de que poner en marcha el proyecto de unión desencadenara una guerra civil¹⁰⁰⁰. Semanas antes, y comentando un artículo de *La Armonía*, periódico de Turín, desde *La Época* se insistía en marcar distancias con los grupos más escorados a la izquierda del espectro político español, afirmando que “los sueños serán siempre sueños y la experiencia ha demostrado que la unión ibérica en la forma anunciada por los revolucionarios es el más irrealizable de todos los sueños”¹⁰⁰¹. Es importante prestar atención al matiz del rechazo a la unión tal y como estaba planteada desde las filas revolucionarias. *La Época* nunca va a renunciar al acercamiento progresivo en lo económico, en lo comercial, en lo administrativo, sino que simplemente va a poner por delante la defensa de Isabel II, quien a esas alturas de siglo ya veía en la oposición una amenaza real a su permanencia en el trono. Los cambios de actitud de *La Época* ante la cuestión ibérica molestaban a algunos de sus colegas, como *La Soberanía Nacional* de Fernández de los Ríos, diario que reprende a los conservadores por variar su postura según soplara el viento político¹⁰⁰².

Joan Mañé y Flaquer, escritor catalán ya mencionado en páginas anteriores, es el autor de un artículo titulado “La unión ibérica”, publicado en el *Diario de Barcelona* y reproducido en su totalidad en la primera página de *La Época* con fecha de 16 de agosto de 1865. Al no incluir comentario alguno, se puede inferir que el diario de Diego Coello apoyaba la argumentación del escritor catalán, ya que además sus tesis coinciden en lo general con aquello que manifestaba *La Época* respecto a la cuestión ibérica. Mañé y Flaquer comienza atacando frontalmente al iberismo. “La idea de formar una sola monarquía que comprendiese los dos reinos en que está dividida la península ibérica” le parecía a nuestro autor “una idea desgraciada”, “irrealizable” y “fatal para ambos

⁹⁹⁹ *La Época*, 01-08-1865, p. 1, col. 2.

¹⁰⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁰⁰¹ *La Época*, 19-05-1865, p. 3, col. 2.

¹⁰⁰² *La Soberanía Nacional*, 20-05-1865, p. 2, col. 3; *La Soberanía Nacional*, 21-06-1865, p. 1, col. 3

pueblos”, que revivirían “las luchas sangrientas que en otro tiempo fueron una verdadera calamidad para las dos naciones”¹⁰⁰³. El escritor de Torredembarra centra a continuación su embestida en el diario progresista *Las Novedades*, uno de los grandes promotores de la idea, a quien acusa de aceptar una revolución a cambio de la unión ibérica, además de querer colocar en el trono de España a un “Rey de partido”, refiriéndose a Fernando de Sajonia-Coburgo. Estas ideas le repugnan a Mañé y Flaquer, que carga contra quienes proclaman la voluntad nacional como elemento legitimador de los gobiernos, ya que a la voluntad nacional “es preciso dejarla en completa libertad para manifestarse; y esa libertad no existe, esa libertad es escarnecida cuando a la voluntad nacional se sustituye la voluntad de los maese Pedro de una farsa preparada de antemano en el Gabinete de los conspiradores”¹⁰⁰⁴.

El autor plantea una hoja de ruta a seguir por aquellos que crean “de buena fe en los derechos de la voluntad nacional”, quienes habrían de elegir entre monarquía electiva, monarquía hereditaria y república. Dice Mañé y Flaquer que “si se obrara con esa lealtad, con esa libertad y con esa consecuencia [...] ¿están seguros los iberistas de que saldría triunfante de las urnas su gran idea? Lo dudamos”¹⁰⁰⁵. Así, el escritor y periodista catalán no creía que efectivamente hubiera un movimiento nacionalista ibérico popular, sino que la idea era simplemente agitada desde ciertos rincones ideológicos en su propio beneficio. Mañé y Flaquer piensa que el progresismo alza la defensa de la unión ibérica como medio para deshacerse de Isabel II y construir una administración a su medida, aun a costa de conspiraciones, revoluciones, violencia y guerra civil. De ahí que desde el campo conservador se rechace frontalmente una idea que asimismo, desde su punto de vista, no haría sino traer desgracias a españoles y portugueses.

En enero de 1866 se hallarán en *La Época* dos escritos sobre la cuestión ibérica publicados en días consecutivos. En el primero de ellos, tomado de *La Reforma*, que a su vez lo tomaba del *Diario de Barcelona*, se insiste en la distancia que separa a España y Portugal pese a la cercanía física. El desconocimiento mutuo, el enfrentamiento y el rechazo es lo que ha dominado históricamente las relaciones entre ambos países, lo cual evidentemente no hablaba en favor de nacionalismos centrípetos. El redactor del *Diario*

¹⁰⁰³ *La Época*, 16-08-1865, p. 1, col. 5.

¹⁰⁰⁴ *La Época*, 16-08-1865, p. 1, col. 6.

¹⁰⁰⁵ *Ibíd.*

de Barcelona ridiculizaba la idea, afirmando que solo la defendían en Portugal “algunos individuos de la clase media que se tenían por ilustrados, entre los cuales se contaban escritores agraviados, poetas resentidos, estudiantes reprobados, cesantes sin favor, empleados postergados, etc.”¹⁰⁰⁶, que todos juntos constituían una minoría intrascendente. Además de esto, Portugal había abandonado el camino de la revolución y había consolidado un sistema político estable que todavía haría más difícil el cambiar la voluntad de su pueblo para unirse a una España en crisis.

Según se manifestaba en dicho texto, la unión ibérica, si algún día llegaba, tendría que dirigirse desde arriba: “Mientras que la fusión de las dos familias no se verifique de una manera natural y en el interés de ambas dinastías, Portugal no puede ser sino independiente o conquistado”¹⁰⁰⁷. En la misma dirección se mueve el artículo publicado al día siguiente, reproducción de un texto de *El Eco del País*, que afirma que “los portugueses nos miran con cierta compasión” debido a la inestabilidad política del país. En este artículo se utiliza la ironía para desprestigiar a los “vanidosos anexionistas” españoles, que “no piensan ya anexionar Portugal a España, creyendo que harían un gran favor a los portugueses. Estos creen, por el contrario, que nos dispensarían una merced señaladísima anexionado España a Portugal”¹⁰⁰⁸. De nuevo se comprueba cómo la cuestión ibérica se utiliza como arma de política interior, que sirve a los conservadores para tratar de desprestigiar a los progresistas, a quienes trata de fatuos e idealistas, al pensar que Portugal renunciaría a sus glorias históricas y a su independencia nacional – basada en gran parte en la afirmación del país por oposición a España– por unirse a un Estado que atravesaba uno de sus peores trances históricos, con la monarquía borbónica en entredicho.

5.5.7.2. La Soberanía Nacional y La Correspondencia de España

En el invierno de 1865-66, desde la prensa del partido progresista se sigue creyendo firmemente en la posibilidad de la unión ibérica. Ante quienes calificaban la idea de utópica, afirma *La Soberanía Nacional* que también aparecía así la unidad de Italia y se llevó a cabo. Afirma el diario de Ángel Fernández de los Ríos a este respecto,

¹⁰⁰⁶ *La Época*, 23-01-1866, p. 2, col. 6.

¹⁰⁰⁷ *La Época*, 23-01-1866, p. 3, col. 1.

¹⁰⁰⁸ *La Época*, 24-01-1866, p. 2, col. 6.

cargado de humildad, que “todo lo puede la severidad, la constancia, el trabajo y el buen ejemplo”¹⁰⁰⁹. También recuerda *La Soberanía Nacional* a uno de sus colegas, *El Diario Español*, la “brava campaña que sostuvo el año 53 en defensa de la unión ibérica”¹⁰¹⁰, como muestra de que sus opiniones habían cambiado a lo largo de los años, tras recibir el diario de Ángel Fernández de los Ríos acusaciones de cambiar sus criterios a cuenta de una polémica sobre la necesidad de enviar más tropas a pelear en la guerra del Pacífico.

La ambigüedad que manifestaba el conservadurismo ante los proyectos de unión ibérica se refleja a la perfección en un artículo publicado en 1865 por Luis García de Luna en la revista cultural *Escenas contemporáneas*. El escritor traza una breve biografía del príncipe Alfonso de Borbón, quien habría de convertirse en Alfonso XII, en la que dedica unas líneas a los planes iberistas. Estos habían sido diseñados por los progresistas, “partido que atentó a la prosperidad de España y al esplendor del trono” al proponer el matrimonio entre doña Isabel y don Pedro¹⁰¹¹. La unión ibérica no podía realizarse en aquel momento debido a “problemas políticos que todavía no han sido resueltos”¹⁰¹². Tras esta primera aproximación netamente negativa a la cuestión, el autor cierra el párrafo hablando de que “la suspirada unión de estos pueblos hermanos” tendría que llevarse a cabo “con lazos mucho más fuertes que los del interés y la conquista”¹⁰¹³. Así, una de cal y una de arena en la representación del iberismo por parte de cierta prensa y de ciertos escritores conservadores, que avivaba en el público la idea de Portugal como un país cercano, pero manteniendo bien marcada la separación y el rechazo a los planes supuestamente urdidos por el progresismo.

A principios de 1866, *La Correspondencia de España* se hace eco de ciertas manifestaciones emitidas en sede parlamentaria portuguesa que rechazaban los planes de unión ibérica, citando nombres de diputados como los de Silveira da Motta, Santana de Vasconcellos o Mendes Leal¹⁰¹⁴. De nuevo, pese a no posicionarse de manera directa, se observa una tendencia clara en el diario de Santa Ana, la de un rechazo soterrado del iberismo. Igual que sus colegas partidarios de la unión con Portugal traían a la luz pública

¹⁰⁰⁹ *La Soberanía Nacional*, 30-12-1865, p. 2, col. 2.

¹⁰¹⁰ *La Soberanía Nacional*, 30-12-1865, p. 2, col. 2.

¹⁰¹¹ *Escenas contemporáneas*, 1865, tomo I, p. 229.

¹⁰¹² *Ibíd.*

¹⁰¹³ *Ibíd.*

¹⁰¹⁴ *La Correspondencia de España*, 13-01-1866, p. 1, col. 3.

nombres y apellidos de diputados portugueses de tendencia iberista, *La Correspondencia de España* hacía lo propio con quienes se oponían a los planes de unión. Esto no será siempre así: en una carta firmada por el corresponsal lisboeta de *La Correspondencia* y publicada en el diario del 12 de mayo de 1866 se afirmaba que la mayoría de diputados portugueses rechazaban “toda idea de fusión”¹⁰¹⁵, mientras otros, sin embargo, habían “manifestado ciertas ideas políticas relativamente a la unión ibérica y a la conducta observada con los emigrados españoles, ideas que han causado general extrañeza”¹⁰¹⁶, dando a entender que existía también en Portugal tendencia iberista. En este punto, el diario de Santa Ana cede en su rechazo sordo de los planes iberistas y acepta la existencia de al menos un grupúsculo político en Portugal defensor de la unión con España, haciendo así gala de honestidad e independencia periodística. Esta carta tuvo cierta repercusión en los mentideros madrileños, siendo por ejemplo *La Época* uno de los periódicos que expresaron su opinión al respecto, manifestando su preocupación por una posible expansión del iberismo en Portugal, circunstancia que apuntaría directamente al trono isabelino¹⁰¹⁷.

Durante la primavera de 1866 se suceden las conspiraciones e intrigas en Madrid, son conjuras que preparaban la sublevación del cuartel de San Gil y establecían al mismo tiempo el inicio de la cuenta atrás revolucionaria. Es precisamente por esas fechas cuando se encuentran en las páginas de *La Soberanía Nacional* una mayor concentración de textos en defensa de la unión ibérica. Entre el 7 de mayo y el 12 de junio de 1866 se publican siete artículos de cierta extensión, incluyendo uno firmado por Castelar, que se encargan de marcar la postura del periódico de Ángel Fernández de los Ríos, y por extensión, de una fracción importante del partido progresista, respecto a la cuestión. Varios de estos artículos van a llevar un mismo título, “Unión peninsular”, que no deja lugar a dudas sobre su objetivo: la difusión de propaganda nacionalista ibérica. El primero de los textos constituye una crítica intensamente hostil de los miembros de la unión liberal que en el pasado apoyaron los proyectos iberistas, al estimar que dicho apoyo fue falso y simulado, basado únicamente en la búsqueda de beneficios personales o políticos¹⁰¹⁸. Esta afirmación se demostraba, según *La Soberanía Nacional*, por la inacción de los gobiernos

¹⁰¹⁵ *La Correspondencia de España*, 12-05-1866, p. 1, col. 3.

¹⁰¹⁶ *Ibíd.*

¹⁰¹⁷ *La Época*, 11-05-1866, p. 2, col. 4.

¹⁰¹⁸ *La Soberanía Nacional*, 07-05-1866, p. 2, col. 1.

de O'Donnell respecto a Portugal: no habían existido avances en cuanto al ferrocarril Madrid-Lisboa, a la navegación del Duero o a la unión aduanera. Ante una realidad enquistada, el diario progresista apela a la voluntad de los pueblos y se mira en el espejo de Italia y Alemania¹⁰¹⁹, mientras enumera los condicionantes que hacían de la unión peninsular algo natural:

“¿Y cómo no ha de estar en la conciencia de todos los habitantes del suelo ibero, el anhelo de que las quinas lusitanas formen un solo escudo con los leones de Castilla al contemplar esas costas ceñidas por unos mismos mares, esas campiñas regadas por unos mismos ríos; esa identidad de idioma, de religión, de carácter, de costumbres? ¿Cómo no ha de ansiarse esta unión, recordando nuestro glorioso pasado, estudiando nuestro triste presente, meditando en nuestro grandioso porvenir?”¹⁰²⁰

Se repasa una vez más el argumentario clásico del iberismo, las razones por las cuales importantes pensadores del momento consideraron que España y Portugal estaban predestinados a la unificación, a representar un papel común en el porvenir del mundo. Un conjunto político ibérico que estaría aglutinado desde los elementos primordiales, tierra y mar compartidos, hasta continuar por las invenciones y convenciones de los hombres, como la “identidad” cultural de la que habla *La Soberanía Nacional*. También unían a Portugal y España, desde esta cosmovisión, las glorias históricas de los pasados siglos, que habrían de repetirse tras la construcción de la nueva nación y que la librarían de injerencias extranjeras por dos razones fundamentales: además de la fuerza intrínseca de una Iberia unida, se dispondría de una defensa militar casi inexpugnable gracias a la geografía peninsular. Este artículo, como se menciona más arriba, suma a su defensa de la unión ibérica una fuerte crítica contra el gobierno de la Unión Liberal, y cierra su argumentación atacando precisamente a la administración O'Donnell, acusada de “retraimiento” y de irresponsabilidad para con las generaciones futuras¹⁰²¹.

Ante la repercusión del mencionado artículo en el conjunto de la opinión pública, en los mentideros políticos y en otros periódicos —como por ejemplo en *La Correspondencia de España*, que lo mencionó¹⁰²²—, el diario *La Democracia* sale en defensa de su colega, realizando a su vez una apelación patriótica a favor de la unión de España y Portugal. *La Soberanía Nacional* agradece el apoyo del diario de Castelar y

¹⁰¹⁹ *La Soberanía Nacional*, 07-05-1866, p. 2, col. 2.

¹⁰²⁰ *Ibíd.*

¹⁰²¹ *La Soberanía Nacional*, 07-05-1866, p. 2, col. 3.

¹⁰²² *La Correspondencia de España*, 09-05-1866, p. 2, col. 4.

manifiesta su fidelidad al proyecto de fusión: “Nosotros no volvemos a abogar por la idea ibérica: desde que tenemos la pluma en la mano no hemos dejado de trabajar en pro de ella”¹⁰²³. El iberismo daba la impresión de resurgir y tomar fuerzas de nuevo en las semanas previas al decisivo levantamiento del cuartel de San Gil.

El segundo de los artículos publicados por *La Soberanía Nacional* en esta primavera del 66 con el título de “Unión peninsular” consiste en una contrarréplica a las respuestas que ante su primer artículo habían formulado algunos periódicos ministeriales. El diario de Ángel Fernández de los Ríos vuelve a afear a sus colegas su cambio de postura respecto a los proyectos de unión ibérica, que tanto predicamento habían tenido en torno a la Vicalvarada. El diario progresista tilda este comportamiento de “repugnante” y habla de “cinismo” y “apostasía” de una idea patriótica¹⁰²⁴. Además, recuerda las fechas clave que, a su juicio, habían ido jalonando desde principios de siglo las intentonas iberistas. Refiere *La Soberanía Nacional* encuentros diplomáticos a tres bandas en Londres, bajo responsabilidad de Joaquín Francisco Campuzano, que trataron las posibilidades de unión ya en 1818, afirmando incluso que la idea llegó a oídos de Fernando VII. Se citan también los nombres de Flórez Estrada, Díaz Morales y Andrés Borrego como conspicuos iberistas de la década de 1820, recordando su embajada a Pedro I de Brasil. Se pregunta *La Soberanía Nacional* lo siguiente:

“¿Quién no recuerda el calor con que antes de la revolución del 54 se agitaba la cuestión de la unión ibérica? [...] ¿Quién no ha tenido ocasión de observar que, para honra de todos los partidos y de casi todas las fracciones políticas, en todas ha tenido el iberismo entusiastas colaboradores? ¿Sería preciso recordarlo? ¿Sería preciso citar nombres? [...] ¿De qué manera, pues, habremos de explicarnos que, habiendo lanzado un periódico la especie de que la unión ibérica es una idea de progresistas y demócratas, esos periódicos y esos hombres, paladines del iberismo, callen aún, como vienen callando desde que están en el poder, y nos dejen a nosotros la tarea de protestar contra esta mal intencionada aserción?”¹⁰²⁵

Así, el diario progresista intenta presentar el iberismo como una ideología digna de las más altas mentes políticas y del mayor patriotismo, extendida por todo el arco político y que había sido defendida desde muy diferentes atalayas ideológicas. *La Soberanía Nacional* se lamenta y clama contra lo que considera un uso interesado de los proyectos iberistas como herramienta de promoción política, utilizada en un momento concreto por mero cálculo y posteriormente desechada.

¹⁰²³ *La Soberanía Nacional*, 09-05-1866, p. 2, col. 5.

¹⁰²⁴ *La Soberanía Nacional*, 12-05-1866, p. 2, col. 1.

¹⁰²⁵ *La Soberanía Nacional*, 12-05-1866, p. 2, col. 2.

El diario de Ángel Fernández de los Ríos habla de la “cruzada ibérica” de los años 1852, 53 y 54 y exige a quienes por entonces patrocinaron la unión de Portugal y España que definieran sus posiciones también en aquel momento, en 1866, “a fin de que no se confunda a los antiguos y falsos partidarios de la unión ibérica, con los que, fijos e inmutables en sus opiniones, consideran la reunión de España y Portugal como un pensamiento más alto que los intereses de todos los partidos”¹⁰²⁶. Se trata de una evaluación certera de la situación en torno al nacionalismo ibérico en los meses previos a la revolución de septiembre. Las quejas y acusaciones de *La Soberanía Nacional* tienen una correspondencia real, ya que la idea de la unión de España y Portugal había sido promocionada y defendida desde tribunas de muy diferente orientación ideológica, como mayor o menor interés, mayor o menor agudeza, pero de forma continuada, como se viene demostrando en esta investigación. El artículo, que también ofrece una cita de Espronceda en la que el genial poeta defiende la unión, finaliza con una autoafirmación nacionalista ibérica por parte del diario progresista, al afirmar que desde su redacción no iban a dejar de “sostener más alta que todas las calumnias esa bandera destinada a levantarse gloriosa sobre las borradas fronteras de España y Portugal, para constituir lo que Dios dispuso, un pueblo hermano; lo que la política exige, una gran nación”¹⁰²⁷.

En medio de este clima de reprimendas y acusaciones cruzadas, *La Soberanía Nacional* se hace eco de unas líneas publicadas por otro periódico, cuyo nombre no cita, en las que se previene sobre las posibles derivaciones de carácter iberista que pudiera tener el matrimonio de Luis I de Portugal con María Pía de Saboya, representante de la casa real que encarnó la unidad de Italia. El periódico de Ángel Fernández de los Ríos reacciona ante estas “indicaciones bien poco benévolas” y “ofensivas”, que representaban la unión ibérica como una idea peligrosa para el orden establecido, afirmando que las ventajas que reportaría la unión de España y Portugal “están apreciadas y reconocidas; [...] la propaganda está hecha, está a punto de concluir; eso prueba que la unión ibérica puede ser una verdad”¹⁰²⁸. Desde *La Soberanía Nacional* se presenta batalla a quienes trataban de desprestigiar la idea ibérica.

¹⁰²⁶ *Ibíd.*

¹⁰²⁷ *Ibíd.*

¹⁰²⁸ *La Soberanía Nacional*, 14-05-1866, p. 2, col. 1.

Se asiste, pues, en estas fechas de conspiraciones e intrigas a una explosión generalizada de propaganda política en torno a diferentes cuestiones por parte de los periódicos de todas las tendencias, con el objetivo de que las ideas que cada quien defendía partieran desde una posición ventajosa frente a las demás en los posibles escenarios que pudieran derivarse de la revolución que se esperaba, la que finalmente tendría éxito dieciséis meses después. Desde el órgano representante del partido progresista en la prensa, ya fuera por interés o por verdadero convencimiento, no se escatimaban esfuerzos en presentar la unión ibérica como una de sus principales banderas. *La Soberanía Nacional* procura establecer un paralelismo entre unión peninsular y bienestar futuro; se presenta la idea de fusión ibérica como pensamiento nacional destinado al engrandecimiento de España, que sin unirse a Portugal nunca tendría “la prosperidad y la preponderancia de un pueblo compacto, el poder moral y material de una gran nación”¹⁰²⁹. Desde el diario de Ángel Fernández de los Ríos se observa a la península Ibérica como una entidad mutilada en lo político, que debería aspirar a la unificación si verdaderamente quería contar con peso suficiente entre las grandes naciones europeas. Este artículo, que se tituló “Alarmas extrañas”, termina con un propósito por parte de *La Soberanía Nacional*, el de “demostrar a todo el mundo que aquí y allá no hay más que hermanos que desean abrazarse”¹⁰³⁰, empeño a que el periódico progresista se dedicaría durante sus siguientes números, como se verá a continuación¹⁰³¹.

Los tres últimos artículos de los siete que *La Soberanía Nacional* publicó sobre la unión ibérica en las semanas previas a la sublevación del cuartel de San Gil conforman una serie que lleva por título “Unión peninsular”, al igual que dos de los textos que ya se han comentado previamente. Se observa en este sentido un pensamiento fijo en la redacción del diario progresista, un objetivo hacia el cual se dirigieron sus esfuerzos propagandísticos de manera continuada en aquella primavera de 1866. En esta serie se intenta estructurar de manera más sólida lo ya expresado en anteriores textos, y se parte de la enumeración de clásicas reivindicaciones que llevaban años siendo demandadas por los partidarios de la unión ibérica: unión aduanera, libertad de circulación para españoles

¹⁰²⁹ *Ibíd.*

¹⁰³⁰ *La Soberanía Nacional*, 14-05-1866, p. 2, col. 2.

¹⁰³¹ Por entonces se suceden los rumores y *La Soberanía Nacional*, en su número del 28 de mayo de 1866 (página 2, columna 5) se hace eco de una protesta en las cámaras parlamentarias portuguesas sobre las maniobras militares que el ejército español estaba realizando en las cercanías de la frontera con Badajoz. Algunos diputados portugueses achacaron estas operaciones a supuestos planes de unión ibérica, según este diario.

y portugueses “por tierra, ríos y mares de la Península y de Ultramar”, abolición de pasaportes, tratado postal y telegráfico, reciprocidad de títulos académicos que permitiera a los abogados, médicos y profesores ejercer en cualquiera de los dos países, igualdad de pesos, medidas y moneda¹⁰³². Además de estas propuestas clásicas, *La Soberanía Nacional* juega un órdago: “Unificación de los códigos políticos, mercantiles y jurídicos; igualdad y reconocimiento de ciudadanía, de derechos y obligaciones, entre españoles y portugueses y sus gobiernos”¹⁰³³.

Así pues, se plantea todo un programa de equiparación y uniformización legal para terminar con las barreras y obstáculos que se interponían entre la realidad sociopolítica del momento y los deseos unificadores de los iberistas, a quienes daba un altavoz el diario de Ángel Fernández de los Ríos, que además añade propuestas ambiciosas y las esgrime al tiempo como prueba irrefutable de que se rechazaba por completo cualquier veleidad anexionista de carácter violento: “¿No son un absurdo después de eso, los propósitos de supremacía y de conquista, que se han querido atribuir en Portugal a la propaganda peninsular?”¹⁰³⁴. Por otra parte, dichos propósitos de conquista no tendrían sentido puesto que, al menos desde el punto de vista del partido progresista, representado por *La Soberanía Nacional*, el objetivo era implantar en Iberia el sistema de libertades portugués y terminar con “el régimen arbitrario” español.

Una vez expuesto el programa de medidas políticas a implantar para lograr el objetivo, en la lejanía, de la unión ibérica, el diario de Ángel Fernández de los Ríos trata de truncar los argumentos de quienes afirmaban que en Portugal se rechazaba el iberismo, y lo hace recordando el éxito de la célebre *Iberia*, de Sinibaldo de Mas¹⁰³⁵, y enumerando citas de autores como Casal Ribeiro o Henriques Nogueira en las que se manifestaban a favor de la unión de Portugal y España¹⁰³⁶. *La Soberanía Nacional* se centra en destacar este argumento —la receptividad de la idea ibérica en Portugal— en los dos últimos artículos de la serie titulada “Unión peninsular”, dedicados prácticamente en su totalidad a exponer “testimonios irrecusables de cómo se estima en Portugal el pensamiento de la

¹⁰³² *La Soberanía Nacional*, 30-05-1866, p. 2, col. 1.

¹⁰³³ *Ibíd.*

¹⁰³⁴ *Ibíd.*

¹⁰³⁵ *La Soberanía Nacional*, 30-05-1866, p. 2, col. 2.

¹⁰³⁶ *La Soberanía Nacional*, 30-05-1866, p. 2, cols. 3 y 4.

unidad peninsular”¹⁰³⁷. Se citan fragmentos del *Almanaque democrático* de 1851, así como de obras de Lopes de Mendonça, Latino Coelho, António Rodrigues Sampaio o Alfonso de Castro¹⁰³⁸, nombres todos ellos conocidos ya para nosotros. También se hace referencia a manifestaciones iberistas reflejadas en periódicos portugueses, como *Revolução de Setembro*, *O Progresso* u *O Nacional*¹⁰³⁹. Incluso se reproducen fragmentos de periódicos miguelistas, como *A Nação*, que desde una posición contraria a la unión ibérica reconocían la existencia de partidarios de la idea en Portugal¹⁰⁴⁰.

Con esta batería argumentativa pretendía *La Soberanía Nacional* demostrar que la fortaleza del pensamiento iberista no solo estaba en España, sino también en el occidente peninsular: en Portugal “ministros, generales, capitalistas, senadores, diplomáticos, diputados, escritores, ansían, como nosotros, la unidad de la Península”¹⁰⁴¹. El diario de Ángel Fernández de los Ríos intenta de este modo desprestigiar a quienes propagaban en España la idea que el iberismo era rechazado en Portugal, al mostrar que en aquel país eran los absolutistas, “los enemigos de la civilización y del progreso, los partidarios de la ignorancia y del oscurantismo”¹⁰⁴² quienes se oponían a la unión de los dos países. *La Soberanía Nacional* cierra su serie de artículos con una proclama optimista, al considerar que la discusión entre partidarios y detractores del iberismo era una clara muestra de la cercanía del acontecimiento, que sería la “aurora” de Iberia, la constitución de “una unidad rica y poderosa”¹⁰⁴³.

Ya se ha demostrado cómo Emilio Castelar, entre finales de 1859 y principios de 1860, se declaró abiertamente partidario de la unión de Portugal y España, exponiendo sus argumentos en diarios como *La Discusión* o *La América*. Hizo lo propio en *La Soberanía Nacional*, en un extenso artículo titulado “La unión ibérica” que abrió el ejemplar del periódico el 8 de junio de 1866. En este artículo, Castelar realiza una defensa cerrada de la necesidad vital que tenían España y Portugal de constituir una sola nación, con el objetivo revertir la aguda decadencia que sufrían. El origen de esta decadencia lo sitúa Castelar en la dominación de los Habsburgo, dinastía a la que acusa de infligir a

¹⁰³⁷ *La Soberanía Nacional*, 05-06-1866, p. 2, col. 2.

¹⁰³⁸ *La Soberanía Nacional*, 05-06-1866, p. 2, cols. 2-4.

¹⁰³⁹ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 2, cols. 1-3.

¹⁰⁴⁰ *La Soberanía Nacional*, 30-05-1866, p. 2, col. 3.

¹⁰⁴¹ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 2, col. 4.

¹⁰⁴² *Ibíd.*

¹⁰⁴³ *Ibíd.*

España el daño más grave de toda su historia: la puesta en marcha de una política expansionista que se reveló como desastrosa para los intereses del país, culminando con “la pérdida de Gibraltar y la desmembración de Portugal”¹⁰⁴⁴. En este sentido, el político gaditano juzga como clave el recuerdo que se tenía en Portugal de la dominación filipina, que se constituía en el presente como “el mayor obstáculo para que podamos hoy vivir unidos bajo el blando cetro de la libertad”¹⁰⁴⁵. El análisis histórico de Castelar encierra una afirmación diáfana de la diversidad de los pueblos de la península Ibérica. Ante la perversa administración de un poder absoluto, se pregunta Castelar,

“¿qué habían de hacer [los portugueses]? Lo que hicieron los castellanos con Padilla, los aragoneses con Lanuza, los italianos con Masaniello, los holandeses con Guillermo de Orange, los valencianos con Juan Lorenzo, los andaluces con sus caudillos de las Alpujarras, los catalanes con sus héroes de la guerra que tan admirablemente escribió Melo: protestar contra aquel bárbaro despotismo que a un tiempo oprimía y deshonoraba a los pueblos.”¹⁰⁴⁶

La revuelta violenta se justifica siempre que ondee los valores de la libertad contra un gobierno injusto y tirano. Tal sucedió en las Españas durante la dominación de los Habsburgo y de dichas revueltas se enorgullecía también el Estado liberal al celebrar a Padilla, como recordaba Castelar. Sin embargo, no había que confundir la existencia de diferentes pueblos o sensibilidades populares en la península Ibérica con la prevalencia que habría de tener la libertad política en un territorio unido; a dichos pueblos ibéricos “los reúnen los derechos de una misma libertad, la vida de una misma nación, los intereses de una misma causa, los espacios de un mismo cielo y de una misma tierra”¹⁰⁴⁷. Castelar presenta la unión ibérica en términos de todo o nada: Portugal y España por separado no son más que naciones decadentes, mientras que unidas conformarían “el más bello de los espectáculos que jamás pudo ofrecer el siglo décimo-nono”¹⁰⁴⁸, manteniendo cada Estado su propia autonomía política pero actuando de cara al exterior como una unidad.

A la reunión de España y Portugal debía contribuir no solo el espíritu de la libertad, sino también el espíritu de la época, que impulsaba la creación de grandes unidades nacionales. En este punto es muy significativo que Castelar cite a Estados Unidos como ejemplo a seguir¹⁰⁴⁹, ya que la unidad de aquel país era un modelo que los

¹⁰⁴⁴ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 1.

¹⁰⁴⁵ *Ibíd.*

¹⁰⁴⁶ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 2.

¹⁰⁴⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁴⁸ *Ibíd.*

¹⁰⁴⁹ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 2.

nacionalistas ibéricos rara vez utilizaban. El republicanismo militante de Emilio Castelar hace que el ejemplo estadounidense “por la libertad del esclavo y por la unidad de la patria” sea particularmente halagado por él. También refiere el político gaditano la tendencia a la unidad que, según él, existía en las repúblicas hispanoamericanas. Volviendo la mirada a Europa, cita el autor los ejemplos de Grecia, Suiza, Alemania, Polonia e Italia, resaltando además el papel que las invenciones de la primera revolución industrial desempeñaron en el progresivo empequeñecimiento del mundo y la confusión de las fronteras, cada vez más borrosas. Castelar, en este punto, ejerce de profeta:

“Las fronteras se borran; las diferencias de razas se acaban; el comercio, auxiliado por la telegrafía y el vapor, confunde unos pueblos con otros, y en esta grande elaboración del espíritu moderno, se constituyen fuertemente las unidades inferiores, la unidad de las nacionalidades, para formar esa gran suma que se ha de llamar en lo porvenir la confederación libre de los Estados-Unidos de Europa.”¹⁰⁵⁰

El pensamiento de Castelar enlaza con el de aquellos que pronosticaban la llegada de una unidad política europea; añadiendo además algunos que en dicho marco se habría de integrar un único Estado ibérico. La continuidad histórica, la conexión íntima entre los acontecimientos decisivos del pasado que muchos teóricos de la unión ibérica presentaban como hecho innegable y al tiempo probatorio de la validez de su idea, es esgrimida por Castelar en clave europea, incluyendo a España y Portugal. Ante el engrandecimiento de Italia, Francia (con las provincias del Rin) y Alemania, era “necesario” e “indispensable” que la península Ibérica se reuniera en un solo Estado:

“Nuestro espíritu es uno, la misma sangre corre por nuestras venas; los ríos que en España nacen van a morir en Portugal; los trabajos que hemos empleado por la independencia y por la libertad son análogos; los grandes movimientos de la civilización tienen un sincronismo maravilloso en una y otra nación; reunámonos bajo una misma bandera, en una sola nacionalidad, y habremos realizado el testamento de nuestros padres, y seremos contados mañana como la generación predilecta de la patria.”¹⁰⁵¹

La visión de Castelar respecto a la unión ibérica es clara. El pensador observa la necesidad de que España y Portugal constituyeran una sola entidad política, con “una misma bandera” y “una sola nacionalidad”. En oposición a las fuerzas absolutistas, Castelar apoya un sistema confederal¹⁰⁵², reconociendo la diversidad política de los pueblos peninsulares pero afirmando su voluntad de agruparlos dentro de un mismo sistema de

¹⁰⁵⁰ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 3.

¹⁰⁵¹ *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 5.

¹⁰⁵² *La Soberanía Nacional*, 08-06-1866, p. 1, col. 2.

libertades, generador de legitimidad y justicia frente al modelo monárquico. El lema del orador republicano es evidente, la unión hace la fuerza, y la unión haría por sí misma que España y Portugal se transformaran de dos países en decadencia a una potencia europea de primer orden. El espíritu de la época, además, animaba a ello y se establecía como un argumento de valor que predecía además los tiempos de la globalización y un destino común europeo en lo político.

5.5.7.3. *La Democracia*

Como todo hombre público destacado del siglo XIX español, Emilio Castelar tuvo una importante presencia en la prensa y llegó a dirigir un periódico que le sirvió de correa transmisora de su doctrina política. El célebre orador republicano, tras su etapa como redactor de *La Soberanía Nacional* y de *La Discusión*, puso en circulación *La Democracia* el 1 de enero de 1864. Este diario sería el portavoz de la corriente republicana individualista defendida por su director hasta su desaparición en julio de 1866, afectado por el cierre de periódicos decretado por el gobierno tras la sublevación del cuartel de San Gil. A lo largo de su corta pero intensa existencia, *La Democracia* polemizó en sus páginas con sus adversarios ideológicos sobre todo tipo de cuestiones, desde los problemas de la hacienda pública hasta el papel que debería representar la Iglesia en la sociedad del momento, pasando por la abolición de la esclavitud, tema candente entonces a causa de la guerra civil estadounidense.

Asimismo, las luchas internas del partido democrático se reprodujeron en las páginas de *La Democracia*, representante de la tendencia individualista y directamente enfrentado con el pimargalliano *La Discusión*, escorado hacia el socialismo (Seoane, 1983: 251-252). De este modo, siendo un periódico eminentemente centrado en influir sobre la política interior española, y además de corta vida, tratará la cuestión ibérica en muy pocas ocasiones. El análisis de dos textos referidos a la cuestión resulta, sin embargo, de gran interés para conocer el posicionamiento del partido democrático respecto a los proyectos de unión hispano-portuguesa a la altura de 1866.

El primero de los dos artículos que *La Democracia* dedica en sus páginas a la cuestión ibérica ocupa dos columnas de su primera página del 29 de diciembre de 1865. El inicio del texto no deja lugar a dudas sobre la orientación de este periódico: “Si hay

aspiración noble, aspiración generosa; si hay idea que pueda tocar en lo más íntimo de nuestro corazón como españoles; si hay trabajo digno de una generación afortunada, es la unión de España y Portugal”¹⁰⁵³. Tras esta declaración de intenciones, el redactor de *La Democracia* completa un interesante recorrido histórico en el que se esgrimen los acontecimientos compartidos en el pasado como elementos constitutivos de una nación. Para el autor, de hecho, “estas dos naciones que habían sido una sola bajo el yugo romano, y bajo la dominación visigoda, se separaron en aquel grande fraccionamiento que trajo naturalmente a España como a toda la Europa occidental la irrupción del feudalismo”¹⁰⁵⁴. Se trata de una interpretación nacionalista de la historia, en base a la cual tanto romanos como visigodos fueron pueblos extranjeros que sometieron a la nación que en aquel momento estaba ya constituida en el territorio ibérico, según se deduce de las líneas citadas.

El origen nacional común de Portugal y España se vio alterado a lo largo de la historia por “el error de aquel rey que no queremos nombrar, el error de dividir España y Portugal entre sus hijas”¹⁰⁵⁵, que hizo germinar en el reino del oeste peninsular un sentimiento de independencia posteriormente avivado por la “feroz política” de los Austrias. Sin embargo, el autor mantiene que “si se examina la historia se verá que, unidos o separados, siempre ha sido uno el espíritu de España y Portugal; uno su carácter, una su vida”¹⁰⁵⁶. Así, se traza una línea de historia compartida desde tiempos de celtas e iberos hasta la época del liberalismo, pasando por la reconquista cristiana y los primeros viajes transoceánicos. Según el redactor de *La Democracia*, “lusitano era sin duda el primer héroe que representa ante Roma el principio de nuestra nacionalidad”¹⁰⁵⁷, en referencia a Viriato, caudillo que plantó cara a la expansión de Roma en territorio ibérico a mediados del siglo II a.C.

Se insiste, pues, en una observación de la historia como un escenario teatral en el que las naciones siempre representaron un papel, sin considerar a estas como un producto de la modernidad. De ahí que esté cargada de sentido la pregunta que cierra el recorrido por el pasado compartido, según el autor, de los territorios peninsulares: “¿Quién será

¹⁰⁵³ *La Democracia*, 29-12-1865, p. 1, col. 2.

¹⁰⁵⁴ *Ibíd.*

¹⁰⁵⁵ *Ibíd.*

¹⁰⁵⁶ *Ibíd.*

¹⁰⁵⁷ *Ibíd.*

capaz de desconocer que España y Portugal deben ser una sola nación?”¹⁰⁵⁸. Para el autor del texto, “los caracteres de nación que Portugal tiene” son los mismos que tienen todas las provincias españolas: Navarra, Galicia, las Vascongadas, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, Asturias y Extremadura podrían encontrar en su historia alguna “gran gloria que ofrecer, y a veces una nacionalidad que recordar”¹⁰⁵⁹. Por esta constitución nacional, históricamente diversa, la mejor organización política para la península Ibérica sería, según el redactor de *La Democracia*, “una unión a semejanza de la que existe entre los Estados-Unidos, basada en la descentralización política, en la descentralización económica, en la descentralización administrativa”¹⁰⁶⁰. De este modo, desde *La Democracia* se reclamaba la adopción de un sistema federal de gobierno que facilitara la inclusión de Portugal en una futura república española. Hacia el final del artículo se revela el porqué de la publicación del mismo, insertado un día después del paso por Madrid de los reyes de Portugal, que los republicanos quisieron convertir en un agravio a Isabel II por la nefasta política de sus gobiernos, a quienes consideraban obstáculos para la implantación de un verdadero régimen liberal.

El segundo y último artículo relativo a la cuestión ibérica que *La Democracia* publica en sus páginas es el que, con la firma de Emilio Castelar, se titula precisamente “La unión ibérica” y ocupa prácticamente por completo la primera página del diario con fecha de 7 de junio de 1866. El texto mantiene un tono general en el que se perciben ecos regeneracionistas: Castelar observa la unión de España y Portugal como medio para que la primera recuperara su grandeza perdida, para que diera por terminado el periodo de decadencia en el que se encontraba. El líder republicano achaca al “absolutismo austriaco [...] la pérdida de Gibraltar y la desmembración de Portugal”¹⁰⁶¹, y contrapone a dicho modelo el republicanismo y la democracia: para Castelar, España y Portugal unidas en libertad serían “la gran nacionalidad de Occidente”¹⁰⁶². La unidad ibérica estaría, además, en sintonía con “el gran movimiento hacia la unidad” que se estaba dando en toda Europa y aun en todo el mundo, según el autor. Al igual que en el artículo analizado previamente, se coloca a Estados Unidos como modelo republicano, federal y democrático, y se destaca cómo en territorio europeo –Grecia, Polonia, Italia– existía cierta tendencia a la unidad

¹⁰⁵⁸ *Ibíd.*

¹⁰⁵⁹ *La Democracia*, 29-12-1865, p. 1, col. 3.

¹⁰⁶⁰ *Ibíd.*

¹⁰⁶¹ *La Democracia*, 07-06-1866, p. 1, col. 3.

¹⁰⁶² *La Democracia*, 07-06-1866, p. 1, col. 4.

política, que habría de culminar en “la confederación libre de los Estados-Unidos de Europa”¹⁰⁶³. Se observa cómo el posicionamiento de Castelar respecto a la unión ibérica responde, en definitiva, a una derivación natural de su pensamiento político general más que a un convencimiento activo y profundo en lo referido estrictamente al iberismo.

5.5.7.4. Otras manifestaciones iberistas previas a 1868

A mediados de junio de 1866, con ocasión de un discurso parlamentario del político moderado Antonio de los Ríos Rosas en el que defendía la unión ibérica, *La Discusión* aprovecha para rechazar esa propuesta –que tacha de conservadora y, por ello mismo, irrealizable– y plantear una solución de máximos:

“El Sr. Ríos Rosas no ha pensado en que la unión ibérica no puede hacerse dentro de la legalidad existente. ¿Ignora el Sr. Ríos Rosas que el principio de las federaciones, que ha de ser la base del futuro derecho internacional, está en contradicción con el principio de las nacionalidades, que es la base del derecho internacional de nuestro tiempo? ¿Desea el Sr. Ríos Rosas la unión ibérica? Pues desea una solución revolucionaria. [...] La unión ibérica será posible con otros hombres, con otras ideas, con otro orden de cosas. La unión ibérica podrá realizarla únicamente la revolución, y S.S. no es revolucionario.”¹⁰⁶⁴

El debate entre el principio de las nacionalidades y el principio de las federaciones así entendido, tan complejo y atractivo entonces como ahora, pierde fuerza en el texto al proyectar *La Discusión* el falso dilema “revolución o nada”, donde la revolución es el único método válido para alcanzar la unión de Portugal y España. Ninguna otra vía es posible desde el punto de vista unidireccional y cerrado del partido democrático del momento, que se arroga de este modo la iniciativa única y exclusiva en esta cuestión, despojando a los demás grupos políticos de toda legitimidad al respecto. Evidentemente, así planteado, y pese a su fuerza de sugestión, se trataba de un proyecto destinado al fracaso.

Ante el incremento de los rumores que suponían a Napoleón III tras los planes de unión ibérica y ante el impulso de los movimientos unificadores en Italia y Alemania, *La Época* se ve obligada a expresar una vez más su lealtad a la causa isabelina, y en mayo de 1865 aconseja “más que nunca una política que identifique completamente a nuestra

¹⁰⁶³ *La Democracia*, 07-06-1866, p. 1, col. 5.

¹⁰⁶⁴ *La Discusión*, 15-06-1866, p. 1, col. 5.

dinastía con la nación española”¹⁰⁶⁵. A finales de año, siendo ya el diario conservador propiedad del marqués de Valdeiglesias, se reproduce una vez más un artículo del *Diario de Barcelona* tratando la cuestión ibérica, artículo que a *La Época* le parece “muy sensato y patriótico”¹⁰⁶⁶. El mencionado texto explica la postura de un sector importante del conservadurismo español, que promovía un acercamiento a Portugal pero rechazaba cualquier modificación del orden establecido. El artículo parte de un aserto concreto:

“La base de una fusión es el convencimiento, la armonía y la comunidad de intereses; sin esta circunstancia, necesaria, son meramente ficticias e ilusorias las demás consideraciones que puedan invocarse, y sea cual fuere el pretexto o antifaz que revistan las ideas unitarias, expresarán en el fondo pura violencia, materialismo, coartación, tiranía.”¹⁰⁶⁷

El mensaje que les llega a las elites conservadoras a través de *La Época* quiere hacer olvidar cualquier forma de unión ibérica política e insiste en la conveniencia de tomar medidas dirigidas al acercamiento y la cooperación de ambos países en el terreno económico, potenciando el ferrocarril, favoreciendo la navegación del Tajo y el Duero, llevando a cabo tratados de comercio. Pragmatismo antes que idealismo, pues, sigue siendo el lema de *La Época* a la hora de tratar el asunto. Avanzar por la senda de la unión política sería contraproducente y traería más peligros que ventajas, mientras que “el enlace, la armonía, tal vez la solidaridad de sus intereses morales y económicos es la verdadera unión ibérica que reclama nuestra época y que puede satisfacer a las dos nacionalidades sin menoscabo de sus principios, de sus glorias y de sus tradiciones”¹⁰⁶⁸.

No obstante su oposición frontal a una unión ibérica en lo político que no fuera dirigida desde Madrid, *La España* deja asimismo fuera de dudas su tendencia favorable a la unión ibérica en lo económico. Así se ha comprobado anteriormente y así lo refuerza el artículo comentado a continuación, el último encontrado en *La España*. A primeros de 1867, el diario ultramoderado estima que las relaciones entre las administraciones de Lisboa y Madrid son buenas y cordiales, y allanan el camino para una unión ibérica basada en

“la amistad sincera, la facilidad de comunicaciones, un cambio beneficioso de productos, reformas arancelarias y todo lo que pueda contribuir al bienestar de ambas naciones, [...] su conformidad

¹⁰⁶⁵ *La Época*, 11-05-1866, p. 2, col. 4.

¹⁰⁶⁶ *La Época*, 14-12-1866, p. 1, col. 4.

¹⁰⁶⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁶⁸ *La Época*, 14-12-1866, p. 1, col. 5.

de intereses, el trato frecuente de sus naturales, el aprovechamiento de los gérmenes de vida que encierra su suelo por medio de tratados mercantiles, postales y de propiedad literaria, y el allanamiento de obstáculos que puedan impedir en la frontera el recíproco cambio de productos, solo reportarán beneficios a las dos naciones, contribuyendo a su verdadera unión, a la única posible en el estado de ambos pueblos.”¹⁰⁶⁹

Bajo estas líneas favorables al perfeccionamiento material de los países ibéricos, que habrían de conseguir en colaboración, subyace la demanda de unión aduanera, que aunque no se especifique en este texto se interpreta por las menciones al “cambio beneficioso de productos”, a las “reformas arancelarias”, a los “tratados mercantiles” y al “allanamiento de obstáculos que puedan impedir en la frontera el recíproco cambio de productos”. Estos elementos deberían sostener la que a juicio de *La España* sería la única unión ibérica posible. Queda también claro y rotundamente especificado que, a la altura de enero de 1867 España y Portugal deberían seguir conformando dos naciones separadas, en ningún caso fusionadas políticamente. Los proyectos de unión política vendrían a conseguir en todo caso, según atinado pensamiento de *La España*, un efecto contrario al deseado, es decir, el alejamiento de ambos pueblos debido a los enfrentamientos que determinados órganos de propaganda podrían generar a base de agitar y contraponer sentimientos nacionales.

Sin embargo, *La España* no cierra la puerta de manera definitiva a la unión política en un futuro, lo que termina por confirmar el nervio iberista que esta publicación llevó consigo desde sus inicios. Dice el editorial que “el buen sentido” rechaza los planteamientos de unión, debido a los intereses creados, a las circunstancias de la época y también, sobre todo, debido a los prejuicios y rencores que se arrastraban entre Portugal y España desde hacía siglos, estando por encima de todos ellos el temor portugués a que se repitiera, tarde o temprano, un intento de conquista por parte de España. Descartada esa posibilidad, para el periódico fundado por Pedro Egaña únicamente habría que apostar por la unión material, la unión económica y la unión de intereses para consolidar un sentimiento común que “andando los tiempos, cuando todo lo que hoy existe solo exista en la historia, y nadie lo predique y todos lo deseen, las fronteras de Portugal desaparezcan también en lo político”¹⁰⁷⁰.

¹⁰⁶⁹ *La España*, 24-01-1867, p. 3, col. 1.

¹⁰⁷⁰ *La España*, 24-01-1867, p. 3, col. 2.

El mismo mensaje se repite en *La Época* los meses previos a la Gloriosa, incidiendo en la necesidad de mejorar las infraestructuras comunes y acometer la reforma de las aduanas, además de toda una serie de mejoras en el orden económico y administrativo que llevarían a un incremento del conocimiento mutuo y a una consolidación de la amistad que tendría que reinar indiscutiblemente entre dos pueblos “hermanos”, pero descartando por completo traumas políticos que despertaran conflictos del pasado por los que se había derramado ya demasiada sangre. Con ocasión de un viaje de los reyes de Portugal a Madrid, se lee en *La Época* un artículo en el que se respira un optimismo ante la cuestión desconocido desde hacía años. Para el diario de las élites conservadoras –controlado entonces por la familia Escobar– las preocupaciones y rivalidades que jalonaron las relaciones entre España y Portugal durante siglos iban de a poco desapareciendo, gracias a avances técnicos como la conexión ferroviaria Madrid-Badajoz-Lisboa, en funcionamiento desde finales de 1866. *La Época* sigue descartando la unión política, pero se expresa en términos elogiosos respecto a la idea de unificar los ámbitos administrativo y comercial de ambas naciones:

“La verdadera unión ibérica, tal como nosotros la comprendemos, como es únicamente posible, y como la hemos defendido siempre en las columnas de *La Época*, es un pensamiento grande y fecundo. [...] Esa unión tan anhelada se realizará por sí misma sin esfuerzo, asimilando en lo posible la legislación de uno y otro pueblo, facilitando sus transacciones comerciales, haciendo desaparecer las trabas que dificultan el tráfico, reconociendo la validez de los estudios universitarios cursados en ambos países, y por todos aquellos medios, en fin, que con tan buen éxito se han empleado en otros pueblos del mismo origen.”¹⁰⁷¹

Esta era la postura de *La Época* apenas un año antes de que la Gloriosa desmontara el orden liberal establecido desde el final de la guerra carlista. Ciertamente, el diario de las élites conservadoras se había mantenido firme en sus convicciones iberistas desde 1854¹⁰⁷²: defensa absoluta del trono de Isabel II, de la dinastía Borbón y del orden monárquico-constitucional; junto a ello, voluntad de acercamiento y mejora de relaciones con Portugal, siempre respetando la independencia política de los dos países; por último, utilización del iberismo como arma arrojada en política interior, al acusar a progresistas, demócratas y republicanos de valerse de la idea ibérica para intentar deponer a Isabel II y subvertir el orden constitucional establecido.

¹⁰⁷¹ *La Época*, 03-08-1867, p. 2, col. 2.

¹⁰⁷² Se ha comprobado también cómo antes de esta fecha defendía posiciones más avanzadas en la cuestión ibérica.

5.6. Conclusiones

El presente capítulo de la tesis, enfocado en los mensajes relacionados con la cuestión ibérica publicados por la prensa de Madrid entre 1854 y 1867, ha ofrecido una visión panorámica desde los años del bienio progresista, en los que el iberismo goza de muy buena salud, hasta la generalización del debate en la década de 1860 y la diversidad de perspectivas en torno a la cuestión en los meses previos a la Gloriosa. A lo largo de estos casi tres lustros destacan los avances en los proyectos de acercamiento económico, que se van concretando progresivamente (J. M. Sanromá, A. Marcoartú), la influencia del proceso de unificación italiano en las aspiraciones iberistas y la intervención en el debate de firmas como la de Juan Valera o Emilio Castelar.

En las conclusiones, al igual que se llevó a cabo en el anterior capítulo, se prestará atención a la orientación de los diferentes periódicos respecto a los proyectos de unión ibérica, relacionando esta con su postura política. También se prestará atención a aquellas ocasiones en las que se utilice el concepto *nación* y otras voces relacionadas en los textos analizados.

Comenzando con los periódicos de tendencia democrático-republicana, *El Tribuno* liga el triunfo de la revolución de julio del 54 a la consecución de la unión ibérica, la cual considera una “necesidad”. Este periódico apuesta por “la unión de los dos pueblos peninsulares en una sola nacionalidad”, incrementando su militancia iberista respecto al periodo estudiado en el anterior capítulo. *El Tribuno* plantea asimismo medidas concretas para avanzar en los proyectos de unión, dando una profunda importancia al progreso en los ámbitos material y comercial, pero también a las medidas de carácter cultural.

De tendencia democrática es también la revista ilustrada *La América*, cuyo director, Eduardo Asquerino, lanza en 1857 una proclama iberista en la que también se habla de la unión ibérica como “necesidad” y se califica la idea de “noble y patriótica”. Manuel Ortiz de Pinedo considera la unión como una cuestión “nacional”. Sin embargo, el artículo que más vigorosamente va a defender el proyecto ibérico en las páginas de *La América* lo va a firmar Antonio Romero Ortiz en 1858. Su texto, que sería reproducido por el conservador *La Época* y por el progresista *La Iberia*, consagra la “unidad de la Península” como “la idea más nacional, más importante, más fecunda”, que habría de ser

además puesta en funcionamiento bajo los auspicios un sistema monárquico. Un año después, en un texto de Nemesio Fernández Cuesta, redactor de *La América*, se afirmaría de Portugal y España que “somos un pueblo mismo con dos distintas denominaciones”. En esta publicación se deja espacio para otras firmas, como la de Félix de Bona, que defiende “constituir de toda la península una sola y poderosa nación”, o la de José García Barzanallana, quien demandaba “la inmediata fusión en una, de las dos nacionalidades peninsulares”. Así, se puede afirmar que *La América* se posiciona totalmente a favor de la unión de España y Portugal, propagando además argumentarios favorecedores de la idea en sus páginas, en las que se puede percibir cierta evolución del iberismo desde una postura meramente política hacia una doctrina con tintes nacionalistas o proto-nacionalistas, como se reconoce en cierto vocabulario que se utiliza en estos textos.

La Discusión, influyente órgano del republicanismo, también se posiciona totalmente a favor de la unión ibérica. En 1858 publicará un artículo de Pi y Margall en el que el autor catalán defiende abiertamente esta opción, que habría de cumplirse “por el común acuerdo de los ciudadanos”. José María Orense afirma en las páginas de este diario que “Dios hizo de España y Portugal una nación”, cuyo destino era indefectiblemente común y unitario, por mucho que la política de los hombres apuntara en otra dirección. Otros autores, como el abogado Manuel Gómez Marín o el economista y futuro secretario de Estado Joaquín María Sanromá, inciden a través de este periódico en la necesidad de avanzar en la confluencia económica, del mismo modo que el caudillo republicano catalán Juan Bautista Guardiola defiende la “unión política”. No faltó en las páginas de *La Discusión* la firma de Emilio Castelar afirmando que “España y Portugal deben formar una sola nacionalidad” y que “la unidad nacional” solo se conseguiría mediante la fusión con Portugal. Según otro texto publicado por esta cabecera, existía un “grandioso deseo de ver reunidos todos los elementos ibéricos en una vasta y poderosa nación”, que en todo caso habría de ser consensuado entre españoles y portugueses, nunca llevado a cabo por la fuerza de las armas. *La Discusión* se revela, en definitiva, como plataforma ideal para los autores que defendieron la unión ibérica desde el espectro democrático-republicano, y se presenta como periódico consagrado “al iberismo: a ese elevado pensamiento de dar unidad exterior a dos pueblos hermanos, que viven en un mismo suelo y que tienen una misma nacionalidad”.

Como se mencionó en su momento, Castelar funda su propio papel, *La Democracia*, tras abandonar la redacción de *La Discusión*. Centrado en la lucha partidista en el ámbito de la política interior, en los dos años largos de existencia de *La Democracia* solo se recogen dos artículos de importancia relativos a la cuestión ibérica, que se trata inserta en la lógica de la ideología representada por el gran orador español del siglo XIX: Castelar cree en la descentralización y en la forma de gobierno republicana como métodos para hacer cristalizar la “gran nacionalidad de Occidente”, la nacionalidad ibérica, eslabón esencial de lo que habrían de ser los Estados Unidos de Europa.

En el terreno del progresismo, *El Clamor Público* es coherente con su postura a favor de la unión ibérica, que ya explicitó en la década de 1840, aunque la afianza y refuerza con afirmaciones favorables a crear “una nación grande y poderosa”. Partidario de la unión en la forma de una “monarquía ibérica”, *El Clamor Público* defiende también la puesta en marcha de un ferrocarril que conectara Portugal y España, así como una unión aduanera; ambas herramientas funcionarían como aceleradores de los proyectos ibéricos. La voluntad de construir “una sola Nación” en base a “la identidad de origen que hace de la Nación española y portuguesa un solo Pueblo” ofrece pistas en la evolución, ya mencionada, de un iberismo en grado de desarrollo a un cierto nacionalismo ibérico en proceso de cuajar como doctrina política. La unión ibérica tendría que llegar, según *El Clamor Público*, cuando “españoles y portugueses se decidan a formar por un acto libérrimo de su albedrío una sola nación”.

Por otro lado, el también progresista *La Nación*, ya en su segunda época, continúa con la tendencia apuntada en el anterior capítulo: apoyo decidido a los proyectos de unión ibérica, pero sin llegar a los niveles de abstracción o enardecimiento de otras cabeceras. Considera que es un pensamiento “grandioso” y que habría de realizarse de forma pacífica aplicando el mismo principio que en el caso de la unión italiana.

Las Novedades también incide en su posicionamiento ya conocido, totalmente a favor de la unión de Portugal y España. Para este periódico, “el poder moral y material de una gran nación” o “la preponderancia de un pueblo uno y compacto” eran los objetivos a alcanzar. *La Soberanía Nacional*, el diario dirigido por Ángel Fernández de los Ríos después de su abandono de *Las Novedades*, insiste en esta línea al afirmar la existencia de “un mismo espíritu nacional” en la península Ibérica y proponer un

programa de acciones políticas orientadas a abrir el camino de la unión, incluyendo la “igualdad y reconocimiento de ciudadanía, de derechos y obligaciones, entre españoles y portugueses y sus gobiernos”, según se puede leer en un texto de 1866. Se observa nuevamente una evolución en los planteamientos iberistas, que aparecen ya plenos de carga política consciente.

Uno de los órganos periodísticos más representativos del progresismo, *La Iberia*, se consagraba desde su propio título a ejercer una propaganda favorable a la unión de España y Portugal. A lo largo de todo el bienio progresista se suceden en este diario argumentos dirigidos a consolidar en el imaginario social un estado de opinión propicio a apoyar los planteamientos iberistas. Se publicitan folletos como aquel publicado a finales de 1854 en Oporto que esgrimía unas “bases para la constitución federal de los Estados-Unidos de la Iberia”, y se publican frases que revelaban el fondo de una concepción nacionalista de los proyectos ibéricos: “No hay más que un solo pueblo desde Rosas hasta el Cabo de San Vicente, desde Finisterre al Cabo de Gata”, en el horizonte aparece “una nación grande y poderosa”, una “nación nueva y grande”. España y Portugal serían “un solo pueblo y una de las naciones más respetables del mundo”. Habría que “borrar esas dos nacionalidades para confundirlas en una sola”, porque ambos países “unidos podemos ser una gran nación”. Se percibe un mismo tono que se expresa en una misma dirección de forma continuada.

Tras la caída de los gobiernos progresistas, la producción propagandística de *La Iberia* en torno al iberismo desciende bruscamente hasta que, en 1860 y al hilo de las propuestas de acercamiento económico a cargo de la Sociedad Económica Matritense, se rescata el pensamiento iberista y se vuelve a hablar de “dos pueblos llamados por mil razones a ser uno solo”. También se afirma que “las dos naciones que se llaman hoy España y Portugal podrían llamarse mañana Confederación Ibérica”. En 1861, *La Iberia* cede su espacio a Arturo de Marcoartú, quien ofrecerá en las páginas de este diario progresista un auténtico programa de actuación política con el objetivo último de la unión. Ajustando “los intereses de las dos naciones” se conseguiría crear una nueva realidad política donde solo hubiera “hijos de una gran nación”. En definitiva, el objetivo de la construcción de una nación única en suelo peninsular es defendido por *La Iberia* en diferentes ocasiones a lo largo de la década de 1860, siempre desde la óptica monárquica, a través de un proceso pacífico y voluntario y nunca por conquista. Este diario se

convirtió, sin lugar a dudas, en uno de los grandes campeones de la idea ibérica, que no dejó en ningún momento de propagar.

La Correspondencia de España, órgano más informativo que político, no se posiciona de manera clara respecto a los proyectos de unión hispano-portuguesa, aunque en alguna ocasión afirma su apoyo a la solución monárquica. En todo caso, cabe etiquetar como neutral la postura de esta cabecera sobre la cuestión.

Por otro lado, *El Contemporáneo*, representante de un moderantismo ortodoxo, va a otorgar bastante importancia a los proyectos de unión ibérica en sus páginas, aunque siempre desde una posición sensata y enemiga de grandes conmociones revolucionarias. En julio de 1861 se publica un texto muy destacado en las páginas de este diario, donde se afirma que “España y Portugal, aunque *Estados* distintos, constituyen una sola *nacionalidad*, la *nacionalidad ibérica*, [...] [y] están llamados a formar un gran Estado”. Se asocia la existencia de una nacionalidad con la aspiración a crear un solo Estado, doctrina que está en línea con una teoría política que hoy se podría denominar de esencia nacionalista. Sin embargo, más allá del posicionamiento particular de *El Contemporáneo*, moderadamente favorable a la unión y ante la que siempre prefería el mantenimiento de la paz, destaca en las páginas de este periódico la serie de artículos que publica Juan Valera en el verano de 1861: siete textos en los que, con el trasfondo de la unificación italiana, el escritor gaditano expone su posicionamiento respecto a los proyectos de unión ibérica. Valera cree en la unión ibérica en un plano ideal, pero en el terreno práctico se declara escéptico, esgrimiendo un argumento opuesto al que anteriormente se manifestó en las mismas páginas de *El Contemporáneo*. Afirma Valera que “si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades”. Esta es la perspectiva del autor, que reconoce lo “general”, “vago” y “contradictorio” del principio de las nacionalidades, afirmando que en último término se trata de una cuestión sentimental, y en tanto tal estaba en aquel momento histórico muy lejos de derivar en la creación de una nacionalidad ibérica única.

El ultramoderado *La España*, que en el periodo anterior a 1854 se había mostrado solo templadamente a favor de la unión ibérica, mantiene un tono similar tras la Vicalvarada, si bien deja hueco en sus páginas para ciertas manifestaciones decididamente iberistas, como las de Fermín Gonzalo Morón en noviembre del 54 o como

la reproducción de los estatutos de la liga hispano-lusitana. Sin embargo, a partir de 1859 endurece repentinamente su mensaje al respecto y, consagrándose a la defensa de la dinastía borbónica por encima de otras cuestiones, *La España* rechaza el pensamiento iberista por “revolucionario”. Este periódico reorienta de nuevo su posición en 1864, apoyando tímidamente la unión política y defendiendo sin tapujos los progresos en el terreno comercial y económico. En ningún momento participará *La España* de reflexiones relacionadas con una supuesta condición nacional o patriótica del pensamiento iberista, sino que se limita a exponer argumentos prácticos, algunos ligeramente favorables y otros moderadamente en contra de la unión.

En la derecha del arco político se encuentra también *La Época*, diario preferido de las élites conservadoras, que mantiene una postura totalmente favorable a la unión ibérica, aunque sin euforias: propone la unión pacífica y de mutuo acuerdo, a ser posible a través de un enlace real entre un Borbón y un Braganza, según afirma en agosto de 1854. Insiste en la necesidad de avanzar en un camino común primero desde lo económico-comercial. En 1858 reproduce en sus páginas el artículo clave del progresista Antonio Romero Ortiz, definitorio del iberismo en aquel momento histórico, en el que se asumía la formación inevitable, más tarde o más temprano, de una Iberia unida. En ese texto se afirmaba que “la unidad de la Península encierra la idea más nacional”, otorgando al iberismo un sentido más amplio que el del mero proyecto político: el estrato de lo nacional entra ya en juego. En 1860 se aplaude en las páginas de *La Época* el “banquete ibérico” organizado por Arturo de Marcoartú con motivo de los proyectos de unión aduanera, y se afirma un anhelo cierto por “la bien deseada unidad ibérica-política”.

Este diario defenderá en todo momento una alianza de carácter pacífico y el respeto a la dinastía representada por Isabel II. Mientras no se traspasaran estos límites, el apoyo de *La Época* a los proyectos de unión ibérica sería perenne. En lo relativo a las acepciones del término nación, para este diario es claro que “si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades”. En 1862 patrocinará “la libre y espontánea unión de dos naciones”, mientras que a partir de mediados de los 60 centrará sus aportaciones en la defensa de un acercamiento en lo material, dejando de lado los proyectos de unión política. Así, se establece claramente una separación en términos nacionales, asumiendo

La Época planteamientos disímiles de lo que se podría denominar como nacionalismo ibérico.

Una orientación ideológica similar a *La Época* ofrece *El Diario Español*, que busca su público en las élites conservadoras. Esta cabecera apoya sin tapujos las propuestas iberistas de personajes como Andrés Borrego o Sinibaldo de Mas, poco sospechosos de veleidades revolucionarias. Se coloca así en una posición netamente favorable a la unión, aunque siempre bajo la forma monárquica y por vías pacíficas. Este periódico, en un artículo que sería reproducido por el progresista *El Clamor Público*, defendió la formación de “una sola nacionalidad, la nacionalidad ibérica”. Esta postura fervientemente iberista se enfría a partir de la década de 1860, cuando *El Diario Español* deja de tratar la cuestión, para centrarse en la defensa del trono isabelino.

Por otro lado, el tradicionalista *La Esperanza* apoyará la unión aduanera, pero se mantendrá firme en su rechazo a los proyectos ibéricos en cuanto encarnaciones de una cosmovisión netamente liberal y, en ocasiones, revolucionaria por antimonárquica. *La Esperanza* argumenta en contra de la unión no solo en lo político, al afirmar que “se trata de que nuestra nacionalidad sea absorbida por la portuguesa”, sino también en lo económico, al estimar que la pobreza económica de Portugal arrastraría a España, dando la vuelta a los argumentos de los iberistas que veían en la unión una solución a la decadencia de ambos países. La unión ibérica le parece a este diario, en definitiva, un proyecto “absurdo”, “ridículo” y “utópico”.

Entre las publicaciones culturales, la revista ilustrada *El Museo Universal*, antecesora de *La Ilustración Española y Americana*, dedicará muy pocos textos a tratar la cuestión ibérica, pero en ellos se pondrá de relieve su apoyo a la colaboración hispano-lusa en asuntos literarios. *El Mundo Pintoresco*, por su parte, ofrece en 1860 una interesante reflexión iberista al publicar un texto de Gumersindo Laverde, escritor, filósofo y mentor de Menéndez Pelayo, que observa la existencia de una historia común a “todos los miembros de la familia ibérica” y demanda la puesta en marcha de investigaciones que llevaran a construir una percepción efectiva de dicha tradición compartida entre los habitantes de la península. Por último, la *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública* se manifiesta partidaria de la unión ibérica a través de un texto de su director, Francisco de Paula Canalejas, quien afirma la

necesidad de “propagar la idea de la nacionalidad peninsular”, para “fundar el verdadero espíritu ibérico” y “entender cómo esta grandiosa unidad peninsular está llena en su interior de variedad”. Esta visión avanzada de la cuestión no logrará prender en el terreno periodístico, siempre más preocupado en la acción política a corto plazo o en los planes económicos a medio-largo plazo que en una labor de propagación lenta, pero segura, de la idea ibérica; sin embargo, las palabras del director de la *Revista ibérica de ciencias...* dan cuenta de la existencia de una conciencia ibérica en ciertos estratos de la intelectualidad española, que divisaba efectivamente en el futuro una Iberia unida en su diversidad como ideal al que aspirar.

De este modo se llega al final del segundo capítulo de análisis textual, centrado en el periodo 1854-1867, donde se ha percibido una constante respecto al periodo anterior, a saber, el mantenimiento generalizado de las tendencias de apoyo o rechazo a la unión ibérica: el grupo que patrocinaba la idea estaba configurado por las cabeceras orientadas más a la izquierda del arco político, encontrándose una evolución positiva en títulos como *El Tribuno* o *El Clamor Público*, cada vez más convencidos de los beneficios de la unión. En el campo moderado, una mayoría de periódicos también se declaraban partidarios de la fusión ibérica, si bien desde planteamientos mucho más templados que los de sus colegas progresistas, no digamos de los demócratas o republicanos, todo ello en consonancia con sus propuestas políticas generales. Destaca el apoyo que presta al iberismo el elitista *La Época*, que ciertamente se suaviza en la etapa previa a la revolución de septiembre del 68, cuando ya se percibía claramente el peligro del destronamiento de la dinastía borbónica. Se observa una evolución negativa, sin embargo, en el ultramoderado *La España*, que pasa de una postura moderadamente favorable a posicionarse en contra de la idea, si bien no de forma tan radical como el tradicionalista *La Esperanza*, inamovible en su rechazo.

CAPÍTULO 6. LAS ÚLTIMAS OPORTUNIDADES DEL IBERISMO

A la crisis política del reinado isabelino, muy profunda ya a mediados de la década de 1860 –retramiento progresista, noche de San Daniel, sublevación del cuartel de San

Gil, entre otras cuestiones–, se le vinieron a sumar en 1866 la primera grave crisis financiera del capitalismo en España y en 1867 una prolongada crisis de subsistencias provocada por las malas cosechas. En este caldo de cultivo, y con su popularidad por los suelos, Isabel II va a verse cada vez más rodeada. Las políticas autoritarias de Narváez no consiguieron apaciguar a la oposición, antes bien sirvieron como elemento aglutinador de las fuerzas contrarias al mantenimiento de la dinastía borbónica en el trono. Es en este contexto de crisis que España entra en 1868, año decisivo en su historia, que inaugura el que será llamado sexenio revolucionario o democrático. Mientras España digiere un profundo proceso de cambio que finalmente, y después de varios experimentos políticos, derivará en fracaso, en Portugal se suceden los gobiernos de orientación progresista – partido histórico y partido reformista– con el importante paréntesis que supone el golpe de Estado del mariscal Saldanha en mayo de 1870. El anciano general aguantará poco más de tres meses en el cargo, y será sucedido de nuevo por gobiernos de tendencia progresista. Más tarde, a partir de septiembre de 1871, el regenerador –moderado– António Maria de Fontes Pereira de Melo se hará cargo de la cartera de primer ministro por espacio de más de cinco años.

A lo largo de este capítulo, el tercero y último de los dedicados al análisis de los mensajes iberistas publicados por la prensa de Madrid, se incluyen los textos relevantes para esta investigación que ven la luz en el sexenio 1868-74. El primer epígrafe se ocupa de los mensajes emitidos en el contexto inmediatamente anterior e inmediatamente posterior a la revolución de septiembre, la Gloriosa, incluyendo las primeras manifestaciones favorables a don Fernando de Sajonia-Coburgo, padre de Luis I de Portugal, como candidato para sustituir a Isabel II en el trono español. El segundo apartado sigue la pista a los mensajes iberistas publicados en 1869, prestando especial atención a las reacciones de los iberistas tras la negativa de don Fernando a ceñirse la corona española. En el tercer epígrafe, centrado en el año de 1870, observa la evolución de un iberismo que empieza a perder la fe en cualquier posibilidad de aplicación práctica de sus doctrinas. Por último, los dos apartados que cierran el capítulo tratan de encuadrar los mensajes periodísticos relativos a la cuestión ibérica en el contexto del reinado de Amadeo de Saboya y de la Primera República, respectivamente, momentos en los que existirá gran variedad de enfoques sobre el futuro de los proyectos iberistas.

6.1. Aurora revolucionaria

En el año clave de 1868 se pueden rescatar varias intervenciones de *La Iberia* a favor de la unión ibérica, en la línea que acostumbra este diario desde que empezó su andadura publicística en 1854. Se trata de artículos claros y directos, en los que *La Iberia* repite los mismos argumentos relativos a la similitud en la historia, la lengua y las costumbres de Portugal y España, además de recordar a sus lectores el brillante futuro, al esplendor económico y político que le esperaba al Estado ibérico. Se repiten también las polémicas entre partidarios y detractores de la unión, que provocan un repunte en la regularidad con que la cuestión ibérica aparecía en el diario progresista.

El primer texto de relevancia en relación con el nacionalismo ibérico que ofrece este diario en 1868 se remonta al 23 de enero, lejos todavía de los hechos revolucionarios pero en medio de un ambiente ciertamente enrarecido en la corte isabelina. Se trata de una carta al director remitida desde Viena, en la que un lector expone las razones por las que, según él, el Imperio gozaba cada día de mejor salud. Uno de los argumentos esgrimidos era la unión “de buena voluntad” de Hungría a la monarquía austriaca, que estaría permitiendo a aquel país desenvolverse económicamente sin mayores preocupaciones que la de mantener el orden interno. Explica el lector cómo se llevaba a cabo el proceso decisorio de “las dos mitades del Imperio austriaco”, consistiendo este en el debate y posterior acuerdo entre la delegación húngara y la austriaca en cuestiones de guerra, hacienda y diplomacia. Se lanza una pregunta:

“¿No les parece a los lectores de *La Iberia* que una cosa parecida podría adoptarse entre España y Portugal, para que por de pronto la Península Ibérica fuera, si no una sola nación, una sola fuerza en la guerra, en la Hacienda y en la diplomacia? [...] Las grandes ventajas que podría traer para la España y Portugal un sistema que, permitiendo por de pronto conservar a cada pueblo su carácter distintivo, sus costumbres especiales y hasta el desarrollo particular de los intereses, haga de los dos pueblos una sola entidad política, que representaría en el movimiento europeo el papel que corresponde a las naciones de primer orden e influiría en la marcha de los sucesos de Europa, que hoy sobrevienen, se desarrollan y desaparecen sin que ni España ni Portugal hagan otra cosa que sufrir si acaso las consecuencias.”¹⁰⁷³

Se trata de la toma de posición de un lector en relación a la cuestión ibérica que aporta un nuevo ángulo para la aproximación al problema. Los partidarios de la unión de España y Portugal todavía podrían jugar la carta confederal, quizá más viable en la práctica que una fusión política completa, pero desde luego igual de compleja en su aplicación a corto

¹⁰⁷³ *La Iberia*, 23-01-1868, p. 3, col. 3.

plazo. Sin embargo, la decisión de *La Iberia* de darle a esta propuesta un espacio en sus columnas está en una línea de apertura y flexibilidad respecto a los principios que habrían de guiar el proceso de coalición de ambas naciones. No hay que perder de vista, no obstante, que el lector deja bien claro que en caso de llevarse a cabo una alianza tal, al conjunto resultante no se le podría denominar “nación” en singular, sino que se trataría de una “fuerza” colectiva para tratar asuntos concretos. La diferencia léxica no es en este caso baladí –como en ninguno–, pues habla de una diferenciación conceptual que distancia por la base las propuestas nacionalistas ibéricas más puras de las que jugaban con opciones derivadas de la puesta en común de un proyecto político no tan inclusivo. El efecto esperado, en todo caso, sería similar, puesto que según el lector una Iberia unida frente al resto de Europa gozaría de una posición privilegiada si no para imponer, si para al menos negociar de tú a tú con otras potencias que en aquel momento aplicaban sus decisiones en el tablero continental.

En el ejemplar del 21 de mayo de 1868, *La Iberia* reserva una ración de propaganda iberista para la sección de variedades, que irá en esa fecha acompañada del subtítulo “Revista literaria bibliográfica portuguesa”. En efecto, a lo largo de tres columnas, firmadas por Benigno José Martínez, se repasa la actualidad del mundo de las letras en Portugal, previa presentación de carácter histórico-nacionalista en la que se recordaba a los lectores que “nunca nos han sido indiferentes los progresos, las desgracias, ni nada de cuanto acaece en el vecino reino”, y que la historia de Portugal y España, “así antigua como moderna, es tan idéntica, tan semejante, y tiene parecido tal, que con dificultad podrán encontrarse otros pueblos de mayor analogía”¹⁰⁷⁴. Se trata aquí de un interesante ejercicio de similitudes, en el que el redactor de *La Iberia* se preocupa de buscar equivalencias entre el papel que personajes destacados de España y Portugal representaban en una diversa cantidad de ámbitos sociales, desde la poesía (Garrett frente a Martínez de la Rosa) a la política (O’Donnell – Saldanha), pasando por el periodismo (Borrego, Coello, Corradi – Latino Coelho, Teixeira de Vasconcelos, Rodrigues Sampaio), el derecho (Juan Manuel Montalbán – vizconde de Seabra), la medicina (Pedro Velasco – Bernardo Antonio da Serra) o el teatro (Matilde Díez – Emilia das Neves),

¹⁰⁷⁴ *La Iberia*, 21-05-1868, p. 3, col. 1.

entre otras muchas actividades¹⁰⁷⁵. Esta revista literaria de actualidad continúa en dos ejemplares posteriores del periódico¹⁰⁷⁶, sin ofrecer datos de interés en cuanto al iberismo.

El año de 1868 es también el de la aparición de *El Imparcial* en la arena periodística. *El Imparcial* está considerado como el diario español más importante del último tercio del siglo XIX y los primeros años del XX. Fue fundado por Eduardo Gasset y Artime en 1867 como diario vespertino y encarna, junto con *Las Novedades* y *La Correspondencia de España*, el triunfo del periodismo informativo sobre el doctrinarismo de los diarios de partido. Sin embargo, pese a su independencia de los partidos, el diario de Gasset y Artime sí tenía una orientación política: comienza su andadura desde una posición “templadamente democrática” (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 99) y contraria al general Narváez, lo que le costaría alguna suspensión, y en los meses previos a la revolución de septiembre se convierte en el punto de encuentro de diversos representantes de las tendencias políticas que convergieron para hundir el trono de Isabel II y abrir una nueva etapa en la historia de España. *El Imparcial* se convierte durante el sexenio revolucionario en el diario más influyente, llegando a ofrecer una tirada de 40.000 ejemplares (Seoane, 1983: 269). Esta cabecera prestaría sucesivamente su apoyo tanto al gobierno provisional como a Amadeo I y a la Primera República.

Como se ha afirmado más arriba, *El Imparcial* representa un periodismo empresarial moderno, centrado en las noticias y no tanto en la doctrina política partidista, de aspecto cuidado y precio muy asequible. Siempre a la última en cuanto a tecnología, se editaba en cuatro páginas, incluía una crónica política diaria, artículos de fondo y una revista de prensa. También destacan en las páginas de *El Imparcial* las noticias internacionales, tomadas de la agencia Havas a través de Fabra. Asimismo, el diario de Gasset y Artime ofrecía a sus lectores noticias de carácter mercantil, industrial y de espectáculos y variedades, así como el ya clásico folletín literario y una cuarta página dedicada a los anuncios. Siete años después de su fundación, consolidado ya como diario de referencia, *El Imparcial* sacará a la luz un suplemento semanal, *Los lunes de El Imparcial*, que se convertirá a su vez en la publicación cultural más importante de su tiempo, rebosante de artículos de calidad en el terreno de la divulgación científica, la crítica literaria y teatral y la crítica de arte.

¹⁰⁷⁵ *La Iberia*, 21-05-1868, p. 3, cols. 1 y 2.

¹⁰⁷⁶ *La Iberia*, 29-05-1868, p. 3, col. 1; *La Iberia*, 03-06-1868, p. 3, col. 2.

Ante los planes del ministerio de Ultramar para que los productos españoles exportados a las Antillas a través de Oporto tuvieran carácter netamente nacional y no hubieran de soportar aranceles, *El Imparcial* encuentra una oportunidad para declararse partidario de la unión aduanera ibérica. El periódico de Gasset y Artime considera lógica y justa la demanda del gobierno de que los productos españoles no perdieran esa categoría por el simple hecho de atravesar una porción del territorio portugués, pero advierte que esa declaración implicaba necesariamente la aceptación de medidas más amplias, en referencia a la unión aduanera, so pena de caer en una contradicción insuperable. *El Imparcial* se pregunta si los productos exportados a través de Lisboa y llegados a esa ciudad en ferrocarril no deberían tener la misma consideración que los llegados a Oporto por vía fluvial, así como los productos españoles destinados a la exportación a América que recibiera cualquier ciudad portuguesa por cualquier vía. En definitiva, *El Imparcial* intenta hacer ver que los comerciantes españoles estaban en muchos casos en manos de las decisiones de la autoridad aduanera portuguesa, que en cualquier momento podría echar al traste la actividad exportadora española que pasara a través de su territorio mediante una subida de aranceles o incluso el cierre total de las fronteras. Afirma el diario liberal que “el reino de Portugal no debe considerarse como país extranjero para los efectos del comercio”¹⁰⁷⁷.

Una de las promesas clásicas que el nacionalismo ibérico procuraba era el cambio de estatus que para España y Portugal supondría la existencia de una Iberia unida en el marco de la política europea. El poder de ambos Estados por separado no tenía apenas peso en el tablero continental, mientras que una fusión peninsular supondría, según las teorías iberistas, el final de las humillaciones a que eran sometidos los países ibéricos. El artículo que se analiza a continuación se titula “Portugal y sus enemigos”, y comienza narrando un episodio ocurrido en la colonia portuguesa de Senegambia (actual Guinea Bissau), provincia donde los ingleses entraron ilegalmente y de cuyas tierras se apropiaron, evidentemente sin el consentimiento de Portugal. A *La Iberia* le resultaba llamativo que estos “atentados” contra la “honra nacional” portuguesa hubieran pasado casi desapercibidos en el país vecino, sin apenas reacciones diplomáticas. El diagnóstico de la prensa era negativo, diarios como el *Jornal do Comercio* o el *Diario de Lisboa*

¹⁰⁷⁷ *El Imparcial*, 10-07-1868, p. 1, col. 3.

temían que la debilidad portuguesa en la defensa de sus colonias se extendiera de África a Asia y se perdieran territorios en aquel continente también.

Ante este panorama, y ante los “actos filibusteros” de Inglaterra, el redactor de *La Iberia* apuesta por “la formación de un Código internacional” para encontrar un protocolo de actuación común y de relaciones en política exterior. La opción más adecuada y práctica sería, sin embargo, que “lejos de separarse y desunirse, debieran pensar hoy los dos pueblos de la Península en estrechar los lazos cariñosos de la más sincera fraternidad”¹⁰⁷⁸. Igual que a principios de siglo habían derrotado a las tropas de Napoleón y habían consagrado su independencia nacional, España y Portugal tenían en la formación de un frente común en política exterior una preciosa oportunidad para fortalecerse como naciones. El refuerzo de la defensa exterior se alzaba, pues, como una de las mayores garantías que la unión ibérica ofrecía para el futuro de los dos Estados peninsulares.

En los días previos a la Gloriosa, *El Imparcial* se hace eco de un aumento del sentimiento antiespañol en Portugal, reportando que algunos periódicos de aquel país habían puesto en marcha una campaña para recaudar dinero para la compra de armas, destinadas a la defensa de la autonomía lusa ante un supuesto intento de invasión español¹⁰⁷⁹. También se refiere la noticia de cómo se descubrieron algunos ejemplares de *La Iberia*, de Sinibaldo de Mas, en el equipaje de un alto cargo del servicio aduanero portugués, hecho que debió provocar grandes tensiones en el seno del Ejecutivo luso. *El Imparcial* recuerda que quien escribió el prólogo de la obra fue Latino Coelho, quien a la sazón detentaba la cartera de Marina en el gobierno de Portugal¹⁰⁸⁰. Desde ciertos periódicos portugueses se culpaba a su gobierno de promocionar el iberismo, acusación intensificada tras la aparición en Lisboa de pasquines en los que se daban vivas a la unión ibérica y se apelaba al pueblo portugués a unirse a sus “hermanos” bajo un mismo sistema de libertades, según reflejó *El Imparcial*¹⁰⁸¹.

6.1.1. La caída del trono isabelino

¹⁰⁷⁸ *La Iberia*, 11-09-1868, p. 2, col. 2.

¹⁰⁷⁹ *El Imparcial*, 15-09-1868, p. 3, col. 1.

¹⁰⁸⁰ *El Imparcial*, 16-09-1868, p. 2, col. 4.

¹⁰⁸¹ *El Imparcial*, 12-09-1868, p. 4, col. 2.

Isabel II se ve obligada a exiliarse el 29 de septiembre de 1868. En plena revolución, *La Correspondencia de España* no deja de prestar atención a las declaraciones contrarias a la unión ibérica que se hacían públicas en Portugal, como la publicación de un folleto por parte de un “oficial distinguido del ejército” en el que se alertaba de los peligros para la nacionalidad portuguesa que podrían derivarse de un éxito revolucionario en España¹⁰⁸². Ya tras el triunfo de los Prim y compañía, *La Correspondencia* se hace eco de un tumulto acontecido en calles de Lisboa entre gentes que pretendían pegar carteles favorables a la unión ibérica y otros que se lo impidieron, habiendo manifestado estos, según el diario de Santa Ana, su deseo de disfrutar “la mayor unión con los liberales españoles, pero nunca la que les haga perder su independencia y especial nacionalidad”¹⁰⁸³. Ante el optimismo de ciertos periódicos respecto a las posibilidades de éxito de la unión ibérica tras el triunfo de la Gloriosa, desde *La Correspondencia de España* se trataba de enfriar la situación cada vez que había oportunidad. Sin embargo, se observa cierto tono de disgusto, aunque ligero, al mencionar *La Correspondencia* la convocatoria de una manifestación anti-ibérica en Portugal, la cual sería representativa de una mayoría de ciudadanos portugueses que, “por desgracia”, se resistían a comprender “todo lo que esa unión tendría de importante para ambas naciones”¹⁰⁸⁴. De hecho, a finales de octubre del 68 ya se percibe en las páginas del diario de Santa Ana un cierto hartazgo respecto a las manifestaciones nacionalistas portuguesas que cifraban en el peligro castellano todos sus males. Así, se puede leer en *La Correspondencia de España* que, con sus expresiones continuadas de temor ante la posible pérdida de autonomía y/o independencia, “los portugueses están demostrando que son demasiado impresionables y que no han estudiado ni conocen el espíritu de la revolución de setiembre”¹⁰⁸⁵, que estaba consagrada al respeto a las libertades.

Hay que ocuparse en este punto de la *Revista de España*, publicación aparecida a principios de 1868 que, desde una perspectiva política liberal-conservadora (Seoane, 1983: 284), hizo gala desde sus comienzos de una voluntad aperturista en lo intelectual. La alta calidad de sus contenidos, junto con la independencia de un partido político concreto, permitió a la *Revista de España* permanecer en la primera fila del mundo

¹⁰⁸² *La Correspondencia de España*, 22-09-1868, p. 2, col. 4.

¹⁰⁸³ *La Correspondencia de España*, 09-10-1868, p. 3, col. 1.

¹⁰⁸⁴ *La Correspondencia de España*, 10-10-1868, p. 3, col. 3.

¹⁰⁸⁵ *La Correspondencia de España*, 27-10-1868, p. 2, col. 4.

periodístico hasta 1894. Su fundador, José Luis Albareda y Sedze, quien compartiría la propiedad de la revista con Fernando León y Castillo, es un nombre descolante del XIX español: había sido director de *El Contemporáneo*, se revelaría como amadeísta durante el Sexenio y más tarde fundaría *El Debate*. Contaba entre sus amistades a personajes como Juan Prim o Práxedes Mateo Sagasta, quien durante la década de 1880 le confió las carteras de Fomento, primero, y Gobernación, después, en sendos gobiernos. También ocupó las embajadas de París y Londres. Los contactos de Albareda con la élite política y cultural del momento posibilitaron que la *Revista de España*, que llegaría a ser dirigida por Galdós (Seoane, 1983: 284, Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 120), contara con una nómina casi inacabable de firmas ilustres. En sus páginas publicó gente como Andrés Borrego, Francisco Giner de los Ríos o Antonio Ros de Olano, entre muchos otros juristas, historiadores, médicos, catedráticos y periodistas en general. La mayoría de sus colaboradores desarrollaría una carrera política más o menos exitosa.

Se trataba de una revista de periodicidad quincenal y de gran extensión (más de 100 páginas por número), centrada en la publicación de artículos de divulgación y actualidad en disciplinas como la historia, el derecho o las ciencias naturales. También había secciones de política interior, política exterior, teatro y economía, así como una sección de anuncios comerciales. Destaca especialmente su apartado dedicado a la literatura, donde tuvieron la oportunidad de publicar muchos autores noveles, como el Galdós de principios de los 70 o un Juan Valera rozando los cincuenta pero también novato en lides novelescas.

Los textos más destacados publicados en la *Revista de España* en torno a la cuestión ibérica se concentran entre 1868 y 1871. El primer artículo en el que se encuentra un análisis profundo del asunto es el titulado “La cuestión de España”, firmado por Justo Pelayo de la Cuesta en septiembre de 1868. Este texto se ocupa de las diferentes candidaturas al desocupado trono español y es rico en referencias a la unión ibérica. En la sección de política exterior, que usualmente firmaba Antonio María Fabié, también se hace referencia a la unión ibérica como proyecto sugerente de futuro. En un artículo que destila euforia por el éxito de la revolución, pero al tiempo pleno de razonamientos cabales, Fabié divaga sobre la dirección que habría de tomar España a la hora de decidir su camino tras la revolución, expresando que “sería lo más apetecible y grandioso la unión

bajo un solo cetro de toda la Península”¹⁰⁸⁶. No obstante, el autor ofrece un punto de vista realista y comprende que en Portugal la idea no era, por el momento, bienvenida. Así, se cuida de rechazar cualquier acción violenta pero no disimula su ansia, su anhelo profundo por la unión con Portugal, y su consiguiente crítica a los portugueses por oponerse a ella. Conocedor de la complejidad de los procesos históricos, Fabié afirma que “sin duda los Portugueses están en un error gravísimo, y es de lamentar que, para conseguir el gran fin a que muchos aspiran, se pierda una ocasión que difícilmente volverá a presentarse”¹⁰⁸⁷. Al igual que para algunos de sus colegas del periodismo político, para Fabié era imprescindible la unión ibérica para conseguir un verdadero equilibrio en Europa entre las potencias del norte y “la raza latina”¹⁰⁸⁸.

Una vez certificado el éxito de la revolución de septiembre de 1868, el iberismo va a vivir un nuevo impulso, de la mano de la búsqueda de un nuevo ocupante para el trono español o, en su caso, en el debate sobre la forma de gobierno que habría de adoptar España. Se constituyen incluso logias masónicas con nombres abiertamente iberistas, como la logia Fraternidad Ibérica, de Sevilla¹⁰⁸⁹. *La Época* se hace eco del auge que también en Portugal estaban teniendo los mencionados debates. En el país vecino, lógicamente, la cuestión que más preocupaba era la ibérica. A este respecto, *La Época* afirma a mediados de octubre del 68 que “los periódicos portugueses no tratan otro tema que el de la unión ibérica, contra la cual fulminan todo género de anatemas”¹⁰⁹⁰, reproduciendo acto seguido un artículo del lisboeta *Jornal do Comercio* en el que se certifica lo escrito. También se menciona en ese mismo ejemplar que en las calles de Lisboa habían aparecido carteles favorables a la unión ibérica en los que se exaltaba la revolución española y se daban vivas a la libertad. Esta era una información que había publicado el *Evening Standard* de Londres, según el cual el gobierno portugués no habría puesto el menor reparo en que se difundieran los mencionados carteles. También en Londres, el *Times* publicó una carta firmada por “Un español”, en la que se apuesta por Fernando de Coburgo para ocupar el trono español, lo que en el futuro abriría dos opciones igualmente atractivas: la fusión de las dos coronas en la testa de Luis I, si se optara por la unión ibérica, o bien la subida al trono del príncipe Augusto de Braganza, si

¹⁰⁸⁶ *Revista de España*, año I, tomo IV, p. 492.

¹⁰⁸⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁸⁸ *Revista de España*, año I, tomo IV, p. 490.

¹⁰⁸⁹ *La Época*, 02-10-1868, p. 2, col. 5.

¹⁰⁹⁰ *La Época*, 13-10-1868, p. 3, col. 4.

se pretendía el mantenimiento de dos coronas separadas¹⁰⁹¹. Un fragmento de esta carta es reproducido por *La Época*, a la que vemos ciertamente preocupada por seguir la evolución de la idea iberista fuera de las fronteras españolas al hilo del éxito revolucionario¹⁰⁹².

El triunfo de la revolución en septiembre de 1868 dispara las expectativas del iberismo. Desde muy pronto se empiezan a extender rumores de unión, dentro del maremágnum de propuestas, ideas, llamamientos y formulaciones ideológicas que tienen lugar en las horas posteriores al triunfo de la Gloriosa. *La Iberia* recoge la aparición de panfletos en las calles de Lisboa dando vivas a la unión ibérica y al rey Luis I como “jefe de los dos países unidos”¹⁰⁹³, noticia que también debió recoger el *Evening Standard* londinense¹⁰⁹⁴. También se acumulan sueltos de dudosa credibilidad, en los que se afirma que Inglaterra estaría a favor de la unión ibérica, según publicaban “periódicos extranjeros” a los que no se nombra¹⁰⁹⁵. *La Iberia* insiste en el cambio de posición de la diplomacia inglesa, históricamente opuesta a la unión por suponer en ella una probable pérdida de su enorme cuota en el comercio portugués. En un suelto publicado el 11 de noviembre del 68, el diario de Sagasta le da la vuelta al argumento y afirma que Londres apoya la candidatura Fernando de Coburgo al trono español, viendo en él a un aliado que administraría “un gran reino en provecho de los comerciantes ingleses”¹⁰⁹⁶. En ocasiones, los rumores iban también en contra de las esperanzas iberistas, como cuando se habló de que don Fernando, padre del monarca portugués, estaría a punto de publicar un manifiesto de rechazo a la unión ibérica¹⁰⁹⁷.

Ya en su segunda época, que comienza en octubre de 1868, *La Discusión* sigue tratando la cuestión ibérica en sus páginas. El día 9 de aquel mes, el diario demócrata se hace eco de que en las calles de Lisboa, pocos días después del triunfo de la revolución española, habían aparecido folletos demandando la unión ibérica bajo reinado de Luis I de Portugal¹⁰⁹⁸, mientras algunos periódicos portugueses se preparaban para combatir la

¹⁰⁹¹ *La Época*, 14-10-1868, p. 4, col. 4.

¹⁰⁹² *La Época*, 24-10-1868, p. 2, col. 1; *La Época*, 25-10-1868, p. 2, col. 3; *La Época*, 05-11-1868, p. 3, col. 3.

¹⁰⁹³ *La Iberia*, 09-10-1868, p. 2, col. 3.

¹⁰⁹⁴ *La Iberia*, 14-10-1868, p. 3, col. 2.

¹⁰⁹⁵ *La Iberia*, 06-10-1868, p. 3, col. 4; *La Iberia*, 09-10-1868, p. 3, col. 5.

¹⁰⁹⁶ *La Iberia*, 11-11-1868, p. 3, col. 5.

¹⁰⁹⁷ *La Iberia*, 06-11-1868, p. 3, col. 6.

¹⁰⁹⁸ *La Discusión*, 09-10-1868, p. 2, col. 2.

idea¹⁰⁹⁹. El éxito de la Gloriosa había sacudido los gabinetes políticos y las redacciones periodísticas de toda Europa y la unión ibérica fue indiscutiblemente uno de los temas más debatidos en el intervalo de tiempo que transcurrió desde la formación del gobierno provisional hasta que se decidió la forma de gobierno que habría de adoptar España en el futuro. Según *La Discusión*, tanta fuerza tomó el debate que incluso algún periódico francés se expresó abiertamente a favor de la unión de Portugal y España, también bajo la forma monárquica¹¹⁰⁰. Ya en 1869, en Oporto se viviría una manifestación iberista, alentada por los elementos comerciales de la ciudad¹¹⁰¹.

En un artículo publicado por *La Nación* y reproducido por *La Discusión* titulado “Gobierno definitivo”, inhabitual por lo neutral y pausado de sus reflexiones en medio de la resaca revolucionaria, se analizan los pros y contras de las diferentes opciones que existían de cara al establecimiento de un nuevo régimen político en España. La unión ibérica en la figura del príncipe portugués se define como la “primera y natural” candidatura monárquica en la que habría que pensar, pero, sobre todo, se ensalza como una candidatura “nacional [...] que ha de constituir a dos naciones divididas hoy por la historia y no por la geografía en un poderoso imperio europeo”¹¹⁰². Habría inconvenientes, desde luego, para acometer la unión, siendo el más importante la desconfianza portuguesa ante lo que parecería una anexión por parte de España. De ahí que *La Nación* se manifestara favorable a una suerte de confederación o unión dinástica en la que dos Estados, con sus correspondientes parlamentos, administraciones y códigos legales, fueran regidos por un mismo monarca, sin llevar la fusión más allá¹¹⁰³. Estos inconvenientes eran una preocupación real para los iberistas. El 11 de noviembre de 1868 se publica en la primera página de *La Discusión* un artículo titulado “España y Portugal” en el que se comprimen en apenas una columna los principales asertos del nacionalismo ibérico. Se estaban recibiendo en Madrid cartas y mensajes procedentes de Portugal en los que se expresaban recelos ante los planes atribuidos a la revolución española respecto a la unión ibérica. *La Discusión* niega la voluntad de anexión o el peligro de desaparición de la nacionalidad portuguesa, puesto que niega también cualquier diferencia de base entre ambos países:

¹⁰⁹⁹ *La Discusión*, 20-10-1868, p. 2, col. 2.

¹¹⁰⁰ *La Discusión*, 10-10-1868, p. 3, col. 2.

¹¹⁰¹ *La Discusión*, 14-02-1869, p. 2, col. 2.

¹¹⁰² *La Discusión*, 13-10-1868, p. 2, col. 3.

¹¹⁰³ *Ibíd.*

“España y Portugal no son dos nacionalidades diversas, sino dos fragmentos fatalmente separados de la poderosa nacionalidad que en los tiempos antiguos se conoció con el glorioso nombre de *Iberia*. [...] Bajo el punto de vista de la historia, de la literatura, del arte, de la tradición, de las costumbres, España y Portugal han sido siempre y deben ser un solo pueblo; bajo el punto de vista de la posición topográfica, ambas naciones no son más que un mismo territorio. Nada nos separa, ni en la esfera intelectual, ni en la esfera material; pensamos lo mismo, hablamos casi la misma lengua. Ni aun tenemos fronteras que separen el territorio español del territorio portugués. Mirad los mapas de la península Ibérica. ¿Qué veis en ellos? Una línea convencional de puntos; veréis una frontera artificial.”¹¹⁰⁴

Semejante alegato, que concibe a Portugal y España como una misma nacionalidad, como un solo pueblo, define de manera categórica una de las invocaciones fundamentales del nacionalismo ibérico: la unidad esencial de la península Ibérica como un todo frente a divisiones artificiales propiciadas por administraciones ineptas, entre las que destacaba la de Felipe II, cabeza de un sistema obtuso como el absolutista. Por oposición natural, el partido demócrata estaba destinado a reparar esa anomalía histórica y a constituir la unidad ibérica, con España y Portugal “fundiéndose en un solo pueblo en el crisol de la libertad”¹¹⁰⁵. Las consecuencias previstas de esta unión serían las ya conocidas: el fin de la dependencia hispano-portuguesa de Francia e Inglaterra, respectivamente, y la consiguiente creación de una nueva potencia europea de primer orden. La defensa de la reconstrucción de la “nacionalidad ibérica” está puesta aquí de manifiesto en un texto indispensable para comprender y contextualizar la fortaleza y capacidad del iberismo en los momentos inmediatamente posteriores a la Gloriosa.

Tras el triunfo de la Gloriosa, cierta prensa europea –sobre todo francesa e inglesa– se mostró abiertamente partidaria de la unión ibérica, según recoge *La América*¹¹⁰⁶. España vive en octubre de 1868 una euforia revolucionaria plena, cuya onda expansiva retumba en toda Europa y con fuerza destacada en Portugal, como refleja la revista de Asquerino:

“La idea de la unión ibérica se ha presentado espontáneamente a los ojos de nuestros hermanos de Occidente bajo muy diversos aspectos, pues mientras para unos esa idea reviste todo el carácter de un terrible peligro, brilla en la imaginación de otros como un rayo de esperanza, como un consolador presagio de más venturosos días.”¹¹⁰⁷

¹¹⁰⁴ *La Discusión*, 13-11-1868, p. 1, col. 2.

¹¹⁰⁵ *Ibíd.*

¹¹⁰⁶ *La América*, 13-10-1868, p. 2, col. 1.

¹¹⁰⁷ *La América*, 28-10-1868, p. 1, col. 2.

La América, en esta ocasión, únicamente relata, no interpreta, lo que permite adivinar un giro en el enfoque del periódico en relación con la cuestión ibérica. Tras ofrecer una muestra de cada una de las posturas según habían sido expresadas en Portugal (por la prensa y en un panfleto, respectivamente), se especifica expresamente que serán los lectores quienes tengan que sacar sus propias conclusiones en torno al asunto¹¹⁰⁸. El abandono progresivo de la defensa del iberismo por parte de *La América* es un hecho; según evoluciona la situación política derivada de la revolución setembrina, la publicación de Eduardo Asquerino se centra progresivamente en cuestiones puramente españolas y no ibéricas, al igual que sucede en la gran mayoría de la prensa política del país.

6.1.2. Posicionamientos iberistas durante los primeros meses del Sexenio

Tras el triunfo de la Gloriosa se inicia el baile de candidaturas, y entre ellas destaca la de Fernando de Coburgo, que se desarrollará más adelante. *El Imparcial* hace una referencia interesante al respecto, al hablar de la autoridad que Inglaterra estaría intentando emplear para que el padre de los dos últimos reyes de Portugal —el fallecido Pedro V y el monarca titular del momento, Luis I— aceptara la corona española. Según el diario liberal, este plan era visto con buenos ojos desde Londres para extender su propia influencia sobre el conjunto del territorio ibérico¹¹⁰⁹. Respecto al clima que se vivía en Portugal al respecto, y dentro de la polémica que en la prensa española de la época siempre acompañó al debate sobre la recepción de los planes iberistas en el país luso, sirve como muestra una carta desde Lisboa publicada en *La Correspondencia de España*, que refería la representación que se hizo en el teatro de Doña María, en honor a Almeida Garrett, una obra basada en los hechos de 1640. El espectáculo terminó en plena exaltación patriótica, antiespañola y, por extensión, antiiberista. De esta carta se hace eco también *El Imparcial*¹¹¹⁰. En el penúltimo día de 1868, el diario de Gasset y Artime va a reproducir —aunque sin posicionarse al respecto— un fragmento de un artículo favorable a la unión ibérica, publicado en *La Voz del Siglo* y firmado presumiblemente por Nicolás Salmerón¹¹¹¹.

¹¹⁰⁸ *La América*, 28-10-1868, p. 1, col. 3.

¹¹⁰⁹ *El Imparcial*, 13-11-1868, p. 3, col. 2.

¹¹¹⁰ *El Imparcial*, 14-11-1868, p. 4, col. 2.

¹¹¹¹ *El Imparcial*, 30-12-1868, p. 1, col. 1.

6.1.2.1. *La Época*

El primer artículo de fondo sobre la cuestión ibérica publicado en *La Época* tras el éxito de la Gloriosa se encuentra con fecha de 20 de noviembre de 1868. El texto está enmarcado en un análisis general sobre la política exterior española y sus prioridades, de ahí que esté titulado “Portugal y Gibraltar”. La razón de ser del artículo es la “sorpresa” que provocan en la redacción de *La Época* las noticias publicadas en Portugal sobre el iberismo y en Inglaterra sobre el Peñón. En cuanto al tema que nos concierne, el diario de los Escobar parte de la base de que

“cuando estuvieron en boga las anexiones, basadas en el agrupamiento de las nacionalidades que reconocían un mismo origen, nos halagó la idea de que algún día el pueblo lusitano, por un sentimiento de fraternidad, por convicción, por conveniencia propia y sin ninguna clase de violencia, viniese a formar parte de la gran familia ibérica. [...] ¿A qué español no seduciría el que formase una sola nación todo el territorio comprendido entre el Mediterráneo y el Atlántico separados por la cordillera de los Pirineos?”¹¹¹²

Así, *La Época* reconoce su antiguo iberismo. No obstante, tras haber comprobado que la idea suscitaba rechazo en Portugal, el diario admite que ha abandonado toda aspiración unitaria para la península Ibérica. Es por ello que le provoca asombro la reacción de la prensa portuguesa ante supuestos planes de anexión, hablando de que en Portugal son “celosos de su exígua autonomía”, en referencia a la influencia inglesa. Según *La Época*, el recelo histórico contra España se mantenía en Portugal, y esta era la principal razón que desaconsejaba en todo caso iniciar cualquier tipo de proyecto ibérico. El diario conservador no entendía la actitud de los portugueses ante supuestos planes de anexión que en realidad eran inexistentes. El análisis de *La Época* adquiere en este punto un tono socarrón, indicando que

“dejaremos a los portugueses entregados todo el tiempo que les plazca a la inofensiva tarea de vigilar su frontera. [...] Respetando, como se merecen, los escrúpulos que manifiesta la nación lusitana, España seguirá guardándole, como hasta el presente, todas las consideraciones de vecina leal y desinteresada, sin que su exquisita susceptibilidad influya en lo más mínimo en las simpatías que nos merece un pueblo digno y noble tan íntimamente unido a nosotros por la naturaleza, la tradición, la historia y las costumbres.”¹¹¹³

¹¹¹² *La Época*, 20-11-1868, p. 1, col. 1.

¹¹¹³ *Ibíd.*

Estas líneas trasladan, al tiempo que socarronería, un tono algo taciturno. Parece como si *La Época* constatará que el tiempo de la unión ha pasado definitivamente. El mismo tono se percibe en un breve texto de finales del año 68, en el que se reseñan las manifestaciones anti-ibéricas del 1 de diciembre en Portugal (actos que conmemoraban el golpe de Estado de 1640) y *La Época* se lamenta de que algunos periódicos españoles hayan formulado ideas “con poca oportunidad y tacto” respecto a la unión ibérica. Esta falta de coordinación en los tiempos es lo que provocaba la alarma en Portugal, cuyo nacionalismo siempre se ha forjado de manera sólida en torno al rechazo de toda idea de acercamiento a España. Así, el diario conservador aboga por enterrar la desconfianza mutua y estrechar relaciones, en pos de una futura mejora de la coyuntura que beneficiara a los proyectos de unión¹¹¹⁴.

6.1.2.2. *La Correspondencia de España*

En su calidad de periódico informativo, durante el periodo 1869-1870 se encuentran en las páginas de *La Correspondencia de España* multitud de menciones a la unión ibérica, reflejadas sobre todo como revista de prensa de lo que otros periódicos decían al respecto. De hecho, en la sección “Eco de la prensa” se encuentran artículos completos publicados en periódicos tan dispares como *El Centinela del Pueblo*, *El Puente de Alcolea*, *Las Novedades* o *La Opinión Nacional*. También de cuando en cuando se refleja la opinión de la prensa portuguesa, como se observa en el ejemplar del 27 de febrero de 1869. Publica en esa fecha *La Correspondencia* que “los periódicos portugueses vienen cada día demostrando mayor hostilidad a España. [...] Se ha levantado en la prensa del vecino reino una cruzada para predicar contra las tendencias absorbentes”¹¹¹⁵. Las publicaciones del diario de Santa Ana respecto a los proyectos de unión ibérica, en tanto diario de carácter informativo, sirven desde luego para situar de una manera mucho más equilibrada y medida el nivel de penetración real de la idea ibérica tanto en territorio español como en suelo portugués.

Hasta ahora se ha comprobado cómo la mayoría de periódicos que se ocupaban de la cuestión lo hacían desde una perspectiva propagandista, si bien es cierto que en algunas ocasiones se reflejaban sucesos con carácter puramente informativo sobre el

¹¹¹⁴ *La Época*, 07-12-1868, p. 2, col. 4.

¹¹¹⁵ *La Correspondencia de España*, 27-02-1869, p. 1, col. 4.

estado de la cuestión. Sin embargo, la insistencia de *La Correspondencia de España* en ilustrar el repudio con que se recibía mayoritariamente en Portugal la idea iberista encuadraba de manera más real las escasas posibilidades de éxito de una unión política efectiva a corto plazo, dando razones a los periódicos que apostaban por un acercamiento progresivo con la vista puesta en una unión futura frente a los que demandaban una acción rápida por parte del gobierno español. El seguimiento a las noticias surgidas en Portugal en torno a la cuestión ibérica se extiende durante todo el sexenio revolucionario¹¹¹⁶.

Durante el mandato del gobierno provisional se observa en las páginas de *La Correspondencia de España* un posicionamiento político claro y una actitud ciertamente combativa que no habían existido hasta el momento, al menos a tal escala. Se trata del apoyo explícito del diario a la candidatura de Antonio de Orleans al trono de España. El duque de Montpensier era amigo personal de Manuel María de Santa Ana, fundador y editor del periódico, lo que explica la postura de *La Correspondencia*. El baile de candidaturas afectaba directamente a los planes de unión ibérica, por lo que resulta revelador analizar los textos que a este respecto se publicaron en este diario. Por ejemplo, el 2 de noviembre de 1868 se encuentra una publicación sumamente interesante en este sentido en las páginas de *La Correspondencia de España*. Aquel día, el espacio que normalmente ocupaba el folletín –los faldones, la parte inferior de la página– se reservó a la reproducción parcial de un artículo de Justo Pelayo de la Cuesta titulado “La cuestión de España”, previamente publicado en la *Revista de España*¹¹¹⁷. El abogado y político, que llegaría a ser ministro de Hacienda en 1883 en uno de los gobiernos de Sagasta, defendía la monarquía como el sistema más adecuado a las necesidades y demandas del país, por lo que estimaba como absolutamente decisiva para el futuro de España la elección del monarca más conveniente.

Pelayo de la Cuesta repasaba las candidaturas al trono que estaban planteadas en aquel momento, manifestando su simpatía a la dinastía Orleans por estimarla “íntima e

¹¹¹⁶ *La Correspondencia de España*, 12-08-1869, p. 2, col. 2; *La Correspondencia de España*, 17-08-1869, p. 2, col. 1; *La Correspondencia de España*, 26-05-1870, p. 3, col. 2; *La Correspondencia de España*, 27-08-1870, p. 2, col. 2; *La Correspondencia de España*, 12-10-1870, p. 1, col. 5; *La Correspondencia de España*, 18-10-1870, p. 2, col. 1; *La Correspondencia de España*, 27-11-1871, p. 1, col. 3; *La Correspondencia de España*, 20-08-1872, p. 2, col. 5; *La Correspondencia de España*, 11-09-1872, p. 2, col. 4; *La Correspondencia de España*, 19-09-1874, p. 1, col. 5 y sig.; *La Correspondencia de España*, 18-11-1874, p. 2, col. 1.

¹¹¹⁷ *Revista de España*, año I, tomo IV, pp. 609-637.

indisolublemente ligada con la idea de la monarquía constitucional o parlamentaria, fundada sobre el principio de la soberanía nacional, y en tal concepto es la dinastía históricamente rival de la de los Borbones”¹¹¹⁸. Rechazaba la candidatura italiana, la de la casa de Saboya, por tratarse de una familia que había encarnado los principios liberales por “la accidental coincidencia de sus ambiciones hereditarias con las nobles aspiraciones de aquel pueblo a la emancipación y la unidad”¹¹¹⁹. La candidatura de un príncipe inglés la veía Pelayo de la Cuesta acompañada de “dificultades inmensas, acaso insuperables”¹¹²⁰, en relación con la confesión religiosa del susodicho, dejando aparte la poca disposición de Inglaterra a colaborar en una empresa de la que apenas sacaría ventaja. Aspiraciones más o menos “fantásticas” eran para el abogado y político progresista las de los príncipes prusianos y austriacos.

Para cerrar su examen sobre las posibilidades de los futuribles ocupantes del trono español, Pelayo de la Cuesta vuelve la mirada hacia la candidatura de Portugal, “la única que, entre las de su clase, merece por mil motivos consideración muy detenida”¹¹²¹. Hace gala aquí el autor de un iberismo indisimulado, al estimar que la subida al trono español de Luis I de Portugal habría de ser acogida por los españoles “con el más sincero y más legítimo entusiasmo”¹¹²². No obstante, ante la voluntad de unir las coronas de España y Portugal en un solo monarca se alzaba un condicionante que era obstáculo infranqueable para los nacionalistas ibéricos: afirma Pelayo de la Cuesta, rendido a la evidencia, que la última palabra sobre tal eventualidad la tenían los ciudadanos portugueses, quienes habrían de ejercer su soberanía y manifestarse a favor o en contra de un movimiento ibérico, estimando que “la inmensa mayoría del pueblo portugués lo rechaza perentoriamente con repugnancia hoy por hoy invencible”¹¹²³. Sin embargo, el autor destaca que este callejón sin salida que parecía la candidatura portuguesa podría resolverse a través de una combinación heterodoxa, como el ofrecimiento de la corona española a Fernando de Sajonia-Coburgo, padre del rey.

¹¹¹⁸ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 1, col. 5.

¹¹¹⁹ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 2, col. 4.

¹¹²⁰ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 2, col. 5.

¹¹²¹ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 3, col. 1.

¹¹²² *Ibíd.*

¹¹²³ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 3, col. 2.

Así, “se aplazaría la deseada fusión por algún tiempo, que podrá aprovecharse para prepararla, fomentando por medio de una intimidad mayor de mutuas relaciones sociales, políticas, comerciales”¹¹²⁴, planteamiento en sintonía plena con las reclamaciones de una parte importante del iberismo. Pese al mayor atractivo que esta forma ofrecía, a juicio de Pelayo de la Cuesta era tan irrealizable como la anterior, por el mismo motivo: el previsible rechazo en Portugal ya no solo a una unión en el momento presente, sino en un futuro más o menos lejano, a la muerte de don Fernando. Para nuestro autor, los portugueses no veían la unión sino como “la absorción completa de su autonomía por nuestra nacionalidad superior y más potente”¹¹²⁵ y solo aceptarían que un miembro de la dinastía Braganza ciñera las dos coronas si la corte se trasladara a Lisboa, contingencia para la que Pelayo de la Cuesta se encontraba “franca y resueltamente” dispuesto. La última dificultad a salvar, en caso de que en un futuro los portugueses aceptaran compartir rey y los españoles cedieran la capitalidad, sería la voluntad del propio Fernando de Sajonia-Coburgo, la cual el autor tampoco evaluaba positivamente.

Otro camino hacia la unión ibérica que explora Pelayo de la Cuesta sería el que llevara a la familia reinante en Sajonia –de confesión católica en un territorio protestante– a ocupar el trono español. Las relaciones entre aquella familia y la realeza portuguesa eran directas: Jorge de Sajonia estaba casado con María Ana de Braganza, hija de María II de Portugal y Fernando de Coburgo. De este modo, si la carambola resultaba y el gobierno provisional recibía una respuesta afirmativa de la familia sajona –en el hipotético caso de que se le ofreciera la corona–, para Pelayo de la Cuesta la futura unión ibérica sería solo cuestión de tiempo:

“Nuestras constantes y naturales aspiraciones hacia el gran pensamiento de la Unión Ibérica adquirirían, si esta familia se sentase en el Trono de España, la más bella perspectiva de su realización, posible en plazo acaso no muy largo, sin violentas transiciones, y con la ventaja de poder aprovechar este plazo, y las cordiales relaciones consiguientes a la consanguinidad de las dos familias reinantes sobre los dos pueblos, en preparar el camino para aquel trascendental suceso con la previsión necesaria, y por los medios políticos, sociales y mercantiles de que nuestra incuria tradicional no se ha acordado en tres siglos.”¹¹²⁶

Pese a estas fantasías de traer a la familia real sajona al trono español, y pese a que la candidatura portuguesa se percibía como la más adecuada, como la más natural y patriota,

¹¹²⁴ *Ibíd.*

¹¹²⁵ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 3, col. 3.

¹¹²⁶ *Revista de España*, año I, tomo IV, p. 636.

por amplios sectores del progresismo monárquico a los que daba voz Pelayo de la Cuesta en su artículo, se trataba de un camino preñado de obstáculos terriblemente difíciles de superar y que no garantizaban en ningún caso el éxito del proyecto ni la consecución del objetivo último: la unión ibérica¹¹²⁷.

De tal modo se explica cómo estos sectores políticos optaron por hacer prevalecer el sentido práctico y apoyar la candidatura Montpensier, tal y como hizo este autor. Aunque este texto no se publicó originalmente en *La Correspondencia de España*, la importancia tan destacada que se le otorga en sus páginas permite afirmar que el posicionamiento del diario de Santa Ana respecto a los planes de fusión ibérica estaban en la misma dirección que lo expresado por Pelayo de la Cuesta en su artículo. Se plantea, pues, el iberismo como una ideología utópica que había que guardar tristemente en el baúl de los imposibles para conformarse con las seguridades de lo práctico.

6.1.2.3. *La Discusión* y *La Igualdad*

Sin dejar de ser parte del programa de otros sectores políticos, el nacionalismo ibérico estaba ya plenamente integrado en la ideología republicana, como prueban los gritos favorables a la “unión ibérica federativa” que se escucharon en una manifestación republicana en León¹¹²⁸, la bandera morada con la leyenda “República federal ibérica” desplegada en otro evento similar acontecido en Madrid¹¹²⁹ o las expresiones favorables al federalismo ibérico tras la victoria de los republicanos en las elecciones municipales en La Coruña¹¹³⁰, entre otros ejemplos¹¹³¹. Algunos sectores demócratas eran partidarios de una alianza con las fuerzas progresistas para alcanzar la forma republicana de gobierno, que habría de culminar en la federación ibérica como guinda de la revolución de septiembre¹¹³². Tal era la importancia del iberismo en la facción demócrata-republicana, según lo expresa Fernando Garrido en un artículo publicado por *La Igualdad* y reproducido por *La Discusión*.

¹¹²⁷ *La Correspondencia de España*, 02-11-1868, p. 3, col. 4.

¹¹²⁸ *La Discusión*, 24-11-1868, p. 2, col. 5.

¹¹²⁹ *La Discusión*, 01-12-1868, p. 1, col. 4.

¹¹³⁰ *La Discusión*, 27-12-1868, p. 2, col. 1.

¹¹³¹ *La Discusión*, 02-04-1869, p. 3, col. 1; *La Discusión*, 08-06-1869, p. 2, col. 2; *La Discusión*, 29-06-1869, p. 1, col. 5; *La Discusión*, 20-07-1869, p. 2, col. 5.

¹¹³² *La Discusión*, 01-02-1869, p. 2, col. 1.

Otros, como Rivera Delgado, incluían demandas iberistas en sus discursos ante la plana mayor del partido republicano, pidiendo por ejemplo el establecimiento de “una liga republicano-ibérica” para expandir la doctrina revolucionaria por el territorio portugués con el objetivo de ver realizado un “destino”, una “aspiración” y un “ideal”, que no era sino “el triunfo de la República en los dos países”¹¹³³. Así, los sectores demócrata-republicanos comenzaban a entender el nacionalismo ibérico desde una perspectiva práctica, viendo ambas ideologías como complementarias y destinadas a ayudarse funcionando en simbiosis para culminar sus objetivos al mismo tiempo.

Por otra parte, *La Igualdad*, que llevaba por subtítulo “Diario democrático-republicano”, estuvo dirigido en un primer momento por Estanislao Figueras, y en su nómina de colaboradores se encontraban firmas como las de José María Orense, Francisco Pi y Margall o Fernando Garrido, entre otros importantes nombres del republicanismo. En las páginas de *La Igualdad*, uno de los diarios más vendidos durante el sexenio revolucionario (Seoane, 1983: 273), afirmará Pinedo y Vega que proponer la subida de Fernando de Coburgo al trono español como paso previo la unión ibérica era un “absurdo”, pues la monarquía no encarnaba un régimen de libertades, condición imprescindible para que los portugueses se quisieran acercar políticamente a los españoles. Así, desde el punto de vista del redactor, la unión ibérica solo podría llegar “cuando nuestra nación proclame la República federal que consienta la independencia federal de nuestros vecinos y les comunique la savia de un régimen verdaderamente democrático”¹¹³⁴.

6.1.3. Máxima expectación ante las posibilidades iberistas

La muerte de Sinibaldo de Mas privó al iberismo de un pionero, uno de sus primeros teóricos, el adelantado de entre todos los que defendieron el ideal de una Iberia unida. La necrológica de la cabecera de Sagasta, tras repasar los destinos diplomáticos donde sirvió Mas, alguna de sus traducciones (como *La Eneida*, de Virgilio) su contribución a la lingüística (fue autor de un esbozo de idioma universal), centra su nota en alabar las contribuciones del diplomático catalán a la idea ibérica, tanto por sus “infinitas” publicaciones en forma de folletos, hojas sueltas y revistas como por su obra

¹¹³³ *La Discusión*, 11-02-1869, p. 1, col. 5.

¹¹³⁴ *La Igualdad*, 20-02-1869, p. 1, col. 4.

magna, la memoria del mismo nombre que el periódico, *La Iberia*, cuya quinta edición acababa de ver la luz. El diario progresista despidió definitivamente a Sinibaldo de Mas con unas palabras emocionadas:

“Descanse en paz el patriarca de la idea ibérica, que aquí quedamos otros más jóvenes, los cuales, haciéndole merecida justicia, no hemos de desmayar ante las dificultades que se nos presenten para realizar pacífica y lentamente la obra de propaganda emprendida por él y secundada por este periódico, destinado como uno de sus fines al engrandecimiento y prosperidad de la Península, para dar prestigio y alcanzar el puesto de primer orden que está llamado a ocupar en los destinos del mundo este bello confin del Continente europeo.”¹¹³⁵

Siempre desde la segunda o tercera línea de la política, ocupando cargos subalternos en la diplomacia española, con un espíritu inquieto que le llevó a conocer gran parte de Asia más de cerca que cualquiera de sus contemporáneos nacionales, se preocupó de extender la influencia del nacionalismo ibérico también hasta aquel continente. La necrológica de *La Iberia* recordaba que Mas, en su defensa del iberismo, militaba en el mismo bando ideológico que el también fallecido fundador del periódico, Pedro Calvo Asensio.

El iberismo, aun en sus formas más moderadas, había llegado en 1868 a un punto de popularidad altísimo, convirtiéndose en un pensamiento que impregnaba y caracterizaba los posicionamientos políticos de un gran número de hombres públicos en España de casi todas las tendencias. En las páginas de la liberal-conservadora *Revista de España* se refleja esta coyuntura en varias ocasiones. Se puede leer, por ejemplo, un comentario favorable a la unión ibérica en el ensayo biográfico sobre el cardenal Cisneros firmado por Carlos Navarro Rodrigo. El periodista y político afirma, al comentar la muerte del príncipe Miguel de la Paz, que ese hecho truncó “el sueño de todos los buenos españoles, la Península ibérica en toda su integridad, sin mutilación alguna”¹¹³⁶. Esta mera afirmación no convierte a Navarro Rodrigo en iberista, como tampoco a la *Revista de España*, sino que muestra la temperatura ambiente respecto de la cuestión en aquel momento histórico, siendo tal que una Iberia unida constituía la aspiración de un destacado grupo de escritores y políticos españoles del momento. En esta investigación se está comprobando cómo junto con las simples afirmaciones de acercamiento favorable a la idea iberista, mucho más reveladoras de lo que pudieran parecer en una primera mirada, se alzan cada cierto tiempo reivindicaciones en toda regla.

¹¹³⁵ *La Iberia*, 26-11-1868, p. 3, col. 5.

¹¹³⁶ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 458.

Una de estas reivindicaciones la constituye el artículo de Gaspar Muro titulado “La ley de la historia en España”. A lo largo de quince páginas, el autor desenreda un ovillo de razonamientos que van a desembocar en uno de los alegatos más razonables nunca publicados a favor de la unión ibérica. La primera parte del texto recorre la historia de las dinastías españolas encontrando en ella supuestos patrones que se repetían: cada una había dado seis reyes –sin contar a Luis de Borbón– y habían durado más de 100 años pero menos de 200. Gaspar Muro pensaba, obviamente, que con Isabel II se había extinguido la dinastía borbónica, como muchos de sus coetáneos. En la segunda parte del artículo se analiza la influencia que las mujeres han tenido en la conformación y en el desarrollo de la institución monárquica en España, influencia que comenzó a actuar en la época de la Reconquista, con los múltiples casamientos de las herederas a los diferentes tronos españoles –ibéricos– generalmente con príncipes de otros Estados peninsulares. El autor comparte aquella visión histórica del Medioevo español que estima como real y consciente la voluntad de los diferentes reyes peninsulares por recuperar la unidad política de una península Ibérica cristiana, que en el pasado había representado la monarquía goda y se había visto interrumpida por la dominación musulmana.

Siguiendo esta perspectiva, Gaspar Muro afirma que la unidad peninsular se fue forjando bien a través de la conquista de territorios bajo dominio musulmán, bien por la fusión dinástica de los reinos cristianos. Ya está, pues, orientada la reflexión hacia un punto más o menos discernible que el autor ni siquiera ha mencionado todavía; parece que se trata de justificar la aspiración a la unidad peninsular. En este punto de su argumentación, el autor ya ha establecido dos principios, según él universales, que habían regido los destinos de las monarquías de España: la ley que permitía reinar a las mujeres, de la cual él era partidario, había estado no obstante en todo momento contrarrestada por dos “restricciones importantes: la heredera del Trono debía desposarse con un Príncipe de distinta sangre, y este debía tener participación en los negocios del Estado”¹¹³⁷. Para Gaspar Muro, es precisamente el matrimonio de Isabel II con Francisco de Asís el acontecimiento que rompe la ley histórica y se convierte en propiciador de la caída en desgracia de la dinastía borbónica.

¹¹³⁷ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 232.

Una vez aclarado el contexto, es a partir de aquí cuando el artículo toma el tono que más interesa. Según el autor, la ley histórica, rota por la decisión de casar a Isabel II con su primo, es reimplantada por la revolución de septiembre¹¹³⁸. Gaspar Muro da un salto atrás en el tiempo y regresa al siglo XV, expresando ya a las claras la razón de fondo que le motivó a escribir ese texto:

“Al ser reunidos en uno solo bajo el glorioso reinado de los Reyes Católicos los diferentes Estados de la Península, natural era que naciese en todos los ánimos la esperanza de que pronto se completara la obra de la unidad nacional con la incorporación del único que faltaba.”¹¹³⁹

La unión de Portugal a la corona habría sido en aquel momento la culminación de un proceso “natural”, nada menos que “la unidad nacional”. La interpretación nacionalista de la historia es aquí patente y manifiesta. Gaspar Muro incurre en el mismo anacronismo que tantos otros analistas, escritores e historiadores, al interpretar que el concepto de “lo nacional” tenía el mismo significado en 1868 que en 1475 y que era válido afrontar la cuestión de la misma forma en el siglo XIX que cuatrocientos años antes. Como es sabido, diferentes vicisitudes –la más trágica, la muerte de Miguel de la Paz– impidieron la culminación de la unión ibérica en el tránsito del siglo XV al XVI y provocaron el fin de “las dinastías nacionales”, en palabras de Muro, y la llegada de príncipes extranjeros, lo cual no tendría por qué considerarse como un suceso negativo siempre y cuando “el nuevo soberano se consagre exclusivamente al servicio de su nueva patria, anteponiendo sus intereses a cualesquiera otros extranjeros”¹¹⁴⁰, condición que no cumplieron los Habsburgo al negar primero los fueros de Castilla, después los de Aragón y someter por último a Portugal. Según Gaspar Muro, la decadencia que vino después probaba que “la unión de las Provincias españolas no debe ser obra de la guerra, sino producto de la fusión de sus intereses”¹¹⁴¹. Esta frase sirve de introducción a la última parte del artículo, en la que el autor demuestra una aproximación a la cuestión con carácter realista e integrador. Gaspar Muro, descartada de entrada cualquier opción violenta, no espera una unión política inmediata, ni siquiera en el medio plazo:

“La aspiración verdadera de la España no es precisamente la reunión en uno solo de los dos Estados: lo que desea es que aumenten las relaciones políticas y comerciales de una manera más

¹¹³⁸ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 233.

¹¹³⁹ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 233.

¹¹⁴⁰ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 235.

¹¹⁴¹ *Revista de España*, año I, tomo V, p. 236.

conforme con su situación geográfica y que creándose de este modo una solidaridad completa de intereses entre ambos pueblos, aparezcan ante la Europa ligados en estrecha federación.”¹¹⁴²

Para el autor, este proceso estaba inscrito en el espíritu de la época, en el que los diferentes reinos, ducados y señoríos europeos tendían a formar grandes Estados. En el caso concreto de España y Portugal, las medidas a tomar estaban claras y habían sido ya planteadas por diferentes escritores, periodistas y políticos a lo largo de las dos últimas décadas: unión aduanera, mejora de las comunicaciones intrapeninsulares, reconocimiento mutuo de derechos civiles y profesionales entre portugueses y españoles, que propiciarían que los dos países ibéricos pudieran “continuar siendo independientes con tal que vivan entre sí como miembros de una misma familia y sean considerados en el extranjero como una sola gran nación peninsular”¹¹⁴³. El pensamiento de Gaspar Muro en torno a la cuestión ibérica encaja perfectamente en la orientación liberal-conservadora de la *Revista de España* y confirma la buena salud de la que gozaba el pensamiento iberista a la altura de 1869. Sin entrar a discutir candidaturas monárquicas o combinaciones más o menos fantasiosas para conducir a la fusión de las dinastías reinantes en la Península, el autor de la “Vida de la princesa de Éboli” demuestra en su notable artículo que existían posibilidades prácticas de avanzar en una “unión moral” que mostrara a Portugal y España como una sola entidad en muchos aspectos decisivos del desarrollo social y político de ambos países, incluyendo el comercio y la política exterior.

6.1.4. El baile de candidaturas al trono: la opción Fernando de Coburgo

A finales de 1868, Manuel María de Santa Ana firma un artículo en su periódico en el que establece la posición oficial de *La Correspondencia* ante los acontecimientos que estaban por venir. Se explicita y se argumenta en positivo el apoyo del diario al duque de Montpensier, cuya candidatura al trono español es presentada como una solución patriótica y liberal, al tiempo que se rechaza cualquier candidato extranjero. *La Correspondencia de España* estima como “generosas, simpáticas y dignas de respeto” otras ideas: la candidatura de Espartero, la instauración de una república y la unión ibérica. Respecto a esta última solución, Manuel María de Santa Ana argumenta que es “imposible por la oposición de todo el pueblo portugués que insulta en el teatro a su

¹¹⁴² *Revista de España*, año I, tomo V, p. 239.

¹¹⁴³ *Ibíd.*

monarca por suponerle partidario de esa unión que haría la felicidad y la grandeza de ambos países”¹¹⁴⁴. Se presenta, pues, la unión ibérica como un proyecto utópico al que se mira con cierta melancolía. *La Correspondencia de España* no apuesta por la unión de España y Portugal por consideraciones de carácter práctico, aunque en una situación favorable habría sido valedor de la idea. De hecho, uno de los argumentos que el diario liberal esgrime a favor de Montpensier es que el duque

“cree que sin perder su autonomía ninguna de estas dos naciones, puede establecerse la unión más perfecta de intereses y de costumbres, abriendo las fronteras a nuestros vecinos, acogiéndolos como hermanos, haciéndoles comprender las ventajas de una fraternidad sincera, y preparando así el gran día en que por el amor y la conveniencia general pudiera realizarse la unión ibérica.”¹¹⁴⁵

Las causas imposibles no eran del agrado de Manuel María de Santa Ana, quien consiguió insertar este mismo texto en *El Imparcial*, periódico que aceptó de buen grado la publicación del artículo, aunque manifestó su desacuerdo con las ideas en él expresadas¹¹⁴⁶.

En enero de 1869 se observa un giro significativo en la orientación iberista de uno de los periódicos que más apasionadamente habían defendido la unión de Portugal y España. Se trata de *Las Novedades*, que en un artículo titulado “La monarquía democrática y la candidatura al trono” niega su apoyo a la candidatura de Fernando de Sajonia-Coburgo al trono español, puesto que “en Portugal se ha despertado con inmensa sobreexcitación el sentimiento patriótico” y el más mínimo avance en relación con la llegada de un rey portugués a la corte de Madrid provocaría el efecto contrario al deseado, es decir, el rechazo más absoluto en el país luso a las ideas de unión ibérica. *Las Novedades* pasa a defender desde ese momento la candidatura francesa en la persona de Antonio de Orleans, duque de Montpensier¹¹⁴⁷. Quizá este movimiento se explique sin mayor complicación debido al cambio de titularidad de los propietarios del diario. A principios de 1869 la escena política española hierve a la búsqueda de un gobernante que cuadre con los principios revolucionarios. Cada tendencia política apuesta fuerte por su candidato y nadie cede un milímetro en sus posiciones. Las conspiraciones se extienden,

¹¹⁴⁴ *La Correspondencia de España*, 15-12-1868, p. 2, col. 3.

¹¹⁴⁵ *La Correspondencia de España*, 15-12-1868, p. 3, col. 1.

¹¹⁴⁶ *El Imparcial*, 16-12-1868, p. 2, col. 4.

¹¹⁴⁷ *La Época*, 15-01-1869, p. 1, col. 1.

los vaivenes en el parecer de la opinión pública se suceden, los periódicos intentan imponer sus opiniones.

1869 es un año clave en el que se discute agitadamente sobre el futuro de España. En la prensa madrileña se debaten las candidaturas monárquicas y la posibilidad de proclamar la república, se escribe sobre absolutismo, socialismo y guerra civil, se habla de patriotismo, de emancipación y del advenimiento de un régimen de libertades que hará a la patria recuperar su grandeza. Junto a todas estas cuestiones también se comenta, y de qué modo, la idea de la unión ibérica. El 15 de enero de 1869, *El Imparcial* comenta un famoso artículo de *Las Novedades*, publicado un día antes, en el que el periódico progresista se consagra a la defensa de Montpensier como candidato al trono¹¹⁴⁸. El diario de Gasset y Artime reprocha a su colega que en su programa revolucionario estableciera la unión ibérica como objetivo y apenas cuatro meses después cambiara de opinión. El argumento de mayor peso por parte de *Las Novedades* para rechazar la unión con Portugal era la oposición que en aquel país producían los proyectos iberistas, afirmación que para *El Imparcial* tenía “más de apariencia que de realidad”¹¹⁴⁹. Además, según el diario de Gasset y Artime, durante los años que *Las Novedades* defendió la unión ibérica también existía en Portugal esa oposición a la idea, por lo que existía una falta de coherencia en los argumentos del diario progresista. *El Imparcial*, cada vez más explícito en su pensamiento nacionalista ibérico, intenta desarrollar un posible escenario de futuro:

“¿Cree nuestro colega que sirve mejor a la causa que ha patrocinado por tantos años, negando la conveniencia de elegir para rey de España a D. Fernando, que aceptándolo, por ejemplo, con entera separación entre las dos naciones de la Península, durante cuyo reinado podría prepararse su *unión personal* con la autonomía completa de Portugal, para llegar por último, a la completa fusión bajo el segundo o tercer reinado?”¹¹⁵⁰

Los planes de *El Imparcial* son optimistas y expresan el convencimiento de una parte del nacionalismo ibérico, que nunca renunció a la posibilidad de una unión futura, por seguir un camino calmado y prudente hacia una fusión de identidades bajo un mismo monarca, respetando en todo momento la autonomía de cada Estado. Para este sector del nacionalismo ibérico era claro que la operación de construcción nacional debería desarrollarse con serenidad y cordura; paso a paso debería irse conformando una única

¹¹⁴⁸ *Las Novedades*, 14-01-1869, p. 1, cols. 2-5.

¹¹⁴⁹ *El Imparcial*, 15-01-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁵⁰ *Ibíd.* En cursiva en el original.

concepción nacional sobre la península Ibérica, ejercicio que no podría culminarse sin un proceso largo y paciente, imposible de llevar a cabo de la noche a la mañana. En este sentido, se trataba de propuestas sumamente razonables que esquivaban un escenario de choque y ruptura, las cuales con altísima probabilidad hubieran provocado en Portugal un profundo rechazo y desafección, y se promovía la acción cautelosa y discreta de construcción nacional, basada en la seducción y no en la imposición.

Las Novedades, que en los años del Sexenio está viviendo ya su decadencia (Seoane, 1983: 277), ha sufrido varios cambios de propietario y milita a principios de 1869 entre los partidarios de Montpensier, como se ha apuntado unas líneas más arriba. En el artículo mencionado, *Las Novedades* recuerda cómo “casi todos” los liberales han defendido en algún momento “la fusión ibérica”¹¹⁵¹, para acto seguido afirmar que en aquel momento se trataba de un proyecto “completamente irrealizable”, debido a la hostilidad con que en Portugal era recibida la idea. Por otra parte, el posicionamiento favorable de *La Época* ante la candidatura de Fernando de Coburgo –siempre que fracasara la opción alfonsina–, provocó que *Las Novedades* se declarase aún más contrario al rey viudo de Portugal, por considerar su candidatura “contraria a los intereses de la revolución”¹¹⁵². También se enzarzaría este diario en una discusión con *La Iberia*, por el mismo motivo¹¹⁵³.

Otro interesante artículo de *Las Novedades* en el que se tratan los planes iberistas es el publicado con fecha de 2 de abril de 1869. Dirigiéndose a los partidarios de Fernando de Coburgo, este diario se declara favorable como ellos “a la unión ibérica, a la importante unión de esas dos nacionalidades que ya constituyeron por mucho tiempo un mismo pueblo y que nunca debieron separarse”¹¹⁵⁴. Pese a esta categórica afirmación, *Las Novedades* mantiene que proclamar rey de España a Fernando de Coburgo serviría más para alejar la posibilidad de la unión que para fomentarla, puesto que en la realización de ese plan verían los portugueses la desaparición de su independencia. Así, la unión ibérica podría ser “un cataclismo político y financiero” si no se llevara a cabo con el consentimiento de los portugueses, a quienes nadie había pedido opinión sobre su

¹¹⁵¹ *Las Novedades*, 14-01-1869, p. 1, col. 4.

¹¹⁵² *Las Novedades*, 16-02-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁵³ *Las Novedades*, 13-02-1869, p. 1, col. 2; *Las Novedades*, 18-02-1869, p. 1, col. 2; *Las Novedades*, 20-02-1869, p. 1, col. 1.

¹¹⁵⁴ *Las Novedades*, 02-04-1869, p. 1, col. 2.

voluntad de avanzar hacia la unión dinástica, horizonte que en último término representaba don Fernando, padre de Luis I de Portugal.

Más allá de menciones puntuales sobre la cuestión, el texto en que *Las Novedades* define más nítidamente su posición respecto a la candidatura fernandina para el trono español se publicó el 4 de febrero de 1869, ocupando prácticamente por completo la primera página. En el artículo, primero de una serie titulada “La candidatura al trono español considerada bajo su aspecto internacional”, se reconoce el “acreditado y prudente liberalismo”¹¹⁵⁵ del que fuera consorte de María da Gloria, al tiempo que se pretende evidenciar la imposibilidad práctica de la unión sobre todo por dos razones: en primer lugar, por la vida relajada que llevaba don Fernando en su retiro de Sintra, la cual no estaría dispuesto a cambiar por la agitación de la corte española; en segundo lugar, el posible perjuicio que el candidato causaría a su hijo Luis si finalmente ciñera la corona de España, hecho que despertaría suspicacias en ciertos sectores de la sociedad portuguesa –el diario habla de “alarmar el susceptible patriotismo de sus naturales”¹¹⁵⁶– hasta el punto de amenazar el reinado de aquel. Así, el argumento clave de los iberistas quedaba desactivado, puesto que, desde la óptica de *Las Novedades*, la meta de la unión ibérica se alejaría si don Fernando fuera rey de España.

Este diario vislumbra en el horizonte incluso una guerra contra Portugal en caso de que esta propuesta triunfara¹¹⁵⁷, y solo entreabre la puerta a que la fusión ibérica no fuera tal, sino más bien una suerte de confederación en forma de unión dinástica, posibilidad ante la cual se muestra pesimista, ya que “la unión ibérica es una aspiración natural y legítima; de difícil y probablemente remota realización; pero que, cuando menos, nada ganaría con el advenimiento al trono del padre de Luis I”¹¹⁵⁸. *Las Novedades*, en definitiva, se centra en el invierno de 1869 en defender la candidatura de Antonio de Orleans al trono español por encima de cualquier otra consideración, mas sin despreciar la idea de unión ibérica e incluso deseándola, si bien la considera posible solo a través de la implantación en España de un sistema político “mejor y más liberal” que el portugués, y nunca por la proclamación de Fernando de Coburgo como rey de España.

¹¹⁵⁵ *Las Novedades*, 04-02-1869, p. 1, col. 1.

¹¹⁵⁶ *Las Novedades*, 04-02-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁵⁷ *Las Novedades*, 04-02-1869, p. 1, col. 3.

¹¹⁵⁸ *Las Novedades*, 04-02-1869, p. 1, cols. 4 y 5.

Es también a mediados de enero cuando se encuentra en la primera página de *La Opinión Nacional*, partidario de la candidatura de Montpensier, un artículo en el que se alaba la figura de Fernando de Coburgo como posible futuro rey de España, ya que “un Rey de la raza de los Coburgos no puede rechazarse, y mucho menos cuando su advenimiento a España pudiera ser la causa de la reunión de nuestro pueblo con el pueblo portugués”¹¹⁵⁹. Sin embargo, pese a esta aparente aprobación de la candidatura fernandina, *La Opinión Nacional* se preocupa rápidamente de echarla por tierra en base a dos argumentos: en primer lugar, don Fernando ya había negado su disposición a ceñir la corona de España; además, la posibilidad de que Portugal se viera efectivamente absorbido por España aterraba hasta tal punto a los portugueses que sería improbable un apoyo del pueblo luso a la unión, ni aun cuando la misma familia fuera titular de las dos coronas. Este artículo sería reproducido días más tarde por *Las Novedades*¹¹⁶⁰.

Tres después de su primera toma de posición respecto a la candidatura fernandina, *La Opinión Nacional* vuelve a expresarse en el mismo sentido, si bien ya en un tono de abierta hostilidad contra el Coburgo, al asegurar que don Fernando “se expresa con el mayor desdén a nuestro país”¹¹⁶¹, además de tacharlo de vanidoso, derrochador y pusilánime. Los ataques contra el rey viudo de Portugal se tradujeron en repetidas ocasiones a lo largo de febrero del 69 en acusaciones de incapacidad para administrar los negocios de un país¹¹⁶² y de “impericia política”¹¹⁶³, o en insinuaciones sobre sus costumbres y las de su familia¹¹⁶⁴. *La Opinión Nacional* también argumentará que promocionar la candidatura de don Fernando significaba alejar la posibilidad de la unión ibérica, puesto que dicha idea agitaba el espíritu de independencia portugués¹¹⁶⁵. Este periódico representa, pues, un posicionamiento distintivo de una parte importante de la clase política española respecto al iberismo: simpatía inicial por el fondo de la cuestión, rechazo por su improbabilidad práctica y, sobre todo, por la lealtad particular debida a otras opciones políticas, en el caso de este diario la candidatura del duque de Montpensier al trono español. *La Opinión Nacional* también difundirá en sus páginas artículos de otros

¹¹⁵⁹ *La Opinión Nacional*, 19-01-1869, p. 1, col. 3.

¹¹⁶⁰ *Las Novedades*, 30-01-1869, p. 2, col. 3.

¹¹⁶¹ *La Opinión Nacional*, 22-01-1869, p. 1, col. 1.

¹¹⁶² *La Opinión Nacional*, 10-02-1869, p. 2, col. 3.

¹¹⁶³ *La Opinión Nacional*, 15-02-1869, p. 1, col. 4.

¹¹⁶⁴ *La Opinión Nacional*, 19-02-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁶⁵ *La Opinión Nacional*, 22-02-1869, p. 1, col. 5.

periódicos que se manifestaron en su misma dirección, como *Las Novedades* o *El Progreso*¹¹⁶⁶, así como algunos textos del portugués Francisco da Cunha, en los que se tildaba de ilusos a aquellos que se mostraban esperanzados con la posibilidad de la unión ibérica, idea impracticable por la oposición de los portugueses¹¹⁶⁷.

6.1.5. La *Historia de una idea*, de Andrés Borrego

El año de 1869 fue en el que *La Iberia* registró mayor cantidad de publicaciones en torno al iberismo. En sesenta y ocho de sus ejemplares se encuentra información, artículos o propaganda relevante sobre el asunto. El día 23 de enero se publica el primero de la serie de tres artículos titulados *Historia de una idea*, firmados por un tal Veracitor, quien no sería otro que el viejo conocido Andrés Borrego (Rocamora, 1989; Rueda, 1998: 210). Antes de avanzar en el análisis de dichos artículos hay que apuntar que semanas más tarde saldría a la luz un opúsculo anónimo del mismo título, editado en la madrileña imprenta de Fortanet y en cuyo prólogo se certifica que el contenido del mismo no es más que “la reproducción de artículos que han visto la luz pública en *La Iberia*” y que habían provocado la aparición “en varios periódicos [de] importantes manifestaciones, en el sentido de dar al interregno que atraviesa España, la solución más conducente a preparar la grandiosa obra de la unión de los dos Reinos Peninsulares” (Borrego, 1869: 3). Cada uno de los tres artículos se editó como capítulo independiente en el libro, al cual se le añadió un cuarto texto que no fue publicado por *La Iberia* o al menos no se ha conservado¹¹⁶⁸.

Publicado en la tercera página del diario y a lo largo de cuatro columnas, el artículo se inicia con un halago de la revolución de septiembre por su éxito a la hora de expulsar del trono a Isabel II, cuya dinastía había sido la principal causa, según el autor, por la que España había dejado de ser una de las primeras potencias mundiales. Tras el

¹¹⁶⁶ *La Opinión Nacional*, 05-02-1869, p. 1, cols. 4 y 5; *La Opinión Nacional*, 10-02-1869, p. 1, cols. 4 y sig.

¹¹⁶⁷ *La Opinión Nacional*, 12-02-1869, p. 1, cols. 2 y 3; *La Opinión Nacional*, 27-02-1869, p. 2, cols. 2-4.

¹¹⁶⁸ Se puede comprobar la inexistencia de este cuarto capítulo en formato de artículo repasando los ejemplares de *La Iberia* publicados entre el 3 de febrero de 1869, fecha de publicación del tercer artículo, y el 15 de febrero del mismo año, fecha en que se data el prólogo del libro. Además, el 7 de marzo de 1869 se puede leer en el diario progresista un pequeño comentario sobre la susodicha serie de artículos en el que de alguna manera se echa el cierre al debate. En este comentario se establece el posicionamiento de *La Iberia*, cuya redacción había afirmado expresamente su no identificación con la totalidad de lo publicado por Veracitor.

terremoto político que en cualquier país supone “interrumpir la regular sucesión de la magistratura suprema”¹¹⁶⁹, el redactor del artículo afirma que ante tal suceso hay que tener prevista la dinastía que se va a hacer cargo de la sucesión. Este no era el caso de los revolucionarios españoles, que se habían declarado monárquicos pero aparentemente sin prever que expulsar a la reina sin aportar un sustituto claro abría las puertas de la república. Frente a esta posibilidad, el autor afirma que no le cabe a él debatir las ventajas o inconvenientes de esta forma de gobierno frente a la “institución secular” que era la monarquía, sino que simplemente le cumple

“hacer la historia de una idea que para nadie es nueva, idea que encerraba toda la honra y toda la gloria a que podía aspirar la revolución de septiembre, [...] abrir el camino a la unión en una misma estirpe de la corona de los dos reinos peninsulares, [solución que es] la más apetecible, la más provechosa, la más nacional.”¹¹⁷⁰

Cabe destacar una vez más el empleo de la palabra *nacional* para poner en valor la idea que se quiere defender. No solo era el iberismo una idea nacional, sino que era “la más nacional”. Así, se deja claro desde el comienzo que esa idea que se va a historiar es la del nacionalismo ibérico, cuyo origen sitúa el autor en el exilio liberal de 1823, más concretamente en el núcleo que se formó en Gibraltar entre Francisco Díaz Morales, Álvaro Flórez Estrada, Juan Rumí y otros¹¹⁷¹, quienes pidieron ayuda a Pedro de Braganza, emperador de Brasil, “al que los españoles estarían dispuestos a mirar como a su libertador”¹¹⁷². Por descontado, asumiendo que el autor del artículo era Borrego, que se optaba por una salida monárquica para la revolución española. Las siguientes líneas confirman el envío de una “Memoria expositiva del pensamiento” de la unión ibérica por parte de los conspiradores de Gibraltar a don Pedro¹¹⁷³. Tras la abdicación de este como emperador de Brasil y su regreso a Portugal con Mendizábal como agente financiero se reanudaron las conspiraciones iberistas, siempre según el autor del texto, hasta que las truncó el fallecimiento de Pedro IV.

La desaparición del rey portugués fue coincidente en el tiempo con los primeros compases de la guerra carlista, que exigió de los liberales españoles unión total frente al enemigo absolutista, lo que les dejó sin capacidad de atender frentes secundarios como

¹¹⁶⁹ *La Iberia*, 23-01-1869, p. 3, col. 3.

¹¹⁷⁰ *La Iberia*, 23-01-1869, p. 3, col. 4.

¹¹⁷¹ *Ibíd.*.

¹¹⁷² *La Iberia*, 23-01-1869, p. 3, col. 5.

¹¹⁷³ *Ibíd.*

era el de la unión ibérica. Pero si por algo se caracteriza el iberismo es por su capacidad de crearse nuevas esperanzas, por su terquedad en creer que alguna vez podría surgir una contingencia política que ayudara al movimiento a establecerse como alternativa real a los planteamientos existentes.

Así, la alianza de los liberales portugueses y españoles en sus respectivas luchas contra el absolutismo, sumada a la coincidencia de príncipes en Portugal y princesas en España, “fueron hechos que vinieron a reanimar la fe de los que nunca deseperaron de preparar por medio de una común dinastía la futura mancomunidad de los dos pueblos hermanos”¹¹⁷⁴. Sin embargo, los manejos moderados ante la cuestión del matrimonio de la reina culminaron en el doble enlace que dio como resultado la perpetuación de los Borbones en España, ante lo que el redactor se lamentaba acusando a “los ministros de aquella época y el estado mayor del partido moderado” de no ver más horizonte que el de Francia, y sacrificar la honra peninsular por la conveniencia de un matrimonio real¹¹⁷⁵. En esta *Historia de una idea*, el autor parece hacer el repaso de una partida de cartas en la que los iberistas siempre juegan con buenas manos pero nunca saben aprovecharlas. Mientras, otros aspirantes a repartirse el botín del poder político, no necesariamente opuestos a la unión de España y Portugal, juegan sus bazas de manera más inteligente y se acaban llevando el premio.

Antes de comentar el segundo artículo de la serie, publicado el 28 de enero, conviene resaltar unas líneas escritas por los redactores de *La Iberia* en las que rectifican el “error” que cometieron al incluir el primer artículo de la *Historia de una idea* en la sección de Variedades, lo que achacaron a “la premura con que se hace un periódico”¹¹⁷⁶. Este texto se publica ya en primera página, justo detrás del artículo doctrinal, y se menciona expresamente que las ideas en él expresadas eran únicamente responsabilidad del autor. Veracitor continúa su historia analizando la intervención militar de 1847, que en su opinión fue agradecida por “la corte de Lisboa y sus protectores”, pero que lamentablemente para el movimiento iberista “debía impopularizar en Portugal el nombre español, añadiendo resentimientos nuevos a la memoria de antiguas antipatías”¹¹⁷⁷.

¹¹⁷⁴ *Ibíd.*

¹¹⁷⁵ *La Iberia*, 23-01-1869, p. 3, col. 6.

¹¹⁷⁶ *La Iberia*, 28-01-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁷⁷ *La Iberia*, 28-01-1869, p. 1, col. 3.

No obstante esta percepción, el autor afirma que todavía siete años después de la intervención militar, tras la Vicalvarada, existían en Portugal ciertos “hombres públicos” dispuestos a considerar la posibilidad de tratar proyectos de unión con España¹¹⁷⁸. Sin embargo, según el autor, estas opciones se truncaron por la desunión de las fuerzas revolucionarias españolas, tal y como estaba sucediendo en 1869. Se revela así un pesimismo de fondo respecto a las posibilidades de triunfo de la unión ibérica siempre y cuando la idea no estuviera apoyada por un grupo político fuerte y sin fisuras. En este caso, la responsabilidad de no avanzar en el camino de la fusión ibérica se achaca a las diferencias entre Espartero y O'Donnell:

“La falta de conformidad entre los dos caudillos respecto al significado que se diera a la fórmula entonces en boga de cúmplase la voluntad nacional, condujeron al sacrificio de la combinación, a la que sin haberla formalmente aceptado, prestaban oído en 1854 los hombres públicos portugueses más notables.”¹¹⁷⁹

Tras el cierre en falso de la revolución del 54, al decidirse en España la permanencia de Isabel II en el trono, la posibilidad de una unión dinástica empieza a alejarse irremediabilmente del imaginario político portugués, según el autor, porque el mantenimiento de la dinastía borbónica significaba el mantenimiento de un régimen que nunca sería verdaderamente liberal.

El tercer artículo de la *Historia de una idea* ve la luz el 3 de febrero de 1869, y en él se estudian las causas del alejamiento progresivo que los portugueses habían mostrado ante los proyectos ibéricos que en España se venteaban de cuando en cuando. El autor afea en primer lugar a la prensa “de la reacción” el hecho de que difundiera informaciones que no tenían otra base que la de agitar el fantasma de la invasión española de Portugal. Se trata, en opinión del autor, de un juego de enredos tan viejo como el juego político: la unión ibérica, por más que en teoría abrigara un futuro prometedor para el conjunto del pueblo peninsular, supondría la caída del régimen y con él la caída de toda una red clientelar apegada al poder, dentro de la cual se contaba la mencionada prensa reaccionaria. Así, la propagación de noticias o rumores destinados a enardecer el

¹¹⁷⁸ *Ibíd.*

¹¹⁷⁹ *La Iberia*, 28-01-1869, p. 1, col. 4.

patriotismo portugués y alejar la posibilidad de la unión solo podría beneficiar a la dinastía y a una gran parte del sistema que identificaba con ella¹¹⁸⁰.

Pasa entonces el autor a evaluar la incapacidad que las candidaturas al trono hasta entonces propuestas tenían para encarnar un sentimiento verdaderamente nacional. Desde su punto de vista, habría que establecer “las aspiraciones de un gran partido nacional a favor de la unión personal de las dos coronas peninsulares”¹¹⁸¹, para lo cual sin embargo la opinión pública no estaba preparada. En este punto el autor se muestra muy crítico con quienes asimilaban alegremente los proyectos de unión hispano-portuguesa con aquellos que llevaron a la unión italiana, la cual es juzgada como mucho más natural por ser “la unión de pueblos de idéntica raza”¹¹⁸². Esto no era así en la realidad peninsular, mucho más delicada de tratar y mucho más sensible debido a la gloriosa historia de cada uno de los Estados, que si bien podía ser mirada como una razón para la unión por su similitud y por el hecho de que se habían superado las diferentes etapas históricas casi siempre de la mano, la otra cara de la moneda mostraba que el pasado de Portugal hacía crecer la susceptibilidad de aquel pueblo ante la posibilidad de una fusión que quizá borrara o al menos tratara de diluir aquel pasado memorable¹¹⁸³. Este orgullo nacionalista hacía que los más reaccionarios de entre los portugueses no se desmarcaran de una posible unión con España. Además, durante el siglo XIX, el siglo del liberalismo, este movimiento había avanzado mucho más en Portugal que en España, lo que no hacía sino retraer a los portugueses de ideología más avanzada.

Así las cosas, lo primero que en España necesitaba si quería avanzar en el camino de la unión ibérica era estabilidad, según lo expresado por el autor: era precisa la consolidación de una nueva monarquía hereditaria, ni que fuera después de un periodo de regencia al que podrían estar llamados nombres tan ilustres como Espartero, Olózaga, Serrano, Prim o Rivero¹¹⁸⁴. La más alta, prestigiosa y patriótica solución para el futuro de la nación había de ser la unión con Portugal, la cual solo se podría alcanzar tras la consolidación de un sistema político en el que todas las facciones dejaran sus respectivas

¹¹⁸⁰ *La Iberia*, 03-02-1869, p. 1, col. 3.

¹¹⁸¹ *La Iberia*, 03-02-1869, p. 1, col. 5.

¹¹⁸² *Ibíd.*

¹¹⁸³ *La Iberia*, 03-02-1869, p. 1, col. 6.

¹¹⁸⁴ *La Iberia*, 03-02-1869, p. 2, col. 1.

banderías a un lado y se centraran en el establecimiento de un Estado verdaderamente liberal, incluyendo a los republicanos, a quienes el autor pide su apoyo¹¹⁸⁵.

Como se menciona más arriba, en el opúsculo *Historia de una idea* cada capítulo se corresponde con uno de los artículos recién comentados. Sin embargo, esta publicación añade un cuarto capítulo que no se publicó en forma de artículo en *La Iberia*. En la lectura del opúsculo se observan además pequeñas correcciones y cambios en la redacción de los capítulos en relación con los artículos, todas ellas de carácter mínimo, que no obstante no cambian en absoluto el sentido de los textos. El cuarto texto se centra en los medios para conseguir la unión ibérica, y en él se expone una idea básica: hacer la unión viable y admisible para los portugueses dependía por completo de España. En primer lugar, enlazando con el artículo anterior, el autor estima que España necesitaba constituir cuanto antes “un Gobierno considerado, popular y fuerte” (Borrego, 1869: 43), que pudiera encargarse de los asuntos del país mientras se decidía en las Cortes una ley fundamental que encuadrara las condiciones adecuadas de desarrollo para la nueva etapa que afrontaba España, siendo la forma de gobierno más adecuada para el país la monarquía hereditaria. El autor vuelve a reclamar que se incluyera a los republicanos en el sistema, implementando algunas de las medidas que este partido reclamaba para de ese modo evitar posibles distorsiones desde posiciones más revolucionarias que la propia revolución.

Sería entonces, confirmada la monarquía como forma de gobierno y con un ejecutivo fuerte y unido, casi de concentración nacional, cuando se podría afrontar la cuestión dinástica, para cuya solución el autor proponía abiertamente un príncipe de la casa de Braganza. Los pasos a dar para culminar la mencionada solución habrían de estar presididos por la prudencia, el saber hacer y, en todo caso, habría de quedar “enteramente sujeta a la voluntad, a la conveniencia, a los deseos de los portugueses” (Borrego, 1869: 50). Se pone el ejemplo de Gran Bretaña y la unión de los reinos de Inglaterra y Escocia como modelo a seguir. De este modo se desactivaban, según el planteamiento del autor, los dos principales temores que los portugueses abrigaban respecto a los planes de unión ibérica: la posibilidad de perder su independencia, que la coronación de un Braganza

¹¹⁸⁵ *Ibíd.*

descartaba, y el atrasado estado político de España, que había sido sobrepasado por la fuerza verdaderamente liberal de la revolución septembrina.

Así, el autor encara la recta final de su disertación prácticamente en estado de euforia, al afirmar que aun cuando los portugueses siguieran mostrándose desafectos a cualquier tipo de acercamiento a España, se verían irresistiblemente atraídos por el ejemplo de un país renovado, regido por un gobierno de “magistrados populares [...] nombrados por la representación nacional” (Borrego, 1869: 53). Este modelo de gobierno, ni que fuera oficialmente denominado como regencia, incluiría en su seno a los republicanos: los Orense, Castelar, Pi y Margall o Figueras se verían representados en una forma de gobierno basada en muchos de sus principios. Para culminar su argumentario, el autor afirma una vez más la necesidad de optar por un príncipe de la casa de Braganza al ser “la aspiración peninsular la más elevada y generosa idea alimentada por el patriotismo de los liberales” (Borrego, 1869: 57). La fecha de 1869 era, según acertado juicio del autor, la quinta ocasión que se le presentaba a España en el siglo para terminar con la tradición antiliberal; por quinta vez el país acaparaba la atención de Europa al encontrarse en una encrucijada decisiva para su destino, tras los retrocesos de 1814, 1823, 1844 y 1856. Solo un Braganza podía representar una solución verdaderamente patriótica, ya que ninguno de los demás pretendientes –ni un Borbón, ni un Montpensier, ni un príncipe italiano– estaba en disposición de aunar todas las condiciones de orden, libertad y progreso que encarnaba la candidatura portuguesa.

6.1.6. Nuevas manifestaciones favorables a don Fernando

El Imparcial se muestra en todo momento receptivo ante los planes de unión ibérica. Tras comentar una carta publicada por Amalio Maestre en *La Voz del Siglo* en la que se presentaba la idea como catalizador y aspiración máxima de la revolución de septiembre, el diario liberal afirma que una fusión ibérica sería la bandera “bajo cuyos pliegues cogen todos los que antes que hombres de partido sean españoles amantes del engrandecimiento de esta nación”¹¹⁸⁶. Se presenta una vez más el iberismo como idea patriótica y digna de altos estadistas, de personas nobles y leales que antepongan los intereses comunes y de futuro a los beneficios personales en el presente. En ese sentido,

¹¹⁸⁶ *El Imparcial*, 18-01-1869, p. 1, col. 1.

El Imparcial va a ofrecer cada vez más espacio en sus páginas a los defensores de la unión ibérica. A principios de febrero de 1869 se publica en el diario de Gasset y Artime un artículo titulado “El futuro rey”, escrito por “un distinguido hombre público” de quien no se da el nombre, con el que los redactores del periódico afirman estar “conformes en muchas de sus apreciaciones [y en] el fondo general del artículo”¹¹⁸⁷. El texto va desgranando las diferentes candidaturas al trono español y llega a considerar como la más adecuada, por eliminación, la de Fernando de Portugal. Según el autor, las ventajas del Coburgo eran patentes, desapareciendo en primer lugar cualquier atisbo de conflicto exterior, al estar don Fernando relacionado con la mayoría de las familias reinantes de Europa y ser del agrado de Napoleón III por no tratarse de un Borbón. En segundo lugar, tanto isabelinos como carlistas verían desvanecerse sus opciones de volver a reinar, con lo que se esfumaba el peligro de una guerra civil. Una vez asegurada la estabilidad, el reinado de Fernando de Coburgo propiciaría,

“en un plazo más o menos largo, la unión ibérica, sueño dorado de todos los pensadores peninsulares, [que] no solo sería la realización de un levantado pensamiento, no solo sería el comienzo de una era de ventura y poderío para españoles y portugueses; sería el más grande y magnífico de los resultados de una justa y motivada revolución; sería la sanción y la glorificación a la vez del alzamiento nacional de septiembre.”¹¹⁸⁸

De este modo, el autor cifra el éxito de la revolución de septiembre en la culminación de la unión ibérica, punto de desarrollo máximo al que españoles y portugueses podrían aspirar. El previsible rechazo de los portugueses a la idea sería suavizado sencillamente con la acción del tiempo y la existencia de una dinastía compartida; el paso de los años permitiría a los portugueses convencerse de las ventajas de la unión con España.

Mientras tanto, *Las Novedades* vuelve a la carga en su defensa del duque de Montpensier. El diario progresista, que había cambiado por completo su redacción¹¹⁸⁹, sigue insistiendo en su rechazo de la unión ibérica, lo que propicia una nueva respuesta de *El Imparcial*, diario que en esta ocasión va a desplegar toda una batería argumentativa a favor de la unión de Portugal y España. Sin perder su proverbial comedimiento, pero en pleno estado de optimismo por el triunfo de la revolución, el periódico de Gasset y Artime se refiere a los “poderosos medios” con los que España contaba en aquel momento para

¹¹⁸⁷ *El Imparcial*, 03-02-1869, p. 1, col. 4.

¹¹⁸⁸ *El Imparcial*, 03-02-1869, p. 2, col. 1.

¹¹⁸⁹ *El Imparcial*, 24-01-1869, p. 1, col. 1.

intentar algún movimiento dirigido a promover la unión con Portugal. El artículo parte de la base de que la historia del iberismo en España es una historia reprobada, una idea que ninguna administración ha tomado realmente en serio y que los partidos de oposición blandían como herramienta propagandística que olvidaban una vez llegaban al poder, promoviendo únicamente tímidos acercamientos a nivel cultural y material, nunca en lo político¹¹⁹⁰. *El Imparcial* argumenta que la dinastía borbónica, guardando las formas en lo público, siempre sembró el rechazo a una idea que probablemente hubiera supuesto su desaparición, y lo mismo haría Montpensier si llegara a ocupar el trono¹¹⁹¹. La única forma de unir España y Portugal en un sistema monárquico era para el diario liberal la consecución de una unión personal en la figura de un heredero de la casa de Braganza, obteniendo así una forma de gobierno análoga a la que existía en aquel momento entre Suecia y Noruega¹¹⁹². Esa era la propuesta iberista de *El Imparcial* a la altura de enero de 1869. En aquel momento, el diario de Gasset y Artime se movía en una calculada indefinición respecto a las candidaturas monárquicas, sin decantarse por ninguna, ejerciendo de árbitro a través de múltiples críticas y comentarios, tanto de carácter positivo como negativo, ante los aspirantes que las diferentes facciones políticas iban proponiendo.

En el invierno de 1869 la cuestión ibérica pesa mucho en los números de *La Época*, que trata el asunto de manera casi ininterrumpida. Así, el 5 de febrero le otorga la primera página a un escrito de Eusebio Salazar y Mazarredo, diputado moderado por Briviesca, en el que se declara partidario de la unión ibérica en la figura de Fernando de Coburgo. En este texto, que también sería publicado en la primera página de *El Imparcial*¹¹⁹³, Salazar y Mazarredo argumenta que el espíritu de la época tiende a unificar a los pueblos y no a separarlos, poniendo como ejemplo a Estados Unidos, Alemania e Italia. Así, la prioridad de la política española debería ser la recuperación de la unidad perdida, reuniendo bajo su bandera a Gibraltar y a Portugal. Ante el fracaso de la política borbónica sobre Gibraltar, quedaba centrar los esfuerzos en la otra parte del tablero. Comienza el diputado moderado rebatiendo a aquellos que afirmaban que en Portugal se detestaba a España, juzgando esta información como “inexacta”. A juicio de Salazar, los

¹¹⁹⁰ *Ibíd.*

¹¹⁹¹ *Ibíd.*

¹¹⁹² *El Imparcial*, 24-01-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁹³ *El Imparcial*, 08-02-1869, p.1, col. 2.

portugueses simplemente tienen otro modo de comportarse en política, más “suave” a su juicio, y reprochan a los españoles la violencia que muchas veces había acompañado a los cambios políticos en el país. La clave para acometer la unión ibérica era aprovechar los momentos en que los portugueses no estaban satisfechos con la labor de sus gobiernos. Así, según el autor, en los años 1847-48, tras la intervención del ejército español en favor de la reina María, el espíritu ibérico había tomado fuerza¹¹⁹⁴. Lo mismo ocurrió en 1851, con una explosión de manifestaciones pro-ibéricas protagonizadas por Almeida Garrett, Henriques Nogueira, Sousa Brandão o Latino Coelho. Este último, como destaca el diputado conservador, era en 1869 ministro de Marina y Ultramar.

Según la teoría de Salazar y Mazarredo, el iberismo en Portugal decayó con la regencia de Fernando de Sajonia-Coburgo, “el verdadero fundador del sistema representativo”¹¹⁹⁵. De este modo, la mejor forma de preparar la unión ibérica era contar con un buen gobierno en España, que atrajera a los portugueses más que proyectos de fusión política en bruto. Salazar afirma que “todos los portugueses ilustrados tienen el presentimiento de que ambos países llegarán tarde o temprano a formar un solo pueblo”¹¹⁹⁶. Las razones de este augurio eran de carácter práctico, ya que se estimaba que dos naciones por separadas serían siempre más débiles que una grande, no solo en cuestiones políticas sino también, de manera muy importante, en el ámbito financiero, donde Portugal y España sufrían especialmente. Para el autor, “el problema se reduce a buscar los medios de realizar la transición de un modo sencillo y natural que allane todos los obstáculos”¹¹⁹⁷. Estos medios estaban en aquel momento histórico al alcance, a saber: era imprescindible dedicar algunos años a la mejora de relaciones, a pulir viejos recelos y a hacer crecer las simpatías, y una de las mejores formas para lanzarse a esta aventura era ofreciendo la corona de España al Fernando de Sajonia-Coburgo. Según Salazar y Mazarredo, era clave el apoyo que presumiblemente tendría este candidato por parte del resto de las grandes naciones europeas, lo que sería un paso primero y principal para la estabilidad del futuro rey. Así, habría que salvar el rechazo que el rey viudo había manifestado ya en más de una ocasión a ceñir cualquier corona europea. Este rechazo era algo cierto y patente, pero Salazar no se arredra y propone que las Cortes constituyentes

¹¹⁹⁴ *La Época*, 05-02-1869, p. 1, col. 2.

¹¹⁹⁵ *Ibíd.*

¹¹⁹⁶ *Ibíd.*

¹¹⁹⁷ *Ibíd.*

aclamaran “por inmensa mayoría” a don Fernando como rey de España, situación ante la cual el candidato no podría negarse.

Para cerrar el artículo, el autor planteaba un horizonte de prosperidad económica basado en la unión monetaria y la unión de los códigos legales, además de, por supuesto, una unión aduanera inspirada en el Zollverein alemán. Iberia sería un país fuerte en lo financiero y respetado en lo político, que además tendría asegurada la sucesión a la corona en la familia Braganza. Un país que recordaría la fama de siglos pasados y aclararía su porvenir, que podría transmitir a sus hijos “un patrimonio de bienestar, de libertad y de gloria, que nos indemnice de dos siglos de vergonzosa postración”¹¹⁹⁸. El diputado moderado cerraba su artículo con el grito, escrito en mayúsculas, “ESPAÑA POR D. FERNANDO, IBERIA POR SUS DESCENDIENTES”¹¹⁹⁹. Estos eran, pues, los planteamientos de Eusebio Salazar y Mazarredo en plena efervescencia política, en pleno debate sobre qué dirección debía tomar España en esos momentos críticos de su historia. Sin embargo, no hay que tomar la parte por el todo y pensar que esta era la tendencia general del partido conservador. Según *La Época*, la postura de Salazar le separaba “sustancialmente de sus correligionarios de la unión liberal”¹²⁰⁰.

El periódico de Ignacio José Escobar no es reticente a la candidatura de Fernando de Sajonia-Coburgo, como se comprueba en el ejemplar del 9 de febrero de 1869. Al comentar un texto de *La Monarquía Constitucional* en el que este diario defiende al padre del rey portugués, el redactor de *La Época* afirma que si en España se debe romper la dinastía borbónica, “preciso es confesar que el único que allegaría más voluntades por la grande idea que representa en lo porvenir, es el rey viudo de Portugal”¹²⁰¹. Con fecha de 14 de febrero, el diario de las élites conservadoras expresa abiertamente su preferencia por el príncipe Alfonso de Borbón como solución para salir del laberinto en el que se encontraban los revolucionarios, que no sabían qué camino tomar tras el triunfo de su causa. Sin embargo, *La Época* no descartaba la opción de don Fernando, que se presentaba “como un medio de llegar a la unidad sin precipitar los acontecimientos”¹²⁰². El que fuera rey consorte era muy querido en Portugal, lo que quizá hubiera amortiguado

¹¹⁹⁸ *La Época*, 05-02-1869, p. 1, col. 4.

¹¹⁹⁹ *Ibíd.*

¹²⁰⁰ *La Época*, 05-02-1869, p. 1, col. 1.

¹²⁰¹ *La Época*, 09-02-1869, p. 3, col. 3.

¹²⁰² *La Época*, 14-02-1869, p. 2, col. 4.

el rechazo popular que en aquel país seguía representando la idea de unirse a España. Para *La Época*, los portugueses habrían de ver que la unión ibérica representaba para ellos la verdadera libertad, ya que les liberaría del yugo inglés. Además, la fusión de ambos Estados se llevaría a cabo “por la asimilación de los intereses económicos, por la identidad de ideas, por el convencimiento de ambos pueblos de que no hay otra solución más conforme a sus verdaderos intereses”¹²⁰³. Así, *La Época* finalizaba su análisis de la candidatura portuguesa manifestando sin reparos que, en el caso de que finalmente Fernando de Sajonia-Coburgo ocupara el trono español, el periódico le prestaría “sin reserva nuestro modesto apoyo”¹²⁰⁴.

Ante esta manifestación de apoyo a don Fernando, *La Época* va a recibir alguna crítica por parte de sus lectores, que le harían llegar cartas argumentando en contra de la candidatura portuguesa al trono español. El periódico conservador no hace ascos a la lucha dialéctica y dispone de contra-argumentos para responder. Ante la acusación de que Fernando de Sajonia-Coburgo sería un rey extranjero, dice el periódico de la alta burguesía que “no es más extranjero para España que lo que puede serlo cualquier súbdito de ese pueblo hermano”¹²⁰⁵, palabras que tuvieron eco también en *El Imparcial*¹²⁰⁶. Por otro lado, cuando un lector manifiesta que la unión de dos países pobres daría lugar a un país aún más pobre, el diario conservador contesta afirmando que España y Portugal no eran países pobres, sino “pueblos mal administrados”¹²⁰⁷. También se observa cómo *La Época* mantiene la alerta ante cualquier novedad en relación con la unión ibérica que aconteciera en Portugal. En febrero de 1869 certifica cómo crecían los rumores de una manifestación militar a favor de la unión¹²⁰⁸, al tiempo que en Oporto se vivía una manifestación iberista auspiciada por los comerciantes¹²⁰⁹.

Del mismo modo se refleja la pega de carteles que se vivió en Lisboa, carteles que proclamaban la pronta realización del “grandioso proyecto de la unión ibérica”. *La Época* transcribe la totalidad del panfleto, que apelaba a los portugueses a apoyar los proyectos

¹²⁰³ *Ibíd.*

¹²⁰⁴ *Ibíd.*

¹²⁰⁵ *La Época*, 24-02-1869, p. 2, col. 3.

¹²⁰⁶ *El Imparcial*, 25-02-1869, p. 1, col. 4.

¹²⁰⁷ *Ibíd.*

¹²⁰⁸ *La Época*, 11-02-1869, p. 2, col. 3.

¹²⁰⁹ *La Época*, 15-02-1869, p. 2, col. 1.

de unión y finalizaba con el grito de “¡Viva la unión de los dos pueblos hermanos!”¹²¹⁰. Se hace lo mismo también con escritos anti-ibéricos, como el que daba a conocer la comisión portuguesa “Primero de Diciembre”, con motivo de la propaganda iberista que llenaba las páginas de algunos periódicos españoles. En el texto se afirmaba que “ninguna razón política, moral o económica [...] exige que España y Portugal formen un solo Estado; y el derecho público europeo [...] no permite que se obligue a una nación, por pequeña que sea, a abdicar su nombre, su pasado, su independencia”¹²¹¹. Esta aparición constante de escritos sobre la cuestión ibérica en Portugal demuestra que también allí influía el estado de cosas de la política española, y que el nacionalismo ibérico era por entonces lo suficientemente fuerte como para hacer saltar las alarmas y movilizar al nacionalismo portugués en defensa de sus intereses.

Era un hecho normal que durante las conmemoraciones del 1 de diciembre de 1640 se lanzaran proclamas en Portugal contra la unión ibérica, según recoge *La Correspondencia de España*¹²¹². Este periódico también se hace eco de algunas noticias que afirmaban como cierto un pronunciamiento de una parte del ejército portugués a favor de la unión ibérica y de la coronación de Fernando de Coburgo como rey de España, calificándolas sin embargo de “infundadas”¹²¹³. Estos rumores de insurrección se extenderían durante los dos años transcurridos entre el triunfo de la Gloriosa y la coronación de Amadeo de Saboya¹²¹⁴, así como los rumores sobre la posibilidad de que Fernando de Coburgo pasara a ocupar el trono español¹²¹⁵. La opción de coronar a un miembro de la realeza portuguesa era, como se sabe, la preferida por amplios sectores del progresismo español, encabezados por Juan Prim y Salustiano Olózaga, según afirmaban ciertos periódicos y recoge *La Correspondencia de España*¹²¹⁶. El rechazo del padre del rey de Portugal a la corona de España lo hace público *La Corres* en una noticia de última hora publicada en su ejemplar del 19 de febrero de 1869, en la que se informaba de una comida celebrada en Lisboa a la que asistieron “representantes de varias potencias” y

¹²¹⁰ *La Época*, 20-02-1869, p. 3, col. 3.

¹²¹¹ *La Época*, 06-03-1869, p. 4, col. 3.

¹²¹² *La Correspondencia de España*, 06-12-1868, p. 2, col. 5 y p. 3, col. 3.

¹²¹³ *La Correspondencia de España*, 11-02-1869, p. 1, col. 1.

¹²¹⁴ *La Correspondencia de España*, 10-02-1869, p. 4, col. 2; *La Correspondencia de España*, 15-02-1869, p. 2, col. 5.

¹²¹⁵ *La Correspondencia de España*, 13-02-1869, p. 1, col. 1; *La Correspondencia de España*, 14-02-1869, p. 3, col. 3; *La Correspondencia de España*, 16-02-1869, p. 2, cols. 2 y sig.; *La Correspondencia de España*, 16-02-1869, p. 8, col. 4.

¹²¹⁶ *La Correspondencia de España*, 02-04-1869, p. 2, col. 5. *La Correspondencia de España*, 12-04-1869, p. 3, col. 3 y sig.

donde Fernando de Coburgo, en “un discurso breve, pero expresivo”¹²¹⁷, habría declarado su negativa a aceptar cualquier propuesta oficial en el sentido antes mencionado.

El apoyo de *La Época* a la candidatura de Fernando de Coburgo para el trono español tiene un efecto multiplicador en el optimismo de *El Imparcial*, que encuentra en el cambio de orientación acometido por el diario conservador, en febrero de 1869, un refuerzo de su posición favorable a los proyectos de unión ibérica. El diario de Gasset y Artime reproduce unas líneas publicadas por su colega en las que se ensalza la figura del Coburgo como candidato al trono, lo que es evaluado positivamente:

“Importantes son las noticias que anoche nos da *La Época* sobre la cuestión de candidatura para el trono de España; y como quiera que *El Imparcial* ha manifestado en más de una ocasión su preferencia por esta solución que responde a una idea grande, patriótica, de inmensas consecuencias para el porvenir, como deben serlo siempre las de una pura revolución, las reproducimos con satisfacción, sin abandonar por eso la línea de conducta que desde un principio nos propusimos, de no discutir la personalidad del monarca sino en tiempo oportuno y con las conveniencias necesarias.”¹²¹⁸

La Época, en su artículo, también había reprochado a *Las Novedades* el abandono de la propaganda iberista: *El Imparcial* encuentra así en los conservadores un apoyo que podría parecer inesperado y que desde el diario de Gasset y Artime se intenta asentar y confirmar, instando a *La Época* a que se manifestara de manera clara e inequívoca a favor de Fernando de Coburgo¹²¹⁹. *El Imparcial* insiste en el patriotismo de la idea ibérica, en la carga beneficiosa que tendría la unión de Portugal y España para el futuro de ambas naciones, destacando una vez más que el nacionalismo ibérico debía ser la estrella que iluminara los pasos de los revolucionarios de septiembre, una guía de acción, un objetivo a alcanzar que mantuviera unidas a las diferentes facciones políticas en una meta a largo plazo, un extremo que asegurara el triunfo definitivo de la revolución tras conseguir el objetivo principal, el derrocamiento de los Borbones.

Por otro lado, leyendo los textos publicados por *La Esperanza* en relación a los proyectos de unión ibérica, se observa cómo desde el tradicionalismo y el nacionalismo español se traslada la discusión al terreno de las rivalidades ideológicas nacionales. Se acusa al partido progresista y a los demócratas de intentar vender una parte de la patria a

¹²¹⁷ *La Correspondencia de España*, 19-02-1869, p. 6, col. 5.

¹²¹⁸ *El Imparcial*, 11-02-1869, p. 1, col. 3.

¹²¹⁹ *El Imparcial*, 17-02-1869, p. 1, col. 2.

los franceses –a semejanza de lo que hizo el liberalismo italiano– para colmar intereses personales. En febrero de 1869, *La Esperanza* sigue alzando su voz a favor de Carlos María de Borbón (Carlos VII, para sus partidarios) en detrimento de las otras dos posibles soluciones a la crisis política española, que pasaban en ese momento por entronizar al príncipe de Asturias, al duque de Montpensier o a Fernando de Portugal¹²²⁰. El iberismo de *La Esperanza* nunca existió, sino que este diario defendió más bien un nacionalismo español de corte expansionista. Siendo esto cierto, la realidad es que a lo largo de todo el sexenio revolucionario –sobre todo en 1869– la redacción de *La Esperanza* sigue con gran atención lo que se publicaba en Portugal respecto a los proyectos de unión ibérica, y casi a diario se pueden encontrar reproducciones de periódicos lusos referidas al asunto, sobre todo aquellas que lo enfocaban de manera negativa para los intereses de Portugal, aun reconociendo cierta agitación en algunos sectores, como el ejército. Durante este periodo de ebullición, el diario absolutista por excelencia ya no hace explícito su apoyo a una unión ibérica bajo liderazgo español, como en la década de 1850, sino que rechaza frontalmente esta idea en cualquiera de sus formas. Da por hecho que el rey Fernando de Portugal no va a aceptar ni en ese momento ni en el futuro la corona española, y da rienda suelta a la propaganda anti-ibérica, como por ejemplo con la publicación de la carta de un lector que desarrolla tres argumentos que hablan en contra de la posible unión, a saber: “odios profundos y antiguas rivalidades de raza; la oposición de Inglaterra; [...] el pueblo español no aceptaría gustoso un monarca extranjero”¹²²¹.

La Esperanza nunca deja, sin embargo, de mencionar su disposición a colaborar en los planes de unión ibérica, y se considera un posible cómplice, ya incluso a la altura del verano de 1869, cuando afirma de nuevo que “la unión de España y Portugal es completamente imposible, como no sea bajo otra forma distinta de la ideada hasta hoy en día”¹²²². El periódico absolutista no cede en su empeño de desprestigiar los proyectos ibéricos procedentes del liberalismo progresista, mientras crecía la inestabilidad política en el país por la imposibilidad de encontrar un candidato apropiado para el trono, después de la repetida negativa de Fernando de Portugal.

6.1.7. Los republicanos participan de la cuestión ibérica

¹²²⁰ *La Esperanza*, 15-02-1869, p. 1, col. 4.

¹²²¹ *La Esperanza*, 05-03-1869, p. 2, col. 1.

¹²²² *La Esperanza*, 18-08-1869, p. 1, col. 5.

A comienzos de 1869 se viven los momentos más álgidos del iberismo, que presentaba sus credenciales y parecía ser una opción potencial verdaderamente factible para el futuro de España y Portugal. Así se vivió también en el país luso, donde, según recogieron *La Discusión* y otros periódicos, volvieron a surgir voces dando la alarma ante lo que se veía como el resurgimiento de España y una posible pérdida de independencia. Una independencia, por cierto, que *La Discusión* se empeñaba en recordar que no era tal, puesto que Portugal seguía dependiendo *de facto* de las decisiones tomadas en Londres¹²²³. Una de las reacciones de protesta por parte de la prensa portuguesa ante los planes de unión ibérica se vio por ejemplo tras aprobarse la validez en territorio español de los títulos universitarios conseguidos en Portugal, demanda histórica del iberismo que acercaba ciertamente a los ciudadanos de ambos Estados en un ámbito de tanto peso como el laboral¹²²⁴. Ante el rechazo frontal de estas medidas por parte de una mayoría de la prensa portuguesa, *La Política* se lamentaba de que “la idea no está, quizá, suficientemente extendida, sus esplendores no han logrado aún disipar las tinieblas de inteligencias fanatizadas, y acaso no es llegado el momento de realizarla”¹²²⁵.

La cuestión de la candidatura de Fernando de Portugal al trono de España fue motivo de polémica también en el seno del nacionalismo ibérico, entre sus defensores y los partidarios de instaurar una república. Si bien la llegada de Fernando de Coburgo hubiera encarnado la posibilidad cierta de fusionar en el futuro los dos Estados peninsulares, los principios republicanos tendrían siempre mayor peso que una posible unión ibérica para los redactores de *La Discusión*. Al menos eso se desprende del artículo firmado por J. Rodríguez y Morales con el título de “Una solución monárquica”, en el que el autor equipara monarquía a reacción y afirma que bajo una monarquía Portugal solo podría ser considerado como una provincia de España. Rodríguez y Morales insiste en una idea que ya había sido expresada en las columnas de *La Discusión*, a saber, que la mejor forma de atraer a Portugal era instaurar en España un verdadero sistema liberal:

“Seamos más libres que los portugueses, más ricos que los portugueses, más instruidos que los portugueses; ofrezcámosles el ejemplo de una nación que vive sin reyes y sin ejércitos permanentes, y sin presupuesto de culto y clero, y sin que la presión del Estado sofoque y mate la iniciativa individual, y Portugal se unirá bien pronto a nosotros, cansado de sus reyes, del

¹²²³ *La Discusión*, 17-02-1869, p. 3, col. 1.

¹²²⁴ *La Discusión*, 16-02-1869, p. 1, col. 5.

¹²²⁵ *La Discusión*, 16-02-1869, p. 2, col. 1.

despilfarro de sus gobiernos, de su dependencia de Inglaterra, y deseoso de alcanzar la libertad que no tiene, el sufragio universal que no tiene, la independencia de la Iglesia y del Estado que no tiene, la supresión de su ejército permanente y la iniciativa que como Estado le correspondería dentro de la gran República ibérica.”¹²²⁶

Según este punto de vista, la monarquía, ni aunque fuera la de Fernando de Coburgo, no aportaba absolutamente ninguna garantía de que España pudiera seducir a Portugal con una mejora de su sistema político, antes bien ocurriría lo contrario. De nuevo se trata de una apuesta a doble o nada, ya que se establecía un paralelismo entre la prevalencia de cierto sistema político y la culminación al mismo tiempo de la unión ibérica, en base a la aplicación de los principios políticos incardinados en el programa republicano.

La forma de gobierno a adoptar por la nueva España surgida tras la revolución también fue motivo de enfrentamiento entre *La Discusión* y *La Iberia*. Este último diario, siempre monárquico, se mantenía en una posición de ambigüedad respecto a su candidato todavía en febrero del 69, más de cuatro meses después de la revolución, y se había limitado a establecer como objetivo de la revolución la unión de España y Portugal, a lo que *La Discusión* contesta con el argumento, una vez más, de que

“este pensamiento solo se puede realizar por medio de la República, es decir, por medio de una fórmula superior a la actual política portuguesa y a la actual política española. [...] ¿Cómo lo que aquí significa un retroceso y un combate, y en Portugal significa la muerte de un pueblo, ha de servir de lazo de unión entre portugueses y españoles? [...] No piense [*La Iberia*] en reyes, no piense en nuevas monarquías, y venga con nosotros a fundar la República ibérica.”¹²²⁷

La indefinición de *La Iberia* respecto a la cuestión de la forma de gobierno —o más bien, respecto a qué candidato apoyaría para una futura Iberia monárquica— era una situación que molestaba a los demócratas, quienes exigían del representante periodístico del partido progresista más definición a la hora de afrontar un problema clave. En su artículo “Un candidato menos”, el periodista, político e historiador aragonés Pedro Pruneda insiste en la idea de que el iberismo habría de olvidarse de la forma monárquica de gobierno si quería tener éxito en sus demandas, y es que a esas alturas el padre de Luis I de Portugal ya había declinado aceptar la corona española, aun antes de que le hubiera sido ofrecida¹²²⁸. *La Discusión* ofrece un ejercicio de humildad y realismo político en medio de esta polémica con su colega monárquico, reconociendo problemas de fondo a la hora

¹²²⁶ *La Discusión*, 16-02-1869, p. 2, col. 2.

¹²²⁷ *La Discusión*, 18-02-1869, p. 1, col. 2.

¹²²⁸ *La Discusión*, 20-02-1869, p. 1, col. 1.

de abordar de manera práctica la cuestión, concediendo de forma sarcástica a *La Iberia* que la unión ibérica

“quede proclamada, primero en las redacciones de *La Discusión* y de *La Iberia*, y después por los republicanos y por los progresistas. Proclamen la unión ibérica todos los españoles. ¿Se habrá realizado por eso? ¿Qué habremos conseguido si los portugueses la rechazan?”¹²²⁹

El principal problema, pues, según el punto de vista del diario democrático, era convencer a los portugueses de que saldrían ganando con una unión política, y a este respecto la idea divulgada por *La Discusión* para llevar a cabo la unión era inamovible: crear una república federal ibérica en la que Portugal no viera amenazada su autonomía. En Lisboa, sin embargo, la idea no parecía gozar de mucho predicamento pese a la aparición de algún diario republicano¹²³⁰.

El 18 de febrero de 1869 se puede leer otro artículo destacado por *La Correspondencia de España* que, sin defenderlo abiertamente, expresaba un posicionamiento concreto del periódico sobre la cuestión ibérica. Se trata de la traducción de un texto publicado por el *Jornal do Comercio* de Lisboa, que es presentado por *La Correspondencia de España* como revelador del “espíritu del pueblo portugués con respecto a la unión ibérica”¹²³¹. El diario de Santa Ana, pues, pretende de entrada hacer ver a sus lectores que en el enfoque de este artículo estaba cifrada la percepción de todo un país. Y el tono del artículo se corresponde con lo que cabría esperar: el periódico lisboeta rechaza de plano la unión ibérica, ya que en su opinión supondría en todo caso la extinción de la independencia portuguesa¹²³², y considera que el único medio para unir a ambos países era que España intentara una anexión violenta¹²³³. Las medidas de acercamiento entre los dos países, medidas blandas como la convalidación de títulos universitarios, no eran tampoco especialmente aplaudidas por el *Jornal do Comercio*, que rechazaba asimismo la candidatura de Fernando de Coburgo al trono español, presentándola como una “comedia” que podría servir a España de excusa para intentar un golpe de mano y anunciar la unión ibérica¹²³⁴. El diario lisboeta sorprendía, sin embargo,

¹²²⁹ *La Discusión*, 21-02-1869, p. 2, col. 3.

¹²³⁰ *La Discusión*, 14-03-1869, p. 2, col. 2.

¹²³¹ *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 2.

¹²³² *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 2.

¹²³³ *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 3.

¹²³⁴ *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 4.

afirmando que “la federación ibérica, bajo la forma republicana”¹²³⁵, era algo factible, si bien en un futuro muy lejano.

En aquel momento, según el *Jornal do Comercio*, a los portugueses solo les cabía refugiarse en su patriotismo para sacar al país adelante y esperar que España se preocupara de resolver sus propios asuntos. ¿Por qué se puede considerar este artículo como representativo de la postura de *La Correspondencia de España* y no así otros, de diferente orientación, que se publicaban en la sección “Eco de la prensa”? Precisamente porque estos últimos constituían una revista de prensa, un resumen del espíritu que reinaba entre las diferentes cabeceras de Madrid que se publicaba con el único ánimo de representar las tendencias más sólidas. Sin embargo, artículos como el firmado por Pelayo de la Cuesta, comentado más arriba, o el recién analizado del *Jornal do Comercio*, se presentaban de manera independiente y comentados, ni que fuera brevemente, por la redacción de *La Correspondencia*, que también tomaba partido sobre la cuestión. La unión ibérica era para el diario de Santa Ana una gran idea que “no podrá realizarse sino cuando impere en el sentimiento de ambos pueblos y pueda realizarse de un modo conveniente a los mismos, sin que se siga ni haya el temor de que el uno absorba al otro”¹²³⁶.

A la altura de febrero de 1869, en los círculos republicanos ya se hablaba abiertamente de la posibilidad de formar una “liga republicana ibérica” que extendiera en España y Portugal los principios de esta forma de gobierno¹²³⁷. Mientras, *La Iberia* daba por cerrado el primer periodo de la revolución septembrina y apelaba a no “adormirse en los laureles” y entrar en el segundo periodo revolucionario, el constituyente, con “más fe, más ardor” y sobre todo con “espíritu patriótico” para

“allanar el camino a un pensamiento nacional, a una idea noble, grande y generosa, tanto tiempo acariciada; a una solución política, en fin, que dará a nuestra Revolución un carácter tan eminentemente sublime y grandioso, como no lo ha tenido jamás ninguna Revolución del mundo: el carácter de unidad y fraternidad para con otro pueblo. ¡PASO A LA UNIÓN IBÉRICA! ¡ESPAÑA Y PORTUGAL HERMANAS!”¹²³⁸

¹²³⁵ *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 5.

¹²³⁶ *La Correspondencia de España*, 18-02-1869, p. 7, col. 2.

¹²³⁷ *La Iberia*, 02-02-1869, p. 2, col. 6.

¹²³⁸ *La Iberia*, 17-02-1869, p. 1, col. 1.

Con estas palabras se abría el ejemplar del 17 de febrero de 1869. El entusiasmo, el arrebatado del lenguaje utilizado tiene como objetivo el enardecimiento de las masas. Se observa de nuevo la importancia que se le concede a los conceptos de patria y de nación, englobando en todo momento a España y Portugal. El nacionalismo ibérico se articula en este momento de manera clara en torno a la idea de fusión como previa a la creación de un nuevo modelo nacional, nunca ensayado en la era moderna pero con enraizamiento histórico, como cualquier movimiento nacionalista reclamaba. Para *La Iberia*, que se enorgullecía de su larga militancia iberista, la unión de España y Portugal era “la cuestión verdaderamente nacional y revolucionaria”¹²³⁹. Estas palabras van cargadas de un altísimo voltaje: en un momento clave de la historia de España, en pleno proceso de reconstrucción nacional, uno de los pilares publicísticos del progresismo español definía precisamente el concepto “nacional” con una acepción que estaba totalmente en un horizonte más allá del esperado por muchos. *La Iberia* manifestaba, para concluir, que su toma de posición respondía también a un “ligero tributo” en memoria de su fundador, el fallecido Pedro Calvo Asensio, gran defensor de la idea ibérica y cuyos principios “sirvieron un día de base fundamental para la publicación de un diario progresista con el título de *La Iberia*”¹²⁴⁰. El nacionalismo ibérico se encuentra, pues, en el código genético del periódico, en su esencia fundamental, como ha quedado ya patente en diferentes ocasiones.

La apelación al patriotismo y al pensamiento “nacional y glorioso” se repite hacia el final de la nota que se acaba de comentar y que abría el periódico aquel 17 de febrero de 1869. El día siguiente volvía a tratarse el tema en la primera página, en un artículo titulado “Unión ibérica”, que no es destacable por constituir una novedad en el mensaje iberista, sino por tratarse de un instrumento propagandístico que refuerza el sentido de lo expresado hasta la fecha y constituye la foto fija del pensamiento iberista a esas alturas de siglo. Según *La Iberia*, la unión de España y Portugal debe ser para los liberales “el gran ideal” al que deberían dedicar sus fuerzas “cuantos se interesen en la felicidad de la patria”¹²⁴¹. En ese momento el iberismo cuenta con la posibilidad de que el desarrollo de la revolución de septiembre haga llegar a buen puerto su objetivo, como se manifiesta en este artículo, pese a la oposición de ciertos sectores. Se proclaman de nuevo dos ideas

¹²³⁹ *Ibíd.*

¹²⁴⁰ *La Iberia*, 17-02-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁴¹ *La Iberia*, 18-02-1869, p. 1, col. 4.

clave ya conocidas y que justificarían la creación de una única nación en suelo ibérico: la indiscutible unidad geográfica y la historia común durante muchos siglos. Esta última había sufrido un deterioro casi irreparable en el siglo XII con la separación del condado de Portugal, hecho que había “quebrantado el destino de un gran pueblo”¹²⁴². Dicho destino estaría en 1869, según *La Iberia*, a punto de ser restablecido en su gloria original, tanto por motivos económicos –se terminaría el contrabando y se incrementaría el rendimiento del comercio fluvial y ferroviario– como por razones de política exterior: “¡qué otra cosa hubiera sucedido, y otro respeto y consideración se nos guardara, si juntos en una sola entidad hubiéramos ido a formar al lado de las grandes Potencias europeas!”¹²⁴³. Para Portugal sería particularmente beneficiosa la unión, ya que se sacudiría de la dominación inglesa. En definitiva, se ofrecía a los lectores más mercancía del mismo tipo que se había estado repartiendo durante años. Los argumentos no cambiaban y los iberistas parecían convencidos de que el curso natural de los acontecimientos se adaptaría a sus deseos y apreciaciones.

6.2. Diferentes aproximaciones a lo largo de 1869

El iberismo no aparece como un movimiento monolítico, sino que va evolucionando desde las diferentes posiciones políticas que manifestaban su afinidad con esta fórmula. Desde el republicanismo, *La Discusión* entraba en el debate con *La Iberia* precisamente sobre la forma de gobierno que más convendría al futuro Estado ibérico. *La Iberia* proclama que su colega republicano, al declararse “iberista”, defiende la solución “nacional y patriótica” propuesta desde el progresismo. Se observa aquí establecida la convergencia de dos de los conceptos clave en torno a los que gira esta investigación: el iberista es el nacional, el patriota. Se daban condiciones, pues, para la existencia de un nacionalismo ibérico entendido como doctrina política que aspiraba a la unión de Portugal y España, y que además tenía aspiraciones de formar un frente común lo más amplio posible en defensa de su objetivo. Así lo manifiesta *La Iberia* en su número del 20 de febrero, en el que además ofrece alguna pincelada, extraña en sus páginas, de lo que cabría definir como iberismo españolista:

¹²⁴² *Ibíd.*

¹²⁴³ *La Iberia*, 18-02-1869, p. 1, col. 5.

“No más fracciones; no más desunión en la familia: vuelva al seno de la madre patria el hijo, de quien la ha separado una serie de errores y desventuras; recobre nuestra hermosa nación su poderío, y elévese el santo lema de la libertad en toda la extensión de la Península española. Ante esa idea, que asegura para siempre nuestro porvenir, que nos hace grandes y fuertes, todo español siente latir su pecho de entusiasmo.”¹²⁴⁴

No hay que tomar la parte por el todo y elevar este comentario a la condición de categoría dentro del planteamiento de *La Iberia*, que en poquísimas ocasiones habla, como esta vez, de una Península española. De hecho, en el mismo artículo, se hace referencia a la importancia que tendría elegir la monarquía como forma de gobierno para que Portugal no sintiera “repugnancia” ante la formación de una república. No habrá que darle mayor importancia, por tratarse de una apreciación puntual, pero valga y quede registrada para certificar que dentro del movimiento iberista había en efecto una parte de españolismo, sin duda incardinado en la tradición unitaria que no habría que tomar obligatoriamente por imperialista o uniformizadora. La clave de este giro en las manifestaciones iberistas puede encontrarse también en una voluntad de alcanzar una unidad de acción que atrajera hacia la idea también a “las personas de orden, los ciudadanos pacíficos”, como *La Iberia* los describe, que quizá estaban siendo alejados del movimiento iberista por la dispersión y el radicalismo de los partidos más cercanos a la idea. Un frente común y estable sería más susceptible de atraer a una masa social “de orden” a la facción ibérica, que al proclamar la unión estaría también proclamando “todas las libertades y derechos del pueblo”¹²⁴⁵, entroncando así directamente con la masa social amiga de la revolución de septiembre.

El dilema entre monarquía y república, aderezado con los proyectos de unión ibérica, era debatido abiertamente desde varios frentes, y a la polémica vino a sumarse *La Política*, diario que, pese a declararse “entusiasmado” por la idea de la unión, atacaba a *La Iberia* por defenderla. Esta contradicción argumentativa de *La Política* es a su vez contestada por el diario de Sagasta: “¿a qué viene poner obstáculos? ¿Para qué esa reticencia en el lenguaje del diario liberal, que en vez de apoyar combate (por más veladas que estén sus armas) una causa que le es simpática?”¹²⁴⁶. Más allá de escaramuzas periodísticas puntuales, estas polémicas demuestran la pujanza y fortaleza del iberismo en aquel momento. De hecho, la unión ibérica se discutía regularmente en periódicos de

¹²⁴⁴ *La Iberia*, 20-02-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁴⁵ *La Iberia*, 20-02-1869, p. 1, col. 3.

¹²⁴⁶ *La Iberia*, 21-02-1869, p. 1, col. 4.

toda la geografía española, como *El Eco de Alicante*, *El Eco de Aragón* o el palentino *La Tertulia*¹²⁴⁷, entre otros.

La “ansiada y ventajosa” unión ibérica era vista desde la redacción del diario sagastino como una de las metas decisivas de la revolución de septiembre, sobre todo de cara a la participación de Portugal y España como potencias de primer orden en el concierto europeo. Una vez más, se enumeran el escenario en el cual Portugal vería con buenos ojos la unión ibérica:

“Tendámosles [a los portugueses] los fraternales brazos, con sano corazón, con tolerancia, librecambio, abolición de fronteras, mancomunidad de intereses, libertad de comercio, artes y profesiones, y aún participación de dignidades, jefaturas, títulos y condecoraciones en lo civil, militar y eclesiástico: [la unión ibérica] no se hará esperar mucho.”¹²⁴⁸

Ante estas palabras se levantaban algunos hombres públicos contrarios a la idea argumentando que Inglaterra no permitiría la unión. *La Iberia* contraargumentaba afirmando que, en lo comercial, el Reino Unido sería el primer beneficiado de la unión peninsular. Además, si ningún país se había opuesto a la unificación italiana tanto como para llegar a declarar la guerra, no habría por qué temer una reacción negativa en el caso de una hipotética unificación ibérica.

Los planes de *La Iberia* para la unión hispano-portuguesa entraban en conflicto directo con las aspiraciones de una parte importante del espectro político español, que pretendía la ascensión de Antonio María de Orleans, duque de Montpensier, al trono español. Para el diario de Sagasta, esta candidatura atacaba directamente al espíritu de la revolución, cuyo principal objetivo había sido acabar con la dinastía Borbón. El contenido de un folleto titulado “Manifestación portuguesa ante la unión ibérica”, firmado por el director del diario lisboeta *A Verdade* y que, según *La Iberia*, estaba patrocinado por los partidarios del duque de Montpensier, tenía el objetivo de convencer a los españoles de la oposición lusa al proyecto ibérico¹²⁴⁹. Para el diario de Sagasta, esta proposición contradecía a la realidad, y citaba informaciones propias que deberían desmentir los argumentos montpensieristas¹²⁵⁰. El proyecto iberista se convertía, pues, en arma

¹²⁴⁷ *La Iberia*, 21-02-1869, p. 1, col. 5.

¹²⁴⁸ *La Iberia*, 28-02-1869, p. 1, col. 5.

¹²⁴⁹ *La Iberia*, 02-03-1869, p. 1, col. 5.

¹²⁵⁰ *La Iberia*, 02-03-1869, p. 3, col. 5.

arrojadiza en el conflicto entre montpensieristas y anti-Borbones, que se avivó hasta tal punto que dentro del nacionalismo ibérico se llegó a plantear la posibilidad de apoyar la república antes que una monarquía en la que no subiera al trono don Fernando de Coburgo¹²⁵¹. La idea ibérica era para sus promotores, pues, de carácter patriótico y nacional, planteamiento que dejaba a todo el que se opusiera a ella en la incómoda posición de deslealtad a España. Los más desleales aún serían los montpensieristas, partidarios del regreso de la infausta dinastía borbónica.

Los choques entre iberistas y anti-iberistas se sucedían con mayor regularidad a medida que crecía la popularidad de los proyectos de unión. *La Iberia* tildaba de “degradante espectáculo” y “frenesí deplorable” la actitud de los anti-iberistas españoles. El periódico de Sagasta vuelve a afrontar la cuestión en clave nacional:

“Todo buen español, todo buen liberal, todo buen ciudadano, debe apoyar la única aspiración que hasta ahora hemos formulado, la de proclamar rey a uno de los príncipes portugueses [...] para que los dos pueblos puedan, el día que les convenga, estrechar sus lazos y formar una poderosísima asociación. Colocada en este terreno la cuestión, dejará de ofrecer esas dificultades que algunos oponen, nacidas de mala inteligencia primero, y ensanchadas y afirmadas después por las malas artes de los que nada respetan y ante nada se detienen para reducir a las proporciones de una intriga dinástica una REVOLUCIÓN NACIONAL.”¹²⁵²

Estas últimas palabras, dirigidas evidentemente a los anti-iberistas españoles, cerraban un artículo en el que también se aceptaba, en contra de la corriente propagandística imperante y creada en parte por el propio diario, que existían efectivamente en Portugal algunas reticencias ante los planteamientos de fusión. Estas reticencias no eran juzgadas por *La Iberia*, pero sí lo eran las que manifestaban algunos periódicos españoles, quienes se oponían a la unión hispano-portuguesa, según el diario progresista, “no por convicción de sus ideas, sino por conveniencia”¹²⁵³, en alusión al apoyo que estarían brindando a la candidatura Montpensier a cambio, probablemente, de futuros favores. Las refriegas dialécticas eran continuadas, “por distintos periódicos y en todos los tonos”, según las propias palabras de *La Iberia*. El diario fundado por Calvo Asensio, meticuloso y constante, no cesa en su propaganda favorable a la candidatura de Fernando de Coburgo. En su número del 21 de marzo de 1869, especifica una vez más, en un suelto, su postura respecto a la cuestión, comenzando su proclama sin contención: “¡España libre y con

¹²⁵¹ *La Iberia*, 05-03-1869, p. 2, col. 2.

¹²⁵² *La Iberia*, 07-03-1869, p. 1, col. 6. En mayúsculas en el original.

¹²⁵³ *La Iberia*, 13-03-1869, p. 2, col. 2.

honra! ¡Abajo los Borbones!”¹²⁵⁴. Su rechazo radical a la dinastía de Isabel II acentuaba el carácter iberista de los redactores del periódico, siempre “consecuentes con nuestros principios [...], por eso hemos proclamado España y Portugal hermanas. ¡Paso a la unión ibérica!”¹²⁵⁵. *El Imparcial* se solidariza con su colega y hace hueco en sus páginas para reproducir esas enérgicas palabras¹²⁵⁶. El nacionalismo ibérico cifraba por entonces toda su esperanza en la ascensión de Fernando de Coburgo al trono español, evento que abriría las puertas de la fusión ibérica en un espacio de pocos años.

Las polémicas se extendían en ocasiones hasta cruzar la frontera, como sucedió a finales de marzo del 69. El diario portugués *O Partido Nacional* publicó un artículo muy virulento contra los planes de unión ibérica y contra las manifestaciones de *La Iberia*, diario que, a su vez, se vio obligado a contestar y a explicar por enésima vez su postura favorable a una fusión política de carácter pacífico y a través de un pacto, rechazando de todo punto cualquier intentona de anexión:

“Sepa [*O Partido Nacional*] que deseamos ardientemente estrecharle con el abrazo cariñoso del hermano por largo tiempo separado del hermano gemelo; que respetamos, como la nuestra propia, su autonomía, y más que todo, su voluntad libérrima; que jamás aceptaríamos gustosos una unión realizada por medio de soluciones que carecieran de un carácter de completa espontaneidad.”¹²⁵⁷

El diario progresista acusaba de actuar de mala fe, a sueldo de oscuros intereses, a quienes intentaban propagar en Portugal una idea de unión ibérica diferente a la expresada, basada en la conquista. Al mismo tiempo, el redactor continuaba añadiendo que en ningún caso apostaba *La Iberia* por una unión inmediata, sino que esta tendría que ser obra del tiempo. El artículo terminaba pasando a la ofensiva y lanzando de nuevo acusaciones de deslealtad a la patria contra aquellos que se oponían a la unión ibérica, en este caso refiriéndose al diario *El Certamen*¹²⁵⁸.

Las polémicas en torno a los proyectos de unión ibérica traspasan en ocasiones el ámbito de las publicaciones periódicas de carácter político y llegan las páginas de una revista satírica como *Gil Blas*, fundada por Luis Rivera. *Gil Blas* fue una de las publicaciones pioneras en publicar ilustraciones que no se subordinaban al texto, sino que

¹²⁵⁴ *La Iberia*, 21-03-1869, p. 2, col. 1.

¹²⁵⁵ *Ibíd.*

¹²⁵⁶ *El Imparcial*, 23-03-1869, p. 1, col. 4.

¹²⁵⁷ *La Iberia*, 27-03-1869, p. 1, col. 4.

¹²⁵⁸ *La Iberia*, 27-03-1869, p. 1, col. 5.

adquirían por sí mismas suficiente importancia como objeto informativo. Escritores como Eusebio Blasco o Federico Balart y dibujantes como Ortego, Perea y Pellicer, los primeros grafistas profesionales de España (Seoane, 1983: 259) fueron algunos de sus colaboradores más famosos. De orientación democrática, republicana y anticlerical, atacó duramente a los gobiernos de Narváez y O'Donnell. Según el catálogo de la Biblioteca Nacional, se publicó semanalmente entre noviembre de 1864 y septiembre de 1872, viviendo una brevísima segunda etapa diez años más tarde.

Haciendo honor a su fondo satírico, la primera mención sobre la unión ibérica que se encuentra en *Gil Blas*, en 1865, es la que se pone con retranca en boca de Diego Coello, director de *La Época*, al publicar una carta falsa firmada por este: “Hoy me río de la unión ibérica, pero es menester no soltar prendas por si mañana resulta algo”¹²⁵⁹. La crítica es evidente: se acusaba a Coello y a su diario de indefinición en aquel asunto, al cual tantas columnas se había dedicado ya a esas alturas de siglo en la prensa de Madrid. Durante el invierno de 1869, en pleno debate sobre las candidaturas al trono, el que se reía de la unión ibérica era precisamente *Gil Blas*¹²⁶⁰, a quien la idea le parecía “lo mismo que ver a España estirando las piernas”¹²⁶¹. Sin embargo, parece que la revista de Luis Rivera era partidaria sincera de la unión de España y Portugal, o al menos eso se deduce de la lectura de uno de sus “Cabos sueltos” del 28 de febrero de 1869, donde se comenta la posibilidad de que Fernando de Coburgo aceptara la corona española: “Deme Vd. un rey y verá Vd. lo que es bueno, hoy que hay libertad de imprenta. ¡Cómo nos vamos a divertir, caballeros! Sin embargo, si D. Fernando me trae la unión ibérica, me callaré y hasta le aplaudiré. Pero si vienes solo, ¡ah portugués, prepárate!”¹²⁶².

Pocos días antes se había publicado en *Gil Blas* una suerte de comedia bufa con el título de “El suplicio de Tántalo”, en la que se relataban los intentos del gobierno provisional por atraer a Fernando de Coburgo. Firmada por el director de la revista, Luis Rivera, esta obra burlesca valoraba cómicamente esos primeros meses de gobierno provisional como una “época memorable en la historia patria, porque pudiendo los españoles ser libres fueron a buscar un amo”¹²⁶³. La revista de Luis Rivera otorga papeles

¹²⁵⁹ *Gil Blas*, 03-06-1865, p. 4, col. 2.

¹²⁶⁰ *Gil Blas*, 21-01-1869, p. 4, col. 3.

¹²⁶¹ *Gil Blas*, 11-02-1869, p. 4, col. 2.

¹²⁶² *Gil Blas*, 28-02-1869, p. 4, col. 1.

¹²⁶³ *Gil Blas*, 18-02-1869, p. 1, col. 3.

protagonistas en su comedia a un tal don Salustiano (Olózaga, claro) y a Napoleón, quienes salen a la búsqueda de un rey y encuentran “en un rincón llamado Portugal” a don Fernando, ocupado en sus quehaceres y en principio reticente a aceptar el ofrecimiento. En una crítica certera y profunda, *Gil Blas* escribe:

“*D. Fernando.* – Si yo soy el menos rey de todos los reyes. *D. Salustiano.* – Pues por eso lo queremos. [...] Amigo mío, para que los españoles se traguen la píldora es menester dársela muy dorada. ¿Está Vd.? Le hablaremos de la unión ibérica, de que Vd. es una solución, y de otras cosas bonitas y caras. Vamos, ¿se viene Vd. con nosotros?”¹²⁶⁴

Así se representaba desde un sector del republicanismo español el baile de candidaturas reales y, concretamente, la de Fernando de Coburgo. No se entendía que tras la caída de los Borbones se dedicaran los esfuerzos del gobierno a buscar otro monarca, pudiendo consolidar un régimen de libertades sin esa figura. Aparecen Juan Prim y Francisco Serrano en escena:

“*Prim.* – Todos los corazones laten al contemplar la grandeza de la patria por medio de la unión ibérica. La revolución de setiembre tenía *nesesidad* de esta unión. (*Dando un puñetazo en la mesa*). ¡Oh, qué unión tan resalada! Los españoles siendo portugueses, los portugueses siendo españoles y las españolas siendo de todos. ¡Ah! ¡Que me desmayo! Que me traigan un portugués para abrazarlo delante de todos. *El general Serrano.* – ¡Y a mí una portuguesa!”¹²⁶⁵

Los padres de la patria aparecen retratados de una manera, digamos, poco amable: según esta representación se trata de personajes teatreros, mujeriegos e interesados. Por otra parte, los partidarios de un cambio de la forma de gobierno no se salvaban de la crítica, al ponerse en boca de “un republicano” lo siguiente: “Yo no quiero rey, pero si ese hombre me trae a Portugal, me callaré, sí señor, y le aceptaré”¹²⁶⁶, razonamiento del que se hacía partícipe la propia revista: “Y dijo GIL BLAS: Yo también, pero me escamo”¹²⁶⁷. De este modo, Luis Rivera ejercía una labor de autocrítica al posicionarse a favor de la unión ibérica, si bien con reservas, aun a pesar de que fuera a estar encarnada en la figura de un rey. La comedia se encamina hacia su final, terminando mal para los intereses de los iberistas. Según el plan, Fernando de Coburgo –ya viudo, como se sabe– no tendría permitido tener hijos, ya que a su muerte habría de heredar corona española su hijo Luis,

¹²⁶⁴ *Ibíd.*

¹²⁶⁵ *Gil Blas*, 18-02-1869, p. 2, col. 1.

¹²⁶⁶ *Ibíd.*

¹²⁶⁷ *Ibíd.*

rey de Portugal. La falta de compañía femenina termina haciendo tomar al Coburgo una grave determinación, que acelera los acontecimientos:

“D. Fernando. – Seamos justos. Sin las mujeres no hay felicidad, y puesto que se me condena a no tener hijos para hacer la felicidad de estos pueblos, adoptaré el mejor partido. Me moriré. ¡Ea, buenas noches! *Una voz.* – ¡El rey ha muerto, viva el rey! Quedan reunidos los reinos de España y Portugal en la persona de D. Luis, heredero de... *Portugal.* – ¡Yo no quiero! *Inglaterra.* – ¡Yo me opongo! *Las mujeres.* – ¡Y para eso han sacrificado Vds. a ese pobre hombre!”¹²⁶⁸

Esta comedia bufa representa lo mejor de *Gil Blas*, a saber, su acertada capacidad crítica y de análisis desde una perspectiva sarcástica, que disecciona la realidad política de manera precisa y cruda, con un punto de melancolía por las oportunidades perdidas.

La evolución en la postura de cierta prensa respecto a la cuestión ibérica es bienvenida por *La Iberia*. Hablamos del cambio de orientación de *Las Novedades* y su manifiesto apoyo a la idea, si bien este diario no la defendía en ningún caso encarnada en la figura de Fernando de Coburgo¹²⁶⁹. *La Iberia* da la bienvenida a su colega en el bando de los diarios iberistas, entre los que incluía a “*El Imparcial, La Nación, El Universal* y tantos otros como combaten la raza entera de los Borbones”¹²⁷⁰. Por otra parte, incluso en publicaciones como *El Nuevo Siglo Ilustrado*, que no se prodigaba en comentarios sobre la cuestión ibérica, se pudo leer en alguna ocasión alguna línea con cierto deje nostálgico, cierto reconocimiento de que la unión de España y Portugal era un escenario atractivo pero “por desgracia irrealizable”¹²⁷¹.

6.2.1. Fernando de Coburgo rechaza la corona española

A la altura de abril de 1869, cierto sector del progresismo español se habría decidido por apoyar la candidatura de Fernando de Coburgo al trono, según reportes de *La Iberia*¹²⁷². La pretensión de colocar a don Fernando en el solio español estaba concebida por los iberistas como un modo indirecto de alcanzar la unión, que se tendría que certificar cuando el orden sucesorio de la dinastía de don Fernando hiciera coincidir en el trono portugués y en el español a una misma persona. Ante el inminente

¹²⁶⁸ *Ibíd.*

¹²⁶⁹ *Las Novedades*, 02-04-1869, p. 1, cols. 1-3.

¹²⁷⁰ *La Iberia*, 03-04-1869, p. 2, col. 2.

¹²⁷¹ *El Nuevo Siglo Ilustrado*, 21-03-1869, p. 2, col. 1.

¹²⁷² *La Iberia*, 04-04-1869, p. 2, col. 4.

ofrecimiento de la corona española al padre del rey portugués, *La Época* no manifiesta un apoyo sin fisuras al candidato, pero sí afirma que “sería un gran bien, una solución unánimemente aceptada por todos y [...] que no pudiera despertar tampoco grandes repugnancias en el seno del país”¹²⁷³, al tiempo que repasa la postura de los periódicos más destacados de la capital de España y muestra su falta de conexión con los montpensieristas, como es el caso del antaño iberista *Las Novedades*.

El 7 de abril de 1869, *El Imparcial* refiere la recepción de un telegrama en la cancillería española con remite del ministro portugués de Negocios Extranjeros, en el que se anunciaba que el rey viudo no estaba en disposición de sentarse en el trono español. En aquel momento no existía la certeza de que el gobierno provisional español hubiera ofrecido a don Fernando el puesto de manera oficial, por lo que las noticias al respecto eran confusas. *El Imparcial* afirma que el gobierno portugués estaba tratando la cuestión con “ligereza”, al otorgar carácter de oficialidad a lo que solo eran rumores, “al aceptar como ofrecimiento las noticias de los periódicos”¹²⁷⁴, y considera que el telegrama se debía más a exigencias de política interior –la necesidad de consolidar el poder del gobierno en torno al mantra de la unidad indisoluble de la nación portuguesa– que a un tratamiento adecuado de la cuestión en términos de política internacional. Desde *El Imparcial* se alega, posiblemente con acierto, que la candidatura de Fernando de Coburgo no hubiera sido durante tan largo tiempo comentada y defendida por una parte de la prensa española si el susodicho se hubiera mostrado desde el primer momento contrario a su papel de futurible rey de España. Fernando de Coburgo hubiera podido en todo momento sugerir discretamente su rechazo a la corona española sin dejar que la prensa se explayara durante meses debatiendo su posible candidatura. A la espera de futuros acontecimientos, *El Imparcial* proclama solemnemente que, tras haber “dado su apoyo a la candidatura de D. Fernando de Portugal con los ojos puestos en la futura prosperidad y grandeza de la nación ibérica, no tendrá otro guía que la dignidad y el decoro de su amada y noble patria”¹²⁷⁵. Según el razonamiento de *El Imparcial*, la reacción del gobierno portugués obedecía a otras realidades. No obstante esto, el optimismo que hasta entonces había mostrado el diario liberal frente a la posibilidad de que la Gloriosa culminara con la unión ibérica va a desaparecer repentinamente. Durante la primavera de 1869, *El Imparcial*

¹²⁷³ *La Época*, 06-04-1869, p. 2, col. 3.

¹²⁷⁴ *El Imparcial*, 07-04-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁷⁵ *El Imparcial*, 07-04-1869, p. 1, col. 3.

relata con frecuencia noticias referidas a la evolución del pensamiento iberista en Portugal o en otros periódicos de España, sin detenerse a teorizar y sin hacer propaganda de la cuestión¹²⁷⁶.

Fracasada la candidatura de don Fernando¹²⁷⁷, *La Época* manifestaría su pesimismo ante la situación: “Las generosas ilusiones de los que esperaban avanzar por este camino hacia la unión ibérica desaparecen”¹²⁷⁸, y urge a los parlamentarios encontrar cuanto antes una solución para el problema que suponía contar con una jefatura del Estado vacía, profetizando que si las intenciones se dirigían hacia el duque de Aosta, “difícilmente hallarán entre nosotros partidarios”¹²⁷⁹. La negativa de Fernando de Coburgo a ceñirse la corona española cayó como una bomba en el iberismo, que pronto quiso destacar el hecho ya mencionado de que el rey viudo de Portugal había rechazado una corona que ni siquiera se le había ofrecido¹²⁸⁰. El 9 de abril, *La Iberia* publica un artículo en primera página en el que los redactores del diario progresista se presentan como “los primeros en aclamar el nombre de ese príncipe” como candidato al trono español¹²⁸¹ y recuerda que la unión ibérica fue la causa principal que motivó a Pedro Calvo Asensio para lanzarse a la arena periodística. Dicha causa se constituyó, para *La Iberia*, en “la solución que creíamos y seguiremos creyendo más compatible con el espíritu de la Revolución”¹²⁸², a pesar de la negativa del que fuera rey consorte de Portugal. El diario progresista se pregunta si su causa se ha perdido tras la negativa de don Fernando y se contesta a sí mismo afirmando que

“hoy, que el espíritu civilizador que nos anima tiende a formar de los pequeños Estados grandes nacionalidades que ostenten por único atributo la oliva de la paz, consagrando de este modo el gran principio de la fraternidad humana, vemos en lontananza a España y Portugal, formando un solo pueblo, tomar asiento en primera línea entre las naciones civilizadas del mundo. [...] La noble Iberia, patria del Cid y Viriato, hará sentir su notable influjo en los destinos de la vieja Europa.”¹²⁸³

¹²⁷⁶ *El Imparcial*, 02-04-1869, p. 2, col. 1; *El Imparcial*, 03-04-1869, p. 2, col. 1 y sig.; *El Imparcial*, 04-04-1869, p. 3, col. 1; *El Imparcial*, 11-04-1869, p. 3, col. 2; *El Imparcial*, 03-05-1869, p. 2, col. 2; *El Imparcial*, 20-05-1869, p. 2, col. 1; *El Imparcial*, 01-06-1869, p. 2, col. 1.

¹²⁷⁷ Ángel Fernández de los Ríos detallaría más tarde, en su obra *Mi misión en Portugal*, donde resume su estancia en el país como embajador de España, su entrevista con el rey viudo de Portugal para ofrecerle la corona de España. El encargo de Prim, Sagasta, Figuerola y Zorrilla fue rechazado con elegancia por don Fernando, que se mostró deseoso de que fuera Montpensier quien aceptara el trono español (Fernández de los Ríos, 1878: 241 y sig.).

¹²⁷⁸ *La Época*, 07-04-1869, p. 2, col. 2.

¹²⁷⁹ *Ibíd.*

¹²⁸⁰ *La Iberia*, 09-04-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁸¹ *Ibíd.*

¹²⁸² *La Iberia*, 09-04-1869, p. 1, col. 3.

¹²⁸³ *Ibíd.*

La moral iberista, aparentemente, no se veía afectada por el fracaso de su plan y miraba con optimismo a un futuro al que llegarían ayudados por el espíritu de la época. Los principios de libertad, orden y justicia que inspiraban, según este periódico, al iberismo, eran mucho más importantes que cualquier figura personal. El cambio de tono a la hora de hablar de la figura de don Fernando es instantáneo. No nos puede rechazar alguien a quien no se le ha ofrecido nada –parece decir *La Iberia*–, además de tratarse de alguien “secundario, y hasta si se quiere, innecesario”¹²⁸⁴. Fernando de Coburgo había pasado en el plan iberista de ser pieza clave a personaje superfluo. Ni que decir tiene que *La Iberia* seguía rechazando de plano cualquier candidatura borbónica al trono español. Este cambio de tono es aplaudido por *La Discusión*, que actúa en coherencia con sus manifestaciones anteriores y afirma que le complace observar cómo el diario progresista había concebido “una noción más alta y verdadera de la Revolución de Septiembre”¹²⁸⁵ al rechazar, ni que fuera de un día para otro, la candidatura Coburgo e interpretar de manera justa el sentido que los demócratas atribuían a la Gloriosa, que no era otro que proclamar “un jefe del Estado salido del seno de nuestra España y del gran partido liberal”¹²⁸⁶ que pudiera culminar, entre otros proyectos, la unión ibérica.

El iberismo quedaba, pese a la orgullosa justificación de *La Iberia*, herido gravemente tras la negativa del Coburgo. Los medios de realizar la unión pasaban de estar medianamente establecidos –acercamiento progresivo de los intereses materiales, administrativos y de política exterior, que culminarían en la unión dinástica en la figura de los herederos de Fernando de Coburgo– a flotar en la ambigüedad o, si se quiere, en la improvisación que implicaba la búsqueda de un nuevo candidato:

“Queremos la unión ibérica, y la queremos realizar por medios pacíficos, y nada más que por el unánime consentimiento de ambos pueblos, [...] por eso repetimos hoy que lo mismo puede realizarse sirviendo solo de intermediario el tiempo, por un jefe de Estado salido del seno de nuestra España y del gran partido liberal.”¹²⁸⁷

Esta última línea descuella sobre las demás. *La Iberia* asume el rechazo de Fernando de Coburgo y pasa a afirmar que “de hoy en adelante debemos rechazar cualquiera solución

¹²⁸⁴ *La Iberia*, 09-04-1869, p. 1, col. 4.

¹²⁸⁵ *La Discusión*, 10-04-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁸⁶ *Ibíd.*

¹²⁸⁷ *La Iberia*, 10-04-1869, p. 1, col. 6.

extranjera”¹²⁸⁸. La de Coburgo hubiera sido aceptada porque, a pesar del origen del candidato, encerraba una idea nacional y patriótica. *O Patriota* fue precisamente el título de un periódico recién fundado en Lisboa y que según *La Iberia* defendía la unión de España y Portugal, lo cual era una gran noticia para el diario progresista, que certificaba de este modo la vitalidad del movimiento ibérico y el “espíritu de fraternidad entre ambos pueblos” allende la Raya¹²⁸⁹. También se hacía eco de unas líneas del lisboeta *Jornal do Comercio* favorables a una confederación monárquica en suelo ibérico, idea con la que coincidía el madrileño *La Independencia Española* y de la que también se declaraba partidaria *La Iberia*:

“Vemos en esa idea de confederación el principio de nuestras aspiraciones, no podemos menos de abrigar la esperanza de que, tanto el pueblo portugués como el español, comprendiendo las grandes ventajas que su fusión les ocasionaría, lleguen por la pacífica lucha de las ideas, e inspirándose en el mutuo sentimiento de prosperidad y grandeza, a constituir una sola nación, como en lo antiguo, libre, grande y poderosísima.”¹²⁹⁰

Se constata, efectivamente, una evolución en los planteamientos políticos de *La Iberia*, dispuesta en aquel momento a aceptar una confederación monárquica como primer paso hacia la fusión definitiva. Como es natural, la negativa de Fernando de Coburgo a aceptar la corona de España también había provocado reacciones en la prensa portuguesa, que fueron recogidas por el diario progresista en su número del 16 de abril de 1869. La mayoría de los periódicos citados por *La Iberia* expresaban su disconformidad con la decisión de don Fernando, sobre todo por tratarse de una manifestación a destiempo, ya que, como es sabido, el gobierno provisional español ni siquiera había tomado la decisión de ofrecer oficialmente la corona al Rey Artista. Algunos diarios portugueses hablaban incluso de divergencias en el seno del gobierno a la hora de evaluar la decisión de don Fernando, que podría haber sido incluso precipitada por miembros del propio gabinete portugués¹²⁹¹. Un suelto publicado en el mismo ejemplar confirma que el iberismo seguía ocupando las mentes de ciertos políticos progresistas. En la tertulia de dicho partido, y en presencia de personas de alto rango como Ruiz Zorrilla o Juan Bautista Topete, hubo “partidarios de la idea” que hablaron “en pro de la unión ibérica”¹²⁹².

¹²⁸⁸ *La Iberia*, 11-04-1869, p. 1, col. 2.

¹²⁸⁹ *La Iberia*, 11-04-1869, p. 2, col. 3.

¹²⁹⁰ *La Iberia*, 11-04-1869, p. 2, col. 2.

¹²⁹¹ *La Iberia*, 16-04-1869, p. 1, col. 6.

¹²⁹² *La Iberia*, 16-04-1869, p. 2, col. 1.

Al día siguiente, 17 de abril de 1869, *La Iberia* establece de manera oficial en un artículo en primera página su postura respecto al rechazo de Fernando de Coburgo a la corona española. Culpa al gobierno portugués de faltar a la dignidad de los españoles y espera que se aclaren las razones de la negativa, hecho misterioso que debió ser preparado “en algún antro tenebroso y maquiavélico”¹²⁹³. El diario progresista da por hecho que no fue directamente el antiguo rey consorte de Portugal quien dio luz verde al telegrama, sino que su redacción y posterior envío se debieron a intrigas del gabinete de Lisboa. Se hace también ver que la reacción en el propio Portugal ante la negativa de don Fernando fue de “disgusto general”, tanto en la prensa como en el pueblo, que

“ha criticado con independencia, y con un verdadero amor a la verdad y a la justicia, la incalificable conducta de sus gobernantes. La nación vecina conoce las ventajas de que España y Portugal, sin perder su mutua independencia y su autonomía, sean un solo pueblo, estrechado por vínculos políticos, administrativos y económicos, que formen una poderosa y respetable nacionalidad.”¹²⁹⁴

La Iberia trata de acercarse al pueblo portugués y distanciarse de los administradores de la cosa pública, reflejando así, de manera voluntaria, una de las acusaciones lanzadas desde siempre por los iberistas contra los gobiernos: su alejamiento de la situación cotidiana de la gente, que no veía conflicto alguno en la posibilidad de acercar las realidades de ambos países, sino más bien al contrario.

Con el título de “España y Portugal”, *La Iberia* ofrece el 25 de abril de 1869 un artículo que se puede interpretar como un análisis concreto y certero sobre el estado de forma y desarrollo del nacionalismo ibérico en esa fecha. El texto, publicado en primera página y que ocupa tres de las seis columnas, comienza con una autocrítica. “El principal obstáculo que podía encontrar la unión ibérica”, dice el periódico progresista, “nacería de la falta de explicación acerca de la manera como entendíamos los españoles que podría aquella unión efectuarse”¹²⁹⁵. *La Iberia* reconoce de este modo carencias en la labor de difusión de la asociación ibérica de la que se venían encargando este y otros periódicos desde hacía años. Pese a ofrecer a la opinión pública posturas suficientemente sólidas y claras sobre la unión hispano-portuguesa, quizá se esté reconociendo aquí también una falta de continuidad en la producción y difusión de propaganda nacionalista, además de una evidente falta de claridad y arrojo. Acto seguido reconoce el diario progresista que la

¹²⁹³ *La Iberia*, 17-04-1869, p. 1, col. 3.

¹²⁹⁴ *La Iberia*, 17-04-1869, p. 1, col. 3 y 4.

¹²⁹⁵ *La Iberia*, 25-04-1869, p. 1, col. 2.

negativa de Fernando de Coburgo a ceñirse la corona española ha hecho muchísimo daño al nacionalismo ibérico, cuya impopularidad en Portugal había crecido tras el telegrama de rechazo.

Así, *La Iberia* parte en este artículo del reconocimiento de una situación de debilidad del iberismo, tras haber alcanzado en los meses inmediatamente anteriores el punto de mayor fortaleza, su cénit como movimiento político cuyas propuestas eran debatidas de manera natural en las más altas esferas del Estado. Se vuelve a echar mano del *Jornal do Comercio* para tomar el pulso a la opinión pública portuguesa. Este diario rechazaba la unión ibérica como hecho realizable en el corto plazo, pero no escondía su interés por ver realizada una federación con capital en Lisboa¹²⁹⁶ y solicitaba a *La Iberia* manifestar su opinión al respecto. El diario progresista madrileño excusaba el perfil bajo que decía haber exhibido respecto a la cuestión ibérica desde que triunfara la revolución –pese a los textos repasados y pese a que existió en 1869, en las páginas de *La Iberia*, el mayor promedio de menciones a la unión desde la revolución de junio del 54– ya que había intentado mantener un “compromiso de honor” con las fuerzas políticas españolas (unionistas, demócratas) que habían acompañado a los progresistas en la aventura de la Gloriosa. El órgano periodístico de Sagasta se justificaba de tal modo porque, “de haber seguido nuestro propio impulso, habríamos excitado desde octubre último a la prensa portuguesa, a efecto de que hubiésemos discutido ampliamente los conciertos a que la vacante del trono español invitaba a los hombres públicos”¹²⁹⁷ de España y Portugal.

Acto seguido pretende el diario progresista subsanar su error y se lanza a repasar las opciones a través de las cuales creía posible la unión ibérica. Comienza, muy al estilo y gusto de sus redactores, con un breve repaso histórico de las ocasiones perdidas, habiendo sido la primera la de Pedro I de Brasil y IV de Portugal: aquella iniciativa abrigada por la conspiración en Gibraltar, con Andrés Borrego de por medio, que terminó por descartarse tras el fallecimiento del emperador. En segundo lugar, se recuerda la campaña realizada en favor del matrimonio de Isabel II con Pedro V, entonces heredero de la corona lusa. Esta idea, “lejos de tener por objeto la anexión ni la inmediata fusión de los dos reinos, habría conservado tanto a Portugal como a España sus respectivos monarcas”, cuyo enlace hubiera favorecido a largo plazo el acercamiento de ambos

¹²⁹⁶ *Ibíd.*

¹²⁹⁷ *La Iberia*, 25-04-1869, p. 1, col. 3.

pueblos y el estrechamiento de sus vínculos “durante un largo periodo de conexión íntima”¹²⁹⁸. Por último, la opción más recientemente fracasada –Fernando de Coburgo– tampoco hubiera puesto en peligro la independencia portuguesa, puesto que el signo de los tiempos no obligaba a los pueblos a seguir el dictado de sus reyes, sino que concedía a aquellos, a través de los parlamentos, el poder de decidir el destino de sus monarcas. Esta era la teoría de *La Iberia* a fecha de 25 de abril de 1869, cuyo texto finaliza conceptuando una fórmula política que, según el diario progresista, habría permitido la unión ibérica en el futuro más cercano. Esta fórmula dio en llamarse “dualismo”, y consistía en algo tan vago como la “unidad de intereses, conservando ambos países su autonomía, sus leyes, sus Cortes y su manera de ser”¹²⁹⁹. Parece que el dualismo de *La Iberia* se refería a cierto tipo de alianza en política exterior, dejando para tiempos más propicios cualquier avance en la asimilación de las administraciones interiores. Sin embargo, se echa en falta un mayor desarrollo de la idea dualista, que daba la impresión de no ser más que una vía de escape para *La Iberia* tras el varapalo que supuso la negativa de Fernando de Coburgo.

Este sería, de hecho, el último gran artículo que *La Iberia* dedica en 1869 a los proyectos de unión ibérica, lo que da una idea cierta de hasta qué punto acusaron los iberistas el fracaso de su plan principal. Sí hay menciones puntuales, comentarios sobre lo que dicen otros periódicos al respecto, pinceladas, pero ningún artículo de fondo como los que se han repasado hasta el momento. Quizá reseñar que el 2 de mayo de aquel año, fiesta nacional, se llevó a cabo en Madrid la inauguración de la plaza del mismo nombre. Durante el evento, el diputado demócrata Manuel Becerra aprovechó la ocasión para dar vivas a la península Ibérica, expresiones que sentaron bien en la redacción de *La Iberia*, donde se felicitó a quien “en ocasiones tan solemnes, sabe fielmente interpretar los sentimientos de ambos países, y una de las más queridas aspiraciones de nuestro pueblo”¹³⁰⁰.

La renuncia de Fernando de Coburgo a la corona de España fue un flanco que los demócratas vieron expedito para atacar a los progresistas, a su vez inamovibles en su idea de continuar con la monarquía en España, aunque fuera a costa de coronar a un rey

¹²⁹⁸ *La Iberia*, 25-04-1869, p. 1, col. 4.

¹²⁹⁹ *Ibíd.*

¹³⁰⁰ *La Iberia*, 05-05-1869, p. 2, col. 1.

extranjero. La redacción de *La Discusión* cargó las tintas contra su antiguo director, Nicolás María Rivero, y contra Salustiano Olózaga, quienes fueron acusados de promover el ofrecimiento de la Corona a Fernando de Portugal a sabiendas de que este la rechazaría¹³⁰¹. Sin embargo, el cambio de orientación de *La Iberia* en esta cuestión provocó una marea de ilusión en el diario demócrata, que incluso llegó a considerar la posibilidad de que los progresistas apoyaran en las Cortes constituyentes la proclamación de una república: “¿Quién sabe si impulsado en sentido contrario por la unión liberal, comprendiendo la necesidad de que el país se constituya, animado por la generosa idea de la unión de España y Portugal; quién sabe si el partido progresista no se colocará al fin a nuestro lado?”¹³⁰².

6.2.2. Propuestas republicanas

Tras el fracaso de la candidatura portuguesa, la solución monárquica para lograr la unión ibérica comienza a decaer, y parecen fraguar proyectos republicanos. Así lo refleja *La Época*, si bien el diario propiedad de Ignacio Escobar afirma que dichos proyectos no eran todavía más que rumores. De todos modos, los monárquicos no dudan en cubrirse las espaldas y dejar claro que la revolución española “no ha traspasado los límites de un monarquismo templado”¹³⁰³. Lo más destacable de este artículo, sin embargo, es lo que el redactor de *La Época* escribe en referencia a la unión ibérica:

“El pensamiento de la unión ibérica es grande sin duda; la revolución de septiembre, aun después de fracasado el proyecto de elevar al trono de España a un príncipe portugués, es un paso avanzado hacia la realización de aquel; mas todavía esta cuestión no pertenece al presente, sino al porvenir; todavía intentar resolverla ahora puede producir grandes inconvenientes, en particular el poner en peligro en España a la misma revolución.”¹³⁰⁴

El diario conservador demuestra que sigue estando en plena forma en cuando a prudencia y moderación se refiere. Siempre de cara y honesto, no duda en tomar siempre posiciones de mínimos para evitar confrontaciones graves con otras tendencias políticas o, en su caso, con otras potencias. De ahí que *La Época* haga hincapié en el “recelo” que le provocan ciertos “individuos del poder ejecutivo” en su afán por intentar conseguir la unión ibérica lo más rápido posible, evitando negociaciones sosegadas e intentando

¹³⁰¹ *La Discusión*, 08-04-1869, p. 1, col. 2.

¹³⁰² *La Discusión*, 08-05-1869, p. 1, col. 3.

¹³⁰³ *La Época*, 03-05-1869, p. 2, col. 1.

¹³⁰⁴ *Ibíd.*

aprovechar la fuerza transformadora de la revolución para intentar llegar a cambiar también los derroteros de la historia y contagiar de ese espíritu de cambio a Portugal. Estas intenciones le inspiraban desconfianza al diario de las élites conservadoras.

La aproximación sarcástica de *Gil Blas* a los proyectos de fusión hispano-portuguesa centraban sus críticas mucho más en los personajes del tablado político que en la idea de la unión ibérica, considerada “noble”¹³⁰⁵ por el escritor y dramaturgo Eusebio Blasco y calificada en un suelto de “idea grande” y “política franca”, ante la cual “aun el partido republicano hubiera visto con menos disgusto que a cualquiera otro, al rey de Portugal”¹³⁰⁶. En un artículo titulado “De Portugal”, motivado por la llegada de Ángel Fernández de los Ríos como embajador a Lisboa —hecho muy debatido por su posible influencia a la hora de abordar los proyectos de unión—, el mismo Eusebio Blasco se lanza a una defensa de la unión ibérica desde un punto de vista contrario al de la mayoría de sus coetáneos. El escritor aragonés afirma que no hay razones para que los portugueses odien a España y que antes las habría al revés, ya que en el ya lejano siglo XVII fue Portugal quien abandonó a España. No obstante, Blasco opina que “hizo bien Portugal en declararse independiente”¹³⁰⁷ antes que seguir sufriendo la monarquía filipina. Partiendo de la base de que “la prensa es la representante de las ideas del país”¹³⁰⁸, el autor afirma que los portugueses debían haber celebrado la llegada de Fernández de los Ríos tanto como sus periódicos. Así, Eusebio Blasco pensaba que “el pueblo portugués, ansioso de libertad y vecino nuestro, acabará por convencerse de que la unión es la fuerza, y de que la idea liberal necesita borrar la línea divisoria”¹³⁰⁹. El escritor zaragozano conjeturaba un futuro glorioso para la Iberia unida, que secundaría así a la Italia unificada y serviría de impulso para la raza latina. Coincide Blasco, pues, en este punto, con lo expresado en su momento por Francisco de Paula Canalejas en las páginas de su *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*¹³¹⁰.

El 9 de julio de 1869, *La Discusión* reserva un hueco en su primera página a Fernando Garrido y publica un texto que habría servido de introducción a uno de sus

¹³⁰⁵ *Gil Blas*, 08-07-1869, p. 1, col. 2.

¹³⁰⁶ *Gil Blas*, 15-07-1869, p. 4, col. 1.

¹³⁰⁷ *Gil Blas*, 05-08-1869, p. 1, col. 1.

¹³⁰⁸ *Ibíd.*

¹³⁰⁹ *Gil Blas*, 05-08-1869, p. 1, col. 2.

¹³¹⁰ *Revista ibérica de ciencias, política, literatura, artes e instrucción pública*, tomo III, núm. VI, 30-06-1862, p. 424.

folletos políticos. En él se defiende la unión ibérica en términos similares a los que ya había expresado el diario demócrata, y es que para Garrido la revolución de septiembre estaría incompleta si no se llegara a culminar con la unión ibérica. Además, rechaza de plano tanto la monarquía como la república unitaria:

“La unión ibérica es ya cosa sabida que no es realizable por la unidad monárquica ni por la unidad republicana, sino por la federación; porque esta la aceptan los portugueses, porque respetará su autonomía, porque les proporcionará grandes ventajas, sin menoscabar su dignidad y su libertad. La federación resuelve todos los problemas; y los resuelve, porque implica libertad, autonomía para todos, y con una y otra, economías en la administración pública.”¹³¹¹

Una vez más también se pone de manifiesto cierto populismo indisimulado a la hora de hablar de los beneficios que traería la república federal a suelo ibérico, pasando por alto cualquier tipo de problemas o conflictos que lógicamente se darían, al entrar en conflicto esta forma de gobierno con muchos de los intereses creados existentes. Garrido también daba por hecho que los portugueses aceptarían sin oposición una república federal. Días más tarde, en un artículo titulado “Portugal y la república” y publicado también en primera página, *La Discusión* se hace eco de la aparición de un folleto republicano en Lisboa, que en opinión del diario demostraba un estado de opinión favorable a la unión ibérica en Portugal¹³¹².

El 21 de julio de 1869 ocupa las tres primeras columnas de *La Discusión* una carta firmada por Emilio Castelar, mediante la cual el ilustre político dirige a los redactores del lisboeta *Jornal do Comercio* una encendida defensa de la unión ibérica en la forma federal. Se encuentran en el texto algunas bases de la filosofía política de Castelar, por ejemplo al ofrecer su definición del concepto *nación*:

“Las naciones no son meros agregados de hombres, como no son los cuerpos meros agregados de moléculas. Hay en ellas leyes mecánicas y dinámicas, vitalidad propia, y sobre todas estas leyes externas un espíritu cuya unidad y cuya identidad se conoce a través de los siglos en sus artes, y en sus ciencias, y en su política, así como se conoce su obra humana, obra que unas generaciones transmiten a otras generaciones, en toda su historia.”¹³¹³

Da por hecha Castelar la existencia de las naciones según ciertas “leyes” y cierto “espíritu” histórico, que tiene continuidad a través de las generaciones y se manifiesta en

¹³¹¹ *La Discusión*, 09-07-1869, p. 1, col. 6.

¹³¹² *La Discusión*, 13-07-1869, p. 1, col. 3.

¹³¹³ *La Discusión*, 21-07-1869, p. 1, col. 1.

diferentes aspectos de la vida humana. Desde estos presupuestos teóricos, Castelar afirma la autonomía de Portugal como nación independiente, si bien enmarca su lugar “en el seno de la humanidad” junto al resto de las naciones del planeta, en rasgo típicamente idealista de la época. Pasa entonces el autor a trazar una línea divisoria entre soberanos y pueblos en el recorrido histórico de las naciones, incitando a estas a que aprendan a amarse, a colaborar entre ellas, si pretenden salir del estado de postración en que se encuentran: “El día en que los pueblos lleguen a entenderse, las monarquías llegarán a concluirse”¹³¹⁴. En torno a estos dos pilares, existencia efectiva de las naciones como actores en el proceso histórico y rechazo al papel de las monarquías, construye Emilio Castelar su invitación a Portugal para unirse a España:

“Al régimen teocrático, al régimen del feudalismo, al régimen monárquico, al régimen doctrinario, a esta serie de errores, debe sustituirse el régimen democrático, que como el espíritu en el organismo humano, [encuentra] su forma natural en la República. Portugal puede, conservando su autonomía, su gobierno propio, su lengua, con solo despedir su rey, federarse a España; y ganará de tal suerte seguridad exterior, libertad interior, y sobre todo la palma de pueblo humano, de pueblo redentor, que le está reservada por sus antiguos servicios a la humanidad y sus gloriosos timbres en la historia. [...] Conservando las regiones de España y Portugal su respectiva autonomía en una amplia descentralización, fundaremos la República federal ibérica.”¹³¹⁵

La propuesta está acompañada de la clásica argumentación del nacionalismo ibérico, que se basaba en la existencia de una historia común; es más, de un destino histórico común (pueblos originales, romanos, visigodos, árabes, reconquista, expediciones transoceánicas, dominio y decadencia), al tiempo que se pintaba un futuro de esplendor y recuperación de la gloria perdida si se llevaba a cabo la unión. Emilio Castelar, peso pesado del republicanismo español, exhibía con claridad y solidez argumentos en defensa de la unión política de Portugal y España, lo que nos permite afirmar la existencia de una continuidad entre el nacionalismo ibérico y el movimiento republicano, confirmando así la potencia y amplitud de posibilidades de las que el iberismo dispuso a la altura del verano de 1869.

Que el plan de los republicanos pasaba por instaurar la república federal ibérica, aunque fuera en un futuro más o menos lejano, se confirma una vez más al leer el artículo que abría *La Discusión* el último día de julio de 1869, titulado “Al partido republicano”.

¹³¹⁴ *La Discusión*, 21-07-1869, p. 1, col. 2.

¹³¹⁵ *Ibíd.*

El periódico establece las bases del pacto federal que habría de servir como hoja de ruta, en cuyo cuarto punto se puede leer lo siguiente:

“[Las asambleas federales] Declaran asimismo que la forma de gobierno exigida por sus principios y la constitución histórica y topográfica del país es la República democrática federal, que, lejos de destruir la unidad nacional, ha de asentarla sobre sus más firmes bases. De esta forma federal esperan principalmente la unión espontánea e indestructible de España y Portugal.”¹³¹⁶

El texto reclamaba a los firmantes de los pactos federales de Tortosa, Córdoba, Valladolid, Éibar y La Coruña, suscritos entre el 18 de mayo y el 23 de junio de ese año, que preparasen “la formación de los Estados que hayan de componer más tarde la República Ibérica”¹³¹⁷. La teoría federal defendida por *La Discusión* se basaba, como es sabido, en la inviolabilidad de los derechos individuales y en la progresiva superposición de niveles de autogobierno; es dentro de este marco teórico desde donde el diario democrático lanza su apuesta iberista.

Las prevenciones de *La Época* empiezan a cobrar sentido al virar el debate sobre la forma de gobierno hacia la dualidad monarquía-república. Si bien el diario conservador había sido suficientemente flexible como para apoyar la revolución, después de veinte años de pública lealtad a Isabel II, no estaba dispuesto a renunciar a los principios monárquicos. La federal era demasiado para *La Época*, que refiere un artículo del portugués *Jornal do Comercio* en el que se aseveraba que en Portugal sería bien vista una unión ibérica precisamente bajo esta forma:

“Cuando Aragón, Castilla, Navarra, Andalucía y otros reinos formen Estados tan independientes como Portugal; cuando deje de haber un Estado poderoso y otro débil, y sí una aglomeración de Estados iguales en fuerzas para que ninguno pueda preponderar, entonces Portugal, sin deshonra y sin peligro, podrá unirse a esta gran federación ibérica bajo la forma republicana.”¹³¹⁸

El redactor afirma comprender que Portugal quiera debilitar a España, pero ignorar por qué hay españoles que desean lo mismo. Para *La Época*, pues, la república federal equivalía al debilitamiento de España. En relación a este debate, y a lo que en torno a él se publicaba en Portugal, *La Época* saca a la luz una carta de Emilio Castelar dirigida precisamente a la prensa portuguesa. En ella, el diputado republicano asimila la existencia

¹³¹⁶ *La Discusión*, 31-07-1869, p. 1, col. 4.

¹³¹⁷ *La Discusión*, 31-07-1869, p. 1, col. 1.

¹³¹⁸ *La Época*, 11-05-1869, p. 3, col. 1.

de las naciones al principio histórico: la unidad y uniformidad de las naciones, dice Castelar, se conocen “a través de los siglos, en sus artes y en sus ciencias y en su política, así como se conoce su obra humana, obra que unas generaciones transmiten a otras generaciones en toda su historia”¹³¹⁹. Desde este punto de vista, el pueblo portugués no habría de temer por su independencia como nación, protegida históricamente por su tradición, su heroísmo y su “genio”. A lo que sí debería temer Portugal es al régimen monárquico, que a ojos de Castelar era teocrático, feudal y doctrinario, y negaba a los pueblos la libertad y la democracia. De ahí que el político republicano recomiende a Portugal,

“conservando su autonomía, su gobierno propio, su lengua, con solo despedir su rey, federarse a España, y ganará de tal suerte seguridad exterior, libertad interior, y sobre todo, la palma del pueblo humano, del pueblo redentor, que le está reservado por sus antiguos servicios a la humanidad y sus gloriosos timbres en la historia. [...] Conservando las regiones de España y Portugal su respectiva autonomía en una amplia descentralización, fundaremos la república federal ibérica.”¹³²⁰

La propuesta de Castelar estaba llena de presagios elogiosos para el futuro de la península Ibérica, que aparentemente borraría de un plumazo con la forma republicana siglos de decaimiento y abriría un nuevo camino de prosperidad, fundada, como le gustaba decir al orador gaditano, en la nueva ciudad del derecho.

6.2.3. Reflejos de los planes iberistas en Portugal

Tanta actividad iberista, casi frenética, despertaba inquietudes en Portugal, cuyo Senado se vio obligado a emitir un voto de censura contra la idea de la unión ibérica. Este ataque no era meramente declarativo ni tenía por objeto dejar clara una posición política ante el pueblo portugués, ante el gobierno provisional español o ante Europa, sino que tenía también un alto contenido de veneno político dirigido al entonces ministro de Marina del gobierno portugués, el antiguo iberista Latino Coelho. La carta de Castelar que se acaba de analizar estaba dirigida al *Jornal do Comercio*, diario que defendía la república federal ibérica –como también se ha visto– y en el cual Latino Coelho había colaborado activamente. *La Época* publica una carta del ministro portugués en la que se defiende de las acusaciones, advirtiendo que en el *Jornal do Comercio* han escrito una

¹³¹⁹ *La Época*, 22-07-1869, p. 1, col. 2.

¹³²⁰ *La Época*, 22-07-1869, p. 1, col. 3.

larga lista de políticos y estadistas, no porque el diario fuera iberista sino porque era un gran defensor de las libertades. El texto de Latino Coelho termina afirmando que ni siquiera había leído la carta de Castelar antes de que estallara la polémica, pero que una vez leída le merecía el mayor de los aplausos, al tratar el político español, a quien califica de “espíritu privilegiado”, una idea para el porvenir, que habría de guiar a los pueblos hacia una forma futura de sociedad para la cual aún no estaban preparados¹³²¹.

La cuestión ibérica aparecía y desaparecía de la actualidad portuguesa con cierta regularidad. En el verano de 1869 se vuelve a hablar en Lisboa de los proyectos de unión, al presentar António Francisco Jacques de Magalhães, vizconde de Fonte Arcada, una propuesta en la Cámara de los Pares exigiendo al gobierno que tomara medidas para preservar la independencia de Portugal y combatiera cualquier proyecto de unión ibérica, propuesta que fue de inmediato retirada ante la intervención tajante del ministro de Marina, quien manifestó su rechazo absoluto y el del gobierno al completo en relación con cualquier plan de fusión con España¹³²². La postura oficial contrastaba con las manifestaciones de cierta prensa portuguesa que, según recoge *La Discusión*, daban por segura la evolución de la coyuntura política hacia un futuro Estado ibérico¹³²³. También recoge el diario demócrata la publicación en Portugal de un folleto iberista dedicado a Castelar¹³²⁴, así como la existencia de una logia masónica con el nombre de Fraternidad Ibérica auspiciada por la obediencia Grande Oriente Lusitano¹³²⁵, la más antigua de Portugal. Esto revela una continuidad de fondo del iberismo en Portugal, que seguía existiendo, si bien se manifestaba de manera más leve y subterránea que en España.

Interesa también a este respecto repasar brevemente la publicación destacada – una columna completa en la primera página– de un texto referido a la manifestación de las cámaras de Lisboa en defensa de la nacionalidad portuguesa y de su independencia. *La Correspondencia de España* refiere una intervención de António Francisco Jacques de Magalhães, vizconde de Fonte de Arcada, en contra de la unión ibérica, “sea la que se quiera la forma en que pretenda realizarse”¹³²⁶. Se recoge también una intervención

¹³²¹ *La Época*, 14-08-1869, p. 1, col. 5.

¹³²² *La Discusión*, 20-08-1869, p. 3, col. 4.

¹³²³ *La Discusión*, 06-08-1869, p. 3, col. 6; *La Discusión*, 12-11-1869, p. 1, col. 3.

¹³²⁴ *La Discusión*, 15-09-1869, p. 1, col. 3.

¹³²⁵ *La Discusión*, 15-09-1869, p. 2, col. 3.

¹³²⁶ *La Correspondencia de España*, 20-08-1869, p. 1, col. 5.

del diputado Larcher en el mismo sentido, así como la del ministro de Marina, quien al parecer afeó la conducta de los diputados mencionados al aclarar que no estaba dispuesto a tratar la cuestión a diario, porque la independencia de Portugal estaba asegurada y las relaciones con España eran cercanas y honestas, sin existir motivos para la alteración de las mismas¹³²⁷. Se advierte cómo desde el periódico de Santa Ana se quería propagar de manera inequívoca en España que la idea de unión ibérica era algo imposible dadas las circunstancias del momento, quizá con la intención de inclinar hacia las filas de Montpensier a aquellas sensibilidades políticas simpatizantes del iberismo pero temerosas de un grave desorden internacional en caso de que avanzaran los planes de unión hispano-portuguesa y se pudiera alterar el *statu quo*.

También *La Época* se posiciona ante el voto del Senado portugués en contra de la unión ibérica, hecho al que le dedica un editorial en su ejemplar del 17 de agosto de 1869. El nuevo gabinete luso, encabezado por el duque de Loulé, también es objeto de comentario en las páginas del diario de las élites conservadoras. Se pregunta el editorial cuál habría de ser la actitud del nuevo gobierno –sin un solo militar, por cierto, todo lo contrario a los gobiernos españoles– ante la cuestión ibérica, augurando mera indiferencia, ya que el duque de Loulé nunca había manifestado nacionalismo ibérico alguno. Asimismo, la presencia en el gabinete de Rebello da Silva como ministro de Marina era ciertamente significativa: un anti-iberista en el puesto que apenas días antes había estado ocupado por el antiguo nacionalista ibérico Latino Coelho. También en el mes de agosto, el corresponsal de *Las Novedades* en Lisboa insiste en una idea que venía siendo defendida desde diferentes estrados, y es que la voluntad de avanzar rápidamente en los planes de unión ibérica lo único que conseguían era ralentizar el proceso por despertar profundos recelos en Portugal, como acababa de demostrar el voto del Senado en contra de la unión¹³²⁸.

Ángel Fernández de los Ríos se erige en protagonista del ejemplar de *El Museo Universal* publicado el 19 de septiembre de 1869, que incluye una nota biográfica sobre el político y escritor progresista. Aquí interesa cómo se trata el compromiso nacionalista ibérico del por entonces embajador en Lisboa, o más bien el “*iberismo*”¹³²⁹ del que habla

¹³²⁷ *La Correspondencia de España*, 20-08-1869, p. 1, col. 5 y sig.

¹³²⁸ *La Época*, 14-08-1869, p. 2, col. 5.

¹³²⁹ *El Museo Universal*, 19-09-1869, p. 6, col. 3. En cursiva en el original.

El Museo Universal y que se presenta como una exageración de “un grupo de periódicos” que pretendían hacer pasar a Fernández de los Ríos por “un maniático por la unión ibérica”¹³³⁰. En primer lugar, *El Museo Universal* inscribe lo que llama iberismo en una tendencia histórica y no solo coyuntural:

“La idea es vieja: ha existido siempre, desde el día en que la absurda y tiránica política de la dinastía austriaca produjo, en el siglo XVII, la separación del reino lusitano. Desde entonces corre por diferentes caminos, insensatos unos y otros racionales, la idea de la unión ibérica.”¹³³¹

La revista de Gaspar y Roig justifica a continuación la defensa que Fernández de los Ríos hacía del proyecto iberista inscrita en “la campaña periodística iniciada en 1851 para abrir paso a la noble idea de la concordia peninsular”¹³³². Desde su rechazo a la candidatura de Pedro V y el posterior apoyo a Luis I, pasando por la oposición a la intervención militar española de 1847, se glosa el trabajo del político progresista en relación con esta cuestión, enumerando al final el redactor de *El Museo Universal* una serie de políticas que la revista planteaba aplicar en el territorio ibérico con objeto de crear un clima de cooperación y ayuda mutua entre Portugal y España, como pudieran ser la unión postal, telegráfica y monetaria, la alianza bancaria o el tratado comercial. Este posicionamiento favorable al acercamiento hispano-portugués coloca al *Museo Universal* al nivel de otras publicaciones, que si no llegaban a plantear un iberismo puro, sí afirmaban su disposición a luchar contra el desconocimiento y el rechazo mutuo con la intención de que desapareciera “en breve tiempo, cuanto antes mejor, semejante estado de cosas; [en esto] es en lo que consiste el *iberismo* de Fernández de los Ríos. Y el nuestro”¹³³³.

Ya en septiembre de 1869, un año después de la Gloriosa, salta el rumor de que el rey Luis de Portugal sería también coronado rey de España, según una carta publicada en *La Correspondencia de España*. Esta carta, transcrita por *La Época*, afirmaba que Luis de Braganza abdicaría en su hijo Carlos, don Fernando sería nombrado regente y el niño Carlos se convertiría, llegado el momento, en rey de Portugal y España. Saldanha se habría comprometido a “sujetar con el ejército todo movimiento popular” en contra del proyecto¹³³⁴. El plan contaría con el apoyo del gobierno provisional español y con el

¹³³⁰ *Ibíd.*

¹³³¹ *Ibíd.*

¹³³² *Ibíd.*

¹³³³ *El Museo Universal*, 30-11-1869, p. 7, col. 1. En cursiva en el original.

¹³³⁴ *La Época*, 22-09-1869, p. 3, col. 3.

permiso de Inglaterra. Junto a esta carta, *La Época* copia otra que habría sido enviada desde Madrid al *Diario de Barcelona*, en la que se detallaba el mismo proyecto. El diario de la alta burguesía madrileña se mostraba sumamente cauto ante ambos mensajes, sin querer poner la mano en el fuego por ninguno de los dos. Los periódicos de Lisboa se dieron prisa en desmentir una teoría que, como hoy resulta evidente, el tiempo probaría errónea.

6.2.4. Se profundizan las divisiones en el iberismo español

Mientras tanto, en España se acentuaba la crítica de los demócratas ante las actuaciones progresistas relacionadas con la unión ibérica. Los progresistas seguían siendo partidarios de implantar una monarquía ibérica como estación término de la revolución de septiembre, encontrándose con la oposición de *La Discusión*, que insistía en la necesidad de cimentar la unión ibérica “en las bases inquebrantables de la República, que son las bases del derecho, y no en los fluctuantes cimientos de la monarquía, vagos como el capricho de los reyes”¹³³⁵. Trabajar “por el triunfo de la República” era, para los demócratas, “trabajar por la gran nacionalidad de la península Ibérica”¹³³⁶. En un artículo titulado “La situación de Europa”, *La Discusión* insiste en este planteamiento, afirmando que la idea republicana se iba extendiendo en todo el continente, incluido Portugal¹³³⁷, lo cual allanaría el camino de la unión ibérica, asociada indisolublemente a la forma de gobierno defendida por los Castelar, Pi y Margall y compañía.

No cabe calificar de iberista al director de la *Revista de España*, José Luis Albareda, cuya actitud ante los planes de unión ibérica es mucho más moderada que la de algunos de sus colaboradores. Resueltamente monárquico e incluso anti-republicano, considera en septiembre de 1869 que la situación política española un año después de la Gloriosa está cercana a la anarquía, y clama por encontrar una solución a corto plazo. No contempla, sin embargo, la unión con Portugal porque

“este proyecto, si bien seduce desde el punto de vista del engrandecimiento nacional, mortifica a los que se encuentran ligados ya por compromisos dinásticos, y da ocasión a que los partidarios

¹³³⁵ *La Discusión*, 22-09-1869, p. 1, col. 4.

¹³³⁶ *Ibíd.*

¹³³⁷ *La Discusión*, 17-10-1869, p. 1, col. 2.

autrance de la república renueven en su defensa las heridas que no pudo menos de causar en nuestro amor propio la inoportuna y poco atenta repulsa del Rey D. Fernando.”¹³³⁸

Se observa en el razonamiento de Albareda un producto típico de la ideología conservadora que en esencia representaba la *Revista de España*: la unión ibérica se ve como un objetivo atractivo, despierta “vivas simpatías”¹³³⁹, como se lee en otra parte del texto, pero nunca se podría anteponer a intereses más acuciantes y de carácter práctico, como era la elección del nuevo monarca; mucho menos podría España guardarse su orgullo y seguir apostando por Fernando de Coburgo como candidato a la corona, tras el rechazo de este. La posición de Albareda ante la unión ibérica se queda, pues, en mera cordialidad.

Que Antonio Romero Ortiz concebía a Portugal como parte integrante de una Iberia unida es algo que ya se ha comprobado en esta investigación¹³⁴⁰, pero esa corriente de pensamiento está soterrada en él y sale a la superficie en otros contextos, como en el artículo que publica comentando la vida y obra del poeta portugués Filinto Elísio, olvidado por su patria. Recuperando el tópico que habla de la ingratitud española respecto a sus artistas, exclama Romero Ortiz lo siguiente: “¡Oh Portugal, Portugal! Tierra que, si no fuese española por la geografía y por la historia lo sería por la ingratitud de sus hijos; ¡qué mísera condición la de tus hombres de letras!”¹³⁴¹. Ve nuestro autor una semejanza de caracteres que, según su opinión, no haría más que confirmar otro rasgo más de la identidad existente en muchos aspectos entre Portugal y España. A finales de año se extiende el rumor de que Prim y Saldanha estaban diseñando la unión ibérica “bajo la inspiración de Inglaterra” y “sin el rey don Fernando”¹³⁴², lo que sirvió a los opositores del anciano mariscal portugués como argumento para intentar perjudicarlo y manchar su prestigiosa reputación entre el pueblo luso¹³⁴³.

El periódico de Luis Rivera, *Gil Blas*, una vez descartada la república por las Cortes constituyentes, había considerado la candidatura de Fernando de Coburgo como la representante del verdadero liberalismo y, además, como emblema iberista: “D.

¹³³⁸ *Revista de España*, año II, tomo X, p. 278. En cursiva en el original.

¹³³⁹ *Ibíd.*

¹³⁴⁰ Ver epígrafes 5.3.2.2. y 5.3.2.4.

¹³⁴¹ *Revista de España*, año II, tomo X, p. 342.

¹³⁴² *El Imparcial*, 30-10-1869, p. 2, col. 3.

¹³⁴³ *El Imparcial*, 10-12-1869, p. 1, col. 4.

Fernando simboliza la unión ibérica; es la única solución que los monárquicos pueden traer a este país desgarrado y lleno de desconfianzas”¹³⁴⁴. Del mismo modo que a lo largo de 1869 se trató con relativa regularidad la cuestión ibérica en las páginas de *Gil Blas*, a partir de 1870 apenas existen menciones de importancia, apareciendo todas ellas con la firma del escritor catalán Roberto Robert, quien llegaría a dirigir la publicación durante algunas semanas de 1872. Al comentar la declaración del gobierno respecto de la Saldanhada, afirma Robert que “todo lo que puede ser perjudicial a la unión ibérica es desagradable para mí; [...] yo ya quisiera que Portugal no fuese sino denominación de una parte integrante de la república federal ibérica”¹³⁴⁵. Se observa aquí una reafirmación de los principios republicanos, los cuales *Gil Blas* nunca abandonó realmente a no ser que fuera en pro de la unión ibérica encarnada en un rey portugués. Prueba de la importancia que en la redacción de *Gil Blas* se otorgaba al iberismo es otro texto de Roberto Robert, publicado meses más tarde, en el que afirma que sería capaz de perdonar a Prim todos sus errores si lograra culminar con éxito la unión ibérica¹³⁴⁶. Ya en 1871, el autor acusa de forma apenas velada a la institución monárquica, al ejército y al clero de impedir el desenvolvimiento de las ideas liberales y, por extensión, de la idea ibérica¹³⁴⁷. La última alusión a la unión ibérica que se encuentra en las páginas de *Gil Blas* se puede leer en junio de 1871, cuando su director comenta que la Asociación hispano-lusitana es un “buen pensamiento, tal vez el único pensamiento racional en que coincidan todos los españoles”¹³⁴⁸; sin embargo, la intención del suelto iba más allá y se centraba en criticar, una vez más, a los monarcas de uno y otro país ibérico acusándoles de oportunistas.

Ocho meses después de su declaración a favor de la candidatura de Fernando de Coburgo para el trono español, el diputado conservador Eusebio Salazar y Mazarredo vuelve a disfrutar de la primera página de *La Época* para expresar su opinión en un artículo titulado “Soluciones a la cuestión dinástica”. Salazar y Mazarredo acepta la negativa del padre del rey de Portugal, pero la interpreta como una resolución que no terminó con las aspiraciones de unión ibérica, sino que simplemente “amortiguó una esperanza que no puede morir nunca en el corazón de cuantos rinden culto a la grandeza

¹³⁴⁴ *Gil Blas*, 17-10-1869, p. 4, col. 1.

¹³⁴⁵ *Gil Blas*, 29-05-1870, p. 2, col. 1.

¹³⁴⁶ *Gil Blas*, 13-10-1870, p. 3, col. 1.

¹³⁴⁷ *Gil Blas*, 18-05-1871, p. 1, col. 2.

¹³⁴⁸ *Gil Blas*, 08-06-1871, p. 1, col. 1.

de la patria”¹³⁴⁹. Salazar rechaza la candidatura de Carlos de Borbón por absolutista, la de Alfonso de Borbón por ser todavía demasiado joven, las de los príncipes ingleses o alemanes por la diferencia de religión, rechaza también a los Borbones franceses por sus tendencias absolutistas y a los Bonaparte por la invasión de principios de siglo, e impugna la candidatura de Luis I de Portugal, porque dificultaría, paradójicamente, la idea de unión ibérica al enfrentar al pueblo portugués con los españoles. El antiguo partidario de Fernando de Sajonia-Coburgo hizo votos a finales del 69 por Leopoldo de Hohenzollern, a quien consideraba el candidato ideal por religión, edad y relaciones de sangre y diplomáticas¹³⁵⁰. Este cambio de parecer certifica cierto decaimiento del iberismo tras las repetidas negativas del antiguo rey consorte de Portugal, pese a los esfuerzos por revitalizar el movimiento que desde algunos sectores venía realizándose.

La visita del mariscal Saldanha a Madrid dio pie a que se renovaran los rumores concernientes a planes de unión ibérica. Saldanha, partidario de la subida de Fernando de Coburgo al trono español, habría invitado al rey a reflexionar sobre su situación, que no era sino un callejón sin salida: dando por hecho que los españoles no podrían encontrar un rey más aceptable que él, solo le quedaba la opción de aceptar la corona, puesto que lo contrario significaba la proclamación de la república en España y el contagio de la idea democrática por todo Portugal¹³⁵¹. Este ejercicio de política-ficción parece tener más parte de invención que de realidad, pero se inscribe de una manera u otra en la campaña de propaganda a favor de la república que había puesto en marcha *La Discusión*. Propaganda que incluía, como venimos viendo, el presupuesto de que solo bajo la república podría conformarse un único Estado ibérico, siendo una vez más el movimiento iberista utilizado como arma en la lucha partidista.

A mediados de septiembre de 1869, los partidarios de la subida al trono de Fernando de Coburgo todavía no habían perdido todas sus esperanzas. Según *La Correspondencia de España*, partieron precisamente de este sector los rumores que hablaban de Tomás de Saboya, por aquel entonces adolescente, como nuevo aspirante al trono. Dicha candidatura era, en opinión del diario de Manuel María de Santa Ana, una maniobra de distracción “para entretener a la opinión, mientras se redoblan los esfuerzos

¹³⁴⁹ *La Época*, 25-10-1869, p. 1, col. 1.

¹³⁵⁰ *La Época*, 25-10-1869, p. 1, col. 3.

¹³⁵¹ *La Discusión*, 28-10-1869, p. 1, col. 3.

para facilitar la solución ibérica, que es el bello ideal de muchos hombres de Estado”¹³⁵². La presencia del duque de Saldanha en Madrid también daba pie a la propagación de rumores, que nunca adquirirían la categoría de noticia¹³⁵³, sobre la posibilidad de que el anciano mariscal estuviera tras los supuestos movimientos iberistas de una parte del ejército portugués. Ante la Saldanhada, incluso *La Correspondencia de España* se vio obligada a tomar partido y afirma en sus páginas que la unión ibérica “no puede buscarse por otros medios que por los de la conveniencia de ambos países y por medio de la diplomacia”¹³⁵⁴, negando cualquier apoyo de España al pronunciamiento del anciano mariscal.

El trabajo propagandístico de *La Correspondencia de España* en beneficio de la candidatura Montpensier destaca especialmente por ser de las pocas ocasiones, si no la única, en que el diario de Santa Ana se posicionó de manera tan clara y durante tanto tiempo a favor de una opción política. A principios de noviembre de 1869, igual que anteriormente se había hecho con un texto del *Jornal do Comercio* o con el artículo de Pelayo de la Cuesta, se le otorga importancia en las páginas de *La Correspondencia de España* a un artículo doctrinal, en este caso a un artículo de *Las Novedades* en el que se defendía la candidatura de Antonio de Orleans, entre otras razones, por la imposibilidad de alcanzar la unión ibérica a corto o medio plazo¹³⁵⁵. Una vez más se esgrime como argumento principal de apoyo a Montpensier, además de sus adornos liberales y monárquicos, la necesidad de que imperara la cordura y el sentido práctico frente a un plan idealista como podría ser el de la fusión hispano-portuguesa. *La Correspondencia de España* y aquello que representa –Manuel María de Santa Ana y compañía– se integra de este modo en la corriente de opinión que no vería con malos ojos la unión ibérica pero que en absoluto buscaba un compromiso en ese sentido a corto plazo, sino que más bien se alejaba de él, planteando un escenario más posibilista y apegado a un determinado sentido de la realidad que, por otra parte, podría beneficiar a sus intereses al plantear una continuidad sin grandes sobresaltos.

¹³⁵² *La Correspondencia de España*, 16-09-1869, p. 2, col. 3.

¹³⁵³ *La Correspondencia de España*, 29-10-1869, p. 2, col. 1; *La Correspondencia de España*, 24-06-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁵⁴ *La Correspondencia de España*, 25-05-1870, p. 2, col. 2.

¹³⁵⁵ *La Correspondencia de España*, 02-11-1869, p. 2, col. 1.

Por otro lado, *La República Ibérica*, diario dirigido por Miguel Morayta (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 123), se pone en circulación el 2 de diciembre de 1869, y ya desde su prospecto –además de hacerlo desde la propia cabecera– se coloca en un lugar destacado la defensa de la unión de España y Portugal en la forma republicana:

“Venimos a defender la República federal, organismo predicado por la democracia española en la Asamblea, y el más sencillo y el más armónico con la naturaleza humana, base eterna de una sociedad justa. [...] A eso venimos a la prensa, a defender los Estados Unidos de Iberia para hoy; que sean para mañana el germen de donde broten los Estados Unidos de Europa, la Santa Alianza de los pueblos.”¹³⁵⁶

Se observa que el planteamiento federalista plasmado por Morayta en el primer número de su periódico está en relación directa con cierta corriente de pensamiento, relacionada con el republicanismo pero también con el socialismo utópico, que imaginaba la organización social ideal como una sucesión de esferas soberanas libremente asociadas (a grandes rasgos serían individuo-familia-municipio-provincia-Estado, intercalados a veces con otros conceptos como ciudadano, nación o incluso cantón), que habría de derivar necesariamente, bajo el efecto del progreso, en la concordia y la unidad universales: “Las federaciones pueden comenzar por las nacionalidades dentro de sí; seguir por las razas; continuar por los continentes y concluir formando de toda la tierra una sola nación, y de toda la humanidad una sola familia”¹³⁵⁷.

El episodio del barco negrero *Charles George* fue utilizado en repetidas ocasiones por los partidarios de la unión ibérica para intentar hacer ver a los portugueses que afrontas como esa no podrían volver a darse en el plano internacional si se llevaba a cabo la fusión de los dos Estados peninsulares. Así lo expresa, por ejemplo, Romero Ortiz en la *Revista de España*, donde además estima que el grueso de los portugueses prefiere dejarse humillar antes que pensar en la unión con España:

“Hay en la capital, en Oporto y en Coimbra algunos admiradores excéntricos, aislados y platónicos de la república ibérica, organizados de manera que sus flojos lazos federales no limiten ni embaracen la acción soberana de cada Estado; pero la verdadera anexión a España, que es la fusión, no tiene un solo partidario conocido desde el Duero hasta el Guadiana. [...] Los estadistas obcecados que creen poder llegar a la unidad ibérica por una combinación dinástica o por la fuerza de las armas, desconocen lastimosamente el espíritu anti-español que se respira en la atmósfera del vecino reino.”¹³⁵⁸

¹³⁵⁶ *La República Ibérica*, 02-12-1869, p. 1, cols. 3 y 4.

¹³⁵⁷ *La República Ibérica*, 27-12-1869, p. 1, col. 1.

¹³⁵⁸ *Revista de España*, año II, tomo XII, pp. 336-337.

Las causas de la separación son, para Romero Ortiz, demasiado profundas, y las consecuencias de una posible unión gracias a una carambola diplomática y/o dinástica podrían desencadenar un conflicto armado que en todo caso se quería evitar. Estas afirmaciones las hace el autor en un artículo dedicado al poeta, periodista y político José da Silva Mendes Leal, íntimamente relacionado con España.

En la sección “Revista política interior” de la *Revista de España*, Albareda realiza una lectura comedida de la Saldanhada, esperando en que la revuelta comandada por el anciano mariscal no tuviera nada que ver con planes de unión ibérica. El director de la *Revista de España* estimaba que, de ser así, dicha acción iría “por el camino menos a propósito para conseguir aquello mismo que debiera ser la aspiración de cuantos Españoles y Portugueses desean el engrandecimiento de la patria”¹³⁵⁹. También lamenta Albareda que las Cortes españolas hubieran tenido que hacer una manifestación oficial desmintiendo su participación en dicha revuelta. Los rumores de unión ibérica tras el golpe de Saldanha también los comenta en la *Revista de España* otro autor ya mencionado en la presente tesis, Fernando Cos-Gayón, esta vez en la sección “Revista política exterior”. Para Cos-Gayón, “la opinión vulgar persiste en sospechar que para algo más que para un cambio de Ministerio se ha ejecutado la sublevación”¹³⁶⁰, aunque él mismo, coincidiendo con Albareda, tampoco cree que una insurrección militar en Portugal fuera el método más indicado para el inicio de un proceso de unión ibérica.

6.3. El iberismo en 1870

Las aspiraciones de los republicanos españoles no caían en saco roto en Portugal, donde reverberaban los mensajes que defendían la unión peninsular. Así, *La República Ibérica* de Morayta se hace eco de una queja manifestada por parte del diario portugués *A República Federal* a raíz de unas declaraciones de Emilio Castelar en las que el orador republicano afirmaba invitar a que Portugal “viva bajo el techo de nuestra gloriosa nacionalidad”¹³⁶¹, lo que se podría interpretar como una voluntad de absorción portuguesa por parte de España. *La República Ibérica* intenta aclarar este extremo afirmando que

¹³⁵⁹ *Revista de España*, año III, tomo XIV, pp. 305-306.

¹³⁶⁰ *Revista de España*, año III, tomo XIV, p. 484.

¹³⁶¹ *La República Ibérica*, 05-01-1870, p. 2, col. 2.

“España unida a Portugal bajo una misma nacionalidad, quiere decir que ambas naciones constituirían un solo pueblo, sin perder ninguno de ellos su independencia ni autonomía”¹³⁶². El progresista *La Nación*, por su parte, se lamenta de que Portugal y España estuvieran viviendo situaciones políticas tan arduas e inestables, y afirma que, si la unión ibérica fuera una realidad, “no hubiesen surgido los conflictos y complicaciones que en detalle se observan en ambas”¹³⁶³, colocándose así sin reparo en una posición favorable a la fusión de ambos países.

Ya en la primavera de 1870, pocos meses antes de la llegada de Amadeo y con el debate sobre la forma de gobierno en plena efervescencia, *La Iberia* advierte el uso que cierto sector del republicanismo estaba haciendo de la idea ibérica. El diario progresista, siempre sólido defensor de la monarquía, acusa a los republicanos de perder de vista la historia y pretender que era posible fundar un sistema federal en España y Portugal cuando ni siquiera la tradición monárquica había logrado unir ambos países. El partido republicano habría de descartar esa idea en “una nación como la nuestra, eminentemente liberal, pero esencialmente monárquica”¹³⁶⁴. Una vez más se observa un manejo de la idea ibérica como instrumento de intereses partidistas y no como símbolo de unión. Pocos días más tarde se repite la argumentación en las páginas de *La Iberia*, que estima que la prensa republicana se equivocaba al evaluar positivamente las opciones de triunfo que tendría su doctrina en Portugal. El diario progresista no descartaba el advenimiento republicano en un futuro, pero pretender alcanzarlo en aquel momento se estrellaba “contra el carácter y las necesidades legítimas y propias hoy de los dos pueblos que une la península ibérica, y contra las políticas corrientes que impulsan naturalmente a las sociedades europeas”¹³⁶⁵.

Los republicanos, en buena lógica, seguían intentando promover su doctrina, y cierto sector mantenía la vista puesta en el horizonte de la unión ibérica, como ejemplifica el largo artículo publicado con el título de “Historia de la libertad en Portugal” en la primera página de *La República Ibérica* el 4 de marzo de 1870, con la firma de Francisco María Tubino. El autor consagra este texto, en el que comenta una obra del mismo título

¹³⁶² *La República Ibérica*, 05-01-1870, p. 2, col. 3.

¹³⁶³ *La Nación*, 26-02-1870, p. 1, col. 3.

¹³⁶⁴ *La Iberia*, 18-05-1870, p. 1, col. 2.

¹³⁶⁵ *La Iberia*, 25-05-1870, p. 1, col. 5.

a cargo de João de Barros e Cunha, a atender la necesidad que tenían de profundizar en el conocimiento de la historia y las instituciones portuguesas los españoles que, según él, “pensamos y sostenemos que en la península ibérica no debe de existir más que una nacionalidad”, la cual habría de ser sustentada por “las muchedumbres, concertándose para vivir a la sombra de un régimen federativo que convierta en verdad demostrada el principio de la unidad en la variedad”¹³⁶⁶. Así, tras esta declaración de intenciones, Tubino comenta a lo largo de tres columnas el libro de Barros e Cunha, que resaltaba los diferentes hitos de tinte liberador o emancipatorio que se dieron en la historia portuguesa, para concluir rompiendo una lanza a favor del sistema republicano, afirmando que “portugueses y españoles muéstranse guiados por un solo ideal, aquí y allí pelean dos entidades: la ingratitud monárquica ensañándose con los mismos que la han salvado, la idea nueva no siempre bien guiada, pero en todas ocasiones inspirándose en los móviles más altos y laudables”¹³⁶⁷.

6.3.1. El golpe de Estado del mariscal Saldanha

El pronunciamiento del mariscal Saldanha en mayo de 1870, conocido en Portugal como la Saldanhada, desató una vez más todo tipo de rumores en torno a los proyectos de unión ibérica. *La Iberia* llegó a registrar una pequeña manifestación en Lisboa en la que “unas cien personas” salieron a la calle “dando vivas a la unión ibérica”¹³⁶⁸, noticia que el propio periódico se encargó de desmentir días más tarde¹³⁶⁹. En medio de semejante confusión informativa y de la inestabilidad inherente a los momentos posteriores de una sublevación militar, era de esperar que rumores de este tipo. Sin embargo, era también posible que su origen tuviera un carácter más oscuro que transparente. Para el corresponsal de *La Iberia* en Lisboa, los rumores de planes iberistas hacían más daño que beneficio al movimiento, puesto que ponían en contra de Saldanha y en contra del gobierno español a muchas personas que verían amenazada su independencia si avanzaran dichos planes. Según esta teoría, los rumores de iberismo que acompañaron a la Saldanhada habrían sido difundidos precisamente por los opositores a la idea ibérica:

¹³⁶⁶ *La República Ibérica*, 04-03-1870, p. 1, col. 2.

¹³⁶⁷ *La República Ibérica*, 04-03-1870, p. 1, cols. 4 y 5.

¹³⁶⁸ *La Iberia*, 26-05-1870, p. 3, col. 2.

¹³⁶⁹ *La Iberia*, 31-05-1870, p. 4, col. 2.

“¿Es por acaso necesario ser hombre de Estado para comprender sin dificultad alguna que todo español que realmente aspire a ser ibérico tiene, no solo que condenar enérgicamente toda manifestación de fuerza que con tal objeto se hiciera, sino, lo que es más, trabajar sin descanso para hacer imposible toda violencia, como contraria a la realización de ese mismo pensamiento?”¹³⁷⁰

Se advierten como telón de fondo los supuestos planes de conquista que habría detrás del pronunciamiento. Evidentemente, toda opción de anexión violenta era radicalmente rechazada en Portugal, y así habría de serlo también en España. El corresponsal exhorta al director de *La Iberia* a combatir el “error fatal” de los españoles de buena fe que pretendían alcanzar la unión de la mano de un levantamiento militar.

Otro diario progresista, *La Nación*, sin atribuir en principio al pronunciamiento militar segundas intenciones, no oculta su esperanza de que la Saldanhada efectivamente sirviera para avanzar hacia la unión ibérica, pues

“la unión ibérica es la solución nacional, salvadora de la revolución, y que puede engrandecer a ambos pueblos; la solución unificadora y digna que haría renacer el entusiasmo, acallaría todos los odios políticos, y realizándose en sus legítimas y racionales condiciones, no como una violenta amalgama, nos conduciría al puerto de ventura que todos anhelamos.”¹³⁷¹

Así, se observa en el planteamiento de *La Nación* un rechazo explícito hacia cualquier solución violenta al respecto, al tiempo que se afirma la condición “nacional” y “salvadora” del proyecto ibérico. En un mensaje de carácter positivo, estimulante, se consagra la unificación de España y Portugal como una meta ideal, casi utópica, que permitiría a ambos países encauzar su destino y mejorar sus aspiraciones de orden, bienestar y progreso. En todo caso, *La Nación* se muestra satisfecho y contento de que en Portugal triunfara “una situación liberal y reformadora” frente a “un gobierno reaccionario” e insiste en proclamar que la unión ibérica sería una solución ideal para la revolución española, pues se trataba de “la más patriótica”¹³⁷². Dos días después del pronunciamiento, este diario progresista abunda en su posicionamiento favorable a la unión de España y Portugal, afirmando al tiempo su voluntad de que se prolongara la situación de interinidad, es decir, el gobierno provisional, hasta que se encontrara un candidato adecuado para ocupar el trono español.

¹³⁷⁰ *La Iberia*, 26-05-1870, p. 2, col. 4.

¹³⁷¹ *La Nación*, 20-05-1870, p. 1, col. 2.

¹³⁷² *La Nación*, 21-05-1870, p. 1, col. 2.

Así, pese a no expresar su preferencia por ningún nombre en concreto, *La Nación* clarifica en gran medida su postura al declararse partidario de un candidato que llegara acompañado de “una idea verdaderamente nacional, cuya realización trae consigo la grandeza y la prosperidad de la patria, que acerca pueblos hermanos confundiéndolos en una misma aspiración, en un mismo derecho, en idénticos intereses y en igual historia”¹³⁷³. Tras una aclaración del gobierno español en la que afirmaba su nula implicación en el pronunciamiento del mariscal Saldanha, *La Nación* se felicita y declara que “nosotros, que hemos deseado siempre la unión de España y Portugal, creemos con el digno presidente del Consejo que esta no puede realizarse por medio de la fuerza”¹³⁷⁴. Se pretendía de esta forma alejar rumores, maledicencias, acusaciones de iberismo contra los sublevados portugueses o contra el propio gobierno de Madrid, lo cual probablemente solo serviría para agitar odios y viejas rencillas, trayendo beneficio político únicamente a quienes en ambos países se oponían a la idea. En el mismo texto, que se extiende a lo largo de más de una columna, *La Nación* se manifiesta totalmente contrario a cualquier intento de unión ibérica que no pasara por la profundización en el conocimiento mutuo, en los tratados de comercio y en la popularización en Portugal de que el proyecto de unión ibérica no supondría más que beneficios para ambos países. *El Imparcial* se mostraría de acuerdo con los planteamientos defendidos por *La Nación*¹³⁷⁵.

El mismo mes de octubre de 1870, *La Nación* refiere la aparición en Portugal de un folleto en el que se defendía nuevamente la candidatura de Fernando de Coburgo al trono español¹³⁷⁶. El diario progresista afirma seguir apoyando la coronación del rey viudo de Portugal, y destaca que incluso los republicanos eran favorables a esta solución¹³⁷⁷, en referencia a las declaraciones iberistas de Roberto Robert, ya comentadas, que se publicaron en *Gil Blas* meses antes¹³⁷⁸. Para *La Nación*, la subida al trono de don Fernando sería la culminación perfecta de la revolución de septiembre, y hacía extensiva esta opinión a “todos los españoles, excepto unos cuantos ambiciosos que anteponen su particular interés al sagrado interés de la patria”¹³⁷⁹, en referencia sobre todo a carlistas y montpensieristas.

¹³⁷³ *La Nación*, 22-05-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁷⁴ *La Nación*, 26-05-1870, p. 1, col. 2.

¹³⁷⁵ *El Imparcial*, 27-05-1870, p. 3, col. 1.

¹³⁷⁶ *La Nación*, 13-10-1870, p. 2, cols. 1 y 2.

¹³⁷⁷ *La Nación*, 14-10-1870, p. 2, col. 2.

¹³⁷⁸ *Gil Blas*, 29-05-1870, p. 2, col. 1.

¹³⁷⁹ *Ibíd.*

Por otro lado, la Saldanhada despertó de nuevo en los redactores de *La Esperanza* el celo en escribir contra la unión ibérica. Se decía que el caudillo portugués era partidario de la unión, lo que animaría al gobierno español a intentar un acercamiento directo al rey portugués Luis I, dejando ya de lado a su padre. Este hecho provoca un profundo cambio en el lenguaje de *La Esperanza*: pasó a hablarse de la “rama usurpadora de Braganza”¹³⁸⁰, para desprestigiar de los reyes portugueses entre los lectores del periódico. El rechazo absolutista hacia los planes liberales era total; nada significaba el hecho de que la revolución triunfante en Portugal –triunfo que, por otra parte, solo duraría tres meses– hubiera tumbado a un gobierno progresista en favor de los conservadores de Saldanha. Sin embargo, el rápido convencimiento por parte del gobierno español de que la Saldanhada no iba a significar ningún avance práctico en la cuestión hispano-portuguesa, como algunos esperaban, produce cierta burla por parte de *La Esperanza* ante el fracaso de las opciones iberistas, al tiempo que el periódico absolutista se lamenta de la política seguida por el gobierno revolucionario. De nuevo se observa una utilización de la cuestión ibérica como arma arrojada entre las diferentes facciones políticas de España.

El pronunciamiento militar liderado por el ya anciano mariscal Saldanha sería, de hecho, la última insurrección por él protagonizada, y sirvió para tumbar el gobierno Loulé y obligar a Luis I a reconocerle como presidente del Consejo de Ministros. Su aventura, que carecía de apoyo efectivo, solo duraría tres meses y terminaría con el nombramiento del mariscal como embajador en Londres y la llegada al poder, de nuevo, del marqués de Sá da Bandeira. Los inicios de la revuelta, como se está comprobando, dieron qué pensar en España sobre si tenía carácter iberista o no. Según *La Época*, había muchas posibilidades de que la unión ibérica fuera de hecho el objetivo oculto de la Saldanhada. Cinco eran las razones por las que el diario de las élites conservadoras pensaba esto: “los viajes de los sres. Olózaga y Fernández de los Ríos”, señalados iberistas, a Lisboa, “las noticias que con mucha anticipación circulaban en Madrid de lo que iba a acontecer”, “los temores [...] de que la negativa de D. Fernando de Coburgo influyera de un modo perjudicial” en el destino de su familia, “las amenazas embozadas que en Madrid se habían oído”, y por último, pero no por ello menos importante, “las relaciones, la actitud y los viajes del mariscal Saldanha”¹³⁸¹. No obstante, *La Época* se mantiene cauta y evita

¹³⁸⁰ *La Esperanza*, 20-05-1870, p. 2, col. 1.

¹³⁸¹ *La Época*, 20-05-1870, p. 2, col. 1.

manifestarse a favor del levantamiento militar, ya que “la grandeza del fin no puede hacernos cerrar los ojos a lo peligroso e ilícito de los medios”¹³⁸².

Así, el periódico de los Escobar pretendía que la revolución de septiembre trajera a España hechos grandes y beneficiosos, y no se quedara en un cambio de monarca como pudiera haberse quedado en un cambio de ministerio. Sin embargo, era fundamental no caer en episodios de violencia y no apoyar la fuerza de las armas antes que la voluntad popular. Atraer a los portugueses hacia la unión ibérica gracias a una intervención militar, ni que fuera interna, seguía siendo para *La Época* un pensamiento negativo y a la postre contraproducente. Este análisis se repetiría en días posteriores¹³⁸³, y la onda expansiva de los hechos sucedidos en Portugal llegaría hasta el Congreso de los Diputados, donde el general Prim se vio obligado a hacer una declaración solemne en la que afirmó que España no tenía ningún interés en restringir la independencia de Portugal. Estas palabras fueron aplaudidas por *La Época*, que sin embargo censuraba al ministro Rivero por emitir mensajes ambiguos al respecto¹³⁸⁴. El diario de las élites conservadoras insistía en afirmar que algunos intentos por acercar la unión ibérica no hacían sino alejar el éxito del plan.

Andrés Borrego, que contaba ya 68 años a esas alturas de siglo, y que viviría aún para ver la Primera República, la dictadura de Serrano y tres lustros de Restauración, no tenía sin embargo la misma influencia en el periodismo político que durante los años 40 y 50. No obstante, logra que *La Época* publique una carta en la que explica sus razones para pensar que la unión ibérica seguía siendo posible, siempre y cuando se intentara lograr por vías pacíficas. Lamentaba que los partidarios de la unión hubieran contribuido a alejarla, manifestando abiertamente durante meses que la corona en las sienes de Fernando de Sajonia-Coburgo hubiera significado la realización efectiva de la idea ibérica. Además, acusaba a los montpensieristas de haber contribuido a la “sobreexcitación” del pueblo portugués, aportando razones anti-ibéricas a los contrarios a la idea. En esto coincidía Borrego con la tendencia de *La Época*. La carta apelaba a la promoción de un diálogo sincero entre españoles y portugueses en busca de la mejor

¹³⁸² *Ibíd.*

¹³⁸³ *La Época*, 21-05-1870, p. 2, col. 1; *La Época*, 15-06-1870, p. 2, col. 5

¹³⁸⁴ *La Época*, 25-05-1870, p. 2, col. 1.

solución posible para establecer “un dualismo altamente provechoso a sus intereses y a su gloria”¹³⁸⁵.

A partir de 1870 se observa un cierto giro en el registro de *La Discusión* a la hora de tratar la unión de España y Portugal, no se le da ya al nacionalismo ibérico la importancia de la que hasta entonces gozaba. Valga como muestra un suelto publicado en la primera página del ejemplar del 12 de marzo de aquel año, en el que se afirma con júbilo que en Portugal parece extenderse la idea republicana. En otro momento, este comentario hubiera estado acompañado de algún tipo de mensaje propagandístico del estilo de los que ya se han repasado aquí, recalcando la importancia que tendría el cambio de orientación ideológico en Portugal, donde se prepararía el terreno para el advenimiento de una república federal ibérica. Nada de eso se lee en el texto mencionado¹³⁸⁶. Este distanciamiento de *La Discusión* respecto del nacionalismo ibérico se confirma pocas semanas más tarde, en el contexto de la Saldanhada, cuando el diario republicano escribe que muchos portugueses desean efectivamente la unión con España, pero “desean al mismo tiempo que esta unión se verifique sin menoscabo de la autonomía y de la independencia de ambos países”¹³⁸⁷. Iberismo sí, pero con matices. No hay mención tampoco a las posibilidades que podrían abrirse a la unión ibérica tras el triunfo de la revuelta del anciano mariscal Saldanha, considerado como el mayor representante del iberismo en Portugal. Apenas se menciona “la especial solidaridad de intereses”¹³⁸⁸ que unía a ambos países, animando al gobierno español a apoyar a los revolucionarios, sin inmiscuirse más profundamente en la cuestión. Sucede lo mismo en números siguientes, en los que *La Discusión* se limita a seguir la evolución de los acontecimientos de Portugal sin ninguna mención a alguna posible repercusión en los proyectos iberistas.

En cuanto al otro gran diario republicano del momento, *La Igualdad*, su posicionamiento es tajante: “No esperamos nada bueno del general Saldanha, amigo de Olózaga e inspirado por este”¹³⁸⁹. La disposición iberista de *La Igualdad* era indudable, pero no era mayor que su esencia republicana, cuestión que siempre era prioritaria para este diario: “La insurrección militar de Lisboa será estéril, así para la nación lusitana,

¹³⁸⁵ *La Época*, 28-05-1870, p. 4, col. 1.

¹³⁸⁶ *La Discusión*, 12-03-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁸⁷ *La Discusión*, 20-05-1870, p. 1, col. 6.

¹³⁸⁸ *La Discusión*, 20-05-1870, p. 1, col. 1.

¹³⁸⁹ *La Igualdad*, 20-05-1870, p. 1, col. 5.

como para realizar la más bella aspiración del pueblo ibero, la unidad peninsular, bajo la única forma posible: la República federal ibérica”¹³⁹⁰. Se observa en el lenguaje utilizado por *La Igualdad* una cierta ambigüedad en los conceptos de *nación* y *pueblo*, que no son definidos en profundidad y adolecen de concreción, y son planteados en términos complementarios: en aquel momento existía la nación lusitana, para la cual el pronunciamiento de Saldanha sería inútil; al mismo tiempo, el pueblo ibero, que englobaba al conjunto de los habitantes de la península, no podría constituirse como tal sino en la forma republicana. *La Igualdad*, considera, en fin, que el suceso de Portugal “ni ha sido inspirado por una idea elevada, ni tendrá consecuencias favorables para la libertad en España”¹³⁹¹, pero no perderá la oportunidad de recordar que “si, como esperamos, llegase un día, acaso, no lejano, en que, por mutua conveniencia, se unan dos naciones hermanas para formar un Estado poderoso en toda la península ibérica, este deseado acontecimiento no puede realizarse sino por la libre voluntad”¹³⁹². En estas líneas se observa de nuevo cierta identificación, que puede interpretarse como ambigüedad o vaguedad, a la hora de utilizar los términos *nación* y *Estado*. La conformación de este último vendría dada, según este planteamiento, por una concepción voluntarista de la nación y de su soberanía. El que dos naciones existieran y quisieran fusionarse o, al menos, constituirse en Estado unido, dependía en última instancia de un elemento volitivo y no de condicionamientos geográficos, históricos o culturales.

El golpe de Estado del mariscal Saldanha hizo que en España, por primera vez desde el triunfo de la Gloriosa, el foco de la actualidad dejara de atender cuestiones de política interior para centrarse en algo que ocurría más allá de las fronteras nacionales. Sin embargo, los sucesos de Portugal atrajeron la atención de políticos y periodistas precisamente por la enorme influencia que podrían ejercer en el futuro de España y de la península Ibérica en su conjunto. Desde su proverbial prudencia, *El Imparcial* escribe que “desgraciadamente, lo ocurrido ayer en la capital del reino lusitano no es motivo suficiente para creer que ha llegado el momento de unir a ambos pueblos con otros lazos que los del territorio, de idioma, de costumbres y de tradición”¹³⁹³, y juzga el levantamiento únicamente como causa de un cambio de gobierno en el país y en ningún

¹³⁹⁰ *La Igualdad*, 21-05-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁹¹ *La Igualdad*, 23-05-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁹² *La Igualdad*, 25-05-1870, p. 1, col. 4.

¹³⁹³ *El Imparcial*, 20-05-1870, p. 1, col. 2.

caso acelerador de una profunda transformación en la estructura política de ambos países en dirección a la fusión, pese a que “Saldanha, con razón o sin ella, es considerado desde hace mucho tiempo como el más autorizado representante del iberismo”¹³⁹⁴.

Las predicciones de *El Imparcial* se revelarían como acertadas, toda vez que el gobierno de Saldanha no supuso en la práctica ningún avance del nacionalismo ibérico. Es más, el diario de Gasset y Artime intentaba hacer ver que a la candidatura de Montpensier le interesaba la excitación de los sentimientos iberistas en España, pese a no estar fundados en un movimiento real. Este ardor unitario provocaría el rechazo de la idea en Portugal, lo cual perjudicaría a los partidarios de Fernando de Coburgo y allanaría el terreno para que Antonio de Orleans pudiera ser finalmente coronado como rey de España. Esta es la teoría que desarrolla *El Imparcial* en un suelto en el que se acusaba a *La Correspondencia de España* de ser “la *Gaceta Oficial* de Montpensier”¹³⁹⁵, mientras los verdaderos partidarios de la unión ibérica, como se consideraba a sí mismo y a *La Voz del Siglo* el diario de Gasset y Artime por defender la candidatura de Fernando de Coburgo al trono de España, habían recibido “con cierta frialdad” el golpe de Estado de Saldanha y se mantenían expectantes ante el desarrollo de los acontecimientos.

Otro diario democrático, *La República Ibérica*, aplaude enérgico el levantamiento de Saldanha y lo considera fruto de la lucha por la libertad y la democracia, pero se manifiesta cauto ante la posibilidad de que la subida al poder del anciano militar trajera consecuencias positivas en el escenario de la cuestión ibérica en tanto no aseguraba la caída del trono portugués, bastión que hacía imposible cualquier unión en su forma republicana, como gustaría el diario de Morayta. Aun así, *La República Ibérica* insiste en las bondades que tendría para ambos países la unión política en pie de igualdad, ya que

“Portugal y España valen lo bastante para que ni una ni otra nación absorba a la otra, y en su virtud es hasta un imposible el pedir la fusión de los dos pueblos. Ni España debe ser portuguesa, ni Portugal española: antes al contrario, su independencia, su completa autonomía, su libertad, son condiciones indispensables y a las que ni uno ni otro pueblo pueden renunciar. Por eso, nosotros que trabajamos con todas nuestras fuerzas por la unión ibérica, la queremos bajo la única forma posible, bajo la confederación de la República ibérica.”¹³⁹⁶

¹³⁹⁴ *Ibíd.*

¹³⁹⁵ *El Imparcial*, 20-05-1870, p. 2, col. 1.

¹³⁹⁶ *La República Ibérica*, 21-05-1870, p. 1, col. 4

He aquí la forma de gobierno que para el diario de Miguel Morayta habría de adquirir el futuro Estado ibérico: una unión en pie de igualdad a lo Austria-Hungría, una confederación en la que existieran dos realidades independientes específicamente reconocidas. Es evidente que, en última instancia, *La República Ibérica* esperaba que la Saldanhada se llevara por delante el trono portugués igual que la Gloriosa había obligado a exiliarse a Isabel II, lo que hubiera supuesto, a ojos de este diario, un triunfo para la idea democrática.

6.3.2. Evolución de los mensajes relativos a la unión ibérica

En este epígrafe se sigue la evolución de los textos relacionados con los proyectos de unión peninsular publicados en la prensa madrileña en el contexto inmediatamente posterior a la Saldanhada. Se repasan mensajes publicados en publicaciones tan diversas como *La Época* y *La Discusión*, pasando por *La Ilustración Española y Americana* o la *Revista de España*, entre otras.

6.3.2.1. *El Imparcial*

Mayo de 1870 es un momento decisivo para la evolución de la orientación iberista de *El Imparcial*, ya que el diario empieza a desligarse de la candidatura de don Fernando y apuesta abiertamente por mantener indefinidamente al gobierno provisional hasta que se calmaran las aguas en Portugal¹³⁹⁷. También el corresponsal lisboeta de *El Imparcial* ataca a los partidarios de Montpensier, en este caso a *La Época* y a *La Política*, diarios a quienes acusa de publicar noticias referentes al iberismo cuya relevancia real era “insignificante”, pero que eran exageradas convenientemente hasta ser convertidas por los conservadores portugueses en amenazas a la integridad territorial del país, despertando en aquel país “tradiciones de odio y venganza”¹³⁹⁸. El corresponsal de *El Imparcial* veía “legítimo y natural” que el pueblo portugués hiciera gala de su independencia, pero reprochaba a los políticos que utilizaran este sentimiento como arma para fortalecer y guardar sus intereses personales, fomentando la animadversión y ahondando la separación entre los ciudadanos de uno y otro lado de la Raya. A este respecto se destaca que el pueblo portugués no estaba respondiendo a las incitaciones que

¹³⁹⁷ *El Imparcial*, 21-05-1870, p. 1, col. 1.

¹³⁹⁸ *El Imparcial*, 26-05-1870, p. 2, col. 4.

recibía de los políticos, ante las que permanecía en “el silencio y la indiferencia”¹³⁹⁹. Afirmó el corresponsal lisboeta de *El Imparcial* que

“en España y Portugal hay ibéricos; y ¿cómo no, si la idea que los anima es poderosa y magnífica e indefectible para el porvenir? Pero a su lado hay políticos de pandilla, grandes defensores de la amenaza y propagadores del odio, a los que todos los ibéricos desdeñan, porque para ellos la solución no debe ni puede ser hija de la fuerza y de la conquista, sino de la mutua conveniencia y de la íntima convicción”¹⁴⁰⁰

En definitiva, lo que relata el corresponsal de *El Imparcial* en Lisboa no es más que la vertiente portuguesa de lo que la cuestión ibérica había sido durante mucho tiempo en España: una herramienta de combate político, utilizada generalmente para intentar desprestigiar al contrario acusándolo de traidor a la patria. A lo largo de las siguientes semanas, la redacción de *El Imparcial* va a recibir regularmente cartas de su corresponsal en la capital portuguesa, escritas generalmente en un tono crítico e implacable con las intrigas políticas a corto plazo, en las que se informaba puntualmente de la evolución que la idea iberista estaba teniendo en aquel país, del mismo modo que se van a reproducir fragmentos de artículos publicados por la prensa portuguesa en torno a la cuestión¹⁴⁰¹.

A la altura del verano de 1870 *El Imparcial* seguirá defendiendo la unión ibérica como “lo práctico, lo útil, lo patriótico para los portugueses y los españoles”, quienes debían aspirar a “la unidad en la política internacional y en los intereses peninsulares”¹⁴⁰² a través de la subida al trono español de un miembro de la casa de Braganza. La aspiración de los iberistas descartaba en todo caso la candidatura de Antonio de Orleans, por lo que se explicaba que los partidarios de dicho aspirante al trono español no dejaran de azuzar los sentimientos patrióticos en Portugal, según el diario de Gasset y Artime.

El 20 de junio, *El Imparcial* anuncia haber recibido una carta de una fuente altamente fiable en la que se asegura que “ha desaparecido toda probabilidad de que se encuentre la deseada solución entre los príncipes de la familia de Braganza”¹⁴⁰³. Dos días

¹³⁹⁹ *Ibíd.*

¹⁴⁰⁰ *El Imparcial*, 26-05-1870, p. 3, col. 1.

¹⁴⁰¹ *El Imparcial*, 27-05-1870, p. 3, col. 2; *El Imparcial*, 28-05-1870, p. 2, col. 4; *El Imparcial*, 31-05-1870, p. 1, col. 4; *El Imparcial*, 03-06-1870, p. 2, col. 3; *El Imparcial*, 20-06-1870, p. 1, col. 4; *El Imparcial*, 26-07-1870, p. 3, col. 1.

¹⁴⁰² *El Imparcial*, 18-06-1870, p. 1, col. 4.

¹⁴⁰³ *El Imparcial*, 20-06-1870, p. 1, col. 3.

más tarde se encuentra en la primera página del diario liberal un artículo titulado “La cuestión de Portugal”, crítica despiadada de quienes utilizaban el nacionalismo ibérico como arma política para tumbar gobiernos en Portugal y para consolidar candidaturas monárquicas en España. La base del razonamiento de *El Imparcial* la ocupa el convencimiento de que, tras la Saldanhada, el encargado de hacer correr el rumor de que la unión ibérica se iba a realizar próximamente no fue otro que “el interés de partido”¹⁴⁰⁴. Las “absurdas” noticias que proclamaban algunos diarios españoles al respecto estaban encaminadas, según *El Imparcial*, a soliviantar a los portugueses precisamente con un objetivo opuesto a aquel que sobre el papel perseguían. El diario de Gasset y Artime afirma que

“para los que de aquí se esfuerzan en llevar la intranquilidad a Portugal, Portugal es lo de menos; su único interés está en abrir paso a D. Carlos, don Alfonso o Montpensier; para los que allá acogen lo que los defensores de estos pretendientes envían, no hay ningún recelo con respecto a España, pero su verdadero interés está en hacer la oposición al ministerio Viseo, o Loulé, o Saldanha.”¹⁴⁰⁵

El Imparcial recuerda que, desde el triunfo de la revolución española, todas las administraciones portuguesas habían sido sistemáticamente acusadas de iberismo por sus rivales políticos, mientras que en España “los órganos más genuinos del borbonismo” estaban exaltando interesadamente perturbaciones entre los dos países. Según este análisis, las declaraciones iberistas de algunos periódicos no serían otra cosa que propaganda negra difundida por personas interesadas en alejar la unión política de los dos países ibéricos¹⁴⁰⁶. Frente al revuelo y a los enfrentamientos organizados por las clases político-periodísticas, *El Imparcial* colocaba la buena voluntad del pueblo llano: “de la cuestión de Portugal se ha hecho un comodín político para servir intereses bastardos que nada tienen que ver con la opinión genuina y verdadera de las dos naciones vecinas”¹⁴⁰⁷. A la altura del verano de 1870 también se puede encontrar una referencia a la unión ibérica en las páginas de *La Correspondencia de España*. El diario informativo de referencia interpreta que la subida de Fernando de Coburgo al trono español no significaría un acercamiento entre ambos países sino “la renuncia para siempre de la unión de ambos pueblos”¹⁴⁰⁸.

¹⁴⁰⁴ *El Imparcial*, 22-06-1870, p. 1, col. 2.

¹⁴⁰⁵ *Ibíd.*

¹⁴⁰⁶ *El Imparcial*, 22-06-1870, p. 1, col. 2.

¹⁴⁰⁷ *El Imparcial*, 22-06-1870, p. 1, col. 3.

¹⁴⁰⁸ *La Correspondencia de España*, 05-08-1870, p. 1, col. 5.

6.3.2.2. *La Ilustración Española y Americana*

Los rumores de que el golpe de Saldanha hubiera tenido por objeto implantar una monarquía ibérica son desestimados desde *La Ilustración Española y Americana* por la firma de Julio Nombela, quien afirma que tal unión era imposible porque tanto españoles como portugueses rechazaban la pérdida de su independencia. Sin embargo, el redactor aceptaba que los militares portugueses estaban por la anexión¹⁴⁰⁹. La postura de la revista, sin embargo, es diferente de la de este redactor. En un artículo sobre el general Prim publicado sin firma, se puede leer en *La Ilustración Española y Americana* que “el sueño de la Europa liberal, esto es, la unión ibérica”¹⁴¹⁰ es el desenlace que algunos esperaban para la revolución de septiembre. En 1870 se menciona también de pasada que la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen sería otro camino posible para la unión ibérica, dado su matrimonio con la hermana del rey de Portugal¹⁴¹¹.

6.3.2.3. *La Discusión*

En la primera página de *La Discusión* del 28 de mayo de 1870 se pueden leer unas líneas que ayudan a seguir completando el mosaico del proceso de conceptualización de la nación ibérica. Se trata de un texto enmarcado en el debate que surgió en el seno de los republicanos federales, divididos entre los que pretendían una descentralización total y los que, como *La Discusión*, defendían la existencia de un poder central en convivencia con poderes regionales y locales. El diario dirigido por Bernardo García se dirige a los que llama “separatistas”¹⁴¹², afirmando que efectivamente es partidario de

“la confederación de España y Portugal, mediante un pacto, para la defensa de sus intereses generales, representados por una dieta o consejo federal, pero conservando cada pueblo sus leyes y gobierno propio. Queremos esto como transición para constituir en su día la gran nación ibérica. [...] Esta organización admirable aplicada a las relaciones de nación a nación, *solo posibles por el pacto*, es absurda aplicada al interior de estas naciones.”¹⁴¹³

Así, se observa una diferenciación clara y consciente por parte de *La Discusión* a la hora de otorgar el estatus de nación a según qué entidades políticas, que en este caso se

¹⁴⁰⁹ *La Ilustración Española y Americana*, 25-05-1870, p. 2, col. 1.

¹⁴¹⁰ *La Ilustración Española y Americana*, 28-06-1870, p. 10, col. 1.

¹⁴¹¹ *La Ilustración Española y Americana*, 13-07-1870, p. 2, col. 3.

¹⁴¹² *La Discusión*, 11-05-1870, p. 1, cols. 1 y 2.

¹⁴¹³ *La Discusión*, 28-05-1870, p. 1, col. 4. En cursiva en el original.

identifican con los Estados ya existentes. Esto es perfectamente incompatible con propuestas de descentralización total llegadas desde otros sectores del republicanismo, que para este periódico significaban un retorno a los tiempos medievales, una búsqueda de las esencias democráticas “en las tinieblas de lo pasado”¹⁴¹⁴. Este texto sirve, pues, como excelente fotografía de las coordenadas ideológicas del republicanismo español en la primavera de 1870. Es sumamente importante también destacar que, efectivamente, se consideraba como naciones a Portugal y España, pero se especifica que su confederación serviría como paso previo para la formación de “la gran nación ibérica”. Así, la creación de un Estado tenía en el horizonte un objetivo indefectible: alcanzar el aura nacional, condición política situada por encima de diferencias regionales o locales e incluso por encima del mismo Estado, ya que se obtiene después de establecida la entidad político-administrativa. Existe indudablemente, desde este punto de vista, una ideología nacionalista ibérica en las líneas publicadas por *La Discusión*.

Es probable que también se diera cierta forma de nacionalismo o proto-nacionalismo ibérico en la ideología de Nicolás Díaz Pérez, periodista, escritor y republicano extremeño, miembro de la llamada Legión Ibérica que en 1860, formada entre otros por destacados republicanos como Sixto Cámara o Fernando Garrido, se organizó para ir a luchar al lado de Mazzini y Garibaldi por la unificación de Italia (Pascual Sastre, 2002: 347-376). Este autor escribió al menos dos artículos en *La República Ibérica* en los que trata el estado de actividad en la aduana de Badajoz, refiriendo ciertos abusos a la hora de cruzar la frontera que desde Portugal se habían denunciado. En estos textos se revela la voluntad conciliadora de Nicolás Díaz Pérez respecto a la cuestión ibérica, que reclama la actuación de Ángel Fernández de los Ríos, a la sazón embajador y “verdadero representante *iberista* en Portugal”¹⁴¹⁵, para poner fin a dichos abusos y promover el estrechamiento de relaciones entre los dos lados de la frontera, “a fin de que gane terreno el pensamiento regenerador para nuestra Península, de la *unión ibérica*”¹⁴¹⁶.

Algunas voces pedían por entonces que se ofreciera el honor de ceñir la corona de España a Luis I de Portugal. Esta opción no era contemplada por *La Discusión*, que

¹⁴¹⁴ *Ibíd.*

¹⁴¹⁵ *La República Ibérica*, 23-07-1870, p. 1, col. 2. En cursiva en el original.

¹⁴¹⁶ *La República Ibérica*, 23-07-1870, p. 1, col. 4. En cursiva en el original.

consideraba agotado el prestigio de la dinastía Braganza¹⁴¹⁷. El baile de candidatos incluyó, por iniciativa de Prim, a Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen. La discusión en torno a la posible subida al trono del príncipe alemán tuvo una influencia decisiva, como es sabido, en el desencadenamiento de la guerra franco-prusiana, y sobre esto escribe *La Discusión*. En un artículo titulado “La guerra”, después de glosar las supuestas virtudes de los conflictos armados como fuente de progreso para la humanidad, el diario republicano se decanta rotundamente del lado de Prusia, afirmando que fue aquel país “el primero que levantó la bandera del libre examen, fuente de todos los derechos y de todas las libertades”¹⁴¹⁸. Para *La Discusión*, “con la derrota de la Francia se salva la libertad en Europa”¹⁴¹⁹, y por consiguiente los pueblos latinos podrían seguir adelante con una política de alianzas que en aquel momento estaba reprimida por el poderío de Napoleón III.

Dentro de estas alianzas se incluiría, claro está, la república ibérica, y aquellas habrían de culminarse en la unión de todos los pueblos latinos. Estos planes se expresan por escrito en repetidas ocasiones¹⁴²⁰, también en la carta a los electores republicanos federales¹⁴²¹. La candidatura de Leopoldo Hohenzollern motivó una nueva protesta de *La Discusión* ante los planes continuadores de la monarquía, ni que fuera encarnada en una dinastía diferente a la borbónica. El diario republicano insiste en su propuesta confederal como paso previo a la república federal ibérica, siendo esta la única unión válida a su entender, pues estaba basada en la fuerza del derecho frente al derecho de la fuerza y los manejos diplomáticos¹⁴²². En un artículo titulado “Lo que se agita”, el diario republicano juzgaba como “inclinada a la unión ibérica” la postura del gobierno de España respecto a la candidatura del príncipe Leopoldo¹⁴²³, ya que este estaba casado con la hermana del rey de Portugal. Además, su coronación como rey de España habría supuesto una importante disminución de la influencia francesa en la política española. Sin embargo, las previsiones de *La Discusión* respecto a las posibilidades de éxito de la candidatura eran ciertamente pesimistas, más allá de su oposición a cualquier variante monárquica. Por

¹⁴¹⁷ *La Discusión*, 08-06-1870, p. 1, col. 4.

¹⁴¹⁸ *La Discusión*, 21-07-1870, p. 1, col. 2.

¹⁴¹⁹ *Ibíd.*

¹⁴²⁰ *La Discusión*, 17-08-1870, p. 2, col. 4; *La Discusión*, 17-09-1870, p. 2, col. 5; *La Discusión*, 24-09-1870, p. 2, col. 3.

¹⁴²¹ *La Discusión*, 30-09-1870, p. 1.

¹⁴²² *La Discusión*, 05-07-1870, p. 1, col. 2.

¹⁴²³ *La Discusión*, 06-07-1870, p. 1, col. 1.

otro lado, en las páginas de este periódico se afirma, en concordancia con el cambio de orientación respecto a la cuestión ibérica que se había iniciado a principios del 70, que “Portugal, pueblo distinto del nuestro en carácter, leyes, tradición y costumbres”¹⁴²⁴, no estaba preparado para ser gobernado “bajo los principios de una verdadera Revolución”¹⁴²⁵.

En Portugal la situación no era precisamente de tranquilidad. Tras la Saldanhada y la evolución de los acontecimientos en España, los rumores de unión ibérica surgían cada cierto tiempo. A finales de agosto de 1870 se hablaba incluso de movimientos inmediatos en este sentido, los cuales no fueron negados por el gobierno portugués, según recoge *La Discusión* en el artículo que abre su ejemplar del 28 de agosto¹⁴²⁶. La comisión patriótica del 1º de diciembre, sin embargo, rechazaba la existencia de elementos iberistas en Portugal. *La Discusión* cerraba su artículo recordando una vez más su postura: “Solo la República podrá realizar la unidad de nuestra raza en la península occidental”¹⁴²⁷. Saldanha terminaría cayendo en desgracia poco después, en gran parte precisamente por los rumores de unión ibérica. El cambio de gobierno en Portugal, sin embargo, no disuade a *La Discusión* de seguir hablando de la necesidad de traer una república a suelo ibérico:

“La unidad ibérica solo puede formarse mediante una igualdad de derecho, libremente formada en cada pueblo; igualdad que nazca de una Constitución común y democrática. Esa Constitución, para que exprese el libre voto de los pueblos y para que sea igual en ambos, es forzoso que sea republicana.”¹⁴²⁸

El periódico de Bernardo García apostaba todo a la república. A la altura de octubre de 1870, los condicionantes políticos prácticamente han borrado a los económicos y no se habla de otra cosa en las páginas de *La Discusión* –en relación a la cuestión ibérica– que no sea la necesidad de proclamar la república federal, olvidándose de cualquier otro tipo de condicionantes o proyectos, ya fueran de tipo económico, social o cultural. *La República Ibérica*, por otra parte, también refería ciertos rumores sobre una posible anexión violenta de Portugal por parte de España, que eran rechazados de plano por la cabecera demócrata, en línea con la tradición iberista más sincera¹⁴²⁹.

¹⁴²⁴ *La Discusión*, 08-07-1870, p. 1, col. 2.

¹⁴²⁵ *Ibíd.*

¹⁴²⁶ *La Discusión*, 28-08-1870, p. 1, col. 1.

¹⁴²⁷ *Ibíd.*

¹⁴²⁸ *La Discusión*, 15-10-1870, p. 2, col. 3.

¹⁴²⁹ *La República Ibérica*, 14-10-1870, p. 1, col. 1.

6.3.2.4. *La Época*

La Época publica el primero de junio de 1870 una carta firmada por 38 diputados esparteristas en la que estos solicitan la subida al trono del anciano general. En la carta se puede leer un hondo elogio a

“la unión ibérica, ese dorado ensueño del docto patriotismo, ese puro amor de raza expansivo en el triunfo de los pueblos, esa tendencia sublime a borrar del mapa los límites puestos a la fraternidad del mundo, ese ideal moderno de unir naciones hermanas al calor de su autonomía.”¹⁴³⁰

Entre los firmantes de la misiva se encontraban hombres como Pascual Madoz, Francisco Salmerón o el militar Juan Contreras, lo que permite añadir nuevos eslabones en la genealogía del iberismo desde sus inicios hasta su progresivo decaimiento. Los militantes del nacionalismo ibérico abandonaban sus viejas posiciones a medida que el viento dejaba de ser favorable a la unión de Portugal y España.

Las posibles derivaciones iberistas de la insurrección de Saldanha llegaron a ser tenidas en cuenta por periódicos como el *Times* londinense, según recoge *La Época*, que certificaba las nulas posibilidades de éxito que tenía el nacionalismo ibérico por el fuerte apego de Portugal a su independencia¹⁴³¹. Otros periódicos, como *La Nación*, seguían abrigando esperanzas de ver algún día realizada la unión ibérica, “idea tan grande, tan elevada y patriótica,[...] [que] habrá de continuar siendo el norte de aspiraciones universales, sin que para nada puedan influir en ello las intrigas y maquinaciones que solo tienen origen en el interés mezquino y estrecho de partido”¹⁴³².

El diario de las élites conservadoras realiza a lo largo de 1870 un seguimiento regular de los vaivenes de la cuestión ibérica, refiriendo publicaciones de otros diarios sobre el particular, pero siempre manteniendo las distancias y evitando una toma de posición clara, punto que por otra parte ya había aclarado en suficientes ocasiones. Entre la marabunta de referencias a la cuestión que *La Época* publicaba, es de destacar un

¹⁴³⁰ *La Época*, 01-06-1870, p. 3, col. 1.

¹⁴³¹ *La Época*, 10-06-1870, p. 1, col. 4.

¹⁴³² *La Nación*, 14-06-1870, p. 3, col. 2.

manifiesto del partido republicano federal a los electores. Los firmantes afirman que, de llegar al poder, procurarán

“por todos los medios contenidos en su derecho realizar el gran pensamiento que han sostenido con perseverancia desde esa tribuna, bendecida hoy de los pueblos libres; el pensamiento de fundar la única forma política que puede sustituir el trabajo a la guerra y el derecho al privilegio: la república federal ibérica en la Europa libre.”¹⁴³³

La retórica era desde luego uno de los puntos fuertes de los republicanos, que sin embargo no explicaban en ningún momento cómo iban a encaminar a los dos Estados ibéricos hacia su fusión en uno solo. No existe alguna otra apelación al iberismo en todo el manifiesto, lo que hace pensar que quizá la mención era más interesada o grandilocuente que real. Desde luego que los rumores sobre los progresos de la unión ibérica seguían a la orden del día, y *La Época* seguía en su línea contemporizadora. Como muestra, en su ejemplar del 11 de octubre de 1870, el diario conservador reproduce dos cartas del *Diario de Barcelona* y unas líneas del *Jornal do Comercio*, de Lisboa. Las primeras certificaban supuestos avances en los planes de unión ibérica, mientras que las segundas insistían en el rechazo portugués. *La Época* se limitaba a apelar a sus lectores y que ellos fueran “resumiendo todos los elementos necesarios de juicio”¹⁴³⁴.

6.3.2.5. *La Iberia*

En mayo de 1870, una delegación de parlamentarios progresistas encabezada por Pascual Madoz viajó hasta Logroño para entrevistarse con el general Espartero, a quien se ofreció la corona de España. *La Iberia* publicó en sus páginas el “Manifiesto de los diputados constituyentes adictos a la regia candidatura del duque de la Victoria”, firmado por el propio Madoz y por Francisco Salmerón, entre otros. En relación con el nacionalismo ibérico, dicho manifiesto intenta ganar para su causa a los partidarios de la unión hispano-portuguesa. Esta es calificada, como ya se ha visto en las páginas de *La Época*, como “aspiración purísima”, “dorado ensueño del docto patriotismo”, “puro amor de raza expansivo”, “tendencia sublime a borrar del mapa los límites puestos a la fraternidad del mundo” e “ideal moderno de unir naciones hermanas”¹⁴³⁵. Sin aplaudir la intención de los iberistas de ofrecer la corona a Fernando de Coburgo, los partidarios del

¹⁴³³ *La Época*, 25-09-1870, p. 3, col. 1.

¹⁴³⁴ *La Época*, 11-10-1870, p. 2, col. 5.

¹⁴³⁵ *La Iberia*, 02-06-1870, p. 2, col. 4.

duque de la Victoria certifican que dieron prioridad a aquel deseo, y “pusieron la ofrenda de su voto [por Espartero] en los altares de la unión ibérica”¹⁴³⁶. Una vez conocido el desenlace de la opción Coburgo, y dando por hecho que el proyecto de unión de España y Portugal había fracasado, la fracción esparterista regala los oídos del iberismo a sabiendas de que todavía agrupaba a una parte importante del espectro político español.

El iberismo, con el horizonte de la unión política de Portugal y España, gozaba todavía de un peso específico suficiente como para que los esparteristas trataran de atraer a sus partidarios, quienes tendrían que aceptar la realidad y reconocer que “solo el tiempo con su influjo civilizador y el derecho con sus lazos fraternales pueden realizar la ansiada unión de los dos pueblos que la naturaleza identificó, la historia entrelaza y el porvenir federará”¹⁴³⁷. Parece que definitivamente se cerraba la ventana de oportunidad de la que el iberismo había disfrutado y tenía que empezar a dejar paso a otras posibilidades, a otros escenarios posibles para el panorama político español. De todos modos, los seguidores de Espartero no habían escatimado elogios para tratar de convencer a los iberistas de que su mejor elección era pasarse a su bando, dejando incluso la puerta abierta a una federación ibérica en el futuro. Un futuro que habría de construirse primero con el duque de la Victoria convertido en rey de España: “[Venga] un rey cuya duración sea la bastante a preparar el tránsito a mayor perfectibilidad política, a llegar sin violencia al suspirado término de la unión ibérica”¹⁴³⁸.

Apenas tres meses y medio después de su triunfo, el mariscal Saldanha es expulsado de su sillón de primer ministro por el marqués Sá da Bandeira, lo que motiva que se renueven los rumores sobre la situación que propiciaría con respecto a España el cambio de gobierno en Portugal. Por lo pronto, alguno de los miembros del nuevo gobierno —en concreto António Alves Martins, obispo de Viseu— fue instantáneamente acusado de promover la unión ibérica, del mismo modo que lo había sido el anterior ministerio. En *El Imparcial* se puede leer a este respecto que “la política portuguesa está llena de confusiones, de temores y de puerilidades”¹⁴³⁹.

¹⁴³⁶ *Ibíd.*

¹⁴³⁷ *Ibíd.*

¹⁴³⁸ *La Iberia*, 02-06-1870, p. 2, col. 5.

¹⁴³⁹ *El Imparcial*, 31-08-1870, p. 2, col. 1.

6.3.2.6. *La Nación*

Tras la caída del gabinete Saldanha, este diario progresista insistirá en su postura favorable a la unión de España y Portugal, lamentándose de que en este último país se tomara siempre como un ataque a su independencia cualquier proyecto de unificación ibérica:

“Es verdaderamente doloroso que gran parte de los portugueses se muestren tan ciega y sistemáticamente adversos a una unión que para Portugal, lo mismo que para España, es grandemente provechosa. [...] Los portugueses deben convencerse de una gran verdad: la unión ibérica, ardientemente apetecida por españoles y portugueses que amen la grandeza de la patria, desgraciadamente fraccionada, no puede ser sólida, no puede ser beneficiosa, no puede parecer codiciable a nadie mientras no se asiente en la necesidad que de ella vean ambas naciones y no la legitime, no ya el asentimiento, sino el deseo de uno y de otro pueblo.”¹⁴⁴⁰

Los argumentos manejados en la redacción de *La Nación* para defender la conveniencia de la unión ibérica eran muy similares a los que se esgrimían en la mayoría de textos periodísticos publicados desde la década de 1840: la geografía e historia compartidas, la similitud de costumbres y de culturas y la análoga situación política: “igual tendencia dirige hoy los esfuerzos de todos los pueblos que forman la nacionalidad ibera”¹⁴⁴¹, se afirma en el otoño de 1870.

6.3.2.7. *Revista de España*

Antonio Romero Ortiz, que durante varios números de la *Revista de España* contribuyó a extender y ampliar el conocimiento que se tenía en España de grandes nombres de la literatura portuguesa —se publicaron semblanzas de autores como Almeida Garrett, Alexandre Herculano o Filinto Elísio—, dedica en septiembre de 1870 un texto a Tomás Ribeiro, poeta del movimiento conocido como ultrarromanticismo, quien también llegaría a ser diputado por el conservador Partido Regenerador. Una de sus obras más destacadas, “D. Jaime ou a dominação de Castela” (1862), es comentada por Romero Ortiz en su artículo, tanto literaria como políticamente. En esta segunda vertiente interpretativa destaca el autor el profundo sentimiento antiespañol presente durante toda la obra de Ribeiro. El éxito de la obra venía a confirmar el rechazo, basado en prejuicios históricos, que los portugueses aún sentían por cualquier cosa que tuviera que ver con

¹⁴⁴⁰ *La Nación*, 31-08-1870, p. 2, cols. 1 y 2.

¹⁴⁴¹ *La Nación*, 11-10-1870, p. 2, col. 2.

España. El prólogo de António Feliciano de Castilho, el escritor ciego, sirvió de impulso a la fama literaria de Ribeiro, cuya obra fue vivamente halagada en Portugal, precisamente debido a su carácter nacionalista portugués y, por lo mismo, antiespañol, carácter que no es sino la savia del primero, su razón de ser y el motivo principal de la fortaleza de tal sentimiento en Portugal. Del antiespañolismo brota la fuerza del nacionalismo portugués. Romero Ortiz consigna en este sentido la aparición de al menos diecisiete folletos anti-iberistas desde que triunfara la Gloriosa¹⁴⁴², además de referir cómo el “Compendio de história de Portugal para instrução da mocidade e uso das escolas” presentaba a los niños la administración filipina de Portugal como cruel, negligente e inepta, y a los castellanos como enemigos de la patria¹⁴⁴³.

La segunda mitad de su artículo sobre Tomás Ribeiro no la dedica en realidad Romero Ortiz a este autor, sino a examinar cómo diferentes escritores portugueses habían interpretado la relación de Portugal y España a lo largo de la historia, presentando un conjunto ciertamente variopinto. Rechazando asimismo la política llevada a cabo por la administración de los tres Felipes en suelo portugués, que califica de “imprevisora, inquisitorial y ruinosa”¹⁴⁴⁴ y causante de la ruptura del imperio español, Romero Ortiz afirma que serían precisamente los principios liberales, contrarios al absolutismo monárquico, los encargados de recomponer la unidad ibérica:

“No pretendemos recobrar una pulgada de la tierra que está más allá de nuestras fronteras naturales; pero tenemos profunda fe en que por medios pacíficos, por la tendencia irresistible de las razas a su unificación, por las leyes de la geografía y de la historia, por el progreso de las ideas, y por la armonía de los intereses sociales, habrá de completarse, más o menos tarde, nuestra nacionalidad. El despotismo rompió los vínculos fraternales de España y Portugal: la libertad los reanudará.”¹⁴⁴⁵

Para el autor, sin embargo, las desavenencias entre ambos países no eran solo achacables a las actuaciones llevadas a cabo por monarcas españoles, sino que desde el lado portugués también había habido comportamientos deplorables. La responsabilidad del alejamiento entre los dos Estados ibéricos era, para Romero Ortiz, achacable en todo caso a los gobernantes y no a los pueblos.

¹⁴⁴² *Revista de España*, año III, tomo XVI, p. 223.

¹⁴⁴³ *Revista de España*, año III, tomo XVI, pp. 224-225.

¹⁴⁴⁴ *Revista de España*, año III, tomo XVI, p. 227.

¹⁴⁴⁵ *Ibíd.*

Asimismo, los momentos históricos de crisis en las relaciones entre ambas entidades políticas –batalla de Aljubarrota, la anexión de 1580, la administración filipina o la separación de 1640– no podían ser interpretados en blancos y negros, sino que fueron en realidad de una complejidad extraordinaria, que atravesaban diferentes sensibilidades y no se reducían a una lucha entre buenos y malos, entre patriotas e invasores. Es en este punto cuando Romero Ortiz comienza a citar a una retahíla de autores de renombre como Herculano, Sousa de Macedo, Rebelo da Silva, Lopes de Mendonça, Almeida Garrett, Antero de Quental o Teófilo Braga, quienes habían tratado estas cuestiones en sus obras desde un punto de vista honesto, imparcial y a través de una amplia perspectiva que no se limitaba a interpretar los hechos con las anteojeras de un pueril nacionalismo, sino que aplicaba una mirada autocrítica e implacable sobre las actuaciones de los diferentes gobiernos portugueses en aquel periodo de 1580-1640 y también con posterioridad¹⁴⁴⁶¹⁴⁴⁷. Así, el redactor de la *Revista de España* vuelve a Tomás Ribeiro para culminar su artículo, lanzando una amarga crítica contra dicho autor al considerar inútil su sermón anti-ibérico, cuando la separación de España no había traído nada bueno a Portugal con el paso de los siglos, antes al contrario. Antonio Romero Ortiz cierra su texto con esta apelación:

“Seamos superiores a las preocupaciones sinceras pero mezquinas del vulgo inconsciente. Ya que no podemos devolver hoy a nuestra patria común la unidad que no supieron conservar nuestros abuelos, no agrandemos con odios inmotivados la distancia que nos separa; no dirijamos nuestras miradas a los campos de Aljubarrota, ni al puente de Alcántara. Fijemos los ojos en el porvenir, y marchemos serena, resuelta y confiadamente hacia él, fortaleciendo nuestro corazón con nobles y levantados sentimientos de patriotismo, de progreso, de concordia y de fraternidad.”¹⁴⁴⁸

El escritor y político gallego afronta la cuestión ibérica desde una postura de consenso y acuerdo. Sus demandas no están tanto dirigidas a la construcción efectiva de un proyecto nacional, sino que se encaminan más bien a conseguir un escenario de concordia peninsular que pudiera derivar en un progresivo acercamiento entre Portugal y España a todos los niveles. Romero Ortiz concede un mismo papel histórico-político a los dos

¹⁴⁴⁶ *Revista de España*, año III, tomo XVI, pp. 229-238.

¹⁴⁴⁷ Entre las obras de los autores mencionados destaca, en relación al contexto tratado en este capítulo, el título de Antero de Quental sobre la revolución española, publicado en el mismo año de 1868: *Portugal perante a Revolução de Hespanha. Considerações sobre o futuro da política portuguesa no ponto de vista da democracia ibérica*. En esta obra, un Quental veinteañero afirmará que “o ideal da Hespanha em revolução confundese com o ideal de Portugal que precisa ser revolucionado” (de Quental, 1868: 24). El futuro de su país estaba, para este autor, ligado al de la revolución española: “não ha outra saída aberta senão esta: a democracia ibérica; nem outra política, política capaz de ideias, de futuro e de grandeza, possível em Portugal, senão esta: a política do iberismo.” (de Quental, 1868: 35).

¹⁴⁴⁸ *Revista de España*, año III, tomo XVI, p. 240.

países ibéricos, considerando como profundas equivocaciones todas aquellas desavenencias de carácter político ocurridas en el pasado, basadas más bien en la preservación de los intereses personales de una u otra dinastía reinante que en una visión de beneficio global de la patria. Se puede afirmar de Romero Ortiz que busca aprovechar la fuerza de la ola revolucionaria española para enterrar definitivamente un pasado de enfrentamientos y de progresiva decadencia de ambos países ibéricos, para en el futuro intentar refundar una potencia en el sur de Europa en base a la regeneración política que en teoría estaba representada por la Gloriosa.

6.4. El iberismo bajo el reinado de Amadeo de Saboya

En noviembre de 1870, ya decidido el nombramiento de Amadeo de Saboya como rey –únicamente pendiente de la aprobación en Cortes–, *La Iberia* publica un extenso artículo en primera página, titulado “Italia y España”, en el que se halaga la obra liberal que se estaba realizando en la Italia unida bajo el reinado de Víctor Manuel II. Su hijo era, pues, un candidato aceptable para los progresistas, que además ahondaba en la fraternidad de las naciones de raza latina, aunque cerrara definitivamente la puerta a la unión con Portugal. *La Iberia* escribía en un tono entre amargo y esperanzado:

“¡Quién sabe si en día no muy lejano Portugal vendrá a nosotros en nombre de esa fraternidad, únicamente por la fuerza del derecho, jamás por el derecho de la fuerza! [...] Por encima de las cábalas de partido, y los celos de escuela, y las ambiciones de fracción, está la voluntad de Dios impulsando los destinos de naciones que, por sus creencias, el origen de su idioma, los recuerdos de su pasado y las aspiraciones de su presente, están llamadas a ser más hermanas de día en día.”¹⁴⁴⁹

Cabía una última oportunidad para soñar la unión ibérica, en un momento en el que la revolución de septiembre parecía culminar, saliendo del estado interino en el que llevaba ya dos años. Sin embargo, la historia se encargaría de probar lo equivocado de estas afirmaciones. Las “cábalas de partido” y las “ambiciones de fracción” que refería *La Iberia* serían importantes protagonistas en el fracaso de la monarquía de Amadeo, más allá de coyunturas como la insurrección en Cuba o la guerra carlista. Una aproximación neta de Portugal a España –o viceversa– tampoco se viviría en el futuro, habiéndose cancelado ya, como se ha visto, las mejores opciones que se dieron en la historia para completar la unión ibérica.

¹⁴⁴⁹ *La Iberia*, 15-11-1870, p. 1, col. 4.

6.4.1. Relaciones cordiales entre portugueses y españoles

El 5 de febrero de 1871, el gallego-madrileño Fernando Fulgosio expresa su profundo sentimiento iberista en las páginas de *La Ilustración Española y Americana*. La revista le publica un artículo titulado “Franceses y españoles en los años de 1870 y 1871”, en el que, pese al título, trata la relación entre ambos países vecinos en un contexto que parte de mediados del siglo XVII. Relata Fulgosio las ayudas que Luis XIV proporcionó a Portugal en la guerra que terminó con la separación del reino luso y la destrucción de la unión dinástica filipina, ayudando “a despedazar el seno de la madre Iberia. [...] España sin Portugal, si vive, apenas alienta”¹⁴⁵⁰. El autor carga las tintas sobre la política del Rey Sol, a quien acusa –más que a Inglaterra– de ser el causante de la división ibérica, el apoyo que el pequeño reino portugués utilizó entre bambalinas para imponerse en la guerra comenzada en 1640. Tres meses más tarde, las páginas de *La Ilustración Española y Americana* vuelven a ofrecer un artículo escrito en un registro cercano al nacionalismo ibérico. El artículo, con la misteriosa firma de X y el título de “Banquete fraternal”, comenzaba del siguiente modo:

“España y Portugal son dos naciones hermanas, pedazos (por decirlo así) del mismo tronco. [...] Portugal y España son dos naciones desde el reinado de Felipe IV; pero siempre han sido una misma en cuanto a la identidad de su historia, de sus costumbres, de sus aspiraciones.”¹⁴⁵¹

Se observa una vez más la flexibilidad, la ambigüedad, la maleabilidad del concepto *nación*: en la primera parte de la frase, *nación* puede ser equivalente a *Estado*, mientras que en la segunda mitad se asocia a entidades histórico-culturales. No se menciona, sin embargo, la relación de lo nacional con lo popular, con los ciudadanos o ni siquiera con un grupo de individuos dado. El texto se acompaña de un grabado titulado “Banquete en honor de los periodistas portugueses”, en el que aparecen retratados Castelar, Sánchez Ruano, Miranda (autor del grabado), Macanaz, Calvo Asensio, Fabra, López, Alvareda, Oliveira Pires, Hamilton, Mentaberri, Araus, Almeida, Pimenta, Gutiérrez, Esconir, Galdo y Alves Matheu¹⁴⁵². Tras el preceptivo recorrido por los paralelismos y similitudes en el decurso histórico de ambos países, *La Ilustración Española y Americana* narra el

¹⁴⁵⁰ *La Ilustración Española y Americana*, 05-02-1871, p. 6, col. 3.

¹⁴⁵¹ *La Ilustración Española y Americana*, 25-05-1871, p. 7, col. 2.

¹⁴⁵² *La Ilustración Española y Americana*, 25-05-1871, p. 9.

encuentro de destacados representantes de la prensa, del comercio y de la ciencia portuguesa con un grupo de periodistas españoles, con motivo del día de san Isidro. La revista se congratulaba de que fiestas como aquella contribuían a tender vínculos de amistad entre los dos países ibéricos, camino que podría llegar a desembocar en cotas más altas que la de la mera cooperación¹⁴⁵³.

Durante el reinado de Amadeo de Saboya las menciones relativas a proyectos iberistas prácticamente desaparecen de las páginas de *La Discusión*. Se pueden rescatar, por ejemplo, unas líneas en las que se cita el apoyo moral expresado por los españoles residentes en Paraguay a los proyectos favorables a la “república federal ibérica, aspiración incesante de todos los buenos patriotas”¹⁴⁵⁴. A finales de 1871 se reseña la reunión de la junta general de las asociaciones hispano-portuguesas sin destacarla especialmente¹⁴⁵⁵, lo mismo que sucedería en 1872 con la nota que documenta la aparición de la *Revista Ibérica*, apenas puesta en valor¹⁴⁵⁶. La caída de popularidad del nacionalismo ibérico en las filas del republicanismo federal se confirma al leer en las páginas de *La Discusión* el exiguo espacio que el candidato republicano a Cortes por Orense dedica a la cuestión en su programa, limitándose a recalcar la necesidad de un “estrechamiento de los vínculos y relaciones sociales de todo género entre los dos pueblos hermanos que habitan la península Ibérica”¹⁴⁵⁷.

Benigno Joaquín Martínez es el autor del siguiente texto a analizar, titulado “Banquete hispano-lusitano en Madrid” y publicado en *La Iberia* el 18 de mayo de 1871. Se trata de una reseña que narra el desarrollo del ya mencionado encuentro, celebrado cuarenta y ocho horas antes en el Ayuntamiento de la capital de España, y las conversaciones que habían tenido lugar en él. El banquete reunió a destacados periodistas de Madrid, Oporto y Lisboa con diputados y otros escritores. Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce y Emilio Castelar fueron algunos de los allí presentes. La mesa presidencial estuvo compuesta por Ignacio Escobar, director de *La Época*, el periodista Gutiérrez Aguilar, de *El Eco de España*, el periodista Barrantes, el senador portugués Almeida Pesanha y los diputados lusos José Tiberio y Alves Matheus, además de Manuel de Galdó,

¹⁴⁵³ *La Ilustración Española y Americana*, 25-05-1871, p. 7, col. 3.

¹⁴⁵⁴ *La Discusión*, 14-02-1871, p. 3, col. 3.

¹⁴⁵⁵ *La Discusión*, 03-11-1871, p. 2, col. 4.

¹⁴⁵⁶ *La Discusión*, 07-08-1872, p. 1, col. 5. *La Discusión*, 18-09-1872, p. 3, col. 5.

¹⁴⁵⁷ *La Discusión*, 21-08-1872, p. 2, col. 4.

alcalde de Madrid. Para Benigno Joaquín Martínez, quien también participó en la cita, no podía “ser mayor la importancia de este acto, que debe ser considerado como un grandísimo y trascendental acontecimiento”¹⁴⁵⁸. La diversidad política por parte española era tal que se encontraban representadas todas las tendencias, excepto el carlismo y los neocatólicos. El acto se abrió con el himno nacional portugués y se cerró con una serie de discursos en los que hubo, según el autor, “brindis por la unión de Portugal y España, pero respetando su mutua independencia”¹⁴⁵⁹. También registró el diario progresista, dos días más tarde, la despedida de los periodistas y políticos portugueses, que habían sido invitados a Madrid con motivo de la fiesta de san Isidro. Benigno Joaquín Martínez es una vez más el encargado de escribir la nota, en la que se expone que españoles y portugueses

“tenemos que conquistar nuestro mutuo cariño tratándonos y conociéndonos; debe reinar entre nosotros la más cordial connivencia, fortaleciendo por medio del trato más íntimo los vínculos científicos, literarios y económicos. Cada tren de recreo que se cruce en la frontera está llamado a acabar con millares de inmerecidos odios y de infundadas preocupaciones. De este modo pueden estrecharse lazos fraternales que nunca debieron aflojarse, pues rotos nunca lo estuvieron, entre las dos naciones peninsulares.”¹⁴⁶⁰

Se observa ya claramente un desvío en la aproximación de *La Iberia* a la cuestión hispano-portuguesa, que pasa de ser afrontada desde la óptica de la unión política a tratarse desde un punto de vista cultural y literario. A esta última nota se le adjuntan tres cartas de despedida por parte de algunos de los portugueses participantes en el evento, dos de ellas dirigidas a Víctor Balaguer, a la sazón director de *La Iberia*, y una más remitida a nuestro conocido Benigno Joaquín Martínez. En dichas cartas se agradece la acogida recibida y se afirma la voluntad de volver a realizar un encuentro.

Si la atención prestada por *La Iberia* al acontecimiento fue grande –la crónica del banquete ocupó cuatro columnas y media–, hubo otro periódico que se preocupó aún más de destacarlo. *El Imparcial* dedica al banquete hispano-lusitano su primera página al completo (excepto el faldón, ocupado por el folletín) y una columna y media de la segunda página. El diario de Gasset y Artime ofreció incluso un plano de situación de los comensales, entre los que se observa la diversidad de corrientes políticas presentes. El tono con que *El Imparcial* trata la noticia es similar al de *La Iberia*: se le da a la reunión

¹⁴⁵⁸ *La Iberia*, 18-05-1871, p. 1, col. 3.

¹⁴⁵⁹ *La Iberia*, 18-05-1871, p. 1, col. 5.

¹⁴⁶⁰ *La Iberia*, 20-05-1871, p. 1, col. 4.

carácter histórico y se pinta como un evento festivo, evitando sin embargo cualquier referencia de peso a la unión política ibérica. Expresiones como “fraternal abrazo”, “expansiones de la amistad y el compañerismo” o “deseo de acercarse y conocerse” son las que introducen el texto a los lectores¹⁴⁶¹, orientando el carácter general del contenido. El redactor de *El Imparcial* afirma que el acontecimiento sería recordado en el futuro “por el triunfo de las ideas, por la desaparición de las barreras que hasta ahora han separado a dos pueblos nacidos para marchar paralelamente en el camino del progreso”¹⁴⁶², y describe detalladamente la decoración del salón, la música que acompañó al banquete –destacando, como también hizo *La Iberia*, la apertura de la velada con el himno portugués– y los discursos que tras la cena se pronunciaron, entre los que descollaron las apelaciones a la unidad de acción entre España y Portugal, países hermanos pero autónomos¹⁴⁶³. El discurso más resaltado por *El Imparcial* fue el de Emilio Castelar, quien apelando a los lazos de unión entre españoles y portugueses –semejanza de idioma, geografía e historia comunes– culminó nada menos que uno de los “más bellísimos, más conmovedores, más grandes y más oportunos discursos” de toda su carrera, según el redactor del diario liberal¹⁴⁶⁴.

6.4.2. Reorientación del iberismo político hacia lo cultural

La actividad favorable a la unión ibérica no cesaba, pese al frenazo que habían sufrido las aspiraciones de carácter estrictamente político. *La Iberia* deja registrado en su ejemplar del 20 de mayo de 1871 cómo la tertulia progresista se ocupó de la cuestión, al hilo de la mencionada reunión hispano-portuguesa. Manuel de Llano y Persi dio su bendición al fomento de un “contacto más y más de día en día a las dos naciones hermanas, cuyo idioma, cuyas costumbres, cuyas leyes, cuya literatura y cuyas aspiraciones son idénticas”¹⁴⁶⁵. También se manifestaron favorables al estrechamiento de relaciones entre Portugal y España los diputados Cayo López, Manuel Moncasi y Lino Reig, además de Nicolás Salmerón¹⁴⁶⁶. Tres fechas más tarde se publicaría en *La Iberia* una última referencia al encuentro luso-español, texto en esta ocasión firmado por

¹⁴⁶¹ *El Imparcial*, 17-05-1871, p. 1, col. 1.

¹⁴⁶² *El Imparcial*, 17-05-1871, p. 1, col. 2.

¹⁴⁶³ *El Imparcial*, 17-05-1871, p. 1, col. 3 y sig.

¹⁴⁶⁴ *El Imparcial*, 17-05-1871, p. 2, col. 1.

¹⁴⁶⁵ *La Iberia*, 20-05-1871, p. 1, col. 6.

¹⁴⁶⁶ *La Iberia*, 25-12-1873, p. 1, cols. 1 y 2; *El Imparcial*, 26-12-1873, p. 1, col. 4.

representantes portugueses, entre los que se contaban los diputados Joaquim Alves Matheus, Lopo Vaz de Sampaio y José Tiberio y en el que se afirmaba que España y Portugal deberían estrechar “cada día más los lazos de una íntima y leal amistad, y a fin de que mutuamente, autonómicas o independientes, armonicen por común acuerdo su desenvolvimiento científico, industrial y literario”¹⁴⁶⁷. Este era todo el compromiso que *La Iberia* y los progresistas podían arrancar al iberismo portugués, que en ningún caso se hacía cargo de ninguna aspiración de carácter político y establecía claramente cuáles eran los campos en los que se podía esperar algún progreso.

Los partidarios españoles de la unión ibérica ya habían tomado nota por su cuenta, de todos modos: en el mes de junio de 1871 se constituía en Madrid una Asociación hispano-portuguesa que tenía por objeto “fomentar por todos los medios que están al alcance de la iniciativa privada las relaciones comerciales, industriales, científicas, literarias y artísticas entre las dos naciones de la península Ibérica”, pero en ningún caso las políticas. Es más, se mencionaba específicamente el rechazo a toda idea política que pudiera ser tratada por la asociación, “tanto en sus discusiones como en sus escritos”¹⁴⁶⁸. El nacionalismo ibérico estaba firmando su acta de defunción a partir del momento en el que una Asociación hispano-portuguesa renunciaba a tratar cuestiones políticas en sus asambleas. El abandono del iberismo político se certifica definitivamente al leer algunos de los nombres que conformaban la junta directiva de dicha asociación, que vendría a ser un tapón insuperable ya para cualquier intento de unión ibérica: eran los Salustiano Olózaga, Antonio Cánovas del Castillo, Pi y Margall, Ángel Fernández de los Ríos, Emilio Castelar, entre otros nombres ilustres¹⁴⁶⁹, quienes cerraban la puerta de la unión hispano-portuguesa, precisamente algunos de aquellos que en años anteriores se habían posicionado abiertamente a favor de dicho proyecto.

El cambio del centro de gravedad del movimiento iberista, desde lo político a lo cultural, se va certificando lenta, progresiva e inexorablemente. Juan de la Torre, a la sazón corresponsal de *La Iberia* en Lisboa, abría a primeros de junio del 71 una librería española en aquella ciudad, lo cual para su periódico era “un paso más hacia la realización de la patriótica idea que todos abrigamos, y que con la autonomía de ambos países ha de

¹⁴⁶⁷ *La Iberia*, 23-05-1871, p. 3, col. 3.

¹⁴⁶⁸ *La Iberia*, 06-06-1871, p. 2, col. 5.

¹⁴⁶⁹ *La Iberia*, 06-06-1871, p. 2, col. 5.

confundir un día los intereses y las aspiraciones en un solo vínculo, de donde emane la felicidad y riqueza de España y Portugal”¹⁴⁷⁰. Lenguaje más ambiguo de lo que hubiera sido de esperar pocos años, incluso pocos meses atrás ante un hecho de esta categoría, que hubiera sido utilizado como apasionada arma propagandística. A estas alturas, sin embargo, se insistía una y otra vez en la autonomía separada de Portugal respecto a España y viceversa, se ponía el acento en el acercamiento progresivo de los intereses culturales y económicos, dejando de lado la fusión nacional y la unidad política.

El Imparcial refiere también la reunión celebrada en el teatro de la Ópera para constituir la Asociación Hispano-Lusitana, de la que destacó su voluntad por “estrechar los lazos de unión entre los hijos de la península Ibérica y entre todas las clases sociales, huyendo de todo pensamiento político”¹⁴⁷¹, líneas que habían sido reproducidas un día antes también por *La Correspondencia de España*¹⁴⁷². Meses más tarde se refirió otra reunión de la mencionada asociación, en la que algunos de los miembros –en especial el vizconde de Moreira de Rei y Segismundo Moret– abogaron por la unión ibérica “de abajo a arriba, esto es, en el pueblo, en la comunicación de arte, literatura, comercio, política, ciencia, de todas las esferas, en fin, de la vida social”¹⁴⁷³. Esta noticia, que tiempo atrás hubiera sido destacada en las páginas de *El Imparcial*, apenas ocupó en noviembre del 71 unas pocas líneas en la última parte del periódico, entre la tercera y la cuarta página, justo antes de los anuncios comerciales.

Ya en 1871, elegido Amadeo de Saboya como rey de España y asesinado Prim, la situación es sumamente distinta a la de septiembre del 68, cuando las opciones de culminar la unión ibérica eran más grandes de lo que habían sido nunca. En el 71 el horizonte ibérico estaba nublado y ya no volvería a recuperar el vigor de antaño, lo que repercute también en la cantidad de escritos reproducidos en la prensa sobre el tema. Un ejemplo muy significativo está disponible en el ejemplar del 29 de mayo. Se publica en primera página un texto firmado por el escritor gallego Modesto Fernández y González, titulado “Recuerdos de Portugal”, en el que no se hace ni una sola mención a la unión política ibérica, simplemente se alude de pasada a la voluntad de los gobiernos (no

¹⁴⁷⁰ *La Iberia*, 06-06-1871, p. 2, col. 2.

¹⁴⁷¹ *El Imparcial*, 19-05-1871, p. 3, col. 3.

¹⁴⁷² *La Correspondencia de España*, 18-05-1871, p. 3, col. 4.

¹⁴⁷³ *El Imparcial*, 02-11-1871, p. 4, col. 1.

especifica cuáles) por “estrechar las relaciones comerciales”, se manifiesta la esperanza de que “las tarifas postales, telegráficas, aduaneras, monetarias y del giro mutuo se confundan entre sí” en un corto periodo de tiempo y se celebra la creciente hermandad de los hombres de letras de ambos países¹⁴⁷⁴. Apenas unas líneas en un pasaje de más de dos columnas, sin ningún tipo de pasión o compromiso con la idea iberista, en comparación con lo que se ha visto hasta el momento. El texto de Modesto Fernández se trata de un pequeño relato en el que se narra la jornada de unos viajeros por Sintra y sus alrededores. Este texto es una buena muestra del decaimiento iberista al que estamos haciendo referencia. Algunos meses más tarde se encuentra un texto de un carácter similar, un relato de viajes en el que se narra la peripecia de un español en una playa portuguesa. Este escrito está cargado de ironía, con comentarios como el que sigue: “no creyendo los portugueses posible que haya un solo español que no sea anexionista”; con epígrafes como “medios de evitarla [la unión ibérica] en lo que se refiere a los bañistas”¹⁴⁷⁵, y no aporta más que una nota de color en lo referente al tema aquí tratado. Durante el último año de reinado de Amadeo I se mantiene esta tendencia a la baja en la robustez y popularidad del nacionalismo ibérico.

La Correspondencia de España también reflejará la constitución en Madrid de la Asociación hispano-portuguesa, integrada por personajes como Olózaga, Castelar o Cánovas, entre otros nombres. El diario de Santa Ana destacaba la voluntad de sus miembros de rechazar toda cuestión puramente política, lo cual se refería principalmente a evitar un tratamiento directo de la unión ibérica, puesto que dicha asociación se centraría en aspectos tan políticos como las relaciones comerciales o industriales, además de lo relacionado con ciencia, literatura y artes¹⁴⁷⁶. Meses más tarde se informa sucintamente en las páginas de *La Correspondencia* de una reunión de la junta general de la Asociación hispano-portuguesa, destacando la alabanza –sin citas sobre el contenido, no obstante– que desde el diario informativo se hace al discurso pronunciado por el diputado António Augusto Ferreira de Melo e Carvalho, vizconde de Moreira de Rei. Según *La Correspondencia de España*, el diputado portugués hizo una descripción del “iberismo” como “el deseo de engrandecer a ambos países, que unidos pueden ser la primera potencia

¹⁴⁷⁴ *La Época*, 29-05-1871, p. 1, col. 2.

¹⁴⁷⁵ *La Época*, 12-09-1871, p. 4, col. 3.

¹⁴⁷⁶ *La Correspondencia de España*, 04-06-1871, p. 3, col. 3.

de Europa”¹⁴⁷⁷, talante que coincidía con la percepción del diario de Santa Ana al respecto, ya que en ningún caso se aludía a la unión política, sino a una más abstracta unidad de acción.

Los esfuerzos de ciertos personajes españoles y portugueses por dar a conocer a sus vecinos la creación cultural del país propio es reflejada por Flavio en una biografía breve del escritor luso Manoel da Silva Passos. El redactor de *La Ilustración Española y Americana* alaba estos movimientos de “portugueses y españoles [que] tratan de anudar con más fuertes vínculos la ya estrecha alianza que existía entre las dos naciones hermanas de la península Ibérica”¹⁴⁷⁸. Como demuestran estas escasas menciones a lo largo de más de una década, *La Ilustración Española y Americana* no destaca, en absoluto por ser una defensora de los proyectos nacionalistas, sino que cuando lo hace está hablando tan solo por boca –por pluma– de sus redactores, quienes en ocasiones también manifiestan ante la idea ibérica sentimientos fríos, indiferentes o tal vez simplemente realistas, como Modesto Fernández y González en un artículo publicado en junio de 1872, titulado “Recuerdos de Portugal”, en el que comienza refiriendo las extremas similitudes, la igualdad que prácticamente existe en la península Ibérica en cuanto a “las costumbres, la lengua, la religión, la manera de ser de la familia, los derechos civiles y políticos”, en definitiva “la identidad de origen”¹⁴⁷⁹ de españoles y portugueses, que sin embargo contrasta fuertemente con la indiferencia “tradicional” que define las relaciones entre ambos pueblos.

En el verano de 1871, Juan Valera se encarga en alguna ocasión de redactar la “Revista política interior” de la *Revista de España*. En su comentario al discurso programático de Manuel Ruiz Zorrilla, dedicó algunas palabras a los “lazos fraternales” entre Portugal y España, que el nuevo presidente del gobierno quería estrechar. El autor escribe con sorna que “mucho nos tememos que tanto amor por parte nuestra tenga a los portugueses sobre ascuas. Nos hemos empeñado en enamorarlos y ellos en agradecer y no amar”¹⁴⁸⁰. Enlaza Valera a continuación su comentario sobre la cena que fue ofrecida en Madrid a un grupo de escritores y diputados lusos, evento que ya ha sido comentado

¹⁴⁷⁷ *La Correspondencia de España*, 01-11-1871, p. 3, col. 4.

¹⁴⁷⁸ *La Ilustración Española y Americana*, 25-07-1871, p. 3, col. 2.

¹⁴⁷⁹ *La Ilustración Española y Americana*, 24-06-1872, p. 3, col. 1.

¹⁴⁸⁰ *Revista de España*, año IV, tomo XXI, p. 469.

aquí. Afirma el autor que los portugueses fueron muy bien recibidos y que por su parte disfrutaron de los ofrecimientos de sus anfitriones españoles, pero que nada más estar de regreso en su país se cuidaron muy mucho de reconocerse como iberistas, antes al contrario dejaron claro que rechazaban por completo la unión ibérica y afirmaban el sentimiento de independencia de Portugal, lo cual el escritor gaditano consideraba ofensivo o, al menos, irritante¹⁴⁸¹. Valera, por su parte, vuelve a tachar de ilusorio cualquier proyecto de unión hispano-portuguesa, esgrimiendo en esta ocasión el criterio lingüístico:

“Mil veces lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo. La unión ibérica es inmensamente más difícil que la italiana, que la alemana y que la inglesa, aunque no sea más que por una sola razón; porque los pueblos que forman juntos la Gran Bretaña y la Italia, o pueden formar juntos la Alemania, no poseen más que una sola lengua culta y una sola literatura nacional. El signo más característico de las nacionalidades es la lengua. Allí donde no hay más que una podrá haber muchos Estados, pero no hay más que una nacionalidad; y por lo contrario, donde hay muchas lenguas hay muchas naciones, aunque haya un Estado solo.”¹⁴⁸²

Las palabras del escritor y diplomático dejan poco lugar a la interpretación. Su identificación entre lengua y nación es casi absoluta, lo cual hacía imposible, desde dicha cosmovisión, la unión de Portugal y España. Animaba Valera sin embargo a la asociación hispano-portuguesa a que profundizara en sus intentos de acercamiento y mejora de relaciones “en pro de un fin tan excelente, aunque apenas realizable”¹⁴⁸³, previniendo por el contrario al gobierno de Zorrilla a que abandonara cualquier veleidad iberista. Una vez más encontramos un autor que estima como un noble y lisonjera la idea de la unión ibérica, pero que prefería dejar su puesta en marcha y desarrollo en manos de entidades y asociaciones ciudadanas, meramente civiles, dejando fuera cualquier acción gubernativa u oficial, cuyo efecto en Portugal sería con toda probabilidad contraproducente.

6.4.3. Argumentos sobre la cuestión ibérica desde diferentes perspectivas

En uno de sus últimos artículos publicados en la *Revista de España*, titulado “Geografía política y diplomática de Europa”, Antonio Romero Ortiz etiqueta y clasifica un total de once grupos humanos en el Viejo Continente, grupos a los que denomina “razas”: la raza ibera, la raza anglosajona, la raza gala, la raza italiana, la raza germánica,

¹⁴⁸¹ *Revista de España*, año IV, tomo XXI, p. 470.

¹⁴⁸² *Revista de España*, año IV, tomo XXI, pp. 470-471.

¹⁴⁸³ *Revista de España*, año IV, tomo XXI, p. 471.

la raza escandinava, la raza polaca, la raza helénica, la raza magiar, la raza rumana y la raza eslavo-moscovita. El autor parte de la base de que en la Europa del momento existía un desequilibrio de poderes latente que habría de derivar necesariamente en un gran conflicto y proponía para evitarlo una revisión del mapa político de Europa. Se preguntaba Romero Ortiz por el principio idóneo para acometer tal empresa: “¿Qué ideal, qué principio han de presidir a esa revisión para que sea, si no la última, por lo menos de alguna estabilidad?”¹⁴⁸⁴. Se trata de un escrito de profundo interés para comprender el significado que este autor, desde la órbita liberal-conservadora de la *Revista de España*, otorgaba a determinados conceptos que se han estado tratando como definitorios de comunidades humanas. Romero Ortiz afirma que “las razas” europeas caminaban hacia su unidad, y aunque en su texto prevalece el uso de esa palabra, se advierte que el autor hace en realidad un uso indiscriminado de diferentes conceptos –raza, pueblo, nacionalidad– a los que aparentemente confiere un mismo significado. En este sentido también lanza una pregunta certera, que él mismo responde:

“Hay entre los escritores contemporáneos algunos que pretenden sustituir al principio de las razas, conocido, claro y concreto, el principio de las nacionalidades, vago, indeterminado y nebuloso, que nadie ha definido con precisión, ni se puede quizá definir. ¿Cuáles son los elementos esenciales que constituyen hoy una raza en condiciones de existencia propia, independiente, autonómica? ¿Son, tal vez, la identidad absoluta de origen, la homogeneidad perfecta de idioma, de historia, de carácter, de costumbres y de intereses? La raza comprendida de esa manera, no se encontraría en parte alguna. [...] La Europa está llamada a dividirse por razas con ciertas modificaciones que impone la geografía y que serán determinadas por la libre y espontánea voluntad de los pueblos. Los que consideren utópica esta afirmación deben recordar que las más graves evoluciones políticas y sociales, al anunciarse en la esfera de las ideas, han sido saludadas como utopías, lo cual no ha impedido que tuviesen perfecto cumplimiento.”¹⁴⁸⁵

Se observa cómo Romero Ortiz opta por asirse a un concepto fraguado entre el voluntarismo de un Renan y el culturalismo de un Fichte. Este autor acepta que es sumamente difícil acuñar un concepto válido y general para dividir satisfactoriamente las comunidades humanas, y opta por conceder al criterio político –referido a la voluntad directa de los pueblos, a la soberanía nacional– el papel decisorio¹⁴⁸⁶. Aquí se tratará exclusivamente el epígrafe dedicado a lo que Romero Ortiz denomina la raza ibera, dejando de lado por obligaciones de tiempo y espacio las restantes subdivisiones del mapa europeo. Así, el autor comienza reconociendo a Sinibaldo de Mas, Juan Valera, Emilio Castelar y “al laborioso bibliógrafo Joaquín B. Martínez” como pioneros en la difusión

¹⁴⁸⁴ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 482.

¹⁴⁸⁵ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, pp. 485-486.

¹⁴⁸⁶ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, pp. 492-494.

del iberismo en España, destacando el realismo de sus propuestas y la previsión de que sería harto complicado llevar a buen puerto el proyecto, debido al rechazo que la idea sufría en Portugal¹⁴⁸⁷, basado según Romero Ortiz no solo en la “calamidad” que supuso el reinado de los Felipes en suelo luso, sino también los vaivenes sufridos por la política española durante el último siglo y la preponderancia de los gobiernos conservadores.

El político gallego intenta demostrar que el iberismo podría triunfar en Portugal, consignando apelaciones nacionalistas ibéricas de autores tan contrastados como José María Casal Ribeiro o José Félix Henriques Nogueira¹⁴⁸⁸, y basa su pensamiento en afirmar que “la reacción nos divorcia y la libertad nos aproxima”¹⁴⁸⁹, utilizando esta analogía para atacar a los sectores más conservadores del arco político español, que acusaban a los progresistas de traer el caos y la anarquía al país, argumentando que fue precisamente bajo gobiernos de signo absolutista cuando se perdieron las posesiones más preciadas que nunca tuvo España, a saber, Portugal y Gibraltar. Sin embargo, frente a cuestiones de carácter accidental o pasajero como eran las cambiantes coyunturas políticas, Antonio Romero Ortiz finaliza su semblanza de la “raza ibera” con un enunciado de carácter nacionalista, apelando a la eternidad de los condicionamientos geográficos y naturales como definitorios de la necesidad que España y Portugal tenían de unirse. Además, afirma que

“el medio, hoy desconocido, de llevar a cabo la unión, es para nosotros muy secundario. Si los ánimos no están preparados, todos los medios serán ineficaces; si por el contrario lo estuviesen, el medio aparecería donde menos lo esperásemos. Propaguemos, pues, la idea; mejoremos nuestro estado interior para que en vez de repeler atraiga; reclamemos con perseverancia el fomento y desarrollo de las obras de interés recíproco; contribuyamos, cada uno a medida de su posibilidad, a facilitar nuestras relaciones literarias, industriales y mercantiles, y el tiempo y la Providencia harán lo demás.”¹⁴⁹⁰

Se apunta Romero Ortiz en su escrito a una tendencia que se alejaba de grandes alharacas y faustos acontecimientos que habrían de llevar a la unión ibérica en el corto o medio plazo; bien al contrario, se dejaba llevar por una razonable prudencia que consistía en seducir más que en exigir, en demostrar más que en dominar. Para el político gallego, las probabilidades de que España y Portugal terminaran uniéndose serían mucho más altas si

¹⁴⁸⁷ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 495.

¹⁴⁸⁸ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 497.

¹⁴⁸⁹ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 497.

¹⁴⁹⁰ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 498.

se llevaran a cabo programas de acercamiento progresivo a todos los niveles, dejando actuar al “tiempo y la Providencia” como artífices últimos de la unión, antes que cualquier actuación gubernamental. Por otro lado, José Amador de los Ríos resumiría con un sintagma perfectamente preciso el posicionamiento de la *Revista de España* y de una mayoría de sus redactores ante la cuestión ibérica, cuando en su artículo titulado “La poesía política en el siglo XV” habla de que algunos trovadores de aquel tiempo “señalaban una meta luminosa, aunque lejana, [el] *bello ideal* de la nación ibérica”¹⁴⁹¹.

Se está viendo como durante el llamado sexenio revolucionario surgieron ciertas islas iberistas en medio del océano de informaciones y análisis sobre la revolución, la forma de gobierno a adoptar o las candidaturas monárquicas. Así, por ejemplo, en un suelto que se publica en febrero de 1872 se vuelve a tratar el tema de la unión aduanera ibérica, a colación de una serie de artículos favorables a la idea publicados en la revista *El Eco de las Aduanas*. Si bien el redactor de *La América* afirma no estar completamente de acuerdo con lo expresado por la mencionada revista, sí está conforme con las bases sobre las que se apoya la propuesta de unión aduanera, entre las que destacan tres: “Unos mismos aranceles para España y Portugal, supresión de las aduanas que ambas naciones tienen en su frontera común, libertad absoluta de comercio interior”¹⁴⁹². De haberse llevado a cabo estas medidas, se hubiera constituido en territorio ibérico una verdadera unión económica y comercial que hubiera allanado el camino para la unión política. Sin embargo, el redactor de *La América* se acercaba con mucha cautela a la cuestión y no auguraba el triunfo de la unión aduanera debido precisamente a la “antipatía” que todavía reinaba en Portugal ante cualquier acto que pudiera derivar, como era el caso, en una futura, aunque fuera lejana, unión política. Desde la revista de Asquerino se propone una medida más prudente, a saber, una reforma del arancel español “que lo aproximase en cuanto fuera posible al portugués”¹⁴⁹³. De este modo se esperaba encontrar el apoyo de Inglaterra, país al que según *La América* interesaba la apertura de las aduanas españolas a sus productos; tanto es así que el redactor aspiraba incluso a que España recibiera de nuevo la soberanía de de Gibraltar como posible compensación. En este acercamiento conservador de *La América* al asunto de la unión aduanera se certifica el cambio de

¹⁴⁹¹ *Revista de España*, año IV, tomo XXIII, p. 552.

¹⁴⁹² *La América*, 13-02-1872, p. 13, col. 3.

¹⁴⁹³ *Ibíd.*

posicionamiento antes mencionado. Si bien la revista seguía siendo favorable a la unión hispano-portuguesa, se expresaba con menos rotundidad.

En las páginas de *El Combate*, diario republicano federal fundado y dirigido en sus inicios por José Paúl y Angulo, se encuentra en abril de 1872 un artículo titulado “La unión ibérica” en el que se defiende precisamente la forma republicana federal de gobierno como único método efectivo para lograr la unión. No es un texto especialmente relevante para encuadrar e interpretar el nacionalismo ibérico, puesto que *El Combate* toma los proyectos iberistas simplemente como excusa para hacer propaganda del republicanismo federal. Esto solo se comprende si se conoce la razón de ser del diario, creado como arma de lucha contra la monarquía y que actuaba haciendo honor a su nombre, con un lenguaje intimidatorio y hasta violento (Seoane, 1983: 274), tanto que algunos autores consideran a Paúl y Angulo como instigador del asesinato de Prim (Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 123). No obstante, el artículo aquí tratado se publicó ya en la segunda etapa del periódico, bajo la dirección y propiedad de Francisco Rispa y Perpiñá, según apunta el catálogo de la Biblioteca Nacional. Rispa se encargaría de enfriar en cierta medida el tono belicoso de *El Combate*.

El texto comienza planteándose la pregunta de si era posible en la práctica una unión ibérica bajo la forma monárquica, haciendo referencia enseguida a la causa de la separación de Portugal, a saber, la infame administración de los Felipes. El diario republicano coincide con algunos de sus colegas al considerar que el recuerdo de la dominación de los Austrias era la principal causa por la que los portugueses se oponían a la unión, al tiempo que estimaba a Portugal como un país sumamente avanzado en cuanto a libertades políticas¹⁴⁹⁴. Se lamentaba *El Combate* de que la revolución de septiembre había desembocado en la sustitución de un trono por otro, siendo ese un escenario en el que nunca se iba a permitir la emancipación real del pueblo ni la verdadera libertad del individuo. Así, la España monárquica no iba a ser nunca capaz de atraer a Portugal para formar “la unidad de la gran nacionalidad española”¹⁴⁹⁵. En oposición a este contexto, en el que ni la revolución en general ni el partido progresista en particular habían sido capaces de establecer la unión ibérica, el federalismo proveería de las herramientas adecuadas para la consecución de la idea:

¹⁴⁹⁴ *El Combate*, 08-04-1872, p. 2, col. 1.

¹⁴⁹⁵ *El Combate*, 08-04-1872, p. 2, col. 1.

“Conservar cada provincia su independiente administración económica y política; vivir cada una de ellas gobernada por sí misma y según sus deseos y aspiraciones, ser, en una palabra, completamente dueñas de sí mismas, y después permanecer unidas, aliadas, compactas; que los derechos y los deberes sean mutuos para garantizar unas a otras su independencia y libertad, para hacerse respetar por su grandeza ante las demás naciones y para afirmarse en la seguridad de que por todos será respetada la integridad de su territorio, tal es el objeto del pacto federal.”¹⁴⁹⁶

Estas ideas, según *El Combate*, serían extremadamente fáciles de implantar en dos países de tan similares características sociopolíticas como España y Portugal. En resumen, tal y como se ha manifestado más arriba, el diario fundado por José Paúl y Angulo se ocupó de presentar una vez más a la república federal como única forma de solucionar los asuntos pendientes de la patria, incluyendo la cuestión ibérica. No sería la única ocasión en la que el diario republicano se manifestó en este sentido¹⁴⁹⁷, aunque sí la más importante.

En julio de 1872, el militar y cervantista Luis Vidart firma en las páginas de *El Imparcial* un texto titulado “Breves consideraciones sobre algunas reformas que deben llevarse a cabo en la organización militar de España”. El autor recuerda cuáles debían ser los tres principales ejes de la política exterior española: Portugal, Hispanoamérica y África. En cuanto al vecino ibérico, Vidart es claro:

“Reconstituir la nacionalidad ibérica; estrechar los lazos de fraternal unión entre Portugal y España hasta conseguir que estos dos pueblos lleguen a formar una sola nación; preparar el renacimiento de la histórica Iberia; he aquí el fin que jamás debe perderse de vista en nuestra política internacional. Pero la fusión de los dos pueblos peninsulares ha de verificarse exclusivamente por medios pacíficos, [...] la existencia de Iberia sería un hecho inmediato en cuanto los hijos de Portugal y España quisieran llamarse iberos.”¹⁴⁹⁸

El interés por estrechar los lazos de unión con Portugal era absolutamente alejado, una vez más, de cualquier veleidad violenta o conquistadora. Se reconocía desde ámbitos muy diversos la necesidad de promover y hacer valer proyectos de unión ibérica, al tiempo que se asumía la imposibilidad, el absurdo de intentar llevarla a cabo a través de una acción armada. Además, en el caso concreto de Luis Vidart se invoca una visión voluntarista del hecho nacional: Iberia será cuando los iberos quieran. El rechazo a la violencia como medio para conseguir la unión ibérica también lo explicita *La Política* en agosto del 72,

¹⁴⁹⁶ *El Combate*, 08-04-1872, p. 2, col. 2.

¹⁴⁹⁷ *El Combate*, 22-08-1872, p. 1, col. 4 y sig.

¹⁴⁹⁸ *El Imparcial*, 10-07-1872, p. 1, col. 2.

según recoge *El Imparcial*, dando por hecho que Portugal y España formarán sin lugar a dudas un solo país en el futuro, pero manteniendo que la unión “no se realizará desempeñando el noble ejército español el papel de invasor y conquistador de un pueblo hermano”¹⁴⁹⁹. Esta afirmación la hace suya también *El Imparcial*, cabecera que es sumamente clara al respecto: “La unión de ambos países ha de realizarse, y se realizará de seguro, en la época oportuna, y en condiciones bastantes a constituir para siempre la gran nacionalidad ibérica; pero nunca por medios violentos”¹⁵⁰⁰.

En el verano de 1872, *La Época* publica un suelto sobre el viaje a Lisboa de un representante del monarca, en donde estima que “el horizonte en lo que concierne a los dos reinos ibéricos a nadie puede parecer muy despejado”¹⁵⁰¹. Por esas fechas ya se estimaba como posible la instauración de una república en España, eventualidad que iba a despertar nuevos bríos en el nacionalismo ibérico, bríos que *La Época* se encargaba de atemperar: “a esos espíritus más elevados que prácticos, les diremos que la república no será en España lo que es en Francia, y que ella no creará la gran federación hispano-lusitana, como no la ha creado la revolución de septiembre”¹⁵⁰².

6.5. El iberismo en la Primera República

El nacionalismo ibérico gozaba de buen predicamento en los círculos republicanos, y esta buena opinión se refleja en afirmaciones como la que expresa Nicolás Salmerón en el Congreso de los Diputados: “el ideal de la unión ibérica, imposible con la firme cadena de la monarquía, posible solo bajo la égida de la república”¹⁵⁰³. El cambio de régimen se iba preparando, y la minoría republicana iba a su vez dividiéndose, en lo que serían los preliminares de uno de sus peores males: la falta de unidad de acción.

Según recoge *La Época*, citando a su vez a *El Imparcial*, incluso Emilio Castelar estaba tomando posiciones favorables a la república federal por las posibilidades que esta implicaría de cara a la consecución del Estado ibérico¹⁵⁰⁴. El espíritu ibérico parecía

¹⁴⁹⁹ *El Imparcial*, 22-08-1872, p. 1, col. 4. En cursiva en el original.

¹⁵⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁵⁰¹ *La Época*, 24-08-1872, p. 3, col. 2.

¹⁵⁰² *La Época*, 07-08-1872, p. 2, col. 2.

¹⁵⁰³ *La Época*, 15-10-1872, p. 2, col. 3.

¹⁵⁰⁴ *La Época*, 27-01-1873, p. 2, col. 5.

seguir vivo no solo en la política oficial, sino también en organizaciones secretas como el llamado “Centro mixto republicano hispano-portugués”, que en abril de 1873 hace llegar una carta proponiendo “la unión de los dos pueblos hermanos” a un coronel de artillería del ejército portugués, quien permitió la publicación de la misiva como muestra de rechazo de dichos planes por parte de Lisboa¹⁵⁰⁵. A un paso de proclamarse la república federal en España, en medio del cambio profundo que estaba viviendo Europa tras los sucesos de 1868, *La Época* vuelve a enfriar los ánimos de los iberistas, afirmando en un editorial que aquellos que para apoyar la federal “no tenían mejor razón que la esperanza de preparar la unión ibérica, habrán visto con dolor las reiteradas declaraciones ministeriales de que nuestra república *nada tiene que ver* con la revolución europea”¹⁵⁰⁶.

Tras la proclamación de la Primera República en febrero de 1873 se suceden los rumores sobre la influencia que este hecho estaba ejerciendo en Portugal, llegando a hablarse del envío de ciertos despachos diplomáticos ingleses a los gobiernos europeos para hacer ver que estarían dispuestos a defender la independencia de aquel país en caso de un encontronazo militar con España. Estas hablillas son contestadas por *La Discusión*, que remarca una idea común a toda su historia periodística: Portugal y España son “dos pueblos hermanos, que por la fuerza de las circunstancias y por la acción del tiempo están tal vez destinados a confundirse en una sola nacionalidad, pero sin que este suceso pueda anticiparse con violencias”¹⁵⁰⁷. Las murmuraciones llegaban a proclamar la existencia de un partido republicano portugués con planes ibéricos¹⁵⁰⁸, mientras el centro republicano mixto portugués y español cursaba una circular a las autoridades portuguesas en la que se les invitaba “a trabajar a favor de la República ibérica”¹⁵⁰⁹.

Miguel Morayta, célebre republicano y publicista de la época, por aquel entonces secretario de Estado, desmiente esos rumores en una carta publicada en periódicos de Lisboa y recogida por *La Discusión*, donde afirma desconocer la existencia del mencionado centro republicano mixto portugués-español, y que en caso de que efectivamente existiera no pertenecía a él¹⁵¹⁰. Afirmar Morayta que ni su periódico, *La*

¹⁵⁰⁵ *La Época*, 14-04-1873, p. 1, col. 3.

¹⁵⁰⁶ *La Época*, 02-06-1873, p. 1, col. 1. En cursiva en el original.

¹⁵⁰⁷ *La Discusión*, 18-03-1873, p. 1, col. 6.

¹⁵⁰⁸ *La Discusión*, 04-04-1873, p. 3, col. 1.

¹⁵⁰⁹ *La Discusión*, 12-04-1873, p. 3, col. 6.

¹⁵¹⁰ *La Discusión*, 30-04-1873, p. 2, col. 3.

República Ibérica, ni su *Revista Ibérica* defendieron nunca “la anexión, la fusión ni aun siquiera la unión [de Portugal y España] bajo una misma bandera”¹⁵¹¹. A esas alturas no había manera de tapar las vías de agua que acosaban al ejecutivo de Madrid, por lo que convenía apartar del discurso político los planes de unión ibérica, si es que aún existían. El espantajo iberista era agitado de cuando en cuando, como muestran las líneas de *La Independencia Española* citadas por *La Discusión*, en las que se afirma que Inglaterra tenía planes de intervención en España para evitar cualquier intentona federalista ibérica¹⁵¹². El diario de Bernardo García no pretende rebatir lo que, a su juicio, no tenía “base en que apoyarse”, sino advertir a sus lectores de “cuáles son las armas con que nos combate la reacción”¹⁵¹³. Los republicanos estaban completamente centrados en salvar su proyecto nacional y no tenían tiempo para pensar en planes exteriores, ya no conformaban un grupo de oposición que aprovechaba cualquier oportunidad para lanzar vivas a la unión ibérica y apoyar públicamente proyectos de unión peninsular, sino que ahora estaban en el gobierno y adoptaban una postura defensiva.

Con la llegada de la República los rumores se desviaron, como era de esperar, hacia la posible formación de una federal que incluyera a Portugal. Así lo afirma el enviado de *La Iberia* a cubrir la guerra carlista, quien en carta publicada el 1 de abril de 1873 afirma que llegaban noticias desde París según las cuales “la unión ibérica por medio de la República será un hecho muy pronto, [...] para auxiliar estos trabajos aparecerán muy en breve algunos periódicos que se encargarán de hacer la propaganda de dicha unión bajo la base de la República”¹⁵¹⁴. Se trata de rumores que hablan de otros rumores, de gente que asegura haber oído que otros han dicho. Nada comparable a la solidez de la propaganda iberista de 1854 o 1869, que contaba con planes ciertos a sus espaldas. Alguna actividad debía existir, de todos modos, ya que *La Iberia* registra también pocos días más tarde que varias autoridades de Lisboa, de las cuales ninguna es citada, habían recibido “una carta-circular del Centro republicano mixto portugués invitándolas a trabajar a favor de la República ibérica”¹⁵¹⁵. El *Diario Popular* de Lisboa debió publicar también dicha circular, que los republicanos portugueses habían tenido a bien emitir aprovechando el momento histórico que se estaba viviendo con la primera experiencia

¹⁵¹¹ *La Discusión*, 30-04-1873, p. 2, col. 3.

¹⁵¹² *La Discusión*, 13-05-1873, p. 2, col. 2.

¹⁵¹³ *La Discusión*, 13-05-1873, p. 2, col. 2.

¹⁵¹⁴ *La Iberia*, 01-04-1873, p. 2, col. 5.

¹⁵¹⁵ *La Iberia*, 12-04-1873, p. 3, col. 1.

republicana en España. Esta actividad iberista en las filas republicanas no era precisamente del agrado de *La Iberia*, que sentía hacia esta forma de gobierno una fuerte repulsa, no aliviada en absoluto por los etéreos planes de unión ibérica que podría traer consigo. Para muestra, el comentario que el diario progresista hace de una noticia publicada en *La Prensa*, según la cual existía en Madrid un centro republicano ibérico, el cual, para *La Iberia* no pretendía más que “llevar al país vecino el libertinaje y la anarquía que reinan en España”¹⁵¹⁶.

Una carta supuestamente firmada con las iniciales de Miguel Morayta, en la que se hablaba de planes iberistas concebidos en aquel pretendido centro mixto republicano hispano-portugués, fue reproducida en Portugal por cierta prensa que hizo correr la voz de una conspiración destinada a cercenar la libertad y la independencia de aquel país. El propio Morayta tuvo que salir al paso de las acusaciones con una misiva, en este caso firmada de su puño y letra. El diario *La República*, de Pi y Margall (Seoane, 1983: 302, 306; Fuentes y Fernández Sebastián, 1998: 142), publica la carta de desmentido, en la que el firmante asegura no conocer la existencia de ningún Centro mixto republicano hispano-portugués y afirma además que las dos publicaciones que editó y dirigió, tanto *La República Ibérica* como la *Revista Ibérica*, pese a haber centrado sus esfuerzos en el progresivo acercamiento y mejora de relaciones entre España y Portugal, siempre habían manifestado su rechazo a cualquier experiencia de unificación política¹⁵¹⁷.

Desde la publicación de la logia masónica del Gran Oriente de España también se emite un mensaje que posiciona a dicha organización ante la cuestión ibérica. El texto es elocuente:

“Entre los MMas.-. de Portugal y de España no existen diferencias, relativamente a la cuestión ibérica: el acuerdo es perfectísimo. Y ¿cómo no ha de serlo, si los portugueses son españoles, y los españoles portugueses, de igual manera que son franceses, italianos, alemanes, rusos, ingleses, americanos, etc., etc. ¿Por qué? Porque la patria de los Masones no es esta o aquella región, sino todo el mundo.”¹⁵¹⁸

Estas líneas venían motivadas tras la acusación por parte de un diario portugués a las logias masónicas de planear la unión ibérica y conspirar a favor de dicha idea. El rechazo

¹⁵¹⁶ *La Iberia*, 20-04-1873, p. 2, col. 4.

¹⁵¹⁷ *La República*, 29-04-1873, p. 2, col. 3 y sig.

¹⁵¹⁸ *Boletín Oficial del Gran Oriente de España*, 01-07-1873, p. 10.

del Gran Oriente de España estaba fundamentado en su carácter más esencial e íntimo de fraternidad, alejado de consideraciones políticas pese a que en su seno formaron personajes tan importantes en la escena parlamentaria y gubernativa española como Manuel Ruiz Zorrilla o Práxedes Mateo Sagasta.

6.5.1. Se despeja la X de *El Imparcial*

Como se ha visto, durante los años de 1871, 1872 y 1873 las referencias iberistas por parte de *El Imparcial* son muy escasas en comparación con años anteriores. El diario de Gasset y Artime, sin embargo, recupera el pulso en 1874. Por lo pronto, el 17 de julio de aquel año se despeja su famosa “X”, tras la que venía ocultando la propuesta política que consideraba más conveniente para el futuro de España. La aspiración que *El Imparcial* revela al final de su largo artículo es “la unión personal con Portugal sobre la familia que hoy ocupa el trono lusitano”¹⁵¹⁹, en referencia a Luis I de Portugal. A lo largo del texto se encadenan los argumentos que motivan al diario de Gasset y Artime para tomar esta decisión. Se esgrime que desde septiembre de 1868 y en especial desde la proclamación de la Primera República se habían vivido España tremendas convulsiones políticas, agravadas además por la guerra carlista y “los criminales delirios federalistas”¹⁵²⁰, lo que hacía indispensable la reposición de un orden público basado en “el concurso activo de todas las fuerzas vivas de la sociedad española”¹⁵²¹. *El Imparcial* apuesta, pues, por un gobierno de concentración nacional, al estimar que no existía ningún partido que estuviera en disposición de afrontar en solitario la tarea de la reconstrucción política del país. La solución del diario liberal para la cabeza del Estado pasaba por encontrar una persona que no representara ningún interés de partido o de familia, sino “los intereses y el amor de la patria, de esta hermosa tierra de Iberia que no suspira menos por su unidad, conservando cada uno de los dos pueblos su autonomía, que suspiraban hace aún muy pocos años Italia y Alemania”¹⁵²². El diario de Gasset y Artime intenta resucitar de este modo al nacionalismo ibérico mirándose de nuevo en el espejo de las unificaciones italiana y alemana, dejando claro que Portugal y España mantendrían su respectiva independencia con la intención de ahuyentar fantasmas anexionistas. Una vez

¹⁵¹⁹ *El Imparcial*, 17-07-1874, p. 1, col. 3.

¹⁵²⁰ *El Imparcial*, 17-07-1874, p. 1, col. 2.

¹⁵²¹ *Ibíd.*

¹⁵²² *Ibíd.*

enunciado este criterio, *El Imparcial* se encamina hacia el final de su artículo, en el que expresa lo ya mencionado más arriba, su voluntad de patrocinar una “unión personal” con Portugal. Se puede hablar de nuevo de un cierto nacionalismo o proto-nacionalismo ibérico con una justificación profunda, la corteza con que el propio *Imparcial* recubre su aspiración:

“La idea noble, generosa y grande de la nacionalidad, predominando en el Gobierno con exclusión de toda idea de partido, hubiese producido otra idea semejante: la de fundar la monarquía sobre una base de interés nacional con exclusión de toda idea de familia, de toda idea dinástica, [...] ese interés no puede ser otro que el de la unidad nacional verdadera, aspiración que tienen todos los buenos españoles, y que una vez realizada sería en sí misma un valladar poderosísimo contra todo cambio en la forma de gobierno.”¹⁵²³

A la altura de julio de 1874 sigue presente en el imaginario de ciertos sectores políticos la idea de una nación ibérica que englobara a las dos realidades estatales históricas. La “unidad nacional verdadera” de la que habla *El Imparcial*, la Iberia unida, sería además garante absoluto de la institución monárquica, la cual el diario de Gasset y Artime siempre había defendido y que representaba en sí misma, según el periódico liberal, “la unidad de la patria”¹⁵²⁴ y al mismo tiempo la máxima garantía de un orden político razonable.

En septiembre del 74 surgieron en Portugal ciertos rumores que retrataban a los gobiernos de Alemania e Italia como instigadores de una conspiración iberista que colocaría a un príncipe Braganza como cabeza de un trono ibérico unido¹⁵²⁵. *El Imparcial* se ocupa de estas informaciones en un artículo titulado precisamente “Rumores”, donde se comentan las reacciones de la prensa portuguesa ante la noticia. El diario de Gasset y Artime recuerda cómo en Portugal “el iberismo es un arma igualmente esgrimida por los partidos” cuando están en la oposición con la idea de desprestigiar al gobierno y cuando están en el gobierno para infamar a la oposición, de ahí que no se le diera mayor importancia. Sin embargo, *El Imparcial* aceptaba la posibilidad de que en las cancillerías europeas se estuviera estudiando la situación política de la península Ibérica y buscando alguna solución conveniente a los intereses de cada país, dada la inestabilidad en que estaba sumida España¹⁵²⁶. Este último comentario de *El Imparcial* fue juzgado por el

¹⁵²³ *Ibíd.*

¹⁵²⁴ *El Imparcial*, 17-07-1874, p. 1, col. 3.

¹⁵²⁵ *El Imparcial*, 18-09-1874, p. 2, col. 4.

¹⁵²⁶ *El Imparcial*, 19-09-1874, p. 1, col. 1.

Diario Popular de Lisboa como prueba de que efectivamente aquellos planes estaban en marcha.

Ante semejante afirmación, el periódico de Gasset y Artime reacciona publicando un artículo titulado “Alarmas ibéricas”, donde se rescatan de la hemeroteca unas líneas publicadas por el *Diario Popular* en las que el periódico lisboeta argumentaba precisamente en la misma dirección que apuntaban los rumores antedichos: dada la inestable situación política en España los gobiernos europeos estaban ocupados en buscar una solución conveniente, siendo una de ellas la promoción de la unión ibérica¹⁵²⁷. Para cerrar este debate, *El Imparcial* estima conveniente publicar otro artículo más, con el título de “Lucha con el destino”, en el que reseña la variedad de opiniones que existía en Portugal respecto a la cuestión, exponiendo los posicionamientos del *Jornal do Comercio*, el *Jornal da Manhã*, *A Democracia* y *O País*. Ante el general rechazo portugués a la unión ibérica y a cierta paranoia de la prensa de aquel país, que veía en todas las potencias de Europa juegos de poder destinados a culminar con la unión, *El Imparcial* se pregunta lo siguiente: “Si fuese cierto que tantos intereses juegan en Europa para favorecer la unión ibérica, ¿habría medio humano de resistir este suceso, cuya realización después de todo se halla escrita en las páginas del destino?”¹⁵²⁸. El diario de Gasset y Artime estimaba, pues, que la unión ibérica sería en el futuro de todo punto inevitable.

En el otoño de 1874 surge un último impulso de propaganda nacionalista ibérica en las páginas de *El Imparcial*. En un artículo titulado “La unión personal” se insiste en las bondades de la solución propuesta por el diario liberal al periodo de inestabilidad que sufría España: la ascensión de Luis I de Portugal como cabeza de un trono común sobre el conjunto del territorio ibérico, en un sistema en que los dos Estados mantuvieran su respectiva autonomía. *El Imparcial* expone el ejemplo de Suecia y Noruega, encontrando todo género de similitudes entre ambos modelos: en los reinos nórdicos existía “identidad de clima, raza, religión y costumbres”¹⁵²⁹, tal y como el nacionalismo ibérico estimaba en España y Portugal. Sin embargo, entre Suecia y Noruega se había establecido desde principios del siglo XIX un reino unido que mantenía la autonomía de ambas administraciones, sistema cuyos detalles describía someramente *El Imparcial* en su

¹⁵²⁷ *El Imparcial*, 02-10-1874, p. 1, col. 1 y sig.

¹⁵²⁸ *El Imparcial*, 03-10-1874, p. 1, col. 2.

¹⁵²⁹ *El Imparcial*, 16-10-1874, p.1, col. 1.

artículo. La unión personal fomentó en aquellos países varias décadas de paz y progreso, pese a la superioridad numérica de los suecos frente a los noruegos. La prosperidad de ese reino unido era, para *El Imparcial*, otro argumento más a favor de su idea¹⁵³⁰.

Al día siguiente, el diario liberal publica un artículo titulado “Monarquía ibérica”, insistiendo en la defensa de un rey único para la península Ibérica como garantía de orden, estabilidad y al mismo tiempo para desterrar de una vez por todas aspiraciones particulares, dinásticas o familiares, que no significaban más que perjuicios para el interés común de los ciudadanos españoles y portugueses. Para estos últimos también sería una solución válida la propuesta de *El Imparcial*, en tanto en cuanto sus instituciones y libertades políticas serían respetadas¹⁵³¹. Frente a la dicotomía que se iba imponiendo, República vs. Restauración, el diario de Gasset y Artime hacía un último esfuerzo por abrir la tercera vía de la monarquía ibérica. Este plan no fue especialmente bien acogido por *La Iberia*, que en ese momento histórico rechaza la unión ibérica por tratarse de una idea que suscitaba “desconfianzas”, “odios” y “agravios” en Portugal¹⁵³². Lenguaje insólito en el que había sido el campeón del iberismo, que nunca había negado la existencia de un sustrato negativo... *La Discusión*, el periódico de Bernardo García, en su amargura por el ya patente fracaso de la República, desliza también la posibilidad de que *El Imparcial* no estuviera sino preparando el terreno para su “conversión” borbónica: pese a no triunfar su propuesta de unión ibérica, al menos sería aceptado por las élites alfonsinas como defensor de la monarquía frente a la república¹⁵³³.

El Imparcial también se ocupa de criticar a cierta prensa portuguesa que no perdía ocasión de presentarse como ofendida cada vez que se hablaba de planes de unión ibérica. Afirma el diario liberal entender que en Portugal existieran reticencias hacia una eventual unión con España, debido principalmente a razones de carácter histórico, como el recuerdo de la dominación filipina. Sin embargo, se consideran “fuera de propósito” algunos artículos publicados en fechas cercanas por diarios portugueses, concretamente *O País* y el *Jornal do Comercio*. Insiste el diario de Gasset y Artime en que su propuesta

¹⁵³⁰ *El Imparcial*, 16-10-1874, p.1, col. 2.

¹⁵³¹ *El Imparcial*, 17-10-1874, p.1, col. 1.

¹⁵³² *La Iberia*, 17-10-1874, p. 2, col. 1.

¹⁵³³ *La Discusión*, 20-10-1874, p. 1, col. 4. Es precisamente en aquellos meses cuando empezaba a gestarse la división interna que provocaría la salida de parte de la redacción del periódico y la fundación en 1879 de su futuro gran adversario, *El Liberal*.

no trataba de imponer los intereses de España sobre los de Portugal, sino de abrir un camino en común que favoreciera a ambos países por igual, para lo cual el mejor método sería exportar el modelo de monarquía constitucional portuguesa al conjunto de Iberia. Dado que España quería recuperar esa forma de gobierno, la figura de Luis I de Portugal era la ideal, ya que garantizaba a los lusos el mantenimiento de su independencia¹⁵³⁴. Estas razones, expresadas en un artículo titulado “Susceptibilidades”, las repite *El Imparcial* dos días más tarde, de nuevo en primera página, en un texto con el título de “Nuestro convencimiento”, donde se insiste en “elegir por rey de España a D. Luis I para que rigiese a la vez a ambos pueblos, sin cambio alguno en las instituciones de Portugal, sin detrimento de su independencia”¹⁵³⁵ y también como garantía de que el verdadero beneficio nacional se imponía a los intereses particulares y de partido. Las razones que animaban al diario liberal para seguir defendiendo esta idea respondían sin duda a un profundo convencimiento, según rezaba el título del artículo, a la certeza de que la unión ibérica terminaría por completarse, porque

“es imposible que cuando el interés común aconseja a dos pueblos hermanos una alianza indisoluble, cuando su destino se halla identificado hasta el punto de no padecer el uno sin que el otro se conmueva, es imposible, decimos, que el interés recíproco y la natural aspiración a salir de la reducida esfera en que ambos vivimos dentro del concierto de las naciones cultas, no nos obligue a sellar el pacto de perpetua unión que ha de cambiar por completo la faz de la Península y permitir que recobremos para mayores progresos la antigua poderosa influencia que ejerció en otros continentes el genio de las naciones ibéricas.”¹⁵³⁶

En la redacción de *El Imparcial* seguía viva la llama del iberismo, entendido como regeneración profunda y real de una Iberia unida que reverdeciera los laureles de los siglos XV y XVI en el nuevo mundo dominado por los sistemas liberales, desterrando al tiempo de la política interior cualquier atisbo de despotismo o teocracia. Según este planteamiento, la unión de Portugal y España daría un poder renovado e intacto a dos pueblos que debían buscar su lugar en una Europa que se iba construyendo a cada paso, con tres potencias centrales (Francia, Gran Bretaña y la joven Alemania) en búsqueda continuada de equilibrios de poder para evitar un grave conflicto militar que se empezaba a ventear en la lejanía y que tras el cambio de siglo se revelaría como un hecho terrible.

¹⁵³⁴ *El Imparcial*, 20-10-1874, p. 1, col. 1.

¹⁵³⁵ *El Imparcial*, 22-10-1874, p. 1, col. 3.

¹⁵³⁶ *Ibíd.*

Entre el 27 de octubre y el 1 de noviembre de 1874 se encuentran en las páginas de *El Imparcial* una serie de cuatro artículos titulados “España y Portugal”, que constituye la última gran aportación propagandística del nacionalismo ibérico en la prensa madrileña durante el periodo de treinta y cuatro años que se han tomado como referencia en esta tesis. El párrafo introductorio sirve como resumen, guía y cifra de la postura de *El Imparcial* respecto a la cuestión ibérica en aquel momento histórico:

“A través de los siglos y de las vicisitudes de la política, el progreso de las dos naciones peninsulares ha conservado un sentido unitario y fusionista, que si ha podido debilitarse en largos periodos históricos a consecuencia de funestos errores cometidos por ambos pueblos y de conveniencias dinásticas reñidas con los intereses de las dos naciones, se ha robustecido al fin en el presente siglo [...], existe una tendencia hacia la aproximación de ambos pueblos, que se sobrepone a la explotación de los partidos y que se manifiesta cuantas veces dejan estos de reflejar por un momento la intransigencia de sus ideas.”¹⁵³⁷

Existen dos ideas-fuerza en el planteamiento de *El Imparcial*: en primer lugar, la aspiración a la unidad ibérica es una fuerza que surge en lo profundo del tiempo y está destinada a cumplirse; en segundo lugar, es una idea que está por encima de los partidos políticos y de las dinastías, culpables principales –junto con ciertos “funestos errores” populares– de la separación de los dos Estados. Tras esta introducción, el diario liberal plantea el doble objetivo del extenso análisis que está a punto de presentar, consistente en la defensa de la idea nacionalista ibérica frente a cierta prensa, tanto española como portuguesa, que la atacaba por diversas razones. *El Imparcial* estima que “la unión de España y Portugal bajo una misma monarquía, pero con absoluta independencia y separación de ambos pueblos, esto es, la unión personal”¹⁵³⁸, era una solución conveniente a todas las partes, la cual destacaba además junto con la revolución de septiembre como la única que había logrado el apoyo de todos los partidos liberales. También se recuerda la oportunidad perdida en los primeros meses transcurridos tras el triunfo de la revolución de septiembre de 1868, cuando la candidatura de Fernando de Sajonia-Coburgo al trono español era defendida por todo el arco liberal, y se afirmaba la condición nacional del rey viudo de Portugal como una cualidad altamente favorable, al ser una persona que reunía una condición indispensable: el representar una candidatura nacional, palabra que destaca con justicia y coherencia *El Imparcial* al escribirla en cursiva, frente a quienes la tachaban de candidatura extranjera.

¹⁵³⁷ *El Imparcial*, 27-10-1874, p. 1, col. 1.

¹⁵³⁸ *El Imparcial*, 27-10-1874, p. 1, col. 1.

El segundo artículo emprende un recorrido histórico en el que se destacan los hitos del nacionalismo ibérico a lo largo del siglo XIX. El miedo de Isabel II a los planes iberistas, que en muchos casos trazaban su caída como condición sine qua non para el triunfo de la fusión peninsular, es uno de los motivos que *El Imparcial* estima como decisivos para explicar la intervención militar española en Portugal de 1847, cuando el gobierno envió “un ejército en favor del partido más odiado por los portugueses”¹⁵³⁹, enfriando así las simpatías del pueblo luso hacia España. El periódico de Gasset y Artime cree en una suerte de ley pendular que provocaba el anhelo de los portugueses por acercarse a España cuando las libertades políticas flaqueaban en su país y viceversa, la esperanza que los españoles ponían en Portugal como salvador del sistema liberal en el conjunto peninsular en tiempos dominados por el despotismo:

“Y es que por encima de toda preocupación y de todo obstáculo, el instinto de ambos pueblos adivina la necesidad de unirnos en lo posible para asegurar nuestro mutuo reposo, cosa que se ha escapado a la previsión de los gobiernos que han dirigido la política de las dos naciones peninsulares.”¹⁵⁴⁰

Desde *El Imparcial* se establece la fecha de 1848 como cuña separadora de dos tendencias: hasta entonces se había pensado en los Borbones como casa real ideal para la unificación de la península Ibérica y desde esa fecha el peso se inclina del lado Braganza. Esa desviación en las preferencias de los nacionalistas ibéricos por una u otra dinastía la explicaba el diario liberal simplemente “con solo recordar cómo han procedido respectivamente ambas dinastías en los últimos treinta años”¹⁵⁴¹. Así, se manifiesta la esperanza de que la historia política de Portugal y España, la cual a juicio del diario corrió paralela durante todo el siglo, no iniciara una divergencia fundamental precisamente en un momento tan crítico para España como estaba siendo el año de 1874. Para preservar una dirección unitaria en la evolución política de la península, *El Imparcial* valoraba como ideal la unión monárquica en la figura de un Braganza, mantenedor al tiempo de la lealtad de la nación portuguesa y capaz de aglutinar a todos los partidos españoles por no representar una idea opuesta a ninguna de la que estos representaban.

El tercero de los textos de esta serie comienza santificando la independencia de Portugal, condición histórica a la que el país nunca había renunciado pese a sufrir durante

¹⁵³⁹ *El Imparcial*, 28-10-1874, p. 1, col. 2.

¹⁵⁴⁰ *Ibíd.*

¹⁵⁴¹ *Ibíd.*

el siglo XIX los rigores que se le exigían a una nación de pocos habitantes, insuficientes recursos lucrativos y grandes pero improductivas colonias. Se pregunta *El Imparcial* “¿cómo habíamos de aspirar a una solución que acabara, ni siquiera mermara, la independencia de nuestros vecinos?”¹⁵⁴², afirmando a continuación que la suya no era una aspiración “de la *confusión*, sino de la *unión* de ambos pueblos por el único lazo de un mismo monarca encargado de regir ambos reinos”¹⁵⁴³. Para el periódico de Gasset y Artime, era evidente que la coronación de un Braganza como monarca común sería la máxima garantía de respeto a la independencia de Portugal. Es relevante a este respecto evidenciar una vez más que el modelo defendido desde las páginas del diario liberal no era ya el que se proponía a mediados de siglo, el de una fusión al estilo italiano o alemán, sino el que representaba el reino de Suecia y Noruega o el imperio austro-húngaro:

“cuando los pueblos quieren mantener su independencia porque así conviene a sus destinos, sucede lo que a Noruega, que nada ha perdido de la suya en los sesenta años de unión con Suecia, o como a Hungría, hoy más independiente que hace cuarenta años, a pesar de las tendencias fusionistas de la casa de los Habsburgos.”¹⁵⁴⁴

Según *El Imparcial*, esta propuesta despojaba además a los nacientes republicanos portugueses de una de sus armas políticas, al ser este un partido que defendía el federalismo ibérico como forma de organización política. El diario de Gasset y Artime, en su orgullo monárquico, estimaba conveniente otorgar a la figura de un rey el papel unificador que los republicanos otorgarían a un gobierno federal, desactivando así cualquier eventual intentona republicana en sentido ibérico.

En el cuarto y último artículo de la serie “España y Portugal” se insiste en el punto que cerraba el anterior texto: la actividad de los republicanos portugueses estaba encaminada al establecimiento de una república federal ibérica, solución que estimaban ideal para el desenvolvimiento futuro de ambos países, dentro de un marco común pero sin merma de la independencia portuguesa. Las propuestas de los republicanos portugueses eran estimadas por *El Imparcial* como dignas y patrióticas, al igual que las manifestaciones de carácter iberista que habían pronunciado años ha personajes de la talla de Almeida Garrett, Henriques Nogueira o Sousa Brandão, entre otros¹⁵⁴⁵. La defensa por

¹⁵⁴² *El Imparcial*, 30-10-1874, p. 1, col. 1.

¹⁵⁴³ *El Imparcial*, 30-10-1874, p. 1, col. 2. En cursiva en el original.

¹⁵⁴⁴ *Ibíd.*

¹⁵⁴⁵ Interesa a este respecto rescatar la obra que José Félix Henriques Nogueira publicó en 1851, *Estudos sobre a reforma em Portugal*, donde el autor establece que los pueblos de la península Ibérica deberían

parte de ilustres portugueses de la aproximación a España era otro de los argumentos que para el diario liberal debería suavizar la opinión general del pueblo luso hacia la idea. Según *El Imparcial* era difícil oponerse en términos de defensa de la independencia nacional a medidas como la reciprocidad de los títulos académicos, el establecimiento de un Zollverein ibérico, la desaparición de trabas comerciales en el comercio intercolonial, la unión postal y telegráfica e incluso la equivalencia de grados militares, todas ellas

“demostraciones palpables del movimiento de gravitación que empuja a ambas naciones irresistiblemente una hacia la otra, porque ambas están convencidas de su debilidad si continúan en el aislamiento, y de su poderío y valer en el concierto de las naciones civilizadas tan luego como puedan aparecer unidas en cuantas cuestiones, así interiores como de índole internacional, afecten por igual a los intereses de una y otra.”¹⁵⁴⁶

Este último argumento, la transformación de España y Portugal de comparsas en el teatro político europeo a potencia mundial como Iberia unida es una constante absoluta en los razonamientos del nacionalismo ibérico, y destacaba también en los planteamientos unionistas de *El Imparcial*. El diario de Gasset y Artime insiste también en este último artículo de su serie “España y Portugal” en la validez de la unión personal en la figura de Luis I por una razón fundamental, y es que un Braganza era la única solución que podía satisfacer a todos los partidos españoles, lo cual evitaría la posibilidad de un enfrentamiento político a largo plazo o incluso una posible guerra civil. Un Braganza no significaba la victoria de un partido sobre los demás por tres razones: no era un rey extranjero (lo cual sería inaceptable para los alfonsinos), no suponía la vuelta de los Borbones (condición de los revolucionarios de septiembre) y encarnaba el ideal de la unión ibérica (argumento atractivo para los republicanos). Del mismo modo que la propuesta de *El Imparcial* despejaba el horizonte político en España podría hacerlo en Portugal, ya que consolidaría la monarquía frente al incipiente republicanismo al tiempo que preservaba la independencia lusa. Hasta aquí llega el argumentario de *El Imparcial*, que supone el último gran intento de un órgano periodístico por difundir el ideal de la unión política de España y Portugal. Tras el golpe de Martínez Campos y el triunfo de la restauración borbónica llegaría el olvido de los proyectos iberistas, al menos con la fuerza y el empuje con que se habían presentado en los años centrales del siglo XIX.

buscar una nueva construcción nacional a través de la federación libre y voluntaria. La nueva nación se compondría de quince Estados: “Portugal, Galliza, Asturias, Biscaia, Navarra, Catalunha, Aragão, Valencia, Murcia, Granada, Andaluzia, Estremadura, Castella-a-nova, Castella-a-velha, Leão.” (Henriques Nogueira, 1851: 267). También Garrett, en su *Portugal na balança da Europa*, publicado en Londres allá por 1830, abrió una puerta a la unión con España (Almeida Garrett, 1830: 319).

¹⁵⁴⁶ *El Imparcial*, 01-11-1874, p. 1, col. 2.

El Imparcial, tras publicar la recién comentada serie de análisis y en medio del debate que dichos textos habían provocado en periódicos de todas las tendencias, afirma en un artículo titulado “La voz de la sensatez” estar recibiendo cartas “de personas distinguidas de Portugal” que le manifestaban su apoyo, aunque sin dar nombres¹⁵⁴⁷. El diario de Gasset y Artime defiende la validez de su idea insistiendo en argumentos ya conocidos: un Estado ibérico bajo la unión monárquica personal en la figura de Luis I representaba el interés real de la nación, al estar dicha forma de gobierno más allá de la lucha partidista y respetar la respectiva autonomía política de cada país. El importante matiz nacionalista está fuera de toda duda, cuando se afirma que la idea ibérica “funde a los pueblos de una misma nacionalidad que vivieron siempre separados por las ambiciones de los poderosos”¹⁵⁴⁸. Esto no era todavía comprendido en Portugal por unas masas fanatizadas por la propaganda nacionalista portuguesa/local, que presentaba la unión ibérica como una vuelta a la dominación castellana del siglo XVII, siendo de todo punto falsa dicha afirmación, a juicio de *El Imparcial*. La difusión de las ideas ilustradas y de la cultura, el triunfo de la civilización moderna y la promoción de los intereses comunes completaban el repertorio de argumentos favorables a la unión de Portugal y España.

Dichas cartas que *El Imparcial* decía recibir por aquel entonces de portugueses favorables a la unión ibérica eran según la prensa de Lisboa un artificio¹⁵⁴⁹. Estas afirmaciones generaron a su vez una reacción por parte de *El Imparcial*, que lamentó “la injusticia” de la prensa portuguesa al “desfigurar la solución” propuesta por el diario liberal en beneficio de sus propios intereses. La prueba de la tergiversación, según el diario de Gasset y Artime, era que de todos los artículos publicados contra la unión ibérica no había existido uno solo ocupado en desmontar los argumentos que demostraban que “la unión personal no afectaría ni en poco ni en mucho a la independencia del reino vecino”¹⁵⁵⁰. Este artículo, que llevaba por título “La solución del tiempo”, termina asegurando que pese a las dificultades presentadas tanto en España como en Portugal por

¹⁵⁴⁷ *El Imparcial*, 13-11-1874, p. 1, col. 1 y sig.

¹⁵⁴⁸ *El Imparcial*, 13-11-1874, p. 1, col. 1.

¹⁵⁴⁹ *La Discusión*, 19-11-1874, p. 2, col. 5.

¹⁵⁵⁰ *El Imparcial*, 20-11-1874, p. 1, col. 2.

los enemigos de una idea cada vez más comprimida en círculos muy reducidos, *El Imparcial* la seguiría defendiendo.

Y es que a finales de 1874 la cuestión ibérica no producía ningún efecto en Portugal, según carta publicada en *La Correspondencia de España*: “[la cuestión ibérica] no produce aquí frío ni calor”¹⁵⁵¹, afirma el corresponsal lisboeta del diario informativo, certificando quizá una verdad ciertamente más dolorosa que cualquier rechazo. El nacionalismo ibérico había perdido casi por completo fuerza que algún día pudo llegar a acumular, esa fuerza operativa que provocaba alarma en Portugal, que generaba la activación de la propaganda nacionalista portuguesa, autoproclamada defensora de la independencia del país. En ese momento histórico, sin embargo, la energía iberista se agotaba.

6.5.2. Últimas manifestaciones del iberismo en la prensa madrileña

Tras el golpe de Pavía, en plena descomposición del republicanismo español, se vuelve a abrir el debate sobre la forma de gobierno que más convenía a España y los monárquicos vuelven a blandir diferentes candidaturas. *El Imparcial*, al despejar su comentada “X” manifestando su apoyo a Luis de Portugal, provoca diferentes reacciones en la prensa española: según *La Discusión*, la noticia fue acogida con “indiferencia” por parte de la opinión pública¹⁵⁵², siendo juzgada por el propio diario republicano como vacía y ridícula¹⁵⁵³, además de probable causante de “perturbación” al pretender terminar con la independencia de Portugal¹⁵⁵⁴. Por su parte, *La Ilustración Española y Americana* refleja cómo la prensa se lanzó sin piedad, “como una jauría sobre su presa”¹⁵⁵⁵, contra la propuesta de *El Imparcial*. Este diario se defiende de estos ataques en un artículo titulado “Iberia ante D. Alfonso”, en el que acusa a los borbónicos, entre otras cosas, de promover una solución “anti-nacional”, de oposición a la unión ibérica¹⁵⁵⁶, y afirma al tiempo que Portugal era consciente de la necesidad de construir un único Estado sobre suelo ibérico, el cual permitiría a todos, españoles y portugueses, defender con más vigor sus intereses

¹⁵⁵¹ *La Correspondencia de España*, 02-11-1874, p. 3, col. 1.

¹⁵⁵² *La Discusión*, 18-07-1874, p. 2, col. 1.

¹⁵⁵³ *Ibíd.*

¹⁵⁵⁴ *La Discusión*, 25-07-1874, p. 1, col. 4.

¹⁵⁵⁵ *La Ilustración Española y Americana*, 22-07-1874, p. 2, col. 2.

¹⁵⁵⁶ *El Imparcial*, 18-07-1874, p. 1, col. 1.

comunes¹⁵⁵⁷. No solo recibiría censuras el diario liberal, sino que también se levantó alguna voz en su defensa, como la de Justo Pelayo de la Cuesta, quien remitió una carta al director de *El Imparcial* para manifestar su apoyo a la solución propuesta por Gasset y Artime¹⁵⁵⁸.

En 1874, España sigue siendo técnicamente una república, con el poder concentrado de hecho en manos de Serrano. Mientras las fuerzas políticas españolas se preparaban para la llegada de Alfonso XII, los planes de unión ibérica no eran ya más que juegos de entretenimiento, pese a que una parte de sus antiguos promotores mantenía la actividad. Se acaba de repasar la idea de proponer la corona española a Luis I de Portugal, planteada en las páginas de *El Imparcial*, idea contra la que también se expresa *La Época* en un editorial del 18 de julio de 1874, acusando al periódico de Eduardo Gasset de atacar a los alfonsistas como si estos fueran los únicos oponentes de su nacionalismo ibérico. El diario conservador afirma que los iberistas son “utopistas” cuyas propuestas son propias de “situaciones desesperadas”¹⁵⁵⁹, soluciones que la España de 1874 no sería capaz de llevar a cabo con éxito, más aún cuando una España en plenitud de facultades, hacía siglos, tampoco había logrado. En otras ocasiones, los redactores de *La Época* escriben sobre el asunto sin menosprecio pero de manera cruda, desnuda, afirmando que la idea de *El Imparcial* de apostar por una monarquía común en la que se mantuvieran dos autonomías estatales era la confirmación de que el iberismo era una idea “perturbadora que ha caído en el mayor descrédito, y que no tiene ya en España ni simpatías ni prosélitos”¹⁵⁶⁰.

El plan de *El Imparcial* tampoco fue muy bien acogido por *La Iberia*, que en aquel momento histórico no es favorable a la unión ibérica, por tratarse de una idea que suscitaba “desconfianzas”, “odios” y “agravios” en Portugal¹⁵⁶¹. Lenguaje insólito en el que había sido el campeón del iberismo, que nunca había negado la existencia de un sustrato negativo en Portugal frente a la cuestión, pero que siempre había confiado en superarlo. Pese a su nueva posición, *La Iberia* aporta material interesante en relación a la cuestión ibérica durante los cuatro últimos meses de 1874. Los rumores sobre el

¹⁵⁵⁷ *El Imparcial*, 18-07-1874, p. 1, col. 2.

¹⁵⁵⁸ *El Imparcial*, 18-07-1874, p. 2, col. 1.

¹⁵⁵⁹ *La Época*, 18-07-1874, p. 2, col. 2.

¹⁵⁶⁰ *La Época*, 24-07-1874, p. 2, col. 4.

¹⁵⁶¹ *La Iberia*, 17-10-1874, p. 2, col. 1.

ofrecimiento de la corona española a Luis I de Portugal corrían con fuerza y eran registrados también en Portugal¹⁵⁶², donde se afirmaba que era el mismo Otto von Bismarck quien estaba detrás de dichos planes¹⁵⁶³. El diario progresista se encarga de desmentir esos comentarios, afirmando lacónicamente que, en España, “en ningún círculo político se ha hablado acerca de semejante sueño”¹⁵⁶⁴. Además, considera *La Iberia* que la prensa no debería gastar ni un ápice de energía en perseguir ideales de política exterior que podrían resultar en un debilitamiento de las relaciones de España con países que, en plena guerra carlista, necesitaba como aliados sólidos¹⁵⁶⁵.

A pesar de su primera reacción, *La Iberia* publica en primera página, el 19 de noviembre de 1874, un artículo de dos columnas en el que se analizaba la situación y se levantaba acta favorable a *El Imparcial*. Pese a no creer que los planes de coronar a Luis I como rey de España y Portugal tuvieran ningún futuro, *La Iberia* afirma creer los rumores publicados y sale en defensa de la credibilidad de su colega y competidor, “el más caracterizado, el más serio, el más veraz de los diarios noticieros españoles”¹⁵⁶⁶. Pese a ello, deja una puerta entreabierta a la duda, y piensa que *El Imparcial* habría cometido un “error completo” si hubiera tomado como fuente las opiniones de Latino Coelho, que ya se había mostrado arrepentido de pasadas veleidades iberistas¹⁵⁶⁷.

Las preocupaciones de *La Discusión*, en el fondo, estaban en otro lugar muy diferente y no tenían ya en la más mínima cuenta los planes iberistas. La alternativa era para ellos entre restauración monárquica y consolidación republicana, ni que fuera en la figura de un caudillo como Serrano: “o la República conservadora o la restauración; monarquía revolucionaria, monarquía ibérica, monarquía popular: cuanto se diga o escriba sobre esto es pura y simplemente perder el tiempo”¹⁵⁶⁸. La frase se enmarca en la crítica de *La Discusión* a *El Imparcial*, que despejando su X había abierto definitivamente el debate sobre la futura forma de gobierno en España. *El Imparcial* rechazaba tanto la república como la restauración borbónica, por lo que apostó desde 1874 por una vía

¹⁵⁶² *La Iberia*, 18-09-1874, p. 3, col. 4; *La Iberia*, 13-10-1874, p. 3, col. 1; *La Iberia*, 20-10-1874, p. 3, col. 2.

¹⁵⁶³ *La Iberia*, 19-09-1874, p. 3, col. 4.

¹⁵⁶⁴ *La Iberia*, 14-10-1874, p. 2, col. 1.

¹⁵⁶⁵ *La Iberia*, 18-10-1874, p. 2, col. 1.

¹⁵⁶⁶ *La Iberia*, 19-11-1874, p. 1, col. 2.

¹⁵⁶⁷ *Ibíd.*

¹⁵⁶⁸ *La Discusión*, 07-10-1874, p. 1, col. 2.

intermedia como las que enunciaba, disgustado, el redactor de *La Discusión*, que consideraba imposible la toma en consideración de estas opciones, tomándolas directamente por irrealizables. Pocos días más tarde, el diario de Bernardo García reproduce un texto del lisboeta *A Democracia* en el que se da por imposible la unión ibérica bajo la forma monárquica, pensamiento con el que *La Discusión* coincide e insiste en destacar: “con la monarquía, la unión de España y Portugal nunca será posible; con la República y por el concierto de las ideas [...] llegará un día en que sea inevitable”¹⁵⁶⁹. El periódico de Bernardo García, en su amargura por el fracaso, ya patente, de la República, desliza también la posibilidad de que *El Imparcial* no estuviera sino preparando el terreno para su “conversión” borbónica: pese a no triunfar su propuesta de unión ibérica, al menos sería aceptado por las élites alfonsinas como defensor de la monarquía frente a la república¹⁵⁷⁰. Por otro lado, las cartas que *El Imparcial* decía recibir por aquel entonces de portugueses favorables a la unión ibérica eran según la prensa de Lisboa un artificio¹⁵⁷¹.

La Discusión, durante los últimos meses del Sexenio, es un periódico que se muestra frustrado, decaído y muy crítico con la situación política tras el fracaso de la experiencia republicana. Ya no es el diario activo y vivaz de otros tiempos, sino que publica textos en muchas ocasiones sarcásticos e incluso rencorosos, con un fondo gris y tristón. Sin embargo, respecto al nacionalismo ibérico se encuentra todavía alguna muestra de continuidad en los presupuestos teóricos de *La Discusión*. A finales del verano de 1879 se publica en las páginas del diario republicano que

“la unión entre España y Portugal, la fusión de toda la raza ibérica-peninsular en un gran Estado, será una necesidad y se llevará a cabo más o menos tarde, pero no como producto de una negociación diplomática, sino por el libre y espontáneo acuerdo de ambos pueblos.”¹⁵⁷²

Estas líneas servían como contestación a un texto publicado por *La Correspondencia*, en el que reportaban ciertos rumores que corrían en tertulias y café, hablando supuestamente de planes para la creación de un imperio español. No importaba, como tantas otras veces, que los susodichos planes no fueran más que rumores, hablas o murmuraciones. Ante estímulos de este tipo saltaban las alarmas en la redacción de *La Discusión*, que se

¹⁵⁶⁹ *La Discusión*, 11-10-1874, p. 1, col. 4.

¹⁵⁷⁰ *La Discusión*, 20-10-1874, p. 1, col. 4.

¹⁵⁷¹ *La Discusión*, 19-11-1874, p. 2, col. 5.

¹⁵⁷² *La Discusión*, 20-09-1874, p. 1, col. 5.

apresuraba a clarificar su posición y descartar cualquier plan de conquista sin rechazar la unión con Portugal, tal y como hacían otros representantes del iberismo.

La última mención iberista digna de destacar en las páginas de *La América* dentro del periodo de tiempo que abarca este estudio la firma Eusebio Asquerino, hermano del fundador de la revista, el 13 de diciembre de 1874. En el tercer artículo de su serie “La guerra”, en el que analiza el débil equilibrio de fuerzas en Europa y la posibilidad cercana de que estallara un conflicto armado entre las grandes potencias, Eusebio Asquerino reafirma el pensamiento que *La América* venía expresando, con mayor o menor intensidad, desde su fundación en 1857. Afirmar el autor que

“España, consecuente con el principio moderno, debía establecer un día la Unión Ibérica, porque la configuración de la Península, la geografía, la impele a realizar esta idea salvadora de los dos pueblos hermanos que no están separados por fronteras naturales, y sí solo por recuerdos históricos de funestas dominaciones, y por la preocupación de políticos miopes que levantan en las almas las barreras que no existen en las montañas.”¹⁵⁷³

El argumento cardinal sobre el que se asienta el razonamiento de Eusebio Asquerino es la identidad geográfica. Las vicisitudes históricas serían meras desviaciones en el curso natural de la península Ibérica, destinada a dar cabida en su suelo a una sola nación y no varias diferentes. Así, la historia habría de ser de nuevo encauzada a través, por ejemplo, de la unión aduanera y del estrechamiento de las relaciones comerciales, “convirtiendo a Lisboa en un puerto de embarque de los productos del Oeste de España”¹⁵⁷⁴. La identidad de raza y casi de lengua no haría sino facilitar el trabajo del acercamiento comercial. El hermano del fundador de *La América* se muestra en sintonía, pues, con las principales voces del nacionalismo ibérico del momento, y cierra así esta parte de nuestro estudio recordando las aspiraciones básicas y fundamentales de esta ideología a finales de 1874.

En Europa, no obstante, se seguía especulando con el futuro de España y se seguía contando con la posibilidad de que la solución pasara por crear un solo Estado ibérico. Así lo afirma un artículo publicado en *Die Presse*, de Viena, del que se hace eco *La Época*. En el texto se reflexionaba sobre la conveniencia de crear en suelo ibérico un Estado a imagen y semejanza de Austria-Hungría, eventualidad que el autor rechazaba por considerar que Austria y Hungría eran muy similares en población y por ello no habían

¹⁵⁷³ *La América*, 13-12-1874, p. 3, col. 1.

¹⁵⁷⁴ *Ibíd.*

tenido reparos en unirse, mientras que Portugal, su pueblo, recelaba de la unión ibérica precisamente por su inferioridad de condiciones ante España¹⁵⁷⁵. Que las cancillerías europeas hacían planes para la península Ibérica no era ningún secreto. *La Época* se extiende sobre este particular en dos ocasiones: en primer lugar, en una reseña de la prensa europea, arguyendo ante la desestimación de Alemania e Inglaterra a intervenir militarmente en la península, escribe que “lo de un soñado imperio ibérico con la dinastía de Braganza pertenece también a la región de los sueños”¹⁵⁷⁶; en segundo lugar, un editorial publicado días después alega que “no es posible ni verosímil que Alemania haya pensado que la monarquía ibérica con un soberano portugués bastaría para asegurar la pacificación de España”¹⁵⁷⁷. De este modo, según las informaciones de *La Época*, la unión ibérica tampoco podría realizarse, entre otras razones, por la falta de apoyo de las potencias europeas a la idea.

El periódico de las élites conservadoras, con quien hemos compartido las peripecias de la política española desde 1849, siempre mostró una actitud reservada respecto al nacionalismo ibérico más puro. Declarado iberista en sus comienzos, su compromiso comienza a enfriarse a partir de la revolución de 1854, cuando la idea ibérica parece asociarse al liberalismo progresista, tendencia con la que *La Época* nunca se confundió pero casi siempre fue respetuosa. Este distanciamiento con el iberismo se mantiene durante el resto de los 50 y parte de los 60, siendo *La Época* ferviente partidario de los gobiernos de la unión liberal, para los que el proyecto ibérico ocupaba un lugar secundario en las agendas. Tras apoyar la revolución de 1868, *La Época* vuelve a pasar por un periodo en el que defiende abiertamente la unión de España y Portugal, si bien sin tanta pasión como en sus inicios. La forma elegida seguiría siendo la fusión monárquica.

A medida que la nueva experiencia revolucionaria fue dando tumbos desde el gobierno provisional hacia Amadeo, primero, y después hacia la Primera República y la dictadura de Serrano, todo esto sazonado con guerras y crisis económica, *La Época* va alejándose de nuevo del ideal peninsular. Se percibe, pues, en el diario conservador, un movimiento pendular, acercándose y alejándose del iberismo. El periódico de la alta burguesía madrileña nunca perdió de vista su centro y cifra de vida, la defensa del orden

¹⁵⁷⁵ *La Época*, 05-08-1874, p. 3, col. 3.

¹⁵⁷⁶ *La Época*, 25-09-1874, p. 3, col. 4.

¹⁵⁷⁷ *La Época*, 02-10-1874, p. 2, col. 1.

liberal monárquico, con cierta flexibilidad; de hecho, con mucha más flexibilidad que algún otro correligionario suyo o de aquellos que teóricamente heredaron su ideología luego de su desaparición en 1936. El proyecto de regeneración de España también estuvo siempre en la primera línea ideológica de este diario, a veces junto a Portugal y a veces sin él, pero siempre, absolutamente siempre con una voluntad positiva respecto a la cooperación y acercamiento al país vecino, que consideraba hermano y legado de la misma herencia histórica que España.

Como prueba de esto se expone a continuación el análisis de los tres últimos artículos de *La Época* que se han rescatado, publicados ya a finales de 1874. En el primero, el redactor afirma, como tantas otras veces, que “no somos hostiles en manera alguna a la unión ibérica, la cual juzgamos realizable en el porvenir”¹⁵⁷⁸. Esta aserción viene al caso por la insistencia de *El Imparcial* en comparar la posible unión hispano-portuguesa a otras que habían tenido lugar en Europa a lo largo del siglo, como la de Suecia y Noruega. *La Época* rechaza la comparación por tratarse de otra época y de dos naciones no tan desiguales como España y Portugal. Además, según afirma el papel conservador, este último país seguía abrigando desconfianza hacia España y le “repugnaba” la idea de la unión¹⁵⁷⁹.

Importante es destacar el matiz que el redactor le había dado a su defensa del iberismo político para el porvenir, porque en el presente también se podían dar pasos hacia “la verdadera unión ibérica”, y en esto sí que *La Época* estuvo siempre implicada. Las siguientes citas están entresacadas de un artículo titulado “Fraternidad literaria”, que celebra el triunfo artístico que en Portugal estaban gozando Juan Valera y Pedro Antonio de Alarcón. La “verdadera” unión ibérica era para el diario de las élites conservadoras en primer lugar el lamento común por las “causas históricas que produjeron la separación de dos pueblos hermanos, así como las dificultades invencibles, a nuestro parecer (a lo menos en un tiempo indefinido), que se oponen a la completa unión peninsular”¹⁵⁸⁰. Partiendo de esta base y teniendo en cuenta la imposibilidad de superar las mencionadas dificultades sociohistóricas, dice *La Época* que

¹⁵⁷⁸ *La Época*, 16-10-1874, p. 2, col. 4.

¹⁵⁷⁹ *Ibíd.*

¹⁵⁸⁰ *La Época*, 07-12-1874, p. 1, col. 3.

“nadie habrá que se complazca y regocije tanto como nosotros cada vez que vemos a los portugueses dar pruebas de amor y simpatía a nuestra España, condolerse de sus desventuras, ufanarse de sus glorias y demostrar, en fin, que habla en su corazón lo que se puede llamar *voz de la sangre*.”¹⁵⁸¹

Acercar España a Portugal y Portugal a España, preparar el terreno en lo social, en lo cultural, en lo económico-material, era para *La Época* mucho más importante y urgente que embarcarse en aventuras de unión política. El reconocimiento que se le daba en Portugal a los dos autores españoles era una prueba de amistad sumamente valiosa, que rendía justicia a la “Iberia de las ciencias y de las letras”, según rezaba un texto del *Jornal da Noite* reproducido por *La Época*. Este fue verdaderamente el espíritu iberista del diario conservador, que pretendía orientar progresivamente las miras de España y Portugal hacia el mismo lugar, sin que ello tuviera que derivar necesariamente en una unión política. Como se puede leer en un texto del 26 de diciembre de 1874, que encaja de forma ideal como coda en nuestro texto, para *La Época*

“la única unión ibérica posible es la de la buena armonía, la unión de intereses comerciales, literarios, industriales y sociales, con exclusión absoluta de la política, entre dos pueblos hermanos y vecinos que tienen un mismo origen, una misma religión, las mismas costumbres y casi la misma lengua.”¹⁵⁸²

En general, los pocos mensajes sobre la cuestión ibérica que se emiten en este último año del Sexenio dan perfectamente cuenta del desamparo en el que había caído la idea en los círculos donde más había logrado prender. Pocas líneas, algunos sueltos sin apenas comentario, reflejando falta de intensidad, motivación e implicación por parte de los redactores que sirve perfectamente para ilustrar el lugar que ocupaba la posibilidad, ya remota, de la unión de España y Portugal.

6.6. Conclusiones

En este capítulo se han repasado las publicaciones más descolantes de la prensa madrileña relacionadas con la cuestión ibérica durante el sexenio revolucionario. Comenzando por los primeros movimientos iberistas tras la caída del trono isabelino, cuando asomó la idea de ofrecer la corona española a Fernando de Coburgo, siguiendo por la conmoción que para los partidarios de la unión peninsular supuso el rechazo de este y llegando hasta el último hilo de esperanza iberista tras el pronunciamiento del

¹⁵⁸¹ *Ibíd.*

¹⁵⁸² *La Época*, 26-12-1874, p. 1, col. 1.

mariscal Saldanha, revisando también las manifestaciones favorables a una república ibérica, que crecen en estos años. Los dos últimos epígrafes se dedican a seguir el rastro del iberismo durante el reinado de Amadeo y el periodo republicano, cuando este movimiento empezaba ya a dar síntomas de haber desaparecido como alternativa operativa en el terreno político.

A continuación se procede, como en los dos capítulos previos, a establecer la orientación iberista de los periódicos tratados en relación con su orientación política general, así como a considerar brevemente si la utilización del término *nación* y otros relacionados pudo implicar algún tipo de variación semántica a lo largo de los años del sexenio revolucionario en lo relativo a la cuestión ibérica.

Empezando por *Gil Blas*, satírico republicano, se define favorablemente a la unión, aunque con cierto recelo que incluye una forma de autocrítica, en la breve y magnífica comedia bufa con la que resume su posición al respecto en febrero de 1869. En el verano de ese mismo año uno de sus redactores insiste en la idea de que cierto sector de los republicanos hubiera aceptado la monarquía si esta se hubiera encarnado en un miembro de la familia real portuguesa. La revista de orientación democrática *La América*, por su parte, pasará durante el sexenio revolucionario a abandonar casi definitivamente las menciones a la unión ibérica, de la que tan ardiente defensor fue en décadas anteriores, aunque sigue declarándose favorable a la idea y divulga algún texto en demanda de cooperación y acercamiento en el ámbito económico.

Dentro del republicanismo es *La Discusión*, sin lugar a dudas, la cabecera que más activamente va a defender la unión ibérica durante el periodo 68-74. Afirmaciones tan categóricas como “España y Portugal no son dos nacionalidades diversas, sino dos fragmentos fatalmente separados de la poderosa nacionalidad que en los tiempos antiguos se conoció con el glorioso nombre de *Iberia*”, “España y Portugal han sido siempre y deben ser un solo pueblo” o “solo la República podrá realizar la unidad de nuestra raza” muestran la existencia de un movimiento político doctrinario que se podría asimilar a un nacionalismo moderno. *La Discusión* afirma que quiere “fundar la República ibérica”, pero añade un punto de realismo al reconocer la dificultad que supondría recabar apoyo en Portugal para llevar a cabo dicho proyecto. Este diario entremezcla su pulsión iberista con sus demandas de cambio de régimen, e incluso llega a manifestar en febrero de 1869

su voluntad de atraer al partido progresista al campo republicano a través de un proyecto de unión ibérica.

Autores como Fernando Garrido o Emilio Castelar se erigen en defensores de la república federal ibérica en las páginas de *La Discusión*. Este periódico, que trabaja “por la gran nacionalidad de la península Ibérica”, promueve un sistema descentralizado que, “lejos de destruir la unidad nacional, ha de asentarla sobre sus más firmes bases”. En *La Discusión* se encuentran también textos que teorizan específicamente sobre la forma de gobierno de la futura Iberia, como por ejemplo aquel de mayo de 1870 en que se reclamaba “la confederación de España y Portugal” como sistema intermedio, como “transición para constituir en su día la gran nación ibérica”. Así, se observa claramente en el mensaje de esta cabecera una concepción del territorio peninsular correspondiente en sí misma a una nación, siendo esta una aspiración a la que habría que llegar además gracias a un movimiento pacífico y voluntario. En 1873, con la Primera República ya en funcionamiento, *La Discusión* afirmará que Portugal y España estaban “tal vez destinados a confundirse en una sola nacionalidad”, pero para entonces a la élite republicana solo le preocuparía sacar adelante su proyecto de gobierno en el corto plazo y en medio de graves conflictos, con el resultado final por todos conocido. Los proyectos de unión ibérica tendrían nula prioridad también bajo la administración republicana.

El también republicano *La Igualdad* se posiciona favorablemente respecto a la unión ibérica en base a su orientación política, por encima de cualquier otra consideración. Así, esta cabecera afirma que solo una “República federal ibérica” que garantizara “la independencia federal de nuestros vecinos” podría revelarse como la fórmula exitosa que hiciera culminar la unión de Portugal y España. La postura de *La Igualdad* recuerda la que en su momento se observó en las páginas de *La Democracia*, de Castelar, que hacía derivar su actitud ante la cuestión ibérica de su planteamiento político general.

La República Ibérica, por su parte, defendía “los Estados Unidos de Iberia” como paso previo a la constitución de la unidad política europea, que a su vez serviría de precedente para alcanzar la armonía política universal, pensamiento en sintonía con una parte del utopismo de ciertos sectores intelectuales de la época. Esta organización tendría forma confederal, ya que para *La República Ibérica*, “ni España debe ser portuguesa, ni

Portugal española”, y el acuerdo de unión habría de ser, naturalmente, pacífico y voluntario. Entre los republicanos, también *El Combate* se expresó a favor de una solución para la cuestión ibérica basada en el pacto político entre Estados.

Entre los representantes del liberalismo progresista, *La Iberia* es el único diario que va a mantenerse firme en la defensa de la unión ibérica, mientras los demás abandonan la idea para centrarse en los acontecimientos de política interior. Este periódico defiende a principios de 1868 una confederación monárquica siguiendo el modelo austriaco, y en enero del 69 se manifiesta ya favorable a la coronación de un Braganza como nuevo rey de España, idea considerada por Andrés Borrego en las páginas de *La Iberia* como “la más nacional”. Sobre este punto insistirá el diario progresista a lo largo de todo 1869, también después del rechazo de la corona por parte de Fernando de Coburgo, y destacando además su voluntad de avanzar en el camino de la unión únicamente a través de la libre voluntad y el acuerdo con Portugal. En los textos de *La Iberia* se observa cómo se opera con diferentes conceptos a la hora de dibujar el futuro ibérico: el diario veía “en lontananza a España y Portugal, formando un solo pueblo”, o manifestaba en diferentes ocasiones su aspiración “a constituir una sola nación”, “un solo pueblo”, “una poderosa y respetable nacionalidad”. Se observa un solapamiento de diferentes conceptos de un mismo campo semántico que proclamaban, en definitiva, la pretensión de construir una nueva entidad política en suelo peninsular. *La Iberia* seguirá defendiendo a lo largo de todo el sexenio revolucionario la unión ibérica, siempre de forma no violenta, pero orientando progresivamente sus mensajes hacia la colaboración en los terrenos científicos, culturales y comerciales, más que en lo político.

En cuanto a los diarios informativos, *La Correspondencia de España* se centra precisamente en contenidos de carácter neutral y meramente explicativos respecto a Portugal, aunque en alguna ocasión cederá sus páginas para difundir textos iberistas, como el de Justo Pelayo de la Cuesta en noviembre de 1868. El diario en cuanto tal se declara, en fin, partidario del duque de Montpensier como candidato a la corona y afirma al tiempo su simpatía por la unión ibérica, que hubiera apoyado en otro momento histórico. Por otro lado, *El Imparcial*, que se había puesto en marcha en 1867, se manifiesta opuesto a las pretensiones de Montpensier y se declara partidario de una “unión personal con la autonomía completa del reino de Portugal”, posición que volverá a defender tras los paréntesis amadeísta y republicano proclamando en su primera página

durante días una “X” que blandía misteriosamente como candidatura para reinstaurar la monarquía en España sin tener que reinstaurar a los Borbones. Finalmente se reveló que la “X” de *El Imparcial* se refería a Luis I de Portugal. La propuesta, pese a no ser tomada en cuenta por ningún grupo político, muestra una continuidad de fondo en las propuestas iberistas de este periódico. En cuanto a *Las Novedades*, que también ha pasado a defender la candidatura de Montpensier, se posiciona aparentemente en contra de los proyectos de unión ibérica, que observa a la altura de 1869 como algo “irrealizable”. Pese a esta afirmación, el diario informativo-progresista se declara favorable a la “unión de esas dos nacionalidades que ya constituyeron por mucho tiempo un mismo pueblo”, y cree que “la unión ibérica es una aspiración natural y legítima”. Este desfase entre deseo –favorable– y realidad –contraria– se explica fácilmente si se atiende a lo mencionado más arriba: la razón de ser de *Las Novedades* en este periodo histórico es su defensa de la candidatura de Antonio de Orleans al trono de España, por lo que su postura respecto al iberismo puede etiquetarse como neutral.

La Opinión Nacional, por su parte, también está entregada a la causa de Montpensier, y en lo relativo a la cuestión ibérica se limita a intentar desprestigiar la candidatura de Fernando de Coburgo, a quien considera contrario a los intereses de España y también tacha de candidato contraproducente a la hora de avanzar en los proyectos de unión con Portugal, cuyos ciudadanos podrían ver amenazada su independencia si don Fernando era coronado rey de España, según la lógica de este periódico. Pese a esta postura, perfectamente entendible si se piensa en la lealtad que esta cabecera debía a Antonio de Orleans, no es incorrecto afirmar que *La Opinión Nacional* mantiene una posición neutral respecto al iberismo, ya que observa con simpatía el fondo de los proyectos ibéricos.

La Época, representante de las élites conservadoras, que en décadas previas se había significado como uno de los mayores valedores de la unión hispano-portuguesa, abandona durante el sexenio revolucionario sus antiguas posiciones y se coloca en una posición neutral al respecto, movido sobre todo por una actitud prudente respecto a giros inesperados que pudiera tomar la situación en España. No obstante esto, este diario ofrecerá en febrero de 1869 su primera página al diputado moderado Eusebio Salazar y Mazarredo para que difundiera un escrito favorable a don Fernando de Coburgo como candidato al trono español. Esto revela una simpatía de fondo con los planes iberistas,

que *La Época* apoyaría en la figura del rey viudo portugués si este aceptara la corona, según se afirma ese mismo mes de febrero del 69. Tras el rechazo fernandino, sin embargo, el diario preferido de la aristocracia se enroca en una neutralidad impasible, resaltando en todo momento los peligros que podría acarrear una actuación demasiado precipitada al respecto, en alusión a posibles planes de anexión *manu militari*.

En el campo de la reacción, *La Esperanza* seguirá firme en sus convicciones y no apoyará sino la candidatura de Carlos María de Borbón, despreciando la candidatura del liberal don Fernando de Coburgo.

Una revista cultural clave en la historia del periodismo español como *La Ilustración Española y Americana* se posicionará moderadamente a favor de la unión ibérica, afirmando solo en contados artículos su apoyo a la idea, que llega a calificar de “sueño de la Europa liberal”, pero sin dedicar mucho esfuerzo a la propaganda o a la mera difusión de ideología iberista. Ello contrasta con la actividad de la *Revista de España*, que ya en septiembre de 1868 deja espacio en sus páginas a artículos favorables a la unión, proyecto que defenderá con brío sobre todo hasta 1871, por pluma de diferentes autores. Destaca la aportación del escritor Gaspar Muro, que defiende la “estrecha federación” de Portugal y España, que continuarían siendo independientes en sus relaciones pero “considerados en el extranjero como una sola gran nación peninsular”. También escribirían textos iberistas en la *Revista de España* Antonio Romero Ortiz y Fernando Cos-Gayón, viejos defensores de la idea, e incluso Juan Valera, que insiste en la imposibilidad de llevar a la práctica cualquier proyecto de unión, debido al rechazo que la idea provocaba en Portugal.

Hasta aquí alcanza el estudio de los mensajes relacionados con la cuestión ibérica publicados en la prensa de Madrid durante los años centrales del siglo XIX. En el presente capítulo se han analizado los textos al respecto que vieron la luz en el agitado sexenio revolucionario. Se ha observado la combatividad de los republicanos por imponer su modelo de administración en el conjunto peninsular, junto con la euforia y la esperanza de ciertos sectores monárquicos que mantuvieron hasta el final viva la posibilidad de coronar rey de España a Fernando de Coburgo, padre del rey de Portugal. Una vez este hubo rechazado la corona, las expectativas iberistas se derrumbaron y ningún diario apoyó seriamente ningún proyecto de unificación política. Las posturas, sin embargo, siguieron

siendo claramente mayoritarias a favor de la fusión ibérica, con excepciones como la ya prevista de *La Esperanza*, inquebrantable en su vocación tradicionalista, y sobre todo con el cambio de orientación de *La Época*, prudente y muy reflexivo durante estos años, como novedad más destacada.

PARTE FINAL

CAPÍTULO 7. CONCLUSIONES

Una vez culminado el análisis cualitativo del contenido de los mensajes periodísticos relacionados con la cuestión ibérica publicados por la prensa de Madrid entre 1840 y 1874, llega el momento de discutir el alcance de la investigación en relación a las preguntas planteadas en el capítulo inicial, a los objetivos de ellas derivados y a las hipótesis que se pretendían verificar o, si corresponde, falsar. Por último, para cerrar este capítulo se tratarán brevemente los límites y las implicaciones futuras derivadas de la presente tesis doctoral.

A lo largo de la investigación, producto de una dura tarea hemerográfica y consagrada a vencer la enorme dificultad que supone buscar textos relevantes en un mar de letras sin apenas titulares, más allá de los genéricos como “Crónica de provincias” o “Crónica del congreso”, se ha podido constatar que una amplísima mayoría de los periódicos madrileños se posicionó favorablemente a la unión ibérica, de forma tanto moderada como radical. En una postura templadamente favorable se encuentran los satíricos *Guindilla* y *Gil Blas*, los republicanos *La Democracia*, *La Igualdad*, *La República Ibérica* y *El Combate*, los progresistas *El Espectador*, *La Nación* y la *Gaceta economista*, el informativo *El Imparcial*, los moderados *La Prensa*, *El Constitucional* y *El Contemporáneo*, el conservador *El Diario Español*, la revista cultural romántica *El Pensamiento*, las ilustradas *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana* y *El Mundo Pintoresco*, la krausista *Revista ibérica de ciencias* y la liberal-conservadora *Revista de España*. Defensores a ultranza de la unión de Portugal y España fueron los democráticos *La Soberanía Nacional*, de Sixto Cámara, *La América* y *El Tribuno*, los republicanos *El Huracán*, *El Peninsular* y *La Discusión*, los progresistas *La Soberanía Nacional*, de Ángel Fernández de los Ríos, *Eco del Comercio*, *La Iberia* y *El Clamor Público*, y el moderado *El Español*.

Además, se registra una interesante evolución en el posicionamiento respecto a la cuestión ibérica de dos importantes periódicos: *Las Novedades*, ardiente partidario de la unión desde su fundación en 1850, sufre varios cambios en su propiedad y tras la revolución de septiembre de 1868 pasa a defender la candidatura de Antonio de Orleans al trono español, por lo que toma una posición neutral respecto a los planes iberistas. Por otro lado, *La Época*, el diario preferido de las élites conservadoras, ofrece un recorrido

similar: totalmente favorable a la unión de España y Portugal hasta el estallido de la Gloriosa, pasa a ocupar una posición neutral durante el sexenio revolucionario, en aras de la estabilidad del país. Otro periódico que cambiará su línea editorial sobre la cuestión ibérica a lo largo de los años es el moderado-conservador *La España*, que sigue un curso lleno de altibajos, pasando de defender una postura templadamente favorable a la unión a rechazarla por suponer una amenaza al orden establecido, para finalmente volver a expresarse ligeramente a favor de la idea.

Entre los periódicos que ocuparon una posición neutral ante los proyectos de unión hispano-portuguesa se encuentran el republicano *La República*, el informativo *La Correspondencia de España*, los moderados *El Herald* y *La Opinión Nacional*, las revistas culturales *Museo de las familias* y *Escenas contemporáneas* y la ilustrada *El nuevo siglo ilustrado*. Por último, cabe enumerar los escasos diarios consultados posicionados moderada o totalmente en contra de la unión ibérica, que constituyen un trío sumamente elocuente: se trata de los tradicionalistas *El Católico*, *El Pensamiento de la Nación* y *La Esperanza*. Así, la primera conclusión es evidente y cae por su propio peso: la unión de Portugal y España fue un pensamiento de matriz esencialmente liberal, y en cuanto tal provocaba las iras de los elementos más reaccionarios de la sociedad española del momento.

De los cuarenta y siete periódicos citados a lo largo de la investigación, un total de trece se posicionaron totalmente a favor de la unión ibérica, veinticuatro secundaron la idea desde una postura sosegada, siete mantuvieron una posición neutral y únicamente tres estuvieron en contra del proyecto iberista. Cabe añadir, de manera muy destacada, que en otros cuarenta y seis diarios consultados no se encontró ninguna publicación relevante al respecto, nada más que sueltos, noticias de escaso interés o reproducciones de lo publicado por otros periódicos, lo cual obviamente revela un profundo desinterés en relación a la cuestión ibérica por parte de un amplio número de cabeceras que, sin embargo, no se encontraban entre las más importantes del país. Sobre este aspecto se volverá unas líneas más adelante. Por otro lado, tras las conclusiones y la bibliografía se añadirá un anexo en el que se dará cuenta de los periódicos citados, recordando su orientación política e iberista, así como los periódicos consultados pero no citados.

En relación a los objetivos establecidos al comienzo de la investigación, en la segunda parte de la tesis se ha llevado a cabo el análisis crítico de los textos relacionados con la cuestión ibérica publicados en la prensa de Madrid entre los años 1840 y 1874, que previamente habían sido recopilados y seleccionados. El número, profundidad y diversidad de los textos analizados permite afirmar que la historia del iberismo se completa así en el periodo de tiempo mencionado desde el punto de vista del mensaje periodístico y la propaganda emitida sobre la cuestión en las páginas de la prensa. Se cumple así el primero de los objetivos y se agrega al conocimiento previamente disponible sobre la cuestión ibérica el valioso elemento de examen y ordenación de los hechos pasados que ofrecen las fuentes periodísticas. El significado y la influencia del iberismo en la sociedad española del siglo XIX se puede ahora medir y estimar de forma mucho más precisa y concreta, gracias a la recopilación y análisis de los textos presentados en esta investigación, que muestran un amplísimo respaldo en términos generales a los planes de unión ibérica por parte de los periódicos de Madrid. Como ya se ha mencionado anteriormente, solo tres de los cuarenta y siete periódicos citados se posicionaron en contra de la unión, y fueron precisamente tres periódicos tradicionalistas-absolutistas, escorados en el extremo más reaccionario del espectro político español. Entre los periódicos opuestos a la unión, el más significativo, por su importancia en el conjunto de la prensa madrileña, y por extensión española, fue *La Esperanza*.

En las filas de los periódicos partidarios de la unión hay una mayoría de diarios democrático-republicanos (descuellan *El Huracán* y *La Discusión*) y progresistas (*La Iberia*, *El Clamor Público*), al tiempo que se integran también entre los militantes iberistas cabeceras muy destacadas del moderantismo (*El Español*) e incluso del conservadurismo (*La Época*). En cuanto a las propuestas para avanzar en el camino de la unión ibérica, todos ellos coinciden en afirmar que esta solo habría de darse por medio de un proceso pacífico, nunca por conquista. Cuando esta segunda posibilidad surge, ni que sea tímidamente, en el horizonte, los defensores del iberismo la rechazan por considerarla contraria a sus intereses.

Es en el detalle donde se encuentran las diferencias más importantes entre las propuestas que unos y otros presentan para alcanzar la unión. Los republicanos, por ejemplo, estiman que, suponiendo la forma de gobierno por ellos defendida el máximo nivel de desarrollo del liberalismo político, la unión ibérica debería ser consecuencia

inmediata de la libre adopción del sistema republicano en España y Portugal, siendo además dicha unión el primero en una cadena de eslabones que terminaría fundiendo en una sola estructura político-administrativa a la raza latina, primero, y al conjunto de las naciones europeas, más tarde. La constitución de la república ibérica, siempre concebida en un sentido federal, habría de darse en todo caso bajo el consentimiento de todas las partes implicadas, es decir, sancionada por el voto libre de ambos pueblos.

Los periódicos progresistas, por su parte, son depositarios y portavoces de mensajes de carácter más constructivo que doctrinal, más práctico que teórico. Siempre en clave monárquica, los diarios de esta tendencia propondrán alternativamente dos grandes opciones para la unión ibérica en forma de un reino unido de Portugal y España: mientras Isabel II permaneció soltera se pensó en la unión dinástica, enlazando a los herederos de ambas coronas; en tiempos del gobierno provisional septembrino se llegó a ofrecer la corona de España de manera oficial, aunque secreta, a don Fernando de Sajonia-Coburgo, exrey consorte de Portugal y padre de Luis I, con el desenlace conocido.

Junto a su defensa de la forma de gobierno tradicional en el conjunto de la península Ibérica, los representantes periodísticos de Espartero, Sagasta o Fernández de los Ríos albergaron en sus páginas muchas otras propuestas de carácter económico y administrativo en relación con la unión ibérica. Por encima de todas destacaba la voluntad de implantar una unión aduanera: siguiendo el ejemplo del *Zollverein* alemán liderado por Prusia, la abolición de los aranceles entre España y Portugal propiciaría un ciclo de crecimiento económico formidable, que daría vigor a la hacienda y acercaría las posiciones de ambos países en lo comercial, siendo este el primer paso para una unión política plausible en el futuro, aunque esto último no estuviera siempre y necesariamente en los planes. Además de la unión aduanera, se demandan en diferentes ocasiones la unión monetaria, la unión de pesos y medidas, el tratado postal y telegráfico, la puesta en marcha del ferrocarril Madrid-Lisboa —otra de las demandas estrella de los iberistas— y la adecuación de los ríos Tajo y Duero para la navegación conjunta.

También se va más allá de lo económico, promoviendo en diversas ocasiones la igualdad de derechos entre españoles y portugueses, incluso el reconocimiento de ciudadanía y la abolición de pasaportes, así como la reciprocidad de bandera entre los barcos de uno y otro país o la validez mutua de los títulos educativos al otro lado de cada

frontera, al tiempo que se fomenta el estrechamiento de relaciones en el terreno de lo cultural. Existe, como se ha visto, todo un programa de políticas destinadas a estrechar los vínculos de Portugal y España en gran parte de los aspectos más decisivos de la vida social, programa que toma su forma más definida en la soflama iberista que Arturo de Marcoartú lanza en *La Iberia* en abril de 1861. Todas estas propuestas relacionadas con los pasos prácticos a tomar para avanzar de forma efectiva en el camino de la unión ibérica se diluyen en las cabeceras progresistas a partir de septiembre de 1868. Desde entonces, la lucha por consolidar el triunfo de la revolución va a tener que hacerse compatible en algunos de estos periódicos con la defensa de la candidatura de Fernando de Coburgo al trono español.

Los diarios informativos, por otra parte, y como indica su condición, se centraron más en las cuestiones noticiosas que en las ideológicas respecto a la unión ibérica. No obstante esto, *Las Novedades*, en su primera época, apoyaría moderadamente la idea, al igual que *El Imparcial* en 1874, cuando defiende de manera sorpresiva una candidatura portuguesa para ocupar el trono español, movimiento que se interpretó por algunos de sus colegas como una simple confirmación de su orientación monárquica, de cara a mostrarse como un diario honorable ante la inminente restauración borbónica.

Los periódicos moderados también apoyan en su mayoría los planes de unión ibérica, aunque casi siempre desde una posición muy poco militante en lo político, más centrada en los posibles beneficios económicos y comerciales que conllevaría en teoría la creación de una Iberia unida. Destacan, sin embargo, en el terreno del moderantismo, las proclamas iberistas de Andrés Borrego en su diario, *El Español*, que navegó muchas veces a contracorriente de la tendencia general de la prensa de su cuerda. Borrego defendió de manera continuada la candidatura del príncipe portugués cuando la cuestión del matrimonio de la reina Isabel, postura que le dejó en clamorosa minoría respecto a sus correligionarios moderados. La franqueza y el carácter de este periodista en su defensa de la unión ibérica marcan un hito en la historia del iberismo. Tras fracasar en el empeño de la unión dinástica, *El Español* centrará sus esfuerzos en la promoción de la unión aduanera. El otro gran diario del centro-derecha del momento que defendió con garra la unión ibérica, cercano ya a posiciones conservadoras y favorito de las élites aristocráticas, fue *La Época*. Como en el caso de *El Español*, la personalidad de su director y sus relaciones con Portugal fueron clave en su orientación totalmente favorable a la unión de

Portugal y España. Diego Coello de Portugal y Quesada fue el máximo exponente del iberismo de *La Época*, diario que desde su nacimiento en 1849 y durante dos décadas apoyará de manera continuada cualquier tipo de proyecto político, económico o cultural que estuviera destinado a estrechar las relaciones peninsulares y a promover la unificación de los dos reinos ibéricos. Solo tras la Gloriosa se dejan de lado en la redacción de *La Época* los planes iberistas.

Se percibe, pues, en base a lo repasado en los párrafos anteriores, que más allá de las propuestas de acercamiento estrictamente cultural, administrativo, económico y/o comercial entre Portugal y España, más allá incluso de las diferentes formas de gobierno para la futura Iberia que se proponían desde los diversos sectores iberistas, existía de hecho un programa de acción social cuyo objetivo principal era la creación de una nueva entidad política en territorio peninsular, actividad que estuvo acompañada de un debate en torno a las posibilidades de que este programa tuviera éxito o de su misma conveniencia –es memorable la argumentación de Juan Valera en *El Contemporáneo*, en agosto de 1861–. Se ha observado cómo en los textos analizados entran en juego repetidamente conceptos como *nación*, *nacionalidad* o *pueblo* para referirse al conjunto del territorio ibérico.

Brevemente se pueden rescatar, entre el gran número de textos analizados en el cuerpo de la investigación, tres ejemplos para apoyar lo que aquí se mantiene: *El Clamor Público*, en abril de 1859, afirma que España y Portugal “debieran constituir una de las grandes Potencias de Europa, formando una sola nacionalidad, la nacionalidad ibérica”; *El Constitucional*, en marzo de 1861, y tras alegar que Portugal y España comparten idéntico origen, historia, costumbres, tendencias políticas, intereses económicos, religión y espacio geográfico, además de poseer lenguas muy similares, apuesta “por el común acuerdo de los pueblos que han de fundirse en uno solo”; por último, *La Discusión*, en mayo de 1870, se declara partidario de “la confederación de España y Portugal [...] como transición para constituir en su día la gran nación ibérica”.

Es lógico, por otra parte, que no se observe en ningún momento la aparición del término *nacionalismo* para definir al movimiento iberista, ya que el uso de esta palabra no aparece de forma generalizada hasta el siglo XX. En cambio, el sentido que en el mismo contexto de las fuentes se le otorga a los conceptos antes mencionados, siempre

en el horizonte de la unión ibérica, y la existencia de un programa, como se ha visto, que observaba como meta la constitución de una nueva entidad política, hacen posible afirmar la existencia de un nacionalismo ibérico, o cuanto menos de un proto-nacionalismo ibérico, que en consecuencia ha de ser así tratado por los estudios sobre la cuestión. Sobre este particular se insistirá unas líneas más abajo.

Llegados a este punto, se estima que las preguntas de investigación han sido respondidas y los objetivos planteados han sido alcanzados. Resta, no obstante, en base a los resultados obtenidos, verificar o falsar las hipótesis de trabajo. En relación con la primera de ellas, se puede afirmar que los periódicos del momento no difundieron propaganda iberista de manera habitual ni consistente. Esta hipótesis se confirma como cierta en base a los datos recabados, y permite afirmar que la ausencia de una campaña propagandística fuerte y enérgica motivó muy probablemente que el iberismo, en cualquiera de sus variantes, incluyendo el nacionalismo ibérico, no cuajara de manera efectiva ni en la élite política y económica española ni en las clases populares. La cuestión ibérica parece en ocasiones una entelequia a la que se recurre para adornar un texto, una crónica, una noticia en la que se menciona a Portugal, pero no es nunca un tema tratado con continuidad en las primeras páginas de los periódicos, no es sino en momentos muy puntuales un asunto de primer nivel. Más allá de compromisos profundos y a largo plazo de personajes concretos como Andrés Borrego, Arturo de Marcoartú o el propio Sinibaldo de Mas, cuyos escritos se comentaron en la prensa en varias ocasiones, los planes de unión de Portugal y España suscitan normalmente en los periódicos buenas palabras y muestras de adhesión a la idea, que revelan una simpatía natural y sincera ante dichos planes pero que no suelen ir más allá, evitando una toma de partido profunda y duradera. El tratamiento en la prensa de cuestiones relacionadas con el iberismo respondía más a descargas relacionadas con temas precisos de actualidad antes que a una actividad sistemáticamente dirigida a la aplicación de un plan preconcebido a favor de la unión.

En segundo lugar, se observa que los mensajes iberistas publicados en la prensa española no presentaban a España necesariamente como un país débil que necesitaba a Portugal para crecer y olvidar su decadencia, y sin embargo en ocasiones es uno de los argumentos que más intensamente se explota. En todo caso, y siendo estrictos, esta hipótesis no se puede juzgar como plenamente verificada. De hecho, aunque minoritaria, existió cierta corriente unificadora que pretendía poco menos que la sumisión de Portugal

a España, incluso por medio de la anexión violenta. No obstante, la inmensa mayoría de mensajes favorables a la unión ibérica planteaban un escenario en ausencia de conflictos o planes de conquista. Para los iberistas honestos, la unión tendría que llegar en todo caso por mutuo acuerdo de los pueblos de ambos países. La analogía en los procesos históricos de los dos países se esgrime en repetidas ocasiones como argumento favorable a la unión, incluso en ocasiones se afirma que lo avanzado del liberalismo en Portugal sería un acicate más para que los liberales españoles apoyaran el proyecto iberista.

En cuanto a la tercera hipótesis, la prensa madrileña de los años centrales del siglo XIX no tiende a hacer del iberismo un arma política de ida y vuelta, al contrario de lo que ocurrió en Portugal, donde una acusación de iberismo podía equivaler a nivel de la opinión pública a un cargo de alta traición. Como se ha visto a lo largo de la investigación, las propuestas de unión peninsular fueron bien recibidas por una amplísima mayoría del espectro político español. Esta hipótesis, pues, se confirma como falsa. Ahora bien, es cierto que hubo nombres públicos destacados, como Emilio Castelar o Práxedes Mateo Sagasta, que abrazaron la causa iberista en los tiempos en que iniciaban su andadura en la escena política española, aunque una vez en el poder no fueran capaces de recordar sus antiguas veleidades ibéricas. Al contrario que en Portugal, donde el pensamiento de la unión con España se utilizaba para intentar desestabilizar al gobierno, en España se utilizaba como trampolín que podría en determinados casos ayudar a ganar popularidad.

En cuarto lugar, se estima que el iberismo, en su vertiente política, puede ser efectivamente concebido como nacionalismo ibérico. Como se ha hecho patente unas líneas más arriba, esta hipótesis se confirma como cierta, siempre y cuando se establezca claramente qué es lo que se entiende por nacionalismo en el contexto en que se habla. En el momento histórico estudiado existieron dos movimientos políticos que hoy pasan perfectamente por nacionalistas, como el italiano y el alemán, y que fueron precisamente espejos donde se miraron los iberistas. Por mucho que fracasaran los proyectos de unión ibérica, habría que considerar a sus promotores nacionalistas en un sentido similar al que lo fueron Mazzini y Garibaldi en Italia, List y Bismarck en Alemania. Probablemente sería más adecuado, en todo caso, hablar de proto-nacionalismo para entender mejor lo que significó este movimiento en el contexto del siglo XIX, y sin embargo es necesario insistir en la perspectiva que ofrece el tratamiento semántico que desde los periódicos se

otorgó en diferentes ocasiones a los conceptos relacionados con la *nación* en un sentido ibérico, utilizados con plena conciencia.

Por último, cabe dedicar unas líneas a reflexionar sobre las implicaciones generales de la investigación, más allá de los resultados concretos. Se ha puesto de manifiesto cómo los proyectos de unión ibérica surgidos al calor de los programas liberales representaron un papel, si no principal, sí destacado en el desarrollo de los acontecimientos políticos en la España del siglo XIX. El iberismo es un fenómeno típicamente descuidado en la historiografía española, lo cual no implica la inexistencia de trabajos sólidos respecto a la cuestión, como ya se puso de manifiesto en la introducción. Pese a ello, se ha demostrado que una mayoría abrumadora de la opinión pública madrileña, y por extensión de la opinión pública en todo el país, muy expuesta a lo que se publicaba en la capital, recibió a lo largo de los años centrales del XIX gran número de mensajes favorables a la unión de los dos países ibéricos.

También se ha puesto de manifiesto la importancia de llevar a cabo esta investigación en relación al problema de percepción conceptual que puede darse entre el término *iberismo*, con el que se ha explicado tradicionalmente la cuestión, y el sintagma *nacionalismo ibérico*, que después de la recopilación de textos, su análisis y la consiguiente presentación de resultados aparece como más acertado cuando se tratan los proyectos de unión política. Esta investigación se orienta en el mismo sentido en que lo hace el profesor Sérgio Campos Matos al distinguir entre diferentes variantes del iberismo, que puede ser tenido en cuenta en sus variantes política, diplomática, cultural y económica. El nacionalismo ibérico, según lo argumentado en la presente tesis, puede ser concebido como el equivalente del iberismo político.

Junto a las cuestiones que la tesis ayuda a clarificar se encuentran una serie de limitaciones que, lejos de restar valor a lo investigado, ponen de relieve la importancia de avanzar en el conocimiento referente a la cuestión ibérica en su historia y, en especial, en su historia a través de la prensa. La primera limitación viene marcada desde el propio título de la tesis, centrada en los periódicos de Madrid y en un periodo histórico concreto. La extensión de esta investigación al conjunto de la prensa española y a lo largo de un periodo de tiempo más amplio daría lugar a una percepción del fenómeno iberista aún más ajustada y precisa de la que se tiene en este momento. Sería de especial interés

recoger la relación entre las publicaciones culturales españolas y portuguesas a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, momento en que la unión política aparecía ya como un sueño perteneciente por completo al pasado. Otro de los límites del trabajo que ofrece especial interés de cara a una posible ampliación de la investigación hacia otros horizontes es el referido a los regionalismos, primero, después nacionalismos, que surgen en la periferia española a finales del siglo XIX. Se piensa, naturalmente, en la relación con el iberismo que pudieran tener prensa regionalista y nacionalista catalana, así como la prensa vasca, pero se piensa también y especialmente en la prensa regionalista gallega, territorio ligado a Portugal por tantas razones, y cuyo posicionamiento respecto al iberismo debe ser tenido en cuenta para contar con una fotografía completa y acabada del fenómeno.

La presente investigación ha tenido siempre como guía la humildad científica, la objetividad y la honestidad, siendo el investigador consciente en todo momento de la inevitabilidad de verter en ella parte de su carácter subjetivo, personal e intransferible. Es de esperar que no se hayan cometido excesos en este sentido, y que esta tesis sirva efectivamente para avanzar, ni que sea un paso, en el conocimiento de la historia ibérica y en la justa ponderación de una de sus manifestaciones más sugestivas, al tiempo que superadas, en el contexto de la construcción política común de Europa.

CHAPTER 8. EXCERPT IN ENGLISH FOR THE DISTINCTION AS INTERNATIONAL DOCTOR

Iberism in the Madrid press, 1840-1874

Qualitative-discursive analysis of the Iberian nationalism in journalistic texts

8.1. Note for the English excerpt

Las páginas que siguen responden a los requisitos exigidos para recibir la Mención Internacional en el título de Doctor por la Universidad Complutense de Madrid, a la que aspira el investigador. Según la normativa vigente, al menos un resumen y las conclusiones de la tesis han de estar redactadas en una de las lenguas habituales para la comunicación científica. En este caso se ha optado por la lengua inglesa. Así, a continuación se presentan las líneas maestras de la introducción, incluyendo los objetivos de la tesis y la metodología empleada; a ello seguirá un apartado en el que se resumen los tres capítulos de carácter teórico que conforman la primera parte de la tesis; por último, se tratarán brevemente los resultados y se incluirá una traducción literal de las conclusiones.

The following pages meet the requirements for the Distinction as International Doctor of the Universidad Complutense de Madrid, to which the researcher aspires. According to current rules, at least a summary and the conclusions of the thesis must be written in one of the standard languages for scientific communication. In this case the researcher has opted for the English language. Upon this, the outlines of the introduction are presented, including the objectives of the thesis and the methodology; this will be followed by a section that summarizes the three theoretical chapters; finally, the results are briefly discussed and a literal translation of the conclusions will be included.

8.2. Outlines of the introduction

Nationalism as a hegemonic ideology among the different ways of perceiving the world not only has not disappeared with the advance of the globalization process, but lives a boom brought about by its confrontation with the reality of global world, which in some respects may seem homogenizer. Thus, it is common sign in societies of this century the deep identification of its members, both individually and collectively, with a national entity.

In Europe, the ideal of a true union –in a political, economic, cultural or social sense, but always on the essence of the perpetual peace dreamed by Erasmus of Rotterdam, Hugo Grotius, Immanuel Kant, Bertha von Suttner and many others– becomes an unattainable myth in times of institutional, political and economic crisis. It seems, finally, that the post-national society of which some thinkers speak actually qualifies for its existence but does not come off: the nation-state refuses to disappear.

Spain, meanwhile, has not closed its most essential political conflict –the one about its national identity, the so-called Spain’s *being*– neither by the *castizo* uniformity nor by the peripheral rupture, and it will not be able to ever fix it if the paradigm of the unitary nation-state remains as political ideal to aspire to. Beyond the Spanish labyrinth, the Iberian Peninsula as a whole offers many ways to be looked at, and there are some who understand that the most effective way to ensure a better future is unity in diversity, slogan on which precisely the European project is founded and reminiscent of the *E pluribus unum* decorating the Great Seal of the United States of America.

Out of the ideal of Iberian unity, with its respective political, cultural, economic and some other developments, emerged in the unstable nineteenth century an ideological current, commonly referred to as *iberismo* –iberism–, which advocated the strengthening of relations between Spain and Portugal at all levels. The ultimate goal of this ideology in many of its doctrinal approaches was the political transformation and the creation of a single state in Iberian ground.

The reason that leads to undertake this thesis lies mainly in the certainty that the compilation, selection and analysis of iberism-related messages published by the Madrid press between 1840 and 1874 –the time interval in which iberism was at its peak of popularity– is going to be useful to frame this political movement as a defining social phenomenon of the Spanish political reality in the middle years of the nineteenth century. The presence and weight of iberist ideas in the programs of certain political groups necessarily imply reproduction, dissemination and advocacy by the journalistic organs of those groups. In that time, a large majority of the newspapers that were published in Spain were based in the capital city.

Thus, the objectives of the thesis have a dual nature. First, the goal is to complete the history of iberism bringing a new perspective on the issue, analyzing the content of the messages published by the Madrid periodical press between 1840 and 1874. The aim is to go one step further than traditional studies on the topic, which are mainly focused on political history and, to a lesser extent, on economic and cultural history. The interest of the analysis of journalistic messages on Iberian nationalism is settled in its doctrinal, political and propagandistic nature. Like any journalistic message, their function was to disseminate and promote ideas that should have had an effect on public opinion. In this case, it was intended to create, affirm or consolidate an ideological basis to support the Iberian nationalism, i.e., the political movement that sought the merger of Spain and Portugal into a single state.

It is at this point where the second aspect of the thesis' objectives is to be found: it is interesting to distinguish whether it is appropriate to speak of Iberian nationalism while referring to the projects mentioned above, or whether it is more appropriate to speak of iberism, and thus use the name that has traditionally been employed by the historiography occupied with the subject. Since there are reasons to keep using the word iberism, being one of the most important precisely the roots that this term has in the existing studies on the issue, it is indispensable to justify whether or not to use the phrase Iberian nationalism.

Moreover, there are some hypotheses to verify. The basic working hypothesis raised in this research is that the newspapers of the time did not regularly disseminate iberist propaganda, this being one of the reasons for the failure of projects binding Spain and Portugal. A second hypothesis is that the iberist messages published in the Madrid press showed Spain as a weak country that needed Portugal to grow and forget its decline on the world stage. The newspapers were not going to pose a union by violent means, but the iberist messages would be written in a friendly way, in which the spirit of cooperation and mutual assistance between the two countries would prevail.

Thirdly, it is meant to confirm or deny the hypothesis that the Madrid press in the nineteenth century tended to make iberism over into a political weapon, as it was in Portugal, not existing a genuine defence of that ideology. Finally, from the perspective of conceptual analysis, it is estimated that iberism can be effectively designated as Iberian

nationalism, i.e., that there was a true nationalist movement in favour of the union of Portugal and Spain, with consciousness of itself, to which, furthermore, most studies do not address as such or dissolve under the broad mantle offered by the word *iberism*.

In this thesis, the method is conceived as a research assistant and not as a research owner, which is why the methodological design fits the research object and not the other way round. In other words, once clarified *what* is investigated and *why* the research is conducted, it is necessary to clarify *how* it will be undertaken. For this reason, and based upon the objectives mentioned above, a mixed model between qualitative content analysis and discourse analysis has been implemented. Qualitative content analysis is here seen as a method that uses a systematic procedure to order the studied material as a part of a communication chain, and not as an isolated element, while discourse analysis refers to reading a textual corpus and interpreting those readings in relation to the socio-historical and ideological context and frames within which the corpus of texts itself was generated.

In addition to this, in order to successfully culminate the tracking of the semantic evolution of the keywords, the tools provided by the historiographical school of the *Begriffsgeschichte* or history of concepts will be used. The history of concepts examines the perennial stream of renewal and resetting of language acts, knowing that the uniqueness of meanings can only be studied respecting each use in their respective historical arc. In order to deepen the theoretical and methodological knowledge handled by the *Begriffsgeschichte*, and in particular by its highest representative, Reinhart Koselleck, the researcher had the opportunity to fulfil a six-month research stay at the University of Münster.

8.3. Summary of the theoretical chapters

The first chapter of the thesis is devoted to explore the relationship between journalism and history, along with the treatment of the press as a historiographical source. The newspaper as support of collective memory, as an object that reflects the development conditions of a society, as a spreading agent of political messages and representative of social and economic interests, as a ferment of ideas and tools for creating opinion, represents a suggestive way of approaching the knowledge of historical time in

which the object of study, that is, iberist messages in the Madrid press between 1840 and 1874, is located and contextualized.

A newspaper offers the researcher, as in the time of production offered the reading public, a representation of reality loaded with particular meanings. This representation concerns the gradual establishment of a public opinion, regarding different topics, whose meaning is tried to be rebuilt at present times through the analysis of what was published in newspapers. The newspaper, which is not to be perceived only in relation to itself, but also in relation to its context, and whose information must always be contrasted with other documents, becomes an invaluable historiographical source.

From this point of view, the newspaper being used judiciously and with a critical spirit, is a first-class tool to grasp the ideological and political evolution of a society. It is not conceived as a quiet scrap of a bygone era, but as a living part of the time that was somehow recorded, a fossil in print that must be relocated in its original context to be understood in the highest possible degree of fullness, also knowing that the historian at the beginning of the twenty-first century has given up explaining the course of history in an absolute, timeless and totally reliable manner.

The second chapter of the research focuses on framing the main concept to be addressed in this thesis, the term *nation* and its corresponding *-ism*. What are we speaking of when speaking of the nation? What current of the political thinking can be defined socially and historically as nationalism? This research is not intended to provide a canonical definition of the term *iberism*, nor of the phrase *Iberian nationalism*; rather, one of its objectives is precisely trying to clarify the evolution of the meaning of this concept from the point of view used by the Madrid press during the middle years of the nineteenth century, whether in a sense of political propaganda or as mere descriptive phrase of a sociocultural movement.

However, the use of the core concepts that the researcher will make must be discussed here. Thus, in this thesis is estimated that iberism can be understood as the tendency to cooperation and mutual assistance between Spain and Portugal, imbued with a sense of sympathy and promotion of the Iberian against other cultural constructions, which can occur in any social field and at any time, while Iberian nationalism is the

demand for the creation of a single state in the Iberian Peninsula, i.e., the strictly political manifestation of iberism, which reached its peak during the third quarter of the nineteenth century.

The third chapter of the thesis briefly covers the historical process of Spain and Portugal to account for an evolution that in many occasions was shared, this being one of the main arguments in favour of the union of Spain and Portugal seen in the pages of the Madrid newspapers. This chapter provides an overview of the Iberian history, taking into account both the common events and the proper Spanish events or the exclusively Portuguese. Without fear of falling into deformations, and recognizing that the evolution of the various peninsular territories does not follow a single pattern, it is possible to strictly observe the Iberian history in its early periods from a common perspective, divided into six intervals: indigenous habitation, settlements of different Mediterranean cultures, Romanization, Visigoth kingdom, Muslim era and Christian reconquest.

It is in the medieval period when the two states that currently share almost 100% of the territory of the Iberian Peninsula are configured –the existence of Gibraltar and Andorra prevents Portugal and Spain from occupying the Iberian Peninsula as a whole–. At the beginning of the sixteenth century, following the rise of Charles V, Holy Roman Emperor, to the throne, Spain regains contact with Europe, almost lost during the seven centuries of Muslim rule. Charles V did not follow national but dynastic politics, in line with the education he had received. His priority was the glory of the empire, comparable to the glory of his family, the Habsburgs. This way of seeing the world had a very high cost for the future of Spain.

Furthermore, successive expeditions to India and other parts of Asia and Africa turned Portugal into a naval and commercial power of global reach, with even greater influence than Spain, which was only present in America. In 1580, after a dynastic crisis in Portugal, a sixty-year period of Iberian union started, in which the crowns of the different peninsular kingdoms were consecutively inherited by three kings of the Habsburg dynasty. This union was broken in 1640, in a context of general crisis of the crown: the Spanish Habsburgs dynasty comes to an end as Charles II dies childless in 1700. The War of the Spanish Succession, a major European conflict, ends crowning

Philip V of Bourbon, whose dynasty ties the future of Spain into an alliance with France, which would only be broken after the revolutionary events of 1789.

The Peninsular War (1808-1814) costed Napoleon his first major military defeat –Bailén, July 1808– and marked the beginning of the end of his power. In Spain, in the city of Cádiz, the first liberal constitution is proclaimed in March 1812; it would be taken as a model for the first Portuguese liberal constitution, which came into effect in September 1822. Throughout the nineteenth century, both Spain and Portugal lost its American colonies and were under big influence of France and England, respectively. Degraded to the status of second-powers, both Iberian countries followed a parallel path to that of most of its European neighbours during the nineteenth century: absolutist restoration after the Congress of Vienna and, after that, progressive consolidation of the liberal system, not without serious social and political conflicts. It is in this context of global decline and national liberal spirit where iberism is forged.

8.4. Brief discussion of the results

Throughout the research, which is the product of a hard newspaper archive task and was dedicated to overcoming the enormous difficulty of searching relevant texts in a sea of letters without headlines, apart from generic ones as “Chronicle of provinces” or “Chronicle of Congress”, it has been confirmed that an overwhelming majority of the Madrid newspapers were favourably positioned towards the Iberian union, both in a moderate and in a radical way.

In a mildly favourable attitude are the satirical *Guindilla* and *Gil Blas*, the republican *La Democracia*, *La Igualdad*, *La República Ibérica* and *El Combate*, the progressive *El Espectador*, *La Nación* and *Gaceta economista*, the informative *El Imparcial*, the moderate *La Prensa*, *El Constitucional* and *El Contemporáneo*, the conservative *El Diario Español*, the romantic cultural magazine *El Pensamiento*, the illustrated *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana* and *El Mundo Pintoresco*, the Krausist *Revista ibérica de ciencias* and the liberal-conservative magazine *Revista de España*. Radical defenders of the union of Portugal and Spain were the democratic *La Soberanía Nacional*, property of Sixto Cámara, *La América* and *El Tribuno*, the republicans *El Huracán*, *El Peninsular* and *La Discusión*, the progressive

La Soberanía Nacional, property of Ángel Fernández de los Ríos, *Eco del Comercio*, *La Iberia y El Clamor Público*, and the moderate *El Español*.

Besides, interesting developments with respect to the position of two major newspapers towards the Iberian matter are noted: *Las Novedades*, passionate supporter of the Iberian union since its founding in 1850, underwent several ownership changes and after the revolution of September 1868 started defending the candidacy of Antonio de Orleans to the Spanish throne, so from then on took a neutral position towards the iberist plans. Moreover, *La Época*, favourite newspaper of the conservative elites, offered a similar pattern: entirely favourable to the union of Spain and Portugal until the outbreak of the revolution of September 1868, held a neutral position during the revolutionary administration, for the sake of the country's stability. Another newspaper that changed its editorial line on the Iberian issue over the years was the moderate-conservative *La España*, which followed a course full of ups and downs, from representing a mildly favourable attitude to the union to reject it, posing it as a threat to the established order, before finally returning to express itself slightly in favour of the idea.

Among the newspapers that took a neutral position before the iberist projects were the republican *La República*, the informative *La Correspondencia de España*, the moderate *El Herald* and *La Opinión Nacional*, the cultural magazines *Museo de las familias* and *Escenas contemporáneas* and the illustrated *El nuevo siglo ilustrado*. Finally, there were some newspapers that held moderate or radical views against the Iberian union, which constitute a very eloquent trio: they were the traditionalist *El Católico*, *El Pensamiento de la Nación* and *La Esperanza*. Thus, the first conclusion is obvious: the union of Portugal and Spain was essentially a liberal thought, and as such provoked the anger of the most reactionary elements of the Spanish society of the time.

Of the forty-seven newspapers cited throughout the investigation, a total of thirteen were positioned strongly in favour of the Iberian union, twenty supported the idea in a calm stance, seven maintained a neutral position and only three were against the iberist project. It must be added that in forty-six other consulted newspapers no relevant publication was found, nothing more than short items, news of little interest or reproductions of other newspapers publications, which obviously reveals a profound

disinterest in relation to the iberist issue by a large number of newspapers which, however, were not among the largest in the country.

In relation to the objectives established at the beginning of the investigation, a critical analysis of texts related to the iberist topic in the Madrid press between 1840 and 1874 has been conducted. The number, depth and diversity of the analyzed texts allow the assertion that the history of iberism in the mentioned period of time from the standpoint of journalism and propaganda messages is now richer and more complete. The first objective is thus fulfilled and the valuable element of examination and management of past events that offer journalistic sources is added to the previously available knowledge about the iberist subject.

The significance and influence of iberism in the Spanish society of the nineteenth century can now be measured and estimated more accurately and specifically, through the collection and analysis of the texts presented in this research, which show a very broad support in general terms toward the plans of Iberian union by the Madrid newspapers. In the ranks of the union supporters line up a majority of republican-democratic newspapers, as well as progressive, while iberist militants are also integrated by very prominent moderate and even conservative newspapers. As for the proposals to advance in the path of the Iberian union, they all agree that this would only occur through a peaceful process, not by conquest. When this second possibility arises on the horizon, iberism advocates reject it as contrary to their interests.

It is in the detail where the most important differences between the proposals that both sides have to reach union are found. Republicans, for example, assume that the form of government they defended is the highest development level of political liberalism, and therefore estimate that the Iberian union should be immediate consequence of the free adoption of the republican system in Spain and Portugal, being also that union the first in a chain of links that would end up merging into a single administrative policy the so-called Latin race, at first, and finally all European nations. The constitution of the Iberian republic, always conceived in a federal sense, would happen in any case under the consent of all parties involved, i.e., passed by a free vote of both the Portuguese and the Spanish people.

Progressive newspapers, meanwhile, were custodians and spokespersons of more constructive than doctrinal messages, practical rather than theoretical. Always thinking in a monarchic solution, these journals alternatively proposed two options for the Iberian union to become a reality as a united kingdom of Portugal and Spain: while Isabella II of Spain remained unmarried they thought of a dynastic union, linking the heirs of the two crowns; in times of the revolutionary provisional government (September 1868-November 1870) the crown of Spain was offered officially, though secretly, to Ferdinand of Saxe-Coburg-Gotha, who had been king consort of Portugal and was also father of Luís I, king of Portugal at the time. Thus, had Ferdinand died as king of Spain, Luís I would have inherited the title and would have become the ruler of both countries.

Together with their defence of the monarchy in the Iberian Peninsula as a whole, progressive newspapers housed in their pages many other proposals in relation to the Iberian union, most of all of economic and administrative nature. Above all they stressed the desire to establish a customs union: following the example of the German Zollverein led by Prussia, the abolition of tariffs between Spain and Portugal would encourage a tremendous economic growth cycle, which would strengthen the public finance and would bring nearer the positions of the two countries in trade issues, that being the first step towards a plausible political union in the future, although the latter was not always and necessarily in plans. In addition to the customs union, progressive newspapers demanded at different times the monetary union, the union of weights and measures, a postal and telegraph treaty, the implementation of the Madrid-Lisbon railway –another of the iberist star requests– and the preparation of Tagus and Douro rivers for joint navigation.

Iberism also goes beyond economics, promoting equal rights between Spaniards and Portuguese, including the reciprocal recognition of citizenship, the abolition of passports, as well as the reciprocity of flag between ships of both countries and the mutual validity of educational titles across the border, while at the same time strengthening of relations is promoted in the cultural field. There is, as we have seen, a whole program of policies to consolidate the bonds of Portugal and Spain in much of the most critical aspects of social life, a program that takes its most definite shape through the iberist invocation launched by Arturo de Marcoartú in *La Iberia* in April 1861. All these proposals related to the practical steps to take in order to make effective progress in the

path of the Iberian union are diluted in progressive newspapers from September 1868 on. Since then, the struggle to consolidate the victory of the revolutionary powers that forced Isabella II into exile had to be reconciled in some of these newspapers with the defence of Ferdinand Saxe-Coburg as candidate to the Spanish throne.

Besides, informative newspapers focused more on the news than on ideological issues regarding the Iberian union. Despite this, *Las Novedades*, in its early days, moderately supported the idea, as did *El Imparcial* in 1874, surprisingly defending a Portuguese candidature for the Spanish throne, in a movement that was interpreted by some of his colleagues as a simple confirmation of his monarchist orientation, in order to appear as an honourable newspaper before the imminent Bourbon restoration.

The majority of the moderate newspapers also support iberist plans, but almost always from a very mildly militant political position, focusing more on the potential economic and commercial benefits that would theoretically result after the creation of a united Iberia. However, Andrés Borrego's iberist proclamations in his journal, *El Español*, often stand out in the general trend of the moderate press. Borrego continuously defended the candidature of the Portuguese prince when the marriage of Isabella II was being debated, a position that left him in clamorous minority regarding his moderate fellows. The openness and character of this journalist in his defence of the Iberian union marked a milestone in the history of iberism. After failing in the effort of dynastic union, *El Español* focused its efforts on promoting the customs union.

The other major center-right newspaper, closed to conservative positions, that compellingly defended the Iberian union, was the favourite publication of the aristocratic elites, *La Época*. As in the case of *El Español*, the personality of its editor and its relations with Portugal were key in its entirely favourable orientation to the union of Portugal and Spain. Diego Coello de Portugal y Quesada was the epitome of iberism in *La Época*, a newspaper that since its birth in 1849 and for two decades continually supported any political, economic or cultural project intended to strengthen Iberian relations and to promote the unification of the two Iberian kingdoms. Only after the revolution of September 1868 are the iberist plans neglected by *La Época*.

It is therefore perceived, according to what has been reviewed in the preceding paragraphs, that beyond strictly cultural, administrative, economic and / or commercial rapprochement proposals between Portugal and Spain, even beyond the different forms of government for the future Iberia being proposed from various iberist sectors, there was indeed a social action program whose main objective was the creation of a new political entity on the Iberian Peninsula, activity that was accompanied by a debate about the success possibilities of this program or its very convenience. It has been observed throughout the analysis how in the texts repeatedly come into play concepts as *nation*, *nationality* or *people* to refer to the whole Iberian territory.

Among the large number of texts analyzed in the main part of the research, three examples can be exposed briefly to support what here is said: *El Clamor Público*, in April 1859, states that Spain and Portugal “should be one of the great powers of Europe, forming a single nationality, the Iberian nationality”; *El Constitucional*, in March 1861, after claiming that Portugal and Spain share the same origin, history, traditions, political trends, economic, religious and geographical space, besides having very similar languages, bets for the “mutual agreement of the peoples to merge into one”; finally, *La Discusión*, in May 1870, declares itself in favour of “the confederation of Spain and Portugal [...] as a transition to form in the future the great Iberian nation”.

It is logical, moreover, that the use of the term *nationalism* to define the iberist movement is not observed at any time, since this word does not appear widely until the twentieth century. Instead, the sense that in the same context of the sources is given to the concepts mentioned above, always on the horizon of the Iberian union, and the existence of a program, as we have seen, watching the establishment of a new political entity as its goal, make it possible to affirm the existence of an Iberian nationalism, or at least a proto-nationalism, which consequently must be treated as such by every research on the issue.

8.5. Conclusions

At this point, it is considered that the research questions have been answered and the objectives have been achieved. Now it is time, based on the results, to verify the working hypotheses. Regarding the first one, we can say that the Madrid newspapers did not consistently spread iberist propaganda between 1840 and 1874. This hypothesis is

confirmed as a truth based on the collected data, and demonstrates that the absence of a strong and vigorous propaganda campaign caused that iberism, in all its variants, including the Iberian nationalism, did not effectively come off neither in the Spanish political and economic elite nor among the lower classes.

Secondly, it is observed that iberist messages in the Spanish press did not necessarily show Spain as a weak country that needed Portugal to grow and forget its decline. However, it is occasionally one of the most intensively exploited arguments. In any case, being strict, this hypothesis cannot be judged as fully verified. In fact, although a minority, there were some unifying proposals that sought nothing less than a submission from Portugal to Spain, even through violent annexation. Nevertheless, the vast majority of pro-union messages posed a scenario in the absence of conflict or plans of conquest. For honest iberists, the union would have to come in any case by mutual agreement of the peoples of both countries. The analogy in the historical processes of the two countries is repeatedly brandished as a supporting argument to the union, sometimes it is even stated that the advanced stage of liberalism in Portugal would further spur the Spanish liberals to support the iberist project.

As for the third hypothesis, the Madrid press of the middle years of the nineteenth century does not tend to transform iberism into a political weapon, unlike what happened in Portugal, where an allegation of iberism could be equivalent to a charge of high treason before the public opinion. As seen throughout the investigation, Iberian union proposals were well received by a large majority of the Spanish political spectrum. This hypothesis, then, is confirmed as false. Still, it is true that there were outstanding public names, like Emilio Castelar or Práxedes Mateo Sagasta, who embraced the iberist cause at the times when they began their political career, but once in power they were unable to remember their ancient Iberian whims. Unlike in Portugal, where the thought of the union with Spain was used to try to destabilize the governments, in Spain it was used as a springboard which could in some cases help gain popularity.

At last, it is considered that iberism, in its political dimension, can be effectively designated as Iberian nationalism. This hypothesis is confirmed as true, provided that it is clearly established what is meant by nationalism in the context in which it is spoken. In the historical moment in which the research is centered, there were two political

currents that today fit perfectly as nationalist movements, as the Italian and German, and they were precisely mirrors where iberistas looked themselves at. Although the iberist projects failed, we should consider its nationalist promoters in a similar sense to that Mazzini and Garibaldi were in Italy, or List and Bismarck in Germany. It would probably be more appropriate, in any case, to talk about proto-nationalism to better understand what this movement meant in the context of the nineteenth century, and yet it is necessary to stress the perspective offered by the semantic treatment that the newspapers awarded on different occasions to concepts related to the *nation* in an Iberian sense, being used consciously.

Finally, some lines have to be dedicated to reflect on the broader implications of the research, beyond the concrete results. It has been shown how iberist projects, forged really close to the liberal political programs, played a role, if not leading, in any case prominent in the development of political events in nineteenth-century Spain. Iberism is a typically neglected phenomenon in Spanish historiography, which does not imply the absence of solid work regarding the issue, but now it has been shown that an overwhelming majority of the Madrid public opinion, and by extension the public opinion all over the country, very exposed to what was published in the capital, received throughout the middle years of the nineteenth century numerous favourable messages to the union of the two Iberian countries.

It has also been highlighted the importance of conducting this research in relation to the problem of conceptual perception that can occur between the term *iberism*, with which the issue has been traditionally explained, and the phrase *Iberian nationalism*, that after the compilation of texts, its analysis and the discussion of the results therefore appears as more accurate when political union projects are being discussed.

Along with the issues the thesis helps to clarify, there are also a number of limitations that, far from detracting value from the researched topic, highlight the importance of advancing in the knowledge concerning the Iberian problem in its history and, especially, in its history seen through the press.

The first limitation is marked from the title of the thesis itself, which focuses on the Madrid newspapers and on a particular historical period. The extension of this

investigation to the entire Spanish press and over a longer period of time would result in a more adjusted and precise perception of the iberist phenomenon. It would be of particular interest to research the relationship between the Spanish and Portuguese cultural publications throughout the early decades of the twentieth century, when the political union already appeared like a dream that belonged entirely to the past.

Another limitation that offers special interest with regard to a possible extension of the research is the question of regionalisms that arise in the Spanish periphery in the late nineteenth century and that were soon discussed as nationalisms. It would be stimulating to research the attitude towards iberism that the Catalan regionalist and nationalist press could have had, as well as the Basque press, but also and especially the Galician regionalist press, linked to Portugal for so many reasons –above all history, territory and language– and whose position relative to iberism should be considered to have a complete and finished picture of the phenomenon.

This research has always been guided by scientific humility, objectivity and honesty, being the researcher constantly aware of the inevitability of pouring in it part of his subjective and personal character. It is expected that there has been no abuse in this regard, and that this thesis can and will actually be of use to advance, at least a step, in the knowledge of the Iberian history and in the fair weighting of one of its most fascinating manifestations, while overcome, in the context of the common political construction of Europe.

BIBLIOGRAFÍA Y ANEXOS

Bibliografía citada

ABELLÁN, Joaquín (1999a): “Johann Gottlieb Fichte”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 259-261.

ABELLÁN, Joaquín (1999b): “Max Weber”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 791-793.

Academia das Ciências de Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian (2001): *Dicionário da Língua Portuguesa Contemporânea*, Lisboa, Verbo, vol 2.

ACTON, Lord (1862): "Nationality", en *The Home and Foreign Review*, disponible en <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/history/acton.htm> [Consultado el 6 de febrero de 2013]

ADAM, G. Stuart (2006): “Notes Towards a Definition of Journalism: Understanding an Old Craft as an Art Form”, en ADAM, G. Stuart y CLARK, Roy Peter (eds.) *Journalism. The Democratic Craft*, Nueva York, Oxford University Press.

AGUIRRE, Joaquín (2005): “La violencia de la interpretación”, en *Línguas & Letras*, Cascavel (Brasil), Universidade Estadual do Oeste do Paraná, vol. 6, n. 10, pp. 25-34.

AIERDI, Xabier (2009): “El posnacionalismo”, en *Crítica*, Madrid, Fundación Castroverde, n. 961, pp. 78-83.

ALARCÃO, Jorge de (coord.) (1990): “Portugal. Das origens a romanização”, en SERRÃO, Joel, OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (dirs.), *Nova História de Portugal*, vol. I, Lisboa, Presença.

ALBURQUERQUE, Martim de (1974): *O valor politológico do sebastianismo*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian.

ALEXANDRE, Valentim (1996): “Questão nacional e questão colonial em Oliveira Martins” en *Análise Social*, n. 135, Lisboa, Universidade de Lisboa, pp. 183-201.

ALMEIDA GARRETT, João Baptista da Silva Leitão (1830): *Portugal na balança da Europa*. Londres, S.W. Sustenance.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1979): “Prensa y poder en la España contemporánea”, en *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, n. 1, pp. 297-327.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1980): “Aproximación a la evolución cuantitativa de la prensa española entre 1868-1930”, en *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, n.2, pp. 295-343.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1980): “Aproximación a la evolución cuantitativa de la prensa española entre 1868-1930”, en *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, n.2, pp. 295-343.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1989): “Prensa y opinión pública: la prensa como fuente histórica para el estudio de la masonería”, en FERRER BENIMELI, José Antonio (coord.): *Masonería, política y sociedad*, Zaragoza, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, vol. 1, pp. 245-280.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1989a): “Prensa y opinión pública: la prensa como fuente histórica para el estudio de la masonería”, en FERRER BENIMELI, José Antonio (coord.): *Masonería, política y sociedad*, Zaragoza, Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, vol. 1, pp. 245-280.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1989b): “La prensa escrita como documento histórico”, en *Haciendo historia: homenaje al profesor Carlos Seco*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 615-624.

ÁLVAREZ JUNCO, José (1999): “Estudios sobre el nacionalismo”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 198-202.

ÁLVAREZ JUNCO, José (2005): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

ÁLVAREZ JUNCO, José (2005a): “El nombre de la cosa. Debate sobre el término *nación* y otros conceptos relacionados”, en ÁLVAREZ JUNCO, José, BERAMENDI, Justo, REQUEJO, Ferran: *El nombre de la cosa. Debate sobre el término nación y otros conceptos relacionados*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

ÁLVAREZ JUNCO, José (2005b): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

ÁLVAREZ, Jesús Timoteo (1980): “Aproximación a las fuentes y referencias básicas de la historia del periodismo universal”, en *Documentación de las ciencias de la información*, Madrid, Universidad Complutense, n. 4, pp. 157-173.

ÁLVAREZ, Jesús Timoteo (1981): *Restauración y prensa de masas. Los engranajes de un sistema, 1875-1833*, Pamplona, Universidad de Navarra.

ÁLVAREZ, Jesús Timoteo (1989): *Historia de los medios de comunicación en España: periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Barcelona, Ariel.

ÁLVAREZ, Jesús Timoteo (2012): *Historia y modelos de comunicación en el siglo XX con proyecciones al siglo XXI*, Madrid, Universitas.

AMAYA TRUJILLO, Janny (2010): “Historia y comunicación social: apuntes para un diálogo inconcluso”, en *Comunicación y Sociedad*, Guadalajara (México), Universidad de Guadalajara, n. 13, pp. 149-171.

AMORES CARREDANO, Juan Bosco (coord.) (2006): *Historia de América*, Barcelona, Ariel.

ANDERSON, Benedict (2006): *Imagined communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres y Nueva York, Verso.

ARMSTRONG, John (1982): *Nations before Nationalism*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press.

ARÓSTEGUI, Julio (2001): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica.

ARÓSTEGUI, Julio (2004): “La historia del presente: ¿una cuestión de método?”, en NAVAJAS ZUBELDÍA, Carlos (coord.): *Actas del IV Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, pp. 41-75.

ARTOLA, Miguel (1988): “El Estado”, en ARTOLA, Miguel (dir.): *Enciclopedia de Historia de España*, vol. 2, Madrid, Alianza.

ARTOLA, Miguel (2010): *La revolución española, 1808-1814*, Madrid, UAM.

AUSTIN, John L. [URMSON, J.O. (ed.)] (1962): *How to Do Things with Words*, Nueva York, Oxford University Press.

AYMES, Jean-René (2009): *La guerra de la Independencia (1808-1814): calas y ensayos*, Madrid, CSIC.

AZEVEDO, J. Lucio de (1984): *A evolução do sebastianismo*, Lisboa, Presença.

BAIRD FERREIRA, Marina (coord.) (1999): *Novo Aurélio Século XXI. O dicionário da língua portuguesa*, Río de Janeiro, Nova Fronteira.

BARDIN, Laurence (2002): *El análisis de contenido*, Madrid, Akal.

BARKER, Chris, GALASINSKI, Dariusz (2001): *Cultural Studies and Discourse Analysis*, Londres, Sage.

BARRERA, Carlos (1996): “Reflexiones sobre el quehacer investigador del historiador de la comunicación”, en GÓMEZ MOMPART, Josep Lluís (coord.) (1996): *Metodologías para la Historia de la Comunicación Social. I Encuentro de la Asociación*

de Historiadores de la Comunicación, Bellaterra (Barcelona), Universidad Autónoma de Barcelona.

BECK, Ulrich (2008): *¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.

BERELSON, Bernard (1971) [1952]: *Content analysis in communication research*, Nueva York, Hafner.

BERGER, Arthur Asa (2011): *Media and Communication Research Methods*, 2ª ed., Thousand Oaks (California), Sage.

BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas (1966): *The Social Construction of Reality. A Treatise on the Sociology of Knowledge*, Garden City (Nueva York), Doubleday.

BERLIN, Isaiah (1972): "The Bent Twig: A Note on Nationalism", en *Foreign Affairs*, Nueva York, Council on Foreign Relations, vol. 51, pp. 11-30.

BERNAL, Antonio Miguel (2007): "Monarquía e imperio", en FONTANA, Josep y VILLARES, Ramón (dirs.): *Historia de España*, vol. III, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons.

BESSELAAR, José van den (1987): *O sebastianismo, história sumária*, Lisboa, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa.

BETHELL, Leslie (ed.) (1990-2002): *Historia de América Latina*, 16 vols., Barcelona, Crítica.

BILLIG, Michael (1995): *Banal nationalism*, Londres, Thousand Oaks (California) y Nueva Delhi, Sage.

BIRKNER, Thomas (2012): *Das Selbstgespräch der Zeit. Die Geschichte des Journalismus in Deutschland, 1605-1914*, Herbert von Halem, Colonia.

BIRMINGHAM, David (2003): *A concise history of Portugal*, Cambridge (Reino Unido), University Press.

BONIFÁCIO, Maria de Fátima (2002): *O século XIX português*, Lisboa, Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa.

BORREGO, Andrés (1848): *De la situación y de los intereses de España en el movimiento reformador de Europa*, Madrid, Imprenta de Francisco Andrés.

BORREGO, Andrés (1869): *Historia de una idea. España y Portugal*, Madrid, Imprenta de Fortanet.

BOUZA, Fernando (2000): *Portugal no tempo dos Filipes. Política, cultura, representações, 1580-1668*, Lisboa, Cosmos.

BRAGA, Isabel M.R. Mendes Drumond (2001): *Um espaço, duas monarquias. Interrelações na península Ibérica no tempo de Carlos V*, Lisboa, Centro de Estudos Históricos, Universidade Nova de Lisboa.

BREUILLY, John (1982): *Nationalism and the State*, Manchester, Manchester University Press.

BREUILLY, John (ed.) (2013): *The Oxford Handbook of the History of Nationalism*, Oxford (Reino Unido), Oxford University Press.

BRIGGS, Asa y BURKE, Peter (2002): *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus.

BRUNNER, Otto, CONZE, Werner y KOSELLECK, Reinhart (1972-1997): *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politischen-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Ernst Klett, 8 vols.

BUESCU, Ana Isabel (2004): “Aspectos do bilinguismo português-castelhano na época moderna”, en *Hispania*, Madrid, CSIC, n. 216, pp. 13-38.

BURKE, Martin J. y RICHTER, Melvin (2012): *Why concepts matter. Translating Social and Political Thought*, Leiden (Países Bajos), Brill.

CABERO, Valentín (2004): *Iberismo e cooperação: passado e futuro da Península Ibérica*, Porto, Campo das Letras.

CABO, Ángel y VIGIL, Marcelo (1990): “Condicionamientos geográficos. Edad antigua”, en ARTOLA, Miguel (dir.), *Historia de España*, vol. I, Madrid, Alianza.

CABRERA, Julio (1992): *La nación como discurso. La estructura del sistema ideológico nacionalista: el caso gallego*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

CABRERA, Mercedes; ELORZA, Antonio; VALERO, Javier y VÁZQUEZ, Matilde (1975): “Datos para un estudio cuantitativo de la prensa diaria madrileña, 1850-1875”, en TUÑÓN DE LARA, Manuel; ELORZA, Antonio y PÉREZ LEDESMA, Manuel, *Prensa y sociedad en España, 1820-1936*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

CALVINO, Italo (2007): *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid.

CANELLA SECADES, Fermín (1915): *Representación asturiana administrativa y política desde 1808 a 1915 en la Diputación Provincial de Oviedo, Congreso de los Diputados, Senado y otras instituciones*. Oviedo, Imprenta de Flórez, Gusano y cía.

CANET APARISI, Teresa (2009): *Vivir y pensar la política en una monarquía plural. Tomás Cerdán de Tallada*, Valencia, Universidad de Valencia.

CANO PAVÓN, José Manuel (1998): “El Real Instituto Industrial de Madrid (1850-1867)”, en *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, n. 40, vol. 21, pp. 33-62.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1997): *Discurso sobre la nación*, Madrid, Biblioteca Nueva.

CARR, Edward Hallett (1962): *What is History?*, Nueva York, Knopf.

CARRASCO MANCHADO, Ana Isabel (2006): *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad: propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*, Madrid, Sílex.

CASTELLS OLIVÁN, Irene (1988): “Constitucionalismo, estrategia insurreccional e internacionalismo liberal en la lucha contra el Antiguo Régimen español (1823-1831)”, en *Revista de História das Ideias*, Coimbra, Universidade de Coimbra, vol. 10, pp. 485-506.

CATROGA, Fernando (1985): “Nacionalismo e ecumenismo. A questão ibérica na segunda metade do século XIX”, en *Cultura, História e Filosofia*, Lisboa, Centro de História da cultura da Universidade Nova de Lisboa, vol. 4, pp. 419-463.

CEPEDA GÓMEZ, José (1998): “Decadencia y reconstrucción (1640-1789). España”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 138-153.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo (2009): *América hispánica (1492-1898)*, Madrid, Marcial Pons.

CHATO GONZALO, Ignacio (2004): *Las relaciones entre España y Portugal a través de la diplomacia, 1846-1910. La incidencia de la política exterior en la construcción de la identidad nacional*. Mérida, Editora Regional de Extremadura.

CHIGNOLA, Sandro (1998): “Historia de los conceptos e historiografía del discurso político”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 1, pp. 7-33.

CHIGNOLA, Sandro (2003): “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política: sobre el problema del léxico político moderno”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 11-12, pp. 27-67.

CHUST, Manuel, FRASQUET, Ivana (2012): *La patria no se hizo sola: las revoluciones de las independencias iberoamericanas*, Madrid, Sílex.

COELHO, Maria Helena da Cruz, HOMEM, Armando Luís Carvalho (coords.) (1996): “Portugal em Definição de Fronteiras. Do Condado Portucalense à Crise do Século XIV”, en SERRÃO, Joel, OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (dirs.), *Nova História de Portugal*, vol. III, Lisboa, Presença.

COLLINS, Roger (2005): *La España visigoda, 409-711*, col. “Historia de España”, Barcelona, Crítica.

CONBOY, Martin (2004): *Journalism. A Critical History*, Sage, Londres, Thousand Oaks (California) y Nueva Delhi.

CÓRDULA ALMEIDA, Verbena (2011): *Prensa y propaganda en la emancipación hispanoamericana*, León, Universidad de León.

COTTER, Colleen (2003): “Discourse and Media”, en SCHIFFRIN, Deborah, TANNEN, Deborah, HAMILTON, Heidi E. (eds.) (2003): *The Handbook of Discourse Analysis*, Malden (Massachusetts) y otras, Blackwell, pp. 416-436.

CRESPO, Ángel (1985): “El iberismo de Fernando Pessoa”, en *El País*, 6 de julio de 1985.

CUENCA TORIBIO, José Manuel (1998): *Ensayos iberistas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

DARDÉ, Carlos (1999): “Antonio Cánovas del Castillo”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 72-74.

DE BLAS GUERRERO, Andrés (1989): *Sobre el nacionalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

DE BLAS GUERRERO, Andrés (1999a): “Lord Acton”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 12-14.

DE BLAS GUERRERO, Andrés (1999b): “Giuseppe Mazzini”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 467-468.

DE CILLIA, Rudolf, REISIGL, Martin y WODAK, Ruth (1999): “The discursive construction of national identities”, en *Discourse & Society*, Londres, Thousand Oaks (California) y Nueva Delhi, Sage, vol. 10, pp. 149-173.

DE DIEGO GARCÍA, Emilio (2007): *La Guerra de Sucesión española: de conflicto interno a primera guerra mundial. La crisis sucesoria de la monarquía hispánica*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1982): “Portugal: un nacionalismo antiespañol”, en *Revista de Occidente*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, n. 17, pp. 86-94.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1983): “Portugal y España: retórica del iberismo democrático”, en *Cuenta y razón*, Madrid, Fundación de Estudios Sociológicos, n. 10, pp. 151-158.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1988): “Las relaciones hispano-portuguesas. Una aproximación histórica e historiográfica” en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n. 7, pp. 40-53. Pau, Centre national de la recherche scientifique.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1993): “Las relaciones hispano-portuguesas en la Edad Contemporánea”, en *Reflexiones en torno a España y Portugal*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Albert, pp. 83-122.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1997): “Historiografía española del Portugal contemporáneo” en *Ayer*, n. 26, pp. 65-80. Madrid, Marcial Pons.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1998): “La hegemonía mundial de los Estados ibéricos (siglos XV-XVI). Introducción”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 47-49.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1998b): “De la distancia real al encuentro indeciso: la relación peninsular en la edad contemporánea” en *Los 98 ibéricos y el mar*, t. 1, pp. 125-154. Madrid, Sociedad Estatal Lisboa 98.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (1999): “Iberismo”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 327-332.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (2005): “España y la identidad portuguesa. Una identidad histórica”, en PALACIO ATARD, Vicente (ed.), *De Hispania a España*, Madrid, Colegio Libre de Eméritos y Temas de Hoy, pp. 197-215.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (2005): “Las relaciones luso-españolas en tiempo de dictaduras, 1936-1975. El final del iberismo” en *Contrastes. Revista cultural*, n. 42. pp. 142-149. Valencia, Asociación Cultural Contrastes.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.) (2000): *Portugal y España contemporáneos* [monografía revista *Ayer*, nº 37], Madrid, Marcial Pons.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.) (1998a): *España y Portugal (s. IX-XX). Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito y SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (2000): *Portugal en la Edad Contemporánea, 1807-2000. Historia y documentos*. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.

DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito y TELO, António José (eds.) (2002): *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*. Mérida, Editora Regional de Extremadura.

DE PAZ, Abdón (1861): *España y Portugal*, Madrid, Imprenta de Isidoro Peciña.

DE QUENTAL, Antero (1868): *Portugal perante a Revolução de Hespanha. Considerações sobre o futuro da política portuguesa no ponto de vista da democracia ibérica*, Lisboa, Typographia portugueza.

DE TORRES RAMÍREZ, Isabel (2002): “Las fuentes de información. Metodología del repertorio bibliográfico”, en LÓPEZ YEPES, José, OSUNA ALARCÓN, María Rosario (coords.): *Manual de ciencias de la información y documentación*, Madrid, Pirámide.

DE UNAMUNO, Miguel (2008): *En torno al casticismo*, Madrid, Alianza.

DI GIUSEPPE, Elena (2010): *Portogallo, Italia e questione iberica, 1821-1869*, Università degli studi di Napoli Federico II [Tesis doctoral].

DESVOIS, Jean-Michel (1999): “Manuel Tuñón de Lara y la historia de la prensa”, en DE LA GRANJA, José Luis, REIG TAPIA, Alberto y MIRALLES, Ricardo (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.

DEUTSCH, Karl W. (1966): *Nationalism and Social Communication*, Cambridge (Massachusetts) y Londres, MIT.

DÍAZ-PLAJA, Fernando (1996): *Dos de mayo de 1808*, Madrid, Espasa.

DUSO, Giuseppe (1998): “Historia conceptual como filosofía política”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 1, pp. 35-71.

EIROA, Matilde (2014): “Historia y Periodismo: interrelaciones entre disciplinas”, en *Historia y Comunicación Social*, Madrid, Universidad Complutense, vol. 19, pp.253-264.

ELLIOTT, John H. (1996): *La España Imperial, 1469-1716*. Barcelona, Vicens-Vives.

ELLIOTT, John H. (2011): *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, Taurus.

EPICTETO (1991): *Enquiridion*, Barcelona, Anthropos. [Traducción de José Manuel García de la Mora.]

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (1878): *Mi misión en Portugal. Anales de ayer para enseñanza de mañana*, París, Typ. Tolmer et Isidor.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2004): “Textos, conceptos y discursos políticos en perspectiva histórica”, en *Historia de los conceptos*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia, pp. 131-151.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2004-2005): “¿Qué es un diccionario histórico de conceptos políticos?”, en *Anales*, Göteborg, Universidad de Göteborg, n. 7-8, pp. 223-240.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (2005): “Estado, nación y patria en el lenguaje político del siglo XIX”, en *Revista de historia militar*, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Militar, extra 1, pp. 159-220.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (2004): “A manera de introducción. Historia, lenguaje y política”, en *Historia de los conceptos*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia, pp. 11-26.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (2006a): “Historia conceptual, memoria e identidad (I): Entrevista a Reinhart Koselleck”, en *Revista de Libros*, Madrid, Fundación Caja Madrid, n. 111, pp. 19-22.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (2006b): “Historia conceptual, memoria e identidad (II): Entrevista a Reinhart Koselleck”, en *Revista de Libros*, Madrid, Fundación Caja Madrid, n. 112, pp. 6-10.

FICHTE, Johann Gottlieb (1974) [1808]: *Reden an die deutsche Nation*, Hamburgo, Meiner.

FONTANA, Josep (2007): “La época del liberalismo”, en FONTANA, Josep, VILLARES, Ramón (dirs.), *Historia de España*, vol. VI, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons.

FUENTES, Juan Francisco (2007): *El fin del Antiguo Régimen, 1808-1868. Política y sociedad*, Madrid, Síntesis.

FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (1998): *Historia del periodismo español*, Madrid, Síntesis.

FÜRSICH, Elfriede (2009): “In Defense of Textual Analysis. Restoring a challenged method for journalism and media studies”, en *Journalism Studies*, vol. 10, n. 2, Milton Park, Taylor & Francis.

FUSI, Juan Pablo (2002): “Prensa y nacionalismo”, en ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso y SOTILLOS, Eduardo: *Del periódico a la sociedad de la información*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio.

GARAVAGLIA, Juan Carlos, MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (2005): *América Latina. De los orígenes a la independencia*, 2 vols., Barcelona, Crítica.

GARCÍA BARZANALLANA, José (1862): *La liga aduanera ibérica*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y de Ciegos.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (1981): *Las germanías de Valencia*, Barcelona, Península.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (2007): *El sueño de la nación indomable: los mitos de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Temas de Hoy.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (coord.) (2003): *Historia de España, siglos XVI y XVII. La España de los Austrias*, Madrid, Cátedra.

GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel (2004): “La época medieval”, en ARTOLA, Miguel (dir.), *Historia de España*, vol. II, Madrid, Alianza.

GARCÍA GALERA, María del Carmen, BERGANZA, María Rosa (2005): “El método científico aplicado a la investigación en Comunicación Mediática”, en *Investigar en comunicación. Guía práctica de métodos y técnicas de investigación social en comunicación*, Madrid, McGraw Hill.

GARCÍA GARCÍA, Bernardo José (dir.) (2013): *En nombre de la paz: la Guerra de Sucesión Española y los Tratados de Madrid, Utrecht, Rastatt y Baden, 1713-1715*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes.

GARCÍA GONZÁLEZ, Gloria M. (1995): “Anotaciones para una reflexión sobre la historia de la prensa y de la comunicación en España”, en *Studia Zamorensia*, Zamora, UNED, n. 2, pp. 183-194.

GARCÍA MORENO, Luis A. (2008): *Historia de España visigoda*, Madrid, Cátedra.

GARCÍA PICAZO, Paloma (1999): “Johann Gottfried Herder”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 311-315.

GARCÍA UTRERA, Jorge Luis (2002): *El AVE Madrid-Lisboa por Extremadura. Efectos territoriales y diferentes alternativas*, Barcelona, Universidad Politècnica de Catalunya.

GARMES, Hélder (2003): “A cultura sino-portuguesa no século XIX e o *Ta-Ssi-Yang-Kuo*”, en *Revista Via Atlântica*, São Paulo, Universidade de São Paulo, n. 6, pp. 65-82.

GEERTZ, Clifford (1973): *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.

GELLNER, Ernest (1983): *Nations and Nationalism*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.

GELLNER, Ernest (2008): *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza.

GERGEN, Kenneth J. (1999): *An Invitation to Social Construction*, Londres, Sage.

GINER, Salvador (1984): *Historia del pensamiento social*, Barcelona, Ariel.

GONZÁLEZ ANTÓN, Luis (1988): “El territorio y su ordenación político-administrativa”, en ARTOLA, Miguel (dir.): *Enciclopedia de Historia de España*, vol. 2, Madrid, Alianza.

GONZÁLEZ CRUZ, David (2009): *Propaganda e información en tiempos de guerra: España y América (1700-1714)*, Madrid, Sílex.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (1999a): “Maurice Barrès”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 60-61.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (1999b): “Charles Maurras”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 464-467.

GOÑI, Facundo (1848): *Tratado de las relaciones internacionales de España*, Madrid, Est. Tip. de Ramón Rodríguez de Rivera.

GREENFELD, Liah (2005): *Nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

GUERRA, François-Xavier (2009): *Modernidad e independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, Encuentro.

GUILLAMET, Jaume (1992): “Llibertat d'impremta i actuació dels jurats durant la regència d'Espartero (1841-1843)”, en *Anàlisi*, n. 14, pp. 61-67, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.

GUILLAMET, Jaume (2003): “Por una historia comparada del periodismo. Factores de progreso y atraso”, en *Doxa Comunicación*, Madrid, Universidad San Pablo-CEU, n. 1, pp. 35-56.

HABERMAS, Jürgen (2000): *La constelación postnacional: ensayos políticos*, Barcelona, Paidós.

HAMPSHER-MONK, I., TILMANS, K., VAN VREE, F. (eds.) (1998): *History of Concepts. Comparative Perspectives*, Amsterdam, Amsterdam University Press.

HARRIS, Erika (2009): *Nationalism. Theories and Cases*, Edimburgo, Edinburgh University Press.

HAYES, Carlton J.H. (1956): *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, MacMillan.

HENNESSY, C.A.M. (2010): *La república federal en España. Pi y Margall y el movimiento republicano federal, 1868-1874*, Madrid, Catarata.

HENRIQUES NOGUEIRA, José Félix (1851): *Estudos sobre a reforma em Portugal*, Lisboa, Typ. Social.

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (2004): *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Akal.

HESPANHA, Antonio Manuel (coord.) (1994): “O Antigo Regime”, en MATTOSO, José (dir.): *História de Portugal*, vol. IV, Lisboa, Estampa.

HOBBSBAWM, Eric (2012): *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press.

HOBBSBAWM, Eric, RANGER, Terence (eds.) (2003): *The Invention of Tradition*, Cambridge (Reino Unido), Cambridge University Press. [1ª ed. 1983]

HOUAISS, António, VILLAR, Mauro de Salles (2001): *Dicionário Houaiss da Língua Portuguesa*, Río de Janeiro, Objetiva.

HROCH, Miroslav (1968): *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, Universita Karlova.

HUGUET CUADRADO, Montserrat (2007): “El iberismo: un proyecto de espacio público peninsular” en *Alcores: revista de historia contemporánea*, Valderas (León), Fundación Veintisiete de Marzo, n. 4, pp. 243-275.

IGGERS, Georg G. y WANG, Q. Edward (eds.) (2009): *A global history of modern historiography*, Harlow (Reino Unido), Pearson-Longman.

JENSEN, Klaus Bruhn (1991): “Introduction: the qualitative turn”, en JENSEN, Klaus Bruhn, JANKOWSKI, Nicholas W. (eds.) (1991): *A Handbook of Qualitative Methodologies for Mass Communication Research*, Londres, Routledge, pp. 1-11.

JEREZ CALDERÓN, José Joaquín (2007): *Pensamiento político y reforma institucional durante la Guerra de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, Marcial Pons.

JULIÁ, Santos (2011a): “Entre la revolución liberal y la reacción absolutista (1808-1843)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph, JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

JULIÁ, Santos (2011b): “Matar la revolución, construir el Estado: la época moderada (1844-1868)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph, JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

KAMEN, Henry (1974): *La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona, Grijalbo.

KAPUŚCIŃSKI, Ryszard (2002): *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*, Barcelona, Anagrama.

KATZ, Elihu (et al.) (2003): *Canonic Texts in Media Research. Are there any? Should there be? How about these?*, Cambridge (Reino Unido), Polity Press.

KAYSER, Jacques (1964): *El periódico. Estudios de morfología, de metodología y de prensa comparada*, Quito, CIESPAL.

KEDOURIE, Elie (1988): *Nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

KOHN, Hans (1945): *The Idea of Nationalism*, Nueva York, MacMillan.

KOSELLECK, Reinhart (1972): “Einleitung”, en BRUNNER, Otto, CONZE, Werner y KOSELLECK, Reinhart: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 1, Stuttgart, Ernst Klett, pp. XIII-XXVII.

KOSELLECK, Reinhart y GADAMER, Hans-Georg (1987): “Hermeneutik und Historik”, en *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-Historische Klasse*, Heidelberg, Winter.

KOSELLECK, Reinhart (2000): *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, 4ª ed., Frankfurt am Main, Suhrkamp.

KOSELLECK, Reinhart (2004): “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en *Historia de los conceptos*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia, pp. 27-45.

KOSELLECK, Reinhart (2006): *Begriffsgeschichten. Studien zur Semantik und Pragmatik der politischen und sozialen Sprache*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

KOSELLECK, Reinhart (2007): *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Trotta.

KOSELLECK, Reinhart (2013): *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

KRESS, Gunther (1985): “Ideological Structures in Discourse”, en VAN DIJK, Teun A. (ed.): *Handbook of Discourse Analysis*, Londres, Academic Press, vol. 4, pp. 27-42.

KRIPPENDORFF, Klaus, [BERMEJO, Fernando (ed.)] (2009): *On Communicating. Otherness, Meaning and Information*, Nueva York, Routledge.

LABRADOR, Félix (2007): *La Casa Real Portuguesa de Felipe II y Felipe III*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.

LANG, Timothy (2002): “Lord Acton and ‘The Insanity of Nationality’”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 63, n. 1, pp. 129-149.

LASHERAS PEÑA, Ana Belén (2009): *España en París. La imagen nacional en las Exposiciones Universales, 1855-1900*, Santander, Universidad de Cantabria.

LE GOFF, Jacques (2005): *Pensar la historia*, Barcelona, Crítica.

LEÓN SANZ, Virginia (1989): *La Guerra de Sucesión española a través de los Consejos de Estado y guerra del Archiduque Carlos de Austria*, Madrid, Universidad Complutense.

LIST, Friedrich (1971) [1844]: *Die politisch-ökonomische Nationaleinheit der Deutschen. Aufsätze aus dem Zollvereinsblatt und andere Schriften der Spätzeit*, Aalen (Alemania), Scientia, editado por Friedrich Lenz y Erwin Wiskemann.

LÓPEZ ÁLVAREZ, Luis (1985): *Los comuneros*, Valladolid, Diputación Provincial.

LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria (1975): *El pensamiento político del federalismo español, 1868-1874*, Barcelona, Planeta.

LOZANO RENDÓN, José Carlos (2007): *Teoría e investigación de la comunicación de masas*, México, Pearson Educación.

LUCENA SALMORAL, Manuel (2005): *Atlas histórico de Latinoamérica: desde la prehistoria al siglo XXI*, Madrid, Síntesis.

LUCENA SALMORAL, Manuel (coord.) (2008): *Historia de Iberoamérica*, 3 vols., Madrid, Cátedra.

LUHMANN, Niklas (1989): *Ecological Communication*, Chicago, University of Chicago Press.

LYNCH, John (1991): *Spain, 1516-1598: From Nation State to World Empire*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.

LYNCH, John (1992): *The Hispanic World in Crisis and Change, 1598-1700*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.

LYNCH, John (2010): *Los Austrias, 1516-1700*, Barcelona, Crítica.

MÁIZ, Ramón (ed.) (2001): *Construcción de Europa, democracia y globalización*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2 vols.

MALDONADO GAGO, Juan (1999): “Georg Friedrich List”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 433-436.

MALDONADO GONZÁLEZ, Concepción (dir.) (2006): *Clave. Diccionario de uso del español actual*, Madrid, SM.

MALUQUER DE MOTES, Jordi (1977): *El socialismo en España (1833-1868)*, Barcelona, Crítica.

MALTBY, William S. (2011): *Auge y caída del imperio español*, Madrid, Marcial Pons.

MANIQUIS, Robert M., MARTÍ, Óscar R., PÉREZ, Joseph (1989): *La revolución francesa y el mundo ibérico*, Madrid, Turner.

MANZANO, Eduardo (2010): “Épocas medievales”, en FONTANA, Josep, VILLARES, Ramón (dirs.), *Historia de España*, vol. II. Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons.

MARAVALL, José Antonio (1984): *Las comunidades de Castilla: una primera revolución moderna*, Madrid, Alianza.

MARAVALL, José Antonio (2013): *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

MARINHO, José (2003): *Nova interpretação do sebastianismo e outros textos*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

MAR-MOLINERO, Clare y SMITH, Angel (eds.) (1996): *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula. Competing and Conflicting Identities*, Oxford y Washington, DC, Berg.

MARTÍN, Teodoro (1975): “El iberismo: Una herencia de la izquierda decimonónica” en *Cuatro ensayos de historia de España*, pp. 45-73. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo.

MARTÍN, Teodoro (1981a): “El movimiento iberista en el siglo XIX” en *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, pp. 649-662. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.

MARTÍN, Teodoro (1981b): “El movimiento iberista en el siglo XX” en *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, vol. 3, pp. 305-315. Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

MARTÍN, Teodoro (1987): “Hacia una revisión del iberismo” en *Primeras Jornadas Ibéricas de Investigadores de Ciencias Humanas y Sociales. Olivenza, 18-19-20 octubre, 1985. Acta, ponencias y comunicaciones*. Badajoz, Diputación de Badajoz.

MARTÍN, Teodoro (2009): *El movimiento iberista. Aproximación a la historia de una idea*, Madrid, Asociación de Profesores Universitarios Jubilados.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (2007): *La Guerra de la Independencia (1808-1814): claves españolas en una crisis europea*, Madrid, Sílex.

MARTOS, Cristino (1854): *La revolución de julio en 1854*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y Ciegos.

MATOS, Sérgio Campos (1998): *Historiografia e memória nacional no Portugal do Século XIX, 1846-1898*. Lisboa, Colibri.

MATOS, Sérgio Campos (2006): “Iberismo e identidade nacional”, en *Clio. Revista do Centro de História da Universidade de Lisboa*, Lisboa, Universidade de Lisboa, pp. 349-400.

MATOS, Sérgio Campos (2009): “Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries”, en *Portuguese Studies*, Londres, Modern Humanities Research Association, vol. 25, pp. 215-229.

MATOS, Sérgio Campos (2012): “Iberismo e hispanismo. Portugal e Espanha, 1890-1931” en CALAFATE, Pedro; AGENJO BULLÓN, Xavier; MORA GARCÍA, José Luis (coords.): *Filosofía y literatura en la península ibérica. Respuestas a la crisis finisecular*, pp. 251-271. Madrid: Fundación Ignacio Larramendi, Centro de Filosofía da Universidade de Lisboa, Asociación de Hispanismo Filosófico.

MATTOSO, José (coord.) (1997): “Antes de Portugal”, en MATTOSO, José (dir.), *História de Portugal*, vol. I, Lisboa, Estampa.

MATTOSO, José, SOUSA, Armindo de (coords.) (1997): “A monarquia feudal (1096-1480)”, en MATTOSO, José (dir.), *História de Portugal*, vol. II, Lisboa, Estampa.

MAYRING, Philipp (2010): *Qualitative Inhaltsanalyse. Grundlagen und Techniken*, Weinheim y Basilea, Beltz, [11ª edición].

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (1991): “Representações das relações de Portugal e Espanha e da Questão Ibérica na “Revue des Deux Mondes” (1831-1880)”, en *Estudos de História contemporânea portuguesa. Homenagem ao Professor Vítor de Sá*, Lisboa, Livros Horizonte, pp. 303-327.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (1992): “Iberismo e nacionalismo no pensamento de José Barbosa Leão. O futuro de Portugal visto do Porto em 1881”, *Revista da Faculdade de Letras. História*, Porto, Universidade do Porto, 2ª série, vol. 9, pp. 237-249.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (1995): *A questão ibérica. Imprensa e opinião (1850-1870)*, 2 vols. [Tese de doutoramento apresentada à Faculdade de Letras da Universidade do Porto].

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (1996): “El Porvenir Hispano-Lusitano (1858). Um periódico do Noroeste Peninsular”, em *Municipalismo e desenvolvimento no noroeste peninsular*, Marco de Canaveses, Câmara Municipal do Marco de Canaveses, vol. 1, pp. 205-210.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (1998): “Concertação económica peninsular e união aduaneira na imprensa portuense. Propostas e resistências no 3º quartel do Oitocentos” em *Revista da Faculdade de Letras. História*, Porto, Universidade do Porto, 2ª série, vol. 13, pp. 423-462.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (2001a): “A parenética anti-ibérica da 2ª metade de Oitocentos. A condenação do púlpito”, em *Estudos em Homenagem a João Francisco Marques*, Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, vol. 2, p. 281-296.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (2001b): “Sinibaldo de Mas: el diplomático español partidario del Iberismo”, em *Anuario de derecho internacional*, Pamplona, Universidad de Navarra, n. 17, pp. 351-370.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (2004): “A pena em vez da espada. Teatro e questão ibérica”, em *Literatura e História. Actas do Coloquio Internacional*, Porto, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, vol. II, pp. 71-101.

MEIRELES PEREIRA, Maria da Conceição (2010): *Iberismo e nacionalismo em Portugal da Regeneração à República. Entre utopia e distopia* [separata de la *Revista de História das Ideias*, vol. 31], Coimbra, Faculdade de Letras.

MERLO, Maurizio (1998): “La ambivalencia de los conceptos: observaciones acerca de algunas relaciones entre “Begriffsgeschichte” e historiografía del discurso político”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 1, pp. 87-101.

MILL, John Stuart (1856): *Considerations on Representative Government*, Londres, Longman, Green, Longman, Roberts and Green.

MOLINER, María (2007): *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, vol. 1.

MORREALE, Sherwyn P., SPITZBERG, Brian H., BARGE, J. Kevin (2013): *Communication. Motivation, Knowledge, Skills*, 3ª ed., Nueva York, Peter Lang.

MOTYL, Alexander J. (ed.) (2001): *Encyclopedia of nationalism*, San Diego y Londres, Academic Press, 2 vols.

MUÑOZ-ALONSO, Alejandro (1993): “Prólogo”, en NÚÑEZ DE PRADO, Sara, BRAOJOS, Alfonso, RÍOS, Enrique y REAL, Elena: *Comunicación social y poder*, Madrid, Universitas.

NAVARRO AZCUE, Concepción, AMADORI, Arrigo, LUQUE TALAVÁN, Miguel (coords. y eds.) (2010): *Una crisis atlántica: España, América y los acontecimientos de 1808*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

NAVAS SÁNCHEZ-ELEZ, María Victoria (2000): “De 98 a 98. Vigencia del discurso iberista” en *Moenia*, !!!, !!!, n. 6, pp. 359-371.

NEGRI, Antonio (2006): *Fábricas del sujeto / ontología de la subversión*, Madrid, Akal.

NEUENDORF, Kimberly A. (2002): *The Content Analysis Guidebook*, Thousand Oaks (California), Sage.

NICÁS MORENO, Andrés (1998): “Genealogía de don Francisco Coello de Portugal y Quesada”, en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, n. 169, pp.107-121.

NORD, David Paul y NELSON, Harold L. (1981): “The Logic of Historical Research”, en STEMPEL, Guido H. y WESTLEY, Bruce H.: *Research Methods in Mass Communications*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall, pp. 278-304.

OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (1984): *História de Portugal*, vol. II: “Do Renascimento às revoluções liberais”, Lisboa, Palas.

OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (coord.) (1987): “Portugal na crise dos séculos XIV e XV”, en SERRÃO, Joel, OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (dirs.), *Nova História de Portugal*, vol. IV, Lisboa, Presença.

OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (coord.) (1993): “Portugal, das Invasões Germânicas à “Reconquista””, en SERRÃO, Joel, OLIVEIRA MARQUES, António Henrique de (dirs.), *Nova História de Portugal*, vol. II, Lisboa, Presença.

ONCINA, Faustino (1998): “Experiencia y política en la historia conceptual”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 1, pp. 103-119.

ÖZKIRIMLI, Umut (2010): *Theories of nationalism. A critical introduction*, Nueva York, Palgrave MacMillan.

PASCUAL SASTRE, Isabel María (2002): *La Italia del Risorgimento y la España del sexenio democrático, 1868-1874*, Madrid, CSIC.

PEREIRA, Juan Carlos (coord.) (2001): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Barcelona, Ariel.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2012): *Cortes y Constitución en Cádiz: la Revolución Española (1808-1814)*, Madrid, Anaya.

PÉREZ HERRERO, Pedro (2004): *América Latina y el colonialismo europeo (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Síntesis.

PÉREZ MURILLO, María Dolores (2003): *Introducción a la Historia de América: altas culturas y bases de la colonización española*, Cádiz, Universidad de Cádiz.

PÉREZ ROLDÁN, Carmen (1999): “La prensa republicana madrileña durante el siglo XIX. *La Igualdad* y *El Combate* como ejemplos de periódicos republicanos”, en *Revista Historia y Comunicación Social*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, n. 4, pp.317-340.

PÉREZ, Joseph (1997): *Isabel y Fernando, los reyes católicos*, Madrid, Nerea.

PÉREZ, Joseph (2001): *Los comuneros*, Madrid, La Esfera de los Libros.

PÉREZ, Joseph (2011a): “Los Reyes Católicos (1474-1516)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph y JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

PÉREZ, Joseph (2011b): “El Imperio español (1516-1598)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph y JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

PÉREZ, Joseph (2011c): “Los Austrias Menores (1598-1700)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph y JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

PÉREZ, Joseph (2011d): “El Siglo de las Luces (1700-1808)”, en VALDEÓN, Julio, PÉREZ, Joseph y JULIÁ, Santos: *Historia de España*, Madrid, Espasa.

PÉREZ-PRENDES, José Manuel (1998): “La unión peninsular (1580-1640)”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 95-118.

PIÑUEL RAIGADA, José Luis (1993): “La comunicación como objeto científico de estudio, como campo de análisis y como disciplina científica”, en *Contratexto Digital*, Universidad de Lima, 22 pp.

PLÁCIDO, Domingo (2009): “Hispania antigua”, en FONTANA, Josep, VILLARES, Ramón (dirs.), *Historia de España*, vol. I, Barcelona/Madrid, Crítica/Marcial Pons.

POLANYI, Karl (2011) [1957]: *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Porto Editora (2002): *Dicionário da Língua Portuguesa*, Oporto, Porto.

QUIRÓS LINARES, Francisco (2005): “Santiago Alonso Cordero y la ferrería de San Blas en Sabero”, en *Revista Argutorio*, León, Asociación Cultural Monte Irago, n. 22, pp. 22-25.

Real Academia Española (2001): *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa.

REIS TORGAL, Luís y ROQUE, João Lourenço (coords.) (1998): “O Liberalismo”, en MATTOSO, José (dir.), *História de Portugal*, vol. V, Lisboa, Estampa.

RENAN, Ernest (1987): *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*, Madrid, Alianza.

RIBEIRO DA SILVA, Francisco (1998): “Decadencia y reconstrucción (1640-1789). Portugal”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 121-138.

RINA SIMÓN, César (2012): “De la «Historia sólida» a las «historias líquidas». Los condicionantes técnicos y neoliberales del oficio”, en *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, revista en línea, n. 12. http://www.studistorici.com/2012/12/29/rina-simon_numero_12/ [Consultado el 15-08-2013]

RINA SIMÓN, César (2012): “Reflexiones historiográficas en torno al Iberismo”, en IÑESTA MENA, Félix, MATEOS ASCACÍBAR, Francisco J., *España: Nación y*

Constitución y otros estudios sobre Extremadura, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, pp. 188-195.

RINA SIMÓN, César (2013): “El iberismo historiográfico como recurso identitario”, en ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel (eds.), *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación: Actas del XI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea*, Granada.

RIVERO, Ángel (2008): *Iberismo, nacionalismo y modernidad. Portugal y el 1º de diciembre de 1640*, contenido disponible en la página red de la Universidad Autónoma de Madrid.

RIVERO, Ángel (2010): “España, Portugal y los falsos amigos” en *Relaciones internacionales: Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, n. 13, pp. 87-103.

ROBLES JAÉN, Cristóbal (1999): “La intervención española en Portugal en 1847”, en *Anales de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 15, pp. 413-435.

ROCAMORA, José Antonio (1989): "Un nacionalismo fracasado: el iberismo" [separata de *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia contemporánea, nº 2 pp. 29-56]. S.I.

ROCAMORA, José Antonio (1993): “Causas do surgimento e do fracasso do nacionalismo ibérico”, en *Análise Social*, Lisboa, Universidade de Lisboa, n. 122, pp. 631-652.

ROCAMORA, José Antonio (1994): *El nacionalismo ibérico 1792-1936*, Valladolid, Universidad de Valladolid.

ROCAMORA, José Antonio (2008): “El iberismo en Alicante durante el Sexenio Revolucionario”, en *Pasado y memoria*, Alicante, Universidad de Alicante, n. 7, pp. 219-237.

RODRÍGUEZ ABASCAL, Luis (2000): *Las fronteras del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

RODRÍGUEZ GIL, Magdalena y MORÁN MARTÍN, Remedios (1998): “La hegemonía mundial de los Estados ibéricos (siglos XV-XVI). España”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 68-94.

RODRÍGUEZ GUERRERO, Carmen (2009): *El Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid (1845-1877)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

ROIZ, Miguel (1997): “Objeto y método en el análisis de los mensajes de los medios de comunicación”, en *Documentación de las ciencias de la información*, Madrid, Universidad Complutense, n. 20, pp. 101-112.

ROJAS FRIEND, Antonio, FUENTES, Juan Francisco (1998): “Nota sobre la evolución de la prensa provincial española a mediados del siglo XIX, 1850-1860”, en *Studia historica. Historia contemporánea*, Salamanca, Universidad de Salamanca, n. 16, pp. 185-196.

ROMERO MAGALHÃES, Joaquim (coord.) (1993): “No Alvorecer da Modernidade”, en MATTOSO, José (dir.), *História de Portugal*, vol. III, Lisboa, Estampa.

RORTY, Richard (ed.) (1967): *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.

ROUSSEAU, Jean-Jacques (1962) [1762]: *Du contrat social ou principes du droit politique*, París, Garnier Frères.

RUBIO LARA, María Josefa (1999a): “Austromarxismo”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 51-56.

RUBIO LARA, María Josefa (1999b): “Karl Marx”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 463-464.

RUBIO LARA, María Josefa (1999c): “John Stuart Mill”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 479-481.

RUBIO LARA, María Josefa (1999d): “Jean-Jacques Rousseau”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 706-709.

RUEDA HERNANZ, Germán (1998): “El iberismo del siglo XIX: historia de la posibilidad de unión hispano-portuguesa”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito y VICENTE, António Pedro (dirs.): *España-Portugal. Estudos de Historia Contemporânea*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 181-214.

RUEDA LAFFOND, José Carlos, GALÁN FAJARDO, Elena y RUBIO MORAGA, Ángel Luis (2014): *Historia de los medios de comunicación*, Madrid, Alianza.

RUIZ ACOSTA, María José (1997): “La historia de la comunicación social en el ámbito universitario: objeto, fundamentos y problemas”, en *Comunicación y sociedad*, Pamplona, Universidad de Navarra, vol. 10, n. 2, pp. 185-202.

RÚJULA, Pedro, CANAL, Jordi (2011): *Guerra de ideas: política y cultura en la España de la Guerra de la Independencia*, Madrid – Zaragoza, Marcial Pons – Institución Fernando el Católico.

RULL SABATER, Alberto (1991): *Diccionario sucinto de Ministros de Hacienda, s.XIX-XX*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.

SACCONI, Luiz Antonio (2010): *Grande Dicionário Sacconi da língua portuguesa. Comentado, crítico e enciclopédico*, São Paulo, Nova Geração.

SÁIZ, María Dolores y FUENTES, Juan Francisco (1993): “La prensa como fuente histórica”, en ARTOLA, Miguel, *Enciclopedia de historia de España*, tomo VII, pp. 525-581.

SÁIZ, María Dolores (1996): “Nuevas fuentes historiográficas”, en *Historia y comunicación social*, Madrid, Universidad Complutense, n. 1, pp. 131-144.

SÁNCHEZ PRIETO, Ana Belén (2004): “La intitulación diplomática de los Reyes Católicos: un programa político y una lección de historia”, en GALENDE DÍAZ, Juan Carlos (dir.), *III Jornadas Científicas sobre documentación en época de los Reyes Católicos*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 273-301.

SÁNCHEZ-PRIETO, Juan María (2012): “Reinhart Koselleck, la interdisciplinariedad de la Historia”, en *Memoria y civilización: anuario de historia de la Universidad de Navarra*, Pamplona, Universidad de Navarra, n. 15, pp. 475-499.

SANZ AYÁN, Carmen (1997): *La Guerra de Sucesión española*, Madrid, Akal.

SARAIVA, José Hermano (1989): *Historia de Portugal*, Madrid, Alianza.

SASSEN, Saskia (2001): *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona, Bellaterra.

SCHAFF, Adam (1974): *Historia y verdad. Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*, México, Grijalbo.

SCHUDSON, Michael (1991): “Historical approaches to communication studies”, en JENSEN, Klaus Bruhn, JANKOWSKI, Nicholas W. (eds.) (1991): *A Handbook of Qualitative Methodologies for Mass Communication Research*, Londres, Routledge, pp. 175-189.

SEARLE, John R. (1969): *Speech Acts. An Essay on the Philosophy of Language*, Londres, Cambridge University Press.

SEARLE, John R. (1995): *The Construction of Social Reality*, Nueva York, Free Press.

SECO, Manuel, ANDRÉS, Olimpia, RAMOS, Gabino (1999): *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar, vol 2.

SEOANE, María Cruz (1983): *Historia del periodismo español. El siglo XIX*, Madrid, Alianza.

SERRÃO, Joaquim Veríssimo (1979): *História de Portugal*, vol. IV: “Governo dos reis espanhóis, 1580-1640”, Lisboa, Verbo.

SERRÃO, Joaquim Veríssimo (1980a): *História de Portugal*, vol. III: “O Século de Oro”, Lisboa, Verbo.

SERRÃO, Joaquim Veríssimo (1980b): *História de Portugal*, vol. V: “A Restauração e a Monarquia Absoluta”, Lisboa, Verbo.

SERRÃO, Joaquim Veríssimo (1998): “La hegemonía mundial de los Estados ibéricos (siglos XV-XVI). Portugal”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 50-68.

SMITH, Anthony D. (1971) : *Theories of Nationalism*, Londres y Southampton, Camelot? o Duckworth?.

SMITH, Anthony D. (1986) : *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford (Reino Unido), Blackwell.

SMITH, Anthony D. (1995): *Nations and Nationalism in a Global Era*, Cambridge (Reino Unido), Polity.

SMITH, Anthony D. (1998) : *Nationalism and Modernism*, Londres y Nueva York, Routledge.

SOYSAL, Yasemin Nuhoglu (2010): *Ciudadanía sin nación*, Bogotá, Siglo del Hombre.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (1989): *Los Reyes Católicos: la conquista del trono*, Madrid, Rialp.

TEUBERT, Wolfgang (2010): *Meaning, Discourse and Society*, Cambrige (Reino Unido), Cambridge University Press.

TRÍAS, Juan J. y ELORZA, Antonio (1975): *Federalismo y reforma social en España*, Madrid, Seminarios y Ediciones.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (1973): *Metodología de la historia social de España*, Madrid, Siglo XXI.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (1987), “Introducción”, en ÁLVAREZ, Jesús Timoteo (et al.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 24-59.

TUÑÓN DE LARA, Manuel; ELORZA, Antonio; PÉREZ DE LEDESMA, Manuel (1975): *Prensa y sociedad en España, 1820-1936*, Madrid, EDICUSA.

VALLADARES, Rafael (1998): *La rebelión de Portugal: guerra, conflicto y poderes en la monarquía hispánica, 1640-1680*, Valladolid, Junta de Castilla y León.

VALLADARES, Rafael (2000): *Portugal y la monarquía hispánica, 1580-1668*, Madrid, Arco.

VAN DEN BERGHE, Pierre (1982): *The Ethnic Phenomenon*, Nueva York y Oxford, Elsevier.

VAN DIJK, Teun A. (1985): *Discourse and Communication. New Approaches to the Analysis of Mass Media Discourse and Communication*, Nueva York, W. de Gruyter.

VAN DIJK, Teun A. (1991): “The interdisciplinary study of news as discourse”, en JENSEN, Klaus Bruhn, JANKOWSKI, Nicholas W. (eds.) (1991): *A Handbook of Qualitative Methodologies for Mass Communication Research*, Londres, Routledge, pp. 108-119.

VAN DIJK, Teun A. (2001): *La noticia como discurso. Comprensión, estructura y producción de la información*, Barcelona, Paidós.

VAN DIJK, Teun A. (2009): “News, Discourse and Ideology”, en WAHL-JORGENSEN, Karin y HANITZSCH, Thomas: *The handbook of journalism studies*, Nueva York y Londres, Routledge, pp. 191-204.

VAN DIJK, Teun A. (2011): *Ideología y discurso. Una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Ariel.

VARELA, Javier (1999a): “Generación del 98 y nacionalismo español”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 283-289.

VARELA, Javier (1999b): “Protonacionalismo”, en DE BLAS GUERRERO, Andrés (dir.), *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Alianza, pp. 653-660.

VÁZQUEZ, Manuel E. (1998): “De la historia de los conceptos a la filosofía política”, *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 1, pp. 121-139.

VICENTE, António Pedro (1998): “El derrumbe del orden antiguo (1789-1834/1839). Portugal”, en DE LA TORRE GÓMEZ, Hipólito (ed.): *España y Portugal, siglos IX-XX. Vivencias históricas*, Madrid, Síntesis, pp. 159-178.

VILAR, Juan Bautista (2003): “España en la Europa de los nacionalismos: entre pequeña nación y potencia media (1834-1874)”, en PEREIRA, Juan Carlos (coord.): *La política exterior de España (1800-2003)*, Barcelona, Ariel, pp. 401-420.

VILAR, Pierre (2009): *Historia de España*, Barcelona, Crítica.

VILAR, Pierre (2013): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica [primera edición de 1980].

VILLACANA, José Luis (2003): “Histórica, historia social e historia de los conceptos políticos”, en *Res publica. Revista de filosofía política*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 11-12, pp. 69-94.

VON GLASERSFELD, Ernst (1995): *Radical Constructivism. A Way of Knowing and Learning*, Londres y Washington, Falmer Press.

VVAA (1999-2008): *Historia general de América Latina*, 9 vols., París – Valencia, Unesco – Trotta.

WAHL-JORGENSEN, Karin y HANITZSCH, Thomas (2009): “Introduction: On Why and How We Should Do Journalism Studies”, en WAHL-JORGENSEN, Karin y HANITZSCH, Thomas: *The handbook of journalism studies*, Nueva York y Londres, Routledge, pp. 3-16.

WINCH, Peter (1958): *The Idea of a Social Science and Its Relation to Philosophy*, Nueva York, Humanities Press.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1953): *Philosophical Investigations*, Oxford, Basil Blackwell.

YANES, Julio Antonio (1995): “La prensa como sujeto y objeto de investigación histórica”, en SANTACREU SOLER, José Miguel (coord.): *Historia contemporánea y nuevas fuentes*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 71-79.

YANES, Julio Antonio (2002): “Una reflexión metodológica sobre las fuentes hemerográficas. Los periódicos de las Islas Canarias en los años de entreguerras, 1914-1936”, en *Anales de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, n. 18, pp. 383-399.

YANES, Julio Antonio (2003): “La renovación de la historiografía de la comunicación social en España”, en *Historia y Comunicación Social*, Madrid, Universidad Complutense, n. 8, pp. 241-258.

Anexos

1. Relación de periódicos

En este primer anexo se muestra una síntesis de los periódicos citados, incluyendo el periodo de tiempo consultado, su orientación política general y su orientación concreta sobre los planes de unión ibérica.

CABECERA	PERIODO TEMPORAL	ORIENTACIÓN POLÍTICA	UNIÓN IBÉRICA
Guindilla	1842 - 1843	Satírico democrático	moderadamente a favor
Gil Blas	1864 - 1872	Satírico republicano	moderadamente a favor
El Tribuno	1853 - 1855	Democrático	moderadamente a favor -> totalmente a favor
La Soberanía Nacional (S. Cámara)	1854 - 1855	Democrático	totalmente a favor
La América	1857 - 1886	Democrático	totalmente a favor -> moderadamente a favor
El Huracán	1840 - 1843	Republicano	totalmente a favor
El Peninsular	1842 - 1843	Republicano-democrático	totalmente a favor
La Discusión	1856 - 1887	Republicano	totalmente a favor
La Democracia	1864 - 1866	Republicano	moderadamente a favor
La Igualdad	1868 - 1874	Republicano-democrático	moderadamente a favor
La República Ibérica	1869 - 1871	Republicano	moderadamente a favor
El Combate	1870 - 1872	Republicano federal	moderadamente a favor
La República	1873	Republicano	neutral
Eco del Comercio	1834 - 1849	Progresista antiesparterista	totalmente a favor
El Espectador	1841 - 1848	Progresista esparterista	moderadamente a favor
El Clamor Público	1844 - 1864	Progresista trinitario	moderadamente a favor -> totalmente a favor
La Nación (primera época)	1849 - 1856	Progresista centrista	moderadamente a favor
La Nación (segunda época)	1864 - 1873	Progresista centrista	moderadamente a favor
La Iberia	1854 - 1874	Progresista	totalmente a favor
Gaceta economista	1860 - 1863	Progresista	moderadamente a favor
La Soberanía Nacional (Á. F. de los Ríos)	1864 - 1866	Progresista	totalmente a favor
Las Novedades	1850 - 1872	Informativo progresista	totalmente a favor -> neutral
La Correspondencia de España	1860 - 1874	Informativo	neutral

El Imparcial	1867 - 1874	Informativo	moderadamente a favor
El Español	1845 - 1848	Moderado centrista	totalmente a favor
La Prensa	1847 - 1848	Moderado centrista	moderadamente a favor
El Heraldo	1842 - 1854	Moderado	neutral
La España	1848 - 1868	Moderado conservador	moderadamente a favor -> moderadamente en contra
El Mensajero	1853 - 1854	Moderado	moderadamente a favor
El Constitucional	1860 - 1863	Moderado o'donnellista	moderadamente a favor
El Contemporáneo	1860 - 1865	Moderado ortodoxo	moderadamente a favor
La Opinión Nacional	1868 - 1871	Moderado montpensierista	neutral
La Época	1849 - 1874	Conservador elitista	totalmente a favor -> neutral
El Diario Español	1852 - 1874	Conservador elitista	moderadamente a favor
El Católico	1840 - 1854	Absolutista	moderadamente en contra
El Pensamiento de la Nación	1844 - 1846	Tradicionalista	totalmente en contra
La Esperanza	1844 - 1874	Tradicionalista	totalmente en contra
El Pensamiento	1841	Cultural romántico	moderadamente a favor
Museo de las Familias	1843 - 1870	Cultural costumbrista	neutral
Escenas contemporáneas	1856 - 1865	Cultural	neutral
El Museo Universal	1857 - 1869	Cultural ilustrada-gráfica	moderadamente a favor
La Ilustración Española y Americana	1869 - 1874	Cultural ilustrada-gráfica	moderadamente a favor
El Mundo Pintoresco	1858 - 1860	Cultural ilustrada-gráfica	moderadamente a favor
Revista ibérica de ciencias...	1861 - 1863	Cultural krausista	moderadamente a favor
Revista de España	1868 - 1874	Cultural liberal- conservadora	moderadamente a favor
El Nuevo Siglo Ilustrado	1869	Cultural ilustrada-gráfica	neutral
Boletín Oficial del Gran Oriente de España	1871 - 1873	Masón	totalmente a favor

La lista presentada a continuación enumera los periódicos consultados en los que no se encontraron publicaciones relevantes sobre la cuestión ibérica, junto con el periodo de tiempo examinado.

El Gratis, 1842 - 1843

La Iberia, 1842 - 1843

La Posdata, 1842 - 1846
El Laberinto, 1843 - 1845
Guía del comercio y boletín de fomento, 1843 - 1847
El Globo, 1844 - 1845
El Pensamiento de la Nación, 1844 - 1846
El Fandango, 1844 - 1846
El Tiempo, 1844 - 1847
El Amigo del País, 1844 - 1850
Revista literaria de El Español, 1845 - 1847
Revista de España, de Indias y del extranjero, 1845 - 1848
El Siglo Pintoresco, 1845 - 1848
El Popular, 1846 - 1851
El Faro, 1847 - 1848
La Carta, 1847 - 1848
Diario Oficial de Avisos de Madrid, 1847 - 1874
La Reforma, 1848 - 1850
El Observador, 1848 - 1853
El Pueblo, 1849 - 1850
El País, 1849 - 1850
La Patria, 1849 - 1851
La Ilustración, 1849 - 1857
El Orden, 1851 - 1852
El Padre Cobos, 1854 - 1856
El Parlamento, 1854 - 1859
El Occidente, 1855 - 1860
Gaceta de los caminos de hierro, 1856 - 1874
El Mundo Militar, 1859 - 1865
El Reino, 1859 - 1866
El León Español, 1860 - 1866
El Pensamiento Español, 1860 - 1874
La Violeta, 1862 - 1866
La Concordia, 1863 - 1864
La Soberanía Nacional (lecturas del hogar), 1864 - 1865
Revista hispano-americana, 1864 - 1867

El Imparcial, revista hispano-americana, 1867
El Siglo Ilustrado, 1867 - 1868
La Nueva Iberia, 1868
La Justicia Social, 1869 - 1871
La Independencia Española, 1869 - 1873
Rigoletto, 1869 - 1874
El Entreacto, 1870 - 1871
El Tiempo, 1870 - 1874
La Federación Española, 1870 - 1872
La Ilustración Republicana Federal, 1871 - 1872

2. Gráfico de artículos por año



Este gráfico repasa la evolución de la cobertura periodística sobre los proyectos de unión ibérica a lo largo del periodo de tiempo investigado. Se observa claramente la irregularidad con que la prensa trató el asunto y cómo destacan tres picos de actividad. El primero de ellos tiene lugar en 1854, cuando la revolución de julio abre las puertas del gobierno a los progresistas y muchos periódicos observan la oportunidad de un estrechamiento de relaciones con Portugal bajo un orden verdaderamente liberal, que podría sentar las bases para la futura unión política; cincuenta y ocho artículos publicados en el 54 se citan y analizan en esta tesis. El segundo pico de actividad se registra en 1861, año en que culmina el Risorgimento. En febrero se reúne en Turín el primer parlamento italiano, que un mes después proclama a Víctor Manuel rey de Italia. Roma, pese a no pertenecer todavía de hecho al nuevo reino, es declarada capital. Entonces las esperanzas iberistas se disparan: en la presente tesis doctoral se han citado y comentado noventa y siete artículos sobre la cuestión ibérica publicados aquel año. La tercera y última gran explosión iberista del periodo tiene lugar en 1869 –un total de ciento cuarenta y cuatro textos publicados entonces se citan en la investigación–, cuando en España se debate el futuro del país tras la Gloriosa y entran en juego diferentes aspiraciones, destacando entre

ellas la candidatura de Fernando de Coburgo al trono español, esperanza sincera de algunos periódicos para avanzar en el camino de la unión ibérica.

